

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES

DE TODOS LOS TIEMPOS Y DE TODOS LOS PAISES.

BIOGRAFÍAS DE PERSONAJES ILUSTRES,

artistas, poetas, legisladores, guerreros, que han inmortalizado sus nombres por sus talentos, santidad, virtudes, acciones heróicas, crímenes y desventuras.

Obra escrita en presencia de los datos históricos mas autorizados,

POR

D. JUAN LANDA.

TOMO II.

BARCELONA.

D. JAIME SEIX Y COMPAÑÍA,

CALLE DEL CONDE DEL ASALTO, 24.

PROVINCIAS.

EN TODAS LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

AMÉRICA.

LOS CORRESPONSALES DE LA CITADA CASA.

MDCCCLXXVII.

BARCELONA.—Imp. de ESPASA HERMANOS y SALVAT, Córtes, 223.



JUANA DE ARCO

[illegible] Y MUJERES CÉLEBRES

JUANA de ARCO

[illegible] propio [illegible] á una santa. Sin embargo, [illegible] que la imaginacion calenturienta de [illegible]

[illegible] valor heróico, pureza, conviccion propia de la [illegible] mision regeneradora ejercida sin orgullo, sin odio [illegible] sacrificio de la vida, indulgencia y aun amor para con [illegible]

[illegible] fueron [illegible] que [illegible] á nuestra heroina.

[illegible] diciendo:

[illegible] série de acontecimientos tan singulares y en tan gran número como los que vamos á referir.

Lamartine, que con mayor copia de documentos pudo tratar mejor este asunto que el citado historiador, supone á Juana de Arco inspirada á la vez por el patriotismo y por Dios, y nosotros, que no nos dejamos alucinar por



HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.

JUANA de ARCO.

(1409 Á 1431 DESPUES DE J. C.)

Hé aquí una historia muy parecida á una leyenda concebida por algun cenobita que se hubiera propuesto retratar á una santa. Sin embargo, Juana de Arco ha existido, y su realidad, como obra maestra de la naturaleza, aventaja á todas las creaciones que la imaginacion calenturienta de un solitario monje pudiera producir.

Juventud, hermosura, valor heróico, pureza, conviccion propia de la santidad de una mision regeneradora ejercida sin orgullo, sin odios ni resentimientos; sacrificio de la vida, indulgencia y aun amor para con los enemigos de la patria y de su persona; modestia despues de la victoria: tales fueron las prendas y virtudes que adornaban á nuestra heroina.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en el suelo francés en el corto espacio que media entre Febrero de 1429 á 30 de Mayo de 1431, y cuya protagonista fué Juana de Arco, fueron tan extraordinarios, que el padre Daniel los califica en su *Historia de Francia* de sobrenaturales, diciendo:

«Los que se sienten mal al oir la palabra *milagro*, muy embarazados han de hallarse si quieren imaginar un sistema razonable para explicar una série de acontecimientos tan singulares y en tan gran número como los que vamos á referir.»

Lamartine, que con mayor copia de documentos pudo tratar mejor este asunto que el citado historiador, supone á Juana de Arco inspirada á la vez por el patriotismo y por Dios, y nosotros, que no nos dejamos alucinar por

el celo religioso que cegaba al buen padre, hemos buscado el principio que simbolizaba la *doncella de Orleans* en el siglo XV, y sin negar en absoluto la influencia divina en las cosas del mundo, hallamos que el amor á la patria y la debilidad de sus dominadores bastan para explicar los singulares acontecimientos calificados de *milagros* por el padre Daniel.

En efecto, el sentimiento de patria, por naturaleza complejo, y que tiene por base la familia, medra, se extiende y robustece por el interés de clase, tribu ó Estado, y mengua por la conquista, que lleva tras sí la dominacion, la servidumbre y la esclavitud. Todo progreso industrial, científico ó material lo acrece por ser un nuevo lazo que liga á los hombres con nuevos intereses; todo retroceso lo amengua por la razon contraria, y precisamente los magnates de Francia, á últimos del siglo XIV y principios del siguiente, intentaron una reaccion hácia el fraccionamiento propio del feudalismo, reaccion que halló en el naciente amor patrio de los franceses una viva resistencia.

Seguia entonces la lucha entre el feudalismo y la monarquía que hemos descrito en anteriores biografías, lucha que abraza toda la Edad Media, ó sea desde la caida del Imperio romano hasta el descubrimiento de la América.

Bien merecia la Francia del siglo XV una leccion de patriotismo por las discordias que la aquejaban, que mas que nacion sin ventura era un pueblo que retrocedia á la barbarie de donde saliera hacia apenas dos siglos. Y esa leccion, que utilizó regenerándose, recibióla de una pobre niña; mas en pago la Francia, tratóla como á una miserable falsaria y hechicera, y de esa ingratitud de sus abuelos se avergüenzan los franceses de nuestro siglo, y como en desagravio levántanla estátuas; consignan su vida y hechos en las historias, y literatos, poetas y artistas buscan á porfía inspiraciones patrióticas en las peripecias de la vida de la sublime aldeana de Domremy.

En su tiempo, la nobleza de Francia, elemento anárquico como salido del feudalismo del cual conservaba todavía el poder administrativo y militar, se dividió en partidos que combatieron ya en favor del rey, del delfin, de la reina y hasta de un príncipe de Inglaterra.

El sentimiento patrio, en el largo período comprendido entre 1380 y 1430, ensayó sus primeras fuerzas en medio de la mas innoble lucha de pasiones, y con frecuencia se heria á sí propio, como niño no acostumbrado á manejar ninguna clase de armas.

En los duros tiempos del feudalismo brillaban solo débiles destellos de tan augusto sentimiento, porque las agrupaciones grandes ó pequeñas de

hombres carecian de ideal, de un fin comun, de intereses generales y del doble lazo de la historia y del porvenir. El feudalismo aislaba al señor, al feudatario, al vasallo y al valvasor; la jerarquía los separaba, y solo las guerras y saqueos que emprendia el feudatario por su cuenta los reunia momentáneamente. En cuanto al siervo, no esperando nada de su señor, procuraba alejarse de él lo mas posible, sin hacer nada para serle agradable, ni tomarse el menor trabajo para que prosperara la tierra que labraba, cuyos frutos no le pertenecian.

Pero desde que la monarquía pudo imponerse al feudalismo, favoreciendo los intereses políticos de los valvasores en perjuicio de los grandes feudatarios, existió un centro, un lazo de union, al que vinieron á prestar doble fuerza diversos elementos sociales, entre ellos muchas ciudades, villas y aldeas pobladas casi exclusivamente por hombres libres que se habian redimido á favor del trabajo, ó que, en fin, habian roto violentamente las cadenas de la servidumbre.

De estos elementos franco-bárbaros formó San Luis la Francia, que engrandeció su hijo Felipe el *Hermoso* con la Champaña y el condado de Lion, dando, como eco de la voz de la patria, permanencia fija en París al *Parlamento;* y como si quisiera que aquella sagrada voz resonara por mayores ámbitos, aumentó aquel cuerpo de nobles y prelados con varios consejeros sabios en ambos derechos y leyes francesas; dividiólo en *Cámara de Pares,* ó de nobles, y dejó para los consejeros el nombre de *Parlamento.*

En este cuerpo encontró, pues, cabida la clase de legistas, que salidos del pueblo y hallando amparo en la monarquía, defendiéronla por agradecimiento con sus decisiones contra el poder de los grandes feudatarios; por lo cual elevó su rango Felipe, y vino á crear una nobleza de toga, cuyo enlace entre el príncipe y el pueblo dió mayor consistencia al sentimiento patrio.

Robustecióle todavía mas Felipe cuando, á causa de haber impuesto una contribucion al clero, y éste resistídose á pagarla apoyado por una bula del Papa, convocó una Asamblea nacional, donde estuvo representado el tercer estado, y no solo fué éste un nuevo lazo de union entre los franceses, sino que de las discusiones nacieron otros intereses mas ó menos generales.

Tomó grande incremento el amor patrio por la *venta* que hizo Luis X á los siervos de su misma libertad, quienes la compraron en tan gran número, que triplicó la Francia la cifra de su poblacion libre. Á muchos impidió la miseria emanciparse, y á otros la tiranía de ciertos señores que prefirieron

el gusto de tener gente supeditada al de adquirir dinero, sin comprender que es mas beneficioso el trabajo libre que el esclavo, como lo experimentaron los grandes feudatarios emancipadores.

Reaccionada la Francia contra el feudalismo por la iniciativa de Cárlos V, llamado el *Prudente*, contribuyó este príncipe al desarrollo del sentimiento patrio concediendo honores á la clase media, y particularmente á la de París, que elevó á la categoría de la de los caballeros, sujetando además á todos á una legislacion municipal comun.

La muerte de este soberano, ocurrida en 1380, nos lleva ya el período histórico cuyos acontecimientos debemos reseñar. Aunque el feudalismo vuelve á levantar la cabeza, tiene que sucumbir. La monarquía adquiere adhesiones porque unifica. La justicia y la administracion se perfeccionan. Los siervos han mejorado su condicion por la facilidad de emanciparse que les otorgan las nuevas leyes, y su número ha disminuido considerablemente. El tercer estado ha sido llamado á la vida política; la lengua francesa se enriquece; las obras griegas y romanas se traducen; las tinieblas se disipan, y en medio de tanto progreso aparece augusta la imágen de la patria.

Así, el amor de la familia, que es un reflejo fiel del de la patria, ensanchó su círculo, y el padre, la esposa y el hijo empezaron á amar todo lo que favorecia este grupo de afectos, la religion y la monarquía; y como el siervo tuvo desde entonces su pequeña propiedad, por medio de la cual redimia su servidumbre, amó tambien el suelo. Y desde entonces la muchedumbre tuvo un interés comun, que abrazaba el cielo, el aire, el mar, las montañas, el clima, las costumbres, el idioma, las leyes, el gobierno y la religion; como aspiracion terrena tuvo la libertad y la justicia, y como premio de la virtud el paraiso.

De este modo nació el sentimiento de patria, desconocido en los primeros tiempos del feudalismo, y aun nos atreveríamos á decir, entre los pueblos antiguos, si aceptamos solo como su verdadera expresion el dominio de aquellos tiernos sentimientos y aspiraciones sobre la generalidad de los individuos que constituyen un pueblo.

En las sociedades fundadas sobre la esclavitud el espíritu de dominacion reemplaza al generoso sentimiento de la patria.

Empero entremos ya en ese desastroso período de la historia francesa en que apareció la hermosa figura objeto de esta biografía.

La obra centralizadora de la monarquía quedó suspendida bajo el reinado de Cárlos VI, herido de demencia por el terror que experimentó

yendo de camino con su hermano el duque de Orleans y otros nobles, al ver aparecer en mitad de un oscuro bosque á un hombre vestido de blanco, que cogiendo bruscamente la brida de su caballo, le dijo:

« ¡Deteneos, noble rey: os han vendido! »

Creyó Cárlos que el aparecido era Satanás en persona, y en el mismo instante se vió acometido de un acceso de furiosa locura, de la cual dió pruebas arremetiendo al duque de Orleans, que con gran pena pudo librarse de morir á sus manos.

Estaba casado Cárlos VI con Isabel de Baviera, jóven y hermosa como Popea y Teodora, cortesanas elevadas al sólio por el vicio, y cual ellas ambiciosa y disoluta.

Abandonada como su marido á la corriente de las depravadas costumbres de aquella época y de aquella córte, sintió una pasion culpable por el jóven duque de Orleans. Una orgía nocturna fué el preludio del crímen, y los incestuosos amantes reinaron unidos por la pasion, el crímen y el interés.

El de Orleans, nombrado teniente general del reino durante la enfermedad del rey su hermano, propuso en el consejo un impuesto que impugnó el duque de Borgoña Juan sin Miedo, quien afectando gran interés por la clase media, llevó su ejército á París é hizo asesinar al regente.

Exasperada Isabel por la muerte del duque, juró verter hasta la última gota de sangre del asesino, que proclamaba descaramente su crímen, á cuyo efecto buscó en el condestable de Armagnac el vengador del de Orleans. Encendida la guerra entre borgoñones y *armagnacs*, éstos proscribieron y mataron, y fueron á su vez proscritos y muertos; hicieron de la reina su víctima y su instrumento, y celosos del jóven Boisbourdon, de quien ya estaba enamorada aquella caprichosa princesa, lo inmolaron en su misma cámara.

Herida nuevamente en su amor, volvió Isabel los ojos hácia el matador del duque de Orleans, y sacrificando sus resentimientos pasados al odio presente, conspiró con él para acabar con los *armagnacs*, vendiéndole al mismo tiempo su sangre y su corazon en cambio de la venganza que anhelaba.

Representando Juan sin Miedo los intereses populares, y teniendo de su parte á la reina, se posesionó fácilmente de París y exterminó á sus adversarios. Luego tomó á su cargo la tutela del rey, y combatió en las provincias contra los restos de los *armagnacs*, que habian hecho causa comun con los ingleses.

Llamados por aquellos partidarios, alcanzaron los ingleses diferentes

victorias sobre los borgoñones, extendiéndose rápidamente por la Francia y amenazando apoderarse en breve plazo de ella.

Dos hijos del desventurado Cárlos VI murieron envenenados durante estas revueltas, y el tercero, que ocupó despues el trono con el nombre de Cárlos VII, y bajo cuyo reinado brilló la heróica jóven cuya biografía nos ocupa, llamó á una conferencia al duque de Borgoña en el puente de Montereu, donde permitió, ó no pudo impedir, que asesinasen al duque las gentes de su comitiva.

Aun cuando no existieran motivos suficientes para achacar al jóven príncipe aquel crímen, llevado á cabo probablemente á instigacion de los *armagnacs*, la reina, que atribuia á su hijo la muerte de Juan sin Miedo, se escapó de Tours, donde residia, y con el partido borgoñon en masa se alió á los ingleses; dió su hija Catalina por esposa á Enrique V de Inglaterra, y le declaró regente del reino durante la vida de Cárlos VI y heredero de la corona á su muerte.

Mientras el príncipe Cárlos, que habia tomado el título de delfin, andaba errante de provincia en provincia, proscrito por su madre y acusado de un crímen que no podia probársele, Enrique V se encaminó á París á tomar posesion de la regencia.

Hé aquí á la Francia con dos reyes, dos gobiernos y dos ejércitos, oprimida, vejada, robada é incendiada. En 1422 murió el monarca inglés, falleciendo casi al mismo tiempo Cárlos VI, y entonces Juan Plantagenet, duque de Bedfort, tomó atrevidamente la regencia en nombre de Inglaterra; persiguió á los pocos nobles que quisieron continuar franceses con el delfin; los derrotó con la sangrienta batalla de Verneuil, y puso cerco á Orleans, que encerraba en sus muros cuanto quedaba del reino de Francia.

Sin advertir que perdia el trono que acababa de heredar, habíase retirado el delfin á Loches, pequeña villa situada á orillas del Indre, á diez leguas de Tours y á veinte y cuatro al Sud de Orleans, donde parecia adormecido en los placeres de su edad y embriagado de amor por la hermosa Inés Sorel.

Anidaban en el corazon de la régia concubina el amor á la patria y las preocupaciones de su época, y queriendo saber cuál seria su destino en el mundo, llamó una noche á palacio á un adivino, quien en presencia del delfin, y para halagar á los dos jóvenes, predíjola que seria la esposa de un gran rey.

« Si eso es cierto, dijo Inés levantándose y dirigiéndose al delfin, vóime

á la córte del rey de Inglaterra, porque en vista de vuestra molicie presumo que os queda poco tiempo de reinado.»

Avergonzado el delfin, lloró, dominó su pasion y se puso en campaña.

Si el patriotismo de la bella Inés Sorel, cuyo sepulcro se vé todavía en la iglesia de Loches, despertó el sentimiento del deber en el corazon del delfin, en el extremo opuesto de aquella Francia dislocada y próxima á su ruina, otra jóven, cuya imaginacion se exaltaba al contemplar las desdichas de la patria, tomó á su cargo la difícil empresa de despertar el entusiasmo del pueblo francés.

En la Baja Lorena y en el pueblo de Domremy, situado á dos leguas y media al Norte de Neufchateau, á cinco de Toul y á diez de Nancy, residia una familia de labradores que cultivaban tierras propias. Llamábase el padre Santiago de Arco y su esposa Isabel *Romea,* apodo que se daba entonces á las mujeres que habian ido en peregrinacion á Roma á visitar las tumbas de los santos mártires.

Tenian tres hijos estos honrados labradores: el mayor, se llamaba Santiago como su padre; el segundo Pedro de Arco: en cuanto al tercero, era una niña hermosa como un ángel, que tenia por nombre Sibila, aunque todos los habitantes de Domremy, sin saberse la causa, la llamaban Juana, la que segun las últimas investigaciones practicadas acerca de su nacimiento resulta haber venido al mundo el año 1409 de nuestra era.

No puede decirse que fuesen ricos los padres de nuestra heroina; pero vivian en esa envidiable medianía, que si bien no permite tener criados, tampoco obliga á la mujer á empuñar la podadera ó á cargar con la gavilla en tiempo de la siega. Podia cuidarse, pues, la buena Isabel de la educacion de su hija Juana, á la cual instruyó en las cosas que sabia; y como ignoraba completamente el arte de leer y escribir, sin estas nociones creció y vivió la niña, sobresaliendo en la costura y el bordado, tanto, que segun decia mas tarde ella misma, pocas matronas de Ruan pudieran enseñarla nada nuevo en un tiempo en que las mujeres de dicha ciudad tenian fama de muy hábiles en las labores de aguja.

Aun cuando los historiadores y biógrafos de Juana están contestes en que pasó su adolescencia y parte de su juventud ejerciendo el oficio de pastora, es positivo que guardó solo el rebaño de su padre, sin descuidar por eso el ayudar á su madre en las tareas domésticas.

« Ninguna niña de su edad y condicion, dice una de sus compañeras á

quien se interrogó acerca de la infancia de Juana de Arco, pudo ser tratada con mayor ternura en la casa paterna. ¡ Cuántas veces fuí testigo de ello! Sencilla y dulce, agradábale frecuentar la iglesia; ocupábase diligente en las faenas de la casa; se confesaba con frecuencia, y sus mejillas se cubrian de carmin cuando en tono de zumba la echaba alguno en cara su devocion y la complacencia conque visitaba los santuarios. Limosnera y caritativa, cuidaba á los niños enfermos de sus vecinos cual pudieran hacerlo sus propias madres.»

Agraciada de rostro, ágil y fuerte en aquel tiempo en que las mujeres viajaban á caballo, iba, aunque niña, con sus hermanos á conducir los potros de su padre al patio del castillo de las Islas, donde los encerraba para sustraerlos á las requisas de los soldados. De este modo se familiarizó con el ejercicio de montar á caballo, tanto, que ninguna mano de hombre manejó despues las riendas de un corcel con mas aplomo que la de nuestra hermosa jóven.

Aunque entrada ya Juana en la edad de los amores, ningun mancebo de su pais se habia atrevido á dirigirla la menor palabra que pudiera ofender su pudor, porque sintiéndose inferiores á ella, la rodeaban de respetos y atenciones. Sin embargo, no faltaron enamorados que la pidieron á sus padres por esposa, y aun hubo un pretendiente que, en la locura de su pasion, juró ante los tribunales que Juana le habia dado palabra de casamiento, y ella tuvo que comparecer ante el tribunal de Toul para desmentir al calumniador.

No estaba, en verdad, abierto el corazon de nuestra heroina al amor de los hombres. Amante solamente de la patria, la vírgen de Domremy se mostraba afligidísima por sus desdichas. En su exquisita sensibilidad compadecíase principalmente del jóven delfin, sin madre, sin hogar y sin corona; oia con grande indignacion los relatos que hacian los mendigos y peregrinos de las atrocidades de los ingleses, y oraba fervorosamente pidiendo auxilio á los santos de su devocion para el delfin, á cuya elevacion iba unida la dicha del reino y con cuya caida se hundia tambien la Francia. Embargando exclusivamente el amor á la patria y al príncipe el corazon de la hermosa jóven, dominó bien pronto sus sentidos.

Era la época de los milagros, de las apariciones, de los sortilegios, de todo lo sobrenatural que puede herir la imaginacion de una sociedad apenas en la infancia de la civilizacion, y la mente de Juana, llena como la de sus contemporáneos de mil vagos fantasmas, tomó por real y verdadero las

imágenes que creara su ardiente entusiasmo, y sus ojos veian y sentian sus oidos ilusiones de fervor religioso y patriótico.

Antes de comunicárselo á su madre, hacia tiempo que creia columbrar en el aire un destello de celestial luz que envolvia su cabeza, mientras escuchaba dos misteriosas voces impregnadas de dulcísima armonía.

Cierto dia, estando sola en el jardin de su casa, edificada junto á la iglesia, oyó distintamente una voz femenil que la dijo:

— ¡Levántate, Juana! ¡Vé á socorrer al delfin! ¡Devuélvele su reino de Francia!

Cayó la jóven de rodillas al escuchar estas palabras, y despues contestó tristemente:

— ¿Cómo podré hacer eso, si no tiene mi brazo fuerza para manejar una espada, ni querrán seguirme al combate los guerreros?

Y la voz replicó:

— ¡Irás á hablar con el señor de Baudricourt, gobernador de Vaucouleurs, y él te conducirá ante el delfin! ¡Nada temas: Santa Margarita y Santa Catalina te protegerán!

Otro dia vió á San Miguel armado, que la pintó la pobreza y los sufrimientos de la Francia: luego las santas Margarita y Catalina que se le aparecieron, la incitaron con sus dulces voces á la salvacion de la patria, y aun el coro de ángeles que las acompañaba decia ser esta la voluntad de Dios.

Cuando desaparecian semejantes visiones lloraba Juana amargamente, exclamando:

« ¡Ah cuánto desearia que aquellos ángeles me llevaran consigo! »

Despues de mucho tiempo que padecia estos éxtasis, comunicó á su madre las delicias y angustias que le ocasionaban: supiéronlo tambien su padre y hermanos, y circuló la noticia por la comarca.

Su padre, hombre austero y práctico, pretendió casarla, en la persuasion de que los deberes de esposa y madre ahuyentarian las visiones de su imaginacion, llevando su severidad hasta el punto de amenazarla con ahogarla con sus propias manos si volvia á hablar de semejantes cosas.

Deseaba Juana obedecer á su padre en esto como en todo; pero su imaginacion era mas poderosa que su voluntad. Lloraba su desobediencia, y las visiones continuaron.

Por fortuna (puesto que lo fué para la Francia la inspiracion de Juana), tenia ésta un tio, llamado Andrés Laxart, que la amaba entrañablemente,

y en el seno de aquel hombre fué á depositar nuestra heroina sus propósitos, sus angustias y sus deseos encontrados y vehementes de obedecer á su padre y de salvar á su patria.

Bajo el pretexto de cuidar á la esposa de su tio, que se encontraba enferma, Juana pasó á su lado algun tiempo, durante el cual pudo inducirle á que hiciera una visita al señor de Baudricourt, comandante por el delfin de la plaza fuerte de Vaucouleurs, con objeto de que le pidiera en su nombre algunos hombres de armas para batir á los ingleses.

Como es de presumir, despidió Baudricourt al tio ignominiosamente, encargándole que diese una paliza á su sobrina y la enviase á su padre para que la curara de su extraña locura.

Al saber Juana la respuesta del comandante no se desalentó, sino que insistiendo, logró devolver á su tio la fé perdida en la mision que la encomendaba Dios, alcanzando de él que, sin saberlo sus padres, la acompañara á Vaucouleurs.

Presintiendo que desde el momento en que abandonara su aldea no volveria á ella, se despidió la jóven de algunas amigas de su infancia, excepto de una de ellas llamada Haumette, á quien ocultó su designio, temiendo, segun dijo despues, no poder dejarla si al ir á darla el último adios veia correr sus lágrimas.

Acompañada de su tio salió la jóven de Domremy, á pié y vestida de tela encarnada, segun la moda de las campesinas de aquel tiempo, con el dolor de abandonar el techo paterno, el regazo de una amantísima madre y el cariño de sus hermanos; mas con la firme voluntad de sacrificar su vida á la patria y al desamparado delfin.

Al llegar á Vaucoleurs la entusiasta niña, pidió ser presentada al gobernador.

« Vengo á vuestro encuentro, dijo á Baudricourt, en nombre de Dios, mi Señor, para que comuniqueis al delfin que no présente por ahora batalla á los ingleses, porque Dios le enviará socorros á mediados de la cuaresma. El reino de Francia no le pertenece á él, sino á Dios, su Señor, quien no obstante, le destina á él este reino, y á pesar de sus enemigos, será rey, y yo le llevaré á Reims á ser coronado. »

Admirado Baudricourt de aquel lenguaje, igualmente que de la conviccion que reflejaba el rostro de la jóven, no se atrevió á tomar por de pronto ninguna determinacion, hasta que consultando el caso con un fraile de Vaucouleurs, en quien depositaba su confianza, decidieron ambos hacer una

visita á Juana, que se habia hospedado en casa de una prima suya, mujer de un carretero.

Temiendo el religioso que Satanás anduviera mezclado en el asunto, llevó consigo el hisopo y la estola, y despues de tratar á la inspirada como á una endemoniada, la hizo varias preguntas, á las que contestó la jóven con tanta lucidez, que si no decidió á Baudricourt á apoyar desde luego sus pretensiones, le indujo al menos á escribir al duque de Lorena, de quien dependia, preguntándole cómo debia proceder respecto de un caso tan excepcional.

Admirado á su vez el de Lorena, quiso tambien examinar á Juana, que no tardó en presentársele, y habiéndola pedido un remedio contra una dolencia que padecia, contestóle ella, que mejor que á la salud del cuerpo debia atender á la del alma reconciliándose con la duquesa su esposa, de quien vivia separado.

El proyecto de Juana de formar un ejército para marchar en auxilio del delfin, llegó á noticia de éste, y aun se extendió por todas partes, produciendo el mejor efecto en una época en que, no esperando nadie socorro humano, y viniendo éste de la mano de una generosa jóven en quien muchos veian ya una santa, parecia que no podria dejar de ser muy eficaz ya que del cielo procedia.

Como puede verse, el inmediato resultado de la aparicion de la doncella fué levantar el ánimo de los franceses y sus perdidas esperanzas en la salvacion de la patria. Comprendiéndolo así el delfin, concertóse con el duque de Lorena y con Baudricourt para aprovechar en beneficio de su causa la aparicion de una jóven bella y piadosa, digna de la proteccion divina en opinion del pueblo, y objeto ya de entusiasmo para una parte del ejército, y quedó decidido que se la llevara cuanto antes á la córte, donde desde aquel punto se esperó con verdadera impaciencia su visita.

Dicen las crónicas que los habitantes de Vaucouleurs regalaron á Juana un caballo y una armadura completa, tanto para proteger su persona como para manifestar que su mision era guerrera. Baudricourt, por su parte, le regaló una espada, y á principios de Febrero de 1429 la entusiasta niña salió definitivamente de sus montañas para avivar el fuego patrio en el corazon de sus conciudadanos.

Antes del dia de la partida presentáronse á Juana sus padres y hermanos con el designio de llevarla consigo: lloraron todos, y á pesar de sus lágrimas no pudieron quebrantar su voluntad, como rompieron su corazon

que á raudales vertió por sus ojos el sentimiento de abandonarlos quizá para siempre.

Cubierta de sus armas defensivas salió de Vaucouleurs la doncella entre las aclamaciones de sus habitantes, dirigiéndose hácia Chinon en busca del delfin, acompañada de dos nobles y algunos caballeros que la servian de escolta, con la acostumbrada comitiva de escuderos y criados, los cuales no las tenian todas consigo, dudando de la naturaleza de las visiones de Juana. En tales dudas, y dejándose guiar por sus ruines instintos, resolvieron algunos de los acompañantes arrojar á la jóven en uno de los profundos barrancos que á cada instante hallaban en el quebrado pais que iban atravesando, conviniendo en atribuir al diablo la muerte de la doncella. Estaban á punto de poner en ejecucion su perverso designio, cuando contemplando la hermosura y santo candor de la inspirada niña, sintiéronse movidos á piedad; la cobraron afecto; de incrédulos que eran en su santa mision se convirtieron en sus mas entusiastas admiradores, y la hubieran defendido hasta la muerte contra todo el ejército inglés que les cerrara paso.

Con diversos sentimientos era esperada la vírgen de Domremy en la córte del delfin. Su mujer Yolanda y sus favoritos parecian dispuestos á aceptar todo medio de seduccion que contribuyera á despertar la esperanza y el entusiasmo de los pueblos y soldados, mientras los consejeros del príncipe se burlaban abiertamente de la que miraban como una imbécil visionaria, sin comprender que la fuerza moral y el entusiasmo triunfan generalmente en las contiendas humanas de la fuerza bruta. Por lo que hace al delfin, excéptico en todo, queria poner á prueba la virtud milagrosa de la inspirada de Dios ó del diablo, como él la llamaba.

El 24 de Febrero de 1429 llegó nuestra heroina al castillo de Chinon, é inmediatamente, fué introducida en un suntuoso salon, donde la aguardaban guerreros, consejeros, cortesanos y reinas.

Vestido sencillamente el delfin y confundido entre sus caballeros ricamente armados, quiso dejar en duda á la jóven acerca de quién de los presentes era su soberano.

« Si Dios la inspira, dijo para sí, la dará á conocer al legítimo rey de Francia; sino, se dejará engañar por las apariencias y se dirigirá al mas brillante de mis guerreros. »

Presentóse Juana en el régio salon confusa, con paso incierto, deslumbrada, dirigiendo sus tímidas miradas á cuantos la rodeaban, hasta que las fijó en aquel á quien era enviada. Entonces, sin vacilacion, pero modesta-

mente, se aproximó al delfin, y arrodillándose ante él iba á dirigirle la palabra, cuando el príncipe se lo impidió, diciéndola:

— ¿Qué haceis? No soy yo el que buscais.

— ¡Por mi Dios, gallardo príncipe, repuso al punto la doncella, que sois vos y no otro!

Y despues, en tono mas solemne, continuó:

— ¡Muy noble señor delfin: el Rey de los cielos os dice por mi boca que sereis consagrado y coronado en la ciudad de Reims, y que sereis su lugarteniente en el reino de Francia!

Maravillada quedó la córte ante esta prueba de sobrenatural penetracion. El delfin, un poco impresionado, levantó á la doncella, y llevándola junto al alféizar de una ventana, empezó á hablarla en voz baja de un misterio de su alma, que le tenia en la amarga duda acerca de la legitimidad de la sangre que corria por sus venas; porque el noble delfin, que conocia perfectamente la relajada conducta de su madre, temia no ser hijo legítimo de Cárlos VI y no tener quizá ningun derecho al trono.

Juana, visiblemente conmovida y fija su mirada en el cielo, como si éste se le abriera para descubrirla aquel arcano, llevó la seguridad y el consuelo á la perturbada conciencia del príncipe, y luego exclamó en alta voz:

«¡Te digo de parte de Dios, que tú eres el verdadero hijo del rey y el heredero de la corona!»

Dejamos indicado que la ciudad de Orleans estaba sitiada por los ingleses. Como llegara hasta allí la fama de la jóven inspirada, enviaron los cercados reiterados mensajes al delfin, por conducto del famoso Dunois, mas conocido en la historia con el título de *Bastardo de Orleans,* diciéndole, que «era indispensable la presencia de Juana en Orleans para templar el alma de sus defensores.»

El duque de Alenzon, príncipe caballeresco y galante, acudió á la córte al rumor del prodigio, y sostuvo con el calor propio de la juventud la conveniencia de mantener aquel foco de entusiasmo popular que deparaba el cielo á la causa del delfin.

Los caballeros, entretanto, cediendo al prestigio que naturalmente ejerce la hermosura y el valor, adiestraban á Juana en el manejo de las armas, así como en mandar maniobras, en las operaciones de los sitios y en la táctica de las batallas, pareciendo encantados de la facilidad conque lo aprendia todo, de su atrevimiento, y de la gracia y fuerza que mostraba en

los ejercicios guerreros, á los que cada dia mostraba mayor aficion, cual si el alma de un héroe alentase en aquel frágil cuerpo.

Temian sin embargo el delfin y su canciller servir de escarnio á los ingleses si ponian la espada de la Francia en unas manos acostumbradas solamente á sostener la rueca, por lo que, con objeto de atenuar su responsabilidad, enviaron á la jóven á Poitiers para que la Universidad y el Parlamento, oráculos arrojados de París por la guerra, examinaran el caso y vieran si las inspiraciones de Juana venian del cielo ó del infierno.

Al anunciar el delfin á la jóven lo que habia resuelto sobre ella:

« ¡ Veo, replicó la heroina, que tendré que sufrir rudas pruebas en Poitiers, á donde se me lleva; mas Dios me asistirá! ¡ Vamos, pues, allá con confianza!

Empero, á poco rato, sintiéndose lastimada por la incredulidad del delfin, le dijo con dulzura:

« ¿ Por qué no me dais crédito, noble delfin? ¡ Os digo que Dios ha tenido piedad de vos y de vuestro pueblo! ¡ San Luis y el señor Carlo-Magno están arrodillados ante Él rogándole por vos! ¡ Si me dais tropas, yo levantaré el sitio de Orleans y os llevaré á consagrar á Reims; porque place á Dios que vuestros enemigos los ingleses se vayan á sus tierras dejándoos el reino! »

Á pesar de todo, Juana tuvo que partir á Poitiers, no á probar si su entusiasmo se comunicaba á los franceses, sino para que se indagase si habia algo de diabólico en la exaltacion de aquel noble sentimiento.

Presentada á sus jueces, ó mejor, á sus examinadores, Juana fué interrogada con bondad, pero escrupulosamente, por diversos doctores, prelados y consejeros, sobre quienes ejerció al momento el ascendiente que inspiran la pasion, la dulzura, la fé en las propias fuerzas y la confianza en el cielo.

Uno de los jueces, mas incrédulo que los demas, dijo:

— Si Dios ha resuelto salvar á la Francia, ¿ qué necesidad hay de gente armada?

— ¡ Por Dios! contestó Juana; los guerreros batallarán y Dios dará la victoria.

— Si no presentais otra prueba de la verdad de vuestras palabras, observó el incrédulo, el rey no os prestará soldados para ponerlos en peligro.

— ¡ Por Dios! repuso la doncella; yo no he venido á Poitiers para dar estas pruebas; pero enviadme á Orleans, aunque sea con poca gente, y os las daré. La mejor prueba es hacer levantar el sitio de la ciudad.

Y como apoyado en textos y libros afirmara el interpelante que no podia creerse en sus inspiraciones, contestó la jóven:

— Verdad es eso; pero mas cosas hay escritas en el libro de Dios que en los libros de los hombres.

Por fin, comprendiendo que nada debia despreciarse para la defensa de una causa que parecia perdida, y prévia la declaracion de los prelados, que compararon este caso con otros de igual naturaleza relatados en la *Biblia*, la asamblea declaró que podia autorizarse sin temor á la inspirada para empuñar la espada y combatir por sus conciudadanos.

Despues de esta declaracion, forjóse para Juana una armadura ligera y blanca como símbolo de la fé y candor de la heroina; se la ciñó una vieja espada que se tomó de una iglesia donde se depositara hacia algunos siglos; diósele un estandarte blanco sembrado de flores de lis, y se la hizo partir, seguida de un viejo y bravo caballero, llamado Daulon, de dos niños en calidad de pajes, de dos heraldos de armas, de un cura, de una escolta numerosa de servidores y de una muchedumbre que esperaba de ella la salud de la patria.

Á fin de revestirla de doble autoridad, el delfin envió instrucciones á sus generales, mandándoles respetar en la doncella la voluntad de Dios y la del rey.

La ciudad de Blois, que visitó la jóven al emprender su campaña, la recibió en triunfo, y el fanatismo apasionado del pueblo por la vírgen guerrera, mas que las órdenes del rey la impuso á los soldados.

Incorporada al ejército, empezó la heroina por desterrar de él la inmoralidad y el vicio, mandando quemar las barajas, los dados y los instrumentos de magia, tanto en el campamento como en la ciudad; con lo que el ejército, purificado por las reformas y la disciplina que introdujo Juana, se aumentó pronto con numerosas compañías, que desde las mas lejanas provincias acudian para combatir bajo la bandera blanca de la aldeana de Domremy, que fué el verdadero oriflama de Francia.

Quisieron aprovechar los caudillos franceses el general entusiasmo para llevar víveres y refuerzos á Orleans, y siendo el camino mas seguro el de la Soloña, que interponia siempre el Loira entre el enemigo y el ejército auxiliar, le prefirieron al de Beauce, por donde queria ir Juana, ya que era el mas corto y el que se figuraba que defenderian los ingleses.

Engañáronla los generales acerca de este punto, fingiendo adherirse á su opinion; mas cuando á los tres dias de marcha se hallaron las tropas en

frente de Orleans, reconvínoles por ello la doncella, y les incitó á que inmediatamente atacasen las posiciones inglesas, lo que no se atrevieron á hacer los generales, limitándose á calmar la impaciencia que demostraba la valerosa jóven por llegar á las manos con el enemigo.

Dunois, que tenia el mando en jefe de ambos ejércitos, el sitiado y el auxiliar, habiéndose apercibido de la llegada de la doncella, salió de Orleans para recibirla, teniendo que atravesar el Loira en una pequeña barca con harto riesgo de su vida.

Al avistarse con Juana, no obstante que ésta no le habia visto nunca, le preguntó:

—¿Sois vos el bastardo de Orleans?

— Sí, contestó Dunois, y estoy muy contento de vuestra llegada.

— ¿Sois, continuó la heroina en tono de dulce reprension, quién ha dispuesto que viniéramos por el camino de la Soloña, el mas lejano del enemigo?

— Fué el consejo de los mas viejos y expertos capitanes, observó el bastardo.

—El consejo de Dios, replicó Juana, es mejor que los vuestros. Habeis creido engañarme, y os habeis engañado á vosotros mismos. Pero nada temais: Dios ha trazado mi camino, y para esto ha hecho que yo naciera. ¡Os traigo el mejor auxilio que recibió jamás ciudad alguna: os traigo la ayuda del Señor!

Aconteció entonces, que, como si la Providencia quisiera encargarse de justificar las palabras de la inspirada jóven, cambió repentinamente el viento que impedia remontar el Loira á algunos barcos cargados de víveres para los sitiados, y no encontrando obstáculo en su navegacion, llegaron al desembarcadero de Orleans el dia 29 de Abril de 1429.

Al siguiente dia retrocedió el ejército auxiliar que acompañara á Juana, para cumplir su verdadera mision, que consistia en defender el llano, y nuestra heroina entró en Orleans con solas doscientas lanzas, acompañada del bravo caballero Lahire y del bastardo de Orleans.

El pueblo dispensó á la jóven el mas entusiasta recibimiento; pero del banquete conque la obsequió solo aceptó ella un pedazo de pan y un poco de vino, en señal de humildad y en memoria de la mesa frugal de sus padres.

Pocos dias despues de su llegada á Orleans dictó Juana la siguiente carta, que fué llevada al campamento inglés:

« ¡ Rey de Inglaterra, y vos, duque de Bedfort, que os apellidais regente de Francia, y vos, Guillermo, conde de Suffolk, Juan Talbot, y vos, Tomás Scales, que pretendeis ser lugarteniente del duque de Bedford: obedeced al Rey del cielo! ¡ Entregad las llaves del reino á la doncella enviada por Dios! Y vosotros, arqueros y hombres de armas que estais delante de Orleans: ¡ idos, de parte de Dios, á vuestro pais!... Rey de Inglaterra: si así no lo hiciéreis, yo, jefe de la guerra, en cualquier sitio que os encuentre, os compeliré á ello. Y creed, á no dudarlo, que el Rey del cielo me dará mas fuerza á mí que cuanta podais guiar vos en todos los asaltos. »

Tan extraña carta, concebida por un entendimiento ageno á la cultura de las letras (que aunque poco cultivadas tambien ellas en un tiempo en que estaba formándose la lengua francesa, aspiraban ya á las formas delicadas de los maestros griegos y latinos), no produjo mas que burlas y sarcasmos entre los sitiadores, que empezaron á lanzar contra la heroina los dicterios mas obscenos de la fraseología crapulosa de los campamentos.

Aparte de esto, no solo no contestaron al mensaje, sino que detuvieron al mensajero.

Tan villana conducta encendió en cólera á los sitiados, y excitó la indignacion de Juana, que envió á Talbot, jefe de los sitiadores, otra nueva misiva, provocándole á singular combate en campo cerrado bajo los muros de Orleans.

« Si soy vencida, decia al jefe enemigo, me hareis quemar en una hoguera: si salgo victoriosa, levantareis el sitio. »

Tampoco contestó Talbot á este cartel de desafío, porque se hubiera creido deshonrado aceptándolo de una niña.

Dunois, que, si no creia mas que á medias en las revelaciones, creia ciegamente en el entusiasmo que infundia por do quier la vírgen guerrera, la llamaba á los consejos de los generales y afectaba aprobar en todo su dictámen, siguiéndole en esto el valeroso Lahire; y Juana, que no respiraba mas que guerra, fué ella misma á Blois á buscar refuerzos, haciendo lo mismo otra vez el bastardo, que dió luego las gracias á la heroina por haberle inspirado tal idea.

En una de las salidas de los sitiados que dirigió Juana, ésta se adelantó á escape hasta los fosos de las bastillas ó fortalezas que habian levantado los ingleses á la otra parte del Loira, y cuando pudieron oirla intimóles en nombre de Dios que evacuasen la Francia.

Granville y Glodesdale, célebres capitanes enemigos, la contestaron que volviera á sus ruecas y rebaños, si no queria que un dia la azotara el verdugo como á una despreciable embaucadora.

« ¡ Vosotros, gritó Juana, vosotros sois, falsarios y malvados, los que tendreis que huir dejando aquí los huesos de vuestros compañeros !»

Una mañana entró Dunois en el aposento de la doncella para anunciarle la llegada de un considerable ejército inglés.

«¡ Bastardo! ¡ bastardo! le dijo Juana; te mando que me avises así que este ejército llegue, pues quiero atacarle antes que haya tomado posiciones. Si no me avisas con tiempo, añadió jovialmente, te haré cortar la cabeza. »

Al siguiente, dia descansaba en su lecho la heroina, cuando interrumpiendo bruscamente su sueño, púsose en pié, pidiendo á grandes voces las armas á su viejo escudero Daulon.

« ¡ Armadme, armadme, exclamó, que inquieto el corazon me dice que vaya á combatir á los ingleses, aunque no sé si será contra su ejército ó contra sus fuertes!

Levantóse en esto gran ruido de voces en la calle, entre las que sobresalia una que decia que los ingleses degollaban á los franceses en las mismas puertas de la ciudad.

Al anuncio de este suceso, saltó la doncella sobre su caballo, tomó su estandarte y se dirigió á la puerta de la plaza en que la dijeron que ocurriera el conflicto.

Era el caso que un destacamento francés habia salido para sorprender la bastilla llamada de San Lupo, lo que no pudo efectuar, porque Talbot acudió con numerosas fuerzas en socorro de sus compañeros, y rechazó á los franceses, persiguiéndoles hasta las puertas de Orleans.

Sin escuchar mas voz que la de su valor, Juana se lanzó al campo; reunió los dispersos; llamó refuerzos, y atacando á Talbot, le obligó á retroceder. Despues, aprovechando el entusiasmo de sus guerreros, asaltó impetuosamente la fortaleza de San Lupo é hizo prisionera á la guarnicion.

Despues del combate, la bondadosa jóven, rindiendo tributo á los sentimientos propios de su sexo, derramó lágrimas por los muertos y perdonó á los vencidos.

La brillante victoria de la doncella animó á Dunois á dar un ataque general á las bastillas inglesas. Todo estaba dispuesto para llevar á cabo aquel proyecto, pero antes de dar la señal de marchar á las tropas reunidas

en la plaza de armas, subiendo la doncella á la muralla disparó con una balista una saeta, cuya punta atravesaba una carta en que ofrecia gracia á los ingleses si se retiraban, contestándola los enemigos con otra saeta y otra misiva llena de los mas groseros insultos.

Juana mandó que la leyesen aquella carta, y lloró; pero luego dijo:

« ¡ Bah ! ¡ Bien sabe Dios que no son mas que mentiras ! »

En seguida, de acuerdo con Dunois, marchó contra los fuertes de la izquierda del Loira.

El preludio de esta jornada no fué muy favorable á los franceses. Batíanse éstos en retirada despues de un infructuoso ataque en que perdieron bastante gente, cuando Juana, que presenciaba la batalla desde una isleta del rio, saltó á un barquichuelo, haciendo que la siguiera á nado su caballo; desembarcó en el sitio mismo de la pelea, y empezó á recorrer las filas francesas animándolas con su presencia, hasta el punto de que, electrizados los soldados, creyeron ver ejércitos de ángeles que combatian por ellos, y acometieron de nuevo á los ingleses con tal brio, que los rechazaron hasta las empalizadas de sus fuertes, donde no hallaron ya gran resistencia, y siguiendo el ejemplo de Juana, que pegó fuego por su propia mano á una de las bastillas, no tardaron las otras en arder, llevando el humo y las llamas el anuncio de la victoria á diez leguas de distancia.

Despues de este combate, reunidos en consejo Dunois y sus oficiales, resolvieron no efectuar nuevas salidas, creyendo haber hecho bastante con despejar de enemigos la orilla izquierda del Loira. Mas la doncella, que anhelaba ver fuera de Francia á los ingleses, dijo:

« Vosotros habeis celebrado consejo; pero yo tambien he tenido el mio, y creed que vale mas el consejo de mi Rey y Señor, y que prevalecerá sobre el vuestro. Mañana al amanecer que el ejército esté en pié y dispuesto á atacar, porque mañana ha de quedar levantado el sitio de Orleans, aunque no se me oculta que regaré con mi sangre el campo de batalla. »

Al siguiente dia, en vano los capitanes cerraron las puertas de la plaza, queriendo contener el ardor del pueblo y de los soldados, ébrios de amor y fé por su doncella; los mismos generales Dunois, Gaucourt, Gonthaut, Lahire, y Xaintrailles se vieron arrastrados por la muchedumbre, que salió de Orleans con las armas y pertrechos necesarios para asaltar la única, pero formidable fortaleza que quedaba á los ingleses.

Empezado el combate, y mientras la artillería enemiga diezmaba á los

franceses, hombres, mujeres y niños de la ciudad y del Orleanés, cargados de faginas, cual si fueran gavillas en tiempo de la siega, llegaban hasta los fosos de la fortificacion é iban cegándolos: bien pronto arrimaron las escalas á los muros, y pronto tambien cayeron muertos ó mal heridos los soldados que daban el asalto.

El desaliento y la confusion empezaban á cundir por las filas del ejército francés, cuando Juana, cuyo ánimo no decayó un punto ante la matanza de los suyos, mandó arrimar á la muralla una escala, y subió por ella espada en mano; pero una de las infinitas flechas que sobre ella lanzaban los ingleses atravesó su armadura, hiriéndola en un hombro y derribándola al foso.

Creyendo muerta á la heroina, salieron los ingleses para apoderarse de su cuerpo, y hubieran alcanzado su propósito, si Gamaches, uno de los capitanes franceses que mas habian combatido las complacencias que tenian los generales por Juana, no la escudara con su cuerpo y con su temible hacha, rechazando á los enemigos con ayuda de algunos de los suyos que acudieron á sus voces.

Vuelta en sí Juana del aturdimiento de la caida, y sabiendo á quién debia no solamente la vida, sino el no quedar prisionera de los ingleses, tendió la mano á su defensor, que tambien estaba herido.

« ¡ Ah, caballero, le dijo: cuánto siento haberos contristado en cierta ocasion! ¡ Os ruego que me perdoneis y que acepteis mi caballo en prueba de lo agradecida que os quedo! »

La flecha que la derribara asomaba la punta por la espalda de Juana, que tuvo que pasar por el dolor y la vergüenza de ofrecer á las miradas de los hombres las gracias de su cuerpo. Mas Daulon, que describe esta escena, dice, que « la castidad de su alma y la pureza de su sangre vertida por la patria, cubrian de tal aureola de santidad su misma desnudez, que ninguno de cuantos la rodeaban concibió la idea de una profanacion. »

Como sufriese mucho al tratar de extraerle la flecha, sacósela ella misma, y rechazando los remedios supersticiosos y mágicos que la propusieron, muy en boga entonces en los ejércitos, dijo:

« ¡ Mejor quiero morir que pecar de este modo contra Dios! »

Laváronla con aceite la herida y la vendaron del mejor modo posible, poniéndola despues sobre su caballo y haciéndola seguir el movimiento de retirada del ejército.

Al llegar á las puertas de Orleans se acordó la doncella de que su

bandera habia quedado en el foso al pié de la escala de que habia caido. Su escudero Daulon y algunos soldados corrieron á rescatar aquel precioso trofeo, y como Juana les siguiera tambien, muchos caballeros que lo observaron pusiéronse otra vez en marcha hácia la fortaleza para proteger la vida de su heroina. Iniciado este movimiento, la masa del ejército francés se detuvo, y como al recibir Juana la bandera de manos de Daulon la agitara el viento, creyendo los generales que la doncella pedia auxilio, condujeron las tropas hácia el fuerte. Los ingleses, que suponian muerta á Juana de Arco, al verla aparecer de nuevo á caballo, creyéronla resucitada ó invulnerable, y el terror se apoderó de sus almas supersticiosas, tanto, que el humo y el fuego de la pólvora les parecieron ejércitos de espíritus celestes, divinidades tutelares de Orleans cabalgando en las nubes y combatiendo con la espada de Dios por Juana y por su causa.

Atrevióse un caballero, ayudado de algunos compañeros, á arrimar á la muralla enemiga una de las vigas conque los ingleses habian roto las escalas de los franceses, y subió por ella sin encontrar resistencia: siguiéronle otros, y volvieron los franceses con nuevas escalas á intentar el asalto que tan felizmente habia llevado á cabo un solo hombre.

El comandante inglés Gladesdale, desconfiando de poder rechazar el nuevo ataque, atendido el terror de sus soldados, intentaba pasar un segundo foso para encerrarse en el último reducto que le quedaba.

«¡Ríndete, Gladesdale! le gritó Juana: ¡aunque me injuriaste vilmente, me compadezco de tu alma y de los tuyos!»

El puente levadizo sobre el cual combatia aun un puñado de ingleses, roto á los golpes de una viga, se hundió en el Loira con los combatientes.

Este desastre acabó de amilanar al enemigo, que huyó dejando el fuerte en poder de los franceses.

Juana entró en Orleans con la armadura teñida en sangre, entre las frenéticas aclamaciones de la muchedumbre, el repique de las campanas y los acordes de las músicas. El pueblo, ébrio de alegría, la divinizaba, porque perteneciendo á su humilde estirpe, se ensalzaba á sí propio en la *doncella de Orleans,* nombre con que la distinguia en prueba de su gratitud.

Al dia siguiente abandonaron los ingleses un sitio que no podian ya sostener. El ejército francés quiso aprovecharse del desaliento del enemigo para aniquilarle; pero la generosa Juana lo impidió, diciendo á los generales con su acostumbrado tono de dulce autoridad:

«¡No los mateis: dejadlos que se vayan!»

No perdió el tiempo Juana en gozar de su triunfo, puesto que el 13 de Mayo llegaba con el ejército victorioso á Tours, residencia del delfin, para ayudarle á reconquistar su reino.

Pero en la córte de aquel príncipe los consejos se sucedian unos á otros, sin que nadie aprobase el plan de la heroina de dirigir las tropas hácia Reims, para ceñir allí á las sienes del hijo de Cárlos el *Insensato* la corona de Francia, objeto de los vehementes deseos no solo de Juana, sino del pueblo, que miraba en la coronacion la legitimidad sancionada por Dios.

Hostigada un dia por su impaciencia fué Juana á llamar á la puerta de la cámara en que se hallaba encerrado el delfin con sus consejeros deliberando sobre el partido que convendria seguir, y habiendo abierto la puerta el mismo príncipe, se hincó ante él de rodillas la doncella, diciendo:

— Noble delfin, ¿á qué deliberar tan largamente sobre una cosa tan sencilla? Venid á recibir vuestra corona en Reims. El cielo me manda daros prisa.

— Juana, preguntó el delfin: ¿por qué conducto recibes esas órdenes?

— Estaba en oracion, y quejábame interiormente de vuestra poca confianza en mis avisos, cuando oí una voz que me dijo: «¡Anda, hija, anda! ¡Yo acudiré en tu auxilio!» Y esta voz me inundó de delicias, y quisiera estar siempre escuchándola.

Cedió por fin el príncipe á los deseos de la doncella, y siguiendo el plan de campaña que le trazara, dió el mando de sus tropas al duque de Alenzon, que se dirigió contra el ejército de Suffolk; mas como vacilasen los soldados en el primer encuentro que tuvieron con los ingleses:

«¡No temais atacar, les dijo Juana, porque Dios guia nuestros pasos! ¡Si no fuera así estaria en mi casa guardando mis rebaños y lejos de estos peligros!»

Encerróse Suffolk en Jargeau, á corta distancia de Orleans; dióse un asalto sangriento á dicha ciudad, en el que Juana fué derribada al foso por una piedra que le rompió el casco, pero sin lesionarla, y los franceses entraron en la plaza, donde hicieron prisionero á Suffolk y á gran parte de los que acaudillaba.

La doncella continuó marchando con el ejército, que la miraba como á un génio bienhechor que le guiaba á la victoria.

«¿Teneis miedo, gentil caballero? preguntaba sonriendo al duque de

Alenzon, que unia á la mas exquisita prudencia un valor de leon; pues á fé mia, nada debeis temer, que he prometido devolveros sano y salvo á vuestra esposa.»

Ya los ingleses evitaban encontrarse con las tropas francesas en el Orleanés, dominado antes por el invencible Talbot, y que ahora, amedrentado y supersticioso, temiendo los *maleficios* de Juana, ocultaba su ejército, acampándole en un bosque cerca de Patay, esquivando el combate á que le provocaba el bravo Lahire.

Este general, que perseguia á Talbot, hubiera pasado sin apercibirse del enemigo, á no haberse levantado junto á los piés de su caballo un hermoso ciervo, que emprendió su carrera hácia el campamento de los ingleses, quienes como buenos cazadores abandonaron su escondrijo para darle muerte, descubriéndose de este modo y no pudiendo dejar ya de aceptar la batalla, que les fué funesta. Talbot, Scales y otros generales cayeron en manos de la heroina de Orleans, á quien tanto habian injuriado. Juana los recibió humanamente, perdonándoles sus agravios y ordenando que se diera cuartel á los prisioneros.

«Quiero ahuyentar de Francia á los ingleses, dijo, pero no exterminarlos, porque mas que como enemigos los miro como hermanos obcecados.»

En efecto, no se sabe que diera muerte á nadie, ni que hiciera uso de la espada, á pesar de ser muchas veces la primera en subir al asalto y de arrojarse constantemente á los sitios mas peligrosos de las batallas.

En la última se conmovió tanto Juana despues de la victoria, al ver la carnicería de dos mil quinientos hombres tendidos en el campo, que se apeó del caballo y dió el ejemplo de socorrer á los heridos y enterrar á los muertos.

Destruido el ejército de Talbot, recabó definitivamente la heroina el permiso de tomar la vuelta de Auxerre para dirigirse á Reims en compañía del delfin.

Auxerre, que pertenecia al duque de Borgoña hijo de aquel Juan sin Miedo cuyo asesinato se imputaba al delfin, mantuvo sus cerradas puertas. Sin embargo, abasteció de víveres al ejército francés y ofreció reconocer por rey al delfin, cuando Troyes, Chalons y Reims le hubiesen jurado fidelidad.

Troyes, aunque solo contaba con una corta guarnicion inglesa, intentó resistir, porque sus habitantes no ignoraban cuán escaso de víveres y material de guerra se hallaba el ejército francés para emprender el sitio de una plaza como la suya.

La zozobra del delfin era grande con este motivo; pero Juana le aseguró que antes de tres dias entrarian en la ciudad.

— Tambien aguardaria seis, si supiera que dices la verdad, contestó el príncipe:

— ¿Seis? replicó ella; pues bien: mañana entrareis en Troyes.

Al dia siguiente mandó preparar las escalas; formó las tropas, y con banderas desplegadas se dirigió á los muros, haciendo que cada soldado de los que designó para dar el asalto llevase un haz de leña que debia arrojar al foso, mientras los arqueros con sus saetas y la artillería con sus disparos impedian á los sitiados acercarse á las murallas.

Ignoraban todavía los ingleses que defendian la ciudad el desenlace del sitio de Orleans y las derrotas de sus generales, y habiéndolas sabido en aquella ocasion, pidieron parlamento y evacuaron la plaza.

Chalons abrió sus puertas al delfin en 13 de Julio, y cuando llegó á la vista de Reims los habitantes obligaron á las tropas inglesas que allí habia á abandonar la poblacion.

El 16 de Julio de 1429 entró en Reims el delfin, y el 18 del mismo mes fué ungido en la catedral por el arzobispo Renato de Chartres, á los cinco meses de haberle ofrecido Juana de Arco la corona de Francia, que se ciñó bajo el nombre de Cárlos VII.

« ¡Gallardo rey, le dijo la doncella, abrazando sus rodillas en la catedral; queda cumplida la voluntad de Dios, que me ordenó conduciros á esta ciudad de Reims para ser ungido! ¡Ya sois rey de Francia! »

Entonces el prestigio de nuestra heroina fué irresistible: habia ofrecido triunfos, y la victoria siguió siempre sus pasos: los nobles y los guerreros tenian en ella una ciega confianza; el pueblo la adoraba, y las mujeres hacian que sus hijuelos llegasen á tocar aunque no fuese mas que las armas, el vestido, las espuelas, el caballo de la doncella, para trasmitirles su virtud y la salud si estaban enfermos. Pero ella rechazaba aquellas adoraciones, atribuyendo solo á Dios el milagro á que debian su independencia y unidad los franceses.

— ¡Oh, decia contemplando la alegría y entusiasmo de que era objeto; que no pueda yo morir aquí!

— Pues, ¿en dónde creeis morir? preguntóla el arzobispo de Reims.

— Lo ignoro, contestó Juana: será en donde Dios destine. He hecho lo que mi Señor me ha mandado: ahora quisiera que le pluguiese enviarme á mi casa á apacentar mis ovejas con mi madre y hermanos.

La vírgen de Domremy, llenada la principal parte de su mision, sentia penetrar en su corazon la duda en el porvenir, esa horrible desconfianza que hiela el heroismo, el génio y la misma virtud cuando han recorrido gloriosamente la mitad de su carrera y no les queda mas que el martirio. Oia ya aquellas dulces voces que no vienen del cielo, sino del hogar doméstico, y que llaman al hombre desengañado de su ambicion y de su gloria á las humildes ocupaciones de su infancia y á la feliz oscuridad de sus primeros dias.

¡Pobre Juana! ¿Por qué no dió oidos á estas voces? ¿Por qué no fué á ocultar su gloria allá en el fondo de su ignorada aldea? ¡Ay! El rey, el pueblo y el ejército quisieron que continuara siendo su profetisa, su guia, su milagro perpétuo, y le fué necesario obedecer.

Y sin embargo, la Francia no tenia ya necesidad de ella: despertado el patriotismo de aquel pueblo, el suelo mismo arrojaba de sí á los invasores, mientras el antes inactivo y afeminado delfin, arrancado de los brazos de sus queridas por el entusiasmo de una pobre pastora y convertido en un rey valiente y reformador, empezaba á restañar las heridas de la patria.

Arrastrada, pues, de nuevo á los combates, aun triunfó Juana diferentes veces de sus enemigos, siendo herida de un flechazo en la pierna mientras dirigia el trabajo de cegar el foso de París, que defendian los ingleses.

En el sitio del Monasterio de San Pedro, acobardados los soldados, emprendieron la fuga, en tanto que la heroina, inmóvil en su puesto entre la lluvia de flechas y balas que le dirigian, desafiaba á los sitiados con su inaudita audacia.

— ¿Qué haceis, Juana? ¡Estais sola! gritóla el fiel Daulon, que temia por su vida.

— ¡No, respondió ella, señalándole el cielo: tengo cincuenta mil hombres!

Y llamando á grandes voces á sus soldados, atrájoles de nuevo á la pelea; escaló con ellos los muros del fuerte, y se apoderó de él.

Juana presintió siempre que seria víctima de la traicion. Cuando su madre fué á verla á Reims, la preguntó:

— Pero, Juana, ¿tú nada temes?

— No, contestó la jóven: nada temo sino la traicion.

Hallábase en Compiegne defendiéndola como habia defendido á Orleans, y en la víspera de su último combate dijo á sus huéspedes y pajes:

«¡Ay, amigos mios y buenos hijos: os digo con tristeza que hay un

hombre que me ha vendido: se me hace traicion, y me matarán! ¡Rogad á Dios por mí, que ya no serviré mas al rey ni al noble reino de Francia!»

Al dia siguiente hizo una salida y consiguió su última victoria; mas al retirarse, como supieran los enemigos que iba en la retaguardia, volvieron caras y atacaron con ímpetu, sin mas objeto que apoderarse de ella á cualquier precio. Luchó la jóven bravamente logrando desembarazarse de los hombres de armas que la rodeaban, y ya iba á entrar en la ciudad, cuando una mano aleve, vendida al oro inglés, alzó de pronto el puente levadizo, dejándola fuera á la orilla del foso. Aun así combatió largo rato sin querer rendirse, hasta que viéndose cercada de tantos caballeros, se entregó á uno de ellos, llamado Lionel, bastardo de Vandoma, oficial del señor de Luxemburgo, que á su vez dependia del duque de Borgoña.

La doncella de Orleans cayó prisionera el 24 de Mayo de 1430.

Tan pronto como la Inquisicion de París, donde mandaba el rey de Inglaterra, tuvo noticia de aquel suceso, reclamó á Juana por medio del siguiente edicto:

«Cumpliendo los deberes de nuestro oficio, requerimos desde luego y mandamos en nombre de la fé y bajo las penas de derecho, que se conduzca ante nosotros y se nos entregue á la llamada Juana de Arco, sospechosa del crímen de herejía, para proceder contra ella segun las leyes de la santa Inquisicion.»

Rehusó obedecer esta órden el señor de Luxemburgo, á cuyo poder habia ido á parar Juana, y la trasladó al castillo de Beaurevoir, donde la trataron humanamente las señoras de su familia.

La Universidad de París apoyó el mandato de la Inquisicion, escribiendo al de Luxemburgo:

«En verdad que jamás, segun el criterio de todo buen católico, se ha visto hacer mayor lesion á la santa fé, ocasionar tan grave peligro y causar tanto daño al reino como el que resultaria de que Juana se librase de la Inquisicion por un via tan damnable sin el competente castigo.»

Á pesar de todo, resistióse el señor de Luxemburgo; pero el obispo de Beauvais, Pedro Cauchon, solicitado por la Universidad y la Inquisicion, y vendido en cuerpo y alma á los ingleses, intervino en el asunto como autoridad superior eclesiástica, dirigiendo al duque de Borgoña la siguiente requisicion:

«No obstante de que Juana de Arco no debe ser considerada como prisionera de guerra, para recompensar á los que la prendieron y retuvieron, el

rey [1] les dará seis mil libras, [2] y al bastardo que la aprehendió una renta de trescientas libras, y además diez mil libras en depósito para la seguridad del ofrecimiento: todo ello si en muy breve plazo se pone á disposicion del rey ó de la Santa Inquisicion á la dicha Juana de Arco, para que reciba el castigo á que sus crímenes la hicieron acreedora.»

El señor de Luxemburgo, no atreviéndose á resistir al deseo que demostraba el de Borgoña de complacer al obispo, á las exigencias de sus aliados los ingleses, á la Universidad, órgano de la opinion, y á la Inquisicion, órgano de la Iglesia, cedió á su pesar á estas influencias, y puso á la doncella en manos de sus feroces enemigos.

En poder Juana de la Inquisicion, fué llevada en una caja de hierro á Ruan, donde se la encerró en un lóbrego calabozo cargada de cadenas.

Cien doctores eclesiásticos y laicos formaron el tribunal que debia instruir el proceso, siendo el obispo de Beauvais y el vicario del inquisidor general Juan Lemaitre los encargados de pronunciar la sentencia.

Jueces pesquisidores fueron enviados á Domremy y á todas partes en que, habiendo estado Juana, dominaran los ingleses; pero las amigas de infancia de la heroina dieron testimonio de su fé, candor y fervor religioso; los soldados hablaron de ella con entusiasmo y admiracion, y los pueblos con reconocimiento.

No pudiendo perderla por estos medios, sus inícuos jueces introdujeron en su calabozo en calidad de preso á un malvado fraile de su pais, llamado Loiseleur, que se prestó á desempeñar el infame papel de fingirse adherido á la causa de Cárlos VII, para que tomasen nota de sus palabras los tabeliones ó escribanos, testigos invisibles, que, con el conde Warwick y el obispo Cauchon, estaban separados de la desventurada jóven por un delgado tabique, construido de intento para tan nefanda traicion.

Bien pronto se insinuó Loiseleur en el espíritu de la doncella, que le tomó por confesor, y de acuerdo con el obispo, aconsejó á su penitente que prestara ciertas declaraciones muy á propósito para acarrearla una sentencia de muerte.

Temiendo el cobarde Cauchon una conmocion popular en favor de Juana, reunió el tribunal en la misma fortaleza de Ruan, guarnecida por

[1] Enrique VI de Inglaterra, que sucedió á su padre Enrique V, muerto en 1422, y que continuó la guerra para apoderarse de la corona de Francia, que así como el autor de sus dias, creia corresponderle.

[2] Suma bastante considerable para aquella época.

ingleses mandados por el conde de Warwick, capitan de los guardias del rey de Inglaterra.

El dia 21 de Febrero de 1431 compareció Juana por primera vez ante sus jueces, presididos por el obispo de Beauvais.

Preguntada por su edad, contestó que tenia diez y ocho años cumplidos.

Exigiósele en seguida juramento de decir la verdad en cuanto fuere preguntada, y dijo que no ocultaria nada de las cosas que le concernieran á ella sola, y no á Dios ó al rey.

—Sobre las unas, añadió, diré la verdad; pero no sobre las otras, y reflexionad, señores, que siendo mis jueces, arrostrareis una gran responsabilidad ante Dios si me hostigais demasiado.

— ¿Oís aun vuestra voz interior, que os revela el porvenir? preguntóla el obispo.

— Sí, la oigo, respondió la acusada.

— ¿Cuándo la habeis oido últimamente?

— Ayer y tambien hoy.

— ¿Qué hacíais cuando os habló la voz?

— Dormia y ella me despertó.

— ¿Os habeis arrodillado para contestarla?

— No, solo la he dado gracias por su consuelo sentada en mi cama, y la he rogado que me confortara y no me abandonara en mi desgracia.

Despues de esto, como el obispo siguiera apretándola con sus preguntas, repitióle Juana lo que habia dicho al principio de su interrogatorio, á saber: que presentándose como juez y enemigo corria gran riesgo su alma.

— Los niños, añadió, dicen que con frecuencia se ahorca á inocentes por decir la verdad.

— ¿Os creeis, prosiguió el obispo, en estado de gracia?

— Si no lo estoy, vuélvame Dios á ella; y si lo estoy, quiera Dios conservarme en ella.

— ¿Los habitantes de Domremy eran partidarios de los borgoñones ó de los *armagnacs?*

— No conocí mas que uno que fuese borgoñon.

— ¿Asistíais á los juegos de los niños de vuestro lugar que simulaban batallas entre ingleses y franceses?

— No recuerdo haber ido ni una sola vez: lo que recuerdo es que algunas veces salian de aquellas peleas los niños heridos y ensangrentados.

— En vuestra niñez, ¿profesábais odio á los borgoñones?

— Tenia vivos deseos de que el delfin recobrara su reino.

Insistió mucho otro dia el tribunal en saber en qué consistian las revelaciones de aquellos espíritus á quienes llamaba Santa Catalina y Santa Margarita, y ella contestó con severidad:

— Hay revelaciones que solo al rey de Francia hacen referencia, y no á los que se atreven á interrogarme.

— ¿Estaban desnudos esos espíritus cuando os visitaban? preguntó un juez.

— ¿Creeis acaso, respondió Juana, que el Rey de los cielos carece de luz para vestirlos?

— ¿Querríais decirnos, la preguntaron, qué señal dísteis al delfin para que conociera que íbais de parte de Dios?

— Ya os dije que de lo concerniente al delfin nada diria: id á preguntárselo á él mismo.

— ¿Vuestras reveladoras, interrogó insidiosamente Cauchon, os han predicho que os libraríais de la muerte?

— Eso no tiene que ver con el proceso, repuso Juana. ¿Quereis, pues, que hable en contra mia? Dejo mi suerte encomendada á Dios, que dispondrá de ella segun voluntad.

— Cuando fuísteis presentada á la reina, ¿no la pedísteis vestidos de hombre?

— Es verdad.

— ¿No os aconsejaron dejar la vestidura de hombre de guerra y tomar los vestidos de mujer?

— Sí, en verdad, y yo contesté que no los cambiaria sino por órden de Dios. La hija del señor de Luxemburgo, que suplicaba á su padre que no me entregase á los ingleses, me lo aconsejó, como igualmente la señora de Beaurevoir, estando prisionera en su castillo. Me ofrecieron vestidos de mujer, ó tela para hacerlos, y contesté que no teniendo aun permiso de Dios, no era ocasion de ello. Si sin ofender á mi Señor hubiera podido hacerlo, á ellas mas que á otra dama alguna de Francia, exceptuada la reina, hubiera complacido.

— ¿Habeis mandado hacer imágenes á vuestra semejanza? ¿Se rezaban oraciones y plegarias en vuestro nombre?

— Ignoro si han orado en mi nombre los afiliados á nuestra causa; y si lo han hecho, no fué, en verdad, con mi consentimiento. Si han rogado por

mí, á mi parecer no han hecho mal alguno. Es positivo que mucha gente expresaba su alegría al verme besando mis vestidos, mis armas, mi estandarte y lo que podian alcanzar de mí. Los pobres se me acercaban confiadamente, porque notaban que no me inspiraban repugnancia, sino que les socorria preservándoles en lo posible de los males de la guerra. Las mujeres y las jóvenes tocaban mi sortija con las suyas, pero no habia mala intencion en ellas.

— ¿No os dió vuestro rey escudo, armas y tesoro?

— No tuve escudo, ni armas; pero el rey distinguió con ellos á mis hermanos. De él solo he recibido cinco caballos de batalla, siete de carga y el dinero necesario para mis mas precisos gastos.

Se la preguntó tambien si en el anillo que llevaba en el dedo habia algun signo mágico, ya que contínuamente le miraba en las batallas, y respondió que solo se leia en él el nombre de *Jesus*, y que porque le recordaba á su padre y madre se complacia en sentirlo en su dedo.

— ¿Por qué, cuando la consagracion del rey en Reims, hicísteis llevar vuestro estandarte á la catedral?

— Porque, respondió Juana animándose, ya que habia estado en los peligros, justo era que tomara parte en el triunfo.

En vez de separar la causa política de la religiosa, el tribunal las amalgamó, formando una sola representada por la Inquisicion y los obispos, y sostuvo que hacer la guerra á Enrique VI, al rey que apoyaba la Iglesia, era renegar de la misma Iglesia.

Basadas, pues, en semejante sofisma, hiciéronse á la pobre jóven muchas preguntas, que ella eludió respondiendo invariablemente:

— Apelo de vuestros juicios al de Dios.

— En fin, la dijeron, ¿quereis ó no someteros al Papa?

— Llevadme ante él y le contestaré á él mismo.

Las cadenas de que iba cargada la infeliz, la tortura moral de los interrogatorios, el mal trato de sus carceleros y los anuncios de que moriria quemada, alteraron tan profundamente su salud, que tuvieron que suspenderse los procedimientos.

Mas no por eso dejó Cauchon de acosar á su víctima, llegando hasta introducirse con sus asesores en el calabozo de la doncella, prometiéndose alcanzar de Juana enferma alguna contestacion ambigua que trascendiera á herejía, y hubiera conseguido su propósito, si compadecido uno de los jueces no hubiera preguntado á la presa si se sometia de corazon á un concilio.

Ignoraba la cándida jóven qué cosa era un concilio, y en cuanto supo que consistia en una junta de prelados que decidia sobre puntos religiosos, contestó que se sometia á él.

Cumpliendo su deber, el tabelion escribió la respuesta ; mas el obispo, viendo escapársele su presa por aquella contestacion, exclamó dirigiéndose al juez :

— ¡De parte de Dios, os mando que calleis; y á vos, tabelion, os prohibo que escribais la respuesta !

Juana entonces, mirando con desprecio á Cauchon, le dijo :

— ¡ Ay ! ¡ Escribís lo que me perjudica, y no quereis escribir lo que me favorece !

Todavía fueron mas allá los verdugos de la noble jóven. Informado Warwick por el obispo de lo que pasaba, llamó al juez inhábil y misericordioso, y echándole en cara el que inspirase á la acusada las contestaciones que podian salvarla, le amenazó con coserle dentro de un saco y arrojarle al rio. Ante la irritacion de Warwick y del obispo, muchos miembros del tribunal desaparecieron de Ruan.

Hubo algunos testigos que querian declarar en favor de Juana; mas unos tuvieron que huir y otros fueron muertos á puñaladas.

En París se quemó á una mujer del pueblo por haber dicho que Juana era una jóven virtuosa y santa.

En cuanto la doncella se hubo restablecido de su dolencia, pusiéronla como guardas de vista algunos soldados ingleses acostumbrados á vivir del saqueo y en la crápula. Tres de ellos dormian en el mismo calabozo de la víctima, y se complacian en representarla los tormentos de la muerte á que, segun decian, iba á ser condenada, amenazándola además conque, antes de que esto sucediera, ellos la harian sufrir los últimos ultrajes que pueden inferirse á una mujer.

Hé aquí porqué la infeliz Juana no se quitaba nunca la coraza y demas piezas de su armadura que creia podrian defender su pureza de la brutalidad de aquellos hombres, proporcionando así un nuevo pretexto al malvado Cauchon para que la acusara de que aun en la cárcel preferia los vestidos que recordaban sus faltas á los de la mujer casta y honrada.

Consultado el proceso con la Universidad de París, declaró ésta que Juana estaba poseïda de Satanás; que fué impía para con su familia, y que se habia mostrado sedienta de la sangre de los fieles.

Segun opinion de diversos legistas que tambien fueron consultados,

quedó sentada la culpabilidad de Juana, pero *únicamente en el caso de que se obstinara en sus errores.*

Como la opinion de los habitantes de Ruan empezara á declararse en favor de Juana, pensaron el obispo y la Inquisicion que convenia arrancar de la víctima una apariencia de pública abjuracion de sus *errores,* creyendo de este modo calmar al pueblo y satisfacer á los ingleses. Con tal objeto mandaron levantar dos tablados en el cementerio que estaba detrás de la catedral, en uno de los cuales se colocaron el cardenal de Winchester y Cauchon, representando el primero el poder real de los ingleses en Francia y el segundo el servilismo que vende á su patria por los honores y el poder: los jueces, doctores, clero, asesores y predicadores de la Universidad que se veian detrás de los citados personajes representaban la legalidad al servicio de la fuerza. En el otro tablado, cargada de cadenas y sujeta por una argolla á un robusto poste, apareció Juana rodeada de tabeliones dispuestos á escribir sus palabras y de ministros del tormento prontos á arrancar por el dolor las declaraciones necesarias para justificar la sentencia del tribunal. En frente de la víctima se habia puesto al verdugo al lado de una carreta.

Numeroso pueblo asistia á aquel lúgubre espectáculo. Un predicador ignorante y fanático empezó á apostrofar á la acusada, esforzándose porque se sometiera á la decision de la Iglesia acerca de los dos competidores al trono francés.

— ¡ Oh, noble casa de Francia, aullaba el energúmeno; noble casa de Francia, que fuiste siempre la protectora del catolicismo! ¿Cómo has podido pervertirte hasta aliarte á una hereje cismática? ¡ Sí, á tí me refiero, Juana: á tí te digo que tu rey es cismático y hereje!

— ¡ Por mi fé, padre, exclamó Juana, interrumpiendo al predicador; juro que mi rey es el mas noble cristiano entre los cristianos; que ama mas que nadie la fé y á la Iglesia, y que no es nada de lo que decís!

— ¡ Haced que calle! gritó el obispo de Beauvais á los ministros del tribunal, que impusieron silencio á la acusada.

Entonces leyóla el obispo un modelo de retractacion, conjurándola que á él se conformara.

— ¡ Yo quiero someterme al Papa! exclamó la infeliz.

— Está demasiado lejos el Papa, contestó el obispo.

— ¡ Á la hoguera con ella! gritó el predicador.

Una gran parte de los espectadores instaron vivamente á Juana á

que obedeciera el mandato del tribunal, y habiéndola explicado que la retractacion solo se referia á su ignorancia respecto á las cosas de Dios, sin implicar la causa que habia defendido con las armas, dijo en alta voz:

— ¡ Pues bien: ya que así lo quereis, firmaré ese escrito!

Al oir estas palabras la muchedumbre exhaló un grito de alegría, é inmediatamente se adelantó un tabelion á leer á la doncella su sentencia, por la que se la condenaba á reclusion perpétua para que expiase sus pecados *comiendo el pan del dolor* y *bebiendo el agua de la agonía.*

Habia entre la multitud reunida en el cementerio muchos partidarios de los *armagnacs* y soldados ingleses á quienes desagradó la sentencia por no satisfacer su sed de venganza, y considerando que el tribunal soltaba por cobardía su presa, empezaron á lanzar feroces alaridos y á arrojar una lluvia de piedras y huesos sobre los jueces, á quienes llamaban miserables traidores vendidos á los borgoñones.

Asustados los jueces, y no sabiendo cómo escapar á la tormenta, dijeron á los mas exaltados:

« ¡ Bah, no tengais cuidado, que aunque hoy salga de aquí sana y salva la hechicera, tardareis poco en verla en el cadalso!»

En efecto, desde el momento en que el obispo de Beauvais se convenció de que en el pueblo dominaba el elemento inglés, procuró complacerle. Á este fin mandó quitar del calabozo de Juana, mientras ella dormia, los vestidos de mujer conque se presentara en la audiencia del cementerio, y no teniendo la desventurada otros que los de hombre de armas que se le dejaron, tuvo necesariamente que cubrirse con ellos.

Advertido el obispo del resultado de su infame ardid, se presentó al momento en la prision, acompañado de algunos jueces, que extendieron una acta en que constaba que la pobre jóven habia reincidido en sus *crímenes*, y como impenitente fué condenada á morir en la hoguera.

Cuando se le leyó su nueva sentencia, dijo extendiendo los brazos cuanto lo permitian sus cadenas:

— ¡ Apelo á Dios, al supremo Juez, de la injusticia y barbarie de los hombres! Pero, ¡ ay de mí, que mi cuerpo nunca manchado por la corrupcion será reducido á cenizas! ¡ Preferiria ser decapitada diez veces á morir en las llamas!

Debiendo ejecutarse inmediatamente la sentencia, como último consuelo dieron á la infeliz la comunion en el calabozo, y como el inícuo

Cauchon asistiera á aquel solemne acto y le viese Juana, díjole con melancólico acento:

« ¡ Obispo, obispo, muero por culpa vuestra ! »

Devolviéronla los vestidos de mujer para ir al suplicio, á donde fué conducida en un carro entre un sacerdote y un ayudante del verdugo.

El hipócrita Loiseleur, que habia vendido á Cauchon el secreto de la confesion de Juana, subió al carro para pedirla que le perdonase su traicion.

« ¡ Oh, Ruan ! ¡ Ruan ! decia la pobre mártir: ¿ es aquí donde debo morir ?»

El obispo, el inquisidor, la Universidad, los doctores, los jueces, los sayones esperaban á la condenada sobre un estrado que se alzaba en la Plaza del *Mercado Viejo.* En frente del estrado se veia una elevada plataforma de mampostería, con un monton de troncos y leña seca preparados para el sacrificio.

Cuando llegó el carro delante del estrado, un fraile que formaba parte del tribunal, exclamó con estentórea voz:

« ¡ Muere en paz, Juana: la Iglesia no puede defenderte y te abandona al brazo secular ! »

Entonces la doncella se dirigió á la muchedumbre, pidiéndola que orase por su alma, con un acento tan lleno de ternura, que muchos de los jueces y doctores abandonaron sollozando el estrado.

Despues de esto, confesóse en alta voz de todos los errores que por ignorancia podia haber cometido durante su mision en la tierra, y habiendo pedido la gracia de morir abrazada á una cruz, se resistia Cauchon á concedérsela; pero compadecido un inglés, formó con dos ramas de árbol una cruz, y la entregó á la jóven, que despues de besar fervorosamente el signo de redencion, abriendo su vestido lo colocó sobre su pecho, como si esperara de él algun prodigio en el supremo trance en que se hallaba.

Un instante despues la arrastraron los sayones hasta la pira; atáronla con cadenas al fatal poste que sobresalia en su centro, y como permaneciera junto á ella el sacerdote que la auxiliaba, prodigándola sus consuelos cuando ya el verdugo habia pegado fuego á la leña:

« ¡ Jesus !... ¡ Retiraos, padre mio, exclamó; retiraos, y cuando las llamas rodeen mi cuerpo, levantad la cruz para que la vea al morir, y elevad la voz, para que oiga vuestras santas palabras hasta el fin ! »

El obispo de Beauvais, esperando quizá que se escapara á la víctima

en medio de sus horribles sufrimientos un grito ó una exclamacion que justificase la bárbara sentencia, se acercó á la hoguera.

« ¡ Obispo, obispo, le gritó Juana; vos sois la causa de mi muerte! »

Luego, mirando á través de las llamas á la muchedumbre que la rodeaba, exclamó:

« ¡ Oh, Ruan, quiera Dios que un dia no tengas que expiar mi muerte! »

Dichas estas palabras oró en voz baja.

Tan perfecto silencio reinaba en la plaza, que podia oirse el chisporroteo de la leña segun iba encendiéndose.

De repente un grito de horror y de dolor salió de la pira extremeciendo á los espectadores.

« ¡ Agua! ¡ agua! » gritó la víctima obedeciendo al instinto de la naturaleza.

Pero las llamas la rodearon completamente, y el confesor solo pudo oir la voz expirante de la sublime mártir pronunciando la palabra:

« ¡ Jesus! »

El suplicio de Juana de Arco tuvo lugar el dia 30 de Mayo de 1431.

Veinte y cinco años despues el Papa Calisto III revisó el proceso de la doncella, y la declaró MARTIR é INOCENTE.

En cuanto á Cárlos VII, ingrato y egoista como todos los reyes, se contentó con ennoblecer á la familia de la que le habia dado un trono, dejándola perecer en la hoguera, cuando pudo impedir su muerte sin mas que ponerse á la cabeza de su ejército, que ansiaba arrancar á la heroina de las garras de sus feroces asesinos.

Indudablemente la inspiracion de Juana fué superior á todos los cálculos de los mayores políticos de su tiempo. Guiada únicamente por el inmenso amor que sentia hácia su pais, la sencilla aldeana comprendió que para sacudir el yugo extranjero debian sus compatriotas aunar sus voluntades y sus esfuerzos, agrupándose en torno del príncipe jóven é interesante por su infortunio, que al disputar su corona á los invasores, tremolaba en su mano la bandera de la independencia. Pero como para concertar y dirigir los elementos de resistencia que aun quedaban en Francia fuera necesario una víctima, Juana ofreció su vida y una imaginacion poderosa que en determinados instantes tomaba lo ideal por lo real convirtiéndola en visionaria de las ilusiones del corazon. Así una niña de diez y siete años pudo imponerse á un rey, á una córte y á un pueblo, y quebrantar las cadenas de sus conciudadanos infundiéndoles el santo entusiasmo que ardia

en su noble pecho para luchar sin tregua ni descanso contra los enemigos de la patria.

Si pudiera abrigarse alguna duda acerca del decisivo influjo que ejerció la doncella en los destinos de la Francia, bastaria para desvanecerla leer las siguientes líneas que uno de sus verdugos, el cardenal de Winchester, dirigió despues de la victoria de Orleans á su rey Enrique VI, desde aquel París que estaba en poder de las armas inglesas:

« La causa de nuestras desgracias es una jóven bruja que por medio de sortilegios *ha devuelto el alma á los franceses.* »

Siguiendo paso á paso la historia, que en medio de su severa sencillez es el mas noble monumento literario que pudiera elevarse á Juana de Arco, dejamos narrada la vida y hechos de esta mujer verdaderamente ilustre, á quien mira la Francia como una de sus mas puras glorias, y á quien ha adjudicado el título de *Santa de la Patria* mientras espera el dia de poder venerarla en los altares.

Inmortalizada por el pincel de Ingres y por el cincel de los mas distinguidos escultores franceses, Schiller, Southey, Soumet, Delavigne, Süe, Lamartine, Víctor Hugo, Michelet y otros cien inspirados autores modernos cantaron dignamente la vida y martirio de la sublime *doncella de Orleans* ora en bellísimas composiciones dramáticas, en majestuosos poemas ó bien en elocuentes biografías.

El lector que quisiera conocer el texto auténtico del proceso de Juana de Arco, lo hallará publicado por Julio Quicherat en la coleccion de la *Sociedad de la Historia de Francia,* París, 5 tomos en 8.°

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE JUANA DE ARCO.



CRISTOBAL COLON

[illegible]

[illegible] qué manera [illegible] con el [illegible]

[illegible] severa é imparcial [illegible] aquella parte [illegible]

En efecto, el ilustre [illegible] de [illegible] argonautas, [illegible] de conquistar el vellocino de [illegible] que simboliza el comercio, completa con su [illegible]



CRISTOBAL COLON.

(1436 ó 1441 á 1506 DESPUES DE J. C.)

Al empezar la biografía de uno de los hombres que mas brillan en la historia de la humanidad quisiéramos encontrar las huellas de su infancia y ver de qué manera, conqué rasgos se anunciaron en su tierna edad las cualidades que debian ilustrar su nombre; mas ni los libros que en tan gran número se han publicado sobre Colon, ni los manuscritos inéditos que hemos revisado nada dicen acerca de su niñez y aclaran muy poco la oscuridad en que permanecen ocultos los primeros años de su juventud. Sin estos aditamentos queda en pié, sola, aislada, la figura mas augusta de la historia, sirviendo de límite entre la edad Media, que se extingue con el siglo xv, y la edad Moderna, que se levanta con el descubrimiento de la América.

De Alejandro, Julio César, Carlo-Magno, Cárlos V y Napoleon I la historia, severa é imparcial, aquilatará el mérito, aplaudiendo únicamente en ellos aquella parte conque contribuyeron, quizá inconscientemente, al progreso de las naciones; pero mientras brille en el mundo la luz de la ciencia la humanidad hablará de Colon como de un génio bienhechor que domó la naturaleza ofreciendo un nuevo mundo al estudio de los hombres.

En efecto: el ilustre piloto de los nuevos argonautas, además de conquistar el vellocino de oro, que simboliza el comercio, completa con su descubrimiento la geografía moderna, ensancha los límites de la etnografía é historia natural, establece las bases del estudio del magnetismo terrestre

y halla nuevos espacios celestes donde brillan estrellas y nebulosas desconocidas por los astrónomos de la antigüedad.

Ahora bien: ¿en qué tiempos se vió á una civilizacion recibir de una vez un legado tan considerable de materiales para servir de fundamento á una descripcion física del mundo? ¿En qué época, ni antes ni despues, se ha comunicado á las muchedumbres una idea que pudiera causar sensacion tan profunda como el concepto, la conviccion, la prueba material de que hay antípodas, de que en la tierra, como decia Dante, reside un punto central al cual se dirigen todos los cuerpos?

Sin duda los hombres no sintieron ni sentirán jamás una impresion tan profunda é instantánea, ni capaz de causar cambios tan extraordinarios en los destinos de la humanidad como la que causó Colon.

Y sin embargo, solo Fernando el Católico no participó del general entusiasmo, ni le cautivó la magnitud del hecho, ni como rey pensó siquiera en la extension que podia dar á sus colonias, en la abundancia de productos exóticos que atraeria á los mercados españoles, ni en el impulso que por este medio recibiria la industria patria. Así, ¿qué extraño es que tan adusto soberano rompiera el contrato que firmara con Colon, que le encadenara como á un criminal y que le viera impasible morir en la miseria, si en su ruindad le dolia que se enriqueciese, mirando en él tan solo á un extranjero pobre y sin valía?

Pobre y oscura, es cierto, fué la ascendencia de tan grande hombre, procediendo de aquí sin duda la oscuridad que envuelve su infancia, su adolescencia y aun su juventud. Ignórase el año y sitio de su nacimiento, fijándose el primero en 1436 ó 1441 de la era cristiana, y atribuyéndose el noble timbre de haber mecido la cuna de Colon á la ciudad de Génova.

Vivia allí el padre del futuro descubridor con su esposa Susana Fontanara, ejerciendo el humilde oficio de cardador de lanas, profesion que, sin embargo, debe considerarse como muy noble y elevada, ya que de ella salieron los recursos indispensables para sufragar los gastos de una instruccion que abrió las puertas de la ciencia al inmortal marino y á sus dos hermanos menores Bartolomé y Diego, que con tanto entusiasmo le secundaron en su grandiosa empresa. De una hermana de Cristóbal hablan tambien las crónicas; pero solo se sabe de ella que contrajo matrimonio con un llamado Diego Bavarello, de quien no se ocupa la historia.

Cristóbal Colombo, como se nombraba en Italia nuestro héroe, hacia derivar su apellido del romano *Colonus,* y si abreviándole se presentó en

España con el de Colon, fué porque presintiendo la inmensa gloria que debia granjearle su descubrimiento, no quiso que sus descendientes se confundieran con los de las ramas colaterales de su familia. Abundando en iguales sentimientos su hijo Fernando, despreció los halagos de muchas nobles casas italianas que pretendian estar unidas á él por los vínculos del parentesco.

« Es mas glorioso, dijo, que date del descubridor de América la nobleza de mi familia; porque creo que menos honra recibiria yo de una nobleza de abolengo que de ser hijo de tal padre. »

Desde su mas tierna infancia aprendió Cristóbal á leer, escribir, aritmética, dibujo y pintura, en cuyas artes, segun Las-Casas, sabia lo suficiente para con cualquiera de ellas ganarse holgadamente la vida. Mas tarde fué enviado á la gran academia lombarda, á Pavía, donde aprendió gramática, se perfeccionó en el latin y emprendió con verdadero entusiasmo los estudios de la geometría, geografía, astrología y náutica, á la que particularmente demostraba una viva aficion.

Tales fueron los rudimentos científicos que como semillas se depositaron en la inteligencia de nuestro adolescente antes de que se dedicara á la penosa profesion de marino, y juzgando sin duda por la insignificancia de ellos, autores de nota afirman que Colon no fué un sabio. Mucho tememos que en el caso presente se haya confundido la sabiduría con la erudicion, que supone constante lectura y vastísima memoria, mientras que el sabio se distingue por la actividad y extension de sus facultades dicursivas é imaginativas y por la rectitud de sus juicios; y cuando una extremada pasion exalta estas facultades, aunque solo se fijen en puntos concretos de una ciencia ó arte, entonces mas que sabiduría es *génio,* el cual es vivo en aprender, pronto en imaginar, activo en producir é imponente por sus concepciones y obras, tanto, que arrastra al comun de las gentes si el destino no le ha llevado mucho mas allá de la meta que puede alcanzar su época.

Quizá tengan razon en decir que Colon no fué sabio en el sentido mezquino de la palabra; pero el mismo mecanismo de las sociedades humanas suple aquel abundoso fondo de conocimientos indispensables á las inteligencias de primer órden, porque cada época derrama sobre las muchedumbres sus adelantos en obras, instrumentos, libros, discursos, leyes é instituciones, adelantos que se infiltran en la sociedad, y que no solamente levantan el nivel del comun saber, sino que alcanzan primero al hombre de génio, cuya instruccion quizá haya sido un tanto incompleta ó descuidada. Entonces, asimilándose el génio las conclusiones de la ciencia, las

perfecciona ó modifica á su antojo y las detiene ó abre mas ancho cauce para que sirvan de base á nuevos descubrimientos.

Todos sabemos lo que hizo Colon empezando su carrera con tan pobre caudal científico; mas no debemos olvidar que la imprenta, apenas nacida, difundia ya un raudal de libros que nuestro jóven podia leer en italiano, portugués, castellano y latin, cuyos idiomas conocia.

Con tales rudimentos y su pasion por el mar, arrojóse denodadamente nuestro héroe á la edad de quince años á los azares de la vida marítima.

Terrible era entonces el ejercicio de la navegacion. La guerra interminable con los mahometanos; la sostenida en el Mediterráneo entre los Estados italianos y la corona de Aragon por monopolizar el comercio asiático; la de Nápoles con Francia; los corsarios catalanes y griegos, y las flotas de casas nobles que, como pequeños soberanos, procuraban medrar con los disturbios, obligaban á armarse á las naves mercantes que solian salir de los puertos en flotillas para defenderse de aquella piratería mas ó menos legalizada por las costumbres marítimas de tan desastrosos tiempos.

Á tal escuela de combates y sorpresas, de pillaje, desolacion é incendio asistió el jóven marino bajo la direccion de dos intrépidos parientes suyos, célebres por sus hazañas, que llevaban el apellido de Colombo y que muchos han confundido con nuestro héroe.

Si el alma de Colon no tuviera un temple superior, se degradara sin duda en aquella escuela de ruines pasiones, de sangrientas escenas y horribles peligros: en ella sin embargo, segun justificaron sus hechos posteriores, aprendió el difícil arte de dominar las circunstancias, de imponerse á los caracteres díscolos y perversos, de luchar contra los hombres y las tempestades, de conseguir grandes resultados con nimios recursos y de estar prevenido contra la desgracia siendo siempre dueño de sí mismo.

Las borrascas del mar y las guerras marítimas, si frecuentemente abaten los corazones comunes, subliman los generosos y elevados. Hé aquí porqué salió Colon de tan ruda prueba pensando en alcanzar la mayor gloria á que jamás aspirara hombre alguno.

Con referencia á esta parte de su vida sábese, segun cuenta el baron de Bonnefoux, capitan de navío de la marina francesa, que se distinguió tanto por su valor como por su pericia naval en la guerra que durante cuatro años sostuvo inútilmente la casa de Anjou por posesionarse del reino de Nápoles. Á un episodio de esta guerra se refiere el mismo Colon en una de sus cartas á los reyes Católicos, de la cual trascribimos el siguiente párrafo:

«Me sucedió que el rey Reinier,[1] que ya le llevó Dios, me envió á Túnez para tomar la galeota Fernandina, y habiendo llegado cerca de la isla de San Pedro en Cerdeña, me dijeron que habia dos navíos y una carraca con la referida galeota; por lo cual se turbó mi gente y determinó no pasar adelante, sino de volverse atrás, á Marsella, por otro navío y mas gente. Yo, que con ningun arte podia forzar su voluntad, convine en lo que querian, y mudando la punta de la brújula, hice desplegar las velas, siendo por la tarde, y el dia siguiente al salir el sol nos hallamos dentro del cabo de Cartagena,[2] estando todos en concepto firme de que íbamos á Marsella.»

Colon, despues de un rudo combate, llevóse prisionera la galeota, ahuyentando los navíos que la custodiaban.

Esta atrevida hazaña y la estratagema de que se valió ocultando el rumbo á su tripulacion, anuncian ya al bravo capitan que domó mas tarde á los recelosos y rebeldes marinos que le acompañaron en su primer viaje de descubrimiento y á los cuales tambien ocultó el rumbo hurtándoles diariamente diez ó mas leguas de camino andado.

Siguió guerreando Colon en los mares de Levante, ya contra los mahometanos, ya contra la república de Venecia, constante enemiga de los genoveses. Tambien militó por Luis XI de Francia, apoderándose mientras estaba á su servicio de dos galeras españolas, en represalias de haber invadido los reyes de Aragon y Castilla el Rosellon, cuya restitucion pretendian.

Nada mas se sabe acerca de la juventud y aventuras de nuestro personaje hasta que se le vé aparecer en Lisboa en 1470, atraido allí, segun algunos biógrafos, por las grandes empresas marítimas de los portugueses, y llevado, segun su hijo Fernando, por el naufragio de la galera que mandaba.

Á lo que parece, formaba parte aquella galera de una escuadrilla que navegaba á las órdenes de Colombo, sobrino del almirante genovés del mismo apellido, corsario terrible á quien las madres moras no podian oir nombrar sin extremecerse.

Iba la expedicion al encuentro de cuatro grandes galeras venecianas que volvian de Holanda cargadas de ricas mercancías.

Á la vista de la escuadrilla las galeras de Venecia se apercibieron al combate, el cual tuvo lugar en las aguas comprendidas entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Despues de haber cambiado muchas andanadas, los

[1] Renato, conde de Provenza.

[2] El cabo de Cartago, en el golfo de Túnez, no distante del puerto del mismo nombre.

contendientes llegaron á acercarse tanto que fué ya inevitable el abordaje.

Aferrada la nave de Colon á una de las galeras venecianas, por una y otra parte se combatió como en terreno firme, haciendo uso del hacha y del sable, y no pudiendo ninguno de los buques adversarios rendir á su enemigo, apelaron ambos á los frascos de pólvora y otras materias incendiarias, y por fin á las granadas de mano, con lo cual prendió el fuego en los bajeles que al fin el mar tragó.

Viendo hundirse la nave bajo sus piés, echóse al agua nuestro héroe, y la casualidad vino en su auxilio poniendo un remo al alcance de su mano; y ya nadando, ya descansando, pudo llegar á la costa de Portugal, despues de tres horas de angustiosos esfuerzos.

Hospitalaria era la playa á que llegó casi sin aliento, viéndose recogido por unas buenas gentes, que le cuidaron con esmero, proporcionándole despues medios para trasladarse á Lisboa.

Á la fama que le granjearan sus proezas marítimas debió Colon la buena acogida que le dispensaron los genoveses residentes en Lisboa, los cuales le pusieron al punto en relaciones con distinguidos personajes portugueses.

Estaba ya bastante adelantado el año 1470 cuando Colon estableció su domicilio en Portugal, ocupándose en dibujar mapas de navegacion, que como salidos de mano de tan hábil cosmógrafo, tuvieron mucha estima y le pusieron en comunicacion con las personas doctas de Lisboa.

En la época de que vamos hablando hallábase el esforzado marino en aquel precioso y comprometido período de la vida que podríamos llamar de calma ó de parada interpuesto entre la juventud y la edad madura, en que las ideas que han dormitado en el cerebro salen de su estado latente para tomar formas claras, precisas; período en que se examinan todos los actos de la vida en averiguacion de si las fuerzas propias son suficientes para acometer un porvenir, no ya nebuloso y vago como se vé desde la juventud, sino preciso, determinado, como el camino que conduce á la cima de un monte donde debe encontrarse un templo ó un abismo, la vida ó la muerte, la gloria ó el martirio.

En este momento de análisis de lo pasado y de síntesis de lo porvenir se hallaba nuestro héroe cuando fijó su residencia en Portugal, decidido á disipar las tinieblas que envolvian los límites occidentales de Europa y los orientales del Ásia. ¡ Grandes debieron ser las ánsias de Colon en este momento decisivo de su destino! Las fuerzas del individuo, harto débiles

cuando deben medirse con la resistencia que ofrecen los hombres, reacios siempre á todo género de progresos y reformas, y mas débiles aun para penetrar la naturaleza que impasible mantiene guardados sus secretos por estrechas leyes que aparecen como enmarañados hilos de sus complicados laberintos, fueron bastantes, sin embargo, para darle la conviccion de vencer á los hombres y de unir entre sí los límites del mundo.

Para sobreponerse á la creencia general de que la tierra era plana y de que los cielos, como dice la Escritura, son solo su dosel; para desvirtuar la negacion de los antípodas sostenida por San Agustin y generalmente seguida por la Iglesia católica, era necesario que las luces hasta entonces apagadas de la ciencia y encendidas por la imprenta propagasen las opiniones de Aristóteles, Estrabon, Séneca, Plinio y Tolomeo sobre la esfericidad de la tierra, y que comprendiendo el hombre la unidad de la naturaleza terrestre viese por todas partes, salvo la variedad de climas y de estaciones, la regularidad de mares alternados con tierras pobladas.

De la fuerza atractiva que entrevió Dante; que descubrió Copérnico cuando Colon moria y cuyas leyes encontró Newton, tuvo el futuro almirante una prueba evidente, ya que los viajes de Marco Polo al extremo oriental del Ásia y el descubrimiento de las Azores en el Occidente de Europa abrazaban en realidad la semicircunferencia terrestre. Así, la existencia de los antípodas estaba demostrada para Colon, y por lo tanto la actividad de una fuerza atractiva central que retiene los cuerpos en la periferia terrestre.

La luz que brillaba ante nuestro esforzado navegante no le deslumbró; exaltó solamente su imaginacion, y en el delirio de la inspiracion se creyó predestinado por Dios para guiar á las nuevas generaciones hácia Occidente.

Aparte de lo dicho, existian otras causas que influyeron poderosamente en su ánimo emprendedor. De la civilizacion se ha dicho en nuestros tiempos que, como el curso aparente de las lumbreras del cielo, se dirigia hácia Occidente, y hácia este punto van tambien los vientos alisios y las corrientes ecuatoriales, orígen y fundamento de las demas corrientes marítimas. Los sabios de la antigüedad tenian predileccion por este punto cardinal de la tierra. Los naturales del Indostan decian que la isla blanca de Occidente era un lugar de delicias: en Occidente colocó Confucio su paraiso: los sacerdotes egipcios y Solon y Platon situaron mas allá de las columnas de Hércules una grande isla que se hundió, segun ellos, en las profundidades del mar, quedando como testimonio de su existencia los archipiélagos

occidentales de Cabo-Verde, Canarias, Madera y Azores, abundando en la isla, al decir de aquellos sabios, los frutos mas delicados, maderas olorosas, oro, plata y otros metales, pájaros de esplendente plumaje y numerosos elefantes: la Antilla de Aristóteles estaba en Occidente, y en fin, la creencia en un pais occidental afortunado fué tan general entre los griegos, que colocaron el Elíseo en Occidente, cuya tradicion, heredada por los romanos, se propagó al resto de Europa. Esto fué causa de que en el siglo XV la fantasía de los españoles y portugueses diese cuerpo á las apariencias atmosféricas de islas occidentales, ya pobladas, segun una leyenda, por siete obispos españoles que, seguidos de una multitud de fieles huyeron de la invasion agarena, ya colonizadas en el siglo VI por el escocés San Brandan, ó bien trasformadas por una ilusion óptica en la Antilla de Aristóteles.

Así la imaginacion vagabunda de los antiguos iba indicando desde las profundidades de la historia la existencia de un mundo occidental, y esta creencia que, cual dejamos indicado, llegó viva hasta el siglo XV, inspiró á los pueblos y á los ingenios meridionales y ejerció su necesario influjo en el ánimo de Colon.

La actividad de su espíritu sintético recibió todavía nuevas excitaciones residiendo en un pais que aplicaba sus fuerzas productivas á los descubrimientos de la costa africana. Hé aquí porqué, consagrándose dia y noche á desarrollar la idea que cruzara su mente, determinó la situacion respectiva de todos los paises de la tierra conocida; anotó en sus cartas de navegacion y discutió en sus memorias todas las islas de que hacian mencion los antiguos, las tierras nuevamente descubiertas y aun las imaginarias de sus contemporáneos, y señalando en su mapa-mundi la direccion de los vientos alisios, sospechada por él en sus viajes á las Canarias, trazó definitivamente el derrotero que debia seguir en su futuro viaje de descubrimientos.

En estos momentos de sublime inspiracion, de esperanza, de fé en las propias fuerzas, sintió nuestro marino la inefable satisfaccion de ver teóricamente resuelto un problema de la mayor trascendencia para la humanidad; aspiró las auras de la gloria, y su corazon se abrió á todas las expansiones y á todos los afectos. ¡Cuán gratas debieron parecerle entonces la vida, la amistad, la familia!

Quizás por esto, y contando ya la edad de treinta y cinco años, pensó por primera vez en su vida en compartir con una mujer el tesoro de ternura que abrigaba su pecho. Con tal propósito puso los ojos en la huérfana de un navegante ilustre, italiano como él, que naturalizado en Portugal, habia

consagrado su saber á su patria adoptiva, contribuyendo á los descubrimientos en la costa africana. Llamábase este marino Palestrello, y habia adquirido algunas tierras en Puerto-Santo, una de las islas de Madera, que colonizó y gobernó, dejando á su muerte rica de gloria á su hija, pero escasa de bienes de fortuna.

Colon se hallaba entonces en el pleno desarrollo de sus facultades físicas é intelectuales. Era alto, bien formado y de temperamento nervioso; tenia cara oval, ni llena ni enjuta, ancha frente, nariz aguileña, color blanco y sonrosado, ojos grises y animados y cabello rubio, aunque prematuramente encanecido. Sencillo en el vestir, se mostraba sóbrio en la comida y de un trato suave y afectuoso en la intimidad, pero grave y altivo cuando se le ofendia injustamente ó cuando tenia que oponerse á la dominacion de los demas.

Á pesar de la vida licenciosa de las gentes de su tiempo, Colon se mantuvo puro en sus costumbres y lenguaje; no se olvidó nunca de su patria nativa, y proveyó ámpliamente á las necesidades de sus viejos padres y á la educacion de sus hermanos.

Sus envidiosos émulos le calificaron al dar principio á sus empresas de loco y visionario, censurándole despues aquella severidad de costumbres que, aplicada á las primeras colonias que gobernó en beneficio de los indígenas, fué calificada de tiranía. Segun Las-Casas, era elocuente sin afectacion; no se permitió nunca la menor intemperancia en sus palabras y se hallaba animado del celo religioso de su época.

Tal era Colon cuando se enamoró de la hermosa huérfana doña Felipa Muñiz de Palestrello.

Educada por su padre en el entusiasmo de las glorias marítimas, natural era que correspondiese la jóven á la pasion que inspirara al esforzado navegante, á quien dió su mano, pasando á residir con él en la isla de Puerto-Santo, donde nació á los amantes esposos su hijo primogénito Diego año y medio despues de su matrimonio.

Las diversas guerras que empezó á sostener en aquella época el rey de Portugal Alfonso V, ya contra España, ya contra los moros de África, debilitaron algun tanto la aficion de los portugueses á las empresas marítimas. La ocasion, pues, era poco propicia al desarrollo de los planes de nuestro marino, que ocupó su tiempo en frecuentes campañas á la costa africana, recorriéndola en todos sentidos y visitando todas las islas hasta entonces descubiertas.

En un viaje que hizo en 1477 á los paises septentrionales, se acercó mas que lo hubiera hecho ningun otro marino al círculo polar ártico durante el mes de Febrero, sin encontrar la mar helada, notando que, si Islandia es la Thule de Tolomeo, está mucho mas al Occidente de la situacion marcada en el mapa del gran geógrafo de la antigüedad.

En vista de lo dicho, ¿qué navegante de aquellos tiempos podia compararse con Colon? Tenia hechos buenos estudios preparatorios; desde muy jóven habia abrazado con ardor la vida del hombre de mar; habia pasado veinte años recorriendo los mares conocidos y encontrádose en muchos combates en que se distinguió por su valor; habia aprovechado ávidamente las ocasiones de aumentar sus conocimientos; hablaba muchas lenguas y dibujaba cartas marítimas que le colocan entre los primeros hidrógrafos de su tiempo. ¿Quién tenia mas derecho á proponer una expedicion, que, si bien parecia peligrosa y difícil, nadie contaba con mas experiencia, mas valor, ni mas talento que él para dirigirla con éxito y fortuna? Propuso, pues, su proyecto antes que á otra nacion al gobierno de la república de Génova, su patria; pero no fué aceptado, y en 1480, habiendo fallecido Alfonso V, como su sucesor Juan II se mostrara decidido partidario de las empresas marítimas, pidióle una audiencia Colon para ofrecerle su plan de descubrimientos.

Fabulosamente rica creia la fantasía de los europeos á la apartada India, cuyos naturales, segun la creencia vulgar, vestian los mas vistosos trajes y adornaban sus personas con piedras preciosas, perlas y corales. De igual magnificencia dotaban al Imperio chino, donde se suponia que habia altas torres y casas de oro macizo; como si el oro no perdiera el valor convencional que le damos desde el momento en que su abundancia nos permitiera emplearlo como material de construccion. Mas así embellecia la imaginacion el desconocido mundo, y así tambien daba aliento para emprender árduas navegaciones, siendo la esperanza de obtener aquellas riquezas la que obligó á Juan II á conceder á Colon la audiencia que solicitaba.

Efectuóse, pues, la conferencia, y en ella el gran marino expuso al monarca su hipótesis acerca de las dimensiones de la tierra, la prolongacion del Ásia hácia Oriente, la cortedad relativa de la distancia que separaba el Oriente del Occidente y la facilidad conque se recorreria este trayecto á favor de los vientos que hácia el Sudoeste soplaban con constancia á la altura de las Canarias. Apoyóse en particular sobre las pruebas materiales que se tenian de la existencia de tierras occidentales en los pedazos de

maderas desconocidas y hábilmente labradas con instrumentos que no eran de hierro, recogidos en el mar á cuatrocientas leguas al Oeste de Portugal, é impulsados por fuertes ponientes, los cuales tambien habian impelido cañas que él mismo habia extraido del agua en las costas de Puerto-Santo, « tan gruesas, que de uno á otro nudo formaban un vaso que podia contener nueve garrafas, las cuales no podian ser otras que las cañas de la India que describe Tolomeo en su *Cosmografía;* » en lo que convino el rey, porque las habia visto y conocia la obra del antiguo astrónomo. Adujo además que algunos habitantes de las Azores le habian asegurado que con frecuencia se recogian en el mar bastantes pinos despues de algunos dias de temporal de Poniente, y que en la Flores, una de dichas islas, el mar arrojó á la costa dos cadáveres humanos de rostro muy ancho y de diferente aspecto de los cristianos.

El rey, segun Fernando Colon, segundo hijo de nuestro navegante é historiador de los hechos de su ilustre padre, escuchó á éste con mucha atencion; pero habia consumido infructuosamente tantos caudales en explorar la costa africana, que recelaba tomar parte en nuevos descubrimientos. Á pesar de todo, fueron tan persuasivas las razones y tales las ventajas que supo exponer nuestro marino á la consideracion del monarca, que éste se decidió á acometer aquella empresa.

Convenidos sobre este punto, la única dificultad que ya quedaba consistia en las condiciones; porque siendo Colon hombre de nobles sentimientos, pedia altos y honrosos títulos y recompensas, « con el fin, dice Fernando, de dejar un nombre y familia dignos de sus altos hechos. »

Sometió Juan II el proyecto de Colon al exámen de una junta en que figuraba el obispo de Ceuta, su confesor, llamado Cazadilla, cuyo dictámen calificó la empresa de insensata; y no satisfaciendo al soberano aquella decision, convocó el Consejo del reino, y le propuso si debia adoptarse el nuevo camino que se le proponia para alcanzar la India, siendo desechados una vez mas los planes de Colon.

Mostróse pesaroso el rey del poco aprecio en que se tenia un derrotero basado en los conocimientos positivos de la ciencia geográfica de aquel tiempo, y advertidos de ello Cazadilla y otros consejeros, le propusieron que enviase secretamente una nave en la direccion indicada por el genovés, y que los mapas de éste fuesen entregados al capitan, para que sin comprometerse la corona en una empresa tan dudosa quedase asegurado al reino de Portugal las ventajas del descubrimiento en el caso de verificarse.

Olvidando quién era, Juan II tuvo la debilidad de suscribir tan vil proyecto. Pidiéronse á Colon todos los pormenores de su plan de descubrimiento, con los mapas y memorias necesarias; se entregó todo al capitan de una carabela que abandonó secretamente las aguas de Lisboa, y mientras duró el viaje de exploracion se entretuvo á Colon con esperanzas, alegando que el exámen de tan vasta empresa requeria mucho tiempo y madurez para decidirla con acierto.

Mas, ¿cómo era posible que aquellos hombres encontraran el nuevo mundo? Sin fé, sin conviccion, sin el estímulo de la gloria que puede resultar de la realizacion de una idea propia; sin el placer de ejecutar lo ideado por sí mismo; sin la fuerza y constancia que presta el ideal que se pretende conseguir, no hay paciencia para soportar las contrariedades, ni valor para arrostrar los peligros, ni audacia para acometerlos, ni acierto para desviarlos. Los grandes progresos tan solo se realizan por la pasion de un individuo ó de un pueblo, y Juan II y sus consejeros tenian en su propia historia el ejemplo de cuán ineficaces son el apoyo y celo de los adocenados cooperadores en las obras del génio.

Corria entonces el año 1484, y hacia ya setenta y dos que se proseguia el camino ideado por el príncipe Enrique de Portugal para alcanzar la India, sin que siquiera se hubiese conseguido doblar el Cabo de Buena-Esperanza. Y era porque los pilotos que se formaban en la academia portuguesa de Sagres no participaban de la fé de nuestro descubridor, ni podian acertar á dar forma á la idea de otro, y no lograron nuestros vecinos los lusitanos su constante propósito sino despues de ochenta y seis años de contínuos esfuerzos, gracias aun á dos hombres tan eminentes como Bartolomé Diaz, que navegó hasta la vista de Mozambique en 1486 y Vasco de Gama, que llegó á la India en 1498.

De regreso la carabela á Lisboa, su capitan, que solo supo hallar una mar bravía cuya soledad le espantara, calificó el proyecto de Colon de extravagante y temerario.

Conociendo al fin el rey que podia haber empleado con mayor ventaja tan inútil expedicion, ó quizá arrepentido de su deslealtad, quiso renovar las negociaciones con Colon; pero éste se negó á ello, y á consecuencia del desengaño sufrido, de haber pasado por el amargo trance de perder á su amante esposa y de no ligarle ya ningun vínculo con un Estado cuyo soberano se portara con él tan deslealmente, abandonó su patria adoptiva hácia fines de 1484, acompañado de su hijo, dirigiéndose á Génova con

objeto de visitar á sus ancianos padres, de concertarse con sus hermanos Bartolomé y Diego y de repetir personalmente el ofrecimiento de sus empresas, que desechó otra véz aquella república. Hay autores que afirman que hizo igual proposicion á Venecia, y que sus hermanos partieron á las diversas cartas de Europa para gestionar sobre la base de los descubrimientos proyectados; mas desgraciadamente, hasta que llegó á España envolvió la oscuridad al hombre que tanta luz debia arrojar sobre el universo.

Si Colon hubiera consagrado su valor, su pericia naval y sus extraordinarios conocimientos al servicio exclusivo de su patria, indudablemente se habria enriquecido, siendo probable que á la edad de cincuenta años que tenia cuando apareció por primera vez en España hubiese podido retirarse al hogar doméstico, pasando el resto de sus dias en la dulce tranquilidad de la familia. Pero buscó la gloria en vez de las riquezas, y por eso le hallamos en un dia del verano del año 1485 en al camino de Moguer, en Andalucía, á cuatro leguas escasas de Huelva, hácia donde se dirigia á pié, recibiendo los rayos de un sol canicular, llevando de la mano á su hijo Diego que no contaba dos lustros y apesarado por el dolor de verle extenuado de fatiga y medio muerto de hambre, sin que pudiera proporcionarle descanso ni alimento.

Que los hombres *sensatos* de su tiempo mirarian tal estado de miseria como justo castigo de su imprevision, se desprende del desprecio y burla que hicieron de él en Portugal y mas tarde en España, calificándole de charlatan y loco. Además, la sociedad no suele perdonar al que llega á la declinacion de la vida sin haber ahorrado el pan para el resto de sus dias, aunque sea víctima de su perseverancia en una idea provechosa para la humanidad, y sin embargo, esa misma sociedad se muestra indulgente con los que han allegado riquezas, aunque por medios poco honrosos adquiridas. Bien sentia esto Colon cuando decia desde la Jamaica á los reyes Católicos quejándose de su mala suerte:

« Quien tiene oro hace lo que quiere en el mundo, y llega á echar las ánimas al paraiso. »

Felizmente la historia y la posteridad condenan los malos procedimientos que emplean ciertos hombres para enriquecerse, y en medio de tanta podredumbre y tanta maldad como cubre la tierra se abre paso el puro sentimiento de satisfaccion que experimenta el justo en dar y recibir el bien, sentimiento cuyas raices arrancan de los orígenes de las diversas religiones y al cual rinden culto los sistemas filosóficos modernos.

Este sentimiento vino sin duda en auxilio de Colon cuando, en la ocasion que dejamos citada, fué á llamar á la puerta del convento de franciscanos de Santa María de la Rábida, pidiendo pan y agua para su hijo.

Acogido caritativamente por el portero del monasterio y mientras saciaba su hambre bajo la sombría bóveda del claustro, acertó á pasar el guardian, y llamando su atencion la fisonomía, porte y demas circunstancias del recien llegado, que estaban en abierta contradiccion con la miseria que parecia aquejarle, dió órden de que se le alojase cómodamente y se prodigaran al niño los cuidados que reclamaba su estado.

¿Habia llegado Colon á tal extremo de miseria porque naufragara la nave que le trajo á España? ¿Habíanle despojado los piratas berberiscos que infestaban el Mediterráneo, ó en el largo viaje que emprendiera desde su patria habia agotado todos sus recursos?

Además de esto: ¿qué objeto le traia á la Península? ¿Iba á Portugal á reanudar las negociaciones con aquel Juan II que tan villanamente abusara de su confianza? Si se dirigia á la córte española, no era aquel el camino que, partiendo de Génova debia conducirle á Córdoba, donde residian los reyes Católicos mientras sitiaban sus ejércitos á Loja, Málaga, Sevilla y aun á la misma Granada, último baluarte de los moros, á la sazon caducos representantes del progreso humano.

Todas estas cuestiones, que excitan ahora nuestra curiosidad, no interesaron á los contemporáneos de Colon, que absorbido por su vasta empresa no dió tampoco importancia á ciertos acontecimientos, ni escribió memoria alguna referente á una vida enteramente consagrada al conocimiento y enlace de los ignorados límites de la tierra.

Mas aunque nos hubiera legado algunos apuntes biográficos, ¿dónde los hallaríamos? Hartas diligencias se han practicado infructuosamente para encontrar otros escritos de nuestro descubridor que interesaban á la ciencia y á la navegacion, y que quizás se hayan perdido para siempre por la incuria de sus coetáneos que en tal oscuridad y olvido le dejaron.

En vista de lo dicho, no es de extrañar que ignoremos lo que pudo ocurrir á nuestro héroe desde que le dejamos en su patria hasta que en el citado estío de 1485 volvemos á encontrarle á las puertas del convento de la Rábida, á corta distancia de Moguer.

Era el guardian de aquel convento Fray Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de Isabel, hombre de vastos conocimientos, y lo que no es comun y menos aun en aquellos tiempos, muy entendido en astronomía y

en cosmografía, segun el testimonio de una carta en que la misma Isabel decia á Colon al emprender su primer viaje:

« Nos paresce que seria bien que llevásedes con vos un buen estrólogo, y nos parescia que seria bueno para esto Fray Antonio Perez de Marchena, porque es buen estrólogo y siempre nos paresció que se conformaba con vuestro parescer. »

Marchena, profundo conocedor de los hombres, astiado de las intrigas de la córte se habia retirado á aquel monasterio, conservando sin embargo amistosas relaciones con la reina, y entretenia sus ocios conversando á menudo con los armadores y navegantes de Palos sobre cosmografía y navegacion.

Desde el instante en que Perez hubo cambiado algunas palabras con Colon simpatizó con él, y el ilustre marino, animado por el carácter dulce y abierto del guardian, por los indicios que daba de una grande instruccion, y sobre todo, porque su presente desgracia le impulsaba á desahogar su corazon, contóle los sucesos de su vida, sus proyectos de descubrimientos y el peligro que habia corrido en Portugal de perder la gloria que por ellos pudiera conquistar.

« El buen fraile, dice Lamartine, vió en aquel hombre un enviado de Dios que traia en sus manos indigentes tesoros de verdades; sintió que su espíritu se unia al génio de Colon, en quien amaba su carácter, su valor, su virtud, su infortunio noblemente sufrido y el sello celestial de la inmortalidad que brillaba en su frente; creyóse adherido á él por los lazos de la amistad y aun por los de la sangre, y resolvió ampararle y recomendarle á la reina Isabel. »

Á los pocos dias de residir Colon entre los franciscanos reunióse en el convento una especie de asamblea de inteligentes marinos, entre los que se contaba un anciano piloto, llamado Pedro Velasco, quien dijo, que treinta años atrás, navegando por el mar del Norte, habia sido arrojado por una tempestad muy á Poniente de Irlanda, y que aun cuando, pasado el temporal, soplaba un récio viento del Oeste, la mar estaba en calma, pareciéndole esto un seguro indicio de que por aquella direccion debian existir tierras, cuyo descubrimiento no intentó por temor del invierno que se le echaba encima. Tambien formaba parte de aquella junta García Fernandez, médico de Palos, varon muy instruido y por cuyo conducto se saben estos y otros pormenores de la vida del descubridor.

En el convento, pues, y bajo la presidencia del ilustrado guardian, se

discutieron de buena fé todos los extremos del problema que trataba de resolver, ó mejor dicho, que tenia resuelto Colon, quien sin ninguna reserva se sometió aquel tribunal, cuya decision ejerció tanto influjo en los destinos de España y aun de la Europa entera.

Reconocida por aquellos expertísimos jueces la posibilidad de llevar á cabo la empresa del intrépido genovés, dejó Colon á su hijo en el monasterio bajo la custodia de sus buenos amigos los frailes, y á principios del año 1486 partió para Córdoba, sin mas recomendacion que una carta de Fray Juan Perez para el prior del Pardo Fray Fernando de Talavera, á la sazon confesor de Isabel.

Ocupados los reyes en la guerra contra los moros, apenas tenian tiempo que dedicar á la administracion del pais. Quizá por este motivo tardó mucho el ilustre navegante en alcanzar una audiencia de los monarcas españoles, ó bien, y es lo mas probable, porque Fernando de Talavera, que juzgaba imposibles y extravagantes los planes de Colon, demoró deliberadamente el proporcionarle la entrevista que solicitaba. De todos modos, lo que resulta averiguado es que durante su larga permanencia en Córdoba tuvo que luchar contra la estupidez de unos y el orgullo de otros y sufrir las burlas de los cortesanos que le miraban como á un enajenado.

« Porque era extranjero, dice Oviedo, é iba vestido de pobres ropas y sin mas crédito que la carta de un franciscano, no le creian, ni daban oidos á sus palabras. »

Sin embargo, Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla, se interesó tanto por el desventurado marino, que le acogió en su casa, haciéndole entrar en relaciones con el nuncio pontificio Antonio Geraldini y con Pedro Gonzalez de Mendoza, arzobispo de Toledo y constante consejero de los reyes, con los cuales le procuró al fin una entrevista.

Al presentarse Colon delante de Fernando é Isabel lo hizo con modestia, pero sin abatimiento.

« Pensando lo que yo era, dice en una de sus cartas, me confundia mi humildad; pero pensando en lo que yo llevaba, me creia igual á aquellos poderosos soberanos, puesto que no era yo quien comparecia ante ellos, sino un instrumento que el Todopoderoso ponia en sus manos para cumplir altos designios. »

Animado por el bondadoso recibimiento que le dispensaron los régios consortes, propúsoles Colon que le dieran bajeles y recursos para unir los extremos del mundo, ó llegar cuando menos por un rumbo mas corto que

el hasta entonces conocido á las costas de Asia, representándoles al propio tiempo los grandes beneficios que podrian reportar de sus descubrimientos los mismos reyes, la civilizacion y aun el catolicismo, cuya doctrina se proponia extender entre los millones de idólatras de que creia poblado el nuevo continente á donde pensaba arribar. Además de lo dicho, adujo como prueba de la existencia de tierras inmediatas occidentales los objetos procedentes de ellas recogidos en la isla de Madera y en las Azores, totalmente desconocidos en Europa y arrastrados allí por los vientos y corrientes, presentando por último las memorias y cartas geográficas en que probaba la exactitud de sus cálculos.

Era Fernando demasiado sagaz para no comprender que tenia en el atrevido navegante al hombre que podia eclipsar la gloria marítima de los portugueses y aumentar grandemente sus dominios, lo cual halagaba su ambicion. Pero avaro, calculador y frio, y esperando quizá que la impresionable Isabel satisfaria los gastos de la expedicion por cuenta de la corona de Castilla (pues que, como es sabido, á pesar de la union de los dos monarcas las administraciones de sus respectivos reinos no estaban confundidas), dió por terminada la audiencia, sin decidir nada en ella, remitiendo despues el asunto á la decision de un congreso de astrónomos y cosmógrafos, que se reunió, en efecto, en Salamanca, en el convento de Dominicos de San Estéban, para oir á Colon y examinar sus planes.

Para comprender el carácter de la asamblea de sabios reunida en Salamanca, emporio entonces de la ciencia española, debemos hacernos cargo de que las carreras literarias laicas estaban limitadas al foro y á la medicina, y que no dando las letras por sí solas lo suficiente para vivir, tenian por precision que refugiarse en la Iglesia, siendo esto causa de que la ciencia, hoy dia independiente, estuviera estonces hermanada con la religion y dependiente de ella.

El consejo de Salamanca debió, pues, componerse de eclesiásticos: los astrónomos y cosmógrafos eran frailes y dignatarios de la Iglesia, y como tales muy prevenidos contra un laico, un extranjero, un desconocido á quien solo abonaba la reputacion de buen marino que tenia adquirida. Á mayor abundamiento, como Colon no habia visto las tierras cuyo reconocimiento y toma de posesion pretendia, como no presentaba un proyecto basado en la experiencia adquirida en sus propios viajes, sino una simple teoría cosmográfica, creian aquellos sabios que no valia la pena el molestarse en escuchar á un hombre incompetente para resolver tan árduo pro-

blema y que llegaba además precedido de la fama de visionario y loco, de fugitivo de su patria y de perseguido en Portugal por deudas.

Á pesar de todo, la presencia sola de Colon modificó en parte las prevenciones abrigadas contra él, puesto que se presentó á la asamblea como un marino inteligente en todas las ciencias que se rozan con la navegacion, dispuesto á abrir un nuevo camino á regiones donde podrian rescatarse millones de almas perdidas para el cielo y por donde podian fluir las riquezas sin cuento del Oriente; despues de lo cual desarrolló su plan conforme lo tenemos explicado en anteriores páginas, exhibiendo las cartas geográficas en que se comprendian los extremos del mundo.

Esta exposicion, hecha con la firmeza del que está convencido de que puede llevar á cabo lo que propone, acabó de disipar las preocupaciones de los vocales del consejo, que al fin se decidieron á combatir el proyecto dentro de los límites de la ciencia que poseian.

« Preciso fué, dice Las-Casas, antes de que Colon pudiese hacer entender sus soluciones y raciocinios, desarraigar de los oyentes aquellos principios erróneos en que fundaban sus objeciones; operacion siempre mas difícil que la de la simple enseñanza. »

Los buenos frailes atacaron desde luego á Colon oponiendo á sus razones geográficas abstracciones y citas de varios autores sagrados. Á la teoría de la esfericidad de la tierra opusieron los Salmos que la suponen llana, y sobre todo, la autoridad de San Pablo. Además, adujeron el texto de Lactancio que dice:

« ¿ Habrá alguno tan nécio que crea que hay antípodas con los piés opuestos á los nuestros; gente que anda con los talones hácia arriba y la cabeza colgando? ¿ Que existe una parte del mundo en que todas las cosas están al revés; donde los árboles crecen con las ramas hácia abajo, y donde llueve, graniza y nieva hácia arriba? »

No contentos con esto, citaron luego la opinion de San Agustin acerca de los antípodas, cuya existencia niega el padre de la Iglesia, porque considerando imposible trasponer el Océano, los hombres que habitasen la parte del globo opuesta á la nuestra deberian necesariamente no proceder de Adan, lo cual seria dar un mentís al Antiguo Testamento respecto al padre de la familia humana.

Cumplida y elocuentemente rebatió nuestro navegante aquellas objeciones. En cuanto al concepto de ser la tierra llana, dijo que no habia sido declarado artículo de fé por la Iglesia; que si los Salmos dicen que los cielos

están como una tienda sobre la tierra y San Pablo los compara á un tabernáculo que la cubre, no implica esto que la tierra sea plana, sino que debe tomarse como una alegoría de la proteccion que dispensa Dios á sus criaturas; que la opinion de San Agustin debió referirse á paises inaccesibles y no á los orientales, poblados y conocidos desde los tiempos de Abrahan; que las burlas é invectivas de Lactancio no podian tener mayor autoridad que las opiniones del cardenal Pedro de Helico y del papa Pio II, el primero de los cuales sostenia en su *Imago mundi* y el segundo en su *Cosmografía* que la tierra es esférica y habitada. Y luego, exaltándose el ánimo de Colon con varias citas de los profetas que creia referirse á un descubrimiento que facilitase la propagacion de la fé por los ámbitos del mundo aun desconocidos, disipó la sospecha de heterodoxia que anublara la frente de mas de un reverendo miembro del consejo.

Además de lo expuesto y para probar de un modo concluyente la forma globular de nuestro planeta, sentó los hechos innegables de que cuando dos naves van á encontrarse por rumbos opuestos, antes de que la una perciba el casco de la otra vé primero sus velas, lo cual proviene de que la esfericidad de la tierra impide aparecer el casco á pesar de estar ya patentes las velas, y que en los eclipses de luna la tierra proyecta siempre una sombra circular sobre nuestro satélite, lo cual solo puede hacerlo un cuerpo esférico.

Dícese que el primero que se mostró en aquella junta convencido por la elocuencia de Colon y tomó la defensa de sus conclusiones fué un fraile dominico, catedrático de teología y mas tarde arzobispo de Sevilla, de quien el futuro almirante escribiendo á los reyes Católicos decia:

« Que sus altezas poseian las Indias gracias á Diego de Deza, profesor de teología, que sostuvo sus aseveraciones. »

Ignoramos muchos pormenores de la conferencia de Salamanca, habiendo llegado solo hasta nosotros la fama de los mas risibles. Sin embargo, debemos suponer que estando allí los profesores de la justamente célebre universidad, se harian al proyecto de Colon objeciones mas sérias, y lo demuestra la que hace referencia á la magnitud de la tierra. Parece que se sostuvo en aquella junta la opinion del sabio bibliotecario de Alejandría Erastótenes, que dió, sin mas error que el de diez grados, la extension del antiguo continente doscientos años antes de nuestra era. Segun esta opinion, no se conocia mas que una tercera parte de la circunferencia del globo, de Levante á Poniente, por lo que un vocal de la junta preguntó á Colon, si para un viaje cuya duracion seria al menos de tres años podrian llevar las naves

víveres suficientes para impedir que las tripulaciones muriesen de hambre y sed.

Á esta objecion de tanto peso, si bien exagerada en sus consecuencias, y que quizás mas de una vez habia angustiado al futuro héroe del Atlántico, opuso éste sus cartas marítimas que señalaban tierras habitadas donde solo creia hallarse inmensas extensiones de agua, consiguiendo en parte disipar los temores que abrigarse pudieran respecto á la cuestion de subsistencias durante el tiempo de la navegacion.

Por lo demas, la referida objecion prueba que, si en el congreso de Salamanca predominaban los errores propios de los eclesiásticos que quieren juzgar las cuestiones naturales bajo un criterio teológico, habia tambien entendimientos libres de esas preocupaciones y que no adolecian del prurito de las sutilezas escolásticas, verdadera enfermedad cerebral de los dialécticos de aquel tiempo.

En resúmen, despues de oir detenidamente á Colon hubo diversidad de pareceres en la junta, que continuó sus sesiones con bastante irregularidad hasta Marzo de 1487, en que su presidente Fernando de Talavera, ya obispo de Ávila, se ausentó con motivo de acompañar á la reina en la campaña de Málaga.

En tanto la subsistencia de nuestro héroe dependia algunas veces de su trabajo en el dibujo de mapas; otras de partidas de dinero suministradas por Isabel, segun consta en libros de cuentas archivados en Simancas; ya de la buena amistad de Alonso de Quintanilla, de Fray Diego de Deza ó de la alta consideracion en que le tenia el duque de Medinaceli, que le recomendó vivamente á los reyes Católicos.

Suspendidas las conferencias de Salamanca, volvió Colon á la córte, que mudaba de residencia conforme lo exigian las peripecias de la guerra, y mientras la seguia tomó parte en diversos hechos de armas. Ortiz de Zúñiga hablando de la batalla de Baza en su *Historia de Sevilla,* dice:

«Se encontró al dicho Colon peleando y dando pruebas del distinguido valor que acompañaba á su sabiduría y elevados deseos.»

Lo precioso del tiempo que perdia y el sentimiento de la mofa y escarnio de que era objeto devoraban al descubridor. Su fama de loco cobraba creces con las dilaciones que su empresa sufria, llegando á tal grado la irreverencia á tan preclaro ingenio, que los muchachos hacian burla de él por las calles.

Servíanle no obstante de compensacion las atenciones que los reyes le

dispensaban; las buenas noticias que de vez en cuando recibia de sus hermanos y las cartas y recursos que sus amigos de Palos le enviaban.

El 20 de Marzo de 1488 escribióle Juan II de Portugal, proponiéndole que volviera á su córte para reanudar las negociaciones, y en 1489 recibió algunas cartas favorables de Enrique VII de Inglaterra; mas le impidieron aprovechar estos anuncios de buena fortuna los tratos pendientes con España y los lazos que le ligaban con una noble dama de Córdoba, llamada doña Beatriz Enriquez, de quien tuvo á su hijo menor Fernando, que abrazó el estado eclesiástico, y que como dejamos dicho, escribió la historia del autor de sus dias.

Por fin, en el invierno de 1491 Fernando de Talavera participó á los soberanos que la docta corporacion llamada á informar sobre el proyecto de Colon lo declaraba vano é irrealizable.

Los reyes por su parte, deseando evitar al desgraciado navegante aquel nuevo disgusto, enviáronle á decir por conducto del mismo Talavera, que los muchos gastos de la guerra les impedian entrar por de pronto en nuevas empresas; pero que cuando aquella concluyese tendrian tiempo é inclinacion para tratar con él de sus ofrecimientos.

Temiendo que la contestacion verbal á sus pretensiones, viniendo por el sospechoso conducto de un enemigo hubiese sufrido alguna alteracion, pidió Colon una audiencia á los reyes, quienes le repitieron que en aquellos momentos lo único que podian darle era esperanzas de patrocinar su proyecto cuando la guerra hubiese terminado.

Con el corazon lacerado por aquel nuevo y mas cruel desengaño volvió Colon la espalda á la córte, dirigiéndose primero al duque de Medina-Sidonia, y despues al de Medinaceli. Pero ni uno ni otro se atrevieron á acometer una empresa digna solo de un soberano.

Por aquellos dias recibió Colon una carta en que el rey de Francia le ofrecia coadyuvar á su designio, y decidido á aprovechar la ocasion partió en seguida para el convento de Palos á buscar á su hijo Diego, con intencion de dejarle en Córdoba en compañía de Fernando y bajo el cuidado de doña Beatriz.

En un estado casi tan miserable como la vez primera llegó nuestro marino al monasterio de la Rábida, siendo recibido cariñosamente por el buen Fray Juan Perez, quien al enterarse de la resolucion de su huésped y amigo, alarmado su patriotismo, pidió consejo al físico García Fernandez y á Martin Alonso Pinzon, cabeza de una familia de opulentos navegantes de

Palos, y habiéndose este último entusiasmado por una empresa tan trascendental y en su concepto realizable, ofreció entrar en ella con su hacienda y persona.

Despues de esto, aconsejaron á Colon sus amigos que difiriese su proyectado viaje á Francia hasta obtener Fray Juan Perez contestacion de la reina á una carta que le escribiria y que pondria en sus manos una persona de confianza que tenia entrada en palacio. Mas por agradecimiento que porque esperase ya nada de los reyes accedió el gran marino á suspender su viaje. Escribió Fray Juan Perez; partió la carta, y se recibió luego contestacion de la reina, que afectuosamente indicaba á su antiguo confesor cuán conveniente seria su presencia en la córte para conferenciar acerca de la empresa de su protegido.

Púsose desde luego en camino el guardian para Sevilla, recibiendo Colon pocos dias despues un pliego de la córte, por el que se le mandaba pasar á Santa Fé y se le adelantaban veinte mil maravedises en florines « á fin de que pudiera comprarse una *bestiezuela* para el viaje y se proveyese de trajes decentes para presentarse en palacio. »

Partió Colon caballero en una mula hácia el campo militar de Granada, donde fué recibido favorablemente, alojándose en casa de su constante amigo Alonso de Quintanilla. Mas la ocasion tampoco era oportuna, puesto que tuvo que esperar á que se rindiera la poderosa ciudad último y mas formidable baluarte de la dominacion musulmana en España para que los reyes Católicos pudieran encargar á personas de su confianza que negociasen con nuestro marino.

Pedia éste en las estipulaciones que presentó que se le invistiera de los títulos y prerogativas de almirante y virey de los paises que descubriese, cuyas dignidades y prerogativas debian ser hereditarias en su familia, y además la retribucion de la décima parte de los beneficios que reportara la empresa.

Indignados los palaciegos en vista de unas pretensiones que juzgaban exhorbitantes, le echaron en cara que, sin exponerse á perder nada, se aseguraba de antemano el premio de sus acaso ilusorios descubrimientos. Estonces ofreció Colon contribuir con la octava parte de los gastos, con tal que se le remunerase con la octava parte de los beneficios.

Fernando de Talavera, mirando siempre á Colon como á un aventurero delirante ó un hambriento pretendiente, aconsejó á la reina que cerrase los oidos á tales pretensiones, no justificables ni aun por el éxito de una em-

presa que, en caso de frustrarse, pondria en ridículo á los poderosos monarcas que la patrocinaran.

Superior Isabel á estas sugestiones hizo que se propusieran condiciones ventajosas, aunque mas moderadas á Colon; mas éste, penetrado de la importancia de su proyecto, no quiso aceptarlas, y despidiéndose solamente de Alonso de Quintanilla, á primeros de Febrero de 1492 salió de Santa Fé, poniéndose desde luego en camino de Francia.

Ejercian tal influjo las relevantes calidades de carácter y la elevada inteligencia del navegante en el ánimo de sus amigos, que al saber su partida creyeron que se alejaba con él el porvenir de España. Luis de Santangel, receptor de rentas de Aragon, Alonso de Quintanilla y la marquesa de Moya, favorita de Isabel, representaron á los reyes con tal celo las ventajas de la empresa, demostraron tan claramente la justicia de las pretensiones de Colon en el muy probable caso que coronara el éxito su proyecto, que conmovieron á la reina siempre inclinada á favorecer al inteligente marino y siempre contrariada por sus consejeros.

« De ilustres y magnánimos príncipes, dijo Santangel, es investigar semejantes cuestiones y explorar las maravillas y secretos del universo.»

Isabel, como si por primera vez comprendiese la grandeza del designio que concibiera Colon, se inflamó de repente en generoso entusiasmo, declarándose su protectora. Mas habiendo observado el frio Fernando que estaba exhausta la caja de Castilla, respondió:

« ¡Si Aragon no acepta esta empresa, yo entro en ella por mi corona de Castilla! ¡ Si está exhausta mi caja, que se vendan mis joyas! »

Y despachó á toda prisa un mensajero con órden de no parar hasta hallar á Colon y notificarle que la reina aceptaba sus condiciones y le ofrecia recursos y bajeles para el descubrimiento.

En efecto, alcanzado el marino y vuelto á presencia de los reyes, el dia 17 de Abril de 1492 se firmaron las estipulaciones en la ciudad de Santa Fé; expidiéronse cartas de privilegio á favor de Colon, declarando hereditarias en su familia las dignidades de almirante, virey y gobernador de los paises que descubriera, y se señaló el Puerto de Palos de Moguer como punto de partida de la expedicion.

¡ Ya ha vencido Colon las resistencias é intrigas cortesanas, despues de veinte y dos años de porfiadas solicitudes! ¡Ya ha reunido los recursos indispensables para su vasta empresa que, en suma, son diez y siete mil florines! ¡Dispone ya de naves y pilotos!... Mas la marinería se resiste á cruzar

el Océano, donde la imaginacion levanta montañas de agua, ahonda abismos, siente el calor de las calmas muertas debajo de un sol que abrasa la naves ó el frio de las tempestades de granizo que las combaten, vé las islas y escollos flotantes que las aplastan y cuantos males puede crear la fantasía en oscuros horizontes.

¿Quién guiará las naves por ignotas longitudes?

«Si los portugueses, dirian acaso los marineros, navegan hácia el Sud, tienen el astrolabio indicador de las leguas recorridas y no pierden de vista la costa, seguro derrotero que les vuelve á la patria. Mas para la navegacion de Occidente, ni hay instrumento alguno que indique la demora de la nave, ni guia para volver al deseado puerto.»

Fundados, en verdad, eran tales temores. La ciencia, que debe preceder al arte, como la naturaleza ha precedido al hombre, debia haber inventado el cronómetro en el siglo xv, ya que el arte de navegar lo reclamaba para trasladar la hora del puerto de salida á los diferentes meridianos que corta la nave; que así sabe el piloto el camino que ha andado hácia Oriente ú Occidente. Mas el reloj portátil, fabricado en Nuremberg cuando la conquista del nuevo continente, no fué aplicable á la navegacion hasta que en 1674 lo dotó Huggens de la delicadísima espiral de acero que regulariza las oscilaciones del volante. Por lo demas, la clepsidra ó reloj de arena no podia dar mas que resultados erróneos, y las tablas de los astros errantes eran demasiado defectuosas, por no decir inútiles, en manos de los navegantes de aquella época, que carecian aun de instrumentos de reflexion.

Tampoco era conocida en aquellos tiempos la *loxodromia,* por la cual se estima la curva que describe una nave cuyo rumbo corta oblícuamente los meridianos, ni mucho menos las tablas *loxodrómicas,* ni el cálculo diferencial para formarlas, cuyo inventor no vino al mundo hasta un siglo despues del descubrimiento de la América.

¿Qué guia, qué razon, qué instinto hizo de Colon el génio de los mares?

Totalmente perdidas sus cartas hidrográficas y sus memorias, apenas ha quedado un mal extracto del primer viaje de aquel grande hombre para ilustrarnos acerca de un punto tan interesante á la historia de la navegacion.

«Mucha mayor maravilla os causaran los hechos de mi empresa ya divulgada si los conociéseis á fondo y la circunspeccion de este gobierno no los ocultara,» escribia Colon al Oficio de San Jorge de Génova.

¿Será verdad quizás que las interesadas y á veces tenebrosas miras de

Fernando el Católico impidieron la publicacion de las obras y mapas de nuestro inmortal marino? Grave falta seria tal proceder en aquel soberano, porque careciendo de estas obras la Europa, acogió con avidez las noticias de Amerigo Vespucio y apellidó *América* el continente que en justicia debió llamar *Colombia*.

Por otra parte, rodeado Colon de émulos y envidiosos, escarmentado por la traicion del rey de Portugal, dominado por las falsas ideas económicas de su tiempo y queriendo, por lo tanto, ejercer el monopolio del comercio con los paises que descubriera, ocultaba sus diarios particulares á todo el mundo, diarios que al fin llegaron á perderse y con ellos las notas que nos hubieran ilustrado sobre puntos muy esenciales de su descubrimiento.

Ahora bien: ¿se valia Colon de un procedimiento gráfico, independiente del cálculo diferencial, bastante en uso en nuestros tiempos y que da aproximadamente sobre el papel las mismas líneas *loxodrómicas*, esto es, la longitud y la latitud, ó sea el punto de situacion de la nave? Es verdad que este procedimiento no da cuenta de las corrientes que alteran la velocidad del buque y aun su derrota; pero suple á la vez la navegacion cronométrica y astronómica, y tal vez este método fuese el que usó el ilustre navegante.

«Tengo propósito, decia en el preámbulo de su diario, de hacer carta nueva de navegar, en la cual situaré todo el mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares y debajo su viento, por latitud del equinoccial y longitud del Occidente.»

Y para esto procedia «con compás y arte,» esto es, con la brújula corredera y dibujo.

¿Quién sabia mejor que Colon arrumbarse en la carta?

«Los pilotos, escribe desde la Jamáica durante su cuarto viaje, despues de horribles y prolongadas tempestades creian ir á parar á la isla de *Sanct-Joan*, y fué en tierra de Mangui, cuatrocientas leguas mas á Poniente de donde decian.»

Las repetidas correcciones que hizo Colon en la *estima* de sus pilotos durante el curso de sus viajes, atestiguan, á mayor abundamiento, el atraso del arte de navegar en aquellos tiempos. Así, ¿no era muy natural y justificado el temor que sentian los marineros á aventurarse en el inmenso Océano?

Sin embargo, el gran marino habia inflamado el ánimo del valeroso y entendido armador Alonso Pinzon, cuyo entusiasmo comunicó á sus dos

hermanos Martin y Vicente y á otros tres pilotos; pero solo pudo decidir á seguirle voluntariamente á algunos marineros: los demas fueron compelidos á tomar parte en la expedicion por reiteradas órdenes de los reyes Católicos.

¿Empero, le era dado al grande hombre inspirar confianza durante el viaje, prevenir motines, desarmar aviesas pasiones, en una palabra, dominar una chusma que le seguia mal su grado, á él, tachado de visionario y loco?

Los Pinzones, que arriesgaban hacienda y vida en aquella empresa, lograron con su influjo vencer la resistencia de unos y la mala voluntad de otros, llegando al fin á habilitar tres carabelas, que fueron: la *Santa María,* de á cien toneladas, en la que izaba su pabellon el almirante y la sola que tenia cubierta corrida de popa á proa; la *Pinta,* mandada por Alonso y su hermano Martin, y la *Niña,* por Vicente Yañez, las dos últimas con altos castillos en proa y popa, pero sin cubierta en el centro.

¡Tales eran los buques destinados al peligroso viaje de descubrimientos en un mar desconocido, en el que los navegantes mas intrépidos de la antigüedad consideraron locura el penetrar!

Estando prontas las carabelas, Colon, sus oficiales y tripulaciones, en número de ciento veinte hombres, se confesaron y comulgaron, pidiendo fervorosamente el auxilio del cielo en su arrojada empresa, mientras los habitantes de Palos, que acudieron en masa á despedirlos, revelaban con sus lágrimas y exclamaciones sus fundados temores de que la despedida fuera eterna.

« Partí del puerto de Palos, dice el almirante en su diario, el dia 3 de Agosto del año del Señor 1492, en un viernes, media hora antes de la salida del sol, y llevé el camino de las islas Canarias, [1] para allí tomar mi derrota y navegar tanto que llegase á las Indias. Y para esto pensé escribir durante este viaje muy puntualmente de dia en dia todo lo que yo hiciese y viese, como mas adelante se verá. »

Al segundo dia de navegacion, un fuerte viento que se levantó causó la rotura del timon de la *Pinta.* Disponíase ya su capitan á regresar á Palos para remediar la avería, cuando dispuso Colon que fuesen de arribada á la

[1] No debió escoger al acaso el ilustre marino como punto de partida las islas Canarias: habia navegado por aquellos mares, y debia saber que los vientos alisios, que quizá fué el primero en conocer, tienen su orígen en el Archipiélago Canario y dominan durante el mes de Agosto en una zona comprendida entre los 11 y 31° latitud Norte, en la cual navegó durante todo el viaje.

Gomera, y con grande admiracion de los pilotos que creian estar muy lejos de Canarias, en la mañana del dia 7 anclaron en el puerto de San Sebastian de dicha isla de la Gomera, inspirando este hecho tanta confianza á las tripulaciones, que empezaron á creer que el almirante sabria efectivamente dirigir las naves por las ilimitadas llanuras del Océano.

Las reparaciones de la *Pinta* duraron mas de tres semanas, cuyo tiempo se utilizó tambien en reformar las velas de la *Niña* para darle mejores condiciones marineras. Renovóse la aguada; hiciéronse nuevas provisiones de leña y víveres frescos, levando anclas por fin las carabelas el 6 de Setiembre, con gran repugnancia de los marineros, doblemente excitados por el sentimiento de abandonar su patria, representada en aquellas costas por los europeos que las poblaban, y por la vista del elevado Teide, [1] cuya erupcion, inflamando el cielo y reverberando en las aguas del Atlántico, les parecia la flamígera espada del ángel que arrojó á nuestros padres del Eden y que ahora les vedaba la entrada en los mares prohibidos.

Empero, mayor emocion experimentaron al desaparecer en el horizonte la negra mole de la isla del Hierro. Entonces hubo lágrimas y lamentos al considerar que no les seria dado quizás volver á aquella patria en que dejaban hijos, esposas, hacienda, amigos y risueñas campiñas. ¿Qué podian esperar unos hombres sin fé en el gigantesco proyecto de Colon, sino encontrar la muerte entre las ondas del temido Océano?

Testigo del desaliento de sus marineros, animóles el almirante con la pintura de las risueñas playas que iban á visitar; de los ricos paises de Mangui y del Cathay abundantes en piedras preciosas y cortados por rios que arrastraban al mar grandes pepitas de oro; de los bosques llenos de aromas y árboles que producian especias y frutos sabrosísimos, sin olvidar los ofrecimientos de tierras y de cuanto podia halagar la codicia de aquellos hombres é inflamar su imaginacion. Y la creencia del insigne navegante en la realidad de sus descripciones daba tanta vehemencia y seduccion á sus discursos, que los amilanados marinos cobraron de repente ánimo para seguir un viaje á cuyo término cada cual veia la satisfaccion de sus deseos y apetitos.

Por fin respiró libremente nuestro héroe al trasponer los límites del antiguo mundo, perdiendo ya el recelo de que pudieran desertar sus tripulantes y mirándose libre de que le detuvieran las naves que el rey de Por-

[1] Monte volcánico de la isla de Tenerife, cuya cima se alza mas de 13,000 piés sobre el nivel del mar.

tugal enviara á cruzar con este objeto por las aguas de Madera y Canarias.

En tanto, á favor de los vientos alisios, cuya constancia alegraba el corazon del almirante, surcaba la escuadrilla el Atlántico con una velocidad de ocho á nueve millas por hora, y con la ventaja de haber entrado en la corriente ecuatorial, cuya direccion, segun el axioma del ilustre navegante «las aguas se mueven con los cielos,» es, como se ha comprobado despues, de Oriente á Occidente.

Ignoramos si la velocidad de las naves de Colon se calculaba á ojo, cual todavía es costumbre hacerlo en la navegacion costanera, ó si el descubridor hacia uso de alguna corredera. La rueda de paletas de los romanos habia caido en desuso por no ser aplicable en las fuertes marejadas y tiempos duros, y como Pigafeta, amigo y compañero de Magallanes, supone ya conocida en su época la corredera de barquilla, es presumible que fué Colon uno de los primeros que de ella hicieron uso.

Tristísimo fué para el intrépido marino el 13 de Setiembre, hallándose ya á doscientas leguas al Oeste de las Canarias, y sin embargo, es un dia memorable en los fastos de las ciencias físicas del globo. En este dia, aquel hombre dotado de tan incontrastable fuerza de voluntad, sintió vacilar sus mas profundas convicciones al notar que la direccion de la aguja de marear no coincidia con la del eje de la tierra; que esta desviacion iba en aumento conforme adelantaba en su viaje, y que, por consiguiente, eran ilusorias las indicaciones del gran guia de los navegantes. Mas si este contratiempo entristeció á nuestro héroe, gracias á él la ciencia moderna de los fluidos imponderables, que arranca de aquella observacion, pudo desarrollarse á favor del estudio de estas variaciones del magnetismo terrestre.

Como es de presumir, ocultó el almirante el suceso á sus compañeros; pero como la declinacion de la aguja llegara á ser de seis grados, ya no pudo pasar desapercibido aquel fenómeno para los pilotos, quienes en su ignorancia llegaron á temer que al abandonar los límites del antiguo mundo cambiaban por completo las leyes de la naturaleza, quebrantando su valor semejante creencia; porque, no sabiendo dónde estaba el Norte, ¿qué seria de ellos en medio de las tempestuosas y tenebrosas noches del Atlántico?

Mandó Colon poner al pairo las carabelas y que pasasen á bordo de la *Santa María* los capitanes de la *Pintà* y la *Niña*, á los cuales enseñó su diario en que constaba desde tres dias antes la declinacion de la aguja, la cual «no apunta constantemente, les dijo, á la estrella polar, sino á un punto fijo sobre el que da vueltas dicho astro.»

Tan especiosa teoría satisfizo á aquellos hombres que respetaban la fama de gran astrónomo de que gozaba Colon, con lo que los despidió ya tranquilos, dándoles órden de que si el mal tiempo los separaba, mantuviesen el rumbo occidental hasta hallarse á setecientas leguas de Canarias.

Seguian navegando las carabelas con tiempo bonancible, cuando llegaron á posarse en los palos una garza de los trópicos y otra ave llamada *rabo de junco*. La vista de estos mensajeros de lejanas tierras produjo gratas emociones en el ánimo de los contristados nautas, que empezaron á sentir el goce del descubrimiento de nuevos paises.

Admiraba Colon la frescura y suavidad del aire, la serenidad de los cielos, la transparencia de las aguas cuya mansedumbre comparaba á la del Guadalquivir en sus remansos de Sevilla, «faltando solo para completar tan delicioso espectáculo, dice en su cándido lenguaje, el canto del ruiseñor.»

Animadas las tripulaciones, vivas las esperanzas de tierra próxima y el tiempo tan propicio que permitia á las naves ir bastante juntas para que los marineros conversaran de unas á otras comunicándose su regocijo, adelantóse la *Pinta* hácia el Norte, con consentimiento del almirante, á fin de averiguar si ciertos celajes y el vuelo de las aves que de aquel punto venian eran indicios de la deseada tierra.

Á la puesta del sol las neblinas se condensaron mas, tomando tales formas, que engañada la marinería imaginó ver tierras, y con alegres voces demandó al almirante enderezar las proas hácia ellas.

No accedió el gran marino á aquella peticion, ni consintió en cambiar de rumbo algunos dias despues, á pesar de recibir á bordo pequeños pájaros cuyos trinos parecian indicar que no venian de lejos, porque no queria aparecer ante sus subordinados como un hombre indeciso que camina á tientas desconociendo el punto fijo de sus aspiraciones, sino como un ingenio activo, que, guiado por la experiencia, procede bajo un plan regular y lo ejecuta con tanto valor como perseverancia. Además, ¿cómo separarse del rumbo llevando tripulaciones prontas á desalentarse al ver frustrada cualquiera tentativa en que cifrasen sus esperanzas? Bien pronto dieron los marineros indicios de su versatilidad mostrándose fastidiados de la constancia y monotonía del tiempo, de lo largo del viaje y de la dificultad que, en su concepto, opondrian á la vuelta los vientos del Este.

Cruzaba la escuadrilla el 20 de Setiembre las *praderías* del Océano, que dias antes se anunciaran por grandes extensiones de agua cubiertas de yerbas, y que entonces se presentaban tan espesas que dificultaban la marcha

de las naves. Recelando el almirante de aquellos campos de verdura, echó la sonda por si ocultaban algun escollo bajo su superficie; mas á doscientas brazas no acusó fondo la sondaleza.

Se hallaban los exploradores en el mar de *Sargazos*, vasto circuito de corrientes que arrastran toda clase de vejetales en que abundan las algas flotantes.

La monotonía del tiempo vino al fin á turbarse, con gran júbilo de los marineros, reemplazándola frecuentes chubascos y vientos contrarios que hicieron un tanto trabajosa la navegacion, y aunque de corta duracion esta variedad, distrajo, sin embargo, á la fastidiada gente, que al volver los vientos constantes y al buen tiempo empezó á quejarse, manifestando temores de que, prolongándose aquella situacion, llegaran á agotarse los víveres.

Tales muestras de descontento, uno y otro dia repetidas, despertaron las pasiones aviesas de algunos tripulantes de la *Santa María*, que convirtiéndose en jefes de motin, se impusieron á sus camaradas, con quienes convinieron secretamente en apoderarse del buque, volver la espalda al Occidente y arrojar al agua al almirante si oponia resistencia.

Sabedor de estos designios nuestro héroe, presentóse sereno entre la chusma, y hablando amigablemente á unos, excitando la codicia de otros, halagando el orgullo de aquel y la vanidad de éste, y amenazando, en fin, con ejemplar castigo á los cabezas de la conjuracion, logró poner en pugna las diferentes pasiones que se coligaban para hacer abortar una empresa que será siempre el orgullo de la razon humana.

Al dia siguiente de este suceso, hallábase Colon sobre cubierta con los pilotos ocupado en arrumbar la nave para distraer con el trabajo á su tripulacion, cuando un grito que resonó en el mar le hizo volver vivamente la cabeza.

Era la voz de Alonso Pinzon, que desde el elevado castillo de popa de la *Pinta* y señalando con la mano al Sudoeste, gritaba:

« ¡ Tierra ! ¡ Tierra ! »

Subieron en el acto algunos marineros á los palos y confirmaron la dichosa nueva, siendo tan general la creencia de que por aquella parte se descubria tierra, que el almirante mandó torcer el rumbo hácia el indicado viento. Pero á la siguiente aurora desaparecieron aquellos falaces indicios y las naves volvieron al rumbo occidental.

En primero de Octubre habia navegado la flotilla, segun el piloto de la

Santa María, quinientas ochenta leguas desde el punto de salida al de fantasía; segun el diario público de Colon quinientas ochenta y cuatro, y segun el reservado, que no enseñaba á nadie, setecientas siete.

De este modo el previsor marino habia sustraido del diario público y de la impaciencia de las tripulaciones *ciento veinte y tres leguas.*

Dos dias trascurrieron sin que se viese ninguna ave ni señal alguna que alentase á la cada vez mas aburrida marinería, que declarada casi en rebelion, murmuró, gritó y amenazó, y se apaciguó al fin á la vista de una muchedumbre de pájaros que pasaban del Norte al Sud.

En la madrugada del 7 de Octubre, como se presentaran notables indicios de tierra al Occidente, dispuso el almirante que se adelantara la velera *Niña,* que á poco izó bandera y disparó un cañonazo; mas pronto se reconoció que era una nube baja la que simulaba una isla que se alzara en medio del Océano.

La constancia de la direccion de las aves hácia el Sudoeste determinó á Colon á ceder á las instancias de los Pinzones y á seguir por tres dias aquel rumbo, que le alejaba de su plan y que influyó de un modo tan poderoso en la colonizacion y destinos del nuevo continente.

Los anuncios de cercanas tierras eran á cada instante mas frecuentes. Los pintados pajarillos se posaban en las vergas distrayendo con sus cantos la monotonía de la navegacion. Hendió los aires un pato huyendo quizá de los hielos del Norte hácia los mares del Sud: se vieron yerbas de agua dulce; mas nada podia levantar el ánimo de los marineros, que miraban estos anuncios como seducciones del demonio para arrastrarlos al abismo de su perdicion. Así, tomaron otra vez una actitud hostil, y no logrando Colon calmarles con palabras suaves, adoptó un tono firme, un aspecto augusto; llamó á los buenos á su lado; amenazó con la muerte á los que faltaran á su deber, y despues de haberse impuesto á los descontentos, les dijo:

« ¡ No conseguireis nada con vuestras quejas y amenazas ! ¡ Me he puesto en camino para ir á las Indias; creo llegar á ellas, y no cederé hasta que, con la ayuda de Dios, las haya encontrado ! » [1]

El dia 11 se extrageron del mar bayas arrancadas de árboles desconocidos, peces verdes de los que no se separan de las costas, una tableta y un palo artificialmente labrado. ¿ Podia dudarse de la existencia y cercanía de tierras, y de tierras pobladas de séres inteligentes ?

Seguia el Levante fresco: las carabelas se deslizaban rápidas sobre las

[1] *Diario* de Colon del 10 de Octubre de 1492.

ondas. Los nautas, llenos ya de esperanzas, entonaron á la caida de la tarde con mayor fervor que de ordinario el *Salve Regina,* como saludo á la deseada tierra.

Acostumbraba Colon pasar las noches contemplando los astros, observando las nuevas constelaciones del Sur y la situacion respectiva de los planetas; mas en la noche del 11 de Octubre un vago presentimiento le hacia evocar la tierra que de un instante á otro iba á surgir del mar.

Como medida de precaucion habia mandado acortar velas, navegar con la sonda en la mano y cantarla cuando la hubiera.

Serian las diez de la noche cuando creyó divisar una luz á lo lejos, y figurándose que le engañaban sus ojos, llamó á Pedro Gutierrez, caballero de la cámara del rey, que confirmó la existencia de la luz. No satisfecho todavía, apeló al testimonio de Rodrigo Sanchez de Segovia; mas cuando éste llegó, la luz habia desaparecido, viéndola á poco rato pasar dos veces rápidamente, como luz de lancha pescadora que sube y baja con el oleaje, ó de caminante que se alumbra atravesando matorrales.

Acostumbrados los tripulantes á las alternativas de temor y esperanza porque pasaban cada dia, no daban importancia al indicio que les ofrecia la lucecilla vista por el almirante, quien, sin embargo, continuaba tomándola como señal segura de tierra habitada. Pero á las dos de la madrugada un cañonazo de la *Pinta* retumbó en el espacio, anunciando por fin un nuevo mundo, que fué el primero en ver un marinero llamado Rodrigo de Triana.

Era el 12 de Octubre de 1492.

¿Quién puede adivinar lo que pasó entonces en el alma del intrépido navegante?

En aquel momento de suprema dicha, la voz de su conciencia pudo decirle: «¡Aprovecha los instantes de gozarte en tu obra, obra precedida por la burla y la incredulidad, heredada por la codicia, mancillada luego por la ingratitud y cubierta de sangre por la crueldad del hombre civilizado! ¡Pero no mires, no, la tristísima época que atraviesas: mírate en el espejo del porvenir! ¡La historia te dirá que, ejecutando un plan metódicamente concebido, has sentado el fecundísimo principio de que la razon humana, partiendo de hechos fielmente observados, puede deducir las leyes que rigen al universo! Bajo este concepto, serás mirado por las generaciones venideras como el primer paladin de la emancipacion del pensamiento. Desde hoy, y merced á tu impulso, las ciencias marcharán por el cauce de la observacion y de la experiencia, y el vasto continente que has abierto á

la civilizacion superará á la vieja Europa en productos y manufacturas, en ciencias y artes, en leyes é instituciones libres. ¡Eres el fundamento del porvenir! ¡Gózate en el amor paternal que te inspira ese nuevo mundo arrancado por tí de las tinieblas de la geografía y en la veneracion que te profesarán sus habitantes, moralmente mejores que tus compatriotas europeos! ¡Saborea tu inefable dicha, que luego serás blanco de la envidia, y enfermo, viejo é indigente, te verás perseguido y olvidado; que tal premio guarda la sociedad para el que, como tú, se consagra á servirla, sacrificándola su juventud, sus afecciones, su fama, su existencia!»

Si no hubiera inclinado Colon su rumbo hácia el Sud por complacer á los hermanos Pinzon y siguiera hasta el fin de su viaje el rumbo occidental, en lugar de abordar á Guanabani, una de las Lucayas, descubriera, arrastrado por la veloz corriente del golfo, las tierras de Virginia. La trascendencia de tal suceso, como dice Irving, es difícil de calcular, cuando de él ha dependido que la raza germánica se derramara por la América del Norte, en lugar de la latina, cuyo ardiente temperamento templárase en un clima mucho mas frio que el europeo, y no se enervara tanto en las ardientes playas de la América del Sur, donde se estableció.

Así quiso el destino torcer el rumbo del insigne marino. ¿Pero fué en beneficio de la colonizacion del nuevo mundo? La parte Norte de él resistió al establecimiento de los ingleses hasta el siglo XVII, cediendo al fin á los perseverantes esfuerzos del justo y animoso John Smith y luego á los de los Puritanos, mientras que en las Antillas, á pesar del sistema anárquico y desolador de los españoles, no hallaron estos ninguna resistencia.

Puso Colon por nombre San Salvador á la primera isla y primera tierra que vieron sus ojos, tierra que durante veinte y dos años habia contemplado en su imaginacion, y las impresiones que le causó la vista de esta isla han quedado consignadas en los fragmentos que de sus diarios y correspondencias han podido salvarse del olvido, fragmentos que son el fiel trasunto de aquella alma superior á las tempestades de la naturaleza, á cuyas bellezas rendia un culto entusiasta. Á pesar de expresarse en un idioma extranjero, la emocion embellece el lenguaje del ilustre marino, quien dice de esta isla que toda ella era una floresta con árboles cargados de tentadores y desconocidos frutos, chozas rodeadas de arboledas y jardines tan hermosos como los del Generalife de Granada.

Al dejar á San Salvador hallaron nuestros navegantes muchas islas á cual mas bellas, verdes, fértiles y llanas, que les hicieron olvidar las penali-

dades de su viaje. Colon apellidó *Fernandina* á una de dichas islas, y á otra *Isabela,* en honor de los reyes Católicos, en cuyo nombre tomó posesion de ellas.

Despues de hacer aguada en la Isabela, empezó el almirante á explorar el que hoy llamamos Archipiélago de las Antillas, y el 28 de Octubre, á favor de un viento suave «que empezó á soplar amorosísimamente,» segun dice en su diario, descubrió la isla de Cuba, que, tanto por su extension, como por ser esta la opinion de sus naturales, tomó por tierra firme.

En la entusiasta descripcion que hizo de Cuba á los reyes Católicos, decia:

« Es la mas hermosa tierra que jamás vieron ojos humanos, llena de excelentes puertos y profundos rios. El clima mas templado que en las otras islas; las noches ni frias ni calurosas, y los pájaros y las cigarras las animan con sus cantos. »

Queriendo asegurarse nuestro marino de que habia descubierto un nuevo continente, costeó gran parte del Norte de Cuba, y cada vez mas convencido de ello, hizo rumbo hácia el Sur, desembarcando el dia 6 de Noviembre en la costa septentrional de Haiti, á cuya isla dió el nombre de *Española,* por recordarle sus elevados montes los de España. Era Haiti una de las islas mas pobladas y feraces de las Antillas, y allí se halló bastante oro, objeto predilecto de los compañeros de Colon; pero no en tanta abundancia que bastase á satisfacer su codicia. En esta isla, y por medio del cacique Guacanajari, entabló Colon relaciones de amistad y comercio con los naturales, cuya lengua y costumbres estudiaron los españoles, sin que se originase entre estos y los indígenas ningun combate ni disturbio durante la corta temporada que permaneció allí el almirante.

Los habitantes de todas aquellas islas eran de mediana estatura, bien formados y de facciones agradables, aunque desfiguradas por las pinturas conque pretendian hermosearlas. En cuanto á sus armas, consistian en bastones con puntas de pedernal, de espinas de pescados ó de madera endurecida al fuego. No conocian el hierro, é iban completamente desnudos, á pesar de cultivar é hilar el algodon, con el cual fabricaban sus redes de pescar y las *hamacas* que les servian de camas. Se alimentaban de los frutos que pendian de los árboles, de una raiz machacada de la cual hacian unas tortas que llamaban *cazabe,* bastante parecidas al pan y muy nutritivas, de diferentes clases de pescado, y de guanacos, animales de poco agradable aspecto, pero de delicada carne.

En una carta que dirigió el almirante á Santangel, retrata de este modo á los indígenas de las Antillas:

« Sin cerciorarse personalmente es imposible tener idea de la sencillez y generosidad de los indios. De cosa que tengan, pidiéndosela, jamás dicen que no; antes convidan á la persona con ello, y muestran tanto amor, que darian los corazones; y cuando en pago de sus dones se les da cualquier cosa, ya preciosa, ya insignificante, se dan por contentos y satisfechos. En todas estas islas me parece que todos los hombres están contentos con una mujer, y á su mayoral ó rey dan hasta veinte. No he podido entender si tienen bienes propios, que me pareció ver que aquello que uno tiene, todos hacen parte, en especial de las cosas que constituyen sus primeras necesidades. »

Y en efecto, todos los historiadores de aquel tiempo están conformes en cuanto al bondadoso carácter de los indios. Pedro Mártir de Anglería, que estudió á fondo sus costumbres, dice á este propósito:

« El mio y el tuyo, semillas de tantos males, no tienen eco entre aquellas gentes, para quienes la tierra es tan comun como el sol y el agua. Se contentan con tan poco, que en aquel extenso pais mas bien tienen superfluidad que escasez. Así, parece que habitan un paraiso terrestre, sin trabajar, y viviendo en abiertos jardines, no atrincherados con diques, ni divididos por valladares, ni con muros defendidos. Comercian justamente unos con otros, sin leyes, sin libros y sin jueces. Creen hombre malo y perjudicial solo al que se complace en hacer daño á otro; y aunque no gustan de cosas supérfluas, hacen provision de las raices de donde sacan el pan, contentos con esta simple comida, con la cual conservan la salud y evitan las enfermedades. »

« Tan amorosas, tan tratables y pacíficas son estas gentes, dice Colon en su diario destinado al parecer á ser leido por los reyes Católicos, que juro á SS. AA. que no hay en el mundo todo, ni mejor pais, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de sonrisas, y aunque es verdad que andan desnudos, son sus modales dignos y decorosos. »

Aparte de esto, no parecian agenos los indígenas á la creencia de una alma inmortal; se figuraban que los hombres blancos que llegaran á sus tierras descendian de *turey* (el cielo), y los amaban y temian como á divinidades que traian la felicidad á sus islas.

Segun cuenta un cronista del ilustre marino, en una de las islas que visitó le dijo un cacique:

« No sabemos si sois hombres ó dioses; pero manifestais tal poder, que

seria locura resistiros aunque quisiéramos hacerlo. Estamos, pues, á vuestra disposicion: si sois dioses, aceptareis nuestros dones y nos sereis propicios; si sois hombres como nosotros y sujetos á la muerte, debeis saber que despues de esta hay otra vida, que es diferente para los buenos y para los malos. Si esperais morir algun dia y creeis en una vida futura donde cada uno será tratado segun obró en la presente, no hareis mal á quien no os daña á vosotros.»

Hallándose las carabelas en las aguas de Haiti, en la noche del 24 de Diciembre y por torpeza del piloto de la *Santa María* encalló este buque en un banco de arena, y como se llenase el casco de agua por todas sus junturas, se pidió auxilio al ya citado cacique Guacanajari, quien compareció al punto con una muchedumbre de indios y muchas canoas, y antes que el barco se fuera á pique, lo aliviaron de todo su cargamento, depositándolo en la playa, y luego el mismo casco, pero tan abierto y destrozado, que quedó inútil para navegar.

Profunda fué la pena del almirante al ver perdida su mejor nave. Compadecido de su tristeza Guacanajari, lloró con él y le ofreció cuanto en su casa y dominios tenia.

Tales eran los habitantes del nuevo mundo hallado por la atrevida concepcion del insigne marino.

Con los restos de la *Santa María* levantó Colon en aquella costa un fuerte, que llamó *Navidad*, artillándolo, municionándolo y guarneciéndolo con treinta hombres mandados por Pedro de Arana, y despues de dejarles instrucciones escritas sobre el gobierno interior y manera de portarse en la isla, decidió regresar á España, embarcándose en la *Niña* con algunos indios que le siguieron de buena voluntad, llevándose como testimonio de la riqueza de aquellas tierras, frutos, semillas, algodon, objetos de arte de los indígenas y regular cantidad de oro.

Los vientos alisios, que tan favorables fueron para el viaje de descubrimiento cuanto temidos para el de vuelta, evitólos Colon navegando hácia el Norte hasta los 38°; derrota la mas acertada, aun en nuestros tiempos, para llegar con brevedad de las Antillas á la Península.

Fortuna fué para el gran navegante poseer en tan alto grado el instinto de mares que le llevó á buscar los vientos de ida á la altura de las Canarias, y los que debian favorecer su regreso á España en el paralelo de las Azores, estableciendo así los únicos derroteros que con ventaja les es dado seguir á los buques de vela.

Atormentado Colon durante casi todo el viaje por fuertes temporales, que fueron arreciando hasta el punto de tener que navegar á palo seco, y temiendo, así como la tripulacion de la *Niña,* que habia llegado el último momento de su vida, escribió en un pergamino una sucinta relacion de su descubrimiento; cubrióla de cera para evitar los efectos de la humedad, y metiéndola en un barril perfectamente calafateado, arrojóla al mar, rogando á Dios que la condujera á puerto civilizado, para que, segun el sobrescrito indicaba, llegase á manos de los reyes Católicos y no quedara sepultado en los abismos del Océano un secreto que tanto interesaba á la humanidad.

Serenado el tiempo dos dias despues, como pidiese Colon á sus pilotos el punto de estima de la nave, estuvieron discordes entre sí y muy distantes de la verdad. En cuanto al almirante, á pesar de las tempestades habia seguido como siempre apreciando con mucha exactitud la velocidad y direccion de la carabela; habia notado cuándo entró en las *praderías* del Océano ó mar de *Sargazos*, y cuándo las acabó de cruzar, sin dejar de advertir al mismo tiempo la diferencia cada dia menor de la declinacion Noroeste de la brújula, y comparando estas observaciones con las que hizo en su viaje de ida, dedujo que no distaban mucho las Azores, puesto que se hallaba en el meridiano magnético que no tiene declinacion. Así, predijo que, siguiendo el tiempo y rumbo que traian, llegarian antes de dos dias á la altura de Santa María de las Azores, como se efectuó.

Pero sucedieron al buen tiempo nuevos temporales que obligaron á nuestro marino á arribar á Lisboa, donde fué muy bien recibido por Juan II, prosiguiendo luego su navegacion y desembarcando por fin el dia 15 de Marzo de 1493 en el puerto de Palos, desde donde escribió á los reyes, que estaban á la sazon en Barcelona.

Á la tristeza que sentia aun la villa de Palos, afligida por el dolor de la partida de sus hijos, sucedió con la llegada de la *Niña* el júbilo, la suspension de los negocios, el repicar de las campanas, las salvas de artillería y el entusiasmo general de todos sus habitantes.

Segun cuenta el baron de Bonnefoux, en el momento en que Colon ponia los piés en la playa, viendo llegar apresuradamente á Fray Juan Perez de Marchena, se adelantó hácia él, y abriendo los brazos, le recibió en ellos con la efusion de la mas tierna amistad, diciéndole:

—¡Padre mio: habeis rogado á Dios por mí, y héme aquí sano y salvo!

—¡Sí, hijo mio, respondió el ilustrado fraile: he rogado á Dios por tí de dia y de noche desde el fondo de mi corazon, y ha escuchado mis súplicas!

— ¡Loado sea el Señor! concluyó el almirante: ¡vamos ahora á darle gracias por habernos hecho merced de las islas y tierras mas hermosas del mundo!

El entusiasmo de los buenos habitantes de Palos se propagó en breve á los de toda la Península, que abandonaban en masa sus hogares para conocer y saludar á Colon, quien se dirigió por tierra á Barcelona, donde los reyes le dispensaron una grata acogida, despachando despues correos á todas las córtes para comunicarles las noticias de un descubrimiento que en todas partes produjo la profunda impresion propia de un hecho sin ejemplo en la historia.

En las tinieblas geográficas de aquella edad, la tierra no tenia forma definida mas que para algunas inteligencias privilegiadas. Mas de repente, disipa Colon la oscuridad, y aparecen los límites del mundo. Es positivo que hasta que Vasco Nuñez de Balboa descubre el mar del Sur en 1513 y Magallanes y Elcano dan la vuelta á la tierra, no se obtiene la posesion material de la idea; pero es tan viva la luz que arroja el descubrimiento de Colon, que todos ven ya perfectamente la esfericidad de nuestro planeta.

«Á partir de este instante, dice Humboldt, los progresos de la ciencia humana no dependen del estrecho círculo de los hechos políticos: en virtud de su fuerza propia la inteligencia produce desde entonces grandes cosas y obra á la vez en todas direcciones.»

Algunos hombres ilustrados de nuestro tiempo, llevados de su generosidad y como en compensacion de la ingratitud conque el siglo de Isabel la Católica trató al que en edad tan atrasada se elevó tanto que no existió despues quien osara levantar su mirada hasta él, propusieron su beatificacion á Roma. Pero, ¿podia acceder la Santa Sede á tales sugestiones, si habia probado Colon que la tierra no es llana; que los cielos no están extendidos sobre ella como un pabellon, y que la razon humana, iluminada por el Creador y apoyada en la ciencia, es superior á toda autoridad?

Sin duda que en la época de Colon nadie pudo prever que un hombre tan piadoso como él produjera un suceso tan ocasionado á conmover las bases del catolicismo. Y sin embargo, el descubrimiento del nuevo mundo fué ya una protesta no solo contra la ciencia oficial, sino tambien contra la interpretacion de los versículos cosmográficos de la *Biblia* y contra las opiniones de varios padres de la Iglesia, apareciendo aquel extraordinario acontecimiento como generador de la Reforma religiosa y civil simbolizada por la *protesta* de Lutero, contemporáneo del insigne marino. Además, probado que

fué el aislamiento de la tierra en el espacio, Copérnico, coetáneo tambien de Colon, sintióse impulsado á publicar su libro sobre las *Revoluciones del cielo,* segun el cual la tierra no figura como centro del universo, sino como un planeta de mediana magnitud que, como otro centenar de su clase, gira alrededor del sol; sistema que condenó la Iglesia quemándolo en la persona del desventurado Jordano Bruno y persiguiéndolo encarnizadamente en la del inmortal Galileo; y siendo el descubrimiento del nuevo mundo, la Reforma y el verdadero sistema solar tres hechos que se realizaron en menos de medio siglo, y presentándose el primero como orígen de los otros dos, ¿cómo habia de canonizar la Iglesia al causante de tal revolucion y de tamaña *herejía?*

Corta fué para el ilustre navegante la dicha que le proporcionó la realizacion de su gloriosa empresa, puesto que solo abraza el período comprendido entre el 12 de Octubre de 1492, en que contempló por primera vez las playas del mundo occidental, y el 27 de Noviembre de 1493, dia en que, ya en su segundo viaje, llegó con diez y siete naves y mil quinientos expedicionarios delante de Haiti, en cuya fortaleza creia encontrar los treinta hombres que dejara como gérmen de la colonia que pensaba establecer en la isla.

Era de noche. No atreviéndose á entrar en el puerto por temor á los arrecifes, tiró dos cañonazos que retumbaron lúgubremente en el espacio, sin que el fuerte de *Navidad* contestara al saludo, ni un grito de la costa, ni una luz siquiera anunciaran á Colon la presencia de los españoles en aquellas playas.

Horas de amarga incertidumbre fueron las que pasó nuestro marino, hasta que á media noche se acercó á la nave almirante una canoa tripulada por indios, que traian á Colon varios regalos y un mensaje del cacique Guacanajari, por el que supo la tristísima causa de aquel silencio.

La indisciplina y la vida licenciosa habian dispersado por la isla la guarnicion del fuerte, donde solo quedaron diez hombres que siguieron fielmente las instrucciones del almirante; pero tan corto número, á pesar del auxilio que les prestó el leal Guacanajari, no pudo resistir al enjambre de indios de las montañas que cayeron sobre ellos, acaudillados por su belicoso jefe Caonabo, que incendió la fortaleza, mató á los españoles y arrasó los pueblos del hospitalario cacique.

Este primer desastre encendió en ira á los inmigrantes, que quisieron vengar desde luego la muerte de sus paisanos; pero calmados por las exhor-

taciones de Colon, desembarcaron en otro punto de la isla y fundaron la ciudad de Isabela, que fué abandonada por insalubre en 1496, para levantar la de Santo Domingo en el sitio en que todavía subsiste.

Descubiertas aquellas islas, fueron colonizándose poco á poco, y luego el continente; mas en todas partes extendieron los europeos el exterminio de los naturales, hasta el punto de acabar en las Antillas con la poblacion aborígena. Españoles, portugueses, ingleses y franceses, cada uno de estos pueblos en sus respectivas colonias, como recien salidos de la barbarie de la edad Media y con las tradiciones de las Cruzadas, saquearon é incendiaron toda vivienda de indios, á quienes miraban como idólatras, sin comprender que tal procedimiento, en lugar de facilitar su arraigo en el nuevo mundo, les privaba del auxilio de una gente acostumbrada al clima; gente que tuvieron mas tarde que suplir por la inmigracion de la raza de color, cuya esclavitud ha sido y es todavía la lepra de las mismas colonias.

No por estas desacertadas vias quiso colonizar Colon el nuevo mundo, sino por las de la benevolencia y trato amistoso con los sencillos y simpáticos indios, que alegremente pagaron los tributos que les impuso el almirante, ayudándole con la mas expontánea voluntad, tanto en los dias prósperos, como en los mas aciagos de su vida que pasó en Jamáica, náufrago y privado durante mas de un año de todo comercio con el mundo civilizado.

El plan económico de Colon consistia en aclimatar en aquellas apartadas tierras las plantas y animales útiles de Europa; interesar en el trabajo á los indígenas; instruirles en la religion cristiana; confundir en una nueva raza la europea é india, y remitir á Europa frutos, especias, maderas propias para las artes y riquezas minerales.

Establecidas las bases de la colonizacion conforme á estos principios, recorrida la isla de Haiti en toda su extension y construida la ciudad de Isabela, prosiguió el gran marino sus exploraciones, reconoció la parte Sud de la isla de Cuba y descubrió la de Jamáica.

Durante la ausencia de Colon, creyendo los españoles que dejó en Haiti que les pertenecian de derecho las haciendas, honor y vidas de los indígenas, se entregaron á la vida disoluta y á los hábitos de rapiña adquiridos en la guerra contra los moros de la Península, concitándose así el odio de los naturales, que se declararon en abierta rebelion, dirigida por el ya nombrado cacique Caonabo. Por otra parte, la influencia de un clima nuevo y

la licenciosa conducta que observaban los españoles llenó de enfermos la naciente ciudad de Isabela.

Cinco meses estuvo el almirante fuera de la colonia, costándole luego siete meses de lucha el restablecimiento del órden y de la paz, que al fin logró afianzar no sin grandes esfuerzos. Pero los españoles murmuraron primero y luego se quejaron de las órdenes y reglamentos que dictó, presentando á la córte un memorial de agravios, que apoyado por Fray Juan Rodriguez de Fonseca, obispo de Búrgos y enemigo de Colon desde los albores de sus empresas, fué atendido pôr Fernando el Católico, que continuaba mirando con malos ojos á un extranjero cuya gloria y nombre eclipsaba á los hombres notables de su pais.

Dejándose llevar de sus recelos y antipatía, desautorizó el rey al inmortal marino enviando á la colonia á un tal Aguado para tomar informes, el cual, aleccionado por Fonseca y creyendo dar gusto á Fernando, dió alas á los descontentos, contrarió cuanto pudo á Colon é impidió con sus medidas que éste continuase sus descubrimientos.

Colon regresó á España con Aguado en Junio de 1496, dejando á sus hermanos en la Española mandando en su nombre.

No obstante haber justificado su conducta ante el rey Católico, detuvo éste á Colon en la córte durante dos años, bajo el pretexto de que los apuros del tesoro impedian proporcionarle naves para continuar sus exploraciones, en tanto que equipaba una armada de cien bajeles y veinte mil hombres, sin mas objeto que el de acompañar con grande ostentacion á su hija Juana á Flándes.

Gracias á la solicitud de la reina Isabel, á últimos de Mayo de 1498 pudo emprender nuestro navegante el tercer viaje de descubrimientos, viaje feliz por haber alcanzado en primero de Agosto, á ocho grados distante del Ecuador, el continente Sud del nuevo mundo.

En esta expedicion reconoció Colon las bocas del Orinoco, la isla de Trinidad, el golfo de Paria y la costa contigua; comerció con los naturales y adquirió gran cantidad de perlas. El pais que visitó estaba perfectamente cultivado: los indios parecian menos morenos que los de las Antillas y mas inteligentes y adelantados: los hombres ceñian su cabeza y cintura con telas de algodon. Eran altos, bien formados y de aire desembarazado. El cabello lo llevaban unos suelto y otros cortado. Sus armas consistian en arcos, flechas y escudos, y como los de las islas eran benévolos y hospitalarios. Las mujeres iban completamente desnudas.

Durante este viaje y guiado por sus observaciones, dedujo nuestro héroe de principios erróneos la teoría cierta de ser la tierra abultada por la parte del Ecuador, lo cual la astronomía y la física han comprobado despues. Tambien dedujo de la grande afluencia de aguas dulces que notó en el golfo de Paria la grandísima extension del continente que á la vista tenia.

Atormentado Colon por la calentura, la gota y una enfermedad de la vista que le impedia hacer observacion alguna por sí propio, y hallándose las cuatro naves que llevaba en tan mal estado que todas ellas necesitaban sérias reparaciones, tuvo que suspender sus investigaciones, llegando de arribada á la Española y puerto de Santo Domingo, donde su hermano Bartolomé, que gobernaba con el título de Adelantado, acababa de levantar la ciudad de aquel nombre á orilla de un rio y junto á unas ricas minas de oro.

Animados por el favor que encontraban en la córte de España, los descontentos empezaron á entregarse á toda clase de excesos, desconociendo la autoridad de los delegados del almirante y aun la de este mismo. El mal era ya grave, y no teniendo Colon bastantes fuerzas para sofocar la rebelion en un pais tan extenso, apeló á medios políticos primero y severos despues, y haciendo concesiones á unos y expulsando de la isla gran número de aquellos inquietos aventureros, restableció la paz.

En estas circunstancias llegó de la Península Francisco Bovadilla, comendador de Calatrava, enviado por el rey para residenciar al almirante y encargarse del gobierno de la Española.

Como dejamos indicado, Fernando V no ambicionaba mas que oro para emplearlo en las guerras que encendia en Europa, despreciando el imperio salvaje de las que entonces se llamaban Indias Occidentales. De ellas solo queria la riqueza de sus minas, siéndole indiferentes y aun aprobando los trabajos y miserias conque afligian sus delegados á los indígenas, con tal que por este medio se llenasen sus arcas. « En mas de una ocasion, dice un ilustre historiador moderno, los pobres indios tributaron honores religiosos al oro, que creian era el dios de los cristianos, para aplacar las iras de éstos. »

No pudiendo Colon apagar aquella sed de oro, se dolía de ello escribiendo á los reyes:

« Cuando yo descubrí las Indias, dije que era el mejor señorío del mundo: hablé de oro, perlas, piedras preciosas y especias, y porque no salió todo tan presto, fuí calumniado. »

Disgustado el rey de la administracion paternal del almirante, que á su entender impedia que la colonia enriqueciera á la metrópoli, y afectando creer que la calidad de extranjero del insigne marino se oponia al interés que como súbdito debia demostrar por el engrandecimiento de España, quiso destituirle de sus títulos, y encontrando motivos bastantes en las quejas de los rebeldes, sin tener en cuenta las representaciones de los buenos colonos que con su diligencia sostenian la prosperidad de la isla, confirió facultades omnímodas al comendador Bovadilla, entregándole además pliegos en blanco que llevaban estampados su sello y firma para extender en ellos lo que mas conviniera á los intereses de la corona.

El primer uso que hizo Bovadilla de aquellas facultades fué el de encarcelar á Colon y á sus hermanos Bartolomé y Diego, amenazándoles además conque les daria ignominiosa muerte.

Despues de muchos dias de incomunicacion, presentóse un oficial llamado Villejo con numerosa escolta en el calabozo en que yacía aherrojado el inmortal descubridor, y figurándose éste que iba á buscarle para llevarle al suplicio, preguntó tristemente:

— Villejo: ¿á dónde me llevais?

— Al buque, señor excelentísimo, respondió el oficial.

— ¡Vais á embarcarme! exclamó el almirante: Villejo, ¿me decís la verdad?

— ¡Por la vida de vuecencia, replicó el oficial, que es cierto lo que digo!

Las-Casas, que recuerda este diálogo, añade que Villejo era un hidalgo muy amigo suyo.

Andrés Martin, dueño de la carabela en que embarcaron á Colon para volverle á España, y Villejo, encargado de su custodia, trataron con la consideracion que merecia á tan ilustre preso, y aun quisieron quitarle los grillos y esposas que el feroz Bovadilla hizo que le pusieran; pero se opuso el almirante á tan generoso propósito, diciendo con noble orgullo:

« ¡No: sus altezas me mandaron por escrito que me sometiera á las órdenes de Bovadilla: él me ha puesto estas cadenas, y yo las llevaré hasta que los reyes me las manden quitar; y las conservaré siempre como testimonio del premio que han dado á mis servicios! »

« En efecto, dice su hijo Fernando, ví aquellas cadenas colgadas siempre en su gabinete, y dispuso que cuando muriese fuesen enterradas con él. »

Despues de una dichosa travesía llegó á Cádiz Colon en Noviembre del año 1500.

Divulgóse rápidamente por España la noticia que por órden de los reyes volvia preso el almirante desde el nuevo mundo, y la veleidosa opinion pública, que miraba ya con cierta indiferencia los méritos del insigne marino, declaróse de pronto en su favor, en términos que el astuto Fernando se vió obligado á aparentar que desaprobaba la conducta de Bovadilla y á dar al almirante las mayores muestras de consideracion.

Conjurada así la tempestad que se levantara contra su prestigio, ofreció el rey Católico destruir á Bovadilla y restablecer á Colon en sus cargos, títulos y honores; pero jamás lo cumplió. Destituyó, sí, á Bovadilla; pero fué tarde, como si quisiera darle tiempo de enriquecerse á costa de Colon, nombrando luego á Ovando gobernador de la Española y constituyendo esta isla en metrópoli de todas las demas y de la tierra firme.

Partió Ovando á tomar posesion de su gobierno con una escuadra de treinta bajeles, tripulada por mas de dos mil quinientos hombres, mientras se detenia en la Península al descubridor, que quejándose en una de sus cartas á los reyes Católicos, decia:

« Debe considerarse que yo traje todas estas tierras á la sujecion de sus altezas, dándoles dominio sobre otro mundo; por lo cual España, hasta ahora pobre, se ha enriquecido súbitamente. »

Así se trataba al grande hombre, en tanto que se facilitaban poderosos medios á cuantos aventureros pretendian descubrir nuevos paises, impidiéndole á él solo continuar su noble obra de hacer del nuevo mundo un vastísimo imperio dependiente de España.

Empero la rivalidad y la envidia inflamaron al fin la ambicion de Fernando V. Llevada á cabo por Vasco de Gama la empresa iniciada por el príncipe Enrique de Portugal, habia llegado al Ásia circunnavegando el África. Costa-Cabral, portugués tambien, acababa de ser arrojado por una tempestad al continente Sud del nuevo mundo, mientras que Sebastian Cabot descubria el continente Norte. Recordó entonces Fernando la sospecha de Colon acerca de la probabilidad de existir un estrecho entre la costa de Paria y la de Cuba, ya que ambas se dirigen hácia Occidente, y deseoso de llegar á las Indias Orientales por la via occidental y trasladar por este medio el rico comercio de las especias á los puertos españoles, ofreció de nuevo naves y recursos al olvidado marino, prohibiéndole, no obstante, *tocar de ningun modo en la Española.*

Esta órden inícua que martirizó al descubridor, evidencia el carácter taimado de un soberano que, si las crónicas de los reyes absolutos han

calificado de profundo político, la historia de los progresos humanos le marca con su estigma.

Mas como para el descubrimiento del nuevo mundo, segun decia Colon, le habia guiado un impulso divino á abrazar la profesion marítima, «que inclina al hombre á investigar la naturaleza,» sometióse á tan tiránica condicion; porque es evidente que no podia resistir á su pasion por los descubrimientos.

Zarpó de Cádiz el gran navegante con cuatro carabelas de cincuenta á setenta toneladas el 9 de Mayo de 1502, en compañía de su hermano Bartolomé y de su hijo Fernando, mozo ya de trece años, viéndose precisado, á pesar de la prohibicion real, á llegar de arribada á Santo Domingo para cambiar una nave averiada, sufriendo allí el bochorno de que Ovando le negara la entrada en el puerto.

No tuvo mas remedio Colon que refugiarse en una isla inmediata, donde compuso el barco averiado del mejor modo que le fué posible, y como presintiera que se acercaba uno de los terribles huracanes que devastan los mares tropicales, pidió de nuevo á Ovando que le permitiera recogerse en el puerto; pero le fué negado otra vez lo que solicitaba.

Acomodóse, pues, como pudo en un surgidero bastante abrigado de aquella costa, preparándose para sufrir la tempestad, y como supiera que una flota cargada de riquezas zarpaba para volver á España, aunque iba en ella la chusma de los aventureros sus enemigos, y entre ellos Bovadilla, escribió á Ovando anunciándole que se acercaba el temporal y rogándole que retardase siquiera por doce horas la salida de los buques. Mas, ¿cómo tales gentes podian dar crédito á los vaticinios del hombre de quien juzgaban que, con el favor real, habia perdido su ciencia y hasta aquel conocimiento de los mares que asombraba á sus pilotos?

Sin hacer caso Ovando del aviso, dejó salir la flota; pero se desencadenó el huracan y perecieron entre las olas los enemigos de Colon, incluso Bovadilla. Las-Casas, que se encontraba en la Española, y Fernando Colon, testigo de la catástrofe, consideran este suceso como un justo castigo de la Providencia.

Pasado el temporal, dejó el almirante su fondeadero, y dirigiéndose hácia Occidente encontró un grupo de islas á pocas leguas de la costa de Honduras. Allí vió la mayor canoa de las que surcaban aquellos mares, larga como una galera, de ocho piés de manga, y en la que se acomodaban veinte y cinco remeros por banda. El indio que mandaba aquella embar-

cacion dijo á nuestro marino que si se dirigia hácia el Norte encontraria un gran pueblo donde florecian las artes, enseñándole en prueba de ello diferentes cosas que él traia de allí, como sábanas de algodon pintadas de varios colores, hachas de bronce, cacao, un crisol para fundir metales, pan de maiz, una especie de cerveza y espadas de madera fuerte con tajo de pedernal, todo lo cual se probó veinte años despues que procedian del imperio de Méjico.

No acostumbrando Colon á cambiar de plan una vez la meditacion y el estudio le habian hecho adoptar uno, no quiso hacer rumbo desde luego hácia el Norte en busca de un pais mas civilizado, que despues podia visitar, concretándose á proseguir el objeto de su viaje, que consistia en hallar el estrecho que parecia indicarle la direccion de las tierras y la gran corriente del mar de las Antillas. Atormentado por crudos temporales, descubrió el almirante Honduras, Veragua, Costa-Rica y el golfo de Darien; recogió gran cantidad de oro en láminas, é intentó dejar á su hermano con un destacamento en Veragua, como gérmen de una colonia destinada á acopiar oro. Pero el carácter uraño de los indígenas, las tempestades que echaron á pique dos de las carabelas que mandaba y la resistencia y súplicas de los que debian quedarse, obligaron á Colon á diferir su plan para otro viaje, y á abandonar aquellas costas en que en vano buscó el ilusorio estrecho objeto de su expedicion. En lugar de un canal que permitiera el paso del mar de las Antillas al del Sur, la naturaleza habia plantado allí la insuperable barrera que hoy conocemos con el nombre de istmo de Panamá.

Con las dos naves que les quedaban muy quebrantadas y haciendo agua. dando incesantemente á las bombas y afligidos por terribles tormentas, dirigiéronse los exploradores hácia la Española, á la cual, sin embargo, no pudieron llegar, segun dice Colon, «por estar su gente abatida y descorazonada, casi todas las anclas y botes perdidos y los bajeles taladrados y tan llenos de agujeros como un panal de miel.»

Con objeto de que no se fuesen á pique en alta mar, llevó el almirante las desmanteladas carabelas á encallar á una cala de la Jamáica, conocida hoy dia con el nombre de *Caleta de don Cristóbal.* Allí, ignorado de todo el mundo, con las naves podridas é inservibles, viejo ya, y como él dice, «aislado en esta pena, enfermo, aguardando cada dia la muerte y cercado de un cuento de salvajes» escribió á los reyes Católicos la larga carta designada por los historiadores con el título de *Carta rarísima,* [1] en que les da

[1] De la citada carta se deduce que los diarios correspondientes al cuarto viaje de Colon de-

cuenta de su cuarto viaje y de su desesperada situacion, doblemente aflictiva «por tener hijo y hermano consigo y tanta gente que se habia de perder.»

Pero, ¿cómo comunicar á las autoridades de Santo Domingo su naufragio y aislamiento mediando un brazo de mar de cuarenta leguas y no teniendo buque para atravesarlo?

Hallábase entre los náufragos un piloto llamado Diego Mendez, hombre entendido en la guerra, sagaz, jovial y en extremo animoso, que prestara en la costa de Veragua señalados servicios á los exploradores. Al llegar á Jamáica quiso Mendez reconocer la isla, y habiéndose internado en ella, fué bien recibido por los indios, con cuyos caciques entabló relaciones comerciales, merced á lo cual, á cambio de peines, espejos, tijeras, cuchillos, cascabeles y otras bujerías, obtuvo regulares acopios de pan de cazabe, frutas, carne, pescado y una grande canoa, estableciendo además mercados en varios puntos de la costa para las sucesivas necesidades de sus compañeros.

Asegurada la subsistencia de los náufragos por un tiempo que dependia de la voluble voluntad de los indios, llamó Colon á Diego Mendez, y despues de exponerle los peligros de su situacion en unos mares no frecuentados y en una playa en que á la menor provocacion de los españoles podian contestar los naturales privándoles de víveres, le dijo:

—Tengo pensado, hijo mio, un remedio que podremos probar si os parece conveniente. En la canoa que habeis comprado puede pasar alguno á la Española, y procurar un bajel, con el cual nos libremos de la muerte que aquí nos amenaza. Decidme vuestra opinion sobre este asunto.

bieron ser muy ricos en observaciones. El descubrimiento del istmo de Panamá por sí solo ha dado la solucion del problema de la climatología del Noroeste de Europa, cuyos paises son cálidos relativamente á su situacion geográfica. Oponiéndose el istmo á la corriente ecuatorial del Atlántico, tuerce su direccion y la inclina por el canal de Bahama, y con una velocidad inicial de seis millas por hora, que luego va decreciendo, le dirige á Europa, donde derramando en vapores su temperatura de 27°, hace habitables, ó á lo menos suaviza los climas de Noruega, Dinamarca y parte de Alemania é Inglaterra. Además de lo dicho, tambien en este viaje observó el ilustre marino que el arbolado de un pais contribuye á atraer sobre él mayor cantidad de lluvia anual. «El almirante, dice su hijo Fernando, atribuia á la extension y espesura de los bosques de la Jamáica las frecuentes lluvias á que estuvo expuesto en las costas de aquella isla, notando con este motivo en su diario de viaje, que en otro tiempo no eran menos abundantes en las islas de Madera, Canarias y Azores; pero que despues que se talaron allí los bosques que esparcian frescura y sombra, las lluvias son mas raras.» Humboldt, que copia este pasaje, dice, que no ha visto á ningun autor moderno referirse á esta observacion. Ella, sin embargo, y otras que llevamos apuntadas, nos dan la medida de lo que perdió la ciencia al perder los diarios y memorias de Colon.

—Señor, contestó Mendez, el peligro en que estamos puestos yo bien lo conozco; es mucho mayor de lo que puede imaginarse. En cuanto á pasar de esta isla á la Española en una canoa, lo considero no solo difícil, sino imposible, pues es necesario atravesar un golfo de cuarenta leguas entre islas en que el mar se presenta extraordinariamente impetuoso y rara vez sosegado. No sé yo quien querria aventurarse á emprender este viaje.

Despues, adivinando por el silencio del almirante que le afligia aquella contestacion, añadió:

—Pero, ¡qué diablo! No tengo al fin y al cabo mas que una vida que perder, y la arriesgaré contento pasando á la Española por servir á vuecencia y por el bien de mis compatriotas, confiando en el amparo de Dios, que en otras ocasiones he experimentado.

Oyendo estas palabras estrechó Colon en sus brazos al generoso Mendez, y dispuso al momento su partida.

Despues de una tentativa inútil, en la que el valiente piloto escapó por milagro de manos de unos indios que quisieron matarle, se adquirieron dos grandes canoas, y poniéndolas quillas, reformando sus proas y popas, dándoles una mano de brea y comodándolas algunos mástiles y velas que se tomaron de las carabelas, embarcáronse en ellas Mendez y un piloto genovés llamado Bartolomé Fiesco, en compañía de doce españoles y veinte indios que servian de remeros.

La mision que llevaba Diego Mendez consistia en entregar al gobernador de la Española, Ovando, una carta del almirante, en la que éste pedia permiso y proteccion para armar por su cuenta un buque que le sacase á él y á sus tripulaciones de la Jamáica, y en cuanto este bajel se hubiese hecho á la mar, debia el piloto dirigirse á España, para poner en manos de los reyes la mencionada *Carta rarísima.* Por lo que toca á Fiesco, tenia órden de regresar á la isla, una vez obtenido lo que se pedia á Ovando, para sacar de ansiedad á los náufragos.

Mientras Mendez y Fiesco arriesgaban noblemente sus vidas por salvar las de sus compañeros, dos hermanos llamados Francisco y Diego de Porras, marineros muy favorecidos por el almirante, á la cabeza de algunos descontentos promovieron un motin al grito de: *¡Á Castilla! ¡Á Castilla!* Mas habiendo fracasado su intentona por la firmeza de nuestro héroe y la cordura de la mayoría de los tripulantes, se internaron en la isla, entregándose al pillaje y enagenando así la buena voluntad de los naturales, cuyas simpatías eran el único sosten de los españoles. Tal estado de cosas se prolongó hasta

que Bartolomé Colon atacó á los rebeldes con los marinos que permanecieron fieles, y despues de un combate sangriento los redujo á la obediencia.

Pero los indios, desilusionados por aquellas discordias, ó quizá hastiados de las bujerías que les daban los náufragos, dejaron paulatinamente de enviarles víveres, hasta el punto de que amenazara el hambre acabar prontamente con ellos.

En tal conflicto, se le ocurrió á Colon convocar á los caciques indios. En la conferencia que con ellos tuvo les comunicó por medio de su intérprete, indio de la Española, que él y sus compañeros adoraban á un Dios que premiaba á los buenos y castigaba á los malos; que, como acababan de ver, aquel Dios habia favorecido el viaje de Mendez y contrariado los planes de los Porras; que en aquella ocasion estaba indignada la Divinidad contra los indios porque se negaban á proporcionar víveres á sus adoradores, y que habiendo resuelto castigarlos con hambre y peste, en señal del anunciado é inmediato castigo verian cómo la luna se cubriria de sangre aquella misma noche y sumiria la tierra en densas tinieblas.

Quedaron aterrados algunos caciques con tan siniestra prediccion; pero otros menos crédulos esperaron tranquilamente á que se obrara el milagro, hasta que viendo eclipsarse el astro nocturno y oyendo los lamentos de sus atemorizados compatriotas que resonaban por las selvas, se arrojaron á los piés de Colon, suplicándole que intercediese con su Dios para que suspendiera el castigo, asegurándole solemnemente que en adelante le proporcionarian cuanto le hiciese falta.

Aparentando compadecerse el almirante, les dijo que iba á comunicar con la Divinidad, y se separó de ellos, volviendo á poco rato, cuando el eclipse tocaba ya á su fin, para decirles que, merced á su influjo, parecia aplacado su Dios, quien creyendo que cumplirian fielmente su promesa, se dignaba perdonarlos, en prueba de lo cual verian pronto á la luna recobrar su ordinaria claridad.

Terminado el eclipse, respiraron libremente los sencillos indígenas, apresurándose á llevar provisiones á los españoles, no queriendo estar mal con unos hombres tan íntimamente relacionados con los dioses que sabian desde la tierra lo que habia de pasar en el cielo. [1]

[1] Aun cuando los conocimientos astronómicos de aquel siglo podian considerarse bastante atrasados comparados con los de nuestra época, se tenia ya noticia del período caldeo llamado *Ciclo de Saros,* que aunque no con matemática exactitud, reproduce cada diez y ocho años once dias y diez y ocho horas los mismos eclipses de luna, en el mismo órden, en los mismos dias y

En tanto, Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, despues de una penosa travesía en que el hambre y la sed mataron algunos indios, lograron arribar á la Española, siendo su primera diligencia representar á Ovando la desesperada situacion del almirante y pedirle permiso para armar una embarcacion que acudiera en su auxilio. ¿Quién pudiera creer que Ovando dejara pasar ocho meses sin permitir que saliese ningun buque para la Jamáica, reteniendo además á Fiesco en la Española casi en clase de prisionero? Al cabo de este tiempo, y con el solo objeto de averiguar si aun vivia Colon, envió á la Jamáica una carabela, al mando de un tal Escobar, quien desembarcó en la isla y habló á solas con el almirante, reembarcándose luego y desapareciendo con su nave sin dejar á los pobres náufragos ningun consuelo ni esperanza.

Cinco meses mas trascurrieron sin que el leal Mendez viera atendidas sus apremiantes reclamaciones. Pero estaba agotada su paciencia, y hacia tiempo que con su ordinaria sagacidad iba sembrando en la isla las semillas de una sedicion, cuyo objeto era acabar con la vida de Ovando. El descontento por la conducta de éste fué tan general, que hasta los frailes le censuraban desde el púlpito; por lo que el gobernador, viéndose acusado por todos, atribuyó la demora en enviar socorros á la falta de buques para trasportar á España las numerosas tripulaciones de las cuatro carabelas, permitiendo por fin que saliera un bajel equipado á expensas del almirante, acompañado de otro de la marina real que recogieron á Colon y á sus marineros, empeñándose Ovando en que el ilustre navegante se hospedase en su casa para borrar el mal efecto de su anterior conducta.

Llegó el almirante enfermo á la Española el 13 de Agosto de 1504, y á San Lúcar de Barrameda despues de una azarosa navegacion en que la nave que montaba perdió palos y velas el 7 de Noviembre del citado año.

Diez y nueve dias despues de la llegada de Colon á España murió su protectora Isabel I, y Fernando, prometiendo siempre atender sus reclamaciones y restituirle todo lo que se le debia, inclusos sus títulos y honores, le dejó en el mayor abandono.

Dos años hacia ya que la gota le retenia en la cama, lo que unido á las penalidades que sufriera en Jamáica y á los disgustos que le proporcionó la

en las mismas condiciones de magnitud. Así pudo predecir Colon el eclipse que le proporcionó los medios de librarse de perecer miserablemente en aquellas apartadas playas y de salvar las vidas de sus hambrientos compañeros.

ingratitud del rey Católico, acabaron con aquella energía de espíritu que sostuvo su cuerpo en tantas adversidades.

Viviendo de prestado (porque en medio de todas sus desgracias tuvo siempre el consuelo de encontrar amigos generosos), no abandonaba la esperanza de verse reintegrado en su título de virey del nuevo mundo, que estimaba mas que todas las riquezas, tanto, que desde su lecho de dolor y próximo á la muerte escribia todavía á Fernando V:

« Mi reposicion, señor, es materia que toca á mi honra. Por lo demas, (refiriéndose á las enormes sumas que se le debian), haga V. A. lo que juzgue conveniente; dé ó retenga, que de todos modos me daré por contento. »

Y mientras, acariciando la ilusion de que el egoista Fernando le hiciera al fin justicia, distribuia en su testamento las tierras y tesoros del nuevo mundo, murió en Valladolid pobre y en casa agena, el 25 de Mayo de 1506, en brazos de algunos fieles compañeros, entre los que se encontraba su compatriota Bartolomé Fiesco.

¡De este modo y á tan subido precio se compra la gloria! Al emprender el camino de los descubrimientos se encuentra primero la incredulidad: si se persiste en seguir tan dolorosa via, se halla luego el escarnio: cuando se triunfa de la naturaleza, luce un dia de gloria, acibarada, sin embargo, por la envidia y emponzoñada en seguida por la calumnia: mas tarde desaparece todo mérito, y viene el abandono, el olvido, la miseria, la muerte. La posteridad, es cierto, hizo justicia al descubridor; pero todavía tiene detractores: todavía hay quien escribe que un marino de Dieppe llevó á Colon al nuevo mundo. ¡Como si el inmortal genovés fuera un héroe de encargo! ¡Como si la gran pasion que le animaba y que abrasó á su época no hubiera enjendrado la edad Moderna!

Durante los trescientos setenta años trascurridos desde que desapareció de la tierra este varon ilustre, los hombres no han producido un hecho que causara sensacion tan profunda, revolucion tan inmensa en los espíritus. Verdad es que el sistema solar de Copérnico, el telescopio, las matemáticas sublimes, la gravitacion universal, el vapor, el estudio y aplicacion de los fluidos imponderables, la geología propia y comparada, la teoría de los pequeños planetas, la espectometría y otro gran número de estudios y descubrimientos han elevado la razon humana á aquel grado de aprecio propio que tiende á extinguir para siempre todo fanatismo religioso y á robustecer la creencia en el poder progresivo é ilimitado del hombre. Pero esta creencia,

no puede negarse, arranca del descubrimiento del nuevo mundo, por la circunstancia de haber sido hallado *á priori,* esto es, porque fué el resultado de un plan científico maravillosamente concebido, hábilmente desarrollado y enriquecido en su ejecucion por numerosas conquistas de física terrestre, y de aquí que ninguna de aquellas invenciones, ni todas juntas, hayan producido una nueva revolucion en las ideas de la humanidad, puesto que solo fueron la consecuencia del gigantesco paso dado por el inmortal navegante en la senda del progreso, paso cuya fuerza impulsiva aumenta cada dia.

Embargada la mente por las tristísimas consideraciones que nos sugiere la vergonzosa ingratitud de sus contemporáneos para con el hombre esforzado y generoso que les regaló un mundo mas extenso y rico que el que ellos habitaban, arrancándoles de paso de la barbarie de la edad Media, terminamos aquí la biografía del gran descubridor.

Si Colon presintió el juicio que formaria de él la posteridad, tuvo alguna compensacion á sus amarguras. Pero como no vivimos sino excepcionalmente en lo porvenir y la realidad presente constituye nuestra infelicidad ó nuestra dicha, de aquí que fuese tan escasa la de Colon y grande su martirio.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CRISTÓBAL COLON.



ISABEL LA CATÓLICA

[illegible]

[illegible] historias quedaron eclipsadas por [illegible] mundo.

[illegible] an dignos los reyes Católicos del [illegible] dieron el carácter de su época [illegible] de los sucesos humanos!

[illegible] y las vejaciones de todo géner[illegible] ban que la incurable [illegible] religioso [illegible] de Isabel la [illegible] dimiento é impo[illegible] millares de [illegible] á sufrir todos los [illegible] abandonar el [illegible] crecido y vivido [illegible] de sus [illegible] profundos políticos y de que [illegible]



FERNANDO V é ISABEL I.

(1451 Á 1516 DESPUES DE J. C.)

Setecientos sesenta y seis años iban trascurridos desde que los árabes invadieran la España hasta que los reyes Católicos entraron triunfalmente en Granada el 4 de Enero de 1492.

Continuando sus bélicas empresas, Fernando é Isabel conquistaron la parte de la costa africana que se extiende desde Oran á Túnez; en 1503 se apoderaron del reino de Nápoles, y en 1512 el primero de estos soberanos incorporó la Navarra por medio de las armas á la corona de Castilla.

Todas estas victorias quedaron eclipsadas por el grandioso descubrimiento del nuevo mundo.

Empero, ¿eran dignos los reyes Católicos del éxito que coronó todos sus planes? ¿Comprendieron el carácter de su época y el papel que representaban en el teatro de los sucesos humanos?

El establecimiento de la Inquisicion, la expulsion de los judíos del territorio español y las vejaciones de todo género que infligieron á los vencidos moros, prueban que la incurable demencia del fanatismo religioso ofuscaba su entendimiento é impedia sentir al noble corazon de Isabel la enorme injusticia de arrebatar la religion y patria á tantos millares de familias laboriosas, sumisas, inofensivas y resignadas á sufrir todos los vejámenes antes que abandonar el suelo en que habian crecido y vivido y que guardaba las cenizas de sus ascendientes.

Á pesar de ser profundos políticos y de que por su medio se removió el

mundo abismando la edad Media en el piélago de la edad Moderna, Fernando é Isabel, lo mismo que sus pueblos, no supieron dónde iban: así cometieron mil abominaciones á la par de algunos hechos heróicos.

¿Qué hicieron de Colon, de América, de Italia, ellos, cuya influencia era entonces omnímoda en Europa?

Reducidos á miras estrechas, no vieron en América mas que una mina de oro y en Italia un teatro donde exhibir al soldado español aguerrido en cien combates contra los moros; llenaron de amargura los dias de Colon y de Gonzalo de Córdoba, y no supieron arrojar de la Sede Apostólica á aquel Alejandro VI, digno padre de César y de Lucrecia Borgia, sodomita, incestuoso, manchado, en fin, con toda clase de crímenes y oprobio del Pontificado. Y ya que se atrevieron á establecer el horrible tribunal de la Inquisicion, ¿cómo no unieron sus fuerzas á las fuerzas sanas de la Iglesia, á la accion de sacerdotes como Savonarola, [1] impidiendo por la reforma del alto clero vicioso y simoníaco el advenimiento del protestantismo? En la época que, aunque someramente, debemos historiar en el curso de estas biografías, tocaba ya á su término la prolongada lucha sostenida por el feudalismo contra la monarquía. Sin embargo, en Castilla, durante los reinados del débil Juan II y de Enrique IV el *Impotente,* mandaron todavía los nobles como señores soberanos en sus dominios, trastornándolo todo por mas de medio siglo é impidiendo la accion gradual de la civilizacion que va trasformando los privilegios de algunos en derechos civiles de todos.

Por fortuna, el número de ciudades y villas realengas, con sus constituciones y ordenanzas propias, era ya en Castilla muy considerable, á pesar del desacierto demostrado por los reyes en la direccion de las fuerzas populares, sus naturales aliadas, viéndose progresar en toda la Península el principio monárquico ó centralizador, á cuyo amparo tenia por precision que acogerse el pobre siervo ansioso de un poco de justicia y libertad.

Á pesar de lo dicho, si al pasar revista á la edad Media aparece la monarquía como un poder civilizador, moral é inteligente, no debe colegirse de ello que los monarcas, salvo algunas honrosas excepciones, fuesen

[1] «A la verdad, la disolucion de la córte romana era tan grande, dice Mariana, que daba lugar á todo desórden y ocasion á los que tenian celo de pensar y aun hablar mal. Así, Gerónimo Savonarola, fraile de Santo Domingo, que tuvo gran parte en el gobierno de la ciudad de Florencia los años pasados, por la grande libertad conque mucho tiempo predicó contra los desórdenes del Pontífice, por su mandado fué con dos compañeros mas quemado públicamente en la plaza de aquella ciudad, y muchos hasta el dia de hoy en Florencia le tienen por mártir.»

mucho mas liberales y justos que los señores feudales. Como ellos, obraron impulsados por el espíritu de dominacion inherente á la naturaleza humana, y si se declararon por los pueblos, es decir, en favor del mayor número, vencidos los señores no pudieron sufrir las libertades municipales que ellos mismos otorgaran, y procuraron restringirlas, extendiendo su despotismo por cuantos medios ponia en sus manos la fuerza y la victoria.

Personificando en España los reyes Católicos el triunfo definitivo de la monarquía sobre los restos del feudalismo y el del elemento local godo-ibero sobre el árabe, bajo estos dos conceptos únicamente son grandes en la historia; que del sol que iluminó la vieja Europa con el descubrimiento del mundo Occidental solo alcanzan algunos destellos á la enérgica y simpática figura de Isabel de Castilla.

De ella vamos á ocuparnos desde luego siguiendo el órden cronológico de los sucesos.

Don Juan II de Castilla, padre de nuestra heroina, mas aficionado al estudio de la historia y á la poesía que á la gobernacion del Estado, tuvo en privanza casi toda su vida al tan famoso cuanto desgraciado condestable don Álvaro de Luna, tan diversamente juzgado por nuestros novelistas é historiadores.

Tuvo don Juan II de su primera esposa á don Enrique, llamado el *Impotente,* que le sucedió en el trono, y de su segunda mujer y prima suya Isabel de Portugal á don Alfonso, fallecido en edad muy temprana, y á Isabel, apellidada mas tarde la *Católica,* que nació en Madrigal en la noche del 22 al 23 de Abril de 1451.

En el reinado de don Juan II, desde que abandonó su tutoría Fernando el de Antequera para aceptar la corona de Aragon, los nobles castellanos, movidos por su insaciable ambicion, ocasionaron diferentes revueltas con pretexto del valimiento del mencionado condestable don Álvaro, logrando despues de mil esfuerzos, no solo derribarle, sino levantarle un cadalso donde entregó varonilmente su cabeza en 1453.

Muerto don Juan II en 1454, empuñó el cetro de Castilla don Enrique, á quien los historiadores pintan unánimes como disoluto é impotente, avaro y pródigo. Estaba casado desde 1440 con la desventurada doña Blanca de Navarra, de quien decian los nobles que fué doncella antes y despues de su matrimonio, y que al año siguiente de subir al trono repudió para unirse con la disoluta doña Juana de Portugal. Este príncipe voluble y ambicioso, combatió contra su padre con los descontentos de Segovia, y

en su favor en Olmedo, llegando por último hasta ofrecer el reino de Murcia al monarca navarro, con tal que le ayudase á destronar al autor de sus dias.

Dicen las crónicas de aquel tiempo, que el mal ejemplo de don Enrique corrompió las costumbres públicas; que los raptos y violencias eran cosas comunes, y que estos delitos engendraban á cada paso venganzas y asesinatos.

En la córte de este rey y en las frecuentes cacerías que organizaba, no se hablaba de otra cosa que de triunfos obtenidos sobre la virtud de las mujeres, celebrándose mucho los ardides que burlaban al padre, hermano ó esposo de la dama seducida.

El rey mismo mantenia públicas relaciones con doña Catalina de Sandoval; pero como supiera que le era infiel su dama, mandó dar muerte á su rival y encerró á Catalina en un convento; mas en clase de abadesa. Sucedió á esta señora en el amor del rey doña Guiomar de Castro, la que con sus intrigas hizo que la córte se dividiera en dos partidos, uno á favor suyo, acaudillado por el arzobispo de Sevilla, y otro á favor de la reina, que capitaneaba el marqués de Villena. « La criada, dice á este propósito Mariana, se ensoberbecia y engreia contra su ama. Llegaron á malas palabras y riñas; dijéronse baldones y afrentas, parando el negocio en que la reina puso un dia las manos en la dama, y la mesó malamente, cosa que el rey sintió mucho é hizo demostracion de ello.»

La reina por su parte, segun cuentan las crónicas, imitó la depravada conducta de su esposo, siendo la consecuencia de ello una hija á quien la nobleza apellidó Juana la *Beltraneja,* suponiéndola de orígen adulterino é hija de don Beltran de la Cueva, mayordomo de palacio.

Existen fundados motivos para creer que el rey, enterado de las criminales relaciones que sostenia su esposa, las consentia para ocultar su impotencia, aunque dice Mariana que todo esto no fué mas que una fábula inventada por los nobles, á la cual se dió despues crédito para favorecer á los reyes Católicos cuando tuvieron que combatir á la *Beltraneja* que pretendia escalar el trono de Castilla. Si esto fué fábula, fué real la liviandad de doña Juana, que en Alahejos, segun refiere el citado historiador, « puso los ojos en un cierto mancebo, y de la conversacion que tuvieron resultó en cinta; que fué grave maldad y deshonra de toda España, y ocasion muy bastante para que el poco crédito que se tenia de su honestidad pasase muy adelante. »

En esta escuela y en tan corrompida córte, aunque sin contaminarse con sus extravíos, se educó la que un dia debia ceñir á sus sienes la corona de España con el nombre de Isabel I.

Contaba apenas Isabel diez años cuando su hermano pretendió casarla con el príncipe de Viana; pero desbarató el proyecto la muerte del novio, que sucumbió víctima del veneno de su madrastra y padre, conjurados contra el desventurado príncipe para usurparle el trono de Navarra que de derecho le correspondia.

Trece años tenia nuestra heroina cuando se la destinó por esposo al rey de Portugal, sin que tampoco se efectuase este enlace, y en 1466 los nobles sublevados propusieron al rey como condicion de paz el matrimonio de Isabel con el gran maestre de Calatrava, arreglo que no tuvo lugar, por haberse negado resueltamente la infanta á aceptar por marido á aquel personaje.

Luis XI de Francia pidió tambien la mano de Isabel para su hermano Cárlos, duque de Berry; pero la córte aragonesa se habia dado tal maña en rendir el corazon de la infanta, que rechazó todo otro partido que no fuese el de Fernando, hijo de Juan II de Navarra y de Aragon, nombrado ya por su padre rey de Sicilia.

Tantos pretendientes tenian dividida á la nobleza de Castilla, y como á la sazon ocurriera el fallecimiento del príncipe don Alfonso, de quien se dijo que murió envenenado, apoderándose los nobles de Isabel, trasladáronla á Ávila, donde por boca del arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo, hombre de génio altivo, dominante y guerrero, hiciéronla una exposicion de la afrenta que recibia Castilla teniendo unos reyes cuya cobardía, descuido y adulterios llevaban la infamia hasta ser el reino burla de los extraños, rogándola por último que, en atencion á no tener otro remedio aquellos males que privar á don Enrique de una corona que deshonraba con sus vicios y excesos, la aceptase resueltamente, afrontando con ánimo sereno cualquier trabajo y peligro que pudiera correr por el bien de la patria.

Escuchó atentamente Isabel la perorata del arzobispo, y despues de un instante que permaneció absorta en sus reflexiones:

« Os agradezco mucho, contestó, la aficion que mostrais por servirme, y deseo poder en algun tiempo recompensarla; pero aunque la voluntad es buena, que estos vuestros intentos no agradan á Dios lo da bien á entender la muerte de mi malogrado hermano. Los que desean cosas nuevas y mudanzas de estado, ¿qué otra cosa acarrean sino males mas graves, parciali-

dades, discordias y guerras? Por evitar estas calamidades, ¿no será mejor disimular cualquier otro daño? Ni la sana razon, ni el bien de estos pueblos permiten que haya dos reyes en Castilla. Ningun fruto hay temprano y sin sazon que dure mucho tiempo. Yo deseo que el reino me venga muy tarde, para que la vida del rey mi hermano sea mas durable. Primero es menester que él desaparezca de entre los vivos para que yo acometa la empresa de tomar el título de reina. Dejad, pues, la corona á don Enrique, y con esto restituireis la paz á la patria. Este tendré yo por el mayor servicio que me podeis prestar y este será el fruto mas gustoso que de vuestra aficion pudiera recoger.»

Maravillados quedaron los grandes de tanta modestia y nobleza de alma, y no solo recibieron gustosos aquella leccion, sino que á ruegos de la infanta aceptaron la paz que les ofrecia Enrique, quien, sea dicho en honor de la verdad, siempre estuvo dispuesto á transigir en cuantas cuestiones tuvo con la nobleza durante su reinado.

En suma, despues de diversas negociaciones, terminaron por el pronto los disturbios, conviniéndose en que doña Isabel fuese declarada heredera del trono; que se la señalasen como dote las ciudades de Ávila y Úbeda y las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona, con la condicion de que jurase no casarse sin consentimiento del rey; que éste se divorciaria de la reina, con beneplácito del Papa; que hecho esto la reina y su hija doña Juana serian enviadas á Portugal, y que se restituirian á los nobles conjurados sus bienes y dignidades.

Cumplidas estas estipulaciones, parecieron sosegarse los ánimos; pero vuelto el marqués de Villena á la privanza de Enrique IV, por celos y disgustos de los grandes y poquedad del rey, volvieron á rehacerse los bandos, tomando por pretexto los proyectos matrimoniales que abrigaba el marqués sobre la princesa.

Tuvo, pues, que dirigirse Enrique á Andalucía, donde los nobles habian llegado á las manos, y en tanto nuestra heroina se vió asediada en Ocaña por los partidarios del marqués de Villena, que usaba de todo género de intrigas y violencias para casarla á su gusto.

Pero, ¿cómo era posible robar la novia al jóven rey de Sicilia, siendo su padre el mas artificioso y sagaz de los reyes?

Juan II de Navarra, mas astuto que su padre Fernando el de Antequera, que supo hacerse proclamar rey de Aragon, y mas práctico que su hermano mayor Alfonso V, que conquistó el reino de Nápoles y de quien decian los

monarcas de Europa que se perdia por exceso de ardides, Juan II de Navarra, repetimos, tan malvado que no perdonó á su propia sangre y tan ducho en aprovecharse de las pasiones de sus enemigos, ¿qué no moveria para triunfar de los competidores de su hijo?

Conociendo personalmente á los mas de los prelados y ricos-hombres de Castilla, con quienes habia estado en relaciones por espacio de treinta años, atizándoles y promoviendo toda clase de disturbios durante los reinados del padre y hermano de Isabel, Juan II sabia perfectamente cómo debia moverlos para que secundasen sus proyectos, llevando así mucha ventaja á todos los competidores de su hijo Fernando, que educado en la escuela de la intriga «ayudó mucho, dice Mariana, á la diligencia del autor de sus dias.» Efectivamente: con muchos presentes que ofreció, y no escaseando promesas para en adelante (manera la mas segura de negociar y la mas eficaz en todos tiempos) se granjeó la voluntad de los criados de la infanta. Á Gutierre de Cárdenas, su maestresala, prometió la villa de Maqueda; á Gonzalo Chacon, mayordomo y contador de la princesa, la villa de Casarruvias, sin contar los oficios, encomiendas y juros de que hizo merced á otros para el dia en que se efectuase su matrimonio.

Por medio, pues, de los citados personajes y del arzobispo de Toledo, que entraba á la parte en la munificencia de Fernando, se concertó el casamiento de éste con nuestra infanta, quedando estipulado que en tanto que viviese don Enrique no se atentaria á su autoridad; que despues de su muerte tomaria doña Isabel el gobierno de Castilla, sin que don Fernando pudiese dispensar ninguna merced por su propia iniciativa, ni proveer en extraños los principales empleos, ni faltar en manera alguna á las franquicias, derechos y leyes del reino, ni menos tomar parte en el gobierno del Estado sin prévia autorizacion de su esposa.

Estas capitulaciones se estipularon secretamente por medio de emisarios discretos y seguros, mientras don Fernando estaba ocupado en la guerra de Cataluña.

Al llegar á este punto debemos abandonar un momento á nuestra heroina, para iniciar al lector en los sucesos de la infancia y mocedad del futuro rey Católico.

Fernando, el prometido esposo de Isabel, nació en Sos, villa de la provincia de Zaragoza, el dia 10 de Marzo de 1452, siendo sus padres Juan II, rey de Navarra y de Aragon, y su segunda esposa doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla del mismo apellido.

Ya desde niño se vió expuesto Fernando á los azares de la guerra de Cataluña, donde se ventilaban por medio de las armas los derechos que podia tener á la corona de Aragon, puesto que don Juan su padre tenia hijos anteriores á él cuyos derechos postergaba.

Á pesar de haberse declarado Cataluña por el príncipe de Viana, primogénito del primer matrimonio de don Juan con doña Blanca de Navarra, para favorecer á los hijos que tuvo de su segunda esposa, no solamente negó don Juan las coronas de Navarra y de Aragon al príncipe de Viana, á quien correspondian, sino que le persiguió encarnizadamente, hasta obligarle á refugiarse en paises extranjeros, acabando por envenenarle ó permitir que le envenenase su infame madrastra.

Muerto este infortunado príncipe en 23 de Setiembre de 1461, el 7 de Octubre inmediato, Fernando, de edad entonces de nueve años, fué declarado por su padre heredero de la corona de Aragon. Pero los catalanes, que habian defendido con entusiasmo la causa del de Viana, negaron la obediencia al rey parricida, y llevados del odio que le profesaban, arrojaron á Fernando de Barcelona, donde le habia presentado su madre, siguiéndose á este acto de energía una guerra civil que se prolongó durante doce años.

La primera funcion de guerra en que se halló Fernando tuvo lugar el 28 de Febrero de 1465, entre Calaf y Prats de Rey. Este combate, en el que el jóven príncipe llevaba el estandarte real, fué porfiado y sangriento; pero al fin sus tropas vencieron á las catalanas.

Dos años despues, y con motivo de haber perdido la vista don Juan II, fué declarado Fernando mayor de edad por las Córtes aragonesas, cuando acababa de cumplir tres lustros.

Combatian entonces en favor de los catalanes las huestes del duque de Lorena, que habia aceptado el título de conde de Barcelona que aquellos le ofrecieran, y corriendo grave riesgo de ser tomada por las tropas del duque la plaza de Gerona, embarcó don Fernando su ejército en Tarragona, yendo á desembarcarlo en las playas del Ampurdan. Allí sometió algunos castillos y poblaciones importantes; pero fué desgraciado en el encuentro que tuvo con el enemigo al conducir un convoy de víveres á Gerona, siendo tal la derrota que sufrió, que solo á la ligereza de su caballo debió el no caer prisionero ó perder la vida en aquella jornada.

Acompañado de pocos caballeros llegó Fernando á Castellon de Ampurias, donde recogió las reliquias de su ejército, y reembarcándolas en

Rosas, en union de su madre, que tambien le acompañaba en esta expedicion, regresó á Tarragona.

Mas feliz que delante de Gerona fué el príncipe en los campos de Lérida, Tárrega y Cervera, cuyas comarcas dominó, logrando entrar en Berga por fuerza de armas despues de una obstinada resistencia.

Por este tiempo recobró la vista Juan II, á quien batió las cataratas el judío Abiathar, sin mas instrumento que un simple alfiler.

En 1469, libre ya don Fernando de los cuidados de la guerra y de la gobernacion del Estado, se dirigió á Castilla, con objeto de efectuar el matrimonio concertado con la infanta Isabel, á quien el arzobispo de Toledo puso al abrigo de las asechanzas del marqués de Villena llevándola á Valladolid acompañada de numerosa escolta.

Despues de pintar la inquietud conque esperaba Isabel la realizacion de su proyectado matrimonio, dice Mariana:

« No era menor la congoja conque don Fernando se hallaba y el recelo que tenia de que no le burlasen en sus esperanzas. Así, en lo mas récio de la guerra de Cataluña se partió para Valencia, con intento de recoger el dinero que, conforme á lo asentado, se obligó á contar á su esposa para el gasto de su casa y córte. Desde allí, dado que hubo la vuelta á Zaragoza, porque el negocio no sufria tardanza, disfrazado y con solo cuatro personas que le acompañaban, pasó á Castilla, encontrando en Osma al conde Treviño, que tenia parte en aquel trato de casamiento.»

Empero, ¿era el amor quien guiaba los pasos de este jóven, ó era la esperanza de unir á los vastos dominios de Aragon la corona de Castilla?

« Don Fernando, continúa el mencionado historiador, era de poca edad, pues acababa de cumplir diez y seis años; pero de buen parecer y de cuerpo grande y robusto. En cuanto á la infanta doña Isabel, muchos y poderosos príncipes la pedian á un mismo tiempo por mujer, porque tenia grandes partes de virtudes, honestidad, hermosura, edad á propósito, y sobre todo, porque *su dote era grandísimo, no menos que el reino de su hermano.*»

¡Si al menos don Fernando hubiese llevado á su prometida una alma elevada y entusiasta por las glorias de la patria! Pero los historiadores de su época retratan á este príncipe con colores sombríos: dicen de él que afectaba mas celo religioso que el que sentia; que era mas sagaz que magnánimo; que guerreaba mas por interés que por gloria, y que egoista y calculador, parecia mas á propósito para helar y matar todo entusiasmo que para levantar los ánimos de sus vasallos. En España cobró fama de

prudente y sabio, en Italia de pio y en todas partes de artero y ambicioso.

De Isabel dicen que tenia mucha dignidad y gracia, gravedad y dulzura, y que á pesar de pintarse en su rostro su apacible carácter, estaba dotada de grandísima fortaleza de alma y de perseverancia en sus proyectos. Así era en realidad; mas desgraciadamente, su fanatismo religioso superaba bastante á su ilustracion, defecto general en aquella época.

Nuestros príncipes, justicia es confesarlo, no tuvieron los vicios propios de la depravada nobleza de su tiempo; no fueron amigos del fausto, ni corrompieron las costumbres.

Fernando no siguió las huellas de su padre, que dejó tras sí un enjambre de hijos naturales. Sin embargo, casi en su adolescencia sostuvo relaciones amorosas con una jóven de Cervera, de apellido Ibarra, de quien tuvo un hijo llamado Alfonso, conocido con el nombre de arzobispo de Zaragoza, dignidad que le confirió la Santa Sede estando aun en la cuna.

En Cervera, y al lado de esta jóven, aceptó don Fernando las condiciones de su matrimonio con Isabel de Castilla.

No era, pues, el amor quien guiaba los pasos del heredero de don Juan II, sino el helado cálculo de un príncipe ambicioso, que se asia á la mano de una mujer para subir mas pronto á un trono.

Sin embargo, por esta union, que se verificó en Valladolid el dia 18 de Octubre de 1469, quedó cimentada la España moderna, informe mezcla de gloria y abyeccion, de ilustracion é ignorancia, de grandeza y miseria.

Mas, ¿qué significaba la union de dos coronas reconstituyendo la España, para aquellos dos jóvenes que juntos no alcanzaban la edad de cuarenta años? ¿Pudieron contemplar el vasto horizonte que con su union abrian á su patria? ¿Sabian ellos quizás que en una nacion grande pueden aprovecharse mejor las fuerzas peculiares de cada localidad, y que la circulacion de los tesoros morales y materiales es tanto mas activa cuanto mayor es el número de hombres que la impulsan?

Desgraciadamente, ni en su jóven edad, ni en la provecta, comprendieron Fernando é Isabel la mision que podian desempeñar, no obstante lo fecundo de la época en descubrimientos y aplicaciones y del advenimiento de los siervos á la vida civil.

Hallábase don Enrique IV en Trujillo, cuando recibió carta de su hermana dándole cuenta de haber efectuado su boda y de las razones que tenia para preferir al heredero de Aragon á los demas príncipes que le proponian. Además de lo dicho, recordaba Isabel á su hermano en aquella misiva su

negativa á aceptar la corona cuando se la ofrecieron los grandes sublevados, asegurándole, por último, que ella y su marido le servirian como hijos si él los trataba con amor y obras de padre.

Enrique contestó verbalmente á aquella carta, diciendo al que se la llevara, que cuando llegase á Segovia, á donde entonces se dirigia, tendria en consideracion los extremos que abrazaba; con lo que despidió al mensajero.

Insistieron los desposados en congraciarse con el rey así que éste llegó á Segovia á principios del año 1470, solicitando ser admitidos á su presencia para besarle las manos, y ofreciéndose á contribuir con todas sus fuerzas é influjo á remediar los daños del reino que la division traia trabajado y afligido. Mas el monarca encerróse de nuevo en su reserva, alegando que tan grave negocio debia consultarlo con sus consejeros, siendo la verdadera causa de esta evasiva el llevar entre manos el casamiento de Juana la *Beltraneja* con Cárlos de Francia, duque de Guiena, hermano y sucesor de Luis XI, desposorios que se verificaron en el convento de Cartujos de Lozala, donde se declaró por el rey y la reina que Juana era su hija legítima, prestándola como á tal pleito-homenaje los grandes de Castilla y proclamándola heredera del trono en 26 de Octubre de 1470.

En 1472 murió el príncipe Cárlos. En cuanto á Juana, quedó considerada por muchos como sucesora de don Enrique, opinion que debia producir una conflagracion en el reino, segun veremos mas adelante.

Por lo que hace á Isabel, publicó un manifiesto, recordando que era á ella á quien se habia declarado antes que á nadie heredera de la corona de Castilla por el rey y los nobles, ofreciendo además dádivas y mercedes á los grandes, ya en dinero, ya en villas y ciudades, ó bien en empleos conforme á sus aficiones.

«Era cosa maravillosa, dice Mariana, que en aquella ocasion no se tenia por afrenta jugar á dos hitos y usar de tratos dobles, especialmente por parte de los grandes, para cuyo acrecentamiento era provechoso que las cosas anduviesen revueltas, sin respeto alguno á lo que era honesto.»

Como puede verse por esta ligera reseña, retoñaban en España todos los vicios del régimen feudal. En Vizcaya revolvíanse los bandos en sangrientas querellas; en el reino de Toledo dos facciones armadas pretendian el principado de Consuegra; en Estremadura todo eran disturbios, y en tanto que en Galicia hicieron víctima de ellos á la condesa Santa Marta, en Sevilla los Ponce y los Guzmanes batallaban por mar y tierra, pudiendo

juntar el jefe de uno de estos bandos, el duque de Medina-Sidonia, veinte y dos mil infantes con mas de dos mil caballos.

Lo que dejamos dicho se entiende por lo que atañe á la nobleza, porque respecto al pueblo, en Toledo, Segovia, Sevilla, Córdoba, Jaen y otras ciudades perseguia á los cristianos nuevos de orígen moro ó judío, generalmente industriosos y ricos, apoderándose de sus bienes y asesinándolos si oponian resistencia. En una palabra, todo andaba en España conforme lo pinta Rodrigo de Cota en sus célebres *Coplas de Mingo Revulgo,* en cuyo comentario se lee:

« Todo el reino parecia estar dado en presa y cada cual de los señores se apoderaba de cuanto podia. »

Hernando del Pulgar, cronista y secretario de los reyes Católicos y criado en la córte de don Juan, padre de Isabel, pinta las discordias de Castilla en sus *Claros Varones* en los siguientes términos:

« En esta division se despertó la cobdicia, é creció el avaricia, cayó la justicia, é señoreó la fuerza, reynó la rapiña, é extendióse la luxuria, é ovo mayor lugar la cruel tentacion de la sobervia que la humilde persuasion de la obediencia, é las costumbres por la mayor parte fueron corrompidas y disolutas, de tal manera, que muchos, olvidados de la lealtad y amor que debian á su rey y á su tierra, é siguiendo sus intereses particulares, dexaron caer el bien general de tal forma, que el general y particular perescian. »

¡ Pobre reino de Castilla que por la ineptitud de su rey veia malograrse las conquistas civilizadoras que desde San Fernando y su hijo Alfonso el *Sabio* se realizaron en beneficio de la centralizacion que iba igualando los súbditos por el rasero de la ley y acabando con la tiranía de tanto señor mas soberbio que el mismo soberano !

Bien necesitaba el reino de una mano fuerte que enfrenara tanto desbarajuste, y las de Isabel y Fernando parecieron bastante robustas para llevar á cabo tan difícil empresa.

Enrique IV era tan apocado é irresoluto cuanto altivo, enérgico é intrigante se mostraba el arzobispo Carrillo, que resistió al mismo Papa y que excusaba todas sus felonías bajo la bandera de los infantes recien casados, cuya discrecion y astucia encontraron al fin bastantes medios en la misma Castilla para alzarse con la corona que el derecho daba á la *Beltraneja.*

En efecto, á últimos de Diciembre de 1473, el pueblo y grandes de Castilla quedaron maravillados de la gran novedad que ofreció Enrique en Segovia saliendo á pasear por la ciudad con su hermana Isabel, que iba en

palafren, cuyas riendas llevaba el mismo rey, dando á entender así que estaban ya reconciliados y en la mejor armonía, por lo cual los victoreó el pueblo con entusiasmo.

Á estos paseos siguieron otros y otros, hasta que á los pocos dias consiguió Fernando que le recibiese don Enrique, y que el dia de Reyes de 1474 fuera á misa con él y con su esposa, seguidos de un numeroso acompañamiento para dar al acto mayor solemnidad.

Al salir de la iglesia volvieron los príncipes á recorrer la ciudad en compañía del rey, comiendo despues juntos en el palacio episcopal, donde el alcaide Cabrera les tenia preparado un suntuoso banquete.

« Alzadas las mesas, dice Mariana describiendo estos festejos, hubo música y sarao, y por remate trajeron colacion de conservas varias y muy regaladas. La alegría de la fiesta se enturbió algun tanto con la indisposicion del rey don Enrique, que le retentó un dolor de costado, de tal manera, que le fué forzoso volver á su palacio. El vulgo sospechó que le dieron algo; opinion y sospecha que se aumentó por la poca salud que en adelante siempre tuvo y la muerte que le sobrevino antes de pasado el año. La perpétua felicidad de aquellos príncipes don Fernando y doña Isabel, y la grandeza de las cosas que hicieron, dan bastante muestra de que por lo menos, si hubo alguna cosa, no tuvieron ellos parte, ni es de creer diesen principio á su reinado con una tan grande maldad como sus contrarios les achacaban. »

¡Cuán tristes son las excursiones por nuestra historia patria, cuando al leer en ella nombres como los de Fernando é Isabel los hallamos manchados con la sospecha ó nota de fratricidas!

Falleció Enrique IV en 11 de Diciembre de 1474, « cuando su negligencia y desaciertos, como dice acertadamente Hernando del Pulgar, hacian imposible que conservara por mas tiempo la autoridad real que casi habia escapado de sus manos. »

Recibió don Fernando la noticia de la muerte de su cuñado hallándose en Zaragoza presidiendo las Córtes de Aragon con objeto de allegar recursos para hacer frente al rey de Francia que pretendia apropiarse el Rosellon, y con toda diligencia partió para Castilla, tanto para tomar posesion del reino en nombre de su esposa, como para conjurar la tormenta de la guerra civil próxima á estallar.

El marqués de Villena, el duque de Arévalo, todos los pueblos comprendidos entre Toledo y Murcia, y aun la mayor parte de la nobleza de

Galicia, á excepcion del arzobispo de Santiago, estaban prontos á levantar pendones por la *Beltraneja.*

Los partidarios de Isabel la proclamaron reina en Segovia inmediatamente despues de muerto don Enrique, y el dia 2 de Enero de 1475 fué recibido con régia pompa don Fernando en dicha ciudad, concertándose entre él y los grandes, que en los privilegios, escrituras, leyes y moneda el nombre de don Fernando se pusiera primero y despues el de doña Isabel; que en el escudo real las armas de Castilla estuviesen á mano derecha, en mas principal lugar que las de Aragon; que los castillos y fortalezas se tuviesen en nombre de doña Isabel; que los contadores y tesoreros la hiciesen juramento de administrar bien las rentas reales; que cuando se hallasen juntos los reyes administrasen justicia de consuno, y cuando en diversas partes, cada cual la administrara exclusivamente en su nombre.

Tales eran el orgullo y ambicion de don Fernando, que miró en este arreglo un pacto deshonroso, por el cual sus vasallos, en vez de obedecer, le imponian leyes, teniendo que convencerle de lo contrario y aplacar su despecho la misma doña Isabel con palabras mas de esposa que de reina.

Despues de esto, habiéndose avistado con el arzobispo Carrillo, cuyo génio dominante era proverbial, y que mandaba ya cual si fuera el verdadero soberano de Castilla, dejándose llevar Fernando de su mal humor, le dijo con mucha entereza:

« Arzobispo, tened entendido que no gusto de que nadie me gobierne: ni vos, ni persona alguna debe imaginarlo; porque sé muy bien cuán cara ha costado esta perniciosa docilidad á los reyes de Castilla. »

Reprimió como pudo el arzobispo la cólera que tal observacion despertara en su pecho; pero juró vengarse.

De este arzobispo, á quien sentaba mejor la lanza que el báculo y el yelmo que la mitra, dice Pulgar en sus *Claros varones:*

« Los pensamientos de este Perlado eran mas altos que sus fuerzas, é su gran corazon no le dejaba discernir, ni consentia medir su facultad con las grandes empresas que tomaba. Era hombre belicoso; placíale tener contínuamente gente de armas, é andar en guerras é juntamientos de gentes. Así este Perlado procuraba siempre sostener parcialidades, de donde se siguieron en sus tiempos algunas guerras en el Reyno, en las cuales acaescieron batallas campales, é otros recuentros é fechos de armas. »

Cumpliendo su propósito, cuando el arzobispo estuvo apercibido para

desertar del partido de los jóvenes reyes, dijo á Juan de Coloma, secretario de Estado:

«¡Dia vendrá en que pueda jugar á Isabel la misma pieza que jugué á don Enrique!»

Y mas tarde decia en alta voz á cuantos querian oirle:

«Yo hice reina á doña Isabel; yo la haré volver á la rueca.»

El duque de Medina-Sidonia, el hijo del entonces difunto marqués de Villena, tan astuto como su padre y con mayores brios, y el disgustado y violento arzobispo, atrajeron á Castilla al rey de Portugal Alfonso V, que se desposó en Plasencia con su sobrina Juana la *Beltraneja*, cuyo derecho á la corona de Castilla era incontrovertible desde la declaracion y jura de Lozala.

En 1475 corrióse Alfonso hácia el Duero por la parte de Toro y Zamora con el ejército que habia traido de Portugal, y alzándose por todas partes tropas en favor de uno y otro partido, la mayor parte de Castilla la Nueva, Extremadura y Andalucía quedó convertida en un inmenso campo de batalla, durando la guerra y sus horrores hasta el verano de 1477, en que á consecuencia de la célebre victoria de Toro, que alcanzó don Fernando sobre su competidor, vióse éste precisado á refugiarse en Portugal con los restos de sus tropas.

Al empezar la lucha separóse Isabel de su esposo, para formar un nuevo ejército que llevó á la frontera enemiga por la parte de Extremadura. En Cantalapiedra y Castro-Nuño derrotó á los portugueses, sitiando luego y rindiendo á Trujillo, que se mantenia aun por el jóven marqués de Villena.

No obstante estar vencidos los partidarios de la *Beltraneja* y no quedar un solo portugués en Castilla, continuaron entre sí la guerra algunos nobles de Andalucía, procurando acrecentar sus Estados con los de sus vecinos, y aun con los de la corona. Pero Fernando é Isabel terminaron pronto aquellas revueltas, y reclamaron y obtuvieron muchas fortalezas y pueblos que les pertenecian.

Viendo acatada su autoridad en Castilla, y deseosos de aumentar sus dominios, se prepararon los monarcas para continuar vigorosamente la guerra de reconquista, tan heróicamente empezada por sus mayores, aunque les inspiraba algun recelo el no tener todavía firmada la paz con Portugal y la sospechosa conducta de algunos grandes, prontos siempre á levantarse en favor de doña Juana.

Mas antes de lanzarse á la lucha contra los moros, aquellos príncipes de

veinte y cuatro y veinte y seis años respectivamente, que no sufrian direccion ni acaso consejo de nadie, no consultando mas que su fanatismo, decidieron establecer en sus reinos el tribunal llamado de la Fé, para satisfacer sin duda su propia conciencia é impedir á la vez las contínuas asonadas de los cristianos viejos contra los judíos y moros recien convertidos al cristianismo.

La Inquisicion, establecida en Francia contra los albigenses durante el reinado de San Luis, patrocinada por Fernando é Isabel se desarrolló formidable en Castilla en 1481, y durante tres siglos el *cree ó muere* proferido por el terrible inspirado de la Meca armó el brazo de los católicos contra los mahometanos y judíos, convirtiéndoles de mártires y perseguidos que eran en verdugos y perseguidores.

En todos tiempos, cualquiera institucion que haya halagado los sentimientos religiosos de un pueblo fanático é ignorante ha ejercido intolerable tiranía sobre las conciencias y sido causa de que se derramaran raudales de sangre; y en España, con un pueblo animado por el rencor de raza contra los moros y ardiendo en odio hácia los judíos, contra quienes promovia frecuentes motines para apoderarse de sus riquezas; con un clero como el de que era digno representante el arzobispo Carrillo, clero ignorante, encenegado en torpes vicios y que se valia del sacerdocio para hacer granjería de sus productos; con un espíritu popular dado á creer en todo género de brujerías y maleficios; en unos tiempos en que los nobles seguian la añeja costumbre feudal de atacarse mútuamente en sus tierras y castillos; en que se daban *yerbas* en los palacios para deshacerse de competidores á tronos y empleos; en una época, en fin, en que la personalidad humana merecia tan poco respeto, ¿podia dejar de ser funesto el terrible tribunal instituido por los *piadosos* reyes Católicos? ¿Podrian faltar víctimas en una tierra de venganzas, de perjurios, de envidia y de codicia; en una tierra en que las pasiones andaban sueltas por medio siglo de desgobierno, y en que los bienes de moros, judíos y cristianos nuevos despertaban la codicia de los viejos?

El primer presidente del Consejo Real de la Inquisicion de Castilla y de Aragon fué el infernal Tomás de Torquemada, que firmó *diez mil doscientas veinte sentencias de muerte en las llamas* [1] y condenó además á cien mil desgraciados á penas mas ó menos graves.

[1] Véase la *Historia crítica de la Inquisicion de España*, por don Juan Antonio Llorente, Secretario de la Inquisicion de Córte, t. I, pág 164.

Ahora bien: ¿cuál era la piedad, qué corazon tenian los jóvenes monarcas cuya vida estamos escribiendo, que no se estremecia ante tales horrores? ¿Y qué virtud, qué talento, qué génio pudo arraigar en un pais que persiguió la idea hasta en el santuario de la conciencia humana?

Si durante tres siglos funcionó entre nosotros aquel odioso tribunal, ¡qué mucho que hayamos decaido tanto! Engendrados casi á la luz de las hogueras del Santo Oficio, ¿debe extrañarse que avancemos tan lentamente en la senda del progreso y de la civilizacion?

Mas enérgico que el español el pueblo de Nápoles, rechazó la Inquisicion que quiso imponerle Fernando el Católico en 1510, siendo tan graves los desórdenes que estallaron con este motivo, que el mismo Papa fué de parecer que no debian alterarse los ánimos introduciendo en aquel reino tan severo tribunal.

Tambien los aragoneses le resistieron tenazmente, llegando hasta dar muerte en la catedral de Zaragoza, ya en tiempo de Cárlos I, al cruel inquisidor Pedro de Arbués, á quien la Iglesia no tuvo reparo en canonizar; mas este castigo fué expiado en el suplicio por centenares de víctimas, y al fin las violencias de Fernando el Católico y de sus sucesores obligaron á Aragon á someterse á la ley general.

Forzoso es convenir en que el establecimiento de tan bárbara institucion bastaria para hacer aborrecible la memoria de los reyes Católicos, si el pueblo castellano no se hubiese hecho cómplice por su tolerancia en aquel gran delito de lesa-humanidad, llevado sin duda por el odio de raza que abrigaba contra judíos y moros, para quienes, ni la muerte en las llamas, ni los tormentos mas horribles le parecian suficiente castigo. Á pesar de lo dicho, si Castilla se llenó de ignominia doblando la cerviz al vergonzoso yugo que le impusiera el estúpido celo religioso de sus reyes, éstos aparecerán siempre ante la historia como responsables de la muerte de treinta y dos mil personas reducidas á pavesas en los quemaderos de la Inquisicion y del estado de atraso é ignorancia en que sumió á España su malhadado fanatismo.

Pero dejando ya este asunto, sobre el que nada nuevo pudiéramos decir, pasemos á narrar otros sucesos de la vida de nuestros héroes.

En 1479 se resistian todavía algunos nobles á reconocerlos como soberanos de Castilla, particularmente el marqués de Villena y varios poderosos señores de Galicia. Añádase á esto que Portugal parecia dispuesto á recomenzar la lucha, y que habiendo muerto por este tiempo don Juan II de Aragon, tuvo Fernando que acudir á tomar posesion de la herencia paterna

y á sofocar de paso los desórdenes que empezaron á estallar en su nuevo reino.

En estas circunstancias tomó Isabel á su cargo la espinosa tarea de reducir á los obstinados rebeldes que quedaban y de ajustar la paz con su vecino el portugués.

Ajusticiando algunos hidalgos en Galicia y Castilla y dispensado mercedes á los de Andalucía y Extremadura, logró Isabel sosegar su reino. El duque de Medina-Sidonia y el arzobispo Carrillo tardaron poco en someterse, muriendo pronto el último del aburrimiento que le ocasionó la forzada inaccion á que se vió reducido. En cuanto al marqués de Villena, fué de los últimos en rendirse, y combatiendo contra él murió el sentido poeta Jorge Manrique, tan popular en España, aun en nuestros dias, por sus inspiradas *Coplas*.

Tambien acaeció durante aquella triste guerra un suceso digno de ser contado. En un encuentro, las tropas de la reina hicieron al de Villena seis prisioneros, que fueron en seguida ahorcados. Por via de represalias mandó el marqués que se echasen suertes entre los realistas que tenia en su poder, para ahorcar igual número, tocándole tan fatal lote á un soldado casado y padre de muchos hijos. Estaba igualmente preso un su hermano soltero, que se ofreció á morir por el casado, y despues de muchas lágrimas y porfía que hubo entre los dos, se tuvo la crueldad de aceptar el cambio y ahorcar al generoso hermano.

Mas apartando la vista de estos sangrientos cuadros, propios de aquellos tiempos semi-bárbaros en que con tal desprecio se miraba la vida de los hombres, sigamos las huellas de Isabel, á quien encontramos durante el verano del citado año 1479 en Alcántara y en compañía de su tia doña Beatriz de Portugal, ajustando un tratado de paz entre las dos naciones, tratado cuyas principales cláusulas se reducian á que el monarca lusitano no se titulase rey de Castilla, ni Isabel reina de Portugal; á que se respetase el derecho de los portugueses á la navegacion, descubrimiento y conquistas de la costa de África, y á que Juana la *Beltraneja* fuese reconocida como princesa y casase con el príncipe don Juan, primogénito de los reyes Católicos, cuando tuviera edad para ello.

Estas paces causaron general alegría en ambos reinos, celebrándose con procesiones y todo género de regocijos, aunque dejó de cumplirse la última de las citadas estipulaciones, porque la *Beltraneja,* no pudiendo soportar la afrenta de su nacimiento, se hizo monja en Coimbra.

Dejamos apuntado que los reyes Católicos meditaban dirigir sus armas contra los moros, quienes desde el reinado de Alfonso el *Sabio* estaban ya reducidos á sus últimos baluartes del mediodía de España. Empero faltaba todavía á aquel proyecto la cohexion de voluntades que da empuje á las naciones, y un descanso mas ó menos largo para reparar las fuerzas perdidas en los últimos trastornos. Así, tanto por estas causas, como porque necesitaron mucho tiempo para allegar recursos, no pudieron nuestros monarcas lanzarse á la conquista de lo que aun conservaban en España los muzlimes hasta el año de 1485, con harto sentimiento de Isabel, cuyo mayor deseo era ver realizada aquella empresa.

Antes de empezar el mencionado año habian tenido ya lugar diferentes escaramuzas entre cristianos y moros, y aun algun combate formal, siendo el mas importante por el influjo que ejerció en los acontecimientos posteriores el que pasamos á narrar.

Trabajado el reino de Granada por divisiones y partidos, llegó el caso de que Boabdil destronara á su padre Albohacen en 1482, obligándole á refugiarse en Málaga, donde mandaba su hermano Abohardil. En tales circunstancias, algunos señores andaluces que habian reunido sus fuerzas para apoderarse de Zahara, resolvieron, cambiando de propósito, hacer una entrada en las tierras de Málaga; pero salióles tan al revés la empresa de lo que pensaban, que tuvieron que retirarse con pérdida de tres mil combatientes, entre ellos cuatrocientos caballeros de los mas principales de España.

Como fuese Albohacen quien obtuviera aquella victoria con las tropas que le prestó su hermano, y le granjeara mucho prestigio entre los moros, granadinos, quiso Boabdil distinguirse por un hecho de armas análogo, á fin de disminuir en lo posible el crédito de su padre. Con esta idea, salió de Granada seguido de un numeroso ejército, penetrando en territorio cristiano por la parte de Écija, tal vez con la esperanza de apoderarse de Lucena, villa entonces grande y rica, de la que era señor don Diego Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, quien reclamó el auxilio de su tio el conde de Cabra, y ambos á dos supieron combinar tan bien sus fuerzas, que á pesar de pelear los cristianos contra diez veces mayor número de enemigos, los derrotaron é hicieron prisionero al mismo Boabdil.

Aprovechando los reyes Católicos para sus miras ulteriores tan brillante victoria, concedieron de nuevo la libertad al monarca moro, bajo las condiciones de que les diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce vás-

tagos de las principales familias de Granada, para seguridad de que no faltaria á la obediencia y vasallaje que juró á nuestros reyes; que pagara anualmente doce mil escudos de tributo; que acudiese á las Córtes cuando fuere llamado, y que pusiera en libertad á cuatrocientos cautivos cristianos.

Albohacen, que durante la prision de Boabdil habia recobrado su trono, conoció el tiro que le dirigian los cristianos devolviéndole su hijo, cuyo carácter ambicioso é intrigante no podia menos de sembrar la discordia en el reino y entregarlo á sus enemigos; por lo que no quiso recibirle en su Estado, viéndose á su vez precisado á refugiarse en Córdoba.

Así las cosas, en el año 1485 reunieron los reyes Católicos en Alcalá la Real un ejército fuerte de veinte mil infantes y nueve mil caballos, para dar formal principio á una campaña que duró siete años y en la que cristianos y moros probaron á la vez carecer de grandes capitanes, si bien en ella comenzaron su ilustre carrera Pedro Navarro, que tanto se distinguió despues en Italia y en África, y el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba.

Desgraciada fué, en verdad, la primera empresa dirigida contra Abohardil, rey entonces de Granada por enfermedad y ceguera de su hermano Albohacen. Habíase adelantado dicho rey hácia la frontera cristiana con un pequeño cuerpo de combatientes escogidos, y queriendo el conde de Cabra sorprenderle, salió contra él al frente de tres mil infantes y setecientos jinetes, habiéndole antes prometido Fernando que le apoyaria con todas sus fuerzas.

Fiado en esta promesa el de Cabra, emprendió de noche su marcha contra el moro; pero éste, que tenia muy buenos espías, habiendo recibido aviso del movimiento de los cristianos, apostóse en un bosque, y en lugar de ser el sorprendido, cayó cuando menos podia esperarse sobre el confiado conde, destrozando su hueste de tal modo, que él mismo, cubierto de heridas y casi desangrado, fué el único jinete que pudo llegar á los reales de Fernando para anunciarle la derrota.

Afligido por aquel desastre, dirigió el rey Católico su ejército por la parte de Jaen, en cuya comarca rindió algunos pueblos, y dándose por satisfecho con este desquite, se retiró á cuarteles de invierno.

En tanto continuaban en Granada las parcialidades entre Boabdil y su tio Abohardil, poniendo el reino al borde de su ruina, hasta que al acercarse el verano de 1486 y al saber los formidables preparativos de los reyes Católicos, se concertaron los antagonistas, conviniendo en que Abo-

hardil gobernase en Málaga y Almería y Boabdil en el resto del reino, que por ser tributario del rey de Castilla no podia de él recibir daño alguno.

Mas para el que tiene de su parte la fuerza poco aprovecha la maña y el derecho. Decididos los reyes Católicos á arrojar á los moros de España, no fué obstáculo para ellos la proteccion que debian á su tributario Boabdil, y se dirigieron á poner sitio á la ciudad de Loja. Corrió Boabdil á defenderla con su caballería; dióse un combate junto á la ciudad, y el rey moro se vió obligado á guarecerse dentro de la plaza. Rompieron los cristianos el puente de piedra que habia sobre el Genil para impedir á los sitiados las frecuentes salidas que hacian, y construyeron dos de madera para facilitar las comunicaciones de sus tropas.

Asentada convenientemente la artillería, abrió esta en las murallas de Loja una ancha brecha, por donde iban ya los cristianos á intentar el asalto, cuando los cercados se rindieron, con condicion de quedar libres y de poder salir de la ciudad con sus muebles y riquezas.

Tambien esta vez dió Fernando libertad á Boabdil, fingiendo que aceptaba sus protestas de lealtad futura; porque lo que convenia á los reyes Católicos era que las parcialidades de los granadinos continuasen enconadas por sus jefes, debilitando de este modo sus fuerzas.

Despues de fortificar á Loja, la abandonó Fernando, dejando en ella guarnicion castellana, dirigiéndose contra los pueblos de Illora, Zagra, Baños y Moclin, que uno en pos de otro tuvieron que rendirse, sintiendo mucho los moros la pérdida de Illora, llamado por ellos el ojo derecho de Granada, así como á Moclin le llamaban su escudo.

En su impaciencia por acabar con los moros, Fernando é Isabel levantaron un nuevo ejército, que fué reuniéndose en Córdoba, y hecho alarde de él en Abril de 1487, resultó constar de cuarenta mil infantes y doce mil caballos.

Contando ya con tan poderosas fuerzas y deseando darlas ocupacion, convocó el rey Católico consejo de generales, y oido su parecer, se decidió á poner sitio á Málaga, por ser puerto por donde entraban los refuerzos que del África recibian los moros de España. Sin embargo, antes de asediar aquella plaza, creyóse oportuno tomar la de Velez-Málaga, que asentada junto al mar, permitia á los cristianos recibir por su escuadra las armas, víveres y municiones que necesitaran.

El valor de Abohardil y su pericia militar granjeáronle de nuevo las simpatías de los granadinos, que le confiaron las fuerzas de que pudieron

disponer en aquellos momentos para que corriese en auxilio de Málaga.

Con veinte mil caballos y otros tantos infantes se presentó Abohardil ante el ejército de los reyes Católicos, ocupando un terreno fragoso que le permitia amenazar los reales de Fernando; mas los cristianos, encomendándose á Dios y á su buena fortuna, no esperaron que Abohardil les presentase batalla, sino que fueron á atacarle en sus posiciones, que expugnaron como si se tratase de una fortaleza.

No obstante las acertadas disposiciones de su bravo jefe, resistieron flojamente los moros, y á pesar de que su caballería maltrató á los cristianos, la artillería de estos causó tales estragos en el campamento de Abohardil, que sobrecogidas sus huestes de indescriptible pánico, emprendieron la fuga, dejando en poder de los reyes sus tiendas y bagajes.

Perdida ya toda esperanza, Velez se dió á partido en 27 de Abril del mencionado año de 1487, quedando de gobernador en ella el intrépido capitan Pedro Navarro, á quien principalmente se debió la victoria alcanzada sobre los ausiliares granadinos.

Málaga, que presenció la derrota de Abohardil, estaba ya moralmente vencida, y se hubiera rendido á discrecion á no oponerse tenazmente los soldados berberiscos que la guarnecian.

Llegados de Antequera los trenes de sitio que esperaba Fernando, cercó estrechamente la ciudad con fosos, trincheras y estacadas. En tal aprieto, hicieron los sitiados repetidas salidas, unas con fruto y otras desdichadas, teniendo por objeto algunas de ellas penetrar en el cuartel real, viendo frustrados siempre sus proyectos.

Desesperando de alcanzar nada por la fuerza, apelaron los malagueños á la astucia, creyendo que, habida la cabeza de Fernando, fácilmente se levantaria el cerco y se veria libre su ciudad de la deshonra de ser vencida y de la desdicha de ser saqueada.

Poseida por los moros desde la batalla del Guadalete, Málaga habia crecido y sido hermoseada por el cariño de sus conquistadores, que la enriquecieron convirtiéndola en depósito de su comercio con la costa de África.

Cuenta la historia, que por efecto del cariño que profesaban á Málaga sus habitantes, se ofreció un varon moro que gozaba reputacion de santo á penetrar en los reales enemigos, y á imitacion de la heróica Judith, cortar la cabeza al rey Católico.

Aceptada la proposicion por los sitiados, dieron caballo y armas á aquel fanático, que en una nueva salida que probó la guarnicion se dejó prender.

Creyendo los soldados que le cogieran haber hecho una buena presa, iban gozosos á entregarle á su jefe; pero él pidió ser presentado al rey, afectando tener que comunicarle graves negocios. En aquella ocasion, por fortuna de Fernando, se hallaba éste durmiendo, y no queriendo la reina que se turbara su descanso, dispuso que se llevase al prisionero á la tienda del marqués de Moya.

Llegado allí el moro, y creyendo que don Álvaro de Portugal, que departia con doña Beatriz de Bobadilla, era el que buscaba, echó mano al alfange, que por respeto á la supuesta calidad del prisionero no se le habia quitado, y arremetió contra don Álvaro. Apercibióse éste de la agresion; pero no tuvo tiempo mas que para tirarse de cabeza á las rodillas de su contrario y derribarlo al suelo. Ayudóle la animosa doña Beatriz, y al ruido de la lucha entraron otros caballeros, que dieron pronto cuenta del asesino.

Mientras este entusiasta sacrificaba su vida por salvar á sus conciudadanos, no faltaba un traidor que meditaba entregarlos á sus enemigos.

Apretados los malagueños por el hambre, que no podian dejar de sentir despues de cuatro meses de riguroso bloqueo por mar y tierra, la mayoría de los vecinos pacíficos no veia el término de sus males sino rindiéndose, pues la esperanza que tenian de recibir auxilio era muy débil despues de la derrota de Abohardil.

Uno de aquellos vecinos, persona principalísima de Málaga por sus riquezas y autoridad, llamado Dordux, halló medio para salir de la ciudad y ser presentado á los reyes, con quienes trató en secreto de entregarles la plaza, mediante la palabra que le dieron de respetar las vidas y haciendas de sus parientes y de otorgarle á él mismo grandes mercedes si el proyecto tenia buen resultado.

Vuelto Dordux á Málaga sin que se hubiese notado su ausencia, facilitó sigilosamente la entrada en el castillo á un destacamento del ejército sitiador, que en la noche del 18 de Agosto de 1487, sorprendiendo dormida á la guarnicion. pasóla á cuchillo, pudiendo ver al dia siguiente los asombrados habitantes de la ciudad flotar el estandarte de Castilla sobre los muros de la fortaleza.

Temiendo con justicia el traidor Dordux la venganza de sus amotinados compatriotas, hizo correr la voz de que todos salvarian sus vidas y fortunas por habérselo prometido los reyes. Pero este aserto quedó muy pronto desmentido, porque entrando en la plaza las tropas de Fernando, la saquearon

completamente, dando muerte á muchos judíos y cristianos nuevos que habian ido á buscar allí un asilo contra la Inquisicion de Castilla.

La campaña del siguiente año de 1488 se redujo á un desgraciado paseo militar que desde Murcia efectuó Fernando hácia Almería, cuyo cerco tuvo que abandonar acosado por el nuevo ejército que levantó Abohardil.

Mejores resultados dió á los reyes Católicos la campaña de 1489, dirigida contra Baza, cuya ciudad se les rindió despues de seis meses de sitio, aunque delante de sus muros perdió el ejército cristiano mas de veinte mil hombres de los cincuenta mil de que se componia.

Rendida Baza, entró ya el desaliento en el ánimo de Abohardil, que entregó á Almería, Guadix y otros pueblos y castillos importantes y se retiró á África.

De la vasta dominacion árabe en la Península solo quedaba ya la ciudad de Granada. De aquellos poderosos califas de Córdoba era por cierto débil representante el apocado Boabdil, y sin embargo, ante esta sombra del antiguo poderío musulman se detuvieron Fernando é Isabel un año entero, cual si no se atrevieran á esparcir por el aire las cenizas de un gran pueblo.

Aparte de lo dicho, Boabdil era para ellos un tributario que cumplia ya religiosamente las condiciones que le fueran impuestas y á quien tenian empeñada su palabra de no inferir daño ni agravio alguno.

Por fin, despues de vacilar algun tiempo, en la primavera de 1491 iniciaron nuestros monarcas la guerra talando los bosques de los alrededores de Granada, presentándose el 23 de Abril delante de aquella ciudad, á la cabeza de cuarenta mil infantes y diez mil caballos, todos aguerridos y doblemente entusiasmados por sus recientes victorias.

Granada, capital del poderoso reino fundado por Aben-Alhamar con los restos del imperio árabe salvados de las triunfantes armas de San Fernando y de Jaime el Conquistador, está situada al pié de la famosa Sierra Nevada, en el sitio en que termina su bellísima y ponderada vega, gozando de un clima tan benigno y de una campiña tan encantadora, que en sus confines colocaron los poetas musulmanes el paraiso ofrecido por Mahoma á sus creyentes.

Rodeada de robustos muros y coronada por la Alhambra, fortaleza y morada á la vez de sus voluptuosos reyes, que hacinaron en sus salones cuanto pudo inventar el lujo y la brillante imaginacion de los orientales, la opulenta Granada rivalizaba en esplendor con Bagdad y Damasco, figu-

rando por sus inmensos adelantos en las ciencias y artes á la cabeza de todas las ciudades de España.

Siendo numerosísima su poblacion, contaba para su defensa con veinte y cinco mil peones y ocho mil jinetes, fuerzas que podia fácilmente duplicar con los contingentes que en caso de guerra solian enviarla los moros de la Vega y de las Alpujarras.

Á dos leguas de la plaza de que trataban de hacerse dueños acamparon con sus huestes Fernando é Isabel, quienes comprendiendo que la empresa era difícil y su éxito tardío, concibieron el audaz proyecto de levantar una ciudad enfrente de la que atacaban, para que les sirviera de albergue y de cuarteles á su ejército.

Tal fué el orígen de Santa Fé, que habiendo empezado por una confusa reunion de chozas de madera y tiendas de campaña es hoy una floreciente ciudad de mas de mil vecinos.

Establecido el cerco, mientras los reyes Católicos lo estrechaban mas y mas cada dia, reinaba la discordia en Granada. Boabdil, débil de suyo, temeroso de sus vasallos y comprometido con Fernando, á quien tenia ofrecido entregarle la ciudad cuando fuese dueño de Guadix, Málaga y Almería, adoptó el partido de dejar que sus capitanes y consejeros hicieran lo que mejor les pareciese. El zegrí Muza, el mas valiente de ellos, tomó á su cargo la defensa, que fué sangrienta y obstinada, hasta que derribada parte de la muralla por la artillería real y dejándose sentir el hambre dentro de la plaza, ésta capituló el 25 de Noviembre del citado año 1491, despues de siete meses de sitio.

Avergonzado Muza de la esterilidad de sus esfuerzos, huyó de Granada, en tanto que el alborotado pueblo amenazaba la vida de Boabdil y las de los principales magnates moros, que tuvieron que encerrarse en la Alhambra y rogar á los reyes Católicos que acelerasen su entrada en la rendida plaza.

Al rayar el alba del dia 2 de Enero de 1492, el desdichado Boabdil abandonó á Granada, dirigiéndose al puente del Genil, donde ya le esperaban nuestros reyes rodeados de su córte y de sus mas intrépidos guerreros.

Llegado delante de sus vencedores, el destronado soberano se apeó de su caballo, é hincando una rodilla en tierra, presentó á Fernando las llaves de su ciudad querida, diciéndole con conmovido acento:

« ¡ Tuyos somos : tuyo es nuestro reino ! ¡ Dios lo ha querido así! Ahora solo te pido que uses de la victoria con generosidad. »

Proferidas estas palabras, desprendiéndose de los brazos del político

Fernando, que al verle arrodillar le levantó del suelo y le estrechaba en ellos, el último rey moro de Granada enderezó sus pasos hácia las Alpujarras. Cuando llegó á la cumbre del monte Padul se detuvo un instante para dar el postrer adios á la que fué su córte, y al contemplar el encantado Eden que habia perdido por su cobardía, asomó á sus ojos una ardiente lágrima, mientras levantaba su pecho un profundo suspiro. El punto de la sierra en que tuvo lugar esta triste escena es conocido todavía con el nombre de *El suspiro del Moro*.

La toma de Granada acabó con el imperio de los árabes en España cerca de ocho siglos despues de haberse establecido en ella. Su permanencia en nuestro suelo promovió el amor á las letras, á las artes, al trabajo y á la industria. ¡Cuán lejos estamos los españoles de reconocerles estos méritos!

No historiamos la conquista del reino de Nápoles, llevada á cabo bajo el reinado de los reyes Católicos, porque toda la gloria de esta empresa mas que á su habilidad política se debió á la pericia militar del insigne Gonzalo de Córdoba y á la constante dicha que coronó sus planes de engrandecimiento.

Mas en pos de la felicidad y la alegría llegaron para ellos la afliccion y las lágrimas. Muertos en poco tiempo el príncipe Juan y la princesa Isabel, y dando indicios de demencia Juana, heredera del trono de Castilla, fuéle imposible á Isabel la Católica sobrellevar las dolorosas pérdidas de sus hijos, pérdidas que una tras otra destrozaron su corazon de madre, por lo que falleció de consuncion en Medina del Campo el 26 de Noviembre de 1504.

Isabel, justo es reconocerlo, con los recursos solos de sus reinos, hábilmente administrados por ella, sometió á los nobles, arrojó de Castilla al rey de Portugal y á los moros de España. Ella sola supo comprender el génio de Colon, su elevacion de miras y la importancia de sus descubrimientos, y por eso aparece tan grande ante la historia cuanto Fernando se presenta pequeño, porque no solo no supo comprender al ilustre marino, sino porque le abandonó en todas las circunstancias en que creyó no necesitarle, dejándole, por último, morir en la miseria.

Fallecida Isabel poca importancia podemos dar nosotros al resto de dias que quedaron á su marido, cuyos últimos años de reinado se distinguieron principalmente por haber incorporado la Navarra á los reinos de España. Así, nos limitamos á decir, que habiendo contraido segundas nupcias con Germana de Foix en 1456, tuvo de esta princesa un hijo que vivió pocos dias, y despues de diez años de matrimonio, aguijoneado por el deseo de

tener sucesion cuando habia entrado ya en la senectud, por consejo de su esposa tomó una bebida de preconizada virtud para restablecer el vigor varonil; mas le produjo aquel brebaje un efecto funesto, llevándole á la tumba el 23 de Enero de 1516.

Fernando, incapaz de amistad y de entusiasmo, egoista, desconfiado y suspicaz, era, no obstante, uno de los mas profundos políticos de su tiempo, y á estar inspirado por algun noble sentimiento, habria sido un grande hombre.

Con el descubrimiento de la América, que tan honda revolucion causó en las inteligencias al revelar que el pensamiento puede ser sublime y creador aun saliendo del cerebro de un plebeyo; con la aplicacion á la guerra de los arcabuces, que hicieron inútiles las armaduras de los caballeros; con la organizacion de los ejércitos permanentes, en que los siervos convertidos en soldados hacian respetar las leyes á los señores turbulentos; con la fuerza que por este medio adquiriera el principio de autoridad, el reinado de Fernando V é Isabel I habria sido glorioso y verdaderamente útil para España sin el establecimiento del sanguinario tribunal de la Fé, funesta expresion de su fanatismo que hará eternamente ingrata la memoria de los reyes Católicos.

FIN DE LAS BIOGRAFÍAS DE FERNANDO V É ISABEL I.



MIGUEL ANGEL

SEGUNDA ÉPOCA

[illegible]

porque [illegible]

[illegible]

cuales, según su [illegible]

[illegible]

intelectual permite. [illegible] progresan, aunque muy lentamente, porque [illegible]

[illegible] la [illegible]

[illegible] siendo de [illegible] otros materiales de dureza acomodada á sus nece[sidades] [illegible] piedra, [illegible] cantidades de [illegible]

MIGUEL ÁNGEL.

(1474 Á 1564 DESPUES DE J. C.)

Fué un génio Miguel Ángel en arquitectura, escultura y pintura, tanto porque á una vasta inteligencia y estudios prolijos reunió una sensibilidad exquisita para la belleza, esto es, para lo verdadero y lo bueno, como porque comprendió, sintió y se hizo intérprete de las maravillas del universo, las cuales, segun su belleza ó sublimidad, atraen ó asombran al hombre, que impresionado por ellas y estudiándolas, las imita ó reproduce, tomando sus agentes de las mismas fuerzas naturales y en la medida que su cultura intelectual permite.

De este modo nacieron las artes y las ciencias, y así progresan, aunque muy lentamente, porque la inteligencia humana debe atender con demasiada constancia á la conservacion del individuo y á defenderle de tantos enemigos como le rodean.

Desde su aparicion sobre la tierra guarecióse el hombre de la inclemencia de los elementos en cuevas naturales, de las que en un principio hizo su habitacion y mas tarde su sepulcro y su templo; y no disponiendo de otros materiales de dureza apropiada á sus necesidades que la madera y la piedra, empleó el pedernal, y de él hizo sus hachas y mazos, sus picos y armas, y con él socavó los declives de las colinas y las vertientes de las montañas y labró nuevas cuevas donde le convino ó modificó las naturales.

Tan humilde orígen tuvo la arquitectura, que fué perfeccionándose á favor de instrumentos de cobre nativo ó ligado con el estaño para formar

el bronce, y por fin de hierro cuando el hombre supo fundir el mineral que lo contiene mezclándolo con el combustible, como lo practican aun los semi-salvajes hotentotes.

En la India y el Egipto subsistió por mucho tiempo el gusto por las habitaciones subterráneas, y aun despues de haberlas sustituido por chozas de madera, ramaje y lodo, continuaron los egipcios é indios adorando á sus dioses en las cavernas y abriendo en ellas sus sepulturas.

En el Indostan, las grutas-templos de Elora, Ravana, Dumas-Leyno y Kailasa contienen dos y aun siete naves divididas por columnas, cual se vé en Elefanta, donde hace ocho mil años que se adora á Brahma, Visnu y Siva, y aun en Europa encontramos cuevas que en otro tiempo sirvieron de panteones ó de templos, siendo notables entre estos monumentos del arte primitivo los sepulcros etruscos abiertos en la peña que se ven en Viterbo.

Cuando salió el arte del seno de la tierra, aun imitó las cuevas, vaciando rocas de inmensas dimensiones, como el Kelaza de la mencionada Elora en la falda del Himalaya, cuyo templo, habitaciones de sacerdotes, escaleras, estátuas y columnas no constituyen mas que un monolito, y aunque mas tarde elevó torres como el templo de Bel á orillas del Éufrates, pirámides en la India, Egipto y Méjico y túmulos en forma de pequeños montes vacíos, como los hay en Francia y otros paises, en todos estos monumentos de la infancia del arte reina la oscuridad, remedo de las sombras de las cavernas naturales.

Mas tarde se van embelleciendo las cuevas, y aparecen en ellas formas arquitectónicas mas regulares, obeliscos, columnas y adornos que imitan la naturaleza orgánica.

Empero, los pelasgos y griegos, dotados de una sensibilidad mas exquisita, abandonan la arquitectura cicóplea y dan proporcion y armonía á sus templos, y aunque hasta los tiempos de Solon las formas algo pesadas del órden dórico se resienten de su orígen egipcio, produce luego la arquitectura griega monumentos tan majestuosos como el *Parthenon* de Aténas y la puerta de los *Propyleos*.

Los etruscos, raza italiana, inventan el arco formado de piedras cortadas en forma de cuñas; perfecciónanlo los romanos, é inspirados por el cristianismo, lo desarrollan en la cúpula, que los bárbaros transforman en ojiva, dándole suntuosidad y riqueza de detalles, aunque bárbaro en su construccion y desordenado en su conjunto; pero que en la cúpula de San Pedro de

Roma lo dota Miguel Angel de la elegancia griega y de la imponente elevacion de las pirámides de Egipto.

Compañera de la arquitectura, la escultura nació tambien en las cavernas de la India, siendo sus estátuas espantosas divinidades representadas por extraordinarias uniones de miembros humanos y de animales, con las cuales los sacerdotes, mejor que atraer á las masas, pretendieron sojuzgarlas por medio del terror que inspiraban sus monstruosos dioses.

En Asiria explayóse al aire libre la escultura reproduciendo las costumbres de sus príncipes, habiéndose encontrado en las ruinas de sus ciudades bajos-relieves que representaban á sus reyes en varios actos de la vida real, como la caza y la guerra.

Egipto hizo de la escultura un arte dependiente de la arquitectura; dióle poco relieve, y pintó de vivos colores sus dibujos, en términos, que los muros donde se ven representadas las costumbres é historia de este pueblo, parecen estar cubiertos de tapices.

Los griegos fueron, sin embargo, los que dieron vida propia al arte plástica: adornaron los frontones de sus templos con grupos de estátuas y desarrollaron en los frisos las escenas de los Eliseos y los trabajos de sus héroes y semidioses. Dieron tambien á sus figuras la expresion de las pasiones humanas; pero siempre divinizándolas, llegando á tal punto su amor á lo bello, que no copiaron jamás en sus estátuas-retratos los defectos de las personas que representaban.

Con menos amor á lo bello, los romanos emplearon á sus esclavos ó se valieron de artistas griegos para embellecer sus palacios, templos y plazas. Á pesar de eso, se desarrolló el arte romano propio en las innumerables estátuas de que se cubrió la señora del mundo, verdaderos retratos de sus héroes, y en los bajos-relieves donde esculpió su historia.

Sucumbió momentáneamente el arte bajo la frámea y el hacha de los bárbaros, y al renacer por medio del cristianismo, apareció la escultura de nuevo; pero mística como el sentimiento que inspiraba á los artistas, que viviendo en una sociedad tumultuosa y sumida en las tinieblas de la ignorancia, aspiraban al sosiego, á la paz, á la beatitud de la vida eterna en el seno de Dios.

En el siglo XI, al levantarse la institucion monárquica sobre el feudalismo, apareció pujante la arquitectura ojival, elevándose á par de ella la escultura, pero circunscrita á las catedrales, que dotó de esa infinidad de baptisterios, pilas de agua bendita, puertas, púlpitos y coros, obras maes-

tras que admiramos los hijos de esta época de refinado gusto en las artes, adquiriendo luego por el estudio del natural mayor verdad y expresion. Los italianos la elevaron y mantuvieron fuera del realismo que desciende á los detalles mas insignificantes, hasta que Ghiberti produjo en el siglo XV aquellas esculturas que Miguel Ángel, en su entusiasmo por lo bello, juzgó dignas del paraiso.

Con el estudio de la antigüedad y de la anatomía se formó Miguel Ángel un estilo propio; su gran génio le llevó á romper con la rutina, y creó estátuas llenas de vida, como la de David, la del Cautivo, la de la Noche, la de Moisés y otras muchas debidas á su cincel divino.

Este génio en arquitectura y escultura, desplegó todavía un vuelo mas audaz en la pintura, abriendo nuevos horizontes que nadie todavía ha podido recorrer.

Mas antes de seguirle en este arte, aureola de su inmortalidad, vamos á consignar sus apuntes biográficos.

Arezzo, ciudad de Italia, de 8,000 habitantes, á poco mas de trece leguas al Este de Florencia, es célebre, no por sus monumentos, pues solo puede ostentar las ruinas del antiguo anfiteatro de *Arretium,* sino por ser patria de algunos hombres eminentes, tales como Mecenas, protector del célebre poeta latino Horacio; Guido de Aretino, inventor de los signos musicales, que vivió en el siglo XI; el insigne Petrarca, restaurador de las letras, y Pedro Bacci, el *Aretino,* conocido por sus composiciones satíricas, obscenas y anti-religiosas, de quien volveremos á hablar en el curso de esta biografía.

En la misma ciudad de Arezzo y castillo de Capresa, nació Miguel Angel Buonarotti el año 1474 de nuestra era. Sus padres, demasiado aristócratas, como descendientes de la antigua familia de los Canossa, y por consiguiente de estirpe casi real, no creian digno del lustre de su abolengo que cultivase nuestro héroe su extraordinaria aficion á las bellas artes, por lo que le opusieron toda clase de obstáculos para impedirle seguir su vocacion.

Cual sucede á menudo, con la privacion nació el apetito, avivándose mas la pasion que el jóven Buonarotti sentia por el estudio de lo bello.

Viéndose contrariado por su familia, prevalido de su distinguido nacimiento acogióse Miguel Ángel á la proteccion de Lorenzo I de Médicis, apellidado el *Magnífico,* cuya elocuencia, noble carácter y generosidad tenia encantado á su pueblo, y á quien su pasion por la poesía cegó hasta el extremo de hacer cantar sus versos por las calles de Florencia.

Adivinando desde luego al artista y previendo el grande influjo que ejerceria en la marcha y progresos de las bellas artes, recomendóle el príncipe-poeta á los hermanos Domingo y David Ghirlandajo, que ocupan un lugar distinguido en la historia de la pintura.

Quince años contaria Miguel Ángel cuando fué admitido como aprendiz en el estudio de los hermanos Ghirlandajo; pero la correccion de sus dibujos y sus atrevidas concepciones le colocaron pronto á la cabeza de sus condiscípulos, granjeándole de paso la estimacion de sus maestros.

Por lo demas, hablaba poco nuestro jóven, pensaba mucho y estudiaba mas.

Entre los grandes modelos que contínuamente se ofrecian á su vista llamaron con preferencia su atencion las obras de Masaccio, cuya escuela cultivaban los Ghirlandajo con notable éxito.

La obra principal de Masaccio eran los frescos de la capilla Brancacci de *Santa María dei Carmine* en Florencia. Allí pasaba largas horas el aplicado mancebo ocupado en estudiar al gran reformador de la pintura de principios del siglo XV, en admirar sus escorzos, lo variado de sus fondos, la seguridad de su dibujo, la imaginacion y sentimiento en fin de aquel gran pintor á quien sus envidiosos émulos envenenaron á la temprana edad de veinte y seis años.

Atrevido Miguel Ángel, sintiendo dentro de sí la fuerza del génio é inspirado por los frescos de Masaccio, superiores sin duda alguna á las obras de los Ghirlandajo, osó un dia poner su pincel en un cuadro de sus maestros para corregir los contornos.

Sorprendido en aquella tarea por uno de los hermanos:

—¿Qué haces, Miguel? le preguntó.

—Corregir esos escorzos como me lo han enseñado las obras de Masaccio, contestó imperturbable nuestro jóven.

Mas tal era el aprecio en que tenian sus maestros las relevantes cualidades del futuro coloso de las bellas artes, que no se dieron por ofendidos y continuaron dispensándole sus acostumbradas muestras de cariñosa simpatía.

Estas correcciones y el rasgo de modestia de los hermanos Ghirlandajo serán siempre la aureola de sus cuadros.

Á esta epoca de la vida de nuestro héroe se refiere el siguiente caso que cuenta Benvenuto Cellini en sus *Memorias* empleando el mismo lenguaje de Pedro Torregiano, escultor con mas aires de soldado que de artista:

« Miguel Angel y yo, dice Torregiano, íbamos juntos siendo muchachos á estudiar á la capilla de Masaccio en la iglesia de *Monte Carmello.* Miguel tenia por costumbre burlarse de todos nosotros, hasta que cierto dia, no pudiendo yo sufrir sus chanzas, le dí tan furioso puñetazo en la cara, que sentí que los cartílagos de su nariz se rompian bajo mi puño, y estoy seguro de que durante su vida llevará la señal que le hice.»

Este relato excitó tanto la cólera de Cellini, que despreció los ventajosos ofrecimientos del Torregiano, no queriendo ver la cara del que ofendiera tan cruelmente al « divino Miguel Ángel. »

Enamorado de los progresos del jóven de Arezzo, Lorenzo de Médicis hízole abandonar la casa de los Ghirlandajo, para hospedarle en su palacio, donde le dió pruebas de verdadera amistad, complaciéndose en dirigirle en sus estudios.

Díjole un dia que la firmeza de sus dibujos, los planos de sus claro-oscuros y los pliegues de sus paños parecian copiados de modelos trabajados por la mano de un escultor que cortara la piedra y modelara con decision, y que le aconsejaba que hiciera uso de la escarpa, trépano y cincel del estatuario con preferencia á los pinceles.

Sentíase en realidad Miguel Ángel arrastrado por su inclinacion á arrancar de un pedazo de mármol la vida, la accion, el sentimiento, y siguió los consejos de su inteligente bienhechor.

Tenian los Médicis reunidos gran número de estátuas y fragmentos antiguos en un jardin de su palacio, donde acudian los jóvenes artistas para estudiarlos, complaciéndose Lorenzo el *Magnífico* en pasear por allí y verlos trabajar. Miguel Ángel, que deseaba probar á aquel ilustre protector de las artes sus vehementes deseos de complacerle, copió en mármol la cabeza de un fauno, cuya nariz y boca estaban carcomidas por el tiempo. Á pesar de ser la primera vez que tomaba el cincel, se atrevió á suplir con la imaginacion las faltas que en el original advertia, y como de la expresion de la cara se deducia que la boca del fauno debió estar abierta, esculpió en su copia la lengua y dientes. Admirado Lorenzo de aquella innovacion, dijo al jóven riéndose:

« Ya debieras saber que á los viejos les falta siempre algun diente. »

Comprendió Miguel Ángel la justicia de tal observacion, y rompió un diente al fauno, imitando en la encía el vacío que ocupaba. Al dar la vuelta el príncipe de su paseo aplaudió la ocurrencia del mancebo y su docilidad.

Lorenzo de Médicis su bienhechor y amigo, murió cuando nuestro

artista acababa de cumplir diez y ocho años. Sucedióle su hijo Pedro II, pero se mostró tan incapaz de resistir á Carlos VIII de Francia, que le entregó Liorna y otras ciudades de Toscana, por cuya cobardía le arrojaron los florentinos del trono ducal.

Privado de los recursos que para el estudio le ofrecia el palacio de los Médicis, acogióse Miguel al convento del Espíritu Santo de Florencia, de cuyo Prior era amigo, y en aquel retiro hizo estudios profundos de anatomía. Facilitábale el Prior los cadáveres, y él los disecaba rodeado de discípulos ansiosos de iniciarse en esta ciencia tan necesaria al arte del dibujo, llegando á convertirse en un consumado anatomista.

Existia en Florencia en aquella época un enorme y magnífico pedrusco de mármol, que dejara á medio esculpir un antiguo artista. El gonfalonero de la república Soderini ofreció aquella piedra á Leonardo de Vinci; mas no habiéndola aceptado, dióla á Miguel Ángel, que se propuso hacer de ella una colosal estátua de David.

Cuando el jóven artista estaba á punto de terminar su obra, fué el ganfalonero á verla, y se atrevió á criticar la dimension de la nariz, que tachó de demasiado grande. Miguel Ángel, observando que el defecto que se achacaba á su estátua provenia del mal punto de vista que habia elegido el observador, subió al andamio, y sin que Soderini lo notara, cogió polvo de mármol, que dejó caer sobre el crítico, haciendo como quien corregia con el cincel la nariz de la estátua. Luego, reuniéndose con el gonfalonero y haciéndole tomar otro punto de vista, le preguntó:

— Y bien: ¿cuál es ahora vuestra opinion? ¿Qué os parece ese David?

— ¡Admirable! contestó Soderini: le habeis dado la vida.

Miguel Ángel se burló interiormente del *docto* magistrado, tan parecido á muchos *inteligentes* de nuestros dias que emiten su dictámen en materia de arte sin saber lo que dicen.

El gusto por la estatuaria griega y romana y por la arquitectura de los maestros de la antigüedad habia llegado á ser la pasion de aquella edad, que cifrada al mérito de un artista en la imitacion de las obras clásicas de los escultores y arquitectos de la antigua Grecia. Estudiaba estas obras Miguel Ángel como los demas artistas, y al ver que éstos no acertaban, en su concepto, á dar expresion y movimiento á sus figuras, dedicóse con preferencia á dar á las suyas aquellas cualidades, ayudado por sus conocimientos anatómicos.

Evitaban sus compañeros toda afectacion de formas prefiriendo en el

dibujo lo modesto á lo maravilloso. En anatomía no acentuaban mas que lo indispensable para explicar el movimiento de la figura. En arquitectura, temiendo incurrir en el desórden de formas de la ojival, se limitaban á asociar la fuerza con el destino de los edificios. Empero Miguel Ángel, que acometió á la vez los estudios del arquitecto, escultor, pintor é ingeniero; que comprendió con su poderosa inteligencia las consecuencias que podian deducirse de los principios de estas artes, fué osado, original y lógico, sin forzar nunca dichos principios. En la iglesia de San Pedro elevó la cúpula hasta las nubes: en sus pinturas y estátuas prefirió el desnudo á los paños, y por la correlacion que existe entre el sentimiento y la musculatura, acentuó en las figuras enérgicas las contracciones y extensiones de los músculos, que contribuyen á patentizar las pasiones y afectos del ánimo, apareciendo, por consiguiente, en sus composiciones mas gigantesco que armónico, sin que dejasen por eso de acusar sus obras un carácter elevado, concienzudo, meditabundo, hijo de la confianza en las fuerzas propias del artista que pasa mas allá de lo descubierto por la ciencia y el arte.

Fácil le hubiera sido á Miguel Ángel imitar las obras de los antiguos maestros, como despues veremos, y ser el Fidias de su siglo; pero le repugnaba el papel de imitador, por cuyo motivo decia:

« Quien no sabe hacer lo bueno por sí mismo, no puede sacar ventaja de las buenas obras de los maestros. »

No obstante lo dicho, prueba la gran facilidad que tenia en imitar á los grandes artistas griegos y romanos el hecho que vamos á narrar.

Removíase con afan á últimos del siglo XV el suelo de Roma y de otras ciudades importantes de Italia, con la esperanza de encontrar mil bellezas del arte antiguo sepultadas bajo las ruinas de sus villas y templos. Merced á aquellos trabajos se descubrieron el tronco del Apolo de Belveder, Hércules y Anteo, el Hércules Farnesio, el Laoconte y otros preciosos mármoles. Deseoso nuestro jóven escultor de medir sus fuerzas con los maestros de la antigüedad, hizo un *Cupido dormido*, y (lo que podria calificarse de niñada, propia sin embargo de su edad que no llegaba aun á los veinte años) lo enterró en el sitio en que se practicaban las escavaciones. Su carácter adusto, poco expansivo y su costumbre de hacerlo todo sin el concurso de extraños, hicieron que la estratagema produjera el resultado que apetecia.

Desenterrado el Cupido, admirólo el cardenal de San Jorge como un precioso mármol antiguo; fué celebrado como una obra maestra; se atri-

buyó á varios escultores griegos, inclinándose la opinion general á que era obra de Fidias.

Tal era el parecer de los *inteligentes,* cuando descubierta por el novel estatuario su inocente superchería, todos celebraron el mérito de su obra, y aun su estratagema; mas nosotros nos vemos privados del placer de aplaudirla, porque esta obra se ha perdido. Segun el historiador Augusto de Thou, estaba en Mántua en 1573, poseyéndola la familia de Este; pero quizás fué rota durante las luchas que ensangrentaron la Italia en el siglo XVII, habiendo desaparecido por lo tanto la esperanza de hallarla.

Como se vé, era completamente dueño Miguel Ángel de dar á sus figuras la expresion conveniente y el sello de antigüedad que queria. Mas por lo regular, se mostraba tan esclavo de las leyes de sus concepciones artísticas, que no guardaba consideracion alguna á la tradicion pictórica, ni á las costumbres y preocupaciones de su época. Ejecutaba sus obras conforme á su gusto, y ellas se imponian á todos.

Gran fama habian granjeado á nuestro héroe sus bellas esculturas; pero ansioso de gloria quiso dar á conocer al mundo sus estudios, sus meditaciones, la impresionabilidad de su naturaleza y el poder de su génio, entrando en lucha, cuando contaba solo la edad de veinte y seis años, con el gran Leonardo de Vinci, pintor, arquitecto, ingeniero, político, y cuyas vastas facultades abarcaban toda la ciencia de aquel tiempo.

El *Combate de Caballería,* de Leonardo de Vinci, es un cuadro ejecutado con suma valentía, severidad y precision, donde campean enérgicas figuras y caballos briosos, sin que la abundancia de detalles dañe en lo mas mínimo al conjunto, contribuyendo, por el contrario, á la unidad de una escena tan imponente. En competencia con esta obra maestra presentó Miguel Ángel un carton en que se veian unos soldados que, bañándose en el Arno frente á los muros de Pisa, corrian á las armas medio desnudos al verse sorprendidos por el enemigo, demostrando en sus fieras actitudes y en sus iracundas miradas que alentaban sus pechos corazones de héroes.

Los autores de su tiempo describen y hacen elogios de esta obra de Miguel Ángel, que un tribunal compuesto de personas entendidas en la materia declaró superior á la del inspirado Vinci, adjudicándola el premio que ambos pintores se disputaban. [1]

[1] Segun Cárlos Blanc, el *carton de la Guerra de Pisa*, que marcaba el límite postrero del arte moderno, fué cortado á pedazos, quizá por las manos del envidioso Bandinelli, y luego, disper-

Despues de este gran triunfo, cayó el ilustre artista en un profundo abatimiento, que le llevó á buscar la soledad del campo, donde pasaba el tiempo leyendo la *Biblia,* recitando en alta voz versos del Dante, ó bien prorumpiendo en amargos lamentos. ¿Se hallaba acometido de locura? ¡Sí, le asaltaba la locura del génio, que quisiera convertir á todos los hombres á la idea por la cual vive y trabaja y cuya lenta realizacion acaba con las fuerzas del cuerpo!

Sacó de su retiro á Miguel Ángel el Papa Julio II, llamándole á Roma para confiarle el plan y ejecucion de su mausoleo.

Era aquel vicario de Jesucristo un sacerdote ambicioso y batallador, cuyo constante anhelo fué hacerse dueño absoluto de la Italia arrojando de ella á los *bárbaros* españoles, franceses y alemanes. Habia devuelto á la Santa Sede bastantes ciudades que se declararan independientes; penetró en Mirandola á caballo por la brecha que abrieran sus cañones, y para trasmitir á las generaciones futuras los principales hechos de su pontificado, hizo acuñar una medalla en la que aparecia con la tiara en la cabeza y el látigo en la mano cargando á los franceses, mientras pisoteaba su caballo el escudo de Francia.

Deseando legar á la posteridad una obra digna del artista que la ejecutara y del soberbio Pontífice que debia dormir en ella el sueño de la muerte, ideó Miguel Ángel construir un mausoleo de bronce y mármol de veinte metros de ancho por treinta de largo, adornado con cuarenta estátuas que representaran las victorias de Julio II y sus *virtudes.* Aprobado por el Papa el plan de aquel monumento, nuestro insigne escultor dió principio á las obras, en las que se invirtieron crecidas sumas, y que no llegaron á terminarse por diversas causas, siendo las principales las que pasamos á narrar.

Miguel Ángel tenia enemigos tanto mas implacables cuanto mayor era su mérito. Algunos de ellos, que formaban parte de la servidumbre del Papa, emprendieron una verdadera cruzada contra el gran artista, logrando enajenarle en parte las simpatías del impresionable Julio II.

Hé aquí porqué, al presentarse un dia nuestro héroe en el Vaticano,

sados por Italia los preciosos fragmentos de esta *obra divina,* desaparecieron sin dejar huellas de su existencia, quedando solo un recuerdo de la hermosa creacion de nuestro gran artista en la estampa de los *Grimpadores* (trepadores) de Marco-Antonio, y en una copia en claro-oscuro que está oculta en Holkham-House, en el condado de Norfolk. Refiriéndose á este famoso carton, dice Benvenuto Cellini: «Cuanto hizo despues el divino Miguel Ángel en la gran capilla de Julio II, no acusa ni con mucho la mitad del talento que demostró en su *Batalla de Pisa*, en la que pareció desplegar toda la fuerza de su génio.»

suspendidas ya las obras del mausoleo, le cerró el paso uno de los ujieres.

—¿Acaso no conoces á quién niegas la entrada? observó al ujier un obispo que estaba presente.

—Le conozco muy bien, contestó el criado; mas debo obedecer las órdenes de Su Santidad.

—En ese caso, concluyó Miguel Ángel, cuando me mande llamar el Papa, decidle que me he ido á otra parte.

Y volviendo á su casa, ordenó á sus criados que vendieran los muebles al primer judío que se presentase, y que fueran despues á reunirse con él en Florencia, para donde partió por la posta aquella misma noche.

Apenas llegó allí, recibió uno tras otro cinco correos con cartas apremiantes del Papa para que regresara á Roma, amenazándole con caer en su desgracia si no le obedecia.

Aun cuando conocia perfectamente Miguel Ángel el violento carácter de Julio II, resistió á sus halagos y amenazas. Sin embargo, cediendo á las súplicas de las personas que le habia enviado el Papa, le escribió suplicándole que le perdonase si, habiendo sido tratado en palacio como un miserable lacayo en premio de sus servicios, persistia en no volver á verle, poniéndole así en libertad de elegir otro escultor.

Tales misivas se cruzában entre Julio II y Miguel Ángel, con gran satisfaccion del gonfalonero Soderini, que abrigaba la esperanza de que el ilustre artista permaneceria en Florencia para concluir los trabajos que le tenia encargados; mas habiendo recibido como primer magistrado de aquella señoría tres breves del Pontífice llenos de amenazas si no le restituia al fugitivo artista, Miguel Ángel, que comprendia de cuánto era capaz el vengativo Papa, se dispuso á marchar á Constantinopla, á donde el Gran Señor le llamaba para construir un inmenso puente que uniese la ciudad con el arrabal de Pera.

Soderini, viendo que de cualquier manera que fuese debia perder á Miguel Ángel, le suplicó que aceptase el cargo de embajador de Florencia cerca de la Santa Sede, prometiéndole que el cardenal su hermano le presentaria á Su Santidad, que entonces se encontraba en Bolonia.

Convencido por las razones del gonfalonero, dirigióse á Bolonia nuestro artista, y ya en dicha ciudad, no pudo presentarle á Julio II el cardenal, por haber caido enfermo; pero encargó á un obispo amigo suyo que le acompañase al palacio de Seize, habitado por el Papa.

—¿Conque es decir, gritó colérico el formidable sucesor de San Pedro

al ver á Miguel Ángel, que en lugar de venir tú á encontrarnos has aguardado á que fuéramos á buscarte?

Y al expresarse de este modo aludia á estar Bolonia mas cerca de Florencia que Roma.

— Si he cometido esa falta, contestó el gran artista, ha sido de despecho por haber sido arrojado ignominiosamente de vuestro palacio.

Creyendo el obispo que acompañaba á nuestro héroe prestarle un excelente servicio contribuyendo á disculparle:

— ¡Perdónele Vuestra Santidad! dijo: estas gentes son tan ignorantes que no conocen mas que su oficio.

Indignado Julio de la barbaridad que acababa de proferir el buen obispo, levantó sobre él el baston en que se apoyaba, y lo dejó caer sobre sus espaldas, gritando:

— ¡Tú eres el ignorante, tú, que le ultrajas cuando Nos no nos atrevemos á injuriarle! ¡Retírate al instante!

Y empujando brutalmente al prelado, le puso á la puerta de su cámara.[1]

Habiendo así desahogado su cólera, dió el Papa la bendicion á Miguel Ángel; le retuvo en Bolonia; le colmó de presentes, y sin acordarse de su mausoleo, le encargó que vaciase en bronce su estátua, que debia tener ocho metros de altura.

En cumplimiento de aquella órden, el insigne escultor fundió la estátua, en la que representó á Julio con un brazo levantado; pero con tal aspecto de terrible majestad, que admirado el Pontífice, le preguntó:

— ¿Da la bendicion ó la maldicion?

— Bolonia lo dirá, respondió Miguel Ángel.

En efecto, al colocarse la estátua en la plaza de Bolonia, amotinóse el pueblo creyéndose amenazado por la efigie del Papa; hizo mil pedazos el coloso de bronce, y los vendió al duque de Ferrara, que fundió con ellos un cañon.

Útil fué la leccion, no hay que dudarlo; pero costó á la posteridad la pérdida de una obra maestra.

Cuéntase que Bramante, el célebre arquitecto que habia echado los fundamentos de la Basílica de San Pedro (cuyo plano fué reformado por Rafael, entonces encargado de pintar la Basílica), sugirió á Julio II la idea de encargar á Miguel Ángel la decoracion de la capilla de Sixto IV, esperando

[1] Vasari, amigo y contemporáneo de Miguel Ángel, refiere esta escena tal como la dejamos narrada.

que lo enérgico de su pincel y lo arrojado de sus concepciones le pondrian debajo del nivel de Rafael y de los demas artistas de aquella época.

Acogida por Julio aquella idea, excusóse nuestro pintor como pudo; mas la terquedad del Papa logró comprometerle á encargarse de aquel trabajo. ¡Cuán grande fué, sin embargo, el chasco que se llevaron sus enemigos proporcionándole, merced á esta competencia, el mayor triunfo que alcanzó durante su larga carrera artística!

Llamó Miguel Ángel á tres pintores de nota que residian en Florencia para que le ayudaran en su tarea; pero no estando satisfecho de su trabajo, lo borró y les cerró las puertas de la capilla, trabajando en adelante solo, sin aprendices, moliéndose él mismo los colores y sintiendo en el alma que las visitas de Julio II le distrajeran á menudo de su obra.

Á fin, pues, de ahuyentar de la capilla al Papa, ya le llenaba de polvo, ya dejaba caer una tabla á sus piés, ya derramaba colores sobre su sotana, excusándose nuestro artista de lo que llamaba su torpeza; mas la pasion de Julio por la pintura y el gusto que sentia viendo adelantar aquella obra inmortal, le hacian permanecer horas enteras junto el andamio en que trabajaba Miguel Ángel, á quien algunas veces reprendia y aun amenazaba con el mismo baston conque apaleaba á sus cardenales.

— ¿Cuándo acabarás? preguntóle un dia encolerizado.

— Cuando pueda, contestó secamente el artista.

— ¿Cuando puedas, eh?... aulló Julio II, dando con su baston en el suelo: entonces, ¿quieres que mande arrojarte de ese andamio abajo?

Por fin, á los veinte meses de empezada, quedó acabada la decoracion de la capilla Sixtina, en cuyas paredes pintó el ilustre artista las siguientes obras: la *Creacion del hombre y de la mujer*, su *Expulsion del paraiso*, el *Diluvio*, la *Muerte de Goliath*, la de *Holofernes*, el *Castigo de Haman* y la *Adoracion de la serpiente de cobre.* En los espacios triangulares de la bóveda puso las figuras de los profetas que anunciaron al Mesías, y en los ángulos y tímpanos de las ventanas, distribuidos en admirables grupos, retrató á los antecesores de María esperando la venida del Salvador.

La *Creacion* de Miguel Ángel fué la maravilla del mundo, la desesperacion de sus émulos y el escollo de sus imitadores. Todavía brilla con esplendor aquella joya del arte, á pesar de estar bañada por la sombra de los siglos; todavía es la obra maestra de la humanidad en pintura, el índice que señala uno de los caminos por donde puede acercarse el hombre á la divinidad.

« La *Creacion del hombre,* dice Constantin, es el punto culminante que ha alcanzado el arte en Europa. En un rincon de la tierra aparece una forma de hombre, que se anima bajo la mirada de Dios. El aspecto del Creador, es poderoso, imponente; profunda la impresion del sér que experimenta la primera sensacion de la vida. Hay en esta pintura tanta sublimidad de ejecucion como de pensamiento.»

Severas son, en verdad, en aquel cuadro las facciones del Eterno, á quien nos representa el gran artista como un anciano vigoroso que arrastra una larga túnica, de talante majestuoso, robustos miembros, mirada inteligente y faz augusta.

En la *Creacion de la mujer* vése á Adan entregado á un sueño tranquilo, inocente, celestial, mientras Eva brota de su seno mas hermosa que Vénus saliendo de la espuma del mar. Empero, ¡qué prodigio de delicadeza se admira en el contorno de la primera mujer! ¡Cuán suave es la acentuacion de sus gracias! ¿Cómo pudo acomodarse á tanta dulzura el vigoroso pincel que al lado de tan delicioso cuadro evocó aquellos sombríos personajes bíblicos, cuyo airado gesto parece arrojar la maldicion de Dios sobre la tierra corrompida?

El secreto de esta flexibilidad consistia en que Miguel Ángel pintaba lo severo, lo terrible, por temperamento, mientras que merced á sus profundos estudios anatómicos y vastos conocimientos no encontraba dificultad ninguna en reproducir fielmente los maravillosos atractivos de la naturaleza. En suma, la *Creacion de la Mujer* es el trasunto de la hermosura y la pureza emanando del pensamiento del Creador, sin que ningun presentimiento del porvenir empañe aquel portento de todas las gracias.

Cuando se quitaron los andamios de la capilla, Julio II, trásportado de gozo, quiso celebrar misa el mismo dia, mientras el pueblo de Roma acudia en tropel á aquel sitio para contemplar absorto la obra del génio.

No obstante su entusiasmo, el fastuoso Pontífice hubiera querido que Miguel Ángel enriqueciera la capilla con profusion de doraduras.

— Debieras haber puesto ahí un poco de oro, dijo á nuestro artista; sin eso mi capilla parecerá pobre.

— Los personajes que he pintado aquí, respondió Miguel Ángel, no eran, en verdad, ricos.

Si como pintor dejó Miguel Ángel tales muestras de su mérito, como hábil arquitecto cuenta entre sus obras el plan del *Capitolio,* la *Porta Pia* y la admirable *Cúpula de San Pedro,* donde demostró poseer á fondo el

arte del ingeniero sosteniendo sin estribos y sobre cuatro pilares un semielipsoide de cincuenta y sesenta metros respectivamente de diámetro, que constituye la elevadísima cúpula, en cuyo vértice descansa un templete de catorce metros de base por treinta de altura. Tan atrevido plan solo podia concebirlo el que tuviese un conocimiento profundo de la composicion de las fuerzas, para dirigirlas hácia la vertical y evitar así los estribos y masas exteriores que tanto afean los templos en que domina la arquitectura ojival.

Lector asíduo del Dante, Miguel Ángel solia entretenerse en dibujar en los anchos márgenes de un lujoso ejemplar que poseia de las obras del inmortal poeta los episodios del *Infierno* y del *Paraiso*. El citado ejemplar se perdió en un naufragio, privándonos de saber cómo el Homero de Italia habia sido interpretado por el génio de la pintura.

¡Cuán sensible es que así desaparezcan las obras de los grandes hombres! Y por desgracia en las paredes de la capilla Sixtina se insinuan de vez en cuando algunas grietas, que llegarán con el tiempo á destruir las obras maestras de nuestro artista. Si en la citada capilla se hubiese empleado la pintura al óleo, como lo aconsejaba Sebastian del Piombo, acaso aquellos inimitables frescos durarian tanto como el templo.

Mas la aversion que Miguel Ángel sentia por la pintura al óleo era tan poco fundada como injusta, puesto que llena perfectamente el deseo general de los artistas de facilitar la mezcla de colores para obtener tonos armoniosos en sus cuadros. [1] De este género de pintura dijo Miguel Ángel al Papa Paulo III, que era arte propio de mujeres y de viejos. [2]

Á pesar del gran mérito de las obras pictóricas de Miguel Ángel, no fueron aplaudidas como las de Rafael, quien al hablar de nuestro insigne artista solia decir que de él habia aprendido lo que sabia; y en realidad, le impresionaba á Rafael la superioridad del génio de aquel coloso, y apoyaba con frecuencia su planta en el camino que él abriera á las bellas artes.

Hay un hecho notable en la vida del Papa Leon X, tan amante de las artes y tan decidido protector de los artistas y literatos, y es que colmó de favores á grandes y pequeños, y dejó en el olvido al gran poeta Ariosto y á Miguel Ángel.

[1] El inventor de la pintura al óleo fué el flamenco Van-Eyck, conocido con el nombre de *Juan de Brujas*, célebre pintor que nació en 1370 y murió en 1441. Antonello de Messina introdujo en Italia esta clase de pintura.

[2] «Arte da donna e da persone agiate.»

Pero debia llegar para el artista el dia de una solemne reparacion. Contaba nuestro héroe la edad de setenta y dos años, cuando Paulo III, el tercer Papa á quien habia prestado sus servicios durante el curso de su laboriosa vida, pasó en persona á visitarle en 1546, y no pareciéndole todavía demasiado honor para el ilustre anciano, hízose acompañar de diez cardenales y de toda su córte.

Además del tributo de admiracion que queria rendir Paulo á Miguel Ángel con aquella visita, tenia esta por objeto alcanzar del célebre pintor que tomara á su cargo el dirigir las obras de la Basílica de San Pedro y de pintar un gran lienzo de pared de la Capilla Sixtina, y aceptados por Miguel aquellos encargos, emprendió las dos mayores obras de su vida en edad tan avanzada, cuando generalmente se apetece el descanso de la tumba.

Cual si los años robustecieran su génio en vez de debilitarlo, aplicóse el artista con singular ardor al trabajo; reformó el plano de la Basílica; principió la atrevida y suntuosa cúpula de que dejamos hecho mérito, y trazó sobre el lienzo de la capilla su eternamente célebre *Juicio final.*

Hallándose ocupado en este trabajo, cayóse del andamio y se rompió una pierna, acometiéndole tal desaliento por esta desgracia, que no quiso recibir asistencia alguna, resuelto al parecer á dejarse morir. Sin embargo, tuvo que rendirse á la solicitud del Papa y de varios amigos, que no le abandonaron hasta que su vigorosa naturaleza triunfó de un accidente que para otro anciano habria sido mortal.

Ocho años empleó Miguel Ángel en pintar el *Juicio final,* que ocupa todo el fondo de la capilla Sixtina, y en el que están representados el cielo, la tierra y los infiernos. En esta colosal composicion descuella Jesucristo; pero no bajo la figura del bondadoso juez que perdona y atrae, sino bajo la del airado vengador que repele y castiga. Á la derecha tiene á los justos que suben al cielo sostenidos por ángeles: á la izquierda á los réprobos, á quienes Satan precipita al abismo. En vano la Vírgen, que está á los piés del Redentor, intercede por los pecadores: Cristo no vé á su madre. Irritado por las maldades de los hombres, es inexorable. Entre los justos y los condenados aparece una legion de ángeles atronando con el son de sus trompetas los espacios de la tierra, de cuyas sepulturas se levantan cadáveres y esqueletos miedosos, aturdidos, aniquilados por la tonante voz de aquel que domina todos los tumultos. Aquí se ven réprobos luchando con demonios que tratan de arrastrarlos; allí fugitivos que quisieran escapar de los

tormentos eternos; allá cuerpos inmóviles por el espanto; acullá calaveras pretendiendo volver á sus sepulcros.

Si el espectador, angustiado por tanto dolor y desesperacion, dirige la vista á otra parte del cuadro, encuentra algun consuelo contemplando el inefable placer que expresan las figuras de los justos; mas despues de un momento de descanso, se estremece de nuevo ante los ademanes de furor provocados por estas terribles palabras que parece pronunciar el supremo Juez: «¡Lejos de mí, malditos!»

¡Qué variedad de dolores en aquellas actitudes, en aquellos grupos, en aquellas fisonomías tan diferentes unas de otras y que reflejan el dolor, la ira, el espanto en todas sus manifestaciones. ¿Cómo es posible, se pregunta uno, que del cerebro de un solo hombre haya salido tanta diversidad de contracciones combinadas en una série infinita de expresiones?

Indudablemente, Miguel Ángel poseyó el instinto de la venganza. Como el Dante, vengóse de sus enemigos colocándolos en su cuadro entre los condenados y haciéndoles sufrir los tormentos y castigos que merecian sus crímenes. Los ángeles rebeldes que los atormentan, son mónstruos animados de una alegría feroz, cuyos hediondos labios se dilatan por la sonrisa cruel del que se complace en las contorsiones del atormentado.

Empero hay en el *Juicio final* escenas que no se pueden describir. Á pesar de reinar en aquella época una licencia que infestó hasta los altares, [1] llegó á tanto el escándalo producido por algunas de las figuras pintadas en el gran lienzo de la capilla Sixtina, que hasta el obsceno y mordaz Aretino se atrevió á censurar al insigne artista en una carta que el pudor nos prohibe trascribir.

Biaggio de Cesena, maestro de ceremonias del palacio apostólico, se hizo intérprete cerca del Papa del horror que causara á los fieles la vista de tantas figuras desnudas en sitio tan respetable, y Miguel Ángel,

[1] Un autor contemporáneo de Miguel Ángel se expresa acerca de tan extraña licencia en los siguientes términos:

«El 19 de Marzo de 1549 se descubrieron en Florencia en la iglesia de *Santa María del Fiore* las repugnantes y obscenas figuras de mármol, obra de Bandinelli, que representaban á Adan y Eva. Toda la ciudad las censuró altamente, y extrañó que el duque tolerase semejantes figuras en una iglesia, delante del altar donde se expone el Santísimo Sacramento. En el mismo mes se colocó en la Iglesia del *Espíritu-Santo* una *Piedad,* regalo de un rico florentino, y se decia que se debia al cincel del inventor de todas las obscenidades, Miguel Ángel Buonarotti, admirando cuantos la veian el arte, pero no la devocion de la estátua. Todos los pintores y escultores modernos, para imitar tales caprichos luteranos, no pintan ni esculpen hoy en las iglesias mas que figuras capaces de extinguir la fé y la devocion.»

para vengarse, colocó á Biaggio en el infierno, enlazado por una serpiente que le mordia por donde mas habia pecado. Como el citado Biaggio no gozaba de gran reputacion de castidad, divulgada por Roma la historieta, todos la celebraron, burlándose del desgraciado maestro, que muy apesadumbrado fué á quejarse al Papa, pidiéndole justicia contra las demasías del audaz pintor.

Paulo, que no ignoraba la feliz ocurrencia del artista, preguntó sonriendo al querellante dónde le habia colocado Miguel Ángel.

— ¡En el infierno, Santísimo Padre, en el infierno! respondió Biaggio.

— ¡Ay! repuso el Papa, si estuvieras en el purgatorio yo te sacaria de él; mas mi poder no alcanza á los infiernos.

Sin embargo, prevaleció mas tarde la opinion del maestro de ceremonias, y aun se habló de borrar todo *El juicio final,* adoptándose, por último, el término medio de encargar al pintor Daniel Ricciarelli, apellidado el *Volterrano,* que cubriese las figuras que aparecian demasiado desnudas en el célebre cuadro, por lo que los romanos designaron en adelante á Ricciarelli con el epíteto de *calzoncillero.*

Mucho se ha hablado de la pasion que sintió Miguel Ángel en su ancianidad por Victoria Colonna. No se le conocen otros amores, y sin embargo, fué tan puro en ellos cual se podia esperar de sus costumbres austeras y de su alma incorruptible.

Victoria, hija del condestable Fabricio Colonna, prometida desde la infancia á Fernando Francisco de Avalos, marqués de Pescara, y casada con él á los diez y siete años, fué siempre virtuosa, ofreciendo los dos esposos la imágen de un amor conyugal sério y profundo.

Herido y prisionero en Milan, compuso Pescara en su cautiverio sus *Diálogos sobre el amor,* dedicados á Victoria. Fué Pescara quien recogió al insigne Bayardo herido de muerte, y luego, habiendo él mismo sucumbido á consecuencia de las heridas que recibió en la célebre batalla de Pavía, desahogó Victoria su dolor en aquellos hermosos sonetos que dedicó á su marido. Solicitada por ilustres personajes, se negó á contraer segundas nupcias, diciendo, que si hubiera dependido de su voluntad, habria muerto con su esposo, que vivia eternamente en su memoria.

Tanta constancia y tanta virtud enamoraron á Miguel Ángel; pero las relaciones que mediaron entre la ilustre dama y el gran artista consistieron únicamente en componer juntos discursos sobre el arte y sonetos sentimentales.

Cuando murió Victoria, Miguel Ángel creyó volverse loco de dolor, siendo tal el respeto que por ella sentia, que solo se atrevió á besarla la mano cuando acababa de expirar.

Sobrevivió el artista diez y seis años á la mujer que amara, y aun en los últimos de su vida recordaba aquel beso. Condivi, en su *Vida de Miguel Ángel,* dice á este propósito:

« La tenia tanto amor, que recuerdo haberle oido decir que solo le pesaba una cosa, y era, que cuando fué á verla en los postreros instantes de su existencia no la dió en la frente ó en la mejilla el beso que imprimió en su yerta mano. »

Así sintió Miguel Ángel en su casta pasion toda la poesía del dolor.

Uno de los rasgos mas conmovedores de la vida de este génio sin igual es verle cuidar con paternal cariño á su criado Urbino, quien por su fidelidad, inteligencia y abnegacion se habia captado todo el afecto del gran artista, que en la especie de horfandad en que vive el célibe no contaba, con mas consuelo que los cuidados de su buen servidor. Para que el lector pueda juzgar de los sentimientos del ilustre anciano, trascribimos la carta que, con motivo del fallecimiento de su criado, escribió á Vasari:

« Mi querido maese Jorge: Aunque no estoy en estado de escribir, os dirijo estas líneas en contestacion á vuestra carta. Sabreis que ha muerto Urbino, en lo que Dios me ha hecho un gran favor; pero con grave daño mio é infinito pesar. El favor ha sido, porque si bien viviendo contribuia á que me fuese grata la existencia, me ha enseñado con su muerte á morir, no con sentimiento, sino con deseo verdadero de abandonar este suelo para gozar mejor vida en el seno de Dios. He conservado á Urbino durante veinte y seis años, y siempre le he visto afectísimo y fiel. El dia en que, despues de haberle enriquecido, esperaba tener en él un apoyo y un descanso en mi ancianidad, me ha sido arrebatado y no me queda mas esperanza que volverle á ver en el cielo. Dios me lo ha presagiado en la felicísima muerte que ha tenido, pues *sentia mucho menos morir que dejarme en este mundo perverso* con tantas angustias y temores como me aquejan. Es cierto que la mayor parte de mí mismo se ha ido con él; no me queda mas que una miseria infinita en mi soledad, y me recomiendo á vos. »

Llegaba Miguel Ángel al fin de su carrera con el corazon lleno de amargura, aunque latiendo todavía para el arte.

Cuando vemos esa fuente inagotable de imaginacion, de amor á lo bello, de sensibilidad y de prodigiosa ejecucion, sentimos vivamente que seme-

jante hombre muriese célibe, sin dejar en la tierra herederos directos de su génio.

Miguel Ángel falleció en Roma el 17 de Febrero de 1564, á la edad de noventa años, dejando este breve testamento:

«Lego mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra y mis bienes á mis próximos parientes.»

Los restos mortales de este varon ilustre fueron inhumados provisionalmente en la iglesia de los Santos Apóstoles de Roma. Destinábale el Papa un sepulcro en la Basílica de San Pedro; mas por órden de Cosme de Médicis fué robado el cadáver, metido en una bala de lana y trasladado á Florencia, en cuya iglesia de la Santa Cruz quedó depositado en un mausoleo que dibujó Vasari, su discípulo.

Aparte de las obras pictóricas de que dejamos hecho mérito en el curso de esta biografía y de los infinitos cuadros debidos á su pincel, que son hoy dia el mejor ornamento de los principales museos de Europa, las mas notables esculturas de Miguel Ángel son: la estátua de *Baco,* que engañó á Rafael haciéndole creer que era de Fidias ó de Praxiteles; el grupo de *Nuestra Señora de la Piedad*, que se admira en la iglesia de San Pedro en Roma; *Cristo abrazado á la Cruz,* en la iglesia de la Minerva; *Sepulcros de Lorenzo y de Julian de Médicis; la Vírgen y Jesus; Bruto; Adónis muerto,* y *Los dos cautivos.*

Como poeta se deben al esclarecido artista gran número de sonetos y otras poesías líricas de no escaso mérito, que se imprimieron en París en 1821 y editó Biaggioli en tres tomos en 8.°

Segun los retratos que de él nos han quedado, fué Miguel Ángel de mediana estatura, ancho de espaldas, miembros angulosos, frente espaciosa, ojos negros con ligeras manchas amarillas y nariz algo chata á consecuencia de la brutal agresion del Torregiano de que hemos dado cuenta.

Miguel Ángel fué un génio original en las artes, á cuyo cultivo consagró por entero su existencia. No apeteció riquezas, y cuando las adquirió era ya viejo. Sin embargo, siempre fué sóbrio, de austerísimas costumbres, religioso, liberal y muy caritativo.

Tal es el juicio que de la vida de este hombre verdaderamente extraordinario, una de las mas nobles figuras del siglo xv, formaron sus contemporáneos.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MIGUEL ÁNGEL.

BAYARDO.

(1476 Á 1524 DESPUES DE J. C.)

Diríase que la caballería, estando á punto de sucumbir ante las nuevas armas, la nueva organizacion civil y la nueva política de las naciones, quiso dejar un brillante recuerdo de sí misma en el héroe francés á quien los historiadores apellidan unánimes el *Caballero sin miedo y sin tacha.*

Pedro de Terrail, señor de Bayard, nació en 1476 en el castillo de Bayard, ó Bayart, á corta distancia de Grenoble. Uno de sus tios, obispo de esta ciudad, veló sobre su infancia, inspirándole con su ejemplo las virtudes cristianas que le distinguieron durante su vida, é iniciándole luego en el estudio de las bellas letras, á las que siempre se mostró aficionado.

Llegado nuestro héroe á la edad de catorce años, su padre, Aymon de Terrail, encanecido en los campos de batalla y mutilado despues en la de Guinegate, interrogóle formalmente acerca de la profesion que pensaba elegir, y como el animoso adolescente optara por la de las armas, su tio el obispo le presentó en Chambery á Cárlos I, duque de Saboya, quien prendado de su agradable presencia y de su despejo, tomóle á su servicio, colocándole desde luego entre sus pajes.

Dotado el mancebo de una privilegiada constitucion y avezado á los ejercicios corporales, sobresalió bien pronto entre sus compañeros en la lucha, en la equitacion y en el manejo de toda clase de armas, haciéndose apreciar por su afabilidad y atentos modales, tanto por su señor, como por los principales caballeros y damas de su córte.

Seis meses solamente estuvo nuestro jóven al lado del duque de Saboya, porque habiendo pasado éste á Lion acompañado de Bayardo, con objeto de prestar homenaje á Cárlos VIII de Francia, agradó tanto al rey el gallardo paje, que pidió al duque que se lo cediera.

Así pasó el futuro héroe del Garellano al servicio de Cárlos VIII, que le nombró hombre de armas de la compañía de Pablo de Luxemburgo, conde de Ligny, quien le demostró siempre el cariño de un padre.

En la época de que vamos hablando estaba muy en boga entre los caballeros franceses entretener los ocios de la paz en los famosos *pasos de armas,* en los que uno ó mas nobles se ponian á defender un puente ó un camino, clavando en un árbol ó en un poste su escudo, de modo que el guerrero que por allí pasara debia, so pena de ser tenido por cobarde, combatir con aquel de los mantenedores cuyo escudo tocase con su lanza.

Mientras que Cárlos VIII permanecia en Lyon, ilustróse el jóven Bayardo en el célebre *paso de armas* sostenido por Claudio de Vaudrey, noble borgoñon y uno de los mas fuertes campeones de su tiempo, á quien venció en buena y porfiada lid, á pesar de sus pocos años, granjeándose con esto la fama de valiente, que consolidó en diferentes torneos triunfando de ilustres caballeros.

Mas debia llegar pronto el tiempo en que el bravo mancebo pasase de las batallas fingidas á las verdaderas.

El reinado del feudalismo habia concluido ya: su mision de detener las oleadas de los pueblos conquistadores y de reunir las naciones en derredor de un castillo estaba terminada. Los reyes aumentaban su poder sujetando uno tras otro á los varones, ó adhiriéndolos á su córte, á fin de que de tantos poderes separados resultase uno solo capaz de fomentar la nueva civilizacion, mientras que las naciones, al paso que crecian en importancia, empezaban sus guerras recíprocas al capricho de su príncipe.

Era aquella la época de las grandes aventuras, de los grandes descubrimientos, de las grandes conquistas. La imprenta comenzaba á producir sus resultados; la Reforma sublevaba el pensamiento contra la intolerancia religiosa; aplicábase la pólvora á los combates, de manera que el mosquete de un plebeyo traspasaba la armadura de su opresor; Fernando é Isabel de Castilla se atraian las miradas de la Europa con la conquista del último baluarte de la dominacion árabe en España; la erudicion griega y romana resucitaba á los antiguos héroes, ciñendo su frente con laureles de la edad Media, y un ignorado mundo surgia del mar á la voz de Colon.

Cárlos VIII, entusiasmado ante tal espectáculo, concibió el proyecto de conquistar la Italia, á fin de abrirse paso hasta Constantinopla y restaurar el Imperio de Oriente. Por eso emprendia la Francia aquellas expediciones que debian perjudicarla en apariencia, pero de las que reportó frutos que no esperaba, á saber: el conocimiento de las artes y de la filosofía.

Italia excitaba entonces la admiracion y la codicia de los franceses: numerosas bandas de aventureros iban de vez en cuando de Francia y del Languedoc á buscar allí fortuna, y á su vuelta ostentaban hermosas armaduras de Milan, sedas de Florencia y joyas de Venecia, no cesando de encomiar las ricas ciudades, el delicioso clima y la belleza de las mujeres de aquella nueva tierra de promision. Estos relatos hacian dar al olvido las crueles enfermedades, las derrotas y el gran número de personas que hallaran la tumba á la otra parte de los Alpes, y al primer grito de guerra, aquellos hombres ansiosos de botin, saltaban sobre sus corceles y bajaban á Italia á millares, entonando cantos de muerte y exterminio.

Hé aquí porque al marchar Cárlos VIII á la conquista de la Península itálica, le siguió un enjambre de aventureros de todos los paises, gentes que *olian á horca,* como dice Brantôme, y que en su mayoría ostentaban la marca de los delincuentes. Á pesar de lo dicho, llevaba el rey francés en su ejército muy buenos soldados, grandes capitanes y una artillería ligera capaz de secundar todas las evoluciones de su magnífica infantería.

Bayardo, á quien dejamos sirviendo como hombre de armas en la compañía del conde de Ligny, penetró en Italia en pos de Cárlos VIII, el cual recorrió fácilmente toda la Península y subyugó el reino de Nápoles, perdiéndolo con la misma facilidad con que lo conquistara.

La guerra que hicieron los franceses en Italia fué propia de bárbaros. Aquellos nobles armados, despreciando á todo el que no pertenecia á su clase, degollaban á millares á los prisioneros, sin perdonar á los ancianos, niños y mujeres. En Florencia saquearon el palacio de los Médicis: la biblioteca, atestada de preciosos manuscritos, y las colecciones formadas con tanta paciencia y á costa de tanto dinero por Cosme y Lorenzo el *Magnífico,* fueron destruidas por una multitud de mercenarios y de nobles, que se jactaban de no saber escribir, *porque eran nobles.* Los prisioneros de guerra, que antes se canjeaban, eran inmolados, porque solo valian cinco ó seis sueldos y convenia no distraer tropas en custodiarlos.

Así, los franceses eran aborrecidos como autores de aquella desastrosa guerra, cuyo fin no se miraba próximo; por lo que los príncipes italianos,

disgustados del extranjero que habian llamado ó favorecido, se coligaron contra él, disponiéndose á cortarle la retirada, lo que dió motivo á la sangrienta batalla de Fornovo, donde el jóven Bayardo se distinguió entre los mas valientes, tanto, que le mataron dos caballos y quitó á los italianos una bandera, que regaló al rey, el cual en recompensa le dió quinientos escudos y le armó caballero.

Por muerte de Cárlos VIII, acaecida en 1498, Luis XII, que le sucedió en el trono de Francia, continuó la guerra de Italia, resuelto á apoderarse del Milanesado.

De gran provecho fué al nuevo monarca la ayuda de Bayardo, que con cincuenta infantes, y batiéndose él mismo á pié con una pica en la mano, derrotó en 1499 delante de Milan á trescientos jinetes, obligándoles á refugiarse en la plaza. Pero habiéndose adelantado demasiado el bravo caballero, no pudo resistir á una numerosa tropa enemiga que salió contra él, y cayó prisionero no obstante sus prodigios de valor.

El duque Luis el *Moro,* á quien se dió parte de lo ocurrido, asombrado de la temeridad del jóven héroe, hizo que le llevaran á su presencia.

« ¡ Y qué ! le preguntó : ¿ creíais poder tomar solo á Milan ? »

La respuesta del prisionero satisfizo al duque hasta el punto de ponerle inmediatamente en libertad sin exigir rescate, y agradecido Bayardo, prometió á Luis, que siempre que no se opusieran á ello el interés de su soberano y su propia honra, militaria gustoso bajo sus banderas.

« ¡ Ay de mí si todos los franceses se os parecen ! » exclamó el duque al despedirle.

É hizo que le escoltasen hasta Dinasco, donde acampaba el ejército francés.

Las primeras guerras de Luis XII en Italia tuvieron algo de miserable y de vergonzoso, habiendo jugado en ellas el principal papel el miedo y la traicion, que apenas dejaban libre el campo á las empresas personales de los últimos héroes de la caballería, quienes presentaban entonces por su aislamiento ese extraño contraste que se advierte al pasar una edad de un estado á otro de civilizacion.

Quizá este contraste contribuyó mucho á extender por Italia la fama de Bayardo, que obraba en todo con generosidad y desinterés, uniendo la bravura á la bondad, mostrándose impetuoso y moderado, sencillo y precavido, heróico y sensato. Sin embargo, como todos los valientes de su época, cuidábase muy poco de la causa que defendia: fiel á su bandera y á su rey,

amaba las batallas, no tanto por servir á su patria como por adquirir gloria y renombre.

Habiendo marchado el conde de Ligny á castigar á Tortona, Voghera y otras poblaciones que sacudieran el yugo francés, salieron diputados de aquellas ciudades á aplacarle, prometiéndole fidelidad y presentándole dos suntuosas vajillas de plata. En un principio prorumpió el conde en terribles reprensiones y amenazas; mas por último se dejó aplacar, y perdonó á los pueblos sublevados.

— En cuanto á esas vajillas, dijo á Bayardo que asistia á la entrevista con los diputados, os las regalo para vuestra cocina.

— Os quedo agradecido, contestó nuestro héroe; pero no admito bienes de traidores, porque me harian daño.

Y repartió la plata entre algunos capitanes amigos, no quedándose él con nada.

Testigo de tanta generosidad Ligny, exclamó admirado:

— ¡ Lástima que no haya nacido rey!

Y le envió un magnífico vestido de terciopelo forrado de raso, un caballo de gran precio y un bolsillo con trescientos escudos, que el desprendido jóven distribuyó tambien entre sus compañeros.

Sabido es que Luis XII se alió á Fernando el Católico en 1501 para conquistar el reino de Nápoles; pero tardando poco ambos monarcas en enemistarse al llegar al reparto del botin, empeñóse entre ellos una sangrienta guerra, en la que tomó parte Bayardo; mas no á las órdenes de su protector el conde de Ligny, por haber éste abandonado momentáneamente la profesion de las armas al ver que el rey le reemplazaba en el mando del Milanesado por Roberto Stewart, señor de Aubigny.

Durante aquella prolongada campaña, estando de guarnicion en Minorbino, nuestro caballero, aburrido por no poder llevar á cabo ninguna nueva hazaña, exhortó un dia á algunos camaradas á que le acompañasen hácia Barletta, á fin de ver si hallaban en el camino con quien medir sus armas.

Seguido de treinta ó cuarenta de sus soldados mas adictos, salió Bayardo de Minorbino, encontrándose á poco con un destacamento español, fuerte de cincuenta jinetes, á los que acometió desde luego, obligándoles á emprender la fuga despues de una empeñada lucha y haciendo prisionero á á su jefe Alonso de Sotomayor.

Gozoso por su triunfo, volvió Bayardo á Minorbino, en cuya fortaleza dejó á Sotomayor pasear libremente, confiando en la palabra que le diera

de no fugarse mientras llegaban los mil ducados en que se fijó su rescate. Pero el capitan español, faltando á su palabra, sobornó á un soldado albanés, y huyó con él, aunque le sirvió de poco su felonía, porque alcanzado por los franceses, fué encerrado en un calabozo, á pesar de jurar que iba á recoger el importe de su rescate.

Llegado el dinero, se puso en libertad á Sotomayor, que al regresar á su campo dijo que la conducta de Bayardo para con él distaba mucho de ser la de un buen caballero.

Sabedor de esto el intrépido jóven, pidió al capitan una satisfaccion por conducto de un compañero de armas, y como respondiera el español que no era hombre capaz de desdecirse, señalóse dia y sitio para un duelo que quedó concertado entre los padrinos de ambos campeones.

Llegada la hora del combate, Bayardo, armado de punta en blanco, con la visera alzada y ceñidos su puñal y estoque, se arrodilló en el campo de batalla, oró, besó la tierra, y santiguándose devotamente, marchó hácia su enemigo con la misma serenidad que si se hallara en un torneo. En cuanto á Sotomayor, salió intrépidamente al encuentro del capitan francés, diciéndole:

— ¿Qué me quereis, señor Bayardo?

— ¡Quiero, respondió el caballero, defender mi honor, que has ultrajado falsa y perversamente!

Dichas estas palabras, los adversarios se atacaron ruda y encarnizadamente, prosiguiendo el combate hasta que Bayardo hundió su espada en el cuello del español, que cayó al suelo, gritando entonces uno de los padrinos:

— ¡Señor Bayardo, es muerto: habeis vencido!

— ¿Creeis que he hecho ya bastante? preguntó nuestro héroe, mirando fieramente á cuantos le rodeaban.

— ¡Demasiado, señor Bayardo, demasiado para el honor de España! respondió el padrino de Sotomayor.

Y retirando del campo el cadáver de su compatriota, que le regaló el vencedor, le dió la honrosa sepultura que merecia su clase y su bravura.

Todos sabemos el fatal resultado que tuvo para Luis XII su lucha con Fernando el Católico. Destrozados los franceses en la sangrienta jornada de Cerinola por el ilustre Gonzalo de Córdoba, tuvieron que abandonar el reino de Nápoles, viéndose activamente perseguidos por el Gran Capitan, que hubiera convertido su retirada en una verdadera caza de hombres, sin

el valor y abnegacion de Bayardo, quien al ver la derrota de los suyos, colocándose en el puente del Garellano, lo defendió solo con titánico esfuerzo contra doscientos hombres de armas españoles, logrando detenerlos y salvar las reliquias del ejército francés.

Aquella increible hazaña, comparable á la que llevó á cabo Horacio Cocles conteniendo en el puente del Tíber al numeroso ejército de Porsena, extendió mas si cabe la fama del buen caballero, que en memoria de su gloriosa accion adoptó por divisa un puerco-espin con el siguiente mote: *Vires agminis unus habet.*

Ya en Francia nuestro héroe, y apenas curado de una fiebre cuartana que llevó de Italia y de un tiro de falconete que le fracturara una costilla en sus últimos combates con los españoles, tuvo que acompañar á Luis XII en su expedicion contra Génova, que habiéndose entregado á los franceses, se sublevó despues, contribuyendo mucho el caballero á la toma de dicha ciudad.

En 1509 confió el rey á Bayardo el mando de treinta hombres de armas y quinientos infantes, con los que combatió bizarramente en Aquadello, donde Venecia lo perdió todo, excepto la prudencia, con la cual todo lo recobró. El diestro capitan, atacando por la espalda á los venecianos, decidió la victoria, mostrando tal bravura en el resto de la campaña, que el emperador de Alemania Maximiliano I, aliado á la sazon de Luis XII, dijo al héroe estrechando su mano:

« Señor Bayardo, vuestro rey es feliz en poseer un guerrero como vos. Daria con gusto cien mil florines por tener una docena de hombres que se os pareciesen. »

Efectivamente: en aquellas luchas que afligieron á Italia preparándola el yugo extranjero que soportó durante dos siglos, Bayardo no desmintió un instante su lealtad, su valor y su grandeza de alma.

Pádua estaba sitiada é iba á darse el asalto; pero la infantería de Maximiliano se negaba á subir á la brecha, por haber sido vigorosamente rechazada en una de sus tentativas para tomar la plaza. Con objeto de animar á los suyos, mandó Maximiliano al mariscal La-Palisse que echase pié á tierra con sus hombres de armas franceses y marchase al ataque en union de sus lansquenetes. Pero Bayardo no se conformó con semejante órden, mientras se disponian á cumplirla los nobles que seguian á La-Palisse, cansados de las incomodidades del sitio y sobre todo de la escasez de vino.

« ¡ Cómo! exclamó indignado el altivo guerrero, ¿ cree justo el empe-

rador exponer al peligro á tantos caballeros entre esa multitud de herreros, zapateros y labradores que forman su hueste, gentes todas á quienes el honor no impone los deberes que á la nobleza? Bastantes condes y varones hay en Alemania; que los haga desmontar con los hombres de armas de Francia, y les mostraremos gustosos el camino: despues seguirán los lansquenetes»

¡Tal era el desprecio conque se miraba á los plebeyos convertidos en soldados: tal el orgullo de la sangre noble!

Siguiendo la opinion de Bayardo, los caballeros franceses se hicieron sordos á las excitaciones del emperador, mientras los varones alemanes, no queriendo ser menos, contestaron á su soberano que su obligacion era combatir á caballo, y no á pié, y que por lo tanto, no les correspondia subir á la brecha.

No habiendo, pues, quien marchase al asalto, tuvo el ejército franco-aleman que levantar el sitio de Pádua.

En 1511 formó parte Bayardo del cuerpo enviado á auxiliar á Ferrara contra el batallador Julio II. Sirviéndole perfectamente sus espías, á quienes pagaba bien, estuvo un dia á punto de cojer prisionero al mismo Papa. Otro dia sorprendió y desbarató las tropas pontificias que sitiaban á Bastia de Genivolo.

El duque de Ferrara, convencido de que no podria gozar tranquilidad mientras viviese el turbulento Julio, quiso envenenarle; pero Bayardo que lo supo, se santiguó muchas veces, anatematizando en alta voz «tan negra traicion contra el vicario de Jesucristo en la tierra,» y obligó al duque á desistir de su intento amenazándole con avisar al Papa.

En la misma campaña y en la toma de Brescia, Bayardo fué el primero en subir al asalto, cayendo herido de un bote de pica. Venciendo sus soldados su repugnancia, le condujeron al entrar en la plaza á una casa de suntuosa apariencia, cuyo dueño habia huido dejando á su esposa y dos hijas expuestas á los peligros del saqueo y á los ultrajes de la soldadesca.

La abandonada dama dió al herido su mejor aposento, y arrodillándose ante él, le dijo:

— Noble caballero, desde este instante tomais posesion de esta casa y de cuanto contiene, pues no ignoro que os pertenece como vencedor. Únicamente os pido que defendais mi honor y vida, y que dispenseis igual merced á dos hijas casaderas que tengo.

— Señora, respondió el ilustre guerrero, no sé si querrá Dios que sane

de mi herida, pero mientras yo viva nadie se atreverá á ofenderos, igualmente que á vuestras hijas.

Tranquilizada la dama por aquellas palabras, dió gracias á la Providencia que habia llevado á su casa al intrépido capitan para salvar su honra y su fortuna.

Cuatro ó cinco semanas tardó el buen caballero en abandonar el lecho, donde se consumia de impaciencia creyendo que no podria tomar parte en la batalla decisiva á que se preparaban los franceses.

Una vez curado, se dispuso á partir. Entonces su huéspeda, de quien podia tomar muy bien doce mil escudos sin empobrecerla, le presentó una cajita llena de ducados; mas nuestro héroe, que nunca habia hecho caso del dinero, preguntó sonriendo:

— ¿Cuantos ducados hay en esa caja?

— Dos mil quinientos, respondió la dama, creyendo que Bayardo encontraba mezquina aquella suma; pero si no teneis bastantes, añadió, ya encontraremos mas.

— Á fé mia, señora, dijo el noble francés, que no tomaré uno solo de esos ducados. Guardadlos, pues, y creed que os quedo agradecido. Siempre he apreciado mas á las gentes honradas que á sus escudos. En cuanto á vos, podeis estar segura de que parto tan satisfecho de vuestro proceder como si siendo dueña de esta ciudad me la hubiéseis regalado.

Sin dejarse convencer la dama volvió á insistir en que Bayardo aceptase el dinero.

— Pues que os empeñais, concluyó el caballero, lo tomaré por no desairaros. Pero hacedme el obsequio de traer á vuestras hijas, que quiero despedirme de ellas.

Gozosa la señora por haber obligado á su huésped á aceptar el regalo, salió corriendo á hacer lo que se la ordenaba.

Un instante despues volvió seguida de dos hermosas jóvenes, que con ruboroso semblante fueron á arrodillarse delante Bayardo, quien las levantó al punto.

— Señor, dijo la mayor de ellas, las desvalidas niñas á quienes amparásteis, vienen á daros gracias por vuestras bondades, y á aseguraros que mientras vivan no dejarán un dia de rogar á Dios por su noble protector.

Conmovido el guerrero ante tanta dulzura y humildad, respondió con los ojos arrasados en lágrimas:

— Os ruego, amables jóvenes, que tengais presente que soy yo quien debe mostrarse agradecido por los exquisitos cuidados que me dispensásteis durante mi dolencia y por los buenos ratos que he pasado en vuestra compañía. Desgraciadamente, nosotros los soldados no solemos llevar encima cosa digna de dejarse en memoria á una dama, y esto me causa pena. Mas hé ahí á vuestra madre que acaba de regalarme los dos mil quinientos ducados que veis sobre esta mesa. Pues bien: yo os doy mil á cada una para aumentar vuestro dote, pidiéndoos en cambio únicamente que rogueis por mí á Dios cuando á bien lo tuviéreis.

Y aunque se resistian las doncellas, hizo que cada una tomase mil ducados. Despues, dirigiéndose á la madre:

— Señora mia, añadió; para que no me tacheis de descortés, me quedaré con los quinientos ducados que restan, los cuales pienso repartir entre las pobres religiosas de Brescia cuyos conventos saquearon mis soldados. Pero como no tengo tiempo para ocuparme de este asunto, y vos sabeis mejor las necesidades dignas de socorrerse, vais á encargaros de la distribucion de ese dinero.

Dicho esto, estrechó las manos á las jóvenes, que al verle abandonar la casa prorumpieron en desgarradores lamentos, mientras deshecha en lágrimas la madre, exclamaba:

— ¡El Señor guie tus pasos, magnánimo guerrero, á quien no puede compararse hombre alguno! ¡Quiera nuestro bendito Redentor Jesucristo premiar tus virtudes en este mundo y en el otro! [1]

Bayardo habia temido que sus compatriotas combatieran sin él. Sin embargo, llegó á tiempo de tomar parte en la batalla de Rávena, dada el 11 de Abril de 1512.

Mientras se preparaban los franceses á aquella gigantesca lucha, nuestro héroe, en compañía de otros capitanes, se paseaba fuera de las trincheras observando los movimientos del campo español. Como viera avanzar hácia él veinte ó treinta jinetes, entre ellos al general de la caballería enemiga, adelantándose solo el bravo capitan, les saludó y les dijo:

— Veo que os paseais tambien esperando que principie la accion. Pero como seria poco agradable que nuestros soldados rompiesen ahora el

[1] Este episodio, que á muchos parecerá novelesco, está tomado del libro que, bajo el seudónimo de *El leal servidor*, publicó Joffrey, escudero de Bayardo, poco tiempo despues de la muerte del héroe, con el siguiente título: *La trés-joyeuse, plaisante, et récréative histoire, composée par le loyal Serviteur, des faits, gestes, triomphes et prouesses du bon chevalier sans paour et sans reprouche, le gentil seigneur de Bayard, dont humaines louanges sont expandues par toute la chrétienté.*

fuego sobre nosotros, haced que vuestros arcabuceros no disparen, y os prometemos lo mismo por nuestra parte.

Aceptada la proposicion por los españoles, y sabedor el general de que estaba hablando con Bayardo, felicitóle calurosamente por sus altos hechos. diciéndole por último que hubiera preferido ver reforzado el ejército francés por dos mil veteranos que por un brazo como el suyo.

Librada la batalla, triunfaron los franceses; pero perdieron á su general Gaston de Foix, duque de Nemours, y gran número de ilustres caballeros.

Al participar Bayardo á su tio el obispo el resultado de la lucha, le decia:

« Si el rey ganó esta batalla, los pobres nobles pueden decir que la han perdido. »

Y el mismo Luis XII mostró su sentimiento por la muerte de Gaston, exclamando:

« Deseo victorias como esta á mis enemigos. »

Los caballeros de aquella época aborrecian y despreciaban las armas de fuego, juzgándolas propias de cobardes y muerte del verdadero valor. Tal era el dictámen de Bayardo, fundándose en el estrago que hacian semejantes armas segando la flor de los valientes, sin que pudieran saber de dónde procedia el golpe que los derribaba.

No sin justo motivo detestaba el héroe tan mortíferas armas, porque otro tiro de falconete que le alcanzó al pié de los muros de Pavía, obligóle á abandonar el ejército é ir á curarse á casa de su tio. Era grave la herida, hasta el punto de que desesperasen los médicos de su vida; por lo que los habitantes de Grenoble, sin distincion de clases, llenaban dia y noche los templos rogando á Dios por él.

Merced á los cuidados que se le prodigaron, salvóse el caballero, y antes del fin del año pudo dar fiestas á las damas de Grenoble y tomar parte contra Fernando el Católico en la guerra de Navarra, cuyo desgraciado éxito no fué bastante su valor á impedir.

El siguiente año, 1513, marchó Bayardo á las órdenes del señor de la Pienne en auxilio de Terouanne, ciudad sitiada por Enrique VIII de Inglaterra y por el emperador Maximiliano, que se habia puesto á sueldo de aquel príncipe.

Aunque teniendo que vencer gravísimos obstáculos, logró el buen caballero abastecer la plaza; mas al volver de aquella expedicion, sorprendidas

sus tropas por los imperiales, se desbandaron completamente, por lo que se llamó á aquella escaramuza *Jornada de las espuelas,* á causa de que los jinetes franceses se sirvieron de éstas mas que de las espadas, siendo Bayardo el único que con un puñado de hombres de armas se defendió largo tiempo, hasta que convencido de que era inútil la resistencia, persuadió á los suyos á rendirse.

Mientras que sus soldados deponian las espadas, divisó nuestro héroe á un capitan imperial que se habia quitado la coraza, y arrojándose á él, gritó:

— Ríndete ó eres muerto.

Cogido de improviso el capitan, no opuso resistencia. Entonces le dijo el caballero:

— Soy Bayardo, y tambien me rindo á vos: tomad mi espada.

Á los pocos dias, como creyera que hacia falta en su campo, declaró á su aprehensor, que siendo prisionero voluntario, queria marcharse en uso de su derecho.

— Todo eso está muy bien, respondió el capitan; mas, ¿dónde está el rescate?

— ¿Qué rescate? respondió Bayardo; antes me debeis vos el vuestro, pues fuísteis el primero en rendiros.

Tan singular contienda fué sometida al arbitraje del emperador y del rey de Inglaterra, quienes decidieron que nuestro caballero quedaba en libertad de obrar como gustase. Aparte de esto, Enrique VIII propuso á Bayardo que entrase á su servicio; pero le respondió que no tenia mas que un Señor en el cielo, que era Dios, y otro en la tierra, que era el rey de Francia.

En tanto Francisco I sucedió á Luis XII en 1515, y sin tener en cuenta los desastres de su predecesor, se obstinó en poseer la Italia.

Despues de nombrar á Bayardo teniente general del Delfinado, cargo que desempeñó pocos meses, envióle el nuevo rey á apoderarse del marquesado de Saluzzo con tres mil infantes y algunos centenares de caballos, siguiéndole pronto el mismo rey al frente de un numeroso ejército, que ocupó rápidamente el Milanesado.

Era Francisco uno de aquellos reyes á quienes gusta mas la vida del campamento que la de los salones, y que por el placer de aumentar sus dominios sacrifican gustosos las vidas de sus súbditos en sangrientas é interminables guerras. En la horrible batalla de Mariñan, donde perecieron

quince mil suizos y seis mil franceses, Bayardo se mantuvo junto al monarca en lo mas récio de la pelea sirviéndole de escudo con su cuerpo.

Despues de la victoria quiso Francisco que nuestro héroe le armase caballero, y aunque se resistió por modestia á satisfacer el real capricho, tuvo al fin que ceder, confiriendo la órden de caballería al belicoso soberano.

Empezada la lucha entre Francisco I y Cárlos V, las tropas imperiales avanzaron victoriosas por el Norte de Francia. Para contenerlas propuso Bayardo defender á Mezières, y como se le dijera que eran muy débiles las fortificaciones de aquella plaza, contestó:

«No hay plaza débil si la defienden hombres de corazon.»

Nombrado al fin gobernador de aquella ciudad, rechazó vigorosamente los ataques del duque de Nassau y del capitan Sickingard, que le cercaron con cuarenta mil hombres y cien cañones. Cuando le intimaron la rendicion, respondió que no saldria de Mezières sino sobre un puente de cadáveres enemigos; con lo que desanimados los sitiadores, levantaron el cerco.

Francia se entusiasmó al contemplar tan heróica defensa, hasta el punto de que en todas las iglesias decia el sacerdote á los fieles al celebrar la misa:

«Rogad á Dios por el rey y por el señor Bayardo, que ha salvado la patria.»

Francisco I recompensó al buen caballero con el collar de San Miguel y el mando de cien hombres de armas.

Durante la peste que afligió á Grenoble en 1522, demostró el héroe que no le faltaba el valor cívico, mas difícil de ostentar que el guerrero. La serenidad conque se expuso al contagio auxiliando á los apestados, contribuyó no poco á disipar el terrible azote que asolaba el Delfinado.

Sin duda habrá observado el lector, que aunque la fama de Bayardo estuviese firmemente asentada, no habia mandado en jefe un cuerpo de tropas algo considerable. Sus biógrafos explican esta anomalía, diciendo, que amaba mas el honor que el mando; que siempre modesto, se sonrojaba al oirse elogiar, desconfiaba de sus talentos militares y propendia á permanecer aislado, y que así, no debe extrañarse que olvidasen fácilmente los reyes á quien se olvidaba de sí mismo. Tal vez tengan razon los que tal dicen; pero quizás consistió todo en que el buen caballero no unia al valor personal esa extension de miras y conocimientos que se requieren para mandar un ejército, por lo que puede comparársele á Dessaix, Ney ó Murat, grandes soldados de Napoleon, pero que nada valian sino á las órdenes de éste. Por lo demas, Gaston de Foix, Bayardo, Lautrec y Francisco I, que

se lanzaban impetuosamente al combate arrostrando impávidos los mayores peligros, se estrellaban siempre ante la calculada lentitud de Cárlos V y sus generales, que sin casi correr el menor riesgo, se contentaban con mirar desde lejos sus victorias. En cuanto á nuestro héroe, buscando de contínuo el punto en que se combatia con mayor encarnizamiento, mató mas italianos y alemanes é hizo mas prisioneros que hombres tuvo á sus órdenes. Pero no merece alabanza solo por ese desprecio de la muerte que puede asociarse con todos los vicios y hasta con la cobardía, sino porque estaba dotado de gran prudencia y sutileza; porque sabia colocar sus soldados de manera que parecian duplicadas sus fuerzas, y porque siendo entendido en todo lo relativo á sitios y defensas de plazas, se distinguia particularmente en las escaramuzas, ataques repentinos y retiradas difíciles, todo lo cual hacia que le llamasen los generales franceses su *libro de batalla.*

Arrojado de Italia Francisco I, no tanto por las armas como por la astuta política de Cárlos V, levantó en 1524 otro ejército para invadir de nuevo el Milanesado, y aunque la voz pública designaba á Bayardo para que lo mandara, las intrigas cortesanas hicieron que se prefiriese al almirante Bonnivet, hombre vano, imprudente y muy inferior á los tres capitanes que le oponia el emperador, á saber: Próspero Colonna, el marqués de Pescara y el condestable de Borbon, que traidor á su patria y á su rey, habia vendido su valor y pericia militar al implacable enemigo de la Francia.

Sin resentirse Bayardo de que se le pospusiera á Bonnivet, pidió tomar parte como simple soldado en aquella expedicion, evidenciándose pronto por una série de encuentros desgraciados los errores del general. Así, el ejército francés, abandonado por los suizos, sus mercenarios aliados, vióse en la precision de retirarse, y Bonnivet, herido gravemente de un arcabuzazo al pasar el Sesia, entregó el mando al bravo caballero.

Aunque podia vengarse Bayardo del olvido en que se le tuviera y de los ultrajes que habia recibido de Bonnivet, lejos de renunciar el ingrato cargo que se le conferia, lo aceptó, y el valor renació en los franceses.

Perseguido por los imperiales que le ostigaban sin cesar, el valiente caudillo hizo marchar delante su infantería, quedándose él á retaguardia, siempre con la espada en la mano y haciendo frente al enemigo, á quien inspiraban mas temor sus impetuosas cargas que las de toda la caballería francesa. Pero entre Romagnano y Gattinara, poniéndosele á tiro un arcabucero español, le rompió la espina dorsal de un balazo.

«¡Jesus, Dios mio, me han muerto!» exclamó el héroe.

Y pidió que le bajasen del caballo y le apoyasen en un árbol de cara al enemigo, pues no queria morir, segun dijo, volviéndole la espalda.

Conservando en la mano su espada, cuya empuñadura tenia la forma de una cruz, rezó devotamente y la besó. Despues, como no hubiese allí ningun sacerdote, se confesó con su escudero Joffrey, que vertia amargas lágrimas, lo mismo que cuantos le rodeaban, esforzándose él en consolarlos con palabras de piadosa resignacion. Luego, comunicó á d'Allegre su testamento militar; le encargó que saludase en su nombre al rey y á los príncipes de la sangre, y viendo aproximarse un grupo de jinetes imperiales, mandó á sus ayudantes que huyesen y que le dejasen allí á solas con su conciencia.

Un instante despues llegó á aquel sitio el marqués de Pescara, generalísimo del emperador; halló á Bayardo moribundo en brazos de su escudero, y honrándose á sí mismo al honrar á su heróico adversario, cobijóle en su tienda y le acostó en su lecho de campaña, mandando que sus médicos le prestaran toda clase de auxilios. Mas el cristiano caballero dijo que no necesitaba mas médico que el del alma, y pidió un sacerdote, al que renovó su confesion.

Tambien el condestable de Borbon, que perseguia encarnizadamente á sus compatriotas, llegó donde se hallaba agonizante el leal guerrero, y le manifestó su sentimiento por el lastimoso estado en que le veia. Pero Bayardo, reanimándose al escuchar á aquel traidor, le dijo con voz firme:

«Monseñor, os doy gracias; pero no se me debe compadecer, pues muero honradamente sirviendo á mi rey: vos sí que sois digno de lástima, ya que llevais las armas contra vuestro príncipe, contra vuestra patria y contra vuestra fé.»

Abochornado el condestable, se retiró al instante, y el *Caballero sin miedo y sin tacha,* elevando á Dios su corazon, recibió la Eucaristía y espiró con el nombre de Jesus en los labios el 30 de Abril de 1425.

El marqués de Pescara lloró la muerte de su ilustre enemigo, y le tributó honores fúnebres dignos de un soberano.

Segun nos lo describe su escudero, era Bayardo de elevada estatura, y tenia el rostro dulce y agradable, los ojos negros, la nariz aguileña, la barba castaña y el cútis blanco y delicado.

El título de *Sin miedo y sin tacha* que le conservó la posteridad, da una idea exacta de su carácter. Por lo demas, sus contemporáneos le llamaban el *Buen Caballero,* y lo era en realidad. Imperturbable en el peligro y do-

tado de excesiva modestia, atribuia á sus compañeros sus mas notables hechos, haciéndoles partícipes de su gloria. Jamás montaba en cólera, y aunque algo melancólico de suyo, se acompañaba gustoso con personas joviales. Aun cuando se le conocieron algunos amoríos, unia á la mas exquisita galantería la mayor continencia. Habiéndole ofrecido una madre, por pura necesidad, su hija hermosa como un ángel, afeó enérgicamente su infame proceder, y respetó y dotó á la doncella. En la córte del duque de Saboya habia amado honestamente á una noble señorita de la servidumbre de la duquesa. Despues de una larga separacion, la encontró en el Piamonte casada con un rico propietario de Fluxas, y como ella le recordase entre suspiros sus antiguos amores, el leal caballero cambió al momento de conversacion. Dotada de suma gracia y hermosura, aquella dama solia alabar al héroe hasta hacerle sonrojar. Por complacerla dió Bayardo un torneo, y salió vencedor. Despues, al separarse ambos amantes, no pudieron detener sus lágrimas; se escribieron frecuentemente, y no pasaba año sin que se enviaran mútuos regalos.

En una de las cartas que dirigió Bayardo á aquella señora:

«Ya sabeis, la decia, que desde jóven os he amado, y aunque estoy seguro de que jamás me concedereis otra cosa que la boca y las manos, por mi alma os juro que prefiriera morir á lanzaros en el deshonor.»

Los amores y la vida de los campamentos no amortiguaron los sentimientos religiosos de nuestro caballero. Cada vez que marchaba á campaña ó debia combatir en duelo, rezaba antes de echar mano á la espada, y si vencia, se dirigia á la iglesia mas próxima á dar gracias á Dios.

El cuerpo del héroe fué sepultado con régia pompa en el convento de Mínimos de Grenoble; pero sobre su tumba ni aun se escribió su nombre. El año 1600 un noble del Delfinado le erigió un mausoleo con su busto, bajo el cual se veia una inscripcion en que se le comparaba á Hércules. La Revolucion no tuvo el buen criterio de respetar aquel monumento ni las gloriosas cenizas que encerraba; pero la monarquía reparó el sacrilegio, y en 1823 le levantó una estátua en la plaza de Grenoble, donde se conserva vivísima la memoria del que la Francia apellida con legítimo orgullo el *Caballero sin miedo y sin tacha.*

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE BAYARDO.



RAFAEL DE URBINO

RAFAEL de URBINO.

(1483 á 1520 [illegible])

Nueve años desp[illegible]
de las bellas artes que no tiene rival ni ha [illegible]
[illegible] consignados, la Italia [illegible] en [illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]gresos pictóricos, fundar [illegible]
[illegible]dar al lienzo las bellezas naturales. Basado en la [illegible]
los detalles al conjunto y que no admite mas que una [illegible]
ren no solo las figuras, sino tambien los colores y [illegible]

Fácilmente se comprenderá que nos referimos á Rafael Sanzio, [illegible]
cido generalmente con el nombre de Rafael de Urbino.

Miguel Angel, de carácter adusto y poco accesible al [illegible]
impera: es un duro preceptor que quiere corregir las costu[illegible]
siglo imponiéndose por medio de sus cuadros á la muchedu[illegible]
por el contrario, siempre suave, nacido para amar, se insinúa [illegible]
corazones, y por la magia de lo bello [illegible]
[illegible] con la ideal, formando así una nueva natura[illegible]
[illegible] de rudeza.

[illegible] Roma, en las [illegible]
[illegible]
de Miguel Angel, está en la misma latitud de [illegible]
[illegible] de la [illegible]

RAFAEL de URBINO.

(1483 Á 1520 DESPUES DE J. C.)

Nueve años despues de haber producido á Miguel Angel, aquel coloso de las bellas artes que no tiene rival ni ha formado escuela, y cuyos apuntes biográficos dejamos consignados, la Italia, tan fecunda en grandes hombres, dió al mundo al que debia reunir en un cuerpo de doctrina todos los progresos pictóricos, fundar una academia, una enseñanza, un sistema de trasladar al lienzo las bellezas naturales, basado en la síntesis que subordina los detalles al conjunto y que no admite mas que una accion á que concurren no solo las figuras, sino tambien los colores y el claro-oscuro.

Fácilmente se comprenderá que nos referimos á Rafael Sancio, conocido generalmente con el nombre de Rafael de Urbino.

Miguel Angel, de carácter adusto y poco accesible al amor, manda, impera; es un duro preceptor que quiere corregir las costumbres de su siglo imponiéndose por medio de sus cuadros á la muchedumbre. Rafael, por el contrario, siempre suave, nacido para amar, se insinúa en todos los corazones, y por la magia de lo bello conduce á lo bueno, fundiendo la belleza natural con la ideal, formando así una nueva naturaleza llena de atractivos y exenta de rudeza.

Nació Rafael el dia de Viernes Santo de 1483, en Urbino, ciudad importante de Italia, á sesenta y cuatro leguas al Norte de Roma, en las vertientes de los Apeninos que miran al Adriático, mientras que Arezzo, patria de Miguel Angel, está en la misma latitud de Urbino, pero en la vertiente occidental de la misma cordillera.

Juan Sancio, padre de nuestro héroe, era pintor de profesion, aunque al mismo tiempo cultivaba las letras con algun resultado. En cuanto á la madre de Rafael, Maggia Ciarla, fué la verdadera hada del hogar doméstico por su hermosura y amabilidad, y la inspiradora de los primeros ensayos del eminente artista.

Pertenecia á la clase acomodada de Urbino esta familia, y aunque Sancio no figurase entre los primeros pintores de su época, tenia bastante imaginacion, buen criterio y una regular ejecucion en sus cuadros, especialmente en los retratos, que era el trabajo á que con preferencia se dedicaba

Maggia, jóven de buen sentido, apasionada como madre de su hijo, y mas siendo único, no quiso confiar á manos extrañas su primera educacion, teniendo empeño en formar el corazon del futuro artista. De esta solicitud materna arrancan quizás los sentimientos morales que el sublime talento de Rafael desarrolló en sus obras.

Entre la coleccion de dibujos que, en facsímile, se han publicado recientemente de este ilustre pintor, existe uno que pertenece á esa temprana edad en que algunas veces anuncian claramente los niños lo que serán cuando hombres. En una cuartilla de papel dibujó con la pluma el cuadro de la *Degollacion de los inocentes.* La composicion está dividida en dos grupos: en el primer se vé una madre sentada en el suelo con su hijo en el regazo, mientras un verdugo de catorce á quince años apoya una daga en el cuello del niño. La madre no lo defiende: tiene puestas las manos en la cabeza, tapándose con las palmas los oidos, como si temiera oir los gritos de su hijo, á quien mira, sin embargo, con expresion dolorosa. En el segundo grupo aparece un guerrero, tambien jovencito, que teniendo cogida por la cabellera á una jóven, levanta su espada sobre una criaturita que ella llevaba en los brazos, en tanto que otra hembra colocada detrás del soldado le amenaza con un zueco. Como puede verse, la concepcion es cándida, infantil, menos la seguridad del dibujo y escorzos y las actitudes y aun la distribucion de los dos grupos. Pero tanto las mujeres y los niños como los verdugos, son tan inocentes como el dibujante, que sin duda no habia visto matar á nadie, ni llamado su atencion otro dolor que el de su misma madre al contarle la horrible tradicion de los *Inocentes,* en cuyo dibujo quizás el tierno artista puso su retrato, como lo reprodujo en algunas de las vírgenes que pintó en su mocedad.

Murió la buena Maggia cuando Rafael contaba solo ocho años, y á la

edad de doce una enfermedad de consuncion, producida por el sentimiento de la pérdida de su esposa, le arrebató á su padre.

Por fortuna del adolescente Simon Ciarla, su tio materno, queríale como si fuera su hijo. Á este cariño correspondió dignamente Rafael, aun en los tiempos de su mayor fortuna, notándose en su correspondencia con el hermano de su madre esta cariñosa frase repetida en todas sus cartas:

« Queridísimo padre. »

Habia demostrado el de Rafael tener en muy elevado concepto á los pintores Leonardo de Vinci, Juan Vellin, Andrea Montegna y el *Perugino,* y significado que á uno de ellos confiaria la educacion artística de su hijo; por lo que determinó Ciarla poner á su sobrino bajo la direccion de Pedro Vanucci, á quien por haber nacido en las inmediaciones de Perusa se apellidaba el *Perugino.*

La circunstancia de estar Perusa, residencia de Vanucci, mas cerca de Urbino que Milan y Venecia, donde vivian los otros maestros, y por lo tanto la facilidad de atender mejor á las necesidades del adolescente, fijó la eleccion del tio en el *Perugino,* eleccion que ejerció marcada influencia en las obras de Rafael, y aun en los adelantos del arte en aquella época.

Empero séanos permitido interrumpir aquí nuestra narracion para echar una ojeada sobre la historia de la pintura.

En la biografía de Miguel Ángel dejamos apuntada la revolucion que sufrieron las bellas artes en el siglo xv, revolucion conocida con el nombre de Renacimiento, porque como quedaron del todo abandonadas á la caida del Imperio romano, renacieron entonces, pero animadas ya por el espíritu moderno y revestidas de ese sello de perfeccion que indica los adelantos morales y materiales de los pueblos.

Nacida la pintura en las cavernas de la India y del Egipto, durante algunos siglos dependió, así como su hermana la escultura, del arte arquitectónica, siendo la Grecia quien la dió vida propia, aunque no la conocemos sino por sus aplicaciones á los vasos y otras obras cerámicas, cuyos colores indican un gusto exquisito, á pesar de ser un trabajo mecánico ejecutado por obreros.

De la pintura mural, en que se distinguió Polignoto 416 años antes de Jesucristo, sabemos que era al fresco, y que existia ya en la misma época la llamada *al temple,* que aplicaban los griegos sobre tablas. Sabemos tambien que Polignoto solo se servia de cuatro colores, por lo que carecian

sus cuadros de claro-oscuro, de fondo y perspectiva. Mas la escuela ática dió luego mayor verdad á las figuras acentuándolas por medio de la sombra, y la escuela jónica de Efeso llegó á pintar todavía con mayor perfeccion y con mayor riqueza de colores.

Segun refiere Plinio, de una lucha artística ocurrida en Efeso, en la que se erigieron los mas distinguidos ciudadanos en *Jurado* para decidir del mérito de los pintores Zeuxis y Parrasio, resultó vencedor el último; porque si bien Zeuxis sabia dar movimiento y gracia á sus figuras, y sobre todo á las de mujer, demostró Parrasio, como enseñaba, que en la pintura cabian reglas y proporciones dando delicadeza y movimiento á las figuras, á la cabeza elegancia y expresion á los rostros, por lo cual obtuvo el triunfo sobre Zeuxis. Por la relacion de este certámen sabemos los progresos que habia alcanzado la pintura en el siglo v antes de nuestra era.

En pos de estos génios primitivos del arte apareció el divino Apeles, á quien estaba reservada la gloria de elevar la pintura al mayor grado de esplendor que alcanzó en Grecia. De esta época existe en el museo de Nápoles un cuadro hallado en los mausoleos de *Poestum,* en que se vé á un guerrero jóven retirar del combate á un compañero cubierto de heridas.

Siguiendo las noticias que poseemos acerca de la historia de la pintura, vémosla en los pueblos etruscos alcanzar cierto grado de perfeccion, puesto que reproduce con maravillosa exactitud y abundancia de colores las danzas, combates, cazas y otras escenas de la vida real.

La aficion á las artes no se introdujo en Roma hasta despues de la conquista de la Grecia, y por artistas de esta nacion que pasaron á Italia, donde se establecieron y formaron excelentes discípulos. En las escavaciones practicadas en las termas de Tito y bajo las ruinas de Herculano y Pompeya, ciudades desenterradas despues de dos mil años de estar cubiertas por la lava del Vesubio, se han hallado diferentes pinturas [1] que atestiguan el gusto de los romanos por este arte, que practicaban pintando al fresco y al temple escenas de los tiempos fabulosos y sus mitos religiosos, á favor de brillantes colores.

Ya sabemos que la irrupcion de los bárbaros acabó con las bellas artes, las letras, las ciencias, y aun con las industrias de la civilizacion antigua, hasta el punto de quedar ésta casi ignorada en Europa. En tales tinieblas,

[1] Las mas notables de ellas son: una *Vendedora de amores,* que los saca de una jaula cogiéndolos por las alas como si fueran palomos y los ofrece á unas jóvenes; una *Flora,* el *Triunfo de Galatea,* y una *Vacante cabalgando sobre un tigre marino.*

apareció tímido, cándido, místico el arte cristiano; primeramente en las catacumbas sin ninguna direccion; luego inspirado por los sacerdotes, y por último, con vida propia á medida que la monarquía y el municipio adquirian predominio sobre el feudalismo. Durante este tenebroso período de mil años, los artistas, como siempre, pintan lo que sienten, y juzgando que los males de la tiranía y de la miseria extendidos sobre la tierra no tienen remedio, se resignan á hallarlo en el cielo, y dan vida por medio del pincel á lo que ven en su fantasía, es decir, la belleza y la felicidad en el seno de Dios. Por eso las figuras de aquella época son místicas, la expresion cándida, el colorido brillante, esmerada la disposicion de la escena y abundantes hasta la nimiedad los detalles.

En los progresos de la pintura hasta llegar al Renacimiento se distingue en el siglo XIII Cimabue, fundador de la escuela italiana, que mejora el dibujo, la invencion y el colorido, y busca ya en la naturaleza el tipo de la belleza real, como puede verse en sus cuadros de *Santa María de la Novella* en Florencia, y Giotto, su discípulo, que le supera en la gracia del dibujo, en la hermosura y trasparencia del colorido y en la expresion que da á sus cabezas.

Giotto, Simon di Martino, principal representante de la escuela de Siena, y Fra-Angélico de Fesiole, allanan el camino al gran reformador Massaccio, que ya en el siglo XV amalgama el misticismo con el naturalismo, y da relieve, movimiento y gracia á sus figuras, muriendo á los cuarenta y dos años envenenado por sus émulos.

Durante el mismo siglo, y como complemento de esta brillante pléyade de artistas, descuellan el enamorado fraile Filippo Lippi, que excede á todos en gracia y delicadeza, Domingo Ghirlandajo, que hereda las eminentes cualidades de Massaccio, y el Perugino, que fué maestro de Rafael.

Mas el verdadero representante del Renacimiento de la pintura es Leonardo de Vinci, considerado como el eslabon que une la cadena del arte al pasar de la edad Media á la Moderna, en aquel memorable siglo XV en que se desarrollaron génios como Guttemberg y Colon y en que nacieron Miguel Angel y Rafael.

El Renacimiento coincidió con la conquista del Imperio griego por Mahomet II, de cuyo despotismo huyeron los artistas de Constantinopla, refugiándose en Italia, cuyos príncipes les dispensaron generosa acogida, distinguiéndose entre todos por su munificencia Lorenzo de Médicis, duque de Toscana.

Con esta inmigracion de artistas, literatos y sabios griegos recibió un grande impulso la civilizacion en el Occidente de Europa, y especialmente en Italia.

Vióse entonces á los soberanos cultivar las letras, colmar de favores á artistas y literatos y tratarlos como á clientes y amigos. Las córtes de estos ilustrados príncipes ofrecian el aspecto de doctas academias, donde se dilucidaban elevadas cuestiones de filosofía, sin prever que las teorías de libertad que allí se agitaban hallarian eco en las muchedumbres que el cristianismo y los progresos individuales y comunales habian redimido de la esclavitud.

De este gusto de los príncipes y señores en resucitar las artes y las letras nació el culto por lo antiguo. Así, se tradujeron en lengua latina y en romance las obras de los filósofos griegos, difundiéndose rápidamente, merced al descubrimiento de la imprenta, y se removió el suelo buscando en las ruinas de las ciudades y de los templos las obras de los antiguos estatuarios.

No participó el Perugino de esta pasion por la antigüedad, á pesar de haber sido condiscípulo de Leonardo de Vinci que armonizó el sentimentalismo con el naturalismo, sino que cultivó la pintura tradicional.

Cuando entró Rafael en el taller del Perugino, estaba este en el apogeo de su talento, teniendo que someterse nuestro aprendiz á la severa disciplina de su maestro, quien llegaba al extremo de dictar reglas á la inspiracion.

Refiérese á esta época de su iniciacion en el arte un dibujo bastante inocente, [1] en que aparecen dos pequeños condiscípulos suyos que le sirvieron de modelos *con chaqueta ajustada y calzas* para el estudio de la *Coronacion de la Vírgen.*

Á pesar de tal impropiedad, en aquel cándido dibujo aparecia bosquejada en tres rasgos de pluma la expresion de una ternura divina é inefable modestia en el semblante de la reina del cielo.

Calcúlase que tendria Rafael menos de diez y seis años cuando hizo aquel cróquis, que corresponde á un cuadro de la *Coronacion* que adquirió la familia Oddi.

Bien pronto tomó parte nuestro jóven artista en las obras de su maestro,

[1] Véase *Choix de dessins de Raphael qui font partie de la collection Wicar, á Lille, reproduits en fac-simile par MM. Wacquez et Alphonse Leroy, gravés par les soins de Mr. H. d'Albert, duc de Luynes, membre de l'Institut.*— París, Rapilly, 1858.

haciendo suyas las cualidades que distinguian al Perugino, á saber: frescura de tintas y tonos y limpieza de pinceladas. Y tanto su manera de pintar se infiltró, por decirlo así, en el discípulo, que la *Asuncion* que existe en San Francisco de Perusa, obra de Rafael, fué apreciada como una de las mejores del Perugino, á quien aventajó en seguida por la expresion superior y mayor vida que daba á sus figuras, así como por su estilo menos crudo y por la mayor riqueza y estudio de sus paños.

La primera obra en que Rafael procura emanciparse de la escuela simétrica tradicional de su maestro es un *San Jorge* que actualmente está en París en el Museo del Louvre.

El Perugino tuvo por discípulo un compatriota suyo, pintor aventajado, llamado Benedetto, conocido por el *Pinturichio,* quien á pesar de contar diez años mas de edad que Rafael, hízole su amigo y le asoció á su empresa de los frescos de la Biblioteca de Siena. Del *Pinturichio* aprendió nuestro héroe á dar mas movimiento á sus figuras y magnificencia al fondo de sus cuadros.

Á la temprana edad de diez y ocho años tenia ya Rafael fama de buen artista, siendo recibido con mucha deferencia en el palacio del duque de Urbino.

Notable era esta córte entre las italianas, tanto por su buen gusto como por haberse convertido en un centro de literatos, artistas y sabios, que sin faltar á las reglas de la etiqueta trataban al príncipe, no como á un amo, sino como á un amigo. El esplendor de tal córte no pudo menos de ejercer sumo influjo en el carácter de Rafael, que se asimilaba todo lo que tenia puntos de contacto con su manera de sér. En ella aprendió el jóven que le era mas ventajoso tratar benévolamente á todo el mundo, que mostrarse severo, aun con aquellas personas que por sus modales y sentimientos poco suaves hieren la delicadeza de los nuestros. En ella estrechó relaciones con muchos nobles personajes, entre ellos con el conde Castiglione, que escribió el *Libro del Cortesano,* y con Pedro Bembo, uno de los mejores literatos de la época, tomando allí incremento su aficion al estudio de las ciencias y de la filosofía, especialmente al de aquellas escuelas en que se ilustraron los apologistas, doctores y padres de la Iglesia.

Muy bien recomendado salió Rafael de la córte de Urbino para Florencia, emporio entonces de las bellas artes. En la carta que la duquesa dirigió al gonfalonero de aquella república, decíale, lo que entonces no era una vana fórmula:

« Su persona es tan interesante como amable, y deseo que se perfeccione en el arte. Cuanto hagais por complacerle y en utilidad suya lo he de agradecer como si se hiciera en favor mio. »

Llegado á Florencia en 1504, ensanchó nuestro héroe sus conocimientos por las nuevas relaciones que adquirió, y especialmente por la proteccion de Tadeo Tadei, que le amaba cual le amó su padre, y que le ofreció su casa y cuanto tenia, poniéndole en contacto con literatos, filósofos y artistas, con cuyo compañerismo, estudio asíduo y visitas á las galerías, museos y pinturas murales de las iglesias completó su educacion artística.

Por aquella época trabó amistad con Fra-Bartolomeo, cuyo carácter afectuoso y talentos pictóricos le recordaban los dias de su venturosa infancia, y á quien imitó en el claro-oscuro, el empaste y la manera franca y libre que caracterizan las obras de este ilustre pintor.

Baccio della Porta era el nombre primitivo de Fra-Bartolomeo, que entró en el claustro á consecuencia del suceso que vamos á narrar:

Siendo discípulo de Cosimo Roselli, siguió con ardor las doctrinas del célebre Savonarola, que tanto influjo debian ejercer tambien sobre Rafael; corrió los mismos peligros que su maestro, y en el auto de fé que celebró el pueblo florentino el primer martes de cuaresma del año 1489, tuvo que quemar Baccio sus cuadros y estudios del natural que se referian al gusto griego. Cuando Savonarola, por sus predicaciones contra la tiranía y los vicios del alto clero, se vió atacado en el convento de San Márcos de Florencia, del que era prior, y obligado á sostener el sitio, Baccio, que se encontraba entre los defensores de aquel templo, hizo voto de profesar en la órden dominicana si escapaba con vida de aquel horrible trance

En efecto, despues del suplicio de Savonarola que, cual dijimos en la biografía de los *Reyes Católicos,* fué quemado por órden del malvado Alejandro VI, Baccio entró en el convento de San Márcos, donde permaneció cuatro años, trascurridos los cuales, á ruegos de sus amigos y de sus superiores, volvió al siglo y á sus pinceles, si bien con la obligacion de dar al convento todo cuanto ganase.

Este hombre austero enseñó á Rafael á no buscar otra fuente de inspiracion que la del cielo, incitándole además á desoir los consejos de Castiglione y Bembo, que le llevaban al gusto pagano, al cual, sin embargo, pagó tributo mas tarde nuestro artista, como todos los hombres eminentes de su tiempo.

Los cartones de Leonardo de Vinci y de Miguel Angel sobre la guerra

de Pisa de que dejamos hecho mérito en la biografía del último de estos ilustres pintores, inspiraron á Rafael la grandiosidad y expresion sublime que desplegó mas tarde en sus cuadros, apartándole de la pulidez y metódico arreglo que habia adquirido con el Perugino.

Entonces empezó Rafael á distinguirse como pintor de Vírgenes, siendo tan fecundo, que no bajan de doscientos los cuadros de este género que legó á la admiracion de la posteridad.

En tres categorías puede dividirse este prodigioso número de obras maestras. En la primera, es tan ingénuo y puro el artista en su concepcion, que parece no saber representar otra hermosura que la de la inocencia: sus vírgenes son puras, tranquilas, celestiales, agenas á todo sentimiento tumultuoso: en sus límpidos ojos y en la risueña expresion de sus semblantes hay tanta candidez, que no se vislumbra en ellas el presentimiento de la madre del Dios-hombre, como puede observarse en la *Bella Jardinera,* en la *Vírgen del Pozo* y en la de la *Tienda.* En otra categoría resplandece ya en el semblante de la Vírgen la efusion del amor maternal, cual se advierte en la de la *Sacra familia* del Louvre y en la *Vírgen de la Silla* de Florencia.

Pero luego aparece Rafael dominado por un sentimiento sublime. No pinta la inocencia ignorando la lucha y las desdichas de la vida, ni la tierna madre que se complace en el amor de su hijo, sino la reina de los cielos. Véase la *Vírgen triunfante,* rodeada de coros de ángeles, teniendo á sus piés las nubes que cubren el mundo, al que presenta su hijo como el tipo del amor, amor eterno, generador de todos los bienes y por el cual se ha de regir el universo.

Si la esencia del Evangelio está en la Oracion dominical; si aun se condensa mas en el precepto: «Ama á tu prójimo como á tí mismo,» y se resume en la palabra *charitas,* esto es, amor, como lo interpretó San Francisco de Asís, Rafael ha pintado inmejorablemente el triunfo de este amor haciéndolo sentir á los que contemplan el cuadro de la *Vírgen triunfante,* que se vé en la capilla de San Sixto de Roma.

Muchos pueblos antiguos tomaron por objeto de sus adoraciones un ideal de gracia femenil: los griegos tributaron culto á la esposa en Juno; á la madre en Céres; á la vírgen en Diana y Minerva. Sin embargo de ser todo amor la religion cristiana, fué interpretada luego con tanta severidad, que no se conocia de ella mas que el carácter adusto de un juez Eterno que castigaba sin piedad á sus hijos pecadores. De aquí que los pintores de

la edad Media representaran á la Vírgen Madre rogando al Dios severo que castiga mejor que ama á los hombres. Por eso, al desprenderse la edad Moderna de las supersticiones de aquellos siglos de sombras y ascetismo, simbolizó la inocencia, la castidad, la maternidad y la misericordia en el amable grupo de la Vírgen María y el niño Jesus, siendo Rafael quien mas que nadie contribuyó con su pincel divino á popularizar estos dulces símbolos, genuina expresion de amor del cristianismo.

Corria el año de 1508. Julio II, el belicoso Papa que ya conocen nuestros lectores, ocupaba la silla de San Pedro, y repugnando instalarse en las habitaciones del infame Alejandro VI, propusiéronle algunos cortesanos borrar las pinturas murales que se referian á aquel Pontífice. Pero Julio despreció tal consejo, exclamando:

«¡La destruccion de sus retratos no bastará á borrar la memoria que conservarian esas paredes de un Papa simoníaco y judío!»

Y bajo esta impresion, prefirió vivir en las habitaciones del segundo piso del Vaticano, cuya decoracion habia sido empezada por Pietro della Francesca, Luca Signorelli, el Perugino y otros grandes maestros, que la dejaron sin terminar. Para completarla, propuso Bramante, compatriota de nuestro artista, que se llamase á Rafael, y aceptada por Julio aquella idea, llamó á Roma al insigne pintor, quien contrajo desde luego estrecha amistad con el ilustre arquitecto, convirtiéndose pronto en su mejor discípulo.

Contaba entonces Rafael la edad de veinte y cuatro años, y segun sus retratos, era de corta estatura, tenia el cuello algo largo y delgado, la nariz un poco grande, el labio inferior grueso y la tez morena; mas estos pequeños defectos físicos desaparecian al contemplar la expresion amable é inteligente de su fisonomía y la gracia de su persona.

Presentado que fué á Julio II, desplegó ante este los dibujos conque pensaba cubrir algunos techos y paredes de sus habitaciones, y conociendo el Papa que habia adquirido un artista de mérito, digno de competir con los grandes maestros, dejó al albedrío del jóven los asuntos que debian decorar aquellos aposentos.

En la primera sala, llamada *Camera della Segnatura,* pintó Rafael las diferentes direcciones del espíritu humano, á saber: la Teología, la Filosofía, la Jurisprudencia y la Poesía.

El cuadro de la Teología, conocido con el nombre de *Disputa del Santo Sacramento,* es una concepcion tan atrevida como complejo es el asunto. La

escena está dividida en dos partes separadas por una cortina de nubes. En la superior se vé al Padre Eterno rodeado de serafines; tiene el globo terrestre en la mano, y le bendice: Jesucristo está inmediatamente debajo de él, entre la Vírgen y San Juan Bautista, y sentados sobre nubes, á la derecha, San Pedro, Adan, San Juan, David y San Estéban. Á la izquierda aparecen San Pablo, Abraham, Santiago, Moisés y San Lorenzo. Debajo de Jesucristo se destaca el Espíritu-Santo y cuatro ángeles que descienden hácia la tierra llevando los cuatro Evangelios. En medio de la parte inferior del cuadro, y debajo de las nubes, hay un altar sobre el cual descansa el Santo Sacramento, es decir, el cáliz y la hostia.

La Teología está representada en este cuadro por el concilio ó asamblea de padres y doctores de la Iglesia, que están reunidos alrededor del altar y como discutiendo. Figuran entre ellos San Gerónimo, tipo de la vida contemplativa, San Ambrosio, como el mas activo soldado de la Iglesia militante, San Gregorio el Grande, con la tiara en la cabeza, Santo Tomás de Aquino, San Bernardo, Inocencio III, etc., etc.

Entre los espectadores se vé al Dante y á Bramante: Savonarola está entre los doctores. En el primer plano, á la derecha, aparece un filósofo cristiano discutiendo con un jóven pagano; en el opuesto, á la izquierda, está representada la heregía por la figura de un sectario rodeado de oyentes, que figura estar interpretando la Escritura y vuelve desdeñosamente la espalda á los padres de la Iglesia católica. En el segundo plano se ven varios cismáticos, sacerdotes y otros personajes en ademan de discutir. Todos están colocados bajo la benévola mirada de Dios que bendice al género humano.

Desplegó Rafael en este cuadro tanta grandeza en la invencion y un estilo tan brillante, que al verlo Julio II quedó enagenado de gozo, y tomando al jóven pintor por la mano, le condujo á la habitacion de Nicolás V, diciéndole:

«¿Ves esos frescos de Pietro della Francesca y del Perugino? Pues, bien: bórralos y pinta en su lugar uno de tus hermosos cuadros.»

No pudiendo desobedecer el artista el mandato del Papa, borró parte de aquellos frescos, conservando algunos cuyos asuntos estaban en relacion con su idea, oponiéndose formalmente á destruir un techo pintado por su maestro el Perugino.

Á pesar de los defectos que hallan los críticos en el cuadro *La disputa del Santo Sacramento,* se ostenta en él viviente la teología del cristianismo.

Brilla el cáliz y la hostia inmediatamente despues y en la misma línea en que están Dios, Jesucristo y el Espíritu-Santo; la Eucaristía, el cielo, se refleja en la tierra y simboliza la union de Dios y los hombres, á los cuales bendice desde su trono, y como al mismo tiempo la Eucaristía es tambien símbolo de la fraternidad y solidaridad universales, de aquí que en este cuadro se halle resumida toda la Teología y toda la religion cristiana.

Es positivo que al emprender este cuadro y el de la Filosofía, conocido con el nombre de *Escuela de Aténas,* intentaba Rafael luchar con Miguel Ángel, y que el éxito del primero le dió esperanzas, sino de vencer, al menos de igualarse con aquel coloso del arte.

Si el *Santo Sacramento* es un asunto de difícil realizacion, puesto que encierra en sí el dogma de la Trinidad, no ofrece menos dificultades representar el cuadro de los progresos filosóficos encerrados entre Sócrates, Platon, Zenon y Epicuro; lo que prueba el profundo conocimiento que tenia nuestro artista de los filósofos de la antigua Grecia y de sus respectivos sistemas.

Pero pasemos á la descripcion de este fresco.

Bajo las bóvedas de la grandiosa entrada del Liceo se adelantan los jefes de escuela, Platon, indicando el cielo como orígen de toda inspiracion, y Aristóteles, señalando la tierra como fuente de la observacion: Sócrates, á pesar de ser el maestro de Platon y el primero entre los gentiles que proclamó la unidad de Dios y la inmortalidad del alma, sufriendo la muerte por ello, tiene un papel secundario en el cuadro, apareciendo en ademan de hacer una demostracion á Alcibíades. Pitágoras está representado escribiendo. El cínico Diógenes está medio tendido en las gradas que conducen al Liceo, mientras Zenon, Epicuro, Arístipo, Zoroastro, etc., están representados por señales que les dan á conocer. Tambien se vé allí al mismo Rafael, al lado de su maestro el Perugino, y á Bramante, que representa el papel de Arquímedes, trazando una figura geométrica. En verdad, no se comprende cómo las costumbres pictóricas de aquel siglo podian consentir tales extravagancias. ¿Qué tiene que ver la Filosofía con estos personajes? ¿Por qué afear el cuadro con figuras que no son de filósofos, y que contribuyen á la oscuridad del asunto, de sí difícil de aclarar?

No obstante estos lunares, el mencionado fresco es una obra maestra como ejecucion, uno de los mejores de Rafael y la mas brillante de las concepciones del entendimiento humano.

Inferiores á las dos obras que dejamos descritas son la Poesía y la Jurisprudencia, no por la ejecucion y el estilo, sino por la invencion.

En la sala inmediata pintó el artista la *Misa de Bolzena,* en que hay un sacerdote que, acometido por la incredulidad, duda de la presencia real de Jesucristo en la hostia. Alza á Dios, y vé cómo del cuerpo del Redentor brotan gotas de sangre. En este cuadro ha pretendido Rafael hacer creible el milagro; mas esta obra, para producir su efecto, debió colocarla en una capilla pública, y no en las salas de una córte descreida y educada en las licenciosas costumbres de Alejandro VI. *La Misa* es sin disputa uno de los cuadros de Rafael en que se nota mas realidad en la representacion.

Sigue á este la reproduccion de un pasaje del libro de los Macabeos, el *Heliodoro,* que revela mas que ningun otro trabajo la potencia pictórica de tan gran maestro. Todo en él respira vida y movimiento. El caballero que acompañado de los dos ángeles, se arroja sobre Heliodoro, no tiene equivalente en ninguna obra de los mas fogosos pintores.

Compite con el *Heliodoro* el *Incendio del Burgo.* Vénse allí á las familias sorprendidas huir medio desnudas: quién lleva á cuestas á su padre, quién se descuelga de la ventana de su casa; otros se ocupan en apagar las llamas arrojando el agua que en cántaros les llevan las mujeres. Hay una madre que desde una ventana arroja á su marido, que está en la calle, el hijo de sus entrañas, mientras aquel extiende los brazos para recibirle. En el centro del cuadro, un grupo de mujeres y niños arrodillados levantan las manos al cielo pidiendo misericordia. En este cuadro pretendió Rafael luchar con Miguel Ángel exhibiendo sus conocimientos anatómicos.

En la misma sala del *Heliodoro* se admira otro cuadro rico en detalles y de maravillosa ejecucion. Encargólo Leon X, que sucedió á Julio II: es el *Atila,* el bárbaro que se apellidó á sí mismo el *Azote de Dios.* Atila está en el centro del cuadro, anonadado por la aparicion celeste de San Pedro y San Pablo, que armados de espadas, descienden de las nubes bajo la invocacion del Papa San Leon. Los guerreros del terrible huno detienen el ímpetu de sus caballos, mientras algunos bárbaros corren en ademan amistoso hácia San Leon, como heridos por una nueva luz. Rafael llevó la adulacion en esta obra hasta el ridículo faltando al parecido de los personajes que puso allí en accion.

En San Leon retrató al Pontífice reinante; en Atila al rey de Francia Luis XII, que acababa de ser arrojado de Italia; bajo las aureolas de San Pedro y San Pablo puso dos personajes eminentes de la córte pontificia, y

cubrió con los trajes de otras figuras históricas al conde de Castiglione, á Pedro Vanucci y á otras personas que estimaba. Á pesar de todo, hizo un hermoso cuadro; pero es lástima que no sepamos cómo tan gran artista hubiera interpretado las facciones de Atila.

La *Libertad de San Pedro,* otro de los cuadros conque hermoseó Rafael las habitaciones de Julio II, es un contraste de tres luces distintas, á saber: la de la luna y la de una antorcha que penetran por una ventana de la cárcel Mamertina, iluminando un calabozo en que se vé á San Pedro gozando de un sueño tranquilo, bañado por el celeste resplandor de un ángel que le llama, mientras los soldados que tienen encadenado al apóstol y los pretorianos que guardan la cárcel están aletargados ó vuelven la espalda á la divina luz que inunda al prisionero. En esta composicion se propuso Rafael resolver el árduo problema de iluminar un cuadro por tres diferentes focos de luz, que lejos de chocar entre sí se confundiesen y armonizasen, y logró su propósito.

Tambien pintó el artista en aquellas estancias el *Combate de Constantino;* mas abrumado por los encargos que de todas partes llovian sobre él, tuvo que adoptar un método expeditivo para cumplir con todos. Dibujaba primero en cartones los asuntos; sus discípulos los trasladaban á las telas ó á los muros si eran frescos; los pintaban, y luego él los concluia. Así fué ejecutado este *Combate,* el cual, tanto por el conjunto de detalles, como por la vida y movimiento de las figuras, es un modelo en este género.

Pintaron igualmente bajo sus cartones y dibujos los discípulos de Rafael la *Victoria de Leon IV contra los Sarracenos,* el *Juramento de Leon III,* la *Coronacion de Carlo-Magno,* la admirable *Batalla entre Constancio y Majencio,* y en fin, las galerías del Vaticano, donde hay trece cúpulas que contienen asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento; por lo cual se da al conjunto de estos frescos, en los que campea una imaginacion inagotable de bellezas, el nombre de *Biblia de Rafael.*

Los cuadros, retratos y alegorías que brotaron del pincel del inspirado artista son en tan gran número, que no es posible describirlos en particular. Así, nos ceñiremos á hacer mencion de algunas otras de sus bellísimas obras, como el *Pasmo de Sicilia,* los frescos de la *Farnesina* y la *Trasfiguracion.*

En el *Pasmo,* que pintó en 1517, hay unidad perfecta. Representa este cuadro á Jesucristo cargado con la cruz, cuyo peso le ha derribado al suelo, del que le levantan Simon y dos sayones. Unas mujeres que le acompañan,

entre las que se encuentra María, lloran amargamente, y él, medio incorporado, les dice:

« No lloreis por mí, sino por vuestros hijos. »

Á la derecha se vé Jerusalen; á la izquierda el Calvario, por cuyas laderas van trepando multitud de jinetes y otras gentes hasta llegar á la cumbre.

Jesucristo está pálido, y aunque abatido por el dolor y la fatiga, se refleja en su divino rostro la sublime serenidad del mártir. La fisonomía del Redentor es suave y simpática. Á pesar de tener una rodilla en el suelo y de estar colocado en la parte inferior del cuadro, descuella sobre las mujeres llorosas y sobre el pueblo que le rodea, y que indiferente ó curioso, acepta como un espectáculo la muerte de aquel que se sacrifica por su salud.

¡Cuánta filosofía hay en este cuadro: cuán meditado está! Los sentimientos tiernos, orígen y base de todas las virtudes, lloran en aquellas mujeres, mientras que la fuerza y la ignorancia se muestran satisfechas al contemplar una víctima y un espectáculo mas.

Este cuadro, que se encuentra actualmente en el Museo de Madrid, tiene su historia. Pintólo Rafael por encargo de uno de los monasterios de Palermo, y lo remitió á su destino bien acondicionado en un cajon que se embarcó en un buque de Civita-Vecchia. Apresada la nave por unos piratas, viéronse estos asaltados por una furiosa tempestad que estrelló su barco contra las costas de Génova. Perdióse la tripulacion y el fruto de sus rapiñas; pero la caja que contenia el cuadro fué hallada intacta en la playa por unos pescadores. Dícese que asombrados los genoveses al contemplar tan preciosa pintura, quisieron adquirirla á cualquier precio; que los monjes de Palermo la reclamaron, y que intervino el Papa para que estos la recobraran. Luego, como Sicilia pertenecia á España, pasó al Museo de Madrid. Por lo demas, sea ó no cierta la anécdota, merece el nombre de *Pasmo* esa obra en que el amor materno lastimado lanza sentidos ayes.

Pero pasemos ya á los frescos de la *Farnesina,* como llamaban el palacio del opulento banquero Agustin Chigi. En ellos se ofrece una muestra del flexible talento de Rafael, cuyos pinceles, desprendiéndose de la severidad cristiana, toman esta vez las tintas de la incitadora gracia mitológica.

Pintó en aquel palacio nuestro artista el *Triunfo de Galatea.* La nereida está sobre una concha, de pié, medio desnuda, con la cabeza inclinada

hácia atrás, el pecho echado adelante, teniendo en las manos las riendas de dos delfines y rodeada de una turba de ninfas, tritones y centauros entregados á los trasportes á que les incitan algunos amorcillos que vuelan por los aires disparándoles sus penetrantes dardos.

Tenia Rafael principiado este fresco, ó quizás estaba solo en cartones, cuando escribió á su admirador el cardenal conde de Castiglione una carta de la que tomamos el siguiente párrafo, que prueba tanto su indecision de acometer la obra por falta de un buen modelo, como las costumbres poco edificantes de los prelados de aquel tiempo:

«En cuanto á Galatea, decia el ilustre artista, si de las bellezas que encuentra vuestra señoría en este fresco existiesen realmente la mitad, me creeria un gran maestro. Mas en vuestras frases veo una prueba de la amistad que me profesais. Para pintar una *belleza,* tendria que ver muchas, y eso estando vuestra señoría presente para escoger la mas bella. Pero siendo raros los buenos jueces y las mujeres hermosas, he pensado realizar *cierta idea* que acaba de ocurrírseme. Si esta idea puede serme de alguna utilidad, lo ignoro, aunque sé que me costará mucho trabajo alcanzar mi propósito.»

El párrafo trascrito indica claramente que Rafael no tenia un modelo perfecto de desnudo; mas como la Galatea es una belleza perfecta y está sacada de la *Fornarina,* debemos suponer que las frases subrayadas en la indicada carta se refieren á las tentativas que hacia el gran artista para alcanzar el amor de Margarita, que tal era el nombre de pila de la *Fornarina,* cuyo padre suponen unos ser un panadero de Roma y otros un alfarero de Urbino.

Sin pretender nosotros poner en claro la genealogía de esta mujer verdaderamente hermosa, lo cierto es que Rafael la amó con entusiasmo, y que el banquero Chigi le ayudó á conseguirla, á fin de que emplease en la decoracion de su palacio el tiempo que consumia en sus paseos y visitas á la calle *Dorotea* de Roma, donde tal vez existe todavía la casa que ocupaba Margarita.

Allí la vió por primera vez el célebre pintor; allí la habia sorprendido bañándose bajo los tilos que sombreaban una cristalina fuente, y allí, mirándola por encima de las paredes de un frondoso jardin, se prendó de la mujer de formas mas perfectas que jamás vieron ojos humanos. Empero Rafael fué mas amable que los lascivos viejos acusadores de Susana, y menos casta que ésta Margarita, correspondió al ardiente amor que inspirara al artista.

Ciertos autores, deseosos de adivinar misterios, han pretendido dar pormenores acerca de esta jóven, y sobre ella han escrito, no una biografía, sino una novela. Pero su historia es completamente desconocida, y los contemporáneos de Rafael no dicen mas, ni atestiguan otra cosa, que su amor por ella.

En el mismo palacio de la *Farnesina* pintó Rafael en dos cielo-rasos la *Asamblea de los Dioses* y el *Convite en las bodas de Psiquis.*

En la primera de estas obras, el Amor, defendiendo su causa ante las divinidades del Olimpo, las desarma, y tanto las mas terribles como las mas bondadosas, no dan muestras de enojo al mirarse insultadas por los ministros del alado niño, que se burlan de su impotencia.

Respecto al segundo fresco, recordará el lector que Psiquis, segun la Mitología, fué trasportada por Céfiro á un palacio encantado, donde residia el Amor invisible. Psiquis, impaciente por conocer al esposo que la visitaba todas las noches y se dormia en sus brazos, resolvió sorprenderle, y al efecto, una noche, mientras dormia, encendió una lámpara y vió á Cupido, quien despertó azorado y huyó precipitadamente por haberle caido en el cuerpo una gota de aceite. Irritada Vénus, persiguió á Psiquis hasta lograr matarla; pero Júpiter la devolvió la vida; la hizo inmortal, y la unió con el Amor, cuyas bodas son el asunto del cuadro, y cuyo mérito estriba mas que en la invencion y composicion, en la pintura del desnudo de las divinidades olímpicas.

Por estos frescos pagó tributo Rafael al paganismo, que inmediatamente despues se apoderó de las bellas artes y aun de la misma Iglesia. Él, sin embargo, contuvo el movimiento iniciado por Julio II y continuado por Leon X, sea por inspiracion propia, ó por la amistad que le unia á los discípulos de Savonarola, que clamó contra el arte pagano, ensalzando las virtudes cristianas y las artes que de ellas arrancaban.

La *Trasfiguracion* es el último cuadro que produjo el pincel del inmortal maestro, y tiene el defecto de contener dos asuntos, que son: la Trasfiguracion de Jesus y la cura milagrosa de un jóven endemoniado. Á pesar de esta falta de unidad, ambos asuntos están perfectamente combinados. Pedia el padre del poseso su curacion á los apóstoles, que precedidos de Jesus y seguidos por gentes del pueblo, llegan al Tabor, y mientras parecen indecisos sobre si tienen bastante poder para arrancar los espíritus malignos del cuerpo del jóven, éste, como inspirado, alza la voz y mira al cielo, hácia

donde tambien dirige su mano. Los mas de los espectadores vuelven los ojos hácia la cima del Tabor, donde ven á Jesus, rodeado de luz celestial, elevado en los aires entre Moisés y Elías, en tanto que San Pedro, Santiago y San Juan, deslumbrados por la trasfiguracion, están prosternados sobre el monte hasta donde han seguido á su maestro. La figura de Jesus, cuya cabeza contiene las últimas pinceladas que dió Rafael, es sublime; parece levantada, no por una fuerza superior, sino por un viento que viniese de la misma cúspide del monte, lo que la da la apariencia de un cuerpo que se eleva por su misma virtud. El Redentor tiene allí los cabellos en desórden, los brazos levantados, las manos extendidas, el manto flotante y la túnica muy pegada á las extremidades inferiores. Realmente es una figura celestial, que no obedece á la ley de gravedad. Entre los espectadores de aquella escena, unos parecen sobrecogidos de terror, otros de admiracion, y los que no pueden ver el milagro, ó se maravillan de lo que oyen, ó la sonrisa de la incredulidad se dibuja en sus labios. Es un cuadro admirable, original, y que demuestra el mas profundo conocimiento del arte. Muchos inteligentes aseguran que decide en favor de Rafael la competencia que como pintor tenia entablada con Miguel Ángel.

Además de la inmensa reputacion que granjearan á nuestro héroe sus obras pictóricas, mostró tener gran capacidad para la arquitectura, siendo tan notorios sus conocimientos en este arte, que al morir Bramante en 1514, encargó á Leon X que nombrase á Rafael arquitecto de la Basílica de San Pedro, como lo hizo el Pontífice, asignándole una pension anual de trescientos ducados de oro. Distinguióse Rafael en arquitectura por la elegancia y pureza de sus diseños, por el gusto de sus líneas y cuerpos salientes y por el esmero conque eligió los estilos, sobreponiéndolos segun su órden de importancia y riqueza.

Vióse toda su vida nuestro artista colmado de favores, y mientras Miguel Ángel transitaba por las calles de Roma solo y meditabundo, Rafael pasaba acompañado á veces de cincuenta pintores, discípulos suyos, que le ayudaban en sus grandes trabajos y que comprendian é interpretaban sus ideas casi antes de enunciarlas.

El exigente Leon X se mostraba cada vez mas apasionado por sus obras, y hacia cuanto podia para enriquecerle. Rafael se daba vida de príncipe: los potentados le obsequiaban; los poetas le aplaudian, y todo el mundo admiraba su génio y la prontitud conque ejecutaba sus obras.

Siendo considerable su fortuna, el cardenal Bibbiena le ofreció en ma-

trimonio una de sus sobrinas, lo que fué causa de que el dichoso artista dirigiera la siguiente carta á su tio Simon Ciarla:

« Queridísimo padre: Sabed que el cardenal de Santa María in Portico (cardenal Bibbiena) quiere darme por esposa á una de sus sobrinas, y que yo he prometido cumplir su voluntad, con el consentimiento vuestro y el de mi tio Bartolomeo Santi. No puedo faltar á mi palabra. Estoy mas embarazado que nunca. Os tendré al corriente de todo. Sabed que si Francesco Buffa encuentra buenos partidos, tambien yo puedo hallarlos, puesto que se me ofrece ocasion de casarme en Roma con una jóven de buena familia, de una reputacion sin mancha y que me traerá tres mil escudos. Tengo en la actualidad por mas de tres mil florines en posesiones, y una renta de cincuenta escudos de oro. Además, Su Santidad me ha confiado los trabajos de San Pedro, y me ha señalado como honorarios trescientos ducados durante mi vida. En cuanto á partir de Roma, no me fuera posible, por el cariño que tengo á la obra de la Basílica y porque ocupo el puesto de Bramante. Su Santidad me ha dado un colega muy sabio y que tiene mas de ochenta años: se llama Fra-Giocondo. Todos los dias nos llama el Papa para pasar un rato con nosotros y enterarse de la marcha de nuestros trabajos. Os ruego que paseis á ver al duque y á la duquesa de Urbino y les deis conocimiento de esta carta.»

Despues de haber aceptado el ofrecimiento del cardenal Bibbiena, convino nuestro artista en que el matrimonio con su sobrina se efectuaria trascurridos tres años. Terminado este plazo, y cuando Rafael habia olvidado quizás su compromiso, el cardenal se lo recordó, y el célebre pintor, mas galante que enamorado, contrajo esponsales con la sobrina de Bibbiena. Mas ignórase porqué motivo no llegó á realizarse aquel enlace.

Suponen algunos que el amor de la *Fornarina* fué la principal causa del rompimiento, mientras que otros la atribuyen á las aspiraciones de Rafael al capelo cardenalicio. Dícese que Leon X debia fuertes sumas á su pintor favorito, entre otras cinco anualidades de sus honorarios, y que para premiar sus sacrificios y quedar libre de estas deudas, le habia propuesto nombrarle cardenal en una promocion que proyectaba.

Á pesar de ser muy tentadores los honores eclesiásticos en aquella época, y de que hay un contemporáneo suyo que pinta á Rafael como bastante aficionado á las mujeres, es de creer que influyó mucho en el celibato de nuestro artista la pasion que sentia por aquella jóven cuyo nombre inmortalizó con solo ser su amante.

La *Fornarina* era una beldad robusta y arrogante. De ella hizo Rafael su modelo predilecto. Hace pocos años se veia aun su retrato en el palacio Barberini de Roma.

Para pintar sus vírgenes trasladaba al lienzo el gran artista el contorno gracioso de la mujer amada; templaba el ardor de sus brillantes ojos negros, y corregia cierta expresion profana de desden que vagaba por sus labios, siendo innegable que la cabeza de la *Fornarina* influyó en gran manera para que mejorase Rafael sus testas femeniles dándoles formas mas robustas y grandiosas.

Á pesar de lo dicho, el tipo de la *Fornarina* en las obras de Rafael es un poco inferior al de la belleza griega; pero lo conservó hasta al fin de su carrera artística, puesto que se le encuentra aun en sus últimas obras, en la *Vírgen del Pez* [1] y en el cuadro de la *Trasfiguracion,* donde retrató á su amada en la mujer que está de espaldas en el primer término.

Al consignar estos apuntes biográficos sobre este génio de la pintura, hubiéramos querido seguir á Rafael en sus diversas trasformaciones como artista, ya que se han entregado á la estampa todos sus dibujos, dibujos de una exactitud completa, donde el buril del grabador se oculta en las mismas líneas que trazara el maestro. Por ellos vemos, por ejemplo, como tal Vírgen, que el pintor no habia mas que entrevisto en un momento de inspiracion que guió su lapiz, ha tomado las formas de la *Vírgen triunfante;* en otro dibujo es un ángel que todavía no ha descendido del Paraiso, y que el pintor fijará mas tarde en el cielo de su cuadro; en otra parte será el cróquis de una jóven que habia sonreido al artista, esperando subir al Parnaso y convertirse en Musa para sonreir al Dante. Pero esto nos llevaria demasiado lejos, y quizás nos faltarian fuerzas para guiar en este nuevo camino á nuestros lectores.

De dulcísimo carácter fué Rafael, como lo revelan sus obras. No cayó nunca en ninguna de las extravagancias en que se complacen ciertos génios, ni detractó jamás á sus émulos, ni á sus envidiosos; hasta tal punto, que á los que le llevaron la noticia de que Miguel Ángel habia dicho:

— Todo lo que Rafael sabe de pintura se lo he enseñado yo.

— Cierto es, les contestó sin resentirse de una afirmacion á todas luces exagerada: mucho he aprendido de él, y me considero feliz por haber nacido en la época que ha visto florecer á tan gran maestro.

[1] Cuadro que se conserva en el Museo de Madrid, donde es conocido con el nombre de *La Perla,* á causa de que Felipe IV solia decir de él: «¡Esta es mi Perla!»

En efecto, Rafael fué dócil á las lecciones de todos los buenos pintores, se apropió sus estilos y maneras, y de ellos y de sus observaciones propias y estudios formó su estilo, plantó su bandera y creó su escuela. Sin embargo, sus discípulos degeneraron, y ni el mejor de ellos, Julio Romano, que concluyó el cuadro de la *Trasfiguracion,* tuvo fuerzas para sostener el estandarte de su maestro.

Charles Blanc, miembro del Instituto de Francia, resume en estos términos á Rafael:

« Fué expresivo sin sacrificar la belleza; inventó maravillosas combinaciones de líneas y figuras sin sacrificar la expresion; en los frescos no hay otro que le exceda, y en las Vírgenes muestra ser el pintor por excelencia de los sentimientos mas íntimos. Á pesar de todo, colocado en un centro luminoso y en medio de sus inmensas facultades, no pudo ser ni tan osado como Miguel Angel, ni tan penetrante como Leonardo de Vinci, ni tan profundo como Mantegna. »

En sus pinturas como en sus dibujos, lo que llama la atencion no es el carácter de cada cabeza, sino el conjunto de cada figura; no el sentimiento particular de cada figura, sino el grupo de que forma parte: en una palabra, al contemplar las obras de este insigne maestro, nos cautiva el conjunto y recibimos de lleno la impresion que se propuso producir el artista.

Vasari, pintor, biógrafo de pintores y contemporáneo de Rafael, atribuye su muerte al abuso de los placeres amorosos y á una sangría dada fuera de tiempo.

No obstante, otros autores refutan este aserto, fundándose principalmente en que el cariño que profesaba á la *Fornarina,* si podia consentir alguna infidelidad, no permitia el esceso del placer, por estar reñido con la naturaleza de estas mismas relaciones. Langhera, Menard y otros atribuyen la muerte de Rafael á la siguiente causa: habiendo mandado Leon X practicar grandes escavaciones para averiguar el plan de los edificios de la antigua Roma y encargado á Rafael la direccion de aquellos trabajos, envióle un dia la órden de que se presentase sin tardanza en uno de los palacios recien desenterrados, donde le aguardaba. En cumplimiento de aquel mandato, acudió apresuradamente Rafael al lugar indicado, llegando allí cansado y bañado en sudor. La frescura y humedad del sitio cortóle la traspiracion, declarándose al dia siguiente una de esas pleuresías que en el mes de Marzo son mortales en Roma.

Mientras duró la enfermedad, envió el Papa infinitos recados para in-

formarse del estado de su pintor favorito. Roma entera participaba de la ansiedad de los allegados del gran artista. La inquietud y afliccion de Leon X eran grandes. De repente mandó cerrar el taller de Rafael, lo cual fué de funesto augurio para los romanos.

Viendo acercarse su última hora, el ilustre pintor se preparó cristianamente á la muerte. Hizo testamento, y en él aseguró el porvenir de su amada Margarita, legando su fortuna á sus parientes de Urbino y á sus amigos y discípulos mas aventajados los objetos de arte que poseia, que eran muchos y preciosos, escogiendo luego para lugar de su sepultura una capilla de la Rotonda, junto al altar de la Vírgen.

Murió Rafael el 6 de Abril de 1520, en dia tambien de Viernes Santo en que habia nacido, y á la temprana edad de treinta y siete años.

Por órden de Leon X colocóse su cuerpo en la misma sala en que solia pintar, donde acudieron á visitarle sus muchos amigos y admiradores. Detrás de su féretro estaba el cuadro animado de la *Trasfiguracion.*

Al referir Vasari este detalle, dice:

« Jaceba scoppiare l'anima di dolore. »

Y en realidad, era desolador el contraste que ofrecia tanta vida con el cadáver del que la produjo.

Los funerales del insigne artista fueron mas concurridos que magníficos; pero su pérdida causó hondo sentimiento en el pueblo y en el Vaticano.

Muerto Rafael, pareció á todos que faltaba el alma de la ciudad eterna.

Participando á su madre el cardenal Castiglione la fatal noticia:

«¡Estoy en Roma, decia; pero me parece como si no estuviera desde que no existe mi pobre Rafael!»

Leon X encargó el epitafio al elegante escritor latino y cardenal Pedro Bembo, quien compuso uno de entre cuyos versos copiamos los siguientes:

«Ille hic est Raphael, timuit quo sospite vinci
Rerum magna parens, et moriente, mori.»

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE RAFAEL DE URBINO.



MARTIN LUTERO

MARTIN LUTERO.

[illegible] clar á la conciencia humana [illegible]
[illegible] nuestra naturaleza, [illegible]
[illegible] esclavos de [illegible]
[illegible] por ella [illegible]
[illegible] juventud de las escuelas de [illegible]
[illegible] en las [illegible] de la [illegible]
[illegible] la castidad, la humildad, la [illegible]
[illegible]erna.
[illegible]

MARTIN LUTERO.

(1483 Á 1546 DESPUES DE J. C.)

Á las muchedumbres han apelado constantemente los sabios ó heresiarcas que interpretaron libremente los libros sagrados; porque la religion cristiana ha interesado siempre á las muchedumbres. Bastó para atraerlas revelar á la conciencia humana la espiritualidad del alma y la dignidad de nuestra naturaleza, un Dios creador y un porvenir de inmortalidad.

Los esclavos de Siria, Egipto, Grecia y Roma recibieron con entusiasmo la doctrina del Crucificado, porque rompia sus cadenas; las mujeres, sintiéndose por ella enaltecidas, la inocularon con la leche á sus hijos, y la generosa juventud de las escuelas de Alejandría, que en vano habia buscado en Pitágoras, Sócrates y Platon una explicacion razonable y sencilla de las relaciones que median entre Dios y las criaturas, abrazóla con fervor; sintióse arrastrada á la soledad para meditarla, y se retiró á orillas del Nilo, allá en las planicies de Fayum, ó á los desiertos de la Tebaida, de donde salió fortalecida por el estudio y contemplacion del infinito, purificada por el ayuno, el trabajo y la penitencia y dispuesta al ejercicio de virtudes hasta entonces desconocidas, cuales eran la castidad, la humildad, la pobreza y la caridad, con el fin de propagar la religion de Cristo y alcanzar la vida eterna.

En la religion cristiana eminentes inteligencias de aquel tiempo encontraron la solucion de estas eternas preguntas de la filosofía:

¿Qué es el alma? ¿Qué son las ideas de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno? ¿Qué es Dios? ¿Qué es la vida futura?

Jesucristo y sus apóstoles no sentaron ninguna proposicion tan trascendental, sino que entregaron al mundo un dogma y una moral, y por la eficacia de los grandes consuelos de la moral sintieron los cristianos la sublimidad del dogma. Sin embargo, ejercitaron su inteligencia para explicarse los misterios de la fé, porque es propio de la naturaleza humana la pretension de conocerlo todo y explicarlo todo, y aunque la fé busca la inteligencia, segun San Agustin, y aunque no animara á los primitivos cristianos ninguna miserable pasion en la investigacion de aquellos problemas, nacieron divergencias sobre el dogma, y estas divergencias se propagaron hasta la edad Moderna.

Los concilios, los Papas, los obispos, esto es, la Iglesia católica, fueron determinando, á medida que se producian dudas, las explicaciones que debian admitirse y cuáles debian rechazarse, á fin de mantener puro el dogma; y de aquí las palabras *ortodojo* y *hereje*, aplicadas respectivamente á los sostenedores de la integridad del dogma, y á los que, siendo tambien cristianos, profesan opiniones libres en cuanto á la fé.

La historia de las herejías es tan antigua como la de la misma Iglesia católica; pero quizá ninguna herejía ha sido tan trascendental, ninguna ha causado revolucion tan profunda en las creencias religiosas como la que sustentó Martin Lutero, subsistente todavía en el Centro y Occidente de Europa y en la América del Norte.

Además del deseo de la inteligencia de conocer la naturaleza esencial del hombre y sus relaciones con el autor del universo, esto es, el alma y Dios, deseo que es orígen de toda filosofía, de toda religion y de toda herejía, en la que provocó Lutero hallaremos motivos tan interesados y polémicas tan groseras y soeces, que hablando imparcialmente, impedirán á los protestantes que las hayan leido tributar á la memoria del reformador la adoracion que alcanzan los grandes hombres, por mas que sus adeptos hayan levantado á Lutero en 1821 una estátua de bronce en Wittemberg, de cuya universidad fué catedrático.[1]

[1] Enrique VIII de Inglaterra refutó á Lutero, y como le llamase doctorcillo y santurron, Lutero prorumpió en mil denuestos contra él, llamándole «insensato, extravagante, poltron, rey de paja, bufon de carnaval, el mas abyecto de todos los asnos y puerco de Santo Tomás; oso y leon, espanto de los razonadores coronados y encapuchados, dispuesto siempre á romperles la cabeza de hierro y la frente de bronce.». Á Eck, á quien en ocasiones calificaba de *insigne* por su ingenio y erudicion, mas tarde le llamó «teologastro y sofista despreciable.» Á la universidad de París, apellidada por él «madre de la ciencia y de la sana teología,» no declarándose en su favor, llamóla «meretriz, sentina de herejía cubierta de lepra de los piés á la ca-

En los evangelistas, en las cartas de los apóstoles y en las obras de los padres de la Iglesia aparece la sublimidad del alma que las ha escrito: en los sistemas filosóficos antiguos y modernos y en muchos heresiarcas anteriores á Lutero hay elevacion de miras, rectitud en los juicios y la respetabilidad que inspira siempre una inteligencia que busca la verdad, aunque caiga en el error; mas en Lutero, á excepcion de sus primeros ataques á la venta de las indulgencias en que brilla la expontaneidad del alma escandalizada por el infame tráfico que hacia Roma de las cosas sagradas, la diatriba es tan frecuente y la contradiccion tan flagrante á veces, que uno se admira de que de tales principios naciera la Reforma. Mas en otro terreno, que no en este tan deleznable, halló sin duda sus fundamentos, como tendremos ocasion de demostrar.

Martin Lutero (Luther) nació en 1483 en Eisleben, ciudad de Sajonia pintorescamente situada entre dos lagos, rodeada de fosos y murallas y ya notables entonces por sus establecimientos de instruccion y fábricas de nitro y potasa. En ellas trabajaba el padre del futuro reformador, que á pesar de ser un simple obrero, le hizo instruir en uno de aquellos colegios, enviándole despues á continuar sus estudios en Eisenach, donde el gran duque de Sajonia-Weimar tenia un palacio en que residia una parte del año. Este duque llegó á ser con el tiempo el mas firme prosélito y consecuente protector de nuestro héroe.

Al mencionado centro de instruccion acababa de llegar el adolescente Martin, cuando se vió desamparado por su padre y en la mayor miseria. No sabiendo cómo ni de qué sustentarse el pobre muchacho, antes que mendigar prefirió ganar su subsistencia cantando salmos por las casas.

Su voz era dulce como la de un ángel; habia aprendido música en su ciudad natal, y tenia grandes disposiciones para este arte, tanto, que improvisaba cantos adecuados á la letra de los salmos, que entendia perfectamente por haber estudiado latin. Siguió una temporada alimentándose merced á este arbitrio, muy á satisfaccion de los vecinos de la ciudad, que gustaban de sus cantos, hasta que, compadeciéndose de él una viuda rica, le amparó, y pudo continuar sus estudios. Convencida su protectora, cuyo nombre ignoramos, de que con su talento y aplicacion podia llegar á ser una lumbrera de la Iglesia, envióle bien recomendado á la universidad de

beza, y á los catedráticos *asnos parisienses.*» Escribió contra el duque de Brunswick un libro titulado *Payaso,* y á Cárlos V le llamaba «bestia alemana, perro rabioso, soldado del Papa y portero del diablo.»

Erfurt. Allí estudió los clásicos griegos y romanos, derecho, filosofía y teología, y por sus relaciones con algunos instruidos griegos y judíos, á quienes sus negocios llevaban á aquella ciudad, pudo adquirir los rudimentos del antiguo griego y hebreo. Por fortuna suya, halló en la biblioteca de la universidad un ejemplar hebreo de la *Biblia* y otro griego, y tomando aficion á los estudios filológicos, emprendió la traduccion de los libros sagrados.

Era entonces Erfurt una ciudad rica y floreciente, que servia de depósito al comercio de la alta y baja Alemania, y en cuya universidad estudiaban multitud de jóvenes pertenecientes á las principales familias del pais. Brillaba entre ellos nuestro Martin, que parecia mas inclinado entonces á la literatura y estudios filológicos que á los metafísicos, y quizás no hubiera pensado nunca en entrar en el cláustro, si el terrible suceso que vamos á narrar no le hubiese distraido de sus aficiones literarias.

Cierta tarde del mes de Setiembre de 1505, habiendo salido á pasear por la hermosa campiña de Erfurt en compañía de un amigo, sorprendióle una deshecha tempestad, de la que imprudentemente se guareció debajo de un árbol, donde á poco rato cayó una exhalacion que mató al amigo y á él le dejó asombrado. Vuelto en sí el jóven de la conmocion eléctrica que experimentara, miró aquella desgracia como un indicio de la cólera celeste, y pensando aplacar á Dios, dirigióse al convento de Agustinos de Erfurt, donde inmediatamente se puso bajo la direccion del padre provincial Juan de Staupiz, que le habia dispensado algunos favores.

Como los primeros anacoretas, llevó allí Lutero una vida de penitencia, cilicios, estudios místicos y oraciones, sin mas objeto que arrancar de su vigorosa naturaleza las pasiones que le arrastraban al mundo, del cual queria entonces vivir separado para siempre.

Demacrado por las flagelaciones, por la sangre que perdia y por el ayuno, caia el novicio en frecuentes desmayos; mas como el honrado provincial, á pesar de su vasto saber, no conocia á su protejido, no solo le consolaba presentándole el cielo como la recompensa de su sacrificio, sino que le animaba diciéndole que si Dios le sujetaba á tan duras pruebas, era porque le destinaba á grandes cosas.

En 1508, terminado su noviciado, profesó Lutero en la órden Agustiniana, y creyéndose llamado á regenerar el mundo por medio de la predicacion y la enseñanza, aceptó la cátedra de teología de la universidad de Wittemberg, que acababa de fundar el elector de Sajonia en aquel mismo año.

Contaba entonces nuestro héroe la edad de veinte y cinco años: era de estatura pequeña, de complexion fuerte, de temperamento bilioso-sanguíneo y de ojos vivos y penetrantes: su voz, que subia de tono cuando se exaltaba, era robusta y clara, y ostentaba en su porte un aire majestuoso para unos y altanero para otros.

Tal era el exterior de Lutero cuando desde la cátedra y el púlpito empezó á dominar á sus oyentes con su talento, y sobre todo con su brillante imaginacion de poeta y las cadenciosas y variadas formas de sus discursos.

Desde el instante en que se dió á conocer como predicador, fué aplaudido y estimado. La inmensa reputacion que adquirió en poco tiempo valióle la amistad del elector Federico de Sajonia, entonces regente del Imperio.

Por motivos que interesaban á la órden de los padres Agustinos, estos le enviaron á Roma á representarlos cerca de Julio II. Estaba este Papa calzándose las espuelas para marchar al frente de su ejército contra Mirandola, ocupada por los franceses, cuando llegó Lutero á la ciudad eterna, y al ver aquellos sacerdotes y príncipes de la Iglesia, sentinas del vicio, *que decian quince misas mientras él decia una;* á aquella curia, verdadera almoneda de negocios religiosos, le pareció que el cielo de Roma estaba siempre encapotado, que las habitaciones eran malas, ágrio el vino, perjudicial el agua, febril el aire, y tan fea aquella poblacion como el corazon de los hombres que la habitaban. De aquí que las obras maestras debidas á la pluma, al cincel, á los colores de los grandes literatos y artistas, y los mismos ingenios que se cobijaban bajo el esplendente dosel de la Sede Pontificia, le pareciesen flores sepulcrales que arraigaban en un cuerpo corrupto.

Tan dolorosa impresion llevó Lutero de Roma, que de regreso á Witemberg sintió desarrollarse en su corazon el gérmen de rebeldía contra la Iglesia católica.

Al tomar el grado de doctor en teología se propuso continuar el estudio y traduccion de la *Biblia* griega y hebrea, empezados en Eisenach. Estos trabajos le hicieron concebir un profundo desprecio por la escolástica y por Aristóteles, á quien calificaba de «juglar que con los atractivos griegos habia arrastrado la Iglesia cristiana á su perdicion,» mostrándose desde entonces apasionado por las obras de San Agustin.

En 1516, sin que tuviera una idea clara de lo que debia hacer, sin proponerse plan alguno, sin calcular la trascendencia que un acto hostil al papado podria tener en la sociedad; en una palabra, sin saber dónde estaba ni

dónde iba, publicó un libro contra la autoridad del Pontífice romano y de los sofistas, libro que sometió mas tarde al mismo Papa.

Mas antes de continuar narrando la vida del reformador importa que echemos una mirada retrospectiva para reseñar las causas del cisma en que Lutero no fué mas que la causa ocasional, puesto que ni su talento por inmenso que fuese, ni menos su osadía, fueran bastantes á determinarlo.

Ninguna revolucion social, política ni religiosa nace de un hecho aislado: las morales como las físicas se desarrollan á medida de los sucesos; no hay explosion si antes no se han reunido los elementos que pueden producirla, y los elementos sociales no los prepara un hombre sino las generaciones.

Á este propósito dice Mariana compendiando en pocas frases las causas de la Reforma:

«De años atrás aquella gente (los alemanes) estaba preñada por los abusos y vicios que se veian dónde y en quién fuera menos razon (en Roma y el Papa), brotando el mal humor con esta ocasion (la de la venta de las indulgencias), y por medio de este fraile (Lutero).»

Como lo indica el sabio historiador, en tiempos anteriores se engendraron aquellos sucesos. Hacia ya algunos siglos que conmovia á la Iglesia católica una profunda agitacion, ora oculta, ora visible, por efecto de la relajacion de la disciplina é inmoralidad de costumbres del alto y bajo clero. La Iglesia, poder intermediario entre los pueblos y los reyes, creyó útil gozar un dominio temporal, que sirvió para la seguridad de los Papas en tiempos de turbulencias; pero que los avezó á tener córte como los demas soberanos, á pesar de que su reino no es de este mundo. Pronto se inocularon en la córte eclesiástica todos los vicios y todos los excesos de las córtes mundanas. De aquí que el lujo corruptor produjese en los prelados los mismos estragos que causa en todas partes, y que los mismos crímenes que se cometian en los palacios seglares se perpetraran en los palacios de los príncipes de la Iglesia.

En el siglo anterior á Lutero estalló el gran cisma que dividió la cristiandad en dos ó mas bandos enemigos, dirigidos en un principio por dos Papas, Urbano VI y Clemente VII, que se excomulgaron mútuamente, así como á sus respectivos partidarios, combatiéndose además con toda clase de armas y con tanto encarnizamiento, que no respetaron ni el carácter augusto de santos varones, ni la edad avanzada de ciertos cardenales, ni aun el sagrado templo del Señor. Esta lucha y cisma, que duró medio

siglo [1] llevando el mas espantoso desórden á las conciencias, movieron á los fieles á tratar de impedir su reproduccion por la consiguiente reforma de la Iglesia.

La herejía de Juan Huss y de Gerónimo de Praga, y la guerra de exterminio entre los husitas y los papistas, que degeneró en guerra social, fueron las consecuencias inmediatas del cisma. El concilio de Constanza, que depuso á Juan XII, procuró remediar estos males declarando superiores los concilios al papado; pero la resistencia de Eugenio IV á esta y otras reformas dió motivo á que el concilio de Basilea nombrara el antipapa Félix V y á que se prolongara la lucha religiosa.

En Francia y Alemania fué reconocida la superioridad de los concilios sobre el romano Pontífice; mas como se convino en que solo el Papa tenia potestad para convocarlos, la corruptela de Roma siguió inficionando la cristiandad.

Así, ¿cómo podian mantenerse la fé, la veneracion, el influjo de la autoridad, lazos invisibles que unen el rebaño con el pastor, los fieles con la cabeza visible de la Iglesia? ¿Qué autoridad podia tener ésta para impedir las guerras, ni para moralizar las córtes, ni qué criterio para guiar los adelantos y descubrimientos de aquel siglo á un fin social en armonía con el cristianismo?

El fuego de las hogueras que consumieron á Juan Huss, á Gerónimo de Praga, á Savonarola y tantos otros sectarios é innovadores, se propagó en Alemania y en otras partes á los monasterios y templos católicos, con menoscabo de la pura y sublime doctrina del Crucificado y con desprestigio de los que se llamaban sus vicarios en la tierra.

Las llaves de San Pedro, como dice Cantú, eran codiciadas, no porque abriesen las puertas del cielo, sino porque eran de oro; los cardenales eran nombrados por influjos de poderosos protectores, por condescendencia con los príncipes, y por dinero; las iglesias se confiaban, no conforme al mérito, sino segun la importancia de las familias, y la curia romana pensaba únicamente en reportar utilidad de las vacantes. Habiéndose dado entonces las dignidades á los ricos como beneficios simples, se introdujo lo que puede llamarse derecho de ubicuidad, es decir, el poder disfrutar de sus rentas en cualquier parte donde se hallasen los agraciados. [2]

[1] De 1378 á 1429.

[2] Leon X, el Papa que fulminó la excomunion contra Lutero, acaparó en su juventud gran número de cargos: fué á un tiempo canónigo de tres catedrales, rector de siete iglesias, prior

En España, Mariana y otros graves historiadores pintan al clero del siglo XV ignorante, de costumbres licenciosas y dado á combatir con las armas en la mano. El establecimiento del Santo Oficio y su rigor, solo comparable al que desplegaron Neron y otros emperadores contra los cristianos, atrajo las simpatías hácia las víctimas en demérito de la Iglesia.

En Italia, y particularmente en Roma, la incredulidad y la ignorancia de las cosas de Dios entre los eclesiásticos excedia á toda ponderacion: los predicadores confundian la teología y la filosofía con el Evangelio, lo sagrado con lo profano, lo grave con lo burlesco. El mismo Leon X, segun se expresa el cardenal Bembo, fué elegido Pontífice *por el favor de los dioses inmortales.* El citado cardenal calificó á la Vírgen de *diosa* y llamó *colegio de los Augures* al de los cardenales. [1] En algunas historias de aquel tiempo se apellida *hijo de Júpiter* á Cristo, á las monjas *vestales,* á los cardenales *padres conscriptos* y á la Providencia *destino.*

La exaltacion al trono pontificio de Alejandro VI, que con sus riquezas compró los votos de los cardenales y que vivia públicamente con su concubina Vanozza, de quien, además de la tristemente célebre Lucrecia Borgia, tuvo al malvado César Borgia y á Francisco, duque de Gandía, propagó los vicios eclesiásticos del siglo XV al XVI. Este Papa murió víctima del veneno que por equivocacion le dieron á beber sus criados y que él destinaba á los cardenales á quienes trataba de heredar.

La córte de Roma y los Pontífices perdieron todo el prestigio que ejercieron en otro tiempo sobre los reyes, mayormente cuando embrazaron el escudo y lanza y frecuentaron los campos de batalla como Julio II y otros. El sucesor de Julio, Leon X, que ciñó la tiara en 1513, entró en Roma montado en el mismo caballo en que habia peleado el año anterior en la sangrienta jornada de Rávena contra los franceses.

Este mismo Leon X, el excomulgador de Lutero, era jóven, instruido, amable, aficionado á componer música y á cantar árias; gastó en su coronacion cien mil *zequíes* que su antecesor habia reunido *para arrojar á los bárbaros de Italia,* [2] y empeñó las joyas de San Pedro. Aparte de esto, cas-

de una, cantor de otra y preboste de una tercera, y además abad de quince monasterios ó iglesias colegiales: es decir, disfrutaba la renta de veinte y ocho beneficios.

[1] Es de creer que este príncipe de la Iglesia, que contó entre sus queridas á la infame Lucrecia Borgia y á la disoluta Morosina, se expresaba así por espíritu de adulacion, pues no se concibe otra cosa tratándose de un hombre á quien se mira como el escritor mas puro é ilustrado de principios del Renacimiento.

[2] Es decir, á los españoles, franceses y alemanes.

tigó con la muerte y el destierro á los cardenales autores de una conspiracion, dando lugar á que dijera de él el pueblo romano, que « se elevó al poder deslizándose como una zorra, reinó como un leon y acabó como un perro. »

Segun Cantú, hacia representar la *Mandrágora* de Maquiavelo y su *Calandria,* « cuyas escenas, demasiado impúdicas para un lupanar, hicieron reir á Leon, á Isabel de Este y á las señoras mas elegantes de Italia. »

El sucesor de este Pontífice, Adriano VI, condenó la conducta de sus antecesores, como puede verse por las siguientes líneas que tomamos de la *Historia de Alemania* de Kohlrausch:

« Sabemos que la Santa Sede que ocupamos ha sido asiento durante muchos años de grande corrupcion y de grandes abusos en los negocios eclesiásticos y en todos los asuntos que dependen de la cátedra de San Pedro. No es de extrañar, pues, que la dolencia se haya propagado de la cabeza á los miembros, del Papa á los clérigos; por lo que debemos esforzarnos cuanto podamos en reformar nuestra silla Apostólica, de la cual quizás haya emanado todo el mal, y ya que la ponzoña ha partido de aquí para descender á los grados inferiores, sea ahora orígen de salud y vida.»

Tales son las causas principales que indicaban la necesidad de la reforma de la Iglesia católica, puestas de relieve en Alemania con general aplauso por Desiderio Erasmo, que censuró en sus obras y ridiculizó el libertinaje del clero, la ignorancia de los frailes y sus supersticiones.

El sabio aleman Reuchlin y otros escritores pedian tambien una reforma en la Iglesia, y la dieta de Augsburgo, reclamando contra las pretensiones ambiciosas de los Papas, decia:

« Si no se remedian los abusos, fácilmente puede sobrevenir una persecucion general contra el clero, ó bien, siguiendo el ejemplo dado por la Bohemia, la desercion de los fieles de la Iglesia romana. »

Y así sucedió.

Sin embargo, necesario fué todavía un hecho mas escandaloso para determinar la explosion del cisma.

Fué el caso que Leon X, despues de haber disipado enormes sumas en su coronacion, en levantar suntuosos edificios y en premiar á algunos artistas, literatos y hombres de ciencia, quiso acabar el grandioso templo de San Pedro, empezado por Julio II, y careciendo de fondos, anunció la venta de nuevas indulgencias.

No era esta costumbre nueva en la curia romana: arraigaba en prin-

cipios de antiguo respetados por los fieles. Admitian estos que los pecados se redimian por la penitencia, cuya duracion y circunstancias fijaba la Iglesia, á la cual incumbia perdonarla en parte ó en todo, mediante una limosna dada por el penitente. Mas como la duracion de las penas, que no excedia de treinta años en los primeros tiempos de la Iglesia, se aumentase despues hasta siglos enteros, haciendo de este modo imposible obtener la absolucion durante la vida del castigado, se encargaron de *conmutarlas*, y aun de *redimirlas totalmente*, las comunidades religiosas, recibiendo de los pecadores ciertas *limosnas*, cuyo importe estaba tarifado en los libros penitenciales.

Como *conmutaciones* fueron consideradas las Cruzadas por los peligros y fatigas que ofrecian, y tambien el dinero que se daba para auxiliarlas, igualmente que el empleado en las fundaciones de iglesias, hospitales, construccion de puentes ó en otras obras piadosas ó de interés general.

Despues, para redimir las culpas se inventaron los jubileos, inagotable mina de riquezas para Roma, á donde llegaban cada año innumerables peregrinos de todas las naciones con la bolsa repleta, en cambio de la cual y mediante determinadas visitas al sepulcro de los Santos Apóstoles, se volvian á sus casas aliviados del peso de su dinero y limpios de pecado.

Tambien se obtuvieron indulgencias mas ó menos latas, y aun plenarias, subviniendo á las necesidades de los Papas, los cuales, impulsando las Cruzadas, las guerras contra los turcos y las misiones en Ásia y África, creian tener derecho á los auxilios de los fieles.

Por semejantes medios, todo el dinero de la cristiandad afluia como un rio al Océano de las arcas pontificias, durando tal estado de cosas hasta que algunos piadosos peregrinos que regresaron á sus hogares poco edificados de las licenciosas costumbres del alto y bajo clero romano, dieron la voz de alarma por Europa.

La venta de indulgencias, que reportaba tan pingües beneficios, empezó á ser sospechosa á los fieles; temieron éstos que sus productos se invirtiesen en sostener aquella corrupcion de que les hablaban los peregrinos, y de la que desgraciadamente tenian pruebas palpables de haber contaminado casi toda la Italia, y se enfrió su celo por adquirir la mercancía romana.

Á pesar de todo, tal era la fé de los católicos, que continuó la venta, no obstante los abusos á que daba lugar y que los concilios de Letran, Viena y Constanza quisieron corregir, demostrando un sentido mas recto que los mismos Papas.

Como dejamos indicado, necesitaba recursos Leon X para concluir la basílica de San Pedro y emprender una Cruzada contra Selim I, y pareciéndole que el fervor cristiano se significaria de una manera elocuente en la empresa de atajar los pasos del islamismo y en el proyecto de elevar un monumento á la unidad católica, publicó en 1516 una bula de indulgencias, cuyo derecho de expendicion arrendó por provincias á los mejores postores. Estos, á su vez, tenian sub-arrendadores, que iban por los pueblos acompañados de sacerdotes hábiles en el uso de la palabra para recomendar la compra de indulgencias, del mismo modo que los charlatanes en las ferias exajeran la bondad de las bujerías que ofrecen á sus nécios oyentes.

La impudencia de los predicadores llegó al extremo de asegurar que las letras de indulgencia borraban completamente el pecado, sin necesidad de la confesion y absolucion; que las habia para todos los crímenes, como robos de iglesia, perjurios y asesinatos, y otras que redimian las culpas que pudieran cometerse en el porvenir.

En tales circunstancias, corrió muy acreditado el rumor de que los fondos que de esta bula se recaudasen en Sajonia estaban destinados á mejorar la posicion de la señora Cibo, hermana de Leon X, lo cual escandalizó tanto á los fieles ilustrados como los medios de que se valia la Santa Sede para anunciar la venta de indulgencias.

Juan Tetzel, dominico de Pirna, comisionado por el arzobispo de Maguncia para recaudar el importe de las bulas referentes á Alemania, cuando llegaba á un pueblo plantaba la cruz en medio de la plaza, extendia su mercadería, y gritaba:

«¡Comprad, comprad, que al sonido de cada moneda que cae en mi caja sale una alma del purgatorio!» [1]

Estimulado el pueblo por los frailes, acudia á dejar *thalers* y *zequíes* en cambio de indulgencias. El mercado se hacia frecuentemente en las tabernas, y solo de Freiberg sacó Tetzel dos mil florines, no sin disgusto del elector de Sajonia, ni sin que se indignaran los hombres honrados, y especialmente Lutero, que se opuso desde luego á aquella profanacion, negándose á absolver á los que se acercaban á su confesionario disculpando sus faltas con el derecho que les daba para pecar la cédula de indulgencia de que se habian provisto.

No contento con esto el profesor de teología, el 31 de Octubre de 1517 lanzó desde la iglesia del castillo de Wittemberg ochenta y cinco proposi-

[1] Lo asegura Cantú y casi todos los historiadores que hablan de la Reforma.

ciones atacando con calor el tráfico de las indulgencias y desafiando á los teólogos romanos á que le contestaran en una disertacion pública.

Tales provocaciones en asuntos religiosos no eran raras en la época de que vamos hablando; mas tan atrevido lenguaje usó Lutero el emitir su tésis, y parecian dictadas por tal espíritu de rectitud é independencia, que adquirieron en seguida inmensa popularidad y se extendieron por toda la Alemania.

En aquellas célebres proposiciones sostenia Lutero especialmente «que el romano Pontífice no tenia por sí mismo el poder de perdonar los pecados; que solo tenia facultad de declarar que eran por Dios perdonados; que todo el poder que sobre este punto tenia el Papa pertenecia igualmente á los obispos y á los curas; que el pecador verdaderamente arrepentido obtenia el perdon de la pena sin las indulgencias; que los tesoros de misericordia del Salvador y de la Iglesia pertenecian á los fieles, con tanta independencia del Pontífice, que á este no le asistia ningun derecho para distribuirlos nuevamente, y que si Leon X, á quien se sometia, conociese las exacciones y malas artes de los vendedores de indulgencias, preferiria ver arruinada la iglesia de San Pedro á construirla con la sangre y los huesos de su rebaño.»

Muy lejos estaba el agustino de prever el efecto que debian producir sus tésis, tanto, que abrigó la ilusion de recibir plácemes hasta del mismo Papa. Sin embargo, no fueron del mismo parecer sus superiores, quienes calificaron de demasiado fuerte su lenguaje, y como le reprendieran por ello:

«Padres mios, contestó, si lo que he hecho no es en nombre de Dios, caerá: si Dios lo aprueba, sometámonos á ello.»

La doctrina de Lutero sobre las indulgencias provocó una violenta contestacion de parte de Tetzel y de sus coadjutores, los cuales como Dominicos odiaban á los Agustinos. En aquel escrito, además de apostrofar á Lutero con el dictado de hereje, se hablaba ya de verdugo y de hoguera para el disidente.

En el sermon inmediato que pronunció sobre esta materia, quiso demostrar con textos de la Escritura que la justicia divina no exige del pecador mas penitencia ni satisfaccion que el propósito de la enmienda y el de llevar la cruz de Cristo; que en ninguna parte de los libros sagrados está prescrito el concurso del acto y de las buenas obras para satisfacer la justicia suprema, y que los sacerdotes que dicen que la indulgencia aplicada al alma que está en el purgatorio la redime de su pena, están equivocados ó engañan á sabiendas á sus penitentes.

Además de estas proposiciones, sentó en dicho sermon las siguientes tésis:

«Debe darse lo supérfluo por amor de Dios para edificar la iglesia de San Pedro; pero no debe comprarse el perdon de las culpas.

»Prefiere á San Pedro y á las indulgencias aquel hermano tuyo que sea pobre.

»La indulgencia no es de precepto ni de consejo divino: no es un mandamiento; no es una buena obra que produzca la salvacion.

»Quien diga que soy hereje porque perjudico su bolsillo, nunca ha comprendido la *Biblia*.»

Apenas enunciadas, se presentaron cien opositores á estas tésis, y especialmente los Dominicos por rivalidad de corporacion, mientras que los profesores de humanidades, por rencor á los Dominicos, que eran los censores de sus libros, se afiliaron entre los partidarios de Lutero.

La imprenta, que apenas nacida hablaba con sus mil lenguas, difundió por toda Alemania las doctrinas de Lutero y las de sus opositores; pero la necesidad de la reforma de la Iglesia era tan generalmente sentida, que se manifestó traspasando todo límite, hasta dudar de la potestad del Papa y de su autoridad en materias de fé.

Aumentándose rápidamente los que aplaudian las doctrinas del audaz profesor de teología, empezó á dividirse la Europa católica en dos opuestos bandos; y sin embargo, callaba Roma, fiada en sus luces y en el prestigio de sus glorias, despreciando las tésis de un *bárbaro,* como llamaba á aquel oscuro fraile que desde el fondo de su claustro conmovia las conciencias con su predicacion y sus escritos.

Leon X, que gozaba al principio en aquellas controversias, decia de Lutero:

«Fray Martin es un hombre de ingenio, y por eso le aborrecen los frailes.»

Empero tardó poco en modificar su opinion, asegurando entonces que el atrevido teólogo era un tudesco ébrio que necesitaba digerir el vino.

Por lo que hace á Lutero, habia escrito al Pontífice la siguiente carta:

«Santísimo Padre: Me arrodillo á tus piés y pongo á merced de tu santidad cuanto soy y poseo: vivifica, mata, llama, reclama, prueba, reprueba á tu antojo, que yo reconoceré tu autoridad como la de Dios que reside en tí y por tí habla; porque sé que tu voz es su voz; que eres su vicario en la tierra. Si merezco la muerte, no la esquivaré; porque cuanto existe en el mundo es de Dios, cuyo nombre sea alabado.»

Y al mismo tiempo, segun afirman sus adversarios, escribia á Spalatino, asegurándole que no se atrevia á resolver si el Papa era el Antecristo ó un apóstol del Antecristo.

No tenia Roma formada una opinion exacta de la Alemania: creíase allí ser este un pais semi-salvaje, cuya paciente poblacion, acostumbrada á la obediencia, era lenta en tomar una resolucion; y esta ignorancia y error en el aprecio de las cualidades morales de los alemanes fueron funestos á la Sede Pontificia y causa de graves males para la Europa.

Al fin fué llamado Lutero á Roma por el Papa, en Mayo de 1518; mas el elector de Sajonia, y particularmente la universidad de Wittemberg, que debia sus progresos á su catedrático de teología, le impidieron verificar un viaje que en concepto de todos era peligroso, pues recordaron que en iguales circunstancias fué funesto á Juan Huss, tan bárbaramente sacrificado á las iras de la córte pontificia. Despues de varias contestaciones entre la Santa Sede y el agustino, debió éste á las gestiones del elector el ser examinado en Alemania por un delegado del Papa. Era este delegado el cardenal Tomás Vio de Gaeta, que exigió desde luego al disidente una retractacion; pero Lutero declaró que se retractaria si con la Santa Escritura en la mano le probaba su error. El cardenal, que juzgaba atentatorio á su dignidad disputar con un fraile, puso término á la entrevista, diciendo al que miraba como un subordinado.

« Véte y vuelve con tu retractacion firmada. »

En vez de obedecer, escribió Lutero una justificacion de su conducta, en la que únicamente confesaba haberse excedido un poco al hablar del Papa, ofreciendo callar con tal que sus adversarios hicieran otro tanto.

Aun cuando no era esto lo que esperaba el cardenal, no desesperó todavía de reducir á su contrincante; por lo que le propuso una polémica en Augsburgo, que aceptó Lutero, y en cuya idea se deleitó el público, viéndose llamado á juzgar un punto de teología con solo su criterio.

Llegados á Augsburgo ambos antagonistas, y dado principio á su polémica, procuró el cardenal convencer al teólogo exponiendo las razones que abogaban por las indulgencias, las que, segun decia, aplicadas á las almas del purgatorio, enlazan al hombre con sus antepasados, con quienes debe reunirse en un plazo mas ó menos largo, mas allá de su existencia terrenal.

Esta y otras razones adujo el buen prelado; mas contra lo que se lisonjeaba de alcanzar en premio de su elocuencia, Lutero no quiso retrac-

tarse de un modo categórico, ni lo deseaban tampoco los innumerables espectadores de aquella conferencia, porque, verdaderamente, en los corazones alemanes estaba ya latente la Reforma.

Despechado el cardenal por la inutilidad de sus esfuerzos, abandonó de pronto el tono conciliador conque se expresara, y publicó un edicto de Leon X en que aprobaba lo hecho por los vendedores de indulgencias y declaraba hereje á Lutero.

El canónigo Cárlos Miltiz, á quien Leon habia hecho portador de la rosa de oro para Federico de Sajonia, con quien deseaba estar en buenas relaciones para prevenir la tormenta que por aquella parte amenazaba á la Iglesia, aconsejó á Lutero que escribiese al Pontífice, como en efecto lo hizo, demostrando así que no pretendia llegar á un rompimiento con Roma y que aun podia evitarse el cisma, siempre fatal al catolicismo, y los dolorosos sucesos que lo acompañaron.

«Mucho me duele, oh, Padre, vuestra cólera, decia Lutero en aquella carta; pero no veo medio de sustraerme á ella. Retractaria de buen grado mis tésis si esto bastara al objeto; mas habiéndose extendido mis escritos y hecho mas impresion que la que yo esperaba, gracias á sus refutadores, ninguna retraccion seria suficiente para destruirlos. Pongo á Dios por testigo y á todas las criaturas, que nunca ha sido mi intencion debilitar el poder de la Iglesia, ni el vuestro, que reconozco superior á todos, excepto al de Jesucristo. Prometo á vuestra santidad no ocuparme mas de las indulgencias, con tal que cesen mis contrarios de engreirse y de ofenderme; exhortaré al pueblo á venerar la Iglesia Romana; atemperaré la violencia conque he hablado de ella, sintiendo haberla dañado por combatir á tantos charlatanes, cuando mi único objeto era impedir que la avidez de algunos extranjeros contaminase la pureza del dogma católico.»

Y en cumplimiento de su promesa publicó que los abusos de algunos malos sacerdotes no daban motivo para separarse de la Iglesia católica, sino mas bien para unirse á ella; que los sabios solo debian examinar hasta el punto que alcanzaba el poder de la Santa Sede, y que por su parte, sostenia la veneracion de los santos y la doctrina del purgatorio.

Mas la imprudencia de los amigos de la venta de indulgencias picó de nuevo el amor propio de Lutero provocándole á una controversia pública en Leipzig, donde tuvo por contrincantes al mas hábil atleta del catolicismo, el profesor de teología Juan Eck, y á Andrés Carlstadt.

Las conferencias de Leipzig duraron los dias comprendidos entre el 27

de Junio y el 13 de Julio de 1519, discutiéndose en ellas los mas importantes artículos de la fé y acerca del respeto debido al Papa.

Dícese que Lutero sucumbió en la contienda por temor de pasar por husita, y que habiéndole demostrado que una de sus proposiciones estaba reprobada por el concilio de Constanza, contestó que esto no bastaba para condenarle.

Los argumentos del vencido, y especialmente los contrarios á la infalibidad del Papa, se difundieron tambien con estas circunstancias con extraordinaria rapidez por toda Alemania, Francia é Inglaterra, y una vez lanzado á este terreno, no quiso ya Lutero retractarse, abrazando como única verdad la que literalmente está expuesta en los Evangelios y en los cuatro concilios ecuménicos. Así, refutó ya sin rebozo la *Trasustanciacion,* los *Sacramentos,* el *Purgatorio*, los *votos monásticos* y la *invocacion á los Santos.*

Terminadas las conferencias sin producir ningun resultado, Eck se dirigió á Roma, y reclamó contra los herejes todos los rayos del Vaticano. Luego volvió á Alemania con una bula pontificia en que se consignaban como heréticas cuarenta y una proposiciones de Lutero, y se le separaba del gremio de la Iglesia si en el término de diez y seis dias no confesaba públicamente sus errores retractándose de ellos.

Á pesar de la diligencia que puso Eck en difundir esta bula por las ciudades de Alemania, fué aceptada en muy pocas; en algunas los mismos magistrados impidieron que se publicase, y en las poblaciones en que los católicos lograron fijarla en las iglesias, el pueblo la rasgó. ¡Tantos prosélitos habia ya hecho Lutero!

Hallábase éste en Wittemberg, su ordinaria residencia, y exasperado por la rigurosa medida de que fuera objeto, convocó el 10 de Octubre de 1520 á los estudiantes de la universidad por medio de anuncios fijados en las esquinas. El punto de reunion era la plaza de la Catedral, y acudiendo allí los estudiantes, levantaron una inmensa pira; un catedrático prendió fuego á la leña, y cuando las llamas se elevaron, Lutero, con aplauso de la muchedumbre, arrojó al fuego la bula del Papa, los libros del derecho canónico y los escritos de Eck.

Arrojada la máscara y en lucha ya con Roma, publicó inmediatamente el heresiarca la *Esclavitud babilónica de la Iglesia,* tiznándola con apodos irritantes, presentándola como tipo de vicios é iniquidades y declarándola peor que Sodoma y Gomorra.

«Ni Papa, ni obispo, ni ningun hombre, cualquiera que sea, dice en dicha obra, tiene potestad para prescribir la mas mínima cosa á un cristiano, á no ser con su consentimiento: lo demas es una tiranía. Somos libres: el voto bautismal es suficiente, y aun es mas de lo que podemos hacer; los otros votos pueden, pues, abolirse. Sepa quien entra en el sacerdocio, que sus obras no son mas meritorias á los ojos de Dios que las de un labrador ó una humilde sirviente: Dios estima las cosas por la fé.»

Rápidamente impresas las obras de Lutero en 1520, se tradujeron en España y en los Paises-Bajos, y en 1521 un viajero las compraba en Jerusalen. Tan activa propaganda solo se concibe admitiendo, como hemos dicho mas arriba, que la cristiandad apetecia, necesitaba una reforma en la Iglesia. Cuando un siglo está en sazon para recibir un cambio en sus costumbres é instituciones, basta una señal para levantarse á la vez todos los pueblos, y el que proclama primero en alta voz el objeto deseado, es tenido por un génio, porque en realidad, génio se necesita para adivinar lo que está en el corazon de las muchedumbres. Mas las vacilaciones de Lutero, las contradicciones en que incurrió, y la frecuencia conque se vió arrastrado á la arena de las controversias por sus mismos enemigos, dan indicios de la debilidad de sus convicciones, ya fuese por carecer de fé en sus doctrinas ó por temor al martirio.

Deseaba ardientemente Roma que el nuevo heresiarca sufriera la suerte de Juan Huss, y como Cárlos I de España hubiese sido elegido emperador de Alemania y debiera tomar á la sazon posesion del Imperio bajo el nombre de Cárlos V, quiso aprovecharse de tal circunstancia para exponerle á la furia del César, á quien, como nieto de los reyes Católicos, suponia adherido á los intereses de la Iglesia.

Interpretando aquellas intenciones, Aleander, nuncio apostólico, pidió á la Dieta de Worms, reunida el 3 de Enero de 1531, que condenase á Lutero como hereje. Viendo acogida con bastante frialdad su peticion, expuso á aquella asamblea los errores del agustino, de quien dijo que no solamente continuaba tildando la venta de las indulgencias, sino que atacaba terriblemente el dogma católico. Pero la asamblea formuló algunas quejas contra Roma, y á instancias del elector de Sajonia solicitó y obtuvo del emperador que no se decidiera nada sin oir al acusado, para el cual reclamó un salvoconducto, á fin de que pudiera presentarse sin temor para responder á los cargos que se le dirigian.

Citado por la Dieta y compelido á ello por su amigo el elector, encami-

nóse á Worms el reformador, provisto de un salvo-conducto que le hacia inviolable para sus enemigos.

En el camino pudo convencerse Lutero por sus propios ojos de la fuerza de su partido: de las ciudades y aldeas por donde pasaba salian en masa sus habitantes para ver y escuchar al *pio, querido é ilustre doctor,* como le llamaba el elector de Sajonia.

Durante aquel viaje compuso nuestro héroe la letra y música del famoso himno que ha llegado hasta nosotros con el título de *Himno de la Reforma,* del cual trascribimos los siguientes versículos, que parecen una reminiscencia del *Canto de victoria* de la Mujer fuerte de la *Biblia:*

« ¡ Fortaleza inexpugnable es Dios; escudo seguro, arma á toda prueba! ¡ Él nos librará de los males que nos amenazan! ¡ En nuestro camino se ha atravesado el enemigo del hombre; sus armas son la astucia y un poder inmenso: no le hay igual en la tierra!

» ¡ Impotentes son nuestras fuerzas para luchar con él, y no tardaríamos en sucumbir! ¡ Pero nos protege el sér elegido por Dios para redimir á sus criaturas! ¿Y quién es este sér? ¡Jesucristo, el Dios de Sabaoth: no hay otro Dios: Él es el supremo Señor!

» ¡ Aun cuando la tierra estuviese poblada de demonios prontos á devorarnos, no temblaríamos ya; nuestra seria la victoria! ¡ Agítense en buen hora los príncipes del mundo: nosotros estamos á cubierto de sus golpes; pronunciada está su sentencia, y una palabra bastaria para destruirlos! »

El 17 de Abril de 1521 compareció Lutero ante la Dieta, siendo tal la muchedumbre que se agolpó á su paso, que tuvieron que introducirle en el palacio por la puerta del jardin.

Cuéntase que cuando Cárlos V le vió entrar en la sala de sesiones, dijo á uno de los miembros de la Dieta que se hallaba á su lado:

« Nunca ese hombre me hará á mí ser hereje. »

Lutero estaba entonces pálido y rendido por una calentura que padecia y por las rudas emociones que habia experimentado durante su viaje, sin contar conque se sentia oprimido al hallarse solo en medio de una asamblea que representaba el Imperio y que estaba presidida por el mismo César.

Preguntado por el arzobispo de Tréveris, en nombre del emperador y de la asamblea, si reconocia por suyos los libros que le presentaron y si sostenia las proposiciones en ellos contenidas, respondió á lo primero afirmativamente, y en cuanto á lo segundo, pidió algun tiempo para reflexionar. Dife-

rida la contestacion para el dia siguiente, dijo, que sus escritos eran de tres especies; que unos trataban de artículos de fé y buenas obras, y que no siendo tildados por sus adversarios, no podria retractarse de ellos sin herir su conciencia; que habia otros que atacaban la autoridad del Sumo Pontífice y sus decretos, y que si de ellos se retractaba, confirmaria por tal acto y ante todo el mundo la tiranía del Papa; que la tercera clase de escritos iba dirigida contra los defensores del papado que le habian atacado á él mismo, aun cuando confesaba haberse mostrado en ellos demasiado violento y agresivo, como lo habian estado sus adversarios, concluyendo, en fin, su defensa con estas palabras:

— Despues de lo que he dicho, si se me puede convencer de error por medio de las Sagradas Escrituras, estoy dispuesto á arrojar mis escritos al fuego con mis propias manos.

— Pero aquí, replicó el canciller del Imperio, no hemos venido á discutir, sino á oir de vuestra boca si estais dispuesto á abjurar los errores que habeis propagado.

— Mi conciencia me impide retractarme, respondió Lutero con voz breve y firme.

Oida esta terminante declaracion, fué despedido el innovador, y cuando al dia siguiente le amonestó particularmente el obispo de Tréveris y otros elevados personajes:

«Si esta obra es humana, dijo, desaparecerá por sí misma; pero si viene de Dios, nada ni nadie podrá detener sus progresos.»

Algunos dias despues manifestó el emperador á la Dieta su resolucion de perseguir la herejía, diciendo, «que estaba decidido á consagrar cuanto tenia, su Imperio, sus Estados, sus amigos, su cuerpo, su sangre y su vida á detener inmediatamente los progresos de aquella empresa impía, porque de no hacerlo se cubririan de eterna deshonra él y la nacion alemana; que sus abuelos, los emperadores de Alemania, los reyes Católicos de España y los duques de Austria y de Borgoña habian sido todos, hasta el último suspiro de su vida, fieles á la Iglesia romana; que de ellos habia recibido en herencia los dogmas católicos y la disciplina de la Iglesia; que queria vivir y morir en esta fé, y que no accederia á oir mas á Lutero, á quien dejaba ir libremente por respeto al salvo-conducto que le otorgara, pero al que pronto perseguiria como hereje.»

Esta declaracion del emperador era bastante grave, porque necesitando el apoyo del Papa, no tardó en congraciarse con él, proscribiendo á Lutero

y á sus secuaces, lo cual produjo una grande excision entre los príncipes y sus Estados.

No debian ocultarse al heresiarca las intenciones del emperador respecto á su persona, porque tan pronto como obtuvo permiso de retirarse, abandonó á Worms, mientras el elector de Sajonia, temiendo por la vida de su protegido, le hizo detener en el camino de Wittemberg por unos caballeros enmascarados, quienes le condujeron á su castillo de Watzbourg en Turingia, cerca de Eisenach, donde le tuvo oculto hasta que vió calmado el furor de sus adversarios.

Quemáronse públicamente en Worms por órden del emperador y hallándose él presente los libros de Lutero, y sin embargo, antes de este dia, durante él y despues, continuaron vendiéndose aquellas obras casi públicamente. ¡Tal era la revolucion verificada en la conciencia de los alemanes!

Comprendiendo Lutero cuán conveniente le era dejar pasar la tormenta que rugia sobre su cabeza, permanecia tranquilo en Watzbourg, empleando su tiempo en la traduccion del *Nuevo Testamento* en lengua alemana, con objeto de llevar las luces del Evangelio y las cartas de los apóstoles á las muchedumbres hambrientas de los textos puros del cristianismo primitivo.

En tanto se llevaba á cabo del mejor modo que se podia en un pais tan excitado como Alemania en aquellos momentos el edicto del César, firmado en Worms en 8 de Mayo de 1521, por el que eran extrañados del Imperio Lutero y sus secuaces, condenados sus libros á la hoguera, y él mismo, caso de ser habido, debia ser entregado al emperador.

Tan rigurosas medidas, unidas á la ausencia del reformador, exasperaron á sus partidarios, que en su deseo de venganza fueron mas allá que el maestro. El culto que hasta entonces habia sido respetado, fué objeto de ataques vigorosos; varios Agustinos de Wittemberg desertaron del claustro; su amigo Carlstadt, hombre violento, se puso al frente de una asonada que estalló en dicha ciudad, donde los amotinados asaltaron los templos, arrojando al suelo las imágenes de los santos y destruyendo los altares y confesionarios.

Ocurrieron estos desórdenes en Marzo de 1522; llegaron á noticia de Lutero, y abandonando su retiro sin el permiso del elector, voló á Wittemberg, peroró á la multitud y consiguió restablecer el órden.

Pronto sobrevinieron sucesos extraordinarios que conmovieron toda la Alemania.

Los siervos y pecheros, que en virtud de la nueva religion se vieron

elevados hasta la categoría de hombres libres, creyéndose llamados á la igualdad de derechos con sus antiguos señores, intentaron quebrantar sus cadenas.

La revolucion estalló primero en el Sud de Alemania, por su proximidad á los cantones suizos, cuya libertad y bienestar envidiaba la Suabia. Los siervos de esta provincia estamparon en doce artículos sus pretensiones, que con la rapidez del rayo se difundieron por todos los Estados alemanes.

Pedian en sustancia los sublevados que se les permitiese elegir por sí mismos el sacerdote que debia anunciarles la palabra de Dios sin alteracion de ninguna especie; que como hijos de Cristo no permitirian que en adelante se les tratase como esclavos; que cesase el pequeño diezmo sobre animales, y el grande sobre el terreno se aplicase á otros objetos; que se suprimiese la servidumbre sobre los terrenos, dulcificando los servicios corporales y los castigos por delitos comunes; que se les permitiese pescar y cazar, porque Dios habia dado á todos este derecho en la persona de Adan; que se les consintiera hacer leña en el monte para calentarse y reparar las fuerzas, y que se aboliese el tributo que pagaban la viuda y huérfanos al fallecimiento del jefe de la familia.

Tales demandas eran sin duda justas y moderadas; pero cuando llegó el momento de ponerlas en práctica, fué espantoso el desórden. Sedientos de venganza, los labriegos se lanzaron tumultuosamente sobre los castillos de sus señores, saqueándolos primero é incendiándolos luego, asesinando con frecuencia á sus dueños. Aquellas bandas de siervos se trasformaron pronto en nutridos batallones, y en la Suabia solamente se organizaron con ellos tres ejércitos.

Lutero, á quien los sublevados habian presentado una copia de sus peticiones, convino en que eran justas; pero desaprobó su conducta violenta, diciéndoles que la libertad cristiana consistia solamente en la libertad del espíritu, y á fin de que no se le imputasen los desórdenes, que sino inmediatamente, al menos de una manera mediata engendrara con su predicacion, cometió la vileza de excitar á los príncipes y caballeros á exterminar á los rebeldes en un manifiesto del que copiamos estas atroces palabras:

«¡Arriba, príncipes, á las armas! ¡Herid, asolad! ¡Ha llegado el instante en que puede un príncipe, matando villanos, alcanzar el paraiso con mas facilidad que otros rezando!»

Ya era tiempo: las casas de los nobles y los conventos ardian en Suabia, Franconia, Turingia, en las orillas del Rhin y hasta en la Lorena.

Interesada en atajar los progresos de aquella formidable rebelion, la confederacion de Suabia se reconstituyó en seguida; reunió su ejército de caballeros, y dió luego cuenta de los campesinos mal armados y que ignoraban el arte de la guerra. Vencieron los señores ayudados de otros príncipes, y las represalias fueron horrorosas.

Entonces, el espíritu exaltado del pueblo tomó otro vuelo en Turingia, recurriendo los innovadores de aquella provincia á la superchería de los éxtasis y visiones divinas. Un cura llamado Tomás Munzer, que habia sido el primer discípulo de Lutero, quiso rivalizar con él fundando una secta particular. Afirmaba que estaba en comunicacion con Dios, jactándose de conocer mejor que su antiguo maestro la esencia de la libertad cristiana.

« Dios creó la tierra, decia Munzer, para patrimonio de los creyentes. Todo gobierno debe constituirse conforme á los ejemplos que se hallan en la *Biblia* y segun las revelaciones divinas. No hay necesidad de príncipes, de superiores, de nobleza, de curas, y toda diferencia entre ricos y pobres no es cristiana; porque en el reino de Dios todos los hombres deben ser iguales. »

Perseguido el nuevo sectario por los nobles de Sajonia, se refugió en Mulhouse, donde el pueblo le aceptó por su sacerdote y gobernador de la ciudad. Arrojó de ella Munzer á los ricos, y conforme á los principios que predicaba, estableció la comunidad de bienes, cuya medida atrajo á su bandera gran número de partidarios y extendió su autoridad por todos los paises circunvecinos.

A instancias de Lutero, el elector, el duque Jorge de Sajonia y otros señores, reunieron sus fuerzas y sorprendieron á los rebeldes; entraron á saco la ciudad, y Munzer, preso y atormentado, expiró recomendando á los príncipes que si querian evitar nuevas sublevaciones tuviesen lástima de los pobres siervos.

Cien mil campesinos perdieron la vida en estos desórdenes, que concluyeron en el verano de 1525.

Al reseñar Cantú aquella rebelion, conocida en la historia con el nombre de Guerra de los Paisanos:

« Terrible ejemplo, dice, para los innovadores que, aunque con magnánima intencion, se lanzan á la reforma sin respetar lo pasado y sin mas

apoyo que los cálculos personales ó la inspiracion, separándose del porvenir por lo mismo que reniegan del pasado.»

Sin embargo, mas que de los innovadores las revoluciones provienen del falso camino porque dirigen á los pueblos los representantes de la tradicion. ¿No reclamaba una reforma en el siglo XVI el estado de la Iglesia? Si de arriba hubiera procedido, como deseaba la Europa, habria sido tranquila y serena cual la corriente de un manso arroyuelo; pero dejándola venir de abajo, fué impetuosa y devastadora como las olas del Océano agitadas por el soplo de la tempestad.

De tantos desastres, sin embargo, resultó, como no podia menos de suceder, un gran mal para la Iglesia católica.

Desde luego se vió con gran escándalo de Roma que los frailes y monjas alemanes quebrantaron sus votos y se secularizaron.

Lutero tambien dejó los hábitos, y al devolver el convento de Agustinos al elector de Sajonia, éste se lo regaló.

Dejando copiado el retrato de Lutero, segun lo pintan los autores de su tiempo, recordaremos solamente que su animada fisonomía y la regularidad de sus facciones, junto con la viveza de su mirada, hacian del reformador, sino un hombre hermoso, al menos una persona interesante. Depuestos los hábitos, sintió como Adan la necesidad de una compañera, y se enamoró de Catalina de Bohren ó de Bohra, jóven hermosísima, encerrada en un convento desde la edad de quince años, y á quien la Reforma arrojó otra vez al mundo. Correspondió Catalina al hombre que ejercia el poder de trasformar las sociedades y romper, con aplauso del mundo, los lazos de los votos monásticos, y le amó apasionadamente, uniéndose á él en matrimonio cuando habia cumplido Lutero sus treinta y ocho años.

Siguiendo en su vida privada al célebre agitador de las conciencias en el siglo XVI, siente uno cierta satisfaccion al verle en el hogar doméstico tan buen esposo como sensible padre de familia. Siempre estimó á su esposa, vivió bien con ella y trabajó asíduamente para proporcionar el sustento á su familia, pues tan pobre como honrado, no quiso tomar la mas mínima parte de las inmensas riquezas que dejaron los conventos y las iglesias á merced de sus correligionarios.

En cuanto á su mujer, á pesar de estar enorgullecida de tener tal marido, pasados los primeros años del matrimonio y siendo ya madre, no podia soportar los comentarios á que daba lugar un enlace contraido ilegalmente respecto de las anteriores costumbres. Así, se lamentaba de las calumnias

de que era objeto, y con sus quejas molestaba á Lutero, quien superior á las cavilaciones de Margarita, la decia:

«La mayor gracia que puede Dios conceder á una mujer, es un marido bondadoso, á quien confiar su suerte, su vida, su felicidad, y cuyos hijos, por ser suyos, son toda su alegría. Catalina: vos teneis ese marido bueno que os ama; dad gracias á Dios.»

En su familia descansaba Lutero de sus contínuas y encarnizadas luchas; en ella hallaba la paz y la dicha, y deponia los odios y la ira con que atacaba á sus contrarios. Y cuando, como era natural, Catalina se estremecia pensando en los peligros que les cercaban, hablábala de Dios y la colmaba de caricias.

«Mira, la decia un dia en que acababa de dar el pecho á su hijo el pequeño Hércules, que contento y satisfecho sonreia á su madre; ahí tienes un sér puro é inocente que, como todo lo que nos atañe, es odiado y maldito por el Papa, por el duque Jorge y por todos los demonios del infierno. Y sin embargo, el pobrecito, mas intrépido que un filósofo, ni se altera ni se turba: mama y salta; está alegre cuando está satisfecho; vuelve la cabecita y sonrie... No le asustan las tempestades de la vida. Imitémosle: es una buena leccion. Así estaban nuestros padres en el paraiso, porque eran ingénuos, sin malicia ni hipocresía. ¡Ah! ¡Si pudiéramos como este niño hablar de Dios y confiar en él!»

Verdaderamente aparece simpático Lutero cuando se le vé en el santuario doméstico hablando tan sentida y candorosamente al corazon de su esposa.

«El primer año de matrimonio, dice Lutero, experimentaba mi mujer gran necesidad de hablar. Sentábase á mi lado mientras yo trabajaba, y cuando nada tenia que decirla, me dirigia preguntas de poca monta, como la de si era cierto que en la córte de Prusia tenia un marqués á un hermano suyo por mayordomo.

»¡Catalina! ¡Catalina! la contestaba yo: antes de ocuparte en cosas que no te importan, ¿has rezado el *Padre nuestro?*»

Hablando de la muerte del autor de sus dias, decia:

«Sucedo á un hombre honrado y soy para mi familia el viejo Lutero. Es mi turno, mi derecho de seguirle en esta vida y en la del cielo.»

Cuando murió su hija Isabel, escribia á uno de sus amigos algun tiempo despues de recibir tan dolorosa herida:

«Mi Bettina ha muerto, y me admira que su pérdida me haya dejado tan enfermo el corazon. Nunca sospeché que en el alma de un padre cupiese

tanta ternura por sus hijos. En lo mas recóndito de mi pecho están todavía esculpidas sus facciones, sus gestos, sus palabras, ya disfrutando de vida, ya cuando la miré moribunda. ¡Bella y cariñosa criatura, hija del alma mia! ¡Ni la muerte misma de Cristo (¿qué son las otras muertes en comparacion de esta?) puede arrancarte de mi memoria! »

Á propósito de esta hija querida decia á su esposa para consolarla:

« ¡Pero, Catalina; piensa á dónde ha ido! ¡Ha hecho, en verdad, un viaje feliz ! La carne hecha sangre sin duda; pero el espíritu vive, y se encuentra en la mansion que anhelaba. »

En otra ocasion añadia:

«Los niños no disputan; creen cuanto se les dice: todo en ellos es sencillo: mueren sin pesar ni angustia, sin lucha con la muerte, casi sin dolor corporal, como si se entregaran al sueño.»

¡Cuán bella por su sencillez es la descripcion que hace á su hijo de un amenísimo jardin, en que niños vestidos de oro, juegan, cogen manzanas, saltan y montan caballos con riendas de oro y sillas de plata! En verdad, tanto por el sentimiento como por la imaginacion, Lutero era poeta, y fué lástima que tantos tesoros de ternura, tantos brios, tantos estudios y elocuencia tanta, se empleasen en una época de destruccion, para la cual no servia, y no en una época normal que hubiera perfeccionado con sus doctrinas y moralizado con sus virtudes y ejemplo. Mas desencadenó los vientos de la revolucion religiosa, sin saberlo él mismo, careciendo de ideal para sustituir lo que derribaba.

Mientras el innovador y sus discípulos trabajaban sin descanso en su obra de reforma, gran parte de la sociedad alemana vivia en materia de religion de una manera negativa, puesto que para el pueblo, que no sabia leer, de nada le servia la *Biblia* si no habia quien la explicase, comentase y aplicase sus versículos á las necesidades y consuelos de la vida. Con objeto de llenar este vacío, y mientras se esperaba que un concilio general pusiese un remedio al conflicto religioso, con anuencia del emperador, que estaba en España, reunióse la Dieta en Spira, el año de 1529, debiendo reunirse otra en Augsburgo al año siguiente presidida por el emperador.

Desde las primeras sesiones separáronse en la asamblea de Spira los dos partidos, contrario el uno y favorable el otro á la Iglesia católica, y estando en mayoría el último, acordó:

«Que era necesario conservar los edictos esenciales de la Dieta de Worms. Que debia conservarse la celebracion de la misa. Que los príncipes

en cuyos Estados habian hallado eco y apoyo los innovadores impidiesen sus trabajos de propaganda, y que ningun súbdito del Imperio debia tomar la defensa de los disidentes contra sus superiores.»

Estos acuerdos no satisfacieron á los miembros de la Dieta partidarios de Lutero, quienes redactaron una acta de oposicion, ó una *protesta*, de la cual los correligionarios del reformador tomaron el nombre de *protestantes*.

Convocada la Dieta ofrecida por el emperador, los príncipes de Alemania y los representantes de las ciudades que tenian derecho de asistir á ella se reunieron en Augsburgo el 22 de Junio de 1530.

En la primera sesion presentaron los protestantes á la Dieta su *Confesion*, dividida en tres partes: la primera contenia los puntos generales no contestados todavía por aquel cuerpo deliberante; la segunda los artículos que los luteranos admitian ó impugnaban parcialmente, y la tercera las ceremonias y usos de la Iglesia Romana que rechazaban, entre las que se contaba el cáliz, el celibato de los sacerdotes, la misa como sacrificio, la confesion auricular, los votos monásticos, los ayunos y la potestad de los obispos.

Tal fué la llamada *Confesion de Augsburgo*. Sin embargo, se advertian tendencias en los representantes de las ciudades á transigir sobre varios puntos; mas Lutero escribió á sus amigos, diciéndoles:

«Bastante, demasiado habeis concedido. Habeis confesado á Cristo, ofrecido la paz y prestado obediencia á Cárlos. No hagais mas concesiones, aunque deban maldecirnos el Papa y el César. Á Dios toca ahora manifestar su juicio. Si como consecuencia viene la guerra, aceptémosla, que el Señor hará víctimas de ella á nuestros adversarios.»

El resultado de la Dieta de Augsburgo, á pesar de no condenarse abiertamente en ella á ninguno de los dos partidos, fué favorable á los protestantes, puesto que se decidió que, mientras se esperaban las decisiones de un concilio general, nadie seria molestado por sus opiniones religiosas.

Pero ni Roma ni los protestantes deseaban la reunion de un concilio: existia un hondo abismo entre las dos creencias, y Lutero lo profundó mas por medio de una nueva *Confesion* que firmaron sus adeptos.

Despues de las dos guerras que tuvo que sostener Cárlos V contra los príncipes alemanes partidarios de la Reforma, convino al fin en la division de los cristianos en católicos y protestantes.

Pero el agitador no pudo ver el fin de estos sucesos ni el completo triunfo de su causa. Anciano y achacoso, su escasa salud no le impidió

pasar en medio del invierno de 1546 á Eisleben, su villa natal, para apaciguar allí con su crédito una disension ocurrida entre sus partidarios los condes de Mansfeld. Habia llevado á cabo aquella empresa y se disponia á regresar á Wittemberg, cuando le acometió una violenta inflamacion de pecho, que desde luego inspiró gran cuidado á sus amigos.

En lo mas crítico de su enfermedad y en medio de una intensa calentura:

«¡Venga pronto Nuestro Señor, exclamó, y lléveme consigo! ¡Venga á juzgarme, que yo tenderé gozoso mi cerviz! ¡Vibre Dios sobre mí su espada, que así descansaré! De nuestra vida ni el diezmo damos á Dios, ¿y podemos creer que con las buenas obras se gana el cielo? ¿Qué hice yo durante mi vida?... El pajarito tiene su nido, y se duerme tranquilo: no se inquieta, ni piensa en el nido de mañana: se cobija tranquilo bajo su rama, y deja que Dios piense en él. ¡Oh, Señor Jesus, te recomiendo mi alma! ¡Yo dejaré este mundo terreno y perderé la vida; pero sé que viviré á tu lado eternamente!

Luego dijo tres veces:

«¡En tus manos encomiendo mi espíritu, oh, Señor, Dios de verdad!»

El doctor Tomás que le asistia en su última hora, le preguntó:

«Reverendo padre, ¿morís constante en la fé que habeis enseñado?»

Él respondió un *sí* claro, vibrante, y cerrando los ojos, se durmió para siempre el dia 3 de Febrero de 1546.

Por órden del elector Federico de Sajonia fueron llevados á Wittemberg los restos mortales del reformador, tributándosele allí pomposos funerales y siendo sepultado en la magnífica iglesia del castillo de dicha ciudad, donde el viajero puede hoy dia contemplar su sepulcro.

De su matrimonio con Catalina de Bohra, que le sobrevivió, dejó varios hijos, cuyo último descendiente varon murió en Dresde en 1759.

Las principales obras de Lutero, aparte de sus innumerables escritos de controversia y de propaganda, son: *De la cautividad de la Iglesia,* la mas importante de sus obras polémicas; *Traduccion alemana de la Biblia,* en cuya obra dicen que fijó el idioma germánico; *Catecismo,* destinado á poner los principios de su doctrina al alcance del pueblo, y *De servo arbitrio,* en que combate el libre albedrío.

Destinado por la Providencia á obrar una de las mayores y mas trascendentales revoluciones que consigna la historia, jamás hombre alguno fué retratado con mas opuestas tintas que el apóstol de la Reforma. Los juicios de sus coetáneos fueron estremados en cuanto á su carácter.

Llevados unos por su celo religioso ó indignados al verle trastornar con atrevida mano lo que sus preocupaciones ó su interés miraban como sagrado, le achacaron no solo los crímenes y vicios del mas execrable facineroso, sino hasta la perversidad de un demonio. Otros, considerándole en el arrobamiento de su admiracion como la antorcha del cristianismo y el restaurador de la libertad de conciencia, le apropiaron virtudes superiores á la humanidad, considerando todas sus acciones con aquella veneracion religiosa que no se deberia conceder sino á los hombres verdaderamente inspirados del cielo. Pero el siglo presente, siglo investigador, despreocupado mejor que excéptico ó fanático, debe juzgar al reformador mas bien por su conducta que por la censura ó exagerados elogios de sus contemporáneos. Por eso, inspirados nosotros en este criterio, diremos, que el fundador del protestantismo reunia al mayor celo por lo que creia la verdad un valor intrépido para publicarla, toda la habilidad que la naturaleza y el estudio pueden proporcionar para defenderla y una actividad infatigable para inculcar su conocimiento entre las muchedumbres; y poseyó estas prendas en tan alto grado, que ni sus enemigos han podido siquiera disputárselas. Añádanse á estos rasgos una gran pureza de costumbres, la austeridad que conviene al carácter de un reformador, una regularidad de vida que acreditaba su doctrina y un perfecto desinterés que no dejó duda alguna sobre su probidad y que demostró abandonando las rentas y los bienes de la Iglesia á sus discípulos, contentándose siempre con el modesto sueldo asignado á su empleo de profesor de la universidad de Wittemberg y de pastor de esta ciudad. Á pesar de todo, tan sobresalientes cualidades se veian deslucidas por algunos de los infinitos defectos inherentes á la fragilidad humana; pero tales imperfecciones, lejos de proceder de perversidad ó corrupcion de su alma, tenian al parecer su orígen en su mismo carácter. Su corazon, naturalmente animoso y vehemente, cuando se encontraba estimulado por grandes objetos ó impresionado por alguna pasion violenta, saltaba, por decirlo así, fuera de su pecho, con aquel ímpetu que asombró á las imaginaciones débiles ó pusilánimes y á los hombres colocados por su fortuna lejos de las luchas políticas y religiosas de aquel turbulento siglo. Así, no debe extrañarse que el reformador, arrastrado á veces por su fogosidad lejos de la senda del bien, cometiese acciones dignas de vituperio. Su confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia; su aliento en imponerlas en temeridad; su firmeza en no desviarse jamás de ellas en obstinacion, y su celo por confundir á sus adversarios en furor que solia exhalarse en

groseras injurias. Acostumbrado á subordinarlo todo á la verdad, exigia á los demas que hicieran lo mismo, y no escaseaba las invectivas y el desprecio contra los que no pensaban como él, sin mostrarse indulgente con las flaquezas ó preocupaciones de sus adversarios. Cuando su doctrina era impugnada, caia sobre su antagonista con sin igual furor, no guardando miramiento alguno á su mérito ó posicion social. Ni la elevada dignidad de Enrique VIII pudo preservarle de las injurias conque agobió á Tetzel, á Eck y á cuantos partidarios de la Iglesia osaron atacarle. Sin embargo, esta irascibilidad y el lenguaje indigno que empleó en sus polémicas, no deben atribuirse únicamente al génio colérico del innovador; eran en parte el vicio de su siglo. Nacido en un pueblo inculto, semi-bárbaro, en donde se ignoraban ó despreciaban las reglas de buena educacion que, reprimiendo sin cesar el impulso de las pasiones, civilizan al hombre haciéndole grato el trato con sus semejantes, tenia por precision Lutero que expresar sus ideas en su lenguaje natural, sin delicadeza y sin contemplacion. Además, como entonces escribian los sabios sus obras en latin, creíanse autorizados, á imitacion de los grandes oradores romanos, á emplear contra sus adversarios el lenguaje mas soez y las burlas mas sangrientas, sin advertir que se degradaban recurriendo á tan mezquinos medios y que herian de muerte su reputacion con la misma arma conque trataban de herir al enemigo.

Cuando se quiere apreciar la índole de un hombre es preciso juzgarle por los principios y costumbres de su siglo; porque si la virtud y el vicio son en todo tiempo los mismos, los usos y las ideas varían contínuamente. Lo que ahora nos parece reprensible en la conducta de Lutero no lo era para muchos de sus contemporáneos, y hasta algunos de los excesos que hoy le echamos en cara sirvieron para impulsar la obra á que habia consagrado su existencia. Para despertar á la Europa sumida todavía en la ignorancia y la supersticion de la edad Media, se necesitaba un celo impetuoso, un génio audaz que no retrocediese por nada ni por nadie. Una suave elocuencia no habria atraido ni movido las almas, y un carácter mas amable, pero menos vigoroso que el del apóstol de la Reforma, habria retrocedido ante los infinitos peligros que él supo arrostrar con ánimo tranquilo hasta ver á una gran parte de la Europa abrazar su doctrina y hacer bambolear el edificio de la potestad de los papas, ante quienes los mas altivos soberanos doblaran temblando la rodilla.

Hé aquí definido el carácter del reformador. Las excesivas dimensiones que ha adquirido esta biografía nos imponen el deber de consagrarla ya

muy pocas líneas. Sin que pretendamos convertirnos en panegiristas de Lutero ni en detractores suyos, debemos consignar, que á haberle sido dado librarse de algunos movimientos de vanidad y de amor propio satisfecho; á haber podido contemplar sin orgullo la revolucion moral que efectuó en la conciencia de sus contemporáneos, el hijo del obrero de Eisleben, el despreciado agustino, el audaz teólogo de Wittemberg, habria sido una de las figuras mas grandes, no solamente del siglo XVI tan abundante en preclaros varones, sino de la edad Moderna.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MARTIN LUTERO.

CÁRLOS V.

(1500 Á 1558 DESPUES DE J. C.)

El poderoso monarca que por una série de dichosos acontecimientos vió bajo su dominacion Estados casi tan vastos como los de Carlo-Magno, nació en Gante, capital entonces de la Flandes Oriental, el 24 de Febrero del año 1500 de la era cristiana, siendo su padre aquel Felipe, archiduque de Austria, á quien por su gallarda figura llamaron el *Hermoso*, que murió á los veinte y ocho años de una calentura producida por sus excesos, y su madre aquella triste Juana, hija de los reyes Católicos, á quien los celos volvieron *loca*, y que guardó por mucho tiempo el cadáver de su esposo en un lujoso lecho ornado de galas y flores, esperando que, como el rey de la leyenda, resucitara al cabo de cien años.

Cárlos pasó su infancia y parte de su juventud en la célebre ciudad en que habia nacido y donde fué educado bajo la direccion de Margarita de Austria, su tia, y Margarita de York, hermana de Eduardo IV de Inglaterra, dos princesas de talento y virtuosas.

Heredó Cárlos la soberanía de los Paises-Bajos á la muerte del autor de sus dias, quedando bajo la tutela de su abuelo el emperador de Alemania Maximiliano I, quien eligió para desempeñar el cargo de ayo de su augusto nieto á Guillermo de Croy, señor de Chevres, que compartió con las mencionadas princesas el árduo trabajo de formar un gran príncipe.

Fué Cárlos desde su niñez aficionadísimo á los ejercicios violentos y militares, casi exclusivo estudio de las *almas bien nacidas* de aquel siglo.

Sin embargo, debemos decir en honor de este renuevo de la casa de Austria, que siguió con constancia y aprovechamiento las lecciones de historia del señor de Chevres, quien supo conquistar su aprecio, y rechazó siempre las de filosofía que le daba Adriano de Utrech, mostrando aversion por las ciencias desde sus tiernos años.

En 1515 empezó Cárlos á gobernar los Estados de Flandes, enseñándole Chevres prácticamente la mas difícil de las ciencias, cual es la de administrar un pais segun reclama la opinion pública, por lo cual le encargaba que leyese siempre cuantos papeles viesen la luz, porque en ellos generalmente están indicadas las necesidades que deben ser atendidas y las reformas que pueden satisfacerlas. Tambien le aconsejaba que asistiese á las deliberaciones de sus consejeros privados, proponiéndoles él mismo los asuntos sobre los cuales necesitase el dictámen de personas juiciosas.

La docilidad conque seguia el jóven los consejos de Chevres y de las ilustradas princesas, pareció indicio cierto de estar dotado el príncipe de clara inteligencia, pero de muy poca iniciativa: así lo creyeron sus pedagogos y cuánto se engañaron lo demuestra la historia. Pero sus súbditos, seducidos quizá por su agraciada figura y la varonil destreza que mostraba en los ejercicios corporales, ó porque leyesen á través de aquella cortedad la activa intrepidez que desplegó mas tarde, fundaban grandes esperanzas en el hijo de Felipe el *Hermoso,* cuya frente adornaba ya una nueva y mas importante corona, la de España, que heredó por muerte Fernando el Católico acaecida en 23 de Enero de 1516.

Por el testamento de este monarca, el cardenal Jimenez de Cisneros, de edad ya de ochenta años, fué nombrado regente de España, hasta la llegada de Cárlos; regencia que aceptó el ilustre anciano y que tuvo que compartir con Adriano de Utrech, que tenia iguales poderes del nuevo soberano. Mas como el carácter, la inteligencia, la moralidad de Jimenez eran tan elevados, ni Adriano ni otros dos personajes flamencos enviados por Cárlos hicieron ningun papel en la regencia.

Jimenez, cuidando con esmero de los intereses de la corona, levantó un ejército compuesto de algunos jóvenes de cada una de las ciudades y villas de la monarquía, bajo el aparente pretexto de enviarlo al África; luego obligó á los nobles á devolver todos los bienes que habian recibido ó usurpado durante el reinado de los reyes Católicos; impuso á las Córtes el reconocimiento de Cárlos por rey de España, á pesar de vivir todavía su madre; defendió el reino de Navarra contra Juan de Albret, que

habia penetrado en él con fuerzas respetables; en una palabra, tomó con el título de regente todas las medidas propias de un verdadero soberano, encaminando todos sus actos á ensanchar la autoridad real, como si él mismo debiera recoger los frutos. Su severa economía alcanzó á pagar las deudas que dejara Fernando, á mantener las nuevas milicias, á proveer los almacenes, á establecer parques de artillería y á enviar á Flandes considerables sumas.

En tanto Cárlos no se movia de Gante, porque bien hallado el señor de Chevres, ya primer ministro y favorito del príncipe, vendia allí los empleos del reino, con gran disgusto de los españoles, que no podian soportar el ver los cargos mas importantes del Estado servidos por extranjeros indiferentes ó enemigos de la gloria y prosperidad del pais.

Intérprete del general disgusto se hizo Jimenez representando al jóven soberano los males que acarreaba su apartamiento de la nacion, suplicándole que abreviase su venida.

Por fin se determinó Cárlos á salir de Flandes, y despues de un viaje penosísimo, desembarcó en Villaviciosa de Asturias el 5 de Setiembre de 1517, al año y medio de la muerte de su abuelo.

Jimenez de Cisneros fué á recibir al soberano; mas enfermó en el camino, segun algunos de resultas de haber comido una trucha envenenada, y segun otros á causa de su avanzada edad. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que nunca pudo recabar de Cárlos una audiencia á solas; que los flamencos se apoderaron en seguida de los mejores empleos; que los demas se vendieron al mejor postor; que España se convirtió en una mina cuyos tesoros afluian á los Paises-Bajos, y que Cárlos escribió una carta al virtuoso cardenal y hombre de Estado, en la que, despues de algunas frias expresiones de estimacion, le concedia permiso para retirarse á su diócesis á acabar con sosiego los dias de su vida. Cisneros, que estaba apesadumbrado por las desdichas que previa iban á caer sobre la pobre España, murió de dolor á las pocas horas de haber recibido la carta del ingrato soberano, el 8 de Noviembre de 1517.

« Cuando se considera, dice Robertson, la variedad, grandeza y éxito de este gran ministro durante una regencia de solos veinte meses, se duda si merece mayor elogio por su sagacidad en aconsejar, por su prudencia en resolver ó por su ánimo en ejecutar. »

Vivió Cisneros sin separarse jamás de la estrecha regla de los frailes Menores, á cuya órden pertenecia; empleó las cuantiosas rentas de su arzo-

bispado de Toledo en la conquista de Oran, á que asistió en persona, en otras obras de utilidad pública, y particularmente en la fundacion del colegio de San Ildefonso en Alcalá de Henares, donde fué sepultado en un magnífico sepulcro.

Recibido Cárlos por su madre Juana en Tordesillas, su habitual residencia, experimentó la demente gran alegría al abrazar al hijo á quien jamás veia, pudiendo inferirse de esta circunstancia que quizás habria mejorado mucho el estado de aquella infortunada, tan amante de su familia, á haber podido tener á su lado á sus hijos Cárlos y Fernando, así como tenia á su hija Catalina, que habia querido acompañarla en su triste retiro.

Desde Tordesillas se dirigió el jóven soberano á Valladolid, donde fué recibido con extraordinaria pompa, reuniendo allí las Córtes del reino, de las cuales fué eliminada por la potente voz del procurador de Búrgos Zumel la comitiva de flamencos que trajera el monarca y que se interponia como una nube entre él y sus vasallos.

Estas Córtes de 1518 representaron á Cárlos que no habia ejemplo en la historia de vástago real alguno que hubiese tomado el título de rey viviendo aun su padre ó madre, y que en aquella ocasion parecia una cosa injusta el hacerlo estando doña Juana en posesion legítima del reino; que para prepararse el camino del trono se contentase con el nombre de príncipe; que se abstuviese del de rey, para no inferir agravio á su amada madre, y que los despachos y decretos fuesen firmados con los nombres de la reina y del príncipe. Despues de esto, Zumel, apoyado en el testamento de Isabel la Católica, se opuso tenazmente á que se confirieran empleos á extranjeros, exigiendo que se ofreciese así bajo juramento. Irritado Cárlos y un tanto conmovido, pareció acceder á lo que le pedian, prestando el juramento, en el que, bien fuese por malicia, ó por hablar muy mal la lengua castellana, pronunció algunas palabras ambiguas, lo que contribuyó mucho á aumentar el general disgusto, preparando la hoguera de la guerra civil que bien pronto debia abrasar el reino.

Quince años tenia el infante Fernando, hermano de Cárlos, y era querido de los españoles y la esperanza de los mas celosos, que con ira veian derramarse por la nacion la turba de flamencos que rodeaba á su soberano, quien por consejo de sus favoritos, y á fin de evitar que sirviera el infante de bandera á los descontentos, le hizo llevar á Flandes, dejándole al cuidado de su tia Margarita.

Reconocido Cárlos por rey en Castilla, salvó el derecho de su madre si

recobraba la razon, pasó á Zaragoza, donde se reunieron las Córtes aragonesas, no por su órden, sino por la del Justicia, á quien tocaba gobernar en los interregnos. Al principio diéronle allí tambien el título de príncipe, y así como en Castilla le otorgaron seiscientos mil ducados, en Aragon solo le concedieron doscientos mil, y aun con la obligacion de emplearlos en pagar las deudas de la corona. Empero todavía le opusieron mas dificultades los catalanes y le dieron menos dinero. Tan odiosos se habian hecho los flamencos, que ya en todas partes no se manifestaban otros deseos que los de mortificar su avaricia. Á pesar de eso, segun cálculo de Pedro Mártir de Anglería, contemporáneo de estos sucesos, en menos de diez meses remitieron los flamencos á los Paises-Bajos un millon y cien mil ducados.

Hallándose Cárlos en Barcelona recibió la noticia de la muerte de su abuelo Maximiliano I de Alemania, y empezó al punto á gestionar activamente á fin de ser elegido emperador, en competencia con Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia. Pero los electores ofrecieron la corona imperial á su colega Federico de Sajonia, que tuvo el patriotismo de rehusarla, diciendo:

«En consideracion á que los ejércitos turcos mandados por un valeroso sultan están prontos á caer sobre Alemania, con tal violencia cual los siglos precedentes no han visto igual ejemplo, no puedo aceptar el Imperio, ni debemos elegir por soberano á un príncipe de escaso poderío, como hasta aquí lo ha aconsejado el interés y seguridad de nuestros dominios y nuestros fueros, sino á uno de los monarcas émulos, ya que cualquiera de ellos puede poner en campaña fuerzas suficientes conque defendernos; y como el rey de España ha nacido en Alemania, es miembro y príncipe del Imperio por los Estados que heredó de su abuelo, y estos están situados en la frontera mas expuesta á las invasiones de los turcos, me parecen sus pretensiones á la corona imperial mejor fundadas que las de un príncipe extranjero á nuestro idioma, á nuestra sangre y á nuestro pais. En vista de lo dicho, voto por Cárlos.»

Semejantes razones llevaron el convencimiento al ánimo de los electores, que uniendo sus votos al del ilustrado Federico de Sajonia, el 28 de Junio de 1519 proclamaron en Francfort emperador de Alemania al afortunado nieto de los reyes Católicos.

Nueve dias tardó la noticia en recorrer el espacio que media entre Francfort y Barcelona, y al extenderse por la Península, produjo una sensacion general de tristeza, porque comprendieron los españoles que su

sangre, sus riquezas y la honra de la nacion iban á prodigarse por causas que solo interesaban á la embrollada política de Alemania é Italia. Guiados por tal temor, trataron algunos de impedir que saliera Cárlos de la Península por los mismos medios que usaron las Córtes de Castilla para retener á Alfonso el Sabio cuando le fué ofrecida la corona imperial. Mas Alfonso era español, ilustrado y amaba á su pais, mientras que Cárlos era tan extranjero en España, que ignoraba su idioma, suspiraba por el nebuloso cielo de la triste Alemania y tenia en su cabeza la pretension de dominar el mundo.

Tan pronto como Cárlos vió asegurada su eleccion, reunió nuevas Córtes en Santiago de Galicia, contra el gusto de todos, y á fuerza de entrigas, amenazas y cohechos, arbitró recursos para presentarse dignamente á tomar posesion del Imperio, dejando á las ciudades descontentas y al pueblo de Valencia armado contra los nobles y el clero en sus famosas *Germanías* que á costa de tanta sangre lograron disolverse. Cometió además la torpeza de conferir la regencia de España al cardenal Adriano, flamenco, y por lo tanto odiado, y zarpó de la Coruña el 22 de Mayo de 1520, sin acordarse de que quedaba España entregada á los horrores de la guerra civil, como mas largamente referimos en la siguiente biografía.

Francisco I y Cárlos, al pretender la corona imperial, habíanse dado palabra de no mostrarse ofendidos si la fortuna favorecia á uno en contra del otro, puesto que las probabilidades de la eleccion casi á ellos solos se referian. «Cortejamos á una misma dama, decia Francisco á Cárlos; empleemos uno y otro todas las artes de seduccion; pero que el rival escogido goce en paz de su conquista y no se dé el otro por deshonrado.»

Mas fueron estos propósitos de dos jóvenes calaveras, y como no cupo en el burlado apelar á un lance de honor, Francisco I, que contaba á la sazon veinte y seis años, quiso lavar con la sangre de los súbditos de su favorecido rival la afrenta que creyó haber recibido á los ojos de Europa.

Buscó para este objeto la amistad y apoyo de otro calavera coronado de veinte y ocho años, el presuntuoso Enrique VIII de Inglaterra, á quien invitó á una entrevista en la llanura que se extiende entre Guine y Ardres, á cuatro leguas al S. E. de Calais, donde debian celebrarse justas, torneos y otras fiestas.

Cárlos, que no podia impedir aquella conferencia, procuró prevenir sus efectos, y al zarpar de la Coruña, cingló hácia Inglaterra y desembarcó en Douvres, entregándose confiadamente respecto á su seguridad personal á la

hidalguía de Enrique, que estimó en mucho semejante prueba del buen concepto que merecia á su huésped, á quien prometió volverle la visita despues de las fiestas del campo de Ardres.

Imprudencia habria sido en aquellos tiempos entregarse inerme á un rey inquieto y ambicioso; pero Cárlos tenia ganado al favorito y primer ministro de Enrique, cardenal de Wolsey, con una pension anual de siete mil ducados y con la oferta de su poder y valimiento para obtener en su favor la tiara á la primera vacante que ocurriese.

En la entrevista entre Francisco I y Enrique VIII sucedió un caso que quizás tuvo grande influencia en la ulterior conducta del soberano inglés. Habiéndose presentado despues de los torneos algunos luchadores ingleses y franceses á disputarse un premio, vencieron los primeros, con bastante disgusto del rey de Francia, que sintió mucho no haber llevado unos cuantos bretones, gente de grandes fuerzas. Terminada la lucha, entraron los jóvenes monarcas en su tienda, y allí, entusiasmado por la victoria de sus paisanos, Enrique VIII cogió por el cuello al rey de Francia, diciéndole:

« ¡ Ahora, hermano mio, es necesario que luchemos los dos ! ».

Y al proferir estas palabras esforzábase para echar la *zancadilla* á Francisco, que, diestro luchador, asió por la mitad del cuerpo á su adversario y lo arrojó al suelo con violencia. El rey de Inglaterra quiso volver al combate; pero se lo estorbaron los testigos de aquella innoble escena, quedando muy avergonzado y resentido de su vencimiento.

Cumplió Enrique la promesa hecha en Douvres á Cárlos, quien le recibió en Gravelinas con menos pompa que Francisco I; pero en cambio, no luchó con él, sino que se comprometió á someter á su decision todas las diferencias que pudiera tener con el rey de Francia. De esta conferencia no salió Enrique con los huesos molidos, sino muy satisfecho de tener en sus manos la balanza de Europa, él, que habia escogido la siguiente divisa:

« El que yo favorezca está seguro de ganar. »

De este modo, ayudado eficazmente por Wolsey, cuya pension aumentó en algunos miles de ducados, pudo el astuto Cárlos neutralizar las intrigas de Francisco I y atraerse al inconstante Enrique, que efectivamente era entonces el árbitro de Europa.

Poco tiempo permaneció Cárlos en su pais natal: dirigióse luego á Aix-la-Chapelle, ciudad que la *Bula de Oro* ha señalado para la coronacion de los emperadores alemanes, y donde, con una pompa muy superior á las

antiguas ceremonias del mismo género, el 23 de Octubre de 1520, Cárlos I de España ciñó á sus sienes la corona de Carlo-Magno, siendo el quinto de los emperadores de su nombre.

El primer acto del nuevo César fué convocar la Dieta del Imperio en Worms, con objeto de poner de acuerdo á los príncipes alemanes para cortar el vuelo á las nuevas doctrinas que amenazaban turbar la paz de Alemania y abolir en ella la religion católica.

Habiendo dado cuenta del resultado de esta Dieta en la biografía de Lutero, creemos ocioso repetir aquí lo que queda allí dicho.

Además de la rivalidad de que dejamos hecho mérito, entre Francisco I y Cárlos V mediaban cuestiones cuya solucion abocaba sus reinos á una guerra. El despojo del reino de Navarra, que Fernando el Católico habia llevado á cabo en perjuicio de la casa de Albret, aliada de Francia; las pretensiones de ésta al reino de Nápoles, de que se hiciera dueño Fernando con la mas inexcusable mala fé; los derechos que asistian á Cárlos al feudo del ducado de Milan, de que se habia apoderado Francisco y que guardaba sin haber recibido la investidura; el ducado de Borgoña, usurpado por Luis XI y que Cárlos consideraba como patrimonio de sus abuelos, y el despecho que la alianza y amistad de Francisco con el duque de Gueldres inspiró á Cárlos, por ser un enemigo hereditario de su familia, eran motivos en aquel tiempo mas que suficientes para encender la guerra, no diremos entre dos pueblos, sino en toda la Europa, y si no se habian roto ya las hostilidades era porque los dos monarcas rivales estaban ocupados en reunir fuerzas, buscar aliados poderosos y escoger la ocasion oportuna para empezar la lucha.

Mientras el Papa Leon X tenia entretenido á Francisco I con las condiciones de una alianza para arrebatar á España el reino de Nápoles, firmaba con Cárlos un tratado, en virtud del cual las fuerzas pontificias é imperiales debian apoderarse del Milanesado. Preparábanse ambos ejércitos á acometer aquella empresa, cuando los hijos de Juan de Albret, el despojado rey de Navarra, penetraron en este reino con tropas alistadas en Francia, sojuzgándolo en breve plazo, por no hallar tropas españolas que lo defendieran; pero cuando en la embriaguez de su fácil victoria pretendieron internarse en Castilla, se aunaron los partidos que hasta entonces combatieran en los disturbios de las *Comunidades*, y derrotaron á los franceses, haciendo prisionero á su general Lesparre.

De un medio parecido se valió Francisco I para molestar á Cárlos

por la parte Norte de sus Estados, permitiendo al señor de Bouillon levantar un ejército, con el cual invadió el Luxemburgo; pero veinte mil hombres que envió el emperador al mando del conde de Nassau, arrojaron á los franceses de dicho señorío, y penetrando en Francia, tomaron á Mouzon y sitiaron á Mezières, que defendió hábilmente Bayardo.

No teniendo ya interés en ocultar sus intenciones, Francisco I se puso al frente de un florido ejército, recobró á Mouzon y entró luego en los mismos Paises-Bajos.

No obstante que las tropas de ambos soberanos seguian luchando encarnizadamente, convinóse entre ellos someter sus querellas al arbitraje de Enrique VIII, y enviaron delegados á Calais para que se entendieran con el representante del monarca inglés. Mas no siendo posible llegar á una avenencia, celebró Enrique un tratado de alianza con Cárlos V, bajo el especioso pretexto de que Francisco I habia sido el agresor, por mas que el verdadero motivo consistiese en el deseo de guerrear que aguijoneaba á Enrique y de reconquistar los antiguos dominios ingleses enclavados en territorio francés.

Por otra parte, en el Milanesado, en que hemos dicho dominaban los franceses, hubo una tentativa de rebelion, favorecida ocultamente por Leon X, y habiendo fracasado, los milaneses comprometidos en ella se refugiaron en Reggio, ciudad pontificia, hasta donde los persiguieron las tropas francesas, que atacaron tambien la poblacion, de la cual fueron rechazadas por la valerosa conducta del apreciable historiador Guicciardini, que mandaba aquella plaza.

Aprovechó Leon X este pretexto para romper con Francia, y la alianza secreta que tenia firmada con Cárlos V se hizo pública, fingiéndose que acababa de celebrarse. Próspero Colonna, el mas hábil general italiano de aquel tiempo, guió el ejército del Papa y las tropas alemanas y españolas hácia el Milanesado, y como Francisco I tenia divididas sus principales fuerzas entre las fronteras de España y los Paises-Bajos, no pudiendo enviar socorros á Italia, perdió la Lombardía, á excepcion de Crémona, el castillo de Milan y algunas fortalezas de excasa importancia.

En estas circunstancias murió Leon X, el 1.° de Diciembre de 1521, siendo exaltado al trono pontificio Adriano de Utrech, antiguo regente de España, que se coronó en 31 de Agosto de 1522.

Inútilmente el general francés Lautrec intentó recobrar el Milanesado: tuvo que abandonar la empresa, mientras Colonna se apoderaba de

Génova y su territorio, que estaban bajo el dominio de Francisco I. Así perdió este rey sus posesiones italianas; mas no desfalleció su ánimo, ni aun por la visita de un rey de armas inglés, que á nombre de aquel Enrique VIII á quien creia su amigo le declaró solemnemente la guerra, sino que creó en su reino nuevos oficios y los puso en venta; enajenó el patrimonio real; hizo moneda hasta de la balaustrada de plata maciza que rodeaba el sepulcro de San Martin, y con estos arbitrios levantó tropas, fortificó las ciudades fronterizas y esperó al enemigo.

Siendo indispensable la presencia de Cárlos en España, quiso de paso hacer una visita á Enrique VIII, para tenerle mas obligado y desenojar á su ministro Wolsey, á quien aumentó su pension y afirmó en la esperanza de alcanzar la tiara, indicándole que, siendo Adriano de Utrech viejo y achacoso, probablemente tenia corta vida; por lo cual olvidó Wolsey ó disimuló su resentimiento.

Para obsequiar á Cárlos mandó Enrique á su almirante Surrey que fuese á molestar la Normandía, cuyas poblaciones costaneras quedaron asoladas por los cañones de la escuadra inglesa. Luego, desembarcando en Bretaña, saqueó el mismo Surrey y redujo á cenizas á Morlaix y otras pequeñas plazas.

Despues de esta *diversion real,* pasó Cárlos á España y el almirante inglés regresó á Calais, y poniéndose al frente de un ejército compuesto por mitad de ingleses y flamencos, penetró en Picardía. El duque de Vendome, que mandaba las huestes francesas, evitó dar ni aceptar ninguna batalla campal, por ser sus fuerzas muy inferiores á las de sus enemigos, á quienes molestó con su caballería, interceptándoles convoyes, dándoles sorpresas y no dejándoles momento de reposo, hasta que Surrey, viendo muy debilitado su ejército, sin haber podido tomar ninguna ciudad importante se vió obligado á retirarse.

Mientras los príncipes cristianos se destrozaban de este modo, el emperador turco Soliman el *Magnífico* entró en Hungría con poderoso ejército, rindiendo el baluarte de Europa, Belgrado, y atacando en el Mediterráneo la isla de Rodas, donde se hallaban establecidos los caballeros de San Juan, hízose dueño de ella despues de un sitio prolongado y sangriento.

En vano el Pontífice habia exhortado con gran energía y celo á los beligerantes á deponer su enemistad y unir sus armas para contener al comun enemigo: Cárlos y Francisco no quisieron oir la voz del Papa, y cuando conocieron el peligro solo supieron echarse mútuamente en cara esta deshonra, aunque la Europa repartió el baldon por igual entre los dos rivales.

Para resarcirla de su pérdida, el emperador cedió á la órden de San Juan la isla de Malta; mas el turco se dispuso á mayores empresas.

Dejamos indicado que Cárlos se dirigió á España, donde desembarcó en Junio de 1522. Obligóle á emprender este viaje el temor de perder aquellos reinos, agitados todavía por los disturbios de las *Comunidades* y de las *Germanías,* y llegó decidido á conservarlos, no por el rigor, sino por la clemencia. Quizá comprendió entonces que el haberse negado á dar audiencia á sus súbditos y á escuchar sus representaciones era un acto de tiranía, que justificaba el que hubiesen acudido á las armas contra los rapaces extranjeros, que, despues de devorar las riquezas del reino, impedian que la voz del pueblo llegase á los oidos del soberano. Cárlos, pues, á pesar de las instancias de su Consejo, que le impulsaba á la severidad, publicó una amnistía general, exceptuando á ochenta personas, que nombró con objeto de que se ocultaran; y es tanto mas probable que tuvo esta intencion, cuanto que contestó á un infame cortesano que le indicó dónde se escondia uno de los principales proscriptos:

«Nada tengo que temer de ese hombre; pero él tiene motivos para huir de mí, y tú harias mejor en decirle que estoy aquí, que en informarme del lugar donde se encuentra.»

Y segun Ulloa, historiador de aquel siglo, el esmero de Cárlos en hacer olvidar á los españoles cuánto les ofendiera durante su primera estancia en el pais, y su aptitud para imitar las costumbres y usos de los castellanos y hablar su idioma, le dió luego mayor ascendiente entre los naturales que habia tenido ningun otro rey. De aquí que le ayudaran en todas sus empresas con aquel celo y valor que tan particularmente contribuyeron á sus triunfos y grandeza.

En 1523, y á instancias del emperador, formóse contra Francia una liga en que entraron España, Inglaterra, y aun la misma Venecia, que hasta entonces habia sido constante aliada de Francisco I, mientras el duque de Borbon, condestable de Francia, traidor á su patria y á su rey, pasó al servicio de Cárlos V, estimulado tanto por las ventajas que éste le proponia, como por satisfacer sus resentimientos personales contra su soberano.

Segun acostumbraba en los grandes peligros, lejos de intimidarse el rey francés, resistió con denuedo, y al fin de la campaña habia rechazado al ejército inglés y aleman que le atacó por Picardía llegando acerca de París; obligado á retroceder al español, que invadiera la Guyena; puesto en fuga al

duque de Borbon, y apoderádose de la mitad del Milanesado, objeto constante de todos sus esfuerzos y de todas sus luchas con el emperador.

En la siguiente campaña de 1524 las tropas imperiales, capitaneadas por los generales duque de Borbon y marqués de Pescara, despues de apoderarse del Milanesado, obtuvieron señaladas y decisivas victorias sobre las de Francisco, que mandaba en Italia el almirante Bonnivet, quien en su desastrosa retirada fué gravemente herido y vió morir en el paso del Sessia al insigne Bayardo, cual queda referido en la biografía del bravo caballero dechado de valientes y gloria de la Francia.

Corria el año de 1524, y Cárlos, embriagado por sus triunfos y arrastrado por su propia ambicion, mandó á sus generales pasar los Alpes é invadir la Provenza, á pesar de la debilidad de su ejército y de la penuria de su tesoro.

Cárlos acometia aquella empresa de acuerdo con su aliado Enrique VIII, que le proporcionó diez mil ducados para los gastos mas urgentes, reservándose la facultad de contribuir con la misma cantidad mensual ó entrar en Picardía con un respetable ejército. Si vencian los aliados, Borbon debia recuperar sus posesiones hereditarias, que estaban confiscadas, y ser proclamado rey de Provenza, prestando homenaje á Enrique VIII como á legítimo soberano de Francia; lo cual no aceptó el condestable por una delicadeza que no debia esperarse en quien tan rudo golpe acababa de descargar sobre su patria poniendo su victoriosa espada al servicio de su eterno enemigo, dando lugar con tal conducta á que Enrique eludiera sus compromisos con el emperador, que tuvo que lanzarse solo á la lucha, casi sin recursos para pagar sus tropas.

Aunque se veia solo en el palenque, Cárlos siguió adelante en su propósito, y el 19 de Agosto de 1524, diez y ocho mil imperiales al mando de Borbon y de Pescara, pasando los Alpes sin hallar resistencia fueron á acampar delante de Marsella. Pero Francisco, que conocia cuánto importaba á Cárlos tener un puerto que le facilitase el paso al centro de la Francia, quiso desbaratar aquel designio. Así, taló el pais adyacente á Marsella, arrasó sus arrabales, añadió nuevas fortificaciones á las antiguas, guarneciόla con soldados aguerridos mandados por bravos oficiales, y armó además á nueve mil habitantes que lo solicitaron por miedo de caer bajo el yugo español. Tan enérgicas medidas y la brillante defensa que hicieron los sitiados, dieron tiempo á Francisco para reunir un ejército numeroso, que

lanzó sobre los imperiales, quienes agobiados por las fatigas del sitio y escasos de víveres, viéronse obligados á retirarse á Italia.

Si Cárlos y Enrique hubiesen realizado su primitivo plan de atacar á Francia por dos distintos puntos mientras tenia lugar el sitio de Marsella, aquel reino corriera grande riesgo de perder su independencia; mas el emperador no gozaba de rentas proporcionadas á su poder ni á su ambicion, y Enrique, ofendido por Borbon y asustado por los escoceses, que, á instigacion de Francia, avanzaron hácia sus fronteras, se mantuvo inactivo espectador de lo que pasaba en el Continente, sin prestar el menor auxilio á una empresa que acogiera al principio con todo el ardor que le inspiraba siempre un proyecto nuevo.

En tanto el belicoso rey de Francia, desvanecido por su triunfo; viéndose al frente de uno de los ejércitos mas numerosos que se habian levantado en Europa, y creyendo encontrar indefenso el Milanesado y dispersas las huestes de Borbon y Pescara, determinó pasar los Alpes por el Mont-Cenis, marchando rápidamente hácia Milan, contra el parecer de sus mas prudentes ministros y generales y sin esperar la llegada de su madre Luisa de Saboya, que á toda prisa se dirigia á Provenza para apartarle de un designio tan temerario.

Á pesar de que el camino que siguió Pescara por Mónaco y Final fuese largo y difícil, su diligencia lo acortó, llegando á Milan antes que el enemigo. Sin embargo, como creia difícil sostener la plaza contra las imponentes fuerzas que la amenazaban, dejó la ciudadela perfectamente guarnecida, saliendo por una puerta de la ciudad mientras los franceses entraban por otra.

Ni de recursos disponia Cárlos V para pagar al ejército de Lombardía, único que tenia sueldo y que constaba de diez y seis mil hombres, los cuales se hallaron á un tiempo sin dinero, sin municiones, sin víveres y sin vestuario.

Lannoy, noble aleman, virey de Nápoles y general en jefe de los ejércitos de Italia por muerte de Colonna, usó de toda su prudencia, que era mucha, en aquellas apuradas circunstancias; Pescara desplegó toda su intrepidez, y Borbon todos los ardides que le sugirió su odio implacable contra Francisco I á fin de estorbar que los soldados imperiales, desesperados por la falta de pagas, saquearan á Milan antes de abandonarla, dispersándose luego. Á los esfuerzos de aquellos generales debió el emperador la conservacion de sus Estados de Italia. Pescara, adorado por las

tropas españolas, despertó sus sentimientos de honor, y se comprometieron á servir sin pedir su sueldo; Lannoy empeñó las rentas de Nápoles; Borbon vendió todas sus joyas, y partió á Alemania, donde gozaba de gran reputacion, á fin de levantar y organizar un cuerpo de tropas al servicio del emperador.

No supo aprovechar Francisco la feliz coyuntura que se le presentaba para aniquilar el desmoralizado ejército imperial. En lugar de marchar al alcance del enemigo, como le aconsejaban sus generales, prefirió el dictámen de Bonnivet, y puso sitio á Pavía, ciudad defendida en parte por el Tesino. Los generales del Imperio, que conocian la importancia de esta plaza, habíanla guarnecido con seis mil veteranos mandados por Antonio de Leyva, valeroso soldado que se habia distinguido contra los moros rebeldes de las Alpujarras y servido en la campaña de Nápoles á las órdenes de su primo el Gran Capitan.

Dotado de gran serenidad, fecundo en ardides de guerra y acostumbrado tanto á manejar la espada del general como el arcabuz del soldado, Leyva hizo estéril durante tres meses toda la ciencia que los mejores ingenieros de aquel siglo, ayudados por el valor de las tropas francesas, desplegaron para rendir la plaza.

Mientras Francisco apretaba el cerco con vigor igual á la temeridad conque lo habia emprendido, Lannoy y Pescara, imposibilitados de oponerse á sus operaciones, se veian obligados á permanecer en tan vergonzosa inaccion, que se fijó en Roma un pasquin ofreciendo una gratificacion al que diera noticias del ejército de Cárlos V, «que se habia extraviado en el mes de Octubre en las montañas que separan la Francia de la Lombardía, sin que nadie supiese dar razon de su paradero.»

Para colmo de desventuras, Clemente VII, sucesor de Adriano, resentido de que el emperador no le admitiese como árbitro de la paz que queria restablecer entre los dos monarcas, se alió en secreto á Francisco, sabiendo que satisfacia así los deseos de los venecianos y del resto de Italia, que aspiraba siempre á sacudir el yugo del inflexible Cárlos. Esta defeccion llevó en pos la de la casa de Médicis, que se pasó al rey poniendo á su disposicion grandes recursos en hombres y dinero, con cuyos refuerzos le fué dado á Francisco enviar seis mil hombres, acaudillados por Juan Stuart, duque de Albania, á invadir los Estados de Nápoles, con objeto de distraer por aquel punto las fuerzas de los imperiales.

Lannoy, alarmado por tal acometida, quiso marchar á Nápoles con sus

tropas; pero Pescara, mas astuto que su compañero, le hizo ver que no era la invasion mas que un ardid de guerra, puesto que la defensa de Nápoles en aquellos momentos estaba en Lombardía, y que lo que importaba era que llegara Borbon con sus alemanes para batir á los franceses, pues todo lo demas fácilmente se arreglaria segun la voluntad del beligerante á quien favoreciese la victoria.

Leyva, en tanto, impedia con salidas frecuentes y vigorosas los trabajos de aproche de los franceses, y cuando su artillería abria una brecha ó destrozaba un baluarte, aparecia al dia siguiente una nueva fortificacion tan sólida como la derribada.

En cuantos asaltos dieron los sitiadores fueron rechazados con enormes pérdidas. Francisco habia logrado torcer el curso del Tesino que le impedia acercarse á la plaza; mas una inundacion imprevista arrastró los azudes que su ejército con tanta pena y gastos levantara.

Con no poco trabajo mantenia Leyva la disciplina entre sus tropas, especialmente entre los mercenarios alemanes, que con grande insolencia le pedian sus pagas atrasadas; por lo que, para aplacarlos, reunió cuantos adornos de metal y plata tenian los habitantes de Pavía, é hizo acuñar moneda con esta inscripcion:

Cæsariani Papiæ Obsessi MDXXIV.

Cuando hubo concluido este dinero, recibió mas recursos por la maña de Pescara, que encargó á dos soldados de confianza pasarse al campamento francés disfrazados de vivanderos, llevando entre otras mercancías un barril con tres mil escudos y noticias interesantes, advirtiéndoles que una vez allí, fuese uno de los dos á la plaza para enseñar á Leyva el sitio donde debia atacar á fin de recoger el dinero, cuya operacion se llevó á cabo felizmente.

Por fin llegó Borbon á Lodi con doce mil alemanes que habia tomado á sueldo, y reuniéndose á Lannoy y Pescara, que le esperaban allí atrincherados, á principios de Enero de 1525 pasóse revista á las tropas que podian atacar á Francisco, resultando constar el ejército de diez y ocho mil cuatrocientos combatientes; mas no teniendo dinero que darles, los generales les dijeron que en el campamento francés hallarian con la victoria cuanto pudieran apetecer.

Con la impaciencia de aventureros que combaten no tanto por la gloria como por el botin, los soldados imperiales marcharon á Pavía, apoderándose de paso de San Angelo con su fortaleza, donde almacenaron las provi-

siones que desde Crémona les enviaba Esforcia, despojado duque de Milan, que esperaba recobrar su ducado de manos del emperador.

Debilitado el ejército francés por el envío de tropas á Nápoles, por las penalidades de tan largo asedio y por las acometidas de Leyva, y no teniendo, por otra parte, las plazas que cantaban las revistas, porque la codicia de los jefes subalternos acusaba mayor número para embolsar dinero, los generales eran de parecer que se replegase el ejército á posiciones seguras, esperando que la falta de recursos disolveria el de los enemigos.

Empero Francisco I, que tenia mas de héroe de novela que de prudente capitan, habia jurado diferentes veces que tomaria á Pavía ó que pereceria al pié de sus murallas. Por eso siguió su primitivo impulso, apoyado por el dictámen de Bonnivet, quien de general solo tenia el valor y á quien su mala estrella llevó constantemente á dar consejos funestos á la Francia.

Al acercarse los imperiales al campamento francés lo hallaron tan bien fortificado, que á pesar del deseo que tenian de acometer al punto, titubearon largo tiempo en presentar batalla. Dióse esta al fin el 24 de Febrero de 1525, y fué una de las mas reñidas y encarnizadas de aquel siglo en que tan abundantemente corrió la sangre humana.

Jamás chocaron dos ejércitos con mayor furor; jamás se conocieron mas vivamente por las dos partes las consecuencias de la victoria ó de la derrota; jamás los combatientes se mostraron mas excitados por la emulacion, por la antipatía nacional, por un resentimiento mútuo y por todas las pasiones que pueden llevar el valor y el desprecio de la vida á su mas alto grado.

Al principio cedieron los imperiales al empuje de la caballería francesa; pero luego los batallones suizos que servian á Francisco no resistieron el vigoroso ataque de la infantería española, y en lugar de morir en su puesto, cual tenian por costumbre, lo abandonaron cobardemente, mientras la retaguardia francesa emprendia la fuga acosada por la guarnicion de Pavía, á cuya cabeza iba en una litera por hallarse enfermo el valeroso Leyva.

Pescara habia interpolado hábilmente entre sus jinetes gran número de arcabuceros españoles, que disparando á quema-ropa sobre los caballeros franceses, sembraron entre ellos la muerte destrozando materialmente sus brillantes escuadrones. La derrota entonces se hizo general, no ofreciendo el enemigo mas resistencia que en el sitio en que se hallaba el rey, quien no peleaba ya por la victoria, sino por salvar su vida.

Debilitado por las muchas heridas que habia recibido; mirando muertos

en torno de sí á sus mas bravos oficiales, entre ellos á Bonnivet, autor de aquel desastre, que sucumbió combatiendo desesperadamente, defendíase Francisco con denuedo de algunos soldados españoles, que enfurecidos ya por la obstinada resistencia de aquel guerrero cuya calidad ignoraban se disponian á descargar sobre él sus arcabuces, cuando presentándose Pomperant, caballero francés que habia pasado con Borbon al servicio del emperador, protegió á su antiguo soberano contra las violencias de los soldados, suplicándole al mismo tiempo que se rindiera al condestable, que no estaba muy lejos.

Á pesar del inminente riesgo en que veia su vida, Francisco rechazó indignado aquella idea, y divisando á Lannoy á corta distancia, llamóle á gritos y le entregó su acero tinto en sangre.

Arrodillado recibió el caudillo imperial la espada del valiente soberano: luego, desnudando la suya, se la alargó, diciendo:

«No conviene á un gran monarca estar desarmado en presencia de un súbdito del emperador.»

Diez mil franceses perdieron la vida en esta derrota, una de las mas fatales que la Francia hubiese sufrido. La mayor parte de la nobleza francesa pereció en ella, anteponiendo el honor á una fuga vergonzosa. Hubo asimismo gran número de prisioneros, entre ellos otro de estirpe real, Enrique de Albret, hijo del desgraciado rey de Navarra.

Al primer anuncio del desastre, la guarnicion francesa de Milan se retiró antes de ser sitiada, y quince dias despues de la batalla no quedaba un solo francés en Italia.

Francisco I participó á su madre el revés que acababan de sufrir sus armas con estas palabras:

«Señora, todo está perdido menos el honor.»

Recibió el emperador la noticia de tan señalado triunfo sin manifestar la menor alegría: lejos de eso, retiróse á su oratorio, donde permaneció media hora dando gracias á Dios, presentándose luego con aire modesto en su sala de audiencia á recibir á los grandes y embajadores que habian acudido á felicitarle.

Á pesar de lo dicho, quiso sacar partido de su victoria, imponiendo al vencido como precio de su libertad las siguientes rigorosas condiciones: devolucion de la Borgoña, libre de homenaje feudal; renuncia del señorío que Francisco alegaba poseer sobre el condado de Artois; abandono de todas las pretensiones del rey de Francia sobre Nápoles, Milan y cualquier

otro Estado de Italia; dar al duque de Borbon la Provenza y el Delfinado con título de rey, y satisfacer á Enrique VIII en sus reclamaciones.

Francisco, que esperaba ser tratado con la generosidad que un gran príncipe desgraciado tenia derecho á esperar de uno de sus iguales, al saber las intenciones del emperador, desnudó su espada, exclamando con ira:

« ¡ Es mas honroso para un rey de Francia morir de este modo! »

El general Alarcon, á quien se encomendara la custodia del augusto prisionero, asustado de aquel arrebato, asió la mano del rey, impidiéndole matarse; y Francisco, ya mas sosegado, declaró que permaneceria prisionero toda su vida, antes que comprar su libertad á precio tan vergonzoso.

No obstante aquella resolucion, creyendo abreviar su cautiverio si tenia una entrevista con el emperador, de cuyo carácter conservaba una opinion demasiado favorable, se brindó á ir á Madrid, consintiendo de este modo en servir de espectáculo á una nacion altanera á quien habia ofendido.

Aprobada por Lannoy la idea del prisionero, marchó con él á España con suficiente escolta, llegando á mediados de Junio de 1525 á la córte de Cárlos, de donde por su órden salió la nobleza á recibir al monarca francés, que fué hospedado en el alcázar viejo de Madrid, siempre bajo la vigilancia de Alarcon.

Cerca de tres meses llevaba ya de encierro el desgraciado rey, y como durante este tiempo tuviera que soportar un trato indigno de un hombre de su clase, sin que le fuera dado alcanzar una visita del emperador, que la excusaba siempre con diversos pretextos, enfermó gravemente, hasta el punto de que llegasen los médicos á desesperar de su vida.

Alarmado Alarcon, avisó al punto á Cárlos, que pasó entonces á ver al prisionero, acompañado de los magnates de su córte y de Margarita, hermana de Francisco, que acababa de llegar á España para tratar de las condiciones de su libertad. Deseoso Cárlos de conservar una vida de la que dependian todas las ventajas que esperaba sacar de su victoria, habló al augusto enfermo afectuosamente, prometiéndole que recobraria pronto la libertad y que en adelante seria tratado con todos los miramientos debidos á su categoría.

En el estado de debilidad en que se hallaba creyó Francisco fácilmente las falaces promesas de Cárlos, y reanimado por un rayo de esperanza, empezó desde aquel momento á recobrar sus fuerzas y salud.

Restablecido ya, propuso el prisionero renunciar todos sus derechos

sobre el Milanesado y demas Estados italianos, ofreciendo restituir á Borbon las tierras que le habia confiscado y aprontar un crecido rescate; pero el emperador, que no tenia ya motivos para engañarle, insistió en que aceptase sus primitivas condiciones, declarándole formalmente que moriria en su prision si no las suscribia; por lo que la princesa Margarita, viendo lejana una avenencia y la libertad de su hermano, regresó á su pais.

En efecto: Cárlos tenia razon para mostrarse exigente. El triunfo de Pavía le habia constituido en árbitro de Europa, y habria extendido sobre ella su dominacion si hubiera sabido aprovechar el tiempo y el estupor que causó su victoria; mas no acertando á encontrar recursos para mantener su ejército de Italia, su general Lannoy se vió obligado á licenciarlo en su mayor parte, quedando de este modo imposibilitado de continuar sus gloriosas empresas.

Mientras el prisionero soberano hacia vanos esfuerzos por ver abiertas las puertas de su encierro, Enrique de Inglaterra, creyendo comprometido el equilibrio europeo por el excesivo poder del emperador, buscó un pretexto para romper la alianza que á él le uniera, y pareciéndole encontrarlo en el desden conque la córte de España acogió sus pretensiones de que se le entregara al preso y de que un ejército español conquistara para él la Guyena, que miraba siempre como perteneciente á la corona inglesa, firmó un tratado con Luisa, regenta de Francia, por el que ambos se garantizaban sus dominios contra las agresiones del emperador.

El principal obstáculo que retardaba la libertad de Francisco era la restitucion del ducado de Borgoña. Cárlos no queria ceder sobre este punto, y declaraba que no soltaria al prisionero hasta haberse sentado esta condicion preliminar. Francisco repetia que no podia resolverse á desmembrar su reino, y que aun cuando él olvidara sus deberes hasta el punto de asentir á ello, las leyes de su pais se oponian á este desmembramiento. En fin, despues de mil disputas y vacilaciones sobre esta materia, viendo el preso que su vencedor se mostraba inflexible, no tuvo mas remedio que ceder, y el 14 de Enero de 1525 firmó el tratado que ponia fin á su cautiverio. Este tratado contenia un crecido número de artículos en extremo onerosos para el rey, siendo los principales la devolucion de la Borgoña á Cárlos; la renuncia por parte de Francisco á sus pretensiones sobre Italia, Flandes y Artois; el reintegro de Borbon y sus partidarios en sus dominios confiscados, y la entrega del Delfin y del duque de Orleans, hijos de Francisco, como garantía del cumplimiento de lo estipulado.

Algunas horas antes de firmar el tratado, reunió Francisco los consejeros que tenia en Madrid, y despues de exigirles que guardasen secreto bajo juramento, puso en sus manos una protesta formal del consentimiento que iba á dar al convenio, el cual, segun decia, debia mirarse como un acta arrancada por la violencia, en virtud de los artificios vergonzosos que enumeró y de los tratamientos tiránicos que el emperador habia usado con él para reducirle ó intimidarle.

Por semejante medio, tan contrario á la buena fé, creyó el *rey caballero* satisfacer á un tiempo su honor y su conciencia, firmando por un lado el convenio y proporcionándose por otro pretextos para violarlo.

El 18 de Marzo de 1526, libre ya Francisco, cruzaba el Vidasoa en una lancha, y despues de abrazar rápidamente á sus hijos, que le esperaban en una barca amarrada en el centro del rio para marchar despues á Madrid á responder como rehenes de la palabra de su padre, saltó sobre un caballo turco que le tenian preparado, y partió á galope, agitando con violencia la mano sobre su cabeza, mientras gritaba desaforadamente:

« ¡ Todavía soy rey ! »

En vez de apresurarse á cumplir con lealtad sus compromisos, tan pronto como se hubo visto Francisco en medio de sus súbditos, dió por nulo el tratado de Madrid, y como los embajadores del César le reconvinieran por ello, exigiéndole el cumplimiento de sus compromisos, alegó diferentes pretextos para no devolver la Borgoña, ofreciendo, por último, una crecida cantidad por el rescate de sus hijos, que fué rechazada por el emperador.

Despues de despedirse de su prisionero, Cárlos marchó á Sevilla, donde celebró su matrimonio con la princesa Isabel de Portugal, hija de Manuel, difunto soberano de aquel reino, que le llevó en dote la para entonces enorme suma de novecientas mil coronas.

Concluidos los regocijos públicos, pasó á Granada el César, donde los cristianos, enemigos mortales de los moriscos, les suscitaban contínuas molestias y persecuciones, acusándoles de profesar ocultamente la religion mahometana; y el emperador, despues de haber tomado informes, condenó á los moriscos á que le pagasen ochenta mil escudos. Con el dote de su mujer y el producto de estas exacciones pudo prepararse para emprender nuevas guerras, á que no tardaron en arrastrarle sus enemigos, puesto que en 31 de Mayo del citado año de 1526, Enrique VIII, el Pontífice Clemente VII, la república de Venecia, el duque de Milan Francisco Esforcia y

Francisco I, alma de aquella maquinacion, firmaron un convenio cuyos artículos quedaron secretos, pero que tenia por objeto poner en libertad á los hijos del rey de Francia, pagando un precio razonable por su rescate, y restablecer á Esforcia como duque de Milan.

Treinta y cinco mil hombres debian levantar los aliados contra Cárlos para despojarle de Nápoles y del Milanesado. Enrique VIII fué nombrado protector de esta liga, que se llamó *Santa* por ser su jefe Clemente VII, que llevó su odio hácia el emperador hasta el extremo de absolver á Francisco I del juramento que hiciera de cumplir el tratado de Madrid.

Cárlos habia ya enviado á Italia al condestable de Borbon, nombrado duque de Milan por muerte de Pescara, con tropas españolas y dinero suficiente para reclutar un ejército en Alemania.

La mala inteligencia que empezó á reinar entre los de la liga, que no recibieron á tiempo los auxilios prometidos por Francisco, dió tiempo á la actividad de Borbon para todo. Así, redujo el castillo de Milan, donde estaba sitiado Esforcia, pudiendo luego dirigirse con su ejército á Roma, que prometió á sus soldados entregarles para que la saquearan, en cambio de las pagas que les adeudaba y que le reclamaban amotinados á cada momento.

Acaudillaba el condestable veinte y cinco mil hombres, españoles, italianos y alemanes, é iba resuelto á apoderarse de la ciudad eterna, imaginándose satisfacer al emperador con la humillacion de Clemente, y esperando quizás que el poder y gloria que le granjearia la toma de la capital del orbe católico serian suficientes para echar los cimientos de un Estado independiente, en que reinaria solo bajo la influencia de los méritos adquiridos.

Al anochecer del 5 de Mayo de 1527 acampó Borbon en las llanuras de Roma, y al apuntar la aurora del dia 6, mostrando á sus mercenarios ávidos de botin los palacios é iglesias de la opulenta ciudad, á donde las riquezas de toda la Europa habian ido á enterrarse por espacio de tantos siglos, los señaló como premio á su valor, anunciándoles que iba á dar el asalto. Constando su ejército de soldados de tres distintas nacionalidades, los separó, disponiendo que atacaran simultáneamente por tres puntos diversos.

Favorecidos por una espesa niebla que ocultaba sus movimientos, los de Borbon se acercaron al foso, plantaron las escalas y empezaron á trepar por ellas con un ardor que aumentaba todavía la emulacion nacional. Mas

fueron recibidos con un brio igual al suyo por la guardia suiza del Papa y por los veteranos y paisanaje que defendian los muros.

Á pesar de su aliento, los imperiales no ganaban terreno, y aun empezaban á perderlo; por lo que Borbon, arrojándose de su caballo, corrió á ponerse al frente de los asaltantes, y arrancando una escala de manos de un soldado, la apoyó contra el muro, empezando á subir por ella mientras animaba á los suyos á seguirle con la voz y el ejemplo. Tocaba ya el cordon de la muralla el denodado caudillo, cuando la bala de un mosquete que le dispararon á boca de jarro, le atravesó los riñones derribándole al foso. Allí, sintiendo que era mortal su herida, conservó bastante presencia de ánimo para mandar á los que estaban junto á él que cubriesen su cuerpo con una capa, á fin de que su muerte no hiciera desmayar á sus compañeros, expirando un instante despues con un valor digno de mejor causa y que habria cubierto su nombre de gloria si lo desplegara defendiendo á su patria y no al frente de sus enemigos.

No fué dado ocultar al ejército la muerte de su general: los soldados advirtieron bien pronto la ausencia del guerrero que estaban acostumbrados á ver en todas partes donde habia peligro; pero esta pérdida, lejos de abatirlos, cambió su brio en furor. El apellido *¡Borbon! ¡Borbon!* resonó en todas las filas, mezclado con mil gritos de venganza. Los veteranos y suizos que defendian las murallas, agobiados por el número, tuvieron que ceder, mientras el paisanaje huia cobardemente arrojando las armas, dejando el paso libre á los imperiales, que penetraron en Roma por todas partes con ímpetu irresistible.

Imposible es describir el desastre y horrores que siguieron á este acontecimiento. Todo lo que una ciudad tomada por asalto puede temer de la rabia de una soldadesca desenfrenada; todos los excesos á que pudieron precipitarse la ferocidad de los alemanes, la avaricia de los españoles y la licencia de los italianos tuvieron que sufrir los infelices habitantes de Roma. Iglesias, palacios, casas particulares, todo fué saqueado; ni la edad, ni el sexo, ni la categoría de las personas se libraron del ultraje: los hunos, los vándalos y los godos trataron á Roma con menos crueldad que lo hicieran entonces los soldados cristianos de un monarca católico.

Testigo del degüello de los suyos, retiróse el Papa con trece cardenales y los embajadores extranjeros al castillo de Sant-Angelo, que intentó defender; pero el hambre le obligó á rendirse el 5 de Junio, sometiéndose á pagar cuatrocientos mil ducados al ejército, á entregar al emperador todas

las plazas fuertes de sus dominios y á quedar prisionero hasta dejar cumplida la capitulacion.

La toma de la ciudad eterna causó al emperador tanta sorpresa como alegría interior; pero disimulólas, porque los crímenes que cometieron sus soldados horrorizaron á sus súbditos, viéndose precisado á declarar ante la Europa escandalizada por la profanacion de la ciudad sagrada, que habia sido atacada sin su órden y contra sus deseos. Además de esto, se vistió de luto é hizo tomarlo á toda su córte; suspendió los regocijos que habia ordenado por el nacimiento de su hijo Felipe, y con un refinamiento de hipocresía que á nadie engañó, mandó hacer rogativas y procesiones en toda España para alcanzar la libertad del Papa, suponiendo siempre que el ejército de Italia estaba en rebeldía, cuando bastaba una palabra suya para que sus generales se apresuraran á poner en libertad el cautivo Pontífice.

Mientras los cristianos se degollaban entre sí, católicos contra católicos en Italia y reformados y católicos en Alemania, Soliman el *Magnífico,* á la cabeza de trescientos mil turcos, volvió á invadir la Hungría. Luis II, rey de este desdichado pais y de Bohemia, intentó detener al invasor; pero perdió la vida en la sangrienta batalla de Mohacz, dada el 29 de Agosto de 1527, junto con veinte mil hombres de su ejército y la mayor parte de la nobleza húngara. Despues de esta victoria apoderóse Soliman de las plazas fuertes meridionales de aquel reino, llevándose consigo mas de veinte mil prisioneros, incendió á Buda y saqueó completamente á Pesth, retrocediendo á sus dominios por las sublevaciones de sus Estados de Ásia.

No habiendo sobrevivido á Luis II ningun príncipe de la familia de los Jagellones, Fernando de Austria, aquel hermano del emperador á quien éste confinó á Flandes para evitar nuevas parcialidades en España, intrigó lo bastante para lograr ceñir á sus sienes las coronas de Hungría y de Bohemia, coronas que no pudo conservar sino por el tratado de Viena celebrado con la Sublime Puerta, y llamando *padre* á Soliman y *hermano* y *protector* á su favorito Ibrahim. Así la casa de Austria aumentó su poder á costa de una grande humillacion.

El saqueo de Roma produjo un sentimiento de horror en toda Europa y de repulsion hácia el emperador. Así, no extrañó nadie que, asustados Francisco I y Enrique VIII de los progresos de Cárlos en Italia, se coligaran contra él, renunciando el último de dichos soberanos á sus pretensiones sobre determinados dominios franceses por una pension anual de cincuenta mil ducados, que continuaron pagándose hasta el reinado de Cárlos II. Ve-

necia y Florencia, que se erigió en república, formaron parte de la liga, en tanto que Andrés Doria, el mas hábil marino de su siglo, se apoderaba de Génova, reconstituyendo su república y poniendo su valor y pericia al servicio de los confederados.

Empezadas las operaciones, un considerable ejército francés, al mando de Lautrec, penetró en Italia; tomó por asalto á Pavía para vengar la afrenta de su rey, poniéndose luego en camino de Roma. Las tropas imperiales que la ocupaban todavía despues de diez meses de hacerla sufrir todos los males que experimenta un pueblo conquistado, la abandonaran al mando del príncipe de Orange, dirigiéndose á Nápoles perseguidas por Lautrec á la cabeza de treinta y cinco mil hombres. Bloqueados en dicha ciudad los imperiales, don Hugo de Moncada, que habia sucedido á Lannoy en aquel vireinato, armó crecido número de galeras, y embarcándose en ellas con los mas bravos soldados españoles, atacó á Doria antes de unirse las escuadras francesa y veneciana. Empero el almirante de los confederados, merced á su superioridad en el arte naval, triunfó fácilmente del valor y del número de sus enemigos. El virey pereció en el combate, quedando destruida la armada que mandaba.

Exhausto de dinero el rey de Francia, y siguiendo la costumbre de aquella época de abandonar los ejércitos, suponiendo siempre que podian subsistir sobre el pais conquistado, no atendió á Lautrec. Por otra parte, este se indispuso con Doria, y aun quiso prenderle, en tanto que Cárlos le hacia grandes ofrecimientos, procurando atraérsele; por lo que el gran marino abandonó la causa de los coligados, pasando al servicio del emperador con todas sus galeras.

Desde este instante, Nápoles, que empezaba ya á sentir el hambre, abundó en víveres, mientras los sitiadores carecian de ellos, no pudiendo recibirlos por mar, por no atreverse la escuadra francesa á medirse con la de Doria. Además de lo dicho, como el pais daba poco de sí y los calores eran caniculares, se desarrolló la peste de una manera tan formidable en el campamento, que aniquiló el ejército francés, pereciendo sus mejores oficiales y hasta el mismo Lautrec. Quedaron solamente de aquel brillante ejército cuatro mil franceses enfermos y extenuados, que desarmados casi sin resistencia fueron acompañados por fuerzas imperiales hasta las fronteras de su patria. Al mismo tiempo que las armas de Cárlos conseguian este triunfo, un segundo ejército mandado por Saint-Paul fué destruido por Leyva en el Milanesado.

Cansados y temerosos los confederados, diezmados los pueblos italianos por la guerra y la peste, empobrecido el pais y maltrecha la Iglesia, todos suspiraban por la paz, igualmente que Cárlos V, porque los sucesos religiosos de Alemania y la invasion de los turcos le tenian con cuidado. Por eso convino con Clemente en una suspension de hostilidades, mientras que Margarita de Austria, tia del emperador, y Luisa, madre de Francisco I, mujeres de talento, emprendedoras y profundas políticas, con aplauso de las córtes de Europa negociaban la paz en Cambray, que aunque poco honrosa para Francisco, fué aceptada por este soberano y calificada por los pueblos con el título de *Paz de las Damas.*

Cárlos quedó obligado por ella á no insistir en la restitucion de la Borgoña; Francisco á renunciar de nuevo á sus pretensiones sobre Nápoles y el Milanesado, á ceder la soberanía del Artois y de Flandes y á pagar dos millones de escudos por el rescate de sus hijos. En cambio de estas concesiones, le dió el emperador la mano de su hermana Leonor, viuda de Manuel el *Grande,* rey de Portugal, que le llevó un pingüe dote; con lo que la Italia quedó completamente á merced de Cárlos.

La dilatada mansion de este príncipe en España le habia enseñado á gobernar el reino por máximas acomodadas al carácter y costumbres de sus habitantes, adoptando modales y maneras que le hicieron popular, hasta el punto de que, habiendo sabido en el acto de hacer su entrada pública en Barcelona que sus moradores estaban indecisos acerca del título conque debian recibirle, Cárlos les dijo:

« Me siento mas honrado con el antiguo título de conde de Barcelona que con el de emperador de Alemania. »

Lisonjeados de esta preferencia, los barceloneses le hicieron un entusiasta recibimiento, mientras las Córtes catalanas prestaron juramento de obediencia á su hijo Felipe en calidad de heredero del condado de Barcelona.

En Agosto de 1529 embarcóse en la citada ciudad el emperador con direccion á Italia, donde se presentó con toda la pompa y aparato de un conquistador. Aportó á Génova, donde le recibieron con el entusiasmo que debia inspirar el protector de su libertad, y él, por su parte, dió señaladas pruebas de distincion y aprecio á Doria, remunerando á la república su adhesion con nuevos privilegios.

Para consolidar la paz debia el emperador tener una entrevista en Bolonia con Clemente VII, y al entrar en dicha ciudad, quiso añadir toda la

magnificencia y majestad de un emperador á la humildad de un verdadero cristiano. Á la cabeza de veinte mil hombres, fuerza suficiente entonces para dar leyes á toda la Italia, hincó la rodilla ante aquel Pontífice á quien habia tenido prisionero, y le besó el pié.

Maravilláronse los italianos de hallar un príncipe tan amable y gracioso, de suaves costumbres y modales y tan cumplido en sus deberes religiosos, cuando por la ferocidad é indisciplina de sus tropas habíansele representado bajo la figura de un bárbaro caudillo godo ó huno, indigno de alternar con la escogida sociedad de los Papas y de las civilizadas familias de los Médicis y de los Ursinos. Pero mayor asombro experimentaron al verle conciliar los intereses de todos los señores y de todos los Estados dependientes de él, con una moderacion y equidad que no podian esperar del jefe de las hordas armadas que asolaran la Italia.

No era virtud en Cárlos tal conducta, sino necesidad de dejar á su espalda un pueblo amigo, aunque conquistado, cuando la cuestion religiosa alemana y las amenazas de Soliman le acarreaban las mayores complicaciones en que se hubiese hallado la Europa.

Habiendo sido los florentinos los únicos que quedaron descontentos de las medidas del emperador, por haberles impuesto la restauracion de los Médicis en sustitucion del gobierno republicano de que disfrutaban, tomaron las armas, defendiéndose durante muchos meses con obstinacion gallarda y digna de mejor suerte; pero fueron vencidos, y abatidas sus libertades tuvieron que soportar el poder absoluto de Alejandro de Médicis.

Convenida la paz con el Papa, celebró Cárlos ventajosos tratados de avenencia con los diferentes Estados de Italia, inclusa Venecia, y á principios del año de 1530 procedióse en Bolonia á su coronacion como rey de Lombardía y emperador de Romanos, ceremonia que efectuó el Pontífice con las formalidades acostumbradas, concluido lo cual se dirigió el César á Alemania.

La Reforma habia extendido tanto sus raices, que no creyó prudente Cárlos manifestar entonces sus intenciones empleando medios rigorosos para destruirla. En realidad, los protestantes eran temibles, tanto por su número como por el ardiente celo que les animaba, y sobre todo por la confederacion llamada de Smalkalde, que formaron, y que presentó luego una liga de ocho príncipes y veinte y cuatro ciudades libres.

La política dictaba, pues, que en lugar de promover una guerra civil,

formase Cárlos de los pueblos alemanes un cuerpo compacto para oponerlo al turco, que terminaba los preparativos de una nueva invasion.

Costóle algun trabajo al César hermanar las voluntades de los magnates alemanes católicos y protestantes, porque es de la naturaleza de los asuntos religiosos ofrecer menos probabilidad de arreglo que los políticos; pero, en fin, despues de varias alternativas, se convino en las negociaciones de Nuremberg y se confirmó solemnemente en Ratisbona, que no se perturbaria la paz de Alemania hasta la reunion del concilio general que esperaban ambas parcialidades; que no se molestaria á nadie por causa de religion; que se sobreseerian todos los procedimientos contra los protestantes, y que se anularian todas las sentencias dictadas contra ellos. En cuanto á los reformados, ofrecieron ayudar con todas sus fuerzas á repeler la invasion de los turcos.

Así lograron los protestantes la tolerancia de su religion.

Durante el verano de 1531, Soliman penetró nuevamente en Hungría acaudillando un formidable ejército, pareciendo dispuesto á realizar la invasion europea que desde largo tiempo meditaba.

Los príncipes reformistas, animados de un celo que en ninguna otra ocasion habian mostrado, pusieron en campaña muchas mas tropas de las que ofrecieran, y habiendo imitado su ejemplo los católicos, Viena vió al pié de sus murallas el ejército mas numeroso y mejor organizado que jamás se hubiese levantado en Alemania. Se componia de noventa mil infantes disciplinados y treinta mil caballos, sin contar un prodigioso número de tropas irregulares.

Era aquella la primera vez que Cárlos se presentaba al frente de su ejército, lo que parece extraño en un siglo en que todo caballero era soldado y todo príncipe general. Á pesar de todo, no dejó de granjearle mucha gloria el que en su aprendizaje militar osara medirse con Soliman, reputado como el primer guerrero de su tiempo.

La Europa estaba suspensa esperando el éxito de una batalla decisiva entre los dos mayores ejércitos del mundo. Mas temiendo mútuamente sus fuerzas, procedieron los jefes con tal circunspeccion, que esta campaña, que se creia que habia de ser sangrienta cual ninguna y de la cual pendia la suerte de la cristiandad, terminó sin acontecimiento alguno memorable, volviendo Soliman á Constantinopla con su ejército intacto á fines del otoño de 1532.

Disipado el peligro por la retirada de los turcos, marchó Cárlos á

España, pasando por Italia, donde se detuvo algun tiempo tratando de obtener del Papa que reuniese un concilio con objeto de poner término á las divergencias religiosas de sus súbditos alemanes; pero como Clemente VII, al igual de los Pontífices sus antecesores, era enemigo de concilios, se dió tan buena maña, que éste no tuvo lugar.

Otra negociacion interesaba todavía mas al emperador, y era la de proveer á la seguridad de sus posesiones italianas, amenazadas siempre por las pretensiones y manejos de Francisco I. Á fin de descargarse de la manutencion de un ejército en pié de guerra, que su exhausto tesoro no podia sostener, propuso á los Estados de Italia formar una liga defensiva contra todo agresor, obligándose al primer asomo de peligro á levantar un ejército á sus expensas, cuyo general seria Antonio de Leyva, y aceptada la proposicion, fijó la suma conque cada uno de los aliados debia contribuir; licenció una parte de sus tropas, distribuyendo las demas en Sicilia y en España, y embarcándose en las galeras de Doria, aportó á Barcelona el 22 de Abril de 1533.

El siguiente año el Parlamento inglés aprobó una ley por la que quedaron abolidos en aquel reino el poder y jurisdiccion del Papa, revistiendo al rey de la autoridad eclesiástica y declarándole jefe supremo de la Iglesia Anglicana. Así pudo el veleidoso Enrique VIII divorciarse de Catalina de Aragon y casarse con la desventurada Ana Bolena, á quien al poco tiempo hizo morir en un cadalso.

En este mismo año falleció Clemente VII, sucediéndole en el solio pontificio Paulo III, que excomulgó á Enrique y fué causa de la separacion definitiva de los ingleses de la Iglesia católica.

En 1535 realizó el emperador su famosa expedicion contra los piratas de África, en la parte conocida entonces con el nombre general de Berbería, expedicion llevada á cabo por los motivos que vamos á narrar.

Dos hijos de un ollero de la isla de Lesbos en el Ásia Menor, llamados Horuc y Chairadin, á quienes los mahometanos apellidaban Arugi y Kaireddin, se agregaron á una tropa de piratas, y habiendo apresado un bergantin, continuaron como jefes este vil oficio, con tanta habilidad y buena suerte, que bien pronto tuvieron á sus órdenes una armada de doce galeras y otros muchos bajeles de menor porte. Horuc, el mayor de los dos hermanos, conocido con el nombre de Barba-Roja por el color de su barba, fué el almirante de esta escuadra y Chairadin su segundo. Ambos hermanos eran el terror de las costas desde los Dardanelos hasta Gibraltar; llevaban

sus presas, que de ordinario hacian en Italia y España, á los puertos de Argel y Túnez, y como los enriquecian mostrándose dadivosos y espléndidos, eran bien recibidos y festejados en los pueblos ribereños berberiscos.

Á medida que crecian sus riquezas aumentaba la ambicion de estos piratas, llegando hasta concebir la idea de fundar en las costas africanas una especie de señorío donde pudieran mandar como soberanos.

Poco tardó en presentárseles la ocasion de realizar su designio, y no la dejaron escapar. Eutemí, rey de Argel, habia probado infructuosamente apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Orán levantaran cerca de esta ciudad, y fué bastante incauto para llamar en su auxilio á Barba-Roja, á quien los africanos creian invencible. Acogió con placer el corsario aquella demanda, y dejando á su hermano Chairadin el mando de la armada, se dirigió á Argel á la cabeza de cinco mil combatientes, siendo allí recibido como un libertador. Mas, una vez dentro de la ciudad, dió muerte á Eutemí y se proclamó rey.

Despues de haber usurpado la autoridad por este asesinato audaz, procuró conservarla con una conducta ajustada á la índole del pueblo que debia gobernar. Extraordinariamente liberal con cuantos aplaudian su usurpacion, ejercia una crueldad sin límites contra los que se le mostraban desafectos.

No contento con el trono de que se apoderara, Horuc atacó á su vecino el rey de Tremecen, y habiéndole vencido, agregó sus dominios á los de Argel, sin que dejase de infestar por eso las costas de España é Italia, con escuadras que se asemejaban á las de un poderoso soberano.

Las depredaciones del atrevido pirata obligaron á Cárlos, al principio de su reinado, á enviar al marqués de Gomares, gobernador de Orán, un cuerpo de ejército bastante numeroso para atacar á Horuc. El celoso gobernador, ayudado por el destronado rey de Tremecen, cumplió su mision con tal energía y habilidad, que las tropas de Barba-Roja quedaron derrotadas en diversos encuentros, quedando él mismo sitiado en Tremecen. Despues de defenderse allí hasta el último extremo, fué sorprendido al tratar de escaparse y pereció combatiendo con un valor digno de sus expediciones y de su fama.

Su hermano Chairadin, que le sucedió con el mismo nombre de Barba-Roja, aprovechando la calma que daban á los mahometanos las discusiones entre los cristianos y sus continuadas guerras, no solo dilató sus

dominios de Argel con una série de conquistas en la costa africana, sino que declarándose tributario del Sultan, puso sus Estados bajo su proteccion; y tal era la fama de sus hazañas, que Soliman II le dió el mando de la escuadra turca, como al único marino capaz de medirse con Andrés Doria.

En 1535 se presentó Chairadin delante de Túnez con doscientos cincuenta bajeles de todos portes, y despues de apoderarse del fuerte de la Goleta, que domina la bahía, los tunecinos le abrieron las puertas de la ciudad, cuyo rey Muley-Assan se vió obligado á huir, refugiándose en España, donde imploró el auxilio de Cárlos V para recobrar su trono.

Como las rapiñas y violencias de Barba-Roja contra los Estados cristianos eran tan considerables y frecuentes que nadie podia habitar en las costas, ni los navíos surcar los mares sin riesgo de ser apresados, toda la cristiandad tenia fijos los ojos en el emperador, esperando de él que pondria fin á este nuevo género de opresion tan cruel como odiosa. Por eso, y deseando al mismo tiempo librar á sus súbditos de un enemigo tan peligroso como Barba-Roja, acogió Cárlos V las súplicas del fugitivo rey; concluyó un tratado con él; reunió un buen ejército y una fuerte armada, y codicioso de recoger la gloria que conquistaba en aquel tiempo el que combatia contra los mahometanos, se dispuso á probar un desembarco en Túnez.

Constaba la escuadra imperial de quinientas naves, entre galeras y otros buques menores, que llevaban mas de treinta mil soldados disciplinados, los mas veteranos españoles, alemanes é italianos. Formaban parte de la expedicion la flor de la nobleza española; el infante Luis de Portugal con un numeroso contingente de aguerridos soldados; Andrés Doria, que equipó sus bajeles conforme requeria una campaña en las temibles costas en que debia operar, y muchos caballeros de la órden de Malta, siempre dispuesta á combatir infieles. Doria fué nombrado almirante de la escuadra y el marqués del Guasto, que tanto se distinguiera en las guerras de Italia y que habia acompañado á Cárlos en Hungría contra los turcos, quedó reconocido como general en jefe de las tropas de tierra.

Ni Enrique VIII ni Francisco I, á pesar de ventilarse la causa del cristianismo y de la civilizacion europea, se interesaron por la derrota de las armas de Soliman II, ni ahora en la empresa que llevaba á África al emperador.

Zarpó la escuadra del puerto de Cagliari en Cerdeña en 16 de Julio

de 1535, y despues de una felicísima navegacion tomó tierra á la vista de Túnez.

Barba-Roja, informado del grandioso armamento que preparaba el César, habia mandado emisarios y embajadores á todos los príncipes del África, para que reuniesen sus fuerzas á las suyas, pintando á Assan como un apóstata que apelaba á las armas cristianas para destruir la religion de Mahoma, consiguiendo inflamar el celo de aquellos fanáticos musulmanes, que le enviaron toda clase de auxilios, poniéndole en estado de disponer de veinte mil caballos y un numeroso cuerpo de infantería.

No se ocultaba al astuto pirata que sus tropas medio indisciplinadas no podrian resistir el choque de la caballería cristiana ni de la infantería española, que no tenia rival en el mundo. Así, no queriendo arriesgar su suerte al éxito de una batalla, púsose en un principio á la defensiva, procurando tener expedita su retirada á Argel. Habia amontonado en la Goleta todos sus elementos de resistencia, guarneciéndola con seis mil soldados turcos que constituian el nervio de su ejército. Pero no le sirvió de nada esta medida, porque atacado el fuerte por mar y tierra por los imperiales, fué tomado al asalto despues de un horroroso cañoneo y de una vigorosa defensa, pereciendo entre sus ruinas la mayor parte de los turcos que lo guarnecian.

La toma de la Goleta hizo dueño á Cárlos de la armada de Barba-Roja, compuesta de diez y ocho galeras y galeotas, como tambien de su arsenal y de trescientas piezas de artillería que estaban colocadas sobre los terraplenes, lo que prueba la importancia de aquella fortaleza y el poder del temible pirata.

Segun refieren varios historiadores, entró el emperador en la Goleta por una de las brechas que abrieran sus cañones, y volviéndose á Muley-Assan que le seguia:

«Por esta puerta, le dijo, entrais otra vez en vuestros Estados.» [1]

Por mas que conociese la extension de la pérdida que acababa de experimentar, no desistió Barba-Roja de defender á Túnez; mas no inspirándole

[1] Segun parece, en el ataque de la Goleta se empleó el mayor buque de guerra que se hubiese visto hasta entonces. Pertenecia al rey de Portugal, y llevaba trescientas sesenta piezas de bronce, seiscientos arcabuceros, cuatrocientos soldados de rodela y espada y trescientos artilleros, sin contar la chusma. Tenia á proa una gran sierra para romper la enorme cadena que cerraba el puerto. Rota ésta, se acercó el buque al fuerte, y la gran cantidad de proyectiles que arrojó sobre él hizo que se cambiase su nombre de *San Juan Bautista* en el de *Botafuego*.

confianza la fidelidad de los habitantes, tomó la atrevida resolucion de arrojarse sobre sus enemigos con cincuenta mil hombres que mandaba. Mas la impetuosidad de sus soldados y sus esfuerzos de valor fueron insuficientes para resistir el choque de las disciplinadas tropas imperiales, que le obligaron á emprender la fuga, mientras el grueso de su ejército tomaba el camino de Argel.

En tanto que se libraba esta batalla, diez mil cautivos cristianos que quedaran encerrados en la ciudadela de Túnez, y á quienes Barba-Roja, temiendo que se sublevaran, habia mandado degollar á uno de sus tenientes que no tuvo valor para dejar cumplida aquella órden atroz, rompieron sus cadenas, y arrojándose sobre sus guardianes, se apoderaron de sus armas, desalojando de la plaza á los turcos y africanos que la guarnecian.

Al acercarse Cárlos á la ciudad, una diputacion de sus habitantes le ofreció las llaves, demandando clemencia; mas las tropas, haciendo caso omiso de las órdenes que tenian recibidas, penetraron en Túnez, saqueándola enteramente y pasando á cuchillo á treinta mil de sus moradores.

Restablecido Assan en su trono, celebró con él el emperador un tratado ventajoso para los cristianos, y como las enfermedades de su ejército no le permitieran perseguir á Barba-Roja, reembarcóse para volver á Europa, mientras veinte mil cautivos que puso en libertad y á quienes auxilió para volver á sus hogares fueron á extender por todos los reinos cristianos la fama de su generosidad y la noticia de su noble victoria.

Mientras estaba Cárlos empeñado en su honrosa empresa de extinguir el semillero de piratas que infestaban el Mediterráneo, Francisco I, faltando á sus deberes de rey católico y de caballero, empezó á conspirar con los príncipes italianos y alemanes feudatarios del emperador, acabando por invadir la Italia y arrojar de sus dominios al duque de Saboya.

Hallábase el César desprevenido entonces para rechazar á su tenaz enemigo, tanto por haber licenciado su ejército de África cuanto por el cansancio que le produjo aquella expedicion. Así, disimulando su justa indignacion, empezó á negociar con Francisco, aparentando querer cederle de grado lo que jamás pudiera arrancarle por medio de las armas el monarca francés, hasta que reuniendo sus dispersas fuerzas, logró poner en pié de guerra un ejército de cuarenta mil infantes y diez mil caballos en el Milanesado y otro en los Paises-Bajos, mientras su hermano Fernando debia levantar otro en Alemania que no pudo organizar.

Con tales fuerzas se proponia el emperador castigar la agresion del

francés invadiendo á la vez sus Estados por Picardía, Champaña y la Provenza.

Los ministros y generales del César no aprobaron sus designios, representándole los escasos recursos conque emprendia tan colosal empresa y los inmensos medios de defensa conque contaba Francia; pero sordo á tan justas observaciones, púsose á la cabeza de sus tropas del Milanesado, y penetró en Provenza, llevando como generalísimo del ejército al insigne Antonio de Leyva, á quien sus talentos y experiencia en la ciencia militar hacian digno de aquella distincion.

No obstante las visibles desventajas conque se lanzaba á la lucha el emperador, mal le hubiera ido á Francia en la contienda si el mariscal de Montmorency no hubiera ideado un plan de defensa del reino, que aunque opuesto al carácter, costumbres y manera de guerrear de Francisco I, lo adoptó éste sin reserva alguna, esperando obtener los resultados que se prometia aquel ilustre caudillo.

En efecto: cuando Cárlos penetró en la Provenza halló el pais devastado desde los Alpes hasta Marsella, desde el mar hasta el Delfinado: los bosques quemados, cegados los pozos y retirados los habitantes á las montañas ó al interior de Francia.

Marsella y Arlés únicamente quedaron fortificadas y guarnecidas con las mejores tropas: todas las demas fortalezas fueron desmanteladas, mientras que Montmorency habia formado un campo atrincherado en la confluencia del Ródano y del Duranzo, bajo los muros de Aviñon, y Francisco I acampaba con un cuerpo de escogidos soldados cerca de Valence.

Al contemplar Cárlos el horrible espectáculo que ofrecia la Provenza, empezó á desechar las halagüeñas esperanzas conque emprendiera aquella expedicion, comprendiendo que un rey que no habia vacilado en convertir en un desierto una de sus mas florecientes provincias, debia necesariamente oponer una desesperada resistencia al frente de su ejército, convirtiendo aquella guerra en un duelo á muerte en que tendria que sucumbir uno de los adversarios. Á pesar de lo dicho, Cárlos, que se mostrara tan circunspecto ante las huestes de Soliman II, contentándose con cerrarlas el paso, guiado ahora por su antigua enemistad con Francisco I, se atrevió á desafiar un peligro muy superior al que se le ofreció en Hungría.

Sin tomarse el trabajo de reflexionar sobre su posicion, ó mejor, cerrando los oidos á las objeciones de sus mas experimentados generales, el emperador acometió á Marsella; pero fué rechazado. Los vientos contrarios

y los temporales impidieron á su armada llevarle los víveres que necesitaba, y cuando llegaron no hubo suficientes; no pudiendo tampoco procurárselos de los dominios del duque de Saboya, que estaban agotados por la guerra. No consiguiendo nada contra Marsella, hizo el último esfuerzo, y avanzó hácia Aviñon, teniendo que retroceder por los grandes medios de defensa allí acumulados. En tal estado, las enfermedades, azote de los ejércitos en sus marchas y en sus campamentos, habian ya aniquilado la mitad de sus fuerzas. No le quedó otro recurso que emprender la retirada.

Los pequeños destacamentos y las tropas ligeras enemigas que desde que entrara en Provenza el emperador no habian dejado de hostigarle con sorpresas y escaramuzas, sin ofrecerle nunca la ocasion de medir sus armas con ellos en una accion formal, se envalentonaron al ver su retirada, y picaron obstinadamente la retaguardia de su ejército, hasta que llegó á Italia.

Fué tal la miseria y abandono en que se vió este ejército en su fuga, que iba dejando en pos de sí un ancho rastro de muertos, heridos, enfermos, armas y bagajes, llegando ilesos ó sanos muy pocos miles de hombres al Milanesado.

En esta desastrosa campaña murió el ilustre Antonio de Leyva y muchos distinguidos oficiales.

Cuando el emperador hubo llevado las reliquias de sus tropas á las fronteras de Milan, partió para España embarcándose en Génova.

Fernando, como hemos indicado, no pudo levantar en Alemania un ejército suficiente para entrar en Francia por la Champaña, y si bien su hermana la gobernadora de los Paises-Bajos obtuvo algunas ventajas en Picardía, el ejército que organizó, falto de víveres y dinero, tuvo tambien que retroceder.

Tal fué la funesta invasion del territorio francés que intentó el César el año 1536 de la era cristiana.

La guerra, sin embargo, prosiguió en el Piamonte, en tanto que Soliman, á quien se aliara Francisco contra el emperador, hizo que Barba-Roja efectuase desembarcos en las costas de Nápoles, apoderándose de varias ciudades del litoral. Pero no tardó el César en socorrer sus posesiones, enviando un pequeño ejército por tierra y al almirante Doria por mar, que lograron por fin ahuyentar á los turcos.

Las hermanas de Cárlos, Leonor y Margarita, esposa la primera de Francisco I y la segunda gobernadora de los Paises-Bajos, que no cesaban

de trabajar para reconciliar á los dos implacables adversarios, lograron que ajustasen una suspension de hostilidades, que fué llamada la *Tregua de las damas*, por la cual, y durante tres meses, cada beligerante debia conservar sus respectivas posiciones, mientras los plenipotenciarios de una y otra parte negociaban la paz definitiva. Muchos esfuerzos practicaron los embajadores para llegar á una avenencia; mas no habiéndolo conseguido, el Papa Paulo III se encargó de todo el peso de la negociacion, sin mas objeto que el de unir dos monarcas rivales que aniquilaban sus respectivos pueblos con sus sangrientas é interminables luchas, malgastando unas fuerzas que pudieran emplear con ventaja contra los infieles.

Para lograr su objeto, propuso Paulo á los dos soberanos tener una entrevista en Niza, ofreciendo concurrir á ella como mediador, y al ver Cárlos y Francisco á un venerable anciano resolverse por amor á la paz á emprender un largo viaje, aceptaron sus buenos oficios; acudieron á Niza, y por su mediacion firmaron el 18 de Junio de 1537 una tregua que debia durar diez años.

Orillado este asunto, embarcóse en Niza el emperador con direccion á España, y habiéndole llevado los vientos contrarios á las costas de Provenza, en Aigues-Mortes, donde se hallaba á la sazon Francisco, brindó á Cárlos hospitalidad en su misma morada. Aceptada por el César tan galante invitacion, el monarca francés, descansando ciegamente acerca de su seguridad personal en el honor del emperador, pasó á bordo de su galera, recibiéndole Cárlos con las demostraciones del mas entrañable afecto. Igual prueba de confianza dió el emperador á Francisco, desembarcando en Aigues-Mortes, alojándose bajo el mismo techo que él y comiendo á su mesa.

No dejó de chocar á la Europa que dos rivales que habian estado en guerra declarada ó en enemistad secreta durante veinte años; que se habian injuriado públicamente y aun desafiado por escrito, diéranse ahora tales muestras de aprecio. Sin embargo, de este avocamiento no salió la paz que todos anhelaban; pero al menos pudieron descansar por algun tiempo sus infelices pueblos.

Dos años despues de estos sucesos, es decir, en 1539, tuvo lugar la sublevacion de los habitantes de Gante contra la gobernadora, por exigirles ésta los impuestos que decretaran los Estados de Flandes para auxiliar al emperador en sus belicosas empresas. Los ganteses, antes de recurrir á la insurreccion, habian apelado al mismo César demandando justicia; pero

como se les negase y recibiese Cárlos á sus delegados con sobrada altivez, tomaron las armas, arrojaron de la ciudad á la gobernadora y nombraron un consejo de gobierno, que enarboló abiertamente el estandarte de la rebelion contra su soberano. No contentos con esto los sublevados, enviaron diputados á Francisco I para brindarle con la soberanía de aquellos Estados, ofreciendo auxiliarle con todas sus fuerzas en la reconquista de los Paises-Bajos. Empero el rey de Francia, obrando en esta ocasion como un hombre de honor, rechazó las ofertas de los ganteses, participando al César cuanto sabia acerca de los proyectos y disposiciones de los sublevados.

Urgíale á Cárlos reprimir inmediatamente aquella insurreccion, so pena de exponerse á perder sus mejores Estados; por lo que, conociendo que era precisa su presencia en Flandes, determinó ir allá por el camino mas corto y expedito que le fuese posible, y siendo este el de Francia, pidió á Francisco licencia para atravesar su reino, prometiéndole en cambio que el asunto del Milanesado se terminaria pronto á su satisfaccion, suplicándole al mismo tiempo que no le exigiera otra promesa, á fin de que las condiciones que estaba dispuesto á proponerle no pareciesen arrancadas por la necesidad, sino dictadas por la amistad y por amor á la justicia.

Engañado Francisco acerca de las intenciones del emperador, contestó á su demanda enviándole un salvo-conducto, y cuando Cárlos llegó á la frontera francesa, fué recibido por el Delfin y el duque de Orleans, que se ofrecieron á pasar á España y permanecer en ella hasta su vuelta como rehenes de la seguridad de su persona, proposicion que no aceptó el César, quien acompañado de los príncipes se dirigió á París.

Hubiera podido entonces tomar Francisco el desquite de su prision en Madrid, y aun Cárlos mismo no dejó de arrepentirse interiormente de su confianza; mas su rival no cometió la bajeza de consentir en la traicion que le aconsejaban algunos de sus viles cortesanos.

Dicen que Triboulet, famoso bufon de Francisco I, que tenia la costumbre de apuntar en su libro de memorias los nombres de todos los locos que encontraba, puso en él el de Cárlos V.

—¿Y por qué, preguntóle Francisco, anotas ahí el nombre del emperador?

—Porque es un loco, atreviéndose á atravesar la Francia, respondió Triboulet.

—¿Y si yo le dejase pasar sin causarle ningun daño?

—Entonces, contestó el astuto bufon, borraria su nombre y le sustituiria con el tuyo.

Cárlos permaneció seis dias en París extraordinariamente obsequiado por su galante enemigo, y al llegar á los Paises-Bajos se sometieron con su sola presencia los ganteses. Á pesar de eso, llevó su crueldad hasta el extremo de hacer ajusticiar á veinte y seis de los principales ciudadanos, de mandar al destierro á un número mucho mayor, imponiendo además enormes multas á la ciudad, arrebatándola al mismo tiempo todos sus privilegios é inmunidades.

Con respecto á las promesas que hiciera á Francisco sobre al Milanesado, negóse rotundamente á cumplirlas cuando se las recordaron los embajadores de este soberano, afeando con semejante accion la gloria de su reinado, y obligando al francés á estrechar mas y mas su alianza con Soliman II, dispuesto siempre á coadyuvar á los planes de Francisco por medio de sus contínuas invasiones en Hungría.

Los piratas africanos arrojados de Túnez, habíanse refugiado en Argel, desde donde partian dirigidos por el renegado Hasen-Agá para ejercer sus rapiñas contra todos los Estados cristianos, habiendo llegado casi á interrumpir el comercio del Mediterráneo. Las quejas que por esto se dirigian al César eran frecuentes y apremiantes, tanto que Cárlos, al dejar á Madrid para pasar á los Paises-Bajos, habia mandado aprestar una escuadra y un ejército destinados á conquistar á Argel.

Antes de empeñarse en aquella empresa, manifestóle Doria que era poco propicia la estacion de otoño para arriesgarse en las peligrosas costas de África, suplicándole que no expusiera la armada á una destruccion casi inevitable; pero el emperador se mantuvo inflexible, y reiterando sus órdenes, embarcó el almirante el ejército, compuesto de veinte mil hombres de infantería, dos mil caballos, tres mil voluntarios, la flor de la nobleza italiana y española, y mil soldados de la órden de San Juan, y zarpando de Cerdeña, donde se le incorporó el César, dirigió el rumbo á África, desembarcando despues de una penosa travesía en una playa inmediata á la ciudad de Argel, hácia donde las tropas emprendieron su marcha bastante quebrantadas de los trabajos de la navegacion.

Hasen-Agá solo podia oponer á tan florido ejército ochocientos turcos y unos cinco mil moros, mitad naturales del pais y mitad refugiados de Granada; pero la inclemencia del cielo y los temporales combatieron en su favor aun antes de concluir el desembarco. Sobreviniendo grandes lluvias y

vientos impetuosos, los imperiales, desprovistos de abrigo por haber dejado las tiendas en las embarcaciones, quedaron expuestos al furor de la borrasca. Encontrábanse en un terreno bajo; no podian acostarse por la humedad del suelo, y para resistir al viento tenian que hincar las lanzas en la arena. La lluvia habia apagado las mechas de los arcabuces; la pólvora estaba mojada: en una palabra, se hallaban en tan mala situacion, que Hasen, que no ignoraba sus desdichas, se atrevió á atacarlos, y si bien consiguieron rechazarle, fué despues de un sangriento combate en que tuvieron gran número de muertos y heridos.

La sensacion de estos desastres se borró bien pronto en el ánimo de los soldados ante un espectáculo mas espantoso y deplorable todavía. Al llegar la mañana siguiente, el huracan que sopló en tierra se desencadenó en el mar con toda su fuerza: quince navíos de guerra y ciento sesenta trasportes zozobraron en menos de una hora. Pasó el ejército aquel dia presa de la mayor angustia, á pesar de que la tempestad parecia calmar; mas por la noche continuaron sus furias, y cuando amaneció, una barca enviada por Doria consiguió encallar en la playa para informar al emperador de que se habia visto obligado el almirante á retirarse con los buques destrozados al cabo Metafuz, á donde aconsejaba que se dirigiera el ejército.

Cuatro dias de marcha separaban á los expedicionarios del indicado cabo: estaban extenuados por la fatiga de dos dias de aguantar el temporal; el camino era difícil y cortado por impetuosos torrentes; el enemigo los hostigaba; tenian que alimentarse de yerbas, raices y carne de caballo; pero al fin, dejando en el camino gran número de muertos y enfermos, que eran asesinados por los moros, pudieron llegar al cabo Metafuz, donde encontraron abundancia de víveres y el tiempo bonancible.

Cárlos desplegó grandes prendas durante esta cadena de infortunios: soportó las molestias como el último soldado de su ejército; expuso su persona en todas partes donde el peligro amenazaba mas; reanimó el valor de los que se dejaban abatir, dando, por fin, los mas altos ejemplos de una constancia inquebrantable en las adversidades. Mas no fueron las últimas las que tuviera que sufrir delante de Argel, porque apenas habia zarpado para abandonar aquellas inhospitalarias playas con las reliquias de su ejército, otra tempestad, si bien no tan terrible como la primera, dispersó los bajeles que le quedaban, llegando cada uno á distinto puerto de España é Italia, teniendo el de Cárlos que refugiarse en Brégia de África, donde los vientos contrarios le retuvieron durante muchas semanas, dando lugar

á que se creyese en Europa que habia perecido entre las olas ó quedado prisionero de los argelinos.

Apenas llegó á España el emperador tuvo ya que hacer frente á cinco ejércitos, porque Francisco I, aprovechando vilmente su infortunio, le atacó por diferentes puntos de sus dominios, á saber: el Piamonte, el Rosellon, los Paises-Bajos, Brabante y Luxemburgo. Empero en todos ellos quedó burlada la ambicion del francés, que solo recogió como fruto de sus esperanzas la vergüenza de verse rechazado por un enemigo á quien creia incapaz de resistirle despues de las inmensas pérdidas que habia sufrido en África.

Emprendida la guerra en grande escala, los dos monarcas se prepararon para la campaña de 1543, Cárlos negociando una alianza con Enrique VIII, y Francisco reanudando la de Soliman, á consecuencia de la cual, Barba-Roja, con la armada turca, bajó hasta Niza, donde se unió con la escuadra francesa, sitiando esta ciudad, sin que le fuese dado hacerse dueño de ella, porque defendida heróicamente por su gobernador Montfort, dió tiempo á Doria para llegar en su auxilio con la flota imperial, ante la cual huyeron los aliados, yendo á buscar refugio en los puertos franceses.

Estos hechos deshonraron á Francisco I ante los ojos de la Europa cristiana. En cuanto al César, sacó poco beneficio de la campaña, porque si bien incorporó á sus dominios el ducado de Güeldres, vió á Soliman II apoderarse casi por completo de la Hungría, que no le fué posible socorrer con la eficacia que deseara.

Suspendidas las hostilidades por la llegada del invierno, reunió el emperador la Dieta en Spira, con objeto de levantar contra la Francia todas las fuerzas del cuerpo germánico. Empezó Cárlos por demostrar á los príncipes del Imperio, que la alianza de Francisco con Soliman II habia llevado las armas otomanas al corazon de Europa, y que importaba abatir cuanto antes al francés para refrenar al turco. Despues y como consecuencia, pidió á cada príncipe el contingente conque debia contribuir para la defensa del territorio, proponiendo ponerse á la defensiva por la parte de Hungría y emplear el resto de las fuerzas germánicas en una invasion contra Francia.

Aun cuando el César, para conseguir los auxilios que deseaba, procuró estimular á los príncipes protestantes tranquilizándolos con la seguridad que les dió de respetar sus creencias religiosas, la Dieta no le concedió mas que veinte y cuatro mil hombres de infantería, cuatro mil caballos y un impuesto de capitacion para los gastos de la guerra contra los turcos.

No era esto, en verdad, lo que esperaba Cárlos; pero aquellos recursos, unidos á los que le proporcionaban los Paises-Bajos, y sobre todo España, le pusieron en situacion de empezar la campaña de 1544 á la cabeza del ejército mas numeroso y mejor provisto que hubiese levantado nunca contra la Francia.

Mientras tenian lugar estas negociaciones, deseando Francisco librarse del oprobio que le granjeara su alianza con los eternos enemigos del nombre cristiano, despidió á Barba-Roja y á su armada, y luego, adelantándose á su adversario, penetró en Italia y ganó la batalla de Cerioles, donde murieron diez mil imperiales, perdiendo sus bagajes y artillería.

Este revés no desanimó á Cárlos. Lejos de esto, ansiando repararlo, emprendió la invasion de la Francia por la Champaña á la cabeza de cincuenta mil hombres, mientras Enrique VIII ocupaba el Artois.

Despues que hubo tomado diferentes plazas, entre ellas Saint-Dizier, Epernay y Chateau-Tierry, llegó el emperador á dos jornadas de París, y no habiendo llevado Enrique VIII su ejército hasta la capital de Francia, como habian convenido, haciendo caso omiso de su aliado, se creyó autorizado para aceptar la paz con que le brindaba Francisco, y que por mediacion de su hermana la reina de Francia se firmó en un pueblecito llamado Crespy. Las principales condiciones de este tratado fueron, que se restituirian por ambas partes todas las conquistas hechas desde la última tregua; que el emperador daria por mujer al duque de Orleans á su hija primogénita, ó la segunda de su hermano Fernando, llevando por dote, si era la primera, los Paises-Bajos, y si la segunda, el ducado de Milan; que el rey de Francia devolveria sus Estados al duque de Saboya, menos las plazas de Pignerol y Montmelian; que no prestaria auxilio al descendiente de los destronados reyes de Navarra; que renunciaria para siempre á sus pretensiones sobre Nápoles, Flandes y el condado de Artois, en cambio del abandono que hacia Cárlos de los derechos que alegaba á la posesion de la Borgoña y del condado de Charolais, comprometiéndose además los dos monarcas á hacer juntos la guerra á los turcos, para la cual debia aprontar Francisco, al ser requerido por el César, un ejército de diez mil infantes y seis mil hombres de armas.

Como puede verse, este tratado favorecia á la Francia; pero el emperador tuvo que ajustarlo por la escasez de víveres que empezó á padecer su ejército; por la disparidad de miras que advirtió en su aliado el rey de Inglaterra, y porque los asuntos de Alemania hacian necesaria su presencia en aquella parte de sus vastos dominios.

En estas circunstancias, aprovechando el período de reposo en que dejaba á Europa el tratado de Crespy, Paulo III convocó al fin el deseado concilio general que debia poner término á las disensiones religiosas de los alemanes, y que empezó sus sesiones en Trento el 18 de Enero de 1546, asistiendo solamente á él cuarenta prelados. De antemano la Dieta del Imperio habia declarado que no se sujetaria á sus fallos.

Aprovechando tambien la paz, pudo el emperador concluir una tregua de cinco años con Soliman II, encontrándose así en situacion desembarazada para reducir la Alemania protestante al yugo de la Santa Sede, constante objeto de sus mas ardientes aunque ocultos deseos. Con estas intenciones, celebró con Paulo un convenio secreto, por el que se comprometió el Pontífice á auxiliarle con doce mil infantes y quinientos caballos, otorgándole además la mitad de las rentas eclesiásticas de España y autorizándole para vender bienes de las comunidades religiosas por quinientos mil escudos.

Á pesar de que se traslució el tratado, quiso el emperador persuadir á los alemanes que no intentaria nada contra la libertad de conciencia; mas no fiándose de él los príncipes protestantes que formaban la liga de Smalkalde, levantaron en pocas semanas un ejército de setenta mil infantes, quince mil caballos, ciento veinte cañones, ochocientos carros y seis mil gastadores.

Tan formidable ejército habria bastado, á estar bien dirigido, para hacer triunfar la causa de los reformistas; pero los jefes de la liga andaban discordes entre sí, al paso que el emperador, desplegando gran habilidad y mucha audacia, aunque contaba con excasas fuerzas, logró disolver el ejército de la liga y dominar á todos los príncipes y ciudades confederadas, quienes tuvieron que satisfacer tan crecidas multas en expiacion de su rebeldía, que llenaron el erario imperial, permitiendo á Cárlos pagar con ellas una parte de sus enormes deudas.

Viendo el Papa que su augusto aliado no se cuidaba de tomar ninguna medida enérgica para abatir de una vez la Reforma, y que su celo solo habia servido para extender el poderío del emperador, retiró las tropas conque le auxiliara, anulando la bula por la que le autorizaba á enajenar una parte de los bienes del clero.

Sin embargo, en concepto del César, no era oportuna todavía la sujecion de los alemanes á la Iglesia romana; antes era preciso desarmar á los príncipes reformistas, y despues de haberlo conseguido, castigar severa-

mente á los que habian ofrecido mayor resistencia, como lo hizo con el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, á quienes atacó uno en pos de otro, apoderándose de sus Estados y llevándolos tras sí presos como una prueba del triunfo de sus armas y de la grandeza de su poderío. Además de lo dicho, recogió los cañones de los confederados de Smalkalde, enviándolos á los Paises-Bajos, á España é Italia, para que llegasen á todos sus dominios las pruebas materiales de su victoria.

Creyendo haber domado ya el génio independiente y poco dócil de los alemanes, convocó una dieta en Augsburgo, con objeto de terminar definitivamente las controversias religiosas dando un golpe de muerte á la Reforma. Á la cabeza de las tropas flamencas y españolas que acababan de sujetar á los confederados, presentóse en Augsburgo el emperador, y ocupando militarmente la catedral, hizo que sus sacerdotes la purificasen, restableciendo en ella el culto católico, en lugar del protestante que se practicaba. Despues, presentándose á la Dieta como un conquistador, exhortó á sus miembros, en su mayor parte reformistas, á someterse á las decisiones del concilio de Trento.

Pero mientras el César trabajaba en beneficio de la Iglesia romana, Paulo III, que empezaba á mirarle como un enemigo contra el cual debia tomar todo género de precauciones, temió que continuando el concilio reunido, podria convertirse en un arma de que usaria el emperador para limitar el poder de la Santa Sede, y como hubiesen muerto repentinamente uno ó dos padres del concilio y los médicos declarasen que era de una emfermedad contagiosa, aprovechóse de esta circunstancia para trasladar aquella Asamblea á Bolonia, ciudad sometida á su dominacion.

En vano protestó el César de esta medida, y en vano la Dieta pidió la vuelta del concilio á Trento: el Papa sostuvo su decision, permaneciendo los prelados adictos al emperador en Trento, y en Bolonia los que quisieron obedecer al Papa. Cárlos, como otro Enrique VIII, y con escándalo de la cristiandad, se erigió en jefe del catolicismo, redactando una especie de doctrina conforme en casi todos los puntos á la de la Iglesia romana; pero explicada en un estilo mas suave, con frases sacadas de la Escritura ó de una ambigüedad calculada. En dicha doctrina se permitia á los eclesiásticos que se hubiesen casado y no quisieran abandonar á sus mujeres ejercer todas las funciones del ministerio sagrado, declarándose además que las provincias que se habian acostumbrado á recibir el pan y el vino en el sacramento de la Eucaristía, podian continuar comulgando bajo

las dos especies; pero se declaraba al mismo tiempo que semejantes concesiones no tenian el carácter de definitivas, otorgándose solamente á fin de conservar la paz y por miramiento á las preocupaciones de los pueblos.

Tomó el nombre de *Ínterin* esta doctrina, por ser provisionales sus reglamentos hasta que reanudando el concilio sus tareas pusiese término al conflicto religioso que todos deploraban; y aceptada por la Dieta, que no tuvo valor para rechazarla, vióse al emperador marchar de ciudad en ciudad al frente de su ejército para hacerla acatar por medio de las armas. Con el *Ínterin* en una mano, el sable en la otra y los dos príncipes prisioneros como trofeos de su victoria, dirigióse despues el César á los Paises-Bajos, tanto para imponer la nueva doctrina, como para recibir á su hijo Felipe, que llegaba á Alemania con el objeto que luego se dirá.

Por este tiempo (1549) sufrió Cárlos un violento ataque de gota, y los accesos de esta enfermedad, haciéndose mas frecuentes y dolorosos á medida que entraba en años, empezaron insensiblemente á minar su vigorosa naturaleza, que resistiera hasta entonces las fatigas de los campamentos y los ímprobos trabajos del gabinete.

En 10 de Noviembre del mismo año murió Paulo III á la avanzada edad de ochenta y dos años, reemplazándole en el sólio pontificio, bajo el nombre de Julio III, el cardenal Maldonte, á quien enviara aquel al concilio como legado suyo.

Este Papa expidió bulas para que se reuniera en Trento la suspensa Asamblea el 1.° de Mayo de 1551, y el emperador, con el beneplácito de la Dieta que tenia reunida en Augsburgo, mandó que los Estados del Imperio, protestantes y católicos, enviasen allá sus representantes, asegurándoles la libertad de hablar y de discutir, y prometiéndoles que permaneceria en Inspruck para amparar á los vocales del concilio.

En la Dieta de que hemos hecho mérito se ocupó el César de un negocio que le interesaba mas de cerca que la unidad religiosa de que se declaraba ya decidido campeon, ocasionando gran susto á los príncipes alemanes, que temian, con razon, verse arrebatar la escasa libertad que les quedaba. Deseoso de asegurar á su primogénito la corona imperial, propuso que su hijo Felipe, allí presente, fuese nombrado rey de romanos en sustitucion de su hermano Fernando, á quien, aparte de sus coronas de Hungría y de Bohemia, se proponia indemnizar con otros Estados. Pero los diputados, que desde mucho tiempo atrás habian reconocido los inconvenientes de colocar al frente del Imperio á un príncipe que debia un dia heredar Estados

tan extensos como España y gran parte de Italia, no quisieron repetir en beneficio de Felipe II la falta cometida en la eleccion de su padre.

Viendo frustrado un designio que por mucho tiempo abrigara y para cuya realizacion no habia omitido emplear ninguno de los medios que estaban á su alcance, decidióse Cárlos á poner en ejecucion el otro gran proyecto que le ocupaba de restablecer la unidad católica en el Imperio, sin ninguna contemplacion á los reformados.

Tal vez para vengarse del desaire que acababa de sufrir en la Dieta, su celo anticipó los decretos del concilio, y como si las opiniones de los protestantes hubiesen sido condenadas ya, llamó á los ministros luteranos de Augsburgo; les mandó enseñar los dogmas de la Iglesia romana, y habiendo rehusado obedecer, los desterró de la ciudad, vedándoles bajo severas penas predicar en los paises sujetos á su autoridad, obligándoles además á prestar juramento de que obedecerian sus órdenes sin revelar á nadie la causa de su destierro.

Desde este momento los protestantes fueron objeto por parte del emperador de todo genero de vejaciones. Los magistrados que seguian la nueva religion se vieron separados de sus destinos, que se confirieron á católicos fanáticos. En la Suabia se abolió el culto reformado y los privilegios de las ciudades libres, forzando al pueblo á asistir á las ceremonias católicas y sometiéndole á la jurisdiccion de magistrados que consideraba como usurpadores.

Así manifestó el emperador la violencia de sus intenciones contra la constitucion germánica y contra las creencias de los reformistas que diferentes veces prometió respetar.

Despues de haber tomado semejantes medidas, dirigióse Cárlos á Inspruck, en el Tirol, desde donde podia seguir las deliberaciones del concilio de Trento sin perder de vista á Alemania.

Á pesar del fracaso de la famosa liga de Smalkalde, no pudiendo soportar mas los príncipes católicos ni los protestantes la tiranía del César, tramaron una conjuracion, de la que el activo y solapado Mauricio de Sajonia fué el alma y el ejecutor, y en la que entró tambien Enrique II de Francia, que habia heredado con sus Estados el odio á muerte que alimentó su padre Francisco I [1] contra el emperador. El monarca francés proporcionó

[1] El implacable rival de Cárlos V falleció en Rambouillet el 31 de Marzo de 1547, á los cincuenta y tres años de su edad. Este rey libertino que decia: «Córte sin damas es año sin primavera, y primavera sin rosas,» iba libando el amor de una hermosa en otra, y distribuia

desde luego á los conspiradores doscientas mil coronas, y despues sesenta mil mensuales mientras permaneciesen en campaña las tropas de los confederados, ofreciendo además acometer al César por la Lorena al frente de un poderoso ejército.

Aparte del francés contaba Mauricio con el rey de Dinamarca, y aun con la aquiescencia de Fernando, hermano del emperador.

Cárlos en tanto permanecia en Inspruck en la mas perfecta tranquilidad, ocupado en contraminar las intrigas del legado del Papa, cuando Mauricio, poniéndose al frente de un ejército de veinte mil hombres de infantería y cinco mil jinetes, que habia reunido con el pretexto de hacer ejecutar las decisiones del César, levantó el estandarte de la rebelion, mientras publicaba un manifiesto en que aseguraba que se habia armado para defender la religion protestante, amenazada de una destruccion próxima; para preservar la constitucion y las leyes del Imperio de las arbitrariedades de un monarca absoluto, y para librar al desgraciado landgrave de Hesse del horror de un injusto cautiverio.

Al mismo tiempo que Mauricio, lanzó otro manifiesto el rey de Francia, recordando la secular alianza que unia á las naciones francesa y alemana, y declarando que desenvainaba la espada en defensa de la antigua constitucion del Imperio, para lo cual tomaba el título de *protector de los fueros alemanes y de sus príncipes cautivos.* Este manifiesto llevaba en su cabeza una viñeta figurando un gorro frigio entre dos puñales, dando á entender así que la libertad se adquiere y conserva por la fuerza de las armas.

Comprendiendo que jugaba esta vez su vida y sus Estados, y decidido á obrar con energía, avanzó el elector rápidamente hácia la Alemania Superior, cuyas ciudades le abrian sus puertas. Restableció en ellas á los magistrados depuestos por el emperador; devolvió las iglesias á los ministros protestantes, y tomó á Augsburgo, cuya escasa guarnicion imperial evacuó la plaza sin osar defenderla. Por lo que hace á Enrique II, cumpliendo exactamente sus promesas, invadió la Lorena; apoderóse de Toul, Verdum

los títulos y empleos mas honoríficos en las habitaciones de sus amantes. Dícese que el marido de la hermosa Ferronière, queriendo vengarse de la preferencia que ésta otorgaba al rey en perjuicio de su honor, procuróse en un lupanar un mal que entonces no se sabia curar; infestó á su mujer, y ésta á Francisco I, el cual murió de sus resultas. No respondemos de que sea cierto el hecho; pero no deja de ser extraño que todo un obispo de Maçon dijese en la oracion fúnebre de este licencioso soberano, *que tuvo una vida tan santa, que al abandonar su alma el cuerpo debió ir en derechura al cielo sin pasar por el purgatorio.*

y Metz, dirigiéndose luego hácia Estrasburgo, que no pudo tomar, á pesar de cuantos ardides empleara para lograr su objeto.

Atónito el emperador y sin fuerzas por de pronto para sofocar tan formidable sublevacion, intentó negociar por medio de su hermano. Viéronse el elector y Fernando el 9 de Mayo de 1552 en Lentz de Austria, y aunque medio ajustaron una tregua que debia empezar en 26 del citado mes para expirar el 10 de Junio, el astuto Mauricio, queriendo terminar la contienda por un golpe de mano que le hiciese dueño de la persona del emperador, dirigióse con rara celeridad á Inspruck, seguido de una parte de sus fuerzas, llegando allí pocas horas despues de haber salido Cárlos huyendo á pesar de la oscuridad de la noche, de la inclemencia del tiempo y de los dolores de la gota que le impedian sufrir otro movimiento que el de la litera en que le conducian.

Así el poderoso Cárlos V atravesó fugitivo los Alpes por sendas casi intransitables, á la luz de antorchas y seguido de un corto número de cortesanos y criados, llegando rendido de fatiga á Villach en la Carinthia, donde se creyó en salvo.

Tales sucesos tenian lugar el 23 de Mayo del mencionado año de 1552, y el 26 del mismo mes se hallaban ya Mauricio y Fernando discutiendo en Passau las condiciones de un arreglo entre el emperador y sus rebeldes súbditos.

Entre tanto los padres del concilio, consternados ante el levantamiento de los protestantes y no considerándose seguros en Trento, abandonaron precipitadamente esta ciudad, volviéndose á sus patrias respectivas, sin que volvieran á reunirse hasta 1562, cuyo año está fuera del período histórico que abraza la presente biografía.

Despues de algunos combates y de muchas conferencias, el 2 de Agosto de 1552 firmóse al fin el tratado de Passau, cuyos principales artículos eran: que los confederados dejarian las armas y licenciarian sus tropas antes del 12 de aquel mes; que el landgrave de Hesse seria puesto al momento en libertad; que ni el emperador ni otro príncipe ejercerian violencia alguna, bajo ningun pretexto, contra los que seguian la confesion de Augsburgo, concediéndoseles, por el contrario, el libre y tranquilo ejercicio de su culto; que los protestantes no perturbarian á los católicos en la observancia de sus ceremonias religiosas; que la Cámara imperial administraria justicia con imparcialidad á los súbditos de una y otra religion; que se escogerian indifentemente los vocales de este tribunal entre individuos de

las dos creencias; que dentro de seis meses se reuniria una Dieta para deliberar acerca de los medios de prevenir las contiendas religiosas, y que si aquella Asamblea no podia terminar las desavenencias, las cláusulas del tratado actual favorables á los protestantes conservarian para siempre toda su fuerza. [1]

Tal fué, en resúmen, el célebre tratado de Passau, que vino á derribar el edificio levantado por Cárlos con todos los recursos de su poder, de su astuta política y de su gran constancia, olvidando ó no comprendiendo que los fundamentos debian ser populares y liberales. Si hubiese buscado la base del Imperio absoluto en la clase media y en los siervos, el poder de los señores no resistiera á su empuje, y quizá habria fundado la monarquía universal europea, ilusion de toda su vida y objeto de todos sus esfuerzos.

Empero Cárlos V carecia de un ideal social: su ambicion se ceñía únicamente á aumentar su poder. Por eso no hallaremos en el curso de su historia una sola idea generosa ó de progreso que haya patrocinado. Conmovió la Europa solo por dominarla, y no dejó tras sí ninguna institucion que hiciera grata sin memoria á la posteridad.

La reforma de la Iglesia romana, apetecida por los mismos católicos, engendra el cisma de Lutero: pretende nuestro héroe unificar la religion, y en lugar de purgar á Roma de las abominaciones de los Alejandros, de los furores de los Julios, del paganismo de los Leones, de las sodomías de los Paulos, de la venta de los oficios y de la remision de los mas horribles crímenes por medio del dinero, Cárlos persigue y ataca la Reforma, que se ostentaba entonces cual paladin del cristianismo por la pureza de sus apóstoles y la ciencia de sus ministros.

La reforma de las costumbres del alto y bajo clero era indispensable: si vininiera de arriba, se habria mantenido la unidad del culto; mas viniendo de abajo, dió lugar no solo á todas las variedades de la religion cristiana hoy dia existentes, sino tambien al racionalismo, al ateismo y al horrible excepticismo, cáncer de la edad Moderna.

Llegó Cárlos al pináculo de la gloria, y no habiendo cumplido la mision civilizadora que la lógica de los sucesos en que debió intervenir parecia señalarle, á pesar de hallarse en aquella edad en que á la plenitud de las

[1] Este tratado fué confirmado por un *Recés* ó decreto de la Dieta de Augsburgo de 25 de Setiembre de 1555.

facultades humanas se asocia la experiencia de la vida, fué decayendo de su poder para ir á encerrarse en un oscuro claustro.

Avergonzado de su retirada á Villach, quiere reparar su gloria: junta sesenta mil hombres y un formidable tren de artillería, y no puede reconquistar á Metz, viéndose precisado á levantar el sitio, dejando en el campo la mitad de su ejército, el mas hermoso que el siglo XVI habia visto en las guerras de Europa.

Desde entonces ya no alimentó Cárlos otra esperanza que la de casar al heredero de sus Estados, Felipe, con María Tudor, hija de Enrique VIII, que debia suceder á Eduardo VI, jóven de bellas prendas, cuya salud minaba una enfermedad mortal. Consiguiólo, y bien pronto la fanática María desencadenó el furor de la intolerancia católica en Inglaterra, donde predominaron los papistas, que llevaron al gobierno las pasiones de la mas ardiente venganza, probando así que do quiera que la familia de Austria sentara el pié debia brotar la sangre.

El último hecho de armas de Cárlos V fué la defensa de Renti en los Paises-Bajos. Sitiada esta ciudad por los franceses mandados por el hábil caudillo Francisco de Guisa, hizóse llevar allá el emperador en una litera, por no permitirle la gota montar á caballo, y poniéndose al frente de su ejército, despues de un combate sangriento é indeciso, pudo evitar que cayese la plaza en poder del enemigo. Á la retirada de este, penetró en Picardía, y sin que le fuese dado tomar allí ninguna fortaleza de importancia, pasó á fuego y sangre el pais, no sacando otro fruto de aquella expedicion que el oprobio que arrojó sobre su nombre esta manera bárbara y vergonzosa de guerrear.

Despues de esta campaña, son muy pocos los hechos memorables en que intervino nuestro héroe, si se exceptúa su célebre abdicacion de que vamos á dar cuenta.

Astiado del poder, atormentado por la terrible enfermedad que padecia desde su juventud, ó quejoso tal vez de su declinante estrella que le oponia en su ancianidad un rival tan poderoso como Enrique II de Francia, dueño por su mocedad de ejecutar en persona todos sus proyectos, mientras que él se veia reducido á delegar en otros el cuidado de defender sus intereses y su gloria, Cárlos asombró al mundo por la renuncia que hizo de sus Estados hereditarios y por su determinacion de abandonar para siempre los cuidados del mundo, yendo á acabar sus dias en el retiro y la soledad.

El 25 de Octubre de 1555 presentóse el César á los Estados Generales

de los Paises-Bajos, reunidos al efecto, teniendo á su hijo Felipe á la derecha, á su hermana la regente María á la izquierda y el brillante acompañamiento de grandes de España y de príncipes del Imperio á su espalda. Despues que el presidente del Consejo de Flandes hubo explicado en pocas palabras la intencion del emperador al convocar aquella junta, pasó á leer el acta por la que Cárlos, emperador de Alemania y rey de España, renunciaba en Felipe, su hijo, todos sus dominios hereditarios, absolviendo á sus súbditos de la obediencia que le debian para trasladarla al nuevo soberano que les designaba. Finida la lectura de aquel documento, levantándose el César de su asiento, para lo cual tuvo que apoyarse en el hombro del príncipe de Orange, á causa de su debilidad, recordó dignamente y sin jactancia sus bélicas empresas y sus frecuentes viajes por Europa y África, y concluyó diciendo, que si habia hecho injusticia á algunos de sus súbditos, en atencion á la gravedad suma de los negocios que le agobiaran durante su reinado, les pedia que le perdonaran, prometiendo que rogaria al Todopoderoso hasta el último instante de su vida por la felicidad de sus pueblos.

Luego, volviéndose á Felipe, que se habia arrodillado ante él y besaba su mano, le dijo:

« Si no os dejara mas que por mi muerte esta rica herencia que tanto he acrecentado, debiérais á mi memoria algun tributo; mas cuando os entrego lo que pudiera conservar aun, tengo derecho á vuestro agradecimiento. Sin embargo, os eximo de él, con tal que consagreis vuestro amor y desvelos á hacer felices á vuestros vasallos. Tócaos ahora á vos justificar este acto de mi afecto paterno, y mostraros digno de la confianza que hago de vuestra cordura. Conservad un respeto inviolable á la religion; mantened la fé católica en toda su pureza; que las leyes de vuestro pais os sean sagradas; no intenteis nada contra los derechos y privilegios de vuestros súbditos, y si en algun tiempo deseais gozar de la tranquilidad de la vida privada, ¡ojalá tengais cual yo un hijo en quien renunciar el cetro con igual satisfaccion que yo siento en cedéroslo! »

Dichas estas palabras, cayó sobre su silla casi desmayado por la fatiga de tan gran esfuerzo.

Terminado el solemne acto de su abdicacion, todavía retuvieron á Cárlos en Bruselas los negocios públicos y sus padecimientos, hasta que el 27 de Agosto de 1556 firmó un acta, que entregó al príncipe de Orange, por la que trasferia á su hermano Fernando, rey de romanos, todos sus derechos

de soberanía sobre el cuerpo germánico. Luego volvió á Gante, su ciudad natal, donde se entregó durante algunos dias á la dulce melancolía de ver y despedirse de aquellos sitios que le recordaban las ilusiones de su niñez y juventud; se puso en camino para Zuitbourg en Zeelenda, donde le aguardaba el bajel que debia conducirle á Epaña, y despues de haberse despedido de Felipe con toda la ternura de un padre que por última vez vé á su hijo, zarpó el 17 de Setiembre de 1556, escoltado por una numerosa escuadra compuesta de navíos españoles, ingleses y flamencos.

De sus vastas posesiones solo se reservó el emperador una pension de cien mil escudos para los gastos de su casa y obras de beneficencia y caridad.

La reina de Inglaterra, su nuera, le invitó con empeño á desembarcar en algun puerto de sus dominios, para tener el gusto de volver á verle; mas él la contestó:

« No puede ser gustoso á una reina recibir la visita de un suegro que no es mas que un caballero particular. »

Despues de una feliz navegacion de once dias, Cárlos llegó á Laredo, y considerándose ya muerto para el mundo, así que saltó á tierra se arrodilló, y besándola:

« ¡Oh, madre comun de los hombres, exclamó tristemente: salí desnudo del vientre de mi madre, y volveré á entrar desnudo en tu seno! »

Á pesar de esto, acostumbrado á los honores del poder supremo, no pudo menos de resentirse del poco aprecio y miramientos de la nobleza española, que no fué á visitarle á su paso por Búrgos; porque, como todos los príncipes, abrigaba la ilusion de que los homenajes que recibia cuando ocupaba el trono eran debidos á sus cualidades personales y no á su gerarquía. ¡Pobres reyes!

Exhausto de recursos por no haber recibido todavía la primera paga de la moderada pension que se reservara, tuvo que permanecer en Búrgos algunas semanas, sin poder despedir la servidumbre que trajera de Flandes, hasta que despues de varias instancias, se le envió dinero para pagar á sus criados y proseguir su viaje. Así la ingratitud de Felipe se demostraba ya olvidándose de atender á las necesidades de su padre.

En Valladolid se despidió Cárlos de sus hermanas María y Leonor, que querian acompañarle en su retiro para cuidarle en sus padecimientos, sacrificio que no permitió realizaran aquellas princesas.

La situacion del monasterio de Gerónimos de Yuste, cerca de Plasencia

en Extremadura, le habia gustado tanto, que segun indicara en varias ocasiones á las personas de su comitiva, le parecia un lugar á propósito para albergar á un gran monarca que decidiera pasar en la soledad el resto de sus dias. Guiado por esta idea, habia hecho construir allí, bajo un plan que dió él mismo á su arquitecto, un edificio con seis habitaciones y un huerto que deseaba cultivar por su mano.

En tal morada, el 3 de Febrero de 1557 fué á enterrar Cárlos V aquellos ambiciosos designios que durante cerca de medio siglo llenaran la Europa de sangre y ruinas. Allí, en compañía de Juanelo Turriano, uno de los mas ingeniosos mecánicos de su tiempo, ocupóse en ejercicios de piedad y en construir relojes, órganos y diversas figuras de movimiento, con gran admiracion de los frailes, cuya ignorancia llegó á sospechar que Cárlos tenia comercio con el diablo.

Porfió mucho tiempo para arreglar varios relojes, sin que le fuese dado conseguir que anduviesen dos exactamente iguales. ¡Útil leccion para un monarca que creyó suficiente su voluntad para unificar las creencias religiosas de sus pueblos, ignorando el mecanismo de los sentimientos humanos! Si fabricando él mismo las ruedas, resortes y volantes no pudo obtener el isocronismo de dos relojes, ni se ha conseguido despues á pesar de los inmensos adelantos de las ciencias y artes, ¿cómo pudo concebir el insensato que segun su capricho doblegaria la conciencia del hombre?

Aun en su retiro persistió en esta idea. Si el cansancio y su dolencia le llevaron á la resolucion de olvidar los negocios del mundo, no lo consiguió: los impulsos naturales de su carácter y la costumbre de cuarenta años de intrigas y sangrientas luchas, hicieron del claustro de Yuste un centro de donde partian las chispas de la guerra y de las persecuciones religiosas.

No, no fué la vida del cenobita la que vivió Cárlos en el monasterio de Gerónimos, y los historiadores que han dado en presentarle sobrio, austero, recogido y mortificando su cuerpo con cilicios y azotes, se inspiraron en las primeras impresiones de las personas que formaban su servidumbre en el convento, cual puede verse en los documentos consultados por Lafuente en el Archivo de Simancas. Por ellos sabemos los pormenores de la vida de Cárlos durante los diez y nueve meses que permaneció en el monasterio de frailes Gerónimos, y de ellos sacamos las noticias que dan fin á esta biografía.

«Viene, escribia el mayordomo Luis Quijada, tan recatado de tratar ni

de que le hablen de negocios, que ni lo quiere oir, ni entender, que es bien lejos de lo que allá se decia.»

Una carta de su secretario Gaztelu contiene este párrafo:

«De los que allá vienen he entendido que se persuaden que S. M. entenderá en negocios, y aunque debe de convenir por muchos respetos, va tan hostigado de ellos, que ninguna cosa mas aborrece que oir solo nombrallos.»

Pero que no vivió en esta sistemática ignorancia y abstraccion de la política lo certifica la correspondencia que sostenia sobre negocios de Estado con su hija doña Juana, gobernadora de Castilla, con el secretario de ésta, Juan Vazquez de Molina, con su hijo Felipe II y con los príncipes y ministros de otros reinos. Entre la coleccion de cartas originales de Cárlos V relativas á los asuntos públicos que existe en el archivo de Simancas, hay una que prueba cuánta era su solicitud por el ejército de Italia, que mandaba el duque de Alba contra Paulo IV, coligado entonces con los franceses para hacer la guerra á Felipe II.

Dice así la mencionada carta, que lleva la fecha del 12 de Mayo de 1557.

«Juan Vazquez de Molina, del mi Consejo y mi secretario.—Ví vuestra carta de 8 de este, y háme parecido bien que demas de los quinientos mil ducados que llevó don Luis de Carvajal en la armada de su cargo, se envien en la flota de los mercaderes, que ha de partir agora, otros setecientos veinte mil de contado y por letras de cambio, sin lo que se piensa sacar de los arbitrios de que se queda tratando, para que pueda llevar Ruy Gomez y proveer lo de Italia, demas de los trescientos mil ducados que llevó don Juan de Mendoza en las galeras de su mando. Pero porque, como sabeis, todo es poco para tan gran suma como el rey há menester en esta coyuntura, conviene que por todas las vias y formas que ser pudiere se usen de los medios y remedios necesarios para que el rey sea proveido, y con brevedad, pues veis cuánto le importa.»

Véase por esta muestra de su correspondencia política si se habia retraido de los negocios de Estado. En cuanto al respeto y cariño que como príncipe católico y como cenobita debia profesar al Santo Padre, reproducimos lo que escribia en 8 de Agosto de 1557 al citado Molina, á propósito de la excomunion lanzada por Paulo IV contra Felipe, excomunion en la que el mismo César iba envuelto; que bien sabia el Papa que el verdadero general del ejército que invadia sus Estados moraba en una celda del convento de Yuste:

«Hános desplacido cuanto es razon, decia, de entender las cosas que el

Papa intenta, y que sea tan mal aconsejado; pero pues no se puede hacer otra cosa, y el rey se ha justificado en tantas maneras cumpliendo con Dios y con el mundo, por excusar los daños que de ello se seguirán *forzoso será usar del último remedio;* [1] y en lo que escribe del entredicho y lo demas, no tengo que decir sino que conforme á aquello se use en todo de la diligencia y prevencion que conviene.»

Cuando por este tiempo (10 de Agosto del mencionado año) recibió la noticia de la victoria de San Quintin, preguntó al mensajero:

«¿Está ya mi hijo á las puertas de París?»

Y habiéndole respondido que no, añadió suspirando:

«Á su edad y con tal fortuna no me hubiera parado á medio camino.»

En cuanto á lo enterado que estaba de la situacion de las fuerzas francesas despues de la toma de San Quintin, es buena prueba el siguiente fragmento de una carta suya del 15 de Noviembre, que parece escrita cual si se hallara él mismo en el teatro de la lucha:

«Estando aun en pié los doce mil infantes y mil caballos que he entendido habia levantado Poliuter, conforme á las pláticas que los dias pasados trataba *por mi órden*, y despues del rey, para ir la vuelta de Leon ó Metz, como el rey se hallará con menos gente de la necesaria para poder acudir á donde conviniere, podria mandar llamar al dicho Poliuter para que fuese á la parte de Metz ó de Lorena, para juntarse con él, pues que lo podria hacer con seguridad yendo por Luxemburgo, y teniendo el rey aquella gente podria con mayor seguridad allegarse al enemigo, y contrastalle para estorballe que no hiciese lo que podria pretender, poniéndose donde conviniere, y tomando sitios fuertes y cómodos para socorrer á los amigos y ofender á los enemigos, como se hizo en lo de Valenciennes, Namur y Renti; de lo cual he querido avisaros, para que luego sin perder punto de tiempo despacheis con ello correo por tierra al rey, con la mas diligencia que ser pudiere, y tambien por mar, y que la cifra que se ha de escribir no sea la ordinaria, de que tienen noticia en Francia, segun lo avisa el duque de Alburquerque.»

Además de lo dicho, se encuentran cartas suyas fechadas tres semanas antes de su fallecimiento, que prueban la parte que tomaba en la direccion de la guerra.

La especie de que se hacen eco los historiadores de no haberse ocupado

[1] Á este propósito, se oyó decir á Felipe II: «El Papa debe guardarse de irritar á un gran rey.»

el César desde que pisó el claustro del oro que venia de las Indias, está desmentida tambien por sus cartas. ¡Ojalá hubiese mirado con tanto interés la buena administracion de aquellos lejanos imperios de Méjico y del Perú, como adoraba el oro que de ellos le traian para invertirlo en las inútiles y sangrientas guerras conque asoló la Europa! ¡El nuevo y el viejo mundo tendrian que agradecerle la prosperidad y ventura que de tal solicitud hubiera resultado!

De una partida de oro, plata y perlas que habia llegado de Tierra Firme, Nueva España, Honduras, Isla Española y de otras partes de las Indias, así para el rey, como para diversos mercaderes y pasajeros, se habia mandado por real cédula no *descontar ni sacar cosa alguna*, y como sucediera que los funcionarios de la Casa de Contratacion de Indias de Sevilla entregaran á sus legítimos dueños las cantidades que les pertenecian, Cárlos, que demostrara durante su gobierno el escaso respeto que le merecia la propiedad de sus súbditos, supo indignado aquella transgresion al real mandato, escribiendo á la gobernadora en tales términos, que no parece sino que *todo aquel oro é plata, tejuelos é monedas*, que importaban la enorme suma de mil quinientos cuarenta y nueve millones de maravedís, eran suyos ó de la corona.

En la ocasion de que vamos hablando, los empleados de la Casa de Contratacion, inspirándose en un sentimiento de justicia, hicieron caso omiso de aquella cédula, ó por mejor decir, de aquel *despojo de real órden*, porque la experiencia les habia demostrado cuánta era la rapacidad de los reyes, los cuales cogian el dinero allí donde lo hallaban, sin acordarse jamás de devolverlo; y tanto era así, y tal fama gozaba el César de mal pagador, que el Banco de Venecia se negó siempre á fiarle las sumas que le pidió repetidas veces con vivas instancias para hacer frente á sus necesidades.

«En verdad, escribe el solitario de Yuste á la princesa su hija, refiriéndose á la desobediencia de los funcionarios de Sevilla, si cuando lo supe tuviera salud, yo mesmo fuera allá á ser pesquisidor de donde esta bellaquería procedia, y pusiera todos los de la Contratacion en parte, y los tratara de manera que yo sacara á luz este negocio; y no lo hiciera por tela ordinaria de justicia, sino por la que convenia por saber la verdad, y despues por la misma juzgara los culpados; porque al mismo instante les tomara toda su hacienda y la vendiera, y á ellos los pusiera en parte donde ayunaran y pagaran la falta que han hecho.»

Y al mencionado secretario Vazquez, en carta del 12 de Mayo de 1557, decia lo siguiente sobre el mismo asunto:

«He visto lo que decís del sentimiento que ha tenido el rey de la suelta del oro y plata de Sevilla, y lo que envia á mandar que se haga de los oficiales de la Casa de Contratacion en el caso que tengan culpa; y pues ésta consta claramente por la relacion que habeis enviado, sacada de las informaciones que se han hecho hasta los 29 del pasado, será bien que si ya la princesa no lo ha proveido, envie á mandar á los que en esto entienden que suspendan luego á los dichos oficiales y los prendan, y aherrojados, públicamente y á muy buen recaudo, los saquen de aquella ciudad y traigan á Simancas, y pongan en una mazmorra, y les secuestren sus haciendas, y pongan en depósito á recaudo, hasta que el rey provea sobre ello lo que se debe hacer.»

Véase como no solo se ocupaba del oro de Indias, sino que «ni con el tiempo se le pasaba la cólera, que antes se le acrescentaba,» segun decia á su hija, por no haber entrado el tesoro entero en las arcas reales, á pesar de ser agena la parte sustraida. ¿Dónde está, pues, aquel Cárlos que nos pinta Estrada, el jesuita historiador de las guerras de Flandes, tan abstraido en la soledad y olvidado del mundo, que ni el oro que en inmensa cantidad trajo á España la flota de las Indias, ni el rumor de las batallas y victorias de su hijo pudieron sacar de su contemplacion y santo recogimiento?

Lejos de esto, en el retiro que eligiera para acabar sus dias, ya al borde del sepulcro, el digno nieto de los reyes Católicos demostró su aficion á las cosas mundanas, y sobre todo aquella intolerancia hácia la religion reformada que le valió el baldon de tener que huir precipitadamente de Inspruck para no caer en manos de los enfurecidos protestantes.

Por lo que hace á este asunto, sucedió que á pesar de la Inquisicion, penetraron en España las doctrinas reformadoras del cristianismo, y si bien no las adoptó el pueblo, cuyas ideas religiosas, estimuladas por la larga lucha contra los sarracenos, estaban sostenidas todavía por su rivalidad con los moriscos y cristianos nuevos, se infiltró el luteranismo entre personas ilustradas y de posicion, que fueron presas inmediatamente y entregadas sin piedad á las hogueras del Santo Oficio.

Como era de esperar, aprobó Cárlos tan terribles castigos, y para excitar mas el estúpido celo del fanático Felipe II, le escribió en estos términos:

«Hijo: Este negro negocio que acá se levantó me tiene tan escandali-

zado cuanto lo podeis pensar y juzgar. Vos vereis lo que escribo sobre ello á vuestra hermana. Es menester que escribais y que lo proveais muy de raiz, y con mucho rigor y récio castigo; y porque sé que teneis mas voluntad y habreis mas hervor que yo lo sabria ni podria decir ni desear, no me alargaré mas en esto. De vuestro buen padre. — Carlos.»

La carta dirigida á la regente Juana contenia los siguientes párrafos:

«Hija: Cuanto á lo que decís que habeis escrito al rey dándole razon de lo que pasa en lo de las personas que se han preso por luteranos, y los que cada dia se descubren, y que mostrastes mi carta que sobre esto os escribí al arzobispo de Sevilla y á los del Consejo de la Inquisicion, y el favor que les habeis ofrecido, y las diligencias de que en todo usan, me ha parecido bien.

»Si no fuese por la certidumbre que tengo de que vos y los de los Consejos que ahí están remediarán muy de raiz esta desventura, castigando muy de veras para atajar que no pase adelante, no sé si tuviera sufrimiento para no salir de aquí á remediallo.»

Despues recuerda á la princesa lo que él dejó ordenado y establecido en Flandes, á saber: *quemar vivos á los contumaces, y á los que se reconciliasen cortarles las cabezas,* exhortándola por último á que use de iguales procedimientos con los luteranos de España, sin excepcion de persona alguna, y á que haga en esto «mas de lo posible.»

El obispo Sandoval, contemporáneo casi de nuestro héroe, asegura en su *Historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V,* que el cenobita de Yuste dijo acerca de los citados presos:

«Errarse há si los dejasen de quemar, *como yo erré en no matar á Lutero;* y si bien yo le dejé por no quebrantar el salvo-conducto y palabra que le tenia dada, pensando de remediar por otra via aquella herejía, erré porque yo no era obligado á guardarle la palabra, por ser la culpa del hereje contra otro mayor Señor, que era Dios; y así yo no le habia ni debia guardar palabra, sino vengar la injuria hecha á Dios.»

Como queda probado, desde su retiro seguia entendiendo Cárlos en la guerra, en la Hacienda, en la política y en los asuntos religiosos, á la vez que continuaba teniendo tan poco respeto al Padre comun de los fieles, cual era de esperar del soberano que dejó sin castigo el bárbaro saqueo de Roma y tuvo prisionero al mal aconsejado Clemente VII hasta haberle arrancado por via de rescate el oro que necesitaba para llevar á cabo sus sangrientas empresas.

Por lo demas, este hombre tan celoso de la religion católica que no podia tolerar la mas ligera falta en materia de fé, ¿fué como le pintan un modelo de austeridad atormentando sus carnes con disciplinas y su cuerpo con ayunos y penitencias?

En la correspondencia de sus servidores, consultada con este objeto, no se encuentra ninguna prueba que autorice á asegurar que Cárlos V se macerase el cuerpo y ayunara como un anacoreta, sino que se trataba conforme á las ocupaciones en que empleaba el tiempo y al régimen alimenticio á que estaba avezado.

No hay mas que ver las cartas de su mayordomo y secretario para convencerse de que á la sacra cesárea majestad de Cárlos V ni le eran de todo punto agradables las privaciones, ni del todo indiferentes los placeres de la mesa. Con fecha 9 de Octubre de 1556 acusaba recibo Gaztelu de las cosas exquisitas que se enviaban el régio penitente para su regalo, dando cuenta además de obrar en su poder las frutas, aves y otras suculentas provisiones encargadas á diferentes puntos por órden del emperador. De unas conservas que le mandó la princesa su hija, mandó el César que nadie las tocase, porque le habian gustado mucho. Se temia alguna vez que el exceso de pescado comido por el augusto anacoreta le produjese una indigestion. Su secretario se quejó amargamente del mal estado en que llegó una remesa de bizcochos. Las ostras de Portugal, frescas y en escabeche, y las empanadas de anguilas le gustaban mucho, tanto, que las comia hasta hacerle daño; por lo que el mayordomo Luis Quijada escribió que no se enviasen mas.

El médico Mathisio dice que su majestad comia cerezas al principiar la comida, no reparando en tomar despues «una escudilla de crema y nata,» y luego «un pastel con especias,» además de otros manjares que se complace en enumerar.

Las cartas auténticas de Quijada atestiguan que era muy aficionado al salmon, á los arenques frescos y salados, á las lampreas de Alcántara, á las anchoas, á las perdices y á las longanizas de Flandes.

Todo lo cual prueba que la mesa de Cárlos V no era por cierto la de un anacoreta.

«Vivia tan pobremente, dice el citado obispo Sandoval, que mas parecian sus aposentos robados por soldados que destinados á un gran príncipe. Habia una sola silla de caderas, que mas era media silla, tan vieja y ruin, que si se pusiera en venta no dieran por ella cuatro reales.»

Tampoco esto es verdad, puesto que constan en documentos fehacientes del archivo de Simancas, no solo el valor de sus muebles, sino el número y nombres de sus criados. Los de *Cámara,* contados el doctor, el boticario, sus practicantes y dos barberos, llegaban al número de *veinte y tres ;* los de *Furriela,* incluso Turriano, el Arquímedes de aquel siglo, eran *cuatro;* los de *Panetería, Salsería, Cocina, Panadería, Pastelería, Cava*, etc., etc., *diez y ocho,* y los que residian en la villa de Cuacos , cerca del monasterio , donde se hacia la cerveza y estaban instalados la relojería y el guardajoyas, y vivia el secretario Gaztelu, *quince* personas: total de servidores, unos *sesenta.*

Consta además de una manera muy especificada que las joyas, alhajas, pinturas, libros, objetos de plata y oro, muebles y demas efectos que llevó Cárlos V á Yuste valian mas de tres millones y medio de maravedises.

No creyendo necesario insistir mas para desmentir la supuesta pobreza del César, vamos ahora á aclarar otro error. Estrada, Robertson, Miñana y otros historiadores dicen que mandó levantar un túmulo en la capilla del convento; que formaron sus criados y los frailes una procesion funeral, llevando cirios negros en las manos, siguiéndoles Cárlos envuelto en una mortaja; que luego lo colocaron en un ataud, y se cantó el oficio de difuntos; que oia los lamentos de sus criados y las preces que se recitaban por el eterno descanso de su alma, terminando la ceremonia echándole agua bendita sobre su cuerpo; que se retiraron todos dejando cerradas las puertas de la iglesia; que Cárlos salió entonces del féretro lleno de ideas fúnebres, y que fatigado de tan larga ceremonia y muy impresionado por ella, le dió una calentura de la cual murió.

Esta lúgubre anécdota pasa como cosa verídica entre nacionales y extranjeros; mas despues de las investigaciones practicadas en la copiosa correspondencia que existe de cuantas personas rodearon al emperador durante los meses de Agosto y Setiembre de 1558, época en que se suponen los funerales descritos, si bien se encuentran todos los pormenores de la vida que llevaba Cárlos en el indicado período, en ninguna de aquellas cartas se lee expresion alguna que directa ni indirectamente se refiera á tales honras fúnebres, que los historiadores dicen haberse celebrado precisamente en 30 de Agosto de 1558.

Por el contrario, en este dia comió el César al sol en una azotea del monasterio, segun afirman el doctor Mathisio, médico de cámara, y diversos testigos, entre ellos el varias veces citado mayordomo Luis Quijada, quien

en 1.° de Setiembre dirigió al secretario Juan Vazquez de Molina la siguiente carta:

«Con esta va una relacion del doctor, por la cual verá vuestra merced el accidente que á su majestad ha sucedido desde ayer á las tres despues de medio dia acá; y aunque es poco, como el doctor dirá, pónenos en cuidado, porque há años que á su majestad no le ha acudido calentura con frio sin accidente de gota. El frio casi lo tuvo delante de mí todo; mas no fué grande, puesto que tembló algun tanto. Duró casi tres horas la calentura; no es mucha; aunque en todo me remito al doctor, que escribirá mas largo.

»Yo temo que este accidente sobrevino de comer antier (antes de ayer) en un terrado cubierto, y hacia sol, y reverberaba allí mucho, y estuvo en él hasta las cuatro de la tarde, y de allí se levantó con un poco de dolor de cabeza, y aquella noche durmió mal; ansí que podria ser fuese aquello lo que le hubiese causado este frio y calentura.»

Luego, en una *postdata,* añadia: «que su majestad entendia en su testamento, para lo cual encargaba que se enviase inmediatamente al secretario Martin de Gaztelu el título de notario.»

La carta del doctor atribuye á la misma causa la calentura de Cárlos.

El 2 de Setiembre repitió la calentura, y se llamó al otro médico, llamado Cornelius.

El 3 le sangraron dos veces, recibió los sacramentos y concluyó un codicilo empezado.

Y así dia por dia y hora por hora se consignan todos los hechos, accidentes, remedios y palabras que dijo el enfermo hasta el dia en que sucumbió, que fué el 21 de Setiembre de 1558.

«Á las dos despues de media noche, escribia Quijada á Vazquez de Molina á las cuatro de la madrugada del mismo dia 21 de Setiembre, fué Nuestro Señor servido llevar para sí á su majestad tan como cristiano como siempre lo fué: jamás perdió la habla, ni el conocer, ni el sentido, hasta que dió el alma á Dios, conhortándose con lo que Él era servido hacer, y esto diciéndolo á todos y poniendo las manos y escuchando á los frailes que le hablaban las cosas que en tal tiempo se suele hacer, y pidiendo: «Decidme tal salmo, y tal oracion y tal letanía.» Y cuando quiso espirar lo conoció, y tomó el crucifijo en la mano, y se abrazó con él hasta llegallo á la boca, y pidió tambien que le tuviesen candelas benditas,

y que las encendiesen, y estaba tan en sí, que se tomaba el pulso y meneaba la cabeza, como á manera de decir: «No hay remedio.»

Hemos dicho que durante su enfermedad concluyó su último codicilo: en él lega á su hijo la intolerancia de que estaba henchida su alma, expresándole en los siguientes términos:

«Y mando como padre que tanto le quiero (á su hijo Felipe II) y como por la obediencia que tanto me debe, tenga de esto grandísimo cuidado, como cosa tan principal y que tanto le va, para que los herejes sean oprimidos y castigados con toda demostracion y rigor, conforme á sus culpas, y esto sin excepcion de persona alguna, ni admitir ruegos, ni tener respeto á persona alguna; y que para el efecto de ello favorezca y mande favorecer al Santo Oficio de la Inquisicion, por los muchos y grandes daños que por ella se quitan y castigan, como por mi testamento se lo dejo encargado. [1]

El dia antes de morir señaló una manda en favor de la madre de don Juan de Austria, su hijo natural, que cuidaba su mayordomo y confidente Quijada.

Púsose el cuerpo del emperador en una caja de plomo, la cual se encerró en otra de madera de castaño forrada de terciopelo negro, y se enterró detrás del ara del altar mayor del monasterio de Yuste, donde permaneció hasta que su hijo don Felipe lo mandó trasladar al Escorial.

Murió Cárlos á la todavía temprana edad de cincuenta y ocho años y medio, no como cenobita, sino como soberano, que, cansado del cetro, continuaba, sin embargo, dirigiendo desde su voluntario destierro los negocios de los vastos Estados que legó á la casa de Austria, tan funesta para la libertad y el progreso del mundo.

Las guerras que promovió ó sostuvo Cárlos V, segun un autor contemporáneo, [2] costaron la vida á doscientas mil personas, no contando el número muchísimo mayor de hombres, mujeres y niños que perecieron por el hambre y la peste, los cuales es difícil reducir á guarismos. Añádase á esto el inmensísimo mal de la disolucion de las costumbres que lleva en pos la guerra, el incendio y saqueo de mas de cien ciudades florecientes, la enorme baja que sufrió la poblacion de España, y la completa ruina del comercio, la industria y la agricultura, que únicamente al cabo de dos siglos y medio lograron reponerse un tanto del abatimiento en que los sumiera este

[1] Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V.*

[2] Segni, *Storie florentine.*

monarca conquistador, cuyo reinado fué una verdadera calamidad para nuestra patria.

Y no se diga en apoyo de Cárlos V que, aspirando á formar de Europa un solo reino, lo cual era un progreso sobre la edad Media fraccionada, tuvo que apelar á las armas para llevar á cabo sus sueños de unidad; porque con igual argumento podríamos defender á Alejandro, á César, á Atila, á Mahoma, á Gengis-Kan, á Soliman II y á Napoleon I, que representan en la historia la dominacion personal y no el progreso del género humano. El tipo del conquistador sin tacha es Colon descubriendo un nuevo mundo y atrayéndose con su humanitaria conducta á sus moradores; es Vasco de Gama abriendo el paso á las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza y granjeándose el aprecio de los indómitos pueblos que sometió su espada; es Washington luchando noblemente contra Inglaterra por la independencia de su patria, y en el presente siglo el ilustre plebeyo Abraham Lincoln, que dió su vida por romper las cadenas de tres millones de séres humanos sumidos en los horrores de la esclavitud. Estos, obedeciendo á una idea generosa y útil para sus semejantes, esgrimieron la espada hasta ver realizadas sus altas empresas, mereciendo el aplauso, las bendiciones de la posteridad. Empero la mayor parte de los capitanes que la ignorancia del hombre ha elevado á la categoría de semidioses, merecen en justicia el nombre de grandes bandidos, y los escasos beneficios que reportar pudiera la civilizacion de las calamidades que sembraron, provienen no de ellos ni de sus miras egoistas, sino de la fecunda y buena naturaleza, que partiendo siempre de lo existente se dirige hácia la perfeccion.

Como una asoladora nube, Cárlos cruzó la tierra tronchando á centenares de miles esas espigas que, sembradas por la mano del Eterno, tardan veinte y cinco años en desarrollarse y que se llaman hombres.

¡Que Cárlos tuvo el mérito de haber querido restablecer la unidad religiosa bajo la potestad del papado!... En efecto: aquella eminencia autoritaria se aliaba fácilmente con cualquier soberano absoluto, con cualquier traidor como el condestable de Borbon, con cualquier enemigo de su patria y de la religion del Crucificado, cual pretendió hacerlo con el terrible Barba-Roja, á quien trató de sobornar estando ya al servicio de Soliman II, y de aquí que cuando le interesaba tener propicia á la Santa Sede, afectando gran celo por la pureza del dogma católico castigó con la hoguera los delitos que cometian sus súbditos de España y de los Paises-Bajos contra la autoridad del Papa. Mas cuando este se oponia á sus

designios ó caprichos, le amenazaba, aun desde su retiro de Yuste, como antes le habia castigado tolerando que los veinte y cinco mil salteadores de Borbon saquearan á Roma por espacio de ocho meses y teniéndolo prisionero en Sant-Ángelo por no poder pagar el crecido rescate que le impuso. Por otra parte, la unidad religiosa no es un bien para la humanidad, cual lo prueban la historia y el estado actual de los pueblos orientales: su felicidad estriba solamente en vivir conforme á las verdades divinas y humanas, como lo certifica la suma de bienes cada dia crecientes de que goza el mundo civilizado, cuya miseria y abyeccion están en razon inversa de sus adelantos.

Despues de esto, ¿qué representa Cárlos V en la historia?

El papel que representaron sus abuelos Fernando é Isabel, su hijo Felipe II y los demas reyes de la casa de Austria: aniquilar los restos del feudalismo; centralizar la mayor suma de autoridad en perjuicio de la libertad de sus súbditos; malversar los tesoros de América en empresas de que sus pueblos no habian de reportar ningun provecho, y mantener constantemente abiertas las venas de la pobre España en Flandes, en Italia, en Francia, en Alemania, hasta que, desangrada, vino á quedar en el mísero estado que hoy la vemos.

Hé aquí los *beneficios* que el hijo de Felipe el *Hermoso* y de Juana la *Loca* dispensó durante su *glorioso* reinado de cuarenta años á esta nacion hidalga.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CÁRLOS V.



JUAN DE PADILLA

JUAN DE PADILLA.

(DE 1517 Á 1521 DESPUES DE J. C.)

Vamos á [illegible] la historia del ilustre mártir de la libertad [illegible], del varon fuerte y generoso que desde el Calvario de Villalar mostró [illegible] [illegible] [illegible]

Al [illegible] de doña Juana la *Loca*, heredó la corona de España el [illegible] archiduque Cárlos, hijo de Felipe el *Hermoso* y de la desventurada princesa que lloró por espacio de cuarenta años la pérdida de un esposo indigno del inmenso cariño que le profesara.

El nuevo soberano, que habia nacido y educádose en Flandes, y que tomó el nombre de Cárlos I de España, hizo su entrada en Valladolid el 18 de Noviembre de 1517, acompañado de su ayo Guillermo de Croy, señor de Chevres, de Sauvage, su primer ministro, y de una comitiva numerosa y brillante de caballeros flamencos, á quienes atraia á la Península el deseo de presenciar la grandeza de su amo y la esperanza de participar de [illegible]

Los [illegible] castellanos recibieron al monarca con señaladas muestras de alegría, [illegible] con justas y torneos en que tomó parte con mucho [illegible] el [illegible], de edad apenas de diez y ocho años.

Aunque el hijo de [illegible] el *Hermoso* y de Juana la *Loca* habia sido pro[illegible] y se titulaba rey, faltábale el reconocimiento formal y solemne de

JUAN de PADILLA.

(De 1517 á 1521 despues de J. C.)

Vamos á referir la historia del ilustre mártir de la libertad española, del varon fuerte y generoso que desde el Calvario de Villalar mostró á los hombres libres cómo se muere por la patria y por la idea mas noble que ha cruzado el cerebro de la humanidad.

Al fallecimiento de Fernando el Católico y por incapacidad notoria de doña Juana la *Loca,* heredó la corona de España el jóven archiduque Cárlos, hijo de Felipe el *Hermoso* y de la desventurada princesa que lloró por espacio de cuarenta años la pérdida de un esposo indigno del inmenso cariño que le profesara.

El nuevo soberano, que habia nacido y educádose en Flandes, y que tomó el nombre de Cárlos I de España, hizo su entrada en Valladolid el 18 de Noviembre de 1517, acompañado de su ayo Guillermo de Croy, señor de Chevres, de Sauvage, su primer ministro, y de una comitiva numerosa y brillante de caballeros flamencos, á quienes atraia á la Península el deseo de presenciar la grandeza de su amo y la esperanza de participar de sus beneficios.

Los nobles castellanos recibieron al monarca con señaladas muestras de alegría, agasajándole con justas y torneos en que tomó parte con mucho lucimiento el mismo Cárlos, de edad apenas de diez y ocho años.

Aunque el hijo de Felipe el *Hermoso* y de Juana la *Loca* habia sido proclamado y se titulaba rey, faltábale el reconocimiento formal y solemne de

las Córtes y el juramento mútuo que era costumbre cambiar en ellas al principio de cada reinado.

Bien hubieran querido los consejeros flamencos de Cárlos prescindir de semejante formalidad, para ellos embarazosa é importuna; mas como vieran á los castellanos resueltos á no renunciar á esta antigua y veneranda costumbre de sus mayores, en Diciembre de 1517 convocaron Córtes generales para Enero del siguiente año.

Los principales puntos que debian discutirse en aquella asamblea eran: si se habia de reconocer á Cárlos por rey viviendo su madre doña Juana, legítima heredera de la corona, caso nuevo y desusado en Castilla, y si se le debia prestar juramento antes de que él jurase respetar los fueros y franquicias del reino, como lo hicieron sus antecesores en casos semejantes.

Reunidos, pues, los procuradores de las ciudades en el convento de San Pablo de Valladolid, tuvo lugar el dia 2 de Febrero de 1518 la sesion preparatoria, fecunda en discusiones y protestas, porque los castellanos se mostraron altamente ofendidos de que ocupara la presidencia, en union del obispo de Badajoz, el flamenco Sauvage, y de que junto al letrado don García de Padilla apareciera en clase de asistente ó comisario real el doctor Maestrejos, tambien extranjero.

Mientras se pintaba la indignacion en todos los semblantes, hízose intérprete del general disgusto el diputado por Búrgos doctor Juan Zumel, que protestó resueltamente en nombre de sus compañeros contra la presencia en las Córtes de aquellos extranjeros, pidiendo testimonio de su protesta al secretario Bartolomé Ruiz de Castañeda.

No intimidó al animoso diputado la amenaza del canciller flamenco de que le haria prender y condenar á muerte por inducir á los procuradores á faltar á la obediencia debida al soberano: el representante de Búrgos replicó, que nada temia si se le hacia justicia, y que tuviese por cierto el canciller, que no solamente no seria jurado el rey sin que él jurase primero guardar las libertades, usos y costumbres del reino, sino que éste no toleraria que Chevres y otros advenedizos le arrebatasen sus tesoros, como ya empezaran á hacerlo al poco tiempo de su llegada á España.

Agriados los ánimos por estas diferencias, los demas procuradores, tanto por un sentimiento de dignidad como por las excitaciones del diputado burgalés, elevaron una peticion al monarca en que reproducian los argumentos de su compañero, y como el ministro Chevres manifestase extrañeza de que

se anticipasen á molestar con reclamaciones al soberano antes de saber lo que él pensaba otorgarles:

« Bueno es, respondió Zumel, que el rey esté advertido de lo que el reino quiere, para que haciéndolo y observándolo se eviten luego contiendas y alteraciones. »

El resultado de estos altercados fué que no pudiendo vencer Cárlos la vigorosa actitud de los representantes de Castilla, decidióse á prestar el juramento tal como se le habia pedido. Así, en la sesion régia celebrada el 5 de Febrero, y despues que el obispo de Badajoz hubo pronunciado un largo discurso sobre la vida y antecedentes del rey y sobre sus alianzas y relaciones con otros Estados, acto contínuo los procuradores, sin mas respuestas ni peroratas, le presentaron la fórmula del juramento.

Cárlos de Austria juró explícitamente guardar y mantener los fueros y libertades de Castilla; mas como pareciese esquivar la cláusula en que se le prohibia dar empleos ni oficios á extranjeros, el activo Zumel insistió en que jurara tambien aquello, á lo que respondió el rey visiblemente enojado:

« Eso juro. »

Frase que no satisfizo enteramente á los procuradores, y que algunos tuvieron por ambigua. Con todo, el domingo siguiente, 7 de Febrero, juraron solemnemente á Cárlos todos los diputados, prelados, grandes y caballeros del reino, acordándose en aquella memorable sesion que las cédulas reales llevasen las firmas de doña Juana y de don Cárlos, precediendo siempre el nombre de la reina, como propietaria, y que si en algun tiempo recobraba el juicio, gobernaria ella sola, quedando Cárlos como príncipe de España únicamente; testimonio elocuente del amor que los castellanos profesaban á su legítima reina y de la repugnancia conque juraban á su hijo nacido en tierra extraña.

Aparte de lo dicho, otorgaron las Córtes, á instancias del nuevo soberano, un subsidio extraordinario de seiscientos mil ducados, pagaderos en tres años, á condicion de que hasta cumplirse este plazo no se pidiesen mas tributos sino en caso de una necesidad extrema.

El primer uso que hiciera Cárlos de su autoridad excitó en todo el reino un descontento muy visible, descontento que aumentó al ver que Chevres habia adquirido sobre el corazon de su régio discípulo no solo el ascendiente de un ayo, sino tambien la autoridad de un padre. Añádase á lo dicho que los flamencos, cuya codicia y rapacidad eran bien conocidas desde el

breve reinado de Felipe el *Hermoso*, aumentaban en torno del monarca; que eran flamencos sus consejeros íntimos, sin cuya licencia no podian los españoles ni siquiera acercársele; que entre flamencos se distribuian los principales cargos del Estado, y que Cárlos parecia demostrar muy poca aficion á las costumbres y usos de sus súbditos, suspirando siempre por volver á su patria, todo lo cual contribuia á que mirasen con desagrado á aquel rey extranjero los que acababan de experimentar la administracion eminentemente nacional de Isabel la Católica.

Medio año habia ya trascurrido desde que llegó á España el jóven soberano, sin que Aragon pareciera dispuesto á reconocerle, lo que fué causa de que, abandonando á Valladolid, se encaminara á Zaragoza, donde entró el 6 de Mayo de 1518, congregando en seguida en Córtes los cuatro brazos de aquel reino.

Lo ocurrido en Castilla habia puesto muy sobre sí á los aragoneses, naturalmente celosos de la conservacion de sus fueros, y que, por otra parte, repugnaban aclamar á don Cárlos en vida de su madre, á quien seguian considerando como su soberana. Así, pues, no costó á Cárlos poco trabajo hacer que le jurasen en la misma forma que en Castilla, esto es, en union de la demente doña Juana, despues de haber él prometido respetar los usos, libertades y privilegios de aquel reino, consiguiendo á duras penas arrancar allí una contribucion de doscientos mil ducados, prévia la condicion de invertir esta suma en pagar las deudas de la corona, tiempo hacia descuidadas, para que no fuese á parar á manos de extranjeros.

Vencidas estas dificultades, restábale al nieto de los reyes Católicos ser reconocido en Cataluña, con cuyo objeto pasó á Barcelona á mediados de Febrero de 1519. Mas le esperaba allí doble resistencia que la que sufriera en Aragon y en Castilla, tanto, que se burlaban los catalanes de la blandura conque los castellanos y aragoneses se allanaran á jurarle. Sin embargo, el soborno y la intriga fueron minando poco á poco la dureza de aquella gente, que acabó por prestarle, aunque de mala gana, el mismo juramento que los demas reinos, si bien en lo de dar dinero fueron mas parcos los catalanes, y se lo escatimaron mas, no tanto por negárselo al rey, como por mortificar á sus ávidos cortesanos

Tal era la disposicion de los ánimos y tales las dificultades que el futuro dominador de Europa halló para asentar su autoridad en los tres principales Estados que constituian la monarquía Española, dificultades nacidas de su cualidad de extranjero; de la impaciencia con que se habia anticipado á

tomar el título de rey viviendo aun su madre y sin esperar la declaracion de las Córtes; de la circunstancia de no conocer el idioma español, de venir rodeado de extranjeros, y de haber ofendido el orgullo nacional con sus primeras medidas y con el favoritismo de los flamencos.

Á poco de su llegada á Barcelona recibió Cárlos la noticia de un suceso trascendentalísimo, no solo para él, sino para España y para la Europa entera, á saber: la muerte de su abuelo Maximiliano I, rey de Romanos y emperador de Alemania.

La vacante de la corona imperial era de suma importancia para Cárlos, que alimentaba la esperanza de añadir á sus vastos dominios la herencia de su abuelo. Así, dióse prisa á pedir sin rebozo aquel trono, que le colocaba á la cabeza de los príncipes cristianos, siendo al fin elegido emperador en competencia con Francisco I de Francia, que ambicionaba tambien tan elevado puesto.

Fácilmente se comprenderá hasta qué punto halagaria á un jóven de la edad de Cárlos verse ensalzado á tal dignidad y encontrarse el mayor de los soberanos de Europa, precisamente en ocasion en que las Córtes catalanas le escatimaban hasta el título de rey, dándole en su lugar el de conde de Barcelona. Por eso, deseando hacer alarde de su inmenso poder, empezó á usar en sus cartas y órdenes el título de *Majestad,* [1] mandando que se le dieran sus súbditos en señal de respeto; aceptó sin consultar la opinion de los españoles la corona imperial que le presentó con solemne embajada el conde Palatino, declarando su intencion de pasar prontamente á Alemania á tomar posesion del Imperio, y adoptó en sus despachos los títulos de rey de Romanos y futuro emperador antes que el de rey de España. [2]

Tan léjos estuvo de lisonjear á los españoles el encumbramiento de su soberano, que lo miraron como un acontecimiento infausto. Siempre habian sentido los castellanos la ausencia de sus monarcas, y con mas razon deploraban en Cárlos que le apartasen de ellos otros intereses que no

[1] Aunque hasta entonces se habia dado á los reyes de España el tratamiento de *Señoría,* y mas comunmente el de *Alteza,* no era nuevo el de *Majestad,* si bien solo se habia empleado vagamente y en casos aislados y especiales. Habíanle usado ya don Martin de Aragon, don Alfonso V, don Juan II y el mismo don Fernando el Católico; pero raras veces y alternando con otras fórmulas reverenciales

[2] Hé aquí los títulos conque encabezaba sus decretos: «Don Cárlos, por la gracia de Dios, rey de Romanos, futuro emperador, siempre Augusto, y doña Juana su madre y el mismo don Cárlos, por la misma gracia, reyes de Castilla, de Leon, etc., etc.»

eran los de España. Además, temian el gobierno de un regente; previan que habrian de verse envueltos en el intrincado laberinto de la política extranjera, y auguraban sobre todo que sus tesoros acabarian de emigrar á tierra extraña, vaticinándolo con tanto mas fundamento cuanto que tenian ya sobradas pruebas de la insaciable voracidad de los favoritos de su rey.

Efectivamente, ningun historiador de aquellos calamitosos tiempos omite dar cuenta de los medios ilícitos de que se valian los rapaces compatriotas de Cárlos para atesorar riquezas. Casi todos los empleos y beneficios se daban á extranjeros, quienes los vendian á los naturales, dándose tal maña en recoger dinero, que España experimentó bien pronto el vacío que dejó la salida en menos de diez meses de un millon y cien mil ducados que los flamencos enviaron á su tierra. [1]

En tales circunstancias aumentó mas si cabe el descontento al extenderse por España la nueva de que don Cárlos, antes de marchar á Alemania, habia convocado Córtes en Santiago de Galicia, con objeto de pedir una nueva contribucion á los pueblos para los gastos de su viaje y coronacion, cuando aun no habia acabado de cobrarse el impuesto que votaran las Córtes de Valladolid.

Murmurando en público y amenazador clamoreo se desataban los castellanos contra la partida del rey y la imposicion de un nuevo tributo, mientras los frailes esforzaban desde el púlpito las quejas populares, augurando espantosas desventuras para la patria é inflamando los ánimos de los muchos hombres de corazon que solo esperaban un caudillo y una bandera para sacudir el yugo extranjero que les oprimia.

[1] Á mediados del presente siglo se conservaba en el Archivo de la Corona de Aragon un volúmen de las deliberaciones de la antigua diputacion de los tres estamentos de Cataluña correspondientes al trienio de 1518 á 1521. Consta en dicho volúmen que al arzobispo de Arborea, confesor del rey, se le permitieron sacar de España diez y seis cabalgaduras y seis acémilas con las ropas, oro y plata de su uso, y trescientos ducados para el viaje; á la esposa de Chevres trescientas cabalgaduras y ochenta acémilas con sus riquezas y las de su comitiva, y tres mil ducados para sus gastos particulares; á madama Sanceles, esposa de Cárlos de Lannoy, caballerizo mayor del rey, cuarenta cabalgaduras y diez acémilas cargadas asimismo de prendas de gran valor, con mas setecientos ducados, no citando aquí otras autorizaciones de la misma especie por no parecernos de tanta importancia como las precedentes. Tal estraccion de numerario hizo que los doblones de oro casi sin liga acuñados por los reyes Católicos, llamados *de á dos*, por ser de dos caras, desaparecieran de la circulacion, hasta el punto de que cuando llegaba uno á manos de un castellano, le dirigia el siguiente saludo que llegó á convertirse en adagio:

«Doblon de á dos, norabuena estedes,
Que con vos no topó Xevres.»

Así tomó cuerpo el general disgusto y empezó á organizarse la resistencia en los cabildos ó ayuntamientos de las ciudades que tenian voto en Córtes.

Toledo fué la primera que levantó bandera en defensa de los hollados derechos de los castellanos. Concertados los regidores de ella Juan de Padilla, don Pedro Laso de la Vega y Hernando Dávalos, expusieron en pública consulta ante el ayuntamiento los daños que de la ausencia del rey habian de seguirse y el creciente desórden que se observaba en la administracion del reino, dando por resultado este acto de energía una carta que dirigieron los toledanos á las demas ciudades, fechada en 7 de Noviembre de 1519, recordando los agravios sufridos desde la llegada del monarca, la inmensa cantidad de oro y plata que se habian llevado los flamencos, los oficios dados á extranjeros y los perjuicios que de la marcha del jefe del Estado reportaria la patria.

No todas las ciudades contestaron cual deseaban los toledanos. Sin embargo, á su paso por Valladolid con direccion á Galicia, pudo el rey convencerse de cuán grave era el descontento de los castellanos, cuando se vió obligado á apresurar su salida de la ciudad, donde querian retenerle mas de seis mil ciudadanos armados de todas armas, por cuyo tumulto fueron despues castigados con bárbaros suplicios los supuestos instigadores de lo que ya se llamó entonces desacato á la dignidad real.

Abriéronse las Córtes en Santiago de Galicia, como habia proyectado el monarca, el 31 de Marzo de 1520, bajo la presidencia del gran canciller del reino Gattinara, pidiendo en ellas Cárlos un nuevo tributo de tres millones de maravedís para los gastos de su viaje á Alemania, manifestando lo conveniente que era su partida para honra suya y de sus reinos, ofreciendo volver antes de tres años y jurando que durante este tiempo no se darian empleos á extranjeros.

El 20 de Abril, despues de muchos manejos y amenazas, promesas y regalos de dinero, puesta á votacion la proposicion real de si se otorgaba el subsidio pedido, contestaron afirmativamente Búrgos, Cuenca, Ávila, Jaen, Soria, Sevilla, Guadalajara, Granada y Segovia; total nueve ciudades, negándose á conceder lo que se les pedia Leon, Córdoba, Zamora, Madrid, Múrcia, Jaen, Valladolid y Toro: total ocho. Toledo no estaba representada allí porque el cabildo no elegia á sus procuradores, sino que la suerte designaba cuáles de sus regidores debian representarla en Córtes, y habiendo designado esta vez la suerte á dos partidarios de los extranjeros,

dióles la ciudad poderes tan menguados, que los procuradores se negaron á representarla.

En vista de tan escasa mayoría, obtenida, sin embargo, por la corrupcion, y alarmados los flamencos por la reunion de gente de guerra que hacia secretamente el arzobispo de Santiago, enojado de que Galicia no tuviese voto en Córtes, indujeron al rey á que las trasladase á la Coruña, desde cuyo puerto fácilmente podrian escapar del peligro que les amenazaba.

Llegado apenas Cárlos á dicha ciudad con los procuradores y su córte, anuncióse el 25 del citado mes que quedaba encomendada la administracion de justicia al Consejo presidido por el regente del reino cardenal Adriano, en contravencion á las leyes de Castilla, que prohibian que el cargo de regente fuese en ninguna ocasion desempeñado por un extranjero.

Á pesar de ser de buenas costumbres, contemporizador y de carácter templado, Adriano era extranjero, y por lo tanto odiado por los españoles. Además, los magnates castellanos que aspiraban al gobierno del Estado durante la ausencia del monarca, viendo frustradas sus esperanzas, aumentaron el general disgusto.

El 19 de Mayo quedó otorgado el impopular tributo, y entonces llegó el caso de oir el rey la lectura de un memorial que le presentaron las ciudades, y que contenia sesenta y una peticiones referentes á la buena administracion del reino. Muchas fueron concedidas, otras se dejaron que las proveyese el Consejo, y entretanto el descontento cundia por la nacion, escandalizada por la exagerada noticia que empezó á circular de que los nuevos tributos no pesaban sobre la seda, el oro y la plata, mientras que «cada hombre casado debia pagar un ducado por su persona, otro por su mujer, dos reales por cada hijo ó hija, un real por cada sirviente de uno ú otro sexo, cierto número de maravedís por cada perro, y aun por cada teja que saliera á la calle.»

Seguro ya de que no habia de faltàrle dinero para presentarse con toda pompa á tomar posesion del Imperio, el dia 20 de Mayo, es decir, pocas horas despues de haber las Córtes votado el nuevo impuesto, Cárlos, siguiendo los consejos de sus favoritos, ansiosos de depositar en su patria el fruto de sus rapiñas, zarpó de la Coruña, dejando á la triste España, segun confesion de Sandoval, «cargada de duelos y de desventuras.»

Si á los antecedentes que llevamos apuntados se añade que, segun Pedro Mártir de Anglería, testigo de los acontecimientos que se van

reseñando, podian los flamencos cometer impunemente todo género de delitos contra los españoles, porque el preboste de palacio prendia á la misma justicia del pais cuando intentaba castigarlos; que los extranjeros tomaban á los castellanos sus mujeres, sus hijas y sus haciendas, y que no solo se atrevian contra los particulares, sino contra ciudades tan considerables como Búrgos, á la cual quitaron la tenencia del castillo de Lara para darla al francés Jofre, se comprenderá cuán necesario era á la honra é intereses de la nacion el oponer un dique á tantos desafueros.

Á mayor abundamiento, el sentimiento de patria estaba mas arraigado en España que en ningun otro pais por la larga y eficaz educacion que recibiera en los ocho siglos de la reconquista, resultando de aquí que el feudalismo fuese en nuestra Península menos absoluto, menos opresor, y la servidumbre menos humillante, ya que los siervos, pudiendo abandonar los terruños antiguos para establecerse en los nuevos, fruto de la reconquista, enseñaban á los señores á ser suaves y complacientes con ellos, puesto que de su trabajo dependia el valor de sus tierras.

Las Córtes eran el órgano de este sentimiento, y á ellas apelaban los reyes españoles cuando necesitaban recursos para las guerras que emprendian. La importancia de las ciudades que tenian voto en Córtes, sus franquicias conquistadas con su sangre y tesoros y los hábitos de batallar dieron al pueblo español ese carácter altivo y digno que, en el período histórico que estamos describiendo, le hizo tomar denodadamente las armas contra la cohorte de flamencos que rodeaba á su rey.

El sentimiento, pues, de la dignidad personal era comun, por las causas apuntadas, á los siervos y á los ciudadanos, esto es, al pueblo, y este sentimiento, profunda y tenazmente herido por Cárlos y sus favoritos, armó una tras otra las ciudades de Castilla, las cuales habian adquirido la costumbre de federarse para resistir mejor á todo poder que intentara lastimar sus fueros, sus libertades y costumbres.

Los levantamientos que sucesivamente tuvieron lugar fueron capitaneados en su mayor parte por simples artesanos, siendo tal el buen sentido que dominó en las masas, que en ningun punto atentaron á la propiedad ni á la vida de los partidarios de los extranjeros, salvo algunas venganzas personales, cosa difícil de evitar en las conmociones populares.

La unidad de miras en cuanto á las reformas políticas que necesitaba el pais, la ausencia de latrocinios y rapiñas y lo general y unánime del movimiento en los pueblos de Castilla, dieron un carácter verdaderamente

revolucionario al levantamiento de las Comunidades. En él tomaron parte activa las clases media é ínfima de las ciudades y gran número de campesinos, interesados como la clase media en las reformas que trae tras sí un movimiento político; porque aunque la servidumbre habia perdido muchos de los caractéres que la confundian con la esclavitud, sino de derecho, existia de hecho como un reflejo de las costumbres feudales recientemente abolidas.

Con todos estos elementos de lucha, tenia el levantamiento el grave inconveniente de no poder contar con la lealtad de la nobleza, que á pesar de mostrarse irritada contra los extranjeros y de simpatizar con los descontentos, era probable que hiciera traicion al pueblo al primer halago del monarca. Este, por otra parte, habiendo desechado desde su llegada á España la sabia política del cardenal Cisneros, parecia natural que quisiera seguir en buena inteligencia con los nobles, no obstante los prudentes consejos que le daba en sus cartas el ilustrado almirante de Castilla don Fadrique Enriquez, que pretendia inclinarle á apoyarse en el pueblo y en la clase media.

La chispa eléctrica que puso en armas á toda Castilla fué la vuelta de los procuradores á sus ciudades para dar cuenta de cuanto habia pasado en las Córtes de Santiago y de la Coruña. Por otra parte, algunos nobles y muchos frailes mantenian el desasosiego é instigaban á la rebelion, y siendo tan general el descontento, sin que hubiese en el monarca voluntad de impedirlo, ni en el cardenal-regente Adriano habilidad para conjurarlo, necesariamente debia estallar el conflicto.

La celosa Toledo, que tomara la iniciativa en exponer al soberano las quejas de sus súbditos, fué tambien la primera en alzarse y en dar impulso al movimiento. Residian en ella Juan de Padilla y su ilustre esposa doña María Pacheco, que no desmintió nunca ni por su valor, ni por sus virtudes, ni por su constancia y adhesion á la causa popular la gran reputacion de que gozaba su marido, ídolo del pueblo, gloria española que tres siglos de absolutismo no han podido sepultar en el olvido.

Si Cárlos de Austria y sus descendientes hasta Cárlos II el *Hechizado* lograron que se hablase solo con vilipendio de los Comuneros, quedando así borradas las huellas de la vida particular de sus héroes, hasta el punto de que hoy casi ignoremos el dia y año del nacimiento de Juan de Padilla, cuáles fueron sus estudios, su juventud (si bien murió jóven) dónde y cómo conoció á María, impidiéndonos tanta oscuridad dar aquí cuenta

de su vida privada, tenemos, sin embargo, el hecho histórico del levantamiento, que nuestra generacion y las venideras ensalzan y ensalzarán como un hecho superior á todas las victorias de Cárlos de Austria.

Sabemos que nació en Toledo hácia el año de 1490; que el autor de sus dias fué un hidalgo de ilustre linaje y de excelente reputacion, llamado Pero Lopez de Padilla, y que en 22 de Agosto de 1518 le nombró el rey, por cédula firmada en Zaragoza, capitan de hombres de armas, en las cuales parecia muy diestro, igualmente que en toda clase de ejercicios corporales. Por lo demas, era gallardo de cuerpo, de fisonomía varonil, bien hablado, estimado de sus amigos, muy esforzado de ánimo, instruido y de delicado entendimiento. Con tantas perfecciones, ídolo fué del pueblo, que adora siempre los grandes caractéres que se consagran á defender sus derechos y á aumentar los progresos sociales.

Por las tres cartas de nuestro héroe que la aclaracion de los sucesos nos obligarán á trascribir, podrán formar concepto nuestros lectores de las elevadas prendas de carácter del ilustre caudillo de los Comuneros.

Era la esposa de Padilla, doña María Pacheco, que tan gran parte tomó en la guerra de las Comunidades, hija del conde de Tendilla y de una hermana del marqués de Villena, descendiente de aquel ilustre sabio á quien el vulgo adjudicó la nota de hechicero.

Jóven, hermosa, aunque de salud muy delicada, de alma varonil, de claro talento, muy instruida, hasta el punto de hablar el latin tan bien como el castellano, de trato bondadoso, de honestas costumbres y mañosa en dirigir los negocios públicos, ejercia un ascendiente tan superior sobre cuantos la rodeaban, que cautivaba á los soberbios y animaba á los humildes.

Como su esposo, era tan generosa, que aun en menoscabo de sus propios intereses abrazó la causa popular.

Impulsada por esta jóven pareja, fué Toledo, segun dejamos dicho, la primera poblacion de España que agitó la bandera del levantamiento y escribió á las demas ciudades dando el grito de: «¡Viva el rey, y mueran los malos ministros!»

Segovia repitió inmediatamente el grito de los toledanos, reuniéndose su ayuntamiento en el convento del Corpus-Christi para elegir sus procuradores, y como dos desgraciados alguaciles pretendieran hacer respetar la autoridad del corregidor, el pueblo enfurecido los arrastró fuera de la ciudad, colgando á los dos en una misma horca. Igual suerte sufrió el

procurador Rodrigo de Tordesillas al volver de las córtes de la Coruña, en castigo de haber faltado al mandato del Comun votando en pro del nuevo subsidio exigido por el Cárlos, no pudiendo salvarle un hermano suyo guardian de los Franciscanos, que acudió en su socorro al frente de la comunidad y llevando el Santísimo Sacramento en las manos.

Los habitantes de Zamora se alzaron en ocasion tambien de la llegada de sus procuradores; pero estos, avisados á tiempo, huyeron del peligro, mientras el conde de Alba de Liste, uno de los pocos grandes de Castilla que desde el principio se declararon contra las Comunidades, habria logrado restablecer el órden en la ciudad si el obispo de Zamora don Antonio Acuña, [1] que aunque de noble alcurnia se mostraba celoso defensor de las libertades públicas, no se pusiese al frente de solos trescientos hombres, tratando de ganar á Zamora, trabajo que le ahorraron los zamoranos abriéndole una puerta de la ciudad, mientras Alba de Liste salia por otra acompañado de sus parciales.

Toro, auxiliada por Zamora, siguió pronto su ejemplo, poniéndose al frente del alzamiento el noble don Fernando Ulloa.

Madrid se levantó á la voz de un tal Juan Negrete, jóven nacido en la llamada *clase baja*, cuyo fecundo seno ha producido en todos tiempos corazones intrépidos y elevadas inteligencias. Dotado de bastante valor y travesura, Negrete armó su hueste plebeya de palos y herramientas de labranza; dirigióse á la casa de Francisco de Vargas, alcaide del Alcázar, y despues de un ligero combate la asaltó, pudiendo allí proveer á su tropa de escopetas, ballestas, alabardas y picas. Vargas logró escapar, y en lugar de dirigirse al Alcázar, fuese á Alcalá de Henares á buscar socorros. Entretanto disciplinó Negrete á sus camaradas; enseñóles á evolucionar y el manejo de las armas, y á los tres dias, cuando volvió Vargas para introdu-

[1] Este belicoso prelado rayaba entonces en los sesenta años: era alto, seco y nervudo, de atezado rostro, ojos salientes, ágil de miembros, frugal en comer, parco en dormir y sufrido en el padecer; de carácter audaz, vehemente y precipitado en el consejo y en el arrojo; de costumbres honestas y de una aficion extraordinaria á las armas. Habia equipado en Cartagena con singular presteza la escuadra que condujo las tropas españolas á los Gelbes, mereciendo las alabanzas de los capitanes de mar y de los generales de la expedicion. Tambien fué enviado por Fernando V como embajador cerca de Juan d'Albret, sobre asuntos del reino de Navarra, y como hubiese mantenido con demasiada viveza las pretensiones de su soberano, fué preso y tuvo que pagarse una fuerte suma por su rescate. Cuando fué nombrado obispo por Julio II, Papa tan batallador como Acuña, el Consejo no quiso reconocerle, teniendo él que conquistar su mitra con las armas, venciendo al tristemente célebre alcalde Ronquillo, á quien prendió en la misma Zamora, teniéndole encerrado por algun tiempo en el castillo de Fermoselle.

cir refuerzos en el Alcázar, presentóle batalla Negrete en campo raso, y le desbarató. Al mismo tiempo llegaba á Madrid un cuerpo de quinientos infantes y treinta lanzas que enviaba Padilla desde Toledo, el cual cortó el paso á don Juan Arias de Ávila, que con ciento cincuenta caballos y otros tantos peones iba á socorrer á Vargas.

Toledo y Madrid, dándose ya la mano, cercaron y combatieron tenazmente el Alcázar, donde mandaba la animosa mujer de Vargas. El cañon retumbaba de una y otra parte: los falconetes del Alcázar esparcian la muerte en las filas de los populares, que tuvieron que apelar al recurso de construir caminos cubiertos y abrir minas para acercarse á la fortaleza. Á su vez, la esposa de Vargas, mandó abrir contraminas, y al mismo tiempo que se combatia á la luz del sol, sitiados y sitiadores luchaban bajo tierra cuerpo á cuerpo y al arma blanca. Por fin, los del Alcázar, no recibiendo socorros, tuvieron que rendirse, quedando Madrid por los sublevados despues de derramarse mucha sangre por una y otra parte.

Tal vez teniendo á mengua permanecer tranquila, Guadalajara se alzó contra sus procuradores en la Coruña, Luis y Diego de Guzman, quienes hallaron su salvacion en la fuga, mientras el pueblo, capitaneado por el conde de Saldaña, hijo del duque del Infantado, arrasaba las casas de los fugitivos, arando sus solares y sembrándolos de sal como pertenecientes á traidores. El duque escribió al cardenal-regente Adriano, aconsejándole que publicara un indulto general, que aboliese el tributo, que volviese las alcabalas á su antiguo estado y que quitara los oficios y dignidades á los estranjeros; mas los prudentes consejos de este magnate fueron desatendidos.

Alcalá de Henares expulsó de la ciudad al provisor de la mitra de Toledo que tenia allí el sobrino de Chevres, y se asoció gustosa al general movimiento.

Soria, donde don Cárlos de Arellano luchaba con otros nobles por antiguas rencillas de familia, aprovechándose de aquellas disensiones se prounció por la causa de las Comunidades.

En Ávila convinieron los liberales y realistas en no hostilizarse para evitar que corriese mas sangre; pero no fué así en Cuenca, que se sublevó á la voz de un tal Calahorra, y en donde tuvo lugar un crímen digno de la barbarie de los terribles Borjias. El señor de Torralba y Beteta don Luis Carrillo de Albornoz, fiado en su autoridad y categoría bajó á la plaza para apaciguar el tumulto. Hubo entre los amotinados un chusco que, tomando

al señor de horca y cuchillo por una cabalgadura, le subió á las espaldas, con gran risa y algazara de la plebe. Acertó á presenciar el ridículo lance la jóven esposa de Carrillo, llamada doña Inés de Barrientos, y cual otra Lucrecia juró tomar señalada venganza. Fingiéndose amiga del movimiento popular, invitó á sus jefes á una opípara cena; los embriagó; ofreciólas camas, y mientras dormian, los cosió á puñaladas, apareciendo al dia siguiente sus cadáveres colgados de las ventanas de la casa del señor de Torralba, de la que habian desaparecido sus moradores.

Aun no habia trascurrido la primera quincena de Junio de 1520 cuando los de Búrgos, capitaneados por un tal Juan, de oficio espadero, y por Bernardo de Roca, fabricante de sombreros, se dirigieron á las casas del corregidor; de Francisco Castellon, acusado de exigir con dureza los tributos reales; de Diego Soria, que en las Córtes de Valladolid se habia opuesto á las patrióticas gestiones de Zumel, conocido ya por nuestros lectores; de Garci Ruiz de la Mota, y de Pedro Juan de Cartagena, procuradores en las Córtes de la Coruña, donde vendieron sus votos al monarca, y haciendo en la calle una pira con sus muebles y alhajas, los pegaron fuego, pasando despues á demoler sus casas.

Dueña de la ciudad, atacó la muchedumbre el Alcázar, del que se apoderó sin resistencia, presentándose luego ante el palacio del francés Garci Jofre y reduciéndolo á cenizas.

Habíase enriquecido Jofre merced á sus intrigas en la córte, llegando hasta obtener la tenencia del castillo de Lara por medio de reales cédulas que firmó Cárlos en la Coruña. Supo aquel personaje el incendio de su casa al regresar á Búrgos en compañía del embajador francés, y evitó el peligro que corria su persona refugiándose en un convento de dominicos, extramuros de la ciudad, de donde salió al dia siguiente muy de mañana con direccion á Francia, protegido por los frailes y por algunos caballeros que le servian de escolta. Habria salvado su vida este extranjero, si creyéndose ya en seguridad, no hubiese cometido la imprudencia de decir á dos vecinos de Búrgos que encontró en el camino:

«He de hacer casas muy mejores con los dineros de los marranos que lo han fecho, y los cimientos con sus huesos, y los amasaré con su sangre.» [1]

[1] Gonzalo de Ayora, citado por Ferrer del Rio en su *Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla.*

Sabido por los burgaleses este alarde de mala voluntad, salieron en tropel á perseguir á Jofre, y habiéndole alcanzado en Atapuerca, lo condujeron á la ciudad, dejándole encerrado en la cárcel; pero como temiesen que el corregidor trataba de proporcionarle los medios de escaparse, algunos de los amotinados asaltaron su encierro, lo arrastraron con una soga al cuello y acabaron por colgarle en la columna donde se ejecutaban las justicias.

En tanto, el 7 de Junio de 1520, el regente-cardenal Adriano se encontraba ya en Valladolid de vuelta de la Coruña, y tomando consejo de don Alonso Tellez de Giron, que opinaba por la blandura, así como el duque del Infantado, y del arzobispo Rojas, que era de parecer contrario, decidióse á nombrar al violento y feroz alcalde Ronquillo juez pesquisidor de aquellas turbulencias, dándole facultades para *castigar con atrocidad, como él lo sabia muy bien hacer, á los de Segovia,* [1] designando para que le acompañasen con mil caballos á los capitanes don Luis de la Cueva y Rui Diaz de Rojas.

Llegado con su hueste al frente de Segovia, intimó el alcalde la rendicion al jefe de los sublevados, el denodado regidor Juan Bravo; pero este se aprestó á la defensa, mientras pedia auxilio á sus amigos de Toledo y Madrid.

En tanto que las tropas de Ronquillo y los segovianos trababan ligeras escaramuzas con indeciso resultado, llegó á la vista de la ciudad sitiada el intrépido Juan de Padilla con doscientos caballos y dos mil infantes toledanos, á los que se reunieron cincuenta jinetes y cuatrocientos peones que enviaba Madrid, al mando de Juan Zapata, fuerzas que, unidas á la tropa escogida que mandaba Juan Bravo, era mas que suficiente para batir á las de Ronquillo, que entretenia el tiempo dándose el bárbaro placer de colgar de la horca diariamente á los infelices labriegos que cogia como sospechosos de espionaje ó acusados de entrar víveres en la ciudad bloqueada.

Llegó tambien á la sazon don Pedro Maldonado Pimentel con muchos voluntarios que habia sacado de Salamanca, de la cual era regidor, y que podia considerarse tambien como sublevada.

Los capitanes Padilla, Bravo y Maldonado, que figuraron tambien juntos en la mas trágica escena de las Comunidades de Castilla, celebraron consejo, y despues de un maduro exámen de la situacion del enemigo, cuyo cuartel general estaba en Santa María de Nieva, resolvieron atacarle.

[1] *Historia pontifical y católica* del doctor Gonzalo Illescas, t. II, pág. 343.—Madrid, 1652.

Al otro dia, al apuntar el alba, mientras Bravo presentaba batalla á las fuerzas de Ronquillo, Padilla, Maldonado y Zapata lograron envolverlas, llevando á cabo este movimiento con tal acierto, que viéndose la caballería real cercada por todas partes, se desbandó, cayendo gran parte prisionera y salvándose Ronquillo á uña de caballo, sin que se detuviera hasta llegar á Arévalo, su patria.

Igualmente que en las ciudades cuyo levantamiento dejamos apuntado, en Murcia hubo alborotos que costaron la vida al corregidor y á diversas personas, por lo cual bastantes comuneros no quisieron tomar parte en el movimiento, pareciendo sosegarse los ánimos por el respeto que tenian los amotinados al marqués de los Velez que les aconsejó la sumision. Mas habiendo ido allá por mandato del regente el alcalde Leguizama, tan pertinaz en la dureza como Ronquillo, entabló con tanto calor sus pesquisas para descubrir á los jefes de la rebelion, y ordenó tan gran número de prisiones, que alborotado el pueblo (mayormente al ver dar cien azotes á un zapatero complicado en la anterior revuelta) libró á la víctima y atacó á las tropas y alguaciles que llevaba el alcalde, obligándole á huir despavorido con harto riesgo de su vida.

No fueron mas afortunados los delegados del regente en Medina del Campo, poblacion comercial y opulenta, donde existia un parque bien abastecido de armas y sobre todo de artillería y municiones. Deseando sacar de allí el regente los cañones necesarios para atacar á Segovia, encargó aquella empresa á don Antonio de Fonseca, general de Cárlos, y al alcalde Ronquillo, auxiliado por ochocientos jinetes y quinientos infantes, parte de ellos de los desbandados en Santa María de Nieva. Este pequeño ejército se presentó delante de Medina el martes 21 de Agosto de 1520. Pero los medinenses supieron el peligro á tiempo, y no pudiendo consentir que las armas que guardaban sirvieran contra sus hermanos los segovianos, desmontaron los cañones sobrantes para su defensa; guarnecieron las bocas-calles que daban á la plaza con falconetes y otras piezas de menor calibre, yendo despues á defender con sus pechos los muros de la villa, resueltos á perecer con sus hijos y esposas antes de que las tropas reales sacasen un solo cañon.

El mencionado general Antonio de Fonseca era hermano de aquel Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, luego obispo de Badajoz, Palencia y Búrgos, y por último, patriarca de las Indias, hombre maligno y vengativo, que como recordará el lector, representa en la grande empresa

del descubrimiento del nuevo mundo las viles funciones del gusano roedor que, pegándose á las raices de un árbol frondoso, acaba por marchitar sus frutos.

Antonio de Fonseca se portó con Medina cual digno hermano de este fanático y envidioso prelado. Hé aquí un extracto de la carta en que la desventurada villa refiere la conducta de aquel caudillo á sus hermanos de Valladolid:

«Hacemos saber á VS. MS. que ayer martes, que se contaron veinte y uno de Agosto, vino Antonio de Fonseca á esta villa con doscientos escopeteros y ochocientas lanzas, todos á punto de guerra. Ya que estaba á las puertas de la villa, díjonos que él era el capitan general y que venia por la artillería. Y como á nosotros no nos constase que fuese el capitan general de Castilla, y fuésemos ciertos que la queria para ir contra Segovia, pusímonos en defensa della. De manera que, no pudiendo concertarnos por palabras, hubimos de averiguar la cosa por las armas. Antonio de Fonseca y los suyos, desque vieron que los sobrepujábamos en fuerza de armas, acordaron de poner fuego á nuestras casas y haciendas, porque pensaron que lo que ganábamos por esforzados perderíamos por codiciosos. Por cierto, señores, el hierro de nuestros enemigos en un mismo punto heria en nuestras carnes y por otra parte el fuego quemaba nuestras haciendas, y sobre todo, veíamos delante de nuestros ojos que los soldados despojaban á nuestras mujeres é hijos. Y de todo esto no teníamos tanta pena como de pensar que con nuestra artillería querian ir á destruir la ciudad de Segovia, porque *de corazones valerosos es los muchos trabajos propios tenerlos en poco y los pocos agenos tenerlos en mucho.* Ya tenemos los cuerpos fatigados de las armas, las casas todas quemadas, las haciendas todas robadas, los hijos y las mujeres sin tener do abrigarlos, los templos de Dios hechos polvo, y sobre todo, tenemos nuestros corazon tan turbados, que pensamos tornarnos locos. Es no pequeña lástima decirlo, y sin compasion es muy mayor verlo, conviene á saber: á las pobres viudas y á los tristes huérfanos y á las delicadas doncellas, como antes se mantenian de sus propias manos en sus casas propias, agora son constreñidas á entrar por puertas agenas. De manera, que por haber Fonseca quemado sus haciendas, de necesidad pondrán otro fuego á sus famas. Nuestro señor guarde sus magníficas personas. — De la desdichada Medina á veinte y dos de Agosto, año de mil y quinientos y veinte.»

El combate, en verdad, fué rudo, encarnizado. Fonseca asaltó el muro

y lo ganó; pero detenido allí por el nutrido fuego de cañon que se le dirigia, incendió la villa. Así pudieron penetrar los soldados de Cárlos en la heróica Medina y arrebatarle las riquezas que aun no tocara el fuego; mas una vez satisfecha su codicia, decayó su valor, y en la arremetida que les dieron los medinenses, emprendieron la fuga cual bandoleros que ansían poner en salvo el fruto de sus rapiñas.

El cardenal Adriano, al participar al monarca el desastre de Medina, le decia entre otras cosas:

«Lo primero apoderóse Fonseca de la villa de Arévalo, y de allí fuese á Medina del Campo, á fin de rogarles que le diesen la artillería, y sino que se la tomaria por fuerza; y como él perseverase en pedirla y ellos fuesen pertinaces en no darla, comenzaron á pelear los unos con los otros. Y al cabo fuéle á Fonseca tan contraria la fortuna, que Medina quedó toda quemada, y él se retiró sin la artillería.»

El historiador de Segovia Colmenares dice respecto á aquel horrible acontecimiento:

«Mandó Fonseca echar algunas alcancías llenas de alquitran, con las que abrasó no solo las casas, haciendas y templos de Medina, sino tambien los ánimos de toda Castilla, interesada en aquella pérdida, tanto, que obligó al incendiario á salir de España.»

En efecto: Fonseca y Ronquillo, perseguidos por el odio popular, y abandonados hasta de sus parciales, tanto, que el mismo regente declaró no haber ordenado ni menos aprobado el bárbaro rigor con que fuera tratada Medina, no contemplándose seguros en ninguna parte, ganaron la frontera de Portugal, embarcándose allí para Flandes, con objeto de contar al jóven emperador su vencimiento y su deshonra.

Al saberse en Segovia el incendio de Medina, escribieron los segovianos á los medinenses una carta en que se encuentran sentidas frases, que prueban, á la par que la heróica conducta de su hermano, cuán grandes y generosos eran los sentimientos que impulsaron á los comuneros, tan maltratados por ciertos historiadores hasta de nuestros tiempos.

Hé aquí un extracto del citado mensaje:

«Ayer jueves, que se contaron 23 del presente mes de Agosto, supimos lo que no quisiéramos saber y oimos lo que no quisiéramos oir, conviene á saber: que Fonseca ha quemado toda esa villa de Medina. Si quemaron de esa villa las casas, á nosotros nos quemaron las entrañas, que quisiéramos mas perder las vidas, que no que se perdieran tantas haciendas. Pero tened,

señores, por cierto que, pues Medina se perdió por Segovia, ó de Segovia no quedará memoria ó Segovia vengará la su injuria á Medina. Hemos sido informados que peleastes contra Fonseca, no como mercaderes, sino como capitanes; no como desapercibidos, sino como desafiados; no como hombres flacos, sino como leones fuertes. Nosotros conoscemos que, segun el daño que por nosotros, señores, habeis recebido, muy pocas fuerzas hay en nosotros para satisfacerlo. Pero desde aquí decimos, y á la ley de cristianos juramos, y por esta escritura prometemos, que todos nosotros por cada uno de vosotros pornemos las haciendas é eventuraremos las vidas, y lo que menos es que todos los vecinos de Medina libremente se aprovechen de los pinares de Segovia, cortando la madera necesaria para hacer sus casas.»

La quema de Medina produjo honda indignacion en todo el reino. Valladolid, al recibir la carta de Medina, sacudió el yugo que le imponia la presencia del cardenal-regente y del Consejo real; echó á vuelo la campana de San Miguel, y el pueblo enfurecido incendió las casas de Fonseca, demoliendo tambien las de los regidores amigos de los flamencos.

En Búrgos, donde habia logrado penetrar el condestable don Iñigo de Velasco, volvieron á levantar la cabeza los populares, que quemaron las casas del obispo solo por ser hermano de Fonseca. Las merindades de Búrgos se levantaron como un solo hombre, poniéndose á su cabeza el conde de Salvatierra.

Un fraile agustino, enviado á Palencia á predicar la insurreccion, tuvo la desgracia de caer en manos de los del Consejo, que le ajusticiaron al punto, sin que este castigo amedrentase á los palentinos, que se rebelaron, descargando su saña sobre cuanto pertenecia á su obispo don Pedro Ruiz de la Mota, partidario de Cárlos, á quien acompañara á Flandes.

El resplandor del incendio de Medina llegó hasta Extremadura y Andalucía, produciendo en todas partes conatos de sublevacion y simpatías en favor de la causa de las Comunidades.

Padilla, en tanto, corria con sus compañeros Juan Bravo y Juan Zapata y una escogida hueste en socorro de Medina, escribiendo desde Martin Muñoz de las Posadas, con fecha 26 de Agosto, á la Santa Junta que acababa de instalarse en Ávila, la siguiente carta que prueba su elevado carácter y las dotes de mando que le distinguian:

«Ilustres y muy magníficos señores: Hoy jueves por la mañana rescebí una letra de vuestra señoría en que nos escriben que les paresce que es bien acordado caminar con estos ejércitos para Medina del Campo y dejar

la ida á Hontiveros; y por poner en obra el parescer de vuestra señoría, tomamos luego al punto el camino, é venimos á este lugar de Martin Muñoz de las Posadas, donde pensamos reposar muy poco é tomar con la mayor brevedad que podamos el camino de Medina. É la cabsa porque torcimos algo el camino é tratamos de venir por aquí, es porque si hoviéramos de pasar, como era forzado que pasáramos por tierras de Fonseca habiendo de ir por el otro camino, «fuera cosa imposible excusar que nuestra gente non saqueara y quemara aquellos lugares; y como esto sea cosa de grande importancia é nos parezca muy apartado de nuestro fin emplear nuestros sudores en saquear las aldeas, tovimos por mejor rodear algun poco que no desmandarnos á tan poca presa; que aun cuando esto se hoviese de facer, lo cual Dios no quiera, nin se ha de facer sin abtoridad de vuestra señoría, nin nos hemos de emplear en tan pocas cosas, nin tampoco abatimos tanto nuestros pensamientos de hacer que paguen los justos humildes por los pecadores tiranos, soberbios y crueles. La órden de las cosas demanda que primero se procure el remedio de los daños rescebidos, y despues se castigue en el dañador; y no que digan nuestros amigos que buscamos la venganza de sus daños con nuestro provecho. Esto creemos que parescerá bien á vuestra señoría, porque donde tanta prudencia está, no se ha de creer que les parezca bien sino lo que fuere fundado sobre justicia y razon. Y pues Dios nos ayuda á justificar nuestra cabsa y los contrarios á empeorar y ennegrecer de cada dia la suya, justo es que lo conozcamos. Suplicaríamos á vuestra señoría toviese cargo de escrebir á sus cibdades que brevemente fagan la gente «mayormente de á caballo,» que esperamos que han de facer, sino creeremos que se lo tienen muy á cargo; porque todo el bien de los negocios entendidos está en darlos buen principio, «y á tener nosotros competente número de gente de á caballo,» solo nuestra fama los desbarataria; que si en algo se esfuerzan, non es por las victorias que de nosotros han habido, á Dios sea la gloria dello, sino «por el poco número de gente de á caballo que saben que tenemos;» y si mas fuerza queremos, toda es para emplearla en excusar el pais con el mandamiento de vuestra señoría. Prospere Nuestro Señor el muy magnífico estado de vuestra señoría.—Martin Muñoz de las Posadas 26 de Agosto de 1520. [1]

Aun era la caballería el arma mas importante de los ejércitos, y

[1] Trascrita por del Rio de los *Manuscritos de la Academia de la Historia.*

careciendo de ella los Comuneros, no podian luchar en campo raso, debiendo limitarse á la defensa de pueblos y ciudades, lo cual ofrecia á las tropas reales, que contaban con los numerosos y aguerridos escuadrones de la nobleza, la grandísima ventaja de poder combatir por partes el movimiento, hasta dar cuenta de él en una batalla decisiva. Además de lo dicho, tenian los sublevados pocos escopeteros: el fusil de chispa no se habia aun inventado; la bayoneta menos, y recibiendo el fuego las escopetas por medio de una mecha de cuerda que cada soldado llevaba encendida, ¿cómo era posible contener con tal arma una carga de caballería?

Si los peones formaban el cuadro con sus picas, los escopeteros, colocados detrás, no podian tirar, porque la horquilla que plantaban en tierra para apoyar su arma, obligándoles á bajarse, les exponia á herir á sus mismos compañeros. En tales circunstancias parecian preferibles los ballesteros; mas las saetas no atravesaban las armaduras: en cuanto á los honderos, solo eran útiles en terrenos pedregosos.

Hé aquí las razones que inducian á Padilla á cifrar solamente en la caballería el triunfo de la causa popular.

Prudente en todo, Toledo habia invitado á reunir una especie de representacion á todas las ciudades sublevadas, cuyos procuradores ó diputados debian reunirse en Ávila, ciudad murada de Castilla la Vieja, que ofrecia además la comodidad de estar casi en el centro del movimiento revolucionario.

De la carta que con este motivo dirigió Toledo á diferentes puntos del reino trascribimos los siguientes párrafos:

«No dudamos, señores, que en las voluntades acá y allá no seamos todos unos; pero las distancias de las tierras nos hacen no tener comunicacion las personas; de lo cual se sigue no poco daño para la empresa que hemos tomado de remediar el reino, porque negocios muy árduos tarde se concluyen tratándose por largos caminos.

»Los negocios del reino se van cada dia mas enconando, y nuestros enemigos se van apercibiendo. En este caso será nuestro parescer, que con toda brevedad se pusiesen todos en armas. Lo uno para castigar los tiranos; lo otro para que estemos seguros.

»Bien sabemos, señores, que ahora nos lastiman muchos con las lenguas, y despues nos infamarán muchos con las péñolas en sus historias, diciendo que solo la ciudad de Toledo ha sido causa de este levantamiento, y que sus procuradores alborotaron las Córtes de Santiago. Pero entre ellos

y nosotros á Dios Nuestro Señor ponemos por testigo y por juez de la intencion que tuvimos en este caso. Porque nuestro fin no fué alzar la obediencia que debemos al rey nuestro señor, sino *reprimir á Xeures y á sus consortes la tiranía; que segun ellos trataban la generosidad de España, mas nos tenian ellos por sus esclavos que no el rey por sus súbditos.* No penseis, señores, que nosotros somos solos en este escándalo, que hablando la verdad, nos acompañarian *muchos prelados principales* y *caballeros generosos*, á los cuales no solo les place de lo que está hecho, pero aun les pesa porque no se lleva á cabo, y segun hemos conocido dellos, ellos harian otras peores cosas, si no fuese mas por no perder las haciendas que por no aventurar las conciencias.

»No os pedimos dineros para continuar la guerra, sino que os enviamos á pedir buen consejo para buscar la paz. Pedimos os, señores, por merced, que vista la presente letra, luego sin mas dilacion envieis vuestros procuradores á la Santa Junta de Ávila.

»Habeis de enviar á la Junta tales personas y con tales poderes, que si les paresciere puedan con nuestros enemigos hacer apuntamiento de la paz, y sino desafialles con la guerra. Porque segun decian los antiguos, *jamás de los tiranos se alcanzará la deseada paz, sino fuera acosándolos con la enojosa guerra.*

»En aquella Santa Junta no se ha de tratar sino el servicio de Dios. *Lo primero, la fidelidad del rey nuestro señor. Lo segundo, la paz del reino. Lo tercero, el remedio del patrimonio real. Lo cuarto, los agravios hechos á los naturales. Lo quinto, los desafueros que han hecho los extranjeros. Lo sexto, las tiranías que han inventado algunos de los nuestros. Lo séptimo, las imposiciones y cargas intolerables que han padecido estos reinos.* De manera, que para destruir estos siete pecados de España, seria conveniente se inventasen siete remedios en aquella Santa Junta, y creemos que lo mismo os parecerá, pues sois cuerdos; que todas estas cosas tratando, y en todas ellas muy cumplido remedio poniendo, *no podrán decir nuestros enemigos que nos amotinamos con la Junta, sino que somos otros Brutos de Roma redentores de su patria.* De manera, que de donde pensaron los malos condenarnos por traidores, de allí sacaremos renombre de inmortales para los siglos venideros.

»No hay muerte tan gloriosa como morir el hombre en defensa de su república.

»Los que tuvieren sospecha de perder sus haciendas, ni curen de seguir

esta empresa, ni menos de venir á la Junta; *porque siendo como son estos actos heróicos, no se pueden emprender sino por corazones muy altos.*»

Aceptada desde luego la idea, enviaron las ciudades sus procuradores á Ávila, constituyendo la que se llamó *Santa Junta*, por lo elevado y santo de su mision, y en la que Maldonado de Salamanca, Ulloa de Toro, Fajardo de Murcia, Zimbron de Ávila, y otros de ilustre linaje, se sentaron junto á los representantes de la ciencia, como el bachiller Alonso de Guadalajara y los doctores Alonso de Zúñiga y Francisco de Medina. El estado eclesiástico estaba representado por el comendador fray Diego de Almaraz, el maestro fray Pablo de Villegas, el dean Alonso de Pliego, el canónigo Juan de Benavente y el abad Pedro Guzman de Valderas. El estado llano habia enviado entre sus procuradores á Peñuelas, pelaire de Ávila, que imponia á los medrosos ó desleales con su ademan resuelto y torva mirada á un tal Pedro, lencero de Madrid, de atrevida palabra y audaz ingenio, y á Alonso de Vera, frenero de Valladolid.

Proclamóse la Santa Junta superior al cardenal-regente y á los consejeros reales, pero inferior al monarca, cuyos derechos acataba. Aparte de esto, como aumentaban rápidamente las fuerzas que enviaban á Ávila las poblaciones sublevadas, hasta el punto de constituir ya un respetable ejército, hubo necesidad de darle un jefe, recayendo este cargo en el intrépido Padilla, á quien los procuradores aclamaron capitan general de la Santa Junta.

Si los historiadores antiguos han condenado y desfigurado la causa de los Comuneros durante tres siglos, varios escritores modernos llegan hasta dirigir cargos á Padilla ó á la Junta por cada revés que sufrió la bandera de los populares. Pero, ¿se ha preguntado acaso qué se habian propuesto los Comuneros? Acúsanlos de que constituida la Junta de Ávila, en lugar de obrar como autoridad suprema reformando los abusos de que se lamentaban y reparando los agravios que la nacion sufriera, se limitaran á usar el tono de súplica dirigiendo al rey, en 20 de Octubre de 1520, una larga carta, en que le daban cuenta de los sucesos de Castilla, acompañada de un extenso catálogo de las concesiones que el reino deseaba. Mas, ¿estaban los tiempos para otra cosa? ¿Habia acaso algun partido político que pidiera otra forma de gobierno? ¿Quiénes deseaban la libertad religiosa en un pais que mantenia con gusto la Inquisicion contra los moriscos, y que la ayudó en seguida á perseguir á los *herejes*? ¿Qué eco encontró el bravo obispo Acuña cuando sondeó los ánimos para erigir España en república como las de Génova y Venecia?

Podian los Comuneros, dicen del Rio y Lafuente, haber proclamado rey de España á Fernando, hermano del emperador, que siendo español y muy querido de todos, hubiera reinado sin obstáculo alguno. Pero, ¿se ignora acaso que por este motivo le mandó Cárlos á los Paises-Bajos, donde no siendo aun soberano, era vigilado y podia considerarse como prisionero? ¿No era preferible procurarse el apoyo de la legítima reina de Castilla, doña Juana, detenida en Tordesillas, como lo hicieron?

El pais no estaba preparado para ninguna reforma capital, ni tenia otra iniciativa que la que dan los hábitos de independencia adquiridos en largas guerras y el orgullo propio de los vencedores. No habia mas ideal que la patria, la religion y el rey, ni mas deseo que el de que éste consultara á las Córtes, ni mas agravios que los que inferian los flamencos, ni mas tiranía que la de los nuevos impuestos. Así lo expresó la carta de los toledanos, y así lo consignó la Junta en la referida fecha en su memorial al soberano, cuyas principales peticiones son las siguientes:

«Que el rey volviera pronto á España; que no trajera extranjeros, y se casara para que no faltase sucesion al Estado. Que en su ausencia pusiera gobernadores de Castilla á gusto del reino. Que cada ciudad enviase á las Córtes tres procuradores, uno por el clero, otro por la nobleza y otro por la comunidad ó estado llano. Que los procuradores que fueren enviados á las Córtes, en el tiempo que en ellas estuviesen, antes ni despues, *no puedan por ninguna causa ni color que sea, recibir merced de sus Altezas, ni de los reyes sus sucesores que fueren en estos reinos, de cualquier calidad que sea, para sí, ni para sus mujeres, hijos ni parientes, so pena de muerte y perdimiento de bienes; porque estando libres los procuradores de codicia, y sin esperanza de recibir merced alguna, entenderán mejor lo que fuere servicio de Dios, de su rey y bien público.* Que tomara por consejeros á naturales del reino. Que se anularan los nombramientos para cargos, magistraturas y dignidades eclesiásticas hechos en extranjeros, y se nombraran en adelante personas del pais. Que no se vendieran los empleos y dignidades. Que se procediera rigurosamente contra Fonseca, Ronquillo y demas que habian destruido á Medina del Campo. Y que aprobara lo que las Comunidades hacian para el remedio y reparacion de los agravios que sufriera el reino.»

Ahora bien: ¿hay en esta exposicion algo que pruebe que el estado llano, como se llamaba entonces á la clase media, estuviera en aptitud de gobernar? Aspira á obtener mayor representacion en las Córtes, á ser considerado como hermano del clero y de la nobleza, y quiere ser ampa-

rado por el monarca, y si bien lleva en sí el gérmen de una inmensa revolucion futura, en aquellos momentos solo aspira á desarrollarse aliado siempre con la monarquía, porque el nivel intelectual de la nacion no estaba mas alto, siendo tal su inexperiencia en los negocios políticos, que en el mismo memorial en que reclama sus derechos, descontenta, acusa y pide se castigue á la nobleza, sin cuyo apoyo no puede vencer la resistencia del ambicioso y obstinado soberano á quien no conmovieran los males de sus pueblos cuando los habia visto por sus propios ojos.

En efecto: además de las reclamaciones que quedan consignadas en dicho documento, pide la Santa Junta que se revoquen cualesquiera mercedes de ciudades, villas, vasallos, jurisdicciones, minas, hidalguías, espectativas, etc., que se hubiesen dado desde la muerte de la reina Católica, y mas las que habian sido logradas por dinero y sin verdaderos méritos y servicios. Que se hiciese restituir á la corona cuantas villas, lugares, fortalezas ó territorios retuviesen los particulares contra lo mandado y dispuesto por la reina Isabel. *Y que los señores pecharan y contribuyeran en los repartimientos y en los cargos vecinales cual los demas vecinos.*

¿Cómo era posible que consintiese la nobleza en restituir sus infinitas usurpaciones á la corona ni se allanara á pagar pechos? Si, irritada contra los extranjeros al verse excluida de los empleos, consideraciones y beneficios que á manos llenas prodigaba el monarca á sus compatriotas los flamencos, hizo hasta cierto punto causa comun con los plebeyos, desertará sin duda, debió necesariamente desertar de un ejército cuyos jefes y soldados se declaraban tan expontánea como cándidamente sus enemigos.

Cárlos, el obcecado monarca, y Chevres, el codicioso consejero é insensato ministro, no ven que el levantamiento de las Comunidades es la continuacion de la sabia política de Cisneros, dirigida á abatir de una vez la nobleza, que poseyendo todavía castillos, fortalezas, vasallos y siervos retenia aun en sus manos una parte del poder feudal. ¿Ni cómo habian de apercibirse de ello, si, como dejamos apuntado en la biografía de Cárlos V, tanto este monarca como su primer ministro desconocieron las altas miras de aquel eminente hombre de Estado?

El regente Adriano, á pesar de ser una nulidad, aleccionado por el tiempo que pasara al lado de Cisneros y por su permanencia de cuatro años en España, decia á Cárlos en 12 de Setiembre al darle cuenta del mal sesgo que iban tomando sus asuntos con los progresos de la rebelion:

«De tantos y tan grandes escándalos quiénes hayan sido los que los

han causado, y los que de hecho los han levantado, no queremos nosotros decirlo, sino que lo juzgue aquel que es juez verdadero. Pero en este caso, suplicamos á vuestra majestad tome mejor consejo para poner remedio, que no tomó para excusar el daño. Porque si las cosas se gobernaran conforme á la condicion del reino, no estaria como hoy está en tanto peligro. Nosotros no tenemos facultad de innovar cosa alguna hasta que hayamos desta letra respuesta.»

Mientras la peticion de la Santa Junta era llevada á Bruselas por tres comisionados, y luego á Worms, donde se hallaba el emperador bregando con Lutero y los partidarios de la Reforma, en España la reina doña Juana daba muestras palpables de lucidez de juicio interviniendo en la guerra civil y probando al mundo que esta infeliz mujer, víctima primero del olvido de su marido, despues del de su padre y ahora del de sus propios hijos, hubiera podido recobrar la razon á ser tratada con cariño y verse rodeada de los cuidados de su familia.

Los Comuneros, cuyo sentido práctico les llevaba á amparar sus actos con la autoridad del nombre de doña Juana, tan grato para los españoles, proyectaron dirigir sus fuerzas hácia Tordesillas, residencia de la infeliz señora.

Los del Consejo real, conociendo que en tanto que no recabasen de doña Juana la firma de algunos decretos contra los Comuneros, estos, escudados con la autoridad de la hija de los reyes Católicos, seguirian mereciendo las simpatías de los castellanos, se presentaron á la reina con este intento, y por medio de su presidente el obispo don Bernardo de Rojas, marqués de Denia, hiciéronla una descripcion de los infinitos males que acarreaba la guerra civil, incitándola á que autorizase con su firma varias disposiciones contra los sublevados.

Escuchó la princesa con gran sosiego la arenga del obispo, y volviéndose á los consejeros:

—Quince años hace, dijo, que no me tratan verdad, ni á mi persona bien, como se asegura, y el marqués es el primero que me ha mentido.

Hablando así la reina aludia al de Denia, al mismo obispo que le dirigia la palabra, y que bajo las apariencias de mayordomo la servia de carcelero.

—Verdad es, señora, que os he mentido, repuso el prelado cayendo de rodillas desconcertado y trémulo; pero hélo hecho por quitaros de algunas

pasiones, y hágaos saber ahora que vuestro padre es muerto y que yo le enterré.

Maravillada se volvió la reina á su interlocutor, dirigiéndole estas palabras:

—¡Obispo: creed que me parece que todo cuanto veo y me dicen es sueño!

Y el presidente, persistiendo en la idea que allí le llevara, respondió en tono suplicante:

—Señora, en firmar hareis mas milagro que hizo San Francisco; porque despues de Dios en vuestras manos está el remedio de estos reinos.

—Descansad ahora, dijo doña Juana, y volved otro dia. [1]

Volvieron, en efecto, al dia siguiente los del Consejo, y habiéndose suscitado una cuestion de etiqueta sobre si debian permanecer en pié ó sentados, como se agriase la contienda, dijo el obispo presidente:

—Señora, el Consejo no se ha de estar de esta manera.

—Traigan, contestó la reina, en qué se sienten los del Consejo.

Y al ver que los criados traian sillas, prosiguió:

—No sillas, sino banco, que así se hacia en vida de la reina mi señora, y al obispo dénle silla.

Dícese que aquella conferencia duró seis horas, y que acabó despidiendo la reina á los del Consejo, mandándoles regresar á Valladolid para que consultasen con sus compañeros las provisiones que debia firmar.

Pero los Comuneros, cuya intencion hemos indicado, iban acercándose tanto á Tordesillas, que los consejeros, á su vuelta de Valladolid que encontraron ya sublevada, no pudieron entrar de nuevo en la poblacion, por haberla ocupado Padilla y Bravo con numerosa hueste.

Ansiosa doña Juana de conocer aquella novedad de gente armada en Tordesillas, envió á buscar á Padiila, á tiempo que este se dirigia á palacio á ofrecer sus respetos á la reina.

Puesto ya en su presencia y habiéndole dado á besar la mano, pidióle la hija de Isabel la Católica noticias del estado de sus reinos.

Sorprendido quedó Padilla de encontrar tanta majestad y tan clara inteligencia en una mujer que tanto tiempo hacia que estaba encerrada, y que le pareció á él estar mas tiranizada que demente.

[1] Véase la *Historia de Cárlos V*, por Sandoval, lib. VI, pág. 278.

Con elocuente palabra pintó el noble caudillo los males de España desde la muerte de Fernando V, y la imponente actitud que para cortarlos de raiz tomaran los pueblos al ver el ningun caso que hacia de sus quejas su obcecado soberano.

Contestóle doña Juana que desde quince años atrás la tenian encerrada en su aposento, y que si la hubieran notificado la muerte de su padre, saliera de allí á remediar algunas vicisitudes y á evitar las sobrevenidas últimamente, en las que su hijo tenia muy poca culpa por ser mozo, pesando toda sobre el reino que habia consentido los desafueros de que se lamentaba.

Luego, prendada la princesa de la ingenuidad del jefe toledano y del respetuoso interés conque la compensaba en cierto modo tantos años de olvido y abandono, nombróle su capitan general; complacióse en darle audiencia y conversar largamente con él siempre que lo solicitara, y accediendo á sus insinuaciones, mandó que la Santa Junta se trasladara á Tordesillas.

Una vez instalada allí la Junta, presentóse á la reina, y habiendo mandado ésta que hablaran los procuradores por boca del doctor Zúñiga, catedrático de la Universidad de Salamanca, arrodillóse este; mas la reina le mandó levantar, y pidió cogines para sentarse y oirle mas despacio.

Dijo Zúñiga que sin duda era de inspiracion divina la resolucion que habian tomado de visitar á su reina y señora, para exponerla los males padecidos por el reino desde que entró en él el rey su hijo, rodeado de gente extraña y codiciosa y saliéndose de él dejándole casi sin dinero, y que eran venidos ellos á suplicarla que se esforzase por regir y gobernar á Castilla, pudiendo contar con la cariñosa adhesion de sus naturales, que estaban dispuestos á morir por servirla.

Contestó doña Juana que, pues habia de saber la dolorosa muerte de su padre, quisiera haberla sabido antes para remediar los males de que se lamentaban los españoles, porque ella tenia mucho amor á todas las gentes; pero que como el rey su padre la habia puesto allí, á causa de la que entró en el lugar de la reina su señora, ó por otras consideraciones que no alcanzaba, no habia estado en su mano enmendar nada, «ni vivir lejos de malas compañías, que la hablaran falsedades y la trajeran dobluras.» Mucho le habia pesado saber desde su retiro de los extranjeros que andaban por Castilla, si bien entendió que fuera en daño de sus hijos, cuya ausencia extrañaba sobremanera, como tambien que los castellanos no

hubiesen tomado fácil venganza de las vejaciones de los flamencos. Placiόle la buena determinacion de los procuradores de remediar los males y abusos, y ofreció oirlos y hablarlos y ocuparse en la gobernacion y regimiento del reino, salvo en los dias en que su afligido corazon le pidiese sosiego.

Adquirió nueva autoridad la Junta celebrando sus sesiones en el palacio real, presididas algunas por doña Juana, la cual quiso que no hubiese mas autoridad soberana en los reinos que la suya propia, como legítima heredera de los reyes Católicos, por lo cual fué mandado á Padilla que llevase su ejército á Valladolid para arrancar aquella ciudad de la dominacion del regente y del Consejo real, como en efecto lo hizo, recibiéndole sus habitantes con inmenso regocijo. Adriano y los consejeros fueron presos; mas luego los soltó Padilla, tomándoles juramento de que no volverian á reunirse para entorpecer el gobierno de la reina representado por la Santa Junta. El caudillo del pueblo trató con gran respeto al cardenal Adriano, é hizo la importantísima adquisicion del sello real.

De vuelta á Tordesillas, detuviéronse por ser domingo Padilla y Bravo en Simancas, cuya iglesia se llenó de pueblo ansioso de contemplar á los dos jóvenes y apuestos capitanes, que por la festividad del dia lucian sus arneses blancos. Corteses ambos y amándose entrañablemente, al ofrecerles la paz el sacerdote, ninguno de los dos quiso adelantarse al otro, y así fué que no la recibió ninguno, *por no se diferenciar en la cortesía*, segun dice Cabezudo en sus *Antigüedades de Simancas.*

Hemos llegado con trabajo al punto culminante de la confusa historia de Padilla y del levantamiento de las Comunidades de Castilla. Dueños son los Comuneros del pais; el ejército real se halla disuelto; el regente Adriano vigilado en Valladolid, y la reina doña Juana en aptitud de gobernar. [1]

Desde este punto mengua el levantamiento, y aparece clara su historia; los escritores de aquel tiempo no temen decir la verdad favorable á los realistas, y ya sus plumas corren presurosas al desenlace fatal que acaba

[1] Tres escribanos legalizaron en forma las actas de las sesiones de la Junta presididas por la reina, cuya validez fué luego puesta en duda. Á este propósito dice el historiador Sandoval: «No faltó quien dijera que estos testimonios eran falsos y fingidos por los de la Junta; que la reina no tenia juicio para estas cosas ni era tratable, y conforme á esta opinion escribe Pero Mejía tratando esta materia: *Yo escribo lo que hallé en quien lo vió y que no fué comunero ni amigo de ellos.*

con las libertades de Castilla inaugurando aquel terrible absolutismo que proscribe, degüella y ahorca y quema é inicia la decadencia de España, cuyos hijos y tesoros se consumieron en las estériles guerras contra Francia, en mantener aherrojada la simpática y desdichada Italia, y mas tarde en aniquilar los libres hijos de los Paises-Bajos y de Holanda; y todo sin gloria para España, ni para los caudillos del absolutismo, que fueron entonces y son ahora maldecidos como elementos nocivos de la historia, puesto que no representan siquiera aquel triste, y sin embargo, necesario papel de los restauradores del órden despues de un desquiciamiento de los principios progresivos de los pueblos.

Estaban de una parte la reina doña Juana, la legítima soberana de España, y los procuradores de la Santa Junta, cuya eleccion se habia hecho conforme al uso particular de cada ciudad, y por lo tanto eran los verdaderos representantes del reino; de otro Cárlos, el emperador aleman, un extranjero, un hijo ambicioso y desnaturalizado que no tenia ningun derecho á reinar viviendo su madre, y el regente Adriano su lugarteniente, un intruso á quien las leyes constitutivas del pais no concedian ni la mas leve sombra de derecho á la gobernacion del Estado por su calidad de extranjero. ¿Quiénes, pues, eran los rebeldes?

Y sin embargo, los rebeldes triunfaron.

Hasta entonces Cárlos no habia hecho ningun caso de la nobleza española: entregado á sus flamencos que saqueaban el pais; no conociendo apenas la lengua española, y creyendo que era suficiente título haber nacido soberano para deber ser obedecido, no abre los ojos sino cuando Adriano le escribe la mencionada carta del 12 de Setiembre, en la que, además de lo transcrito, le decia:

« Vuestra Majestad tiene contra su servicio Comunidad levantada, y á su real justicia huida; á su hermana presa y á su madre desacatada. Y hasta agora *no vimos alguno que por su servicio tome una lanza.* Que queramos poner remedio en todos estos daños, nosotros en ninguna manera somos poderosos. Porque si queremos atajarlos por justicia, no somos obedecidos; si queremos por maña y ruego, no somos creidos; si queremos por fuerza de armas, no tenemos ni gente ni dineros. »

Aleccionado por las cartas del regente y temiendo perder su corona de España, Cárlos mudó de táctica, y para combatir á los populares aduló á los nobles. Nombró por co-regentes con Adriano al contestable don Iñigo de Velasco y á don Fadrique Enriquez de Cabrera, almirante de Castilla,

dos magnates castellanos de nacimiento, guerreros de profesion, ricos de hacienda, y poderosos por sus muchos amigos y parientes, que habian acompañado el soberano hasta la Coruña alegando sus derechos y pidiéndole que no los vulnerase. Desde entonces habíanse mantenido retirados como otros muchos próceres, y dando ejemplo de indiferentismo á la demas nobleza, ni auxiliaron al ejército real en Santa María de Nieva, ni se conmovieron por el desastre de Medina, ni defendieron á Adriano en Valladolid.

Pero desde el instante en que el monarca halagó á la nobleza, encontró miles de lanzas dispuestas á blandirse por su causa, y, lo peor para la de las Comunidades, millares de caballeros revestidos de hierro y diestros en el arte de la guerra.

El condestable compró por medio de los mercaderes de Búrgos á varios de los principales ciudadanos, dando dinero á unos, ofreciendo honores á otros, y á la ciudad que tendria un mercado semanal sin alcabalas; que quedaria dispensada de dar hospedaje gratuito á la real familia, y que le seria perdonado su alzamiento, prometiendo además que en tanto que no se entregara el diploma de estas concesiones, quedarian dos de sus hijos en calidad de rehenes entre los burgaleses, los cuales conservarian al mismo tiempo sus leyes y magistrados.

Así logró Velasco dar el primer paso en el camino de la restauracion de la autoridad real, y una vez le hubo abierto sus puertas Búrgos, hizo publicar su nombramiento de gobernador en cuantos pueblos pudo, mientras que Adriano se escapaba de Valladolid acompañado de un solo paje, instalándose en Medina de Rioseco, donde ya le esperaban algunos nobles con quienes combinara su fuga.

Reunió Velasco cuanto dinero propio y de sus deudos y amigos pudo haber á mano; prestóle el rey de Portugal cincuenta mil ducados; le envió el duque de Nájera quinientos infantes y alguna artillería al mando de su hijo primogénito el conde de Haro, que fué nombrado capitan general de las fuerzas realistas, y á quien se unieron no pocos nobles con mucha gente de armas, entre ellos los condes de Oñate y de Osorno, el mariscal de Fromeste y el marqués de Falces, y con todos estos elementos, las tropas que aun tenia disponibles, y sobre todo, animado por la discordia que iba cundiendo entre los Comuneros, tomó contra ellos la ofensiva.

En Rioseco vióse Adriano socorrido por el marqués de Astorga con ochocientos ballesteros, doscientos escopeteros, cuatrocientos empavesados,

doscientas lanzas y cien caballos; el conde de Benavente llegó tambien allí con dos mil quinientos peones y doscientas lanzas; el de Lemos con mil quinientos infantes, y con mil el conde de Valencia, siguiendo este ejemplo todos los grandes de Castilla, mientras que varios nobles se disponian á guerrear en diferentes distritos contra los pueblos sublevados que mas cerca tenian. Esto pasaba á mediados de Noviembre de 1520.

Al mismo tiempo que se efectuaba esta prevista reaccion de la nobleza en favor del monarca, llegó á Castilla el co-regente don Fadrique Enriquez, guerrero consumado, franco y de noble corazon, que no quiso mezclarse en la lucha civil por la errónea creencia en que estaba de que contra el rey no habia razon de rebelarse, á pesar de ver y conocer cuán legítima era la causa de las Comunidades.

En cumplimiento del alto cargo que ejercia, mostróse dispuesto el almirante á dirimir la contienda, evitar la efusion de sangre y conceder á las ciudades cuanto fuera compatible con la dignidad de la Corona. Mas sus esfuerzos y negociaciones con este objeto resultaron estériles por los alardes de fuerza de los nobles, que, acaudillados por el intransigente y sanguinario don Iñigo de Velasco, deseaban conquistar nuevos lauros y premios esgrimiendo las armas contra sus compatriotas. Tambien contribuyó no poco á disipar la esperanza de un arreglo la desconfianza que se apoderó de la Junta al ver que Cárlos retuvo prisionero en Worms á uno de sus tres delegados que se atrevió á presentarle el mensaje de que hemos dado cuenta.

Por este tiempo se presentó en el campo de los Comuneros el jóven prócer don Pedro Giron, primogénito del conde de Ureña, que desairado por Cárlos en sus pretensiones á la herencia del condado de Medina-Sidonia, quiso tomar venganza de lo que él llamaba una injusticia del mal aconsejado soberano. Gozando fama de esforzado y entendido militar, diéronle los de la Junta, por recomendacion de su presidente don Pedro Laso de la Vega, toledano y regidor como Padilla, el mando de las fuerzas populares, creyendo que el nombre esclarecido de Giron atraeria gran parte de la nobleza á las filas de las Comunidades.

«Tan errada medida, dice del Rio, tiene su natural explicacion en la versatilidad humana y en el anhelo de mudanza á que el malestar conduce. Toda la pericia de don Pedro Giron no alcanzaba á servir de contrapeso á la popularidad de Padilla. Asociar á éste un hombre entendido que guiara su limpia lealtad y ánimo esforzado por el camino mas próximo á la victo-

ria, fuera grave consejo; pero hubo mala inspiracion en sustituirle con un jefe popular de nuevo cuño y de insegura constancia.»

Tal disgusto produjo este nombramiento en el ejército de las ciudades, que algunas tropas quisieron alzarse en favor de Padilla, tan mal correspondido por la Junta; mas éste lo impidió, marchándose á Toledo bajo el pretexto de tener á su esposa enferma. Siguióle al otro dia la hueste toledana, y quizá la defeccion hubiera dispersado el ejército, sin la oportuna llegada á Tordesillas del famoso obispo de Zamora. Llevaba consigo Acuña quinientos hombres de armas de las guardas del reino, sesenta lanzas suyas y mil infantes, entre ellos cuatrocientos clérigos, gente resuelta, tan dispuesta á blandir el acero como el hisopo.

Acaudillado por Giron, el ejército de las Comunidades púsose en movimiento hácia Rioseco, donde se hallaba el enemigo. Las fuerzas populares eran unos diez y siete mil hombres, constando solo de siete mil el ejército real, en su mayor parte caballeros y gente escogida.

Al aproximarse Giron con sus huestes presentó la batalla; pero los nobles no creyeron prudente fiar á la suerte de un combate contra fuerzas triples y acostumbradas á vencer la causa que defendian.

Los muros de Rioseco eran débiles, la artillería de los Comuneros poderosa, inmenso su entusiasmo, y sin embargo, Giron pasó el dia entero en evolucionar sin disparar un tiro; dió órden de tocar retirada á la caida de la tarde, y regresó á su campamento de Villabráxima, con general asombro y descontento de sus enardecidos soldados.

En este dia se perdió la causa de las Comunidades. Al siguiente, entraron en Rioseco el conde de Haro, los de Miranda y Luna y muchos otros próceres, seguidos de mas de dos mil jinetes y doble número de infantes aguerridos. Así, pareciendo difícil enmendar el error, envió Giron sus fuerzas á acuartelarse en Villalpando, á seis leguas de Rioseco, dejando á sus anchuras al ejército real.

Tan extraño movimiento no fué de nadie comprendido, ni aun del mismo Acuña, hasta que al llegar á Villalpando los populares, supieron que el enemigo habia abandonado á Rioseco y atacaba á Tordesillas.

Durante cinco horas los pocos Comuneros que quedaron en esta poblacion sostuvieron bravamente el empuje de diez mil realistas, que con su artillería trataban de abrir brecha en la muralla para dar el asalto. Los cuatrocientos clérigos de Acuña hicieron gran destrozo en los agresores; pero al fin triunfó el número, y penetrando en la villa las tropas de los

gobernadores, «robaron las casas, las iglesias y monasterios, que no perdonaron cosa, hasta las estacas de las paredes,» segun dice el obispo historiador Sandoval, apoderándose de la reina, á quien habia sacado de sus habitaciones el procurador toledano don Pedro de Ayala para llevársela á Medina del Campo con los miembros de la Junta.

Pudiendo remediar Giron aquel descalabro volviendo rápidamente su ejército contra Tordesillas, para coger á los realistas entre las tropas que salian de Valladolid y las suyas, no quiso adoptar este partido, y movió su hueste hácia esta última ciudad. Entonces apareció patente la traicion del vil prócer; recordáronse las frecuentes visitas de fray Antonio de Guevara, emisario de los enemigos, á Tordesillas, y sus contínuas relaciones con Giron, quien temiendo los efectos del odio popular, anunciados por las murmuraciones y amenazas que originaba su conducta, salió una mañana de Valladolid con algunos jinetes como si fuese á practicar un reconocimiento, y huyó rápidamente, yendo á ocultar su infamia en los Estados de su padre el Ureña, donde permaneció mientras duró la guerra.

Así la traicion dió el primer golpe á la causa de las Comunidades, sembrando el desaliento en todos los corazones y privando al movimiento de la grande autoridad que le daba la reina doña Juana, á cuya sombra se habia robustecido.

En vano Padilla, á la primer noticia del desastre, abandona á Toledo, y al frente de dos mil Comuneros penetra audazmente por los territorios ocupados por los realistas, entrando en Valladolid á primeros del año de 1521; en vano el pueblo, entusiasmado al verle, le aclama por caudillo: su presencia, su popularidad, su bravura, despiertan los celos y la envidia entre los individuos de la Junta, cuyo presidente, don Pedro Laso de la Vega, suspira ya por imitar la inícua apostasía del malvado Giron.

Los alborotos que tuvieron lugar en Valladolid harto ponian de manifiesto la desconfianza del pueblo y su desacuerdo con sus procuradores.

Urgiendo ya nombrar quien reemplazase al traidor don Pedro Giron, el desinteresado Padilla, reconociendo la aptitud de Laso para tan espinoso cargo, propuso en la Junta que se le confiase el mando del ejército, y los procuradores, persuadidos de la lealtad del bravo toledano, aceptaron su proposicion, extendiendo al instante el nombramiento.

Apenas se divulgó entre el pueblo la noticia, manifestó su desagrado formando grupos que prorumpieron en amenazas de muerte contra el

elegido, siendo necesario que Padilla y Acuña salieran á la calle para sosegar los ánimos que presentian ya cuanto se fraguaba en su daño.

En cuanto aparecieron en la plaza, la muchedumbre los rodeó, gritando:

—¡Viva el obispo de Zamora!

—¡Viva Juan de Padilla, que quita el pecho de Castilla!

—¡Despues de Dios solo á Padilla es otorgado el vencimiento de las libertades del reino!

Pudo al fin Padilla, despues de mil esfuerzos, desprenderse de la apiñada muchedumbre, y penetrar en la casa del mayordomo Rodrigo de Portillo, donde asomándose á una ventana, logró obtener silencio, arengando al pueblo en los siguientes términos:

«Señores: Ya sabeis como yo vine por capitan de la cibdad de Toledo en favor de las Comunidades del reino para vos servir; é como sabeis que la cibdad de Toledo es igual de Valladolid é de las otras cibdades, acordaron de me enviar á vos ayudar; é yo con la misma voluntad lo he fecho; que hasta la muerte é mientras la vida me durare no dejaré de vos servir. Y así vos tengo en merced la voluntad que me teneis, y pues los señores de la Junta acordaron de elegir capitan general para esta jornada, creed que es por bien que sea elegido, é así lo tened. Y el primero que lo votó fuí yo; porque este es el mas sano camino, cuanto mas que aquellos señores saben bien lo que se hacen.» [1]

La muchedumbre le impidió continuar su arenga, pidiendo á gritos que se le nombrase de nuevo capitan general, y estrechada la Junta por estos clamores y por los diputados que le envió el Ayuntamiento para que satisfaciera el voto de la poblacion, tuvo que ceder, quedando su prestigio vulnerado y Laso de la Vega resentido.

Temiendo Padilla que el núcleo liberal que hasta el nombramiento de Giron se ostentara compacto, sólido y animado de un solo deseo, se quebrantase dispersándose las voluntades y dividiéndose en aficiones particulares que ocasionaran la pérdida de las Comunidades, salió inmediatamente á campaña, llevándose consigo á los alborotadores de Valladolid, y librando de este modo á la Junta de tan molestos defensores de la causa popular.

Mientras tenian lugar estos sucesos, Laso habia ya entablado tratos con

[1] Gonzalo de Ayora, *Historia de las Comunidades de Castilla*, cap. XXXVII.

el almirante, á quien ofreció desmembrar de la Junta algunos procuradores y entregar una parte de la artillería y del ejército, con tal que el emperador concediese los ciento diez y ocho capítulos que pedia el pueblo, y viendo frustrado su plan por la llegada y nombramiento del ilustre caudillo toledano, «empezó, segun dice el cronista Juan Maldonado, testigo presencial de aquellos hechos, á apartarse de la causa de los Comuneros y á aproximarse á los nobles, de quienes al fin se hizo partidario.»

Mejía, tambien contemporáneo, dice:

«Y reconcilióse con los gobernadores, ofreciéndoles que les avisaria de todo lo que en la Junta se hiciese y ordenase.» [1]

Así iban ya vendidos los Comuneros, cuando Padilla y Acuña fueron á atacar la fuerte villa de Ampudia y el castillo llamado Torre de Mormojon, plazas que rindieron al poco tiempo, á pesar de la heróica defensa de sus guarniciones, por cuyo motivo les concedieron los jefes Comuneros los honores de salir con armas y caballos.

Otro triunfo obtuvo Padilla algun tiempo despues sobre las tropas reales. Iba acompañado de sus buenos amigos Juan Bravo, que acaudillaba siempre á los de Segovia, Francisco Maldonado, comandante de los tercios de Ávila y Salamanca, y Juan Zapata, capitan de los de Madrid. Las fuerzas que guiaban estos jefes eran siete mil infantes, quinientas lanzas y su correspondiente artillería, que Padilla condujo el 16 de Febrero de 1521 hácia Torrelobaton. Acuña estaba enfermo, y sin embargo, se hizo conducir en litera hasta Zaratan, donde conferenció con el general Comunero, dejando acordado el plan de operaciones que debia seguirse.

Llegado Padilla al frente de la citada plaza, apoderándose los suyos al primer empuje de los arrabales, y luego del resto de la villa, despues de un obstinado ataque y resistencia, en que ambas partes tuvieron considerables pérdidas, sin que el conde de Haro, que acudió con sus tropas desde Tordesillas en auxilio de Torrelobaton, pudiera evitar que cayese en poder de los populares, teniendo que abandonar el campo por desavenencias con su jefe el almirante, y tal vez por su órden, lo que pareció á todos tan extraño, que el arzobispo de Granada, al comunicar al emperador el brillante hecho de armas de Padilla, se expresa en estos términos:

[1] Véase de *Motu Hispaniæ vel de Comunitatibus Hispaniæ*, traducida por el bibliotecario del Escorial don José Quevedo. Mejía escribió una *Historia de Cárlos V*, que queda inédita. Ambas obras son citadas por del Rio.

« Sacra Cesárea Católica Majestad : Hoy 27 de Febrero vino nueva aquí que Juan de Padilla con el ejército de los traidores tomó la Torre de Lobaton, en tan pocas horas que no es de escribir, porque era muy fuerte y de nuevo estaba muy fortalecida, así de gente como de todas las otras cosas. Hay muchas opiniones, porque no se ha escrito la manera cómo la tomó: yo no oso decir lo que siento. Remédielo Dios, pues en todo es poderoso. Una sola cosa es muy notoria é por tal la escribo á V. M., que entretanto que los traidores fueron y estaban sobre Torre de Lobaton, estaban en Tordesillas capitulando y contratando con el almirante don Pedro Laso y otros de la Junta: solo Dios sabe en lo que entendieron...» [1]

Efectivamente, volvia á hablarse de paz, y las negociaciones que se entablaron entre la Junta y los gobernadores entorpecieron las operaciones de la guerra, con grave perjuicio de los Comuneros, para quienes fué fatalísima la tregua de ocho dias que concedieron sus procuradores á los enemigos.

Las principales cláusulas del convenio propuestas por la Junta, eran: que el emperador nombrase los gobernadores, esto es, los regentes á gusto del reino; que éstos debian jurar en Córtes guardar las leyes de Castilla; que no se darian empleos ni oficios á extranjeros; que las Córtes tendrian autoridad propia para reunirse al menos cada cuatro años, aunque no fuesen convocadas; que quedase obligada la córte y la comitiva del rey á pagar los alojamientos; que se indemnizara á Medina del Campo de las enormes pérdidas causadas por Fonseca, y otras condiciones interesantes á las Comunidades.

Deliberadamente iban dilatando los gobernadores convenir sobre cada uno de los puntos que dejamos trascritos, ganando así tiempo para allegar fuerzas y recursos é ir sobornando á algunos miembros de la Junta, la cual, á su vez, mermaba cuanto podia las huestes del ejército de Padilla bajo diferentes pretextos.

Sobre estas maquinaciones dan clara luz las cartas que el almirante de Castilla don Fadrique Enriquez dirigia al emperador, en las cuales hallamos los siguientes párrafos:

« Parecióme que el mejor servicio que podia hacer á V. M. fué entrevenir en deshacer la Junta, y así se fizo; que en sacalles á don Pedro Giron fué deshacellos del todo por la abtoridad grande que perdieron; y ansi-

[1] Manuscrito de la *Academia de la Historia.*

mismo en sacalles á don Pedro Laso, que aunque no fué cuerdo en lo que fizo, no dejaba, en lo que estaban y traian entre manos, de saberlos mejor regir á todos; y cuando de allí le sacamos, el Papa [1] y yo no pensamos que teníamos poco. Y lo mismo fué en sacalles al bachiller de Guadalajara, procurador de Segovia y sus compañeros, y los de Murcia; que como las cibdades veian salir los mejores y los mas cuerdos, reconocian que entre ellos habia zizaña, y comenzábase á predicar la fé de S. M. Y todo esto lo facia yo por deshacellos sin sangre; porque, siendo V. M. cabeza del reino, por fuerza era que la sangre que se derramaba se perdiese de vuestro cuerpo. Y ansí saqué á Lope Álvarez Osorio, á Luis de Herrera, á Gomez Agraz, á Pedro Dallo, capitanes, con mucha gente de armas que, aunque perdieron el seso en los Comuneros, eran hombres de guerra, y si se hallaran en la toma de Torre, no consintieran separar la gente, que fué su total destruccion.»

Por la traicion, pues, se preparó la triste jornada de Villalar; que una revolucion tan legítima no se sofocara fácilmente por fuerza de armas.

Los tratos de paz fueron interrumpidos por la llegada de Worms de una provision imperial en que se declaraban rebeldes, traidores y desleales á los que sostenian la causa popular y señaladamente á doscientas cuarenta y nueve personas que nombraba, condenando desde luego á muerte á los seglares y á los eclesiásticos y á los obispos á la ocupacion de sus temporalidades.

Esto tenia lugar á mediados de Abril de 1521. En represalias, la Junta de Valladolid levantó en la plaza un estrado cubierto de telas de seda y oro, y al son de timbales y clarines pregonó un enérgico bando declarando traidores y quebrantadores de la tregua al almirante, al condestable, á los condes de Haro, de Alba de Liste, de Benavente y de Salinas, al obispo y marqués de Astorga, á los consejeros y á otros personajes, preparándose despues de esto ambos partidos á continuar vigorosamente las hostilidades.

Una noche marchó secretamente Padilla á Valladolid para concertar el plan de operaciones, el cual consistia en que el caudillo toledano se corriese desde Torrelobaton hácia Toro á esperar los socorros de Zamora, Salamanca y demas ciudades confederadas, hasta reunir un ejército, que, segun sus cálculos, debia ascender á catorce mil hombres de todas armas, con los cuales pensaba caer sobre Búrgos, desde donde podria dar una mano al

[1] El cardenal Adriano fue elegido Pontífice en aquellas circunstancias por muerte de Leon X.

conde de Salvatierra, en Álava, y otra al obispo Acuña, que se hallaba en Toledo.

Convenido este plan, regresó Padilla á Torrelobaton, seguido de dos mil infantes y doscientas lanzas, con los que elevó su ejército á siete mil peones, quinientas lanzas y la pesada artillería que habia sacado de Medina del Campo.

Constaba el ejército real, en que iban el almirante y condestable, el conde de Haro y otros expertos capitanes, de seis mil infantes, dos mil cuatrocientos caballos y la correspondiente artillería ligera.

Á marchas forzadas se dirigia el de Haro con sus huestes hácia Torrelobaton, mientras esperaba en vano Padilla recibir los refuerzos de caballería y artillería ligera conque debian socorrerle desde Valladolid. Pero como dice el almirante Enriquez al emperador, «la gente que sacó don Pedro Laso, conque estuvo á la parte de Valladolid, escusó que no llegasen dos mil hombres, que iban al socorro.»

Además de esto, segun el historiador toledano Alcocer, «su mujer (la de Padilla), y Hernando de Avalos, regidor de Toledo, juntaron hasta cinco mil ducados, los cuales dieron á los dos hermanos Aguirre, para que los llevasen á Juan de Padilla, como personas abonadas y Comuneros ricos. Éstos, llegando cerca de Valladolid, supieron cómo los gobernadores tenian mucha gente junta para ir á cercar á Juan de Padilla; acordaron estarse quedos hasta ver el fin, y si Juan de Padilla fuese vencido, quedarse con el dinero, publicando que se lo habian dado, y si venciere, llevárselo.»

Véase, pues, como la traicion y la codicia conspiraban de consuno para dar la victoria á los realistas, puesto que no recibiendo el ilustre caudillo los socorros ofrecidos en hombres y dinero; temiendo verse sitiado en Torrelobaton, y como consecuencia, faltar al plan de operaciones convenido, determinó salir de dicho punto por el camino que lleva á Toro, de cuya ciudad distaba siete leguas.

Tanto para burlar al enemigo, como para trasladar un ejército de ocho mil hombres que arrastraba pesada artillería por los caminos reales de aquella atrasada época, fué indispensable madrugar, y los autores que suponen que los Comuneros abandonaron casi á medio dia á Torrelobaton, padecen un error, tanto mas remarcable, cuanto que el testimonio del almirante, en que se apoyan, no afirma mas sino que no salieron de noche, como supone que por prudencia debieran hacerlo.

Si insistimos sobre este punto siguiendo la opinion de Mejía y de Mal-

donado, contemporáneos de Padilla, así como de Sandoval, que se mostró muy escrupuloso en informarse de las personas que habian sido testigos de aquellos acontecimientos, y si en este parecer estamos conformes con Galiano y Martinez de la Rosa, es porque vemos con sentimiento que, aun parte de los autores modernos que tratan de tan tristes sucesos, siguen en muchos puntos de la historia de nuestro mártir la opinion de los que se mostraron interesados en baldonarle, hasta negarle los mas sencillos conocimientos en el arte de la guerra.

Habiendo dado las órdenes el 22 de Abril para mover las tropas á la madrugada, acercóse á Padilla su capellan, que no por ser sacerdote dejaba de pagar tributo á las aficiones astrológicas propias de su tiempo, suplicándole que no partiese al siguiente dia, señalado por sus cálculos como aciago para la causa de las Comunidades.

« Dejaos de agüeros y de juicios vanos, díjole el animoso capitan: quiero ver la fuerza de esa astrología. No atendais mas que á Dios, á quien he ofrecido mi vida por el bien comun de estos reinos. De volver atrás ya no es hora, y estoy determinado á morir, si tal es la voluntad divina. » [1]

En efecto: fatal fué la jornada del 23 de Abril de 1521 para la libertad de España. Salieron en buen órden de Torrelobaton las tropas de Padilla, llevando la artillería en el centro, los capitanes Bravo y Maldonado á la cabeza y Padilla con sus jinetes á retaguardia, para poder hacer frente al enemigo en cuanto se lanzase en su persecucion, como era de prever.

Estaba el tiempo tempestuoso; llovia abundantemente, y aunque escampaba á ratos, presentábase el camino hecho un lodazal, dificultando la marcha de las tropas.

Seguros de no perder la pista de los Comuneros por las pisadas de tantos hombres y caballos y por los surcos que abrian en el terreno húmedo las ruedas de los cañones, las huestes de los próceres avanzaron rápidamente desde Peñaflor, dando alcance á los populares á la vista de Villalar, pueblo situado sobre la meseta de una colina lindante con el camino de Toro á tres leguas de Torrelobaton.

En aquellos funestos campos trabóse la batalla, acerca de cuyo resultado dice el conde de Haro al emperador en su parte oficial:

« Sacra Cesárea Católica Majestad: A V. M. escribí con don Pedro de

[1] Alcocer y Sandoval, citados por del Rio.

la Cueva, y despues con otros correos, [1] la victoria que Dios habia dado al ejército de V. M.

» El martes 23 de Abril, dia de San Jorge, fueron el conde de Alba de Liste y el comendador mayor de Castilla y el capitan Herrera y el señor Deza y el comendador Santa Cruz, maestre de campo, á tornar á ver dónde se asentaria el real, y hovieron nueva que se levantaban los de la Torre de Lobaton, y luego cabalgó toda la gente para ir tras ellos, y fué adelante á detenellos el conde de Alba, y luego se juntaron con el conde de Castro y el conde de Osorno y el adelantado de Castilla, y el prior de San Juan y otros muchos caballeros, y Rui Diaz de Rojas y don Pedro de la Cueva, y fueron escaramuzando un rato con los enemigos, y luego llegó Herrera, capitan del artillería, *la cual iba delante de todos tirando*, y tras ella iba la batalla real y el almirante y conde de Benavente y duque de Medinaceli y marqués de Astorga y otros muchos grandes y caballeros, y á la mano izquierda iba el avanguardia que llevaba don Diego de Castilla.

» El condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla andaban con él por todas las batallas, [2] y yo por otra parte. Entre la vanguardia y la batalla andaban otros muchos caballeros sueltos; y ya que llegaban cerca de Villalar, pasóse el conde de Benavente con su gente á tomar la una punta del lugar; el condestable se puso delante de la batalla real, y yo con la vanguardia; y en haciendo la punta que hizo el conde de Benavente, rompí con la vanguardia por mitad de los escuadrones [3] de los enemigos; y en los que quedaron á la mano derecha rompieron el condestable y el conde de Miranda y el comendador mayor de Castilla y los continos, [4] y los otros grandes y toda la otra gente que allí venia; y en los que quedaron en la mano izquierda rompió el conde de Benavente. Yo pasé en el alcance á los que se acogieron á Toro, y llegué á Villaster, que es una heredad de don Gutierrez de Fonseca, á dos leguas de Villalar, y como ya era de noche recogí allí toda la gente y volvíme.

» Serian los muertos y heridos obra de mil hombres, de los cuales *mató muchos la artillería.*»

[1] Correos que detuvieron en Francia, por lo que el conde se vió en la precision de repetir, compendiándolo, el relato de aquel memorable acontecimiento.

[2] Dábase entonces el nombre de *batalla* á cada uno de los trozos ó divisiones de que constaba un ejército.

[3] Escuadron, en la milicia antigua, era la porcion de tropa formada en filas segun la táctica militar de entonces.

[4] *Contino*, oficio antiguo de la casa real de Castilla.

El almirante, en sus *Cartas* y *Advertencias* á Cárlos V, dice que « de la gente que los ayudaba traian temor, por ser la misma que los ofendia, » refiriéndose á los infantes, que en número de siete mil, seguian detrás de la caballería. « Y cuando lo de Villalar, continúa el almirante, túvose por mejor romper la gente de armas, que aguardar la infantería. »

Tenemos, pues, un combate entre dos ejércitos: el de los Comuneros, compuesto de peones y gruesa artillería, y el de los gobernadores, dotado de numerosa caballería y artillería ligera.

Del exámen detenido del parte de Haro, resulta que hubo primeramente escaramuza ó combate de guerrillas, como ahora diríamos. Despues se advierte un vacío en el parte, que no describe lo que pasó hasta que llegó Herrera; mas es probable que hubiese verdaderas cargas de la caballería realista contra los Comuneros, y que habiéndolas éstos rechazado, hubo necesidad de romper las filas liberales por medio de la artillería, *que llegó luego con Herrera*, y *la cual iba delante de todos tirando.*

Dedúcese de aquí que si los populares se hubieran dispersado al primer ataque de la gente de armas, no habia para qué entrara en batalla la artillería, que por otra parte, para *matar á muchos,* era indispensable que encontrara los batallones enemigos compactos y cerrados, cual convenia á una infantería que debia resistir las cargas de los dos mil cuatrocientos caballos conque contaba el ejército real.

Además de esto, en todo el parte de Haro no se lee una palabra que indique que los Comuneros se dispersaron á la vista de los realistas: muy al contrario, á pesar de su laconismo, se deduce que hubo un combate regular y empeñado, con su principio, medio y fin, y tanto mas glorioso para los Comuneros que carecian de artillería ligera y de caballería, en cuanto, dividido el ejército de Padilla en dos partes por el empuje del conde de Haro, tuvieron que romper el ala derecha el condestable y el conde de Miranda, mientras el de Benavente deshacia el ala izquierda.

Verdaderamente, el parte oficial del conde de Haro describe una batalla: ¿por qué, pues, conociendo del Rio y Lafuente la relacion del general en jefe de las tropas reales, quisieron inspirarse en otros autores, infamando los últimos momentos de un ejército que habia combatido con gloria en Santa María de Nieva, en Madrid, en Medina del Campo, en Ampudia, en Torrelobaton y en otros puntos que nos han ocultado los cronistas de Cárlos, únicos á quienes les fuera permitido hablar sin riesgo de las Comunidades?

« La gente de Padilla, dice Lafuente, que no se separa un punto de la narracion de del Rio, iba un poco suelta y desbandada, acaso por la lluvia que á la sazon se desgajaba copiosa. En vano trabajaba por ordenar sus huestes el capitan de Toledo para dar la batalla: so pretexto de ganar el pueblo de Villalar, donde mejor podrian defenderse, y de que volviendo caras les azotaba en ellas el viento y el agua, perdieron formacion los que iban mas delanteros. Entonces los próceres soltaron algunos corredores, é hicieron algunos disparos de artillería con piezas de fácil trasporte que llevaban, lo cual bastó para que los Comuneros, otras veces tan valerosos y ahora extrañamente azorados, huyeran en desórden, atropellándose unos á otros, aunque mas despacio de lo que quisieran, *á causa del lodo en que se metian hasta la rodilla;* advertido lo cual por los imperiales, cargaron sobre ellos, acometiéndolos en dos mitades por los flancos. La artillería pesada de los Comuneros se quedaba atascada en los lodazales, y no parece que los artilleros hicieron los mayores esfuerzos por sacarla. Los soldados se arrancaban las cruces rojas de la Comunidad, y se ponian las blancas de los imperiales para confundirse con ellos. »

« Hiciéronles, dice del Rio, algunos disparos de artillería, que sin alcanzar casi á los mas rezagados, sembraron la confusion hasta en los mas delanteros. El lodo en que *se atascaban hasta la rodilla,* les impedia huir con toda la prisa de su pavura. Por fin, los enemigos *rompieron al galope* [1] y cargaron en dos mitades á los Comuneros por los flancos.

» Batalla de Villalar, continúa del Rio, propiamente hablando no la hubo, dado que los Comuneros apelaron á la fuga apenas les acometieron los imperiales. Algunos autores dicen que de estos murieron doce ó trece escuderos.»

Y mas adelante:

« Fuera de los dos escuderos que acompañaron á Padilla, y de Juan Bravo, que se esforzó por hacer que jugase desde Villalar la artillería, no consta que ningun otro Comunero pelease en aquella jornada.

» Dos leguas y media duró el alcance, hasta cerrar la noche: cien hombres quedaron muertos en el campo, cuatrocientos heridos y mil prisioneros. Ni un solo soldado de los imperiales perdió la vida. »

En atencion á que no dice Haro que los mil hombres entre muertos y heridos fuesen enemigos solamente, podemos suponer verdadera la cifra

[1] Si los peones Comuneros se hundian en el fango hasta la rodilla, ¿es creible que la caballería de los próceres rompiera al galope sin encharcarse tambien en aquel terreno húmedo, pantanoso?

de del Rio; mas en este caso los realistas tuvieron tambien otros quinientos hombres fuera de combate, lo cual probaria que éste, si bien funesto á los Comuneros, fué reñido, prolongado y sostenido con honra.

Aparte de las razones que en otra página de esta biografía dejamos apuntadas, se concibe perfectamente que cedieran primero y por último se dispersaran los defensores de la libertad en la batalla de Villalar, por la circunstancia de carecer de artillería ligera, de buena caballería y de impedirles la lluvia el uso de sus mosquetes y escopetas.

Bien conocia el héroe toledano, desde los principios del alzamiento, la importancia de la caballería, cuando con tanto empeño la pedia á la Junta, y mejor lo sintió la traicion al privar de ella al ejército Comunero.

Expuestas las dos relaciones de la batalla de Villalar, creemos mas verídica la de Haro que la de del Rio.

Padilla, Bravo y Maldonado hicieron personalmente frente al enemigo cuando sus formidables escuadrones destrozaban sus huestes, y aun despues de estar estas en total dispersion.

No queriendo sobrevivir Padilla á la pérdida de la batalla y de la libertad de su patria, dijo á tres caballeros que estaban junto á él:

« ¡Seguidme! ¡No permita Dios que digan en Toledo ni en Valladolid las mujeres que traje sus hijos y esposos á la matanza, y que despues me salvé huyendo!»

É hincando el acicate á su corcel, al grito de *¡Santiago y libertad!* arremetió furioso á un escuadron de seiscientos lanceros enemigos, abriéndose paso á través de ellos y desmontando á algunos jinetes. Todavía acometió otra vez al citado escuadron, haciendo pedazos su temible lanza á fuerza de dar botes, de uno de los cuales derribó del caballo á don Pedro de Bazan, señor de Valduerna, hasta que herido en una corva por don Alonso de la Cueva, cayó al suelo, rindiéndose á este caballero, á quien entregó noblemente su espada y su manopla.

En tan crítico instante acercóse á aquel sitio don Juan de Ulloa, hidalgo toresano, que al saber que el rendido era Juan de Padilla, le descargó una cuchillada, que, por tener alzada la visera, le ensangrentó el rostro; accion torpe y villana que los mismos del bando del cobarde agresor no pudieron menos de reprobar, si bien otros, muy pocos, la aplaudieron, y á pedazos quitaron al herido el rico sayo que llevaba encima de las armas.

Á este tiempo habian sido ya hechos prisioneros los capitanes Juan

Bravo y Francisco Maldonado, despues de una desesperada resistencia.

Los vencedores persiguieron á los fugitivos hasta dos leguas mas allá de Villalar, matando y degollando impunemente, pisoteando sus caballos las desgarradas banderas de la libertad, y sin dolerse de los ayes de los moribundos, que exhalaban el último suspiro pidiendo confesion, sin que los muchos clérigos que acompañaban al ejército real quisieran darles aquel consuelo. Lejos de eso, hízose notar por su feroz fanatismo el fraile dominico fray Domingo Hurtado, que corriendo desaforadamente por el campo, caballero en un pequeño jaco, enronqueció á fuerza de exhortar á los realistas á que no aflojaran en la matanza.

«¡Matad, matad, gritaba: esterminad á esos malvados! ¡Destrozad á esos impíos y disolutos! ¡No haya perdon: eterno descanso gozareis en el cielo si raeis de la haz de la tierra esa gente maldita! ¡No repareis en herir de frente ó por la espalda á los perturbadores del sosiego del reino!»

Aquella misma noche llevaron á los capitanes prisioneros al castillo de Villalba, propiedad de aquel don Juan de Ulloa que tan alevemente hirió al ilustre jefe de los Comuneros despues de rendido y desarmado.

Bien quisieron algunos hombres generosos, como el almirante Enriquez y otros caballeros, que no enrojeciera el cadalso la sangre de tan valerosos caudillos; pero prevaleció el dictámen de los mas rencorosos y la dureza de la ley, que en los procesos políticos condena á los vencidos como traidores.[1]

El apreciable historiador del Rio dice, siguiendo á Sandoval, que los capitanes Comuneros fueron llevados al cadalso sin siquiera formárseles proceso. Pero esto no es exacto, puesto que, aunque juzgados por un tribunal que hoy recusaria el criminal mas abyecto como indigno de administrar justicia, quiso darse cierta apariencia de legalidad al asesinato jurídico de los tres mártires de la libertad española. Así, tomáronles declaracion jurada, y confesado por ellos haber sido capitanes de las Comunidades, se condenó á los tres á ser degollados y confiscados sus bienes y oficios como traidores al rey.

Hé aquí ahora la sentencia pronunciada contra Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, sentencia que, como dice Lafuente, no debieron conocer Sandoval y del Rio, y que existe original en el Archivo de Simancas, donde pudo verla el mencionado historiador:

[1] Segun Alcocer en su *Relacion de las Comunidades*, el comendador Hernando de la Vega acalló los impulsos de clemencia de los vencedores, diciendo: «Si á Padilla dejais vivo, Toledo quedará con cresta.»

«En Villalar á veinte é cuatro dias del mes de Abril de mil é quinientos é veinte é un años, el señor alcalde Cornejo, por ante mí Luis Madera, escribano, recibió juramento en forma debida de derecho de Juan de Padilla, el cual fué preguntado si ha seido capitan de las Comunidades, é si ha estado en Torre de Lobaton peleando con los gobernadores de estos reinos contra el servicio de SS. MM.: dijo que es verdad que ha seido capitan de la gente de Toledo, é que ha estado en Torre de Lobaton con las gentes de las Comunidades, é que ha peleado contra el condestable é almirante de Castilla gobernadores de estos reinos, é que fué á prender á los del Consejo é alcaldes de SS. MM.

»Lo mismo confesaron Juan Bravo é Francisco Maldonado haber seido capitanes de la gente de Segovia é Salamanca.

»Este dicho dia los señores alcaldes Cornejo, é Salmeron é Alcalá dijeron que declaraban é declararon á Juan de Padilla, é Juan Bravo é á Francisco Maldonado por culpantes en haber seido traidores de la corona real de estos reinos, y en pena de su maleficio dijeron que los condenaban é condenaron á pena de muerte natural, é á confiscacion de sus bienes y oficios para la cámara de SS. MM., como á traidores, é firmáronlo.—Doctor Cornejo.—El licenciado Garci Fernandez.—El licenciado Salmeron.» [1]

En la mañana del 24, trasladados los presos desde el castillo de Villalba á una casa fuerte de Villalar, se les notificó la anterior sentencia, que escucharon Bravo y Maldonado bramando de coraje, no sucediendo lo mismo con Padilla, quien demostró en aquella ocasion la inalterable dignidad del mártir que se sacrifica por el triunfo de una causa grande y justa.

Dispuesto de este modo á recibir la muerte, el ilustre caudillo pidió un confesor letrado y un escribano para hacer testamento; mas no le concedieron ni uno ni otro, enviándole únicamente el primer fraile que hallaron á mano.

Despues de haberse confesado contritamente, Juan de Padilla pidió papel y pluma, y entre los rugidos y gritería de una soldadesca que impaciente aguardaba la ejecucion de los tres *reos de traicion*, escribió las siguientes cartas, sublime testimonio de su patriotismo y de su amor conyugal, que con razon han alcanzado una celebridad histórica:

Á LA CIUDAD DE TOLEDO.

«Á tí, corona de España y luz de todo el mundo, desde los altos godos

[1] Archivo de Simancas, *Comunidades de Castilla*, leg. núm. 6.

muy libertada. Á tí, que por derramamientos de sangres extrañas como de las tuyas cobraste libertad para tí é para tus vecinas ciudades. Tu legítimo hijo Juan de Padilla, te hago saber como con la sangre de mi cuerpo se refrescan tus victorias antepasadas. Si mi ventura no me dejó poner mis hechos entre tus nombradas hazañas, la culpa fué en mi mala dicha y no en mi buena voluntad. La cual como á madre te requiero me recibas, pues Dios no me dió mas que perder por tí de lo que aventuré. Mas me pesa de tu sentimiento que de mi vida. Pero mira que son veces de la fortuna que jamás tienen sosiego. Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de los tuyos morí por tí, é que tú has criado á tus pechos á quien podrá tomar enmienda de mi agravio. Muchas lenguas habrá que mi muerte contarán, que aun yo no la sé, aunque la tengo bien cerca. Mi fin te dará testimonio de mi deseo. Mi ánima te encomiendo, como patrona de la cristiandad: del cuerpo no hago nada, pues ya no es mio, ni puedo mas escribir, porque al punto que esta acabo, tengo á la garganta el cuchillo, con mas pasion de tu enojo que temor de mi pena.»

Á SU ESPOSA DOÑA MARÍA PACHECO.

« Señora: Si vuestra pena no me lastimara mas que mi muerte, yo me tuviera enteramente por bienaventurado. Que siendo á todos tan cierta, señalado bien hace Dios al que la da tal, aunque sea de muchos plañida, y de él recibida en algun servicio. Quisiera tener mas espacio del que tengo para escribiros algunas cosas para vuestro consuelo: ni á mí me lo dan, ni yo querria mas dilacion en recibir la corona que espero. Vos, Señora, como cuerda llorad vuestra desdicha, y no mi muerte; que siendo ella tan justa, de nadie debe ser llorada. Mi ánima, pues ya otra cosa no tengo, dejo en vuestras manos. Vos, Señora, lo haced con ella como con la cosa que mas os quiso. Á Pero Lopez mi señor no escribo porque no oso, que aunque fuí su hijo en osar perder la vida, no fuí su heredero en la ventura. No quiero mas dilatar, por no dar pena al verdugo que me espera, y por no dar sospecha que por alargar la vida alargo la carta. Mi criado Losa, como testigo de vista é de lo secreto de mi voluntad, os dirá lo demas que aquí falta, y así quedo dejando esta pena, esperando el cuchillo de vuestro dolor y de mi descanso.»

Llegada la hora de la ejecucion, salieron los sentenciados de su cárcel, encaminándose al rollo de la villa, donde estaba levantado el cadalso.

Rodeados de hombres de armas que abrian calle entre la apiñada muche-

dumbre; auxiliados por frailes que acaso el dia anterior tomaran parte en la horrible matanza de sus hermanos; seguidos de dos alcaldes destinados á escarnecer la justicia autorizando la muerte de aquellos hombres rectos y valerosos, y montados en mulas cubiertas de negro, iba Padilla grave y majestuoso y Bravo y Maldonado altivos.

Algunos pasos delante de ellos marchaba un pregonero gritando con voz ronca:

— Esta es la justicia que manda hacer su majestad y los gobernadores en su nombre á estos caballeros. Mándanlos degollar por traidores.

— *¡ Mientes tú y aun quien te lo mandó decir!* interrumpió fieramente Juan Bravo.

— Callad vos, dijo el alcalde Cornejo.

— *¡ Traidores no*, prosiguió Bravo; *mas celosos del bien público y defensores de la libertad del reino!*

Irritado el inícuo alcalde, dió á Bravo un golpe en las espaldas con su vara de encuentro.

— *¿ Qué atrevimiento es ese?* gritó fuera de sí el capitan segoviano al ver que no podia tomar venganza de tan cobarde ultraje.

— *¡ Señor Juan Bravo*, exclamó Padilla con noble entereza: *ayer fué dia de pelear como caballeros; hoy es dia de morir como cristianos!*

Así llegaron al patíbulo, sin que Bravo volviera á despegar los labios.

Recordará el lector que mientras los dos caudillos del pueblo oian misa en la iglesia de Simancas, porfiaron por no recibir la paz uno antes que otro; mas esta vez cada uno de ellos queria ser el primero en morir.

— *¡ Degüéllame á mí antes*, dijo al fin Bravo al verdugo, *porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla!*

Y como le mandaran que se arrodillase para ser degollado, repuso muy tranquilo:

— *Tomadme por fuerza vosotros, que yo por mi voluntad no he de recibir la muerte.*

Al oir estas palabras arrojáronse los verdugos sobre el condenado, y un instante despues la homicida cuchilla segaba su garganta.

Viendo Padilla separada del tronco la cabeza de su amigo y compañero de armas, exclamó con reposado acento:

— *¡ Ahí estais vos, buen caballero!*

Luego, dirigiendo su mirada al cielo, dijo:

— *Domine, non secundum peccata nostra facias nobis.*

Y al observar que el verdugo iba á despojarle de sus vestidos, como hiciera con su desventurado amigo:

— *Hacedme este placer*, le dijo, *que seais conmigo mas liberal que con el señor Juan Bravo.*

Mas queriendo el verdugo desnudarle, lo impidió don Luis Rojas, diciéndole:

— ¡No toques en él!

Y porfiando el sayon en su propósito:

— ¡No toques en él, repitió enojado don Luis, sino meterle hé esta lanza por las espaldas! Vé á mi posada, que yo te daré calzas y jubon, pues esas son tuyas.

Entre los caballeros que se hallaban cerca de Padilla contábase don Enrique de Sandoval y Rojas, primogénito del marqués de Denia, á quien le unian los lazos de la amistad, y como prueba de ello le entregó unas reliquias, encargándole que las llevase al cuello mientras durase la guerra, y que concluida las entregara á su esposa doña María Pacheco.

Despues de esto, apoyó la cabeza en el tajo, siendo decapitado al primer golpe.

Francisco Maldonado, el mas jóven de los condenados, sufrió la misma suerte, y las cabezas de los tres esforzados capitanes fueron clavadas en escarpias y puestas á la espectacion pública en lo alto del rollo. [1]

Á la voz de Padilla se habian levantado las ciudades; á su muerte todas se rindieron.

Solo quedó en pié Toledo, que animaba la presencia de la viuda del héroe.

Tomó doña María como una excitacion á su constancia la frase de la carta de Padilla en que decia á su ciudad natal:

«Solo voy con un consuelo muy alegre, que yo el menor de tus hijos muero por tí, é que tu has criado á tus pechos á quien podria tomar enmienda de mi agravio.»

Y la animosa viuda vengó la sangre de su idolatrado esposo con la muerte de los hermanos Aguirre, que se quedaran con el dinero enviado

[1] «É luego incontinente se ejecutó la dicha sentencia, é fueron degollados los susodichos. É yo, el dicho Luis Madera, escribano de sus Majestades en la su córte é en todos los sus reinos é señoríos, fuí presente á lo que dicho es, é de pedimento del fiscal de sus Majestades lo susodicho fiz escrebir é fiz aqui este mio sino atal.—En testimonio de verdad.—Luis Madera.»— (Alcocer, Mejía, Maldonado y Sandoval en sus obras sobre el reinado de Cárlos V y los movimientos de Castilla).

por la ciudad para pagar las tropas de Padilla; vengóla resistiendo denodadamente durante cinco meses á los siete mil infantes y tres mil caballos del prior de San Juan, á quien molestaba cada dia con impetuosas salidas para abastecer la ciudad; vengóla obteniendo para Toledo una capitulacion honrosa, que solo alcanzan las ciudades fuertes, constantes y heróicas. Por dicha capitulacion conservó Toledo el título de muy noble y muy leal, quedando amnistiados sus habitantes. La hacienda de Padilla quedó desembargada y rehabilitada su fama. Se prometió á los toledanos respetar sus privilegios, libertades y franquicias, y que sus procuradores se nombrarian por los tres estados de caballeros, ciudadanos y oficiales, como se hacia desde el levantamiento.

Esta capitulacion puso el sello á la gloria de la heroina. Pero cuatro meses despues, las autoridades de Cárlos provocaron á los Comuneros llevando al patíbulo á un pobre menestral, por el solo delito de haber gritado su hijo: ¡Viva Padilla! Como aquellos tratasen de salvar al desdichado, las tropas reales atacaron la casa de doña María, que no obstante resistir bravamente, auxiliada por algunos amigos de su noble marido, tuvo que abandonar la poblacion, yendo á buscar asilo en Portugal, donde acabó sus dias en Marzo de 1531.

El obispo de Zamora murió ahorcado por sentencia del sanguinario alcalde Ronquillo, quien despues de gozar gran privanza con Cárlos, falleció, segun creemos, en Diciembre de 1555, dejando una memoria odiosa, hasta el punto de que hace pocos años se enseñaba aun en la bóveda de un convento de Valladolid cierto agujero por donde se suponia que el diablo se llevó su cuerpo.

En Julio de 1522, al regresar á España Cárlos V, publicó una lista por la que condenaba á la última pena á cerca de trescientas personas complicadas en las anteriores revueltas, sin contar los muchos Comuneros que habia hecho ya subir al cadalso, entre ellos al capitan de la Junta don Pedro Maldonado Pimentel, emparentado con los primeros magnates españoles, á quien mandó degollar en Simancas despues de diez y seis meses de cautiverio; á los procuradores Alonso de Sarabia, Pedro de Sotomayor, Juan Solier, Diego de Montoya, Pedro Merino, Bartolomé de Santiago, Juan Cabeza de Vaca, Pedro Sanchez y muchos otros que fuera prolijo nombrar.

Tal fué la decantada generosidad de Cárlos V: cesó de derramar sangre cuando no tuvo cabezas que cortar ó cansó los brazos de sus verdugos.

Su fiscal Pedro Ruiz, verdadero Fouquier Tinville del siglo XVI, denunciaba á los que mas figuraran en el levantamiento, y habidos que eran, se les tomaba declaracion; no se les permitia defensa, y sin mas ceremonias, el Consejo real pronunciaba contra ellos sentencia de muerte, que era aprobada al instante por el vengativo flamenco que ceñia á sus sienes la corona de España.

Véase, pues, cómo antes que el *Terror* demagógico de 1793 existió en nuestra Península el que pudiéramos llamar con justicia *Terror imperial.*

La casa de Padilla fué derribada, arado el solar y sembrado de sal, levantándose en él un padron de infamia, ahora de gloria, con un letrero que dictó la saña de aquel Zumel que con sus calurosos discursos en las Córtes de Valladolid encendió la primera chispa del sagrado fuego que abrasó á Castilla en el levantamiento de las Comunidades.

Hé aquí trascrita aquella bárbara inscripcion:

«Aquesta fué la casa de Juan de Padilla y doña María Pacheco, su mujer, en la cual por ellos é por otros, que á su dañado propósito se allegaron, se ordenaron todos los levantamientos, alborotos y traiciones que en esta cibdad é en estos reinos se ficieron en deservicio de S. M. los años de 1521. Mandóla derribar el muy noble don Juan de Zumel, oidor de S. M. é su justicia mayor en esta cibdad, é por su especial cuidado, porque fueron contra su rey é reina é contra su cibdad, é la engañaron so color de bien público por su interese é ambicion particular por los males que en ella sucedieron; é porque despues del pasado perdon fecho por SS. MM. á los vecinos de esta cibdad, que fueron en lo susodicho, se tornaron á juntar en la dicha casa con la dicha doña María Pacheco, queriendo tornar á levantar esta cibdad é matar todos los ministros de justicia é servidores de SS. MM. Sobre ello pelearon contra la dicha justicia é pendon real, é fueron vencidos los traidores el lunes dia de San Blas, 3 de Febrero de 1522 años.»

Tal es la ejecutoria de nobleza del inmortal Juan de Padilla y de su heróica esposa doña María Pacheco.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE JUAN DE PADILLA.



MARIA ESTUARDO

MARÍA ESTUARDO

(1542 á 1587 DESPUES DE J. C.)

[illegible]
patías de los católicos del Continente y movió la [illegible]
[illegible]

«Dígase lo que se quiera... [illegible] de sus [illegible] fuera cierto lo que de ella se dice.»

Graves son, en verdad, las acusaciones, mas aun, los hechos averiguados que deponen contra la reina de Escocia; pero fué tan desgraciada, tuvo adversarios tan crueles y recibieron de ella los Estuardos una herencia tan [illegible] aciagos sucesos, que aun los enemigos de su causa no se ensañan contra María, ni contra Cárlos I, que murió en el cadalso, ni contra Jacobo II, que acabó sus dias en el destierro.

Si la historia y la razon condenan el órden de ideas que en política representaron los Estuardos en el Reino-Unido, su indisputable derecho á la corona de Inglaterra, el arrepentimiento de aquella hermosa reina y sus desventuras lograron inflamar la imaginacion de muchos poetas y escritores de mérito, que hicieron de ella y de su causa una preciosidad muy superior á cuanto existia en su época.

Malos eran sin duda aquellos tiempos; malos no solo en Inglaterra, sino tambien en Flandes, Alemania, Suecia y Francia, paises [illegible] sentian todavía los dolores del parto de la edad Moderna y en los que se dió

MARÍA ESTUARDO.

(1542 Á 1587 DESPUES DE J. C.)

Acabamos de escribir un nombre que en el siglo XVI hizo latir los corazones caballerescos, converjer hácia la prisionera de Fotheringay las simpatías de los católicos del Continente y movió la *Armada Invencible* de Felipe II contra Isabel de Inglaterra.

« Dígase lo que se quiera, estampa Walter Scott en una de sus obras, mas de un noble corazon se interesará por María Estuardo, aun cuando fuera cierto lo que de ella se dice. »

Graves son, en verdad, las acusaciones, mas aun, los hechos averiguados que deponen contra la reina de Escocia; pero fué tan desgraciada, tuvo adversarios tan crueles y recibieron de ella los Estuardos una herencia tan preñada de aciagos sucesos, que aun los enemigos de su causa no se ensañan contra María, ni contra Cárlos I, que murió en el cadalso, ni contra Jacobo II, que acabó sus dias en el destierro.

Si la historia y la razon condenan el órden de ideas que en política representaron los Estuardos en el Reino-Unido, su indisputable derecho á la corona de Inglaterra, el arrepentimiento de aquella hermosa reina y sus desventuras lograron inflamar la imaginacion de muchos poetas y escritores de mérito, que hicieron de ella y de su causa una preciosidad muy superior á cuanto existia en su época.

Malos eran sin duda aquellos tiempos; malos no solo en Inglaterra, sino tambien en Flandes, Alemania, Suecia y Francia, paises donde se sentian todavía los dolores del parto de la edad Moderna y en los que se dió

á luz la libertad religiosa y civil, mientras que en España é Italia se mantenia el culto católico y el absolutismo merced á las hogueras del Santo Oficio, que se entretenia en enviar al infierno millares de *herejes*, en tanto que los turcos amenazaban hacerse dueños de la Europa, como dejamos dicho en la biografía de Cárlos V.

Ya hemos hablado en la vida de Lutero de la guerra que la Reforma suscitó en Alemania, y cómo de ella derivó la libertad de conciencia. En Inglaterra y Escocia produjo iguales resultados; mas en España é Italia, la represion de los reyes Católicos y de los Papas contuvo el torrente de las nuevas ideas.

En Inglaterra, la Reforma fué el arma que esgrimió el gran déspota Enrique VIII, tio de nuestra heroina, contra la aristocracia y la Iglesia romana. En Escocia apoderóse de ella la aristocracia para combatir la monarquía; mas si logró vencer á María Estuardo, fué perdiendo su autonomía y consintiendo que quedase su patria absorbida por la Inglaterra.

Á pesar de que los errores de su tiempo no disculpan á María Estuardo de su complicidad en el asesinato de su esposo Darnley, debemos consignar, que entonces, si no se sancionaban esta clase de crímenes, eran tolerados, por ser comun entre los barones y familias poderosas que aspiraban al trono el esterminarse mútuamente por cuantos medios estaban á su alcance. Estos hábitos salvajes, heredados del feudalismo y de los tiempos corrompidos de los últimos períodos de la decadencia romana, se perpetuaron hasta la edad Moderna.

Era aquella sociedad del siglo XVI en religion reformista; mas profesaba los mismos vicios que dominaban á la sociedad católica. Lutero, Calvino, Enrique VIII y su bastarda hija Isabel de Inglaterra, fueron tan intolerantes, no ya respeto de los católicos, sino para con los mismos protestantes, como pudieran serlo Torquemada, Fernando V, Felipe II de España y Cárlos IX de Francia, el héroe de la horrible jornada de San Bartolomé.

¡Triste sociedad aquella en que católicos y reformistas se destruian sin piedad por el hierro y el fuego y encendian hogueras en que quemaron á miles magos, alquimistas y brujos, con aplauso de las estúpidas muchedumbres! Si elevados sentimientos aparecian dando vida á hombres puros y enérgicos para purgar su respectiva Iglesia de los vicios mundanos ó de errores de conducta, eran sacrificados. Nadie podia ser mas católico que el Papa, y por este motivo quemó Alejandro VI al florentino Savonarola: nadie podia ser mas reformista que Calvino, y tambien por esto el teólogo

de Ginebra entregó á las llamas al enérgico y sabio aragonés Miguel Servet. Enrique VIII obligó á sus súbditos á reconocerle por cabeza de la Iglesia anglicana, condenando á la última pena á setenta y dos mil personas, igual número casi como sentencias de muerte firmó Torquemada en España, y la hija de aquel mónstruo, la soberbia Isabel, mandaba abrir los vientres de sus víctimas antes de arrojarlas á la hoguera.

Á pesar de tantos horrores, el establecimiento de los códigos romanos, el creciente poder de los municipios, las sociedades y gremios de artes y oficios, los descubrimientos de la imprenta y de la América, el renacimiento de las bellas artes y ciencias y la Reforma, indican que la idea del progreso habia entrado como un nuevo elemento en el órden del mundo, desarrollando una nueva faz del cristianismo. Mas por este motivo debia subsistir la lucha, porque todo nuevo principio social engendra la guerra; en ella se usan las armas propias de la época, y por desgracia, las de aquel tiempo eran la perfidia, el veneno, el puñal asesino y la hoguera.

Además, como queda sentado en otras biografías, la tendencia de los siglos exaltaba el poder real sobre el aristocrático. De aquí nacia el orgullo de los reyes, la idea elevadísima que tenian de sí mismos y el menosprecio en que tenian la vida y personalidad humanas.

Dados estos precedentes comprenderá el lector porqué á pesar de ser criminal la reina María Estuardo, pudieron sus desgracias conquistarla las simpatías de la parte católica de Europa.

Vanos fueron los cuidados y medidas que tomó Jacobo V para impedir la introduccion de la Reforma en Escocia. Jorge Wishart empezó á propagarla; pero fué preso y arrojado á la hoguera. Indignado el pueblo por este acto de crueldad, cogió al cardenal Berthume, que condenara al propagandista, é hizo trizas su cuerpo, y como la sangre pide sangre, la guerra entre católicos y protestantes ardia en Escocia al venir al mundo la desgraciada princesa cuya vida vamos á reseñar.

María Estuardo nació en Edimburgo el 8 de Diciembre de 1542, seis dias antes de la muerte de su padre Jacobo V, siendo proclamada reina de Escocia á los nueve meses de su edad, bajo la regencia de su madre María de Lorena, de la ilustre casa de Guisa en Francia.

La nobleza escocesa, dueña de un pais montuoso y cortado por infinitos rios y lagunas, era poderosa por sus castillos inaccesibles y bien fortificados, y careciendò de ciudades, no podian los reyes hallar en ellas la fuerza necesaria para contrarestarla. Dividida en *Clanes* ó tribus, á cuya cabeza

estaba un baron que era jefe y patriarca á la vez, ostentaba tan robusta organizacion como la misma monarquía. De aquí que en las frecuentes guerras de Inglaterra con Escocia, lejos de debilitarse, se habian fortalecido los *Clanes*.

Los nobles escoceses, siguiendo el ejemplo de los alemanes, adoptaron la Reforma con la esperanza de enriquecerse con los cuantiosos bienes de los monasterios, y la regenta, á pesar de su catolicismo, temiendo la tempestad que amenazaba á su creencia, para prevenirla en lo posible, se vió obligada á disimular.

Era requerida ya María Estuardo á la edad de seis años por el partido inglés, que la solicitaba para esposa del príncipe Eduardo; mas la regenta hizo ilusoria esta combinacion concertando los esponsales de su hija con el Delfin que fué despues Francisco II, enviándola en seguida á Francia, donde permaneció educándose en union de los hijos de Enrique II y de Catalina de Médicis.

En aquella córte, la mas culta y galante de Europa, pasó María trece años, brillando como una naciente estrella y siendo admirada de todos por su gracia y talento.

La que por su desdicha estaba destinada á ceñir la corona de Escocia, era una verdadera artista en música y pintura; poseia las lenguas de la antigüedad; sostenia tésis en latin, y descollaba por su gusto literario, compitiendo sus poesías con las de los buenos poetas franceses, hasta merecer los elogios del severo canciller de l'Hopital.

Deslizábase su existencia feliz en su nueva patria, sin que recordase de Escocia mas que sus ásperas montañas, su brumoso clima y sus paisanos semi-salvajes, no halagándola de ninguna manera la idea de volver á su pais natal y haciéndose la ilusion de que siempre podria gobernarlo su madre á título de regenta.

Entretanto, en Escocia, la *Congregacion de Jesus*, constituida por la nobleza en oposicion á la de *Satanás*, como calificaban los reformistas á la Iglesia católica, se atraia las fuerzas del pais y cobraba vigor por la palabra firme, austera é imponente de Juan Knox, el proscrito que volvia de Ginebra á su patria decidido á fundar la Iglesia Escocesa y á aceptar el martirio.

Era Knox hombre de carácter violento, inaccesible al temor y á la lisonja, y tan despreciador de los halagos de las mujeres como de las amenazas de los hombres. Con tales cualidades, su propaganda debia ser

impetuosa, ya que su celo por la religion nueva rayaba en fanatismo; y en efecto, extendió por toda Escocia la mencionada congregacion, suscitando numerosísimos enemigos á Roma.

Considerando la regenta que era ya tiempo de detener la propaganda del protestantismo por medio de la amenaza, mandó comparecer á su presencia á algunos reformistas; mas acudieron tantos, que se vió precisada á rogarles que se retiraran, espantada ante los progresos que habian hecho en el reino las nuevas doctrinas.

En cuanto á los protestantes, conociendo su fuerza y la debilidad de los católicos, se hicieron dueños de Perth y de Edimburgo; constituyéronse en esta ciudad en Asamblea legislativa; proscribieron el culto católico, y declararon traidores, ladrones y asesinos á cuantos siguieran las órdenes é inspiraciones del Papa.

Mientras tenian lugar estos sucesos, por muerte de la que fué esposa del fanático Felipe II de España, María la *Católica,* ó la *Sanguinaria,* que de ambos modos la apellida la historia, subió al trono de Inglaterra aquella bastarda de Enrique VIII que debia convertirse en verdugo de María Estuardo. Protestó ésta del acto de la coronacion, probando que el trono la pertenecia como sobrina de Enrique, ya que las leyes inglesas se oponian á la sucesion ilegítima de sus reyes. Además de esto, y por consejo de la córte francesa, unió en su escudo las armas de Inglaterra á las de Escocia, llegando hasta la temeridad de proyectar una invasion en territorio inglés, bastante unido y compacto para resistirla, mayormente cuando no contaba con mas fuerzas que las de los escoceses, trabajados por la division religiosa, y cuando la Francia no podia ni debia apoyar en aquellos momentos sus justas pretensiones.

Á esta protesta y conatos de invasion temerarios, ya que no podian sostenerse con las armas, siguió el contrato de matrimonio entre nuestra heroina y Francisco II, contrato en que se estipuló secretamente que María cederia á Francia el reino de Escocia; falta enorme é imprudente perfidia á la vez, puesto que al firmar los capítulos matrimoniales del contrato público, y estando presentes los comisionados escoceses, se obligaron los desposados á respetar la integridad, leyes y libertades de aquel reino.

Cuando María Estuardo perdió súbitamente á su marido (en 5 de Diciembre de 1560), contaba solo la edad de diez y ocho años, y cuando ella, que habia dominado sin rival en la magnífica córte de Francia, se vió reducida á vivir solitaria en Reims, abandonada de los cortesanos, mal

mirada de Catalina de Médicis y olvidada de su tio el cardenal de Lorena, á quien absorbia enteramente el peligro de la guerra civil, cuando, por otra parte, la muerte de su madre, los disturbios de Escocia y los socorros que Isabel de Inglaterra proporcionaba á los *Congregacionalistas* la hicieron temer que iba á perder tambien aquella corona, tomó la triste resolucion de abandonar su nueva patria para restituirse á la antigua, preñada á la sazon de todos los peligros de una guerra religiosa.

Despertáronse en Francia las simpatías por la jóven escocesa al anuncio de su partida: nobles señores, jóvenes damas é inspirados poetas formaron el cortejo de su despedida, que fué la primera hora triste de aquella vida dolorosa que no debia ya encontrar descanso sino en el silencio de la tumba.

Muchas poesías francesas de la época dan testimonio de que, si pudo ser olvidada María Estuardo á la muerte de Francisco II, renació la antigua estimacion cuando no cupo duda de que iba á perderse la joya mas preciada de la córte francesa. Varias de aquellas composiciones describen una por una las gracias de María: dicen que tenia una hermosa cabeza de ninfa, cara expresiva, tez blanca, ojos de fuego, frente elevada, boca provocativa, nariz aguileña, estatura elevada, cintura de diosa, cuello de cisne, brazos torneados y manos modeladas por las de la Vénus de Médicis. Un autor moderno, refiriéndose á su retrato, dice, «que un rayo de sol parece iluminar sus *cabellos vivientes y eléctricos.*»

Á estas gracias reunia un espíritu ligero y jovial, una alma viva, capaz de albergar ardientes pasiones y de dar libre entrada á los deseos, y un corazon inaccesible al miedo cuando el amor encendia en él su llama abrasadora. Tal era la princesa que á los diez y ocho años, llena la mente de ilusiones y sin experiencia del mundo, se disponia á regresar á Escocia, llamada por su agreste nobleza para evitar la consuncion del pais por la guerra civil.

El 19 de Agosto de 1561 se hizo María á la vela. Apoyada en la orla del barco que la llevaba, estuvo contemplando mientras pudo las costas de Francia; pero á medida que la galera se alejaba, desaparecia la alegría de su rostro, y al hundirse los últimos vestigios de tierra en el horizonte, exclamó tristemente:

«¡Adios, Francia! ¡Adios, Francia! ¡Jamás volveré á verte!

Así la jóven reina, como si presintiese el negro porvenir que la aguardaba, lleno el corazon de angustia regresaba á su patria tan salvaje é

inculta como sus habitantes, no llevando mas defensa que su corazon, mas ingénuo y amable que hábil, una alma mas ardiente que circunspecta, una belleza peligrosa, una inteligencia viva, pero superficial, un carácter generoso y arrebatado, el gusto por las artes, el amor de aventuras, en fin, todas las pasiones que asaltan á la mujer en la primavera de la vida unidas á la extremada libertad de una viuda.

Isabel de Inglaterra, que la aborrecia no menos por haber reivindicado sus derechos á la corona que por su superioridad en hermosura, gracia y talento, y que no se habia dado por satisfecha á pesar de haber renunciado públicamente María sus pretensiones al trono inglés, manifestó su enemistad negándola el salvo-conducto que pidiera para atravesar el mar que la separaba de Escocia, enviando, por el contrario, algunas galeras para apresar la nave que la conducia, la cual consiguió arribar sin tropiezo á un puerto escocés.

Su pais recibió á la princesa con señaladas muestras de alegría, conmovido por sus gracias y por la compasion que causaba su doble luto por la muerte de su marido y de su madre. Pero en medio de los festejos y aclamaciones de que era objeto, adivinó María las pretensiones de los diferentes partidos que agitaban el reino, reconociendo con dolor que sus males eran incurables.

Tan pronto como se hubo calmado un tanto el entusiasmo que produjera su llegada, los protestantes, á pesar de tolerarlos ella, empezaron á acusarla como de un gran delito de que siguiese la religion de sus abuelos, negándose á reconocer su autoridad si no abrazaba sus creencias. Knox atizaba el fuego de las disensiones religiosas perorando desde el púlpito contra el gobierno de las mujeres y publicando luego sus sermones.

Llamábale con frecuencia María á su palacio para desarmar sus iras y atraerle á la mas sagrada de las causas, la de la paz y del sosiego públicos; pero esta conducta, que habria aplacado á un hombre menos entusiasta, envalentonó mas al apasionado Knox, como lo prueba la historia que escribió sobre los sucesos religiosos de Escocia, de la cual tomamos el siguiente coloquio que tuvo con la reina á los pocos dias de su llegada á Edimburgo:

—La obra que habeis escrito, dijo la reina al propagandista, es peligrosa y violenta, pues que subleva á los escoceses contra su soberana. Cometiendo este error habeis faltado al Evangelio, que prescribe el respeto y la obe-

diencia á los reyes. En adelante procurad ser mas caritativo con aquellos que no piensan como vos.

— Señora, contestó el impetuoso Knox: si atacar la idolatría y difundir la palabra de Dios es excitar á los súbditos á la rebelion, soy efectivamente culpable; pero si, segun confieso, el conocimiento de Dios y la práctica del Evangelio inducen á los súbditos á obedecer al príncipe, cuando este, lejos de ser un tirano es para ellos un padre, ¿quién puede condenar mi obra? Además, es mi libro la expresion de mis opiniones personales: no constriñe las conciencias; no impone principios, y por lo que á mí toca, mientras las manos de Vuestra Gracia estén limpias de la sangre de los justos, viviré sometido á vuestras leyes civiles, pues en materias religiosas el hombre es libre de obedecer ó no la voluntad del príncipe, estando solamente obligado á acatar los preceptos de su Criador. Si en tiempo de los apóstoles hubiese prevalecido la doctrina de seguir la religion del príncipe, ¿hubiera triunfado el cristianismo?

— Los apóstoles, objetó la reina, no se resistian.

— No obedecer es resistir.

— No se resistian con la espada.

— Porque no podian.

Al oir estas palabras levantóse María, exclamando indignada:

— ¿Pretendeis, pues, que los súbditos pueden resistir á los reyes?

— Sin duda alguna, si los reyes se exceden de ciertos límites. La ley manda venerar al rey como á un padre; mas si el padre está frenético, se le encierra; si el príncipe quiere inmolar á los hijos de Dios, se le arranca la espada de las manos, y se le encarcela hasta que recobre la razon. Esto no es faltar á la obediencia, sino seguir la palabra de Dios.

Largo rato permaneció María silenciosa. Al fin dijo:

— Está bien: preveo lo que sucederá: mis súbditos os obedecerán mejor que á mí; harán lo que vos mandeis y no lo que yo resuelva, y en lugar de obedecer lo que yo ordene, serán ellos los que prescribirán cuanto yo deba hacer.

— ¡No será así, y no permita Dios que suceda! No tengo otro deseo que el de que príncipes y súbditos obedezcan á Dios. Su palabra dice que los reyes son los padres y las reinas las madres y nodrizas de su Iglesia.

— Es indudable; pero vuestra Iglesia no es aquella de quien yo desearia ser madre y nodriza. Yo defenderé la Iglesia romana, la verdadera Iglesia de Dios.

— Vuestra voluntad, señora, no es razonable. La prostituta romana está caida, manchada, degradada.

— Mi conciencia me dice lo contrario.

— Vuestra conciencia no está ilustrada.

Proferidas estas palabras, retiróse Knox, diciendo á sus correligionarios, que aguardaban el resultado de aquella conferencia:

— Nada se puede esperar de esa mujer astuta y altanera.

Creia María que le seria dado consolidar su autoridad y hacerse amar de todos por sus corteses modales, su benevolencia y su tolerancia hácia la nueva religion de sus súbditos, cuando un suceso doméstico vino á comprometerla á los ojos del pueblo.

Entre los nobles que formaban la escolta que la córte de Francia la habia dado para acompañarla á Escocia, se contaba un gentil-hombre del Delfinado, llamado Pedro de Chastellard, apuesto jóven de veinte y tres años, músico, poeta, y que aumentaba el número de servidores y enamorados de la reina, la cual le distinguia entre todos, sin que por eso se hubiese interesado su corazon. Chastellard, cumplida su mision oficial, regresó á Francia bastante taciturno, absteniéndose de tomar parte en las fiestas y diversiones de sus compañeros, los cuales, conociendo el mal que le aquejaba, le aconsejaron riendo que volviese á Edimburgo. ¡Jamás lo hiciera! Impulsado por su ardiente pasion, no supo contenerse y esperar á que el tiempo y la constancia rindieran el corazon de la reina, sino que sin considerar el peligro á que se exponia, ocultóse una noche en la cámara real, esperando pacientemente debajo de la cama que María se acostara. Descubriéronle allí las damas de palacio: hubo escándalo; divulgóse por la ciudad el hecho, y la fama de la deshonestidad de la reina corrió en boca de todos.

Enfurecida María, entregó el culpable á los tribunales, que lo condenaron á muerte, y el desgraciado jóven subió al cadalso exclamando:

«¡Oh, cruel dama!»

Despues de un acto tan riguroso, que dejó consumar por miedo del escándalo y por salvar su honor de toda sospecha, debió ostentarse María como la mas virtuosa de las princesas. Desgraciadamente para ella no procedió así, ni aun con el recato de quien al ser arrastrado á un desliz estima bastante su buen nombre para ocultarlo.

La artificiosa reina de Inglaterra habia cercado el trono de todo género de espías y peligros, siguiendo la política de sus antecesores dirigida á unir

aquel pais á la corona inglesa. El conde de Murray, hermano natural de María Estuardo, era el agente de aquella reina y el mayor enemigo de su hermana, contra quien no cesaba de conspirar, hasta que declaró al fin sus intenciones de escalar el trono, apoyado por el vasto partido congregacionalista.

Vencido por María y puesto fuera de la ley, Murray huyó á Inglaterra, donde concertó con Isabel el plan de proporcionar á la jóven reina un marido adicto en cuerpo y alma á sus miras, mientras los católicos del Continente la excitaban á que tomase esposo entre los hijos de los monarcas adictos al Papado.

Asediada por tales pretensiones, María decidió la cuestion despreciando al conde de Leicester, favorito de Isabel, y no consintiendo en seguir los consejos de sus parientes de la casa de Guisa, prefiriendo, por el contrario, un novio de su eleccion, escocés, un noble que tenia derechos á las coronas de Escocia é Inglaterra. Tal era Enrique Estuardo, conde de Darnley, jóven de excelente figura y de bellas facciones, mas de cortos alcances, que si pudo satisfacer el fugitivo capricho de una mujer tan impresionable como nuestra heroina, no podia llenar el corazon de una reina.

María Estuardo, abandonada al sentimiento de su debilidad por sus pasiones ardientes y movibles, necesitaba un amo que la dominase, un tirano que se opusiera á la versatilidad de sus deseos, y precisamente encontró en Darnley un jóven sin voluntad propia, de un corazon blando como la cera con las mujeres, aunque abierto siempre á la violencia cuando se trataba de vengar una injuria.

El 29 de Julio de 1565 dió su mano María al conde Darnley; pero á los pocos meses, hastiada de aquella juventud sin heroismo, de aquella belleza sin inteligencia, empezó por retirar su amor y su confianza á su marido, para concederlos á mas de uno.

Vivia en la córte de Edimburgo un italiano llamado David Rizzio, jóven, gallardo, ilustrado, hábil en los negocios de Estado y dado á los placeres, de quien María hizo su secretario, y de quien se prendó, porque como ella, rendia culto á las bellas artes y especialmente á la música.

Celoso andaba Darnley, y no pudiendo tener pruebas patentes de la infidelidad de su esposa, comunicó sus sospechas á varios señores descontentos de la reina, que estaban en inteligencia con Isabel, la cual dirigió desde Lóndres una nueva trama que debia herir el corazon de su enemiga. Los confidentes de Darnley excitaron sus sentimientos vengativos, ofreciéndose

á desembarazarle de su rival por medio del puñal ó de la espada, y aceptada la oferta por el ofendido esposo, hasta los ministros y pastores presbiterianos tomaron parte en el complot, consultando á su oráculo Knox, quien contestó, « que la Iglesia de Dios debia salvarse con la sangre de un idólatra.»

Descuidados la reina y su favorito, y no sospechando que el mundo pudiese penetrar el misterio de unas relaciones que aparentemente eran las de una soberana con su secretario de Estado, entregábanse tranquilamente á su criminal amor, mientras Darnley, ocultando hábilmente su resentimiento, en la noche del 9 de Marzo de 1566 propuso á la reina que invitase al secretario á sentarse á su mesa.

Gustoso aceptó Rizzio la invitacion de sus soberanos; estuvo festivo durante el banquete, y á los postres cantó, acompañándose con su laud, las glorias de Escocia. Pero al despedirse para retirarse á su casa, fué sorprendido por los conjurados y cosido á puñaladas junto á la sala del festin, casi en presencia de los reyes.

Satisfecho Darnley, fué á encerrarse en su cámara, en tanto que María, desesperada, cogiendo por el brazo á uno de los asesinos y previendo la contestacion, preguntóle quién habia mandado dar muerte á Rizzio.

Tranquilamente escuchó la pregunta el asesino; llenó una de las copas de la mesa real, bebió, y dijo:

—Vuestro marido ha hecho todo esto.

—¡Si así es, exclamó la reina, adios lágrimas; pensemos en la venganza!

Y viéndose ultrajada en su honra y herida en su amor, á pesar de hallarse en cinta de Darnley, desde aquel punto odió de muerte al padre del inocente sér que llevaba en sus entrañas. Fingiendo querer separar á su esposo de sus malvados consejeros, huyó de Edimburgo llevándoselo casi á la fuerza; mas volvió luego sobre la capital al frente de un ejército, para castigar á los asesinos, que huyeron á Inglaterra.

Juraba Darnley no haber tenido ninguna participacion en el asesinato de Rizzio; pero su firma, puesta en un documento que los conjurados le habian exigido, convenció á la reina de que á sus muchos defectos unia su marido el de la cobardía.

Á pesar de todo, calmado el primer arrebato de furor por el asesinato de su amante, mostróse magnánima María, amnistiando á su hermano Murray y á sus cómplices Morton y Maitland.

Llegamos ya al período de la vida de nuestra heroina que ofrece mayor gravedad, y por el cual la han condenado la moral y la historia.

El 19 de Junio de 1566 María dió á luz el niño que mas tarde debia colocar en su cabeza la doble corona de Inglaterra y Escocia bajo el nombre de Jacobo I.

De regreso á su patria, Murray, unido á otros magnates, concibió el proyecto de asesinar á Darnley como mentecato y traidor. Entre los conjurados se contaba el conde de Bothwell, almirante hereditario de Escocia, señor muy poderoso, por quien María, que empezaba á olvidar la memoria de Rizzio, se sentia subyugada.

Era Bothwell de edad de treinta años, y aunque de poco agraciado rostro, tenia marcial aspecto, en armonía con su carácter bravo, osado, violento y capaz de atreverse á todo.

María Estuardo ha encontrado á su dueño: en adelante, su flexible voluntad, como la débil yedra, quedará encadenada á este robusto apoyo; le obedecerá en todo sin escrúpulos, sin remordimientos, dominada por su ardiente pasion.

Pero, ¿cómo desembarazarse de su odiado marido? ¿Cómo unirse al hombre que ella ama y cuya ambicion no se detendrá en mitad del camino? En cuanto á este punto, para explicar á María, no para disculparla, es necesario recordar la moral de su tiempo, y tener presente que algunos señores que habian tomado parte en el asesinato de Rizzio, se presentaron á ella ofreciéndola librarla de un esposo odioso é importuno.

Á tal proposicion contestó María afeando tibiamente el crímen en que queria envolvérsela, hablando luego del divorcio que pensaba solicitar del Papa y de la dificultad de obtenerlo; mas poco escrupulosos los señores, por boca de Lethington, el mas hábil y político entre ellos, la dijeron:

« Señora, pierda Vuestra Gracia todo cuidado: estamos aquí reunidos los principales de la nobleza y del Consejo de Vuestra Gracia, y sabremos encontrar el medio de devolveros la libertad, sin que padezca vuestra reputacion. Por lo demas, aunque milord Murray, vuestro hermano, aquí presente, sea menos escrupuloso como protestante que Vuestra Gracia lo es como papista, abrigamos la seguridad de que con la mano que se cubra la cara, mirará por entre sus dedos; verá cómo obramos, y callará.»

Estas palabras descorrieron el velo que ocultaba la intencion de la reina: no tratándose mas que de dejar obrar á los amigos sin mezclarse en nada, aceptó la propuesta.

Sin embargo, tuvo que tomar una parte activa en el crímen. Darnley permanecia en Glascow enfermo ó convaleciente de una enfermedad fruto de sus desórdenes, ó quizás de un veneno, y María, por órden de Bothwell, le atrajo hácia Edimburgo fingiendo que le amaba como antes.

Habíase dispuesto cerca de la ciudad, en Kirsh-of-Field, en un modesto presbiterio, la celada en que debia caer el desgraciado esposo. Entró Darnley en aquella casa en la noche del 9 de Febrero de 1567, creyendo tener una entrevista de reconciliacion y amor con su mujer, y fué asaltado por los mismos asesinos que dieran muerte á Rizzio, volando á poco rato el edificio á consecuencia de la esplosion de un barril de pólvora que colocaron allí los conjurados para borrar las huellas del delito, sin que á pesar de este ardid dejaran de encontrarse al dia siguiente el cadáver de aquel desventurado y el de uno de sus pajes acribillados á puñaladas.

Para alejar sospechas, pasó María aquella horrible noche en el baile de máscaras del palacio de Holyrood, en union de Bothwell, que salió á media noche para tomar parte en el asesinato.

Este hecho sublevó la conciencia de los escoceses. Asustada María, fingió querer castigar severamente á los asesinos, por lo que Murray y sus cómplices se vieron obligados á hacer recaer las sospechas sobre la reina y Bothwell.

Fácilmente pudieron éstos sincerarse ante la opinion pública, que olvidó luego el crímen, gracias á diversas medidas legislativas que favorecian la religion reformada y que se atribuyeron á la influencia de Bothwell sobre la soberana de Escocia.

Lisonjeado el favorito por el aura popular, se atrevió públicamente á pretender la mano de María, y luego la robó con su consentimiento, conduciéndola al castillo de Dumbar.

Los pares del Parlamento escocés, ganados por Bothwell, llevaron su bajeza hasta presentar una peticion á la reina para que se uniese en matrimonio á su raptor, y como era este el mas ardiente deseo de aquella frágil hembra, el 15 de Mayo de 1567 un obispo protestante bendijo aquel enlace, consagrado ya por el doble vínculo del adulterio y del asesinato.

Si algunos pudieron creer en la inocencia de María, á quien miraban abandonada de los suyos y entregada á un hombre astuto y ambicioso; si otros sospecharon de ella por sus liviandades pasadas, no dando valor á sus protestas de creer en la inocencia de su nuevo esposo, los mas avisados y conocedores de los artificios de Isabel creyeron que María, Bothwell, el

Parlamento y el pueblo escocés eran víctimas de la pérfida bastarda que ocupaba el trono de Inglaterra, y que cual un génio maléfico se cernia sobre la cabeza de la reina de Escocia.

Sin embargo, María era criminal; no por las pruebas que adujeron contra ella los presbiterianos el dia en que la juzgaron (porque se ha probado que las ocho cartas y doce sonetos que se suponian escritos por María fueron compuestos por Buchanam y copiados por Maitland, que imitó la letra de la reina), sino por otras cartas que se hallaron despues, en alguna de las cuales manifestaba la repugnancia que sentia al engañar á un pobre enfermo que tan confiadamente se la entregaba para que le llevase á la muerte.

En una de las citadas cartas decia á Bothwell:

«¿Cómo es posible alegrarme de engañar tan bajamente al que fia en mí? Á pesar de todo, podeis mandarme como os parezca. No me tengais en mal concepto, ya que vos mismo sois causa de que obre mal: lo que es por mí, no teñiríais las manos en su sangre.»

Cuando María fué á buscar al doliente Darnley en Glascow para acompañarle por el camino de Edimburgo, volvió á escribir á Bothwell, diciéndole:

«Traigo conmigo al hombre, y el lunes estaré en Craigmilar. Amadme siempre. Jamás le ví tan hermoso ni tan galante. Si la experiencia no me hubiese enseñado que *su corazon es blando como la cera,* y el mio *duro como el diamante,* que no puede traspasar ningun dardo sino está despedido por vuestra mano, me hubiera rendido á la compasion que me inspira. Sin embargo, deponed toda desconfianza.»

Si la ciudad de Edimburgo pudo creer en la inocencia de los recien casados, la Escocia, que apreciaba mejor los acontecimientos, vió la trama, y juzgó que la mano de su reina habia sido dada en premio de un asesinato. La indignacion desbordó entonces de los pechos honrados, y temiendo por la vida del heredero del trono, los nobles se confederaron para protegerle y vengar de camino la muerte de Darnley.

La noticia del crímen resonó á la otra parte de los mares: el recto l'Hopital, el representante de la conciencia humana en aquel siglo tenebroso, supo asombrado el extravío de aquella jóven cuyas gracias y primer himeneo habia celebrado en sus versos, y en ellos pintó tambien el horror de la noche en que una madre desnaturalizada consiente en el asesinato del que dió el sér al hijo que amamanta.

Murray y sus cómplices Morton y Maitland seguian vociferando contra María y Bothwell, designándolos como los matadores de Darnley, creyendo recoger por este medio el fruto de su crímen.

Por fin los partidarios de María y los que la acusaban vinieron á las manos, dando principio á la guerra civil, y cual si los realistas abrigaran la íntima conviccion de la culpabilidad de su soberana, faltóles aliento para combatir y entregaron la reina á sus enemigos, que la condujeron á Edimburgo para que fuese vista de todos y el pueblo la injuriase. Llevábanla precedida de un estandarte en el que estaba pintado el cadáver de Darnley con esta inscripcion:

«¡Señor, juzga mi causa!»

En vano la triste prisionera procuraba excitar con sus lágrimas y aspecto desolado la compasion del pueblo: si pudo contener su furia impidiendo que la arrastrase por las calles de Edimburgo, no logró que la dejase partir libremente con su esposo, como solicitaba, «sin mas atavíos que un vestido de aldeana; aunque fuese metiéndolos solos en una nave que la fortuna llevara al fin del mundo.» Sin atender sus ruegos, mantuviéronla presa, hasta que los jefes de los sublevados, titulándose lores del Consejo secreto, la obligaron á abdicar en favor de su hijo Jacobo, á quien aclamaron rey de Escocia, aun cuando no tenia mas que un año.

Murray, el hermano natural de María y el agente mas dócil de Isabel, recogió al fin el fruto de sus conspiraciones, de los pérfidos consejos que diera á su hermana y de los crímenes conque se habia manchado: fué nombrado regente durante la menor edad de su tierno sobrino.

Así el destino castigaba el delito en María, lo ensalzaba en Isabel, que triunfaba de su enemiga, y lo premiaba en Murray.

Los escoceses católicos se resistian á creer en la culpabilidad de la reina; su desgracia inspiraba compasion, y su hermosura hirió de amor á un jóven de diez y ocho años, al audaz Jorge Douglas, que á fuerza de prodigios de valor logró sacarla de su prision y ponerla al frente de un ejército.

Viéndose en libertad, quiso María reunirse con su esposo; pero éste, sin acordarse de ella, habia huido á las islas Orcadas, donde ejerció el oficio de pirata, muriendo loco en una cárcel de Noruega el año 1577.

Los primeros actos de María al encontrarse entre sus partidarios fueron revocar la forzada abdicacion, ofrecer que someteria sus derechos á un Parlamento libre y comprometerse á castigar á los asesinos de Darnley.

Pero le fué imposible realizar sus propósitos, porque Murray y sus cómplices, reuniendo sus fuerzas, presentaron batalla á las huestes realistas, que esta vez se batieron con denuedo en defensa de su soberana, sin que la suerte les fuese favorable, pasando María por el dolor de ver destrozado su ejército y muertos ó fugitivos á sus mejores caballeros.

Perdida ya toda esperanza de recobrar el trono y activamente perseguida por sus enemigos, vióse obligada la infeliz princesa á buscar un asilo en Inglaterra, hácia cuya frontera se dirigió precedida de un heraldo portador de una carta para Isabel y de un anillo que la artificiosa hija de Enrique VIII la regalara en mejores tiempos como prenda de paz y de amistad.

Acogió Isabel al mensajero con muestras de alegría, despidiéndole luego para que asegurase á María Estuardo que seria recibida en sus Estados como reina de Escocia y hermana suya.

María, creyendo néciamente las protestas de cariño de su mortal enemiga, se entregó en sus manos, pasando la frontera el 18 de Mayo de 1568.

Esperaba la régia fugitiva hallar en Isabel, sino una buena amiga, al menos una noble protectora; pero se equivocó. No bien hubo pisado el territorio inglés, vióse reducida á prision por órden de la reina, que negándose á verla, manifestó que no la concederia su amparo hasta que se justificase de la acusacion de asesinato que pesaba sobre ella, indicando de paso que la formaria un proceso, como en efecto lo hizo, sin tener derecho á ello, ni estar autorizada por ninguna ley internacional.

Despues de esto, y para dar siquiera una apariencia de justicia á aquel atentado contra las santas leyes de la hospitalidad, llamóse á Inglaterra á Murray y á sus cómplices, para que depusieran contra la prisionera.

Dócil al llamamiento, acudió Murray, abrigando la esperanza de alcanzar de su hermana la renuncia en su favor de la regencia del reino, que la competia segun las leyes y costumbres escocesas. Pero como este acto hubiera necesariamente implicado la confesion de la inocencia de María, dióse maña Isabel para ganar al venal Murray y á sus compañeros, que volvieron á su pais cargados de dádivas, despues de haber reconocido la competencia del Parlamento inglés para juzgar á su soberana.

Mas, ¿quién era aquella Isabel que se arrogaba el derecho de vengar el crímen de María Estuardo, presentándose al mundo armada con la espada del Juez supremo que castiga en los reyes los delitos que se sustraen á la justicia de los pueblos?

Ya hemos dicho que arrojó á la hoguera á muchos católicos despues de haberles hecho abrir el vientre. Además de esto, estableció la llamada *Alta comision*, que en nada se diferenciaba del horrible Santo-Oficio, puesto que sus jueces, lo mismo que los inquisidores, debian hacer sus indagaciones *por todos los modos y medios que se les ocurriesen para extirpar el catolicismo*, é inventaba á menudo conspiraciones para perder, no solo á los católicos, sino á cuantos nobles y caballeros protestantes habia bastante dignos para no aplaudir cobardemente su feroz tiranía.

«Las descripciones de los suplicios que entonces se usaron, dice Cantú, no tienen igual, ni aun en la historia de la Inquisicion española.»

Su política exterior fué fatal á sus vecinos. «Arrojábales, dice Lingard en su *Historia de Inglaterra*, semillas de discordia; fomentaba el espíritu de resistencia, y ayudaba con armas, dinero y consejos á todos los rebeldes. Merced á sus intrigas y artificios, quedó casi aniquilada en Escocia la autoridad de la corona; Francia fué reducida á un estado de anarquía, pobreza y desastres sin ejemplo, y vió la España con envilecimiento sus riquezas agotadas y perecer uno á uno sus ejércitos en las guerras de Flandes.»

Mientras esta malvada reina prodigaba la sangre y el oro de sus súbditos, sus tribunales derramaban la primera en abundancia cuando no podian arrancar dinero á los procesados. La pena de confiscacion de bienes se aplicaba á los ricos; la de muerte á los pobres. Vendíanse los cargos de juez y magistrado, y en el ejercicio de sus funciones se les permitia aceptar todo género de regalos. Nadie se acercaba á pedir algo á la reina como no fuese precedido de una alhaja ó de una fuerte suma, segun la importancia de la pretension.

Isabel se habia reservado la tiránica facultad de hacer encarcelar por capricho ó resentimiento á los que la habian disgustado, y no los soltaba sino pagando una suma considerable por via de arreglo.

En pleno Parlamento dijo un dia, que si consultaba á las dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes, era porque así lo queria, y no por necesidad, á fin de que el pueblo aceptase mejor sus leyes y pagase con menos repugnancia los impuestos.

Cuando murió se encontraron mas de tres mil vestidos en su guardarropa, y un tesoro de joyas, fruto de sus exacciones, de los regalos que le hacian por las mercedes que dispensaba, de aguinaldos y de expresiones de gratitud de las casas nobles ó ricas que habia honrado con su presencia.

En cierta ocasion, pareciéndole al obispo de Lóndres impropia de un monarca esta sed de riquezas, trató en uno de sus sermones de alejar del ánimo de los reyes la aficion al lujo mundano en menosprecio de los tesoros celestes. Displugo á Isabel el celo del obispo, y en el seno de la sociedad de sus damas y cortesanos prorumpió en esta amenaza:

«Si vuelve ese obispo á ocuparse de la ostentacion de los reyes de la tierra, le enviaré al cielo sin báculo ni manto.»

Era tan iracunda, que la menor descortesía excitaba en ella arrebatos de furor. Cuando hablaba, iban de ordinario acompañadas sus palabras de innobles juramentos, y al encolerizarse prodigaba imprecaciones é insultos. Á veces pasaba á mayores, y no solo sus damas, sino los cortesanos y funcionarios públicos, sintieron mas de una vez en sus rostros el peso de su mano. Llevada de su génio violento, arrancó públicamente á Hatton el collar conque le condecorara, dió un bofeton á uno de sus altos dignatarios y escupió á la cara del caballero Matteo.

Su diversion favorita era el baile, mostrándose tan aficionada á este ejercicio, que á la edad de sesenta y nueve años bailó la *Gallarda* con el duque de Nevers.

Mucho distaba Isabel de ser hermosa, ni siquiera agraciada; pero como todo el mundo la temiese y conociera su flaco, que era la vanidad, llegó por las alabanzas que se la tributaban á creerse una Vénus. Shakespeare la llamaba la *hermosa vestal,* y Spencer la *reina de las hadas.* El conde de Essex y sir Cárlos Blount, rivalizando por obtener sus favores, cruzaron las espadas, y ella, que contaba entonces cincuenta y seis años, manifestó «cuánta satisfaccion la causaba que sus *gracias* fuesen la causa de aquella pendencia.» El mismo Essex la escribia, que «su belleza llenaba el mundo de explendor,» en tanto que Raleig, célebre por sus descubrimientos en la América del Norte, se deshonraba dando á la mas hermosa provincia de aquella region el nombre de *Virginia*, en honor de Isabel, que tanto se jactaba y aprovechaba de su virginidad, diciendo en una carta á su reina y querida:

«¿Cómo pudiera vivir lejos de tí, acostumbrado á verte cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Vénus, cantar como un ángel y tocar la lira como Orfeo?»

En una palabra, el temor de no complacerla y el deseo de agradarla llevaron la hipérbole en los labios de cuantos la rodeaban hasta el ridículo, y ella admitia con gratitud los chistes mas insulsos y extravagantes y los remuneraba con largueza.

No se sació por esto su apetito de elogios, sino que pareció estimularse, hasta el punto de que en 1593, es decir, á la edad de sesenta años, no solo pretendió que se rindiese el mismo homenaje que antes á sus ya marchitos atractivos, sino que tambien anunció á sus súbditos por medio de un decreto, que como ninguno de sus retratos hacia justicia al original, á peticion de sus consejeros habia determinado proporcionarse uno cuya semejanza fuese perfecta, satisfaciendo así los deseos de sus apasionados vasallos, prohibiendo además pintar ó grabar su efigie sin su real permiso.

No contenta con esto, exigió al Parlamento que despues de su muerte se grabara sobre su tumba, por su calidad de célibe (pues nunca quiso casarse), el título de *reina vírgen,* no obstante haber tenido por amantes á Leicester, Hatton, Raleig, Oxford, Blount, Essex, Simier y Anjou. En sus licenciosos bailes se pervertian los jóvenes de ambos sexos de la nobleza inglesa, y en el hielo de la edad apelaba á todos los medios para reavivar el fuego de la lujuria. Segun Faunt, en su córte reinaban todos los excesos, y como dice Harrington, «no habia otro amor que el del impúdico númen del deleite.»

Tal era la reina de Inglaterra, la malvada mujer que se erigiera en juez de la desventurada María Estuardo. Así, ¿qué podia esperar ésta de una enemiga zizaña de los pueblos vecinos, verdugo de sus vasallos y adoradora de sí misma hasta creerse la diosa de la tierra?

Diez y nueve años la tuvo encerrada en cárceles especiales, primero con ciertas comodidades que no estaban reñidas con la seguridad de la prisionera; luego fué restringiéndolas poco á poco para causarla molestias y disgustos repetidos, y por último, confinándola al castillo de Fotheringay la despojó de todo cuanto pudiera serle agradable ó cómodo, privándola de su laud, de su clavicordio, de sus muebles, vajilla, espejos y joyas, dejándola tan solo en libertad de recorrer aquellas vastas y solitarias estancias, cuyo eco repetia los pasos de la prisionera.

Para legitimar este odioso proceder y tan largo cautiverio se acusaba á María de que desde el fondo de su prision agitaba las pasiones de los enemigos de Isabel, remitiéndose á los embajadores de Inglaterra en el extranjero notas y cartas redactadas en Lóndres, en las que se inventaban todo género de noticias y excitaciones que se suponian dirigidas por la destronada reina á los príncipes católicos para formar una liga é invadir el territorio inglés. Estas noticias, llevadas á Lóndres por los correos de las

embajadas, aumentaban el odio de los ingleses contra María Estuardo, que no podia contrarestar las maquinaciones de su implacable enemiga.

Además de lo dicho, se la acusaba de haber encendido en el reino la antorcha de la guerra civil, y de atentar contra la vida de la reina para empuñar el cetro de Inglaterra.

Compadecido el caballeresco duque de Norfolk de la hermosa prisionera, tardó poco su generoso corazon en sentir por ella una verdadera pasion; pero la celosa Isabel mandó decapitar al noble duque.

Á pesar de todo, el interés por María aumentaba á medida que se prolongaba su cautiverio; por ella se sacrificaron mil víctimas que intentaron romper sus cadenas, y el odio de la córte contra ella crecia á medida de los generosos sacrificios que la injusticia provocaba.

Entretanto tuvo lugar en Francia la horrible hecatombe de San Bartolomé, y aquella matanza de protestantes excitó, como era natural, las iras de los reformistas contra los católicos en todas las naciones que se habian separado de la Iglesia romana. Los rigores contra María aumentaron entonces, y habiéndose esparcido la voz de que don Juan de Austria, que acababa de abatir en Lepanto el poder de los turcos, queria libertar á María para casarse con ella, envió Isabel nuevos auxilios á los Paises-Bajos para mantener viva la rebelion contra España é impedir los designios de aquel gran capitan obligándole á combatir en el Continente.

Á tal estado habian llevado los asuntos internacionales la prolongada detencion de María Estuardo, que ya no quedaba otro recurso para conservar la paz que dejarla marchar libremente á donde quisiera. Pero temia tanto Isabel la justa venganza de la ofendida escocesa, que solo en su muerte veia la seguridad de su vida y corona.

La córte por adular á la reina, y el pueblo extraviado en sus opiniones, pedian unánimes la cabeza de la reina de Escocia; mas Isabel se manifestaba hipócritamente reacia en satisfacer estos deseos, diciendo:

«¿Puedo acaso matar á la avecilla que se ha refugiado en mi seno?»

Y sin embargo, estaba meditando su muerte, pero de tal modo, que apareciese libre de toda responsabilidad para con sus coetáneos y ante la historia. Proyectaba entregarla á los protestantes de Escocia para que la asesinaran; mas la muerte de su principal cómplice echó á perder su plan. Murray fué asesinado, sustituyéndole en la regencia Lennox, padre de Darnley, y cuando tuvo Isabel ganado á éste, murió en una contienda. El malvado Morton logró por fin obtener la regencia. Estaba todo

dispuesto para poner en sus manos á María, cuando una revolucion popular le arrojó del poder y proclamó á Jacobo mayor de edad, aunque solo contaba doce años. Formóse entonces un proceso contra Morton, que fué decapitado, confeso y convicto de haber dado muerte á Darnley.

Privada de sus antiguos cómplices y no hallando en su córte hombres bastante perversos para ceder á sus insinuaciones, lamentábase Isabel con frecuencia de su dolorosa situacion respecto á sus fieles súbditos, que reclamaban el castigo de la que era el alma de la liga contra Inglaterra, cuando la aconsejaban ser clemente los lazos de la sangre y los deberes de la hospitalidad.

«¿No hay en mi córte, decia, quien me saque de esta situacion ambigua? Bien pudiera el Todopoderoso llevársela en alas de una enfermedad y del arrepentimiento al seno de los justos, librándome de la cruel alternativa de faltar á las súplicas de mis pueblos ó á las atenciones del parentesco.»

Y sea que, desconfiando de la hipócrita reina, nadie se atreviese á atentar á los dias de la Estuardo, ó que la interesante prisionera hubiese conquistado las simpatías de sus enemigos en religion, no encontrando Isabel asesinos, tuvo que autorizar al Parlamento para que la juzgara.

El proceso que se la formó fué inícuo é ilegal. Disponian las leyes inglesas que los delincuentes fuesen juzgados por sus iguales en clase social, y los cuarenta y dos lores que constituyeron el alto tribunal de justicia no estaban autorizados para juzgar á un reo de sangre real. Ordenaban tambien las mismas leyes el careo de los testigos con el acusado, y no se atrevieron los jueces á presentarlos ante María Estuardo, porque unas veces fueron falsos, y en otras se temió que, en presencia de la noble prisionera, se trasformasen en testigos de descargo.

Cuando se presentaron los jueces á la acusada, recusólos á ellos y á sus procedimientos.

—¿Qué mas podia hacer por vos la reina de Inglaterra, dijo uno de los lores, que daros por jueces á los hombres mas nobles de sus reinos? Aun cuando se sospechase en algunos que pudieran obedecer al espíritu de partido, nunca podria creerse que dominara en los cuarenta y dos lores reunidos para juzgaros.

—Oigo sin sorpresa, contestó María, un lenguaje que en todos tiempos se ha usado en contra mia. Si mis jueces fuesen íntegros, mi inocencia triunfara; pero esos hombres, cuya autoridad ha de confundirme, se han

dejado imponer por los hechos que conmovieron el pais en los últimos tiempos. Yo he visto á la nobleza de Inglaterra aplaudir los tiránicos caprichos de mi tio Enrique VIII; he visto á la Cámara alta formular leyes y derogarlas; consagrar matrimonios y deshacerlos segun el capricho del monarca; negar los derechos al trono de una hija del rey, envileciéndola con el dictado de bastarda, y ceñirla despues la corona, y en fin, he visto magistrados y altos dignatarios de una ductilidad tan extremada, que han recibido sin oposicion el sello de cuatro distintas religiones en cuatro diversos reinados. Con tales jueces me veo obligada á reclamar en mi favor el derecho de gentes.

—¿Juzgais, replicó lord Burleigh, gran tesorero de Inglaterra, que vuestro título de reina de un pais extranjero os autoriza para conspirar en el nuestro? ¿Qué seria de la seguridad de los Estados si la espada de la justicia no alcanzara lo mismo al delincuente real que al humilde mendigo?

—¡No: para los reyes no hay mas tribunal que el de Dios, ó el puñal asesino! Cada vez que acerco una copa á mis labios pienso en el *fraternal cariño* de mi prima Isabel. Mas limitándome á la cuestion legal, debiérais recordar, que una costumbre que arranca de tiempos muy remotos, y que han observado constantemente nuestros antepasados, se opone á que un inglés deponga ante los tribunales contra un escocés, ó un escocés contra un inglés. Por irregular que parezca esta ley, es una ley sabia que tiende á mantener buenas relaciones entre los dos pueblos, queriendo prevenir injusticias como la presente. Respétela, pues, el Parlamento, ó se le redargüirá de tiranía. Arrojados nuestros dos pueblos en medio del mar, con fronteras mal indicadas por la naturaleza, míranse hace mil años con la mano puesta en la empuñadura de la espada, y estos odios no se extinguirán hasta que una sola cabeza ciña las dos coronas de Inglaterra y Escocia.

—¿De manera, observó el lord tesorero, que aspirais á la fusion de Escocia é Inglaterra?

—Ellas están destinadas por la naturaleza á formar una sola nacion.

—¿Y bajo el cetro de los Estuardos?

—¿Por qué no? repuso María: ¿acaso la misma Isabel no conspira á ello persistiendo en no tomar esposo? Confieso que en el fondo de mi alma he sentido gran placer al pensar que podria reunir libres y felices estos dos nobles pueblos, apagando sus rivalidades. He aspirado á la gloria de mi abuelo Richemond, que despues de sangrientos combates reconcilió los partidos de las dos Rosas.

—¿Y para conseguirlo, insinuó uno de los lores, encendísteis la guerra civil, y á través de sus llamas pretendíais subir las gradas del trono de Inglaterra?

—¡Dios que todo lo vé, dijo María, sabe que nunca tuve tales intenciones!

—Sin embargo, vuestras cartas lo prueban.

—Aquellas cartas no las escribí yo.

—Babington, dijo uno de los lores, declaró ser vuestras.

—¿Por qué tuvísteis tanta prisa en matarle sin carearle conmigo? preguntó María.

—Vuestros secretarios Kurl y Nau han declarado que las dictásteis, y vos misma habeis reconocido que Kurl es un honrado escocés.

—¡Presentadme esos dos testigos que todavía viven, y que repitan ante mí su declaracion! ¿Por qué me negais este derecho? ¿No existe una ley que manda carear al acusador con el presunto reo? ¿Es así, ó lo he entendido mal? ¿No contestais?

Luego, dirigiéndose á Amias Paulet, noble inglés encargado de su custodia, le interpeló, diciendo:

—¡Caballero Paulet, siempre os tuve por un hombre de honor! Decidme en conciencia: ¿es ley vigente en Inglaterra que el testigo deba carearse con el acusado?

—Sí, señora, contestó el interpelado: esa ley está vigente: Isabel la ha sancionado. De mi boca no saldrá mas que la verdad.

—¡Ah, milores! dijo muy alterada María: si pretendeis aplicarme las leyes que me son contrarias, ¿por qué me sustraeis á las que me favorecen? Responded: ¿por qué no me careásteis con Babington? ¿Por qué no me presentais á mis dos secretarios?

—Reportaos, señora, observó confundido el lord tesorero; están probadas vuestras relaciones con Mendoza, el embajador de España, con el fin de destruir la religion del Estado y arrojar todas las fuerzas de Europa contra Inglaterra.

—No lo hice; pero démoslo por hecho. ¿No soy prisionera contra el derecho de gentes? ¿Invadí yo vuestro territorio? ¿No entré en él suplicante, implorando la hospitalidad que no se niega al proscrito? ¿No me precedió un heraldo, á quien Isabel ofreció la proteccion debida á mi desgracia? ¿No me eché en brazos de una reina á quien me unen los vínculos de la sangre?... ¡Ay! ¡Solo hallé el martirio donde debia encontrar

consuelo; la cárcel en lugar de la hospitalidad ofrecida! Podia, pues, usar del derecho natural del oprimido; llamar en mi auxilio á las potencias de Europa; valerme, en fin, de todos los medios para librarme de mi secuestradora.

—¡Cómo os atreveis, señora, á recordar el terrible derecho de la fuerza estando prisionera!

—Á pesar de mi debilidad y de la prepotencia de mi enemiga, me siento tan elevada al cielo del derecho, cuanto Isabel se ha hundido en el lodazal de la injusticia. ¡Use de la fuerza: lléveme al patíbulo; pero todo el mundo dirá que llevó á cabo un acto de tiranía; que se mostró sedienta de mi sangre! Hace tiempo que estoy preparada á recibir el martirio, y sin embargo, sabed vosotros, la reina Isabel y el mundo todo, que protesto del tribunal y del proceso; que recuso la jurisdiccion y el procedimiento; que invoco el derecho de gentes en mi calidad de soberana independiente, y que en vida y para despues de mi ejecucion, apelo á la justicia de los reyes de Europa para que castiguen en Isabel, mi verdugo, y en Inglaterra, su cómplice, la iniquidad de mi suplicio.

Tal fué la parte que tomó María Estuardo en su proceso. Los jueces se convencieron de que no domarian la altivez de su alma, y que para la tranquilidad de Inglaterra y para agradar á su soberana era indispensable sacrificarla. Cubrieron del mejor modo que les fué posible la fuerza bruta con las apariencias de la ley; el asesinato con el manto de la virtud, y condenaron á María á ser decapitada.

Cuando se le participó la terrible sentencia, sin derramar una lágrima, sin cambiar de color:

«¡Mis delitos, dijo, son mi nacimiento, las ofensas que me han hecho y mi religion! ¡Estoy orgullosa de mi alcurnia; sé perdonar las injurias, y la religion es para mí un manantial de consuelos y esperanzas, hasta el punto de que moriria contenta si mi sangre se derramara en el patíbulo por su mayor gloria!»

El Parlamento, que por costumbre aprobaba todos los actos de su soberana, ratificó la sentencia y pidió su inmediata ejecucion. Sin embargo, empeñada Isabel en representar su odioso papel, aparentaba vacilar, esperando todavía que la mano de un asesino viniese á librarla de su responsabilidad haciéndola saborear las dulzuras de la envidia vengada.

Con tal propósito llegóse hasta indicar al íntegro Paulet que consintiera en que un servidor de Isabel propinara á la Estuardo un veneno, que,

acabando lentamente sus dias, diera al asesinato las apariencias de una muerte natural; pero el noble carcelero, que aceptara aquel cargo impulsado por su adhesion á su soberana y por ver en la hija de Jacobo V á la mas tenaz enemiga de Inglaterra y de la religion reformada, rechazó indignado la proposicion, diciendo:

—Que se ejecute la sentencia de muerte, segun el fallo del tribunal. Las puertas de este castillo no se abrirán sino á los oficiales de justicia y al verdugo. Á mi cargo está María Estuardo, y mientras la custodie es para mí tan sagrada su persona como la cabeza de la reina de Inglaterra.

Algunos miembros del Parlamento, que sentian sobre su conciencia los votos conque condenaran á María, creyendo que Isabel, no pudiendo resistir el ascendiente que ejercia la ilustre prisionera sobre cuantas personas la trataban, llegaria á compadecerse de ella si la veia, suplicaron á la desventurada que solicitase una entrevista de la reina, y que se humillase en su presencia.

—Por el bien de mi pais y de mi religion, y para evitar futuros conflictos entre dos pueblos hermanos, contestó María á los lores, me someto á esta nueva humillacion: haré cuanto de mí exigís, y me violentaré tanto, que quizá no salga con vida de la presencia de Isabel.

La entrevista llegó á verificarse; pero lo que pasó entre las dos reinas ha quedado envuelto en un misterio profundo. Á pesar de lo dicho, el gran poeta Schiller describe aquella escena en su *María Estuardo* tan conforme á lo que en ella debió pasar, que no obstante la severa exactitud histórica que debe presidir en obras del género de la que nos ocupa, la trascribimos sin vacilar, seguros de que llena esta página casi vacía de la vida de nuestra heroina.

Los lores Leicester y Talbot, que se interesaban por la prisionera, llevaron á la reina á una partida de caza dispuesta en el parque de Fotheringay, donde los esperaba María acompañada de Taulet, y donde Isabel, que no ignoraba el verdadero objeto de aquella cacería, entabla, primero con los lores y despues con su víctima, el siguiente diálogo:

ISABEL. *(Á Leicester).* ¿Qué castillo es este?

LEICESTER. El de Fotheringay.

ISABEL. *(Á Talbot).* Despedid el acompañamiento. Entraré sola en Lóndres para evitarme el recibimiento del pueblo. Voy á tomar algun descanso en este delicioso parque. *(Á Leicester).* Mi pueblo me ama con exceso: son ilimitados los testimonios que constantemente me da de su adhesion: se asemejan á la

idolatría, tanto, que no parecen respetos tributados á su soberana, sino adoraciones dirigidas á Dios.

MARÍA. (*Durante este tiempo ha estado sostenida por Ana. Levanta luego la cabeza, y observando la mirada fija de Isabel, se estremece, cayendo de nuevo en brazos de su dama*). ¡Qué fisonomía! ¡Esa reina no tiene corazon!

ISABEL. ¿Quién es esa mujer?

LEICESTER. Señora, estamos en Fotheringay.

ISABEL. (*Aparentando sorpresa y lanzando á Leicester una sombria mirada*). ¿Qué significa esto, lord Leicester?

LEICESTER. ¡Señora, ya que la Providencia ha dirigido aquí vuestros pasos, dad libre desahogo á vuestros sentimientos generosos!

TALBOT. ¡Sed compasiva, señora, con esta desgraciada que no puede resistir vuestra presencia! (*María hace un esfuerzo para acercarse á Isabel; da algunos pasos, y se detiene. Su fisonomía expresa una violenta agitacion*).

ISABEL. Me hablásteis, milores, de una víctima sumisa, y tengo en mi presencia á una mujer cuyo orgullo no ha domado todavía la desgracia.

MARÍA. Acepto este nuevo tormento: no quiero recordar quién soy y cuánto he padecido: voy á prosternarme ante la que me hundió en este abismo de oprobio. (*Á Isabel*). ¡En favor vuestro se ha decidido la suerte, hermana mia: la victoria ha coronado vuestras sienes! ¡Adoro á la divinidad que os ha colmado de grandeza!... (*Se arrodilla delante de Isabel*). Pero, ¡sed generosa, hermana mia: no me abandoneis á mi humillacion: alargadme vuestra real mano para levantarme del polvo de la tierra!

ISABEL. (*Retrocediendo un paso*). Estais en vuestro lugar, lady María. (*Con humillante lentitud*). La Providencia en su infinita bondad no ha permitido que yo me humillase á vuestros piés como vos á los mios.

MARÍA. (*Con creciente emocion*). ¡Pensad en las vicisitudes humanas: no tenteis á ese Dios que castiga la arrogancia: respetadlo, ya que me prosterna á vuestras plantas y delante de testigos! ¡Honraos á vos misma en mi persona: no me ofendais: no mancheis la sangre de los Tudor que circula por vuestras venas como por las mias! ¡No seais inaccesible cual las rocas escarpadas que lastiman al náufrago que pretende alcanzarlas! ¡Mi suerte, mi vida, todo mi sér depende en estos momentos de mis palabras y de las lágrimas que estoy derramando!... ¡Abrid mi corazon para que acierte á conmover el vuestro; que si me mirais con ojos helados, secareis mis lágrimas y cerrareis mis labios poniendo un dique al torrente de súplicas que desborda de mi pecho! (*Se levanta*).

ISABEL. (*Con fria severidad*). ¿Qué teneis que decirme, lady Estuardo? Habeis solicitado una entrevista, y olvidando que soy reina ofendida, cumplo un deber fraternal dándoos el desahogo de verme. Si he cedido á un sentimiento generoso de mi corazon, quizás seré por ello acusada de bajeza; porque bien sabeis que atentásteis á mi vida.

MARÍA. ¡Cómo empezaré! ¡Oh, Dios mio! ¡Inspírame, despoja mis palabras de la hiel que brota de mi corazon! ¡Que mi alma, superior al sufrimiento, conmueva sin ofender y encuentre palabras que me defiendan sin zaherirla! (*Á Isabel*). No puedo hablar en mi favor sin acusar á alguno, porque siendo

reina, vine suplicante y me encerraron en un castillo, dando al olvido las santas leyes de la humanidad y los derechos de los pueblos. Separóseme sin piedad de mis amigos y servidores; me abismaron en la miseria; me hicieron comparecer ante un tribunal incompetente. Pero no hablemos de eso: que el manto del olvido cubra todas las injusticias que he sufrido en Inglaterra. Las atribuyo al destino: no sois responsable de ellas, ni yo las he merecido. Un espíritu maligno surgió de las tinieblas para dividirnos desde la infancia. Hombres pérfidos é insensatos entusiastas pusieron la espada y el puñal en manos sanguinarias, sin consultar nuestra voluntad. ¡Oh, hermana: tal es el destino de los reyes! ¡Sus odios conmueven el mundo, y una sola de sus pasiones basta para desencadenar las furias del averno! Ahora nada hay entre nosotras que pueda tergiversar nuestras palabras y sentimientos. *(Aproxímase á Isabel y la habla en tono cariñoso).* Estamos una junta á otra: hablad, hermana mia; reprendedme mis faltas, y yo os daré de ellas completa satisfaccion. ¡Ah, si mas pronto hubiéseis cedido á mis instancias, no habrian llegado las cosas á este extremo, y no hubiéramos tenido una entrevista en este sitio fatal!

ISABEL. *(Con frialdad).* ¡Favorecióme mi buena estrella impidiendo que el áspid se abrigara en mi seno! ¡No acuseis al destino: atribuidlo todo á vuestra perversidad y á la desenfrenada ambicion de vuestra raza! Nada enemistaba nuestros corazones: vuestro ambicioso tio, ese prelado que lleva su arrogancia hasta amenazar á los reyes, os inspiró sentimientos hostiles hácia mí, hasta induciros á tomar las armas, á disputarme mis derechos y á provocarme á una guerra á muerte. Me ha combatido con todo género de armas: con la lengua de los sacerdotes, con la espada de los pueblos y con la exaltacion fanática de los que creian alcanzar el cielo sacrificándoos su vida. De todo se ha servido para encender el fuego de la discordia en mis pacíficos dominios; pero Dios, que está conmigo, ha desviado el golpe que dirigia contra mí, haciéndolo caer sobre vuestra cabeza.

MARÍA. Me he puesto en manos de Dios, y no creo que abuseis de mi desesperada situacion y de vuestro poder.

ISABEL. ¿Quién pudiera impedírmelo? El ejemplo de vuestro tio ha enseñado á los reyes de la tierra el modo de quedar en paz con sus enemigos. La famosa noche de San Bartolomé, en que tantos súbditos mios murieron á manos de los católicos, me servirá de norma para saldar mis cuentas. ¿Qué me importan los lazos de la sangre, ni los derechos de los pueblos? Vuestro tio quebranta todo género de leyes: consagra el perjurio y el regicidio... ¿Me reprendereis porque practique las doctrinas de vuestra familia? Decidme: ¿quién me responderia de vos si os pusiese en libertad? ¿Hay castillo que no abran las llaves de San Pedro? ¡No tengo seguridad sino en la fuerza! ¡No quiero vuestra amistad: no quiero alianza con vuestra familia!

MARÍA. ¡Horrible prevencion! ¡Siempre habeis visto en mí á una extranjera, á una enemiga! Si, segun los derechos de la sangre, me hubiéseis declarado vuestra heredera, hubiérais tenido en mí la amiga mas fiel, unida á vos por el doble lazo del amor y del parentesco.

ISABEL. ¡Lady Estuardo!... ¡Vuestros amigos son mis enemigos; vuestra familia los papistas; vuestros hermanos los frailes!... ¡Yo declararos mi here-

dera para que engañáseis á mi pueblo mientras yo viviese, prendiendo en vuestras redes, cual seductora Armida, á la juventud inglesa, que deslumbrada por el sol naciente se olvidaria de mí!...

MARÍA. ¡Reinad en paz: renuncio todos mis derechos á la corona: me siento ya sin fuerzas! ¡Conseguísteis vuestro objeto: ya no soy ni la sombra de María Estuardo! ¡Las penas del cautiverio domaron mi altivo corazon! ¡Me habeis reducido al último extremo aniquilándome en la flor de mi juventud! ¡Acabad de una vez, hermana mia! ¡Pronunciad la palabra que os trae á este sitio! ¡No puedo creer que hayais venido aquí para insultar á vuestra víctima! ¡Oh, no! ¡Proferid, pues, esa palabra! Decidme: «¡María, estás libre: si has sentido el peso de mi poder, reconoce ahora mi generosidad!» ¡Decídmelo, y recibiré la libertad y la vida como un beneficio de vuestra mano! ¡Esa palabra puede anular todo lo pasado!... ¡No me hagais desearla por mas tiempo! *(Mudando de tono y con firmeza).* ¡Desdichada de vos si os vais sin pronunciarla! ¡Si salís de aquí sin la aureola de la divinidad generosa y benéfica á quien deba la vida, por todos los reinos que dominais, por todos los que baña el Océano, no quisiera aparecer á vuestros ojos como vos apareceríais á los mios!

ISABEL. *(Con desden).* ¿Os dais, pues, por vencida? ¿No podeis tramar ya mas conspiraciones? ¿No hallais mas aventureros que acometan por vos nuevas empresas caballerescas? ¿Se ha acabado la raza de los asesinos? ¡Lady María, el mundo os conoce y tiene cuidados mas graves que el de elevaros al trono! ¡No hay hombre que aspire á las cuartas nupcias de la que asesinó á sus maridos y amantes!

MARÍA. *(Fuera de sí).* ¡Hermana! ¡Hermana!... *(Reportándose).* ¡Oh, Dios mio: dadme moderacion!

ISABEL. *(Fijando su vista largo rato en María con orgulloso desprecio).* Lord Leicester: ¿son esos los encantos á que no resiste ningun hombre y que espantan á las mujeres? ¡Mucho ha exagerado la fama! *(Con terrible sarcasmo).* Convengo en que para parecer hermosa á los ojos de todos, es necesario pertenecer á todos.

MARÍA. *(Reprimiendo su cólera).* ¡Esto es demasiado!

ISABEL. *(Con risa sardónica).* Milady: ¿no os mostrareis cual sois quitándoos la careta?

MARÍA. *(Ardiendo en cólera).* He cometido faltas: la fragilidad humana, los numerosos escollos de la grandeza, las pasiones de la juventud dominaron mi corazon; pero jamás oculté mis extravíos: mi dignidad desdeñó encubrirlos con falsas apariencias de virtud. Sabe el mundo mis deslices, y me da una fama peor que la que merezco. ¿Mas qué seria de vos si se rasgase el velo de vuestra hipocresía descubriendo el desenfreno de vuestros placeres secretos? ¡Sois digna hija de vuestra madre, y por cierto que de ella no heredásteis el honor!... *(Con sarcástica ironía).* ¡Hija de Ana Bolena, nadie ignora porqué especie de virtudes subió vuestra madre al cadalso!

TALBOT. *(Interponiéndose entre las dos reinas).* ¡Justo Dios, señora! ¿Esta es la moderacion ofrecida?

MARÍA. *(Muy irritada).* ¡Moderacion!... ¡He sufrido cuanto puede resistir el corazon humano! ¡Adios, santa resignacion! ¡Súbete al cielo, dolorosa pacien-

cia! ¡Sal de mi corazon, cólera hasta ahora reprimida! ¡Rompe tus ataduras, justísimo furor! ¡Tú, que das al basilisco irritado una mirada mortal, pon ahora en mis labios su venenoso aguijon!

TALBOT. *(Á Isabel).* ¡Vedla!... ¡Está fuera de sí!... ¡Perdonadla! *(Isabel, muda de rabia, lanza á María furibundas miradas).*

LEICESTER. *(Muy conmovido, intenta llevarse á Isabel.)* ¡No la escucheis, señora! ¡Alejémonos de aquí!

MARÍA. *(Elevando la voz).* ¡Manchado está el trono de Inglaterra por una vil bastarda!... ¡Eres la hipocresía engañando al pueblo inglés! ¡Yo, condenada á muerte, soy tu espectro, tu justicia! ¡Si el derecho hubiese triunfado de la ciega suerte, tú estarias ahora á mis plantas... te revolcarias en el polvo de mis piés... *(con mayor fuerza)* porque yo soy tu reina! *(Isabel se aleja rápidamente seguida de los lores).*

Tal es la escena que describe Schiller con mano maestra, y que determinó á Isabel á firmar el decreto de la ejecucion de María, sin aguardar á que un vil cortesano la librase de la responsabilidad que por ello le exige la historia. En la opinion de sus contemporáneos, el período sobradamente largo de diez y nueve años de encarcelamiento convirtió á Isabel en verdugo y á María en mártir.

Su infortunio conmovió al mundo entero, prestándola tan poderoso encanto, que llegó casi á hacer olvidar sus faltas. No fué considerada como una mujer apasionada y ligera, como una esposa infiel y parricida, sino como la despojada heredera del trono de Inglaterra, como una ferviente católica que rehusó sacrificar su fé al interés de la ambicion y al deseo de conservar la vida.

La humanidad, la compasion, las ideas religiosas, la poesía, poderes invencibles é inmortales, se interesaron por María y la recomendaron de una á otra edad, llegando hasta nosotros su recuerdo como el de una mártir que redimió sus culpas por la mas terrible de las expiaciones.

María, tratada como el mas abyecto de los criminales, conservó su entereza mostrándose digna de las simpatías que su desgracia excitara en Europa.

«¡Á despecho de vuestra soberana y de los jueces sus esclavos, dijo á Paulet, moriré reina! ¡Este carácter de soberana que me legaron mis abuelos, solo lo devolveré á Dios de quien lo recibí, el cual conoce mi honor y mi inocencia!»

Despues de esto hizo testamento, legando á sus servidores cuanto le quedaba en su prision, y escribió á Isabel pidiéndola que su cuerpo fuese

trasladado á Francia para que descansase en el sepulcro de su madre; que su suplicio fuese público, á fin de impedir que se propalasen calumnias acerca de su muerte, y que sus servidores pudiesen salir libremente de Inglaterra con los legados que les hacia.

Durante la noche que precedió á su muerte, siguiendo su costumbre de oir la lectura de alguna obra piadosa, quiso que la leyeran la vida de un gran culpable á quien Dios hubiese perdonado, y se fijó en la interesante historia del *Buen Ladron*, pareciéndole el mas sublime ejemplo de la confianza humana y de la clemencia divina:

«¡Fué este un gran pecador, dijo María, aunque no tan grande como yo! ¡Suplico á Nuestro Señor, en memoria de su Pasion, que se acuerde de mí y me perdone como perdonó al *Buen Ladron* en la hora de su muerte!»

El 27 de Febrero de 1587 subió al cadalso sin temblar, animada de sentimientos cristianos y con la dignidad de una reina.

La crueldad de los tiempos y de sus enemigos le negó la asistencia de un sacerdote católico, y solo á fuerza de instancias pudo alcanzar que la diesen un crucifijo, que besó repetidas veces.

«Señora, la dijo el conde de Kent, encargado de presenciar la ejecucion de la sentencia, es necesario tener á Cristo en el corazon y no en la mano.»

Á lo que respondió la condenada, sin mostrarse ofendida por aquel insulto:

«Para tenerlo mas seguro en el corazon, bueno es que esté ante los ojos.»

Luego, dirigiéndose al anciano Melvil, enviado del Continente para cumplir la última voluntad de la desventurada, añadió:

«Cuando lleveis á Francia la nueva de mi muerte, decid que muero firme en mi creencia católica, verdadera escocesa, verdadera francesa, y agradecida á las simpatías del mundo católico.»

La intolerancia religiosa, el espíritu de proselitismo y el celo fanático de Fletcher, dean protestante de Peterboroug, le llevó hasta el pié del cadalso, y junto al mismo verdugo, para en aquellos últimos y sublimes momentos de María Estuardo atormentarla con su palabra acre y destemplada, amenazándola con las eternas penas del infierno si no renunciaba á la *idolatría* y se confesaba culpable.

Cuando la cabeza de la reina de Escocia cayó separada del tronco al segundo golpe de hacha, exclamó el feroz Fletcher:

«¡Así perezcan todos los enemigos de nuestra soberana!»

Solo Kent respondió:

«¡Así sea!»

El suplicio de María Estuardo causó honda sensacion en Europa.

Mientras la malvada Isabel aparentaba la mayor sorpresa, quejándose amargamente de que se hubiesen ejecutado sus órdenes «sin darla tiempo para revocarlas,» Enrique III de Francia manifestóla su impotente resentimiento por aquel atentado; Jacobo, hijo de la víctima, puso el grito en el cielo, aunque calló bien pronto ante la esperanza que le dieron de heredar la corona inglesa si Isabel moria célibe; Felipe II de España envió á las costas británicas la *Invencible armada* que las tempestades destrozaron, y el Papa Sixto V expidió una bula declarando vacante el trono de Inglaterra, del que nadie pretendió apoderarse.

La muerte de María Estuardo quedó, pues, sin venganza y no pudiera ser de otra manera, porque no interesando á los pueblos las querellas de dos reinas rivales, reservaron su sangre para derramarla en defensa de una causa mas elevada y justa.

Por lo demas, la historia y desgraciado fin de nuestra heroina constituyen uno de los episodios mas singulares del gran cuadro del siglo XVI, tan fecundo en sangrientos sucesos, episodio que pasaria por una ficcion poética si no demostrase la experiencia que dentro de la verdad histórica existen hechos casi tan fabulosos como los de la fábula.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MARÍA ESTUARDO.



MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

MIGUEL DE CERVANTES.

[illegible]

[illegible]
que murió en las angustias de la miseria, salen despues de su muerte varias ciudades á disputarse la gloria de haber sido su cuna. Mejor harian Toledo, Sevilla y Madrid, que son de las siete que tales pretensiones tuvieron respecto de Cervantes, en dedicarse á indagar si entre sus hijos hay alguno de ingenio esclarecido que esté batallando con la indigencia, aniquiladora de las almas mas fuertes; que si tal hicieran las córtes y los centros populosos [illegible] ciados tesoros de las ciencias, los mas trascendentales descubrimientos, arrancados fueron por el hombre de génio á la impenetrable naturaleza, y la negligencia en ampararlos y en sacarlos del polvo del olvido, nos parece tan insensata como negar á la tierra que nos sustenta el abono y el cultivo que reclama. Mas así fué tratado Cervantes, y como él cien otros en nuestra desventurada España, sucediendo lo mismo en nuestros dias, aun en los [illegible] cion; porque si bien los sabios proclaman que el destino del hombre es dominar el mundo, lo cual se conseguirá por el esfuerzo de todos, no son

MIGUEL de CERVANTES.

(1547 Á 1616 DESPUES DE J. C.)

Honda tristeza asalta el alma del que consagra su tiempo á indagar vidas de hombres ilustres, cuando, viéndolos tan maltratados por la fortuna y tan olvidados de sus contemporáneos como nuestro Miguel de Cervantes, que murió en las angustias de la miseria, salen despues de su muerte varias ciudades á disputarse la gloria de haber sido su cuna. Mejor harian Toledo, Sevilla y Madrid, que son de las siete que tales pretensiones tuvieron respecto de Cervantes, en dedicarse á indagar si entre sus hijos hay alguno de ingenio esclarecido que esté batallando con la indigencia, aniquiladora de las almas mas fuertes; que si tal hicieran las córtes y los centros populosos de las naciones, grandes prosperidades se granjearan, porque los mas preciados tesoros de las ciencias, los mas trascendentales descubrimientos, arrancados fueron por el hombre de génio á la impenetrable naturaleza, y la negligencia en ampararlos y en sacarlos del polvo del olvido, nos parece tan insensata como negar á la tierra que nos sustenta el abono y el cultivo que reclama. Mas así fué tratado Cervantes, y como él cien otros en nuestra desventurada España, sucediendo lo mismo en nuestros dias, aun en los paises que se precian de guiar á la humanidad por la senda de la civilizacion; porque si bien los sabios proclaman que el destino del hombre es dominar el mundo, lo cual se conseguirá por el esfuerzo de todos, no son

ellos los que gobiernan, y así andan los pueblos en contínuos tropiezos y perpétuas caidas.

El inmortal autor de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,* nació en Alcalá de Henares, en cuya iglesia parroquial de Santa María la Mayor fué bautizado el dia 9 de Octubre de 1547, descendiendo de tan noble estirpe, que, segun el marqués de Mondéjar, no tuvo que envidiar el orígen á ninguno de los mas esclarecidos de Europa. Dicen que su tronco arranca de Galicia; que ramas de él fueron algunos nobles que acompañaron á San Fernando á la conquista de Baeza y de Sevilla; que varios descendientes de estos figuraron despues entre los descubridores de América, y otros obtuvieron empleos en España, siendo uno de ellos Juan de Cervantes, principal y honrado caballero, corregidor de Osuna y abuelo de nuestro personaje.

Aun cuando no creemos que su genealogía esté bien deslindada, si descendiéramos nosotros de tan preclaro ingenio, diríamos como Fernando Colon, el nieto del cardador de lana genovés:

«Es mas glorioso que date del descubridor de América la nobleza de mi familia; porque creo que menos honra recibiria yo de una nobleza de abolengo que de ser hijo de tal padre.»

En efecto, Colon fué *único* en su género de nobleza, y Cervantes, por el voto de nacionales y extranjeros, es el mas peregrino de los ingenios, constituyendo esto la mejor nobleza del mundo, é importando poco que circulara ó no por sus venas la misma sangre de Cárlos V y de don Juan de Austria.

Rodrigo de Cervantes, hijo del mencionado corregidor de Osuna, casó hácia 1540 con doña Leonor de Cortinas, señora de distinguido nacimiento, natural segun parece de la villa de Barajas. Fruto de este matrimonio fueron doña Andrea y doña Luisa, Rodrigo y Miguel de Cervantes, que fué el hijo menor de esta mas honrada que opulenta familia.

Florecian entonces en Alcalá las ciencias y el buen gusto de las letras humanas, que cautivarian sin duda el corazon de Cervantes, inclinado de suyo á los vuelos de la poesía y á las obras de invencion. Sin embargo, se ignora cuáles fueron sus primeros estudios y maestros, así como sus aficiones y travesuras infantiles, sabiéndose solo por él mismo que solia asistir á las representaciones del discreto poeta y famoso representante Lope de Rueda, cuyos versos retenia aun en la memoria siendo de edad madura.

Llegado nuestro héroe á la edad juvenil, sábese con certeza que estudió humanidades con el erudito maestro Juan Lopez de Hoyos, quien en la relacion de la enfermedad, muerte y funerales de la reina doña Isabel de Valois, supuesta víctima de su esposo Felipe II, que se celebraron en Madrid el 24 de Octubre de 1568, llama á Cervantes su *caro y amado discípulo,* citándole con elogio á propósito de las composiciones poéticas que hizo en obsequio de la difunta, consistentes en un epitafio en forma de soneto, cuatro redondillas, una copla castellana, y una elegía en tercetos, que á nombre de todo el estudio dedicó al cardenal don Diego de Espinosa, presidente del Consejo é inquisidor general.

Igualmente es cosa averiguada que cursó durante dos años en la universidad de Salamanca, habitando en la calle de Moros, de donde procedió sin duda el conocimiento que demuestra tener de las costumbres de aquella ciudad en algunas de sus obras, tales como *El licenciado Vidriera* y *La Tia fingida.*

Mas poco aprovecharon entonces á Cervantes sus estudios y méritos literarios, sino fué para adquirir la proteccion que le dispensó el legado del Papa Julio Aquaviva, quien al regresar á Roma en 1569, se llevó á nuestro ingenio en clase de *camarero.*

Á lo que parece, los jóvenes hidalgos de aquella época no desdeñaban servir familiarmente á los Pontífices y cardenales, para alcanzar por su influjo pingües y elevadas dignidades, así como en otro tiempo desempeñaban las funciones de pajes y escuderos de la noble caballería.

No negamos nosotros que pareciera honroso agregarse á la familia y comitiva de los príncipes de la Iglesia, y queremos creer que, siendo el legado, como afirma el embajador don Juan de Zúñiga, *mozo muy virtuoso y de muchas letras,* y segun Mateo Aleman, «amigo de tratar con cortesanos de ingenio,» compadecido de la escasa suerte del aprovechado mancebo, pretendiese ampararle tomándole á su servicio. Empero debió parecer á Cervantes tal dependencia indigna de su aliento é índole generosa, puesto que abandonó á su protector para alistarse en uno de los tercios españoles del ejército de Italia, donde lo encontramos sirviendo en 1570.

Que este viaje á Italia en compañía del legado lo hizo Cervantes por tierra, lo demuestran las descripciones que se hallan en sus obras de las ciudades que atravesó, tales como Valencia, cuya hermosura admira, así como la beldad y limpieza de sus mujeres y lo gracioso de su lengua, «con la que solo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable.» De

Barcelona describe y censura las parcialidades que dividian á sus habitantes, calificando á esta ciudad de «escuela de la caballería, flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, ejemplo de lealtad, amparo de los extranjeros y correspondencia grata de las amistades.»

La tradicion señala un testimouio de su paso por Barcelona en una casa situada en la calle llamada de *Bajo Muralla*, comprendida entre la de *Marquet* y la plaza de San Sebastian ó de los *Encantes*. Lleva esta casa en la actualidad (1877) el número 33, y sobre una ventana del piso tercero se ostenta un bajo relieve de piedra comun, representando una cabeza de hombre con bigote y barba, de tamaño natural, que, segun se asegura, hizo colocar en aquel sitio el dueño de la casa, cuando la fama de nuestro Cervantes llenaba ya el mundo, en memoria de haberse allí albergado tan ilustre personaje.

Tal vez desde el alféizar de aquella ventana contempló Cervantes el anchuroso mar, observando, como él mismo dice, cuán inseguro era el puerto de Barcelona para los bajeles de que proveia entonces el atarazana de la ilustre capital de Cataluña. Á pesar de que la rica imaginacion de aquel sin par ingenio adornaba todos los paisajes derramando raudales de poesía en sus descripciones, no dejaba por eso de observar fielmente los contrastes y variedad de la naturaleza. Sirva de testimonio de su génio investigador el siguiente retrato que de los catalanes hace, y que parece copiado ayer del natural, á pesar del trascurso de tres siglos.

«Es gente enojadiza y terrible, dice; pacífica y suave: gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan á sí mismos, que es como adelantarse á todas las naciones del mundo.»

Al alistarse nuestro héroe como soldado en los tercios de Italia, hablábase de una nueva guerra con los turcos, que á pesar de verse rechazados siempre por las naciones occidentales de Europa, no dejaban pasar año sin amenazarlas con nuevas invasiones. Semejantes rumores convirtiéronse en realidad. En 1570, Selim II, que codiciaba la rica isla de Chipre, rompió el tratado de paz que tenia firmado con Venecia, y con cien galeras, doscientas veinte y cuatro naves menores, mas de cincuenta mil soldados y una formidable artillería, atacó la mencionada isla, cuya capital, Nicosia, despues de haber costado torrentes de sangre musulmana, fué tomada al asalto, vengándose los turcos de su heróica defensa con el degüello de veinte mil cristianos entre soldados y habitantes que encontraron en ella.

Esta pérdida y bárbara crueldad exaltaron los ánimos en Europa, y á la voz de Pio V se organizaron ejércitos y escuadras, que atacaron á los turcos por tierra desde Hungría y Transilvania, y por mar en Grecia.

Incorporado Miguel de Cervantes á la compañía del famoso capitan Diego de Urbina, cuya tropa pertenecia al tercio de don Miguel de Moncada, embarcóse en la escuadra que en el verano de 1570 fué en auxilio de Chipre, y que los temporales dispersaron sin poder conseguir su objeto.

Volviéronse á reunir en Julio de 1571 las fuerzas navales del Papa, de Venecia y de España, bajo el mando del generalísimo don Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, quien llevó consigo de Barcelona cuarenta y siete galeras, sin contar las que Juan Andrea Doria habia reunido por cuenta de Felipe II, y saliendo del puerto de Mesina, pusieron á Corfú á cubierto de un golpe de mano, lanzándose en seguida en persecucion de la flota turca, á la que al fin lograron alcanzar á la entrada del golfo de Lepanto.

En tres escuadras de combate estaba dividida la armada cristiana, llevando además una de descubierta y otra de reserva. En la galera *Marquesa,* mandada por Francisco Sancto-Pietro y colocada en el ala izquierda de la línea de batalla, iba Cervantes enfermo de calenturas, por lo que su capitan quiso impedirle que tomara parte en el combate; pero como él, lejos de conformarse, pidiera con empeño que se le destinara al sitio de mayor peligro, prendado el capitan de un mozo de tal brio, le dió doce soldados, situándole con ellos junto al esquife.

Era el 7 de octubre de 1571 y la hora del medio dia cuando empezó el combate entre las doscientas embarcaciones mayores cristianas y otras tantas turcas por el ala izquierda, donde estaba la galera *Marquesa*, que fué la primera en atacar, pudiendo decirse que empezó allí la derrota de la escuadra otomana, puesto que la tripulacion de la *Marquesa,* despues de un horrendo fuego de mosquetería y de cañon, abordó bravamente á la capitana de Alejandría, mató quinientos turcos que la defendian y tomó el estandarte real de Egipto.

Tan denodadamente peleó nuestro Cervantes en aquel rudo choque, que sin abandonar el sitio de honor confiado á su bravura, recibió dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó estropeada para siempre.

La victoria fué de los cristianos, siendo tan completa, que al anochecer de aquel memorable dia habian perdido los enemigos doscientas galeras

apresadas ó echadas á pique, con muerte de su almirante Alí-Bajá y treinta y cinco mil hombres muertos tambien ó prisioneros, sin contar el rescate de quince mil cautivos cristianos que bogaban en la armada turquesca.

Al participar al sombrío Felipe II la magnífica victoria que acababa de alcanzar su hermano natural, dicen que exclamó:

«¡Ha vencido; pero arriesgó demasiado!»

Y la envidia del tenebroso monarca á quien la opinion pública designó como el asesino de su propio hijo, y mas tarde del mismo don Juan, impidió que este llevase á cabo la conquista del estrecho de los Dardanelos, cerrando para siempre al turco el paso del Mediterráneo.

Como todos los que se hallaban en su caso, pasó Cervantes al hospital de Mesina á curarse sus gloriosas heridas, de las que mas tarde se enorgullecia «como recibidas en la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y como estrellas que guian á los demas al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza,» prefiriendo segun aseguró, haberse hallado en tan insigne jornada á costa de ser manco de la mano izquierda, á estar sano sin haberse encontrado en ella.

Seis meses próximamente permaneció nuestro héroe en el hospital, al cabo de los cuales salió restablecido de sus dolencias, y con la ventaja de tres escudos al mes sobre su paga de soldado, única recompensa que mereció su brillante conducta en la batalla, ingresó en el tercio de don Lope de Figueroa, tomando parte en la expedicion de Túnez y en cuantos hechos de armas tuvieron lugar en la costa de África, pasando despues á Italia, donde continuó sirviendo hasta mediados de 1575 en que le concedió don Juan la licencia que solicitó para regresar á su patria despues de tan dilatada ausencia y de tan señalados merecimientos.

Provisto de recomendaciones del príncipe y del duque de Sesa, virey de Sicilia, volvia á España Cervantes esperanzado de obtener alguna recompensa, cuando una escuadra de galeotas argelinas, mandada por Arnaute-Mamí, atacó á la galera *Sol,* en que venia el soldado en compañía de su hermano Rodrigo, que sirviera tambien en las mismas campañas, y de otros caballeros y jefes militares, quedando la galera en poder de los moros, á pesar de la vigorosa resistencia de sus tripulantes, y en especial de los dos hermanos, que como cuantos escaparon con vida de aquel choque, fueron llevados cautivos á Argel á fines de setiembre del mencionado año de 1575.

En el reparto que hicieron los vencedores de sus prisioneros, tocó por

amo al infeliz lisiado el arraez Dali-Mamí, renegado griego, á quien principalmente se debia la presa de la galera, y como este encontrara á su cautivo las cartas en que don Juan de Austria le recomendaba calurosamente á Felipe II, creyéndole uno de los principales caballeros de España, exigióle un crecido rescate, acudiendo al ardid de cargarle de cadenas y molestarle atrozmente, para que cansado de tanto padecer, solicitase de sus parientes ó interesados que pusieran término á sus males aprontando la suma que pedia.

Indudablemente era ingenioso el plan; pero Cervantes, conociendo que nunca podria satisfacer la codicia de su amo, intentó fugarse con varios compañeros, dirigiéndose á Oran; teniendo la desgracia de que los abandonase el moro que les servia de guia, y viéndose obligados por el hambre á regresar á Argel, donde experimentaron los malos tratamientos de sus señores, y en particular el desgraciado manco, al que Dalí-Mamí mandó encerrar estrechamente, añadiendo nuevas cadenas á las que le oprimian.

Entretanto, noticiosos los padres de Cervantes del cautiverio de sus hijos, practicaron cuantas diligencias les sugirió su cariño para reunir el precio de su libertad, teniendo, por último, que empeñar ó vender su escasa hacienda, cuyo importe íntegro enviaron á Miguel; mas siendo insuficientes tales recursos para rescatar á los dos hermanos, convínose entre ellos que se librase Rodrigo, y que proveyese por otros medios á la liberacion de Miguel y de otros principales señores españoles, que tampoco podian rescatarse á causa de carecer de bastantes riquezas para saciar la avaricia de sus amos.

Durante el mes de Agosto de 1577, partió libre Rodrigo, llevando cartas de los compañeros de Cervantes para sus deudos y amigos, quienes reuniendo una considerable suma, la entregaron á un bravo marinero mallorquin recien rescatado, de apellido Viana, para que, equipando prontamente una velera fragata, fuese con ella á un punto determinado de la costa argelina, donde le esperarian los que querian romper las cadenas del cautiverio por medio de la fuga.

Mucho tiempo hacia ya que nuestro héroe meditaba este plan de evasion, teniendo tomadas diferentes medidas para asegurar su buen éxito.

Distante unas tres millas de Argel, á la orilla del mar, poseia el renegado griego Azan un extenso jardin, que cultivaba un esclavo navarro llamado Juan. Éste, estimulado por Cervantes con la promesa de devolverle á España si secundaba sus intentos, habia escavado sigilosamente en el jardin de su amo una gran cueva, donde se iban ocultando cuantos amigos del

animoso manco lograban escapar de sus señores, proveyéndoles él y otro cautivo apellidado el *Dorador* de cuanto necesitaban para alimentarse.

Cuando tuvo reunidos á los que se proponia libertar, huyó Cervantes de casa de su amo, yendo á refugiarse en la cueva, donde esperó en medio de las mayores angustias y penalidades la llegada del buque salvador, que efectivamente, arribó á aquellas playas á fines de Setiembre.

Á punto estaban ya los fugitivos de ver realizadas sus esperanzas, cuando la fatalidad dispuso que al desembarcar Viana para recogerlos, fuese conocido por unos moros que acertaron á pasar por allí, los cuales dieron voces, obligando á Viana á reembarcarse y hacerse mar adentro. Intentó al otro dia dejar terminada su empresa, con tan mala fortuna, que él, marineros y bajel cayeron en manos de los soldados del dey Azan-Agá, que estaba ya advertido de cuanto ocurria.

Era que el renegado *Dorador* habia vendido el secreto de los pobres cautivos. Sorprendidos estos en la cueva por los guardias del dey, deseando el generoso Cervantes ahorrar á sus compañeros el castigo que les esperaba, ó disminuirlo al menos, se ofreció á Azan como el único responsable de aquella tentativa de fuga, y el moro, á pesar de ser hombre de muy malas entrañas, admirando la noble abnegacion de nuestro héroe, perdonó á los fugitivos, contentándose con encerrarlos en su baño cargados de cadenas. En cuanto al desdichado jardinero, no tuvo tanta suerte, puesto que con anuencia del dey, murió ahorcado por mano de su amo.

Quedó entonces Cervantes esclavo de Azan, en virtud del derecho que se arrogara de apropiarse cuantos esclavos fugitivos fuesen aprehendidos por sus agentes, no comprendiéndose cómo siendo su nuevo amo tan cruel y sanguinario se limitara á castigarle solo con el encierro, cuando, segun cuenta el mismo Cervantes, trataba bárbaramente á sus esclavos, cuyo número pasaba de dos mil.

«Aunque, dice nuestro inmortal autor á propósito de Azan, la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al suyo, empalaba á éste, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los moros conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano.»

Sin arredrarle la horrible suerte á que le exponia una reincidencia, no desistió Cervantes de sus proyectos, sino que aprovechando la salida para

Oran de un moro amigo suyo, entrególe unas cartas dirigidas á don Martin de Córdoba, gobernador de aquella plaza, y á otras personas principales, pidiéndoles un guia ó persona de confianza con quien pudiera huir, así como otros tres caballeros encerrados con él en el baño del dey.

Partió el moro á desempeñar su encargo; pero cerca de Oran fué detenido, yendo á parar las cartas á manos de Azan, quien mandó empalar al mensajero y dar dos mil palos á Cervantes, sentencia que no se llevó á cabo por las súplicas é influencias que se interpusieron, mientras que al mismo tiempo el dey hacia matar á palos en su presencia á tres desventurados cautivos cogidos en el acto de huir á Oran.

En verdad, es difícil concebir que pudiera mostrarse indulgente con Cervantes un hombre tan feroz como Azan, y sin embargo, tuvo aun gravísimos motivos para ejercer en él su crueldad, porque aparte de las tentativas de que dejamos hecho mérito, se empeñó en otros muchos planes de evasion, que omitimos referir en gracias de la brevedad y por haberlos ya reseñado los infinitos biógrafos del ilustre cautivo. Á pesar de todo, hubo ocasion en que exasperó tanto al dey con sus atrevidas maquinaciones, que le tuvo con una soga al cuello, dispuesto á colgarle si no le descubria sus cómplices; mas la serenidad de que hizo alarde y las discretas contestaciones del valeroso manco, aplacaron al bárbaro, que por todo castigo se contentó con encerrar en una mazmorra al peligroso esclavo, de quien solia decir:

«Mientras tenga bien guardado al estropeado español, tendré segura mi capital, mis cautivos y mis bajeles.»

La sagacidad y talento conque manejó Cervantes estas conspiraciones, y el salir de ellas sin perjudicar á sus cómplices, le valió, segun el alferez Luis de Pedrosa, uno de sus compañeros de cautiverio, «gran fama, loa y honra y corona entre los cristianos,» tanto, que alentado por la confianza que inspiraba, concibió la idea de sublevar á los veinte y cinco mil cautivos que existian en Argel, para hacerse dueño de aquella ciudad y entregarla á su soberano Felipe II; y hubiera conseguido su propósito, á juzgar por las atinadas disposiciones que tomara, sin la perfidia de algunos conjurados, que descubriendo al dey la conspiracion, hicieron abortar los planes de nuestro héroe.

Cuán satisfecho estuviese Cervantes de su comportamiento en Argel y de su buena fortuna, y cuánta fuese la crueldad de Azan, lo consigna en la historia del cautivo que hallamos en su *Ingenioso hidalgo,* con estas palabras:

«Solo libró bien con él un soldado español llamado *tal de Saavedra*, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez.»

Grande fué en realidad Cervantes en el cautiverio, conspirando primero para libertarse á sí propio y á sus amigos, y últimamente para alzarse con la ciudad de Argel. Esta grandeza le suscitó enemigos, aun entre los mismos cautivos, pues basta á un hombre tener mérito para granjearse adversarios; que es propio de la condicion humana obedecer antes al impulso de la rastrera envidia que á la voz del agradecimiento.

Entre sus compañeros de esclavitud contábase al doctor Juan Blanco de Paz, fraile dominico, que no pudiendo perdonar á Cervantes su popularidad ni los talentos literarios de que daba muestra en diversas composiciones poéticas que ofreció á sus amigos para solazarles un poco en medio de su triste situacion, despues de descubrir al dey uno de sus mejores planes de evasion, infamia que valió al arrojado cautivo cinco meses de riguroso encierro, fingiéndose comisario del Santo-Oficio, formó secretamente una sumaria sobre la conducta moral y religiosa de nuestro cautivo, contra quien formuló tan graves cargos, apoyado en el testimonio de algunos desdichados que se prestaron á secundarle en sus viles designios, que, segun sus palabras, habia motivo suficiente, no solo para impedirle hacer carrera en España, sino para que la Inquisicion le llevase á la hoguera como hereje.

Tuvo conocimiento Cervantes de la trama que urdia el malvado fraile en ocasion en que llegaron á Argel los padres Trinitarios trayendo trescientos ducados que su buena madre y hermana remitian para su rescate, y temiendo ser mal acogido en su patria si la baba venenosa de aquel reptil llegaba á contaminar su honra, y aun comprometer su sosiego si la Inquisicion le daba crédito, decidió levantar una informacion judicial que acrisolase su conducta tanto en materia de religion como en la pureza de sus costumbres, logrando sin esfuerzo que depusieran ámplia y honoríficamente en su favor las personas mas caracterizadas por su virtud que como él sufrian el cautiverio. Este testimonio, que á principios del presente siglo fué hallado por Cean Bermudez en el archivo de Indias en Sevilla, nos ha suministrado el conocimiento de los hechos históricos y nobles prendas del ilustre varon, delicia hoy y honra de nuestra patria.

Bien sentia Cervantes el valor de los méritos adquiridos en su cautiverio de cinco años, dando tanta importancia á los trabajos, persecuciones y peligros que en Argel padeciera, que no puede menos de aludir á ellos en casi todas las obras que escribió, y que hasta nuestro siglo no han empezado á ser bien comprendidas ni comentadas.

Si fué pródigo en exponer su vida por salvar á sus compañeros de infortunio, no lo fué menos en socorrer en cuanto pudo su miseria, siendo notable testimonio de ello la declaracion de don Diego de Benavides, que, recien llegado á Argel desde Constantinopla, se dirigió á Cervantes, sin conocerle mas que por la fama que gozaba de ser «muy cabal, noble y virtuoso y de muy buena condicion y amigo de otros caballeros, y halló en él *padre* y *madre*, pues siendo nuevo en aquella tierra, sin tener de quién valerse, Cervantes (que estaba ya rescatado), no solo le ofreció con generosidad su posada, ropa y dineros, sino que le llevó consigo á su casa, donde le alojó y dió de comer, haciéndole *mucha merced,* hasta que pudieran volver juntos á España.»

Por fin, á últimos del año 1580, logró, segun dice el mismo Cervantes, «uno de los mayores contentos que en esta vida se pueden tener, cual es el de llegar, despues de luengo cautiverio, salvo y sano á su patria; porque no hay en la tierra contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida.»

Quinientos escudos de oro, equivalentes á *seis mil setecientos setenta reales* de nuestra moneda costó el rescate del ilustre escritor á quien apellidamos hoy el *Fénix de los ingenios*, estando ya averiguado cómo pudo reunirse dicha suma, que el R. P. Fr. Juan Gil, procurador general de los Trinitarios y redentor de cautivos, entregó á mediados de Setiembre del mencionado año á Azan-Agá, cuando este partia ya para Constantinopla llevándose á su esclavo. [1]

Al llegar á España despues de doce años de ausencia, halló Cervantes

[1] La madre y hermana de Cervantes entregaron 300 ducados, que á 11 reales uno, son. . . . . 3300 reales.
Francisco Caramanchel, doméstico de don Iñigo de Cárdenas Zapata, del Consejo de S. M., dió 50 doblas, que á razon de 5 reales una, son. . . . . . 250 »
Se sacaron de la limosna general de la órden otras 50 doblas. . . . 250 »
Y por fin, se tomaron prestados á varios mercaderes 220 escudos, que á razon de 135 aspros cada uno, y siendo 10 aspros el equivalente de un real de España, suman. . . . . 2970 »

TOTAL. . . . . . . 6770 reales.

en el hogar doméstico el luto y la desolacion: su padre y hermana Luisa habian muerto; su hermano y amigo, que seguia la profesion de las armas, estaba combatiendo en Portugal, y su triste madre y hermana Andrea, cuyos últimos sacrificios acababan de romper las cadenas de su cautiverio, vivian en un estado próximo á la miseria. Exhausto de recursos, no tuvo mas remedio Cervantes que ausentarse de nuevo, buscando en la milicia los medios de subvenir á las necesidades de su pobre familia. Partió, pues, para Portugal, donde al incorporarse á su antiguo tercio, que seguia acaudillando don Lope de Figueroa, reunióse con su hermano, y juntos se embarcaron para las Azores, donde se libraron aquellos memorables combates navales dirigidos por el célebre don Álvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz, uno de los primeros marinos de aquel siglo, y donde la gloria de nuestros dos hermanos quedó confundida con la de tantos valientes que rechazaron á las tropas inglesas y francesas que apoyaban las pretensiones del prior de Ocrato al trono lusitano.

En 1583, despues de reducidas las Azores al dominio de España, volvió Cervantes á Portugal, donde se cree que entrara en relaciones amorosas con alguna dama de aquel pais, puesto que de esta época data el nacimiento de una su hija natural, que se llamó doña Isabel de Saavedra. Siguió esta hija todas las peripecias de la azarosa vida del autor de sus dias, con quien siempre vivió, aun despues de casado con otra que no era su madre.

Concluidas las campañas de Portugal, pasó Cervantes á Mostagan en África, en desempeño de una comision del servicio, yendo despues á Oran á unirse con una parte de su tercio que guarnecia esta plaza, y reducido ya á la vida de cuartel, puesto que se ignora ó no registra la historia ningun hecho de armas llevado á cabo por aquel tiempo en África, empleó los ocios de la paz en satisfacer su inclinacion á la poesía y al cultivo de la lengua patria, dando á conocer algunas de sus aventuras en la *Galatea,* que publicó á fines de 1583. Dícese que el *pastor de las riberas del Tajo* encubre á Cervantes bajo el nombre de Elicio; que la *pastora de las orillas de aquel rio,* llamado *Galatea,* es una dama de Esquivias con quien poco despues contrajo matrimonio, y que bajo los nombres de Tirsi, Damon, Meliso, Siralvo, Lauso, Larsileo y Antidoro introdujo en aquella fábula á sus amigos los poetas Francisco de Figueroa, Diego Lainez, don Diego Hurtado de Mendoza, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, don Alonso de Ercilla y Micer Andrés Rey de Artieda.

Tuvo en España y en las naciones extranjeras aceptacion la obra, que

si bien es agena al gusto de nuestro tiempo, en ella hace alarde Cervantes de su caudal de invencion y de las prendas que siempre resplandecen en sus obras, á saber: belleza y naturalidad en las descripciones, el amor tratado con agudeza y decoro, la variedad y contraste de los afectos, la cultura y pureza del lenguaje, y abundantes descripciones de los usos y costumbres de los paises que recorriera. De ella, en su edad madura, emite el siguiente juicio, á propósito del escrutinio y auto de fé de los libros de *don Quijote* llevado á cabo por el discreto cura compatriota del andante caballero manchego:

« Su libro tiene algo de buena invencion: propone mucho y no concluye nada. Es menester esperar la segunda parte que promete. Quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega.» [1]

Llególe por fin al supuesto pastor Elicio el suspirado instante de poder llamar suya á la enamorada Galatea, bajo cuyo nombre encubria Cervantes á doña Catalina Palacios de Salazar y Vozmediano, natural de Esquivias, con quien se desposó en 12 de Diciembre de 1584.

Ninguna circunstancia notable de su matrimonio ha llegado hasta nosotros, y los activos eruditos que con exquisita diligencia revolvieron todos los archivos de Castilla, solo han podido hallar la escritura ó carta dotal en que se consigna el valor de los bienes de doña Catalina, que ascendian á ciento ochenta y dos mil doscientos noventa y siete maravedís, comprendidos los treinta y siete mil en que la dotó su marido, cuya suma corresponde á cinco mil trescientos cuarenta y seis reales de nuestra moneda. La escritura es de fecha 9 de Agosto de 1586, y está otorgada ante Alonso de Aguilera, notario de Esquivias.

Es evidente que con estos bienes, por mas que el valor de la moneda fuese muy superior al de hoy, no bastaba ni llegaba de mucho á cubrir las necesidades de los esposos; y este motivo, agregado al deseo de tratar con sus amigos y al afan de darse á conocer por sus versos y composiciones dramáticas, obligó á nuestro ingenio á fijar su residencia en Madrid, buscando en el producto que pudieran rendirle sus obras teatrales nuevos medios de subsistencia.

En el prólogo de sus comedias impresas, despues de reseñar la situacion del teatro en su época, concluye en estos términos:

« Aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza; que se vieron en

[1] *Don Quijote*, parte primera, cap. VI.

los teatros de Madrid representar los *Tratos de Argel* que yo compuse, la *Destruccion de Numancia* y la *Batalla naval*, donde me atreví á reducir las comedias á tres jornadas de cinco que tenian, ó por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro con general aplauso de los oyentes. Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza, y corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraunda: tuve otras cosas en qué ocuparme; dejé la pluma y las comedias, y entró luego el mónstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos.»

Cervantes, pues, como lo demuestra él mismo y nadie lo niega, es uno de los fundadores del teatro español, y no por cierto de menor valía.

Cuando en Italia, como observa Cantú, los principales poetas, protegidos por los señores, hacian gala de sus conocimientos en el arte desplegando gran pompa en los teatros sin que pudieran crear un drama que viviese, los vates españoles, independientes, poco aficionados á las imitaciones clásicas y á observar las prescripciones de escuela, ofrecieron en abundancia creaciones originales que se consideran como el punto culminante de la dramática romántica.

Recurso incierto, ha dicho alguno, es el teatro, y precario para los autores, y nada ventajoso á los progresos del arte; recurso en que el talento, en vez de dar la ley, la recibe del capricho y de la ignorancia agena. Así es en realidad; pero se entiende tratándose de aquellos autores que, para excusar los ultrajes que reciben en sus obras el buen gusto, la pureza de las costumbres y aun la moral y la ciencia, adoptan por divisa estos versos que á manera de sentencia estampa Lope en su *Arte nuevo de hacer comedias:*

Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en nécio para darle gusto.

No porque haya mujeres hermosas que lucran con su honra debemos argüir que la belleza femenil esta reñida con la virtud: las gracias, los encantos, las letras, y por lo tanto el teatro y todos los medios atractivos naturales ó que ha inventado el arte, pueden ser dirigidos á un mal fin, y

á pesar de que en todas épocas se ha abusado de ellos, sin embargo, por ellos hemos llegado á instruir y moralizar deleitando á esa parte, la mas numerosa de la sociedad, á quien se llama *vulgo,* cuyo aplauso mendigan de ordinario los mismos que la dan tan denigrante título.

Las *Novelas* de Cervantes y el *Ingenioso hidalgo* son un patente ejemplo del predominio que ejerce el génio sobre las muchedumbres, cuando á un perfecto conocimiento de las costumbres, carácter é ilustracion de su época reune la habilidad de saber halagar sus mas nobles aspiraciones y presentar fielmente retratados los vicios ó defectos que en ella pretende corregir. Esta es, sin duda alguna, la alta mision del génio. Empero, sí éste se degrada sirviendo de incentivo á viles pasiones y emplea su influjo en perjuicio de la justicia y de la moral, es cien veces peor para los pueblos que la guerra ó la peste, terribles plagas conque la Providencia castiga á veces sus crímenes y extravíos.

De los mezquinos rendimientos de sus producciones dramáticas vivió algun tiempo el infeliz soldado de Lepanto; pero como esto no bastase para alimentar á su numerosa familia, abandonó la pluma y las comedias, trasladándose á Sevilla, ciudad entonces la mas poblada y opulenta de España, y que era, segun él, «amparo de pobres y refugio de desechados, en cuya grandeza no solo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes.»

En aquel emporio del comercio estuvo á las órdenes del consejero de Hacienda Antonio de Guevara, quien con fecha 15 de Junio de 1588 le nombró, por despacho firmado de su mano, uno de los cuatro comisarios que debian auxiliarle en su cargo de proveedor general de las armadas y flotas de Indias.

Era aquella ocupacion precaria y subalterna, por lo que en Mayo de 1590 Cervantes solicitó del rey un destino en Indias, exponiendo los méritos que tenia contraidos durante veinte y dos años de buenos servicios que hasta entonces quedáran sin recompensa.

Esta solicitud demuestra cuál seria su apurada situacion y el estado de su ánimo, cuando acudia, segun se expresa él mismo, «al remedio á que otros muchos perdidos en aquella ciudad (la de Sevilla) se acogen, que es el de pasarse á las Indias, refugio y amparo de los desesperados de España.»

Desatendida por el monarca tan justa peticion, continuó nuestro héroe desempeñando el mismo cargo de comisario hasta 1592, no sacando de él

otro provecho que el miserable de la manutencion, por vedarle su probidad toda otra granjería; pero acopiando aquel tesoro de conocimientos acerca de las costumbres, carácter, defectos y buenas cualidades de los andaluces, que como fiel observador derramó despues en sus obras.

No siendo suficiente para atender al sustento de su familia lo que le producia su empleo de comisario, desde el 23 de Agosto de 1594, y á peticion suya, ejerció el infeliz lisiado el triste oficio de cobrador de las alcabalas y tercias que debian á la Hacienda varios pueblos del reino de Granada, por la cantidad de 2.558,029 maravedís, que segun la real cédula ó provision expedida al efecto, debia exigirles con *vara alta de justicia*, sin que á pesar de la autoridad de que se le investia excediese el salario de Cervantes de unos *diez y seis reales diarios.*

Aun cuando los deberes de su cargo no le dejaban tiempo para nada, robando muchas horas al sueño rindió á las musas su acostumbrado culto. En Abril de 1595 celebró el convento de Dominicos de Zaragoza la canonizacion de San Jacinto con unas solemnes fiestas y certámen poético, al que concurrió Cervantes, ganando el primer premio consistente en *tres cuçharas de plata;* «lo que sin lisonjearle mucho, dice Navarrete, demuestra cuán míseras y poco apreciables serian las composiciones que entraron en competencia.»

Impulsado por la necesidad, siguió desempeñando hasta 1597 la ingrata tarea de apremiar á los pueblos deudores al Estado, en cuya comision fué víctima de algun abuso de confianza, que le obligó á quedar en descubierto al Erario por la mezquina suma de *dos mil seiscientos cuarenta y un reales,* siendo esto causa de que se le encerrase en la cárcel de Sevilla, de la cual salió mediante fianza á primeros de Diciembre del citado año, y con tan entero crédito é ilesa honra, que varias personas ilustres y calificadas le confiaron sus negocios, contándose entre ellas á don Hernando de Toledo, señor de Cigales, con quien conservó siempre estrecha amistad.

De su larga permanencia en Sevilla, del conocimiento de las costumbres y modo de vivir de los sevillanos, y de sus vicios y preocupaciones, sacó aquellos preciosos originales que encontramos en sus obras, y muy especialmente en la novela *Rinconete y Cortadillo,* famosos ladrones que fundaron una cofradía de gente perdida, subsistente aun en tiempo en que Cervantes habitaba aquella noble ciudad.

Desde fines de 1598 hasta 1603 faltan documentos para saber cómo pasó su vida Cervantes y dónde estuvo, colocándole la tradicion de los

vecinos de Argamasilla en la cárcel de este pueblo, ó sea la casa llamada de Medrano, ignorándose, por lo demas, la causa de su encierro. Unos afirman que, comisionado por el prior de San Juan para cobrar en Argamasilla los diezmos que se le debian, sus habitantes le atropellaron y prendieron; otros, que fué con motivo de habérsele confiado la fábrica de salitres y pólvora de la misma villa, y tomado las aguas del Guadiana en perjuicio de las tierras de regadío de aquella poblacion, y otros, en fin, alegan que dirigió algun chiste picante á una mujer del Toboso, lo que agraviando en extremo á sus parientes é interesados, fué causa de su detencion. De cualquier modo, lo que parece real y positivo es que pasó mucho tiempo en la citada cárcel, y que pudiéramos saber ahora el motivo si se encontrara una carta suya dirigida á don Juan Bernabé de Saavedra, pariente suyo, vecino de Alcázar de San Juan, en la que solicitando su amparo y proteccion, empezaba de este modo:

«Luengos dias y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, ó mejor diré caverna.»

Esta carta, que segun Navarrete se conservó hasta principios del presente siglo, se ha extraviado, y quizás perdido para siempre, quedando ignoradas las causas de su encarcelamiento y el tiempo que duró, aun cuando es de creer que no seria por un delito feo ni ignominioso, segun observa discretamente don Gregorio Mayans, cuando Cervantes hace expresa memoria de su prision, y sus enemigos y rivales, aun mencionando aquel suceso con la pérfida intencion de infamarle, guardaron silencio sobre la causa que lo motivara. Empero, que fué largo su cautiverio lo atestigua sobradamente el hecho de haber sido engendrada y escrita la primera parte del *Don Quijote* en una cárcel, donde, como dice su inmortal autor, «toda incomodidad tiene su asiento, y todo triste ruido hace su habitacion.»

La obra se publicó en 1605, cuando nuestro héroe alcanzaba la edad de cincuenta y ocho años, edad en que las facultades intelectuales del hombre caminan á su ocaso, y sin embargo, desplegó la fuerza colosal conque aparece en el *Quijote*, donde campea una imaginacion juvenil, una alma exenta de toda mancha, una gracia sin ningun género de pretensiones, el chiste ingénuo, una sátira sin hiel, abundante donaire, y una larga série de cuadros siempre nuevos, de una riqueza infinita y de una naturalidad tan perfecta que absorben por completo, que encantan al lector.

«El *Quijote* no tuvo modelo y carece hasta ahora de imitadores, dice

Quintana: su publicacion fué un rayo que deshizo en un momento las ilusiones de la caballería. Todas las naciones cultas lo han hecho suyo: los nombres de don Quijote y Sancho son conocidos en las regiones mas apartadas, y mentados en los ángulos mas remotos de la tierra; y estos dos personajes humildes, nacidos en la fantasía de Cervantes, vencen en celebridad á los héroes mas ilustres de la fábula y de la historia.»

Voltaire, que se atrevió á sostener, como Vico, la teoría del círculo de las reproducciones en la historia, afirmando que las obras que admiramos son imitaciones de otras mas antiguas, dijo que el tipo de don Quijote es el Orlando del Ariosto; y no entiende por esto rebajar el mérito de nuestro autor, pues comparando su libro con el *Hudibras* de Samuel Butler, dice:

«Á fuerza de talento el autor del *Hudibras* ha encontrado el secreto de parecer inferior á Cervantes: la gracia, la candidez, el arte del bien decir y narrar, el de combinar con acierto las aventuras, y el de la sobriedad, valen mas que el talento. Así, el *Don Quijote* es leido por todas las naciones, mientras que solo los ingleses leen el *Hudibras.*»

Juan Jacobo Rousseau, en el prefacio de la *Nueva Eloisa*, hace del *Quijote* el siguiente elogio:

«Las relaciones extensas de locuras jamás son interesantes: solo Cervantes ha logrado hacernos leer con placer seis volúmenes de visiones.»

Y el ilustre Cantú, una de las mas legítimas glorias contemporáneas de la regenerada Italia, dice acerca de la obra que con justicia nos enorgullece:

«Una sátira sin hiel es una cosa mas bien única que rara, así como es raro un libro que hace reir sin atacar á las buenas costumbres, á la religion ni á las leyes.»

Sabe el lector, quizá por experiencia propia, cuán dado es el hombre á lecturas de sucesos maravillosos, en que las facultades del alma ó del cuerpo se suponen desarrolladas hasta al heroismo. En todos tiempos han tenido los pueblos esas aficiones, como lo prueban la historia fabulosa de cada uno de ellos y sus religiones. Ahora bien: la lectura de los libros de caballería era en la época del insigne escritor el entretenimiento diario, el alimento intelectual de los habitantes de las ciudades y aldeas, igualmente que de los grandes y cortesanos, y aun habia entre estos quien, como don Juan de Silva, señor de Cañada-Hermosa, se atrevió á publicar en 1602 la disparatada *Historia del Príncipe don Policisne de Boecia.* Acabar con estos libros y con el pésimo gusto de leerlos y componerlos fué el alto objeto que

se propusiera Cervantes, consiguiéndolo tan completamente, que solo en el *Quijote* existe la memoria de ellos.

« Así, añade Quintana, contra el destino y condicion de las sátiras, cuya vida, por la naturaleza misma de su objeto y de sus medios, es por lo comun tan corta, se reservó al *Quijote* el privilegio extraordinario de ir adquiriendo nueva vida y lustre nuevo al cabo de dos siglos que los libros de caballería y sus ilusiones extravagantes están sepultados en el olvido.»

« En una palabra, dice Cantú concluyendo su panegírico, el *Quijote* durará tanto como las alucinaciones heróicas y el buen sentido egoista; tanto como los dorados delirios de los utopistas y los obstáculos que embarazan un mundo, en el cual, cada dia que pasa nos arrebata una ilusion. »

Cervantes, sin embargo, necesitaba un Mecenas de alta gerarquía que protegiese su obra; porque temia que las personas sérias é instruidas desestimasen un libro de aventuras de un caballero andante, y que el público, engañado por el título, lo despreciara por no comprenderlo. Por eso, tratando de obviar tales inconvenientes, dedicó el grande ingenio su inmortal obra á don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, sétimo duque de Béjar y descendiente de los reyes de Navarra, quien á pesar de ser amante de las letras y de cultivar la amistad de los literatos y personas instruidas, por el solo título del libro de Cervantes no quiso admitir la dedicatoria. Sabiendo bien lo que iba á suceder, acató nuestro autor tal determinacion; pero suplicó al duque que al menos le concediera la gracia de oirle leer un solo capítulo de su obra. Este ardid surtió el efecto que esperaba, hasta el punto de que el duque y cuantos le acompañaban escucharon con ávido interés la lectura de todo el libro, colmándole de elogios y aceptando gustoso el magnate la dedicatoria que antes desdeñara. Mas parece que tan honrosa aprobacion disgustó á un religioso que gobernaba la casa del de Béjar, y que despreció el libro y desacreditó á su autor, en términos que logró mas tarde que el duque olvidase y desatendiera á Cervantes, quien ya no volvió á dedicarle ninguna de sus obras. Estos antecedentes explican la escena que pasa entre don Quijote y un eclesiástico en casa de los duques, en la segunda parte de la *Historia del ingenioso hidalgo*, que sin duda consignó allí Cervantes para vengarse del mal intencionado clérigo que tanto se ensañara contra él privándole de la proteccion del de Béjar.

Habia pasado la córte á Valladolid, donde vivia doña Andrea de

Cervantes con su hija doña Constanza de Ovando y una cuñada llamada doña Magdalena de Sotomayor, beata, de edad ya de cuarenta años, y allí tambien se trasladó Cervantes con su esposa é hija doña Isabel de Saavedra, ocupándose al parecer las citadas señoras en labores de costura y bordado, segun se desprende de una cuenta presentada por doña Andrea al marqués de Villafranca, cuya cuenta, que es de letra de nuestro ínclito autor, lleva la fecha del 8 de Febrero de 1603.

Año feliz fué para Cervantes el de 1605, en que vendida la primera edicion del *Quijote*, vió reproducirse su obra en cuatro ediciones distintas: dos salidas de las prensas de Juan de la Cuesta, impresor madrileño, una hecha en Valencia por Pedro Patricio Mey, y la última en Lisboa por Jorge Rodriguez. Mas aquella satisfaccion vióse turbada por un suceso desgraciado que comprometió la honra de su familia.

Seguia la córte un caballero navarro llamado don Gaspar de Ezpeleta, muy estimado en Palacio, y como los jóvenes de su tiempo, dado á fiestas, justas y torneos, y tan aficionado á galanteos y á músicas y rondas nocturnas, que tenia en alarma á los padres, maridos y hermanos de las beldades de Valladolid. Sucedió que en la noche del 27 de Junio de dicho año de 1605, el Ezpeleta, queriendo penetrar por la puerta del jardin de una casa que daba al rio Esgueva, le cerró el paso otro caballero, y sacando ambos las espadas y embrazando los broqueles, diéronse de cuchilladas, saliendo de la refriega don Gaspar mortalmente herido. Huyó el contrario, ignorándose quién pudo ser, y el caballero, arrastrándose y demandando auxilio, llegó y cayó junto al portal de una casa cuyos dos cuartos principales ocupaban respectivamente doña Luisa de Montoya, viuda del célebre cronista Estéban Garibay, con sus dos hijos, y Miguel de Cervantes y su familia. Aunque los habitantes de la casa estaban recogidos, vistiéronse á toda prisa y socorrieron al herido, trasladándole á la habitacion de la de Montoya. Murió Ezpeleta dos dias despues; instruyéronse diligencias judiciales, y por ser galanteador el finado y tener Cervantes hija y sobrina jóvenes y solteras, se abrigaron sospechas de si ellas podrian saber quién fuese el matador. Igualmente se sospechó de otras personas de la misma casa, por lo cual algunas fueron presas, y entre ellas Cervantes, su hermana, su hija y su sobrina, á quienes tomó el juez declaraciones en 30 del mencionado Junio. Declaró Cervantes que habia visto las heridas á don Gaspar de Ezpeleta, sin que supiese la causa de ellas, ni conociese á su matador. Preguntadas doña Andrea, viuda,

doña Constanza su hija y doña Isabel de Saavedra, si frecuentaban su casa don Hernando de Toledo, señor de Cigales, y Simon Mendez, portugués, y conqué motivo, respondieron que el primero visitaba á Cervantes por conocimiento y asuntos que tenia con él desde Sevilla, y que en cuanto al segundo, le habia pedido que fuese á Toledo á prestar ciertas fianzas por unas rentas que habia tomado; de lo que se desprende que Cervantes se ocupaba en Valladolid de cuantos negocios se le proporcionaban, tal vez como un arbitrio para mantener á su familia.

Recibidas las confesiones, Cervantes, su hija, hermana y sobrina fueron escarcelados bajo fianza, y luego definitivamente absueltos.

El siguiente año de 1606 trasladóse la córte á Madrid, suponiéndose que tras ella fué Cervantes como agente de negocios, acompañado siempre de su familia, que desde su estancia en Sevilla le seguia á todas partes, como igualmente su hermana doña Andrea, la cual no solamente en su juventud sacrificara por la libertad de su hermano Rodrigo la dote que tenia, sino que con sus ahorros pudo ayudar á redimir tambien á nuestro inmortal ingenio.

La estancia de Cervantes en Madrid está señalada en los registros exhumados de las papeleras de varios propietarios muchísimos años despues de la muerte de nuestro personaje por la diligencia de sus admiradores, habiéndose averiguado que vivió ya en la calle de la Magdalena, ya junto al colegio de Nuestra Señora de Loreto, ya en la calle del Leon, ya en la de las Huertas, y en la del duque de Alba (de la cual le arrojaron despues de un juicio de desahucio en 1615), pasando otra vez á habitar en la calle del Leon, esquina á la de Francos, que fué la última morada que tuvo en Madrid.

En 1610 fué nombrado virey de Nápoles el conde de Lemos, quien por recomendacion de los hermanos Argensolas, que tan amigos se mostraran de Cervantes, accedió, aunque algo tarde, á que las liberalidades que dispensaba á los literatos y poetas alcanzasen á nuestro abandonado autor, que pudo al fin dejar sus agencias, volviendo, como dice él mismo, á su «antigua ociosidad,» dedicándose ya enteramente á las tareas literarias.

En 1613 publicó sus *Novelas ejemplares*, en cuya dedicatoria al conde de Lemos le decia:

«Solo suplico que advierta vuestra excelencia que le envio, como quien no dice nada, doce cuentos que á no haberse labrado en la oficina de mi entendimiento, presumieran ponerse al lado de los mas pintados.»

Dijo Cervantes al frente de dichas producciones «que era el primero que novelaba en España,» y segun opinion de Quintana, pudiera decir tambien que fué el último; porque el mismo Lope de Vega, que trató de imitarle, se convenció bien pronto de que en este género alcanzaria muy escasos laureles.

Consecuente siempre con su elevado carácter, Cervantes se mostró generoso con aquellos que olvidaron lo que valia, ó que movidos por la envidia esgrimieron contra él las armas de la sátira y de la calumnia.

Elogió cual debia al gran Lope de Vega sus comedias, y Lope calló obstinadamente acerca del mérito del *Quijote,* contentándose con decir de sus *Novelas,* que «no faltaba gracia ni estilo á Miguel de Cervantes», y de sus versos, que «dieron eternidad á su memoria por dulces sonoros y elegantes.» Ahora bien: como segun la opinion de los mas abonados críticos, sea precisamente lo contrario, es decir, que las *Novelas* son un modelo de gracia y estilo, de invencion, de artificio en el plan y de propiedad en los caractéres, y sus composiciones poéticas bastante medianas, sino malas, hace sospechar esto que el liviano encomio de la prosa y el desmedido elogio de los versos no fuesen la genuina expresion de la buena fé de Lope; porque en Cervantes no hay poesía que equivalga á la prosa poética de su *Quijote,* de sus *Novelas* y de su *Adjunta al Parnaso,* lo que de ningun modo quiere decir que en varias ocasiones no se mostrase digno de ceñir á sus sienes el laurel de Apolo, como en su famoso soneto al túmulo levantado en Sevilla para las exequias de Felipe II, y en algunos tercetos de su *Viaje al Parnaso,* por mas que en esta última obra confiese él mismo con noble franqueza cuánto se resistia su genio á versificar, diciendo:

«Yo siempre me afano y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia que no quiso darme el cielo.»

Como Lope, muchos fueron injustos con Cervantes, especialmente los escritores y amigos particulares de aquel insigne poeta dramático. Uno de ellos, religioso dominico, de patria aragonés, y á quien Cervantes nunca quiso nombrar, se atrevió, bajo el nombre del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, á continuar el *Quijote,* escribiendo una segunda parte que se imprimió en Tarragona en 1614. Es la obra del pedante dominico insípida, vulgar, obscena y torpe, y en su prólogo derrama la ponzoña que henchia su pecho, injuriando las venerables canas y celebrado mérito de

Cervantes, á quien llama manco, viejo, envidioso, mal contentadizo, murmurador, y delincuente ó encarcelado, amenazándole además con privarle de la ganancia que esperaba de la segunda parte de su obra, que sabia iba á publicar inmediatamente.

«Tachaba de humilde el escrito de Cervantes, dice Quintana, y el infame se burlaba de él, porque era viejo, manco y pobre. ¡Como si Lope, Villegas, los Argensolas y todos los poetas de entonces pudiesen juntos contrapesar el mérito literario de un solo capítulo del *Quijote!* ¡Como si la pobreza y manquedad de Cervantes, poniendo en descubierto la ingratitud de su siglo, no añadieran mayor lustre á la veneracion que se le debe!»

Cómo contestó Cervantes á los insultos personales, ya lo sabe el lector por el prólogo que habrá leido y que precede á la segunda parte del *Quijote,* y cómo mortificó la fatuidad de Avellaneda, tambien lo habrá notado desde el capítulo LIX en adelante, en que le toma por pretexto para amenizar con nuevas gracias é incidentes oportunísimos la deliciosa tercera salida del *Ingenioso hidalgo.*

Á principios de 1615 solicitó el permiso para la impresion de dicha segunda parte, permiso que no obtuvo hasta Octubre del mismo año, como si algun interés bastardo se atravesara en el camino de una publicacion que debia aniquilar la obra del procaz dominico.

Al empezarse la impresion de la obra, dijo nuestro autor al conde de Lemos en la dedicatoria de sus *Comedias:*

«*Don Quijote* queda calzadas las espuelas en su segunda parte para ir á besar los piés á V. E. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque por sí ó por no lleva informacion hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.»

Palabras que denotan no solo el justo resentimiento de Cervantes, sino el bajo concepto que tenia formado de la obra de su mal intencionado continuador.

Publicada la segunda parte de la *Vida del Ingenioso hidalgo,* fué recibida con general aplauso, aunque, cual de costumbre, reportó á su autor escasos beneficios.

Cuán doloroso debió ser para Cervantes el verse reducido á recibir del conde de Lemos y del arzobispo de Toledo don Bernardo de Sandoval los beneficios que solo alcanzaban á aliviar la precaria situacion en que vivia,

lo deja traslucir en varias partes de sus obras, si bien en general de una manera delicada, á veces con vehemencia.

«¡Venturoso aquel, dice, á quien el cielo dió un pedazo de pan sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!» [1]

En el *Viaje al Parnaso,* pinta así su pobreza: Apolo recibe en el jardin á los poetas; indica á cada uno el sitio en que debe sentarse, y no habiéndolo para Cervantes, éste alega sus méritos, y en especial su talento para inventar. Entonces el rubicundo dios le aconseja que doble la capa y se siente sobre ella; mas careciendo de capa nuestro ingenio por su extrema miseria, tuvo que quedarse en pié.

Por lo demas, la indigencia de Cervantes contrasta con el crédito y riquezas de que gozaban los poetas de aquel siglo. Y era que su *Quijote* y sus *Novelas* corrian de mano en mano, repitiéndose las ediciones; mas no en provecho suyo; que la necesidad le habia obligado á venderlas por un pedazo de pan, mientras enriquecian á los editores y derramaban el contento entre todas las clases y condiciones de la sociedad.

«Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, decia el desventurado autor por boca de su *Ingenioso hidalgo,* y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.»

Y en efecto, así sucedió: traducido á todos los idiomas, millones de ejemplares de ese libro inmortal, brillante muestra del ingenio humano, han inundado el mundo hasta nuestros dias, en que rápidamente se suceden y agotan sus ediciones, yendo en aumento el placer y entusiasmo que causa su lectura.

En la época en que se publicó, todos deseaban saborear sus bellezas; mas nadie se ocupó de la suerte del pobre anciano que lo compuso, ni los editores pensaron nunca en embellecerle con el retrato del autor. Cervantes, sin embargo, reparó tal descuido, describiéndose á sí mismo al frente de sus *Novelas* en los siguientes términos:

«Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata, que no há veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis y estos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni

[1] *Don Quijote,* parte segunda, cap. LVIII.

grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas y no muy ligero de piés, este digo que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha,* y del que hizo el *Viaje al Parnaso* á imitacion del de César Caporal, perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra.»

La obra póstuma del esclarecido ingenio fué los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda,* que concluyó, como tenia ofrecido al conde de Lemos, en la primavera de 1516, sintiéndose ya muy apretado de una hidropesía que venia padeciendo y que debia muy pronto llevarle al sepulcro.

Á principios de Abril del citado año, creyendo hallar algun alivio con la variacion de aires y alimentos, trasladóse á Esquivias, donde estaban avecindados los parientes de su esposa doña Catalina de Salazar; pero desengañado de la ineficacia de este arbitrio, ó deseoso de morir en su casa, regresó á Madrid á los pocos dias, en compañía de dos amigos que se ofrecieron á cuidarle y servirle por el camino. En él tuvo un encuentro, que proporcionándole asunto para escribir el prólogo de los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda,* nos ha dado á nosotros la única noticia que tenemos de su enfermedad.

Picando con ahinco una borrica que montaba, marchaba tras Cervantes y sus amigos, pidiéndoles á voces que le esperasen, un estudiante que, en cuanto se hubo unido á los viajeros, quejóse de la prisa que llevaban; á lo que contestó uno de ellos, que la culpa era toda del caballo del señor Miguel de Cervantes, por ser algo pasilargo.

Apenas hubo oido nombrar á Cervantes, apeóse el estudiante de su burra, y asiendo de la mano al doliente ingenio, exclamó:

«¡Sí, sí, este es el manco sano; el famoso todo; el escritor alegre, y finalmente, el regocijo de las musas!»

Correspondió Cervantes á aquellas muestras de entusiasmo abrazando al mancebo, pidiéndole que volviese á subir en su cabalgadura para seguir juntos y en amigable conversacion lo poco que restaba del camino. Hízolo así el estudiante, con quien pasó el coloquio que nuestro autor refiere en estos términos:

«Tuvimos algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desahució al momento, diciéndome: «Esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se

bebiese. Vuesa merced, señor Cervantes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna.» Eso me han dicho ya muchos, respondí yo; pero así puedo dejar de beber á todo mi beneplácito, como si para eso solo hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efemérides de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia.»

«Todo el contexto del citado prólogo, dice Navarrete, su desaliño, sus interrupciones y su conclusion están manifestando cuán deplorable era la situacion de Cervantes cuando lo escribia, y sin embargo, aun se ofrece donoso y festivo al describir el traje, montura y ademanes del estudiante *pardal,* como le apellida porque iba vestido de pardo.»

Agonizando casi estaba ya Cervantes el 19 de Abril, y sin embargo, conservaba bastante serenidad de espíritu para dirigir á su favorecedor el conde de Lemos, que debia pronto regresar á España, la dedicatoria de los *Trabajos de Pérsiles y Segismunda,* acompañada de la siguiente carta:

«Aquellas coplas antiguas que fueron en su tiempo celebradas, que comienzan: *Puesto ya el pié en el estribo,* quisiera yo que no vinieran tan á pelo en esta mi epístola, porque casi con las mismas palabras puedo comenzar diciendo:

Puesto ya el pié en el estribo,
Con las ánsias de la muerte,
Gran señor, esta te escribo.

»Ayer me dieron la Extrema-uncion, y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ánsias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los piés á V. E.; que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada

de V. E., regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que salieran verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E.»

¡Cuánto agradecimiento encierran estas tiernas palabras, dirigidas por el sublime ingenio al que fué amparo de su vejez! ¡Qué bella alma la de Cervantes cuando al tiempo de acabársele la vida encontraba esos dardos de gratitud para herir el generoso corazon de su protector!

Murió en Madrid Cervantes seis dias despues del vaticinado por él al estudiante de Esquivias, el sábado 23 de Abril de 1616, en brazos de su esposa doña Catalina de Salazar, y en ausencia de su hija Isabel de Saavedra, que se habia enclaustrado en el convento de Trinitarias del Humilladero, donde sin pompa alguna fué enterrado el cuerpo del sublime escritor, segun lo habia ordenado, sin duda para que la pobre religiosa pudiera regar con sus lágrimas la oscura tumba de su glorioso padre.

Por una fatal coincidencia digna de mencionarse, el mismo dia en que Cervantes entregó su alma á Dios perdia Inglaterra al fundador de su teatro Guillermo Shakespeare.

Síno fué de Cervantes que sus contemporáneos admiraran sus hechos y sus obras, y se olvidaran de él, dejándole morir en la miseria sin acordarse siquiera de dar á sus restos mortales honrosa sepultura. Milton, Camoens, el Tasso, Shakespeare y otros grandes ingenios, si no recibieron en vida los honores que de justicia debieran tributárseles, duermen al menos su sueño eterno en suntuosos panteones, donde sus compatriotas agradecidos depositaron sus cenizas con aquella pompa fúnebre y luto general que eleva los corazones confundiéndolos en un sentimiento comun de admiracion por los talentos ó virtudes del finado, cuya alma parece complacerse en el tributo de nuestro dolor. Mas para el desdichado Cervantes ni aun esta triste consideracion se tuvo: ni una sencilla lápida, ni inscripcion alguna señaló jamás su pobre sepultura. Únicamente, avergonzados nuestros contemporáneos del olvido en que por tantos años dejaran al inmortal ingenio, le han levantado en Madrid una estátua de bronce, frente al palacio de las Córtes, colocando además una lápida conmemorativa sobre la puerta de la casa que ha reemplazado á la en que, pobre y abandonado, murió el que nos legara la mas preciosa joya de la literatura española.

Ingrata generacion fué en realidad la que de tal manera se portó con Cervantes; pero, ¡ay! que en nuestros dias tal suele ser el premio de muchos hombres de mérito, que apartados de las luchas políticas, desde-

ñando poner su pluma al servicio de determinada bandería, consagran su talento, sus vigilias, su existencia, en fin, á ilustrar á sus semejantes, abriéndoles así vastos y nuevos horizontes de civilizacion. Y cuando, elevándose estos hombres sobre las miserias humanas, cual se levanta el águila sobre las nebulosas cimas de los Andes, creen hallar recompensa á sus nobles afanes en el aplauso y agradecimiento de sus contemporáneos, desagradecidos y egoistas estos los abandonan á sus propios recursos; los olvidan si no los escarnecen, ó cuando mas, les dan por galardon una hedionda cama en un hospital para acabar sus dias; el derecho de implorar la caridad pública en su ancianidad, ó bien, queriendo ahorrarse el repugnante espectáculo de verlos perecer de inanicion en medio de la calle, les abren un asilo de beneficencia.

Verdadero *Ecce-Homo* del siglo XIX, en nuestra patria, el que sintiendo arder en su cerebro la divina llama del génio se dedica á proporcionar al público instruccion y recreo, tiene por existencia una contínua lucha contra las necesidades materiales; contra el desden de aquellos á quienes se dirige, y por término de su aciaga existencia, el martirio.

Y nosotros, que en mas modesta esfera, pero ávidos de gloria y de renombre, impulsados por nuestra irresistible vocacion, por esa misteriosa voz de la conciencia á la que el divino Sócrates llamaba su *demonio*, invertimos los mejores años de nuestra juventud, afanados dia y noche, casi en perpétuo insomnio, en investigar el pasado para cantar la gloria y señalar los defectos de los grandes hombres que cruzaron la tierra, ¿qué recompensa encontraremos al fin de la jornada? ¿Podremos esperar siquiera, no ya el aplauso de la posteridad, sino que nuestro libro viva mas que nosotros?

¡Oh, gloria! ¡Oh, gloria!... ¡Embriagador delirio de las almas generosas, voz armoniosa y dulce para unos, pero fatídica para otros cual el sonido de una calavera rodando sobre un monton de guijarros: á cuán subido precio te compran los mortales!

Mas rogando al lector nos perdone este ligero desahogo de nuestro corazon, vamos á terminar este ensayo biográfico con las siguientes líneas en que el erudito Navarrete retrata moralmente al autor del *Quijote*:

«Si Cervantes merece mucho por su fecundo ingenio y exquisita condicion, no es menos digno de aprecio y de la memoria de la posteridad por las altas prendas y virtudes que le adornaron. Supo, como verdadero filósofo cristiano, ser religioso sin supersticion; celoso de su creencia y del

culto sin fanatismo; amante de su patria sin preocupacion; valiente y alentado en la guerra sin presuncion ni temeridad; generoso y caritativo sin ostentacion; agradecido en extremo, pero sin abatimiento ni adulacion; ingénuo y sencillo, hasta apreciar tanto que le advirtiesen sus errores como que le alabasen sus aciertos; moderado é indulgente con sus émulos, hasta contestar á sus sátiras sin descubrirlos ni herir sus personas. Por lo demas, jamás vendió ni prostituyó su pluma al favor ni al interés; jamás la usó para deshonrar á su prójimo, sino para el bien y la felicidad de sus semejantes, siendo siempre pródigo de alabanzas, hasta el punto de haber sido severamente censurada esta facilidad, que aunque muy honorífica para su corazon, contradice hasta cierto punto la imparcialidad de su crítica.»

Las principales obras de este varon ilustre, reproducidas hasta lo infinito en todos los idiomas cultos, son: *Numancia, La Batalla naval, La Gran turquesca, Tratos de Argel, Jerusalen, La Amaranta, ó la del Mayo, El Bosque amoroso, La Única y bizarra Arsinda, La Toledana* y *María la de Esquivias*, comedias; *Viaje al Parnaso,* poema; *El Curioso impertinente* y *El Capitan cautivo*, novelas intercaladas en el *Quijote*; las tituladas *Rinconete y Cortadillo, El Celoso estremeño, La Tia fingida, Coloquio de los perros Cipion y Berganza, El Licenciado Vidriera, La Fuerza de la sangre, La Española inglesa, La Gitanilla de Madrid, El Amante liberal, Galatea, Trabajos de Pérsiles y Segismunda* y el inmortal *Quijote*, al que el bravo soldado de Lepanto, el cautivo de Argel, el indigente protegido del conde de Lemos á quien hoy se apellida *Príncipe de los ingenios españoles,* debe su inmensa gloria.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MIGUEL DE CERVANTES.



GUILLERMO SHAKESPEARE

G. SHAKESPEARE.

[illegible]

[illegible] imaginacion del poeta, ya cómico, ya grave, ya [illegible], se [illegible] en todos los pueblos á medio civilizar ó civilizados, y es tan persistente, que sobrevive á todas sus revoluciones. Porque el arte dramático, como la [illegible] y la arquitectura, es hijo de un movimiento instintivo de la naturaleza humana, y como las demas artes bellas, orígen de placeres vivos. [illegible] su estro el corazon de las generaciones.

[illegible], pobre era todavía el teatro en la segunda mitad del siglo XVI, [illegible] embargo, brillaban ya en Inglaterra autores dramáticos como Sha- [illegible]

[illegible] contemporáneo de nuestro poeta, describe el teatro español, [illegible] al inglés, en los siguientes términos:

[illegible] el tiempo de este célebre español (Lope de Rueda) todos los [illegible] de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de güadameco dorado, y cuatro barbas y cabelleras y cuatro cayados poco más ó menos. No habia en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, ni habia figura

G. SHAKESPEARE.

(1564 Á 1616 DESPUES DE J. C.)

El arte de representar vivas y en accion las escenas de la vida, ya tomando los personajes de la historia, de la tradicion ó de la mitología propia de cada pais, ó ya copiando los tipos que sobresalen en las relaciones comunes de los hombres, este arte, mas ó menos embellecido por la imaginacion del poeta, ya cómico, ya grave, ya sublime, se encuentra en todos los pueblos á medio civilizar ó civilizados, y es tan persistente, que sobrevive á todas sus revoluciones. Porque el arte dramático, como la música y la arquitectura, es hijo de un movimiento instintivo de la naturaleza humana, y como las demas artes bellas, orígen de placeres vivos, escuela de los pueblos, cuya alma arrebata á su placer el poeta inflamando con su estro el corazon de las generaciones.

Bárbaro, pobre era todavía el teatro en la segunda mitad del siglo XVI, y sin embargo, brillaban ya en Inglaterra autores dramáticos como Shakespeare y los génios gemelos Beaumont y Fletcher, Messinger y Johnson.

Cervantes, contemporáneo de nuestro poeta, describe el teatro español, que precedió al inglés, en los siguientes términos:

« En el tiempo de este célebre español (Lope de Rueda) todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de güadameco dorado, y cuatro barbas y cabelleras, y cuatro cayados poco mas ó menos. No habia en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, ni habia figura

que saliese ni pareciese salir del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual componian cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, conque se levantaba del suelo cuatro palmos. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algun romance antiguo. Naharro levantó algun tanto mas el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baules; sacó la música, que antes estaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas. Pero esto no llegó al sublime punto en que está ahora; que se vieron en los teatros de Madrid representar los *Tratos de Argel* que yo compuse, la *Destruccion de Numancia* y la *Batalla naval*, etc. »

En cuanto al teatro inglés, hé aquí como lo pinta Felipe Sidney:

Nuestras trajedias y nuestras comedias son ajenas á las reglas del decoro y del arte poética. En ellas se ven á la vez Ásia y África, y muchos reinos que da á conocer el actor por medio de un discurso preliminar, porque de lo contrario no se comprenderia la accion. Si aparecen mujeres recogiendo flores, claro es que están en un jardin, y cuando en el mismo sitio ocurre un naufragio, torpeza nuestra seria no comprender que aquello es un escollo. Si sale del fondo del teatro un horrible mónstruo echando fuego ó humo, es evidente que los espectadores deben tomar el fondo por una caverna. Cuatro hombres armados de espadas y escudos representan dos ejércitos dispuestos á empezar la pelea: ¿no deberá creerse entonces que aquel sitio es un campo de batalla? En otras piezas dos jóvenes príncipes se requiebran: despues de muchas desventuras la princesa está en cinta; da á luz un hijo, que se extravía, y aparece luego hecho ya hombre tan barbado como su padre; se enamora tambien, y todo eso pasa en el término de dos horas. Basta tener sentido comun para conocer que esto es el límite del absurdo. »

El escenario inglés estaba separado de la platea por una balaustrada, y á veces por una cortinilla. Los aficionados, los hombres de talento, los elegantes, como diríamos hoy, tomaban asiento en la misma escena, donde fumaban sus pipas que les traian sus pajes. En la platea se jugaba, se conversaba, se comia y bebia. Sin contar conque los trajes de los actores no se adaptaban al carácter del personaje que representaban, el sexo feo desempeñaba los papeles de las *Julietas* y princesas enamoradas. Un cartel

que anunciaba el lugar de la escena, servia para que el espectador se dijese á sí mismo: «Estamos en Roma ó en Lóndres.» Un toque de corneta avisaba que un príncipe iba á entrar en escena; una mala pintura en una tela era todo el adorno del escenario, y á veces un hombre vestido de blanco figuraba una muralla.

¡Tal era el teatro inglés cuando aparecieron los grandes poetas dramáticos que tanto lo elevaron con los sublimes frutos de su ingenio! Y la paga de sus obras correspondia, como era natural, á la pobreza del escenario.

Seis libras y media inglesas [1] era el valor de una composicion nueva de un dramaturgo aplaudido, recompensándosele á veces con el beneficio de la tercera representacion: en doce sueldos se estimaba cada copia manuscrita, y si era tan afortunado que hallase un Mecenas, le dirigia una dedicatoria, cuyo precio fijo ascendia á *catorce chelines.* [2]

En vista de lo dicho, fácilmente comprenderá el lector la oscuridad y miseria en que debian vivir los autores dramáticos, y por lo tanto, cuán difícil se ha hecho hallar algunos apuntes biográficos acerca de los mas eminentes. Porque, ¿quién se ocupaba de ellos? ¿Ni qué interés podian tener los mismos en escribir sus memorias? El desprecio conque se les miraba; la constante necesidad de trabajar dia y noche para atender á su subsistencia, unidos al conocimiento del mundo y sus pasiones que diariamente removian y pintaban en sus obras dramáticas, debieron influir tanto en el carácter de los poetas de aquel siglo, que llegaron á matar en ellos toda aspiracion á esa supremacía que tan natural encontramos ahora en los hombres de génio. Así que de muchos de ellos ignoremos sus hechos, su vida, sus miserias y aun sus glorias, conociéndolos solamente por las inmortales obras que legaron á la admiracion de la posteridad.

¿Qué sabemos de Lope de Rueda, ni de Naharro, si hasta del mismo Cervantes carecemos de una biografia completa; si el nacimiento y muerte de Moreto quedan envueltos en el mas impenetrable misterio, y si apenas nos quedan treinta comedias de las mil ochocientas que escribió el gran Lope de Vega?

Si la biografía de Shakespeare aparece tan pobre cual ricas son sus obras; si de él y de Cervantes estamos reducidos á contemplar retratos

[1] Unos *seiscientos cincuenta reales.*
[2] *Setenta reales* aproximadamente.

ideales, débese á la insensatez de una edad que no supo apreciar la inmensa influencia que ejercen sobre el hombre las bellas letras.

En las biografías que llevamos escritas nos hemos ayudado de la historia para retratar á nuestros héroes, presentándolos tal cual se ofrecen á las miradas del historiador por sus hechos memorables, virtudes ó defectos; pero tratándose del ilustre dramaturgo inglés, á quien sus mismos compatriotas juzgan de tan diversos modos, no nos queda otro arbitrio, para dar siquiera una idea de su vida, que recurrir á sus obras, con la esperanza de encontrar en ellas los límites que separan al hombre del poeta.

Guillermo Shakespeare nació el dia 23 de Abril de 1564 en Stratford de Avon, ciudad del condado de Varwick, á 150 kilómetros al Noroeste de Lóndres. Está situada la poblacion junto al mismo rio Avon, y á pesar de que en aquella época contaba el reducido número de tres mil habitantes, tenia echado sobre el rio un puente de catorce arcos, ostentando además desde el siglo XIV una bella iglesia, que encierra actualmente un suntuoso monumento fúnebre dedicado á la memoria del mas ilustre de sus hijos y el mas grande de los poetas dramáticos de Inglaterra y quizás del mundo.

Ignórase el nombre de la bendita mujer que llevó tal hijo en sus entrañas. Ignórase igualmente si recibió el premio de sus cuidados presenciando los triunfos de aquel hijo, y si un destello de su gloria iluminó los dias de su ancianidad.

De su padre dice la tradicion que fué vice-corregidor de Stratford, lo cual supone algun bienestar y que los años infantiles de nuestro poeta se deslizarian tranquilos como las aguas del Avon, en cuya verde orilla debió soñar la gloria futura que presiente el génio aun encerrado en la tierna organizacion del impúber.

¿Fué educado nuestro héroe en las creencias católicas ó en las protestantes? Carecemos de una respuesta categórica que pueda satisfacer la curiosidad del lector. Los protestantes y los católicos, á semejanza de las siete ciudades griegas que se disputaron la gloria de ser patria de Homero, reclaman á Shakespeare como hijo legítimo de sus respectivas iglesias.

Empero, ¿dónde, en cuál de sus obras le ven afiliado los católicos á las tradiciones de la antigua Iglesia cristiana? ¿Dónde encuentran los reformados el celo, la expansion de la creencia nueva, que reventó como una mina en el reinado de Isabel, la vengativa hija de Ana Bolena, y cuyas materias

explosibles se habian aglomerado durante la reaccion católica del reinado de su hermana María, la sanguinaria hija de Catalina de Aragon?

Shakespeare, sin tratar de mezclarse en las contiendas religiosas de su siglo, pintó la vida presente tal cual es, tal cual era en su tiempo, sin que en ninguna de sus obras tratase de inquirir cuál será la venidera.

Quedadan todavía en Inglaterra, como en otras naciones, algunos restos del feudalismo. Si la horca no se alzaba ya á la entrada del castillo señorial, existia en cambio en cada uno de ellos una especie de cómitre ó verdugo, encargado de azotar al desdichado siervo que incurriera en la menor falta para con su señor, pareciendo mas extraña tan bárbara costumbre, cuando la antorcha de la moderna civilizacion habia empezado ya á iluminar las islas Británicas, aclimatando en ellas gran parte de los adelantos en ciencias, artes y literatura extendidos ya por el resto de Europa.

El nuevo mundo, al que se lanzaban intrépidamente los ingleses, guiados por los Raleigh, Smith y otros nobles caudillos; el renacimiento de las ciencias, que intentaba con éxito Bacon; la filosofía, demoledora de las superticiones; la política, representada por Estéban de la Beocia, Mariana, Jorge Buchanan, Ricardo Hooker y otros muchos, dirigida á cercenar el poder de los reyes hasta llevar los súbditos al tiranicidio; las matanzas de católicos en Irlanda, de protestantes en Holanda y Francia; las brujerías y hechizos; la alquimia y la astrología; la terrible Inquisicion española, y la no menos tremenda de Isabel de Inglaterra, todos estos hechos y sus consecuencias daban una fisonomía particular de grandeza y miseria, de aturdimiento y exaltacion á aquella época que engendró elevados caractéres y que envileció la mitad del mundo.

Shakespeare, recibiendo todas estas impresiones, concentrando en su mente el reflejo de tantas virtudes, delitos, vicios, ridiculeces, odios, venganzas y simpatías; entreviendo un mundo de amor y aspiraciones indefinidas en medio de un Océano de sangre; ante la perspectiva de un eden, mientras fatigada el alma se consumia en una atmósfera candente; Shakespeare, no identificándose con su época, sino comprendiéndola, la presentó al mundo tal cual era en sus cuadros dramáticos. Si del conjunto de tantas contradicciones surge el excepticismo religioso, ¿con qué razon los católicos y protestantes pueden reivindicar, tratándose del ilustre poeta, una afinidad de creencias que la naturaleza de sus dramas rechaza?

¿Por qué habia de aprobar las jornadas de San Bartolomé, que llenaron

de horror su infancia, ó las hecatombes de católicos dispuestas por su soberana Isabel? Por otra parte, si debia rechazar el catolicismo como religion del pasado, de ningun modo podia admitir el protestantismo como la religion del porvenir. Hé aquí porqué es difícil, sino imposible, definir las ideas religiosas del dramaturgo inglés.

Era la suya época de demolicion, y Shakespeare demolió con solo presentar las extravagancias, los vicios y los crímenes que encontraba en la historia patria y de que le ofrecian hartos ejemplos sus contemporáneos.

Observador imparcial, retrató al hombre en toda su miseria ó en el apogeo de su gloria: ageno á todo ideal en materia de religion, no propagó ninguna doctrina. Sin embargo, algunas veces la explosion de su patriotismo, de su benevolencia y de su amor, hace sospechar que aspiraba á algo grande y desconocido, á un objeto misterioso, vago, que se resistia á su investigacion; y en este caso su misma impotencia para la fé debia convertir su pluma en impasible escalpelo del hombre, presentando antes el análisis de su propio corazon, cual lo hace en sus trajedias.

Solo un excéptico puede obrar así.

Mas dejando este asunto, ¿cuál fué la juventud de nuestro poeta? La biografía calla. Sabemos solamente que muy temprano pasó de las aulas á la casa paterna, para ayudar á su familia en el trabajo que la sustentaba.

Ocupacion aun hoy dia considerada abyecta, cuánto lo fuera en aquel tiempo pueden considerarlo nuestros lectores si recuerdan la tradicion que hacia obligatorio el oficio de verdugo al que ejercia el de carnicero.

Cierto es que existen ocupaciones que nos parecen deshonrosas, viles, sin que entre ellas contemos las de ladron, meretriz, rufian, etc., sino aquellas que nunca han condenado las leyes, cuyo ejercicio es indispensable y que se ejercen honradamente. Y nuestra preocupacion procede de haber considerado honrado, digno y respetable al heredero del antiguo conquistador que taló nuestras tierras, saqueó nuestras casas, asesinó á nuestros abuelos y nos redujo á la servidumbre. Y como se declararon viles las ocupaciones manuales que ejercian los esclavos, y noble el guerrear, el oprimir, el cazar, el jugar y el vivir y gozar sin producir, de aquí que la tendencia natural del hombre fuera la de ascender de oprimido á opresor, y se perpetuara por el menosprecio hácia las artes útiles, sobre todo por aquellas que exigian poca habilidad y conocimientos, ó cuyo desempeño repugnaba á los sentidos.

Entre el oficio de preparar las reses para nuestra alimentacion, ó el de

degollar hombres para aumentar nuestra *felicidad*, es evidente que las gentes pacíficas y honradas preferirian el primero, y que solo se resolverian por el segundo cuando fuese para librarse de sus opresores. Ignoramos cómo pensaba Shakespeare respecto á este punto; pero como en sus dramas se olvida de sí mismo y de su época, y se presenta juez imparcial del hombre y de sus actos, no perdonando ninguna debilidad á los fuertes, ni ningun defecto á los virtuosos, y apareciendo extraño á las pasiones que agitan á sus personajes, creemos que estimaria en mas ser hijo de un carnicero que proceder de un acuchillador de hombres.

Presentándose tan oscura la vida de nuestro poeta, no sabemos porqué motivo abandonó su padre las funciones de vice-corregidor de Stratford, ni tampoco hemos podido esclarecer de una manera indubitable que tal cargo desempeñara; mas parece averiguado que el jóven Shakespeare procuraba ennoblecer la profesion de carnicero representando en el matadero el papel de sacrificador, coronando las víctimas de flores y pronunciando discursos á imitacion de los terribles sacerdotes druidas.

Píntanle algunos audaz, pendenciero, armando camorras por todas partes y especialmente en las tabernas; habilísimo en esgrimir toda clase de armas; aficionado á la caza en vedado, trasnochador y dispuesto á tomar parte en todo género de peleas.

En vano buscaríamos algunos hechos ó anécdotas que depongan en favor de esa relajacion de costumbres: nada hallaremos que confirme las malas cualidades que tan gratuitamente se le atribuyen.

Dícennos que se casó á los diez y ocho años. ¿Era su compañera hermosa ó fea, rica ó pobre, buena ó mala? ¿Conquistóla en alguna pelea, ó, como parece indicarlo los ocho años de ventaja que llevaba á Guillermo, fué este víctima de una ladina que se aprovechó de su inexperiencia? Solo sabemos que tuvo tres hijos con esta mujer, y que no fué feliz en el matrimonio.

Tenia veinte y dos años Guillermo, cuando cazando cual tenia por costumbre, los guarda-bosques de un gentil-hombre le sorprendieron en el acto de matar un venado, y como ellos eran dos, tenian las armas cargadas y estaban dispuestos para el caso, lo prendieron y presentaron á su amo, que mandó encerrarle en el lóbrego calabozo de su castillo, á pesar de haber desplegado el jóven toda su maña y galas de lenguaje para convencer al gentil-hombre de que no se las habia con un pobre pechero, sino con un noble de pura sangre. Por lo demas, ignórase cómo, pero parece cierto

que, contra la voluntad del altivo señor, se evadió el preso por la noche favorecido por una mano misteriosa.

Viéndose en libertad, vengóse Shakespeare de aquel hombre escribiendo contra él una balada satírica, que hacia públicas toda su vida y costumbres, y que remitió á los hidalgos del contorno; por lo que tuvo que abandonar su pais natal para evitar las celadas que le tendia el rencoroso caballero, refugiándose en Lóndres, á donde llegó á mediados del invierno de 1586.

En aquella inmensa poblacion, el fugitivo, sin dinero, sin amigos, sin conocer á nadie, se arrimó al teatro de Southwark, ante cuyas puertas tuvo que ganar á puñetazos la plaza de guardian de caballos. No habia todavía en Lóndres coches, por lo que caballeros y damas iban á sus visitas, quehaceres y diversiones en caballos y palafrenes, que daban á guardar á mozos dispuestos para este servicio, como hoy para otros análogos tenemos nuestros mozos de cordel.

Despues de ejercer algun tiempo tan humilde oficio, introdújose Guillermo en el teatro, donde desempeñó primero el cargo de apuntador, pasando luego á desempeñar papeles secundarios, dándose á conocer mas tarde por la publicacion de algunos poemas amanerados, como *Tarquino* y *Lucrecia*, *Vénus* y *Adónis*, que á pesar de sus muchos defectos fueron bien recibidos por el público.

Veinte y cinco años contaba Shakespeare cuando se presentó como poeta en la escena en que debia coger tantos laureles, que ellos solos bastan para la gloria, no solo de Inglaterra sino del idioma que hablan mas de ciento cincuenta millones de séres de la raza anglo-sajona esparcidos por todos los ámbitos del globo.

Representado en 1589 su *Enrique IV*, poco tardó el naciente génio en adquirir poderosos protectores, entre ellos la impúdica y sanguinaria reina de cuyo carácter hemos dado una idea en la biografía de la desventurada María Estuardo, correspondiendo á aquella proteccion el gran poeta llamándola *hermosa vestal*, hipérbole que á no ser Isabel tan ávida de alabanzas, hubiérala recibido como un sarcasmo, ya que ni era hermosa, ni en su palacio y córte se alimentara otro fuego que el del amor impuro.

Teniendo á la sazon la hija de Enrique VIII sesenta y cinco años, llevaba en su semblante impresas las huellas de la edad: teñíase el pelo de rojo; sus ojos eran pequeños, sus dientes negros y la nariz prominente, añadiendo á estas gracias la manía de ostentar públicamente como reina

núbil unos pechos temblones y fofos, no sostenidos por los músculos, sino por un apretado corsé que les daba mayor volúmen. Tal era la *hermosa vestal* á quien como todos los ingleses incensó Shakespeare cantándola en sus versos.

Sin embargo; en medio de sus hediondos defectos y de sus instintos sanguinarios, no carecia Isabel de gusto literario: hablaba cinco idiomas, entre ellos el antiguo griego; se deleitaba en las bellezas dramáticas, y aun se atrevió á dar consejos al mismo Shakespeare.

El teatro floreció en su tiempo; se reformó la escena, y hubo decoraciones, aunque no bastante adecuadas para que el espectador dejase de suplir con la imaginacion la falta de los objetos que los empresarios no presentaban en las tablas. Á esta circunstancia debemos las admirables descripciones de los dramas de Shakespeare, que si hoy no son del gusto del público, tenian entonces el doble interés de la gracia del buen decir y de poner al auditorio en estado de comprender la accion.

Contábanse entonces en Lóndres once teatros bastante grandes, además de las salas de espectáculos que sostenian los gremios de médicos, boticarios, jurisconsultos, etc., etc.

De este modo encontró Shakespeare un vasto campo donde desarrollar sus vastas facultades: con ellas rehabilitó la memoria de Catalina de Aragon, retratando al vivo al sanguinario Enrique VIII, retrato que le perdonó su feroz hija Isabel, deslumbrada por las elevadas concepciones del gran poeta.

Shakespeare escribia cada año una ó dos obras dramáticas. Treinta y dos solamente se han considerado como genuinas entre el inmenso número de producciones que se le atribuyen. Hé aquí los títulos de estas obras y las fechas en que se pusieron en escena:

Enrique VI, en tres partes, representada desde 1589 á 1591.

El Sueño de una noche de verano, en 1592.

Los Engaños, en 1593.

La Regañona puesta en razon, y *¡Amor perdido!* en 1594.

Los dos Señores de Verona, y *Romeo y Julieta,* en 1595.

Hamlet, y *El Rey Juan,* en 1596.

Ricardo II, y *Ricardo III,* en 1597.

Enrique IV, en dos partes, desde 1597 á 1598.

El Mercader de Venecia, y *Todo es bueno si acaba bien,* en 1598.

Enrique V, en 1599.

Mucho ruido para nada, y *Como usted quiera,* en 1600.

Las Comadres de Windsor, y *Enrique VIII,* en 1601.

Troilo y Cresida, en 1602.
Astucia contra astucia, en 1603.
Al amor de la lumbre, y *El rey Lear,* en 1604.
Cimbelina, en 1605.
Macbeth, en 1606.
Julio César, en 1607.
Antonio y Cleopatra, en 1608.
Timon de Aténas, en 1609.
Coriolano, en 1610.
Otelo, en 1611.
La tempestad, en 1612.
El dia de reyes, en 1614.

Tito Andrónico y *Pericles* son dos piezas dudosas y que afamados críticos no atribuyen á Shakespeare.

Figuran en las citadas obras setecientos personajes perfectamente caracterizados, teniendo todos índole y vida propia, aun aquellos que no hacen mas que aparecer un instante en la escena. Participan todos de una doble naturaleza ideal y real, tan perfectamente enlazadas, que muchos de ellos están reputados como verdaderos tipos de ciertos caractéres singulares que de vez en cuando aparecen en el teatro del mundo real. Puede decirse de Shakespeare, que fué tan gran filósofo, que no solo comprendió al hombre, sino que anticipándose á la ciencia cuyos fundamentos ha echado Darwins, adivinó cuáles eran las cualidades aparentemente contradictorias que podian, por medio de la seleccion, penetrarse, refundirse y armonizarse formando un carácter que no se encuentra en la historia, y que han bastado trescientos años para realizar en la vida práctica.

Sin embargo, cuando toma sus personajes de la historia, y especialmente los del siglo anterior al en que vivió, los presenta sin adularlos ni envilecerlos, haciéndolos aparecer en sus dramas grandes sin ser morales, valientes sin ser crueles, y magnánimos, aunque salvajes.

Nada les da de sí el poeta: ninguna cualidad suya les presta: por ninguno se apasiona: hablan y obran conforme los ha creado. Mas así como Calderon, aunque sean extranjeros los personajes, los viste á la española, Shakespeare, aun tomando para sus obras asuntos griegos ó romanos, pinta siempre las costumbres inglesas.

Fiados estos dos génios en la potencia de sus facultades, ni conocieron los clásicos antiguos, ni se encuentran en sus producciones la fidelidad

histórica ni la geográfica. Shakespeare no se cura de si en los tiempos en que pasa la accion del *Hamlet* existia ó no la universidad de Heidelberg, ni aun si en la época de Teseo se encerraban las doncellas en el claustro, ni si la Bohemia tiene puertos de mar. En efecto: ¿qué le importan esas bagatelas, si arrastra el ánimo del espectador y le cautiva por el vigor y variedad de los cuadros é imágenes que le presenta?

Su sistema dramático no tiene parentesco alguno con el de los antiguos: sus trajedias representan acontecimientos singulares ó terribles, en medio de los cuales aparecen escenas burlescas. Chocan entre sí en esas sublimes producciones lo sério y lo cómico, lo jovial y lo patético, lo tierno y lo espantoso, la suave emocion y el paroxismo de la ira. Preséntanos la muerte con su ordinario séquito de terrores, la miseria, el hambre, la locura. *Macbeth*, *Ricardo II*, *El Rey Lear* y *Hamlet* son la mas sombría expresion de su pensamiento dramático.

Refrescan como el céfiro de la mañana la ardiente cabeza del calenturiento las imágenes suaves, celestiales, de Catalina de Aragon, Ofelia, Cordelia, Julieta, Desdémona, Miranda; creaciones delicadas de una perfeccion ideal, desconocidas entonces, y ahora ya no tan raras, por fortuna nuestra, á pesar de vivir en un siglo acusado de materialista é insulso.

Empero, con estos personajes llenos de gracia y de inefable dulzura, mézclanse otros estúpidos, groseros, cual los sepultureros que se divierten arrojándose cráneos humanos; porque en la altiva independencia del génio de Shakespeare, las escenas suceden á las escenas sin lazo aparente, no deteniéndole ni el espacio ni el tiempo, como si no conociera otra ley que la del creciente interés que arrastra, que fascina al espectador. Así llegó á ofrecer á la admiracion de la posteridad las extrañas concepciones de *La Tempestad* y *El Sueño de una noche de verano.*

Semejante al águila que domina en los aires como absoluta soberana, la ley de Shakespeare es su capricho; solo que los caprichos del ilustre poeta son sublimes.

No pinta como los antiguos un héroe, un acontecimiento, sino al hombre, la variedad de sus facultades en la unidad del individuo, rompiendo así con las leyes del arte para sujetarse á las del corazon. Si no presenta Shakespeare el hombre histórico, el héroe, sino el hombre desnudo, y halla en sus sentimientos el motivo de las acciones y sucesos que desenvuelve; si la trabazon de éstos, aunque oculta, aparece evidente en el final, de manera que no puede quitarse ninguna de las escenas discordantes con las

reglas comunes sin alterar profundamente el conjunto, es claro que el arte escrito es incompleto, y que los críticos harian mucho mejor indagando las nuevas relaciones que unen entre sí las partes de una obra del génio, que zahiriéndole por faltar á unas menguadas reglas, á pesar de su grandísima utilidad para guiar á las medianías.

No son los gramáticos los que forman las lenguas, sino los buenos hablistas. Shakespeare, como Miguel Angel, como Calderon, como el autor del *Ingenioso hidalgo* y como el de *Los Miserables*, sometidos al análisis comun, son pésimos autores. Así como los fluidos imponderables no están sujetos á las leyes de los graves, y sin embargo, obran sobre la materia, así el génio tampoco obedece á las leyes comunes del arte, á pesar de obrar sobre el espíritu humano; y así como interesa conocer las leyes que gobiernan aquellos fluidos, no es menos importante descubrir las leyes propias del génio, las cuales, no solamente perfeccionan el gusto, sino tambien la naturaleza humana: arduo trabajo aun para los críticos de primer órden, y que nos sentimos impotentes para acometer respecto de las obras de Shakespeare.

Y no vaya á creerse que sus dramas fuesen improvisados, sino muy meditados y corregidos: rehizo tres veces el *Hamlet;* refundió cuidadosamente el *Otelo,* y aumentó en una tercera parte, despues de la primera representacion, su magnífica obra *El Rey Lear.* ¿Cómo no ser así, si su carácter meditabundo, si su tristeza habitual, le llevaban á paseos solitarios, á permanecer muchos dias en los umbrosos bosques y en las alamedas de los rios? ¿Cómo no meditar, si carecia de ideal, si su alma, exenta de ilusiones, despegada de la materia, flotaba en el vacío de una profundísima oscuridad, sin fuerzas para crearse una religion, algo que respondiese á la necesidad que sienten los humanos de creer y de esperar mas allá de este fugaz relámpago llamado vida? Shakespeare, partidario de la libertad moral en algunos dramas donde analiza el hombre y sus pasiones, y de la política en aquellos en que considera los hechos, sin excepcion de clases, grados, ni fortunas, penetra en el laberinto del corazon humano y en las tortuosas veredas de la sociedad, sin entrever tampoco una luz que ilumine su conciencia.

Mientras vivió Isabel distinguió al gran poeta, mostrándose con él bastante generosa. Su sucesor Jacobo I, hijo de María Estuardo, le confió la direccion del teatro de Black-Friards; mas á la edad de cincuenta años se retiró á su pais natal, donde murió dos años despues, en 1614, el dia aniversario de su nacimiento, depositándose su cuerpo en la iglesia de

Stratford , donde se le elevó el monumento de que hemos hecho mérito. En 1740 los restos del eminente dramaturgo fueron trasladados al soberbio mausoleo que se erigió al efecto en la Abadía de Wetsminster de Lóndres, donde reposan al lado de los reyes y grandes hombres de Inglaterra.

La casa de Shakespeare en Stratford fué por algun tiempo objeto de una especie de peregrinacion; mas como se impusiera una contribucion al propietario de tan sagrada mansion, este para vengarse la demolió. Á pesar de tan bárbara profanacion, quedó en el jardin un moral plantado por el ilustre autor, que es mirado con religiosa veneracion por los ingleses, y de cuyas ramas secas se hacen gran número de objetos sumamente apreciados por sus admiradores.

La primera edicion de los dramas de Shakespeare se hizo en 1623 por dos cómicos llamados Hemmige y Condell. Esta edicion, á pesar de ser defectuosa, salvó las obras de nuestro poeta, puesto que hasta 1709 no se despertó el celo de los editores por coleccionar y corregir los textos plagados de errores de los copistas.

Catorce mil son las palabras empleadas por el poeta en sus diversas obras. Para que el lector pueda formar concepto de este riquísimo caudal de vocesraices, puesto que no se cuentan en dicho número las derivadas, como por ejemplo: *abadía, abadesa, abadengo, abacial,* cuyo orígen es *abad,* diremos, que los literatos, filósofos y doctos mas distinguidos ostentan en sus obras de cuatro á ocho mil términos.

Shakespeare, mas dichoso que Dante, no tuvo necesidad de crear una lengua para emitir sus pensamientos: Marlowe, Ben Johnson, Peel, Spencer y otros autores dramáticos, habíanla cultivado, enriquecido y suavizado hasta prestarse á todos los giros del lenguaje poético, y á ellos debió Shakespeare, el inagotable caudal de dicciones y frases que enriquecen sus trajedias. Así pudo con tan brillantes telas vestir sus creaciones y hacerlas aceptables y comprensibles hasta la popularidad, contribuyendo por medio de ellas á la revolucion inglesa, puesto que removiendo las pasiones, exaltó las ideas de libertad civil y religiosa, y á pesar de la mansedumbre de Jacobo Estuardo y de la suavidad de Cárlos I, no pudo soportar el pueblo inglés el absolutismo iniciado por Enrique VIII, sostenido por María Tudor y endiosado en Isabel, y estalló la gran revolucion, que ingrata con Shakespeare, cerró los teatros, que no volvieron á abrirse hasta la restauracion de la monarquía en la persona de Cárlos II.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE GUILLERMO SHAKESPEARE.

GALILEO.

(1564 Á 1642 DESPUES DE J. C.)

El nombre que acabamos de escribir aparece rodeado de tan explendente aureola, que su luz ilumina los siglos XVI y XVII, llegando sus destellos hasta nosotros y mucho más allá en lo porvenir.

Luces vivas son efectivamente las que despide aquella edad en que brilla la Reforma en Alemania, se engalana la astronomía con Copérnico, Tycho-Brahe y Kepler; las artes bellas con Miguel Angel, Ticiano y Rafael, y las letras con Camoens, Cervantes, Tasso, Lope de Vega, Shakespeare, y aun con el mismo Galileo, cuyos escritos, bajo el punto de vista puramente literario, son la gloria de su patria. Si á esa pléyade de egregios varones aplicáramos el anteojo de la historia, descubriríamos, como en la constelacion del mismo nombre, un numeroso cortejo de personajes célebres por sus expediciones lejanas, por sus conquistas en el Nuevo Mundo, por sus acciones gloriosas en el campo de las Comunidades de Castilla, en las guerras contra el poder de los turcos, ó por el martirio sufrido por la fé religiosa ó las convicciones de la ciencia.

Siglos de lucha en que la edad Moderna combate á brazo partido con la edad Media, mezcla bárbara del salvajismo de los bosques, de la corrupcion de los imperios Romano y Bizantino y de la austeridad cristiana.

La Iglesia católica, conmovida por la Reforma, temia á los filósofos, y aun á los físicos y matemáticos que buscaban en el estudio de los fenómenos naturales las leyes que gobiernan el mundo, y se desentendió de

la sabia y prudente máxima de San Agustin, quien previendo los adelantos que el tiempo efectuaria en las ciencias exactas, adelantos que estarian acaso en contradiccion con la *Biblia,* habia dicho:

«Si cualquiera demuestra con argumentos verdaderos alguna cosa respecto de la naturaleza, nosotros probaremos que no está en contradiccion con la Santa Escritura.»

¿Por qué la Iglesia no se acomodó á este principio, para continuar siendo la cabeza de la cristiandad y del progreso humano? ¿Qué importaba á la pureza del dogma dar una nueva interpretacion á la doctrina cosmogónica de la *Biblia?*

«Causa gran daño, dice Santo Tomás, sostener ó negar cual si perteneciera al dogma lo que es indiferente á él.»

El hombre estudioso que lee tranquilamente bajo la tolerancia de las instituciones modernas la historia de los progresos y de los extravíos del género humano, verá en la época en que vivió Galileo cuán grande debia ser el talento de los reformadores, y cuánta su magnanimidad para sobreponerse á la ignorancia presuntuosa de los peripatéticos [1] y á la susceptibilidad maligna de una teocracia que, con la *Biblia* en la mano, pretendia detener el desarrollo de las ciencias de observacion.

Alumbrando entonces las hogueras de la Inquisicion todo el orbe católico, reducian á pavesas á cuantos profesaban opiniones algo atrevidas en materias religiosas. En Francia, queriendo el fanatismo católico exterminar de una vez á los protestantes, ordenó para la noche de San Bartolomé del año 1572 una matanza general de ellos, sin excepcion de edad ni sexo, cuya inmensa hecatombe fué celebrada en Madrid, Venecia y Roma con fiestas é iluminaciones y bendecidos los asesinos por el *bondadoso* Pontífice Gregorio XIII, que mandó pintar un cuadro representando tan sangrientas escenas. En Holanda y en los Paises-Bajos los soldados de Felipe II, mandados por el feroz duque de Alba, persiguieron durante muchos años á los protestantes hasta hartarse de sangre y de matanza, y en la península Ibérica los repugnantes autos de fé vinieron á ser la diversion diaria y favorita del pueblo y de la córte, llegando el furor religioso al extremo de extrañar á un millon de industriales y agricultores moriscos, contribuyendo así á la ruina de España.

[1] La filosofía peripatética, ó de Aristóteles, adolecia de errores de raciocinio y carecia de verdades de observacion.

Sin embargo, á pesar de la intolerancia, las ciencias y las artes seguian majestuosamente su camino venciendo mil obstáculos, ó mejor, venciéndolos los hombres que las cultivaban, pues es raro encontrar libros de ciencia de aquel tiempo en que el fervor religioso no encubra ó matice las nuevas ideas que exponian sus autores.

Así procedieron Copérnico, Kepler y Galileo.

Al ocuparnos de este último deberemos referirnos con frecuencia á los dos primeros, porque forman una especie de trinidad, que es el principio, medio y fin del verdadero sistema planetario: ellos prepararon el camino de Newton, y todos juntos el de la astronomía moderna, tan brillantemente representada por Lalande, Laplace, Arago y Leverrier.

Alcanzó Galileo su inmensa celebridad no solo por sus conquistas científicas, que son de un órden superior, cuanto porque le cupo el triste y glorioso legado de la corona del martirio, que debió sufrir Copérnico por haber conmovido las creencias seculares astronómicas, apoyadas no solo en la ilusion de los sentidos, sino por la Escritura, que afirma *está la Tierra quieta desde la eternidad.* Es probable que, á pesar de ser Copérnico canónigo de Torn (Prusia Polaca), y de dedicar su obra *De las revoluciones de los orbes celestes* al Papa Paulo III, fuera perseguido por la Inquisicion, si la muerte, arrebatándole á las ciencias en 23 de Mayo de 1543, no le sustragera al furor del fanatismo. [1]

Porque si la Iglesia pudo ser indiferente á la iniciacion de la nueva doctrina astronómica, que era la antigua de Pitágoras, pero mejor coordinada y comprobada por la observacion y el cálculo; si aun elevó á cardenal á Nicolás de Cusa, que la preconizó mucho antes que Copérnico; si Alberto Vinmarstad mereció los elogios y regalos del Papa Clemente VII por exponerla; si aun el mismo Copérnico pudo explicarla en Roma, sublevóse despues contra ella el espíritu católico, y por boca de Urbano VIII, que admiraba á Galileo, la declaró tan perjudicial al dogma católico como los escritos de Lutero y Calvino.

Á la verdad, el sistema de Copérnico contradecia formalmente la letra de la *Biblia*, y además, de él derivaba la probabilidad de ser habitados

[1] Setenta años contaba, y hasta esta edad no se atrevió á publicar su obra, aunque hacia mas de treinta que sostenia el nuevo sistema solar en cátedras públicas. Cuéntase que al recibir el primer ejemplar impreso de su obra de manos de su discípulo Rético, exclamó, ya en las ansias de la muerte: «¡Hasta los niños sabrán que la tierra se mueve!»

los demas planetas, resultando de aquí el grave inconveniente de que no todos los hombres descendiesen de Adan y Eva.

La sencillez de la cosmogonía bíblica se veia, en efecto, atacada en sus fundamentos: temióse por su prestigio, y por consiguiente, por el de la Iglesia católica. ¿Cómo podia perdonar esta á los propagadores de una doctrina que acaso minaba su poder? Bajo este supuesto se cometió el error de atacar la herejía científica con los mismos procedimientos conque se combatia la religiosa.

Mas Copérnico no existia ya, y Kepler, [1] génio sublime que habia desarrollado las leyes del nuevo sistema, estaba lejos de la venganza católica por su calidad de súbdito aleman. El rencoroso celo de la Inquisicion, viendo escapar su presa, buscó otras víctimas en que cebarse, hallándolas, aparte de nuestro personaje, en el ilustre Tomás Campanella, á quien tuvo encerrado veinte y siete años en sus calabozos, y en Jordano Bruno, que además de sus opiniones hetorodoxas, sostenia el sistema de Copérnico y afirmaba que cada estrella fija era un sol, á cuyo alrededor giraba un cortejo de planetas. Jordano Bruno fué llevado á la hoguera en 1600. Al pié de ella, esto es, en el supremo trance de perder una vida consagrada á la ilustracion de los hombres, sin que sintiese desfallecer un punto su gran corazon, dijo á sus jueces:

«La sentencia que acabais de leerme, pronunciada en nombre de un Dios de misericordia, os causa mas miedo á vosotros que á mí.»

Expió tambien Galileo en los calabozos de la Inquisicion el haberse atrevido á corregir la nueva doctrina astronómica y á enriquecerla con nuevos descubrimientos, comprobándose en él aquella amarga verdad que arroja la historia de todos los pueblos, á saber: que todo sistema trascendental es perseguido en su iniciador y en sus propagadores, sobre todo si ataca alguna de las bases sociales por errónea que sea.

Dados estos antecedentes, vamos á narrar la vida de nuestro personaje.

El 18 de Febrero de 1564, el mismo dia en que el gran Miguel Ángel exhalaba el último suspiro, nacia en Pisa Galileo Galilei de los esposos Vicente Galilei y Julia Cosme Venturi. De profesion músico fué el padre de nuestro héroe, y tan entendido en su arte, que acerca de él escribió larga-

[1] La madre de Kepler fué acusada de bruja; estuvo cinco años encarcelada, é iba á sufrir la muerte, cuando la influencia científica siempre creciente de su hijo pudo salvarla de la hoguera, donde hubiera perecido como su tia.

mente, aunque se han perdido sus obras. Además, conocia bastante las matemáticas para inculcar á su hijo la necesidad de su estudio, tanto en beneficio de las artes mecánicas, para las cuales demostraba tener feliz disposicion, como para las liberales, á que se aficionara nuestro púber. Excusábase éste de aprender la *ciencia de la cantidad,* creyéndola inútil para el estudio de la música, pintura y letras; mas su padre le probó que los tonos y posiciones y la armonía y buen efecto, tanto del conjunto como de cada una de sus partes en las obras de las bellas artes, dependen de leyes matemáticas, y que su estudio no podia menos de perfeccionar el gusto y el sentimiento de aquellos que habian nacido con dotes para cultivarlas.

Desde su infancia reproducia en pequeña escala Galileo las máquinas que veia funcionar, y tal maña se daba en sus imitaciones, que no hubiera sido temerario presumir en el niño al futuro autor del *Discurso y demostracion matemática de una nueva ciencia,* acerca de la cual el célebre Lagrange dice lo siguiente:

«La dinámica es la ciencia de las fuerzas aceleratrices y retardatrices y de los variados movimientos que deben producir en los cuerpos á que se aplican las fuerzas. Esta ciencia es enteramente moderna, y de ella echó los fundamentos Galileo. Poco apreciada durante su vida, es hoy el mejor ornamento y la parte mas sólida de la gloria de este grande hombre.»

Desde su pubertad estudió Galileo literatura y la filosofía peripatética, de cuyos errores fué tenaz enemigo, combatiendo los argumentos de autoridad en cuanto estaban en contradiccion con la experiencia y el raciocinio. Por eso Galileo adquirió fama entre sus contemporáneos de obstinado y disputador.

Pretendia su padre hacerle médico, y aun siguió con provecho los estudios de medicina; pero habiéndose proporcionado un Euclides, cobró tanta aficion á las matemáticas, que se consagró á ellas abandonando los estudios médicos. Tenia á la sazon diez y nueve años, y alarmado su padre del descuido conque miraba sus estudios, fué á Pisa para reprenderle; mas hallándole engolfado en las ciencias, le permitió seguirlas, aunque la estrechez en que vivia el resto de la familia reclamaba de Galileo una ocupacion inmediata y socorrida. Convencido de ello el jóven sabio, trabajó, dió lecciones, pintó para ayudar á su familia, y así logró seguir sus estudios favoritos: la literatura, la geometría, la mecánica y la astronomía.

Cuando, segun refiere Libri, le regaló el profesor Ricci un ejemplar de Arquímedes, sintió el jóven matemático tal estímulo con la lectura del

geómetra de Siracusa, que no tuvo en lo sucesivo otro guia, diciendo «que él bastaba á cualquier hombre para andar con seguridad por la tierra y el cielo.»

Tenia la edad de veinte y dos años, cuando un dia que oraba en la hermosa catedral de Pisa, observó las oscilaciones de una lámpara, y halló que dichas oscilaciones eran isócronas, esto es, que tanto las grandes como las pequeñas tenian igual duracion. Hecha esta observacion, estudió luego en su casa las leyes que rigen las vibraciones, convenciéndose de que su duracion no depende de su amplitud, sino de la longitud del rádio y luego de la fuerza de gravedad; y así que sobre el péndulo fundó su reloj astronómico, acaso igual al que se ha sabido despues construyó Ebn-Jounis, astrónomo del siglo x, pero de todos modos diferente del que hizo Sanctorius en 1612, y del de Huyghens en 1656, en los cuales el péndulo es el regulador del movimiento del reloj, mientras que en el de Galileo el péndulo es el motor de las agujas indicadoras del trascurso del tiempo.

La reputacion del jóven matemático se extendia ya mas allá del círculo de sus amigos. Así pudo ponerse en correspondencia con el astrónomo Clavio, con el geógrafo Ortelio y con otros sabios que apreciaban su mérito. El célebre geómetra marqués del Monte le llamaba el Arquímedes de su tiempo, y sin embargo, nada habia impreso todavía, limitándose á comunicar sus manuscritos y observaciones á los matemáticos, que le tenian en gran estima, á pesar de su pobreza.

Por los buenos oficios de del Monte alcanzó Galileo la cátedra de matemáticas de la universidad de Pisa, famosa tanto por ser la mas antigua de Italia como por la suntuosidad de su edificio. Mas al perder Pisa sus libertades municipales por su dependencia de Florencia, perdió igualmente su importancia, tanto, que un profesor de matemáticas de aquella universidad percibia anualmente sesenta escudos, [1] ó sea lo indispensable para no morir de hambre.

Sin embargo, el curso de matemáticas desempeñado por el jóven profesor fué tan brillante como su inteligencia, puesto que explicó doctrinas nuevas que arrojaron copiosas luces sobre muchos problemas de física hasta entonces oscuros ó ignorados, entre ellos las leyes de los cuerpos graves.

Las nociones mas claras que sobre la *gravedad* se habian vertido hasta entonces consistian en las opiniones de Copérnico y Kepler.

[1] Cuatro reales diarios.

«Yo llamo *gravedad*, decia el primero, á cierto apetito natural que tienen todas las partes de la materia, en virtud del cual tienden á reunirse desde los diversos puntos que ocupan.»

Kepler decia:

«La *gravedad* es una afeccion natural y recíproca entre dos cuerpos de la misma especie que tiende á reunirlos. Si la Tierra dejase de atraer sus aguas, todo el mar se elevaria y reuniria en la Luna.»

Estas concepciones, en que la imaginacion campea mas que la observacion, fueron despues probadas por la experiencia y el cálculo. De aquí que Humboldt, como si quisiera impulsar el espíritu de generalizacion y de teoría, y moderar las acerbas censuras que contra este espíritu lanzan los sabios de nuestros tiempos, diga:

«No es justo acusar á la imaginacion adivinatriz, á la actividad vivificante del espíritu que animó á Platon, Colon y Kepler de no haber creado nada en el dominio de la ciencia, como si por las mismas leyes de la naturoleza debiera ser siempre extraña á la realidad de las cosas.»

El célebre Arago dice tambien respecto de este punto, que «es absolutamente imposible entregarse á experimentos de algun valor sin partir de una hipótesis.»

Mas en los tiempos de Galileo se abusaba tanto de la generalizacion, que la antiquísima escuela peripatética preferia adivinar á observar, y por la veneracion llevada hasta el fanatismo por Aristóteles creia verdades irrefutables todas las afirmaciones de tan gran maestro. Galileo reconoció luego que la confianza en las propias fuerzas intelectuales, sin estar apoyada en la observacion como principio de autoridad, era un escollo que debia evitarse. Por eso hizo un análisis de la filosofía peripatética, dominante en las universidades, y atacó por el cálculo y la experiencia los errores de gran bulto que contenia; definió por este procedimiento la gravedad; compuso así tambien su *Discurso acerca de los cuerpos flotantes,* en que por primera vez se sienta el principio de las velocidades virtuales; creó la ciencia conocida con el nombre de *Dinámica*, y así pudo encauzar las ciencias físicas sacándolas de las tortuosas sendas porque las guiaban los peripatéticos.

Además de lo dicho, á las vagas nociones que acerca de la gravedad tenian Copérnico y Kepler, sustituyó las siguientes cuatro leyes, que la definen de una manera tan precisa, que ellas bastaron al gran Newton para hallar las de la gravitacion universal.

Dijo Galileo y probó por el cálculo y la experiencia:

«La velocidad de los cuerpos que obedecen libremente á la gravedad es independiente de su masa.

»Independiente es tambien la velocidad de la naturaleza de los mismos cuerpos.

»La velocidad es proporcional al tiempo en que obedecen á la gravedad.

»Los espacios recorridos por dichos cuerpos son proporcionales al cuadrado del tiempo empleado en recorrerlos.»

La enseñanza y propagacion de estas cuatro leyes escandalizó á los profesores de la universidad, á los doctores de Pisa y á los sabios de Florencia.

En vano demostró las dos últimas á favor de una esfera bajando libremente por un plano inclinado, y las dos primeras dejando caer de la elevacion de 190 piés [1] esferas de oro, plomo, cobre, pórfido y cera, exactamente iguales en volúmen, que llegaron al suelo á un mismo tiempo. Galileo contradecia las afirmaciones del maestro de los griegos, de los romanos y de la edad Media: Aristóteles habia dicho que la velocidad de la caida de los cuerpos era proporcional al peso de los mismos, y en aquel siglo, contradecir al gran maestro, era un delito casi igual á protestar contra las decisiones de la Iglesia.

«Piensen, señores, decia Galileo en clase, que en el terreno científico la autoridad de mil no vale lo que una prueba de experiencia ni el mas humilde razonamiento de uno solo.»

Batia, pues, en brecha Galileo los errores de la filosofía peripatética, y lo hacia con donaire contra su fundador porque habia incurrido en faltas de ligereza.

Sabido es que Platon, maestro de Aristóteles, tenia en el frontispicio de su escuela el siguiente rótulo.

« Nadie entre aquí que no haya estudiado geometría.»

Quizá por envidia, tal vez por la pereza inherente á las grandes inteligencias en cuanto se refiere á trabajos en que no pueden desplegar rápidamente sus vastas facultades, Aristóteles desdeñaba una ciencia como la matemática, cuya aplicacion requiere el conocimiento de todos los pormenores de una cuestion para resolverla, lo cual embarazaba su espíritu genera-

[1] Tal es la altura de la famosa torre inclinada de Pisa.

lizador, y de aquí que prohibiese á sus discípulos el estudio de las matemáticas. Nuestro astrónomo, reconociendo como todos los siglos reconocerán el inmenso talento de Aristóteles, no podia, sin embargo, perdonarle el desprecio de una ciencia que constituye el floron mas preciado de la inteligencia humana; por lo que decia desde su cátedra con sobrada razon:

«El precepto que dió Aristóteles á sus discípulos era muy prudente, porque nada es tan fatal á sus teorías como la geometría, que demuestra sus errores.»

Por esta enseñanza de Galileo se irritaron contra él los doctores de su tiempo, agregándose á la enemistad de sus comprofesores la antipatía del jefe del Estado, que se granjeara por el motivo que vamos á explicar. Cosme I, gran duque de Toscana, tenia un hijo natural llamado Juan de Médicis, que inventó una máquina para el dragado de los puertos, la cual fué sometida al exámen de Galileo, quien hubo de señalar en ella tantos defectos, que la hacian impropia para el objeto á que se destinaba. Quizá el austero matemático se expresara con alguna dureza en el informe, porque es muy cierto que en tratándose de ciencias de aplicacion, el sentido práctico de Galileo, que ya habia inventado alguna máquina hidráulica, el compás de proporcion y el termóscopo que hacia las veces de termómetro, era muy delicado, exaltándole un error en mecánica hasta mostrarse agresivo y sarcástico, aun cuando esta manera de producirse era propio de un tiempo en que la soberbia del talento abria palenque público por medio del pregonero para la solucion de problemas científicos.

Sea de esto lo que quiera, es positivo que el acto de noble independencia desaprobando la máquina sub-acuática del hijo natural de su soberano, con quien decia el vulgo debia congraciarse Galileo para salir de la estrechez en que vivia, acabó de concitar los ánimos en contra suya; por lo que en 1592 el sabio profesor se vió en la precision de abandonar á Pisa, yendo á Venecia en busca de un asilo.

Así en su juventud experimentó Galileo la desdicha de la persecucion, cuando merecia ya los aplausos que le ha prodigado la posteridad.

La república de Venecia ofreció desde luego al noble fugitivo la cátedra de matemáticas de la universidad de Padua, la misma que antes de su persecucion habia ofrecido á Kepler, quien al rehusarla, contestó en estos términos:

«Yo soy aleman de nacimiento, aleman de corazon, y como tal, estoy acostumbrado á decir la verdad en todas partes: no acepto la cátedra con

que me brinda el gobierno de la serenísima república, por no exponerme á ser quemado vivo como Jordano Bruno.»

Á pesar de todo, ocupó Galileo su cátedra el mismo año 1592, viéndola concurrida por gran número de oyentes, que extendieron la fama de su talento y elocuencia por el orbe científico. En Pisa tenia un auditorio que por espíritu de partido acogía muchas veces con frialdad sus sublimes ideas, mientras que en Padua, donde nadie le odiaba, gozaba de la mas ámplia libertad científica, y así que sus lecciones fuesen muy aplaudidas.

Escribió desde luego y sucesivamente un *Tratado de fortificaciones*, la *Gnomónica*, un *Compendio sobre la esfera* y un *Tratado de Mecánica*. [1] No imprimió ninguna de estas obras, aunque facilitó su conocimiento por medio de copias, y de esta indiferencia en consagrar la propiedad de su pensamiento por medio de la imprenta se aprovecharon los merodeadores de la ciencia para apropiarse algunos de sus descubrimientos.

Existia la costumbre en aquel tiempo de conferir las cátedras, como en la edad Media, por un número determinado de años, trascurridos los cuales se solia renovar el contrato. Pasados los seis primeros en que Galileo desempeñó su cargo, se le confirió por otro plazo igual; pero con aumento de sueldo, para corresponder á los desvelos del ilustre profesor, á cuyas lecciones acudian jóvenes de todas las naciones de Europa y de las principales familias, contándose entre sus oyentes algunos príncipes, como Gustavo de Suecia, que fué uno de sus discípulos. Seguíanle estos por todas partes para aprovecharse de su conversacion, sin dejarle un instante solo, ni aun cuando se sentaba á la mesa, donde servia el papel de servilleta, por estar escaso de mantelería el grande hombre del siglo XVI.

Cuando en 1604 apareció la nueva estrella en la constelacion del *Sagitario*, hizo memoria Galileo de que otros casos análogos habian ya tenido lugar en el cielo, y recordó que Plinio decia que, á propósito de una nueva estrella, Hiparco se resolvió á contar y clasificar las que se veian, para que en los futuros siglos se pudiese juzgar de la corruptibilidad de los cielos. Tambien hizo mencion de la brillantísima estrella abservada en 1572, cuando él contaba solamente ocho años, que fué descrita por el célebre astrónomo Tycho-Brahe; estrella que compareció de repente en la constelacion de *Casiopea*, presentándose mas brillante que cualquiera de los planetas; que

[1] La *Gnomónica* y el *Compendio sobre la esfera* se han perdido; el *Tratado de fortificaciones* se publicó cien años despues de muerto el autor, y el de *Mecánica* imprimióse en francés bajo los cuidados del padre Marsenne á los cuarenta años de haberlo escrito Galileo.

luego fué palideciendo, y que se extinguió paulatinamente sin haber cambiado de sitio á los diez y siete meses de su aparicion, sin dejar ningun rastro en el sitio que ocupaba.

Sacó Galileo en consecuencia de las nuevas estrellas de Hiparco, Tycho-Brahc y de la entonces presente, que se extinguió por grados á los quince meses de su aparicion, que los cielos, lo mismo que la tierra, estaban sujetos á contínuos cambios, y que lejos de ser puros é inalterables como pretendian Aristóteles y los peripatéticos antiguos y modernos, eran cambiantes y corruptibles.

Así presentia ya Galileo la doctina moderna sobre las acciones y reacciones, doctrina que tan perfectamente explica todos los fenómenos, y especialmente los cambios de color, brillantez y desaparicion temporal de las estrellas periódicas, entre las cuales algun astrónomo cuenta nuestro Sol, por parecerle que tienen períodos marcados las grandes manchas que en él aparecen, manchas que empezó á estudiar el mismo Galileo.

Sostenia entonces este, segun cuenta Fabroni, relaciones amorosas con Marina Gamba, que estaba divorciada de su esposo, y un mal intencionado denunció estos amores al Senado, con el objeto aparente de desprestigiar al sabio profesor, y acaso con la esperanza de que seria desterrado de su nueva patria; empero aquel Senado, cuyos decretos eran tan temibles, calculando que, á ser cierta la acusacion, Galileo no tenia paga suficiente para sostener su nueva familia, aumentó su pension hasta trescientos veinte florines. De la Marina Gamba se cree que tuvo dos hijos, de los cuales uno fué médico, y una hija que se hizo monja.

Era ya de edad madura Galileo, y aun no creia en el sistema solar de Copérnico, sobre el cual, segun Cantú, se expresa de este modo:

«Habia yo concluido la filosofía cuando vino á Rostock un tal Cristiano Vurstizio, discípulo de Copérnico, que dió unas cuantas lecciones sobre el sistema de éste en una academia á que acudia numeroso auditorio Creyendo que la mayor parte cederia al atractivo de la novedad, y convencido de que tal sistema habia nacido de la cabeza de un loco deseoso de celebridad, no quise asistir á la academia. Pregunté á algunos de los concurrentes, y todos me dijeron que iban á ella para divertirse. Uno solo me aseguró que nada tenian de ridículas aquellas lecciones, y como yo tenia á este sujeto por hombre reservado y juicioso, sentí haber perdido las explicaciones de Cristiano, y preguntaba á los partidarios de Copérnico si siempre habian tenido la misma opinion. Todos afirmaron que habian

seguido la contraria por mucho tiempo, y que solo la fuerza de los argumentos les habia hecho variar. Híceles diversas objeciones en contra, y al oir sus respuestas, me convencí de que no habian adoptado aquellas ideas por ignorancia ni ligereza. Por otra parte, cuando preguntaba á los peripatéticos y partidarios de Tolomeo si habian leido á Copérnico, me convencia de que no, ó de que no le habian comprendido. Principié, por tanto, á creer que cuando un hombre repudia una opinion que ha mamado con la leche y que es comun al mayor número, para abrazar otra que cuenta pocos prosélitos, anatematizada además por las escuelas y tenida por una paradoja, debe haber sido impulsado y casi violentado á tal adhesion por argumentos irresistibles, y me entró gran deseo de conocer á fondo la cuestion.»

Y ni aun despues de convencido de la verdad del sistema de Copérnico se atrevia á defenderlo públicamente, segun escribia á Kepler en 1597, por temor de ser el ludibrio de las nécias medianías, aferradas casi siempre á las ideas antiguas, mas por envidia á los modernos innovadores, á quienes no pueden aventajar, que por convencimiento propio de la verdad de los sistemas sostenidos por la tradicion.

De la estancia en Padua de nuestro héroe, hácia el año 1609, data la invencion del catalejo ó anteojo de larga vista atribuido á Galileo por sus admiradores. Sin embargo, sábese ahora de una manera cierta que la invencion partió de Holanda, y que llegó á oidos de Galileo que habia sido presentado en Flandes á Mauricio de Nassau un instrumento con auxilio del cual los objetos lejanos se veian mas inmediatos. Sin mas que este anuncio y despues de meditar toda una noche, cogió el sabio profesor dos pedazos de cristal sin burbujas ni arenas, esto es, perfectamente trasparentes; los trabajó y pulió dando á uno convexidad esférica por ambas caras y al otro concavidad tambien esférica; los colocó en los extremos de un tubo, y quedó hecho el telescopio que aun lleva su nombre. Es muy posible que esta idea hubiese germinado en su cerebro mucho antes de recibir la noticia de la invencion del instrumento holandés, cuando con tanta prontitud la ejecutara Galileo, y con perfeccion tal, que con su anteojo pudo ya observar los astros.

No obstante, la invencion en Holanda se debió á la casualidad, y fué de esta manera, segun refieren las crónicas de aquel tiempo. En la tienda de un vendedor de lentes ó espejuelos de Middelbourgo, llamado Lippershey, estaban jugando dos niños hijos suyos con dos lentes, uno convexo y otro cóncavo, y como acertaran á mirar por ellos dirigiéndolos á la torre del

campanario, vieron tan claramente el gallo del remate de la torre, que uno despues de otro arrojaron un grito de alegría que llamó la atencion de su padre. Miró tambien Lippershey á través de los lentes, y observó que colocados el convexo delante y el cóncavo detrás, algo separados, se veian muy claros los objetos que á cierta distancia aparecian confusos á la simple vista.

Encantado de su descubrimiento, dispuso en seguida el diligente Lippershey dos tubos de carton que fácilmente pudiesen penetrar uno dentro de otro, los cuales, armados el de mayor diámetro de un cristal convexo, que ahora llamamos objetivo, y el tubo de menor diámetro de uno cóncavo, designado despues con el nombre de ocular, tuvo construido el primer anteojo de larga vista que haya conocido el mundo.

Sin embargo, los progresos que Lippershey y otros ópticos holandeses y alemanes verificaron sobre la invencion del telescopio fueron tan insignificantes, que en 1637 todavía no habian alcanzado un aumento de potencia ocular suficiente para ver los satélites de *Júpiter,* lo cual prueba cuán poco prospera una invencion que la casualidad ha puesto en manos de un mecánico inexperto, en tanto que se ostenta fecunda en resultados cuando la perfecciona el hombre de ciencia que adivinó su mecanismo. Viendo Galileo en esta invencion el grandioso campo que se abria á la ciencia de los astros, trabajó asíduamente hasta conseguir la construccion de catalejos, que, sucesivamente perfeccionados, dieron aumentos de cuatro, siete y treinta veces la vision natural.

El hombre que dedica su vida al descubrimiento de nuevos horizontes, tanto en la naturaleza física como en la moral, ¡qué arrobamiento de placer debe experimentar, cuando, como dice Kepler, tentando las paredes en medio de las tinieblas de su ignorancia, llega á la brillante puerta de la verdad!

Inmensa debió ser la satisfaccion de Copérnico hallando por la fuerza de su génio la verdad del sistema solar de Pitágoras; viva la de Kepler comprobándola por la observacion y deduciendo las admirables leyes de las órbitas de los planetas; mas no pudo llegar ni en uno ni en otro al pasmo, al éxtasis, porque no fué repentina, sino sucesiva y repartida entre un gran número de años. Empero, la alegría de Galileo fué súbita, instantánea, increible, cuando aplicó el anteojo á la observacion de *Júpiter* y le vió del tamaño de una pequeña Luna y rodeado de cuatro satélites que giraban á su alrededor.

¡Galileo habia descubierto un nuevo mundo, cuyo centro no era el Sol,

sino un planeta dependiente de este astro; un planeta con cuatro lunas que circulaban velozmente alrededor del cuerpo central!

La hipótesis de las bóvedas de cristal que hasta entonces sostenian las órbitas de los planetas, quedaba desvanecida, no ya por la sutil materia de los cometas, sino por la presencia de otras lunas, por cuerpos tan consistentes como los mismos planetas.

Este pequeño modelo del mundo de Copérnico hacia triunfar en la opinion el verdadero sistema solar, comprobando además la eterna verdad de las leyes de Kepler; porque tambien, como los planetas alrededor del Sol, los cuatro satélites describen elipses sobre *Júpiter;* tambien sus radios vectores recorren áreas iguales en tiempos iguales, y tambien los cuadrados de los tiempos de las revoluciones son entre ellos como los cubos de sus distancias respectivas al centro atractivo. ¡Cuánta luz se difundió por los cielos hasta entonces oscurecidos por las tinieblas de la ignorancia!

Galileo publicó sus observaciones en una hoja que veia la luz pública á medida de los descubrimientos celestes que realizaba, bajo el título de *Sidereus nuntius.* [1] Al llegar á manos de Kepler el número correspondiente á las observaciones de los movimientos de los satélites de *Júpiter,* trasportado de gozo al ver la confirmacion de sus leyes, y recordando la frase del emperador Juliano, exclamó:

«¡Venciste, Galileo!»

El Senado de Venecia, por su parte, decidió darle una prueba de reconocimiento, confiriéndole durante su vida y con una pension anual de mil florines la cátedra que desempeñaba en Padua.

El gran duque de Toscana quiso ser esta vez liberal con nuestro sabio, llamándole á su córte y ofreciéndole el título de matemático y filósofo de la corona. Pero (siempre ha de haber *peros* en las gracias que otorgan los reyes á los hombres de mérito) en el diploma que expidió á favor del ilustre profesor, hizo poner el siguiente considerando:

«Por cuanto la filosofía ha prestado siempre vasallaje y servidumbre al soberano...»

Y despues de este estúpido alarde de poder, no se dignó defender á su *vasallo* cuando la Iglesia le cargó de cadenas dándole únicamente á elegir entre la abjuracion de sus creencias científicas y el suplicio de la hoguera.

¡Lástima que Galileo accediera á las solicitaciones del gran duque y no

[1] Correo de las estrellas.

continuara viviendo en la independiente Venecia! En la levítica Florencia no podia gozar de la libertad de hablar y escribir, indispensable siempre y en mayor grado á los que consagran sus fuerzas al adelantamiento de las ciencias.

En Agosto de 1610 publicó en su *Sidereus nuntius* una noticia del mayor interés, y que, como la de los satélites de *Júpiter*, debia fijar definitivamente en los cielos la atencion no solo de los sabios sino de las muchedumbres. Reveló al género humano que en nuestro satélite existian montes de una elevacion considerable, valles extensísimos, volcanes quizá ya extinguidos, cuyos cráteres se median por leguas, y cuyos antros eran tan profundos, que bien podian llamarse abismos: en una palabra, que la Luna presentaba una superficie accidentada como la de la Tierra, con manchas parecidas á nuestros mares ó á los terrenos trabajados por las aguas.

Seis años antes, Kepler, por la fuerza de intuicion de su génio, habia dicho que la Luna era de la misma naturaleza que la Tierra, y que como ésta, acaso estaba habitada.

Parecieron estas nuevas lunares increibles á los doctos, que preguntaron á Galileo, ¿cómo si la Luna estaba sembrada de tan grandes asperezas, no se veian en su contorno los dientes, picos y undulaciones de sus montes? Á lo cual contestó el gran astrónomo, asegurando que el disco lunar terminaba por una línea angulosa, que á nosotros nos parece de una curvatura regular, por efecto de la proyeccion de unas crestas sobre otras en los bordes del satélite de la Tierra.

Tambien se ocupó el sabio de la luz cenicienta que despide la parte oscura de la Luna en los primeros dias del cuarto creciente y en los últimos del menguante, atribuyéndola, como el célebre pintor del siglo XV Leonardo de Vinci, á los reflejos que parten de la Tierra iluminada por el Sol. La opinion del artista no era conocida entonces, y la del maestro de Kepler, el astrónomo Moestlin, tambien habia pasado desapercibida, á pesar de haberla explicado conforme á los hechos observados; pero Galileo probó la causa de aquella reflexion.

Como coincidiera la publicidad dada á esta opinion con el descubrimiento de ser el sulfato de barita luminoso en la oscuridad despues de expuesto al Sol, objetaron los doctos á Galileo que la Luna podia estar constituida por sustancias análogas al sulfato de barita. Mas el insigne matemático respondió que habia observado un eclipse de Luna, en que ésta no recibió los rayos del Sol refractados por nuestra atmósfera, los cuales

la tiñen de rojo en los eclipses, sino que desapareció del todo el disco lunar, lo cual no fuera posible si la Luna tuviese algun poder lumínico propio, aunque fuese debido á la abundancia en su superficie del sulfato de barita.

Además, habia notado que la luz cenicienta es mas viva en el cuarto menguante que en el creciente, atribuyéndolo á ser los continentes del antiguo mundo los que reflejan la luz sobre la Luna en el cuarto menguante, y en el creciente los mares Atlántico y Pacífico; y como es sabido que las aguas absorben mayor cantidad de luz que las tierras, dejó probado que la luz cenicienta de la Luna es luz reflejada por la Tierra.

En 5 de Noviembre de 1610 preguntóle por escrito su amigo Castelli si acaso *Vénus* y *Marte* tendrian fases como la Luna. No conviniéndole declarar sus dudas sobre este punto, de las cuales esperaba salir tan pronto como hubiese acabado un nuevo telescopio en que trabajaba con febril ardor, contestó á Castelli, que á consecuencia del estado de su salud, pasaba mejor las noches en la cama bien abrigado que al sereno mirando las estrellas, y que ya responderia en mejor ocasion á su pregunta, como en efecto lo hizo en 30 de Diciembre del mencionado año.

Galileo, deseoso de asegurarse la prioridad de observacion de las fases de *Vénus*, pero no queriendo publicar nada hasta dar una noticia completa de ellas, estampó en el *Sidereus nuntius* el siguiente anágrama:

Hœc immatura á me jam fustra leguntur: o, y. [1]

Consta este anágrama de treinta y cuatro letras, que colocadas en otro órden, dicen lo que sigue:

Cyntiœ figuras emulatur mater amorum. [2]

Con respecto á *Marte*, decia Galileo en la citada respuesta á Castelli:

«No me atrevo á asegurar que *Marte* tenga fases. Sin embargo, si no me engaño, creo observar que no es perfectamente redondo.»

El planeta mas singular de nuestro sistema le puso en tal estado de confusion, que no llegó nunca á comprender su estructura. Bien saben nuestros lectores, que además de rodearle ocho satélites, está metido *Saturno* dentro de un anillo delgadísimo y de una gran elevacion, parecido á una luneta de tenería, en cuyo agujero central redondo se hubiese colocado una bola. La parte delgada del anillo no tiene mas que unas cien leguas de

[1] «Estas cosas, no maduras y ocultas á los demas, son claras pàra mí.»

[2] La madre de los amores (*Vénus*) sigue las fases de *Diana* (la Luna).

espesor, y no es visible cuando se presenta de canto á la Tierra; pero su elevacion es de unas doce mil leguas, y está separado del cuerpo del planeta por unas ocho mil.

Un cuerpo tan extraordinario, visto por un catalejo que solo aumentaba treinta veces las dimensiones lineales, se presentó á nuestro observador bajo formas tan confusas, que hubo de suponerle compuesto de tres cuerpos, por lo que en 13 de Noviembre de 1610 escribia á Julian de Médicis lo siguiente:

«Cuando observo á *Saturno,* la estrella central parece la mayor, y las otras dos, cuya situacion es una á Oriente y otra á Occidente de la central, las creo unidas á ésta en direccion de una línea que no coincide en el zodíaco.»

Luego añadia:

«Los cuerpos laterales me parecen dos servidores que sostienen los pasos del viejo *Saturno.*»

Con un anteojo de menor poder amplificativo parecíale que el astro afectaba la forma de una aceituna.

Este cuerpo celeste volvió á ser observable en 1612, y como entonces se presentara de canto y fuese por lo tanto invisible, apareció perfectamente esférico. Disgustado Galileo de sus observaciones, y temiendo que las de 1610 hubiesen sido solo el resultado de alguna ilusion óptica, abandonó el estudio de un astro que tales dificultades ofrecia. Á pesar de todo, la portentosa constitucion de *Saturno* no resistió al telescopio de siete metros de distancia focal que construyó Huyghens en 1655, cuarenta y tres años despues de las primeras observaciones de Galileo, y que reveló la verdadera naturaleza de este planeta.

Despues de *Saturno* pasó nuestro astrónomo á estudiar la constitucion física del Sol, que desde entonces ha ocupado sériamente la atencion de físicos y matemáticos. Saber lo que es el Sol importa tanto á la humanidad como todo conocimiento que la acerque á las causas de la creacion. Por este conocimiento el hombre se sublima en bondad y perfeccion, y por mas que se haya extraviado en el dédalo de las religiones y de los sistemas filosóficos, la investigacion de la primera causa de su existencia sobre la tierra será siempre la fuente de toda virtud.

Despues de prolijas observaciones sobre el disco solar, Fabricio y Galileo notaron, cada uno por su parte, que tenia manchas generalmente comprendidas entre los 29° de una y otra parte del Ecuador, y que estas man-

chas se movian de Occidente á Oriente. De ellas dedujo Galileo que el Sol, como la Tierra y demas planetas, tenia un movimiento de rotacion sobre su eje, y que estaba dotado tambien de atmósfera.

Las mencionadas manchas, observadas ya por los chinos y aun por los indios del Perú, suponia Galileo que eran nubes; mas segun la teoría de Jaye, comprobada por las reiteradas observaciones espectrales del padre Secchi, Jansen, Lockier y tantos otros sabios de nuestros tiempos, deben atribuirse á irrupciones promovidas por la elevada temperatura del centro solar, la cual es bastante para descomponer ó disociar los cuerpos compuestos. En la atmósfera solar se forman las combinaciones químicas que producen la luz que nos ilumina, y esta materia combinada vuelve al centro solar, donde se descompone de nuevo, volviendo otra vez á la atmósfera.

Galileo, partiendo del supuesto de que las manchas eran nubes, creia que los años en que son abundantes eran años frios en la tierra. Empero sucede lo contrario: las manchas, siendo aberturas de dimensiones tan enormes que se miden por miles de leguas cuadradas, y por las cuales se escapan volúmenes de materia disociada muy superiores al de nuestro globo, emiten calor suficiente para alterar la temperatura media del año en la Tierra, y bastante electricidad y magnetismo para producir las auroras polares.

Si Galileo no acertó á determinar la naturaleza de las manchas y de las fáculas ó líneas mas brillantes que antes que ningun otro observó en el disco del astro que da vida al universo, tuvo sin embargo la gloria de haber fundado la ciencia de la constitucion física del Sol, tan estrechamente unida á la meteorología, y por lo tanto, á la navegacion y á la agricultura.

Continuando nuestro sabio sus investigaciones, aplicó el catalejo á la *Via-láctea,* y allí donde el ojo del hombre no vé mas que una nube blanquecina, el telescopio, como si levantara un velo, descubrió millones de estrellas sustraidas á nuestra contemplacion y hasta entonces ignoradas.

Ante tal espectáculo sintió Galileo la esplendidez y magnificencia de la creacion y su inmensidad.

En las *Pléyades,* que á simple vista ofrecen seis estrellas, contó cuarenta; en el *Cinto de Orion,* donde brillan solamente siete, vió ochenta, y así en las demas constelaciones, notando de paso que algunas estrellas tenidas por simples, eran dobles, triples, múltiples; que forman verdaderos sistemas de soles girando unos alrededor de otros.

Tan portentosos aparecian los cielos descritos por el ilustre astrónomo,

que hubo academia que negó la realidad de las imágenes telescópicas, y mas explícito el célebre matemático Clavio, autor de una importante obra sobre el calendario, de cuya reforma le encargó el Papa Gregorio XIII, se atrevió á asegurar públicamente «que el catalejo de Galileo engendraba los satélites de *Júpiter* antes de que por su medio se hicieran visibles.»

Creíase entonces que en lo que llamaban los sabios *firmamento de los cielos* estaban clavadas las estrellas, y que sobre siete vacías esferas de cristal rodaban el *Sol*, la *Luna, Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter* y *Saturno;* esferas que rompió Tycho-Brahe probando que á través de las órbitas de los planetas circulaban los cometas, lo cual no fuera posible si el *firmamento* fuese realmente de una materia sólida ó dura como el cristal.

La incredulidad de algunos llegó al extremo de no querer fijar ni una sola vez la vista en un anteojo. De estos fué uno el filósofo Libri, muy conocido en Florencia y estimado por su buen ingenio, vastos conocimientos é irreprensibles costumbres; pero que se mostraba desconfiado y temeroso por demas de caer en ridículo. Libri negó rotundamente que á favor de dos pedazos de vidrio pudieran verse tantas maravillas en una bóveda claveteada de lucientes puntas, y murió sin haber accedido á las reiteradas invitaciones y ruegos de su amigo Galileo, que pretendia hacerle examinar el firmamento, prefiriendo pasar por poco condescendiente que por burlado espectador de milagros. Á su muerte dijo con mucho gracejo nuestro astrónomo:

«Espero que al llegar mi amigo Libri al cielo habrá tenido ocasion de mirar, siquiera de soslayo, los satélites de *Júpiter* que no quiso observar desde la Tierra.»

Solicitado por personajes eminentes que deseaban conocer por su conducto las maravillas celestes, ocultas hasta entonces á los ojos de los mortales, pasó Galileo á Roma en 1611, donde sus admiradores le dispensaron un entusiasta recibimiento. Los padres jesuitas del Colegio Romano se adhirieron á aquellas manifestaciones, y pueblo, nobleza y pontificado viéronse trasportados, merced á dos cristales combinados por la casualidad y sábiamente aplicados, á regiones desconocidas.

Todos sentian que Galileo habia levantado el velo que encubria los misterios del cielo; que habia hecho patentes las montañas y volcanes de la Luna, las fases de *Vénus* y *Marte*, las lunas de *Júpiter*, la estructura singular de *Saturno*, las manchas del Sol y su movimiento de rotacion,

igualmente que los millones de astros radiantes de la *Via-láctea.* Tantos portentos sembraron entre la muchedumbre la sospecha de que la vida, la fecundidad de que tan próvidamente está dotada la Tierra, fuesen condicion comun á todos los planetas.

El impulso que la humanidad recibiera por el descubrimiento del Nuevo Mundo, prueba material del aislamiento de la Tierra en el espacio, impulso repetido por la prueba astronómica de ser nuestro globo un planeta como los demas, nuevamente reproducido por Galileo al hallar semejanzas de tierra en los espacios celestes, fijó el espíritu en la creencia de la unidad del sistema solar, como en nuestros tiempos la espectroscopia nos lleva á la unidad de la *Via-láctea.*

La ovacion de que fué objeto en Roma Galileo fué completa: representó á la vez el triunfo de Colon, de Copérnico y de Kepler.

¿Qué pasaria en tales momentos en el alma del inmortal astrónomo? Quizás, á semejanza del ilustre genovés que vislumbró otro mundo á través de las olas del Océano, despues de gozar un instante de su merecido triunfo empezó á sentir cómo en su derredor se agitaba la envidia, la calumnia y el fanatismo religioso. Hé aquí porqué, temiendo sin duda por su seguridad personal, decia contestando á una carta del príncipe Cesi:

«Si me pusieran en el caso de emitir mi opinion sobre la habitabilidad de los planetas, no diria ni sí, ni no.»

Y á pesar de que sostenia verbalmente el sistema de Copérnico, se abstuvo de sostener sus ideas por medio de la prensa, temiendo suscitar las iras de Roma.

De vuelta á Florencia, siguió desempeñando su cátedra de matemáticas y defendiendo en ella aquel sistema. Entonces, aprovechando la ocasion los envidiosos de su gloria, provocáronle á una viva polémica, apoyándose ya, no en Aristóteles, á pesar de ser peripatéticos, sino en las Santas Escrituras.

En 1615 resumió Galileo la polémica escribiendo en los siguientes términos á la gran duquesa de Toscana, regente entonces del ducado:

«Querria, señora, que la autoridad de las Sagradas Escrituras hubiese tenido principalmente por objeto inculcar á los hombres aquellos artículos y proposiciones que, siendo superiores á la inteligencia humana, no podian ser creibles para nosotros por otra ciencia ni por otro medio mas que por boca del Espíritu-Santo. Pero no me parece necesario creer que aquel mismo Dios que nos ha dotado de sentidos, raciocinio y entendimiento haya querido anular el uso de estos, dándonos por otro medio las noticias que por

ellos podemos adquirir; de manera que aun en aquellas conclusiones naturales que se presentan á nuestra vista y á nuestro entendimiento, sacadas de la juiciosa experiencia ó de las demostraciones mas exactas, debamos prescindir del sentido ni de la razon. Me parece que en la resolucion de los problemas naturales no deberia empezarse por la autoridad de los lugares de la Escritura, sino por la experiencia y las demostraciones necesarias; porque procediendo del Verbo Divino tanto la Sagrada Escritura como la naturaleza, aquella, como dictada por el Espíritu-Santo, y esta, como exactísima ejecutoria de las órdenes de Dios, parece que aquello que los afectos naturales ó la sensata experiencia nos pone á la vista, ó nos enseñan las demostraciones, no debe ser en manera alguna puesto en duda, ni menos condenado porque algunos lugares de la Escritura presenten diferente sentido, pues no todas las palabras de la Escritura obligan tanto como las verdades de la naturaleza.»

La inmixtion de un lego en cuestiones de interpretacion del libro santo hirió la susceptibilidad del clero romano, hasta el punto de que el atemorizado Galileo se creyese obligado á defenderse en la misma capital del orbe católico, á fin de conjurar la tempestad que se formaba contra su persona y contra el sistema de Copérnico. De este juicio salió ileso el astrónomo, porque nada terminante y categórico habia publicado en apoyo del nuevo sistema solar; pero no pudo salvar la obra de Copérnico, que fué prohibida por la *Congregacion del Índice* en 1616, bajo el pontificado de Paulo V.

Tal fué la reaccion del entusiasmo producido por los descubrimientos de Galileo, que un distinguido eclesiástico, el geómetra siciliano Mauralico, dijo del inmortal Copérnico, que por su libro de las *Revoluciones de los cielos* merecia ser azotado públicamente; que el padre Caccino predicó públicamente en Florencia contra el gran astrónomo, afirmando que la geometría era un arte infernal y que las matemáticas debian ser desterradas de la enseñanza como fuente de todas las herejías; que el cardenal Belarmino, persona de mucha influencia en Roma, sostenia que el sistema de Copérnico era contrario á la fé, y por último, que los cardenales que se mostraran partidarios suyos le abandonaron uno tras otro.

En tanto que dejaba pasar esta tormenta, propuso Galileo á la córte de España y Estados de Holanda que adoptasen una *Tabla* de las configuraciones de los satélites de *Júpiter* y de sus eclipses, *Tabla* que, en su concepto, servia perfectamente para la determinacion de las longitudes en tierra y mar. Mas á pesar del gran número de observaciones suyas y de sus discí-

pulos, no pudo darse á estas efemérides la exactitud reclamada por las necesidades de la navegacion. Tantas eran las dificultades naturales del problema que solo en nuestro siglo y por el inmortal Laplace pudieron ser vencidas.

Dícese que tambien se refiere á este período de la vida de nuestro personaje la invencion del microscopio, aunque es dudoso que pertenezca al ilustre astrónomo, pues parece que en ninguno de sus escritos hace mencion de este instrumento.

Se han conservado de Galileo algunos dichos agudos, de los que trascribimos algunos como muestra.

Refiriéndose á dos grandes poetas italianos, decia:

«Leer á Tasso despues de Ariosto, es comer pepino despues de melon.»

Sin embargo, modificó mas tarde su opinion, añadiendo:

«La *Jerusalen* del Tasso es un bello poema; pero el *Orlando* de Ariosto me da mayor placer.»

Llevado del deseo de que todos le entendieran, usaba algunas veces un lenguaje vulgar.

Para explicar las diferencias de altura de nuestro satélite, dice:

«La Luna descubre y oculta los cabellos y la barba; esto es, ya levanta, ya baja la cabeza.»

Cuando habla de las libraciones en ascension recta, se expresa en estos términos:

«La Luna ya vuelve la cabeza á la derecha, ya á la izquierda, mostrándonos ú ocultándonos ya una, ya otra oreja.»

Vivísimos deseos tenia Galileo de dar á la estampa sus famosos *Diálogos* entre tres interlocutores, dos de los cuales llevaban los nombres de dos de sus amigos que ya no existian.

Agradecido á sus favores, quiso hacerlos revivir en la memoria de la posteridad, y publicó la obra que le dió el inmenso renombre de que goza y que fué causa de su martirio.

Los interlocutores son: Salviati, noble florentino, que defiende el sistema de Copérnico; Sagredo, noble veneciano, hombre de talento y de mundo (estos eran los dos amigos á que nos referimos), y el tercero, de nombre Simplicio, un filósofo peripatético que escribió sobre el *Cielo* de Aristóteles.

Escogió la forma dialogada, tanto por ser la mas graciosa y popular, cuanto para lucir las galas del lenguaje de la culta sociedad italiana, que, segun autores de su época, manejaba de una manera deliciosa.

Tenia por título la obra: *Cuatro diálogos sobre los dos grandes sistemas del mundo, el de Tolomeo y el de Copérnico.* Además de las materias que su título indica, trataba Galileo en aquel libro de una porcion de fenómenos que habia observado, refutando tan victoriosamente los antiguos sistemas de filosofía natural, que excitó de un modo formidable el rencor de los peripatéticos. Por lo demas, este libro es un modelo de estilo, de sencillez, de gracia, y tuvo inmenso éxito. De todas partes felicitaban á Galileo, y por todas partes tambien los peripatéticos lo combatian en la cátedra, en el púlpito y en la prensa.

Obedeciendo á las sugestiones de sus fanáticos consejeros, el jefe de la Iglesia llamó á Roma al autor; apoderóse de él la Inquisicion, y sin la intervencion de algunos potentados italianos y la secreta simpatía que Urbano VIII profesaba todavía á Galileo, en cuyo elogio, cuando era cardenal, habia compuesto versos, es muy probable que hubiera perecido en la hoguera como Jordano Bruno.

El delito mayor de Galileo en aquella ocasion no era precisamente haber sacado la Tierra de su inmovilidad, sino haber puesto en descubierto la ignorancia supina de toda la escuela peripatética acerca de la filosofía natural, esto es, de las ciencias físicas exactas y naturales. Toda una generacion de doctores se derrumbaba á los golpes del atrevido demoledor, que no guardaba ninguna consideracion ni á los errores presentes ni á los maestros antiguos.

Como dejamos dicho, su método era la experiencia, y si la meditacion sobre los fenómenos celestes no le llevaba á consecuencias comprobables por el cálculo, ó se callaba, ó las exponia tímidamente, aunque algunas veces, arrastrado por su imaginacion, erró tambien de una manera grave, como cuando negó á Kepler que la Luna fuese causa de las mareas, que atribuia nuestro astrónomo al movimiento de la Tierra.

Para defenderse los peripatéticos, tuvieron que apelar á los experimentos, á la observacion, al cálculo; y este es el gran triunfo que alcanzó nuestro héroe. Desde entonces la filosofía entró en el buen camino: ya no fué imaginativa, sino real, positiva, fundada sobre hechos y cuyas consecuencias eran demostrables. Esta es la gloria de Galileo, y la obtuvo presentando á su época las conquistas que obtenia en las ciencias por la aplicacion de su método.

Mas, ¿qué parte le cabe de responsabilidad en el gran delito de convertirse en campeon del nuevo sistema solar, por el cual fué perseguido y con-

denado? ¿Qué títulos tienen al aprecio de la posteridad Copérnico, Kepler y Galileo por haber establecido las bases de la astronomía moderna adoptando las opiniones de Nicetas, Pitágoras y Filolao? [1]

Bien saben nuestros lectores por lo que dejamos expuesto en la biografía de don Alfonso el *Sabio,* que los *epiciclos* turbaban la mente de los que se dedicaban al estudio de la astronomía antigua, y que el ilustrado rey, fatigado de lo incompensible del sistema solar de Tolomeo, dijo:

«Si Dios me hubiera consultado al crear el mundo, le habria indicado un sistema mas sencillo.»

Severa censura que arranca del buen sentido y condena un sistema que, por fortuna nuestra, el descubrimiento de las verdaderas leyes del sistema del universo ha desautorizado dando la razon al sabio y poco afortunado rey de Castilla.

Copérnico, tomando por base de sus cálculos el diámetro de la órbita terrestre y los ángulos que cada uno de los planetas forman en los extremos opuestos de dicho diámetro, dedujo sus distancias respectivas del Sol, adoptando por unidad de medida, no la legua, sino el diámetro de la órbita de la Tierra. Además, partiendo del tiempo que cada planeta emplea en una revolucion alrededor del Sol, vió que estando este fijo, y moviéndose la Tierra, las apariencias hacian describir á los otros planetas los *epiciclos* de la antigua astronomía. Así quedó convencido el canónigo de Torn de que el centro del sistema planetario era el Sol y de que la Tierra se movia. En cuanto al *epiciclo* ó movimiento de avance y retroceso de cada planeta visto desde la Tierra é inexplicable hasta entonces, lo convirtió en movimiento circular alrededor del Sol.

Esta era sin duda la magnífica sencillez que Alfonso hubiera recomendado á Dios como base del sistema del mundo, y esta fué la gloria del plebeyo Copérnico. [2]

Kepler, aprovechándose de las numerosas y exactas observaciones de Tycho-Brahe sobre *Marte,* descubrió las tres leyes que rijen los movimientos de los planetas y que ya hemos expuesto mas arriba á propósito de los satélites de *Júpiter.*

Deducir estas leyes del movimiento de *Marte,* era un trabajo inmenso.

Refiere el mismo Kepler con mucha gracia, que Rético, el ya nombrado discípulo de Copérnico, intentó explicar este movimiento.

[1] Filósofos anteriores á la era cristiana.

[2] Nicolás Copérnico fué hijo de un panadero.

«Invocó, dice, su génio familiar, que incomodado por sus nécias preguntas, cogió á Rético por los cabellos; lo levantó hasta el techo, y le dejó caer, diciéndole:

»¡Ahí tienes el movimiento de *Marte!*»

En efecto: el movimiento de *Marte,* como el de los demas planetas, observado desde la Tierra, es de avance y de retroceso; es un zigzag contínuo.

Bailly, en su *Historia de la Astronomía,* dice que Kepler, para encontrar las verdaderas leyes que rigen los movimientos de los planetas en un tiempo en que todavía no se habian inventado los logaritmos del célebre Napier, tuvo que llenar de cálculos *setecientas páginas en fóleo*, suponiendo que nunca cometiera el mas pequeño error.

«¡Hombre admirable, concluye Bailly, á quien no fatigaban las investigaciones mas penosas, y que á pesar de ser tantas, no llegaron á gastar su génio!»

Por las leyes de Kepler el mundo planetario apareció como un conjunto armonioso «unido por una fuerza motriz que se debilita por la distancia y que reside en el Sol.» Tales son las propias palabras de Kepler. [1]

Advertíase, no obstante, un lunar en este sistema: faltaba explicar porqué el eje de la Tierra miraba constantemente á un mismo punto del cielo, ocasionando por este motivo, y el de estar inclinado sobre la eclíptica, la variedad de estaciones. Copérnico, además de los dos movimientos de rotacion y revolucion, ambos dirigidos de Occidente á Oriente, suponia un tercer movimiento de direccion contraria, esto es, de Oriente á Occidente; porque creia que el eje de la Tierra debia dirigirse, como el de la Luna, á todos los puntos del espacio indicados por los radios de la órbita. Mas Galileo, con la rara sagacidad que demostró poseer al descifrar las leyes de la gravedad, probó por la experiencia que la direccion de los ejes de los cuerpos es independiente del movimiento de revolucion. El que suponia Copérnico no es tal movimiento, sino la persistencia de la materia en conservar el estado de quietud relativa ó de movimiento en que se halla, persistencia ó propiedad á que damos el nombre de *inercia*, y que es la primera ley del movimiento de los cuerpos.

«En efecto, dice Galileo, si tomamos un cuerpo flotante y señalamos

[1] Juan Kepler fué hijo de un soldado que ejercia el oficio de tabernero. Como todos los hombres de génio, vivió y murió pobre.

sus costados con tintas de diferentes colores; si lo colocamos en un vaso de agua que sostendremos con el brazo extendido, y, en esta situacion, damos media vuelta algo rápida sobre nuestros talones, notaremos que el cuerpo flotante no ha cambiado de sitio con referencia á su orientacion, y que si la parte azul, por ejemplo, miraba al Norte, al Norte tambien mira despues de la media vuelta que hemos dado.»

Tal es la parte que cada uno de estos tres grandes hombres tiene en la gloria del descubrimiento del sistema solar. Antiguos filósofos creyeron en él; pero como se cree en los misterios de una religion acerca de la cual no cabe demostracion alguna. Únicamente Copérnico, Kepler y Galileo lo demostraron con lo exacto de sus cálculos.

En tanto que fué una hipótesis el nuevo sistema, no se ofendió la Iglesia; mas desde el momento en que creyó que atacaba á la *Biblia*, la Iglesia acudió á su defensa, y como poder infligió un severo castigo al filósofo de Pisa. Mas, ¿era artículo de fé la inmovilidad de la Tierra? ¿Dónde lo declaran terminantemente los libros sagrados? ¿Qué concilio lo estableció? ¿No fué una gran imprevision no seguir el consejo implícito de San Agustin, de acomodar los textos bíblicos á la naturaleza de las cosas? Condenar en nombre de la religion los adelantos de las ciencias basados en la experiencia, ¿no es despojarla del carácter augusto que debe revestir para la muchedumbre y aun para los sabios? ¿Por qué divorciar las obras divinas de las naturales? Con tal procedimiento, ni la Iglesia ganó prosélitos ni la ciencia perdió cultivadores.

Dejamos dicho que Galileo fué de nuevo llamado á Roma para dar cuenta de sus doctrinas. Obediente á la voz de la Iglesia, el 13 de Febrero de 1633, cuando contaba ya la edad de setenta años, llegó el insigne astrónomo á la ciudad eterna, é inmediatamente apoderóse de él la Inquisicion y le encerró en sus calabozos.

En el proceso que se le formó se lee que los jueces *le sometieron á un riguroso exámen*, de donde dedujeron varios historiadores que habia sufrido la prueba del tormento, aunque parece que esto no está averiguado. Bermini, en su *Historia de las herejías*, asegura que Galileo estuvo cinco años en prision: Brewter, en *Los Mártires de la ciencia*, dice que solamente estuvo preso un año. De cualquier modo, lo que está fuera de toda duda es que purgó en las mazmorras del Santo-Oficio el delito de haber comprendido con su clara inteligencia las eternas leyes que rigen el universo, y que de cuantos autores hablan de este suceso solo hemos visto á uno que defienda

á la Iglesia, y aun de una manera bien débil por cierto. Por lo demas, para convencerse de la inculpabilidad de Galileo, baste saber, que cien años despues el Papa Benedicto XIV anuló la sentencia de la Inquisicion que condenaba las obras del gran matemático, y que ahora cree la Iglesia que la Tierra da vueltas sobre sí misma al propio tiempo que circula alrededor del Sol.

Despues de los martirios inherentes á su cautiverio bajo el terrible Tribunal de la Fé, fué condenado Galileo á permanecer detenido en las prisiones del Santo-Oficio durante el tiempo que dispusiera el Papa, obligándole además á pronunciar arrodillado la siguiente abjuracion, que trascribe Delambre en su *Historia de la Astronomía*, y que traducida al pié de la letra es como sigue:

«Yo, Galileo Galilei, hijo del difunto Vicente Galilei, de edad de setenta años, constituido personalmente en juicio, y arrodillado delante de vosotros, eminentísimos y reverendísimos cardenales de la república universal cristiana, inquisidores generales contra la malicia herética, teniendo ante mis ojos los santos y sagrados Evangelios, que toco con mis propias manos, yo juro que siempre he creido, y que actualmente creo, y que, queriendo Dios, creeré en adelante todo lo que cree, sostiene y enseña la santa Iglesia católica y apostólica romana. Por cuanto este Santo-Oficio me habia jurídicamente mandado que abandonase enteramente la falsa opinion que sostiene que el Sol es el centro del mundo, y que está inmóvil; que la Tierra no está en el centro, y que se mueve; y puesto que yo no podia creerlo, ni defenderlo, ni enseñarlo de cualquiera manera que fuese, de palabra ó por escrito, y á pesar de que se me habia comunicado que dicha doctrina era contraria á la Santa Escritura, yo he escrito y hecho imprimir un libro en el cual trato de esta doctrina condenada, y doy razones de una grande eficacia en su favor, sin que las acompañe ninguna solucion; por cuyo motivo he sido juzgado vehementemente sospechoso de herejía por haber sostenido y creido que el Sol era el centro del mundo y estaba inmóvil, y que la Tierra no estaba en el centro y se movia. Y por motivo de querer borrar de los espíritus de vuestras Eminencias y de todo cristiano católico esta sospecha vehemente concebida con razon en contra mia, con sincero corazon y con no fingida fé, yo abjuro, maldigo y detesto los sobredichos errores y herejías, y en general cualquier otro error y secta contraria á la sobredicha santa Iglesia; y juro que en el porvenir yo no diré ni afirmaré de viva voz ó por escrito nada que pueda autorizar en contra mia semejantes sospechas; y si yo

conozco algun hereje ó sospechoso de herejía, lo denunciaré al Santo-Oficio, ó al inquisidor, ó al ordinario del pueblo en que resida. Yo juro además y prometo que cumpliré y observaré plenamente todas las penitencias que me serán impuestas por este Santo-Oficio; y si me sucediere que faltare á mis palabras, promesas, protestaciones y juramentos, de lo que Dios quiera librarme, me someto á todas las penas y suplicios que por los santos cánones y otras constituciones generales y particulares han sido estatuidas y promulgadas contra tales delincuentes. Así Dios venga en mi ayuda y sus santos Evangelios, que toco con mis propias manos.

»Yo, el arriba dicho Galileo Galilei, he abjurado, jurado, prometido y me he obligado de la manera dicha, en fé de lo cual, con mi propia mano he firmado el presente quirógrafo de mi abjuracion, y lo he recitado palabra por palabra en Roma, en el convento de la Minerva, el dia 22 de Junio de 1633.

«Yo, Galileo Galilei, he abjurado como expreso mas arriba de mi propia mano.»

Cuéntase que, despues de la abjuracion, levantándose Galileo y dando con el pié en tierra, exclamó involuntariamente:

¡É pur si muove!

¡Sí, la Tierra continuaba moviéndose, á pesar de la Iglesia católica y á pesar del suplicio moral que infligió al noble anciano!

Siendo el movimiento de la Tierra un hecho demostrado, ¿á qué perseguirlo? La persecucion no borraba los libros escritos y esparcidos por toda Europa, ni podia impedir, ni contener, ni siquiera dificultar que aquella verdad echara raices en la generacion que la habia recibido. ¿Fué esta persecucion una venganza de los doctores de la Iglesia que profesaban las doctrinas peripatéticas? La reparacion, aunque tardía, de Benedicto XIV, anulando la sentencia en el siglo XVIII, nos inclinaria á pensar que el injusto castigo de Galileo fué una venganza de escuela; mas como para la suspicacia de la Inquisicion las ciencias exactas, que todo lo iluminan, eran un terrible enemigo de las que se fundan en la fé, y como el poder ciega y no admite rival, y el de la Inquisicion era omnímodo entonces, no pudiendo soportar la sombra del nuevo poder que se iniciaba demostrando las leyes de la constitucion del mundo, trató de aniquilarlo en la persona del sabio matemático.

La sentencia del tribunal que condenó á Galileo iba firmada por los siguientes cardenales, cuyos nombres estampamos aquí como padron de

infamia que haga odiosa su memoria á los futuros siglos: De Ascoli, Bentivogglio, de Crémona, de San-Onofre, de Gypsius, de Varospi y de Ginetti.

«Galileo, dice Cantú, se deshonró abjurando opiniones de que estaba convencido, y al desdecirse hacia creer justa la persecucion.»

Sí, se deshonró como se deshonra el hombre que atacado en medio de un bosque por una fiera, procura salvarse subiéndose á un árbol, ó como el caminante que á la voz de: *¡La bolsa ó la vida!* entrega su dinero al ladron; mas no como los siete príncipes de la Iglesia cuyos nombres entregamos á la execracion de la posteridad, ni como Urbano VIII, cuyo pontificado pasó á la historia manchado con esta persecucion que consintió y aprobó.

Paulo V, de quien se decia ser enemigo de los sabios, ofreció no molestar al astrónomo de Florencia, y cumplió su palabra; y Urbano, que poco antes de ceñir la tiara habia compuesto versos latinos en loa de Galileo, le entregó al Santo-Oficio.

Todavía vivió nueve años el mártir de la ciencia despues de su condenacion, y si el duque de Toscana obtuvo que pasase una parte de ellos en la quinta de Arcetri, cerca de Florencia, estuvo constantemente vigilado por los esbirros de la Inquisicion. Á donde quiera que se enviaban sus obras para entregarlas á la estampa, allí llegaban las órdenes de Roma prohibiendo su publicacion. El Santo Tribunal habia prescrito el método de vida que debia seguir, y aunque el duque le visitaba con alguna frecuencia, no podia suministrarle lo que le pedia, «dejando, dice Libri, que le pidiese repetidas veces alguna botella de vino, conveniente á la salud del ilustre anciano, y que se le habia prometido.»

Mas tal era la organizacion de aquel hombre, que resistió á estas penalidades, y aun pudo dedicarse á sus estudios é investigaciones, alcanzando el consuelo de formar dos discípulos como Torricelli y Viviani, que heredaron su gloria y continuaron sus descubrimientos.

Debilitada su vista desde su permanencia en los calabozos de la Inquisicion, la perdió enteramente en 1637, y aun así dictaba á sus discípulos opúsculos y memorias, las cuales por la excesiva prudencia de Viviani se han perdido en parte.

Murió Galileo el 8 de Enero de 1642, á la edad de setenta y siete años diez meses y veinte y un dias, el mismo año en que nació el gran Newton.

El clero romano y la Inquisicion, llevando su venganza mas allá de la muerte, pretendieron que los restos del insigne astrónomo fuesen arrojados á un muladar, considerándolos indignos de tierra sagrada. Pero

esta vez fué un poco enérgico el gran Duque, é hizo respetar la voluntad del difunto, que habia dispuesto se le depositase en la tumba de sus ascendientes en la Iglesia de *Santa-Croce* de Florencia.

Ciento cuarenta admiradores del grande hombre propusieron levantar á sus costas un mausoleo para honrar su memoria; pero el débil soberano de Toscana impidió realizar aquel proyecto, diciendo que se guardase para ocasion mas oportuna, la cual no llegó hasta 1737, es decir, cerca de un siglo despues del fallecimiento de nuestro personaje.

En efecto, en la citada iglesia de *Santa-Croce* se eleva hoy un bello monumento en mármol consagrado al ilustre matemático, monumento que los viajeros de las cuatro partes del mundo visitan con religioso recogimiento, y ante el cual los poderosos de la tierra pudieran meditar sobre la vida de Galileo, para comprender que no hay mayor grandeza ni gloria mas pura é imperecedera que la de los hombres que, por sus altos talentos y por su laboriosidad y sacrificios en beneficio de la ilustracion de sus semejantes, merecen como el varon ilustre cuyo retrato dejamos bosquejado el envidiable título de bienhechores de la humanidad.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE GALILEO.



CARDENAL DE RICHELIEU

[illegible]LIEU.

(1585 Á 1642, DESPUES DE [illegible])

[illegible]

el orgullo de la [illegible] designios de la poderosa casa [illegible] protestantes y desbaratar los [illegible] con el aterrador fantasma de la [illegible]

[illegible]

[illegible] y Susana de La-Porte, [illegible]

[illegible]



RICHELIEU.

(1585 Á 1642 DESPUES DE J. C.)

El largo ministerio de Richelieu tuvo principalmente por objeto abatir el orgullo de la nobleza francesa, reprimir las contínuas revueltas de los protestantes y desbaratar los designios de la poderosa casa de Austria, que desde Cárlos V amenazaba á Europa con el aterrador fantasma de la monarquía universal. El habilísimo hombre de Estado cuya vida vamos á referir á grandes rasgos, resolvió estos problemas. Acaso lo hubiera hecho con menos derramamiento de sangre y ahorrando mil desdichas á su patria si tomara por modelo á su contemporáneo el ilustrado Sully; mas la ambicion de nuestro personaje fué tan ilimitada, que su personalidad vino á anular la de su soberano Luis XIII, hijo del sabio y caballeroso Enrique IV, que pasa con justicia por el mejor rey que ha tenido la Francia.

Armando Juan Du-Plessis, cardenal y duque de Richelieu, omnipotente ministro de Luis XIII, nació en París el 5 de Setiembre de 1585. Fueron sus padres Juan Du-Plessis, descendiente de una familia noble del Poitou, y gran preboste de Palacio, y Susana de La-Porte, dama tambien de ilustre nacimiento.

Destinado en su juventud á la carrera de las armas, ingresó en el Colegio de Navarra, desde donde, acabados sus estudios, pasó al ejército, distinguiéndose en diversos encuentros, y particularmente en la reconquista del marquesado de Saluzzo. Sin duda nuestro héroe habria pasado su vida entre el estruendo de los combates y los ocios de los campamentos á no

haber fallecido un hermano suyo, obispo de Luçon, lo que indujo á sus padres á hacer cambiar al jóven la espada por el báculo episcopal, alcanzando para él, mediante la recomendacion de Enrique IV, el obispado de su difunto hermano, cuando contaba solo la edad de veinte y dos años.

Consagrado el 17 de Abril de 1607, pasó al momento á visitar su diócesis, poco afecta, en verdad, al catolicismo, á causa de no haber residido en ella durante muchos años los obispos anteriores, que menospreciaron el pais por la escasa renta que les proporcionaba.

«Muy mala es mi vivienda, escribia Richelieu á su familia: no hay en mi casa una chimenea que no ahume; ni hay paseo, ni jardin, ni alameda. Es el obispado mas desagradable, súcio y feo de Francia; de suerte, que mas que un beneficio parece esto un destierro.»

Á pesar de todo, nuestro jóven prelado se aficionó á su grey; promovió mejoras en el pais; obtuvo rebajas en los tributos; ideó el canal que une ahora Luçon con la bahía de Aiguillon, y como entonces abundase aquella region en bosques y careciese Francia de marina, la creó en su fantasía, asaltándole graves preocupaciones respecto á este punto, como si fuese ya un verdadero hombre de Estado.

Desde entonces dedicóse con asiduidad al estudio: la vista del mar despertó su alma grande; la miseria del pueblo, y el alivio que encontraba en la sabia administracion de Sully, dióle la clave del gran prestigio de que gozaba Enrique IV, y el odio de los labriegos hácia sus señores, legitimado por las extorsiones de estos, por su ignorancia y por sus aspiraciones á restablecer en su vigor las instituciones feudales, le hicieron sentir la necesidad de ponerlos al nivel del pueblo, en cuyo seno se agitaba una clase media poderosa por la agricultura, la industria, el comercio, la navegacion, la magistratura y las letras, clase media que empezaba ya á ser el nervio de la Francia.

En la época de que vamos hablando cada casa noble constituia aun un Estado dentro del Estado, como afirma Montaigne, á quien todavía alcanzó Richelieu.

«Ved las provincias lejanas de la córte, dice el citado filósofo, [1] la Bretaña, por ejemplo: fijaos en el tren, los súbditos, los oficiales, las ocupaciones, el servicio y ceremonias de un señor retirado y apoltronado en su casa solariega, alimentado por sus vasallos, y seguidle tambien en el

[1] *De l'inesgalité qui est entre nous.*—(ESSAIS, cap XLII, pág. 339. París, 1793).

vuelo de su imaginacion. No hay nadie mas soberano que él: oye hablar de su rey una vez al año como del Shah de Persia, y no le reconoce sino por cierta filiacion de parentesco que le ha indicado su secretario en los archivos de su casa.»

Si en sus sueños de hombre de Estado pensaba Richelieu en suplantar la nobleza por la clase media, sentia tambien la preponderancia que habian adquirido los reformistas por el edicto de Nantes, que además de asegurarles la libertad de conciencia, de habilitarles para el desempeño de toda clase de cargos públicos, de darles en los casos de delincuencia tribunales compuestos de igual número de jueces católicos y protestantes, de facultarles para publicar libros, fundar colegios, escuelas, hospitales é iglesias, habia puesto en sus manos las plazas fuertes de Montauban, la Rochela y otras no menos importantes. Afligia al futuro primer ministro pensar cuán graves disgustos, cuántos combates costaria unificar la nacion francesa, y tenia razon en atormentarse, porque los calvinistas, segun cuenta Montluc, que fué gobernador de Guiena, á semejanza de los grandes señores, formaban otro Estado dentro del Estado, sin contar conque sus predicaciones revestian un carácter eminentemente socialista.

« Algunos ministros de estos sectarios, dice Montluc, predicaban abiertamente, que si los católicos seguian mezclándose en sus asuntos religiosos, no pagarian pechos á los nobles, ni al rey ningun subsidio; otros, que los reyes no tenian mas poder que el otorgado por el pueblo, y que la nobleza no era mas que ellos. Á consecuencia de estas predicaciones, cuando los encargados de los gentiles-hombres pedian las rentas á sus terratenientes, les contestaban que probasen su derecho con la *Biblia* en la mano, porque si sus antepasados habian sido tontos, ellos no querian serlo. Algunos de los nobles entraron en composiciones, pidiéndoles que les dejasen vivir con seguridad en sus casas y en sus tierras de labor, y que de las rentas y feudos nada les pedirian.»

Aunque el anterior cuadro sea pintado por un encarnizado adversario de los protestantes, es positivo que estos tendian á una revolucion social, puesto que estaba esta en la esencia de las doctrinas calvinistas.

Por lo demas, no solo entonces eran ellos partidarios de la libertad civil, sino que aun en el campo católico se oian voces como la de Estéban de la Boecia, que publicó entonces su famoso discurso *Contra uno* ó *La esclavitud voluntaria,* en que enseña á los pueblos, que someterse á los reyes, es entregarse al ladron que los pilla y al asesino que los mata. El diplomá-

tico y publicista Huberto Languet, en su *Vindiciæ contra tyrannus* (1579), proclama que la tiranía es contraria á la religion; que el derecho de insurrecion es legítimo, y que la soberanía del pueblo es la única verdadera. Otros, como Juan Altausen, sostenian que el *derecho de la Majestad* reside en el pueblo, y el parisiense Francisco Hotman consideraba peligroso el falso principio de ser hereditaria la corona, en tanto que los predicadores exaltaban desde el púlpito como buena la doctrina del tiranicidio, que fué tambien defendida por la Sorbona y la Universidad.

Además, queriendo los teólogos que la potestad pontificia sobrepujase á la real, decian que la primera emanaba de Dios, y la segunda del pueblo; con lo cual reconocian paladinamente su soberanía.

En España, el eminente teólogo Francisco Suarez, natural de Granada, sostenia, que si bien corresponde al príncipe hacer las leyes, es solo como mandatario del pueblo, y que estas deben ser tales, que se dirijan siempre al bien público; porque de otro modo no obligan en conciencia.[1] El jesuita Juan de Mariana enseñaba que la autoridad del pueblo es superior á la del rey; que aquel no da pruebas de prudencia y sensatez delegando sus poderes en el rey, ni éste de sabiduría aceptándolos, y que es lícito matar al verdadero tirano cuando lo declara el pueblo en asamblea, y si se le impide reunirse para declararlo, tambien puede matarlo.[2]

En otras esferas, como puede verse en el valenciano Luis Vives, la filosofía se separaba de la teología, que tomó luego el traje de las lenguas modernas, sin atavíos de escuela, en Montaigne y otros.

Hacíase al mismo tiempo en las universidades general la enseñanza del griego y del hebreo, y en particular la del caldeo, árabe, persa y chino, entrando por la filología en el estudio de la historia anterior á las civilizaciones romana y griega, al mismo tiempo que se cultivaba la contemporánea por medio de los *Mercurios* ó *Gacetas*, que empezaron á ver la luz pública en la época de Richelieu.

Si hubo escritores escépticos y materialistas que inocularon la duda en el cuerpo de una sociedad que padecia plétora de religion y de supersticiones; si los Afrodisia, Pomponaci, Porta, Cesalpino y Vanini arrancaron una á

[1] *De legibus ac Deo legislatore.*

[2] *De rege et regis institutione.*—Fué encarcelado Mariana, no por esta obra, sino por haber descubierto muchos fraudes en la administracion de los caudales públicos. Cuando murió este ilustre varon, el presidente del Consejo de Castilla dijo: «Hoy nuestro Consejo ha perdido su freno.» Tal era ya en su tiempo la corrupcion administrativa.

una sus cándidas creencias á las muchedumbres, hubo un Tomás Moro y un Campanella que presentaron un ideal de perfecta felicidad terrestre.

Si Jordano Bruno sostuvo no existir otra autoridad fuera de la *luz interior*, de la *razon natural* y de la *alteza de la inteligencia*, Copérnico, Galileo, Kepler y Bacon abatieron la filosofía de Aristóteles y su escuela, estableciendo como única fuente de la verdad la observacion, plantando así los sólidos cimientos de las ciencias físicas y naturales.

Pero dejando á un lado estas digresiones, volvamos al personaje objeto de la presente biografía.

Siete años permaneció Richelieu en su obispado de Luçon, hasta 1614, en que elegido representante del clero del Poitou en los Estados generales convocados por la regente María de Médicis, viuda de Enrique IV y madre de Luis XIII, para poner término á la rebelion de una parte de la nobleza francesa, tuvo que acudir á París, dándose á conocer en aquella Asamblea por su elevacion de miras y atinadas observaciones, lo que valió al jóven prelado que la regente le nombrase en 1615 su primer limosnero, y al siguiente año secretario de Estado en el departamento de la Guerra.

Realizados en parte sus ambiciosos sueños, desempeñó hábilmente Richelieu el espinoso cargo que se le confiara, cargo que habia rendido al favorito Concini, mariscal de Ancre, disipador de cuarenta millones de escudos que la sabia administracion de Enrique IV y Sully habia ahorrado para emprender la guerra contra el Austria, en medio de la notoria penuria del Erario real. [1]

Los nobles, descontentos de la regencia de María de Médicis, habian dicho:

«Ya pasaron los tiempos en que debíamos humillarnos ante la autoridad real, y es necesario que reivindiquemos nuestra independencia y nuestro derecho.»

Y se sublevaron por cuarta vez despues de la muerte de Enrique IV.

Dió con este motivo la regente un manifiesto á la nacion, redactado por Richelieu, en el que hacia públicos los delitos de los principales sublevados,

[1] En Abril de 1596 Enrique escribia á Sully desde Amiens, rogándole que se encargase de la Hacienda, diciéndole entre otras cosas: «Mi estado de miseria es tal, que estando á dos pasos del enemigo apenas tengo un caballo para combatir, ni un equipo completo: mis camisas están hechas girones; mi jubon muestra mis codos; como y ceno donde puedo, porque mis abastecedores no pueden poner mi mesa á causa de que de seis meses acá no he podido darles un cuarto; y entretanto los tesoreros, que me matan de hambre, tienen mesas espléndidas.»

juntamente con las cantidades que habian absorbido del tesoro público. Este documento acusaba á Condé de defraudacion por valor de tres y medio millones, á Mayenne por dos millones, y así á los demas rebeldes. Tomáronse al mismo tiempo medidas enérgicas contra ellos, y atacados y desconceptuados los nobles, pidieron un armisticio que les fué concedido. Al mismo tiempo envió Richelieu embajadores á Inglaterra, Holanda y Alemania con objeto de impedir que en aquellos paises se formasen facciones contra Francia.

Trascurrido el armisticio, á instancias de Richelieu se publicó un edicto en 10 de Marzo de 1617, confiscando los dominios de los rebeldes y declarándolos culpables del crímen de lesa-majestad. Al mismo tiempo dispuso el activo ministro que tres ejércitos atacasen, uno al duque de Nevers, que se habia alzado en la Champaña, otro á la duquesa su esposa, en el Berri y en el Nivernés, y el tercero al duque de Mayenne, que se posesionara de Soissons. En este estado de cosas, dos nobles de París fraguaron una conjuracion que dió por resultado el asesinato del mariscal de Ancre.

Luis XIII contaba á la sazon diez y seis años, y el aragonés Cárlos Luynes, gran adiestrador de halcones para la caza, á la cual era muy aficionado el jóven Luis, y que ejercia omnímoda influencia en el ánimo del monarca, creyendo que lo mismo era adiestrar halcones que reyes, le sugirió la idea de proclamarse mayor de edad, lo cual verificó en 24 de Abril de 1617, dia del asesinato de Concini.

Este golpe de Estado fué fatal para María de Médicis, que recibió órden de su hijo de retirarse á Blois, mientras que á Richelieu se le exoneraba de su cargo, confinándole á Aviñon. Despues de estas medidas, perdonó Luis á los principales rebeldes, y dió á su favorito Luynes los bienes, honores y poderes de Concini, no obstante aparecer como el instigador del asesinato del desgraciado mariscal.

La privanza de Luynes duró hasta 1621, siguiendo la de Condé hasta 1622. Durante este tiempo, á contar desde 1617, hubo dos insurrecciones de la nobleza, tomando por bandera á la reina madre, y además el levantamiento de los protestantes á consecuencia de haber Luis XIII devuelto la posesion de sus bienes al clero del Bearne, por edicto del mes de Octubre de 1620.

Como los calvinistas estaban organizados en una especie de república dentro de la monarquía ofrecieron una resistencia tenaz al condestable de Luynes, que murió en aquella campaña, y despues de dos años de sangrienta

lucha, el duque Enrique de Rohan su jefe firmó la paz en Octubre de 1622, obteniendo en favor de ellos la confirmacion del edicto de Nantes, y como plazas de seguridad Montauban y la Rochela.

Entretanto la reina madre y Luis XIII se habian reconciliado. Richelieu alcanzó la púrpura cardenalicia por influjo de aquella. Al darle el rey el birrete en la sala del palacio arzobispal de Lion, contestó Richelieu con un discurso de gracias que causó buen efecto, y poniendo el emblema de su alta dignidad á los piés de la reina madre, dijo:

«Señora, esta púrpura que debo á la benevolencia de V. M. me recordará el voto que hice de derramar mi sangre en su servicio.»

Despues de las diversas insurrecciones en que nobles y calvinistas humillaron la autoridad real, que apenas tenia fuerzas que oponerles, se halló el tesoro cargado de deudas y el reino sin alianzas ni prestigio en el exterior, mientras la casa de Austria, aprovechando la debilidad de la monarquía francesa, se engradecia por sus conquistas en Alemania, y aliada con España é Inglaterra, dejaba á Francia en un aislamiento que podia acarrearle la pérdida de su independencia.

Era indispensable impedir á todo trance que España y Austria se diesen la mano por la parte de Italia, y por indicacion de Richelieu, la reina madre, que formaba parte del Consejo del rey, persuadió á su hijo de lo útil que seria formar una liga con los venecianos y el duque de Saboya, con objeto de arrojar á los españoles de la Valtelina. Luis aprobó el proyecto; empezó á realizarlo, y alarmada España, evacuó aquel pais, entregándolo en depósito al Papa, que lo ocupó con sus tropas.

No perdia ocasion María de Médicis de procurar la entrada de su favorito Richelieu en el Consejo real; pero Luis XIII, que aborrecia al cardenal por creerle de relajadas costumbres, y sobre todo, por ser hechura de Concini, respondia siempre que su madre le hablaba del asunto:

«No intercedais en favor de ese hombre: es un ambicioso que se comeria mi reino.»

Y como tuviese que discutir cada dia con su madre los proyectos que la inspiraba el cardenal, consintió al fin en admitirle en su Consejo, lo cual tuvo lugar en Abril de 1624.

Teniendo solamente el nuevo ministro la edad de treinta y ocho años, y presintiendo que su ministerio seria de larga duracion, dimitió su obispado.

Poco tardó Richelieu en dar pruebas de extraordinaria habilidad para el manejo de los negocios públicos, logrando disipar la prevencion conque

le miraba Luis XIII, cuya confianza supo captarse enteramente, á pesar de los grandes abusos que cometiera escudado por su empleo y por su elevada categoría de príncipe de la Iglesia.

« No me resuelvo á emprender cosa alguna, decia, sin tenerla antes muy pensada; mas una vez tomada mi determinacion, voy derecho al fin, aniquilando cuanto se me opone, y luego lo cubro todo con mi vestido encarnado. »

No viendo en torno suyo mas que medianías ó ambiciosos vulgares, el indolente Luis, que no dejaba de apreciar el mérito del cardenal, acabó por nombrarle su primer ministro, abandonando en sus manos las riendas del Estado.

Richelieu tenia constantemente sobre su mesa el breviario y á Maquiavelo, como fuentes de inspiracion para llevar á cabo sus constantes proyectos de imposibilitar las sublevaciones de los protestantes, abatir la nobleza é impedir el engrandecimiento de la casa de Austria.

El gabinete de Viena llevaba muy adelantado el proyecto de matrimonio entre el heredero de Jacobo I de Inglaterra y una hija de Fernando II, tanto, que ésta se titulaba ya princesa de Inglaterra; y sin embargo, Richelieu consiguió que el citado heredero se casase con Enriqueta, hermana de Luis XIII, y en consecuencia, que aquella nacion, renunciando á su alianza con el Austria y la España, entrara á formar parte de una gran liga con Holanda, Dinamarca, Venecia, Saboya y Francia para contener los progresos de las armas austriacas.

Mientras los emisarios de Richelieu revolvian toda Europa para formar la mencionada confederacion, un ejército franco-suizo que lanzó el cardenal sobre la Valtelina se apoderó de ella; despidió á los soldados del Papa, y dejó aquel pais protestante regido por autoridades de su misma comunion religiosa.

Tan atrevido golpe desconcertó á los enemigos de la Francia disgustando en extremo á la córte pontificia. Habiendo preguntado á Richelieu el nuncio apostólico, si para suscribir tales medidas contra el sumo Pontífice habia sido compelido por el Consejo real, respondió el ministro:

—De ningun modo. Pero al permitirme aceptar el cargo de secretario de Estado, Su Santidad me autorizó para hacer y decir cuanto á mi pais conviniese.

—¿Y si se tratase de auxiliar á los herejes? preguntó el nuncio.

—Creo, concluyó el ministro, que aun á esto alcanza la autorizacion.

Sin embargo, temiendo Richelieu haber descubierto demasiado pronto sus miras, se detuvo; contemporizó con España, para engañar á todos, y no envió recursos á los protestantes alemanes como pensaba hacerlo. Era tiempo en verdad, porque los calvinistas franceses, creyendo comprometido al cardenal en una guerra con España y Austria, tenian dispuesto un levantamiento general, que estalló al fin de un modo formidable en 1625.

Desde las matanzas de San Bartolomé, los protestantes se habian organizado para su mútua defensa, y aun para atacar á los católicos, que tan inhumanamente degollaran á mas de cincuenta mil de sus hermanos. Como adquirieran importancia durante las sublevaciones de la nobleza contra los dos Enriques III y IV, y particularmente por las concesiones del Edicto de Nantes, dividieron sus mil iglesias en diez y seis provincias, y estas en distritos. Cada iglesia estaba gobernada por un *Consistorio* que se reunia semanalmente; cada distrito por un *Coloquio* que se congregaba cada tres meses; cada Provincia por un *Sínodo*, que celebraba sesiones anualmente, y en cada trienio tenia lugar la asamblea magna, ó *Sínodo nacional*, cuyos miembros residian en la córte, tanto para acudir á la defensa y proteccion de los intereses generales de su religion, como para los particulares de localidad gozando así de alguna influencia en los negocios públicos.

Esta organizacion, necesaria á unos hombres que tan cruelmente se vieran perseguidos, exasperaba á los católicos, hasta el punto de que en mas de una ocasion se atrevieron á derribar alguno que otro templo protestante, atropellando á los ministros del citado culto.

No era por cierto Richelieu el enemigo mas intolerante de la religion reformada. Cuando residia en su obispado de Luçon recomendaba á sus diocesanos la concordia, diciéndoles:

«Aunque separados de esos obcecados sectarios por las creencias, debeis estar unidos por el afecto; porque las creencias no nos hacen de diversos paises. Divididos por la fé, estamos unidos bajo el cetro de un mismo monarca, y ningun católico ha de ser tan preocupado que estime mas á un español católico que á un francés hugonote. Los intereses del Estado son diferentes de los de la Iglesia: estos últimos no nos imponen otro deber que el de desear que los demas profesen nuestra fé; mas no de obligarlos á ello por medio de la fuerza.»

En una pastoral que publicó en Enero de 1617, decia:

«La diferencia de religion, si nos divide en el otro mundo, jamás debe separarnos en este.»

Y en un libro dogmático que escribió en su retiro de Aviñon, sostenia que « los remedios violentos enconan las enfermedades del alma. »

En el ministerio siguió esta política tolerante empleando á reformados útiles en el ejército, en la magistratura y en la Hacienda, protegiéndolos además igual que á los católicos en las empresas industriales, agrícolas y comerciales que comprendian. Ejemplo de tolerancia muy superior en unos tiempos en que era desconocido el bien que produce á los pueblos este sabio principio.

Empero ¿era posible que aquella tolerancia llegase hasta respetar una institucion que dividia la Francia en dos reinos, impidiendo la accion comun contra los enemigos exteriores? Verdad es que la organizacion protestante reconocia por causa la persecucion de los católicos, siempre activa y en acecho del momento oportuno para aniquilar á los reformados; pero no es menos cierto que aquella division constituia un peligro para la integridad del Estado. Por otra parte, los protestantes no habian consultado mas que su propio interés al rebelarse, haciéndolo en un momento en que creyeron que todas las fuerzas nacionales estaban comprometidas en una guerra extranjera.

Ninguna consideracion, pues, podian merecer á Richelieu, que no se paró nunca en los medios con tal que condujeran al fin que deseaba, y mucho menos en la ocasion presente, puesto que los rebeldes contaban con el favor de Inglaterra, á pesar de la alianza, que, cual dejamos dicho, contrajera esta nacion con Francia por el matrimonio del hijo de Jacobo, el desventurado Cárlos I, con la princesa Enriqueta, hermana de Luis XIII.

En efecto: este matrimonio, que parecia ser un lazo de union entre los dos reinos, contribuyó á separarlos. El presuntuoso Jorge Williers, duque de Buckhingham, favorito del soberano inglés, que pasó á Francia para desposarse con Enriqueta en nombre de Cárlos, cometió la imprudencia de requerir de amores á Ana de Austria, esposa de Luis XIII, y como en su fatuidad diese á entender que era correspondido por la reina, despidióle al momento Richelieu; desaire que vengó el favorito induciendo á su amo á auxiliar á los reformados cuando se sublevaron.

Extendido el fuego de la insurreccion, alzóse la Rochela, donde fué á encerrarse la anciana duquesa de Rohan, para animar á los protestantes del Sudoeste de Francia, mientras el duque su esposo capitaneaba las fuerzas calvinistas del Mediodía.

Richelieu, sorprendido por un movimiento que no esperaba todavía,

procuró circunscribirlo á los puntos en que se habia exhibido, en tanto que reunia fuerzas y arbitraba recursos para ahogarlo. Pasóse así bastante tiempo en combates parciales, hasta que en 20 de Julio de 1627 apareció el duque de Buckhingham delante de la isla de Ré con una armada de noventa velas y diez y seis mil hombres de desembarco, el cual efectuaron los ingleses por no contar el gobernador de la isla con bastantes soldados para impedirlo. Dióse, sin embargo, una batalla, en la que murió el padre de la célebre Mad. de Sevigné, retirándose los franceses al fuerte de San Martin, donde se defendieron heróicamente, á pesar del poco abrigo que ofrecian sus imperfectas fortificaciones.

Procuró Richelieu conseguir de Roma que se diese á esta guerra el carácter de una verdadera cruzada, y que el clero concurriese á ella con sus rentas y beneficios.

En esta lucha el cardenal de Richelieu tuvo que vencer la resistencia que oponia Luis XIII, quien deseaba transigir con los sublevados, por el largo é ímprobo trabajo que suponia debia costarle reducir á los rocheleses.

La Rochela, formidable baluarte de los protestantes, se administraba por medio de sus propios magistrados. No tenia gobernador ni fuerzas militares de la nacion, puesto que desde que sus valientes habitantes se sustrajeran al yugo inglés, nada habian pedido ni obtenido del gobierno central, sin contar conque el apretado cerco que sostuvieran en 1573 habia probado que solo por hambre podia tomarse su ciudad.

Tan perfectamente estaba fortificada aquella plaza por la parte de tierra, que era difícil llegar bastante cerca para aportillar sus murallas, estando defendido su puerto por el fuego cruzado de dos robustas torres que impedian atracar las naves enemigas y favorecian la entrada de las amigas.

Ante tales obstáculos cejaba la poca perseverancia de Luis XIII; pero Richelieu, que deseaba acabar de una vez con el espíritu de rebeldía de los reformados, hizo entender al rey, que si no se tomaba la Rochela, que consideraba como la capital de la república calvinista, encontrarian constantemente en ella todos los descontentos del reino asilo y recursos que impedirian para siempre la unidad de Francia. Convencido por fin el soberano, aprobó cuanto le proponia su ministro; púsose al frente del ejército, y el 16 de Noviembre de 1627 emprendió formalmente el sitio de aquella ciudad, uno de los mas famosos que registra la historia.

En tanto el mariscal de Schomberg habia llegado á tiempo para obligar á Buckhingham á reembarcar sus tropas, no obstante la superioridad que

le prestaba su poderosa escuadra, pues parece que el vanidoso favorito de Jacobo y Cárlos I fué mas afortunado en las intrigas cortesanas y en las luchas de amor que en los juegos de Marte.

Trocada la sotana por la coraza y el birrete cardenalicio por el acerado casco, Richelieu, que asistia personalmente al sitio de la Rochela, repartió el ejército en tres divisiones, puestas al mando de los mas distinguidos generales franceses, y á fin de impedir que la plaza pudiera ser socorrida por mar, cerrólo á los rocheleses cerca de la isla de Ré con un dique de 1400 metros de largo y 24 de espesor, contra el cual se estrellaban las olas en las altas mareas. Doscientas naves perfectamente armadas vigilaban esta obra colosal, que estaba defendida además por las dos torres artilladas que tenia en sus extremos.

En vano el duque de Buckhingham envió una armada de ciento cincuenta velas para forzar el paso é introducir víveres en la ciudad, porque saliéndola al encuentro Schomberg con la escuadra francesa, obligó al almirante inglés á volver proas, quedando de este modo la Rochela reducida á sus propios recursos.

Juan Guiton, intrépido marino y uno de los nobles reformados á quienes los rocheleses habian ofrecido el mando de la plaza, lo aceptó, diciendo:

« Defenderé la ciudad hasta la muerte; pero ha de ser con la condicion de que se me autorice á hundir este puñal en el corazon del primero que hable de rendirse, quedando facultados vosotros para hacer conmigo lo mismo si alguna vez pienso en capitular.»

Y consecuente con sus palabras, tuvo constantemente su puñal sobre la mesa del Consejo hasta que concluyó la guerra.

Catorce meses próximamente duró el terrible asedio, que costó á la Francia cuarenta millones de libras. De veinte y seis mil defensores rocheleses quedaron solamente cinco mil. Queriendo hacer salir los sitiados á sus mujeres, niños y ancianos, los vieron rechazados á tiros por las tropas reales, con lo que, siendo mas á consumir los escasos víveres que les quedaban, aquejados del hambre y de la peste, viéronse reducidos á alimentarse de cadáveres.

—Pronto no quedarán habitantes en la ciudad, dijeron á Guiton.

—Basta que quede uno para cerrar las puertas, respondió el enérgico gobernador.

Por fin los rocheleses tuvieron que rendirse, cuando no les quedaban

mas que ciento cincuenta y cuatro defensores útiles. Guiton, presentando al rey las llaves de la plaza, le dijo:

«¡Señor: nos honra mas obedecer á quien nos toma la ciudad que al que no sabe socorrerla!»

Así terminó en 1628 la heróica defensa del último asilo de los protestantes franceses.

«Antes de entrar el rey en la Rochela, dice Richelieu en sus *Memorias,* se hizo salir de ella á la gente armada, la cual consistia en sesenta y cuatro franceses y noventa ingleses: todos los demas habian sucumbido. Los cadáveres llenaban materialmente los hospitales y los dormitorios: habia enormes montones de ellos en las puertas de las casas y en las calles y plazas públicas; porque la debilidad de los sobrevivientes era tal que no les quedaban fuerzas para enterrarlos. Á pesar de todo, la infeccion no era tanta como debia temerse, sin duda porque los que morian estenuados de hambre estaban mas dispuestos á secarse que á corromperse.»

Despues de esta victoria y de haber reducido á la obediencia al duque de Rohan, que aun se sostenia en San Juan de Angely, firmóse la paz de Alais, conocida por el *Edicto de gracia,* en el que Richelieu, siempre tolerante en materias de religion, aseguró á los protestantes la libertad de cultos y la igualdad ante la ley, quedando de este modo terminadas en Francia las guerras religiosas, suceso que constituye uno de los mayores méritos de nuestro personaje.

Vencido este enemigo de la paz interior, restaba al cardenal otro mas temible, la nobleza, que suspiraba siempre por recobrar su antigua independencia de la corona, y que todavía no habia hecho armas contra el primer ministro.

Mientras se encapotaba el cielo por esta parte, el ducado de Mántua, de que tomara posesion como legítimo heredero Cárlos de Nevers, vasallo del rey de Francia, precipitó á esta nacion en una guerra extranjera. No teniendo Luis XIII un capitan capaz de hacer frente al general español Ambrosio Espínola, que habia invadido dicho ducado mientras un ejército austriaco ocupaba los pasos del pais de los Grisones para descender á su vez sobre Mántua, púsose Richelieu á la cabeza de cuarenta mil hombres, teniendo bajo sus órdenes á tres mariscales, entre ellos el ilustre Schomberg. Favorable la suerte de las armas al cardenal-ministro, estaba á punto este de anonadar al enemigo, cuando una intriga de la reina madre le llamó á Lyon. En su ausencia volvieron el austriaco y el español á recobrar

lo que habian perdido; arrojaron de Mántua á Cárlos de Nevers, y se habrian hecho dueños de la fuerte plaza de Casal si un poderoso ejército francés no acudiera en su auxilio. Iba á darse delante de esta plaza una batalla decisiva; pero el Papa, que procuraba terminar esta guerra por los buenos oficios de un oficial de su confianza, llamado Julio Mazarino, á quien conocerá el lector en la biografía de Luis XIV, vió coronados sus esfuerzos por el tratado de paz de Cherasco, firmado el 6 de Abril de 1631. Este tratado aseguraba á Francia el Pignerol, el pais de los Valdenses suizos y una parte del Monferrato, quedando en Mántua como soberano Cárlos de Nevers.

Por esta guerra consiguió Richelieu distraer las fuerzas de Fernando II, en tanto que los protestantes alemanes se rehacian de sus pérdidas; interponerse entre España y Austria en la península italiana, y formar en esta una confederacion en que ostensiblemente entraron Venecia, Saboya y Mántua, y en secreto Toscana y la república de Génova, sin contar al Papa, que aunque no formó parte de ella, la apoyó con todo su poder.

Mientras el cardenal obtenia estas ventajas en Italia y se las preparaba mayores en Alemania, la nobleza francesa, que se agrupaba en torno de María de Médicis, entonces implacable enemiga de su antiguo favorito, porque de pasivo instrumento de sus miras se habia convertido en verdadero amo de la Francia, y aun puede decirse de Europa, la nobleza, decimos, que no podia resignarse á ser un mero adorno de la monarquía, conspiraba para derribar al primer ministro, no solo porque impedia la restauracion de las antiguas instituciones, sino porque favorecia á aquella clase media que, como la marea, subia paulatinamente sin hallar obstáculos que la detuvieran.

En efecto: Richelieu estaba á la altura de su siglo y obedecia á su espíritu. Su tolerancia con los reformados despues de vencidos; el rigor de que usaba con los nobles al mismo tiempo que los utilizaba en la guerra; su proyecto de afirmar el equilibrio europeo, con tanta ansia deseado por Enrique IV, y la constancia conque favorecia todo género de empresas particulares útiles al pais, probaron que este hombre habia nacido para interponerse entre el pasado y el presente, levantando sobre el fraccionamiento de la nacion la idea de patria; junto á la monarquía la clase media, el pueblo, y sobre el poder tiránico de los señores, la autoridad del rey, poder fecundo cuando sabe defenderse de sus propios excesos y busca en el fomento de los intereses de sus súbditos el amor de que debe

rodearse todo el que impera sobre un círculo mas ó menos grande de personas.

Fraguábanse en la córte mil conjuraciones contra tal ministro, y aun tentativas de asesinato, cuando se hizo público que le habia dicho el rey:

« Continuad sirviéndome como hasta aquí, y os sostendré contra las intrigas de vuestros enemigos. »

Estas palabras obligaron á los conspiradores á aplazar sus proyectos, por mas que no pensaran en desistir de ellos.

Habia ensayado el cardenal volver al favor de la reina Madre, y aun de rodillas la pidió su amistad; mas aquella rencorosa italiana le contestó:

« Antes me diera al diablo que renunciar á mi venganza. »

Persuadido Richelieu de que no conseguiria dominar á los nobles sino por el terror, hizo que el rey firmase una ordenanza por la que se restablecian en todo su vigor las antiguas leyes contra los duelos y los delitos de Estado, y escudado con aquel decreto envió al cadalso entre otros á los condes de Chalais, de Bouteville y de Chapelle, favorito el primero de Luis XIII y su compañero de infancia. Despues de este acto de rigor, poniendo en práctica su inagotable caudal de astucia y vigilancia, desafió las iras de sus adversarios.

No descuidaba por esto el audaz ministro los asuntos de Alemania.

En 23 de Enero de 1631 habia firmado con el rey de Suecia Gustavo Adolfo un tratado que tenia por objeto restablecer á los príncipes alemanes destronados por Fernando II. Á pesar de las recriminaciones que le dirigió el Papa Urbano VIII, prosiguió Richelieu la ejecucion de su plan de abatir la casa de Austria, asegurando al Pontífice que su alianza con los *herejes* suecos afianzaba la religion católica en Alemania.

La conspiracion que se tramaba hacia largo tiempo en la córte estalló al fin de un modo violento: en ella entró la reina Madre, su hijo el príncipe Gaston, el duque de Lorena, el de Montmorency, el mariscal de Merillac y gran parte de la nobleza. Los conjurados se proponian derribar no solo al cardenal, sino al mismo Luis XIII.

Rápido como el pensamiento acudió Richelieu á parar el golpe que le amenazaba. Despues de apoderarse de cuantos conjurados pudo haber á mano, ocupó con un poderoso ejército los Estados del duque de Lorena, que se sometió, y prendiendo al mariscal de Merillac al frente de sus mismas tropas, le hizo acabar la vida en el cadalso.

En el proceso de este personaje ocurrió, que no pudiendo probársele su

participacion en el delito de que le acusaban, se le encausó como concusionario, y al comunicar los jueces al cardenal el resultado del proceso, les dijo con refinada malicia, y aun podemos decir con desvergüenza, puesto que el tribunal era hechura suya:

« Confesemos que Dios da á los jueces otras luces que á los demas hombres, puesto que habeis hallado porqué condenar á muerte al pobre mariscal, cuando yo creia no haber motivo para zurrar á un paje. »

Por cuyo rasgo atestiguó Richelieu estar destituido de todo sentimiento generoso.

Perdió Montmorency el combate de Castelnaudari, que sostuvo acompañado del infante Gaston, ya declarado pretendiente del trono, y de Moret, hijo natural de Enrique IV, que sucumbió en el campo de batalla. Montmorency fué hecho prisionero y condenado á muerte por el Parlamento de Tolosa. Los jueces de este tribunal, todos los nobles de Francia, los generales del ejército, las corporaciones populares, el clero alto y bajo, Gaston y el mismo Luis XIII, querian que se perdonase á Montmorency, tanto por ser de estirpe real como por los eminentes servicios que prestara á su patria; pero nada pudo vencer á Richelieu, que dominando á todos, hizo que se ejecutara la sentencia.

Doscientos nobles fueron condenados á diferentes penas por el Parlamento de Poitiers, y muchos otros por los de Metz, París, etc.

La reina Madre tuvo que huir precipitadamente, refugiándose en Bruselas, de donde ya no volvió á salir, muriendo diez años despues casi en la miseria.

Cinco obispos fueron procesados y destituidos.

La nobleza quedó aterrada y Francia una y compacta.

Por fin, en 1633 se publicó un edicto de amnistía que contenia pocas excepciones.

Libre Richelieu de trabas interiores, explayó su accion al exterior; abatió el poderío de la casa de Austria en sus dos ramas española y alemana, y aumentó los dominios de Francia con el Rosellon, la Alsacia, el Artés, la Lorena, el Canadá, Terranova, Santo Domingo, la Guayana, Madagascar, etc.

En la *Sucinta narracion de las grandes acciones del Rey*, Richelieu, refiriéndose á las guerras que sostuvo la Francia contra el emperador Fernando II y el rey de España, se expresa en estos términos:

» Apenas podrá creer la posteridad que este reino levantara y sostu-

viera siete ejércitos y dos armadas, contribuyendo al mismo tiempo con sus recursos á mantener los de sus aliados. Sin embargo, es positivo que además de un poderoso ejército de veinte mil infantes y seis mil caballos que habeis tenido en Picardía para atacar á vuestros enemigos, en la misma provincia teníais otro de diez mil infantes y cuatro mil caballos para impedir la entrada del enemigo por aquella frontera; otro de igual número de hombres en Champaña, un cuarto de igual fuerza en Borgoña, un quinto en Italia, un sexto en la Valtelina y un sétimo no menos respetable en Alemania.

»Si vuestros antecesores despreciaron tanto el mar que vuestro difunto padre no tenia ni un navío, vuestra Majestad ha tenido durante el curso de esta última guerra veinte galeras y veinte navíos redondos en el Mediterráneo y mas de sesenta bien equipados en el Océano.

»Anualmente habeis socorrido á los holandeses con un millon doscientas mil libras, y á veces con mayor cantidad; al duque de Saboya con un millon; á Suecia con igual suma; al landgrave de Hesse con doscientos mil rixdalers, y á otros príncipes con diversas sumas, segun las circunstancias.

»Estas tan excesivas cargas, durante los cinco años que ha durado la guerra, han pesado sobre la Francia con un gasto anual de mas de sesenta millones; y es maravilla que hayan podido sostenerse sin tocar al sueldo de los oficiales ni á la renta de los particulares, y hasta sin pedir la enagenacion de los bienes del clero, recursos á que con frecuencia debian apelar vuestros predecesores en guerras de menor importancia.»

Richelieu, en su *Testamento político,* obra que es un trasunto de su alma, de su talento, de su firmeza, pero en la que que no se echa de ver un concepto elevado sobre la humanidad, dice, que si intervino en Italia, Alemania y en los Paises-Bajos, fué para salvarlos de la opresion y tiranía española y de la casa de Austria, constantes enemigos del reposo de la cristiandad.

Logró su objeto, es cierto; pero no tanto por sus solos esfuerzos, cuanto por la decadencia de España y Austria, á quienes tocó la triste suerte del inexperto jóven que prodiga sus fuerzas en empresas gigantescas, acarreándose, sino una vejez prematura, una enfermedad de larga convalescencia.

La pésima administracion del conde-duque de Olivares, favorito de Felipe IV, ocasionó la rebelion de los catalanes, la pérdida del Rosellon y la de Portugal. Richelieu fomentó cuanto pudo la primera, se posesionó

del segundo, y remitió todo género de auxilios á Juan IV de Braganza para sostenerlo en el trono portugués.

En la conquista del Rosellon hizo Richelieu su última campaña en compañía del rey; mas por la fiebre lenta que le consumia tuvo que detenerse en Narbona.

Supo allí que Cinq-Mars, caballerizo mayor y favorito de Luis XIII, á instancia del hermano del rey acababa de firmar un tratado con el conde-duque de Olivares para derribarle. Al mismo Luis le era ya insoportable su dominio, segun manifestó á su favorito, quien le alentaba á desprenderse del ministro. En un principio acogió el rey benévolamente los consejos de Cinq-Mars; pero luego, aburrido del prolongado sitio de Perpiñan, sintió la falta de Richelieu, y se reunió con él, abandonando á su resentimiento á los conspiradores. Cinq-Mars y su amigo De Thou fueron reducidos á prision por el cardenal, igualmente que el duque Bouillon y Gaston de Orleans.

Este último, cobarde siempre, suministró las pruebas de la conspiracion, y el rey se contentó con despojarle de sus principales dominios é incapacitarle para ejercer la regencia á su fallecimiento.

Cinq-Mars fué condenado á muerte, y el infeliz De Thou, que no habia cometido otro delito que callar lo que sabia, porque se lo habia comunicado la misma reina, omitiendo esta última circunstancia, se defendió diciendo:

«Al revelar el tratado de Madrid me convertiria en delator del hermano único del rey, del duque de Bouillon y del caballerizo mayor, y esto sin poder presentar ninguna prueba.»

Convencido de su inocencia el canciller Seguier, defendióle ante Richelieu; pero este hombre duro y vengativo, hallándose ya rendido físicamente por una enfermedad mortal, pronunció estas terribles palabras.

«Á pesar de su inocencia, quiero que muera De Thou.»

Así se vengaba el terrible ministro. ¿Pero de qué ofensa?

El padre de De Thou, ilustre historiador, amigo de Montaigne, del príncipe de Condé y de Enrique IV, ministro de Hacienda, jurisconsulto y embajador, al hablar en la *Historia de su tiempo* de la conjuracion de Ambrise, habia llamado á un tio segundo de Richelieu, al cardenal Antonio Du-Plessis, «fraile apóstata y manchado con todo género de vicios.» Y esta calificacion del padre respecto de un pariente lejano del ministro, hizo subir al hijo las gradas del cadalso.

« De Thou, padre, ha inscrito mi nombre en su historia, dijo con encono el cardenal; yo pondré el de su hijo en la mia. »

Efectivamente: el 12 de Setiembre de 1642 fué ejecutado en Lyon Francisco Augusto De Thou, junto con Cinq-Mars; pero la historia consigna el nombre de De Thou como el de la víctima de una venganza torpe y contraproducente, puesto que ella sola basta para hacer odiosa la memoria del que derramó la sangre de aquel justo.

Mientras tenian lugar estas ejecuciones, recibió el cardenal la noticia de que las tropas francesas habian entrado en Perpiñan, y sobreponiéndose por un instante á sus dolencias, escribió á Luis XIII desde su lecho de muerte:

« Señor, vuestros enemigos no existen: vuestras armas están ya en Perpiñan. »

El 1.° de Diciembre de 1642 tuvo un terrible acceso de calentura, y queriendo saber si corria peligro su vida, preguntó á su médico:

— ¿Cómo me encontrais hoy?

— No tan bien como yo deseara, respondió el doctor.

— ¿Estoy grave?

— No hay que perder la esperanza.

— Dejad reticencias, y responded con franqueza, repuso Richelieu.

— Monseñor, contestó entonces el médico, antes de veinte y cuatro horas estareis curado ó muerto.

— ¡Eso se llama hablar! exclamó el cardenal.

Entonces pidió que el cura de San Eustaquio le administrase los últimos sacramentos.

Preguntóle su confesor si perdonaba á sus enemigos, y él contestó:

« No he tenido mas enemigos que los del Estado. »

Por esta respuesta podemos colegir que no conoció los remordimientos, á pesar de haber sacrificado á su rencor personal á los hermanos Merillac, al inocente De Thou y al jóven Montmorency, ilustre por sus hazañas, simpático á todas las clases de la sociedad, y una de las esperanzas de la Francia.

¡No tuvo remordimientos, y á su muerte se abrieron las puertas de la Bastilla, donde gemian centenares de víctimas suyas, á quienes los tribunales no hallaban motivo para condenar!

Richelieu entregó su alma á Dios el 4 de Diciembre de 1642, sin ser llorado de nadie, á pesar de los inmensos servicios que prestara á su

patria. No habia tenido cariño mas que á su ambicion y á sus grandes concepciones; pero de nadie tampoco fué estimado.

Cuando participaron á Luis XIII la muerte de su primer ministro, contestó friamente:

« Ha muerto un gran político. »

En realidad, el cardenal de Richelieu fué el primer hombre de su siglo, si se tiene presente, no su moralidad, sino su intencion y lo que constituye el verdadero modelo de un ministro, cargo que requiere entre otras cualidades juicio exquisito, talento suspicaz, génio capaz de idear grandes cosas y perseverancia para realizarlas. Con estas dotes extendió considerablemente el territorio de la Francia, echando los cimientos de su poderío bajo el reinado de Luis XIV, domó á la turbulenta nobleza y á los inquietos protestantes, reivindicó para la corona muchas prerogativas que se apropiara Roma, creó la marina militar, fomentó los intereses materiales del pais, mejoró la condicion de la clase trabajadora, reduciendo los crecidos impuestos que sobre ella pesaban, creó un ejército permanente y bien disciplinado, dando los ascensos al mérito y á la antigüedad con preferencia á los títulos del nacimiento, estableció el servicio de correos á un precio módico, fundó la Academia francesa, fijando el número de académicos en cuarenta, con un presidente y secretario perpétuos, todos retribuidos por el Estado, y en fin, de una nacion debilitada, dividida por mil parcialidades políticas y religiosas y amenazada casi de una disolucion total, hizo un reino compacto y respetable.

La memoria de este insigne político seria grata á la Francia y al mundo entero, si al realizar sus gigantescos planes no se hubiese mostrado tan dispuesto á prodigar la sangre de sus semejantes.

Mucho se ha hablado de los amores de Richelieu, que dieron tema á tantas anécdotas, no muy edificantes tratándose de un príncipe de la Iglesia. Sin ocultar nosotros que fué aficionadísimo al bello sexo, creemos exagerado lo que se dice de sus relaciones ilícitas con María de Médicis, con Ana de Austria y con diferentes señoras de la córte.

Richelieu peroraba con gran facilidad, y dejó escritas las siguientes obras:

Los puntos principales de la fé católica defendidos contra el escrito dirigido al rey por los ministros de Charenton, Poitiers, 1617.

Instruccion del cristiano, idem, 1621.

La perfeccion del cristiano, idem, 1646.

Método fácil y asegurado de convertir á los que se han separado de la Iglesia, 1651.

Memorias, publicadas parcialmente con el título de *Historia de la madre y del hijo*, que forman parte de la *Coleccion de memorias relativas á la Historia de Francia.*

Testamento político del cardenal de Richelieu, que no vió la luz pública hasta el año de 1764.

En fin, celoso de la gloria de Pedro Corneille y otros grandes poetas de su época, á quienes se complacia en dictar argumentos para sus obras, quiso escribir para el teatro, y compuso *Miramo,* tragedia de escasísimo mérito, y la *Gran Pastoral,* que tampoco vale gran cosa.

Además se han publicado en 1856 en la *Coleccion de documentos inéditos sobre la historia de Francia* las *Cartas, instrucciones diplomáticas y papeles de Estado del cardenal de Richelieu*, que forman cinco volúmenes en 4.°

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE RICHELIEU.



OLIVERIO CROMWELL.

(1599 Á 1658 DESPUES DE J. C.)

[illegible] tercio del siglo XVII.

Era Cárlos I nieto de aquella María Estuardo á quien conocen ya nuestros lectores, que soportó con valor el martirio de diez y nueve años de encarcelamiento, y que, víctima de la envidia de Isabel, subió al cadalso con heróico valor. Si el temor de que las simpatías católicas del Continente restablecieran la supremacía de Roma en la isla británica fué motivo para que este pueblo consintiese en la muerte á todas luces injusta de María, la pertinacia de Cárlos I en sostener la Iglesia anglicana, ahogando las aspiraciones de los puritanos, le llevó al último suplicio.

[illegible] progreso, conocidos con el nombre de *niveladores*, iban á precipitarla arrastrando la nacion inglesa al abismo, cuando la mano poderosa de Cromwell la detuvo, trazándola los límites que no debia salvar.

Los historiadores que han hecho responsable solamente á Cromwell tanto de la muerte de Cárlos I como de las horribles carnicerías de Irlanda, no aprecian bastante la influencia que el encadenamiento de los pasados sucesos ejerce sobre el momento histórico que describen. Así que de aquellas sangrientas escenas sean responsables con el mismo Cromwell su época, las pasadas, y en fin, la misma ley de hierro que inflexible gobierna



OLIVERIO CROMWELL.

(1599 Á 1658 DESPUES DE J. C.)

Oliverio Cromwell y Cárlos I son los representantes de los dos principios opuestos que ensangrentaron el suelo de Inglaterra en el segundo tercio del siglo XVII.

Era Cárlos I nieto de aquella María Estuardo á quien conocen ya nuestros lectores, que soportó con valor el martirio de diez y nueve años de encarcelamiento, y que, víctima de la envidia de Isabel, subió al cadalso con heróico valor. Si el temor de que las simpatías católicas del Continente restablecieran la supremacía de Roma en la isla británica fué motivo para que este pueblo consintiese en la muerte á todas luces injusta de María, la pertinacia de Cárlos I en sostener la Iglesia anglicana, ahogando las aspiraciones de los puritanos, le llevó al último suplicio.

La revolucion entonces se desarrolló poderosa, y ya los impacientes del progreso, conocidos con el nombre de *niveladores,* iban á precipitarla arrastrando la nacion inglesa al abismo, cuando la mano poderosa de Cromwell la detuvo, trazándola los límites que no debia salvar.

Los historiadores que han hecho responsable solamente á Cromwell tanto de la muerte de Cárlos I como de las horribles carnicerías de Irlanda, no aprecian bastante la influencia que el encadenamiento de los pasados sucesos ejerce sobre el momento histórico que describen. Así que de aquellas sangrientas escenas sean responsables con el mismo Cromwell su época, las pasadas, y en fin, la misma ley de hierro que inflexible gobierna

el mundo, y á la cual solamente se sustraen, pero luchando heróicamente, los virtuosos, los santos y los mártires.

Posible es que los reyes dirijan los vientos que impulsan la nave de los progresos ó de las revoluciones de los pueblos; mas si sujetan estos vientos, se desencadenan en tempestades, y en este caso, para impedir el naufragio, es indispensable apoderarse del timon y tener voz robusta para mandar las maniobras oportunas, aunque para ejercer esta autoridad sea necesario simpatizar con los revolucionarios y participar de sus preocupaciones ó virtudes.

Fortuna fué que en la revolucion inglesa figurara un hombre como Cromwell, quien con mayor tacto político que los revolucionarios franceses de 1793, y careciendo de la inmensa ambicion de Bonaparte, salvó la integridad de su patria, llevando su comercio y navegacion á un alto grado de prosperidad.

La revolucion inglesa, como todos los acontecimientos humanos de importancia, arraiga profundamente en la historia. Desde la aurora de la edad Moderna, en la época de San Luis y de Alfonso el *Sabio*, los albigenses de Francia y España, San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzman, proclamando las excelencias de la caridad, afeando los vicios del alto clero, y viviendo ellos y sus prosélitos en la primitiva pureza del cristianismo, habian indicado el camino que debia seguir la Iglesia católica. De la necesidad de su reforma nos hemos ocupado en la biografía de Lutero, por lo que no insistiendo mas sobre este punto, diremos, que ya en Inglaterra aparecieron síntomas de descontento contra el Pontificado desde mediados del siglo XIV, en que se abolieron varios tributos que se pagaban á Roma, mientras se confirmó á los señores el derecho de proveer los beneficios eclesiásticos, y como rehusase el Papa aprobar tales innovaciones, Juan Wicleff, lector de teología en Oxford, que tradujo en lengua vulgar el Nuevo Testamento, empezó á predicar contra la inmoralidad y los bienes del clero, los desórdenes introducidos en la Iglesia, la supremacía de los Pontífices, el culto de los santos, los votos monásticos, el celibato de los sacerdotes, la confesion auricular y la trasustanciacion, ensalzando al mismo tiempo las virtudes de la Iglesia primitiva. Esta doctrina fué condenada en el concilio de Constanza en 1414, igualmente que las del aleman Juan Hus y Gerónimo de Praga.

El sacudimiento que imprimió Lutero conmovió tambien la Inglaterra, y solo la voluntad enérgica de Enrique VIII pudo contener el movimiento

religioso en sus dominios; mas no sirviendo el Papa los intereses de este soberano en la cuestion de su divorcio con Catalina de Aragon, como él habia servido los de la Iglesia impidiendo la Reforma y publicando la *Defensa de los siete sacramentos contra Martin Lutero*, se erigió en Pontífice de la Iglesia anglicana.

Dejamos indicado en la biografía de María Estuardo por medio de qué atrocidades Enrique VIII y su hija Isabel lograron implantar la Reforma en Inglaterra, y cómo los escoceses la impusieron á sus reyes. Sin embargo, entre la Iglesia anglicana y la escocesa existian notables diferencias.

Enrique VIII promulgó seis artículos de fé, que abrazaban: las Santas Escrituras, los símbolos de los apóstoles, el bautismo, la penitencia, la Eucaristía, la presencia real, la necesidad de las buenas obras, la invocacion de los Santos, las imágenes, los vestidos pontificales, las ceremonias de la ceniza, la de las palmas y los sufragios por los difuntos.

La Iglesia escocesa procedia de Calvino, y por lo tanto, no admitia otro sacramento que el bautismo y la cena, ni otra fuente de inspiracion religiosa que la Escritura, ni mas ceremonia que la reunion de los fieles en los templos para orar en comun y oir el sermon del que se sintiese inspirado para dirigir la palabra á sus correligionarios. Además de esto, calificaba de idolatría la adoracion de las imágenes, de las reliquias, y aun de la misma cruz. Los afiliados á esta Iglesia tomaron el nombre de presbiterianos ó puritanos.

Empero en Inglaterra y Escocia, los nobles, como ya lo habian practicado los de Alemania, se apoderaron de los bienes del clero, siendo esto un poderoso motivo para que permanecieran firmes en su nueva fé y mirasen como enemigos mortales á Roma y á todos los católicos.

En escocia, el pueblo profesaba el calvinismo, que él mismo habia escogido por su religion, mientras que en Inglaterra se practicaba la que quiso imponer el soberano. Sin embargo, obligados los ingleses á dejar una religion para tomar otra, quisieron conocer las doctrinas de los diferentes reformistas, lo que dió por resultado que abundasen los luteranos, calvinistas, anabaptistas é independientes, y que todas estas comuniones, á pesar de su antagonismo, abrazasen por bandera la libertad de conciencia, y se sintieran unidas por el mismo odio contra los católicos, los judíos y la Iglesia anglicana.

Cuando Cárlos I subió al trono exacerbó este odio casándose con Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, bella, virtuosa y culta; pero

francesa y católica, que no quiso coronarse por no figurar en una ceremonia herética, y que intervino con grande empeño en los negocios públicos.

Si por esta parte Cárlos I empezó mal su reinado, no fué menos imprudente en querer gobernar sin el Parlamento, institucion que habia echado profundas raices en las costumbres de sus súbditos, por tener ya una antigüedad bastante respetable.

En efecto: la *Carta* que Enrique I de Inglaterra otorgara en 1110, y que en seguida derogó, fué desenterrada por los turbulentos súbditos de Juan *sin Tierra*, que la confirmó en 19 de Junio de 1214. Por esta *Carta*, base de las libertades inglesas, conocida en la historia con el nombre de *Carta-Magna*, el rey no puede atentar á los derechos de persona alguna; nadie debe ser preso, expropiado, desterrado ni ofendido bajo ningun concepto sin ser préviamente juzgado por sus Pares; la justicia no puede ser denegada, dilatada ni vendida; el tribunal de justicia no debe seguir al rey, sino tener su residencia fija en Westminster, á la vista del pueblo, debiendo ser los jueces personas versadas en el conocimiento de las leyes, y por último, entre otras disposiciones referentes á costumbres, establece que el rey no tiene autoridad para imponer contribuciones ni servicios militares sin el consentimiento de los grandes, esto es, de los arzobispos, obispos, abades, condes y barones.

Enrique III, hijo de Juan *sin Tierra*, que instituyó el Jurado, despues de haber combatido la *Carta*, ratificóla al fin, á condicion de que se le suministrasen los recursos que necesitaba. Á la luz de antorchas leyóse el mencionado documento; lo juró el rey y el pueblo, y los obispos, despues de declarar excomulgado al que faltase á aquel solemne pacto, apagando de repente las luces, gritaron:

— ¡Así se apague en el infierno el alma del que incurra en esta excomunion!

— Amen: respondió el rey.

Y sin embargo, faltó á su juramento, por lo que sus súbditos le compelieron en 1263 por medio de las armas á aceptar el arbitraje de San Luis, quien ordenó el olvido de lo pasado y el restablecimiento de los derechos que reclamaba el pueblo.

Así la *Carta-Magna* recibió la sancion del santo rey de Francia.

Arraigóse mas la aficion de los ingleses á su *Carta-Magna* cuando, á últimos del siglo XIII, las necesidades siempre crecientes de Eduardo I le impulsaron á convocar á la pequeña nobleza y á los representantes de los

censualistas libres, los cuales, bajo el nombre de *Comunes,* unidos á los nobles ó *Pares,* obligaron al rey á confirmar la *Carta*, ratificando de paso la condicion de que el monarca no podia imponer contribuciones sin el consentimiento de los nobles y personas libres.

En 1399 fué arrojado del trono Ricardo II por haber violado la *Carta-Magna.* Tanto era ya el prestigio de que gozaba la ley fundamental inglesa.

Durante el reinado del fundador de la órden de la *Jarretera*, Eduardo III, el Parlamento fué convocado con frecuencia para pedirle recursos, y los concedió con la expresa condicion de que se consignase en la *Carta* que ningun impuesto fuese válido sin la aprobacion de los Comunes. Desde entonces se discutieron en esta Cámara los ingresos y gastos del Estado; se expusieron los abusos de la administracion y las necesidades públicas, y pudo hacerse la crítica de los contratos de comercio y de las declaraciones de guerra: en una palabra, el pueblo inglés tuvo un gobierno representativo.

Es verdad que tiranos como Enrique VIII y su hija Isabel deprimieron á su antojo la autoridad de los parlamentos, esclavizándolos mas ó menos; pero la Constitucion no fué derogada.

Si la clase media, compuesta de pequeños nobles, propietarios, comerciantes é industriales, estaba representada en el Parlamento y gozaban sus individuos de la libertad civil, no eran libres en el terreno religioso, porque la Reforma habia sido impuesta á la nacion por Enrique, bajo la mira personal de ser él, y por lo tanto sus descendientes, los jefes de la Iglesia anglicana, la cual adolecia de los mismos vicios de que la Reforma acusaba á la Iglesia de Roma.

Levantóse, pues, contra ella el espíritu reformista, que no pudieron ahogar ni Enrique, ni Isabel, y que tomó creces bajo el reinado de Jacobo I, luchando contra el gobierno cuando sus disposiciones atacaban las conciencias aun las personas que le eran mas afectas.

La *Biblia* estaba frente á frente de las leyes y de la monarquía, y Jacobo, que no supo gobernar entre estas dos tendencias, legó á su hijo Cárlos I un trono vacilante, tanto mas, cuanto que existia ya un partido político que no veia en la monarquía mas que un conjunto de usurpaciones.

Este partido se alió naturalmente con los presbiterianos, calificados de *santos*, los cuales comentaban la *Biblia* en favor de los débiles, querian reformar la Iglesia y el Estado, defendian la absoluta independencia de los

fieles, y despreciaban á los ricos, á los nobles y á los sacerdotes, al mismo tiempo que las riquezas y el poder. No temian la muerte ni el martirio, y abominaban los atractivos de la voluptuosidad. Tenian grande influjo entre los Comunes, porque los derechos políticos y las formas religiosas que á par de ellos sustentaban, tendian á un solo objeto, á la limitacion del poder real.

Cárlos I reunió cinco veces el Parlamento durante su reinado para pedir subsidios, y cuatro veces lo cerró, creyendo poder prescindir de él para gobernar.

En la apertura de las Cámaras de 17 de Marzo de 1628 dijo este soberano:

« Os vuelvo á reunir, porque el Parlamento es el mas antiguo, el mas pronto y el mejor medio de obtener los recursos que requiere nuestra seguridad y la salvacion de nuestros amigos amenazados de una ruina inminente. Si no cumplís con vuestro deber, yo, en desagravio de mi conciencia, echaré mano de los poderes que Dios me ha dado para salvar lo que la locura de algunos quiere perder. Esto no es una amenaza, ni amenazaré mas que á mis iguales: es un aviso del que por naturaleza y por deber se interesa por vuestra salvacion y prosperidad. »

Á este lenguaje altanero contestó el Parlamento con una *Peticion de derechos*, redactada por lord Strafford, peticion que aclaraba los consignados en la *Carta-Magna*, despues de lo cual otorgó el Parlamento los subsidios y el rey los derechos; pero habiendo querido la Cámara asegurar mas las franquicias públicas, el rey la disolvió; puso presos á algunos de sus miembros, y manifestó públicamente que gobernaria sin el Parlamento, como lo hizo durante once años.

Entre tanto los no-conformistas, ó presbiterianos de Escocia, habian dado pruebas de la ardiente fé que les animaba. Perseguidos por Cárlos I y expuestos á la vergüenza con las orejas cortadas, edificaban á la multitud con su heroismo en el martirio. Un tal Burton, empapando un paño en su propia sangre, dijo á la muchedumbre:

« ¡ Bendito sea el Señor, que me ha considerado digno de padecer por él! He perdido alguna sangre; mas la derramaria toda por sostener la verdad de Dios y el honor de mi rey contra las usurpaciones de los papistas. ¡ Gloria á Dios y larga vida al rey! »

El célebre Juan Pym decia:

« Cristianos: si hubiésemos estimado nuestra libertad no estaríamos

aquí. Por la vuestra sufrimos: guardadla bien, permaneciendo fieles á la causa de Dios y de la patria; de lo contrario caereis en eterna esclavitud.»

La guerra civil se encendió en Escocia, y despues de mucho tiempo y de muchas batallas, Cárlos I tuvo al fin que ceder en 1640.

Desde este momento, la revolucion que se preparaba en Inglaterra adquirió aquella fuerza incontrastable que domina las inteligencias de todos y las lleva á su objeto sin que nadie pueda resistirla. La exaltacion de los ánimos era grande; el movimiento tumultuoso é incierto. En todas partes se publicaban hojas en que se dilucidaban cuestiones políticas, religiosas, históricas, se daban consejos y se lanzaban invectivas. ¿Qué se pretendia y á dónde se iba? El principio de la soberanía nacional estaba latente en la explosion de pensamientos y deseos. Mas, ¿bajo qué forma de gobierno?

Convocó por quinta vez Cárlos I aquel parlamento que se hizo célebre bajo el nombre de *Parlamento largo*, y como venia irritado por las mil tentativas que se practicaran para destruirlo, se mostró desde luego enemigo de la corona. Desde las primeras sesiones cada diputado adujo las quejas de su pais, de lo cual resultó la acusacion general de los agentes del poder. La córte se asustó, y los oprimidos respiraron.

Cárlos I tenia en lord Strafford un hombre de energía y de talento. Autor de la *Peticion de derechos* á que hemos aludido mas arriba; habiendo organizado la justicia, el ejército y la industria en Irlanda, y hallándose en abierta pugna con el partido de la reina, porque arrastraba al rey á su ruina, Strafford, no pudiendo separar de la córte esa influencia funesta, quiso retirarse; pero Cárlos le dijo:

« Vuestros consejos me son necesarios, y tan cierto como soy rey de Inglaterra, os juro que nadie tocará un cabello de vuestra cabeza. »

Sin embargo, acusado por Pym ante la Cámara de los Lores del crímen de alta traicion cometido durante su administracion en Irlanda, la acusacion fué admitida y Strafford quedó preso.

Desde este momento pudo decirse que la revolucion habia triunfado. Los Comunes pidieron la renovacion trienal del Parlamento, la inamovilidad de los jueces, la abolicion de los tribunales excepcionales, de las prisiones arbitrarias, de los impuestos ilegales, la publicidad de las cuentas y la responsabilidad de los ministros. Y sobre todas estas peticiones se cernia prestándoles mayor autoridad la cuestion religiosa.

Entretanto la prensa excitaba los ánimos, y Cárlos iba haciendo concesiones para libertar á Strafford; pero no solo no lo lograba, sino que tam-

poco pudo salvar á Laud, arzobispo de Cantorbery, su primer ministro. Los puritanos, cada dia mas numerosos y mas fanáticos, tenian ya en el Parlamento al mas valiente y austero de los suyos, á Oliverio Cromwell.

La pasion política supone á Cromwell hijo de un fabricante de cerveza ó de un carnicero, aunque para nosotros tendria esto muy poca importancia, porque todo trabajo útil honra mas al hombre que un vano título de nobleza, pues como decia el inglés Wat-Tiler en el siglo XV: *Cuando Adan cavaba y Eva hilaba, ¿quién era noble?* Sin embargo, debemos decir en honor de la verdad, que el futuro Protector de Inglaterra contaba entre sus ascendientes á aquel Tomás Cromwell, uno de los mas ardientes partidarios del protestantismo, y que creado conde de Essex, primer ministro y gran chambelan por el feroz Enrique VIII, entregó su cabeza al verdugo por un capricho de su terrible amo.

El abuelo de Oliverio, llamado Enrique Cromwell, conocido con el nombre de *El caballero de oro*, por alusion á sus riquezas, tuvo dos hijos: el primero, llamado Ricardo, contrajo matrimonio con Isabel Estuardo, descendiente de la ilustre familia que dió reyes á Escocia, y el segundo, nombrado Roberto, fué el padre de nuestro héroe.

Apenas entrado en la adolescencia fué enviado Oliverio á la universidad de Cambridge, que abandonó á la edad de diez y ocho años por muerte del autor de sus dias, para dedicarse en union de su hacendosa madre al cuidado de la herencia paterna.

Las tierras de la familia Cromwell estaban situadas junto al rio Ouse, y á pocas leguas de Cambridge.

Viendo aumentar rápidamente su fortuna, merced á su economía y laboriosidad, determinó Oliverio contraer matrimonio, y despues de obtenido el consentimiento de su madre, casóse con Isabel Bouchier, rica heredera paisana suya.

Algun tiempo despues de su matrimonio fué á establecerse Cromwell en las inmediaciones de Huntingdon, capital del condado del mismo nombre, donde vivió diez años, ocupándose en las faenas del campo, como un gentil-hombre rural, y en profundizar las controversias religiosas que suscitaba la Reforma.

Durante el citado período vinieron á aumentar su numerosa familia dos hijos y cuatro hijas.

Su madre, sus parientes, sus amigos, sus vecinos y los pueblos de los alrededores eran fanáticos puritanos en religion y liberales en política.

Cromwell excedia á todos por su ardiente imaginacion. Buscaba la soledad de los campos para meditar sobre los textos bíblicos, pareciendo presa de la epidemia del siglo, de la interpretacion de la *Biblia*. Por lo demas, admitia como los puritanos la revelacion individual, buscando solo en los versículos sagrados la norma de los nuevos tiempos y de su conducta particular. Así, el puritanismo de Cromwell consistia en la obediencia absoluta á la Santa Escritura y en la absoluta libertad de interpretarla.

Sin embargo, es necesario indagar si el futuro Protector de Inglaterra era un hombre piadoso, ó cual han supuesto ciertos historiadores, un hipócrita que fingia sentimientos y creencias de que no participaba. De la correspondencia que ha desenterrado Carlisle vamos á trasladar aquí algunas cartas que nunca pudo sospechar Cromwell estuviesen destinadas á ver la luz pública, y que iban dirigidas á personas que no debian jamás tener intencion alguna de publicarlas.

Decia desde Saint-Ives el 11 de Enero de 1635 á uno de sus amigos:

«Mi muy querido y buen amigo: Construir templos y hospitales para alivio de los enfermos y para reunir los fieles, debe ser estimado sin duda alguna como una obra de piedad; mas los que elevan templos espirituales que dan alimento á las almas, son hombres, amigo mio, verdaderamente piadosos. Obra piadosa, en efecto, es la que habeis llevado á cabo fundando una cátedra de sermones y colocando en ella al doctor Wells, hombre santo y capaz, igual á lo mejor que yo conozco. Estoy convencido de que desde su llegada el Señor nos ha colmado de beneficios. Entretanto, es necesario que Aquel que os ha inspirado esta fundacion os impulse á mantenerla y á concluirla. ¡Elevad á Él vuestro corazon! Vos, que vivís en esa gran ciudad, en Lóndres, sabeis muy bien que el suprimir los emolumentos del predicador, es suprimir la cátedra. Porque, ¿quién va á la guerra por su gusto? Suplícoos, pues, por las entrañas de Jesucristo, que lleveis este asunto á buen fin. Haced que se pague á ese digno ministro: las almas de los hijos de Dios os bendecirán y yo tambien. Queda para siempre vuestro amigo en el Señor.—Oliverio Cromwell.»

Á su prima, casada con el procurador general Saint-John, escribia lo siguiente:

«Estoy en *Cedar*, palabra que significa oscuridad, tinieblas. Sin embargo, el Señor no me abandona, y espero que me conducirá al sitio en que Él descansa; á su tabernáculo. Mi corazon abriga esta esperanza, y si puedo glorificar al Señor, sea por mis ruegos, sea por mis sufrimientos defen-

diendo su causa, me sentiré muy consolado. Verdaderamente, ninguna criatura tiene mas motivos que yo para sacrificarse por la causa de su Dios. Ya he recibido el premio por adelantado, y jamás podré pagar bastante el precio de estos dones. ¡Que el Señor, pues, me acepte en su hijo Jesucristo, y me permita seguir el camino de la luz, porque Él es luz! ¡Bendito sea su nombre, que brilla en un lugar tan oscuro como mi alma! ¡Ay! ¡vos sabeis cuál ha sido mi vida! ¡Me complacia en las tinieblas; vivia en ellas, y aborrecia la luz! ¡Yo era el mayor de los pecadores, y sin embargo, Dios ha tenido misericordia de mí! ¡Oh, preciosos tesoros de la misericordia de Dios! ¡Alabadle en mi nombre; rogad por mí, á fin de que Aquel que ha efectuado tan gran mudanza en mi alma, se digne completarla en Jesucristo! ¡Que el Señor sea con vos! Así lo desea vuestro primo.—OLIVERIO CROMWELL.»

Todo lo que se ha hallado escrito de la mano de Cromwell en la edad comprendida entre veinte y cuarenta y un años, lleva el sello del misticismo, de la exaltacion y de la sinceridad. La melancolía que reinaba en el fondo de su carácter, parecia alimentada por la tristeza del lugar en que vivia. De pié está aun su casa no lejos de Saint-Ives. Tiene la apariencia de un cláustro abandonado. La tradicion designa un oratorio pegado á la casa y edificado por el gentil-hombre puritano, como el sitio donde reunia á los colonos y braceros de los alrededores para oir la palabra de Dios emitida por boca de los misioneros de su secta, y de la suya propia cuando se sentia inspirado.

Este sitio, que los habitantes de Saint-Ives enseñan al viajero, tiene algo de siniestro: el que morase en él debia encerrar su alma en el círculo de las ocupaciones que proporcionan riquezas terrestres, ó lanzarla mas allá de la tierra en los éxtasis de la contemplacion. En tal lugar, sin embargo, Cromwell y su jóven esposa, modelada por el mismo carácter de su marido, educaron en el silencio y en la soledad los siete hijos que el amor y fidelidad conyugal les habia dado, y allí habrian muerto oscuros y olvidados si las tempestades políticas de aquella época no hubieran venido á arrancarles de su grato reposo.

Hasta la granja de Cromwell llegaban los folletos de los controversistas calvinistas y luteranos, y hasta la voz del gran poeta Milton, que acababa de llegar de Italia, donde habia visto escandalizado la corrupcion del clero y tenido ocasion de visitar en Ancetry al inmortal astrónomo, al venerable anciano perseguido por la intolerancia católica hasta el punto de tener

que confesar de rodillas y ante siete feroces inquisidores que la Tierra no gira alrededor del Sol.

Juan Hampden, pariente de nuestro héroe, hombre muy popular por haber sido el primero en negarse á pagar la contribucion de mar impuesta arbitrariamente por Cárlos I en 1637, queriendo reforzar el partido republicano con una persona de convicciones tan profundas y de costumbres tan irreprensibles como Cromwell, propúsole para diputado por la ciudad de Cambridge, que lo envió desde luego al Parlamento.

Apenas hubo tomado asiento en la Cámara:

«Remitidme á Lóndres, escribió á su amigo Willingham, los argumentos de la Iglesia escocesa que sostienen lo necesaria que es la unidad religiosa en el reino. Quiero volver á leer dichos argumentos antes de los debates que desde luego van á abrirse en la Cámara de los Comunes.»

Como se vé, el primer interés que brota en el alma del entusiasta puritano es el religioso; en pos de este viene el de partido.

Referente á esta época de la vida de nuestro personaje hallamos en las *Memorias* de un partidario del rey los siguientes apuntes:

«En Noviembre de 1640, al entrar en el salon del Parlamento, ví en la tribuna á un orador á quien no conocia. Vestia un traje de paño negro, sin ningun bordado, cortado al parecer por algun sastre rural. La camisa de aquel individuo era de gruesa tela, y en el cuello de ella recuerdo que habia una mancha de sangre. En su sombrero no se veian plumas ni otro adorno. Era de regular estatura. Su espada estaba como cosida al muslo. Era su cara redonda y abultada; su voz estridente y nada flexible; pero se expresaba con fervorosa elocuencia. La causa que defendia estaba destituida de buen sentido: hablaba en favor de un libelista entregado al verdugo. En vista de la atencion que la Asamblea prestaba á este gentil-hombre, disminuyó mucho mi consideracion por los Comunes.»

¿Pretender arrancar á un escritor público de manos del verdugo era una causa destituida de sentido comun?... ¡Qué córte, qué realistas, qué tiempos aquellos! Por fortuna están bastante lejos de nosotros, aunque haya todavía en nuestra patria quien suspire por ellos.

Empero, llegó su turno á los republicanos, y á su vez fueron crueles; que si el rey y la aristocracia habian sembrado vientos, natural era que cosecharan tempestades.

El partido republicano, que acusara á Strafford de traidor á la patria,

le hizo comparecer ante la Cámara de los Lores, que le condenó á muerte, á pesar de toda la influencia de Cárlos I. En vano suplicó este, mas como amigo que como rey, que se le ahorrase el profundo dolor, el suplicio de sancionar la sentencia de un inocente del crímen de que se le acusaba. El Parlamento, que tantos desprecios habia sufrido de Cárlos, fué inflexible, y el rey, cediendo á las instancias de su esposa, que creia conjurar así el peligro que amenazaba á la dinastía, aprobó la sentencia.

Firmado que hubo el fatal documento que enviaba al cadalso á su mas desinteresado servidor, arrojó Cárlos la pluma horrorizado; pero al comunicarse á Strafford la fatal noticia, exclamó amargamente:

¡Nolite fidere principibus et filiis hominum, quia non est salus in illis! [1]

Y desplegando una increible serenidad, entregó su cabeza al verdugo el 15 de Mayo de 1641.

Pym, que habia sostenido la acusacion y que no esperaba en Cárlos tanta debilidad, se felicitaba de su triunfo, exclamando:

«¡Ah, nos ha dado la cabeza de Strafford!... ¡Ya no nos rehusará nada; ni la suya tampoco!»

El Parlamento, alcanzada esta victoria, procuró suscitar nuevos conflictos entre la corona y el pueblo. El espíritu de rebelion era general en Inglaterra y tenia al rey aislado en medio de su córte.

Tal situacion era insostenible. Ansiando salir de ella, Cárlos buscó un apoyo en Irlanda, que por odio á sus bárbaros dominadores los ingleses se habia mantenido católica. Despues de un tratado secreto que ajustó con los irlandeses el mal aconsejado soberano, tomaron aquellos las armas, y sedientos de sangre, al grito de *¡Viva el rey!* degollaron á cien mil ingleses, quemaron sus casas y destruyeron sus cosechas y ganados.

Este espantoso crímen exasperó al pueblo inglés. Habiéndose extendido el rumor de que el rey y la reina eran los autores de aquella matanza, los Comunes, aprovechando hábilmente la indignacion popular, publicaron la famosa *Amonestacion* y se erigieron en consejeros de la corona. Dado este paso, acordó el Parlamento que no podia el monarca oponer su veto á las leyes que decretase; que el mando de las tropas no le correspondia esencialmente; que los alistamientos se harian en adelante en nombre de las Cámaras, y que á fin de sostener la tranquilidad pública, se posesionara el

[1] «No os fieis de los príncipes ni de los hijos de los hombres, porque no está en ellos la salvacion.»

Parlamento de los arsenales y fortalezas del reino. Despues de estos acuerdos, confióse el mando en jefe del ejército al conde de Essex.

No podia ya quedar á Cárlos ninguna duda de que, mas que de limitar sus atribuciones, trataba el Parlamento de arrebatarle la corona.

Así, no quedándole otra alternativa que descender voluntariamente del trono ó empezar las hostilidades contra sus enemigos, aprestóse á la lucha, encerrándose en Yorck con su ejército y una multitud de aventureros que seguian su bandera.

Tal era la situacion de los negocios públicos en Julio de 1642, cuando Cromwell, obedeciendo á sus bélicas inclinaciones, decidióse á cambiar la palabra por la espada.

En realidad, las luchas parlamentarias no se avenian con su carácter, sino cuando tenian por objeto combatir las Iglesias anglicana y romana y defender la libertad de conciencia, aunque muy poco podia hacer por esta última en el Parlamento no poseyendo dotes oratorias como las del ilustre Strafford ó el elocuente Juan Pym.

La figura de Comwell tenia algo del colono, del soldado y del sacerdote: era vulgar, enérgica, cual conviene al que ha de mandar soldados, al paso que traducia el fervor religioso de su alma. El futuro Protector de Inglaterra tenia talla mediana, miembros robustos, frente ancha y combada, ojos azules, nariz prominente, inclinada un poco hácia el lado izquierdo y algo colorada como la de los aficionados á la bebida, aunque en Cromwell provenia del ardor de su sangre; sus labios, demasiado hendidos, gruesos y mal modelados, ni revelaban una inteligencia fina, ni delicadeza de sentimientos, ni la volubilidad necesaria á la elocuencia. En los retratos que de él nos quedan no aparece ningun rasgo por donde puede deducirse que fuese hombre capaz de desplegar el tesoro de facultades intelectuales que mostró en el poder.

Habiéndole otorgado el Parlamento la autorizacion que pidió para levantar tropas, y siendo la caballería entonces el arma mas importante de los ejércitos, levantó un regimiento. No admitió en él soldados veteranos, viciados y corrompidos: reclutólos en el partido religioso de los independientes, que profesaban el dogma supremo de Lutero de que todo cristiano recibe con el bautismo el sacerdocio, y de que toda congregacion de fieles es Iglesia legítima, sin que ninguna otra puede tener autoridad sobre ella, pues toda religion consiste en la libre é inmediata comunicacion del individuo con la divinidad.

El regimiento de Cromwell dió oficiales á los demas cuerpos y fué la norma del ejército parlamentario. Embebidos sus soldados en las prácticas de su religion, las voces de mando, el santo y seña, todo era bíblico. Se hacia fuego en *nombre del Señor;* cantando salmos se entraba á la carga; en los descansos se escuchaban sermones, y se atacaba al enemigo con la conviccion de alcanzar la victoria ó el paraiso. Semejantes á los primeros sectarios de Mahoma, con el sable en una mano y la *Biblia* en la otra, donde sentaban el pié aquellos fanáticos todo debia humillárseles.

La fuerza de Cromwell consistia, pues, en el entusiasmo religioso que supo inspirar á los que le seguian. Habia eliminado de su naciente ejército á todos los débiles, é importándole mas la calidad que la cantidad de sus subordinados, suplia la primera infundiéndoles una idea elevadísima de su mision. Así pudo formar aquella brillante caballería puritana, disciplinada, intrépida, invencible.

Despues de sus primeros encuentros con las tropas reales, escribia á su mujer:

«Mis soldados estaban fatigados á mas no poder, y sin embargo, Dios quiso darles la victoria. Á pesar del número, atacamos hasta chocar caballo contra caballo; rompimos sus líneas, y los perseguimos. El honor de esta jornada pertenece al Señor.»

Decia en otra carta á su primo Saint-John:

«He dado á esta causa mi fortuna y mi fé, y espero en Dios que la daré mi vida. Todos piensan como yo, mis soldados, mis compañeros y mi familia. Mis tropas aumentan de dia en dia. Si conociéseis á estos hombres, los admiraríais: todos son extraordinariamente esforzados, y como creyentes, de una conducta ejemplar.

Desde Preston, donde habia obtenido una victoria, escribió Cromwell á su familia:

«Uno de mis pobres soldados murió de enfermedad en Preston. El dia ántes de la batalla, casi agonizante, mandó á su mujer, que estaba arreglando la comida, que le trajese un puñado de yerba. Hízolo ella, y cuando el soldado tuvo lo que pedia, preguntó á su esposa si aquella yerba ya cortada se secaria pronto.—Cierto que sí, respondió la mujer.—¡Pues bien, repuso el moribundo, acordaos de esto, porque así le sucederá al ejército del rey! Y murió siendo profeta.»

Á pesar de todo, el valor personal de Cárlos I y la fidelidad de sus partidarios prolongaba la lucha con éxito vario. Desde el principio de ella

Cárlos habia mandado á Francia á su esposa; mas por consejo de Richelieu, que la dijo, que *en las revueltas quien deja el puesto lo pierde*, reclutó refuerzos en Francia y Holanda, y los desembarcaba en las costas inglesas, cuando acudiendo la escuadra del Parlamento, y cañoneando la casa en que Enriqueta habia hallado un refugio, se vino al suelo, teniendo que huir ella casi desnuda, logrando al fin despues de infinitas penalidades reunirse á su marido.

La historia atribuye á Cárlos elevadas cualidades como marido, asegurando que estaba enamorado de Enriqueta, y suponiendo que la llegada de aquella princesa, regocijando al rey, animó á sus tropas, y que por este motivo se dió la batalla de Marston, en la que Cárlos peleó todo el dia con felicidad contra Cromwell, que opuso á los veinte y cinco mil hombres de que constaba el ejército real, otros veinte y cinco mil combatientes, quienes á pesar de luchar denodadamente, no pudieron alcanzar la victoria, sino que al contrario, habiendo sabido el rey que el conde de Essex intentaba reunir sus tropas con las de Cromwell, al llegar la noche contramarchó; sorprendió el ejército del conde; dispersóle, y el generalísimo del Parlamento tuvo que huir casi solo, sin parar hasta Lóndres.

El Parlamento, como el Senado romano, dió gracias al general vencido por no haber desesperado de la salud de la patria, y le confió otro ejército.

Luego, las nuevas tropas del conde de Essex, las del de Manchester y las de Cromwell, obrando en combinacion, cayeron en Newbury sobre Cárlos, y lo derrotaron. Á pesar de esta victoria, Essex, que comprendió cuán inferiores eran sus soldados á los de Fairfax y Cromwell, dimitió su cargo, que recayó en Fairfax, quien conociendo en su modestia cuán prudente seria conservar junto á sí á Cromwell, pidió al Parlamento que le confiriese el título de lugarteniente y consejero suyo.

El fanatismo de la nacion ofrecia diariamente nuevos reclutas al ejército republicano, mientras que el rey no contaba con otros defensores que con algunos nobles y aventureros ávidos de honores y botin, pudiendo decirse que aun la misma victoria hubiera aniquilado aquel ejército, mientras que la revolucion robustecia incesantemente las filas republicanas con entusiastas é intrépidos soldados.

Cárlos no aceptó la guerra sino como último recurso para sostener lo que él creia el decoro del trono, tan mal entendido por sus predecesores, y cuya política, seguida por él, le llevó al abismo.

Erraba el desgraciado rey de una á otra parte desde su última derrota, sin encontrar soldados ni simpatías, seguido solamente de un corto número de partidarios, que no recibian otro estipendio que los víveres cuando los habia.

En cambio, reinaba la abundancia en el ejército parlamentario. Los ciudadanos ofrecian sus alhajas, sus vajillas de plata, llegando hasta imponerse dias de ayuno para aumentar el tesoro público con el ahorro de la comida.

El diario de esta campaña real, que duró cuatro años, se parece mas al de un aventurero que al de un monarca que combate las facciones que afligen á su reino. El autor de aquellas tristes páginas resume de vez en cuando los acontecimientos en los siguientes términos:

« Ya nos acostábamos en un palacio episcopal, ya en la choza de un labriego. Ya comia el rey en campo raso, ya ni pan tenia para alimentarse. El domingo último, en Worcester, no comió nada. Fué una jornada atroz: anduvimos desde las seis de la mañana hasta la media noche. Al dia siguiente caminamos largo tiempo por las asperezas de la montaña, y el rey solo pudo comer dos patatas. Hasta las dos de la madrugada no nos fué posible encontrar víveres, teniendo luego que descansar sobre el duro suelo frente al castillo de Donnigton. »

La constancia del rey en combatir la adversa fortuna y en someterse á las mismas fatigas, privaciones y peligros que el último soldado, encadenaba á su suerte todas las voluntades.

« Jamás, escribe uno de sus generales, le ví exaltado por la victoria ni abatido por la derrota. »

« Señores, dijo al apuntar el alba, despues de la derrota de Newbury, á unos pocos caballeros que le servian de escolta: viene el dia, y es necesario que nos dispersemos. Vosotros teneis un lecho y una familia, y es tiempo ya de que descanseis. Yo no tengo hogar ni familia: un caballo de refresco me aguarda, y probaré á salvarme corriendo noche y dia. Si Dios me da bastantes males para probar mi paciencia, tambien me presta la suficiente paciencia para soportar mis miserias. »

Despues de hábiles contramarchas, los restos de su ejército pudieron reunirse con tropas descansadas que le aguardaban en Naseby, donde el rey intentó su último esfuerzo. Atacado á la vez por Fairfax, Cromwell é Ireton, yerno de este último, sucumbió, teniendo que llevar á Oxford su destrozada hueste á mediados de Julio de 1645.

Acompañado solamente de tres caballeros, salió á escondidas de dicha ciudad, y se dirigió á Escocia, mientras su esposa se embarcaba de nuevo para Francia.

Aunque debia mirar á los escoceses como enemigos, el fugitivo rey se entregó á ellos, fiando en su generosidad; pero en 1647 le vendieron vergonzosamente al Parlamento por la suma de cuatrocientas mil libras esterlinas que debia Escocia á Inglaterra.

Una vez dueño el Parlamento de Cárlos, lo encerró en el castillo de Holmby, poniéndole centinelas de vista.

Entre los documentos encontrados en el bagaje del rey despues de la batalla de Naseby, los habia que probaban de un modo incontestable su mala fé. Cromwell, que interceptara una de sus cartas, la publicó: iba dirigida á la reina y concluia con estas palabras:

« No hagas caso de las concesiones que puedan arrancarme. En su tiempo y lugar sabré cómo he de conducirme con estos fulleros: en vez de una *Jarretera* de seda les daré una soga de cáñamo. »

Cromwell, que temia que el rey y el Parlamento pudieran llegar á un arreglo fatal á su partido, único que, defendiendo la libertad y santidad de la conciencia, garantía el ejercicio de todos los cultos, envió quinientos hombres escogidos, mandados por un jefe de su confianza, al castillo de Holmby, con encargo de que se apoderasen de Cárlos y lo llevaran á la isla de Wight, como lo efectuaron el 11 de Noviembre de 1647.

« ¡Ahora que tengo al rey en mis manos, tengo al Parlamento en el bolsillo! » exclamó Cromwell.

Y se dispuso á combatir á sus adversarios de ambas Cámaras.

Indignado el Parlamento, reclamó al prisionero; pero las tropas acaudilladas por Fairfax se sublevaron á favor de Cromwell, dirigiéndose tumultuariamente á Lóndres. El Parlamento las detuvo á las puertas de la ciudad, aplacándolas con todo género de concesiones.

Entonces, pueblo y ejército aclamaron á Cromwell, quien lejos de embriagarse con su triunfo, dijo á su amigo Vane:

« ¿Veis esa muchedumbre? Pues mayor seria aun si se tratara de ahorcarme. »

Cromwell dudó algun tiempo antes de decidirse á proclamar la república, abrigando tal vez la esperanza de alcanzar de la monarquía la libertad de conciencia, ó bien por temor á los *niveladores*, que hacian muchos prosélitos en el ejército, y que con la *Biblia* en la mano pedian la abolicion

de toda clase de gerarquías y la igualdad de bienes y poder. Pero no solamente no supo aprovechar el rey aquella buena ocasion, sino que rechazando las proposiciones que á excitacion de Cromwell le presentaron algunos de sus amigos, dijo :

« Nada podeis sin mí : no lograreis reconstituir la nacion sin la monarquía, y vuestro partido viene á tierra si yo no lo sostengo. »

Despues de esta respuesta, se trasladó á Cárlos desde Wight al castillo de Hampton-Court, donde, aunque prisionero, era el centro de las negociaciones de los partidos que querian fortificarse encadenándole á su causa. Los tres principales que aspiraban á atraerse al monarca eran el ejército, el Parlamento y los escoceses. Cromwell é Ireton su yerno creian ejercer sobre el rey mayor influencia que los demas; pero vino á desengañarles un acontecimiento imprevisto. Escribió Cárlos á su esposa una carta, que uno de sus criados debia ocultar en la silla de su caballo para llevarla á Douvres, donde unos pescadores debian recogerla para ponerla en manos de Enriqueta. Supieron Cromwell é Ireton el secreto del rey, y queriendo penetrar sus pensamientos íntimos, sin ofenderle en el caso de no ser peligrosos, se apostaron en una posada de Windsor, por donde debia pasar el mensajero, con ánimo de apoderarse á cualquier precio de aquella misiva. Hé aquí ahora cómo refiere el caso el mismo Cromwell :

« Llegados á la posada, pasamos una parte de la noche bebiendo cerveza, hasta que un hombre que dejamos apostado en el camino vino á decirnos que el mensajero del rey llegaria en breve. Inmediatamente salimos á recibirle con el sable en la mano, diciéndole que teníamos órden de registrar á las personas que entraban y salian de la posada. Quitamos la silla al caballo; nos la llevamos al cuarto en que bebíamos, y habiendo encontrado la carta, devolvimos la silla al mensajero, que siguió su camino. Despues leimos la carta del rey á su mujer. Decíala que todas las facciones procuraban atraerle; mas que él creia deber entenderse con los escoceses mejor que con los otros partidos. En vista de esto, regresamos á Lóndres, resueltos á perder al rey, ya que nada podíamos esperar de él en favor de nuestra causa.»

Desde la prision de Cárlos el pueblo esperó algun alivio de la paz : la compasion granjeó amigos al desgraciado monarca; la marina se declaró por él, y los escoceses, arrepentidos de su villana accion, parecian dispuestos á tomar las armas contra Cromwell y sus partidarios.

Por otra parte, en el Parlamento se levantaban voces en favor de la

causa monárquica. El pais, cansado de revueltas, queria tranquilidad. En cuanto á los puritanos templados, creyéndose superiores á los anglicanos, y creyendo poder contar con el robusto apoyo de Escocia, trabajaban con ahinco para fundar un gobierno estable, del que trataban de eliminar á los republicanos.

El abogado William Prynne, propuso resueltamente á la Cámara de los Comunes que se tratase con el rey.

« Sé que esto bastará, dijo, para tacharme de apóstata y llamarme favorito real. Los favores que yo he recibido de Cárlos y de los suyos son estos: dos veces me han cortado las orejas; tres me han sacado á la vergüenza; han hecho quemar mis obras por mano del verdugo; me han multado en diez mil libras esterlinas; me han tenido ocho años preso, sin permitirme mas libros que la *Biblia*, sin dejarme escribir ni ver á mis amigos y sin darme mas alimento que el estrictamente necesario para no morir de hambre. Ahora bien: si hay uno entre vosotros que envidie estos favores reales, puede tacharme de favorito. »

Tal era la situacion de los diversos bandos que se disputaban el poder, cuando el partido de los independientes, que lo constituia el ejército, viéndose rechazado por el rey, por el Parlamento y por los escoceses, que en número de cuarenta mil hombres acababan de invadir el territorio inglés, llevó á cabo verdaderos prodigios de actividad y audacia. Dirigidos por Cromvell y Fairfax, los independientes sofocaron primero las insurrecciones interiores, marchando luego contra los escoceses, á quienes derrotaron y persiguieron en su propio pais, estableciendo en Edimburgo un gobierno fundado en la soberanía del pueblo.

Apoyado en la popularidad que le granjearan sus recientes triunfos, y sobre todo en las espadas de sus adictos veteranos, Cromwell volvió de Escocia, y decidido á obrar, eliminó del Parlamento á cuantos no parecian afectos á su causa; proclamó la república bajo el nombre de *Convencion del Pueblo*, y se instaló en el palacio de White-Hall.

El ejército y el Parlamento se decidieron entonces á formar causa al rey. Cromwell tomó asiento entre los diputados, y dijo:

« Si alguien me hubiese propuesto que voluntariamente sumariase al monarca, le habria acusado de traicion. Mas, puesto que la Providencia nos impone ahora esta pesada carga, ruego al Señor que os ilumine, á pesar de no estar preparado para daros consejos sobre este punto. Por lo demas, ¿debo deciros que yo mismo, hace poco tiempo, cuando abogaba

por Cárlos Estuardo, sentí que se pegaba mi lengua al paladar? Así ha sucedido, y he tomado esta sensacion sobrenatural como una prueba de que el cielo rechaza mi súplica en favor de un hombre que él mismo ha condenado de antemano.»

Setenta miembros del Parlamento, constituidos en alto tribunal de justicia, reuniéronse el 20 de Enero de 1649 en la vasta sala gótica de Westminster, á donde fué conducido Cárlos desde su prision. Leyóse al desgraciado soberano el acta de acusacion; mas pareciendo preocupado por la idea de no envilecer la dignidad real defendiendo su vida ante aquellos jueces, respondió altivamente:

«Yo no veo aquí Cámara de Pares, y yo mismo formo parte del Parlamento. Dejo á Dios el cuidado de justificarme. No quiero defenderme delante de vosotros, que no teneis mas autoridad á mis ojos que la de una cuadrilla de ladrones ó piratas. No quiero contraer la responsabilidad de reconoceros por mis jueces. Prefiero que la posteridad me aplauda como á un mártir.»

Dichas estas palabras, los soldados de Cromwell volvieron al acusado á su encierro, arrojando gritos de muerte.

«¡Miserables! exclamó Cárlos; por un poco de dinero harian otro tanto con sus jefes.»

Habiéndole uno de ellos escupido al rostro, dijo tranquilamente:

«¡Otro tanto sufrió el Salvador del mundo!»

Cárlos I fué condenado á muerte y ejecutado el 30 de Enero de 1649.

En unos tiempos en que los reyes afligian á sus súbditos con todo género de tormentos, el suplicio del nieto de María Estuardo causó general estupor. [1]

Salió Milton, el gran poeta inglés, en defensa del hecho consumado,

[1] Se comprenderá el asombro que debió producir el atentado de los ingleses contra su rey y señor, cuando el respeto y la etiqueta los dejaba morir sin socorro por no profanarlos. En 1618, un dia que Felipe III de España daba audiencia, se sintió acometido de asfixia por los gases de un brasero que tenia junto á sí; pero el decoro impedia quejarse al monarca, y los cortesanos no se atrevieron á tocarle, porque esto incumbia al gentil-hombre de Cámara, que no estaba presente; y aunque fueron por él, cuando llegó estaba el rey muy malo, habiendo quien afirma que murió de resultas de este accidente. Un caso parecido ocurrió á María Luisa de Orleans, mujer de Cárlos II el *Hechizado*, que habiéndose caido del palafren y quedado con un pié enredado en el estribo, fué arrastrada por el patio de palacio, sin que ninguno de cuantos lo veian se atreviese á impedirlo, hasta que dos de sus gentiles-hombres osaron al fin detener el caballo y salvarla, humanitaria accion que les valió el tener que huir para sustraerse al castigo que se les habria impuesto por haber profanado con sus manos el cuerpo de la reina.

contra el inmenso clamoreo que levantó en Europa la ejecucion de Cárlos I. Libre pensador como la mayor parte de sus compatriotas, no participaba Milton de las ridiculeces de los presbiterianos; pero *vivia siempre á la vista del Divino Criador,* y si bien es verdad que no hubiera condenado á muerte á Cárlos, habria sido menos por ser rey que por ser hombre. Aborreciendo la tiranía, no podia de ninguna manera censurar á los jueces que creian asegurar la libertad y el sosiego de su patria entregando al verdugo una cabeza real. Además de lo dicho, Milton defendió mas adelante á Cromwell, porque era indispensable elegir entre él y los Estuardos; porque establecia las bases de un gobierno regular, de un admirable sistema administrativo; porque hasta entonces la nacion no habia gozado de tanta libertad religiosa y de discusion, y porque en el exterior mantenia á gran altura el honor nacional y en el interior la justicia. ¿Cómo no ser partidario de Cromwell si regeneraba la nacion inglesa?

En cuanto á nuestro héroe, comprendiendo los inmensos servicios que podia prestar el ilustre poeta á la causa de la república, le nombró secretario de Estado.

Antes de pasar adelante, debemos consignar una circunstancia de la vida de Cromwell, que no garantimos á pesar de haberse propalado mucho y de ser generalmente creida. Nos referimos á la visita que hizo al cadáver de Cárlos I. Dícese que Cromwell mandó abrir la caja que encerraba el cadáver del desgraciado rey, y que despues de contemplarlo con siniestra sonrisa, dijo:

« ¡Hé ahí un cuerpo bien formado y que prometia vivir algun tiempo!»

Sea ó no cierto este hecho, no puede añadir ni quitar una mancha mas á la sangrienta historia de Cromwell; pero en lo que éste no tiene disculpa, en lo que debemos reprobarle con toda la fuerza de nuestra alma, es en haber imitado en 1650 la conducta seguida por la monarquía y la aristocracia inglesas en Irlanda desde que Inglaterra fué dominada por los normandos. Mientras que en ésta la raza invasora se confundió con la raza vencida y formó con ella un solo pueblo, en Irlanda, los conquistadores, lejos de unirse á los indígenas, prefirieron perpetuar la violencia de la conquista. Saqueadores del pais, cuando se veian ricos de botin se volvian á Inglaterra; nuevas bandas de hombres desalmados los sustituian, y nuevas devastaciones se originaban, hasta que al fin lograron los monarcas ingleses establecer en Irlanda gran número de familias de la raza de los conquistadores, que se apropiaron todo el suelo y todo el derecho. Cuando

Enrique VIII impuso su nueva religion, los conquistadores la aceptaron, é indignados de que el pueblo vencido no quisiera imitarlos, le afligieron con todo género de persecuciones y suplicios. Irlanda resistió; tomó las armas para defender la religion de sus padres, y la madre patria les envió soldados, cañones y verdugos. Llegado el dia en que Cárlos I fué á buscar en Irlanda el apoyo de su trono vacilante, este pueblo, como dejamos dicho, se levantó en masa y degolló á cien mil ingleses. Disfrutaron los irlandeses un momento de reposo mientras duró la guerra civil, cuyo desenlace llevó á Cárlos al patíbulo; pero ya Cromwell está dispuesto á vengar los manes de sus correligionarios, y se traslada á Irlanda con un poderoso ejército de *santos*, como se apellidaban sus fanáticos soldados.

El furor contra los católicos, siempre activo en Inglaterra, siempre devorador en los puritanos, extendió la matanza y el incendio por toda Irlanda, sin contar conque tambien Cromwell abrigaba la idea de acabar con la poblacion indígena y sustituirla por otra inglesa. Y aquella *preciosísima esmeralda*, la *perla de los mares*, la *verde Erin* que cantaron los bardos, con su cielo brumoso y su espléndido ropaje de verdura, con sus montañas escarpadas, sus sonoros torrentes, sus grandes lagos y sus prados eternos, quedó materialmente cubierta de sangre y de cadáveres al pasar por ella los *santos* soldados de Cromwell.

Desde la antigüedad no se habia ejercido con tanto furor el bárbaro derecho de la guerra. Segun varios historiadores, se mataba á los hombres desde la edad de diez y seis á setenta años; á los niños mayores de diez años se les arrancaban los ojos, y á las mujeres se les atravesaba el pecho con un hierro candente. Todo esto se decia entonces, y aunque no parece creible semejante crueldad, fueron muchas las atrocidades cometidas por los vencedores en las ciudades que oponian resistencia.

« Ya somos dueños de Tredagh, escribia Hugo Peters: tres mil quinientos cincuenta y dos enemigos han caido al filo de nuestras espadas. Á nadie se perdona. Yo salgo de la iglesia mayor de dar gracias á Dios por la victoria. »

Quedaron de esta ciudad treinta personas, que fueron condenadas á trabajos forzados, y Cromwell, que estuvo nueve meses en Irlanda, llenaba las cartas que dirigia á su familia y amigos con la descripcion de las horribles matanzas de católicos, concluyéndolas alguna vez con estas palabras:

« Lo siento; pero Dios lo ha querido. »

No quedándole ya nada que hacer en Irlanda, marchó Cromwell á Escocia.

El príncipe de Gales, despues Cárlos II, hijo mayor de Cárlos I, expulsado de Francia por Mazarino para dar gusto á Cromwell, refugióse primero en Holanda, y mas tarde en la isla de Jersey, esperando ocasion oportuna de penetrar en Inglaterra por Escocia. Estaba en relaciones con el Parlamento escocés, compuesto de fanáticos presbiterianos, tan enemigos de los católicos como de los anglicanos é independientes, y como no le exigiesen otro compromiso que el de reconocer la Iglesia escocesa, aceptó el título de rey que le ofrecian.

Á la cabeza de un ejército presbiteriano partió para Inglaterra; pero Cromwell le atacó en Worcester; dispersó sus tropas, y siguió su marcha triunfal hasta Edimburgo, donde dejó al general Monck para reprimir cualquier movimiento de sus habitantes.

Vencidos los realistas; sometida la Escocia; las facciones religiosas desarmadas por la libertad de conciencia; la guerra marítima con Holanda fecunda en triunfos y lucrativa para el comercio inglés; humillada la España por el poder marítimo de Inglaterra, la gloria que tenia adquirida debia satisfacer á Cromwell, si este hubiera sido el objeto de su vida y hazañas. Mas á quien haya estudiado el carácter de nuestro héroe no podrá ocultarse que su constante aspiracion, lo que embargaba todo su sér, era la adquisicion del cielo. Jamás mostró tanto desinterés como cuando estuvo en el pináculo del poder. En lugar de hacerse proclamar soberano, como podia muy bien hacerlo, se limitó á consentir en que se proclamase la república.

Toda su correspondencia en la época de que vamos hablando lleva el sello de sus creencias religiosas. Mas humano con sus enemigos, da libertad á los prisioneros, y exige á los ministros de todas las comuniones religiosas una perfecta tolerancia, diciéndoles:

«¿No os place que se predique en nombre de Jesucristo? ¿Seria acaso la predicacion un privilegio de vuestro ministerio? ¿Quizá nuestra libertad escandaliza á vuestras Iglesias? ¿Es por ventura contraria á la ley? Si fuese así, caiga el anatema sobre la ley. Pero os engañais cuando, sobre este punto, interpretais la Escritura. Temiendo que el error se introduzca durante la libertad, os pareceis á aquellos que temiendo la embriaguez cerrasen con cien llaves sus bodegas. Seria inícuo, irracional, negar la libertad á alguno bajo el pretexto de que puede abusar de ella. Si abusa, castigadle; si habla inconsideradamente, sufridle, puesto que sois sabios; si se engaña, mostradle la verdad, cerradle la boca con razones incontestables; si blasfema

y turba el sosiego público, dejad que los magistrados le castiguen; mas si dice la verdad, alegraos de ello.»

La inspiracion, la ilusoria comunicacion con Dios, habia guiado mas que otra fuerza alguna los ejércitos de la revolucion, que en su ciego fanatismo se creian protegidos por el Eterno como el pueblo de Israel. Pero Cromwell, á pesar de su espíritu religioso, buscó siempre una razon mas positiva que sostuviera su política. Primero quiso apoyarse en el rey, y mas tarde, despues de haber purgado el Parlamento, descansó en este cuerpo, sin que dejara de conocer que constando antes de quinientos trece miembros, y luego tan solo de ciento cuarenta, era una corporacion destituida de fuerza moral, y aun ridícula, tanto, que mereció el apodo de *rabadilla del Parlamento.*

Sin embargo, esta fraccion de un cuerpo del Estado tan numeroso en sus principios, envidió la popularidad, la omnipotencia de Cromwell, y quiso dominarle. Apercibiéronse de ello los jefes del ejército presentes entonces en Lóndres, y en nombre propio y de sus camaradas pidieron la disolucion de la Asamblea. La exigencia era fuerte y entrañaba un principio de sublevacion.

El Parlamento, por su parte, tenaz en su propósito, pidió la formacion de una junta ó comision permanente, compuesta de sus miembros mas caracterizados, é investida de ámplias facultades para anular ó declarar válidas las elecciones del futuro Parlamento.

Intentó aun Cromwell reconciliar á la Asamblea con el ejército, y queriendo este abrogarse la direccion del movimiento nacional, que procedia mas de Cromwell que del Parlamento, retiróse nuestro héroe por algun tiempo de la escena política para reflexionar.

El dia 20 de Abril de 1653, *año IV de la libertad restaurada por la bendicion de Dios,* [1] Cromwell, indeciso todavía sobre el modo de resolver el conflicto, dejó la cama muy temprano, y empezó á pasear por su habitacion, exclamando de vez en cuando:

«¡Es demasiada exigencia!»

Por fin salió de su aposento en traje negro y medias grises, diciendo á algunos amigos que encontró á su paso:

«¡Esto no es justo; no es una pretension honrada!»

Y al pasar por delante de su guardia, ordenó á un oficial que se situase

[1] Así como se pretendió entonces empezar una nueva era, se sustituyó en el *Padre nuestro* la expresion *Venga á nos el tu reino,* por esta: *Venga á nos la tu república.*

con trescientos soldados junto al palacio del Parlamento, y colocase un piquete en cada una de sus puertas exteriores.

Tomadas estas disposiciones, entró Cromwell en el salon, y ocupó su antiguo sitial, escuchando con aparente interés los discursos de los oradores que se esforzaban en sostener el *bill* que sometia á la decision del Parlamento la validez de las futuras elecciones.

Iba á ponerse el *bill* á votacion, cuando Cròmwell hizo una seña al coronel Harrison, uno de los jefes mas adictos á su persona, que fué al momento á sentarse á su lado.

« Me parece que ha llegado el momento de obrar, dijo en voz baja á su compañero: ¡ sí, sí, esta es la ocasion ! »

Despues se levantó; dirigióse á la presidencia; puso sobre la mesa su sombrero, y se dispuso á hablar en medio del silencio y estupor de sus colegas.

En la presente ocasion, como siempre, su palabra lenta, oscura, incoherente, llena de circonlocuciones, de paréntesis, de divagaciones y repeticiones, expresó difícilmente su pensamiento. Empezó elogiando los servicios que el Parlamento habia prestado á la libertad, á la conciencia y al pais. Murmullos de aprobacion salian ya de los bancos de los diputados, cuando de pronto, como si le sobreviniera un acceso de cólera, cambió de tono; increpó duramente á la Asamblea por haberse apartado de la primitiva senda que emprendiera; enunció todas las cobardías, todas las insolencias, todas las bajezas de aquel cuerpo gastado por la rebeldía y el servilismo, fulminando por fin sobre él la mas enérgica reprobacion en nombre de Dios y del pueblo.

El presidente, digno de sus funciones por su valor, retiró la palabra á Cromwell.

Wentworth, uno de los republicanos mas ilustres y mas imponentes por su carácter, pidió que el orador fuese llamado al órden, y haciendo uso de la palabra que le concedió el presidente:

« Este lenguaje, dijo, es tan inesperado como culpable en boca de un hombre que ayer mismo merecia toda nuestra confianza, y á quien hemos honrado con los mas altos cargos de la república; de un hombre que... »

« ¡ Vamos ! ¡ vamos ! ¡ Basta ya de palabras como esas ! interrumpió Cromwell con voz tonante: ¡ voy á concluir con tanto ruido y hacer que callen estos charlatanes ! »

Y tomando el sombrero, se lo encasquetó; colocóse en medio de la sala, y con un gesto amenazador y dando con el pié en el suelo:

«¡Ya no sois nada, dijo: no permanecereis ni una hora mas aquí! ¡Ceded el sitio á hombres que valen mas que vosotros!»

Despues de estas palabras, y á una señal de su jefe, Harrison abandonó el salon. Un minuto despues volvió seguido de treinta veteranos, que rodearon á Cromwell en actitud de defenderle.

Aquellos soldados, alistados y mantenidos por el Parlamento, cumplieron la profecía de Cárlos, cuando dijo:

«¡Por un poco de dinero haríais otro tanto con vuestros jefes!»

Y en efecto, volvieron sus armas contra la misma representacion nacional que se las habia entregado, ofreciendo un ejemplo mas desde el paso del Rubicon por César de que existe incompatibilidad absoluta entre los ejércitos permanentes y la libertad.

«¡Miserables! añadió Cromwell dirigiéndose á los diputados: ¿vosotros sois el Parlamento? ¿Vosotros?... No: ¡no sois mas que un hato de perdidos, de bellacos! ¡Tú, dijo señalándolos uno á uno: tú eres adúltero; tú un borracho; tú un pícaro; tú te vendes y pronuncias discursos que te pagan! ¡Todos sois pecadores escandalosos, deshonra del Evangelio!... ¿Y pretendeis constituir juntos el Parlamento del pueblo de Dios?... ¡No, no: idos de aquí: salid! ¡Fuera, fuera: ya no perteneceis al Parlamento: el Señor os rechaza!»

Y haciendo adelantar á sus veteranos, estos arrojaron de aquel sitio casi á viva fuerza á los diputados, sin hacer caso de sus gritos de furor, de sus protestas y de sus impotentes amenazas.

Cromwell fué el último en abandonar el salon, que cerró cuidadosamente, guardándose la llave en el bolsillo.

Algunos dias despues, escribiendo á un amigo, le decia:

«Dispersados aquellos bribones, no oí ni un perro ladrar en la ciudad.»

Así acabó su vida el *Parlamento largo.*

Por este acto de audacia y energía quedó la autoridad suprema en manos del ejército. Cromwell podia tomar el título de soberanía que mejor le pluguiese; pero como aquella revolucion no habia sido hecha con la mira de cambiar de gobierno, sino de regenerar la Iglesia protestante, la cuestion política fué siempre secundaria y dependiente de la religiosa, sin contar además conque el héroe que la sostuvo no pensó nunca en proclamarse rey, sino en gobernar para dejar asegurado el libre ejercicio de la libertad

de conciencia y cambiar las leyes que á ella se oponian. Así que, el ejército, no sabiendo conqué título distinguir á su amado caudillo, le dió el tradicional de *Protector,* que se habia conferido en otros tiempos al duque de York, al de Glocester y á Seymour, en los varios casos en que los príncipes en cuyo nombre gobernaban no pudieran hacerlo por sí propios por su corta edad ú otro cualquier motivo.

Tomado que hubo posesion de su elevado cargo, nombró Cromwell un nuevo Parlamento, sin dejarlo al arbitrio de la eleccion, á fin de no encontrar obstáculos para las medidas que proyectaba; y aquella Asamblea, á pesar de nacer con un vicio tan capital como es el de no ser la expresion del voto popular, consolidó la revolucion inglesa, dando á la república en 26 de Diciembre de 1653 una Constitucion.

Esta era la misma que Cromwell habia propuesto á Cárlos. El derecho de legislar pertenecia al Lord Protector y al pueblo reunido en Parlamento. El poder ejecutivo estaba á cargo del Protector, auxiliado por el Consejo de Estado. La concesion de honores, empleos é indultos, y los tratados de paz y guerra con los gobiernos extranjeros, eran de la incumbencia del Protector. La fuerza militar dependia de él y del Parlamento, pudiendo solamente disponer de ella el jefe del Estado en los intervalos de las legislaturas. Las leyes votadas por los representantes del pais tenian fuerza ejecutiva veinte dias despues de presentadas al Protector, quien no podia negarles su sancion, como tampoco podia hacer nuevas leyes ni abolir las antiguas sin acuerdo del Parlamento, que estaba formado por diputados ingleses, escoceses é irlandeses.

Así se llevó á cabo la unidad de los tres reinos por la espada de Cromwell, preparando el inmenso poderío de la Gran Bretaña.

Los ministros católicos y anglicanos no recibian ninguna retribucion del Estado; pero todos los demas que profesaban la religion cristiana contenida en las Sagradas Escrituras, eran retribuidas por el Tesoro público, quedando por lo tanto abolida la religion oficial del Estado y triunfante la libertad religiosa.

Esta Constitucion, lata en libertades y que niega el *veto* al que está al frente del poder, revela que Cromwell no obraba con la mira de su engrandecimiento personal y de su familia. En efecto, la correspondencia del Protector referente á esta época de su vida certifica que solo humildes aspiraciones animaban á aquel padre de familia, que no soñaba legar ningun trono á sus hijos.

Á Dorotea, su hija política, escribia:

«Monta el pequeño caballo de la granja que fué de nuestro padre, y no ostentes carretelas de lujo.»

Cuando Ricardo, su primogénito, contrajo matrimonio con Dorotea, hija de su amigo Mayor, que gozaba de una limitada fortuna, escribia á este:

«Al confiaros á mi Ricardo, os suplico que le deis sabios consejos, porque temo que le arrastren los placeres mundanos. Incitadle al estudio; porque el estudio es bueno cuando se le subordina á las cosas divinas. Eso es mejor que la ociosidad y los aparentes placeres del mundo. Aquellas cosas predisponen á servir bien al pueblo, y el hombre ha nacido para esto.»

«No os desanimeis, decia á Lord Warthon, ni os escandaliceis de que, en las elecciones, olvide el pueblo á los buenos representantes y elija á los malos. Hace nueve años que esto sucede, y sin embargo, ¡ved cuánto ha hecho Dios con tan malos instrumentos! No seais severo en juzgar la manera que tiene Dios de obrar. Os escandalizais y murmurais, y con esto sentís pena, embarazo, oscuridad y duda, y yo, por el contrario, certidumbre, luz, satisfaccion, confianza!»

Hé aquí una de sus cartas á Ricardo en la que se complace en darle el diminutivo infantil de *Dick:*

«Vuestras cartas me enternecen, mi querido *Dick*: me complacen las palabras que sencillamente salen del corazon. Estoy persuadido de que la bondad del cielo os ha colocado en la familia en que estais. Sed dichoso y agradecido. Cumplid vuestros deberes por amor á la gloria de Dios. Buscad constantemente al Señor y su divina presencia. El conocimiento de Dios no está en los libros ni en las definiciones teológicas, no: es interior, y trasforma el espíritu por una accion divina é independiente de nosotros.»

«Y pasando á otro asunto, continúa:

«Esforzaos en comprender la república que yo he fundado, y las bases en que descansa. He sufrido extraordinariamente dedicando mi vida al servicio de los demas. El padre de vuestra mujer, mi amigo Mayor, os servirá de mucho para la inteligencia de lo que os recomiendo. ¡Que el Señor os enseñe á amar á vuestra esposa! Cuando el tálamo y el amor son puros, el matrimonio representa la union del Señor con las pobres almas que su Iglesia encierra. Decid á Dorotea que la quiero mucho y que deseo que sea fecunda en buenas obras. Y á vos, *Dick,* que el Señor os bendiga con todas sus bendiciones.»

Cuando escribe á su esposa, encabeza las cartas con esta expresion tiernísima:

« Para mi mujer querida, Isabel Cromwell. »

En una de ellas le dice:

« No puedo dejar pasar este correo sin escribirte cuatro palabras, aunque en verdad tenga muy poca cosa que decirte; pero me gusta escribir á mi muy amada, á la que ocupa siempre todo mi corazon. ¡Que el Señor multiplique en tí sus dones! El mayor bien, el único que tu alma debe desear, es que el Señor extienda sobre tí la luz de su fuerza, lo cual vale mas que la vida. ¡Que Él bendiga tus buenos consejos y los buenos ejemplos que das á nuestros queridos hijos! Ruega á Dios por tu—OLIVERIO.»

Tambien se han encontrado cartas dirigidas á su yerno Fleetwood, uno de los jefes del ejército que dejó en Escocia con Monck, y en ellas igualmente se hallan mezcladas frases cariñosas con las del mas ardiente misticismo.

« Abrazad en mi nombre, le dice, á vuestra querida esposa: recomendadla bien que, en su piedad, deje de tener el corazon servil. La bajeza de ánimo produce el temor, y esto es contrario del amor. Pobre *Biddy* (nombre conque acariciaba á su hija); yo sé bien que este es su defecto. El amor razona de bien diferente manera que el temor. ¡El *Cristo-Ley* no fuera padre en sí y por sí: este severo nombre no puede ser el del Padre celeste! ¡Él mismo se llama el misericordioso, el paciente, el distribuidor de todas las gracias, el perdonador de todas las faltas y de todas las trasgresiones! ¡Verdaderamente, es sublime el amor de Dios!»

Si de la correspondencia íntima de Cromwell pasamos á sus relaciones con el exterior, veremos que su figura apareció tan grande en los paises extranjeros, que la mayor parte de sus soberanos se apresuraron á reconocerle como Protector del *Reino-unido de la Gran Bretaña.* Mazarino, el hábil ministro de Luis XIV, que en voz baja le calificaba de loco afortunado, decia á la faz del mundo que era el génio del siglo; Luis XIV descubria su cabeza ante los embajadores de Cromwell, y le regaló una espada de honor; Cristina de Suecia le admiraba; el rey de Portugal le llamó hermano; el de España le aconsejaba que se ciñese la corona: la Polonia imploraba su auxilio contra la nueva Rusia; el waivoda de Transilvania le pedia proteccion contra los Turcos; Génova le daba gracias por haber purgado los mares de piratas devolviendo la seguridad al comercio, y Zurich le solicitaba por aliado, ya que se titulaba protector de las Estados protestantes.

Sólido era el poder de Cromwell en Europa, tal cual se complacia en pintarle en sus discursos, y especialmente en el de la clausura del quinto Parlamento, en que mezclando salmos en su peroracion, concluyó de este modo:

« Vamos, amigos mios, continuemos nuestra obra con ardor, y entonaremos alegramente este otro salmo : *¡ En nombre del Señor todos nuestros enemigos serán confundidos !* ¡ No, no temeremos al Papa, ni á los españoles, ni al diablo ! ¡ No, nosotros no temblaremos, aun cuando los valles se levanten sobre los montes, y las montañas se hundan en el Océano! ¡Dios está con nosotros ! He concluido : nada mas tengo que deciros. ¡Rogad á Dios que os favorezca con su presencia, é idos con Él á vuestras casas ! »

Cuando fué el Parlamento á ofrecerle el título de rey, contestó Cromwell:

« En vuestro ofrecimiento hay que distinguir dos cosas, á saber : el título de rey y las atribuciones del monarca. Estas tienen raices tan profundas en nuestra legislacion, que son todas las leyes letra muerta si en su aplicacion no hay un poco de monarquía. Por lo que toca al título de rey, debo deciros, que implica una autoridad suprema, que me atreveré á calificar de autoridad divina. Si yo ocupé el sitio en que estoy, fué para prevenir los peligros inminentes que amenazaban á mi patria, y sigo en él para precaverlos. Personalmente impórtame poco el título de rey ó de Protector, porque estoy dispuesto á serviros, no precisamente como rey ó Protector, sino como simple *constable*, como el último de los magistrados del pais; porque, en verdad, examinando mi situacion, héme dicho con frecuencia que en el fondo yo no era mas que un *constable* que mantenia el órden en mi parroquia. Por lo tanto, opino que no hay necesidad alguna en vosotros de ofrecer, y en mí de aceptar el título de rey, puesto que cualquier otro nombre es tan útil como este.

» Yo no era mas que un simple capitan de caballería, y viendo que nuestras tropas visoñas, indisciplinadas, compuestas de hombres que no temian á Dios, eran batidas en todos los encuentros, introduje un nuevo espíritu, un espíritu de celo y piedad en ellas; formé hombres en el temor de Dios, y desde este dia no dejaron de vencer al enemigo. Tengamos igual celo en el gobierno y nos salvaremos sin rey. Estoy dispuesto á ser víctima de mi celo por la salud de todos; pero no creo necesario que esta víctima, quizás conveniente á la salud de la patria, deba llevar el título de rey. »

Una desgracia de familia vino á enturbiar estos dias de gloria, alcanzados despues de tantos combates y de tantos peligros. Murió la madre de

Cromwell de edad tan avanzada, que casi alcanzaba un siglo, pero en la plenitud de sus facultades intelectuales.

Refiere Thurloe, secretario íntimo del Protector, que éste, como buen hijo, acudió á recoger el último suspiro de la que le diera el sér, y que pocos minutos antes de espirar, le dijo estrechando su mano:

«¡Que la faz resplandeciente del Señor brille siempre sobre vos, hijo mio! ¡Que Él os sostenga en todas las adversidades! ¡Que iguale vuestras fuerzas á las grandes cosas que os ha encomendado para su gloria y la salud del pueblo! ¡Mi querido hijo: os dejo mi espíritu y mi corazon! ¡Adios! ¡adios!»

Tambien encontró Cromwell muchas espinas entre las flores del hogar doméstico. Además de Ricardo, su primogénito, habíanle quedado cuatro hijas: la primera casó con Lord Falconbridge, la segunda con Fleetwood, la tercera con Lord Claypole, y la cuarta, la mas jóven, era ya viuda á la edad de diez y siete años de Rich, nieto del conde de Warwick, antiguo compañero de armas del Protector. El dolor de esta última, muy querida de su padre, entristecia la morada del grande hombre.

Además de lo dicho, ocurrió que en una de las conspiraciones de los realistas contra la república, un jóven *caballero* (nombre que se daba á los partidarios de Cárlos II) fué condenado á muerte. Teniendo Cromwell el derecho de indulto, lo hubiera ejercido por amor á su hija Isabel, mujer de Lord Claypole, que se interesaba por el caballero, si este, por una súplica cualquiera, hubiera dado pretexto á la clemencia. Mas el intrépido Hewet, que así se llamaba el reo de muerte, habia desafiado al Protector delante del tribunal, como lo hiciera entrando en la conspiracion. Cromwell, sordo por primera vez á los ruegos, á las lágrimas, á la desesperacion de su hija, que se prosternaba á sus piés para obtener la vida de aquel hombre, que ella y cuantos le conocian no podian dejar de estimar, ordenó la ejecucion.

Desde entonces, combatiendo en el alma de Isabel el amor filial y el horror que le causaba la presencia de su padre, enfermó gravemente, muriendo de consuncion en 1657.

Cromwell, afectado por el sentimiento de haber sido la causa de la muerte de aquella hija querida, empezó á languidecer tambien, huyendo para siempre de su corazon la alegría, el gusto de la gloria, la satisfaccion del deber cumplido, placeres que todo hombre siente cuando cree haber procedido con justicia en medio de las luchas y azares de la vida.

Su cuerpo, robusto todavía á la edad de cincuenta y nueve años, gracias á su sobriedad y pureza de costumbres, conservaba la agilidad y vigor de la juventud; mas la profunda pena que le embargaba, le disgustó de la vida y sus placeres envenenando su alma. Sus amigos, su secretario Tourloe y su mujer le preparaban sin comunicárselo revistas, cacerías, corridas de caballos y otras diversiones, pretendiendo ahuyentar las negras ideas que invadian su cerebro. Revivió en él por un momento su primer gusto por la campiña, disponiéndole comidas campestres sobre la yerba, en los sotos y junto á las fuentes y arroyuelos, porque le recordaban los felices tiempos que pasara en las tranquilas faenas de cultivar sus tierras y criar sus ganados.

Una calentura lenta que pasó desapercibida en los primeros dias, fué minando aquella naturaleza que resistiera las fatigas de la guerra y las tempestades de la revolucion. Tomó mas tarde el carácter de intermitente aguda, y entonces alarmó ya no solo á toda su familia y amigos, sino á los mismos médicos. Por órden de estos fué llevado á su ordinaria residencia de White-Hall, y este palacio, que habia servido de última prision á Cárlos I, fué tambien la última morada del que sancionó su sentencia de muerte.

Tendido en el lecho real, que ya no debia dejar en vida, entretenia los intervalos de los accesos de calentura escuchando las lecturas bíblicas de algun individuo de su familia. En uno de estos momentos dijo á su esposa:

« Leedme la epístola de San Pablo á los Felipenses. »

Obedeció la afligida mujer, y leyó estas palabras:

« He aprendido á estar satisfecho en cualquier tribulacion que Dios me haya enviado: he aprendido á conocer el exceso de la miseria y el exceso de la prosperidad: he combatido la una y la otra con la fuerza del Dios que me sostiene. »

Paróse aquí la lectora.

« Este versículo, dijo Cromwell, me salvó la vida cuando la muerte me arrebató á mi primer hijo, el pequeño Oliverio: la pena que me causó su pérdida penetró en mi corazon como la hoja de un puñal. ¡ Ah, San Pablo, continuó; vos teníais derecho para hablar de ese modo: vos habíais correspondido á la gracia; pero yo!...

Luego, despues de un momento de silencio, añadió en tono de voz confiado y reflexivo:

« Mas, ¿el Cristo de Pablo, no es tambien mi Cristo?»

En tanto, en los tres reinos se oraba fervorosamente: los independientes por su profeta; los puritanos por su defensor; los republicanos por su jefe, y los patriotas por el que engrandecia la Inglaterra. En las antecámaras de White-Hall se oia el sordo murmullo que producian los ministros de diferentes religiones, sus amigos y los individuos de su familia, ofreciendo á Dios sus preces por la vida de su *santo*.

Habiéndole preguntado los Lores del Consejo si era su voluntad que su hijo Ricardo le sucediera en el cargo de Protector:

« ¡ Sí, sí ! » balbuceó, haciendo un signo de cabeza afirmativo.

Y cambió en seguida de conversacion.

Preguntado otra vez sobre el mismo asunto, para tomar acta de sus palabras, contestó de la misma manera, añadiendo:

« Dios gobernará por medio del instrumento que estime mejor escojer. ¿ Quién me dió á mí autoridad sobre mi pueblo ? »

Ricardo, que vivia siempre en el campo y en la casa paterna de su esposa, llegó á Lóndres con su mujer y sus cuñados para asistir en sus últimos momentos al jefe de su familia. Parecia no hacer mas caso que su padre de la herencia del gobierno de la Gran Bretaña, por el cual no tenia la menor ambicion. Educada la familia del Protector en los gustos de la clase media, parecia dispuesta á volver á su antigua oscuridad, como á un lugar de descanso despues de la fatiga de un penoso viaje. No habiéndose atraido odios ni envidias, merced á su modestia y ejemplar conducta, los hijos de Cromwell, como los de Sila, podian mezclarse sin temor con la muchedumbre. Así que en torno del lecho de agonía del Protector no se agitara otra pasion que el sentimiento de su pérdida, el cual hacia derramar abundantes lágrimas.

« ¡No lloreis así! dijo el enfermo en ocasion en que su mujer é hijos sollozaban en la cámara: ¡no ameis este mundo lleno de vanidades! ¡ Os lo digo desde el borde de la tumba: no lloreis este mundo! »

Sin embargo, hubo un momento en que sintió apego á la vida, y expresó su debilidad, preguntando:

« ¿ Nadie hay aquí que pueda sacarme del peligro en que estoy ? »

Ninguno contestó.

«¡Los hombres nada pueden, añadió: Dios puede lo que quiere! Y bien: ¿ no hay nadie que quiera rogar por mí ?

Y habiéndole contestado que su familia, sus amigos y el Reino-Unido dirigian preces al cielo por su salud, exclamó:

« ¡ Señor : bien sabeis que si deseo vivir es para glorificar vuestro nombre y concluir vuestras obras! ¡Es terrible, es terrible, es terrible, murmuró tres veces, caer en manos de Dios estando aun vivo!»

Luego, volviéndose á su capellan :

— ¿Creeis vos, le preguntó, que obtenida una vez para el alma la gracia divina, pueda perderse?

— No, contestó el ministro : el estado de gracia impide la recaida.

— Entonces, dijo Cromwell, estoy salvado, pues que una vez sin duda la he obtenido. ¡Yo soy el último de los hombres, continuó un momento despues; pero he amado á Dios; le he alabado, y... yo soy amado de Dios!

Su paje Underwood, á quien seguimos en la descripcion de la agonía de Cromwell, notó, conforme éste las iba pronunciando, las siguientes palabras que pronunció tres dias antes de morir :

« ¡Señor : yo soy una criatura miserable; mas estoy en la verdad por la gracia, y espero comparecer ante Tí por este pueblo! ¡Tú me has tomado, aunque indigno, como instrumento del escaso bien que he podido hacer á mis hermanos! ¡Muchos hombres me estiman mas de lo justo, y otros desean mi muerte! ¡No importa, oh, Dios mio : prosigue haciendo por ellos lo que mejor les convenga; dales la constancia y rectitud de los sentidos; dales en su favor el nombre de Cristo, de mas en mas glorioso en el universo; enseña á los que desconfiaron de Tí á que tengan confianza en Tí solo! ¡Perdona á los que están impacientes por pisar á este gusano de la tierra, y dame una noche de paz si esta es tu voluntad! »

Al dia siguiente, aniversario de las batallas de Dumbar y de Worcester, los mayores triunfos que obtuvo el Protector, como llegasen á su oido los acordes de una música militar, exclamó:

« ¡ Yo quisiera, vivir todavía bastante para prestar nuevos servicios á este pueblo; pero mi jornada ha concluido! ¡Que Dios esté siempre con sus hijos! »

Despues de una noche de insomnio, preguntósele si queria beber ó dormir.

« ¡ Ahora, ni beber ni dormir, contestó, sino irme aprisa á mi Padre! »

Al amanecer del 3 de Setiembre de 1658 perdió el habla; pero todavía oraba en voz baja. Á las dos de la tarde murió, mientras soplaba furiosamente el viento, que derribó muchos árboles de Hide-Park y muchos techos de las casas de Lóndres.

La supersticion popular no dejó de mirar como un prodigio esta coinci-

dencia. Pareció á aquella generacion de fanáticos é inspirados que habia sido necesario aquel supremo esfuerzo de los elementos para arrancar el poder y la vida al hombre que llevaba en sus hombros el peso de los destinos de la Gran Bretaña.

Casi todas las córtes de Europa vistieron luto por el fallecimiento del Protector, como si se tratase de un verdadero soberano.

El vacío que quedó en Inglaterra á la muerte de Cromwell, nadie pudo llenarlo. Su hijo Ricardo, llamado por el Consejo de Estado á suceder á su padre, rindióse á las instancias de todos, y ejerció un año la autoridad suprema, que abdicó sin esfuerzo, retirándose á vivir en el campo, donde murió en 1712 á la edad de ochenta y cuatro años.

Cárlos II se vió restablecido en el trono de sus mayores por el general Jorge Monck, que marchó sobre Lóndres con las tropas que le confiara Cromwell para sujetar la Escocia.

Admirado Cárlos de que nadie le disputara el trono, al entrar en su capital el 29 de Mayo de 1660, dijo á los de su séquito:

« ¿ Dónde están mis enemigos ? Veo que solo es culpa nuestra no haber venido mas pronto. »

Sin embargo, dos años de gobierno de aquel débil é inconsecuente príncipe, enseñaron á los ingleses, esto es, á la clase media de Inglaterra (no á la aristocracia, que aun repudia á Cromwell mirando en él un usurpador), que el Protector habia sido el mejor y mas hábil administrador del *Reino-Unido de la Gran Bretaña.*

El espíritu bíblico que soplaba en 1600 sobre los tres reinos, encarnó en Cromwell mas que en ninguno de sus compatriotas, impidiéndole ser exclusivamente político ó ambicioso. No fué, en verdad, un César, ni un Octavio; fué únicamente un *juez* del *Antiguo Testamento*, inspirado con frecuencia por el Dios de los ejércitos.

Casi todas sus reformas quedaron en pié, lo que prueba que fueron acertadas.

La retribucion de los ministros del culto por el Tesoro público, obra exclusiva suya, pereció cuando él dejó de existir: no así la libertad de conciencia, que dejó asentada sobre sólidas bases, y que respetan los monarcas ingleses como el principal derecho de sus súbditos.

Cromwell, por su perspicacia política, tan perfectamente aliada á su carácter sombrío y exaltado, y á su gran energía, es el tipo del inglés adusto, fiero, y á veces sublime. Á haber carecido Cromwell de sus innegables

defectos y buenas cualidades, no hubiera sojuzgado á la aristocracia ni llevádose tras sí la nacion.

Cromwell, el poderoso Protector, á pesar de la oscuridad de su nacimiento, siendo fiel espejo del carácter inglés, fué mas que el soberano de Inglaterra, su regenerador, quien echó los cimientos de su creciente prosperidad y de la libertad de que goza este pueblo.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE OLIVERIO CROMWELL.



CARLOS I DE INGLATERRA

CÁRLOS I DE INGLATERRA

(1600 Á 1649 DE J. C.)

El despotismo de la dinastía de [illegible] [illegible] el castigo que merecian Enrique VIII y su hija [illegible] [illegible] María Estuardo, que no afianzó la estabilidad de la Iglesia anglicana, y el suplicio tambien inútil de Cárlos I, que no contribuyó tampoco á robustecer la revolucion inglesa. Siempre la accion de las pasiones humanas va mas allá del objeto que estas se proponen.

Fué padre de nuestro personaje Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, quien en 1603 sucedió en el trono á Isabel, homicida de su madre. Recelaron de él los nobles que habian tomado parte en esta muerte, y para hacerse perdonar del hijo de la suplicada, hicieron toda suerte de fiestas para [illegible] y popular la recepcion que le tenian dispuesta, esperando hallar en el heredero de la corona inglesa un rey que, si no de su creencia, dulcificara al menos la legislacion religiosa que los tenia oprimidos, siquiera por [illegible] á la memoria de su infeliz madre.

Tranquilizó Jacobo á sus nuevos súbditos con promesas de olvido, y tan espléndidos fueron los festejos que se le dedicaron, que los magnates escoceses que le acompañaban, dijeron:

«¡Estos imbéciles ingleses echarán á perder á nuestro buen rey!»

CÁRLOS I de INGLATERRA

(1600 Á 1649 DESPUES DE J. C.)

El despotismo de la dinastía de los Tudor en Inglaterra fué fatal á la de los Estuardos de Escocia, que heredando la corona inglesa, recibieron el castigo que merecian Enrique VIII y su hija Isabel por la continuada violencia que ejercieran sobre la conciencia humana. *Raza desventurada* se llamó con razon á la de los Estuardos despues de la inútil decapitacion de María Estuardo, que no afianzó la estabilidad de la Iglesia anglicana, y del suplicio tambien inútil de Cárlos I, que no contribuyó tampoco á robustecer la revolucion inglesa. Siempre la accion de las pasiones humanas va mas allá del objeto que estas se proponen.

Fué padre de nuestro personaje Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, quien en 1603 sucedió en el trono á Isabel, homicida de su madre. Recelaron de él los nobles que habian tomado parte en esta muerte, y para hacerse perdonar del hijo de la supliciada, idearon toda suerte de fiestas para recibirle. Contribuyeron tambien los católicos ingleses á que fuese magnífica y popular la recepcion que le tenian dispuesta, esperando hallar en el heredero de la corona inglesa un rey que, si no de su creencia, dulcificara al menos la legislacion religiosa que los tenia oprimidos, siquiera por respeto á la memoria de su infeliz madre.

Tranquilizó Jacobo á sus nuevos súbditos con promesas de olvido, y tan espléndidos fueron los festejos que se le dedicaron, que los magnates escoceses que le acompañaban, dijeron:

«¡Estos imbéciles ingleses echarán á perder á nuestro buen rey!»

Empero, todas las protestas y gracias que derramó no le granjearon el amor de sus súbditos. Los católicos le prepararon una mina debajo del palacio del Parlamento, que debia hacerle volar en union de su Cámara Alta, mina que se descubrió á tiempo y que obligó al rey á perseguir á los papistas, sino con el mismo furor de Enrique é Isabel, al menos con la misma tenacidad. Por su parte, los episcopales ó anglicanos, le pusieron en el caso de enemistarse con los escoceses, porque no podian soportar los privilegios de estos; y en cuanto á los presbiterianos, viendo que su rey calvinista protegia á los episcopales, se inclinaron á la república. De aquí tomó pié la division de los protestantes en *wigs* y *torys* (progresistas y conservadores), y habiendo aquellos seguido el camino de la emigracion á las colonias, poblaron estas de hombres independientes, que al fin las emanciparon de la metrópoli.

Así se explica el carácter realista-conservador del inglés, y el independiente y novador del habitante de los Estados-Unidos.

El nuevo rey no habia heredado el valor de sus mayores. La debilidad de Jacobo y su aversion á las armas provenia, al decir de algunos historiadores, del susto que experimentó María Estuardo cuando, estando en cinta, mataron á su propia vista á su amante Rizzio, y por esta pusilanimidad del rey, le pintaban sus súbditos armado de una vaina sin sable, y le llamaban la *reina Jacobo*. Aparte de esto, tuvo varios favoritos que arruinaron la Inglaterra. El último de ellos, el legendario duque de Buckingham, ávido siempre de enriquecerse á expensas del pais, ejerció una influencia omnímoda sobre este rey débil y perplejo, aunque erudito y teólogo.

Á pesar de lo dicho, Jacobo se atrevió á volver á Escocia para establecer allí la Iglesia anglicana, echando en cara á los escoceses su barbarie y mal gusto, mientras ensalzaba la cortesanía de los ingleses.

Este rasgo de energía, único en su vida, produjo, como todos los actos de valor oportunamente empleados, un bien, y en el caso presente, un bien que no sospechó el rey con toda su teología, y fué ofrecer á los presbiterianos escoceses un motivo para unirse á los de igual religion ingleses, haciendo mas verdadera la unidad de Inglaterra y Escocia, pero en detrimento del poder absoluto, objeto de los deseos de Jacobo y de los Estuardos anteriores á él.

Cuando este príncipe murió, lejos de haber conseguido ninguna victoria en favor del absolutismo, derrotóle el Parlamento examinando minuciosa-

mente sus gastos, y obligándole á romper sus alianzas católicas del Continente.

Subió al trono de Inglaterra Cárlos I en 1625, encontrando el pais conmovido y pronto á rechazar las aspiraciones de los Estuardos, cuya historia se encargaron de divulgar aquellos partidarios de la libertad civil, que Cromwell apellidaba *paganos,* por ser poco creyentes; historia trágica que como un espejo fué presentada á Cárlos I, pudiendo ver en ella la suerte que le esperaba si queria continuar las tradiciones de su familia, que desde antiguo se obstinó néciamente en que el derecho divino constituia el único fundamento de su poder.

¿Cómo era posible que Cárlos hiciera triunfar la monarquía de derecho divino, en una sociedad que, conmovida por la Reforma, suspiraba por el derecho moderno?

Por otra parte, en el trono y en la córte de su padre, la autoridad real y su arrogancia habia perdido todo su influjo sobre el pueblo, hasta el punto de que los insultos plebeyos demostraron que la oposicion tenia mas confianza en sus propias fuerzas que el rey en sus cobardes favoritos y cortesanos.

¿Qué camino podia seguir con fruto para la monarquía el jóven Cárlos I si no el de dirigir las nuevas ideas que imperaban en los entendimientos aun de las personas sensatas? Aliado con el Parlamento, hubiera podido reparar los numerosos descalabros que habia recibido el trono durante el tiempo que lo ocupó el autor de sus dias, como lo demostró la reaccion que siguió á la muerte de Cromwell; pero jóven el monarca y mal aconsejado, se presentó arrogante, y no tardó en aparecer como inminente la lucha en el terreno de la fuerza.

Cárlos I contaba ya veinte y seis años cuando sucedió á su padre. Era un príncipe dotado por la naturaleza y por la educacion de un carácter propio para reinar en tiempos normales: tenia bella figura, hermosa cara, corazon valiente, elocuente palabra y honrada y firme conciencia. En un principio pareció ambicioso del amor del pueblo, amante de la gloria de su pais y quizá incapaz de atentar á las leyes; pero mostróse luego extraordinariamente celoso de la autoridad real, creyendo que el poder que ejercia era de derecho divino, y como tal superior á los Parlamentos. Quizá, como Jacobo su padre, acariciaba aquella máxima infame que la adulacion de Raleigh habia escrito en la dedicatoria de su libro:

«Los lazos que unen á los súbditos con el rey deben ser de hierro, y los que unen al rey con sus vasallos de telaraña.»

Apenas fué rey Cárlos, ahuyentó de la córte á los bufones, libertinos y nobles incorregibles que rodearan á su padre, y honró y protegió á los hombres de mérito. Mas en este expurgo no cortó un ingerto del trono que absorvia la savia del reino: conservó el favor que Jacobo habia dispensado al duque de Buckingham, llamado el *asentista de la miseria pública.*

Habia sido encargado este favorito de agenciar el matrimonio de Cárlos en 1623, y aun en representacion de su señor fué á Francia á desposarse con Enriqueta. Amigo de grande ostentacion, vistió para este caso un rico traje de terciopelo blanco, arrasado, sin costuras, guarnecido al igual del capote, el cinto, espada y espuelas, de diamantes de valor de mas de cuarenta mil libras esterlinas, con cuyo traje deslumbró á los impresionables parisienses. Tenia además, segun refiere Hardwich, otros veinte y siete vestidos tan ricos como puede imaginarlos el arte y la opulencia. En la córte francesa se desacreditó, como se habia desacreditado en España, llevándole su fatuidad á requerir de amores á la reina de Francia, por lo cual Richelieu le despidió antes tal vez de lo que él deseara.

El duque de Buckingham no tenia más títulos personales que la hermosura de su cuerpo, la gracia de sus maneras y un insolente orgullo. Solo la debilidad de los reyes puede dar á tales sugetos importancia; mas nunca hará de ellos verdaderos hombres de Estado. Buckingham solo podia servir como favorito, jamás como ministro, y aun así le faltaba lealtad, puesto que pagó con la mas negra ingratitud los favores de Jacobo, conspirando contra él secretamente en el Parlamento. Asímismo comprometió á Cárlos en una guerra con Francia, por vengarse de Richelieu, y en otra contra España por ódio al conde-duque de Olivares.

Cárlos, por su desgracia, continuó favoreciendo á este indigno ministro, que le condujo á enemistarse con el Parlamento, á quien pedia subsidios para sostener la guerra contra España, y que fueron negados por aversion á Buckingham.

La estúpida confianza que depositó en aquel insolente privado, y el haberse enlazado á una católica fueron los pasos primeros dados en falso por Cárlos I, errores que le atrajeron la antipatía del parlamento y la nacion.

Enriqueta de Francia, esposa de Cárlos I, hija de Enrique IV y hermana de Luis XIII, era bella, virtuosa é ilustrada; pero adolecia, como su madre María de Médicis, de la pasion por los negocios públicos, y como si

estuvieran animadas del espíritu de su contemporánea Cristina de Suecia, preciábanse ambas de ser mas soberanas que sus propios maridos. Así es que Enriqueta, como su madre en Francia, tuvo al momento un partido en la córte, que ella dirigió á proteger á los católicos de Inglaterra, recordando tal vez que su madre la habia dicho al partir:

«Mostraos, Enriqueta, digna hija de San Luis, que fué á morir en tierra extraña por la fé católica. Para que seais fuerte en ella y vuestras obras se dirijan á tan santo fin, frecuentad los sacramentos. Para los católicos ingleses debeis ser la Ester resucitada. Recordad que hace muchos años que están padeciendo por la fé. Sin embargo, no olvideis á los demás ingleses, que aunque de distinto culto, son vuestros súbditos, y debeis asistirlos, edificarlos y disponerlos con blandura al abandono de sus errores.»

Con este objeto, en el contrato matrimonial celebrado entre Cárlos y Enriqueta, habia una cláusula en que se reservaba la reina para sí, su séquito y sus hijos el libre ejercicio del culto católico, con capilla, sermones, obispo, limosnero y sacramentos, y además un pacto secreto en que el rey se obligaba á tolerar en sus Estados el catolicismo.

¿Cómo, divulgándose las condiciones del matrimonio; cómo viéndose una capilla católica en palacio; cómo negándose la reina á ser coronada con las ceremonias del culto anglicano, no habia de sublevarse el corazon de todo protestante y abrirse al ódio contra los reyes?

Además tenian enfrente de ellos á los puritanos á quienes sin duda no conocian. Gente extremada en sus creencias, inflexible, que no recibia mas inspiracion que la de la *Biblia,* de la cual habia tomado el lenguaje para predicar el Evangelio, cual si hubiese evocado el dios de las venganzas y el cristo severo y aterrador de los principios de la edad Media, se imponia á las conciencias, pretendiendo abolir la Iglesia episcopal, aunque debiese reformar el Estado por medio de la guerra y el exterminio. Visionarios por sistema, los puritanos vivian en constante contemplacion aceptando como manifestaciones de la divinidad todo suceso, por insignificante que fuera, aun aquellos que la razon y el órden de la naturaleza debe necesariamente producir. Por encima del orador del presbiterio no habia mas autoridad para ellos que los grados de la gracia que Dios otorga, ni otra categoría que los ángeles del cielo, que en sus éxtasis recibian como mensajeros del Altísimo para guiarlos en este valle de lágrimas. Orgullosos por la creencia de poseer el cielo en la otra vida, menospreciaban la misma autoridad civil, y por efecto de la religion, codiciaban la libertad política. Segun su

íntima conviccion, ellos debian regenerar el mundo; ellos estaban predestinados desde la eternidad á predicar la fé; por ellos nacieron las estrellas y se formaron el Sol y la Luna; y los imperios cayeron, y el Salvador derramó en el Gólgota su preciosa sangre para que se sentaran á la diestra de Dios.

Si todo esto parecia ridículo á los episcopales y á la córte; si merecian acaso solamente la sonrisa del desprecio, y eran sin duda la burla y el escarnio de los libertinos, mereciendo solo la compasion de la gente sensata, no hacian lo mismo los verdaderos observadores, que estudiaban atentamente á aquellos *santos* de faz descarnada, frios razonadores en sus juntas, intrépidos en el campo de batalla, estóicos en el dolor, insensibles á los placeres mundanos, sin ambicion ni miedo, con rencor inextinguible para sus enemigos y una adhesion sin límites hácia sus hermanos en religion.

Tal era el partido religioso-político que la Iglesia anglicana tenia enfrente de sí, y al que Cárlos y Enriqueta habian ofendido por sus tendencias católicas y sus aspiraciones á resucitar la monarquía de derecho divino.

Cárlos no comprendió que los tiempos que corrian se inclinaban á una reaccion, que hubiera sido funesta al mismo Enrique VIII, tan abundante en tesoros de ferocidad para imponerse al pueblo inglés.

Sin embargo, los puritanos, antes de declarar la guerra al rey, quisieron tener apoyo en el Parlamento y en todas partes, y para atraerse la opinion, resolvieron apelar á medios pacíficos, siendo uno de ellos el de presentar una exposicion al monarca pidiendo que se cumpliesen las leyes contra los católicos. Para esto ayunaron primero; oyeron al dia siguiente cuatro largos sermones, y en seguida se presentaron en palacio en larga procesion, distinguiéndose de los demás ciudadanos, por haberse cortado el pelo, protestando así de las pelucas que se empezaban á usar y que consideraban ofensivas á la divinidad. Además de esto, se distinguian por vestir traje negro y llevar un sombrero de alas mas anchas que los demás.

Esta comunion religiosa ejercia una grande influencia en la Cámara de los Comunes, por formar parte de ella algunos diputados que profesaban las creencias presbiterianas y que veian en los puritanos un partido político que daba fuerza á su representacion.

Además de lo que queda dicho, al presentar la *piadosa súplica* al rey tenian los puritanos por objeto cumplir una formalidad indispensable para aquietar toda susceptibilidad de su conciencia, que les impedia mostrarse hostiles contra enemigos que no fuesen declarados.

Dejamos apuntado que el rey habia pedido recursos al Parlamento para sostener la guerra contra España provocada por Buckingham, debiendo ahora añadir que el Parlamento contextó con una explosion de quejas contra el favorito, por lo cual Cárlos disolvió la Asamblea.

Por este tiempo (1628), un oficial del ejército inglés, llamado Felton, que al resentimiento de haber sido degradado por una inadvertencia que lastimó la fatuidad de Buckingham, unia el deseo de librar á su patria de las extorsiones del rapaz favorito, le asesinó el 23 de Agosto del mencionado año, hallándose en Plymuoth, y en lugar de huir, se vanaglorió de haberle dado muerte.

Tal vez fué Cárlos la única persona que sintiera de veras la muerte de su ministro, porque debia sin duda ser el único inglés que ignorase que el *asentista de la miseria pública* era el peor enemigo de la buena administracion y de la prosperidad del Estado.

Como es de presumir, Felton subió al cadalso, y aun allí no se arrepintió de su sangrienta obra.

La necesidad obligó á Cárlos á convocar de nuevo el Parlamento á quien pidió cinco subsidios. Lord Strafford, cuya elocuencia y gran capacidad dirigia á su placer los ánimos de los representantes del pais, formuló su *Peticion de derechos*, que era una nueva garantía que se pedia de las libertades públicas, y que en sustancia se reducia á que ningun hombre libre pudiese ser preso sin justificado motivo, ni aun por órden del rey; que no se exigieran empréstitos ó subsidios sin el consentimiento de las dos Cámaras; que no se gravara á los ciudadanos con el alojamiento de militares y marinos; que quedase abolida la ley marcial, y que nadie fuese juzgado sino conforme á las formas y leyes del pais.

Una comision de la Cámara de los Comunes, encargada de presentar este célebre documento, fué á verse con el rey, que pudo decir como su padre en ocasion análoga:

«Preparad doce asientos para otros tantos reyes.»

Cárlos regateó con la comision, luchó y procuró atraerla por todos los medios; mas fué vencido, y tuvo que decir:

«Hágase la ley conforme se pide.»

Así la *Peticion de derechos* de Lord Strafford fué la segunda ley fundamental del pueblo inglés.

Popular era el nombre de Strafford, y el rey, con el intento de robustecer el trono, lo llamó á su Consejo. Satisfecho el Lord por haber

conseguido de la corona tan ámplias libertades, no quiso negarla el auxilio de sus talentos y elocuencia; pero cayó con esto su popularidad, porque el hálito de una córte sospechosa de catolicismo y que conservaba aun las tradiciones del derecho divino, emponzoñaba las reputaciones mejor sentadas en la opinion de los liberales.

Todavía aquejó á la corona una nueva necesidad de convocar al Parlamento para pedirle recursos, y esta vez, lejos de concederlos, la Cámara de los Comunes se atrevió á quitar al rey el derecho al impuesto sobre los pesos y medidas, renta concedida á los reyes de Inglaterra con el objeto de que pudiesen distribuir mercedes y limosnas. Indignado el monarca disolvió un Parlamento que pretendia arrebatarle una á una sus prerogativas, y comprendiendo Strafford que sus colegas se habian excedido, dijo al rey:

«Es preciso reducirlos al cumplimiento de su deber, aunque sea con el látigo.»

Cárlos hizo prender á nueve miembros del Parlamento; se apresuró á ajustar la paz con España y Francia, y como en aquellos tiempos era muy poderosa la nobleza, con los subsidios que esta pagaba pudo suplir los impuestos que en vano pidiera á las Cámaras.

Once años gobernó Cárlos sin el Parlamento, como rey absoluto, y rodeándose de ministros que, como Laud, llevaron muy al extremo la intolerancia religiosa, queriendo dominar toda creencia que no fuese la anglicana. Lord Strafford, que hubiera sido mas tolerante, fué enviado por Cárlos á Irlanda como gobernador de aquel pais, donde se acreditó de buen administrador. Mas Guillermo Laud, como obispo de Lóndres y arzobispo de Cantorbery, protegió cuanto pudo la Iglesia episcopal, y en su celo por sus intereses, no solo excitó el descontento de las demas sectas, sino que atentó á las mismas prerogativas reales de las que en otros terrenos era un decidido defensor.

En tanto el partido católico de Lóndres, favorecido por la reina, tenia un centro en palacio y capillas donde se reunia públicamente; en fin, una organizacion.

Así el fanatismo de la reina creaba dificultades á su esposo, mientras que Strafford, con su acertada administracion en Irlanda creaba simpatías al rey entre aquellos isleños siempre víctimas de la codicia inglesa.

Las adhesiones á la familia reinante que de allí, tra poniendo el canal, se extendian por Inglaterra, alarmaron á los liberales y puritanos, que

veian con disgusto que la corriente de los favores reales reanimaba al partido católico. Por este motivo el sabio gobierno de Strafford fué sospechoso á sus antiguos amigos los liberales, que le acusaban de traidor y de haber vendido sus talentos al nuevo tirano de Inglaterra, al agente del Papa en Lóndres, como llamaban á Cárlos I.

El amor á la libertad no estaba tan extendido en el pais que pudiera promover una revolucion, á pesar de los ataques reiterados del rey á las leyes fundamentales y franquicias públicas; pero la libertad religiosa, la de conciencia, dominaba en los ánimos, que se excitaban á la menor conmocion. La nueva liturgia, parecida á la episcopal, que introducia Cárlos en las solemnidades á que debia asistir, y la intolerancia de Laud, que combatia con poca prudencia á los puritanos, iban amontonando combustible en un suelo harto dispuesto á incendiarse por el calor de la propaganda de los puritanos é independientes, quienes capitaneados por Vane, empezaban á ser muy numerosos.

Mostrábanse estos sectarios tan enemigos de toda autoridad, que ni admitian los grados de gracia de los puritanos ni el sacerdote de los presbiterianos. Formaban en sus filas los filósofos, los indiferentes en materia de religion y aun los libertinos. Pero la mayoría era verdaderamente cristiana, y creia que la revelacion de la voluntad del Altísimo se comunicaba á los indivíduos sin necesidad de tercerías. Cromwell fué más tarde el jefe de este partido que llegó á poderlo todo.

Siguiendo adelante en su propósito de gorbernar sin el concurso de las Cámaras, Cárlos resucitó aquel libro de oraciones y aquel código eclesiástico que, bajo la inspiracion y mandato del teólogo Jacobo I, una asamblea general del clero habia señalado como disciplina de los reformados, uniendo al mismo tiempo en una las Iglesias anglicana y escocesa. Renovó Cárlos este pensamiento, y desagradó á todos, especialmente á los presbiterianos, porque impedia la espontaneidad de la oracion y sometia el presbiterio á los obispos.

Irritado por la oposicion que encontró su proyecto, trató el rey de ensayar sus fuerzas en Escocia contra los no-conformistas empleando al efecto el ejército de Inglaterra esperando que, despues de haber vencido á los escoceses, reduciria á los ingleses á aceptar la liturgia anglicana; y se aplicaron duros castigos á los puritanos; se les expuso á la vergüenza pública; se les azotó desapiadadamente, y ellos sufrieron estos tormentos con un fanatismo heróico.

Verdaderamente, el ministro Laud, consintiendo, ó mejor, mandando estas crueldades comprometia el trono de sus señores. Entre los hechos que probaron cuán inútiles eran estos suplicios, recordaremos el de Lilburne, quien á pesar de los azotes que iba recibiendo de mano del verdugo por las calles de Edimburgo, no cesaba de predicar las excelencias de su religion, y habiéndole puesto una mordaza para obligarle á callar, sacó de sus bolsillos gran número de sermones impresos, que arrojó al pueblo, quien los leyó con avidez y los reprodujo clandestinamente.

Por estos medios terroríficos la Iglesia anglicana iba perdiendo partidarios, mientras que las Iglesias extraoficiales adquirian nuevos adeptos.

Convencido quizá de la inutilidad de sus esfuerzos, pretendió Cárlos retroceder en el fatal camino que seguia, á pesar de la influencia que ejercia sobre él el arzobispo de Cantorbery. Pero, ¿sabia acaso ya el rey dónde iba? Impotente para dominar á los que habia exasperado, quiso aplacarlos, y ofreció una anmistía. La crueldad no habia sometido á los presbiterianos, y una clemencia que provenia de carencia de fuerzas, produjo primero una explosion de quejas, y despues un levantamiento que aterró al mal aconsejado soberano.

Sesenta mil insurgentes le pidieron la muerte de los episcopales; los Lores dirigiéronle peticiones en favor de la religion de Escocia; lo mismo hizo la pequeña nobleza, los sacerdotes y diputados por las ciudades, y por fin, todas estas gentes que tenian un nombre, una posicion y fama de patriota, se pusieron al frente de la insurreccion de Edimburgo, suscribiendo un compromiso por el cual se obligaban á defender la religion calvinista, sus antiguas leyes y la libertad.

Hallábase Cárlos en mayor holgura de fondos, y sin necesidad de convocar un nuevo Parlamento para procurárselos, pudo llevar en seguida un ejército de veinte mil infantes y seis mil caballos á Escocia, para reducir á la obediencia por medio de las armas á los que rechazaban sus tardías concesiones.

Viendo acercarse la tormenta, los escoceses se armaron á su vez, y tomando cuantas rentas y depósitos pertenecian al rey, formaron un ejército imponente por el número aunque débil por faltarle disciplina é instruccion. Mandábalo Lesly, y como este caudillo no admitiera la batalla, sino que situó sus fuerzas en posiciones ventajosas, Cárlos no se atrevió á atacarle. Despues de algunos dias de indecision por una y otra parte, parlamentaron los beligerantes, llegaron á un acuerdo, y se firmó la paz,

dándose mútuamente seguridades de mantenerla. Mas la osadía y mala fé de los escoceses fué tan manifiesta, que apenas licenció el rey su ejército, violaron el tratado.

Corria el año de 1640; hacia once que el Parlamento estaba cerrado y otros tantos que las sectas religiosas sufrian la dictadura teocrática; en tan largo y forzoso silencio los ánimos se habian templado; las penas corporales impuestas á los escritores públicos les hicieron enmudecer, y por la meditacion y el estudio, sus ideas adquirieron aquella fuerza de conviccion que las hace invencibles. El pueblo que habia presenciado las suplicios de los puritanos, los abrigaba con las simpatías de aquella compasion que está tan cerca de augurar el triunfo.

Las Cámaras irritadas por el desprecio del monarca, y convocadas de nuevo para arbitrar los recursos necesarios á la guerra contra los escoceses, expusieron por escrito la exhorbitancia del poder real, y pidieron tomar el timon del Estado. Los Comunes no hablaban ya de los derechos del Parlamento, sino de los del pueblo; no se referian al rey y á la aristocracia con el respeto de otras veces, sino á los intereses generales; y habiendo los lores querido corregir un lenguaje que ofendia al rey, al alto clero, á los barones, en desdoro de las leyes del país, contextóles un diputado:

«¿Qué tiene que ver vuestra nacion con la nuestra?» y mereció el asentimiento de la Cámara de los Comunes.

Acostumbrado Cárlos al despotismo que habia ejercido durante once años, no pudiendo suportar frente de sí un poder cuya procacidad le irritaba, cometió la grandísima falta de disolver el Parlamento por cuarta vez.

El sínodo del clero, fiel al rey, decretó setenta cánones intolerantes, que exasperaron mas y mas las nuevas sectas religiosas, y un impuesto de trescientas mil libras esterlinas, y los lores, no queriendo divorciar su causa de la corona, ofreciéronla cuantiosos dones: así pudo el monarca poner en pié de guerra un fuerte ejército.

Los escoceses, declarando á la faz del mundo que tomaban las armas contra el rey Cárlos y no contra Inglaterra, protestando de que no era su ánimo herir el honor nacional inglés, sino atacar al partido de Cantorbery (que en lenguaje bíblico llamaban los Baalan, los Amanes, los Coré), tomaron la delantera á Cárlos invadiendo á Inglaterra. A pesar de la brillantez del ejército real, de su disciplina, del gran número de caballeros que acompañaban al monarca, el ímpetu de los escoceses pudo mas que el órden y firmeza de las tropas regulares, de modo que Cárlos estimó pru-

dente capitular contra el consejo de Lord Strafford, que opinaba por la continuacion de las hostilidades.

Habíale llamado Cárlos á la córte, y puéstole al frente de los negocios públicos, creyendo que la buena estrella que le guiara en Irlanda traeria la paz y el sosiego á Inglaterra. Por consejo de este noble Lord convocó el Parlamento por quinta vez (Parlamento denominado *el largo*), del cual salieron aquellas terribles tempestades que conmovieron á Inglaterra y á Europa.

Representante la Cámara de los Comunes de la clase media, poderosa ya por ser mucho mas rica que la de los barones, exhibió entonces el sentimiento de su poder aplaudiendo frenéticamente al diputado que deslindó los campos pronunciando estas palabras:

« Cuando éramos criados de los nobles, nos apaleaban; ya es tiempo de que vivamos por nosotros mismos. Nosotros somos muchos y ellos ¿cuántos son? »

Animábala además un espíritu vengativo contra el trono, contra el episcopado que lo sostenia, y contra Strafford especialmente, á quien calificaba de *apóstata de la causa del pueblo*. Sin embargo la acusacion era injusta, porque el noble Lord, fiel á la *Peticion de derechos* que habia redactado en otro tiempo, no desertó de la causa popular, y aun en Irlanda favoreció con su recta administracion los intereses del mayor número.

Strafford, apesar de su inocencia y de sus méritos, conoció que naufragaria en aquel Parlamento que tan irritado estaba contra el rey; Parlamento que quizás no se atreveria á la majestad real, respetable y aun sagrada, pero que reclamaria tal vez como víctima de su furor la persona del ministro. Además, el partido de la reina que se inmiscuia en todos los negocios del Estado, no habiendo podido recabar de él que en Irlanda hiciera prevalecer el catolicismo sobre la iglesia anglicana, le achacaba por enemistad, haber inspirado al rey todas las medidas desacertadas que excitaron las pasiones públicas. Por este motivo el noble Lord quiso retirarse del poder; mas el rey se opuso, y combatió sus justos temores dándole seguridades que despues no cumplió.

« Tan cierto como soy rey de Inglaterra, le dijo, que nadie tocará un cabello de vuestra cabeza.»

Habia en la Cámara de los Comunes personas de mucha capacidad, entre ellas el ya citado Vane, amigo de Cromwell, y Juan Pym, que se distinguia por su travesura parlamentaria y grandes dotes oratorias. Pro-

púsose éste perder á Strafford, y habiendo sobornado á algunos irlandeses, estos acusaron á Strafford de concusionario, quien, seguro de su inocencia, en vez de evitar el peligro, se entregó á sus enemigos. Fué preso y encausado, y luego se urdió contra él una nueva trama, acusándosele de alta traicion, por haber alojado tropas en casa de los ciudadanos, y haber impuesto un juramento arbitrario á los escoceses avecindados en Irlanda.

Mientras estuvo preso se publicó un decreto de responsabilidad ministerial, y se le dió fuerza retroactiva á fin de perder á Strafford.

Pym sostuvo que los veinte y ocho cargos que se hacian al Lord, aisladamente, ninguno constituia el delito de traicion, pero que todos juntos probaban su intencion de subvertir el Estado.

Strafford se defendió, puesto que el rey creyó no poder defenderle. Dicen que obtuvo de la Cámara el favor de asistir á la vista oculto en una tribuna cerrada con celosías!

Los hijos del noble Lord tambien asistieron vestidos de luto á la *vista* del proceso de su padre.

Hizo patente Strafford el artificio por el cual, no habiendo cometido ninguna accion punible, lo era el conjunto de sus actos inocentes.

«La ley define el crímen, dice dónde está y cómo se comete, y ¿vosotros permitireis que los acusadores *construyan* crímenes de una muchedumbre de acciones inocentes, para aplicarles la penalidad de la ley que define el crímen, y cuya definicion no alcanza á ninguno de mis actos?»

La Cámara de los lores le hubiera absuelto; mas los Comunes renovaron el bill de proscripcion del infame Enrique VIII, por el cual el Parlamento podia condenar sin necesidad de la prueba ordinaria.

Los pares, amigos suyos, no tuvieron el valor de arrostrar las iras de los Comunes y del pueblo que querian una víctima allegada lo mas posible al trono, importándole poco su inocencia... que de esta manera, por desgracia, en las revoluciones suelen obrar las pasiones políticas.

Apesar de haber quedado el exiguo número de cuarenta y cinco Pares en la sala para votar, la inocencia de Strafford era tan evidente, que solo veinte y siete, se atrevieron á manchar su conciencia declarándole culpable.

Recibió el rey peticiones cubiertas de innumerables firmas, en favor de la ratificacion de la sentencia; el monarca, para resistir al torrente de la opinion pública extraviada, quiso apoyarse en una junta de obispos; mas solo cinco de ellos opinaron que debia arrostrar las iras del pueblo; los demás le aconsejaron que entregáse al noble Lord al verdugo.

Cárlos tentó todos los medios dilatorios para sustraerse á la deshonra ó al peligro; suplicó al Parlamento; conjuró á los jueces á que le evitasen el suplicio de condenar á un fiel servidor, inocente del crímen de alta traicion; pero el Parlamento fué inflexible.

Cárlos todavía dudaba, apesar de los peligros que le cercaban, cuando se presentó á él Enriqueta de Francia, acompañada de sus hijos vestidos de luto. Bien sabia el rey el objeto de la súplica de su esposa. Enriqueta ejerció sobre Cárlos una influencia funesta; fomentando en su ánimo la ambicion de los déspotas, haciendo del palacio centro de la propaganda católica y tomando parte en los asuntos del Estado. Así habia divorciado el trono del pueblo, y Cárlos, que no hubiera tenido bastante fuerza para resistir la tendencia del siglo y el curso de las ideas que dominaban á Inglaterra, cediendo á las sujestiones de su esposa se hizo odioso á la nacion. Strafford, que habia resistido á las seducciones del partido de palacio, halló en la reina su mayor enemigo.

Pidió ella tambien al rey que firmase la sentencia del inocente. Cárlos se resistió, apesar del amor que por su mujer sentia; mas viéndola de rodillas á sus piés, llorosa, alarmada por el peligro, y que con el acento de la esposa y madre desesperada le decia:

«Escoged entre vuestra vida, la mia, la de nuestros hijos, y la vida de este ministro odioso á la nacion,» Cárlos, conmovido por la idea de sacrificar una esposa adorada y sus tiernos hijos, única esperanza de la monarquía que Dios le habia confiado, respondió que, si solo se trataba de su cabeza la daria en cambio de la de su ministro inocente; pero que el sacrificio de Enriqueta y de sus hijos era superior á sus deberes y á sus fuerzas. Sin embargo, y apesar de que iba ya á firmar, aplazó todavía la resolucion.

Strafford, cediendo probablemente á las solicitaciones de esa Enriqueta de Francia, escribió aquella carta al rey, que es la mas grande corona de virtud cívica que haya adornado en ningun tiempo la frente de un ciudadano.

«Señor, le decia el noble mártir, no dudeis en sacrificarme á la malignidad de los tiempos y á la pasion política que está sedienta de mi sangre. Mi voluntario consentimiento á la sancion de mi suplicio, que de mí se solicita, os absolverá mejor ante Dios que el perdon del mundo entero. No hay injusticia en consentir en lo que quiere el desdichado y en hacer lo que él pide para sí. Ya que la gracia del cielo me da fuerza para

perdonar á todos, con la tranquila resignacion de mi alma dispuesta ya á abandonar este mundo, puedo, Señor, entregaros esta vida terrestre libremente y aun con satisfaccion, por gratitud á tantos favores como de vos he recibido.»

Esta carta venció los escrúpulos del rey, creyendo que el consentimiento de la víctima absolvia al matador, y que Dios le perdonaria lo que el moribundo le otorgaba. Aceptó el sacrificio de la vida que se le ofrecia en cambio de las de sus hijos, de su mujer, de la suya propia quizás y de la salud de la monarquía. La pasion por su mujer y por sus hijos, la esperanza de conjurar así la guerra civil, de llevar el Parlamento á vías mas razonables y mas justas, le pusieron una venda sobre los ojos. Creyó quitar algo al horror del hecho, á la ingratitud de su accion, á la cobardía del consentimiento, delegando á otros, poderes para ratificar la sentencia. En efecto, no la sancionó directamente con su propia mano, sino por intermediarios.

—Dios quiera que este acto no haya herido de muerte la conciencia de vuestra majestad, díjole uno de sus consejeros viendo que el rey arrojaba la pluma despues de haber firmado los poderes de los comisarios.

—¡Ah! Strafford es mas dichoso que yo, respondió el príncipe cubriendo sus ojos con las manos; decidle que si no se tratara de la salud del reino, le hubiera ofrecido mi vida por la suya.

Algun tiempo despues el rey escribia á su mujer:

«Yo pequé contra mi conciencia; ella me advirtió, oprimiéndome el corazon, en el acto que yo firmaba esta baja y criminal sentencia.»

Sin embargo, el débil rey que no se habia atrevido, por un acto heróico de su suprema voluntad, á salvar la vida de su fiel servidor, se hacia la ilusion de creer que, satisfecho el Parlamento de la victoria obtenida sobre la autoridad soberana, conmutaria la pena evitando el suplicio. No conocia á los partidos, los cuales no tienen corazon para sentir, y bajo este aspecto son mas implacables que los mismos tiranos, porque los hombres en masa no son hombres, constituyen un elemento, y un elemento no tiene entrañas.

Halagándole la idea de salvar á su amigo, escribió á la Cámara de los Comunes una carta patética mojada en sus lágrimas, que llevó al Parlamento su hijo el príncipe de Gales, cuya edad, hermosura é inocencia, creyó el infortunado Cárlos que tendrian influencia para arrancar de aquellos acusadores la vida de un inocente.

Mas ni un eco en la Cámara contextó á la súplica del padre y á la intercesion del niño.

La bella condesa de Carlisle, especie de Cleopatra inglesa, que adoró á Strafford en su grandeza, tentó en vano generosos esfuerzos de seduccion en el Parlamento para obtener la vida de aquél cuyo amor era su orgullo.

Apesar de que Strafford estaba resignado á morir, cuando supo que el rey habia consentido en su muerte, rebelándose su naturaleza contra la resignacion, exclamó con el salmista:

«Guardaos de confiar en los príncipes y en los hijos de los hombres, porque no hay esperanza de salud en ellos.»

Pidió el reo de muerte que se le concediera tener una entrevista con Guillermo Laud, arzobispo de Lóndres, preso tambien por causas parecidas á las suyas, á fin de fortificarse mútuamente por la vida ó por la muerte. Mas fuéle rehusado este consuelo.

Entonces pidió al gobernador de la torre un último favor; díjole, que ya que no fuese posible, sin faltar á sus deberes, concederle el abrazo de eterna despedida á un amigo, que suplicase á éste se asomara á la ventana de la torre cuando él fuera al suplicio, á fin de darle el último adios.

Era el 15 de Mayo de 1641.

El rey se encerró en una habitacion solitaria y oscura para no ver la luz del dia que debia ser el último de la vida de su amigo. Creyó acaso en su dolor, que no viendo este dia no seria contado ni en el cielo ni en la tierra. Pasólo en las tinieblas rogando y llorando. Mas brilló este dia nefasto para hacer patente la iniquidad del rey, la traicion del amigo y la grandeza de alma de la víctima.

Instaron á Strafford á que pidiese un carruaje para ir al patíbulo, temiendo que se anticipase al verdugo el furor popular despedazando al reo.

«No, contestó Strafford; yo sé mirar á la muerte y al pueblo cara á cara; morir á manos del verdugo ó por la furia de la plebe, importa poco.»

Pasando por debajo de la ventana del calabozo del arzobispo Laud, Strafford llamóle, ya que las rejas le impedian ver á su anciano amigo. Mas solo pudo distinguir dos manos que pasaron á través de los hierros, secas, descarnadas y temblorosas que tentaban dar la bendicion.

Strafford se arrodilló en el suelo, é inclinando la cabeza dijo:

«Monseñor, dadme vuestra bendicion y rogad por mí.»

El corazon del anciano Laud no pudo resistir la emocion que le causó la voz de su amigo, y se desmayó.

«Adios, Monseñor, que Dios proteja vuestra inocencia,» le gritó Strafford, y siguió su camino hácia el patíbulo, acompañado de su hermano y algunos amigos; que las leyes de Inglaterra y de Roma ó las costumbres, no rehusan este último consuelo al reo de muerte. Y ya sobre el cadalso arengó al pueblo, encargándole que no manchase sus libertades con la sangre de los inocentes.

«¡Dios salve al rey!» exclamó el verdugo, mostrando al pueblo la cabeza de Strafford.

El pueblo se regocijó como un insensato y se iluminó la ciudad para celebrar el triunfo.

Seguia Cárlos encerrado en la oscuridad de su habitacion, cuando penetró en ella el sacerdote que acompañó á Strafford al suplicio, no para traerle las reconvenciones y maldicion de la víctima, sino para comunicarle los últimos consejos que desde el borde de la tumba dirigia el ministro al monarca.

Ignoramos si Cárlos siguió las inspiraciones de su generoso amigo.

Despues de la ejecucion de Strafford, Pym se vanagloriaba de obtener la cabeza del rey con la misma facilidad con que habia conseguido la de su ministro; mas en la Cámara de los Comunes dominaron otros sentimientos, y se decretó que en adelante todo inglés seria juzgado por la vía ordinaria, no debiendo servir de ejemplo los trámites seguidos contra Strafford. ¡Tan pronto la reaccion de aquella iniquidad imprimió sus efectos en el ánimo de la Asamblea!

Habian entretanto los Irlandeses aprovechado la ocasion que les ofrecian las disidencias entre Inglaterra y Escocia; libres del ejército que los dominaba, restringieron la autoridad real, y apesar del ódio que existia entre las dos razas y las dos religiones, enemigas hasta la muerte, se confederaron momentáneamente para sacudir el yugo de la corona inglesa. Mas Cárlos, persuadido del ódio que los católicos irlandeses profesaban á los anglo-irlandeses, trató secretamente con los primeros para librarse de las exigencias de estos últimos. Existia en el fuerte de Dublin un considerable depósito de armas, cuya adquisicion el rey facilitó á los irlandeses, los cuales hicieron tan mal uso de ellas, en menoscabo de sus propios intereses, que levantándose á la voz de su caudillo Moore, atacaron á los protestantes é hicieron en ellos horribles carnicerías. Sin duda alguna Moore solo se habia propuesto levan-

tar el abatido católico irlandés á la misma categoría social y política del protestante anglo-irlandés; pero una vez desatados los lazos de aquel pueblo que habia sufrido tantos ultrajes de sus dominadores, devolvióles lo que habia visto ejecutar por ellos mismos contra su desdichada raza: *sangre y matanza.*

Inglaterra rugió de venganza; los representantes de la Cámara de los Comunes hicieron correr la voz de que el rey habia fomentado la rebelion, y el Parlamento aprovechó aquella coyuntura para armarse. Dirigió á la nacion un vehemente *manifiesto* exagerando los males del reino y suponiéndolo minado por las conjuraciones de los papistas y jesuitas. Armóse el pueblo para apoyar al Parlamento, y tomaron las armas los nobles en defensa del rey que realmente estaba amenazado: á los primeros se les designó con el apodo de *cabezas redondas*, y á los últimos con el de *caballeros.*

Temerosa la reina de los ódios populares concitados contra ella por suponerla instigadora de los rebelados irlandeses, y sabiendo que en el Parlamento se agitaba la cuestion sobre la oportunidad de procesarla, pidió Enriqueta asilo á Francia, y aunque Richelieu le contestó que,

«En tales revueltas quien deja el puesto lo pierde,» se dispuso á abandonar su nueva patria.

El Parlamento conculcando las leyes de un país constitucional, tomó á su servicio las tropas destinadas á partir contra Irlanda, y siendo esto una declaracion implícita de que en adelante el gobierno seria republicano, obligó al rey á tomar medidas contra algunos miembros de la Cámara de los Comunes; mas al presentarse Cárlos al Parlamento á pedir el arresto de algunos de sus miembros, el presidente, puesto de hinojos ante el rey, le contextó:

«Señor, desde el sitio que ocupo, solo tengo ojos para ver y lengua para hablar bajo la inspiracion de la Cámara, de la cual soy el servidor: perdóneme, pues, vuestra majestad si no obedezco.»

Humillado el rey, se retiró con la guardia que le habia acompañado, dirigiéndose á las Casas Consistoriales de Lóndres, á cuyo Ayuntamiento pidió que no diese asilo á los culpables. A su salida de la Municipalidad, fué recibido por el pueblo á los gritos de «¡Viva el Parlamento!»

Luego los habitantes de la ciudad se armaron al grito bíblico de:

«¡Israel, á tus tiendas!»

El rey, impotente para dominar el motin, se retiró al castillo real de Hampton-Court, á algunas leguas de Lóndres.

La reina, temiendo por la suerte de sus hijos y marido, le conjuraba á condescender á los deseos del pueblo, sin que la desdichada viera que ya la monarquía lo habia concedido todo, y que era indispensable conquistar el trono con las armas.

Cárlos se decidió á combatir; condujo á la reina á un puerto de mar, y la obligó á embarcarse para el continente. La separacion fué dolorosa, como si la despedida debiera ser para la eternidad. Adoraba á Enriqueta el infortunado Cárlos como hombre que tenia la virtud de la constancia y de la fidelidad en el amor. Díjola en su despedida, que si solo la habia hecho partícipe de sus humillaciones é infortunios, que al menos, por la ausencia, queria librarla de la deshonra y quizás del martirio. Enriqueta se desvaneció, y en brazos de su marido fué transportada á bordo del navío, que el viento llevó á las costas de su primitiva patria.

Seguia la Cámara acordando reformas, y entre ellas la abolicion del veto real, la de que el mando de las tropas correspondia al Parlamento, como igualmente el de los arsenales y fortalezas, cuyas leyes fueron presentadas á la sancion real; mas Cárlos respondió irritado á los comisionados:

« Si yo os concediera estas pretensiones, se vendria aun hácia mí con la cabeza descubierta, se me besaria la mano, se me llamaria majestad; vuestros mandatos llevarian aun la fórmula de: *es la voluntad del rey*, expresada por las dos Cámaras; podria aun hacerme preceder por la maza y la espada, y divertirme viendo el cetro y la corona, ramas estériles despues de muerto el trono; pero yo no seria mas que una imágen, un fantasma de rey. »

Dirigióse enseguida á York donde fué recibido con trasportes de alegría por un pueblo realista, en cuyo recinto se albergaba un ejército realista tambien.

Mas grande Cárlos en la adversidad que en el trono, vió con mayores luces lo que importaba hacer en su situacion peligrosa, que no habia acertado á concebir lo conveniente para vencer á su obstinado Parlamento, el cual ignorando su propia mision y sin haberse propuesto ningun objeto, ni previsto la situacion comprometida en que se hallaba, anduvo á la ventura, resistiéndose siempre, ya á las concesiones del rey, ya á sus actos de soberanía. Tan cierto es que cuando los movimientos de las naciones

se efectuan de abajo hácia arriba, todo anda sin norte conocido; y que si los que gobiernan fueran sabios, prevendrian estos movimientos, dirigiéndolos por otro rumbo, siempre indicado de antemano por esas lumbreras cuyas luces utópicas nos ofenden, y que apagamos por satisfacer nuestra presuncion y vanidad.

Contaba el rey diez mil hombres en su ejército, cuando fué á su encuentro el conde de Essex con quince mil parlamentarios que tenia á sus órdenes. El choque fué terrible; entre una y otra parte quedaron en el campo de batalla cinco mil hombres. Quien perdió sin embargo fué Essex; Lóndres tembló; mas, por desgracia de Cárlos, su ejército, con la victoria quedó muy debilitado é incapaz de resistir una nueva batalla sin rehacer sus cuadros.

Fácilmente se repuso de sus pérdidas el ejército republicano que recibia de todas partes recursos y soldados. Las crónicas de aquel tiempo están contextes en la pintura del entusiasmo popular por la nueva era de libertad que inauguraba el Parlamento. Para los gastos de la guerra apelóse á la generosidad pública: la cantidad de vajillas de oro y plata que se llevó á los tesoreros en diez dias, fué tan grande, que los encargados no tenian manos para recibirla, ni sitio donde colocarla; tanto era el número de los portadores, dice Clarendon en su *Historia de la Rebelion*, que al cabo de dos dias habia muchos esperando que les recibiesen sus sediciosas ofertas. En las Memorias de Whitelocke se lee: «Tal efecto produjeron los predicadores, que las pobres mujeres llevaban al tesoro público sus anillos de boda y las agujas de oro ó de plata de la cabeza.» «No solo los ciudadanos ricos y los caballeros de Lóndres iban á depositar grandes bolsillos y grandes vasijas, dice Nay en su *Historia del Largo Parlamento*, sino tambien los mas pobres, como la viuda del Evangelio, llevaban su óbolo.»

La juventud acudia de los cuatro cantones de Inglaterra en auxilio del Parlamento; por todas partes resonaba el estruendo de las armas y los gritos de guerra; el descalabro de Essex, si pudo impresionar en el primer momento, fué luego celebrado como una victoria, y si antes un ejército de quince mil combatientes pudo oponerse á la valiente falange de Cárlos I, no tardaron en estar armados muchos batallones, y aunque no equipados ni uniformados, combatieron denodadamente á favor del nuevo sistema.

La guerra en sus principios fué favorable á Cárlos. Su ejército disciplinado triunfaba de las tropas bisoñas de los republicanos. Acudian al cuartel general de York caballeros y aventureros, hombres que habian pasado gran

parte de su vida combatiendo con los Holandeses, Franceses y Españoles. y en las últimas luchas para reducir á los Escoceses á la Iglesia anglicana,

Durante la guerra el Parlamento obtuvo el apoyo de Escocia, y el rey el de Irlanda. Hasta entónces Escocia vivia como país independiente rigiéndose por leyes propias; mas habiendo convenido el Parlamento de Inglaterra en abolir la Iglesia episcopal, Escocia no tuvo inconveniente en suscribir un convenio por el cual los dos reinos se reunieron formando un solo cuerpo de nacion y una sola Iglesia sin obispos ni ceremonias. El calvinismo escocés por este *convenant*, pasaba á ser la religion del Estado. Formaron luego una *liga de auxilio fraternal*, que llevó veinte mil combatientes escoceses en auxilio de Inglaterra.

Cárlos dió un armisticio á los Irlandeses, y sacó de allí sus tropas para reunirlas con las de Inglaterra en el nuevo cuartel general de Oxford.

Protestó de los actos del Parlamento, del *convenant* con los Escoceses, y llamó á los miembros de las Cámaras que le habian permanecido fieles, invitándoles á pasar al nuevo centro del gobierno tradicional y legítimo. Reuniéronse ciento setenta y cinco diputados de los Comunes, y ochenta y tres lores. Procuraron los parlamentarios del rey atraer los de Lóndres á la paz, mas solo lograron enemistarse, mas dirigiéndose injurias mútuas.

Estableciéronse entónces los impuestos sobre las bebidas espirituosas, el aceite, los higos, el azúcar, las uvas, la pimienta, la sal, el tabaco, la seda, el jabon y la carne, impuestos siempre odiosos y siempre odiados, que el continente adoptó, y que aun hoy dia están vigentes en todas partes. Si esta invencion revolucionaria, dictada por la necesidad, ha sido del gusto de los gobiernos regulares, bien podian haber aprendido la administracion sabia y moral que se suele practicar en estos centros, apesar del movimiento vertiginoso de las revoluciones.

Decretó además el Parlamento de Lóndres un dia de ayuno por semana, cuyo ahorro de comida debia entregarse al tesoro público.

Quedaron, pues, establecidos dos gobiernos y dos ejércitos en Inglaterra, que diariamente entraban en combate. La causa real encontraba enemigos donde quiera que fueran sus batallones; la causa de la revolucion auxiliares en todas partes. El rey sentia dentro de sí el heroismo: Cromwell, que ya habia alcanzado el grado de teniente general, hacia maravillas con sus fanáticos soldados. El campo realista, apesar de las victorias, era cada vez más reducido; el de los revolucionarios mas ancho, y sus movimientos no hallaban embarazos.

El embajador de Francia cerca de la córte del rey de Inglaterra describia al cardenal Mazarino, la situacion en que se hallaba Cárlos en 1643, en los siguientes términos.

«¡Me admira ver cuán pródigo es el rey de su vida, y cuán infatigable, laborioso y constante es en los contratiempos! Desde por la mañana hasta la noche, y mas á caballo que en carruaje marcha al frente de su infantería. Parece que los soldados comprenden las necesidades y apuros de su rey; conténtanse de lo poco que puede hacer por ellos, y van con valentía á luchar con tropas mejor armadas y equipadas que ellos, y á quienes sin embargo vencen; pero opino que esta ventaja puede durar poco, porque sin recursos no puede combatirse.»

Ya hemos apuntado en la biografía de Cromwell algunas notas del diario de uno de los oficiales del rey que da cuenta de las privaciones que sufrió Cárlos en esta guerra. El espectáculo de esta constancia y de esta resignacion, atrajo á su causa nuevos adherentes y aun algun enemigo, como sucedió con un llamado Roswell, el cual habiendo desertado del ejército liberal, y caido prisionero despues, fué preguntado por los motivos de su defeccion.

«Cierto dia, contestó, que pasaba por una senda cubierta por una y otra parte de brezos y matorrales, ví al rey Cárlos, en compañía solamente de algunos fieles servidores, sentado sobre una piedra y royendo un pedazo de pan duro y moreno. Acerquéme, sin ser visto, y me sentí tan conmovido por la gravedad y dulzura de este príncipe y de su infortunio que me decidí á defender su causa.»

Cárlos ocultaba á sus soldados y oficiales todas sus penas; no era en verdad un príncipe que se abandonara á las impresiones del momento, y dió una señalada prueba del dominio que ejercia sobre sí mismo, cuando, habiendo caido á sus piés Lord Litchfied, uno de sus mejores generales y fieles amigos, atravesado por una bala, siguió mandando la batalla, sin que nadie le viese inmutado; y sin embargo, recogido en su tienda por la noche, pasóla llorando á su fiel servidor.

Mientras que Cromwell hablaba y obraba á impulsos de su exaltacion mística, cuyo entusiasmo confundian sus enemigos con la embriaguez del vino, segun afirman los escritores de su tiempo, Cárlos se presentaba siempre imperturbable, sereno, majestuoso.

«Jamás, escribe uno de los generales de su ejército, le ví exaltado por el triunfo, ni abatido por la derrota.»

Así eran, como sus jefes, los dos ejércitos; el de Cárlos por la uniformidad, el silencio en las filas, los movimientos precisos de sus evoluciones, la resistencia al ataque del enemigo, y el vigor en penetrar en sus filas, contrastaba con el ejército de Cromwell, por los salmos y cantos que se entonaban aun en la batalla, por el murmullo de las oraciones que se recitaban, por los colores chillones de los vestidos de los soldados y la extravagante variedad de sus armas.

Los mismos republicanos conocian la desventajosa apariencia de su ejército, tanto, que despues de una victoria, Hampden, el agitador de pueblos y aldeas, exclamó en la Cámara de los Comunes:

«¡A nuestros enemigos el antiguo honor; á nosotros la religion!»

En efecto; la religion, ó mejor dicho, el fanatismo religioso de los puritanos, y la ilustrada religion de los independientes, siendo unos el brazo, la espada, el mosquete, el soldado; y los otros la inteligencia, triunfaron, despues de cuatro años de una guerra sangrienta, del pasado, del derecho divino, de Cárlos I. Y el derecho tradicional no encontró auxilios ni en el continente, pues los que trajo Enriqueta de Francia y Holanda fueron pocos, y aun gran parte se perdieron al desembarcarlos por el ataque improvisto de la armada del Parlamento.

Formóse durante la guerra una nueva tempestad en Lóndres. Antes de las batallas de Newburg y Naseby, el Parlamento temió ya la ambicion y poderío de Cromwell, y despues del fallecimiento de Pym y Hampden, destacándose la figura del futuro protector de todas las demás, sin que nadie le hiciera sombra, las Cámaras presintieron que debia absorber él solo el poder de la nacion entera. Temiéndolo todo de Cromwell y ya nada del rey, á él se dirigió el Parlamento, aunque sin resultado, por haberse obstinado Cárlos en mantener en favor de la monarquía el derecho del veto, el de administrar el Estado y el mando del ejército; por otra parte, no podia ser ingrato con los anglicanos, ni aun con los católicos que de ambas religiones habia aceptado recursos y apoyo.

A su entender aquella revolucion, faltándole la base de la monarquía, debia sucumbir, porque las mismas libertades arraigaban profundamente en ella.

Siguió, por lo tanto, la lucha, y aun despues de ser vencido en Newburg primero y luego en Naseby, en 14 de Julio de 1645 no desesperó del triunfo del derecho histórico que él representaba.

Perdida la batalla de Naseby, y tomada Bristol, recogió los restos de

sus tropas, y despues de haber escrito á la reina que volviera al continente, las condujo á Oxford. Por la noche salió secretamente de la ciudad, acompañado de tres gentiles hombres, y al trasponer la colina de Harrow contempló por largo espacio la capital, y ensimismado y pesando el pro y el contra de presentarse inopinadamente en Lóndres en medio de sus contrarios, siquiera para embarazarlos con su persona, se resolvió por último á entregarse á los Escoceses, apesar de ser auxiliares de sus enemigos.

Admirados los generales del ejército escocés de la aparicion del rey en su campamento, no atreviéndose desde luego á faltar á la confianza que de ellos hacia, le rindieron los honores reales, dándole una guardia de honor, destinada mas que á defenderle á vigilarle.

Abriéronse nuevas pláticas y gestiones entre el rey y el Parlamento inglés que tampoco dieron resultado, como otras veces, por motivo de los escrúpulos tradicionales de Cárlos I. Cansado el Parlamento de negociar con un monarca tenaz en la conservacion de sus prerogativas, pensó en obtener por la astucia y la fuerza lo que no lograra por convenios.

Ofreció el Parlamento inglés á Escocia el enjuague de la deuda de cuatro cientas mil libras esterlinas que tenia con Inglaterra, á cambio de la persona de Cárlos I. Resistióse largo tiempo Escocia á esta venta, y aun no la hubiera suscrito nunca, si el partido popular y fanático, dirigido por los ministros del presbiterio, no la hubiese impuesto al Parlamento escocés, amenazando convertir la ciudad de Edimburgo en un lago de sangre. Así vendió Escocia cobardemente á su huésped y entrególe á un enemigo que debia derramar su sangre inútil á la revolucion. Así el Largo Parlamento de Inglaterra se hizo digno del desprecio con que lo trató Cromwell. La historia rebosa de estas villanías que la posteridad condena.

Cárlos recibió la comunicacion de su propia venta estando entretenido jugando al ajedrez en su aposento. La costumbre de la adversidad le habia hecho tan indiferente á su suerte y tan dueño de sí mismo, que pudo, segun afirman autores de su tiempo, continuar la partida sin manifestar emocion alguna, ni cambiarse los colores de su cara.

Fué entregado el mismo dia á los comisarios del Parlamento inglés y conducido á Inglaterra. Mas tales eran de monárquicos los sentimientos de las poblaciones rurales del tránsito, que en unas recibió ovaciones y en ninguna se exhibió el ruin sarcasmo que excita el vencido. En todas partes fué respetada su desgracia, hasta en la misma villa de Holmby punto destinado á su cautiverio.

El Parlamento no queria acabar con el poder real, sino dejar el menos posible, si bien lo habia cercenado tanto, que solo podia aceptarlo Cárlos, por ser su prisionero; pero aun así el Parlamento se mostraba celoso en conservarlo, siquiera como escudo de las libertades en el interior, y en el exterior, como símbolo de la unidad nacional. Teniéndolo en su poder, parecióle ya completo su triunfo, puesto que el pueblo léjos de odiar al rey le veneraba.

Concluida ya la guerra debia procederse á licenciar la parte de ejército no necesaria á someter la Irlanda, quedando de esta suerte los presbiterianos dueños de la situacion; mientras que, los independientes que acaudillaba Cromwell, ó partian á Irlanda ó se esparramaban por la nacion. Las dos iglesias anglicana y presbiteriana unidas por un símbolo comun, hubieran constituido la Iglesia del Estado, y como ambas se distinguian por su intolerancia, ni los independientes, ni los católicos hubieran predominado.

Previendo Cromwell este resultado, excitó el pundonor de su ejército y, presentándole el Parlamento como su enemigo, indújole á establecer una Asamblea militar (que fué conocida con el nombre de *Consejo de los agitadores)*, con dos Cámaras, una alta en representacion de los oficiales y otra baja compuesta de sargentos y soldados.

Entretanto Cromwell se apoderó de la persona del rey, y trasladólo á la isla de Wight; y, teniéndolo en su poder, se hizo dueño del Parlamento. En efecto; desde este momento la autoridad de Cromwell no tuvo límites.

En honor de la verdad debe decirse que los independientes trataron mejor á Cárlos que los presbiterianos; permitiósele ver á sus hijos menores que hasta entónces habian sido custodiados por el Parlamento en Lóndres. Cromwell, que asistió á la primera entrevista entre Cárlos y sus hijos, lloró de emocion. En este momento el hombre todavía dominaba al sectario; no creia que la causa de la libertad de conciencia reclamase una víctima real, ni aun el derrumbamiento del trono. Tributaba á su cautivo todos los respetos y consideraciones compatibles con la seguridad del prisionero y la fé del sectario, hablaba con ternura de los sentimientos de Cárlos por su mujer é hijos, y aun le estimaba por conservar pura de toda mancha la fidelidad que guardaba á la reina, apesar de la ausencia y de la guerra que aflojan los lazos de las conciencias aun siendo virtuosas.

Los escritores de su tiempo que establecen un paralelo entre Cárlos y Cromwell, dicen que fueron ejemplo de virtudes domésticas: eran de una

misma edad y de sentimientos elevados. Cárlos, aunque no hubiese nacido rey, hubiera sido majestuoso, y Cromwell, habiendo nacido colono, se elevó hasta el imperio. Cárlos, sin haber nacido guerrero, mantuvo siempre la disciplina en un ejército de libertinos sin poderles dar paga y á veces ni pan; Cromwell á los cuarenta años toma por primera vez la espada y crea un ejército republicano que triunfa de todos sus enemigos. Cárlos es grande en la desgracia; Cromwell en el triunfo. Cárlos prefiere á su propia vida las prerogativas de la corona; Cromwell sacrificará la soberanía de la nacion al engrandecimiento de su Iglesia. Cárlos no supo aliar la monarquía con la libertad y Cromwell divorciará lo que naturalmente está unido, la libertad de conciencia y la democracia. A Cromwell el fanatismo religioso le impidió conocer las necesidades del pueblo inglés, mientras que Cárlos, solo en la desgracia las comprendió, y estando encarcelado decia á Cromwell:

«Debeis volver necesariamente á la monarquía, á mi persona, porque fuera de ella no podeis reconstituir la nacion.»

Cromwell iba reconciliándose con el rey: le hizo conducir al castillo real de Hampton-Court, donde le permitió tener un simulacro de córte, y donde, aunque cautivo, fué durante algun tiempo el árbitro de las negociaciones de los partidos que querian fortificarse encarnando el nombre del monarca á los principios que sustentaban.

Ya hemos dicho en la biografía de Cromwell, por qué medios supo este que el rey le daba buenas razones y que se entendia mejor con los Escoceses que con Cromwell ó el Parlamento. Este desengaño cambió completamente el curso de las ideas del futuro Protector. Habia creido posible la alianza de Cárlos con los independientes; pero desde aquel momento no contó mas que consigo mismo y el ejército para dejar establecida como ley del Estado la libertad de conciencia.

Entónces fué cuando depuró el Parlamento de algunos miembros pertenecientes á las comuniones religiosas adversas á los independientes. Cincuenta y dos presbiterianos del Parlamento fueron presos y otros excluidos, y apesar de este expurgo, la Cámara alta tuvo bastante entereza para desaprobar un decreto que tendia á la formacion de un proceso contra el monarca. Mas los Comunes, de donde procedia la acusacion, sostuvieron el decreto, declarando, que, como representantes del pueblo inglés, estaban investidos de la autoridad soberana; que todos sus acuerdos tenian fuerza de ley, sin necesidad de la autorizacion de la alta Cámara de los lores, ni la sancion real. Fairfaix, que, como ha visto el lector en

el anterior capítulo, era el general mas sensato, honrado é importante del ejército, se declaró abiertamente contra este atentado á las leyes; pero Cromwell dijo en la Cámara, que acerca de esta cuestion no tenia opinion bien determinada, mas que se sometia á la Providencia, que parecia haber encargado esta decision á los miembros del Parlamento.

Mientras que la Cámara de los Comunes para intimidar al rey y obligarle á aceptar las nuevas condiciones que se imponian á la monarquía, intentaba procesarle, Cromwell, Ireton, y los oficiales mas fanáticos del ejército, tenian frecuentes reuniones secretas en Windsor; y en una de ellas, despues de haber implorado con ruegos y lágrimas las luces celestes, resolvieron proclamar la república, someter el rey al juicio de un tribunal del Estado, é inmolarlo á la salud del pueblo.

« No habrá paz, ni seguridad para los *santos*, dijo Cromwell, mientras viva este príncipe, aunque sea en el cautiverio; porque será siempre el instrumento de las negociaciones de los partidos y la secreta esperanza de los ambiciosos. »

Naturalmente la animosidad contra el rey, despues del acuerdo de la Cámara, se manifestó decidida en los partidarios del Parlamento y en los independientes, lo que produjo una reaccion natural en los realistas.

Inglaterra, idólatra de sus instituciones, presintiendo la futura suerte del rey, se estremeció; en Lóndres y en otras ciudades estallaron sublevaciones é incendios; los pueblos de corto vecindario vaciaban su juventud en las capitales de los condados; la escuadra, al grito de *viva el rey*, partió para Holanda donde estaba la reina. Escocia, para sostener el rey y el *convenant*, invadió Inglaterra con cuarenta mil hombres.

En esta lucha quien debia perder era el Parlamento: si el ejército triunfaba, quedaba anulado; si perdia, el rey era dueño de la situacion.

Ardió la guerra civil; Cromwell secundado por Fairfax (que no pudo resolverse á abandonar á sus amigos los independientes), combatió en todas partes, y llevó al mismo tiempo un ejército poderoso contra los Escoceses. La victoria mostrósele siempre favorable.

Cárlos perdió su última partida; Cromwell llegó al apogeo de su gloria; el Parlamento se hundió en el abismo de la vileza, y los *niveladores*, partido nuevo, surgido de las mismas filas del ejército, pretendia establecer como base social, la comunidad de los primeros cristianos. Cromwell los extinguió por medio de los suplicios.

A instigacion de los republicanos, el Parlamento se decidió á llevar

adelante el proyecto de procesar al rey y sacrificarle. Cromwell en la Cámara pareció dudar, pero al fin, con una emocion parecida á la demencia, dijo:

«¿Os debo confesar, que hace poco, y queriendo hablar en favor de su Majestad, he sentido que mi lengua se pegaba á mi paladar? ¿Debo considerar esta extraña sensacion sobrenatural como un aviso del cielo que rechaza mi súplica en favor del rey?»

Alea jacta est; la suerte está echada; ya Cárlos no puede esperar salvarse teniendo por jueces unos hombres que se creen inspirados por el Dios de Israel.

El rey intentó huir; ganó la vigilancia de los guardias y seguido solamente de Berkley Ashburnham, á favor de la noche, pudo atravesar el bosque de Windsor y dirigirse á la orilla del mar, en donde no halló la nave que debia llevarle. Tomaron una embarcacion de remos y se dirigieron á la isla de Wight, cuyo nuevo gobernador parecia sentir simpatías por el rey. Tres cuartos de legua emplearon en atravesar el canal, y cuando el rey creia llegar á puerto amigo, y desde allí dirigirse al continente, dejando á la revolucion que se consumiera en su propio incendio, el gobernador, haciendo traicion á la confianza del príncipe, lo arrestó.

Desde entónces Cromwell y el Parlamento se apresuraron á llevarle á la barra del tribunal; y, en el pais del jurado, el rey debia ser juzgado por una comision especial. El sanguinario Harrison, hijo de un carnicero, fué encargado de conducirlo desde la isla de Wight, al palacio real de White-Hall, donde permaneció con guardias de vista.

Los jueces fueron convocados en el mismo palacio de los Comunes, en el salon gótico de Wetsminster. Al nombrarlos por órden de lista, para que constara el nombre de los presentes, se llamó al generalísimo Fairfax que estaba ausente, y una voz respondió:

«¡Es demasiado sensato para estar aquí!»

Cuando se leyó el acta de acusacion contra el rey, *en nombre del pueblo de Inglaterra*, la misma voz pronunció esta palabra:

«¡Ni un décimo del pueblo!»

Encargado el oficial de guardia de las tribunas de prender al interruptor, arrestó á la señora Fairfax, esposa del generalísimo. Esta mujer revolucionaria hasta entónces como su marido, no pudo resistir aquella iniquidad, sin protestar contra los excesos de la revolucion.

El rey, que habia conocido la voz de esta señora, recordó entónces que

Fairfax, combatiéndolo con las armas, no habia llevado sus victorias hasta al extremo de derrotarle.

Leyósele el acta de acusacion, llena de lugares comunes, donde las calificaciones de traidor, asesino y enemigo del reposo público y de la patria, como en todos los procesos políticos, se prodigaron contra el supuesto reo, á fin de que la negra conciencia de los jueces, mirándose en el espejo de la acusacion, se creyese revestida con los atavíos de la justicia y quedase oculto el encono de la pasion política.

No quiso defenderse el rey; protestó del acto; recusó el tribunal en que no veia á sus *pares*, ó iguales, únicos que tenian derecho para juzgarle, y confió á Dios y á la posteridad el cuidado de justificarle de los dicterios y del juicio de una autoridad que no tenia otro fundamento que la de ladrones y piratas.

El presidente Bradshaw refutó la recusacion del rey como una blasfemia contra los incostrastables derechos de una nacion á constituirse segun los principios de la justicia, tal cual la entendia y segun su conciencia, inspirada por Dios que gobierna las sociedades.

Los grupos de soldados que rodeaban el palacio de Westminster, en cuanto salió el rey, para volver á White-Hall, lanzaron gritos de muerte contra el monarca vencido.

— ¡ Miserables; dijo Cárlos, mañana por un poco de dinero maldecirán de sus jefes!

Como iba á pié pudo acercársele uno de ellos, quien compadecido de su suerte, le pidió permiso para besarle la mano, y habiendo puesto una rodilla en el suelo para hacerlo, en esta misma actitud recibió un sablazo en la cerviz.

— ¡ Qué crueldad! dijo Cárlos apartando la vista de esta escena; ¡y por una falta tan leve!

Otro escupió en la cara del rey, quien levantando los ojos al cielo exclamó;

— ¡ Señor! ¡ mas sufristeis vos por mí!

Condenado á muerte, pidió Cárlos que se le concedieran tres dias para disponer de sus asuntos, prepararse á morir y despedirse de su mujer é hijos ausentes y de los tres hijos presentes. El *decorum* de la justicia política no se atrevió á negárselos.

Durante este tiempo algunos generales representaron á Cromwell la inutilidad y la barbarie de la ejecucion. Los embajadores del continente

ofreciéronle, en cambio de la vida de Cárlos, compensaciones de alianza y tributos; su próximo pariente el coronel John Cromwell, intercedió por el rey, y contestó á todos refiriéndose á oráculos é inspiraciones, que pedian aquel sacrificio, apesar de sus oraciones fervientes y de las lágrimas que derramaba. La ferocidad de los tiempos bíblicos habia traspirado hasta al corazon de Cromwell.

El rey se despidió de sus tres hijos presentes en Lóndres: la princesa Isabel, el duque de Glocester y el duque de York. Las vicisitudes, la guerra, el cautiverio y las lágrimas de que habia sido testigo la tierna niña, habian madurado su inteligencia, y su padre se complacia en creer que sabria comunicar á su madre las últimas ternezas de su corazon.

« Dirás á tu madre, dijo Cárlos á su hija, que siempre le he sido fiel, mas por el cariño que la tengo que por deber, y que mi amor durará tantos minutos como me quedan de existencia, y cuando acabe de amarla en la tierra, empezará mi amor en la eternidad. »

Púsose al pequeño duque de Glocester en sus rodillas, y queriendo gravar en su memoria, por una imágen trágica, la recomendacion de lo que debian hacer sus hijos, le dijo gravemente:

« ¡ Hijo mio, ellos cortarán la cabeza á tu padre! »

Esta imágen, en efecto, impresionó al niño que estuvo mirando espantado á su padre por largo rato.

« ¡ Sí, me cortarán la cabeza y quizá quieran hacerte á tí rey! pero no lo seas, miéntras vivan tus hermanos Cárlos y Jacobo. Cortarán tambien si pueden, la cabeza á tus hermanos, y despues quizá tambien á tí. Te mando, pues, que no quieras ser rey! »

El niño se sintió penetrado por el horror de la situacion, y contextó:

« ¡ No, yo no seré rey; no lo seré jamás, aunque me maten!»

Habia dispuesto Cromwell que se levantara un tablado junto al mismo palacio de White-Hall, de modo que echando un pasadizo como puente, pudiera con facilidad pasarse de la mansion real al cadalso.

Desde la habitacion que, como cárcel ocupaba Cárlos, se oian los martillazos de los obreros ocupados en levantar el patíbulo; de modo que recibia por todos sus sentidos la impresion de la muerte.

Cuando apareció la aurora del dia 7 de Enero de 1649, Cárlos hacia ya tiempo que estaba levantado. Llamó á Hebert, único servidor que le habian dejado para asistirle, y le recomendó que se tomase en aquel su último dia mayor tiempo, y pusiera mayor esmero en la compostura de su

persona, á fin de que su exterior participase de aquella apariencia de fiesta.

« Es una grande y dichosa solemnidad, dijo, la del fin de mis dias y de mi entrada en la eternidad. »

Pasó la mañana con el venerable y elocuente Juxton, hombre digno por su virtud y piedad, de comprender y servir la muerte de su soberano.

Avisáronle de que habia llegado la hora, y con paso firme y mesurado, sin precipitar el momento solemne, ni retardarle, pasó desde el palacio al suplicio.

Una espesa fila de soldados rodeaba el cadalso. El pueblo de Lóndres y el de los condados vecinos cubrian la plaza, los techos, los árboles, los balcones, ventanas y sitios desde donde podia dominarse el lugar de la ejecucion; unos por curiosidad, otros por placer, muchos para estremecerse y llorar.

Sabiendo Cromwell que inspiraba horror al pueblo, el holocausto de la persona del rey á la libertad religiosa, y queriendo prevenir el efecto que acaso pudieran producir las palabras de Cárlos, habia puesto un cordon de soldados que mantuviesen á los espectadores mas allá del alcance de la voz del monarca. Mas, como dice Lamartine, el cadalso tiene ecos que transmiten á los confines del tiempo y de la tierra los últimos suspiros y palabras de las víctimas.

El coronel Tomlinson, escogido por Cromwell para guardar al rey, le acompañó tambien en sus últimos instantes, y sus sentimientos sufrieron un notable cambio al espectáculo contínuo del valor y resignacion de Cárlos I. El carcelero tambien se habia condolido del cautivo y dirigídole palabras de consuelo. Los oficiales que rodeaban á Tomlinson, experimentaron los efectos de esa ternura que inspiran las grandes desgracias.

En medio de estos enemigos, ya simpáticos, y de amigos llorosos, de pié sobre el cadalso, usó Cárlos del derecho de hablar el último en su propia causa que Inglaterra concede al ajusticiado.

Justificóse de los delitos que se le imputaban, como deberes cumplidos en defensa de una prerogativa real fundada en la constitucion, de cuyo depósito era responsable á sus sucesores, á la nacion y á Dios. Pero arrepintióse de sus debilidades y condescendencias, y refiriéndose á la muerte de Strafford, dijo:

«Yo ratifiqué cobardemente una injusta sentencia, y la sentencia injusta de que soy víctima es un castigo que me inflige el Criador por haber herido al inocente. A nadie hago, pues, responsable de mi muerte

que acepto de la justicia divina, la cual toma como instrumento la injusticia humana. Entrego mi vida en holocausto al pueblo, y no pido otra compensacion á mi suplicio que la paz de mi pueblo y su fidelidad á mis hijos. »

Luego oró, y apercibiéndose que uno de los asistentes del verdugo manejaba el hacha sin cuidado, con un justo sentimiento de cólera, le dijo:

« ¡No toqueis al hacha! »

Luego acercándose al obispo Juxton, le tomó por la mano, se la estrechó con fuerza y sacudiéndola vivamente, como para dejarle viva en la memoria una recomendacion que le habia hecho, exclamó:

«*¡Remember!*»

Esta palabra «acordaos» que se interpretó de muchas maneras, segun el testimonio de Juxton, único que podia explicarla, no significaba otra cosa que la súplica del rey moribundo á sus hijos, para que si algun dia llegasen al trono, perdonasen á los enemigos de su padre.

Dos hombres con máscara cogieron respetuosamente á Cárlos I y le colocaron sobre el tajo, luego uno de los dos tomó el hacha y le cortó la cabeza; el otro la recogió y mostrándola al pueblo gritó:

« ¡Ahí teneis la cabeza de un traidor! »

Un inmenso murmullo, el primer anuncio de la conciencia del pueblo que despertaba, se elevó de la muchedumbre, protestando del ultraje que se inferia á la víctima.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE CÁRLOS I DE INGLATERRA.



PABLO REMBRANDT

REMBRANDT VAN-RYN

(1608 - 1669 DESPUES DE J. C.)

[illegible] originalidad [illegible] medio [illegible] [illegible] tributario de Talía, un personaje de comedia, que se presta, por desgracia, demasiado al ridículo.

Nació en 1608, no léjos de Leyde, cerca de Koukerk, en un molino que tomaba las aguas del Rhin, de donde le viene á nuestro artista el sobrenombre de Van-Ryn. Su padre se llamaba Harmen Gerritsen, molinero enriquecido en su industria y que quiso que su hijo aprovechara los talentos de que le dotara la naturaleza, consagrándolos á las letras. Enviárale con este objeto á Leyde donde empezó el estudio del latin; mas luego mostró tener el muchacho una pasion decidida por la pintura, y entonces sus padres, léjos de contrariar su vocacion, le colocaron en el taller de un maestro pintor poco conocido, á quien menciona sin embargo la historia del arte por haber sido el profesor de Rembrandt: se llamaba Yzaksen van Swnenburg.

Este primer maestro de Leyde, y los que tuvo en Amsterdam, ó no conocieron las dichosas disposiciones de Rembrandt, ó éste se resistió á sus consejos, ya que abandonó los profesores para restituirse á la casa de sus padres, á quienes debia heredar como hijo único, y fiando quizás en la

REMBRANDT VAN-RYN

(1608 — 1669 DESPUES DE J. C.)

Pablo Rembrandt ofrece, en su vida artística y privada, una doble originalidad, apreciada de muy distinto modo, tanto por sus contemporáneos como por la posteridad. Si por una parte es considerado como uno de los artistas que cubrieron de gloria la escuela holandesa, por otra es un tributario de Talía, un personaje de comedia, que se presta, por desgracia demasiado al ridículo.

Nació en 1608, no léjos de Leyde, cerca de Koukerk, en un molino que tomaba las aguas del Rhin, de donde le viene á nuestro artista el sobremonbre de Van-Ryn. Su padre se llamaba Harmen Gerritsen, molinero enriquecido en su industria y que quiso que su hijo aprovechara los talentos de que le dotara la naturaleza, consagrándolos á las letras. Enviárale con este objeto á Leyde donde empezó el estudio del latin; mas luego mostró tener el muchacho una pasion decidida por la pintura, y entonces sus padres, léjos de contrariar su vocacion, le colocaron en el taller de un maestro pintor poco conocido, á quien menciona sin embargo la historia del arte por haber sido el profesor de Rembrandt: se llamaba Yzaksen van Swnenburg.

Este primer maestro de Leyde, y los que tuvo en Amsterdam, ó no conocieron las dichosas disposiciones de Rembrandt, ó éste se resistió á sus consejos, ya que abandonó los profesores para restituirse á la casa de sus padres, á quienes debia heredar como hijo único, y fiando quizás en la

fortuna paterna, entregóse á la fácil vida de la juventud que no se angustia de nada, sin ideal ni porvenir.

Felizmente para el arte y por fortuna de Rembrandt, entregado á sus impulsos propios, copió la naturaleza tal cual se ofrecia á sus ojos, y este estudio encarriló las felices disposiciones que para el dibujo tenia nuestro adolescente.

Ya copiaba la figura grotesca del paisano de Holanda, ó de la gorda criada de taberna, como los grandes maestros de Italia estudiaron el Apolo del Belvedere ó la Vénus de Médicis. Sin duda no era este el medio por el cual se depura el gusto, se elevan las ideas, y se llega á las nobles concepciones de Rafael; pero con él se obtenia la imitacion de lo verdadero en un género popular.

Veintidos años tendria cuando en este género compuso un cuadro que llamó la atencion de los conocedores de Leyde, quienes le aconsejaron que lo expusiese en Amsterdam, donde se apreciaria mejor su mérito. En efecto, fué á la capital y encontró un aficionado que le dió por él cien florines.

Este inesperado éxito decidió de la suerte de Rembrandt; se fijó desde 1630 en Amsterdam, en donde sus obras, especialmente sus grabados, que multiplicaba con una actividad febril, y la escuela que estableció, fueron las dos fuentes de su gloria y de su fortuna.

Mas no cambió esto el carácter de Rembrandt; continuó siendo el hijo del molinero, sin que desaparecieran las influencias de la educacion que habia recibido en sus relaciones con los parroquianos del molino de su padre, y si bien logró contraer matrimonio con una rica heredera, fué tambien esta jóven una ignorante labradora, ávida como él de riquezas.

A los que le censuraban por no haber escogido en mejores regiones una mujer digna de su talento, contestaba:

«No busco el honor en la nobleza por el matrimonio, sino la libertad y la tranquilidad del espíritu.»

Respuesta digna de un filósofo.

Mas sus biógrafos dicen que la confesion de Rembrandt no es completa; que de la buena sociedad no queria mas que los florines, que no la frecuentaba por no exponerse, á que tratándole como su igual, debiese corresponderla con igualdad, y que evitando el trato íntimo con hombres distinguidos por sus talentos y posicion social, labraba su fortuna sin mermarla ni exponerla.

Acúsanle de que su miseria llegaba á tal grado de avaricia que solo se

alimentaba de arenques secos y queso, y que era poco escrupuloso en los medios de adquirir dinero.

Cuentan de él que de concierto con su mujer se ausentó por algun tiempo de Amsterdam, y que despues esparció ella la noticia de la muerte de su marido vistiendo de riguroso luto. Como suele acontecer en semejantes casos, no solo son apreciadas las obras del artista en lo que valen, sino en mucho mas, puesto que las fuentes de tales obras de arte se han secado y todos los aficionados desean adquirirlas. Los elogios á la memoria de Rembrandt, en el caso presente, no fueron desmedidos, porque su genio los merecia; pero los cuadros, grabados y dibujos, con la concurrencia de compradores, alcanzaron un precio que su fantasía de avaro no se habia atrevido á esperar.

Cuando Rembrandt se decidió á resucitar, los buenos holandeses tomaron á gracia una estratagema que linda con el fraude y que es una verdadera supercheria. Tal hombre hubiera podido servir de modelo á Molière pintando á Hartagon.

Conociendo el costado flaco de tal maestro, sus discípulos pintaban sobre el carton, sobre el pavimento, ó sobre su mueble de colores, monedas de plata y oro, y raras veces, tal era su codicia, dejaba de hacer un movimiento de cómica avaricia para recogerlas, causando la risa de aquella juventud que así se burlaba de los defectos del profesor, quien, aunque en el primer momento ponia mala cara á la broma, luego la celebraba.

Por otra parte su carácter era raro y extravagante. En cierta ocasion, teniendo casi concluido un cuadro de una familia noble en que estaban representados todos los miembros que la componian, lleváronle la noticia de haber muerto un mono que, siendo su diversion, le queria muchísimo; dióle la fantasía de retratarlo en la tela que estaba pintando y lo puso en primer término. Que la familia noble se resistió á tal capricho, bien puede suponerlo el lector; pero que la terquedad del pintor y su cariño por el mono le llevasen á menospreciar la cantidad que representaba el cuadro, fué un capricho que no podia sospecharse de su avaricia.

Ya hemos expuesto cuál fué el hombre, y apesar de ser un gran pintor, nadie extrañará, conociendo su carácter, que en sus cuadros no haya suavidad de líneas, ni elegancia de formas, ni elevacion de miras, ni nada de lo que tiende al ideal del arte. Rembrandt es la prueba mas evidente de que se puede hechizar con solo copiar fielmente la naturaleza, cual lo hará el daguerreotipo cuando haya alcanzado mayores perfecciones que las

adquiridas ya por la heliografía y la coloracion de las imágenes todavía fugitiva.

¡Sin embargo, por cuántas calidades superiores Rembrandt suplia á su falta de gusto! Qué inteligencia en el claro-oscuro, qué magia de color, qué candidez y fuerza en la expresion! Algunas veces la frescura y la vida de sus encarnaciones puede competir con la escuela veneciana. Por este motivo, y apesar de no haber salido nunca de Holanda, firmó algunos de sus cuadros poniendo la data de Venecia, á fin de engañar á los aficionados, de quienes por esta estratagema obtenia que pagasen á mayor precio sus cuadros.

La fusion que hay en varias partes de sus obras y los toques de una extrema delicadeza, contrastan con las pinceladas llenas é irregulares en que al parecer se complacia, y es tal el espesor de los colores en estas partes, que es de creer, como se ha dicho, que pintaba con la espátula: así adquirian mas viveza los puntos luminosos. Mas que pintar, han dicho algunos críticos, este artista modelaba como el escultor; y tal era de gruesa la capa de color que daba á sus cuadros, que se asegura que en cierto retrato la nariz casi sobresalia tanto de la tela como la de la cara del natural.

Se comprende que para defender esta manera de empastar repitiese con frecuencia que las obras de los pintores no debian mirarse de cerca.

«Un cuadro, decia, no se ha de olfatear; el olor del aceite no es sano.»

Criticándole en cierto dia un aficionado por esta su manera de interpretar la naturaleza, contestó:

«Yo soy pintor y no tintorero.»

Tan aficionado era á estos medios extremos de realzar los objetos por el contraste, que no encontrando bastante oscuro el color negro de su paleta, practicó alguna vez una incision en la tela.

Algunos de sus cuadros pierden todo su valor si se miran de cerca, y de léjos tienen una armonía encantadora. Nadie ha dado como Rembrandt tanto relieve á los objetos; á favor de los contrastes, y encerrando en un corto espacio las partes iluminadas, ha fijado el interés del asunto en un solo punto y sugeto, como puede verse en la *Resurreccion de Lázaro*. Solo este está inundado de luz directa, las demás figuras se ven á favor de una luz difusa, reflejada. Para obtener estos efectos su taller tenia un solo agujero, cual si fuese una cámara oscura.

Como pintor de historia, Rembrandt, apesar de ser poco escrupuloso en

la eleccion de los tipos que debian representar los personajes, nadie le ha excedido en la expresion; pero los anacronismos campean por sus obras. Entre estos cuadros hay el *Tobías y su familia prosternados ante el Arcángel Rafael; el Samaritano; Jesús en Emaús*, que están en el museo del Louvre de París; los cuales se distinguen por la invencion pintoresca del conjunto.

Mas donde brilla como gran maestro es en los retratos; en ellos reproduce la naturaleza hasta parecer viviente. Como prueba citaremos una de sus extravagancias: hizo el retrato de su criada con el intento de colocarlo en la ventana de la cocina que daba á la calle, desde la cual tenia por costumbre hablar con los transeuntes. Tal era el parecido y la verdad del conjunto y lo bien dispuesto del fondo, que los vecinos quedaron engañados, hasta el punto de apostrofarla, porque no contestaba á sus preguntas.

El contraste no se detuvo en la pintura, ganó tambien el carácter de Rembrandt, sucediendo á su miserable avaricia el gusto por las colecciones, que llegó al extremo de arruinarle. Frecuentaba la clase mas baja de la sociedad, complaciéndose en el trato de gente desarrapada, y sin embargo tuvo por amigos los hombres distinguidos de Holanda, y entre ellos el famoso médico Tulp, que está representado en la *Leccion de anatomía;* el burgomaestre Six, reproducido muchas veces en retratos y cuadros; el famoso platero Lutma; el célebre predicador anabaptista Auslao, y muchas otras personas ilustres de Amsterdam.

La publicacion del catálogo de su coleccion que existe todavía en esta ciudad, en el palacio de *Insolvables,* arroja mucha luz sobre su historia, y prueba que apesar de ser bastante exclusivo como pintor, tenia gusto, sin embargo, por los objetos coleccionados. Entre sus estampas háylas de las obras de Marco Antonio y de Mantegna, y entre los muebles vendidos en la quiebra, figuran muchas estátuas antiguas, un hermoso Cupido, los bustos de Homero y de Sócrates, etc. Esta magnífica coleccion fué vendida á un precio vil, con motivo de la extrema miseria que imperaba entonces en Holanda; tanto, que en la ciudad de Amsterdam, á consecuencia de los sucesos políticos que arruinaban el país, habia mas de dos mil casas desocupadas.

Rembrandt tiene dos maneras distintas: pertenece á la primera la *Leccion de Anatomía del doctor Tulp,* una de las joyas del museo de La-Haya, y que como en todos los cuadros que se refieren á su juventud, domina en él una luz límpida, el color del desnudo es claro, y los toques

hábilmente fundidos. En su segunda manera el artista pinta grandes contrastes, grandes masas de oscuro junto á objetos aislados, heridos por un rayo de viva luz. El tono local de las carnes es dorado, pero no verdadero, y el toque atrevido, poderoso y siempre expresivo.

Las obras de esta segunda manera han hecho de Rembrandt un maestro único é inimitable. El principal cuadro de este género es su famosa *Ronda de noche* del museo de Amsterdam, que representa una cofradía de arqueros partiendo para la escuela del tiro; en el mismo museo hay la *Cofradía de los comerciantes*, que, como ejecucion, es la obra maestra del artista: todas las figuras son retratos, y ya sabe el lector que Rembrandt es el mas maravilloso de los retratistas, como puede verse por el retrato de su madre que está en el museo de San Petersburgo, y por los suyos propios, que le representan en diferentes épocas de su vida.

Los asuntos religiosos tambien fueron tratados por Rembrandt, pero á su manera. Interpreta la Biblia de un modo original; para él los pobres que recorrian en su tiempo las calles de Amsterdam eran los mismos, la reproduccion fiel de los del Evangelio, y los cambios que hizo no consistieron en acomodar los tipos de la raza humana á las diferentes partes que los produjeron, sino que á los harapos de sus pobres juntaba algunos extraños oropeles que no pertenecen á ningun pueblo, pero que daban atractivo al cuadro.

Ignoraba ó mejor desdeñaba la tradicion de esas grandes figuras hieráticas ó simbólicas legadas por los Bizantinos al Renacimiento. Mas no solamente por conviccion ó adrede se separaba del arte religioso tal cual lo comprendió la escuela florentina, sino tambien por su aire, por la expresion particular que tenia y por la manera especial de ver las cosas. La escuela de Florencia apoyaba su estilo en la acentuacion de las grandes líneas del cuerpo, y la expresion en la nobleza de las formas. Rembrandt, ante la fealdad, no retrocede, al contrario, parece buscarla, importándole poco la elegancia de las formas y la pureza de las líneas.

Sin embargo daba á sus figuras la expresion que hubiera animado á su modelos, si ellos mismos hubieran sido los personajes de la Pasion, y como puede verse, la vulgaridad de sus tipos no altera la profunda emocion que experimentan.

La vida, y no solamente la vida del cuerpo, sino todos los sentimientos del alma están admirablemente reproducidos en los cuadros religiosos de Rembrandt. Véase el *Descendimiento de la cruz* que figura en el museo de

Munich, y que circula en estampa grabada por el mismo al agua fuerte. ¡No es un amigo solamente lo que causa el dolor vivo de aquellos hombres y mujeres ocupadas en descender á Cristo de la cruz, es un Dios! Mientras que allá, á lo lejos, desaparece Jerusalen, las nubes que cubren el cielo se rasgan para dar paso á los rayos de luz que iluminan al Salvador: esto es Rembrandt; este su ideal, su religion, su poesía.

Como grabador, Rembrandt ha sido admirable; ha grabado todo género de asuntos, y en todos ha sido un artista inimitable. Ya ataque las composiciones del órden mas elevado, representando por ejemplo, *Jesucristo curando á los enfermos* ó la *Resurrecion de Lázaro,* la punta del buril obtiene del agua fuerte lo que nadie hubiera podido esperar. Este ramo del grabado, que solo parecia convenir á los asuntos internos, á las composiciones improvisadas, alcanza en contacto con el genio de Rembrandt los asuntos mas difíciles y lucha y triunfa del grabado histórico.

Cuando el maestro nos hace asistir á las escenas interiores, cuando nos conduce á la Sinagoga, cuando nos muestra al escultor modelando una estatueta, ó la cocinera rodeada de sus hijos haciendo saltar la torta en la sarten, da á todos estos asuntos espíritu, lengua, el acento de la naturaleza, y nos interesa y nos seduce.

Nadie supo dar mayor grandeza y vida á los retratos: Juan Lutma, el burgomaestro Six, ó Rembrandt mismo, vivirán eternamente en los grabados al agua fuerte representados con su fisonomía, y cuanto hay en ellos de espiritual, enérgico y singular.

La Holanda ha tenido grandes paisajistas, y sin embargo ninguno de ellos ha sido tan maestro como Rembrandt para reproducir la originalidad de ese pais creado por la mano del hombre. Los horizontes infinitos de sus llanuras, cortadas en todos sentidos por canales y como si fueran salpicadas de molinos de viento, están expresado por nuestro artista sin monotonía ni exageracion.

Los paisajes de Rembrandt dan de Holanda la idea mas cabal; el arte con que el maestro escoge los puntos de vista, dispone los planos, y expresa, en fin, lo que abarca la vista, hace de los grabados que representan aquella comarca húmeda y triste, estampas pintorescas, que revelan que en todas partes la naturaleza tiene bellezas, que no pasan desapercibidas á todos los corazones y menos al de un artista como Rembrandt.

El número de sus grabados al agua fuerte es de 376, los primeros traen la fecha de 1628 y los últimos de 1661.

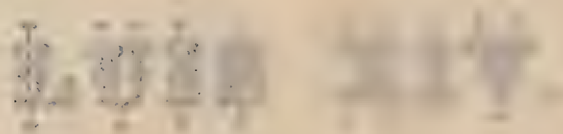
En la obra de W. Bürger, llamado vulgarmente Thoré y titulada *Los Museos de Holanda*, es calificado Rembrandt de: el Rafael del Norte. « En efecto, dice, Rafael mira hácia el pasado de la humanidad, Rembrandt hácia el porvenir; el primero considera el hombre abstracto, pero consagrado en los tipos que nos ha legado la antigüedad; el segundo contempla el hombre tal cual es, sin ningun intermediario. El primero es el pasado, el segundo el porvenir. »

Este gran pintor murió en Amsterdam en 1669; dejó un hijo único que murió en la oscuridad; pero tuvo un gran número de discípulos que honraron con sus cuadros la escuela holandesa.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE REMBRANDT.



LUIS XIV



LUIS XIV.

Nació en [illegible] de [illegible] en 5 de Setiembre de [illegible] y Ana de Austria, y sucedió á su padre en 14 de Mayo de [illegible] gobernó como regenta hasta el 8 de Setiembre de 1651, en que [illegible] rado Luis XIV mayor de edad.

Hemos visto cuán poca influencia tuvo en el reinado de Luis XIII la española Ana de Austria, siempre eliminada del Consejo, y aun del tálamo real por celos de Richelieu, á quien jamás quiso la reina concederle la confianza que tan mal pagara á la madre de su esposo, y porque fué tan dueño siempre ese ministro de la persona de su amo y aun de sus amores, que el nacimiento de Luis XIV se debió al permiso que el ministro concedió al monarca para reconciliarse con su esposa.

Ana de Austria salió al fin de su clausura y tomó las riendas del gobierno del Estado.

Acababa de salir Francia de la direccion de un cardenal por la muerte de Richelieu, y ya tomó los [illegible] de la nacion otro capelo, que, á la muerte de Luis XIII, [illegible] de consejero de la Regencia de la reina madre Ana de Austria [illegible] corazon viudo de esta española, que al verse libre, recordó que [illegible] jóven, bella y amable. Habia pasado su primera juventud en la soledad á que los celos del rencoroso y no satisfecho Richelieu la tenian reducida, sin mas ilusion que la imágen de aquel Buckingham que se llevó su corazon á Inglaterra; y ahora al sentirse en



LUIS XIV.

(1638 Á 1715 DESPUES DE J. C.)

Nació en San German de Laya, en 5 de Setiembre de 1638, de Luis XIII y Ana de Austria, y sucedió á su padre en 14 de Mayo de 1643. Su madre gobernó como regenta hasta el 8 de Setiembre de 1651, en que fué declarado Luis XIV mayor de edad.

Hemos visto cuán poca influencia tuvo en el reinado de Luis XIII la española Ana de Austria, siempre eliminada del Consejo, y aun del tálamo real por celos de Richelieu, á quien jamás quiso la reina concederle la confianza que tan mal pagara á la madre de su esposo, y porque fué tan dueño siempre ese ministro de la persona de su amo y aun de sus amores, que el nacimiento de Luis XIV se debió al permiso que el ministro concedió al monarca para reconciliarse con su esposa.

Ana de Austria salió al fin de su clausura y tomó las riendas del gobierno del Estado.

Acababa de salir Francia de la direccion de un cardenal por la muerte de Richelieu, y ya tomó los andadores de la nacion otro capelo, que, á la muerte de Luis XIII, heredó, con el título de consejero de la Regencia de la reina madre Ana de Austria, el corazon viudo de esta española, que al verse libre, recordó que era jóven, bella y amable. Habia pasado su primera juventud en la soledad á que los celos del rencoroso y no satisfecho Richelieu la tenian reducida, sin mas ilusion que la imágen de aquel Buckingham que se llevó su corazon á Inglaterra; y ahora al sentirse en

la plenitud de su libertad y de su poder, borrada ya la primera impresion del inglés, entregó su afecto y alma al cardenal Mazarino, como lo prueban las cartas que éste la escribia. [1]

Mazarino, que fué ministro de Ana de Austria y luego de Luis XIV, de cuarenta y un años de edad á la sazon, era un italiano de los Abruzos; habia estudiado primero en Roma, pero luego siguió sus estudios en Alcalá de Henares, y despues en Salamanca, en donde aprendió perfectamente la lengua española, los usos, costumbres é historia de nuestro pais. Ana halló en él no solo la ardiente naturaleza de un italiano, sino tambien la cortesía, rendimiento y caballerosidad de un compatriota suyo.

Hemos encontrado ya á Julio Mazarino en la biografía de Richelieu, siendo entónces oficial del ejército pontificio, empleado en la nunciatura de Pancirola, y negociando la paz de Cherasco (Piamonte) entre Suabia, España y Francia. Hábil en el manejo de la espada en los duelos que sostuvo, y del fusil en la guerra, probó ser todavía mas mañoso en esgrimir las armas de la diplomacia; por lo que dejó la carrera militar, se hizo cura, y con el apoyo de Richelieu y de Luis XIII, obtuvo el capelo de cardenal, se naturalizó francés en 1639, y reemplazó con el nombre de *Consejero especial* al primer ministro de Luis XIII. Nombrado por el testamento de este monarca presidente del Consejo de la Regencia de la reina Ana, favorito de esta, hábil y disimulado, sabia doblegarse ante los hombres, de quienes era gran conocedor, y ante las circunstancias que por sistema no queria combatir de frente, importándole poco la opinion de sus enemigos, de quienes decia á menudo:

« Dejémosles decir mientras nos dejen hacer. »

Con tales cualidades era el reverso de Richelieu; y, usando del ardid y no del rigor, continuó su política ensanchando el poder monárquico en el interior y minando la influencia de España y de la casa de Austria en el exterior. Sus hábiles negociaciones, sostenidas por las victorias de Condé, produjeron el tratado de Westfalia en 1648.

En el interior, á la sazon, la nobleza, el clero y el pueblo se sublevaron contra Mazarino; el Parlamento, apesar de componerse de doscientos magistrados que habian comprado su dignidad, pretendia limitar la autoridad real, sosteniendo que en adelante no se cobraran los impuestos sin ser discutidos y aprobados con la *libertad de votos*. Pidieron además las

[1] Se hallan en el tomo I del *Bulletin de la Societé de l'Histoire de France*. Paris, 1834.

corporaciones de las provincias (que bajo el nombre de *compañías* se aliaron al Parlamento) que ninguna persona continuase presa, si á las veinticuatro horas no se le habia tomado declaracion.

La efervescencia era grande cuando la noticia de la victoria obtenida por Condé sobre los españoles en Lens, amortiguó el ardor revolucionario.

Dícese que Luis XIV, niño entonces de diez años, exclamó al saber la noticia:

« ¡ Mucho disgustará al Parlamento! »

Anunciando así aquel excelente sentido práctico, que hizo prevalecer el mas atroz de los gobiernos, el personal.

No nos detendremos en pintar los angustiosos tiempos de la *Fronda*, en que lo ridículo dominaba lo grande, de los cuales al fin triunfó Mazarino definitivamente en 1653.

Ilesa salió la monarquía de la *Fronda*, apesar de que los nobles, los magistrados y el pueblo intentaron mas de una vez, durante aquellos cinco años, imitar la revolucion inglesa que en aquellos momentos desplegaba la grandiosidad de sus escenas. Se mostró Francia pródiga de sus fuerzas y fecunda en recursos probando que sus tesoros morales y materiales eran inagotables. Mas Richelieu, en su tiempo, habia dado el golpe de gracia á los nobles, y no pudieron hacer revivir las instituciones feudales; habia al mismo tiempo extinguido el espíritu republicano destruyendo la organizacion calvinista, lo que impidió que la agitacion tomara carácter alguno augusto y menos el religioso, á imitacion de Inglaterra, sino el extravagante de un movimiento sin objeto.

En efecto; durante la *Fronda* las instituciones y las personas perdieron todo su prestigio; porque se hizo burla de todo; porque los innumerables folletos y libelos, sátiras, canciones malignas, epígramas y anécdotas escandalosas que se publicaron, los frecuentes motines, desafíos y aventuras amorosas, y el espectáculo de ver tropas mandadas por mujeres, [1] ahogaron en el ridículo toda idea seria y pensamiento regenerador.

La monarquía que tuvo la fortuna de estar representada por un niño, quedó pura y fuerte, en medio de tanta anarquía, podredumbre y debilidad, y la Francia hastiada de aquella escena que tenia de la tragedia, porque se derramaba sangre y del sainete por lo burlesco, volvió á las

[1] La señorita de Montpensier que aspiraba á la mano de Luis XIV, condujo un ejército con dos mariscalas de campo.

anchas vías abiertas desde Luis *el Santo*, y se entregó en cuerpo y alma á Luis XIV, que en medio de aquellas peripecias habia entrado en su mayor edad.

Tenia fama de ser un muchacho serio; de reir poco en los juegos y diversiones propias de la infancia; de estar acostumbrado á obrar siempre como amo, y de tener un concepto tan elevado de sí propio, que las lisonjas no le envanecian, sino que las aceptaba como un tributo que le era debido. Su misma madre queria que todo el mundo le obedeciese, dando ella misma el ejemplo, y deseando poderle respetar tanto como le amaba. Con tal carácter y tal educacion no es extraño que Luis XIV se creyese un sér superior, como lo demuestran las memorias que escribió en su edad madura.

Vuelta la paz interior al reino, prosiguió Mazarino con ventaja la guerra contra los enemigos exteriores entre quienes militaba el gran Condé, que habia vendido su espada á España: y la victoria de Turena en Arrás en 1654, la alianza de Francia con Cromwell en 1657 y la toma de Dunkerque despues de la batalla de Dunes, obligaron á Felipe IV á firmar la *paz de los Pirineos*. Por otra parte Mazarino habia constituido la *Liga del Rhin*, contra Austria, poniendo la Alemania bajo la proteccion de Francia; por todo lo cual bien pudo decir al dar su último suspiro en 1661 que «si no supo hablar perfectamente la lengua francesa, su corazon fué francés.»

Cuando murió, el rey echó á llorar diciendo:

« He perdido á un amigo. »

En efecto; Mazarino fué un buen amigo de Luis XIV y no abusó de su confianza, ni de la de Ana de Austria; y apesar de haberse enriquecido y colocado bien á sus parientes, no perdió nunca de vista el interés de Francia y de la monarquía, y fué el verdadero preceptor del rey en el árduo arte de gobernar las naciones, promoviendo su prosperidad, aunque su discípulo fué poco aprovechado.

El monarca francés que afectó luego andar libre ocultando los andadores de los hombres eminentes que tuvo á su servicio, se plegaba gustoso al predominio de Mazarino, le buscaba en todas ocasiones y no daba paso alguno sin consultarle, recibiéndole siempre como un igual suyo.

Creian los franceses que estas relaciones revelaban un príncipe débil que necesitaria siempre de un guia; así es que quedaron pasmados á la fátua respuesta dada á sus ministros, que le preguntaron á quién debian dirigirse en lugar de Mazarino:

A mí; contestó el rey, mandando que nada se hiciese sin que él lo viera.

Sin embargo, nunca se condujo Luis XIV por máximas fijas, sino por la influencia de los que le rodeaban. Fenelon, á este propósito, escribia á madama Maintenon:

«El gran punto está en asediarlo, pues que él lo quiere así, y en gobernarlo, ya que quiere ser gobernado. La salvacion de su alma depende de que viva en medio de personas rectas y desinteresadas que le inspiren ideas de paz, y sobre todo de alivio de los pueblos, de moderacion, de equidad, de desconfianza hácia los consejos duros y violentos, de horror á los actos de autoridad arbitraria...»

En efecto; este hombre fué lo que quiso Mazarino, Colbert, Lounois, etc., el ángel bueno ó malo de la Francia y casi siempre el demonio trastornador de Europa, segun las influencias que recibia.

Apesar de esta dependencia no dejaba de repetir:

«El Estado soy yo.»

Y amplificando esta frase en sus escritos decia:

«Nada hay que dé tan seguro asiento y dicha tanta á las provincias como la autoridad concentrada en la persona del monarca; si se elimina de él una parte, por ínfima que sea, origina males de gravedad.

»El órden natural de las cosas se trastorna cuando los súbditos se atribuyen el derecho de resolver é imponen al rey el deber de ejecutar. Solo corresponde á la cabeza deliberar y resolver... Aquel que dió reyes á los hombres quiere que los respeten como á sus vicarios, y que el súbdito obedezca sin exámen... Defectuosa es la monarquía inglesa, porque impide al rey levantar impuestos extraordinarios, compartiendo su autoridad con el Parlamento..... *Todo lo que se halla en la extension de nuestros Estados nos pertenece por nuestro título de soberano;* el dinero que teneis en vuestra caja, y el que dejamos en el comercio, es considerado de igual modo por nosotros como el que está en manos de nuestros tesoreros. Estamos persuadidos de que los reyes son señores absolutos y pueden disponer con entera libertad de los bienes poseidos por los eclesiásticas y seglares... de la vida de los súbditos que el monarca economiza y conserva, porque él mas que nadie está interesado en guardar su patrimonio.»

Y diciendo nosotros que gobernó y administró conforme á estos principios ¿qué podemos alegar contra los que, como el padre Mariana, sostuvieron la doctrina del tiranicidio?

Por repugnante que sea el asesinato del tirano ¿no está justificado por los mismos excesos de la tiranía, que dispone de nuestro patrimonio, de nuestro trabajo, de nuestra vida y de nuestro honor? Así discurrian los graves autores que opusieron á la doctrina del absolutismo la del tiranicidio.

Hemos indicado ya lo que fue la Francia bajo la administracion de Mazarino; veremos luego qué hizo Luis XIV, ó mejor qué hicieron los ministros bajo la firma de este célebre monarca, que vivia en la ilusion de creer que obraba por sí, cuando remitia todos los asuntos á la decision de sus consejeros, incluso lo mas reservado de su correspondencia particular.

El séquito de hombres ilustres que rodearon á Luis XIV, tales como Colbert, Turena, Condé y Vauban; Corneille, Molière y Racine; Boileau y La Fontaine; Fremat, Descartes, Pascal, de Arnauld y La-Rochefoucauld; Lulli, Poussin, Lesseur y de Perrault; Fenelon, Henry, La Bruyère, Pelisson y Bossuet, y tantos otros con que se presentó el afortunado rey á sus contemporáneos, y cuya fama ha dado el nombre de gran siglo al de Luis XIV, creyó ser obra suya, creacion ó emanacion de su genio superior al de todos! Tan brillante constelacion de hombres de Estado, generales é ingenieros, poetas y literatos, matemáticos y filósofos, artistas y eclesiásticos ilustres, no apareció solamente en el cielo de Francia; en el siglo de Galileo, Keplero, Newton, Leipmitz, Cervantes, Lope de Vega, Velazquez, Murillo, Rubens, Van-dyck, Cromwell, Mayow, Bekker, Espinosa, Locke, Puffendorf, Grocio, Domat y de tantos génios inmortales, se probó de nuevo, por los progresos de las artes y las ciencias (como lo habia probado ya antes el cristianismo) que la civilizacion tomaba otro derrotero desde la caida del imperio romano; que no se engrandecia por las castas, sino por la cooperacion de todos los pueblos; y que las ciencias, catálogo ordenado y razonado de todas las observaciones y procedimientos de las artes, teniendo por objeto el hombre y la naturaleza, son ciudadanas de todos los países. Si como en Egipto, India, Grecia y Roma, se cultivan aisladamente, como patrimonio de casta sacerdotal ó patricia, se desvian y se pierden, ó se agostan sin reproducirse como planta que arraiga en terreno que no enriquecen diversidad de abonos.

Lejos de comprender el limitado talento de Luis XIV, su país y su siglo, y del gran papel que podia jugar en aquella magnífica manifestacion de los progresos y actividad de la inteligencia humana, sentia la envidia egoista y rencorosa enemiga del mérito ageno; teníala de Colbert, de Condé, de

Turena, de Vauban y de cada hombre eminente, quienes para hacerse perdonar su mérito debian disimularlo lisonjeando al rey que lo pagaba con favores. Cuando alguno, por ejemplo Fenelon, no le pedia nada, caia en desgracia suya; porque deseaba que todo mérito procediese de él, siquiera protegiéndolo; así es que nadie se atrevia á tenerlo sin el beneplácito real.

La adulacion para con Luis XIV llegó á un extremo difícil de imaginar. Quejábase, ya viejo, ante el cardenal de Estrée de estar desdentado, y el prelado exclamó:

«Pero, señor, ¿quién tiene ya dientes en la boca?»

Un predicador decia desde el púlpito:

«Todos nosotros moriremos.»

Pero volviéndose hácia el rey corrigió su exclamacion en estos términos:

«Casi todos nosotros moriremos.»

Siendo en extremo vanidoso, deseaba siempre en cuanto hacia, tener testigos, llegando á la ridiculez de admitir mas de quinientas personas en los actos de vestirse y afeitarse: París entero algunas veces fué invitado á verle comer: tomaba purgas y vomitivos en presencia de los grandes, siendo un alto honor ponerle la camisa, entregarle el baston ó tenerle la bujía ó el sombrero mientras decia sus oraciones.

«Nadie igualaba, dice Saint-Simon en sus memorias, á Luis XIV en las fiestas, en las revistas y aun en las acciones mas insignificantes; tenia medido su porte, su modo de andar, y sin embargo, era natural, decente y majestuoso; tanto se habia hermanado la costumbre con la gracia de su cuerpo. Causaba respeto su presencia; sus contestaciones eran concisas, comedidas y llenas de entereza y de dignidad, siempre graciosas y algunas veces aduladoras.»

«Aun jugando al billar, dice la Senderí, tenia el aire de señor del mundo.»

Ordenaba revistas, como la famosa despues de la paz de Ryswick, que costaban tanto como una guerra. Su explendidez en las fiestas rayaba en lo fabuloso; las de Versalles en 1664 eclipsaron las mejores fiestas turcas.

Atrajo á los grandes vasallos y nobles de provincia á la córte en donde se arruinaron; porque nadie tenia el derecho de ser prudente en los gastos, junto á un soberano tan dispendioso. Así los vástagos de aquellos señores de horca y cuchillo perdieron su importancia, su antigua independencia, y para librarse de la miseria tuvieron que contraer enlaces con la villana clase media, antes solo digna de su desprecio.

En una córte tan fastuosa, centro de la elegancia, de la intriga y de los placeres, donde los habia para todas las edades y sexos, las virtudes domésticas, la sencillez de la vida de los campos eran ridiculizados, y el teatro, eco fiel de aquella sociedad, censuraba la parsimonia, la templanza y el arreglo en el vivir, exagerando en tipos miserables estas honrosas calidades, en tanto que presentaba tentadores y adorables los vicios.

Los grandes dejaron de ser nobles para ser serviles aduladores, buscando empleos y pensiones que Luis derramaba pródigamente, convirtiéndoles en joyeles de su córte y en instrumentos de su ambicion.

Ni la ciencia de Colbert, su ministro de hacienda, ni los grandes recursos de un suelo riquísimo que recibe las aguas de una atmósfera donde confluyen los vientos de dos mares y con frecuencia las copiosas lluvias polares, ni la pasion para el trabajo del antiguo pueblo galo, bastaban á satisfacer la disipacion de aquella córte y de aquel monarca, á quien seguiremos luego en sus guerras desastrosas.

Colbert se oponia á tantos gastos; se desconsolaba al ver que todos sus grandes recursos no aprovechaban á la nacion, y sin embargo no hacia consistir la economía en no gastar, sino en gastar en cosas útiles y tiempos oportunos.

« Es preciso economizar, decia al rey, cinco sueldos en las cosas supérfluas, y tirar millones cuando os va en ello la gloria. Una comida inútil de tres mil francos me causa un gran disgusto; pero si se tratase de millones de oro para la Polonia, venderia todos mis bienes, empeñaria á mi mujer y á mis hijos, y andaria á pié toda mi vida, puesto que serian empleados en una empresa digna de vuestra Majestad. »

En otra ocasion le reprendió en estos términos:

« Es en verdad cosa sin ejemplo, y suplico á vuestra Majestad que me permita usar de este lenguaje, que ni en los asuntos de la paz ni en los de la guerra, atienda nunca al estado de su tesoro y de sus rentas. Hace veinticinco años que tengo el honor de servirle, y si se dignara comparar los gastos con los ingresos de cada año, veria que, apesar de haber aumentado bastante los últimos, los gastos los exceden, y quizás este exámen llevaria á vuestra Majestad á nivelar las entradas con las salidas.»

Disgustado el rey, se calló, mas luego le escribió este billete:

« Oculté la pena que sentí al oir que un hombre á quien he colmado de beneficios me hablase en los términos que lo hicisteis. Mucho os quise y lo prueba lo que hice. Mucho os quiero aun, y os lo demuestro diciéndoos

que fuí dueño de mí mismo por ser vos quien hablaba. Mas os advierto que no volvais á provocarme, porque despues de haberos oido á vos y á vuestros compañeros, y haber tomado mi decision sobre ello, no quiero que se me vuelva á hablar del asunto. »

La vida privada del rey absolnto, que exhibia todas sus calidades y defectos, era ejemplo de los grandes y pequeños, y contagio que corrompia. Sus ministros y cuantos le rodeaban debian intervenir con igual asiduidad é interés en los asuntos referentes á su licenciosa vida como si fueran realmente negocios de Estado.

Su esposa, María Teresa, hija de Felipe IV de España, era mujer de costumbres puras, y apesar de adorar á Luis, y de tener gracias, no cautivó su corazon, que entregó á muchas amigas, entre ellas algunas que han adquirido tanta celebridad como el mismo rey.

La Vallière se enamoró de Luis y no quiso casarse con ninguno de los cortesanos que le ofrecieron su mano; y la vanidad del rey, siempre despierta para recibir halagos y lisonjas, adivinó luego la pasion que por él sentia la jóven, de cuya virtud y devocion triunfó. Habiéndose hecho públicos estos amores, la Vallière se hizo monja: sacóla del convento el monarca y la hizo duquesa; mas á poco la inconstancia de Luis la llevó á encerrarse para toda su vida en un monasterio de Carmelitas donde se dormia dentro un sepulcro. Supo allí la muerte de un hijo suyo y de Luis y exclamó la infeliz monja:

« Debo llorar mas su nacimiento que su muerte. »

La esposa del marqués de Montespan, que enamoró al rey por sus agudos dichos, procuró sin embargo huir de aquel soberano; mas no siendo secundada por su marido, triunfó el monarca y tuvo de ella ocho hijos. Sus amores duraron tanto, porque, como mujer de talento, era llamada al consejo, y habiéndola dominado la ambicion, toleraba los caprichos y desvíos del rey tan fáciles de satisfacer en una córte en que se premiaba al vicio.

Así como Bossuet habia brillado y obtenido el favor del monarca por un magnífico discurso pronunciado en ocasion de entrar la Vallière en las Carmelitas, Colbert se congració con el rey interviniendo en la licenciosa fecundidad de sus queridas.

Hé aquí uno de los documentos que lo prueban y que se halla en las obras publicadas del que llaman *Luis el Grande;* es una carta de este á Colbert, fechada en San German de Laya, el 15 de Junio de 1678.

« Siento la libertad que se toma Montespan en sus conversaciones; no le perdais de vista, porque es un loco, y á fin de que no tenga pretexto para permanecer en París, hablad con Novion con el objeto de que el Parlamento se dé prisa. Montespan ha amenazado á su mujer con hacerle una visita, y temo mucho yo las consecuencias: pongo mi confianza en vos, para que eviteis que la hable. La importancia del encargo que os hago creo que no la olvidareis y procurareis que salga de París cuanto antes. »

Guardaba la Montespan todos los dias de ayuno, y habiéndole manifestado su extrañeza la duquesa de Usez, le contestó:

« Porque haga un mal yo ¿debo cometer todos los demás? »

La Montespan redimió en parte sus culpas dando buenos consejos al rey, favoreciendo á los grandes literatos y refinando el gusto de Luis, hasta lograr que no cantara las arias que en su elogio se componian; porque el rey no solo tenia mala voz, sino tambien carecia de gusto musical.

Por la Montespan se introdujo en la confianza del rey la Maintenon, conocida antes por Francisca de Aubigné, que tanto influjo ejerció sobre el monarca, de quien la historia consigna honrosos recuerdos, y cuya vida se parece á una novela.

Nació en 1635 en las cárceles de Niort, donde su padre, que era protestante, estaba encarcelado como sospechoso de inteligencias con el gobierno inglés. Por motivos de religion Constante de Aubigné, al salir de la cárcel, partió para la Martinica, y habiendo muerto allí en 1645, su viuda é hija volvieron á Francia, donde esta, acosada por la miseria, abjuró su religion haciéndose católica en las Ursulinas de París. Perdió á su madre teniendo diez y siete años; era hermosa, y el poeta Scarron, agotado por los vicios é impedido de sus piernas por una enfermedad que habia sufrido, tuvo compasion de Francisca de Aubigné, y se casó con ella, no siendo jamás su marido. Allí conoció la futura Maintenon, á los personajes más renombrados de su tiempo, los Turena, los Sevigné, que todos á porfía visitaban el poeta satírico, que no perdió nunca su buen humor ni su ingenio, afirmando de sí propio ser

« La miseria humana en escorzo. »

Al morir dijo á sus amigos:

« Nunca os haré llorar tanto como os hice reir. »

Fué la Maintenon fria y severa; sentia la pasion del honor, por la cual adquirió una reputacion sin mancha, y aun logró reprimir el tono licencioso que antes dominaba en las reuniones de Scarron. Muerto éste en 1660,

obtuvo de la reina madre una pension de dos mil libras, y se retiró á vivir en el convento de las Ursulinas, procurando en la viudez conservar igual reputacion que durante su matrimonio.

Mas habiendo muerto seis años despues Ana de Austria, fuéle retenida la pension, y, por recomendacion de la Montespan, Luis XIV la nombró aya de los hijos adulterinos que con esta habia tenido.

Desde luego la Maintenon inspiró al rey desconfianza, porque temia su virtud y talento; pero insensiblemente dominado por las gracias y delicado entendimiento de tan admirable mujer, restituyóse á su legítima esposa: y la orgullosa beldad, la Montespan, no pudiendo soportar la nueva situacion que la obligaba á ocultar el amor que antes ostentaba, tuvo celos de su rival, por cuyo motivo perdió la estimacion del rey.

Encantábale á este la conversacion de su nueva amiga; experimentaba por ella una afeccion de un órden particular, misterioso, que teniendo algo de divino, satisfacia en algun modo su conciencia.

« Esta mujer sabe amar, decia Luis XIV; ¡ qué placer mas grande que ser amado por ella! »

Sin embargo es dudoso que la virtud de la Maintenon sucumbiera, como han pretendido algunos; porque al año de la muerte de María Teresa, en 1684, Luis XIV contrajo matrimonio secreto con ella, siendo testigo el ministro de la guerra Louvois, quien juró que no lo comunicaria á nadie; pero Luis, cada dia mas enamorado de la Maintenon, quiso al fin publicar su matrimonio, y entonces echándose á sus piés Louvois, pidió al rey que antes le matara que dar el escándalo de publicar su casamiento. Es positivo que todos aquellos graves personajes que aplaudieron y facilitaron los adulterios de Luis XIV, se horripilaron á la idea de que la viuda de Scarron ocupase el trono de los Capetos, y no es menos cierto que los historiadores que ensalzan al licencioso monarca, lo zahieren, cuando pide la bendicion pública de un lazo consagrado ya por la religion.

¡Tales fueron los tiempos y tales las costumbres! Apesar de todo algun bien produjo la influencia benéfica de la Maintenon en medio de los numerosos males que ocasionó el fastuoso reinado de Luis *el grande.* [1] Sin embargo por la costumbre que en aquel reinado se contrajo de atribuir los

[1] Remuneraba tan profusamente los elogios que se le tributaban que no habia literato ni poeta que no violentase su númen y los hechos para engrandecerle. A este propósito dice Duclos: «El menor de los príncipes con algunas pensiones distribuidas entre varios escritores nacionales y extranjeros puede adquirir el renombre de *grande.* Las trompetas de la fama no cuestan

males que causaba el rey á los ministros ú otros personajes influyentes, y á él solo los bienes, los hugonotes acusaron á la Maintenon de la persecucion que sufrieron; los quietistas y jansenistas á ella imputaron sus males, y los filósofos la tildaron de santurrona.

Si Luis XIV valia poco como amante, aun valia menos como padre de familia, y fiel á su máxima que dió en consejo á su nieto Felipe V rey de España, de no tener apego á nadie, pospuso siempre su descendencia á sus placeres. No podia diferir por razon alguna sus diversiones; cuantos le rodeaban debian ser robustos, alegres, y estar dispuestos á participar de sus excesos; ni el embarazo dispensaba á sus damas, hijas, y amantes de presentarse, con vestidos ajustados, á bailar, correr y comer, aun á la intemperie, segun fuese su capricho.

Su nuera muy querida, abortó por obedecer á la órden de asistir á una caza, y aun se temió que no volveria á concebir.

«Y si así fuese, dijo Luis, ¿qué se me da á mí? ¿No tiene ya un hijo? y aunque muriese, ¿no está ya el duque de Berry en edad de casarse? Habrá abortado, porque debió abortar necesariamente. No quiero ser contrariado ni en mis viajes, ni en cuanto me plazca hacer, ni por los médicos, ni por las sandeces de una partera: iré y obraré segun mi voluntad y que me dejen en paz.»

A tan horripilante egoismo, contestó cien años despues la Revolucion sacando su cuerpo de la sepultura y echándolo á una cloaca.

Qué debió ser este (que no es hombre) en la guerra, vamos á verlo al momento.

En 1661 no tenia motivo Francia para declarar la guerra á nadie: las paces de Westfalia, de los Pirineos y de Oliva, habian arreglado no solo las diferencias, sino destruido las causas de disensiones; además España, Austria, Dinamarca y Polonia estaban debilitadas, y Francia, la Confederacion Germánica y la Suecia robustas.

Mas el ministro de la guerra, el parisiense Francisco Louvois, violento, altivo y tenaz, excitaba la ambicion de Luis y le incitaba á hacer la guerra diciéndole que fuese el Marte del siglo, y que sostuviese su divisa:

caro. Hemos querido satisfacer nuestra curiosidad investigando en los manuscritos de Colbert las pensiones que acordó Luis XIV á los hombres de letras franceses y de otros países, y hemos hallado solamente 63,300 libras anuales; á saber: 52,400 á los escritores nacionales, y el resto á los extranjeros. Los favorecidos no tuvieron reparo en celebrar á Luis como grande hombre.» *Memorias*, tomo I, pág. 224.

«Solo contra todos.»

Contrariaba á sus colegas, al ministro de Hacienda Colbert y á su hijo el ministro de marina Seignelay, que deseaban una paz digna y noble y el libre desarrollo de la industria y el comercio que debian dar prosperidad al reino y llenar las arcas reales.

Louvois contrariaba esta influencia y aun se atrevia á menospreciar la doctrina de Colbert, diciendo que era malgastar el tiempo emplearlo en el comercio como hacian los holandeses.

Conocido el carácter fátuo de Luis, bien se comprenderá que sin ser guerrero, debia desear los laureles de la victoria, cuando enfáticamente decia:

«Engrandecerse es la mas digna y grata ocupacion de un soberano.»

Por otra parte ¿qué hacer de los ejércitos vencedores en Rocroy, en Friburgo, en Nordlingen, en Lens y en las Dunas?

Tenia generales como Condé y Turena, y otros que debian reemplazar á estos, é ingenieros como Vauban, que al mismo tiempo que reformó la construccion de las fortalezas, ideó cómo debian estar distribuidas en el territorio francés, para su defensa, amparo de los ejércitos y depósito de cuanto necesitasen, siendo el ingeniero que mejor haya entendido el *arte de atacar y defender las fortalezas.*

Entretanto se hacian preparativos para la guerra; nadie sabia contra quién, ni el mismo monarca; y sin embargo, en sus memorias dice enfáticamente:

«Como el mejor medio para triunfar de mis enemigos (¿cuáles?) era sorprenderlos con mi actividad, y entrar armado en su pais sin darles tiempo de ponérseme al frente, lo dispuse todo insensiblemente para entrar en campaña antes de lo acostumbrado: hice depósitos en las plazas fuertes de granos, harinas, forrajes pólvora, balas, cañones y lo demás necesario; pero me ocupaba mas especialmente en instruir las tropas á mí inmediatas, para que siguiendo mi ejemplo, los oficiales tomasen por ellas un interés igual al mio.»

Pero, en fin, ¿contra quién debia hacer la guerra?

En 1662 el embajador español en Lóndres no quiso ceder el paso al francés, y dándose Luis por ofendido, amenazó á Felipe, que le dió una satisfaccion reconociendo la preeminencia de la Francia. Y ya no hubo motivo de declarar la guerra á España.

Tenia el embajador francés en Roma criados que atropellaban al vecin-

dario y él además daba asilo á los criminales; irritada la guardia corsa por las repetidas provocaciones de los dependientes de la embajada, atacó el palacio del embajador y lo saqueó.

Contento recibió el rey Luis la noticia y movió incontinenti un ejército de diez y ocho mil hombres, desterró al nuncio y ocupó á Aviñon, apesar de que el Papa castigara á los vengadores del agravio. Mas ante un abuso tan flagrante de fuerza, ninguna nacion católica se puso de parte del Papa; Viena y España se mostraron impasibles, y el piadoso católico Luis, obligó á Alejandro VII á desterrar á su propio hermano, á enviar á su sobrino á París á pedir el perdon del agravio, á disolver la guardia corsa, á ceder algunos territorios á los duques de Parma y Módena, y levantar una pirámide con una inscripcion que diese cuenta de la injuria cometida y de la manera cómo se habia reparado.

Luis sintió malograrse nuevamente lo que creyó ser un motivo de guerra; y la deseaba especialmente contra España ó contra Holanda, á quien tenia envidia por ser fuerte en el mar.

Por fin no presentándosele ocasion para la guerra deseada, movido por su ambicion ó deseoso de lucir sus talentos, se aprovechó de la muerte de Felipe IV para reclamar de España parte de los bienes del difunto monarca á nombre de María Teresa, contra las leyes fundamentales de España que establecian la indivisibilidad de la monarquía.

Hé aquí el fundamento de su demanda. Era costumbre en algunos países de Flandes, que, al contraer segundas nupcias un viudo ó viuda, devolvieran á los hijos del primer matrimonio la mitad de los bienes inmuebles, cuyo usufructo sin embargo utilizaba el mismo padre ó madre. Luis quiso hacer de esta costumbre particular, un caso general y además aplicarlo al derecho público, y como tenia muy buenos soldados y cañones reclamó la *devolucion* de Brabante, Malinas, Ambéres, el Gueldre superior, Namur, Limburgo, Hainaut, Artois, Cambrai, el Luxemburgo, el Franco-Condado y parte de Flándes.

Invadieron á este último país tres ejércitos (en que iba el rey á hacer sus primeras armas bajo la direccion de Turena), aproviosionados de cuanto necesitaban por Colbert y Louvois; y mientras los españoles clamaron ante Europa, pidiendo auxilio de tan injusta agresion, Luis adelantaba sin encontrar resistencia.

Leopoldo de Austria, que aspiraba á la herencia de Felipe IV, se puso de parte de España, y Holanda se alió con Inglaterra y Suecia para conservar

á España los Paises Bajos y evitar la proximidad de las fronteras francesas; porque Francia, regida por Luis XIV, era un vecino temible.

Contenido el déspota en la mitad de su camino, no se atrevió á oponer su nueva marina á las de Inglaterra y Holanda, viéndose en consecuencia obligado á negociar la paz que se llamó de Aquisgran. En su virtud devolvió Luis el Franco-Condado menos algunas plazas importantes; y tan baladí fué el pretexto de la guerra, que ni aun se hizo memoria del pretendido *derecho de devolucion* en el ajuste de la paz que se firmó en 2 de Mayo de 1668.

La Holanda era un objeto de rencor para Luis XIV; no podia soportar su genio soberbio y despótico que una nacion de comerciantes contrariase sus acciones y planes. Antes de que atacara á España en sus posesiones de Flándes, era objeto ya de un odio mortal para Luis y Colbert; el rey odiaba á Holanda por tener una escuadra superior á la francesa, y el ministro de hacienda, porque la industria y comercio holandeses eclipsaban á los de Francia.

En efecto; Holanda desde la *Union de Utrech*, en que siete provincias se segregaron de la corona de España en 1570, constituyendo un gobierno federativo, demostró estar animada de aquel valor y actividad propios de la juventud, ya se refiera á individuos ó á pueblos. Teniendo pocas tierras, que debia estar disputando continuamente al Océano, surcó sus aguas con una marina de guerra y mercante considerables. Constituyóse Holanda, al amparo de su armada, en una compañía universal de transportes, que hizo de sus puertos el granero de Europa y el depósito de todo género de mercancías. Envió sus hijos á la gran escuela de los marinos, á la pesca de la ballena, despues de haberlos ensayado en la pesca de la sardina, de la merluza y del atun. Entregó su suelo siempre inundado al cultivo del lino, del cáñamo y á la cria del ganado lanar, y en breve fueron sus tejidos y papeles estimados en todas partes, y sus riquezas y prosperidad causaron envidia y tuvieron enemigos, siendo el mayor, no la Francia, sino Luis XIV. Tan raro ejemplo de un pueblo jóven, no emuló á ningun ministro de hacienda europeo, y al mejor de ellos, á Colbert, la envidia le encendió la sangre, é impulsó á Luis XIV á que le declarara la guerra.

Dominaba entonces á las naciones civilizadas, como antiguamente á los asiáticos, á los griegos y romanos, el principio estéril, destructor, contrario al destino de la humanidad, de adquirir la prepotencia, aunque fuera á costa de la miseria universal.

Ya tales máximas habian encendido tres guerras con Inglaterra en que se ilustraron los almirantes holandeses Tromp y Ruyter. Era este un gran marino que empezó de grumete á la edad de once años; á los veintiocho era capitan de navío y despues de haber hecho ocho campañas en las Indias, fué nombrado contra-almirante en 1645 para combatir contra los españoles en las costas de Portugal: en 1647 contra los argelinos; en 1652 y 53 con el almirante Tromp contra el almirante inglés Blake; y en 1665 subió por el Támesis destruyendo un gran número de navíos ingleses, hasta infundir pavor á Lóndres. Ahora debia contener de nuevo por mar á los franceses que proyectaban invadir su país.

El estatuderato de Holanda habia sido abolido por los populares que aborrecian los últimos restos del feudalismo; eran jefes de este partido el almirante Ruyter y Juan de Witt, gran pensionario entonces de Holanda, hombre muy instruido en derecho y en matemáticas, y gran conocedor de los intereses de los diferentes Estados.

Uno y otro eran hombres de costumbres sencillas; Ruyter, al desembarcar, íbase á su casa llevando la maleta en la mano, y Juan de Witt no tenia mas que un criado y una antigua sirvienta de sus padres.

En vano ensayó Luis XIV, para vencer á tales hombres, todos sus medios de corrupcion, y lleno de coraje, juró sacrificarlos á su rencor.

Habia á la sazon en Holanda dos partidos religiosos: los voecianos protegidos por el partido que capitaneaba el príncipe de Orange, y los cocceystas favorecidos por los populares. No habiendo podido tampoco Luis XIV atraerse el príncipe de Orange, á quien ofreció una de sus hijas naturales, corrompió á los voecianos.

La invasion de la Holanda (6 de Abril de 1672) fué la señal dada á estos para rebelarse contra Witt y su hermano á quienes dieron una muerte horrible en 20 de Agosto; Luis adelantó con un ejército de ciento y diez mil infantes, doce mil caballos y cien piezas de artillería; Orange que no tenia mas que veinte mil soldados, hacia la guerra con retiradas que equivalian á victorias, y Ruyter batió en Soults-Bay una escuadra de Inglaterra, que la superchería de Cárlos II pusiera al servicio de Francia.

La guerra que hizo Luis XIV á los holandeses, fué una guerra de exterminio como la del duque de Alba en tiempos de Felipe II, conforme á aquellos sentimientos que comprometian la salud de su propia familia y á que mas arriba nos hemos referido. El gran monarca del gran siglo cometió

atrocidades dignas solo de caníbales, apesar de no haber hallado quien resistiese su numeroso ejército de invasion.

Las iglesias y los edificios públicos fueron reducidos á cenizas en todas partes; las dos villas de Swammerdam y Bodegrave, quemadas tan completamente, que solo quedó una casa, y luego se encontraron entre sus escombros los huesos calcinados de sus habitantes. Lo mismo practicaron en las casas aisladas; en una de ellas mataron en presencia de sus cuatro hijos á una madre anciana, y luego quemaron la casa y á los hijos; en otra inmediata mataron primero á los hijos y luego á la madre. Habiendo llegado el príncipe de Orange á aquellos lugares dos dias despues, halló gran multitud de niños con los brazos y piernas cortados, y muchos cuerpos de personas mutilados. Los soldados franceses se divertian cogiendo las criaturas por los piés y echándoles al aire, mientras otros los recibian en las puntas de sus espadas y picas; otros los tiraban al agua, ó los empalaban ó encendian hogueras, en donde les arrojaban. Violaban las hijas á la vista de las madres, á las mujeres delante de sus maridos, y como no encontraban suficiente número, veinte ó mas soldados desfogaban su brutalidad en una sola, y al fin las mataban. Frecuentemente colgaban á los hombres en las chimeneas de sus casas, y encendian fuego debajo de ellos para obligarles á descubrir donde tenian oculto el oro.

Basnage, en los *Anales de las Provincias Unidas*, de quien extractamos el anterior párrafo, continua en estos términos:

«No bastando á satisfacer el furor de los soldados los suplicios ordinarios, inventaron otros nuevos. A las jóvenes y mujeres violadas las desnudaban y las echaban al campo en donde morian de frio. Un oficial suizo que encontró dos en este estado y que eran de buena casa, las cubrió con su capote y las dió alguna ropa blanca que tenia; al llegar á uno de los puestos militares, las recomendó á un oficial francés, quien despues de haber abusado de ellas las entregó á los soldados, y cuando estuvieron satisfechos les cortaron los pechos, y dejaron sus cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave á Voerden. A otras, despues de cortarles los pechos les echaban pimienta y cal, y algunas veces pólvora á que echaban lumbre y morian en medio de los mas atroces dolores. En Bodegrave á una señora estando en los dolores del parto le cortaron los pechos. A otras atábanlas en los árboles por la cabellera ó por debajo de los brazos, dejándolas desnudas á todas las inclemencias del tiempo. A un barquero le clavaron por las manos en el mástil de la nave, violando en su presencia á

su mujer, y amenazándole con matarle si cerraba los ojos. A otros maridos obligaron á presenciar á palos y sablazos tales ultrajes.»

Hablando el monarca francés de esta guerra y de cuánta importancia fué su presencia en ella, impidiendo que los generales se expusiesen mas de lo que á él le agrababa, dice:

« Quiero tener este mérito de mas en la guerra, y hacer ver que yo sé embarazar á mis enemigos con mi sola presencia. »

El que tanto mérito se atribuye, que recoja la gloria salvaje que adquirieron sus soldados, á cuya cabeza marchaba.

Cuando los holandeses inundaron su pais, rompiendo los diques, Luis, que gustaba de la guerra cuando fácilmente podia anonadar á sus enemigos, dejó á su ejército, y regresó á París á embriagarse con un triunfo que aun no habia conseguido sobre Holanda, y que tampoco alcanzó mas tarde sobre aquel pueblo de comerciantes.

La invasion de Holanda alarmó á los soberanos de Europa: diez mil españoles del ejército de los Países Bajos, auxiliaron al príncipe de Orange; la dieta de Ratisbona ordenó un levantamiento general; el emperador envió al Rhin diez y ocho mil hombres mandados por Monteculli, que, reunidos á las tropas del elector de Brandeburgo, formaron un ejército de cuarenta mil combatientes; y las naciones neutrales se inclinaban á invadir las fronteras orientales de Francia.

De esta manera el soberbio Luis, queriendo castigar « á la enemiga comun de las monarquías, » como apellidaba á Holanda, despertó la ira de sus propios enemigos, y no halló un aliado en aquella Confederacion Germánica que la política de Enrique IV, de Richelieu y Mazarino habian adherido á la iniciativa civilizadora francesa. No solo tuvo que desistir de la conquista de aquella nacion de comerciantes calvinistas que supieron arrojar sobre Luis *el grande* las fuerzas de Europa, sacar la guerra de su pais y trasladarla á las fronteras de Francia, sino defenderse contra la *Grande alianza de las naciones* para salvar las conquistas legitimadas por los tratados de Vestfalia, Pirineos y Aquisgran.

Entretanto Turena y Condé desplegaron su grande genio militar contrariado, sin embargo, por el ministro de la guerra Louvois, que hallaba siempre en Luis un patrocinador de sus errados planes, hasta que los dos generales que operaban en distintos terrenos, prescindieron de las órdenes de la córte y obraron de comun acuerdo. Adquirieron esta libertad halagando la vanidad de Luis XIV: diéronle ocasion de tomar personalmente

alguna plaza, cuando lo tenian todo dispuesto para la rendicion; y el monarca satisfecho de sus talentos militares, aprobaba los planes de los generales, creyendo ser suyos propios. Desembarazados Turena y Condé, por este procedimiento, de la accion perturbadora de Louvois y de la córte, salvaron el honor de Francia y su fama de invencible. Firmóse la paz de Nimega primero por los holandeses (11 de Agosto de 1678) y sucesivamente por todas las potencias que habian formado parte de la *Grande alianza*, que confirmó el tratado de Westfalia, sin mas alteracion que la renuncia por parte de España del Franco-Condado en cambio de algunas plazas.

Durante esta guerra de seis años, sostuvo Francia constantemente un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, que hubo necesidad de reemplazarlos con otros tantos; gastó en ella mas de mil millones, se multiplicaron los impuestos, se crearon otros nuevos; se estancó el tabaco, se creó el papel sellado, se vendieron muchos dominios, y por fin se abrieron empréstitos, que, segun Colbert, eran una llaga que sus nietos no verian cerrada. Y aquellos proyectos que este gran hacendista habia concebido para levantar la Francia sobre todas las naciones del mundo, por medio de la agricultura, la industria, el comercio, la marina, las artes liberales y las ciencias, quedaron abortados, y su nombre maldecido por un pueblo que no queria ver en el monarca el gran delincuente, sino en el ministro que con mano avarienta le arrancaba el fruto de su trabajo.

El absoluto Luis XIV que se creia dueño de la fortuna de los particulares, que mandara comisionados expertos á estudiar en Oriente las formas del despotismo para aplicarlas á Francia, no satisfecho de los milagros hacendistas del gran Colbert, le reconvino agriamente por haberse visto obligado el ministro de la guerra Louvois á construir económicamente las fortalezas de Flándes. Dícese que Colbert fué tan sensible á tales reproches, que no pudiendo suportar la dureza é ingratitud del monarca, enfermó de resultas y murió al poco tiempo. A esta suposicion da pié el hecho averiguado de la contestacion que dió al mensajero del rey, cuando fué á informarse de su salud:

«No me hableis ya del rey, exclamó Colbert; que me deje al menos acabar mis dias en paz. Si la mitad de lo que he hecho por él, lo hubiese hecho por Dios, dos veces me hubiera salvado: ahora no sé lo que sucederá.»

Un año despues de esta guerra, la municipalidad de París otorgó á Luis XIV el renombre de *el grande*.

Mientras tenian lugar en el continente los acontecimientos á que nos hemos referido, la escuadra francesa, al mando de Duquesne, combatió á la española en las aguas de Sicilia, y venció á la de Holanda, mandada por Ruyter, que en socorro de su aliada penetrara en el Mediterráneo. Triunfo de que no supo aprovecharse Luis XIV, apesar de advertirle Colbert de la oportunidad de sentar su predominio en el Mediterráneo, y hacerse dueño de las posesiones españolas en Italia.

Concluida la guerra, dirigió la armada contra Argel.

Por consejo del constructor bearnés Reneau [1] se hicieron galeones propios para colocar morteros, y su feliz aplicacion al combate de Argel, probó su eficacia, evitando el desembarque de armas tan pesadas y su consiguiente atrincheramiento. Argel capituló, y se rindieron tambien Tunez y Trípoli. Cara costó esta victoria; tanto, que Mezzomorto, famoso renegado que mandaba las escuadras berberiscas, dijo á los franceses de una colonia que Luis fundó en aquellas costas:

« Si vuestro amo me diera la mitad del dinero empleado en rendir á Argel, yo mismo la destruyera.»

A la vuelta de la expedicion de Argel, y bajo el pretexto de que los genoveses aprovisionaran de municiones á los argelinos, mandó Luis bombardear la ciudad de Génova, y le impuso condiciones humillantes: el verdadero delito de esta infortunada ciudad eran sus simpatías por España.

Por este tiempo la guerra sorda que la córte católica de Luis XIV hacia á los protestantes franceses, tomó un carácter de igual índole al desplegado por sus tropas en Holanda. Ensayó Luis la conversion de los protestantes, primero, por medios suaves, enviando misioneros y aplicando á las conversiones una tercera parte de los beneficios vacantes. El incentivo de la paga en un pais que el rey habia corrompido, hacia presentar largas listas de convertidos, en virtud de lo cual afectóse creer que ya no habia protestantes en el reino, sino relapsos, y por este motivo dignos del destierro, confiscacion de bienes y aun de la muerte. Entretanto se habian ido derogando sucesivamente los artículos del Edicto de Nantes, de que hemos hecho mérito en la biografía de Richelieu.

El ministro de la guera Louvois, en 1681, no teniendo guerras extran-

[1] Bernardo Reneau reformó las naves haciéndolas mas ligeras de proa y popa, evitando así el quebrantamiento de las quillas; escribió una *teoría naval*, é hizo de las naves un epílogo de todos los conocimientos físicos y matemáticos de la época. Propuso á Colbert el establecimiento de una escuela pública de construccion naval y de un cuerpo de ingenieros.

jeras en que entretener su tiempo, buscó alimento á sus feroces instintos, en la persecucion de los protestantes, constituyéndose desde luego en jefe personal de *una mision con botas*, segun la expresion del historiador Cantú, al mismo tiempo que el rey decia á una asamblea de obispos:

«Os recomiendo que useis de dulzura con los protestantes, y que solo os valgais de la razon para reducirlos á la verdad.»

Y las misiones fueron las feroces *dragonadas* que estigmatiza la historia.

Louvois, al frente de sus dragones con amenazas y todo género de vejaciones, arrancaba profesiones de fé católica á los calvinistas, aplicando á los reincidentes la ley de los relapsos, y cuando querian salir del reino se lo impedia en virtud de la ley de las emigraciones.

Así fueron reducidos los protestantes á la desesperacion; se reunieron en Tolosa y tomaron las armas en defensa de sus creencias.

«El rey quiere que se empleen los mayores castigos, decia Louvois, con los que resistan convertirse á la *religion del Estado*, y debe reducirse al último extremo los soberbios que no se apresuren á someterse á la voluntad del rey.»

La persecucion correspondió á esta amenaza y no hubo género de tormento que no se empleara contra los protestantes. El príncipe de Orange se declaró protector de los perseguidos, é indujo á los Estados-Generales que asignaran cien mil florines á los oficiales franceses que se refugiaran en Holanda.

A un millon hacen subir los autores de aquel tiempo el número de calvinistas muertos ó emigrados á consecuencia de aquella persecucion. Cuanto debieron resentirse las fuentes de la riqueza pública. puede comprenderse al saber que. desde luego los artículos de lujo, como el terciopelo,el damasco, el gro, la sarga, los paños, tapicerías y escarlatas, y bisutería, no se produjeron ya sino en una mínima parte por las fábricas del país: Inglaterra, España, Holanda, Alemania é Italia, surtieron al mercado francés de estos y otros artículos que la prevision de Sully, Richelieu, Mazarino y Colbert habíanlos hecho propios de la industria francesa.

Para Luis XIV y los partidarios del absolutismo, administrar un país, no consiste en facilitar por medio de leyes la explotacion de los tesoros que encierra el suelo, el mar, la atmósfera, el trabajo intelectual y manual del hombre, sino en tender una red de leyes políticas y religiosas que sujeten el pensamiento y acciones del súbdito á la norma del soberano. Si el súbdito,

obedeciendo al libre vuelo del alma, que es el carácter augusto del hombre, aspira al consuelo de una religion que satisfaga la sed que siente del infinito, donde espera encontrar el bien absoluto, es un rebelde digno de los tormentos y la muerte. El súbdito no puede adorar otro Dios que el Dios que adora el monarca.

Tan absoluto era Luis que, habiendo convocado un concilio presidido por Bossuet, le impuso las siguientes decisiones, que aceptaron los treinta y cinco obispos y otros tantos sacerdotes que lo componian:

1.ª Los soberanos no están sujetos á ningun poder eclesiástico en las cosas temporales; no pueden ser depuestos, ni sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad; 2.ª *El concilio general es superior al Papa;* 3.ª La autoridad del Papa está regulada por los cánones de los concilios, y no puede formular decision alguna contra las reglas y constituciones admitidas en la Iglesia Galicana; 4.ª Las decisiones del Papa pueden ser reformadas por el consentimiento universal de la Iglesia.

A propósito de la persecucion y de este concilio, Cristina de Suecia, ya católica, y que vivia retirada en Roma, escribia, en 2 de Febrero de 1686, al caballero Terlon embajador de Francia en Suecia, entre otras cosas lo que sigue:

«¿Creeis vos, de buena fe, en la sinceridad de los nuevos convertidos?... Extraños apóstoles son los soldados, y yo tengo para mí que matan, roban y violan, mejor que convencen... Altamente digno de alabanza es el pensamiento de convertir á los herejes y á los infieles; pero con la manera de conseguirlo no estoy conforme, porque no habiéndose Dios valido de ella para convertir al mundo, no debe ser la mejor... ¿Creeis que sea este el tiempo de convertir á los hugonotes y de hacerlos buenos católicos, en un siglo en que cometió Francia tan visibles atentados contra el respeto y la sumision que se deben á la Iglesia Romana?... Y sin embargo, la escandalosa libertad de la Iglesia Galicana nunca ha estado mas próxima á la rebelion; las últimas declaraciones, firmadas y publicadas por el clero de Francia, hacen prever *el triunfo de la herejía;* y gran sorpresa debe haber causado, verse *perseguida poco despues por los mismos que sobre los puntos capitales de nuestra religion tienen los mismos dogmas y sentimientos que ellos.*»

En efecto, como Enrique VIII de Inglaterra, Luis XIV impuso á católicos y calvinistas el protestantismo realista; lo mismo sucedió á España con los reyes católicos, Cárlos V y Felipe II, que impusieron á los católicos la Inquisicion que fué una herejía como otra cualquiera.

Luis, á la par de los citados soberanos, no tiene ninguna escusa, apesar de atribuir ciertos autores la responsabilidad de aquellos actos á sus ministros: las *dragonadas* pertenecen al soberano que abolió el edicto de Nantes y fundó la Iglesia Galicana, al rey que menospreciaba al padre comun de los fieles católicos y lo degradaba con humillaciones.

La bárbara guerra que hizo á los holandeses, la persecucion de los protestantes de su país y la proteccion que otorgó á los Estuardos, hicieron de Francia, no el centro de la civilizacion y la moderadora de los soberanos europeos para mantener la paz y el equilibrio de las potencias, como lo consiguieron los reinados de Enrique IV y Luis XIII, sino una nacion orgullosa que pretendia imponer en el interior un catolicismo francés, que mandaba y castigaba segun el capricho de su autócrata; y en el exterior, la supremacía francesa arbitraria, destituida de todo carácter justiciero y regenerador.

Segun los tratados y especialmente por el de Nimega, las ciudades cedidas á Francia lo eran *con todas sus dependencias*, y Louvois, que lanzaba siempre á Luis por la senda de la preponderancia y de la ambicion, aconsejóle que creara unas *Cámaras de reunion* para examinar hasta dónde alcanzaban las *dependencias* de aquellas ciudades, y apoyándose en la ley sálica que establece que toda tierra que hubiese pertenecido una vez á la corona no podia ya ser separada de ella, encontró una copiosa fuente de nuevos dominios. Hecha la adjudicion por la Cámara, Louvois, que conservaba el ejército mientras las demás naciones lo habian licenciado, sorprendió á varias ciudades, siendo la mas importante la de Estrasburgo, llave del Rhin, donde halló un bien abastecido parque con novecientas piezas de artillería. Estas usurpaciones tuvieron lugar en 1679; y entonces el cansancio de la última guerra y la amenaza de una nueva invasion turca que al fin se realizó, impidieron á Alemania quejarse de tales usurpaciones.

La invasion tuvo lugar en Junio de 1683 acaudillada por Kara-Mustafá; díjose entonces que era favorecida por Luis XIV, quien, apesar de que el Papa apeló á su piedad, intrigó en las córtes, para que dejasen solo al imperio, pretextando que convenia hundir la casa de Austria; pero el denodado Juan Sobieski, rey de Polonia, corrió en socorro de Viena con veinte mil caballos y derrotó á los turcos en 12 de Setiembre, apoderándose de su artillería, bagajes y riquezas.

Al propio tiempo que llegaba á Francia esta noticia, se supo en Viena

que Luis XIV habia mandado invadir la Bélgica con cuarenta mil hombres; España luchó; intervinieron las Provincias Unidas; se constituyó la liga de Ausburgo; pero Francia se vió obligada á firmar una tregua por veinte años entre el emperador, el imperio y el rey de España, en 15 de Agosto de 1684; tregua que rompió Luis XIV, en 30 de Setiembre de 1688, invadiendo el Gran ducado de Baden con ochenta mil hombres.

Por este tiempo y cuando los franceses pasaron el Rhin, Guillermo, el príncipe de Orange, que tenia hechos sus preparativos, se embarcó para Inglaterra con el objeto de destronar á Jacobo II, odiado por sus súbditos á causa de su catolicismo y de su alianza con el rey de Francia. Llevaba Guillermo en sesenta buques setecientos carros, cuatro mil quinientos caballos, once mil infantes, un cuerpo de refugiados franceses y gran número de señores ingleses. A su desembarco encontró al país preparado para recibirle; proclamóle la Convencion nacional en 2 de Enero de 1689, rey de Inglaterra por ser esposo de María, hija de Cárlos II.

Uno de los primeros actos de Guillermo III fué renovar la liga de Ausburgo, entrando en ella Inglaterra.

Así Luis XIV se encontró en medio de Europa solo, sin mas alianza que la de los turcos que acababan de ser vencidos por Sobieski y los austríacos.

Apeló Luis á promover disturbios en Cataluña, en Irlanda y Hungría, siempre derramando el oro de la inagotable Francia; levantó trescientos cincuenta mil hombres, de los cuales formó cuatro ejércitos que combatieron uno en Flándes, otro en el Rhin, un tercero en Italia y el cuarto en los Pirineos. Apesar de algunas victorias vióse á la larga reducido á combatir en las mismas fronteras, cometiendo al retirarse de Alemania un hecho digno del que sacrificaba caprichosamente á su familia, del soberbio vicario de Dios en Francia, del asolador de Holanda y del autor de las *dragonadas*.

Mandó retirar las guarniciones de las fortalezas de Alemania, y convertir en desierto todo el país conquistado. El margraviato de Baden, parte del electorado de Tréveris, todo el Palatinado y otros pueblos de las riberas del Rhin fueron llevados á sangre y á fuego, minados los puentes, saqueadas las casas y las iglesias; Manheim, Worms y Spira fueron arrasadas hasta sus cimientos; no se respetó ni un solo monumento de arte é inclusos los archivos particulares y públicos fueron devorados por las llamas, y el sepulcro de los emperadores robado.

Estos incendios duraron dos años, y entretanto que se prohibia sembrar,

se quemaron igualmente los bosques. El mariscal de campo Melac fué el hombre escogido por Louvois para ejecutar tan terribles órdenes; era un hombre feroz, tanto que iba acompañado de dos lobos con los cuales dormia. Habiéndole dicho alguno que debia ser el mismo diablo para ejecutar tales órdenes, contestó con la ingenuidad del bruto y supersticioso estas palabras:

«Comprendo que no soy el diablo como dicen, porque yo he hecho todo lo posible para tener relaciones con él, y no he podido conseguirlo.»

El duque de Cregny, interpelado por un amigo que tenia en Spira y que le echaba en cara su comportamiento salvaje, se excusó diciendo:

«Así lo quiere el rey.»

En efecto, así era, y le enseñó una lista de cerca doscientas ciudades y pueblos que debian sufrir igual suerte.

Disculpan ciertos historiadores al rey, de los incendios de Alemania, diciendo que él nada supo de ellos, siendo obra exclusiva de su ministro Louvois. Mas ante un hecho reiterado en doscientas poblaciones y que se necesitan dos años para realizarlo, no cabe alegar ignorancia: Luis es el responsable.

Alegan en su disculpa que Louvois habia adquirido sobre él un dominio tan absoluto, como el que ejercia el rey sobre Francia; que habia llegado al extremo de interceptarle las cartas, entre ellas una del duque de Saboya, con el fin de impedir que las aclaraciones dadas por este condujesen á un arreglo amistoso, porque Louvois queria siempre la guerra; que en ciertas ocasion mudó dos veces un cuerpo de guardia del sitio en que reiteradamente lo habia colocado el mismo rey; que en otra habiendo observado el rey que una ventana del Trianon no guardaba simetría con las demás, y habiéndose empeñado Louvois en lo contrario, apesar de que las medidas probaron que el rey tenia razon, no quiso que se corrigiera y promovió una guerra para distraer al soberano de llevar á cabo la correccion; y por fin alegan el último lance que pasó entre Louvis y el rey, á propósito de los incendios.

Cuentan que, despues de la destrucion del Palatinado, opúsose Luis á la de Tréveris, y que excitado por esta negativa el espíritu de contradiccion del ministro, dió órdenes para que se procediese al incendio. Habiendo llegado á noticia del monarca que en menosprecio de su autoridad se habia procedido contra Tréveris, llamó al ministro, á quien preguntó la razon del hecho. Louvois contestó que, persuadido de que la oposicion del sobe-

rano procedia de escrúpulo de conciencia, él, tomando sobre sí toda la responsabilidad, ordenó el incendio. Luis, que estaba junto á la chimenea, cogió las tenazas para pegar al ministro, y le amenazó con cortarle la cabeza. Y no pudo darse cumplimiento á la órden real de encerrar á Louvois en la Bastilla, porque un violento cólico mató al feroz ministro. Mas aun siendo cierto cuanto se alega en favor de Luis XIV, en nada disminuye su responsabilidad, por su carácter de rey absoluto, y por haberse jactado de haber formado á Louvois como veremos mas adelante.

Prosiguió la guerra; el rey mandó á Tourville que atacase con la escuadra á la de Russel, *ya fuere fuerte ó débil; suceda lo que quiera.* La escuadra francesa que conducia al rey Jacobo á Inglaterra, contando con que el pueblo inglés se sublevaria, presentó la batalla á Russel, quien habia dado á entender á Jacobo que era de su partido. Tourville solo tenia cuarenta y cuatro naves, y apesar de que combatió con valor, fué derrotado por Russel que mandaba noventa y nueve bajeles ingleses y holandeses. Dueños los ingleses del mar, echaron á pique gran número de naves mercantes y bombardearon muchos puertos, entre ellos San Maló.

Despues de este desastre marítimo, Luis, puesto á la cabeza de cien mil hombres, se dirigió á Namur que se rendió (30 de Junio de 1692), apesar de ir Guillermo III con otros cien mil á auxiliarla. Podia lucirse Luis XIV ofreciendo la batalla á su enemigo; pero juzgó prudente no empeñarla y volver á Versalles á celebrar la victoria.

En la campaña siguiente de 1694, Luis XIV tambien al frente de cien mil hombres, quiso tomar la plaza de Lieja; salióle Guillermo III al encuentro con solos cuarenta mil, y el prudente Luis, que solo habia estudiado el ataque de fortalezas, no admitió el combate, apesar de las exhortaciones del general Luxemburgo, y de los deseos de batirse que animaban á su ejército. Retiró las tropas, emprendió la vuelta á Versalles, y ya no volvió á salir á campaña.

Por fin, despues de inútiles combates, que nada decidieron, no sabiendo ya de donde sacar recursos, Luis XIV se inclinó á la paz.

Hé aquí el estado en que se hallaba Francia al finalizar el siglo XVII:

«Segun mis investigaciones, dice el célebre ingeniero Vauban, [1] la décima parte de los franceses están reducidos á la mendicidad y positivamente mendigan; otras cinco están reducidas á tan desastrosa condicion,

[1] *Diezmo real,* publicado en 1697.

que se parece á la miseria; otras tres están en mala posicion por sus deudas y procesos, y las dos restantes, en que está la gente de espada y toga, eclesiásticos, alta nobleza, empleados militares y civiles, comerciantes ricos y propietarios que viven de sus rentas, componen un número de cien mil familias, de las cuales no hay diez mil entre grandes y pequeñas que vivan sobradas.»

¡Agotar una nacion inagotable, fué la grande obra de Luis *el grande!*

No habia cesado la costumbre desde los romanos de alterar el valor de la moneda en los grandes apuros rentísticos, y Luis XIV elevó el valor de la suya en una undécima parte, ganando así 40 millones.

Desde que habia muerto Colbert se habian doblado los impuestos. La poblacion habia disminuido considerablemente á causa de la persecucion que ejercian los católicos contra los protestantes, cuya emigracion continuaba á causa de los estragos de la guerra, de la organizacion de las milicias urbanas que fueron llamadas á las fronteras, y, lo que es peor aun, del paso de los soldados, que no habian todavía perdido las costumbres feudales de entregarse á los excesos mas punibles, aun dentro de los paises amigos. Además de los gobiernos municipales que se establecieron en todas las poblaciones cuyos cargos se vendieron, la recaudacion de las contribuciones se hacia por medio de cien mil agentes independientes, y de cuyas exacciones injustas no habia donde apelar.

Tal cúmulo de males hundia á Francia en el abismo de su decadencia. Por fortuna fué aquel un gran siglo; el sol de la ciencia iluminaba y daba calor al mundo, y por dicha de Francia, como ya hemos apuntado al principio de este trabajo, su suelo es feraz, su atmósfera fertilizante, y el fondo de su poblacion no es franco, sino galo, no es un pueblo conquistador, sino laborioso, circunstancias que reparan en breve los desaciertos de sus autócratas. El dia en que prevalezca el elemento galo sobre el franco, quedará asegurada la paz de Europa, de la cual las Galias son el corazon y algunas veces la cabeza.

Luis XIV, sintió la amargura de la derrota en medio de sus triunfos; habia agotado la Francia y los paises á ella vecinos, y apesar de su fatuidad [1] y de su soberbia tuvo que pedir la paz.

[1] Barbezieu, hijo de Louvois, le reemplazó en el ministerio contando apenas veinticuatro años; pero el rey, creyéndose siempre un sér superior, le dijo:

«Yo formé á vuestro padre, y tambien os formaré á vos.»

Firmóse en Ryswich; primero con las Provincias Unidas (Holanda), España, Inglaterra y Francia, en 20 de Octubre de 1697; y luego en 30 del mismo mes entre el Imperio, el Emperador y Francia; por cuyos tratados Luis XIV devolvió todas las conquistas hechas despues de la paz de Nimega, á excepcion de Estrasburgo; abandonó todos los puntos fortificados del Rhin, restituyó la Lorena, y reconoció á Guillermo III por rey de la Gran Bretaña. Y como ya antes se habia reconciliado con el papa, desistiendo de su declaracion de 1682, y habia devuelto todos sus estados al duque de Saboya, cediéndole el Piñerol, que era la llave que abria los Alpes á Francia para entrar en Italia, no le quedó á Luis nada de cuanto habia pretendido, y á la Francia la triste experiencia de que las guerras de conquista empobrecen tanto al vencedor como al vencido.

Sin embargo, la leccion no fué tan provechosa como era de esperar, y como no lo serán nunca tales lecciones hasta que la clase media y laboriosa, desentendiéndose de las razas invasoras que todavía dominan en Europa á las aborigenas de cada uno de los paises, administren y gobiernen por sí mismas en beneficio de todas las artes y ciencias.

Convinieron, en verdad, en la paz; pero se prepararon para la guerra que debia estallar á la muerte de Cárlos II de España, quien no tenia hijos, pero si grandes dominios, á los cuales todos aspiraban. Hubo tratados de reparticion y arreglo entre los diferentes monarcas que abandonaron y rehicieron varias veces, segun iban surgiendo nuevos casos, hasta que vino el inesperado para todos, el del testamento de Cárlos II [1] instituyendo heredero universal de la monarquía española, al duque de Anjou, hijo segundo del Delfin, nieto de Luis XIV. Cárlos II habia cedido á la influencia española, que aborrecia la casa de Austria, por haber sumido la nacion en la mas espantosa miseria.

Luis XIV, que en su *gran prevision* no previera el suceso, se habia convenido con Inglaterra y Holanda en una division de los dominios de la monarquía española. Sorprendido por tanta fortuna, y temiendo las consecuencias de la aceptacion de la herencia, vaciló algunos dias; pero al fin aceptó.

«Hijo mio, dijo Luis XIV á Felipe de Anjou; el rey de España os ha hecho rey; los grandes os llaman, los pueblos os desean, y yo consiento: solo os recuerdo que sois francés.»

[1] Falleció el 2 de Octubre de 1700.

A poco lo presentó á la córte, diciendo:

« Aquí teneis al rey de España; ya no hay Pirineos. »

A esta frase de suyo tan imprudente, puesto que revelaba su ambicion, siguió la publicacion de la real cédula de Diciembre de 1700, que anulaba una cláusula fundamental del testamento de Cárlos II, haciendo posible en lo porvenir la union de las dos monarquías, union que rechazaba España y y que amedrentaba á Europa. Desde la muerte de Colbert, genio bueno de Luis XIV, éste no cometia mas que torpezas. Siguió por este camino; la desconfianza hizo que reconociera como rey de Inglaterra al hijo de Jacobo II, que falleció en 1701, y este yerro encendió la ira del pueblo inglés y tambien la guerra.

Durante los dos primeros años no hubo desastres; la fama de Luis XIV, la fuerza viva comunicada al ejército por medio siglo de combates bien dirigidos; la costumbre, la tradicion, y las robustas medianías que se forman junto á los grandes hombres, sostuvieron la bandera francesa con honra en Alemania, Paises-Bajos, Italia y España.

Mas desde 1704 empezaron los desastres; Tallord que amenazaba á Viena cayó prisionero él y treinta mil franceses en la batalla de Hochstett: á consecuencia de este revés la Alemania fué desocupada por los franceses, se despojaron de sus estados á los electores de Colonia y Babiera, aliados de Luis, y el rey de Portugal y el duque de Saboya abandonaron su causa declarándose sus enemigos. Luis XIV tuvo que combatir contra Inglaterra, el imperio, Holanda, Piamonte, Portugal, Dinamarca, Prusia y Lorena. Todos los grandes hombres que le rodearon en otro tiempo ó habian muerto ó se habian dispersado, y entónces debió convencerse de que no sabia crearlos.

En 1706, la pérdida de las batallas de Ramilles en el Brabante, de Turin en Italia, la huida de Felipe V de España atacado por los Portugueses, Ingleses y Austríacos, seguida de la proclamacion en Madrid del Archiduque Cárlos por rey de España; la expulsion del mismo Felipe del reino de Nápóles; en 1708 la derrota del duque de Vendome en Oudenarde; la de Villars en Malplaquet; la invasion del territorio francés por los enemigos que tomaron Tournai, Menin, Ipri y Lila, fueron los desgraciados sucesos que humillaron á Luis XIV.

Vióse al mismo tiempo privado de las personas que mas apreciaba. Murió su hijo el Delfin, murieron sus nietos, y tambien la jóven duquesa de Borgoña que animaba á su triste córte y era la alegría de su vejez.

La conmocion del rey fué profunda, y sobre todo por esta última pérdida.

Llamábase la duquesa de Borgoña Adelaida de Saboya, tenia gracia y talento, y amaba entrañablemente á su abuelo político Luis XIV, con quien, en público, se mostraba séria, mesurada y respetuosa, y para con la Maintenon no solo respetuosa, sino tímida; pero privadamente era viva, giraba y saltaba á su alrededor y era chorro contínuo de chistes y monadas; ya se ponia de piés sobre los brazos de las poltronas de Luis XIV y su compañera, sobre sus rodillas, ya abrazándolos ó besándolos, ya tirando de sus cabellos los atormentaba y estrujaba; revolvia sus mesas, papeles y cartas, las abria, las leia y á veces á pesar de ellos; y si se ponian de mal humor encontraba siempre un chiste que desvanecia su ceño. Un dia que hablaban favorablemente de la reina Ana de Inglaterra, les interrumpió en estos términos:

«Querida tia, dijo á la Maintenon confundiendo en este título el afecto que la profesaba con la categoría, fuerza es convenir que en Inglaterra gobiernan mejor las mujeres que los hombres, y ¿sabeis por qué, tia mia? continuó riendo y saltando, porque los reyes se dejan gobernar por las mujeres, y las reinas por los hombres.»

Y lo mas singular del caso, añade Saint-Simon de quien sacamos esta noticia, es que Luis y la Maintenon se echaron á reir, conviniendo en que tenia razon.

Tan preciosa alhaja falleció seis dias antes de su marido; á las cuatro semanas murió uno de los dos hijos, de cinco años, sobreviviendo solamente un vástago de pocos meses.

Estas desgracias vistas en los hombres, aun siendo nuestros enemigos, nos afectan; y aunque no perdonamos las gravísimas faltas que cometió Luis, nos condolemos de su desgraciada y solitaria ancianidad.

Tuvo la virtud de no abatirse, y al despedirse del mariscal Villars que partia para ponerse al frente del ejército que se habia reunido, haciendo quizás el último esfuerzo, le dijo:

«Vedme como he quedado; pocos son los ejemplos de pérdidas como la mia. Dios me castiga... Pero suspendamos el dolor por mis desgracias domésticas y veamos cómo remediar la ruina de estos reinos. Os entrego las últimas fuerzas y pongo en vuestras manos la salvacion del Estado. Conozco vuestro celo y el valor de mis tropas; pero la suerte puede sernos contraria. Si la desgracia acometiera al ejército que mandais, ¿qué deberia hacer yo?»

Y viéndole vacilar añadió :

«No me sorprende vuestra perplejidad, y á fin de saber vuestra opinion voy á deciros qué haria yo en este caso. Los cortesanos quisieran que me hubiese ya retirado á Blois, por temor de que el ejército enemigo se aproxime á Paris, como sucederia si el mio fuese derrotado; jamás consentiré yo en que esto suceda. Me ha enseñado la experiencia que un ejército tan respetable como el que mandais nunca es derrotado hasta el punto que el grueso de mis tropas no pueda retirarse sobre el Soma. Conozco este rio, es difícil de vadear y hay en él plazas que pueden ponerse en buen estado. En caso de desgracia iré á Perona ó San Quintin, reuniré cuantas tropas me quedan para hacer con vos el último esfuerzo y perecer juntos ó salvar el Estado.»

Despidiéndole despues, le encargó que buscase al enemigo y que diese la batalla.

— Pero, señor, será la última que dareis, observó Villars.

— No importa; no exijo que derroteis al enemigo, sino que lo ataqueis. Caso de perderse la batalla escribídmelo privadamente. Montaré á caballo, recorreré París con vuestra carta en la mano: conozco á los franceses; os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas del Estado.

No se llegó á este extremo; Villars venció al enemigo en Denain.

Por otra parte las noticias que venian de España atestiguaban los progresos de las armas de su nieto desde que Vendome ganara la batalla de Villaviciosa, y Felipe V entrara en Madrid.

La humillacion de Luis XIV y el orgullo de la casa de Austria demostraron á los de la Liga que el objeto de ella estaba conseguido, y que de hundir completamente á Francia se corria el riesgo de elevar demasiado la casa de Austria, orígen de las guerras que durante casi dos siglos habian ensangrentado á Europa.

Hubo entonces un cambio de política en Inglaterra; subieron los *torys* al poder, y atrajeron á Lóndres á los comisionados reunidos en la Haya para tratar.

Por fortuna para Luis XIV una nueva circunstancia hizo indispensable la disolucion de la Liga. Murió el emperador José, y subió al trono imperial el archiduque Cárlos, á quien ya nadie quiso ayudar para colocar de nuevo la corona de España sobre sus sienes.

Firmóse en consecuencia la paz primero entre Inglaterra y Francia;

adhirióse á esta paz, que se llamó de Lóndres, la Holanda y sucesivamente las demas naciones que habian intervenido en la guerra llamada de *Sucesion.*

España perdió los Países Bajos, el reino de Nápoles, los puertos de la Toscana y el ducado de Milan, asignados al emperador, y Gibraltar y Menorca que se dieron á Inglaterra. Esta adquirió de Francia la bahía de Hudson, la Acadia, la isla de San Cristóbal y Terranova, etc., etc. Este tratado se firmó en 11 de Abril de 1713.

Ya hemos visto lo que fué Luis XIV con respecto á Francia y á Europa; ahora hay que preguntar ¿cómo se portó con sus servidores? Los aduladores medraron, pero los hombres de verdadero mérito, como Colbert, Fenelon y otros, el monarca los pagó con la mayor ingratitud.

Vauban, el mayor ingeniero que haya tenido Francia, Luis le dejó morir en la oscuridad y en la miseria, porque le propuso un plan de hacienda en beneficio del pueblo, en su: *Dîme royale.*

El bravo Duquesne, reprendido por el rey, á causa de ser protestante, le contestó:

«Señor, cuando yo combatia por vuestra Majestad, nunca pensé en que vos erais de otra religion que la mia.»

El hijo de Duquesne, á causa de la revocacion del edicto de Nantes, emigró á Suiza donde se llevó el cadáver de su padre, y sobre su tumba, en Eaubonne, puso esta inscripcion:

«Holanda erigió un mausoleo á Ruyter; Francia ha rehusado su suelo al vencedor de Ruyter.»

Cuando Luis XIV llegó al lance extremo de la vida, dijo á su heredero:

«Hijo mio, procura estar en paz con los vecinos. Yo he amado demasiado la guerra; no me imites en esto, como tampoco en los gastos excesivos. Alivia al pueblo cuanto puedas, y haz lo que yo tuve la desgracia de no hacer.»

Todavía respiraba cuando lo abandonaron en 1.° de Setiembre de 1715 los aduladores y cuantos esperaron de él algo en los últimos momentos. Madama Maintenon se encerró en Saint-Cyr dejando que manos mercenarias prestaran al rey Luis XIV los últimos cuidados.

Cuando murió su abuelo Enrique IV, el pueblo lloró; pero á la muerte de Luis *el grande*, el vulgo insultó sus funerales; en Roma le negaron las exéquias reales y Massillon, en su discurso de recepcion en la Academia, le llenó de vituperios.

Terminarémos nuestro trabajo con el juicio que emitió Montesquieu, en sus *Pensées detachées,* acerca de Luis *el grande:*

«Luis XIV, ni pacífico ni guerrero, tenia las formas de la justicia, de la política, de la devocion y el continente de un gran rey. Dulce con sus domésticos, liberal con sus cortesanos, ávido con los pueblos, inquieto con los enemigos, despótico en familia, rey en la córte, duro en los consejos, niño en asuntos de conciencia, juguete de todo lo que constituye la diversion del príncipe, á saber: ministros, mujeres, devotos; siempre gobernando y siempre gobernado; desgraciado en sus elecciones, amante de los necios, tolerando los talentos, temiendo al ingenio, sério en sus amores: débil hasta excitar compasion en sus íntimas relaciones; sin fuerza de espíritu en la prosperidad, firme en la desgracia, valeroso ante la muerte, amó la gloria y la religion, y toda la vida le impidieron conocer una y otra. Casi careciera de estos defectos á haber sido mejor educado ó á tener un poco mas de ingenio. Su alma mas elevada que su talento, la Maintenon procuraba rebajársela para ponerla en su verdadero punto.»

Tal fué el hombre en quien personificaron el gran siglo XVII los aduladores del poder personal, suspicaz, envidioso y tiránico por su esencia, enemigo de toda iniciativa particular, porque todo mérito ageno ofende el propio del tirano.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE LUIS XIV.



NEWTON

NEWTON.

(1642 á 1727 DESPUES DE J. C.)

[illegible]
[illegible]
[illegible]
probó la universalidad de las leyes descubiertas por el mismo Newton, aplicándolas á las perturbaciones de los planetas; sino el sentimiento de ver que las medianías, árbitras de la gloria, no aprecian la grandeza de los esfuerzos necesarios para llegar á ciertas concepciones matemáticas, á ciertos descubrimientos, sino cuando tienen la fortuna de ser mas fácilmente [illegible]

Deslumbrados por la brillantez, la fecundidad y la grandeza de la ley de la atraccion universal, ensalzamos á su inmortal inventor, y hacemos de [illegible] y sin embargo seria un error creer que para [illegible] planetarios en el dominio del análisis, tuvo [illegible]
[illegible] met[illegible] [illegible]iendo con la ayuda del cálculo, todas las ramificaciones [illegible] por los [illegible] del son [illegible] vibraciones luminosas ó de las ondas ligeras que arrugan las superficies [illegible] líquidos; las corrientes atmosféricas determinadas por las desi[illegible] de temperatura [illegible] de calcular que [illegible] de líquidos [illegible]

En efecto; la [illegible]gidad de los planetas, la grandiosa masa solar; las



NEWTON.

(1642 Á 1727 DESPUES DE J. C.)

¡ Cuán dichoso fué Newton habiendo por descubrir en su tiempo el sistema del mundo ! decia Lagrange á últimos del pasado siglo ; y no era la envidia que arrancaba esta exclamacion del pecho del ilustre geómetra francés que probó la universalidad de las leyes descubiertas por el mismo Newton, aplicándolas á las perturbaciones de los planetas ; sino el sentimiento de ver que las medianías, árbitras de la gloria, no aprecian la grandeza de los esfuerzos necesarios para llegar á ciertas concepciones matemáticas, á ciertos descubrimientos, sino cuando tienen la fortuna de ser mas fácilmente comprendidos é inmediatamente útiles.

Deslumbrados por la brillantez, la fecundidad y la grandeza de la ley de la atraccion universal, ensalzamos á su inmortal inventor, y hacemos de Newton una divinidad ; y sin embargo seria un error creer que para encerrar los movimientos planetarios en el dominio del análisis, tuvo Newton que vencer obstáculos superiores, á los que encuentran los geómetras modernos, siguiendo con la ayuda del cálculo, todas las ramificaciones de los diversos fenómenos observados por los físicos. La propagacion del sonido ó de las vibraciones luminosas ó de las ondas ligeras que arrugan las superficies de los líquidos, las corrientes atmosféricas determinadas por las desigualdades de presion ó de temperatura, etc., etc., son mas difíciles de calcular que el curso majestuoso de Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.

En efecto ; la exigüidad de los planetas, la grandiosa masa solar, las

enormes distancias que los separan, la forma casi esférica de estos cuerpos, la falta casi total de medio resistente que se oponga á sus movimientos, simplifican tanto el problema, que puede encerrarse en las abstracciones de la mecánica racional.

La importancia, pues, del descubrimiento de Newton, no proviene de la dificultad de reunir los datos y combinarlos de una manera feliz para la solucion del problema, sino de la misma majestad del problema.

El cielo será siempre el mas grandioso objeto de nuestra contemplacion. Al cielo han dirigido sus miradas los fundadores de religiones, al cielo los filósofos y físicos, del cielo han hablado siempre los sacerdotes á los pueblos, y del cielo han esperado recibir la salud.

Por lo tanto, todo estudio que á la investigacion del cielo se dirija, tendrá siempre un atractivo superior á los demás estudios, porque parece que se refiere de una manera mas directa á la causa primera, si nos es lícito denotar con esta palabra, lo que no tiene principio ni fin.

Desde que Colon probó prácticamente que podia darse la vuelta á la Tierra, y que por lo tanto era esférica, desde que Copérnico estableció que todos los planetas circulaban al rededor del Sol, y desde que Keplero probó que existian relaciones comunes entre los planetas y el Sol, la idea de que el mundo estaba sujeto á una ley general, entró en la conviccion de todos los astrónomos, geómetras y físicos.

Mas era necesario anunciarla, explicarla y definirla.

Se habia ya ofrecido este concepto á la imaginacion de los sabios de la antigüedad: Platon vió que el globo terrestre presentaba en toda su superficie señales evidentes de ser un centro atractivo, no habiendo ningun hemisferio que pudiese ser calificado de *alto* ni *bajo*. Aristóteles tambien tuvo una idea bastante clara de la unidad de una fuerza, y sin embargo admitió las calidades ocultas de los cuerpos. Ptolomeo, sostuvo que habia cuatro regiones en que la masa de cada uno de los cuatro elementos de la naturaleza (tierra, agua, aire y fuego) tendia á reunirse; así es que da como Platon, una especie de naturaleza divina á la llama que se dirige al cielo.

Plutarco introdujo una idea luminosa; del error de Platon de que los semejantes atraen los semejantes, dedujo este principio: *el todo atrae á la parte.* Y luego añade que cada cuerpo se mueve segun su movimiento natural, si no hay alguna causa que lo impida; y que si la Luna no cae á la Tierra, es por impedirlo su movimiento circular inicial.

Precisaron mejor esta idea Simplicio y Filipon en el siglo VI, cuando

dice el primero, que el equilibrio de los cuerpos celestes depende de ser la fuerza centrífuga superior *á la que los atrae hácia las partes inferiores*, y el segundo atribuyendo el movimiento de los planetas á una impulsion primitiva y á un esfuerzo constante por caer.

Copérnico, en el siglo XVI, estima que la gravedad es una atraccion natural que hace de cada cuerpo celeste un centro que obra sobre el resto del universo. He aquí la idea general, perfectamente anunciada; solo falta definirla, esto es, demostrarla.

Arrojó torrentes de luz sobre el sistema de Copérnico con sus imortales leyes el insigne Keplero, sin las cuales Borelli en 1664, en la teoría de los satélites de Júpiter, no hubiera podido usar del método de las atracciones recíprocas, el mas fecundo que podia enriquecer la astronomía; ni Newton encontrar las leyes que ligan el sistema del mundo.

¿En qué consisten estas leyes?

1.ª La atraccion es proporcional á la masa.

Esto es, la fuerza de atraccion de un cuerpo, es la suma de los elementos atractivos que componen dicho cuerpo; por tanto cada una de sus moléculas posee una fuerza atractiva.

2.ª El poder atractivo de un cuerpo disminuye proporcionalmente al cuadrado de las distancias.

Newton demostró que á la distancia 2, el poder atractivo de un cuerpo es 2 multiplicado por 2 ó cuatro veces mas pequeño que á la distancia 1; que á la distancia 3, 4, 5... 10 es el poder atractivo 9, 16, 25... 100 veces mas pequeño que á la distancia 1.

3.ª Las moléculas materiales uniformemente distribuidas en el volúmen de una esfera, obran en suma, sobre un cuerpo exterior, como si todas estuvieran reunidas en el centro.

4.ª La accion atractiva de un cuerpo sobre otro que está en movimiento produce el mismo efecto como si estuviera parado, cuando este efecto se mide en la direccion segun la cual la atraccion se ejerce.

¿Qué esfuerzo de inteligencia tuvo Newton que hacer para encontrar la mas importante de estas leyes; la completamente desconocida; la de que la atraccion se ejerce en razon inversa del cuadrado de las distancias?

Veámoslo. Newton aplicó las fórmulas de la gravedad extendiéndolas á la Luna, y de los movimientos de esta y de su distancia al centro de la Tierra dedujo la indicada ley.

Desde la antigüedad la geometrìa enseñaba, que conocidos la base y

dos ángulos de un triángulo, se sabe no solamente el valor del tercero sino la distancia (tomando por unidad la base del triángulo) á que convergen los dos lados del dicho triángulo. Por este procedimiento se sabia de una manera bastante exacta la distancia de la Luna á la Tierra, que ahora, en nuestras medidas, corresponde á unas 96000 leguas de 4 kilómetros una.

Por los experimentos de Galileo acerca de la velocidad que toman los cuerpos abandonados libremente á la accion de la gravedad, se indagó que, en el primer segundo, recorrian un espacio equivalente en medidas modernas, á metros 4'9, en la superficie terrestre.

Por otra parte, habiendo el abate Picard en el año 1664 medido un grado terrestre con bastante exactitnd, pudo determinar el valor de un radio del globo terráqueo, que es de unas 1600 leguas tambien de 4 kilómetros una. Los resultados de esta medicion no fueron públicos hasta 1682.

Por la distancia que hay del centro de la Tierra al de la Luna, pudo Newton determinar la dimension de la órbita de esta y el elemento de la curva que en un segundo recorre, y por la observacion y el cálculo, de que cantidad se separa de la tangente del elemento anterior. Esta cantidad es solo de metros 0'00135, y es debida á la fuerza de atraccion que ejerce la Tierra sobre la Luna.

Ahora bien, si á 96000 leguas de distancia la Tierra hace recorrer á los cuerpos 1 $^{1}/_{3}$ milímetros y á 1600 leguas del centro 4 ^{m} 9 á los cuerpos que libremente obedecen á la fuerza de atraccion de dicha Tierra, ¿en qué relacion disminuye la fuerza de atraccion?

Y descubrió Newton ser la del cuadrado de la distancia. Y desde entónces se ha definido de una manera general y compendiosa la atraccion en estos términos:

La fuerza de atraccion se ejerce en razon directa de las masas y en la inversa del cuadrado de las distancias.

Fácilmente nos habrá seguido el lector en la sucinta reseña de los datos que condujeron á Newton á la definicion de la importante ley del sistema del mundo, y convendrá con nosotros que el cálculo que la demuestra es en extremo sencillo.

No es esto decir que Newton no fuese un hombre de génio ni un matemático eminentísimo, tanto que inventó el cálculo diferencial, el telescópio de reflexion, é hizo maravillas en la óptica; solo hemos querido demostrar, que en aquello en que funda la muchedumbre el mérito de tan

grande hombre, es precisamente lo que le costó menos trabajo adquirir y demostrar.

Pero para definir las leyes de la atraccion, era sin duda indispensable el poder del génio, como es indispensable este mismo poder en la consecucion de cada una de las conquistas que obtenemos en todos los ramos, aun en las humildes artes mecánicas y de la economía doméstica. Por cada una de estas conquistas el hombre se siente con mayores brios y se glorifica en ellas: ya sea entregándose á la contemplacion del cielo cuyos secretos penetra por las leyes de la mecánica, de la óptica y de la espectroscopia; ya sea dominando fuerzas como las explosivas; ya logrando dirigirlas y hacerlas industriales como las del vapor, de la electricidad y aun la de la misma luz en la cámara oscura; ya inventando líquidos corrosivos como los ácidos y los álcalis, ó útiles preciosos y tan sencillos como la barrena, el taladro, la sierra, y tantos otros comunes instrumentos y expedientes al parecer tan insignificantes como el de fijar una mezcla pirófora en la cabeza de una cerilla ó pajuela. Por cada uno de estos expedientes, utensilios, máquinas, procedimientos y maravillosos artificios, el hombre ha enaltecido sus facultades y ha llegado á comprender la grandeza de las leyes intelectuales, morales y sociales, mas eminentes que las demás de la naturaleza, puesto que por ellas el hombre domina el mundo.

La bóveda estrellada encierra todavía sublimes misterios de la creacion; nuestra inteligencia ha remontado el vuelo mas allá de las estrellas telescópicas, ha descubierto millares de *vías-lácteas*, y ha sospechado que el universo se compone de un océano de ellas. Esta concepcion del universo reducido á nebulosas, gobernadas por la mútua atraccion, hace la grandeza de la edad Moderna, y proyecta toda la gloria sobre Newton, porque supo definir la ley de esa inmensa asociacion.

Isaac Newton nació en Inglaterra en medio de la tormenta religioso-política que hemos descrito en las biografías de Cromwell y Cárlos I, el dia 25 de Diciembre de 1642, año en que habia muerto Galileo.

Las Academias científicas nacieron tambien en aquella misma época; la del *Cemento*, italiana, en 1657; la de París, en 1666, y la de Lóndres, fundada por Wallie, Wilkins, Glisson y otros con el carácter de sociedad particular, durante la revolucion, tomó el título de Sociedad Real, á la vuelta de los Estuardos en 1660.

El movimiento científico á la venida al mundo del gran matemático, físico y astrónomo, era considerable; la teología y la política habian pro-

ducido la revolucion inglesa; la filosofía se separaba de cada dia mas de la religion; los satélites de Júpiter, la forma particular de Saturno, las desigualdades de la Luna, las fases de Vénus y de Mercurio, las manchas del Sol, y el girar de su eje, la naturaleza de los cometas y de las estrellas nuevas ocupaban á astrónomos y geómetras, al mismo tiempo que se activaba la perfeccion de los telescópios y de sus cristales; y los físicos no dejaban de mano continuando los experimentos de Galileo sobre la velocidad de la caida de los graves, y de Torricelli acerca del mercurio, del peso del aire y del vacío; y mientras que otros estudiaban la circulacion de la sangre, las válvulas de las venas, los vasos linfáticos y la respiracion de los animales, los químicos atacaban los cuatro elementos de los peripatéticos, suponiendo la existencia de átomos de varias formas y tamaños, cuya union produce los que entonces se llamaban elementos.

La cuna, pues, del recien nacido Isaac, fué mecida por la cuádruple accion y reaccion de la política, de la religion, de la filosofía y las ciencias exactas, físicas y naturales.

Como Keplero, vino tambien al mundo este grande hombre mucho antes de cumplirse el término prefijado por la naturaleza á la vida uterina, probando así los infinitos recursos de que dispone aquella para suplir los medios de que ordinariamente se sirve en sus funciones.

Por esta causa nació débil, pequeño, de una constitucion delicadísima, sin que estuviera desarrollado en él otro instinto que el de tragar; por lo cual debia alimentársele echándole gotitas de leche á la boca; y hasta que se cumplió el término de la vida uterina, no adquirió el recien nacido el instinto de tetar. Sus delicados miembros no consintieron los ordinarios pañales, y el cariño y prevision de su madre, hallaron en el algodon en rama, y en la lana cardada y limpia el envoltorio natural de esa especie de crisálida humana, durante el riguroso invierno de 1643.

Vió la luz primera en el condado de Lincoln, en Woolsthorpe, pequeña aldea de Colsterworth, á doce leguas S. S. O. de la ciudad de Lincoln.

Su padre murió cuando nuestro Isaac apenas contaba un año, y su madre Enriqueta Ayscough, volvió á casarse dos años despues con Bernabé Smith, ministro de la parroquia de Northwitham.

Confiado á su abuela desde entónces el niño Isaac, fué mandado luego á las escuelas próximas de su aldea. Gozaba mistress Newton de una renta anual de ochenta libras esterlinas, proviniente de unas tierras que cultivaba como dominio propio en el pais que habitaba, y de otra porcion de tierra

que poseia en el condado de Leicester. Gracias á estas propiedades que rentaban unos veinte reales diarios, en aquel siglo y en una aldea, no faltaba lo necesario á la familia y aun pudieron hacerse ahorros para enviar el muchacho á Grantham. En efecto, bajo los auspicios del boticario de esta poblacion, llamado M. Clark, y en su propia casa, fué colocado nuestro muchacho á la edad de doce años para que concurriese á las escuelas de la ciudad.

Newton, en el apogeo de su gloria, ha confesado que la inatencion y la falta de gusto por el estudio, en los primeros tiempos de su residencia en Grantham, le mantenian pegado á la cola de las clases como el alumno mas desaplicado. Este ejemplo parece probar que las facultades intelectuales de un individuo, no por ser grandes son activas, sino por otra razon que no alcanzamos, y quizás independiente del temperamento.

Cuenta el mismo Newton que nació su aplicacion y deseo de estudiar de una circunstancia hasta cierto punto inverosímil, cual fué la de haber andado á cachetes con uno de sus condiscípulos mas adelantados, el cual le dió una puñada en el estómago que le rindió, dejándole en el suelo sin sentido. Estuvo enfermo algun tiempo á consecuencia de la riña, y recordando Newton que la pelea con su compañero vino de las burlas que le hacia el otro llamándole *rabadilla del aula* y *orejudo*, y que como tal, Newton le dió una coz, propúsose tomar venganza del insolente, y ganarle el lugar que ocupaba en el aula. Vengóse, en efecto, y brilló Newton luego como el alumno mas aventajado de la escuela de Grantham, y una vez despertada la actividad de sus facultades intelectuales, el mismo placer que ocasiona el dominio de la ciencia, fué como sucede á los talentos elevados, bastante estímulo para continuar con ardor el estudio.

Dícese de Newton que no tomaba parte en los juegos ruidosos de la infancia; que en sus horas de recreo perfeccionaba los juguetes pueriles; que reproducia los muebles de su casa, los carros y aperos de labranza, y las prensas de las industrias rurales. Estando en Grantham construyó un reloj de agua, un carruaje que ahora llamamos velocípedo, un molino de viento harinero, y cien otros ingenios, que á todo alcanzaban las economías que hacia en el comer y vestir de la pension que su abuela le enviaba, y de los regalos que de su madre recibia. Además manejaba con destreza el martillo del forjador, el escoplo del carpintero, la gubia del tornero y otros instrumentos: así adquirió conocimientos prácticos en las artes mecánicas, que tanto debian facilitar sus descubrimientos ulteriores.

En el molino de viento habia un ratoncillo á quien llamaba el molinero, sea porque ejecutase alguna maniobra en el juego de las muelas, ó porque se comia la harina; y esta observacion epigramática de los biógrafos ingleses, está conforme con las aficiones de nuestro jóven, que entre otros pasatiempos alguna noche se divirtió elevando una birlocha, de cuya cola pendia un farol, engañando así á los curiosos, que lo tomaron mas de una vez por nn nuevo cometa.

La necesidad de formar los planos de sus máquinas, naturalmente le llevó á aprender el dibujo que le enseñó el arquitecto de Grantham. Puede decirse que por la puerta de las artes mecánicas penetró en el santuario de las liberales; por el dibujo lineal se aficionó al natural y luego á la pintura; y habiéndose dejado impresionar por las bellezas pictóricas naturales, no tardó en cantarlas; y el que tanto debia adelantar el cálculo matemático, y hallar las leyes que rigen el universo, fué antes pintor y poeta, como lo prueban algunas de las composiciones que conservan con sumo cuidado los aficionados ingleses.

Cuando cumplió quince años nuestro muchacho, enviudó por segunda vez su madre, la cual se retiró con los tres hijos que tuvo de Smith á Woolsthorpe, y apesar de las grandes esperanzas que de los progresos de Newton se concebian, por razones de economía, resolvióse ocuparle en los negocios agrícolas de la casa. Iba nuestro jóven todos los sábados al mercado de Grantham, acompañado de un antiguo criado á vender los productos de la cosecha, y á comprar lo necesario para la familia. Mas en lugar de aprovechar el tiempo en adquirir experiencia en la gestion de los negocios del cortijo, lo empleaba en la lectura de algunos libros viejos que poseia su antiguo huésped el boticario. Frecuentemente dejaba á su compañero que cumpliera el objeto del viaje, quedándose él en algun soto, en donde dibujaba ó se entregaba al vuelo de su imaginacion.

En tan temprana edad ocupábase mucho en astrología judiciaria, y como esta habia revestido sus fórmulas estrafalarias del lenguaje matemático, por el deseo de comprenderlas y penetrar en los profundos misterios de lo por venir, se decidió el jóven Isaac á estudiar la mas importante de las ciencias exactas. Esto nos recuerda que otro astrónomo tambien muy célebre, el grande Herschell emprendió este mismo estudio de las matemáticas para aplicarlas á la música. ¡Por cuán extraños caminos el hombre llega á conocer su vocacion!

En casa del boticario de Grantham habia encontrado por acaso el jóven

Isaac entre un monton de libros viejos, á que nos hemos referido, alguno que trataba de ciencias ocultas, y como era achaque de aquellos tiempos creer á puño cerrado en la magia y astrología judiciaria, nuestro jóven, al vagar por los campos y sotos, íbasele la mente en investigaciones sobre los misterios del universo, cuyos laberintos recorria sin acertar con la salida.

Debian producir grande efecto en el muchacho, frases sin sentido y un lenguaje campanudo como el siguiente de Cornelio Agrícola, mago de primer órden: «Saber la razon formal que existe en el número, y si con el transcurso de los siglos se llega *á saber número de palabras y naturales con números divinos*, y la relacion que existe entre ellos con los tiempos, entonces se podrán efectuar operaciones maravillosas, y conocer cosas estupendas. ¡Felices los que consigan tan gran resultado!» Además asegura el tal Agrícola, que la magia se apoya en las matemáticas, porque todas las cosas están sujetas al número, peso, medida, armonía, movimiento, luz; así es que la doctrina de los números, está en íntima relacion con las ciencias ocultas. «Los números, continua, son sustancias mas perfectas, mas espirituales, celestiales, y ejercen influencias admirables, y cuanto existe ó se hace, es por medio de los números y sus relaciones.»

Ya comprenderá el lector, que esta mezcla de errores fantásticos, frases sin sentido y algunas verdades, en un siglo de controversias religiosas y de sutilezas teológicas, habian de exaltar las imaginaciones jóvenes, y que fué natural que ejerciesen alguna influencia sobre nuestro mancebo, y que de aquí recibiese el estímulo que le llevó al estudio de las matemáticas para alcanzar el sentido de tales sandeces.

Apercibióse luego la señora Smith, que las costumbres del jóven Newton, su falta de atencion, y aquel mirar vago del que vive por el espíritu en regiones elevadas, no harian prosperar los negocios de la granja; en consecuencia, resolvióse la madre de Newton á librarle del enojo de las ocupaciones del cortijo y que siguiera su vocacion: soltóle, pues, y el jóven Isaac volvióse á Grantham á continuar sus estudios que le enseñaron á cultivar la ciencia por medio de la observacion.

Cuando Newton emprendió el de las matemáticas, el álgebra alcanzaba ya entonces los caractéres de generalidad convenientes para traducir sus fórmulas en signos gráficos, de modo que el geómetra pasaba fácilmente de los hechos y de las leyes de los números, á los hechos y leyes del espacio, y habia ya Napier inventado los logaritmos, que tanto trabajo ahorran á los calculadores. El inglés Wallis adelantara tambien mucho en la reso-

lucion de los grandes problemas de la rectificacion y cuadratura de las curvas con la publicacion de su Mecánica y la *Aritmética de los infinitos.* Sin embargo tan poca cosa era aun la geometría que el célebre Pascal, el ilustre autor de las *Secciones cónicas*, escribia al matemático de Tolosa Fermat, lo siguiente: «Hablando francamente, creo que la geometría es el ejercicio mas alto de la mente, pero tan inútil, que encuentro muy poca diferencia entre un buen geómetra y un hábil artesano; por lo cual lo tengo por el arte mas bonito que hay en el mundo, mas al fin un arte bueno para un ensayo, pero no para dedicar á él todas nuestras fuerzas.» Y cuando Pascal escribia estas palabras, conocia perfectamente la *Geometría* que su compatriota Descartes publicara en 1637, conteniendo los principios de la rama de las ciencias matemáticas, conocida con el nombre de *aplicacion del álgebra á la geometría.*

Los estudios matemáticos de Newton, empezaron por la geometría de Euclides, y le parecieron tan evidentes las proposiciones de este maestro griego y profesor de matemáticas en Alejandría, que no tuvo nunca necesidad de leer las demostraciones. Dícese que mas tarde se lamentaba de no haber puesto mas atencion á estas demostraciones, y lo comprendemos, porque es un grande ejercicio intelectual la demostracion de los teoremas, y en particular de los que nos aparecen como axiomáticos, entre los cuales hay uno que ni Euclides, Lagrange, ni nadie todavía ha logrado su demostracion.

Algunos biógrafos han asegurado que Newton no tuvo otra pasion en la vida que la inspirada por la ciencia; quizá por parecerles propio de una inteligencia tan elevada como la suya, y ocupada en la resolucion de tan grandiosos problemas, ser indiferente á los sentimientos que hacen la dicha de los mortales. Sin embargo es muy cierto que Newton no tuvo este defecto, que fué hombre como los demas, y de que estuvo enamorado, lo prueban las cartas de amor que se han hallado por él firmadas.

En efecto; tomó orígen su pasion en las reuniones que en su casa tenia el citado señor Clarke, donde algunas familias llevaban allí á sus hijos é hijas, entre las cuales vió á la señorita Storey. Tenia entonces Newton diez y siete años, la jóven adorada solo catorce, y el misterio y la reserva que guardaron, eran propios de la modestia de la niña y de la timidez del mancebo. Por otra parte, ¿cómo comprometerse de una manera pública siendo la fortuna de Newton tan escasa y tan inseguro su porvenir?

Newton no tuvo otros amores durante su vida; esta pasion fué superior

á su voluntad, resistió á la ausencia, á los sérios estudios, á los resplandores de la gloria, y lo que parece inverosímil, á la inconstancia de su adorada. La señorita de Storey, sea por obedecer á la autoridad paterna, soberana en aquellos tiempos en el corazon de las hijas de familia, ó por otros motivos, contrajo matrimonio una primera vez, y luego de viuda pasó á segundas nupcias con un tal Vincent que fué bastante desgraciado en sus negocios. Viendo Newton á su adorada en una situacion precaria, y estando él en el apogeo de su gloria, rehizo la fortuna de Vincent por amor á su esposa; y por la confianza que esta tenia con el doctor Stukely, se sabe que Newton, en sus viajes por el Lincolshire, no dejaba nunca de visitarla.

Quizá por tener su familia conocimiento de estos amores, ó porque la justa fama de los talentos y progresos del jóven Isaac halagasen el orgullo de sus parientes, es lo cierto que, por consejo y la autoridad que ejercia entre ellos un hermano de la viuda, el jóven Newton fué enviado á Cambridge al colegio de la Trinidad, donde entró en 5 de Junio de 1660.

En poco tiempo dominó la geometría de Descartes, la aritmética de los infinitos de Wallis, la óptica de Keplero y cuantos progresos habian hecho las matemáticas hasta á aquella época, comprendiendo en ellas las ciencias exactas como la física, la astronomía, la óptica, etc. De modo que en 1665 pudo hacer oposiciones á la cátedra de agregado de la Universidad de Cambridge.

Ocupábale ya entonces á Newton la resolucion del gran problema que debia darle la justa fama que atravesará todos los siglos, no teniendo todavía cumplidos los veintitres años.

Dícese que la primera idea de la gravitacion universal, le acudió estando sentado debajo de la copa de una encina, y á consecueacia de haberle caido una bellota sobre la cabeza: este hecho le hizo reflexionar sobre las leyes de la caida de los graves de Galileo, y preguntándose si era posible que la Luna cayese como la bellota, contestóse á sí propio, que en realidad la Luna *cae hácia la Tierra*, toda vez que no se escapa por la tangente de la órbita mensual que describe, teniendo por foco el centro de la Tierra.

Entregado á este estudio, demostró que una fuerza atractiva emanando de un punto, y obrando recíprocamente sobre otro en razon inversa del cuadrado de la distancia, haria necesariamente describir al cuerpo solicitado una elipse, ó en general, una seccion cónica, ocupando el cuerpo

solicitante uno de los focos de la curva. Los movimientos producidos por dicha fuerza, son exactamente parecidos á los movimientos planetarios, ya se considere la velocidad en cada uno de los puntos de la órbita, ó ya se examine la forma de esta misma. Precisamente en esto consistia el secreto del mundo, secreto que un jóven de veintidos años, estudiante en el colegio de la Trinidad de Cambridge, antes del mes de junio de 1665, habia arrancado de la bóveda celeste, para aplicarlo al sistema de Copérnico, y dar la base á las admirables leyes de Keplero.

Buscó desde luego si por su hipótesis se explicaba el movimiento de la Luna en su órbita mensual; esto es, si la fuerza que retenia la Luna al rededor del centro de la Tierra, revestia los caractéres propios de la fuerza de gravedad, estudiada en la superficie de la Tierra, y disminuida en la razon del cuadrado de las distancias.

Desgraciadamente las medidas que entonces se tenian del volúmen de la Tierra eran falsas; solo en 1682 se publicaron las verdaderas obtenidas por Picard; Newton no podia saberlo; ignoraba, pues, el verdadero valor del radio terrestre, y al hacer la aplicacion con el falso valor de dicho radio, halló que la fuerza central de la Tierra reteniendo la Luna, era una sexta parte mayor que el indicado por el movimiento de dicho satélite.

¿Era falsa, pues, la hipótesis de ser la atraccion una fuerza que disminuye segun el cuadrado de la distancia? Sin embargo Keplero habia probado que la luz, partiendo de un foco, disminuye conforme á la indicada razon, y la luz en este caso es una fuerza lumínica central; ¿por qué la atraccion debia dejar de tener este mismo carácter?

Ningun astrónomo ni geómetra moderno duda del inmenso genio y constancia grandísima de Keplero, y apesar de haber hallado que el poder luminoso de un foco, disminuye segun el cuadrado de la distancia, estableció que la atraccion disminuia conforme á la simple distancia; es decir, desconoció la ley general de los centros irradiantes, en que se afianza la teoría de Newton.

Y ¡cuánto no debió ser su desencanto, al ver que nuestro satélite se sustraia á la ley tan perfectamente demostrada por el cálculo! ¡Dudar de la ciencia es una blasfemia! ¡Creer en la locura propia, un contrasentido! ¡Creer en los errores de otros, es consolador; mas el jóven estudiante no podia emprender la medicion de un grado terrestre, que solo de tarde en tarde habia verificado algun soberano de la tierra! ¡Y pensar que quizás de la

rectificacion de esta medida surgiria la ley que relaciona entre sí la materia que circula por los infinitos espacios celestes!

En la agitacion del ánimo en que combaten la duda, el desengaño, la impotencia, con la conviccion de la verdad, con la demostracion geométrica de un teorema, que un hecho contradecia, y cuya anomalía no era posible explicar, sino suponiendo errores de observacion, pasaba Newton noches de insomnio, dias amargos, tanto que sus facultades intelectuales quizá sufrieron un pequeño eclipse que debia repetirse en otro trance desgraciado de su vida.

No repuesto aun, entró nuestro jóven en las oposiciones de que hemos hecho mérito mas arriba, en competencia con otro matemático de que la historia conserva su nombre solo porque fué el único concurrente que tuvo Newton. Llamábase este individuo Uvedale, y obtuvo en su favor la mayoría del tribunal, apesar de formar parte de él el célebre matemático Barrow, inventor de un triángulo que se llamó diferencial, quien tenia estrecha amistad con nuestro jóven por haber entre los dos comercio de proyectos y estudios. Newton fué derrotado.

En los tres años siguientes de 1666, 67 y 68 tomó varios grados universitarios, y en 1669, habiendo el doctor Barrow renunciado su cátedra de matemáticas para consagrarse al estudio de la teología, que como hemos visto en anteriores biografías, era la enfermedad de la época, Newton fué nombrado para reemplazarle, y en 1675 el rey Cárlos II acordó á nuestro geómetra las dispensas entonces necesarias para continuar sin recibir las órdenes, enseñando como agregado en el colegio de la Trinidad de Cambridge.

En las lecciones de óptica dadas en 1669, 70 y 71, desarrolló la teoría de la formacion del *Arco Iris.*

Como sabe el lector, el arco iris consiste en una faja de apariencia circular en que están distribuidos los colores del espectro, hallándose el rojo en la parte exterior, y cuyo arco se muestra si llueve, en la parte del cielo opuesta al Sol. Con frecuencia este arco va acompañado de un segundo, concéntrico al primero, mas pálido, y en donde los colores aparecen en órden inverso, estando situado el rojo en la parte interior. El arco iris se observa tambien en las cascadas, surtidores, y aun arrojando agua con la boca, como menudísima lluvia, estando de espaldas al Sol. La misma luz de la Luna tambien lo produce en ciertas circunstancias y por las mismas causas, solamente que es muy débil.

Los antiguos filósofos, observando que siempre aparece el arco iris por la parte opuesta al Sol y en tiempo de lluvia, opinaron que era un fenómeno de reflexion en las gotas de agua. Aristóteles supuso que la reflexion tenia lugar sobre su superficie convexa, y atribuia los colores á la mezcla de los rayos reflejados con la sombra de la nube; Séneca creia que era una reflexion sobre una nube cóncava; Vitelio, matemático polaco del siglo XIII, deduce de la coloracion, que es un fenómeno doble de refraccion y reflexion; Maurolico, matemático italiano del mismo siglo XIII, á una reflexion doble interior y exterior en cada gota de agua; Keplero, precisa la marcha de un rayo de luz solar en una gota de agua, diciendo que se refracta entrando en ella, que luego se refleja en el interior y vuelve á salir refractándose una segunda vez. Los fundamentos de la verdadera teoría del arco iris fueron echados por el arzobispo de Espalatro Antonio de Dominis, que murió en 1611 en los calabozos de la Inquisicion; pero no pudo explicar el segundo arco, y Descartes la perfeccionó aunque no la completó. Esta gloria la adquirió Newton que habia descubierto y estudiado la desigual refrangibilidad de los rayos coloreados, y explicó y demostró como se separaban unos de otros en el acto de penetrar y emerger de una gota de agua. En el primer arco, una parte de estos rayos de luz descompuestos los vé el observador habiendo sufrido una sola refraccion dentro de las gotas de agua, y por lo tanto son vivos; en el segundo arco han sufrido dos refracciones, y por esto son pálidos y están colocados de una manera inversa.

No podia menos que acertar Newton en la teoría del arco iris, ya que estudiando atentamente el prisma trasparente y los efectos de los lentes, habia descubierto que la luz del sol no era homogénea, sino compuesta de cierto número de rayos primarios teniendo cada uno diversa refrangibilidad, cuya calidad es inherente á cualquiera rayo, no importando la modificacion que haya experimentado. Tambien habia descubierto que los rayos tienen diversa reflexibilidad y que dan diversos colores á los objetos segun varia el grado de reflexion. Y si bien Grimaldi antes que él halló la difraccion ó inflexion de la luz, sin embargo, él, ignorando la invencion de dicho físico, tambien la descubrió.

Naturalmente, de la descomposicion de la luz debia deducir Newton el *sistema de la emision,* esto es, que la luz existia por sí, que era una esencia, un cuerpo y no un movimiento. Suponia que todos los cuerpos luminosos lanzan en todas direcciones y con una rapidez prodigiosa, partículas, de una naturaleza especial, de una tenuidad extrema y muy separadas unas

de otras, lo cual facilita su curso por el espacio y hace que no impidan unas el movimiento de proyeccion de las otras. Por este sistema, que fué luego reconocido como falso y que se sostuvo solamente por la autoridad de Newton, no pueden explicarse muchos fenómenos: Huygens fué de los primeros en atacarle y Eulero, geómetro suizo, dijo que era un *extravío de un grande hombre.* En el *sistema de las ondulaciones* de Huygens, la luz consiste en los movimientos vibratorios del éter, los cuales se comunican, segun los modernos experimentos, con una velocidad de 77,000 leguas por segundo, y por dichas vibraciones se explican todos los fenómenos de la luz.

Sin embargo, como prueba de la sinceridad científica de Newton diremos que se adhirió al sistema de las ondulaciones, escribiendo á Boyle, químico irlandés, en cuya carta además de admitir las vibraciones del éter para la propagacion de la luz, consigna que por medio del éter pueden tambien explicarse los fenómenos del peso y de la atraccion.

La idea de los telescopios de reflexion, emitida por el padre Marsenne en 1639, y por el padre Zucchi en 1652, realizada por Gregorio en 1663, fué perfeccionada por Newton en 1671, en cuya fecha presentó á la Sociedad Real de Lóndres un telescopio, hecho por sus propias manos, y que se conserva, con razon, en dicha sociedad como una reliquia.

Por este sistema de reflexion se obtenian imágenes de los objetos lejanos mas acentuadas y de mayor amplitud que con los anteojos de Galileo, de iguales dimensiones.

Estos trabajos y otras comunicaciones que dirigió á la Sociedad Real de Lóndres, le valieron ser nombrado en 1671 miembro de ella, siendo presentado por Seth Ward, obispo de Salisbury, conocido tambien por algunos trabajos importantes sobre astronomía.

Dedicábase Newton con éxito á la oscura ciencia de la alquimia, mas no para buscar en ella la piedra filosofal, sino para estudiar, entre otros fenómenos, las dobles descomposiciones á favor de la atraccion electiva que fué el primero en indicar; el de las variaciones de temperatura producidas por los cuerpos al pasar al estado sólido, líquido ó gaseoso; el de una graduacion metódica del termómetro, por medio de la cual pudiesen compararse las observaciones en cualquier parte; y por último indicó la naturaleza de la afinidad química, y explicándola por la atraccion recíproca de las moléculas, desterró la infantil teoría de que estuviesen unidas unas á otras por medio de anillos y ganchos.

Se ha dicho de Newton que, donde quiera que aplicase su genio, de allí

salian raudales de luz; pero en ninguna parte mostró tanta elevacion y llevó tan al extremo las consecuencias de los principios como en las matemáticas. Ya hemos mentado el triángulo del amigo de Newton y al mismo tiempo su profesor el doctor Barrow, que despues fué llamado diferencial, por dar una solucion al problema de las tangentes; por otra parte Wallis habia trabajado con fruto en la cuadratura de las áreas curvilíneas; pues bien, Newton, partiendo de aquella idea y de este método, inventó séries generales aplicables á la misma cuadratura, llegó al famoso teorema del binomio, y halló las fluxiones que explicaban el método de los indivisibles. Comunicó Newton enigmáticamente á Leibnitz este método, y el matemático aleman lo adivinó ó descubrió por sí, titulándole *Cálculo diferencial.*

El cálculo diferencial es el mas grande descubrimiento matemático que hayan hecho los hombres, y si se considera la importancia y la variedad de sus aplicaciones, es la mas fecunda concepcion del espíritu humano. Á favor del cálculo diferencial, el analista ataca las cuestiones de todo género por sus verdaderos elementos y en su misma esencia, y de esta manera recorre las partes de los fenómenos naturales, sin dejar ninguna por examinar. Por el cálculo diferencial, simples escolares, resuelven problemas, ante los cuales la antigua geometría, aun manejada por un Arquimedes, se declaraba impotente. Es natural, pues, que genios poderosos como Leibnitz y Newton y dos grandes naciones, como Alemania é Inglaterra, se hayan disputado con ardor y aun con animosidad el mérito de la invencion.

El cálculo diferencial, sin embargo, fue inventado por Fermat, magistrado de Tolosa, segun Lagrange, D'Alembert, Laplace y Aragó. Fermat hizo trabajos aritméticos que todavía no han ultrapasado los modernos; de ellos decia Pascal escribiendo á Fermat: « Buscad á alguien que os siga en vuestras invenciones numéricas; en cuanto á mí puedo aseguraros que no las alcanzo; no puedo hacer mas que admirarlas. » Y aun Eulero, Lagrange y Legendre no pudieron demostrar algunas de las proposiciones de Fermat.

¿Conocieron Leibnitz y Newton las obras del matemático francés? Aunque el célebre Huygens, contradictor de Newton y contemporáneo de estos tres genios, en su *Arte de conjeturar*, confiese paladinamente, que conoce todos los trabajos que han hecho los geómetras franceses sobre el *cálculo de las probabilidades* (y Fermat habia ya echado los fundamentos de esta nueva ciencia), no es probable que conocieran estos trabajos, porque Fermat publicaba tan poco, é hizo tan poco ruido, que Voltaire no le incluye en el número de los sabios que ilustraron el reinado de Luis XIV,

y de haberlos conocido Huygens en sus polémicas con Newton, le hubiera echado en cara el plagio.

Sea como quiera, la prioridad en la invencion del cálculo diferencial no es de Newton ni de Leibnitz, sino de Fermat, puesto que se encuentra en la edicion que su hijo Samuel hizo en 1679 de las obras su padre (que falleció en 1664), con el título de *Varia opera mathematica;* sin embargo, el mérito intrínseco de la invencion pertenece á los tres, ya que Newton y Leibnitz ignoraban los trabajos de Fermat.

Mas pasemos ya á exponer otra fase de la vida de nuestro grande hombre. ¿Qué parte tomó Newton en los sucesos de su pais, ya que fué nombrado diputado? El movimiento religioso, iniciado por Lutero, duraba todavía en Europa; y el político-religioso del tiempo de Cromwell, no solo alcanzó la mocedad de Newton, sino que tuvo una influencia marcada durante la restauracion de la monarquía. El débil, voluptuoso, negligente y arbitrario Cárlos II, se vió obligado á sancionar el *Habeas Corpus,* tercera ley fundamental de Inglaterra, por la cual es castigado todo funcionario público que no presente la órden y los motivos de la prision al detenido y al juez, dentro de las veinticuatro horas. Así creyeron contener los ingleses las inclinaciones que al gobierno despótico tenia Cárlos II; pero luego cobró bastante prestigio y fuerza para llamar á la córte á su hermano el duque de York, católico decidido, que le heredó en 1685, bajo el nombre de Jacobo II. Este tomó por divisa: *A deo rex, á rege lex.*

Quiso el católico, pero poco prudente rey, dar á su Iglesia preeminencia sobre las demás, en un pais que, por no soportar los privilegios de la anglicana, corriera los azares de una larga guerra, y todavía más larga dictadura revolucionaria ejercida por Cromwell.

Entre las disposiciones que tomó para robustecer al partido papista, hay una que hizo exhibir la persona de Newton en el terreno político. Mandaba el rey conferir al padre Francisco el grado de Maestro en artes, dispensándole del juramento de pleito homenage á las instituciones religiosas reformadas. La Universidad de Cambridge protestó; el rey insistió, amenazando á los profesores, y la Universidad persistió en sus protestas. Newton, como uno de los catedráticos, tomó con calor la defensa de los derechos universitarios, y su colegas le cometieron poderes para sostener la cuestion ante el tribunal supremo. Desistió el rey, y la Universidad, en agradecimiento á Newton, nombróle en 1688 su representante en el Parlamento.

Sobrevinieron luego los sucesos políticos que destronaron á Jacobo II: su hijo político, el estatúder de Holanda, príncipe de Orange, y nieto de Cárlos I, con tropas de su pais, y bajo la divisa: *Por la religion protestante y por la libertad de Inglaterra,* se apoderó del trono de su suegro, y fué coronado rey, junto con su mujer Ana, bajo el nombre de Guillermo III, en 2 de Enero de 1689.

Newton formaba parte del Parlamento que reconoció á Guillermo; de aquel Parlamento que se inmortalizó presentando al rey la célebre *Declaracion de los derechos* [1] que forma la cuarta ley fundamental de Inglaterra.

Por lo demás, su carrera parlamentaria, que abraza el período comprendido entre 1688 y 1695, no tiene ninguna brillantez. Dícese que en las sesiones públicas tomó una sola vez la palabra, y aun fué para pedir al ugier de la Cámara de los Comunes que cerrara una ventana por donde entraba una corriente que podia constipar al orador que á la sazon peroraba.

Si como hombre político brilló poco Newton, tomó en la revolucion religiosa una parte activa, escribiendo muchos volúmenes de sueños místicos, como él mismo los calificaba en una carta al filósofo Locke, y publicando unos comentarios sobre la Apocalípsis.

[1] Hé aquí sus principales disposiciones, ya que Newton intervino en ellas, como miembro de la comision que las redactó:

1.° El pretendido poder de suspender la ejecucion de las leyes por la autoridad real, sin consentimiento del Parlamento, es contrario á las leyes.

2.° El dispensar de la obediencia á las leyes y de ejecutarlas por autoridad real, es contrario á las leyes.

3.° La creacion de un tribunal eclesiástico ó de cualquier otro, es contrario á las leyes.

4.° La exaccion de contribuciones para la corona, sin ser concedida por el Parlamento, es contrario á las leyes.

5.° Los súbditos tienen derecho para presentar peticiones al rey, y no se les puede procesar ni detener por el uso de este derecho.

6.° Es asímismo contrario á las leyes, levantar ó sostener ejércitos en el reino en tiempo de paz, sin anuencia del Parlamento.

7.° Los súbditos protestantes pueden tener armas para su defensa, segun su condicion, y con arreglo á las leyes.

8.° Las elecciones de diputados al Parlamento deben ser libres.

9.° Los discursos pronunciados en los debates del Parlamento, no deben ser examinados en ningun otro tribunal ó sitio fuera del mismo Parlamento.

10 Los jurados deben ser elegidos con imparcialidad. Solo los miembros de la Cámara de los Comunes, pueden ser jurados en los delitos de lesa majestad.

11 Para poner remedio á las quejas, corregir, robustecer las leyes y sostenerlas, es necesario convocar con frecuencia los Parlamentos.

Dícese que Newton era *sociniano ;* [1] su celo religioso al menos era activo; pero nunca intolerante, calidad eminente en una época en que se desconocia el valor de la palabra tolerancia. Amigo íntimo del célebre astrónomo Halley, que sucedió á Flamsteed en la direccion del Observatorio astronómico de Greenwich, tolerábale su escepticismo, y aun las chanzas que se permitia sobre materias religiosas, limitándose Newton á contenerle, diciéndole:

« Yo he estudiado estas cosas y vos no. »

Newton, que al tratar de asuntos científicos mostraba una incomparable seguridad de juicio, una impasibilidad que admiraba á todo el mundo, y que trasciende á sus escritos; sin embargo en el terreno religioso era entusiasta, tanto que una vez intentó cambiar la pluma por la espada.

Ya recordará el lector, si nos ha seguido en anteriores biografías, que entónces se sentia poco la complacencia que da ver la felicidad de los demás, cuando uno no participa de ella; por el contrario dominaba el prurito de hacer la dicha del prójimo imponiéndole las creencias propias. Fatigábale á Luis XIV que hubiese entre sus súbditos comarcas que, como las del mediodia de Francia, vivieran fuera de la Iglesia galicana, y, en lugar de enviarles misioneros que las catequizaran, llevó allá á sus dragones; y el saqueo, la sangre, la violacion y la confiscacion de bienes produjeron innumerables víctimas, y una emigracion á paises extranjeros de un millon de franceses. Estas fueron las *dragonadas* de Luis XIV.

Luego se revocó el edicto de Nantes otorgado por Enrique IV á favor de los protestantes, y los que quedaron con vida y no emigraron, se reunian ocultamente en los bosques y selvas para recibir de sus ministros la comunion y oir sus sermones.

Mas pareciéndoles ocasion oportuna la de estar ocupado Luis XIV en la guerra de sucesion con España, se revelaron los protestantes de las Cevenas, á quienes llamaron Camisardos por la camisa que, como uniforme, les distinguia. Cien mil de ellos murieron en los campos de batalla, y diez mil en los horribles suplicios del potro, de la hoguera, quemados á fuego lento, descuartizados, despellejados, arrancándoles los ojos, abriéndoles por el

[1] Fausto Socino, heresiarca del siglo XVI, no admitia de la trinidad cristiana mas que el Padre; Jesucristo era un hombre superior á los demás hombres, y enviado á la tierra, no como mediador, sino como Señor y modelo. Negaba además los sacramentos y el pecado original.

vientre, amputándoles las extremidades, y abandonándoles á una prolongada agonía.

A estas horribles maldades, se mostraron insensibles y egoistas las protestantes Inglaterra, Holanda y Alemania, porque ni entonces, ni todavía hoy tienen alma las naciones; pero los hombres justos, honrados y sensibles hubieran sacrificado su vida en defensa de aquellos infelices. Newton fué uno de ellos; quiso partir para las Cevenas; dispuso su viaje. vendió sus muebles, y al hacer á su amigo Halley depositario de sus manuscritos y notas de sus experimentos y estudios, éste le detuvo, recordándole que un sabio servia mejor los intereses de la humanidad en el observatorio, en el laboratorio, en el bufete inventando nuevos procedimientos analíticos, que muriendo en país extranjero en defensa de unos fanáticos que en Inglaterra, Alemania y Holanda hacian lo propio con los católicos.

Apesar de tener catorce años ménos Halley que Newton, ejercia sobre él una grande influencia; sabio geómetra y buen astrónomo, residió un año en la isla de Santa Elena para estudiar las constelaciones del Sud; excelente físico, habia navegado mucho tiempo para comprobar su teoría acerca de la declinacion de la aguja magnética, y no solamente describió la órbita del cometa que lleva su nombre y aparece cada 75 años, sino tambien observó el movimiento propio de algunas estrellas, novedad que impresionó á los sabios, pues hasta entónces se habia creido en la inmutabilidad de los cielos. Además de estos títulos al aprecio de Newton le habia dado Halley una prueba de sincera amistad en 1686, constituyéndose editor de la inmortal obra de los *Principios de la filosofía natural*, y como cultivaba con éxito la poesía latina, celebró en el prólogo de dicha obra y en admirables versos los descubrimientos de Newton. En apoyo de las razones del amigo, vinieron las elecciones de 1701 que llevaron nuevamente á Newton al Parlamento, desistiendo entonces de consumar su generoso sacrificio.

La amistad de estos dos sabios no fué oscurecida por ninguna nube, apesar de profesar idolatrías tan distintas: siendo la de Halley dirigida al hombre, y la de Newton, á Dios.

Descritos los hechos científicos que dieron fama inmortal al gran geómetra, hallamos en las biografías inglesas hechos que prueban la excesiva timidez de su carácter. Cuéntase de él que yendo en coche por las calles de Lóndres iba con los brazos extendidos y las manos fuertemente

asidas á las portezuelas por temor á los vuelcos, y dícese que tambien lo sentia grande para hablar en público, tanto, que aun en los salones guardaba silencio. Solo en las aulas y en el trato íntimo era verboso y expansivo, citándose como ejemplo de su timidez el siguiente hecho.

En 1714 ocupábase el Parlamento en discutir un proyecto de ley referente á los fondos necesarios á la dotacion de la marina militar inglesa de nuevos instrumentos para determinar las longitudes en mar. Consultado Newton, dió su dictámen por escrito; mas habiendo algunos diputados puesto reparos y objeciones, era indispensable que nuestro grande hombre terciase en el debate y emitiese verbalmente su opinion, y á pesar de ser las instancias vivas, no pudo articular una palabra. ¡De tal manera le imponia y apocaba la espectacion pública! En este trance Whiston, que por amistad y deferencia tomaba asiento en la Cámara junto al gran matemático, fué en su auxilio y exclamó: «El señor Newton experimenta alguna repugnancia en dar á conocer su opinion, pero yo puedo asegurar que es favorable al proyecto.»

Rompiendo entónces el silencio Newton, repitió lo que su amigo habia dicho y fué aprobado el *bill.*

Acerca del carácter del eminente geómetra, el mismo Whiston que refutó una obra suya cronológica, dice: «Newton era el hombre mas tímido, cauteloso y dado á la sospecha que yo haya conocido jamás, y viviendo él no me hubiera atrevido á refutar su cronología, porque, *segun yo le conocia, temiera que me matase.*»

Si dudamos de la veracidad de Whiston, viene á nuestro encuentro un pasaje de las *Memorias* de Flamsteed, que confirma el juicio de Whiston: «Newton, dice, me ha parecido siempre envidioso, ambicioso, excesivamente ávido de alabanzas y rebelde á la contradiccion.»

Sin embargo, la opinion de Flamsteed es sospechosa por ser de un hombre muy susceptible y que tuvo alguna diferencia con Newton. Deseoso éste de comprobar su teoría de la Luna con las posiciones observadas por Flamsteed, director del Observatorio astronómico de Greenwich, pidióselas, y éste se las otorgó con la condicion de que Newton no las comunicaria á nadie, ni las consecuencias que de ellas dedujera. Parece que Newton faltó al compromiso, y de aquí nació una hostilidad que no se extinguió jamás.

Mas la sinceridad de Whiston tiene en su apoyo las buenas relaciones que siempre con Newton le unieron, á ser editor de sus obras, y que éste

al dejar la cátedra de matemáticas de Cambridge, escogió á Whiston para suplirle, cediéndole los emolumentos por completo, yendo él á ocupar la tesorería de la Casa de la Moneda de Lóndres. Con todo esto creemos que la asercion de Whiston es hiperbólica y que no expresa otra cosa sino que Newton, como la generalidad de los hombres, sentia mucho ser corregido y le dolia tanto mas en cuanto gozaba de una fama universal.

En 1793 aconteciósle á Newton una desgracia, que á dar crédito á ciertos historiadores, tuvo una notable influencia en la carrera intelectual del gran geómetra. Habiendo ido, segun su costumbre, en la velada de cierto dia á la capilla á rezar sus oraciones, Newton dejó olvidada la vela encendida sobre el pupitre, y durante su ausencia, un perro que tenia y estimaba en mucho, llamado *Diamante*, volcó la vela, prendió la llama á los papeles y una gran parte de los manuscritos y notas fueron reducidos á cenizas.

A la vuelta y apercibiéndose del desastre, ya irreparable, que aniquiló tantos trabajos, segun unos se limitó á exclamar:

«¡Ah! *¡Diamante, Diamante!* no sospechas tú el mal que has hecho!»

Segun otros, causóle tan profunda impresion la desgracia, que por algun tiempo estuvo enfermo y aun debilitada su inteligencia.

La cuestion del eclipse momentáneo de las elevadas facultades de Newton ha sido debatida en nuestros tiempos con calor. M. Biot se pronunció por la afirmativa, apoyándose en una nota de Huygens que figura entre los manuscritos de la Biblioteca de Leyde; miéntras que sir David Brewster de Edimburgo, combatia el valor que pudiera tener la tal nota, ya que la noticia habia sido comunicada verbalmente á Huygens.

Mas de la correspondencia de Newton con Locke, puede deducirse, segun Aragó, que el gran geómetra perdió en aquella ocasion la memoria. En 1693 escribia á Locke:

«No me acuerdo de haber escrito la carta á que contestais.»

Y la carta á que se referia el filósofo se ha encontrado en la coleccion de autógrafos de lord Kink, uno de los descendientes de Locke.

Dice así la carta olvidada por Newton:

«Señor:

«Habiendo creido que queriais enredarme con mujeres y por otros medios, me afecté tanto, que al saber que estabais enfermo de peligro, dije que me holgara de vuestra muerte. Quisiera que olvidarais un deseo tan poco caritativo, porque estoy convencido de que obrasteis lealmente. Pídoos perdon por haber tenido tan duros deseos y presentándoos á los

demás como un hombre que se ha desviado de la moral en vuestra obra sobre las ideas y en otra que pensais publicar. Os tomé por Hobbista.

«Tambien os pido perdon de haber dicho ó pensado que era cuestion de venderme un empleo ó enredarme.

«Soy vuestro humilde é infortunado servidor,

«Isaac Newton.

«16 de Setiembre 1693.»

Esta extraña carta ya comprenderá el lector que no es de aquellas que se olvidan fácilmente, sino en el caso de haber sido escritas en momentos de una gran perturbacion mental.

Dícese de Huygens ya citado contemporáneo de Newton, astrónomo, geómetra, é inventor de los relojes de péndulo y de regulador en espiral, que, durante su permanencia en Francia, á consecuencia de disgustos de familia y de un exceso de trabajo, acaecióle tambien una desgracia de este género, y que transcurrido algun tiempo volvió á adquirir la plenitud de sus facultades mentales.

Newton desde 1669 á 1695 vivió en Cambridge regentando la cátedra de matemáticas, sin tomar otro descanso que el de tres ó cuatro semanas al año en tiempo de vacaciones. Llegado á la edad de cincuenta y tres el hombre que habia demostrado las leyes del girar de las esferas celestes y levantado el espíritu humano con sus portentosos descubrimientos, ninguna recompensa habia aun recibido del gobierno de su nacion, ni muestra alguna de reconocimiento, ni ninguna excitacion, siquiera como estímulo para el sabio y la estudiosa juventud; continuaba viviendo confinado en los muros del colegio en que empezara su carrera científica. Mas aun: miembro de la Sociedad Real de Lóndres, tuvo que dispensársele del pago de la módica cotizacion que los reglamentos imponen á cada uno de su miembros!

Por fin, cuando un discípulo suyo (un estudiante de la Universidad de Cambridge, Cárlos Montague, á quien apreciaba mucho Newton por sus talentos y por la grande adhesion y sincera amistad que le habia demostrado) llegó á ser presidente del Consejo de ministros, bajo el nombre de lord Halifax, obtuvo Newton el nombramiento de tesorero de la Casa de la Moneda, con el sueldo anual de 600 libras esterlinas (unas 15,000 pesetas), y cuatro años despues, y por la misma influencia, la direccion de la misma casa, con el sueldo de 1200 libras, ó sean unas 30,000 pesetas.

¿Debemos hacernos eco de la malicia de aquella edad, y del escepticismo de Voltaire, respecto de este rasgo de justicia tardía otorgada por el gobierno y por la mediacion de lord Halifax? Contaremos el hecho sin dar asenso á la murmuracion.

Tenia Newton una sobrina viuda del coronel Barton, jóven, bella, espiritual, que inspiró una viva pasion á lord Halifax. Se ignoran las circunstancias que le impidieron al lord contraer matrimonio con la viuda; pero la malignidad, apoyándose en el hecho de la pasion del Lord, y en las circunstancias de legar una gran parte de su fortuna á mistress Barton y cien libras esterlinas de renta á Newton, atribuyó las recompensas que éste obtuvo, mas á las gracias de su jóven sobrina, que á los justos merecimientos del autor del cálculo infinitesimal y de la gravitacion universal. Mas la circunstancia de ser amigo, discípulo, y uno de los mas entusiastas admiradores del mérito de Newton, Cárlos Montague, disipa toda suposicion maligna. Al fin no es tan raro el acto de otorgar una recompensa al mérito. Y además ¿no es lógica la suposicion contraria, de haber influido mucho en la pasion del Lord, la circunstancia de ser mistress Barton sobrina del gran geómetra?

En la córte se estimaban en poco los méritos de Newton, y encontró mucha resistencia en la reina Ana el nombramiento del inmortal geómetra para caballero de la espuela dorada, como la halló tambien en nuestros tiempos, el ilustre químico Gay-Lussac para entrar en la Cámara vitalicia de los Pares de Francia, y en ambos casos fundada en que se ocupaban en trabajos manuales. Naturalmente las manos de Newton no eran aristocráticas, ni afilados los dedos, sino por el contrario desarrollados en sus yemas. Así tambien las tenian los ilustres Galileo y Huygens, anteriores á Newton, Herschell, y lord Rose, que las emplearon en pulir los cristales y espejos de sus telescopios... que los conocimientos positivos del cielo no se deben á las manos cuidadas y ociosas de los descendientes de los fieros barones de la edad Media, sino á elevados genios que tuvieron al mismo tiempo pasion por los trabajos mecánicos. Pero al fin Newton honró el título de caballero, como Gay-Lussac el de par de Francia.

En 1703, Newton fué nombrado presidente de la Sociedad Real de Lóndres, siendo reelegido todos los años hasta su muerte. Este sí que fué el gran triunfo del genio, y no puede desearse honra mayor que la de figurar por el voto de los mismos sabios, á la cabeza de la más elevada corporacion científica de una nacion. Ya antes, en 1699, la Academia de

Paris, que acababa de reformar sus reglamentos, con el objeto de poder asociar á sus trabajos un corto número de sabios extranjeros, otorgó á Newton uno de sus primeros nombramientos.

Se ha hablado mucho de la modestia de Newton. Si se pretende que el gran geómetra no fué fátuo, y que tuvo la virtud de no imponerse á los demás por su inmensa gloria, convenimos en que fué muy modesto; mas Newton, en la expansion legítima de sus sentimientos, se complacia en su propia gloria, como es natural, sin que pudiese ser tildado de inmodesto. Decia en una de sus cartas:

« Delante de la naturaleza uno es modesto. »

En otra afirmaba:

« Uno puede sentir noblemente sus fuerzas, en frente de los trabajos de los hombres. »

Con su espíritu penetrante y profundo, conocia bien que los hechos y descubrimientos numerosos é importantes que habia hecho, eran una pequeña parte de lo que ocultaba la majestad de la naturaleza, segun la bella expresion de Plinio. M. Brewster nos ha transmitido los términos por los cuales expresaba este sentimiento:

« Ignoro lo que puedo parecer al mundo; por lo que á mí toca, me comparo á un niño que está entretenido jugando en la orilla del mar, recogiendo pedrezuelas mas ó menos lisas, ó alguna concha de mayor belleza que las ordinarias, mientras que el gran Océano de verdad está oculto á mis investigaciones. »

Las publicaciones de Newton eran tardías siempre: el motivo se funda en la mortificacion que le causaba la crítica, y mas que todo el gran número de enemigos de mala ley que atrae inevitablemente la gloria. Las polémicas que sostuvo con Pardies, Lucas, Huygens, Leibnitz, tienen una vivacidad é impaciencia impropias de tan grande hombre. Cansado de sufrir contradicciones, exclamaba:

« No quiero pensar mas en filosofía; imprudencia fué abandonar el inestimable tesoro de mi tranquilidad para correr tras una sombra.»

En efecto, Newton no habia nacido para luchar con los hombres, era demasiado susceptible, demasiado sensible. Ya recordará el lector en que estado le puso la falta de coincidencia entre hechos mal observados por otros, y su teoría de la gravitacion universal aplicada á la Luna; tambien recordará el abatimiento de sus facultades mentales, y especialmente de la memoria, cuando perdió el tesoro de sus notas y manuscritos, y ahora

debemos hacer mencion de otro hecho de sensibilidad, para convencernos de que Newton habia nacido para entregarse tranquilamente á sus trabajos, y estar léjos de toda controversia.

Hemos dicho ya, que hasta el año de 1682 no se publicó la medida de un grado de la meridiana que ejecutó en Francia el abate Picard, con bastante exactitud. Hablóse de ello en la Sociedad Real de Lóndres, y Newton tomó nota de los datos y resultados de la medicion del geómetra francés. Volvió á emprender los cálculos que habia hecho tan sin fruto diez y siete años antes, para indagar de qué cantidad cae la Luna hácia la Tierra en un segundo. Esta vez el cálculo estuvo perfectamente acorde con la idea de que la gravedad disminuye en razon del cuadrado de las distancias al centro de la Tierra, como hemos dicho antes.

Esta conformidad puso al célebre físico en una excitacion nerviosa tan intensa, que no pudo comprobar el cálculo, viéndose obligado á confiarlo á uno de sus amigos.

Admitida la fuerza atractiva como un hecho, Newton la estudió en los fenómenos terrestres de las mareas y de la precesion de los equinoxios, en las revoluciones de la Luna, de los planetas, de los satélites, de los cometas; y de este incomparable estudio surgieron los caractéres matemáticos, simples, universales de las fuerzas que presiden los movimientos de todos los astros.

Mas ¿cuál es la causa de la gravitacion? Los turbillones de Descartes y los perfeccionamientos que á esta teoría llevó Huygens, no le dan la precision y la claridad que son atributos de la verdad. Otros imaginaron que la atraccion era la resultante de los esfuerzos del éter que va de las regiones libres del espacio en donde su densidad está en el máximo hácia los cuerpos planetarios en que es mas raro.

Newton observó que los cuerpos se atraian; mas no buscó la fuerza que los impulsaba; la fuerza existe, la llamó atraccion; pero advirtiendo que el nombre no implica ninguna idea precisa acerca de la naturaleza de la accion física segun la cual la gravedad se ejerce.

Varias personas de alguna autoridad científica, al tiempo que unieron sus aplausos á los del mundo sabio, profirieron el antiguo concepto de *cualidades ocultas* para caracterizar la fuerza de atraccion.

«Los cuerpos, contestó el gran físico, están compuestos de partículas que son movidas por ciertos principios activos, como el de la gravedad, el que produce la fermentacion y la cohesion de los cuerpos. No considero estos

principios como cualidades ocultas, supuestos resultantes de las formas específicas de los cuerpos, sino como leyes generales de la naturaleza, por los cuales las mismas cosas se han formado; la verdad de estos principios se nos ofrece por medio de fenómenos, apesar de que no hayamos descubierto las causas. Las cualidades están manifiestas; no hay mas que las causas que sean ocultas. Los aristotélicos han dado el nombre de cualidades ocultas, no á las cualidades manifiestas, sino á cualidades que suponian ocultas en los cuerpos, y ser las causas ocultas de efectos manifiestos, cuales serian las causas de la gravedad, de las atracciones eléctricas y magnéticas y de las fermentaciones, si nosotros suponíamos que estas fuerzas ó acciones procedieran de cualidades que nos fuesen desconocidas, y que no pudiesen jamás conocerse. Las cualidades ocultas han detenido los progresos de la filosofía natural, y por esto han sido rechazadas... Deducir de los fenómenos naturales dos ó tres principios generales de movimiento, y poder explicar enseguida de qué manera las propiedades y y las acciones de todas las cosas derivan de estos principios manifiestos, seria un progreso considerable, aunque no fueran descubiertas las causas de estos principios.»

Mas la teoría de la gravitacion universal y recíproca entre todos los cuerpos de la naturaleza, llevaba en sí variaciones de trascendencia, segun Newton, en el curso de los planetas. Las elipses que describen, se acercan ó apartan de la forma circular; sus inclinaciones respecto del plano de eclíptica, aumentan ó disminuyen, sus perihelios y nodos están en movimiento. Aunque el valor de estas variaciones sea débil, su acumulacion en una série de siglos ¿puede ocasionar un cambio en el sistema del mundo? Esta sospecha descorazonaba á Newton; llegó á dudar de su obra, á creer que el sistema planetario encerraba en sí mismo la causa de su destruccion, y en la necesidad de la accion de una mano poderosa que periódicamente reparase el desórden.

Eulero, que conoció mejor que Newton las perturbaciones planetarias, no creyó tampoco en la perpetuidad del sistema solar. Sin embargo Laplace, Lagrange y Poisson, probaron mas tarde que la atraccion mútua de los planetas no puede cambiar el órden actual del mundo planetario.

Una vez admitida la creencia de que las perturbaciones planetarias debian destruir nuestro sistema, Newton halló una nueva causa de destruccion.

En el célebre libro de los *Principios*, consigna que los cometas ali-

mentan el fuego de las estrellas y del Sol. A este propósito M. Conduit (que contrajo matrimonio con la citada sobrina de Newton), publicó despues de la muerte de éste, la narracion de algunos hechos de la vida del gran geómetra, de la cual sacamos los siguientes párrafos referentes á una conversacion qne tuvo con Newton, de edad ya de ochenta y tres años.

«—Pero ¿cuándo en vuestro concepto caerá este cometa en el Sol? preguntóle M. Conduit.

«— No puedo precisar cuando el cometa de 1680 se precipitará en el Sol; quizá verifique todavía cinco ó seis revoluciones; mas en el momento que esto acontezca, la caida del cometa ocasionará tal aumento de calor en el Sol que todo lo que tiene vida en la Tierra morirá y aun esta será quemada. Las nuevas estrellas observadas por Hiparco, Tycho y Keplero, han brillado por una causa de este género, y no de otra manera puede explicarse su aparicion.

«—¿Porqué, preguntóle M. Conduit, en la obra de los *Principios*, hablais de los vastos incendios que sucesos semejantes han de producir en las estrellas y no os referís á los del Sol?

«— Porque, contestó el ilustre anciano, las conflagraciones del Sol nos tocan mas de cerca. Además, añadió sonriendo, bastante digo para que conozca el público mi opinion.»

Sin duda alguna que el cometa de 1680, que al pasar por su perihelio solo distó del cuerpo solar 53 mil leguas, segun indica el cálculo, acabará por precipitarse al Sol, en cuya atmósfera penetró en el indicado año; mas la masa de los cometas es tan insignificante que el de 1770 ha atravesado dos veces el sistema de los satélites de Júpiter sin causar en él la mas leve alteracion, ni en el movimiento de las lunas, ni en los planos de sus órbitas. Babinet, del Instituto de Francia, definia estos astros diciendo: «El cometa es un no nada visible,» y esta es la opinion general de los astrónomos modernos. Los temores del gran geómetra no se realizarán.

Newton era de estatura mediana y de fisonomía poco simpática. Con los años se volvió grueso. Sus cabellos espesos tenian una blancura extraordinaria. Sus ojos desde los sesenta años se volvieron pitarrosos y remellados, segun el obispo de Atterbury; segun Fontenelle nunca usó lentes y conservó entera su dentadura hasta la muerte, ocasionada por un ataque de piedra en 20 de Marzo de 1727, á la edad de ochenta y cinco años.

Su cuerpo estuvo expuesto en la sala llamada de Jerusalen, y luego

conducido á Vestminser, teniendo los cordones del féretro el gran canciller y cuatro lores. En el sitio mas aparente de la abadía donde descansan tantos hombres ilustres, se levanta un soberbio monumento en mármol, en que hay grabado el siguiente epitafio:

HIC SITUS EST
ISAACUS NEWTON, EQUES AURATUS,
QUI ANIMI VI PROPE DIVINA,
PLANETARUM MOTUS. FIGURAS,
COMETARUM SEMITAS, OCEANIQUE ÆSTUS,
SUA MATHESI FACEM PRÆEFERENTE,
PRIMUS DEMONSTRAVIT.
RADIORUM LUCIS DISSIMILITUDINES,
COLOROMQUE INDE NASCENTIUM PROPIETATES,
QUAS NEMO ANTEA VEL SUSPICATUS ERAT, PERVESTIGAVIT.
NATURÆ, ANTIQUITIS, S. SCRIPTURÆ,
SEDULUS, SAGAX, FIDUS INTERPRES,
DEI OPT. MAX. MAJESTATUM PHILOSOPHIA ASSERUIT.
EVANGELII SIMPLICITATEM MORIBUS EXPRESSIT.
SIBI GRATULENTUR MORTALES, TALE TANTUMQUE EXTITISSE,
HUMANI GENERIS DECUS.
NATUS XXV. DECEMB. MDCXLII. OBIIT XX MAR.
MDCCXXVII.

«Aquí descansa Isaac Newton, caballero dorado, quien con una fuerza de ánimo casi divina, fué el primero que demostró el movimiento de los planetas, las figuras y órbitas de los cometas, las mareas y la luz por su método matemático. Investigó la desemejanza de los rayos de la luz y de aquí las propiedades que nacen de los colores que nadie aun habia sospechado. Diligente, sagaz é intérprete confiado de la naturaleza y de la Sagrada Escritura, sembró la majestad de Dios omnipotente en la filosofía. Tuvo costumbres evangélicas. Los mortales deben felicitarse que tan gran adorno de la especie humana haya existido.»

Este monumento fué construido por los herederos de la familia de Newton; los lores que le acompañaron á la última morada, no fueron en representacion del gobierno y de la Cámara alta, sino como miembros de la Sociedad Real de Lóndres. Ni el tesoro nacional sufragó gasto alguno, ni

le ha dedicado ninguno de los honores prodigados sin reserva al marino que roba los galeones españoles ó incendia una capital extranjera: y sin embargo el nombre de Newton sobrevivirá á todas las reputaciones políticas y militares del mundo entero.

La estátua de Newton obra de Rouvilliac, elevada en la capilla del colegio de la Trinidad de Cambridge, es un homenaje personal de Robert Smit, autor de un *Tratado de óptica*, en agradecimiento al maestro que le dirigió en su carrera. En el pedestal de la estatua se lee esta inscripcion:

SU INGENIO FUÉ SUPERIOR AL DEL GÉNERO HUMANO.

Las obras que colocan á Newton á la cabeza de los sabios de todos los siglos son las siguientes (los títulos van precedidos de la fecha de la primera publicacion):

1687. *Philosophiæ naturalis principia mathematica, autore Is. Newton, Trinit. coll. cantab. socio, matheseos professore Lucasiano, et Societatis regalis soladi.*

1704. *Óptichs or a Treatise on the Reflexions, Refractions, Inflexions, and Colours of Ligt.* Junto á este tratado iban dos opúsculos escritos en latin, titulados: *Tractatus duo de speciebus et magnitudine figurarum curvilinearum;* 1.° *Tractatus de quadratura curvarum;* 2.° *Enumeratio linearum tertii ordinis.*

1707. *Arithmetica universalis, sive de compositione et resolutione arithmetica liber.* Este libro fué editado por Whiston, contra la voluntad de Newton.

1711. *Analysis per equationes numero terminorm infinitas.*

1711. *Methodus differentialis complectens doctrinam describendi curvas ex datis differentiis differentiarum ordinatorum.*

1728. *Optical Lectures read in publick schools of che university of Cambridge.* Anno Domini 1669.

No mencionamos las obras teológicas, ni la controversia entre Newton y Leibnitz acerca de la verdadera data de la invencion por uno y otro del cálculo diferencial; las citadas forman la corona de la inmortalidad de Newton.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE ISAAC NEWTON.

JORGE WASHINGTON.

(1732 Á 1799 DESPUES DE J. C.)

Cuatro son los personajes que brillan en primera línea en la fundacion de los Estados-Unidos, *de este pueblo de ayer y que hoy llena el mundo:* Sebastian Cabot, descubridor de las costas del Labrador en 1497; Juan Smith, fundador de la primera colonia estable inglesa en las orillas del James en 1607; Pocahontas, protectora de Juan Smith y de su colonia, hija del rey indio Powhatan, y Jorge Washington insigne general y primer magistrado de la república, cuyos apuntes biográficos extenderemos despues de haber dado una idea de la colonizacion de los Estados-Unidos.

A ella contribuyeron desde el principio los españoles, holandeses, suecos y franceses. Los primeros están representados por Ponce de Leon que descubrió la Florida en 1501, por uno de los compañeros de Pizarro llamado Juan Fernandez de Soto que descubrió el Misisipi, en cuyas aguas sus compañeros depositaron su cadáver en 1542; por Narvaez que intentó colonizar dicha Florida en 1528, y por Melendez que lo logró en la bahía y puerto de San Agustin.

La actividad de los españoles en aquel tiempo era superior á la de todos los pueblos. Cien años despues del descubrimiento del Nuevo-Mundo por el inmortal Colon, las colonias españolas bordaban las costas de la América Meridional y del Centro, bañadas por el Atlántico y por aquel grandiosísimo Océano, descubierto por Vasco Nuñez de Balboa, al cual llamó *mar del sur* y que nosotros conocemos con el nombre de Pacífico.

Todavía las selvas de la América Meridional ostentan aquellos hormigueros de ganado cuyas simientes abandonamos á la fecundísima naturaleza americana. En cien años despoblamos nuestra España llevando allí la juventud, el valor, el espíritu de empresa, la constancia en los sufrimientos, y al mismo tiempo la intolerancia de las civilizaciones religiosas que, como la griega, la de Roma, la de Mahoma y la católica, tendieron á destruir los naturales de los países invadidos, siendo unos y otros menos humanos que los bárbaros del Norte y los Mogoles de Gengis-Kan, puesto que despues de la conquista éstos se confundieron con las naciones sometidas.

Como nosotros, tambien los ingleses llevaron á América su intolerancia; ni supieron asimilarse tampoco los indios rojos, contra quienes ejercieron todas las vejaciones que el capricho, crueldad, lujuria y avaricia les dictaron.

Llevaron allí menos espíritu de empresa que los españoles, apesar de ser mas estimulados por su gobierno, puesto que nosotros desde 1492 á 1592 llenamos nuestras posesiones del Nuevo-Mundo de establecimientos florecientes, y los ingleses desde 1497, en que Sebastian Cabot descubrió la tierra del Labrador, hasta que el intrépido y entendido Juan Smith, fundó el primer establecimiento duradero de la Virginia, la ciudad de Jamestown, [1] junto á la entrada de la bahía Chesapeake, emplearon ciento y diez años.

Entre los promovedores de sucesivas espediciones inglesas, debemos recordar á Raleigh cuya constancia resistió á veinte años de tentativas inútiles, en que invirtió casi toda su fortuna que consistia en medio millon de pesos fuertes, y de cuyo pais importó á Europa el cultivo del mas precioso de los tubérculos, y, apesar de los inmensos beneficios que con esta introduccion proporcionó á sus contemporáneos y á las generaciones sucesivas, su memoria está infamada por haber sido condenado por Jacobo II á morir en el cadalso, como traidor, en 1618.

El citado Juan Smith, en la colonizacion, siguió el mismo sistema del inmortal genovés y de Vasco Nuñez de Balboa (que tambien murió decapitado); procuró estar siempre en buena amistad con los indios, á quienes respetaba, cumpliendo religiosamente con ellos, contratos y ofrecimientos,

[1] Esta es la ciudad mas antigua fundada por los ingleses. La de San Agustin, en la Florida, es la primera en antigüedad de todas las poblaciones de los Estados-Unidos, habiendo sido fundada por el citado Pedro Melendez, sus trescientos soldados y dos mil voluntarios en 1565.

combatiendo valerosamente sus agresiones, siendo generoso despues de la victoria, y manteniendo á los suyos en aquella disciplina que defiende á las Colonias de los enemigos interiores y exteriores. Su conducta franca y honrada, y su intrepidez le conquistaron el afecto filial de una niña de doce años, de la princesa india Pocahontas, cuya vigilancia y valor, y cuyo influjo sobre el rey su padre, y los indios sus súbditos, salvaron mas de una vez del exterminio á la naciente y débil Colonia inglesa. Siguieron la conducta de Smith sus sucesores Dale, Gate, y otros que figuran en la historia de los Estados-Unidos; llegó en 1622 el número de Colonos á 4000, que prosperaron rápidamente, no apartándose de la máxima de Juan Smith, de que *nada debe esperarse sino del trabajo*, buscando el oro y la plata en la agricultura y en la industria, y resistiendo á la tentadora pasion minera.

Estos son los fundamentos de la Colonia de la Virginia, que fué infestada por aquel tiempo con la introduccion de veinte negros que trabajaron como esclavos, siendo la primera semilla de grandes males que ocasionaron la sangrienta guerra civil que hemos presenciado en este siglo.

Entretanto los holandeses se establecieron en las comarcas bañadas por el rio Hudson, en donde está fundada Nueva-York. Apesar de ser inglés y amigo íntimo del mencionado Juan Smith, Enrique Hudson emprendió viajes de descubrimientos por cuenta de los holandeses, y despues de haber remontado aquel caudaloso rio, navegable hasta cerca del lago Erié, descubrió en otro viaje el estrecho y mar, que, como el indicado rio, llevan tambien su nombre. Estableciéronse los holandeses junto á las espesísimas selvas de sus orillas, donde hacian con los indios un regular comercio de peletería; luego fundaron algunas Colonias, y dieron al pais el nombre de Nueva-Holanda.

Tambien los suecos habíanlas fundado inmediatas á las de los holandeses en las comarcas que ahora se llaman Pensilvania, y á que dieron el nombre de Nueva-Suecia.

Los holandeses y suecos ofrecieron el honrado ejemplo, hasta entonces desconocido en el mundo, de comprar los paises que ocupaban, y por este motivo sin duda vivieron en paz con los indios, de quienes adquirian las hermosas pieles que con tanta abundancia remitian á Europa. Los holandeses ayudados por los suecos y los indios, rechazaron á los ingleses en 1640 que pretendieron arrojarlos de la posesion de unos terrenos que suponian

suyos, por haber tomado posesion de ellos Sebastian Cabot en su viaje de descubrimientos de 1497.

Por otra parte, Francia desde 1598, con la expedicion del marqués de la Roche, se habia posesionado de los terrenos que baña el caudaloso San Lorenzo que arranca de aquella série de lagos grandes como mares, á saber: el Ontario, el Erié, el Huron, el Michigan, y el Lago Superior; paises conocidos ahora con los nombres de bajo y alto Canadá, y á los cuales dieron entonces los franceses el nombre de Nueva-Francia. Champlain, en 1603, fué allí con una expedicion de ruaneses, y fundó un fuerte que llegó á ser Quebec, en tanto que De Monts se establecia en la Acadia, tierra comprendida entre el rio San Lorenzo y el mar, hasta el cabo Cod. Acudieron luego á estos paises numerosas expediciones que partieron de Dieppe y San Maló. En 1632 los jesuitas obtuvieron el privilegio de ocupar una vasta extension de territorio en Nueva-Francia, y « debe confesarse, dice Spencer, aun por el protestante mas celoso, que en ninguna época ni en parte alguna del mundo hubo nunca misioneros, cuyos esfuerzos y trabajos por la causa que habian abrazado, superasen á los suyos.» Convirtieron los jesuitas al cristianismo y amansaron gran número de indios á costa de grandes fatigas y de la vida de algunos de ellos, extinguida en horrorosos suplicios. Abocó allí el sabio ministro francés Colbert, nuevas expediciones y tropas, y nuevos misioneros que recorrieron el territorio en todas direcciones, hasta que el esforzado Marquette, partiendo del Lago Superior con seis compañeros y dos guias del pais, con la canoa al hombro, y deslizándose por las aguas de los rios llegaron al Misisipi en Junio de 1673, con la satisfaccion que pudiera experimentar aquel que descubrió un nuevo mundo. Bajó por este rio Marquette, hasta encontrar sucesivamente los grandes tributarios de esta *madre de las aguas (Mett-chin-Sippi)* segun el pintoresco lenguaje indio, y conoció sucesivamente el Monge, el Illinés, el Misouri, el Ohio, y aun navegó mas allá del Arkansas; y desde este punto no dudó ya de que el rio que recorria desembocaba en el golfo de Méjico; como lo probó Roberto Cavalier de la Salle en 1682, quien partiendo tambien del Lago Superior se dirigió á uno de los afluentes de aquel grande rio, construyó una falúa y fué á parar al golfo de Méjico. Una vez allí, tomó posesion de aquel territorio (explorado ya por Fernando de Soto hacia mas de un siglo), á que dió el nombre de Luisiania, y que tardó bastante tiempo en poblarse de Colonias que no debiesen ser alimentadas por la madre patria. Pero en fin lograron fnndar los franceses una série de

establecimientos y fuertes desde Quebec, situado en el San Lorenzo, hasta el Golfo de Méjico; ciñendo por este cordon fluviátil el terreno conquistado por los ingleses, desde el mar hácia el interior.

Tales fueron los pueblos de Europa que llevaron su contingente á las Colonias del Norte de América, y que á costa de grandes sacrificios lograron implantar la raza europea ó de Jafet en el seno de la raza de Set. Partiendo del Asia, cuna del género humano, ambas razas por caminos opuestos llegaron á América, mientras que la de Cham, obligada por la iniquidad de la de Jafet, llegó tambien al mismo territorio, pero como esclava; sin que hasta ahora las tres lleven camino de confundirse en una sola, apesar de no oponerse á ello las instituciones de ninguna nacion moderna, sino la influencia que ha ejercido sobre nuestro carácter la intolerancia de las civilizaciones religiosas ya mencionadas.

Las Colonias prosperaron apesar de los disturbios intestinos de cada una, y de las reyertas de unas contra otras; mas cuando las de diferente nacionalidad se encontraron por sus progresos respectivos una en frente de otra, entonces empezaron las guerras. Las holandesas y suecas, poco numerosas, quedaron absorbidas por las inglesas. Estas, ocupadas en las costas marítimas del Atlántico, desde el principio, no pararon su atencion en la vasta línea de territorios de los valles del Misisipi y sus afluentes, de que iban posesionándose los franceses; mas cuando hubieron traspuesto las montañas y se fijaron en la inmensa riqueza de aquellas extensas regiones, resolvieron reclamar sus derechos, fundados en las concesiones que la madre patria les habia otorgado, antes de la ocupacion francesa.

Apelaron las partes contendientes á las armas en apoyo de sus derechos, sin acudírseles que exclusivamente á los indios pertenecia el del primer ocupante.

Tres guerras antes de la decisiva, que arrancó del suelo de la América del Norte la influencia de la raza francesa, tuvieron lugar en el espacio de medio siglo; tres guerras en que casi siempre triunfaron los franceses, por estar mas avenidos con los indios sus auxiliares, por ser su carácter mas agresivo que el de los inmigrantes ingleses, llevados allí mas por su amor á la libertad religiosa y civil y al trabajo, que por el espíritu aventurero que distinguia á sus adversarios.

Los franceses, cuando estalló la cuarta guerra con los ingleses, ocupaban la Luisiania, que comprendia la parte baja del Misisipi; habian grabado lises en los árboles, y enterrado planchas de plomo en señal de

haber tomado posesion de los terrenos comprendidos entre dicha Luisiania, y el Canadá, al oeste de los montes Aleganies, y además establecido fuertes en los lagos Ontario y Erié, por donde empezó la guerra, en que tanta parte tomó Washington.

Jorge Washington nació en Bridge-Creeck del estado de Virginia, en 22 de Febrero de 1732. Era descendiente de una familia del Norte de Inglaterra, que hácia 1640 se estableció en Virginia entre los rios Potomac y Rappahannock, siendo su jefe Juan Washington que murió combatiendo á la tribu india de las Susquehannahs en 1675. El padre de nuestro héroe se llamaba Agustin y era nieto de Juan; casóse dos veces; de la primera mujer tuvo dos hijos que se llamaron Lorenzo y Agustin, y de la segunda, de María Ball, muy celebrada por su hermosura, procedió Jorge, el mayor de los hijos del último matrimonio, los cuales fueron cinco, tres varones y dos hembras.

Se ha querido indagar si el apellido de Washington figuraba entre las nobles casas de Inglaterra, como si sus hechos no fueran por sí solos mas ilustres que el rango heráldico del mas afortunado caudillo de los bárbaros del Norte, fundadores de las mas encopetadas casas reinantes en Europa. «Las virtudes (como dice Irving, biógrafo de Washington) dan un título de nobleza innata, mas apreciable que los ilusorios blasones de la heráldica.»

De la casa en que nació Jorge en Bridge-Creeck no queda ningun vestigio, y de aquella en que pasó su infancia, solamente los cimientos de ladrillo. Su padre, poco tiempo despues del nacimiento de Jorge, se estableció en sus posesiones del condado de Stafford, junto á Fredericksbourg, tierras regadas por el Potomac. Desde muy niño aprendió á nadar y trepar por los árboles, á saltar zanjas, y tirar al blanco, ordinarias diversiones de los pueblos que han de defender sus tierras y domicilio de los ataques de tribus salvajes. Además aprendió á leer, escribir y contar; pero el hermano mayor, hijo de la primera mujer de su padre, mas afortunado que él fué enviado á Lóndres á seguir una carrera literaria, por consentirlo las pingües rentas de las extensas tierras de su madre.

Lorenzo tenia veintidos años cuando regresó de Lóndres, hecho ya un caballero, muy instruido y con un cargamento de libros, y quedó agradablemente sorprendido hallando, en su hermanito de ocho años, un niño que ofrecia el mas interesante conjunto de travesura, juicio y afeccion apasionada. Lorenzo se dedicó á instruirle y especialmente despues de

la muerte de su padre, que falleció lleno de fuerza y virilidad, de una afeccion aguda, cuando nuestro héroe solo contaba los once años de su edad.

La muerte de Agustin, hombre honrado y valiente, fué sentida en el pais, y su familia encontró proteccion en el condado, tanto, que lord Fairfaix, obtuvo para Jorge el nombramiento de guardia marina. El héroe despuntaba ya en nuestro mozo, que deseaba los combates marítimos para acabar con los filibusteros, hombres desalmados que atacaban ya indistintamente todo género de embarcaciones, sin que las inglesas fuesen de mejor condicion que las españolas contra las cuales se habian armado en corso.

Enderezáronse sus estudios por este camino, y aficionóse al de las matemáticas y arte militar; mas no contaba en su ardimiento con el mayor obstáculo que tendria que vencer y ante el cual tuvo que rendirse. Sucedió que cuando ya tenia su maleta á bordo de un buque de guerra, la bella María, madre tiernísima, no pudo resistir á la idea de perder á su hijo para siempre: que este es el efecto que produce á las madres el servicio militar de sus hijos en la armada. Catorce años contaba entonces Washington, y apesar de su pasion por la vida sublime de los mares, anegóse en el de las lágrimas maternas y desistió de su empeño.

Continuó sin embargo sus estudios favoritos matemáticos y el de las ciencias con ellos enlazadas; estudió en las historias particulares los hechos de armas de los grandes capitanes, la táctica militar, y aficionóse especialmente á Gonzalo de Córdoba, tan admirable en las campañas de Italia, y siguió con interés la guerra que entonces Federico II hacia contra el Austria. Gustábale tener trato íntimo con oficiales del ejército; de ellos aprendió el manejo de las armas, la instruccion del recluta y las costumbres y tradiciones del bivaque y de los campamentos; de manera que la aficion, el estudio, la lectura y las relaciones, los ejercicios gimnásticos y su gusto por la caza y la pesca, desarrollaron en él todas las aptitudes militares de cuerpo y alma, que tan útiles fueron á su patria en lo sucesivo.

Era Jorge, por otra parte, sóbrio, metódico y ordenado; dedicábase sucesivamente sobre muchos asuntos, no faltándole nunca tiempo para nada; sabia tanto mandar como obedecer, y nunca dejaba de cumplir sus deberes, siendo por otra parte muy indulgente para con los demás, si sus faltas no procedian de un corazon perverso.

Deseoso de ocuparse en algo mas provechoso que el cuidar de la

hacienda de su familia, bastando para esto su madre que era una excelente administradora, y queriendo ser útil á lord Fairfaix que poseia grandiosos dominios que, desde Fredericksbourg se extendian hasta la cima de los montes Aleganies, se encargó de formar los planos, clasificar los terrenos y determinar los puntos mas á propósito para establecer nuevas colonias, con el objeto de apartar los indios de aquellas fértiles regiones.

Salió de su casa á la edad de diez y seis años en compañía de lord Fairfaix, con una cohorte de amigos y compañeros asociados á la empresa del noble lord, y armado de los instrumentos necesarios para levantar los planos. En esta larga y arriesgada correría por los bosques de Virginia, el jóven robusteció su cuerpo haciendo largas marchas á pié y á caballo, atravesando á nado los torrentes, trepando por precipicios, durmiendo sobre el duro suelo y haciendo frente á las fieras. Despues de haber desempeñado su larga mision satisfactoriamente, fué nombrado agrimensor público, cuyas funciones le pusieron en contacto con todos los hombres de valía del Estado de la Virginia.

Ocurrieron temores en 1752 de una nueva lucha internacional, puesto que los franceses acumulaban fuerzas y pertrechos de guerra en la vasta frontera de Virginia separada de Ohio por el rio del mismo nombre que nace por uno de sus afluentes cerca del lago Erié, orígen de las vías francesas entre el Canadá y el Misisipi. A este amago de guerra los virginios se apercibieron para la resistencia y confiaron á nuestro jóven héroe, de diez y nueve años, el mando de uno de los distritos militares del Estado, con el grado de Mayor y sueldo anual de 150 libras. La prontitud con que organizó, instruyó y equipó á su milicia, claramente demostró que Washington se hallaba en su elemento.

Sin embargo, por esta vez no se rompieron las hostilidades, y nuestro jóven pudo atender á la salud de su hermano Lorenzo, á quien queria no solo por los lazos de la sangre, sino tambien por los de la amistad, y por los de gratitud hácia aquel que tanto se habia esmerado en comunicarle la instruccion que recibiera en Europa. Mas poco fué el tiempo que pudo dedicarle su cariño; Lorenzo, despues de haber luchado animosamente contra una enfermedad de consuncion, conociendo que habia llegado su última hora, hizo testamento, nombrando á su hija por heredera de su grandiosa fortuna, y á Jorge, albacea y heredero en el caso de morir su sobrina. Administró lealmente é hizo prosperar la hacienda del vasto estado de Monte Vernon, hasta el punto de que en el corto espacio de tres años

dobló los productos, y llamándole su vocacion á otra parte, aceptó el ofrecimiento de una comision difícil y arriesgada.

Habian nombrado ya á nuestro jóven, ayudante general, confiándosele el mando de la division del norte, cuando el gobernador de Virginia Dinwiddie, interesándole averiguar el estado de los fuertes franceses recien construidos, las intenciones de los enemigos, su situacion y el espíritu hostil ó favorable de los indios, entregó un pliego á Washington para el gobernador del Canadá, en que reclamaba el valle de Ohio, pidiéndole que no perturbase los trabajos de los colonos que iban á establecerse en las orillas de aquel rio. La medida era política; el objeto verdadero se obtendria de la sagacidad del jóven embajador que traeria estudiadas la situacion, ánimo y fuerzas del enemigo, para resolver á su vuelta la línea de conducta que debia seguirse.

La juventud del embajador no ofreció ningun recelo; fué bien recibido en todas partes por los oficiales franceses que hablaron francamente con un jóven cuyo candor no ofrecia ninguna sospecha. El viaje, sin embargo, estuvo lleno de peligros: la escolta de Jorge se componia de ocho hombres, entre ellos un veterano de toda cofianza, un jefe militar muy conocedor del pais y otro que hablaba familiarmente el dialecto de los indios; los otros cinco eran ágiles, jóvenes, buenos tiradores y acostumbrados á largas marchas y fatigas.

En este viaje tuvo Washington algunas conferencias con los jefes de las tríbus indias y oyó esta natural observacion:

« Los franceses reclaman todo el terreno que hay á un lado del Ohio, y los ingleses el de la otra parte, quereis decirme ¿qué nos restará á nosotros los indios?»

A esta justísima observacion nadie podia contestar entonces, puesto que las dos naciones que estaban al frente de los progresos humanos, eran tan salvajes hace un siglo como los mismos á quienes despojaban; no reconocian otro derecho que el de la fuerza, y los mismos colonos ingleses que habian huido de la intolerancia religiosa, ahorcaban, en el estado del Massachusets, mujeres y hombres sin mas motivo para unos que el de ser acusados de brujería y para otros el de profesar la religion cuákera. [1]

[1] En 1655 se ahorcó como brujas á Margaret y Ann Hibbins, y como cuákeros á tres hombres y una mujer: estos actos fanáticos se repitieron en 1688 contra otra mujer acusada de hechicera y en 1692 se ahorcaron á veinte personas más acusadas de sortilegio, y entre ellas un sacerdote. A todas se las formó proceso, y el imaginario crímen fué probado hasta la *evidencia*,

Ahora tampoco sabrian los gobiernos aducir ninguna razon de justicia, porque el despojo en sí mismo, es tan injusto como inconveniente es la retencion de vastos territorios sustraidos á la fortuna del progreso; mas ya que tienen en su favor los actuales gobiernos, desde la revolucion francesa, el acto de la abolicion de la esclavitud y los raudales de sangre blanca que los Estados-Unidos han derramado al quebrantar la coyunda de los negros, podrian contestar á los salvajes: *El hombre civilizado necesita poseer y labrar toda la tierra y el concurso de todos los brazos é inteligencias para cumplir su destino; cedednos, pues, vuestros territorios y fundid vuestra raza con la nuestra.*

Ignoramos cuál fué la respuesta de nuestro héroe; pero tan simpático se hizo de los salvajes, que le facilitaron escolta para acompañarle desde Longstown, en donde confluyen los rios Monongahela y Aleganes, formando el Ohio, hasta Venango que dista de aquel punto unas setenta millas inglesas. Mas fueron tales las dificultades del camino á causa de los temporales y nevadas que, habiendo salido de la capital de Virginia, entonces Williamsburgo, el 30 de Octubre, no llegó la expedicion á Venango hasta el 4 de Diciembre. Adelantó su marcha hasta á quince millas del lago Erié, estudió el terreno, los fuertes, los franceses y los indios, y regresó á Williamsburgo donde llegó el 16 de Enero de 1754.

«La prudencia, la sagacidad y energía de Washington se pusieron mas de una vez á prueba, dice Irving, durante este viaje, principio de su afortunada carrera, puesto que desde entonces fué el hombre de confianza de la Virginia.»

De la contestacion del gobernador del Canadá y de los informes que trajo Washington dedujo el gobernador de Virginia que debia preparar una expedicion armada para proteger á los colonos del Misisipi; en su consecuencia aumentó las fuerzas militares con seis compañías, cuyo mando dió al coronel Joshua Fry, siendo Washington nombrado teniente coronel, y segundo jefe de aquella fuerza.

Salió á campaña Washington con dos compañías á principios de Abril, y se dirigió hácia un punto en donde los franceses construian un fuerte á que se dió el nombre de Duquesne, en obsequio del gobernador del Canadá.

segun se atrevian á asegurar los fanáticos jueces. Mas diez años despues, por una saludable reaccion, dejaron de figurar en los Estatutos de Mussachusets, como delitos dignos de la pena capital, la herejía, la blasfemia y el sortilegio; sin embargo eran delitos castigados en tiempo de Washington.

Mas detúvose en Greats Meadows, donde mandó levantar una trinchera y esperó los refuerzos que habia pedido. Entretanto el nóvel capitan supo que por los contornos existia un destacamento de tropas francesas y se propuso atacarlo; guiado por los indios encontró á los enemigos en una eminencia naturalmente fortificada por la disposicion que entre sí guardaban las peñas, riñó con ellos un obstinado combate, en que murió el jefe francés Jumonville y otros nueve, quedando veintidos prisioneros.

Sucumbió entonces de muerte natural, el coronel Fry y quedó Washington de primer jefe de aquellas seis compañías que estaban escalonadas en diferentes fuertes. Cuando supo la llegada de las tropas francesas que iban acompañadas de mil y quinientos indios armados, retrocedió Washington al fuerte de la Necesidad, situado en Great Meadows y allí se defendió bizarramente de sus enemigos hasta conseguir la honrosa capitulacion de salir del fuerte con armas y bagajes.

Poco favorable fué esta primera campaña del jóven teniente coronel de cuerpos francos; mas supo defender el honor de Virginia y no dejó mancillar su bandera, apesar de combatir á un enemigo numeroso y tropas regulares y aguerridas, estando las suyas compuestas de voluntarios no avezados á la guerra; por lo cual la Asamblea del Estado de Virginia le recompensó dándole un voto de gracias y distribuyendo entre sus soldados 1100 libras.

Entretanto que en Virginia y otros Estados se ejercitaban en las armas combatiendo contra el ejército francés, á propuesta de Franklin, entonces director de correos, se formó un Gran Consejo, que vino á ser la base futura de la union de los Estados de América del Norte. Tenia por objeto suministrar hombres, pertrechos y dinero para la defensa de las Colonias, inspeccionar sus ejércitos, y dictar órdenes generales: así se las dió una cohesion que luego sirvió para hacerlas independientes de la corona. Estaban en dicho Consejo representados los Estados, segun la importancia de su poblacion; pero ninguno de ellos podia tener mas de siete miembros, ni menos de dos: Virginia, siete; Massachusets, siete; seis, Pensilvania; Connecticut, cinco; cuatro cada una de las colonias de Nueva-York, Maryland y las dos Carolinas; Nueva-Jersey, tres; dos, New-Hampshise, y otros dos Rhode-Island; total, 48 vocales, siendo el presidente elegido por la Corona.

La poblacion de estos Estados sumaba entonces un millon quinientos mil habitantes, de los cuales tres mil eran esclavos negros. Las Colonias de

Nueva-Francia solo contaban con cien mil almas, y sin embargo, Francia fué siempre la agresora, apoyándose en la base de la poblacion india (á la cual de larga fecha instruia en el manejo de las armas de fuego) y en las regulares expediciones de colonos católicos, pertrechos de guerra, tropas aguerridas y generales y oficiales de mérito que enviaba la Metrópoli.

La inglesa contando con la poblacion de las Colonias, remitia á América oficiales y generales, abundantes armas y pocas tropas; por este procedimiento, en la guerra contra Francia, en un suelo poblado de hombres independientes, debia desarrollarse necesariamente el espíritu guerrero de los colonos, el justo orgullo de saber defender el suelo que cultivaban, y el natural deseo de administrarse y gobernarse por sí mismos. Así se explica el grito de independencia que dió mas tarde el Gran Consejo de las Colonias.

Entretanto el general en jefe de las tropas británicas Braddock celebró una junta de gobernadores de los Estados en Alejandría, y despues de haber oido los pareceres de todos, dispuso la formacion de tres pequeños ejércitos, con la base de dos regimientos de buenas tropas británicas. Nueva-Inglaterra recibió órden de aprontar mil voluntarios, Pensilvania tres mil y así se exigieron defensores de los demás Estados, conforme á las necesidades de la guerra. La primera division mandada por el general en jefe debia atacar el fuerte Duquesne; la segunda á las órdenes de Shirley, dirigirse hácia el Niágara que une el lago Erié con el Ontario, y en cuyo paso habian levantado otro fuerte los franceses; y la tercera, destinada á operar contra Crown-Point, fuerte situado en la orilla oriental del lago Champlain, tuvo por jefe á Johnson, hombre de grande influencia entre los salvajes de las Seis Naciones. [1]

[1] Sir William Johnson era irlandés, de mucho talento, aspecto imponente y agradables maneras. Como hacia mucho tiempo que ejercia las funciones de agente británico en las Seis Naciones adoptó el traje de los indios, á cuya vida salvaje se habia aficionado. Sin embargo obtuvo grandes ventajas y no escasos territorios tanto en beneficio propio como de la Metrópoli. Habiéndole visitado cierto dia el famoso Mohawk, conocido por el rey Hendrick, y prendádose de una levita de Johnson llena de bordados de oro, plata y piedras preciosas, el jefe indio le dijo:

— Hermano William, yo soñar anoche.

— ¿De veras? y ¿qué ha soñado mi hermano rojo?

— Yo soñar que esta levita ser mia.

— Pues bien, tuya es, contestó Johnson sin vacilar.

Poco tiempo despues Mohawk recibió en sus estados la visita de Johnson y este encantado á la vista de un extenso y hermoso valle, dijo al rey indio:

— Hermano Hendrick, anoche tuve un sueño.

— Y ¿qué soñó mi hermano inglés? replicó el jefe.

Apreciando Braddock en mucho la pericia y excelente instinto militar del jóven Washington, le indujo á servirle de ayudante de campo; sin embargo, ni siguió sus consejos, ni este aceptó con entusiasmo el nombramiento.

«No tengo mas deseo, escribia á sus amigos, que servir á mi pais. Seré considerado como voluntario; no espero, pues, ninguna recompensa, ni aspiro á mando alguno.»

Iba el general con 1200 hombres y diez piezas de artillería con ánimo de atacar el fuerte Duquesne, y estando ya cerca el 9 de Julio de 1755, y en el vado del rio Monongahela, Washington advirtió á Braddock de andar prevenido contra las emboscadas, y le indicó la oportunidad de enviar los exploradores de la Virginia á los pasos difíciles y llenos de maleza que á la vista se presentaban. En mal hora desoyera Braddock los consejos de su ayudante, pues aun estaba pasando el rio cuando su vanguardia quedó destrozada por las descargas de numerosos indios, ocultos en una y otra parte de la barranca, único camino desembarazado que conducia al fuerte de Duquesne. Acudió á remediar el daño Braddock con el gueso de sus tropas, contra la opinion de Washington que hubiera escaramuceado con tropas ligeras ó batido la maleza con la artillería; mas el general prefirió lanzar sus tropas á la bayoneta, y los indios, sin apénas recibir daño, causaron gran matanza entre los ingleses. El general perdió sucesivamente cinco caballos y cayó por fin atravesados los pulmones por una bala; tres de sus ayudantes murieron tambien; solo el cuarto, Washington, salió ileso, aun que su levita tuvo cuatro rasguños de bala y muertos dos caballos. Treinta y seis oficiales quedaron fuera de combate, de los cuales perecieron ventiseis; setecientos individuos de tropa muertos ó heridos, y la dispersion casi general. Washington contuvo á los mas valientes soldados ingleses y á los exploradores virginios, y haciendo frente al enemigo, pudo salvar algunos cañones y bagajes, el cuerpo del general que aun respiraba, y retroceder hasta reunirse con la retaguardia que mandaba el coronel Danbar. Un destacamento de tropas francesas, otro de soldados del Canadá y seiscientos indios consiguieron el triunfo completo de unas tropas bien organizadas,

— Yo soñé que toda esta extension de terreno era mia, contestó William, señalando un espacio de veinte millas cuadradas.

Mohawk se puso un poco serio, pero al fin contestó:

— Hermano, esa tierra es tuya; pero hazme el favor de no soñar otra vez.

pertrechadas y aguerridas; pero mal dirigidas. *¿Quién lo hubiera creido?* fueron las últimas palabras del general que murió el 13 de Julio.

La Asamblea de la Virginia votó cuarenta mil libras para organizar nuevas fuerzas, dió á Washington en recompensa del servicio prestado en la referida retirada, trescientas libras, y confióle el mando de un regimiento de voluntarios.

Entretanto Johnson habia conseguido ventajas sobre los enemigos, mientras que Shirley no obtuvo mas mérito que el de construir dos fuertes en Oswengo, que guarneció con 35 piezas de artillería. Un año despues, los cañones, fuertes, mil hombres de guarnicion y la flotilla destinada á combatir el Niágara, cayeron en poder del bravo y entendido general francés Montcalm en 1756.

Este bravo militar, á la cabeza de ocho mil hombres, sitió el fuerte de William Henry, guarnecido por numerosas piezas de artillería y dos mil ingleses; rindiéronse estos; mas los indios que no entendian de capitulaciones, hicieron tal matanza, que pasaron á cuchillo toda la poblacion y los soldados que la defendian. Mil mujeres degollaron, doble número de niños, y no quedó de la ciudad mas que un monton de cenizas.

Tal barbarie excitó en todas partes el deseo de venganza. Levantáronse milicias en gran número, tanto que el solo Estado de Massachusets, el mas inmediato al lugar del desastre, aprontó veinte mil voluntarios.

A medida que las tropas y generales de la Metrópoli se desacreditaban, los voluntarios cobraban fama de valientes y de expertos sus jefes; porque conocedores del pais y de las tretas de los indios, guerreaban con ventaja, y defendian con heroismo sus fronteras.

Prolongóse la guerra; Pitt subió al ministerio (1758) y La Gran Bretaña, avergonzada de sus derrotas, abocó á América nuevos ejércitos, artillería y flotas cargadas de pertrechos de boca y guerra, y bien luego la rendicion de Luisbourg, de San Juan de la Isla y del Cabo Breton, demostraron que á la tibieza de la guerra defensiva, sucedia el espíritu agresivo y el empeño de los ingleses en acabar con la dominacion francesa en América.

Washington que acompañaba al general Forbes, tuvo que presenciar sin embargo otra derrota ocasionada por una obstinacion igual á la de Braddock. Empeñóse Forbes en abrir un nuevo camino que condujera al fuerte Duquesne, y como aquel general, despreció tambien las precauciones, perdiendo su numerosa vanguardia. El terror se apoderó del resto de las tropas, y el general, temiendo el invierno y á un enemigo siempre

oculto, y cuya aparicion era formidable en las sorpresas, dispuso una retirada que le hubiera cubierto de ignominia. Por fortuna la prevision de Washington se adelantara á los sucesos: llegaron al campamento los espías virginios é informaron al jóven comandante, y este lo comunicó á su general, que la guarnicion del fuerte Duquesne, reducida solo á quinientos hombres, é informada de las pérdidas que habian experimentado los franceses á la entrada del golfo y rio de San Lorenzo, trataban de abandonar el dicho fuerte, si las sorpresas y escaramuzas de los indios no contuvieren en su marcha al general Forbes. Animóse este con tales noticias, dejó una parte del ejército con la artillería, y con las tropas ligeras y los voluntarios que mandaba Washington, se presentó ante el fuerte Duquesne el 24 de Noviembre de 1758, el cual habia sido abandonado ya el dia anterior por la guarnicion francesa, conforme á las noticias dadas por los espías virginios.

Durante los tres años subsiguientes, los franceses perdieron todas sus posesiones, desde Quebec al Niágara, desde el lago Erié al Superior, todas sus posesiones del Misisipi y sus tributarios, y la vastísima línea de sus Colonias en el Canadá. En Quebec, titulado el Gibraltar de América, tan hábil y valerosamente defendido por el general francés Montcalm, como atrevidamente acometido y ganado por el jóven general inglés Wolfe, se ostenta una pirámide en que hay grabados los nombres de estos dos generales enemigos, cuya memoria han querido eternizar los americanos: el de Wolfe, porque en la noche del 12 de Setiembre de 1759, este bizarro jóven lanzóse con los montañeses de Fraser á escalar el precipicio cuya elevada plataforma domina Quebec, y el de Montcalm, porque subió por caminos difíciles á la misma plataforma donde tuvo lugar el combate en que murieron ambos generales, y, decidiéndose la victoria por los ingleses, Quebec se vió obligado á capitular.

Por entonces Inglaterra dominó en la América comprendida entre el Misisipi y el Atlántico.

Los franceses, conocedores mas que los mismos ingleses del carácter y condiciones de las Colonias anglo-americanas, aseguraban con el diplomático Vergennes y el general Montcalm, que si dejaban de tener la vecindad hostil de los franceses, sacudirian el yugo de la Metrópoli. En efecto; ¿quién podria contener á los americanos poseyendo los elementos que constituyen las bases de la independencia de un pueblo? Riqueza, artes, ciencias, industria, comercio, armas, jefes inteligentes, voluntarios deci-

didos, una poblacion exhuberante de vida y actividad, y el sentimiento de su propia dignidad y fuerza eran las condiciones y caractéres de aquel pueblo destinado á dar ejemplo de instituciones democráticas á la vieja Europa.

La paz definitiva entre Inglaterra y Francia, y la renuncia completa de sus derechos al suelo americano, se firmó en París el 10 de Febrero de 1763.

En esta guerra de siete años, las Colonias perdieron en los combates treinta mil hombres, y gastaron diez y seis millones de duros. No eran pues hombres débiles, y sin embargo la Gran Bretaña quiso mantenerlos bajo su tutela como en los primeros tiempos, y tuvo tan poco respeto á sus Cartas ó Constituciones otorgadas desde el orígen de los Estados, que les impuso contribuciones directas sin darles representacion en el Parlamento; lo cual para todo pueblo de orígen germano, y especialmente para el inglés, sea ó no americano, es la mayor de las tiranías; puesto que la propiedad es tan respetada, que nadie puede ni debe tocar á ella sin el consentimiento de su dueño, y de aquí que se considere el deber del impuesto como inseparable del derecho de representacion en los Parlamentos.

En la guerra de los siete años se habian formado militares, que, como Israel Putman, Artemas, Ward, Schuyler (Felipe), Seth, Pomeroy, Ricardo Montgomery, David Vooster, José Spencer, Juan Suvillan y otros, se distinguieron despues como generales en la guerra de la independencia. Concluida la de los franceses, y no aspirando casi todos ellos á obtener grados en el ejército, habíanse retirado como Israel Putman á labrar sus campos ó á dedicarse á sus profesiones primitivas como Washington.

El futuro héroe de la independencia americana, satisfecho por haber contribuido á aniquilar el mayor de los enemigos de su patria, gozaba en el seno de su familia de la tranquilidad del deber cumplido. Veintisiete años contaba Washington, cuando contrajo matrimonio con Marta Custis en 6 de Enero de 1759; proponíase vivir en adelante en la oscuridad dichosa del soldado convertido en agricultor, cuando pocos meses despues el voto de sus conciudadanos le llamó á ocupar un puesto en la Cámara de los Comunes de Virginia. Fué en ella recibido con grandes distinciones, nunca usadas en ningun pais, como si todos sus miembros presintiesen que honrando al jóven Washington enaltecian al Estado. El orador Robinson pronunció su elogio enumerando los méritos que como soldado, como sabio y honrado administrador habia adquirido, y la Cámara contestó con sus

aplausos. Quiso responder Washington; quizá queria expresar que el deber de todo ciudadano le obliga al ejercicio de todas las virtudes, al empleo de sus facultades en el estudio, á dedicar los dias de su vida á la patria, y sacrificar á ella su existencia. Levantóse en efecto, despues de haber pedido la palabra: todos los circunstantes guardaron el mas profundo silencio; todos esperaban oir aquella voz que enardecia á los soldados; los rasgos de aquella inteligencia superior, de aquel sólido juicio, de aquellos profundos conocimientos que, segun Patricio Henry, anunciaban en nuestro héroe el primer hombre de América; mas Washington, fascinado por la espectacion de la Cámara, no pudo articular una sola palabra.

« Sentaos, Washington, le dijo el presidente; vuestra modestia iguala á vuestro valor, y este excede á cuanto pudiera expresar mi lenguaje.»

Por cierto que no es la modestia quien corta la palabra al hombre que tiene ideas claras de las cosas; oradores modestísimos ha habido que han dominado los auditorios, porque las facultades de ordenar repentinamente una série de ideas y de expresarlas en un lenguaje variado, claro y armonioso, léjos de ser dominadas por la modestia, la pública espectacion las excita y el aplauso las exalta. Washington pertenecia á una clase de inteligencias que aunque superiores, solo aciertan á ordenar sus ideas y á inspirarse en la calma del retiro: en una palabra, nuestro héroe no era orador, aunque era elocuente en el fragor de los combates.

Lafayette habla de él en estos términos:

«Simple soldado, fuera el mas valiente, y, aunque oscuro ciudadano, todos sus vecinos le honraran y veneraran. Hombre de corazon recto y claro espíritu, fué siempre justo en juzgarse á sí mismo y á los demas, y exacto en valorar las circunstancias que le rodeaban. Era un dechado de la naturaleza que le dotó de un conjunto de calidades que se sostenian mútuamente.»

Al año siguiente de haberse firmado la paz (1764), estando al frente del ministerio inglés Grenville, resolvióse por el Parlamento, fijar impuestos sobre los artículos que se importaban á las Colonias, tales como el azúcar, añil, café, té, etc., y que mas adelante se impondria el papel sellado para todo género de contratos, declarándose al mismo tiempo que el objeto era imponer una contribucion á los súbditos de S. M. Británica en América, para que contribuyesen á los gastos que ocasionaban su defensa y proteccion. Como cada Estado tenia en Lóndres agentes coloniales, no tardaron en llegar á América copias de los decretos que se intentaba poner en ejecucion, lo cual promovió una grande excitacion en las

Colonias. En Julio del mismo año de 1764, el Congreso de Massachusets declaró:

« Que solo la Cámara de representantes tenia derecho para disponer de los fondos de aquella provincia y administrarlos, y que imponer contribuciones á un pueblo que no está representado en el Parlamento, es una cosa del todo incompatible con los derechos de la misma provincia. »

Redactáronse exposiciones por este Estado, por el Conneticut, Nueva-York, Rhode Island, Virginia, etc., que se dirigieron al Parlamento inglés; los agentes coloniales las presentaron; se pasó mucho tiempo en negociaciones, y entretanto en América la fermentacion, léjos de menguar, iba creciendo.

En el mismo Parlamento hubo diputados que abogaron á favor de los americanos; uno de los ministros dijo:

« ¿ Será posible que ahora los americanos, niños á quienes dimos el sér, alimentados por nuestra indulgencia y protegidos por nuestras armas, se nieguen á conllevar nuestra pesada carga?

« ¡ Decís que les habeis dado el sér! contestó el coronel Isaac Barré, mas yo no lo creo así; nuestra opresion obligó á esos hombres á refugiarse en Améerica; huyeron de nuestra tiranía á un pais inhospitalario, donde sufrieron fatigas y privaciones sin fin, en lucha constante con los salvajes, sufriéndolo todo con heróica resignacion. Crecieron sin embargo, mas no *alimentados por vuestra indulgencia*, sino apesar de vuestro abandono primero, y luego de vuestros agentes encargados de vigilar sus actos y coartar sus libertades. No digais que les habeis protegido con vuestras armas; porque estos *Hijos de la Libertad* las tomaron noblemente en defensa vuestra, luchando con valor para proteger un pais cuya frontera estaba cubierta de sangre, entretanto que su constante industria os producia inmensos beneficios.»

Apesar de esta noble voz se aprobó el impuesto de los sellos.

El nombre de *Hijos de la Libertad* que dió Barré á los americanos, produjo un efecto mágico; porque toda agrupacion política, grande ó pequeña, desea tener un símbolo, un mote, que reasuma su doctrina.

Franklin, agente de Pensilvania en Lóndres, escribió aquella misma noche á Cárlos Thompson, secretario que fué luego del Congreso general de las Colonias-Unidas, una carta que contenia esta expresion:

«El sol de la libertad se ha puesto; los americanos tendrán que encender en adelante las lámparas de su industria y de su economía.»

A lo cual contestó Thompson:

«Lo que nosotros encenderémos no serán lámparas sino antorchas.»

Sin embargo, como si Inglaterra tuviese el presentimiento de lo que debia acontecer, y como si al pueblo americano le repugnase soltar los vínculos que le unian con la madre patria, se pasó todavía algun tiempo antes de romper de una manera definitiva. Si bien que los repetidos motines de Boston y otras ciudades anunciasen claramente estar próxima la tormenta, no descargó en aquel año por haber subido al ministerio inglés el marqués de Rockingham que dió muestras de querer favorecer á los americanos. En efecto, en el Parlamento habló Pitt á favor de las Colonias; se consultó á Franklin y se desestimó en Marzo de 1766 la ley sobre impuestos; medida que aplaudió toda Inglaterra, que celebraron los buques de los puertos izando sus pabellones y las ciudades iluminando sus edificios.

En América produjo un entusiasmo difícil de describir la supresion del nuevo impuesto, porque, como decia Washington:

«Si el Parlamento de la Gran Bretaña se hubiese empeñado en sostenerlo, creo que las consecuencias hubieran sido fatales y dolorosas, tanto para la madre patria como para las Colonias. Por esta razon, cuantos han intervenido con su influencia en la supresion del impuesto, son acreedores á la gratitud de todos los súbditos británicos y han obrado leal y generosamente.»

Habia en la ley de supresion del impuesto una cláusula que dió mucho en qué pensar, y que, pasados los dias de alborozo, atormentó la conciencia política de los americanos: en dicho párrafo se decia textualmente:

«Que las Colonias estaban por derecho subordinadas á la corona y al Parlamento inglés, de quienes dependian y en quienes residian la autoridad y el pleno poder de hacer leyes obligatorias para ellas.»

La administracion del marqués de Rockingham terminó en el mes de Junio del mismo año de 1766, y estando en el nuevo gobierno Townshend, hombre de brillantes cualidades, pero de falsos principios, fué increpado por Grenville, el autor de la ley del sello, en estos términos:

— Sois unos cobardes; pues veo que os inspiran temor los americanos, impidiéndoos imponerles una contribucion.

—¡Que somos cobardes! contestó Townshend encolerizado. ¡Que tenemos miedo! ¡Que no nos atrevemos á imponer una contribucion á los americanos! Pues dígoos que yo solo basto para ello.

— Me alegraria verlo, repuso Grenville.

— Pues lo vereis.

Así en cuestiones de amor propio se juega la suerte de las naciones. ¡Cuán diminutos son tales ministros comparados con los Washington, los Franklin y tantos hombres prudentes, sabios y magnánimos como abundaban entonces en la América del Norte!

El 29 de Junio, en efecto, estaba ya discutida y sancionada por la corona una ley que imponia una contribucion sobre el té, las pinturas, el papel, el cristal y el plomo, artículos que se importaban de la Gran Bretaña en América.

Los derechos eran insignificantes, pero la intencion aguda; y los americanos se sintieron heridos en su dignidad.

Washington, que tuvo casi siempre la dicha de representar la opinion general, cuando tenia por fundamento la verdad y la justicia, en esta ocasion, dijo:

«Y despues de todo ¿por qué estamos disputando? ¿Acaso por no pagar tres peniques sobre el valor de una libra de té? De ninguna manera; disputamos solamente por nuestro derecho.»

El Congreso general de los Estados se reunió en Octubre y acordó proteger las fábricas é industria del país y aconsejó á sus representados que no admitiesen de ningua manera los géneros británicos. Así contestaron al desafio del gobierno inglés: así quisieron herir al comercio de la Gran Bretaña. Massachusets, Connecticut, Nueva-York y Pensilvania siguieron el consejo, y bien luego aprendieron los comerciantes ingleses que mas perdia la Metrópoli con la supresion del consumo de las mercaderías inglesas que lo que hubiera ganado con todas las contribuciones, inclusas las del sello.

En Boston el gobernador Bernard disolvió la Asamblea anulando la constitucion del Massachusets de que formaba parte, y los ciudadanos nombraron una junta que se reunió debajo de un viejo olmo, que fué llamado el Árbol de la Libertad, y de aquí que se propagase á las demás Colonias y despues á Europa la costumbre de plantar *Árboles de la Libertad.* El descontento se hizo general por las arbitrariedades de dicho gobernador, quien de desacierto en desacierto llegó á crear un estado de guerra en todas partes donde tenia tropas, y especialmente en la indicada ciudad de Boston. Esta fué bloqueada por nuevas fuerzas que llegaron de Inglaterra, y entretanto los demás Estados, no solo suprimieron el uso de toda mer-

cancia inglesa, sino que renunciaron á tomar té, bebida de uso general en la raza anglo-sajona; y por esta resolucion la compañía de las Indias orientales vió pudrirse en sus almacenes la enorme cantidad de diez y ocho millones de libras de aquella yerba. Quedó por lo tanto suspendido el comercio entre el Norte de América y la Gran Bretaña. [1]

El gobierno inglés aflojó un poco en sus pretensiones; pero mantuvo los derechos sobre el té, para que quedase incólume la facultad que creia tener de legislar en absoluto sobre cuanto concernia á las Colonias. Los americanos, que no deseaban todavía romper con la madre patria, continuaron sin embargo en la abstencion del té, y obligando á los barcos que llegaban con este cargamento á volverse con él á Inglaterra, ó á echarlo al mar como sucedió en Boston.

Por este último hecho se dictaron leyes represivas por el Parlamento inglés en 1774 contra las Colonias rebeldes, mientras que se adulaba á las que se suponian fieles, y se dieron anchas libertades á las del Canadá, para tener de parte del gobierno la poblacion de orígen francés. Entre las medidas coercitivas se mandaba que desde el primero de Junio el puerto de Boston quedase cerrado, y en su consecuencia se mandaron nuevas tropas de la Metrópoli. La Asamblea de la Virginia, sabedora de la desgracia de la capital del Massachusets, decretó que el dicho dia primero de Junio lo fuese de ayuno y rezo para obtener de la Divina Providencia la conjuracion de los males de una guerra civil. Sabido por Dunmore, gobernador de esta provincia, el acuerdo tomado por la Asamblea, la disolvió al dia inmediato; pero esta se reunió en otro sitio, y decretó la formacion de una Junta de vigilancia, convocando á los demás Estados para que enviasen delegados al Congreso general, que se reunió en efecto en Filadelfia el dia primero de Setiembre de 1774.

Washington dice en su diario, que él observó el ayuno y rezo en primero de Junio, y que en Virginia fué un dia solemne; por otra parte sabemos, que apesar de ser amigo del gobernador Dunmore, se dispuso á obrar enérgicamente en union con sus conciudadanos, y que en aquella ocasion escribió á uno de sus amigos una carta que contenia las siguientes frases:

[1] El de exportacion á Inglaterra, segun Hildreth, citado por Spencer, representaba en 1770 un valor de 4.493,150 pesos fuertes: el de importacion de la Gran Bretaña á las Colonias anglo-americanas, era de 8.549,749 pesos; por lo tanto, dejaron de entrar anualmente en Inglaterra, mas de cuatro millones de duros.

« Entre las Colonias y la Gran Bretaña, debe haber una línea divisoria; y si bien yo no me atreveré á decir cómo debe establecerse ni en qué debe consistir, sin embargo, creo indispensable que nuestros derechos queden consignados, y las atribuciones de Inglaterra deslindadas. Tenia la esperanza de que esta cuestion no nos afligiria á nosotros, y que seria nuestra posteridad quien la resolviese; pero habiendo sobrevenido la crísis, es preciso ó someternos á las obligaciones que quieren imponernos corriendo el riesgo de ser reducidos á esclavos, ú obrar desde luego con energía.»

En la reunion del Congreso general de Filadelfia, estaban representadas todas las Colonias anglo-americanas, y declararon que, en virtud de la Constitucion inglesa y por las diversas Cartas que les fueron otorgadas, eran los Colonos dueños de sus vidas, haciendas y libertades, y que ningun soberano podia disponer de aquellos sin su consentimiento; y determinaron dirigir: 1.° un manifiesto al pueblo de la Gran Bretaña y otro al de América; 2.° elevar una leal exposicion á S. M.; y además formar una asociacion para que no se importase á las Colonias ningun género ni mercancía ingleses.

Todos los acuerdos de la primera época del Congreso general, y los documentos de que acabamos de hacer mencion, prueban que estaba todavía muy lejana de la mente de los hombres eminentes que lo componian, la idea de independencia y separacion de la madre patria, y que solo luchaban y se oponian á las leyes del Parlamento británico, porque conculcaban la Constitucion inglesa, las Cartas de las Colonias y los Estatutos que cada provincia se habia dado en armonía con dicha Constitucion y Cartas.

Mas, ciegos el gobierno y el Parlamento de la Gran Bretaña, quisieron resolver la cuestion por medio de las armas. Hallábase entonces al frente del ministerio inglés lord North, que manifestó á los agentes coloniales de Lóndres, estar resuelto á someter las Colonias á su autoridad, y añadió:

« Para conservarlo nadie puede criticarnos el empleo de cuantos medios estén á nuestro alcance. Por ser difícil no es imposible esta empresa, y antes de convenir en ello, queremos ensayarlo. »

Las Colonias, no esperando ya nada de las negociaciones, tomaron las armas, y al romper las hostilidades en Boston, acudieron de todas partes tal número de milicias, que materialmente sitiaron en la ciudad al gobernador Gage y sus tropas.

Washington escribió á lord Fairfaix:

« Es muy sensible que haya empezado ya en nuestro pais la lucha fratricida, y que en lo sucesivo hayan de verse regadas en sangre las tranquilas llanuras de América ó labradas por los esclavos. ¡Triste alternativa! Mas ¿puede un hombre virtuoso vacilar en la eleccion? »

Tomó el Congreso el título de *Continental;* mandó que las Colonias se pusiesen en estado de defensa y que rechazasen la fuerza con la fuerza; votó una emision de papel moneda con esta inscripcion: *Las Colonias-Unidas;* contituyéronse Juntas de Salvacion para proponer los medios de defensa, cuya presidencia se confió á Washington, y en 20 de Junio de 1775 se le nombró generalísimo de todas las milicias continentales. A éste nombramiento contestó el interesado:

«Como el deseo de aumentar mis bienes hubiera podido inducirme á aceptar este importante cargo, aun á costa de mi felicidad doméstica, no quiero aprovechar mi sueldo, y únicamente solicito que el Congreso me abone la cuenta que exactamente llevaré de mis gastos. A nada mas anhelo. »

En aquel mismo dia las milicias americanas sostuvieron con honra su pendon defendiendo un reducto que habian construido en una sola noche sobre una colina que dominaba el puerto de Boston; y aunque al fin tuvieron que ceder al asalto reiterado de tropas veteranas y al vivo cañoneo de los buques de guerra y de los fuertes, no teniendo ellos artillería, sin embargo, se retiraron despues de haber causado mil y cincuenta y cuatro muertos y heridos á las tropas reales, y no perdiendo ellos mas de cuatro cientos hombres. Tal retirada fué considerada por los americanos como una verdadera victoria, que acreditó á los oficiales de inteligentes y á las milicias de bravas y capaces de resistir á tropas veteranas.

El 8 de Julio todavía el Congreso general intentó reconciliar la Metrópoli con las Colonias dirigiendo un nuevo manifiesto á la Gran Bretaña y una exposicion al rey; sin embargo, fué la última tentativa y no dió resultado.

Washington se encargó del mando del ejército y se trasladó al campamento de Boston donde se hallaban reunidos unos catorce mil hombres, y, despues de haberse hecho cargo de todo, escribió al Congreso en estos términos:

«La situacion del ejército es muy precaria; se acerca el invierno, las tropas están medio desnudas y el tiempo de su servicio concluye dentro de breves semanas. La caja está totalmente exhausta, el crédito agotado, y si no se provee á la paga, las tropas se amotinarán.»

Además se carecia de pólvora en el campamento, y si el general inglés Howe hubiese podido atacar á las milicias americanas en aquellos momentos fácilmente hubiera dado cuenta de ellas.

«Tengo una idea clara de mi triste situacion, escribia Washington á José Reed; se espera mucho de mí y poco puedo hacer con hombres mal armados y mal municionados. Mi ejército de veinte mil hombres está reducido á la mitad, á consecuencia de las bajas por enfermedades, y tengo que valerme de mañas para ocultar al mundo y á mis oficiales un estado que desanimaria á todos, y alentaria al enemigo que tengo enfrente.»

Entretanto el almirante inglés Greaves envió varios buques de guerra para incendiar los puertos situados entre Boston y Halifax.

En las fronteras del Canadá, los atrevidos capitanes americanos Allen y Arnold, tomaron á Ticonderoga y Crown-Point, fuertes provistos de cañones y municiones, mientras que el general Montgomery rendia los de San Juan y Montreal; pero habiendo puesto sitio á Quebec en el corazon del invierno del mismo año de 1776, este ilustre capitan encontró una muerte gloriosa en un asalto que dió á la ciudad. [1]

En Inglaterra, no encontrando voluntarios para formar un nuevo ejército de venticinco mil hombres con que se intentaba reforzarse el que ocupaba una parte de las Colonias anglo-americanas y el Canadá, se engancharon diez y ocho mil alemanes, procedentes en su mayor parte de Hesse-Cassel y Brunswick; tomáronse voluntarios de otros puntos, y bien luego hubo en América fuerzas armadas, disciplinadas y bien equipadas, cuyo número alcanzó á mas de cincuenta mil hombres, ávidos de sangre, y sobre todo de botin. Los principillos alemanes cedieron sus súbditos á razon de treinta thalers por cabeza, y otros treinta por cada uno que fuese muerto ó por tres estropeados: así traficaron con la vida de sus súbditos, sin mas interés que el lucro, y estos fueron á la guerra con la esperanza de satisfacer sus pasiones, apetitos y afan de riquezas.

No solamente se vieron amenazados los americanos por esa tropa de caníbales, sino que el Parlamento prohibió todo comercio con las Colonias; autorizó la captura de todo buque americano, el de todo extranjero que

[1] Montgomery era de una familia noble irlandesa, oficial del ejército inglés, casado con una americana, por cuyo motivo abrazó la causa de su nueva patria. Su carácter caballeresco, unido á sus virtudes privadas, le granjearon el aprecio general. Encontrado su cuerpo por los ingleses, le dieron pomposa sepultura, y los americanos levantaron en Nueva-York un monumento de mármol para eternizar su memoria.

traficase en los puertos de las Colonias; y respecto de las tripulaciones americanas, debia el comandante del buque inglés que hiciera la presa, inscribirlas en su registro, como si voluntariamente hubiesen solicitado el servicio.

Por otra parte, los agentes del gobierno trabajaban el ánimo de las Colonias del Canadá, con el fin de atraerlas á la defensa de la causa inglesa, lo que no consiguieron; y procuraron al mismo tiempo que los indios se armasen contra los americanos. Mas los indios contestaron:

— ¿Quereis que tomemos parte en una guerra entre padres é hijos? Nosotros no acostumbramos á mezclarnos en las contiendas domésticas de los demás.

— Pero si los rebeldes invadiesen esta provincia, ¿no nos ayudaríais á rechazarlos?

— Desde que se hizo la paz, el hacha está sepultada á cuarenta brazas debajo de tierra, dijeron los salvajes.

— Cavad y la encontrareis, repusieron los ingleses.

— No; el mango se ha podrido y no podremos hacer uso de ella.

Otras tribus del Canadá, contestaron á los agentes ingleses:

« Tenemos chelines para comprar ron; os los daremos y beberemos agua; pero no queremos declarar la guerra. »

En este cotejo entre los salvajes, y el monarca inglés y principillo, alemanes, se ve cuán descarriado andaba el sentimiento moral civilizado y cuán puro resplandecia en la naturaleza vírgen de los habitantes de los bosques.

Por efecto de las excursiones que hacia en los rios de la Virginia el gobernador Dunmore, quemando y saqueando los pueblos ribereños, Washington, que tenia su familia en el Monte Vernon, la llamó al campamento de Boston, á tiempo en que los virginios derrotaron al dicho gobernador, quien se vió obligado á refugiarse á las Bermudas.

Washington habia formado una línea de reductos al rededor de Boston, sosteniendo combates diarios, logrando al fin establecerse en la península de Dorchester cuyas alturas intentaba coronar con los cañones que llegaron de los fuertes de Ticonderoga y Crown Point tomados á los ingleses. Desde este momento, los diez mil hombres de tropas reales que habia en Boston, la escuadra y mas de ciento cincuenta transporrtes se vieron perdidos, si inmediatamente no atacaban la península ó no abandonaban la ciudad y puerto.

El gobernador Howe creyó ser mas prudente el último partido, y para salir sin ser molestado, reunió á los principales habitantes de la ciudad, diciéndoles que estaba resuelto á evacuarla, si Washington no se oponia á su marcha. Enseñóles luego el combustible que tenia reunido para incendiar la ciudad, si los provinciales le hostigaban, y concluyó encargándoles que tuvieran vistas con Washington, y lograsen de él un armisticio que duraria el tiempo necesario para embarcar sus tropas y ponerse léjos de su alcance.

Washington consintió en la tregua, con tal que dejasen las tropas reales las municiones de guerra.

El 17 de Marzo de 1776, evacuaron la ciudad las tropas reales, mientras que Washington entraba en ella por la parte de tierra, quedando en su poder doscientos cincuenta cañones, muchas municiones, cuatro morteros y ciento cincuenta caballos.

El Congreso acuñó una medalla de oro que conmemorase la evacuacion de Boston, fuese un testimonio de la constancia de las milicias provinciales y muestra del aprecio público hácia Washington. El sitio habia durado diez y seis meses, y los habitantes de la ciudad recibieron en palmas al ejército libertador.

Pocas semanas despues llegaron á Boston tres transportes de Inglaterra, que, ignorando la salida de las tropas reales, cayeron en poder de los coloniales con su cargamento de municiones de boca y guerra, armas, y mil quinientos barriles de pólvora. El general Vard se habia quedado de guarnicion en la ciudad con cinco regimientos y Washington, despues de conferenciar con el Congreso en Filadelfia para adoptar el plan de campaña mas conveniente, se trasladó á Nueva-York, cuyo ejército se reforzó con trece mil hombres, y se organizaron columnas volantes que sumaban juntas diez mil infantes.

Por este tiempo se descubrió una conspiracion de americanos realistas que tenia por objeto entregar la persona del generalísimo á las tropas reales; en virtud de lo cual y para prevenir males de esta clase, se organizaron juntas secretas que vigilasen á los realistas.

Se agitaba ya en el Congreso la cuestion de la independencia americana, y Washington que no tenia esperanza de arreglo alguno, y que en el caso de hacerse, solo creia ser temporal, puesto que la Metrópoli aprovecharia una buena ocasion de vengarse de las humillaciones que habia sufrido en el Canadá y en Boston, impulsó al Congreso por esta vía, y aun se separó de él disgustado por no haberlo conseguido.

Pero las crueles disposiciones que tomó el Parlamento inglés respecto de los marinos americanos, á quienes obligaba á servir en los buques británicos y á combatir contra sus mismos hermanos por una parte, y por otra las tropelías que las tropas mercenarias extranjeras cometian incendiando y robando los paises que recorrian, exasperó en tanta manera el pueblo de las Colonias, que el deseo de la independencia se hizo universal; y en efecto, el dia 4 de Julio de 1776, el Congreso general de los trece Estados, reunido en Filadelfia, dió un manifiesto en donde, despues de la enumeracion de los actos arbitrarios que la Gran Bretaña habia ejercido contra las Colonias; de las gestiones que estas habian hecho para defender sus derechos, apoyándose en que los hombres nacen iguales en derechos de que nadie puede despojarlos, y en el de insurreccion, cuando no son acatados por los gobiernos, cuya autoridad emana exclusivamente del pueblo, declaraba:

« En vista de lo manifestado, Nos, los representantes de los *Estados-Unidos de América,* reunidos en el Congreso general, apelando al Supremo Juez del Universo, que conoce la rectitud de nuestras intenciones, y en nombre y con autorizacion del buen pueblo de estas Colonias, declaramos solemnemente que las Colonias Unidas son y deben ser Estados Libres é Independientes, y que por lo tanto no están sujetas por compromiso alguno á la Corona británica, debiendo en su consecuencia disolverse los lazos políticos que con ella nos unian. Considerándonos, pues, Estados Libres é Independientes, tenemos derecho para hacer la guerra, firmar la paz, contraer alianzas, establecer el comercio, y tomar parte en todos estos actos á que nos da derecho nuestra calidad de hombres libres. En confirmacion de lo dicho, y confiando en la proteccion de Dios, ofrecemos mútuamente nuestras vidas y haciendas para el mantenimiento de la presente Declaracion. »

En virtud de ella, la resistencia de los Estados-Unidos se hizo mas compacta.

Washington con veinticuatro mil hombres mal vestidos y equipados estaba en Nueva-York, á donde fué desde Halifax el general realista Howe con veintisiete mil soldados, provistos de todo lo necesario, bien organizados y disciplinados, acompañados de una numerosa escuadra: Howe se proponia hacer de Nueva-York su cuartel general.

Hubo un primer ataque el dia 27 de Agosto por parte de los ingleses en Long-Island, que fué fatal á los americanos, que perdieron dos mil

hombres y tuvieron un general muerto y otro prisionero. Estaba Washington mirando el ataque desde una altura y exclamó:

« ¡ Dios mio, y cuántos valientes pierde en este dia mi ejército ! »

Por la noche se apresuró á embarcarlo junto con la artillería, y trasladarlo de la otra parte de la ensenada; y dejando guarnecido Nueva-York, se colocó en las alturas de Harlem, disponiéndolo todo, para en caso necesario, retirarse al condado de Westchester.

Mas despues de la indicada derrota, muchos soldados, compañías enteras y aun regimientos, abandonaron las filas patriotas para irse á sus casas. El pánico del ejército de Washington era tal, que un destacamento de cincuenta ingleses que desembarcó á tres millas de Nueva-York para reconocer el terreno, puso en fuga á mas de trescientos milicianos, y hallándose allí Washington, tambien para reconocer aquel punto no pudo contener á los fugitivos, y arrojando su sombrero por el suelo, dijo encolerizado:

« ¡ Estos son los hombres que me dan para defender las libertades de América ! »

Escribió nuevamente al Congreso sobre la necesidad de reorganizar el ejército; de separarse de la base de los alistamientos por un solo año, lo cual daba reclutas y no soldados capaces de batirse con tropas veteranas, y que de no hacerlo así, era imposible llevar ninguna séria y fructuosa operacion á cabo.

El Congreso que habia temido hasta entonces la formacion de un elemento militar independiente de la sociedad civil, se convenció que este riesgo era menor que el de caer nuevamente los Estados-Unidos en poder de los ingleses. Decretó la formacion de ochenta y ocho batallones bajo la base de servir durante la guerra, ofreciendo buena paga y un premio de cien acres de tierra á cada voluntario.

Washington se retiró de Nueva-York, dejando por mandato del Congreso tres mil hombres en un fuerte bien artillado y municionado, pero que atacado vigorosamente fué tomado por los ingleses. Nuestro general iba en retirada y seguido siempre por las tropas inglesas. Solo tenia ya tres mil hombres, y aun estos concluian tambien el tiempo de su empeño. En vano pidió que á marchas forzadas se le incorporara el general Lee con su division; éste desobedeció la órden y se dirigió hácia el Sur, en donde su descuido le hizo caer en manos de un pequeño destacamento de ingleses que le sorprendieron descansando en una casa aislada y sin centinelas.

Encargóse de las fuerzas de Lee el general Sullivan que corrió hácia el Delaware á incorporarse con el general en jefe, y aunque al mismo tiempo se le reunieron las de Gates, no juntó más que unos siete mil hombres.

En estas circunstancias, persuadido el Congreso de que la causa de los Estados-Unidos estaba perdida, si una mano poderosa no la salvaba, confirió poderes ámplios y dictatoriales á Washington.

Correspondió á esta muestra de confianza el general en jefe repasando el Delaware en la noche del 25 de Diciembre y sorprendiendo en Jerseys las tropas de Hesse que cayeron prisioneras en número de tres mil hombres, y tomóles seis cañones, gran cuantía de provisiones de boca, guerra y armas de toda clase.

Este hecho de armas probó que Washington no desmayaba nunca, que era tan prudente como osado y que sabia, aun en las mayores crísis, sacar partido de las ocasiones.

Se enviaron los prisioneros á Filadelfia, y allí se pasó revista de ellos para que los incrédulos enemigos se persuadieran de la verdad. Esta victoria y los excesos que cometian en todas partes las tropas reales exaltaron las pasiones, se reanimó el espíritu de defensa, las bajas del ejército de patriotas se fueron cubriendo, y empezaron á llegar armas y capitanes distinguidos de Europa, entre ellos el polaco Kociusco y el francés marqués de Lafayette que empleó una parte de su fortuna en equipar un buque, llenarlo de armas y municiones, sirviendo despues como voluntario sin paga alguna. Tenia este jóven marqués diez y nueve años, habia dejado en Francia á su jóven esposa, apesar de estar ambos muy enamorados: fué utilísimo á los Estados-Unidos, tanto por el denuedo y acierto que tuvo en varias acciones de guerra, como por haber obtenido de Luis XVI el reconocimiento de la independencia americana. Apesar de la diferencia de edad, los lazos de la mas tierna amistad unieron hasta la muerte á este jóven marqués con Washington que le trató siempre como si fuera su propio hijo. [1]

La campaña de 1777 consistió en una série de pequeños combates en que Washington demostró toda su habilidad, estando siempre junto al poderoso ejército enemigo, evitando no obstante un combate decisivo que le hubiera sido fatal; pero no pudo impedirle que entrara en Filadelfia,

[1] Así lo asegura Lafayette en las cartas que dirigia á su jóven esposa, *á su caro corazon*, como la llamaba: y tambien Spencer, historiador americano, le dedica algunas páginas y consigna en ellas el afecto paternal de Washington por el jóven marqués.

apesar de haber querido detenerlo en Brandywine el 11 de Setiembre de 1777, en donde perdió entre muertos, heridos y prisioneros mil trescientos hombres: en este combate fué herido en una pierna Lafayette.

A la llegada del invierno los dos ejércitos real y americano eran iguales en número; pero éste muy inferior en calidad, siendo casi todos reclutas, armados la mayor parte con fusiles sin bayoneta y no acostumbrados todavía á la disciplina.

Por la campaña de 1777, no consiguió el general Howe el objeto que se propuso, que fué posesionarse del Delaware y la Albania hasta los lagos, operando él en la parte baja y el general Burgogye en la parte alta; pues éste, apesar de haber rendido Ticonderoga y otros fuertes, sucumbió cayendo prisionero con todo su ejército en Sotaroga, despues de porfiadas batallas con los generales americanos Schuyler y Gates. Si bien Howe venció en la parte baja entrando en Filadelfia, no pudo nunca auxiliar á Burgogye, ni librarse del ejército de Washington que dificultaba todas sus operaciones. En conjunto la campaña de 1777 favoreció la causa republicana; el pueblo americano se animó, y en Europa se avivaron las simpatías por los *Hijos de la Libertad.*

Washington pasó el invierno de 1777-78 en Walley Jorge, á veinte millas de Filadelfia, teniendo á su ejército medio desnudo en barracas de madera, durmiendo sobre el duro suelo, con escaso alimento y de mal género, y seguidamente diezmado por las enfermedades. Por otra parte, algunos generales envidiosos, aunque de mérito, urdieron contra su reputacion militar un complot que se llamó *Cábala-Convay,* por ser este el principal enemigo de nuestro héroe. Mas Washington limitóse á contestar, que ejercia el mando por amor patrio, y que estaba dispuesto á dejarlo con la misma satisfaccion con que el cansado caminante se entrega al reposo; así la sencillez y la modestia triunfaron del artificio, y el Congreso le confirmó en el mando del ejército.

Durante este referido invierno la Francia reconoció públicamente la independecia de los Estados Unidos, firmándose en 6 de Febrero de 1778 un tratado de comercio por Franklin, Deane y Lee [1] en nombre de los Estados-Unidos y por Gerard en el de Francia; celebrándose al mismo tiempo otro de alianza defensiva, cuyo objeto era «mantener la libertad,

[1] El general Lee habia sido cangeado por el general inglés Prescott, hecho prisionero en su mismo alojamiento y rodeado de sus tropas por el teniente coronel Barton en Rhode-Island.

soberanía é independencia absoluta é ilimitada de los Estados-Unidos, así en materias de gobierno como de comercio.»

La campaña de 1778 se distingió por la batalla de Monmout, dada contra las tropas de Howe (que abandonó á Filadelfia para dirigirse á Nueva-York) el 29 de Junio; y segun Lafayette dice:

«Nunca demostró Washington tanta actividad como en aquella accion, y bien puede decirse que su presencia sola obligó al enemigo á retirarse. Su aspecto al presentarse á caballo, su valor y serenidad excitaron el entusiasmo de las tropas.»

Hasta entonces los indios solo habian acudido en auxilio de los ingleses en corto número; pero durante esta campaña iban las fuerzas realistas acompañadas de gran número de ellos: los cuales sin distinguir partidos políticos, ni edad ni sexo, en todas partes degollaron é incendiaron. Del valle de Wyoming y de las fronteras de Pensilvania y Virginia se llevaron las cabelleras de mas de cinco mil personas. [1] Segun el historiador Sparks el gobierno británico aprobó tales atrocidades; pero mientras Inglaterra se deshonraba por tan salvajes procedimientos, la generosa Francia mandó sus bajeles en auxilio de su aliada, y durante el verano de 1778 trabó serios combates navales, aunque no fueron decisivos.

La marina de los Estados-Unidos, durante el citado año, hizo progresos, apesar de los setenta buques de alto bordo ingleses que bloqueaban las costas; los novicios marinos americanos libraron combates de buque á buque, apresaron cuatrocientos sesenta y siete naves mercantes enemigas, y el comodoro Jones se atrevió, con una escuadrilla de cuatro buques, que juntos montaban ciento y catorce cañones, á acometer á la marina inglesa en las aguas de Irlanda.

En 1779, España se alió con los Estados-Unidos; y Holanda, Portugal, Suecia, Dinamarca y Rusia se confederaron con el nombre de *Neutralidad armada* contra Inglaterra.

La causa de los *Hijos de la Libertad* habia triunfado en Europa, y la raza latina, impresionable y generosa, con sus escuadras, sus hijos y sus recursos apoyó el monumento de las instituciones democráticas y republicanas que bamboleaba á los embates de la furia británica, la cual conservaba todavía, y aun ahora, el egoismo salvaje de su orígen selvático.

[1] Los indios del Norte de América tienen aun hoy dia por costumbre cortar la piel del cráneo de sus vencidos enemigos, con cuyas cabelleras adornan sus habitaciones, gozando de mayor reputacion de valiente, el que ostenta mayor número de esos trofeos.

Si habia triunfado en el mundo moral de Europa, debia luego acabar con las fuerzas materiales de la Gran Bretaña.

Siguieron en efecto los americanos ya mas alentados, la guerra noble y generosa contra los ingleses, que la hacian á la manera de los indios; guerra de exterminio é incendio que sublevó á los mismos realistas de las Colonias.

Washington guerreó en el resto de las campañas, como hemos descrito, hasta el presente año de 1780, siguiendo siempre al grueso del ejército inglés, perturbando todos sus planes y designios, sin empeñar nunca un combate decisivo, sino cuando las circustancias favorables estuvieron de su parte. Siempre inferiores sus tropas, novicias siempre, y por lo tanto menos disciplinadas que las del enemigo, él y los demás generales de los Estados-Unidos siguieron el único sistema de guerra que los cuerpos francos pueden hacer contra ejércitos regulares, la guerra de guerrillas y de pequeñas batallas; y sin embargo, como dijo Lafayette á Napoleon: « esta clase de guerra ha decidido de los destinos del Universo. »

Este mismo Lafayette[1] en 1781 contribuyó, sin embargo, á provocar un grande hecho de armas, y que no siendo batalla, dió un golpe mortal á la supremacía del ejército británico. Envióle Washington al Estado de Virginia para perturbar las operaciones del mas feroz de los generales ingleses, lord Cornwallis; persiguióle este y no dejaba de decir que *el niño no le escaparia;* mas Lafayette, con sus marchas y contramarchas, y escaramuceando aquí y batallando allá, condujo al hambriento lobo á Yorktown, donde quedó bloqueado por la escuadra francesa mandada por el conde de Grasse, por tres mil hombres que desembarcaron al mando del marqués de Saint-Simon, y por Washington que á marchas forzadas se dirigió al mismo punto, y Cornwallis en 19 de Octubre de 1781 tuvo que entregar su espada al *niño*, y además un ejército de ocho mil hombres que se habia

[1] En esta ocasion hacia poco tiempo que habia regresado de un viaje á Francia á donde habia ido para pedir nuevos auxilios que, en efecto, fueron considerables y llegaron pronto. Maurepás, que entonces era primer ministro de Luis XVI, refiriéndose al entusiasmo de Lafayette por su patria adoptiva, dijo un dia irónicamente en el Consejo:

«Es una fortuna para el rey que á Lafayette no se le antoje desmueblar á Versailles y enviar su valor á sus queridos americanos, pues S. M. consentiria en ello.»

Mas no solamente Lafayette pedia por su nuevo país, sino que gastaba considerables sumas de su fortuna particular para comprar armas y asignar sueldos á los que servian bajo sus órdenes. ¡ Cuán natural era, pues, el afecto paternal de Washington por este entusiasta de la independencia americana!

distinguido por su rigor, por sus insultos, por sus crueldades en Georgia y la Carolina del Sur; tanto que en este último punto, exasperados sus habitantes, las hermanas, las esposas y las madres armaban á sus hermanos, esposos é hijos, y los despedian diciéndoles:

« Preferid la prision á la infamia, y la muerte al servilismo. »

En Inglaterra, la noticia de la rendicion del ejército que mandaba Cornwallis, impresionó tanto los ánimos, que ya no creyeron posible dominar por la fuerza en los Estados-Unidos, mayormente con la oposicion que hacian á la Gran Bretaña las potencias marítimas de Europa.

Los límites de esta clase de biografías, no nos han permitido desarrollar los acontecimientos que esta guerra produjo en todas las partes del mundo entre las potencias beligerantes. Europa se aprovechó de esta lucha para abatir el orgullo de Inglaterra, que, fiada en su grandioso poder marítimo, con el pretexto de impedir que los rebeldes americanos recibiesen auxilios, ejercia rigurosamente el insultante derecho de visita, y hacia presa de cuanto le acomodaba. Catalina II de Rusia, junto con Suecia, Dinamarca y Holanda se confederaron, y declararon que la *bandera cubre la mercancía,* y que los buques neutrales podian por consiguiente navegar libremente de uno á otro puerto, y por las costas de los beligerantes.

Los aliados de los Estados-Unidos y los ingleses fueron sucesivamente vencedores y vencidos; algunas islas cambiaron varias veces de dueño: Pensacola, esto es, el terreno oriental del golfo de Méjico, fué tomado por los españoles que extendieron su dominio sobre la Florida; se dieron grandes combates navales, y temiendo Inglaterra á tantos enemigos reunidos, se inclinó á la paz.

Washington y Franklin que siempre previeron este desenlace, y el gran hacendista de Filadelfia Roberto Morris, habian trabajado con fé en sostener la lucha hasta traer los negocios á este estado: Washington enseñando á sus generales y capitanes la táctica de no empeñar ningun combate decisivo, sino cuando los resultados fueran evidentemente favorables; Morris procurando interesar los capitales de los particulares en beneficio de los Estados para el sosten de la guerra, y con este objeto estableció el Banco de la *América del Norte,* que prestaba precisamente á los deudores por sus contribuciones al Estado; y Franklin que, habiendo sido nombrado desde 1778 ministro plenipotenciario cerca de la córte de Francia, obtuvo todo el apoyo de aquel monarca con quien la revolucion fué tan ingrata despues. En efecto, no solo Luis XVI puso sus fuerzas navales y terrestres

á disposicion de su aliada, sino que empeñó el crédito de Francia saliendo ésta garante del empréstito que negoció Franklin con Holanda, y además hizo un donativo de su bolsillo particular de seis mil libras esterlinas!

Con estos medios y el patriotismo de la mayoría de los americanos se salvó la República de los Estados-Unidos. Apesar de correr en 1782 vientos tan favorables á la paz, las cansadas Colonias se resistieron al último sacrificio que les pidieron Washington y el Congreso, y llegó la campaña de 1783, sin que los jefes y oficiales pudieran cobrar sus pagas atrasadas. Hubo actos de indisciplina que tuvieron que combatirse con rigor; regimientos enteros descalzos y sin camisa se sublevaron, y en tal disposicion estaban los ánimos que los oficiales del ejército intentaron derribar la República y erigir el pais en Monarquía.

Al efecto dirigieron á Washington una carta muy bien escrita en la que demostrando la incapacidad del Congreso para dirigir los negocios públicos, el estado deplorable del pais y del ejército, terminaba de esta manera:

«Hemos demostrado y todos lo sienten así y especialmente los militares, cuánta es la debilidad de las repúblicas y cuántos los esfuerzos que ha hecho el ejército estando á las órdenes de un hombre entendido é inteligente. En este caso es indudable que este hombre que ha vencido tantos obstáculos que se creian insuperables y obtiene el universal aprecio y la veneracion del ejército, seria el mas á propósito para guiarnos en tiempo de paz. Algunos han relacionado de tal modo las ideas de tiranía y monarquía que les parece no ser posible la existencia de la una sin la otra, y por lo tanto acaso fuera conveniente dar á la cabeza del gobierno un título en la apariencia mas moderado; mas si se pudiesen conciliar los extremos, habria mayores ventajas en aceptar el título de Rey, y fuertes argumentos podrian aducirse en favor de la Monarquía.»

Esta carta fué presentada á Washington como la expresion de los votos del ejército; y Washington contestó por escrito en los siguientes términos:

«Newburg 22 de Mayo de 1782.

»Señor:

»Con la mayor sorpresa y asombro he leido atentamente el contenido de vuestra carta, y bien puedo aseguraros que ningun hecho doloroso de los ocurridos en la guerra me ha causado tanta afliccion, como saber que el ejército abunda en las ideas que acabais de comunicarme, ideas que repruebo severamente. Por esta vez á nadie daré conocimiento del hecho, y

guardaré el secreto religiosamente, á no ser que suscitándose de nuevo esta cuestion me vea precisado á descubrirlo.

»No acierto á explicarme cómo puede haber dado lugar mi conducta para tener el valor de hacerme una proposicion que, de ser aceptada, ocasionaria la ruina de la patria... Por consideracion á ella, á la posteridad, á vos mismo, ó sino, por respeto hácia mí, os conjuro á que desecheis tales ideas, teniendo especial cuidado en no comunicarlas á nadie.»

Washington con todo su talento no fué mas que un pobre hombre, segun hemos oido afirmar por políticos de nota; Washington, dicen ellos, podia fundar una dinastía en América y librarla de esas instituciones democráticas que perturban el desarrollo de la riqueza, y en que las bellas artes, encanto de la vida y lustre de los imperios, no florecen. Dejar de imponer el principio de autoridad que tiene en su favor la sancion de los siglos, é introducir en la civilizacion moderna los principios desorganizadores de la demagogia, es faltar á la mision providencial de su destino en perjuicio propio y del pais que se rige.

En vano se les opone á estos hombres la prosperidad siempre creciente de los Estados-Unidos; obcecados por el error, ya sea en muchos intelectual ó del corazon, como en la mayoría de los enemigos de los modernos progresos, ello es que ponen á Napoleon y César por sobre las nubes y miran con lástima, sino con ódio, á Washington. Mas mientras esos hombres, diestros en manejar en provecho propio los asuntos públicos, se vean obligados á ocultar sus designios egoistas y criminales envolviéndose en la capa de la moralidad, Washington será el astro brillante que guiará los políticos honrados por la senda de la verdadera y progresiva prosperidad de las naciones. César y Napoleon, en nuestros tiempos, han perdido mucho de su grandeza; y apesar de que el sentimiento patriótico poco ilustrado de la clase media francesa, haya restablecido ese padron de ignominia europea llamado la columna de Vendôme, que el pueblo mismo de París derribara, ya la musa de la historia se inspira mas en la grandeza moral de los héroes que en las portentosas hazañas de los bandidos sin fé, ni ley, cuyo orgullo ha levantado colunas de bronce, monumentos gigantescos en Egipto y pirámides de medio millon de cabezas humanas, como lo hizo Gengis-Kan en Asia.

La capitulacion de Yosktown tuvo tal influencia que los americanos y los ingleses en la campaña de 1782 estuvieron casi siempre inmóviles; se sabia que las proposiciones de paz iban y venian de unas á otras córtes y de la Gran Bretaña al Congreso. Éste rechazó las particular y exclusivamente

dirigidas á las Colonias, porque su lealtad le impedia aceptarlas sin el consentimiento de sus aliados, y no se firmó la paz hasta que una grande armada que Francia y España aparejaron estuvo lista para cruzar el Océano. Componíase de sesenta y seis navíos de línea, de un gran número de embarcaciones menores y veinticuatro mil hombres de desembarco; debian dirigirse desde luego sobre la Jamaica, y en seguida al Canadá. Ante tal peligro, Inglaterra, ya inclinada á la paz, aceptó y firmó en París el 20 de Enero de 1783, los preliminares de ella, y definitivamamente fué ratificada por el Congreso á principios de Enero de 1784. El primer artículo estaba concebido en los siguientes términos:

«Su Majestad británica reconoce como libres, soberanos é independientes á los Estados de New-Hampshire, Massachusets-Bay, Rhode-Island y Providencia, Connecticut, Nueva-York, Nueva-Jersey, Pensilvania, Delaware, Maryland, Virginia, las Carolinas del Norte y del Sur y Georgia, conviniendo en considerarlos como á tales, y renunciando para sí, sus herederos y sucesores á toda reclamacion contra los derechos de su gobierno y territorio.»

Así fué coronada la constancia en sostener el derecho y castigada la soberbia de la Gran Bretaña.

Washington se despidió de sus compañeros de armas que se hallaron reunidos en nombre propio y en representacion de todos los demas en el café francés de New-York el 4 de Diciembre de 1783, con las siguientes palabras:

«Al despedirme de vosotros, mi corazon rebosa de gratitud, y mi mas ardiente deseo es que vuestros últimos dias sean tan prósperos como gloriosos fueron los primeros. No puedo despedirme en particular de cada uno de vosotros, mas os agradeceré mucho que vengais uno á uno á estrecharme la mano.»

Y al verificarse este acto las lágrimas rodaban por las mejillas de aquellos valientes.

El Congreso celebraba entonces sus sesiones en Anápolis y en la del 19 de Diciembre se presentó Washington para resignar sus poderes.

«Los Estados-Unidos, le dijo el Presidente, reunidos en sesion, se hallan dispuestos á recibir las comunicaciones del comandante en jefe.»

Levantóse Washington y entregó al Presidente la dimision de su cargo, en que pedia al mismo tiempo permiso para retirarse del servicio, concluyendo con estas palabras:

«Al celebrar el último acto de mi vida pública, encomiendo los intereses de mi patria querida á la proteccion del Todopoderoso y á los encargados de regir los destinos del país.»

La escena fué pública y la sencillez de las palabras del hombre que descendia voluntariamente de su elevado pedestal para confundirse entre sus conciudadanos, impresionó los ánimos del auditorio, como si fuera una escena sublime. Tan corto es el número de hombres verdaderamente grandes, que sean al mismo tiempo modestos!

Al siguiente dia partió para sus tierras de Monte Vernon en donde no habia estado hacia ya nueve años. Tenia entonces Jorge Washington cincuenta y dos.

Fué buscado todavía en su retiro para llevarlo á la Convencion de que fué presidente en 1787, á la cual encargó el Congreso formular la Constitucion.

Tal cual fué presentada á los Estados, aunque con bastante oposicion y largos debates, aceptóse y procediéndose á las elecciones de las cámaras y luego á la del Presidente de la República, Washington fué elegido por unanimidad primer magistrado de los Estados-Unidos, y cuando terminaron los cuatro años de su ejercicio, aun volvió á ser reelegido tambien por unanimidad; mas desde entonces retiróse definitivamente á la vida privada.

El balance de la administracion de los Estados-Unidos, durante las dos presidencias seguidas de Washington, se reasume en estas pocas palabras: amistad en el exterior, aun con los argelinos y los indios; en el interior se moderaron los elementos perturbadores que dejan tras sí las largas guerras, y se inauguró un buen sistema rentístico que engujó la deuda. La paz hizo el resto: desde entonces la nacion ha ido prosperando hasta nuestros dias, contando en la actualidad cuarenta millones de habitantes qne ocupan los territorios comprendidos entre el Atlántico y el Pacífico, desde el 28 paralelo norte al 48; y hanse en parte cumplido, con la emancipacion de los negros, los deseos de Washington, que quiso que el gobierno de los Estados-Unidos fuese la salvaguardia de los derechos humanos segun su discurso de 1794.

Jorge Washington murió de una inflamacion en la tráquea, el 14 de diciembre de 1799, en Monte Vernon, en medio de su familia y algunos amigos.

Fué el primero en la guerra, el primero en la paz, y el mas amado de sus

conciudadanos, segun el general Lee. No es el héroe de un dia y de un pueblo, sino de las edades y de las generaciones venideras.

Su enfermedad fué tan corta que solo duró dos dias; su muerte sorprendió á todo el mundo; comunicada á la Cámara el 19 de Diciembre, suspendió la sesion, y el dia 23, reunida con el Senado, acordaron:

Elevarle un monumento en el capitolio de la ciudad de Washington y pedir permiso á su familia para depositar en él los restos del finado;

Una procesion fúnebre;

Recomendar á los ciudadanos de los Estados-Unidos llevasen, durante treinta dias, una gasa negra en el brazo izquierdo.

Damos fin á la biografía de Washington, bosquejando su retrato: su estatura era regular, de unos cinco piés; ancho de pecho; musculatura muy desarrollada; cabeza pequeña y cuadrada, como la de la mayor parte de sus conciudadanos; ojos grises y claros; grandes pupilas y la punta de la nariz ancha. Su fisonomía indicaba pasiones ardientes, sometidas sin embargo á una voluntad de hierro; no se sabe que conociese á otra mujer que á su esposa, y nunca antepuso la satisfaccion de sus gustos ni al bien de la patria ni al ageno. Era austero y sóbrio, y sin embargo nunca su bolsa estuvo cerrada ni al amigo ni al necesitado, ni mostró tendencia al vicio, ni á la debilidad, y fué para sus mismos émulos, juez tan imparcial que asociaba su aplauso al público aplauso, y los recomendaba á la solicitud del Congreso, sin que jamás se le viera estimulado por la ambicion ó la sed de gloria.

Amaba á su patria y á su servicio dedicó cuanto supo y pudo; y con respecto á sus relaciones particulares, á sus actos en el gobierno y á sus relaciones diplomáticas, se guió siempre por esta máxima:

«La honradez es la mejor política.»

Murió bendecido por tres millones de americanos independientes, libres y ricos, y los hijos de estos que hoy son modelos como pueblo y que mañana llenarán el mundo, se complacen en repetir aquella expresion salida de la elegante, verídica y entusiasta pluma de Tuckerman, uno de sus biógrafos:

«La Providencia no quiso conceder hijos á Washington para que su país pudiese llamarle *Padre!*»

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE JORGE WASHINGTON.

SANTIAGO WATT.

(1736 Á 1819 DESPUES DE J. C.)

Si Newton enalteció la inteligencia humana hasta revelar sus caractéres divinos, Watt abrió un manantial de riqueza tan perenne como la misma fuerza solar que deposita el calor en nuestros bosques, calor que alimenta nuestros hogares domésticos é industriales. La aplicacion del calor desarrollando la fuerza elástica de su vapor que mueve nuestras máquinas, ha centuplicado los productos industriales, disminuyendo la miseria, hasta el punto de gozar hoy dia de mas comodidades el bracero que el opulento patricio romano. Los penachos de humo que siguen las naves que ya no detienen los huracanes, el silbido de la locomotora que cruza los rios y atraviesa las montañas, y los millares de obeliscos que levantan nuestras fábricas dan testimonio de la gloria de Watt.

No descendia este hombre inmortal de los fieros barones anglo-sajones, sino de los aborígenes de Escocia que á cada oleada de conquistadores se hacian fuertes en sus montañas, contra cuyas peñas se estrellaron cien ejércitos invasores. Siguiendo su genealogía encontramos que el bisabuelo de Watt era un labrador del condado de Aberdeen, en Escocia, que pereció en una de las batallas dadas por Montrose en tiempo de Cromwell; que el partido vencedor confiscó sus bienes, y que su hijo Tomás Watt, niño todavía, fué amparado por unos parientes lejanos que le educaron é instruyeron. En tiempos más tranquilos, Tomás, ya hombre, se estableció en Greenock, en donde enseñó matemáticas y los elementos de la navegacion,

y mas tarde lo hallamos en Crawfords-dyke, de cuya villa fué magistrado, muriendo en 1734 á la edad de noventa y dos años y dejando dos hijos, á saber: John, que siguió la profesion de su padre en Glascow, y el padre de nuestro célebre ingeniero, llamado Jaime, que fué durante largo tiempo tesorero de la municipalidad de Greenock y despues magistrado de la ciudad, distinguiéndose en el desempeño de sus funciones por un celo ardiente y un espíritu ilustrado de mejoras y progreso. Comerciaba al mismo tiempo en instrumentos, aparatos y utensilios de navegacion y otros artículos, y se encargaba de la construccion de fábricas de albañilería; con lo cual adquirió una modesta fortuna; mas en edad avanzada perdió parte de ella en empresas de navegacion ultramarina, muriendo en 1782 á la edad de ochenta y cuatro años. La genealogía de Watt es ilustre por su amor al trabajo y á las empresas útiles.

Santiago Watt, objeto de esta biografía, nació en Greenock (Escocia) el 19 de Enero de 1736. Fué de complexion tan delicada, que varias veces tuvo que desistirse de mandarlo á la escuela pública de Greenock: su constitucion endeble reclamaba cuidados incompatibles con el régimen escolar. Así fué que aprendió á leer de su madre, cuyo nombre de familia era Muirhead, y de su padre á escribir y contar. Su delicada salud le obligaba á permanecer la mayor parte del tiempo encerrado en las habitaciones de su casa, en donde, desde sus tiernos años, empezó á estudiar por impulso propio y sin más consultor que sus mismos padres, los cuales persuadidos de la corta carrera que su hijo haria en este mundo, no le impusieron género alguno de obligaciones, ni ocupaciones asíduas, dándole amplia libertad en la eleccion de sus pasatiempos.

En cierto dia M. Watt recibió visita de un su amigo, á tiempo que el niño, echado al suelo, trazaba con yeso líneas cruzadas y curvas, quizás apareciendo en su tierna imaginacion como las abscisas y ordenadas que determinan puntos y ejes de curvas ó relaciones entre temperaturas y expansiones; pero el visitante, sin reparar en ello, reconvino á M. Watt en estos términos:

— ¿Cómo permitís que pierda vuesto hijo tan miserablemente el tiempo? ¿No fuera mejor que le enviaseis á la escuela?

— Quizá os engañais, contestó M. Watt; antes de condenarnos examinad qué está haciendo mi hijo.

— En efecto, dijo el amigo; es portentoso! ¡Este niño, á lo que parece, está resolviendo un problema de geometría!

Tenia entonces el futuro inventor de la moderna máquina de vapor solo seis años! Nunca quizá se haya visto inteligencia mas precoz en cuerpo mas valetudinario.

La ilustrada ternura del viejo Watt puso temprano á la disposicion de su hijo cierto número de utensilios y herramientas que en breve como Newton, supo manejar diestramente. Armaba y desarmaba los juguetes de la infancia, y hacia otros nuevos, y á medida que fué creciendo construyó todo género de máquinas, y entre ellas una eléctrica, cuyas brillantes chispas fueron objeto de sorpresa y entretenimiento para los camaradas del pobre enfermo.

Tenia una memoria excelente y era muy dado á la meditacion; su padre fundaba grandes esperanzas en las facultades intelectuales de su hijo, amargadas por los negros presentimientos que le sugeria su endeble constitucion.

Sin embargo, la señora Muirhead, su tia, menos perspicaz que sus padres, echábale con frecuencia en cara al niño su inaccion y hábitos de ociosidad. Reprendióle un dia, segun cuenta Arago, en los siguientes términos:

«Santiago, eres el muchacho mas perezoso que yo haya visto jamás. Toma un libro y ocúpate en algo útil. Hace una hora que te estás callado sin decir esta boca es mia. Y ¿qué has estado haciendo durante este tiempo? Has quitado y vuelto á poner cien veces la tapadera en la tetera: otras tantas has puesto ya el platillo, ya la cucharita en el humo que de ella sale, esforzándote en reunir las gotitas de agua que se formaban en el platillo ó en la cucharita; ¿no te da vergüenza emplear tan mal el tiempo?»

Qué tiempo tan bien empleado, podemos contestar nosotros á la señora Muirhead. En efecto; uno se complace en saber que el gran Watt, desde niño se ocupaba en la *condensacion* del vapor, que fué despues el mérito principal de la máquina de este nombre. El secreto de los hombres de genio es la constancia, la persistencia en el estudio de los conceptos que pretenden realizar ó demostrar: así es que Newton, preguntado por un elevado personaje, cómo habia descubierto las leyes de la atraccion, contestó: *Pensando siempre en ello!*

Entre las gracias del muchacho no sobresalia menos la que tenia en referir anécdotas é inventarlas. La señora Marion Campbell, prima y compañera de infancia, de nuestro futuro ingeniero, escribió entre otros apuntes, todavía inéditos, el siguiente:

« En un viaje que hizo á Glascow la señora Watt, dejó á su hijo bajo el cuidado de una de sus amigas. De regreso, trascurridas algunas semanas, díjole su amiga: « Toma á tu hijo Santiago, y llévatelo enseguida á Greenok. No puedo suportar por mas tiempo el estado de excitacion en que estoy; el poco dormir me tiene rendida. Todas las noches, al llegar la hora de acostarse mi familia, tu hijo sabe siempre con maña suscitar una discusion é introducir una anécdota y á esta sigue un cuento y luego una historieta, de manera que nunca acaba; y, ya sean patéticas sus narraciones, ya joviales ó burlescas, encierran tanto interés y tales encantos, que mi familia está con tanta boca abierta y tanta atencion le presta, que transcurren las horas sin que lo echemos de ver; y el siguiente dia tiene su faena, y todos nuestras obligaciones, y uno anda rendido y fatigado, y con vehementes deseos de que tu hijo se vaya, si es que debamos vivir.

Cuando Santiago llegó á la edad propia para tomar carrera, su hermano menor John [1] se decidió á abrazar la profesion paterna, dejándole en libertad de tomar la que quisiera, ya que segun las costumbres escocesas, uno de los hijos debe seguir la de su padre. Mas difícilmente podia escoger el jóven estudiante sintiéndose con disposicion á todas las carreras. Las correrías por las montañas de Escocia le habian hecho mineralogista y botánico; sus relaciones con los pastores y habitantes de aquellas pintorescas comarcas con sus cantos, baladas y tradiciones que descifraba acomodándolas á la historia ó corrigiéndola, le hicieron poeta, y despertaron sus disposiciones literarias. Cuando su delicada salud le obligaba á permanecer bajo el techo paternal, se ocupaba en abastecer su memoria con la lectura de autores clásicos pertenecientes á todos los ramos del saber, alternando estos estudios con experimentos químicos á que era muy aficionado. Los *Elementos de la filosofía* natural de Gravesande, le iniciaron en las maravillas de la física general; y como todos los enfermos, se deleitaba en el estudio de la medicina y cirugía. Cobró tanta aficion á estas últimas ciencias, que sus padres le sorprendieron en cierto dia, disecando la cabeza de un muchacho que habia muerto de una enfermedad desconocida.

Sin embargo no abrazó por carrera ni la botánica, ni la mineralogía, ni la literatura que ofrece tanta variedad de estudios, ni se acogió á la física, ni á la medicina y cirugía, ni á la química, apesar de estar muy

[1] Este pereció embarcado en uno de los buques de su padre, á la edad de veintitres años en la travesía de Greenock á América.

preparado para seguir cualquiera de estos estudios. En 1755, es decir, á la edad de diez y ocho años, partió para Londres y se aposentó en casa de M. John Morgan, constructor de instrumentos de matemáticas y de navegacion, en Finch-Lane Cornhill. Y el hombre que debia llenar á Inglaterra de colosales máquinas de vapor, entró en la carrera industrial construyendo con sus propias manos instrumentos sutiles, delicados, frágiles. esos pequeños y admirables sextantes de reflexion, á los cuales debe sin embargo la navegacion sus progresos.

Permaneció solo un año con el señor Morgan, y se decidió ya á establecerse por su cuenta en Glascow. Mas no contaba con la inflexible ley de los gremios que le impidieron abrir el mas insignificante taller; porque Watt ni habia pasado los años de aprendizaje y de oficial, ni sufrido el exámen de maestro en el arte, que exigian los reglamentos. En una palabra: el gran Watt era un intruso.

Mas, tal era el mérito de los instrumentos que ejecutaba Watt, tal el encanto que ejercia sobre las personas que se relacionaban con él, y tanta la amabilidad y la modestia de su carácter, que aun los envidiosos le perdonaban sus vastos talentos y erudicion. Así fué que encontró favor en el cláustro universitario de Glascow, el cual le cedió espacio en el mismo edificio para abrir su taller y tienda, nombrándole al mismo tiempo ingeniero de la Universidad.

Habia conseguido este apoyo, gracias á las simpatías que Watt inspiró á Adam Smith, autor de la famosa obra sobre la *Riqueza de las naciones;* al químico Black que se distinguió por sus descubrimientos acerca del color latente y del carbonato de cal, y á Roberto Simson célebre restaurador de los mas importantes tratados de los antiguos geómetras. Creyeron arrancar de las redes de las corporaciones á un obrero celoso, hábil, y de suaves costumbres, y habian adherido á la Universidad un hombre eminente que luego trataron con tanta confianza, que su tienda llegó á ser una especie de academia en que iban los hombres de verdadero talento de Glascow á discutir puntos importantes de arte, ciencia y literatura.

El siguiente testimonio de Robinson, del mas ilustre de los redactores de la *Enciclopedia británica,* no deja lugar á duda alguna, al mismo tiempo que aclara la oscuridad de este período de la vida de nuestro artista.

«Aunque estudiante tenia la vanidad de creerme bastante adelantado en mis favoritos estudios de física y mecánica, cuando fuí presentado á Watt; y confieso que me sentí mortificado viendo cuán superior era á mí

el jóven obrero. Cuando en nuestros estudios nos detenia una dificultad, no importa de que género, íbamos al artista á que nos sacara del atolladero. Así que se anunciaba la cuestion, como si entrase en calor, la examinaba por todos costados, hacíala objeto de sus estudios y á veces daba pié á nuevos descubrimientos; en una palabra, no la soltaba hasta haberla reducida á cero, ó haber exprimido cuánto de substancial encerraba. Una vez la solucion deseada pareció exigir la lectura de Leupold sobre las máquinas, y sin mas motivo que este se decidió á aprender la lengua alemana; por una razon semejante otra vez hizo lo mismo respecto á la italiana. La candidez, la ingenuidad del jóven ingeniero le conciliaba la buena voluntad de los que se le acercaban. Apesar de haber tratado y conocido muchas gentes, y de tener un poco de mundo, no puedo citar otro ejemplo de adhesion tan general y tan sincera, acordada á una persona de un mérito tan superior é incontestado. Es verdad que á su carácter candoroso, reunia no solo el espíritu justiciero de reconocer el mérito de cada uno, sino que liberalmente, se complacia en dar sus propias ideas, presentadas bajo otra forma, como ideas del que le consultaba. Y puedo con tanto mayor motivo certificar de esta generosa disposicion del espíritu de Watt, cuanto yo mismo he sentido los efectos de ella.»

Estas últimas palabras honran tanto al ilustre redactor de la *Enciclopedia*, como al mismo Watt que las inspiró.

De dia se ocupaba nuestro ingeniero en los trabajos del taller; por la tarde en las discusiones y reuniones de su trastienda, y por la noche en sus estudios teóricos.

Siendo muy jóven todavía nuestro ingeniero, llególe la ocasion de emprender sus inmortales trabajos; mas para que el lector pueda apreciarlos, debemos detenernos en algunas explicaciones prévias, acerca de la historia de la maravillosa aplicacion del vapor como fuerza motriz.

En vano buscaríamos un inventor único de tan feliz idea, ellos son muchos, y cada uno tiene su parte, y de ellos vamos á ocuparnos desde luego.

Heron de Alejandría, es el primero que demostró que el vapor era susceptible de ser empleado como fuerza motriz; floreció ciento veinte años antes de nuestra era, y de sus obras perdidas solo nos queda *Spiritalia seu pneumática*, por donde se ha conocido el mecanismo de la fuente que lleva su nombre, las ruedas dentadas y el eolipilo, que es una caldera media llena de agua, esférica, sostenida por los extremos del eje, sobre el cual

puede dar vueltas. Metiendo lumbre debajo, el agua entra en ebullicion, el vapor sale por un tubo acodillado, y obrando por reaccion la caldera da vueltas sobre su eje.

Naturalmente, Watt conocia este sistema de Heron para utilizar la fuerza del vapor, pero creyó con razon que nunca fuera un procedimiento económico.

Díjose por Navarrete (segun la nota que le comunicó Tomás Gonzalez, director de los archivos de Simancas, en 27 de Agosto de 1825) que Blasco de Garay aplicó el vapor á una nave llamada la *Trinidad* (en 1543 en las aguas de Barcelona y en presencia de Cárlos V y su córte), la cual anduvo á razon de una legua por hora. Pero despues de nuevas averiguaciones, aparece como cierto que Gonzalez se equivocó, y que el ensayo de Garay consistió en mover, con fuerza muscular, dos ruedas de paletas aplicadas á los costados de la nave, lo cual en aquel tiempo fué un grande progreso mecánico.

Salomon de Caus, publicó en 1615 su obra sobre *Las razones de las fuerzas motrices*, en que da á conocer un medio de elevar el agua. Consiste en una esfera de cobre vacía que tiene dos tubos; uno por el cual se mete el agua en la esfera, y otro vertical que penetra hasta casi á tocar el fondo de la dicha esfera ó caldera; si se enciende lumbre debajo, no tarda en entrar en ebullicion, y la presion del vapor obliga al agua á subir por el tubo vertical.

El marqués de Worcester, en Inglaterra, cincuenta años despues, reprodujo la idea de Salomon de Caus.

El inglés Samuel Moreland, en 1683, la reproduce igualmente y dice: que el vapor de agua ocupa un volúmen dos mil veces superior al del agua de que se ha formado; volúmen que no difiere mucho del verdadero.

Por fin, en 1690 llegamos á Papin, médico, profesor de matemáticas en la Universidad de Marbourg, de nacion francés y refugiado en Alemania á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes. Inventó el sabio médico el cilindro de vapor, tal cual funcionó despues en la máquina de Newcomen, llamada atmosférica. Si Papin hubiese aceptado los ofrecimientos que le hizo el conde de Sintzendorff, para agotar las minas que tenia inundadas, el empleo del vapor como fuerza motriz hubiera sido industrial desde el siglo XVII; mas impidiendo los trastornos de Alemania al ilustre matemático ausentarse de su familia, dejó su proyecto en estado de experiencia de gabinete. Este proyecto y experimentos se hallan consig-

nados en las *Actas de Leipzig* del mes de Agosto de 1690, y en la *Coleccion de diversas noticias referentes á algunas nuevas máquinas*, publicado en Cassel, en 1695.

Dados estos antecedentes, pasaremos á describir la máquina de Newcomen, quien segun unos, era herrero, y segun otros quinquillero de Dartmouth, en el Devonhire; máquina de vapor llamada atmosférica, y que prestó verdaderos servicios á la industria minera; máquina que es copia de la de Papin, aunque mejorada.

Consiste en un cilindro vertical cerrado por la parte baja. y abierto por la superior, dentro del cual sube y baja un émbolo muy ajustado á las paredes interiores de dicho cilindro. El émbolo sube por la doble accion de un contrapeso que representa el del émbolo, y por la accion del vapor que penetra por la parte baja del cilindro. Concluido el curso ascendente del émbolo, el cilindro está lleno de vapor de agua; en este estado se inyecta una fina lluvia de agua, y el vapor se condensa casi instantáneamente, se forma el vacío y entonces el peso de la atmósfera obrando sobre la parte superior del émbolo, le obliga á descender y se produce la fuerza, que se aplicó á mover las bombas que agotan el agua de las minas de carbon de piedra. [1]

Ahora bien; conocido el estado en que se hallaba la máquina de vapor, ¿qué mejoras introdujo Watt en ella?

Desde luego vamos á verlo sin salirnos de los límites de la biografía.

Habia en la coleccion de instrumentos de la Universidad de Glascow un pequeño modelo de máquina de Newcomen, que jamás pudo funcionar de

[1] La primera máquina de Newcomen, exigia la atencion sostenida de la persona destinada á cerrar y abrir alternativamente dos espitas: una para introducir el vapor de agua cuando debia subir el émbolo, y otra para inyectar el agua en fina lluvia destinada á condensar el vapor. Llegó un momento en que esta persona fué un niño llamado Enrique Potter, quien deseoso de tomar parte en las diversiones de sus camaradas, imaginó un juego de cuatro cordones dependientes del balancin ó volante, que se encargasen de cerrar y abrir alternativamente las espitas; hízolo así, y por primera vez la máquina de vapor anduvo automáticamente. El niño Potter, aunque nada mas digan de él los escritos de su tiempo, figura dignamente y mas que el mismo Newcomen en la historia de la máquina de vapor. El cilindro era de Papin, la inyeccion de agua fria, fué hallada casualmente, con motivo de haberse colado al interior la que se ponia sobre del émbolo para su ajuste con las paredes del cilindro; la inyeccion automática, del niño Enrique; ¿qué resta al genio de Newcomen? Mucho, sin embargo: haber sabido aprovechar la observacion fortuita de la rociada de agua que á través de pequeñas rajas penetraba en el cilindro. Mas sentimos ignorar qué porvenir cupo al niño Potter que hizo automática la máquina de vapor. Cuanto se ha hecho despues, no son mas que modificaciones del mecanismo inventado por este precioso niño.

una manera conveniente. El profesor de física Anderson encargó á Watt que la examinase y viera si se podian corregir las partes defectuosas que impedian su marcha. Bajo la mano inteligente de Watt desaparecieron todos los defectos de construccion, la mejoró cambiando algun mecanismo, y desde entonces pudo funcionar en los anfiteatros á la vista de los maravillados estudiantes.

Mas no quedó satisfecho Watt; se habia despertado su espíritu inventivo que dió una nueva direccion á sus facultades.

Tomó un peso determinado de agua y midió su volúmen convertido en vapor á 100°, hallando ser este 1700 veces el del primitivo del agua líquida.

Indagó la cantidad de carbon que debe emplearse para producir otra cantidad dada de vapor.

Quiso saber el peso de agua vaporizada que se emplea á cada embolada de una máquina de Newcomen de dimensiones conocidas.

Buscó la cantidad de agua fria que debe inyectarse para producir el vacío dentro del cilindro en el momento en que el émbolo ha de emprender su curso descendente.

Y por fin estudió la elasticidad del vapor á diferentes temperaturas.

Para resolver estas cuestiones parecia necesaria la vida entera de un físico laborioso; pero el génio adivina tanto que ahorra una gran parte del tiempo.

El principal defecto de la máquina de Newcomen consistia en su marcha lenta y en el gran gasto que hacia de vapor. Cuando este entraba en el cilindro, no solamente debia contribuir á levantar el émbolo, sino á elevar la temperatura de las paredes de dicho cilindro á 100°, á fin de que el vapor no perdiera su fuerza elástica liquidándose. Y por el contrario cuando descendia el émbolo era indispensable enfriar las paredes del cilindro para que el vapor se condensara y se hiciera el vacío debajo del émbolo. Este calentar y refrescar las paredes del cilindro era dispendioso; así es que la máquina de Newcomen solo podia emplearse con ventaja en las mismas minas de carbon de piedra.

Watt dispuso un *condensador* enteramente separado del cilindro, á donde iba á parar el vapor despues de haber levantado el émbolo. En el condensador el agua era renovada constantemente, y constantemente extraido el aire, en ella disuelto, por medio de una bomba; así la máquina atmosférica resultó tan ventajosa que ahorró mas de la mitad del combustible; porque ya no fué necesario calentar y enfriar sucesivamente el cilindro.

Hizo mas todavia Watt: como la parte superior del cilindro estaba abierta, la atmósfera penetrando en ella lo enfriaba, y á fin de evitarlo, cerró herméticamente y suplió la accion de la atmósfera por la accion del vapor, el cual despues de haber operado el descenso del émbolo, iba tambien á parar al condensador.

Luego envolvió el cilindro de una camisa de madera, dejando un espacio anular vacío entre ella y el cilindro, por donde circulaba vapor. De esta manera redujo casi á cero la pérdida de calor.

Desde el primer embate, pues, Watt hizo la aplicacion de la fuerza motriz del vapor útil y ventajosa no solo al agotamiento de las minas sino á todas las industrias. Quedó reducido á una cuarta parte el gasto de combustible; mas no por esto se adoptó el sistema de nuestro jóven ingeniero.

Continuaron funcionando las máquinas, relativamente ruinosas, de Newcomen. ¿Cómo vencer la resistencia de los intereses creados, de los partidarios de lo antiguo, y que está en uso, y de los envidiosos? Esa masa compacta de opositores á las reformas, solo puede disgregarla y disiparla el tiempo; aun con esto no basta, es necesario atacarla vivamente y sin descanso. Mas quizás el inventor carezca de esa fortaleza en el querer que triunfa aun de las intrigas mejor urdidas; en efecto, desgraciadamente Watt, que, con su ingenio y constancia, domara una fuerza rebelde reduciéndola á la obediencia, no tenia calidad alguna provechosa para luchar contra los hombres, sus intereses mal entendidos y su pasion envidiosa.

Desde 1765 á 1767 no encuentra quien asocie sus capitales á tan beneficiosa empresa; algunos amigos le ponen en relaciones con el doctor Roebuck, fundador de una vasta herrería. Asocíanse el ingeniero y el hombre de empresa; Watt le cede los dos tercios de su privilegio. Ejecuta una máquina grande que realiza todas las previsiones de la teoría; mas su asociado experimenta grandes pérdidas en sus negocios y Watt, que hubiera podido repararlos, si hubiese hallado algun prestamista, se ve obligado á dirigirse por otra senda.

A últimos de 1767 la máquina de Watt funcionaba en Kinnel, en las minas de carbon de piedra del duque de Hamilton, moviendo una bomba de 46 centímetros de diámetro; pero el inventor media tierras en el país de Lomond, y trazaba los planos de un canal destinado á poner en comunicacion con Glascow las minas de hulla de Monkland dirigiendo al mismo tiempo su ejecucion. Mas tarde estuvo ocupado en otros proyectos, entre ellos en el canal de navegacion á través del itsmo de Crinan; en los estudios

para la mejora de los puertos de Ayr, de Glascow y de Greenock; en la construccion de los puentes de Hamilton y de Rutherglen, y en las exploraciones del terreno á través del cual debia pasar el célebre canal Caledoniano. Aun no queriendo atenuar en lo mas mínimo el mérito de estas obras, podemos afirmar sin escrúpulo que, para concebirlas, dirigirlas y ejecutarlas no era necesario ocupar el génio de Santiago Watt.

Sufrió sin murmurar el creador de la revolucion industrial, los desdenes de los capitalistas; doblegó su génio superior al levantamiento de planos, á calcular desmontes y terraplenes y cubicar obras de albañilería. ¡Ah no es esto virtud! ¡son muchos años de martirio impuestos á Watt!... y entretanto la sociedad perdió millones.

Si esta misma sociedad castiga con su severa reprobacion al avaro que impide la circulacion del oro enterrándolo en sus cofres, ¿con qué palabras condenaremos nosotros á los que aislan, incomunican é impiden con su indiferencia ó con su envidia la circulacion de los tesoros del pensamiento, cien veces mas preciosos que el oro? Sin embargo, así sucede con harta frecuencia; los poderosos de la tierra son hostiles ó indiferentes á las creaciones inmortales, fuente de los mas puros, de los mas nobles goces del espíritu; orígenes del poder que el hombre ejerce sobre la materia, y del cual depende su felicidad. Pobre alma la que en su inspiracion contempla el mundo de ideas propias y lo enlaza con la sociedad de su época, y esta se resiste á admitirlo, ¿qué hará de sus armonías, de sus progresos, de sus tesoros, de sus consuelos que enjugarian el llanto de tantas víctimas sociales?

En vano veia Watt que podia dotar á los braceros de la industria con combinaciones mecánicas que multiplicarian los productos, que estos procedimientos industriales, en beneficio de la civilizacion y de la humanidad debilitarian los tristes efectos de la desigualdad de condiciones; que elevarian el sentimiento de la dignidad humana, hasta colocar el bracero frente á frente del capitalista, y decirle: hasta ahora he empleado mi fuerza corporal en beneficio tuyo, tengo el vapor que me reemplaza, soy un sér inteligente, y á mi vez reclamo los goces de la sabiduría y los derechos que me competen, como soldado inteligente de la humanidad luchando con la naturaleza. A esto vamos, pensáralo ó no Watt, porque todas las fuerzas humanas son necesarias para domar la Naturaleza.

En efecto: los navegantes, los astrónomos, los literatos y artistas, los geómetras, los filósofos y los mecánicos de los últimos cuatro siglos, no se

limitaron á un renacimiento; crearon la edad Moderna, que se levanta por sobre la Antigüedad sábia, de toda la altura del derecho comun, de las ciencias de observacion y de la dignidad humana. Es verdad que solo está representada por unos cuantos hombres de génio: pero en las muchedumbres fermenta la levadura que va asfixiando á todos los partidarios de las preocupaciones religiosas, políticas y sociales. El sol de la edad Moderna irradía por todas partes sus fuerzas obedientes, y una sola de ellas, el vapor, ha ya casi desterrado las guerras marítimas, y auxiliado por el conocimiento de la ley de las tormentas, desafia ya el furor de los equinoxios.

Watt, despues de ocho años de ostracismo, puesto que la industria era su verdadera patria, púsose en 1774 en relaciones con M. Boulton, hombre emprendedor, activo y de variados talentos. Hacia ya algunos años que tenia una manufactura en Soho, junto á Birmingham, en donde se elaboraban objetos de acero, de plata y oro y de estos mismos en hojas aplacadas y aun relojes astronómicos y hasta pinturas sobre cristal, y mas tarde acuñó en sus talleres con una excesiva rapidez de ejecucion y perfeccion de los productos, toda la moneda de cobre del Reino-Unido.

De este hombre Watt dijo, en una de las notas (que puso en la obra del profesor Robinson) acerca de la máquina de vapor:

«La amistad que me profesaba no ha acabado sino con su vida. La que yo por él sentia me impone el deber de aprovechar esta ocasion, la última probablemente que se me ofrecerá, de consignar cuánto le debo. Es al aliento, al estímulo, á la proteccion que recibí de M. Boulton, á su gusto por los descubrimientos científicos y á su génio sagaz para dirigirlos al progreso de las artes, é igualmente al conocimiento íntimo que tenia de los negocios manufactureros y comerciales, que yo atribuyo en gran parte, el éxito de que han sido coronados mis esfuerzos. [1]

Los dos amigos pidieron al Parlamento la prolongacion del privilegio de Watt, el cual datando de 1769, á los pocos años debia caducar. El bill dió lugar á la mas viva discusion:

«Este negocio, escrbia Watt á su anciano padre, ha ocasionado muchos gastos y me ha tenido muy ansioso. Sin la ayuda de calurosos amigos, no hubiéramos triunfado, porque muchos de los mas poderosos personajes de la Cámara de los Comunes nos hacian una oposicion tenaz.»

[1] Boulton murió en 1809 á la edad de ochenta y un años.

Entre los diputados á que alude Watt habia Edmundo Burke, publicista, literato y orador irlandés, defensor en el Parlamento inglés de la independencia americana; ¿cómo es posible que un hombre sabio y probo careciese del simple buen sentido para negar al hombre de génio una débil parte de las riquezas que iba á crear?

Pero al fin prevaleció el espíritu de justicia, y fué acordado á Watt un nuevo privilegio que alcanzó á veinticinco años.

Nuestro ingeniero y Boulton empezaron en Soho la construccion de máquinas; perdieron en los primeros años 240,000 duros; la máquina dispendiosa atmosférica, con todos sus inconvenientes, era preferida á la económica de *doble efecto* de Watt; sea á causa de las preocupaciones y de la rutina, ó por motivo de los gastos mayores que exigia el establecimiento de la de *condensador*.

Atacados en su negocio por estos gastos, Watt y Boulton ofrecieron las máquinas y su establecimiento gratuitamente, sin otro extipendio que la cesion por parte de los propietarios de las minas, del valor de la tercera parte del combustible que economizarian cada una de sus máquinas. Y el lector podrá juzgar de la importancia comercial de la invencion por este hecho auténtico: en la mina de Chace Water, en que habia tres bombas en accion, los propietarios encontraron ventaja en redimir los derechos de Watt y Boulton por la cantidad anual de 12,000 duros; por lo tanto la substitucion del *condensador* al chorro de agua procuraba al menos, en una sola mina, la economía anual de 36,000 duros.

En vista de los ventajosos resultados de este sistema, los mineros de Cornouailles, ávidos de mayores beneficios, se resistieron á pagar lo convenido de unas máquinas que no les costaban nada, y que les daba en provecho propio la tercera parte del valor del combustible que antes gastaban. ¡Parece imposible que tal egoismo encontrara defensores! ¡Para esta clase de gente la propiedad de las ideas, no es respetable; las ideas se conciben sin esfuerzo y sin fatiga! ¡Los hombres de génio, los fabricantes de ideas, no deben participar de los goces materiales! ¿Puede admitir comparacion el valor real de una cosa tan positiva como la tierra con unas líneas trazadas sobre un papel? Y si algun valor tienen ¿acaso no lo han adquirido por anteriores pensadores y no se hubiera conseguido por los ulteriores? ¿Qué debemos pues á los actuales teóricos? Así discurren los hombres que se titulan prácticos, y por cierto que no han creado la tierra cuya propiedad consideran sagrada.

La rutina, el placer que da á ciertas gentes sin conciencia gozar de lo ageno, robusteciera unos juicios que adquirieron la autoridad de la cosa juzgada; y si bien es verdad que hombres eminentes sostuvieron ante los magistrados los derechos del génio perseguido, es positivo que los abogados, á quienes la malignidad imputa un lujo superabundante de palabras, formaron una liga contra Watt, de quien decian que no habia inventado mas que ideas. «Id, señores, contestaba M. Rous, arrimaos á esas *combinaciones intangibles*, como os place llamar á las máquinas de Watt, á esas pretendidas ideas abstractas, y sereis aplastados como moscas, ó lanzados por los aires hasta perderos de vista!»

Las persecuciones que encuentra un hombre de corazon, precisamente por aquello porqué los demás debieran agradecer, le desalientan y al fin le irritan. Durante siete años tuvo Watt que sostener procesos, de que se lamentaba en estos términos con un su amigo:

«¡Lo que mas me espanta son los plagiarios! Me han asediado ya, y si yo no tuviese una excelente memoria, sus impudentes aserciones lograran persuadirme á mí mismo de no haber hecho yo ninguna mejora á la máquina de vapor. Las malas pasiones de ciertos sugetos á quienes he colmado de favores, han sostenido que estas mejoras, léjos de serlo, han perjudicado la riqueza pública.»

En 1784 funcionó por primera vez el célebre paralelógramo articulado de Watt. A cada doble oscilacion se abre y se cierra suavemente «con una gracia, segun Arago, que os encanta como la mímica de un actor consumado.» Al verlo Watt cuenta la impresion que recibió en estos términos:

«Yo mismo quedé sorprendido de la regularidad de su accion. Cuando le ví moverse por primera vez, verdaderamente he sentido el placer de la novedad, como si estuviera examinando la *invencion de otra persona.*»

Mas no basta la fuerza sola en las aplicaciones industriales, es necesario la regularidad de su accion, y ¡cuán difícil no es obtenerla de un motor engendrado por el fuego, sostenido á paletadas de carbon, y aun de carbon de diferentes procedencias, bajo la vigilancia de un obrero cualquiera, y generalmente distraido! ¿Cómo regular bajo la accion de un brasero desigual la marcha de una máquina de vapor? La fuerza motriz será abundante, y la marcha rápida, si hay mucha actividad en el fuego del hogar, y al contrario: Watt venció este doble inconveniente, haciendo que el movimiento acelerado ó retardado del volante cerrara ó abriera mas la abertura por donde se dirige el vapor desde la caldera al cilindro. Valióse

del medio que ya entonces en algunos molinos harineros estaba en uso para cerrar las compuertas ó paraderas del motor hidráulico, que Watt llamó *gobernador (governor)* y que hoy dia se llama *regulador de fuerza centrífuga*, consistente en dos esferas de hierro ligadas entre sí y con la espiga de la válvula de introduccion por medio de un cuadrilátero articulado que da vueltas sobre un eje fijo.

A esta aplicacion de Watt y al empleo bien entendido de los volantes, la máquina de vapor marcha sin sacudidas, y al mismo tiempo que ejecuta finos bordados en las muselinas, forja estas portentosas anclas que son la admiracion de los que visitan por primera vez un puerto de mar concurrido.

En 1782 tomó un nuevo privilegio de invencion por la *válvula de expansion*, la cual intercepta la comunicacion entre el cilindro y la caldera, verificándolo en varios momentos del curso del émbolo, con la idea de economizar combustile.

Así se utiliza casi toda la fuerza expansiva del vapor, mientras que antes una gran parte de ella iba á perderse en el condensador.

La máquina de vapor, con condensador aislado, de doble accion, con regulador de fuerza centrífuga, válvula de expansion, con el admirable paralelógramo ó sin él, es una sublime creacion del espíritu humano. Cien años hace que está inventada, y no ha recibido ninguna reforma esencial. Tal cual salió de las manos de Watt funciona en todas partes, con uno ó mas cilindros, segun lo habia indicado el inventor.

De las mejoras parciales que ha recibido en ciertos detalles, solo hay una, la alimentacion de la caldera, que revele un génio parecido al de Watt. Nos referimos al inyectador de Giffart que desde 1850 transforma en agua el chorro de vapor que sale por un tubo de la caldera; este chorro de vapor al convertirse en agua no pierde nada de la fuerza viva ó de impulsion que le corresponde por el calor y tension adquiridos, comunícala segun la ley de los choques, al agua fria que encuentra en el inyectador y la obliga á penetrar en la misma caldera de donde procedia el primitivo chorro de vapor. Así, sin bomba, sin ninguna pieza móvil y sin otros medios que la admirable disposicion de tres tubos cónicos, á favor de los cuales la velocidad del vapor se transforma en presion mucho mas elevada que la existente en la caldera, esta se ha hecho independiente de la máquina.

Desde Watt ha recibido cuatro importantes aplicaciones cuyas fechas vamos á indicar.

En 1807 Roberto Fulton la aplicó á la navegacion, estableciendo un servicio regular de mercancías y pasajeros entre New-York y Albany, cuyo trayecto es de cuarenta y dos leguas y que el buque de vapor de Fulton recorria en diez y seis horas.

En 1829 Stepheson aplicó la máquina de vapor á los ferro-carriles; lo cual hizo indispensable la adopcion de calderas tubulares para generar rápidamente las grandes cantidades de vapor que consume este género de locomocion.

En 1860, el ya citado ingeniero Giffard elevó la máquina de vapor por los aires para ensayar la navegacion aérea, lo cual hizo indispensable reducir la máquina al menor peso posible, desarrollando la mayor fuerza posible: estando en calma la atmósfera el globo recorrió el perímetro de París á razon de tres leguas por hora.

En 1868, en las aguas de Barcelona, la máquina de vapor fué aplicada por Monturiol á su Ictíneo para la navegacion submarina, y como era indispensable un fuego que no produjera gases, se sustituyó el ordinario de la hulla por la combustion de metales á favor de peróxidos tambien metálicos: el Ictíneo anduvo por debajo del agua á razon de cuatro millas por hora.

Como se ve, pues, la aplicacion del vapor como fuerza motriz, es la idea que mas ha fecundado las artes humanas, imprimiéndolas ese desarrollo que nos maravilla á nosotros mismos: y sin embargo, y apesar de que este movimiento fué rápido en Inglaterra desde 1780, Watt no participó del entusiasmo que producian sus descubrimientos.

Ya hemos visto cuán liberalmente entregaba sus propias ideas á los demás, segun la relacion transcrita de su contemporáneo y amigo Robison; y confírmanos aun mas en esta opinion un párrafo de una carta de Watt, escrita en 1783, á su amigo el conocido químico Black; en ella dice:

«Acordaos que no tengo deseo alguno de entretener al público con los experimentos que tengo hechos.»

¡Cuánto mas no hubiera hecho Watt sostenido por una organizacion mas robusta, un temperamento más activo, é impulsado por el amor á la gloria! Mas por desgracia solia decir:

«Yo no conozco mas que dos placeres: la pereza y el sueño.»

Sin embargo, debemos decir que bastaba cualquiera excitacion para arrancar á Watt de su favorita pereza.

Vamos á seguirle en otras circunstancias de su vida á fin de que el lector pueda formarse un concepto cabal del hombre cuya fama llena el

mundo, y que tan grande impulso ha dado á los negocios humanos, apesar de su organizacion débil, de su poco amor á la gloria, y del mucho aprecio que hacia del sueño y de la pereza.

Como Newton se entregaba á divagaciones; y sucedíale tambien como á éste que, al levantarse por la mañana, sentábase sobre el borde de la cama, con una calceta puesta y la otra en la mano, sin que pudiese decir luego el tiempo que habia transcurrido en esta postura.

A Watt, con frecuencia se le veia abandonado, como perdido en la vida, sin ideal, no sabiendo qué hacer de sus facultades, ni qué aplicacion darlas, sobre todo á la edad de veintiocho años, cuando era ingeniero de la Universidad de Glascow. Débil, enfermizo, aburrido, mereció de parte de su prima la señorita Miller aquellas palabras y atenciones que un corazon sensible tributa á un desgraciado para levantar su espíritu decaido. Watt apreció tanto estos consuelos y tuvo luego tanta necesidad de recibirlos que le ofreció su mano.

De esta época, de su matrimonio con su prima Miller, que se verificó en 1764, datan todos sus proyectos de mejora en la aplicacion del vapor como fuerza motriz.

La señorita Miller era bella persona, de espíritu distinguido, instruida, de una dulzura de carácter inalterable, jovial y al mismo tiempo discreta. Con estas cualidades y lo mucho que queria á Watt arrancóle del abatimiento y misantropía producidas por una enfermedad nerviosa, y le impulsó en la carrera que tan brillantemente recurrió.

En cuanto Watt sintió el benéfico influjo de la familia y se vió reproducido en sus hijos y adorado por una esposa incomparable, su salud y su actividad, hasta entonces latentes, se desplegaron y fortificaron. Al primer año de matrimonio fué padre, y durante él creó el *condensador*. Ya hemos dicho que en 1767 funcionó la primera máquina de vapor de este sistema, y sucesivamente, á la par que vió ensancharse el horizonte de sus descubrimientos, tuvo el placer de ver aumentarse su familia en dos niños y dos niñas. Mas al dar á la luz la señora de Watt al tercer hijo varon murió de sobreparto.

Estaba entonces Watt en el norte de Escocia levantando el plano del Canal de Caledonia.

«¡Que no me sea permitido, dice Arago, transcribir algunos párrafos de su diario donde escribia sus mas íntimos pensamientos, sus temores y esperanzas con aquel candor que fué el ornamento de su carácter! ¡Que no

pueda presentarlo al regresar á su casa, detenido en el dintel de la puerta en donde ya no le esperaba *su dulce bienvenida* (my kind welcomer); faltándole fuerzas para penetrar en la habitacion donde no debia hallar el *sosten de su vida!* Quizá la verdadera pintura de un dolor profundo impondria silencio á los espíritus sistemáticos, que se empeñan en negar las calidades del corazon á todo hombre cuya inteligencia se haya alimentado de las verdades fecundas, sublimes, imperecederas de las ciencias exactas.»

Mas los sentimientos ó matan ó se borran, y echado ya Watt en el torrente de la industria en que aplicaba constantemente sus vastos conocimientos científicos, y además fortificándose su salud con la edad, despues de algunos años de viudez volvió á sentir una nueva pasion, inspirada por la señorita Mac-Gregor, digna compañera de él por la variedad de sus talentos, por la seguridad de sus juicios y por la fuerza de su carácter.[1]

Cuando en 1800 expiró el nuevo privilegio que le habia concedido el Parlamento, Watt se retiró de los negocios, dejando el establecimiento de Soho bajo la direccion del jóven Boulton, hijo de su asociado, y de Jacobo y Gregorio Watt, sus hijos: la fábrica continuó prosperando.

Este último habia entrado en el mundo de una manera brillante; habia ya publicado trabajos magníficos literarios y geológicos cuando la terrible tísis que se cebaba en esta familia lo arrebató á su padre y al mundo en 1804 y á la edad de 27 años.

Los cuidados de su familia y amigos con dificultad lograron distraerle del profundo dolor que le ocasionó esta pérdida, y sus contemporáneos atribuyen á este sentimiento el silencio casi absoluto que guardó en el resto de sus dias, puesto que ya nada más publicó. Sin embargo, Arago y otros no lo creen así. En efecto, Watt era poco dado á hacer publicaciones y menos aun á sostener controversias en la prensa.

Como ejemplo citaremos el largo debate que sostuvieron Cavendish y Lavoisier acerca de un descubrimiento químico de la mayor importancia, puesto que se trataba de la composicion del agua, cuerpo considerado elemental hasta entonces.

En efecto; los cuatro pretendidos elementos: el fuego, el aire, el agua y la tierra cuyas variadas combinaciones debian dar segun los antiguos, nacimiento á todos los cuerpos conocidos, era una teoría brillante que

[1] Tuvo con su segunda esposa dos hijos que murieron tísicos. La señora Mac-Gregor llegó á una edad avanzada y murió en 1832.

deslumbró y extravió las mas nobles inteligencias. Van Helmont conmovió uno de los principios de esta antigua teoría encontrando varios flúidos elásticos permanentes que denominó *gases*, cuyas propiedades diferian del *elemento aire*. Los experimentos de Boyle y Kook, contemporáneos de Newton, probaron que el aire comun necesario á la combustion y á la respiracion experimenta, en estos dos fenómenos, cambios notables que implicaban la composicion del aire, y por fin los descubrimientos de Black, Cavendish y Priestley acerca de los ácidos carbónico, nitroso, muriático, sulfuroso, del amoníaco y del hidrógeno y oxígeno, acabaron de destruir un elemento creado por aquellos que se creen destinados no á descubrir, sino á adivinar la marcha de la naturaleza.

Quedaba el *elemento agua* en pié; mas habiendo algunos químicos hecho detonar en un recipiente cerrado una mezcla de hidrógeno con el aire, Priestley repitió estos experimentos mezclando el oxígeno con el hidrógeno y los comunicó por escrito á su amigo Watt, quien despues de haberlos repetido, y con la penetracion de un hombre superior dedujo que el agua era un cuerpo compuesto.

«¿Cuáles son los productos de vuestros experimentos? contestaba á su ilustre amigo en 16 de Abril de 1783: *agua, luz y calor*. ¿No estamos, pues, desde luego autorizados para deducir la consecuencia de ser el agua un compuesto de dos gases oxígeno é hidrógeno, privados de una parte de su calor latente ó elemental, y que el oxígeno es agua á la cual se ha sustraido su hidrógeno y que en cambio ha recibido calor y luz latentes?

»Si la luz es solo una modificacion del calor ó una simple circunstancia de su manifestacion, ó una parte componente del hidrógeno, el gas oxígeno será agua privada de su hidrógeno, pero unida al calor latente.»

Esta carta figura en el tomo setenta y cuatro de las *Transacciones filosóficas* de la Sociedad Real de Lóndres con la expresada data: fué desenterrada por Arago, el cual hace notar que los derechos científicos no prescriben.

Watt vió que Cavendish y Lavoisier le arrebataban esta conquista y no reclamó: y de una carta á Deluc (sabio italiano, poco escrupuloso, que le aconsejaba que, «atendida su posicion, procurase sacar dinero de sus descubrimientos y evitase hacerse émulos,») sacamos los siguientes párrafos que caracterizan á nuestro personaje:

«Si no reclamo inmediatamente mis derechos, atribuidlo á una indolencia de carácter tal que mejor se conforma á soportar la injusticia que á

combatir para rechazarla. Por lo que toca á consideraciones de interés pecuniario no tienen á mis ojos valor alguno. Además mi porvenir depende del apoyo que el público quiera acordarme, pero de ninguna manera de la proteccion de M. Cavendish ni de sus amigos.»

Véase, pues, cuán poco luchaba Watt por la gloria; y sin embargo, á pesar de su carácter moderado y suave, se le crispaban los nérvios, se irritaba cuando se atribuia á un plagiario una invencion, y discutia horas enteras para restablecer la fama usurpada á un autor modesto.

Donde su candor infantil y benevolencia inagotable se complacia era en las reuniones amistosas y en la conversacion íntima con personas distinguidas por su talento y generosos sentimientos. A estas sus cualidades se debió una asociacion que formaron él y Boulton con Priestley, cuya fama ha llegado hasta nosotros, y en que figuraban Darwin, autor de la zoonomía y de un poema célebre sobre los amores de las plantas; Withering, médico y botánico; Keir, químico distinguido; Galton, á quien se debe un tratado elemental de Ornitología; Edgeworth, autor de diversas obras muy apreciadas, y algun otro; asociacion que tomó el caprichoso nombre de Sociedad de la Luna *(Lunar Society)*, y que no significaba, sin embargo, sino que las reuniones tenian lugar en dias de Luna llena, época del mes escogida con preferencia, á fin de que los académicos viesen claro al volver de Soho á Birmingham donde residian.

En una de estas reuniones dijo Darwin que habia imaginado una doble pluma, por medio de la cual se podia obtener una copia de lo que se escribia; al instante contestó Watt que á él se le habia ocurrido una idea que debia madurar, y de la que les daria cuenta al dia siguiente. En efecto, no solamente les comunicó la idea, sino que les presentó un pepueño modelo, por cuyos efectos pudieron sus amigos juzgar del mérito de la invencion, consistente en la *prensa de copiar* cartas, generalmente conocida y empleada aun hoy dia en el comercio. Esto sucedia en 1780.

El calentar las habitaciones por medio del vapor, aplicólo en su casa á fines del año 1783, y desde entonces se ha extendido á todas partes.

Cuando Berthollet, sabio químico francés, inventó el blanqueo de lienzos por medio del cloro, Santiago Watt hizo expresamente un viaje á París á fines de 1786, y ofreció á su ilustre amigo recursos espléndidos para explotar este nuevo ramo de la industria. Apesar de las solicitaciones del gran ingeniero, el célebre Berthollet *rechazó obstinadamente* asociarse á una empresa que no ofrecia ninguna probabilidad desfavorable y cuyos beneficios

parecian deber ser considerables. El hecho es cierto, por fabuloso que parezca; Watt lo encontró extraordinario; pero no le impidió establecer en grande esta industria en Inglaterra, cuya direccion confió á su padre político M. Mac-Gregor.

A consecuencia de los nuevos gases que se habian descubierto y de que hemos hablado, el doctor Beddoës consiguió de Watt le ayudase á fundar un establecimiento en Clifton, cerca de Brístol, para aplicarlos como medicamentos. En efecto, fundóse la *Institucion Pneumática* en que coloboró el jóven Humphry Davy, cuya celebridad química empezaba ya, y contó entre sus adherentes al no menos célebre Jenner. Watt, que habia visto que la tísis arrebataba prematuramente tantos miembros de su familia no pudo menos de adherirse á la idea del doctor Beddoës, é imaginó, describió y ejecutó en los talleres de Soho, los aparatos que sirvieron á engendrar los gases y á administrarlos á los pacientes. «Método, dice Arago, enteramente abandonado hoy dia, sin que pueda citarse una série de experimentos en oposicion manifiesta con los de *Pneumatic Institution.*»

No podemos menos de mentar aquí la singularísima prueba que hizo, á la edad de setenta y dos años, acerca de si sus facultades intelectuales declinaban. No encontrando ninguna ciencia vírgen en que ensayarlas para salir de dudas, resolvió aprender alguna lengua, y como poseia muchos idiomas, inclusos el latin y el griego, se propuso aprender el antiguo anglo-sajon, y consiguiólo con bastante facilidad para persuadirse del poco fundamento que tenian sus aprensiones.

Watt consagró los últimos momentos de su vida á la construccion de una máquina destinada á copiar con prontitud y fidelidad matemática esculturas y estátuas de todas dimensiones. Los primeros productos que obtuvo satisfacieron á los aficionados, y el ilustre ingeniero los ofrecia jovialmente como los primeros ensayos de un jóven artista de ochenta y tres años.

Este fué el último de su vida. Enfermó á principios del verano de 1819, y luego los médicos declararon que la medicina era impotente para curarlo, y Watt, apesar de la reserva de cuantos le rodeaban, sintió que su enfermedad era mortal. A los amigos que le visitaban les decia:

«Os agradezco vuestro afecto y adhesion, y me apresuro á manifestaros mi agradecimiento, porque conozco que esta es mi última enfermedad.»

Y á su hijo, que parecia tener poca resignacion, le consolaba en estos términos:

«Es un acontecimiento inevitable que debemos agradecer á la ley de la sucesion de los tiempos, y cuyo dolor tiene compensaciones en los recuerdos.»

Este triste acontecimiento tuvo lugar el 25 de Agosto de 1819.

En la iglesia parroquial de Heathfield, cerca de Birmingham, descansan los restos de Watt: en ella se eleva un expléndido monumento de arquitectura gótica que su hijo Jacobo Watt erigió á su padre. En el centro hay una admirable estátua de mármol, ejecutada por Chantrey, que reproduce la noble figura del ilustre ingeniero.

En la Universidad de Glascow hay otra estátua de Watt. Greenock no olvidó que Watt era hijo suyo y le elevó tambien una estátua; así correspondió á la atencion y cariño del ilustre ingeniero que la habia dotado de una biblioteca. Otra colosal en bronce en George Isguare de Glascow, es un testimonio evidente de lo orgullosa que está aquella capital industriosa, de ser la cuna de los descubrimientos de Watt. Y por fin en la Abadía de Westminster hay una estátua tambien colosal, en mármol de Carrara, obra maestra de Chantrey, asentada sobre un pedestal de granito, en que se lee la siguiente inscripcion que dictó lord Brugham:

No para perpetuar un nombre
que se pronunciará mientras florezcan las artes de la paz,
sino para demostrar
que los hombres saben honrar a aquellos
que son los mas dignos de su gratitud,
El Rey,
los ministros, muchos nobles y otros ciudadanos del reino
han elevado este monumento a
SANTIAGO WATT,
el cual aplicando la fuerza de un génio original
a investigaciones científicas,
al perfeccionamiento de
LA MÁQUINA DE VAPOR
aumentó los recursos de su país, acreció el poder del hombre,
se elevó a un sitio eminente
entre los sabios mas ilustres y los bienhechores del mundo.
Nació en Greenock en 1736
y murió en Heathfield, en el Staffordshire, en 1819.

Carecemos en este momento de datos precisos para decir el número de máquinas de vapor que funcionan en el mundo.

En 1819, segun Boulton (hijo) en los talleres de Soho se habia construido un número de máquinas que representaban juntas el trabajo de cien mil caballos, realizando una economía anual de quince millones de duros.

A la misma fecha en Inglaterra y Escocia funcionaban diez mil máquinas de vapor, cuya fuerza ó trabajo equivalia al de quinientos mil caballos, ó de cuatro millones de hombres, realizando una economía de 80 millones de duros anuales.

Esta es la herencia que al morir Watt, el soñador, el fabricante de ideas, dejó á Inglaterra y Escocia.

Pero los beneficios de su fecundo pensamiento se perpetúan. Segun el ingeniero Fairbairn, en 1871, las máquinas de vapor del Reino-Unido de la Gran Bretaña, hacian un trabajo de 3,620.000 caballos, con un ahorro por año de quinientos millones de duros.

Para verificar el trabajo actual por medio de hombres, necesitaria tener el Reino-Unido de la Gran Bretaña, cuarenta y cuatro millones de hombres robustos, ó sea cerca de doscientos millones de almas.

¡De esta manera una idea mecánica transforma la sociedad!

No es nuestra civilizacion la de los romanos, que reducian las naciones á la esclavitud en beneficio de tres á cuatro millones de ciudadanos; en la actualiidad, cada habitante del mundo civilizado tiene un esclavo que le sirve, un caballo de vapor, y disfruta de mas comodidades y goces que el antiguo patricio, aventajándole en la moralidad de costumbres y en aspiraciones á un ideal, si bien indeterminado, pero cuya pureza y grandiosidad presiente, en vista de los maravillosos descubrimientos que se realizan en nuestros tiempos.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE SANTIAGO WATT.



LUIS XVI

LUIS XVI.

[illegible]

[illegible] desasosiego que anuncia [illegible]

[illegible]

[illegible] pueblo dominado en gran parte por las [illegible]ticiones [illegible].

[illegible] había dicho [illegible] al salir de las manos de Dios; [illegible] y la sociedad le [illegible]; que era por lo tanto [illegible] entre los hombres; y por [illegible] *social*, como el libro [illegible] un espíritu anhelante de verdad. [illegible]



LUIS XVI.

(1754 Á 1793 DESPUES DE J. C.)

Por efecto de la desastrosa administracion del reinado de Luis, llamado *el Grande,* de la corrupcion de la Regencia del duque de Orleans y del reinado infame de Luis XV, al subir al trono de Francia Luis XVI, el Estado carecia de leyes, las armas de gloria, la córte de dignidad y las costumbres de decencia; mientras que el Estado llano, cada dia mas rico é instruido, y la plebe de las ciudades conmovida por literatos atrevidos y publicistas profundos, experimentaban aquel desasosiego que anuncia un movimiento grave.

Voltaire habia sostenido la libertad religiosa, ó mejor la rebeldía contra toda religion oficial: sus obras obtuvieron completo éxito por la elegancia de su estilo, la limpieza de la frase y la delicada ironía, y ejercieron mucha influencia sobre un pueblo dominado en gran parte por las supersticiones religiosas.

Rousseau habia dicho que todo es bueno al salir de las manos de Dios; que el hombre nace bueno y la sociedad lo deprava; que era por lo tanto indispensable volver á la naturaleza y reconstituir la sociedad, la cual existe en virtud de un pacto celebrado entre los hombres; y por fin, que era necesario robustecer las nuevas generaciones á favor de una nueva educacion. Y apesar de ser falsos los principios en que funda el *Contrato social,* como el libro está dictado por un espíritu anhelante de verdad, sacó una consecuencia verdadera: la soberanía del pueblo, preludio y bandera de la revolucion.

Si Voltaire destruye el sentimiento religioso, Rousseau lo reanima por lo *Profesion de fé del presbítero saboyano:* y es notable el contraste de estos dos hombres; el primero demoliendo, y el segundo reconstituyendo: y á tal tarea se dedicaron gran número de filósofos de aquel siglo, haciendo un curioso exámen de las acciones, de los derechos y de los límites del gobierno; exámen fundado en la soberanía de la razon.

Y por cierto que tal exámen era conveniente en una nacion en que hacia mas de cien años que los reyes no habian reunido los Estados Generales; en que el soberano no tenia mas cortapisa que le defendiese de sus propios excesos que el Parlamento, y aun en virtud de que los magistrados habian comprado sus cargos, y eran por lo tanto inamovibles; en una nacion que carecia de leyes que protegiesen la seguridad y libertad individual, que rigiesen la libertad de imprenta, la responsabilidad de los ministros del poder ejecutivo, y de una ley general positiva, escrita, en que se estableciera un órden fijo, invariable, que determinase qué cantidad de libertad y de propiedad debia sacrificarse para conservar el resto de estos dos preciosos é indispensables derechos: en una palabra, tal exámen era necesario, para establecer los límites de los derechos y de los deberes, de los poderes y de la obediencia. Lo que no hicieron los reyes lo hizo el pueblo.

Si Luis XIV, llamado *el Grande,* en lugar de agitar durante medio siglo la Europa por las guerras que arruinaron la Francia sin darle ninguna gloria, empleara el inmenso prestigio de que gozaba en señalar los límites de los derechos de cada clase, evitara los grandes desastres del siglo XVIII que él inició con las derrotas de su ejército. Mas este rey, en su inmensa fatuidad, no estableció otro principio de gobierno que la voluntad del monarca; mas el gobierno absoluto en un pueblo que lee y piensa, que tiene literatos, críticos y filósofos que le ilustran, no se sujeta mucho tiempo á las reglas de la caprichosa voluntad de los déspotas.

Esta ilustracion á que aludimos habia penetrado tambien en la juventud aristocrática que admiraba á Inglaterra y su Constitucion, y aunque no queria perder las ventajas de su posicion, tenia anhelos liberales que la llevaban siquiera al establecimiento de una Cámara de Pares.

Pero si la tendencia del clero era nacional y se habia manifestado bajo el nombre de *libertad de la Iglesia Galicana,* en el siglo XVIII, léjos de ser un progreso, era motivo de una grande corrupcion. En el alto clero sobre todo, era poco comun encontrar reunidas la mansedumbre, la doctrina y la severidad de costumbres; porque debiéndose los nombramientos á la córte, los

favorecidos participaban de su vicioso orígen, y eran como ella corrompidos. ¡Cuántos habia que se engalanaban con dignidades y beneficios sin ser eclesiásticos! Pululaban en la córte abates elegantes y perfumados, que si eran adorno de ella y de los gabinetes de las damas, eran escándalo de los fieles y aliento de los incrédulos. La depravacion penetró en las órdenes religiosas, hasta el punto que los benedictinos de San German de París solicitaron del rey les permitiese dejar el hábito que les daba un aspecto ridículo, y les dispensase del oficio divino para emplear el tiempo en *cosas mas útiles.*

Si los pensadores investigaban las fuentes del poder, el orígen de las religiones, y las bases en que debiera descansar la justicia, los negociantes se preguntaban si el gerente de la sociedad debia enriquecerse mientras los asociados se empobrecian, y por cual motivo el clero y la nobleza estaban exentos de cargas, participando de beneficios pingües para ellos y gravosos á los demás. Por su parte la clase de artesanos de las ciudades sentia que las cargas en definitiva las soportaban los braceros, y como el sentimiento de la pena se confunde con el deseo de librarse de ella, de aquí que la plebe, sin saber lo que queria, aspiraba á un cambio de instituciones.

Beaumarchais, escritor satírico y popular, acertó á dar el nombre que convenia á esta clase de oprimidos, verdadera raza de los aborígenes, que habiendo sido vencida por los invasores francos, hasta entónces no habia despertado al sentimiento de su propia fuerza: el nombre á que aludimos y que debia hacer fortuna fué producido en una polémica, contra un consejero, en que el ilustre poeta satírico dijo:

«Yo no soy cortesano, ni abate, ni noble, ni hacendista, ni nada de lo que se llama un poderoso: *soy ciudadano.*»

Hé aquí un título que, como el de *Hijos de la Libertad* en América, debia imponerse á una época y derribar el edificio social sostenido por las tradiciones de la conquista, para fundarlo sobre la base de la soberanía nacional. Y en efecto, la opinion pública que desde entónces ensayó ser señora del mundo, dominó al Parlamento, la aristocrácia y la misma córte; las teorías extremadas, obtuvieron favor en Francia y aun en Europa; porque siendo lisonjeras, se armonizaban con la necesidad generalmente sentida de un cambio político. Los escritores que dieron la vida á la opinion pública ya no necesitaron del favor de la córte para vivir; el éxito de sus obras fué suficiente, sino para enriquecerlos, para darles la independencia tan necesaria á los pensadores.

Estaban, pues, reunidos todos los elementos revolucionarios: la corrupcion de la córte y del alto clero; la juventud aristocrática tendiendo á las ideas liberales, por el deseo de verse representada en una cámara de Pares; el prestigio de instituciones y tradiciones sagradas destruido por el análisis del libre exámen; la soberanía del pueblo ofreciendo una base á la nueva síntesis política; el título de *ciudadano* estableciendo una sola gerarquía política; los escritores públicos valientes, atrevidos y no cejando á las persecusiones; la imprenta clandestina y extranjera favoreciendo la propagacion de los libros en Francia, que su gobierno prohibia circular; la clase media suspirando por la convocacion de los Estados Generales; la plebe de las ciudades no queriendo ser villana sino *ciudadana;* así, la fiebre política habia invadido á la nacion, y daba movimiento y vigor á todos los espíritus.

Por fortuna de las nuevas ideas, ni el ejército se habia fortalecido por la gloria, ni Luis XVI fué un príncipe vigoroso.

Era nieto de Luis XV é hijo del Delfin, que llevaba igual nombre, y cuyas virtudes y talento fueron la esperanza de la parte sana de la nacion, que estaba cansada y miraba con asco la corrupcion de la córte de su padre [1]. Murió sin reinar Luis el Delfin y dejó tres hijos que sucesivamente fueron reyes de Francia con los nombres de Luis XVI, Luis XVIII y Cárlos X.

Luis XVI nació en Versalles en 23 de Agosto de 1754 y sucedió á su abuelo en 1774. Siendo Delfin habia contraido matrimonio en 30 de Mayo de 1770 con María Antonieta, hija de María Teresa, emperatriz de Austria.

[1] Luis XV olvidó á su virtuosa y bella consorte y se dejó gobernar durante veinte años por una prostituta, hija de un carnicero, nombrándola marquesa de Pompadour.

Cuando sintió la favorita disiparse el encanto de sus atractivos, proporcionó ella misma amigas pasajeras al rey de quien amaba el poder, no la persona. El Parque de los Ciervos era un recinto poblado de elegantes casitas, con jóvenes destinadas á los placeres del monarca. Para proveerlo, se turbaba la paz de las familias mas virtuosas; se preparaban seducciones de años enteros al pudor y á la fidelidad; se educaban niñas que á su tiempo debian dejar su primera flor en brazos del monarca, y algunas tuvieron la desventura de enamorarse del miserable Luis XV; despues se despedian todas enriquecidas y viciadas; casábanse algunas apesar de llevar en su seno pruebas de su fecundidad; pero generalmente una querida del rey pasaba al lupanar, y un hijo del rey al hospicio ó la plaza pública á pedir limosna..... Pensaba como su abuelo Luis XIV que los reyes tenian algo de superiores aun á los ojos de Dios. Habiendo una vez amenazado con el infierno á su ministro Choisseul, y contestado éste que otro tanto le esperaba á él, repuso: «En cuanto á mí, la cosa es muy diferente, porque soy ungido del Señor.» (*Historia universal*, por César Cantú).

Esta alianza con un imperio que habia asolado muchas veces la Francia, disgustó á los franceses, que hicieron blanco y centro comun de sus odios á la princesa austriaca.

Cuando los cortesanos, al abandonar la estancia mortuoria de Luis XV, corrieron á recibir órdenes del nuevo amo, y noticiaron á los dos esposos la muerte de su abuelo, hincáronse de rodillas exclamando:

«¡Oh! ¡Señor, cómo reinar siendo tan jóvenes! ¡oh! ¡Señor, proteged nuestra inexperiencia!»

Luis, subiendo al trono, llevaba en sí el amor apasionado por el bien público, costumbres honestas que contrastaban con la corrupcion del precedente reinado, un espíritu sério, una instruccion sólida; pero tambien desgraciadamente un exterior vulgar y sin prestigio, una completa inexperiencia en los negocios, un carácter débil, irresoluto, obediente á todas las influencias, cuando en aquellas circunstancias requeria el estado de la Francia, para ser gobernada con acierto, un hombre de Estado, de elevada inteligencia, con bastante energía para encauzar una revolucion que era inevitable.

La Barry, asquerosa bacante y favorita de Luis XV, y el cortejo de satélites que todavía la ofrecian incienso, ridiculizaban á los dos esposos, porque se amaban como tórtolas, y á aquel rey santurron, sin gracia en su porte, y pálido en el decir, profetizando que seria severo y tiránico, porque no era corrompido como todos ellos.

Sin embargo, Voltaire decia del rey:

«Paréceme que nació prudente y firme, por lo cual será un rey benéfico y grande. ¡Felices aquellos que, teniendo veinte años como él, podrán gozar largamente las dulzuras de su reinado!»

La de Barry, que tanta influencia ejerció en el ánimo de Luis XV, habia alejado de los negocios y aun de los hombres, al que debia empuñar el cetro de Francia, siendo la consecuencia natural de una mocedad pasada en el retiro, la timidez y carencia absoluta de habilidad en el manejo de los resortes que mueven el corazon humano. Ocupábase en trabajos de cerrajería, y de él se dijo que hubiera sido un excelente ingeniero mecánico. Sin embargo, habia hecho algunos estudios históricos, y traducido del inglés la vida de Cárlos I escrita por Hume, y creyendo que la infausta suerte de este monarca, fué originada de su alianza con los caballeros, y de la resistencia que opuso á los progresos de su tiempo, creyó que el arte de gobernar consistia en hacer concesiones á los descontentos; máxima funesta

siendo elevada á principio general de gobierno, que si probaba que Luis XVI queria el bien, indicaba su falta de talento para imaginarlo, y de denuedo para practicarlo. Como prueba de lo primero citaremos aquella expresion suya dirigida en favor del sabio y excelente Turgot, aunque no afortunado ministro de Hacienda:

« Solo Turgot y yo amamos al pueblo.»

Mas el bien que imaginaba era tan insignificante, que en cierta ocasion dijo al director de la hacienda:

« ¿Ves? yo tambien trabajo. »

Y fué para enseñarle un proyecto que habia concebido, para destruir los conejos que pedreaban las verduras de las huertas.

Y de su poca energía para el gobierno, y del sentimiento de su incapacidad propia, adujo pruebas desde los principios de su reinado, y especialmente cuando, cediendo á la accion mancomunada del Parlamento y de la aristocracia, despidió á sus dos sabios é íntegros ministros Malesherbes y Turgot, diciendo á este último:

« Tú eres mas afortunado que yo, porque á lo menos puedes renunciar.»

Por consejo de estos habia realizado ya algunas mejoras en 1776, como la supresion de la tortura en los juicios criminales, el monopolio de los granos, la abolicion de los gremios y los servicios personales de los siervos, subsistentes todavía en muchos puntos de Francia, y tenia preparadas varias reformas y entre ellas el establecimiento de la libertad de imprenta.

Duró poco tiempo el triunfo de la córte y de los asentistas, y el ministro Clugny que habia sucedido á Turgot, se hizo impopular aboliendo las nuevas leyes, restableciendo las antiguas, y adoptando la inmoral lotería como medida económica.

Necker, banquero genovés, protestante y liberal, conocido por su *Elogio de Colbert*, fué llamado (en Julio de 1777) por Luis XVI al Consejo para ver si los conocimientos adquiridos en el comercio y el estudio que de la administracion habia hecho el rico banquero, serian suficientes para salvar el crédito del Estado, lo cual se logró sin mas expedientes, como dijo el mismo Necker, que el órden, la economía y la moralidad en las transacciones.

Durante la sabia administracion de Necker, Francia, por ódio á Inglaterra, acorrió en auxilio de las Colonias inglesas que se sublevaron contra la Metrópoli, enviándolas su armada, sus soldados y sus tesoros.

Necker publicó en 1781 el balance de las cuentas de la Nacion, los apuros del tesoro, y la necesidad de someter al impuesto la nobleza y el clero, que hasta entonces estuvieran exentos de contribuciones. El gran hacendista queria una administracion laboriosa, atenta al bien del pueblo, dispuesta á defender á los débiles y á procurarles trabajo; estableció Asambleas provinciales para repartir los impuestos, cuidar de los caminos, y proponer lo que creyesen podia fomentar el bien público. La córte y el Parlamento cansados de recibir los golpes del ariete reformador del ministro liberal, lograron que el rey lo despidiera, porque segun dijo Vergennes (el mas afortunado diplomático de aquel tiempo) á Luis XVI:

«La Francia es una monarquía absoluta; si la opinion pública de Necker prevaleciese, vuestra Magestad no deberia extrañar que llegasen á mandar los que ahora obedecen, y á obedecer los que ahora mandan.»

Así la monarquía, por segunda vez rechazaba la administracion económica y sábia que podia salvarla de los peligros cada dia mas graves é inminentes; porque Turgot primero y luego Necker tomaron de la Revolucion los principios, y animados como estaban del bien público, los practicaron; único medio de desarmarla, ya que el absolutismo representado por Luis XVI, ni tenia grande energía, ni la gloria de las armas.

Calonne fué elevado á ministro de Hacienda en 1783 por las intrigas de la córte, hechizada por la amabilidad y ligereza del flamante ministro en tratar de toda clase de asuntos. Favoreció el novel hacendista á todos los recomendados de la córte, asistia á los explendentes saraos del conde de Artois (mas tarde Cárlos X); compró Saint-Cloud para el rey, y Rambouillet para la reina, y decia á esta:

«Si lo que vuestra Magestad pide es posible, délo por hecho; y si es imposible, tambien se hará.»

Mas si el tesoro público, con los gastos de la guerra de América, durante la administracion de Necker, habia sido gravado con ciento setenta y ocho millones, Calonne, desde 1783 á 1787, esto es, en cuatro años de paz, aumentó este gravámen en mil seiscientos millones. No hallando salida á esta situacion aflictiva, convocó una Asamblea de notables en Febrero de 1787, compuesta de los siete príncipes de la sangre, de arzobispos y obispos, de duques, condes ó marqueses, de antiguos ministros ó consejeros, de miembros del Parlamento y alcaldes nobles, formando un conjunto de ciento cincuenta personas, á cuyas sesiones asistia el público silbando á los miembros aferrados á los antiguos privilegios y aplaudiendo

á los que se adherian á las miras del rey, en nombre del cual Calonne habia abierto las sesiones con estas palabras:

«Hasta aquí se habia dicho: *Si lo quiere el rey, lo quiere la ley;* de aquí en adelante se dirá: *Si lo quiere el bien del pueblo, lo quiere el rey.*»

Propuso enseguida el ministro al clero y la nobleza, que renunciaran al privilegio de no pagar impuestos, como único medio de cubrir el déficit del tesoro. Dos meses duraron las discusiones, sin mas resultado que poner en evidencia el ódio de las clases privilegiadas á la igualdad, y excitar en la Nacion el deseo de que se reunieran los Estados Generales, para poner remedio á sus males.

Entre tanto el Parlamento que opuso gran resistencia á registrar algunas de las decisiones de la Asamblea de notables, publicó una declaracion de las formas constitutivas de la monarquía, diciendo:

«Que la Francia era una monarquía gobernada por el rey con arreglo á las leyes, y que estas establecian: 1.° el derecho de la casa reinante al trono por línea de varon y por progenitura; 2.° el derecho de la Nacion para conceder libremente subsidios, por medio de los Estados Generales; 3.° las prácticas consuetudinarias, y las constituciones de las provincias; 4.° la inamovilidad de los magistrados; 5.° el derecho de los tribunales de ejecutar en cada provincia la voluntad del rey, y ordenar el registro de sus decretos, solo en cuanto estuviesen conformes con las leyes constitutivas de dichas provincias, y con las fundamentales del Estado; 6.° el derecho de todo ciudadano para no ser juzgado sino por sus jueces naturales; por último el derecho, que es garantía de los demás, de no poder ser preso sino para ser entregado en el acto á los jueces competentes.»

Así la Asamblea de notables, no secundando las reformas que Luis aceptaba, habíalo arrastrado á oponerse al movimiento, y á entrar en lucha con el Parlamento de París, luego con los Parlamentos de las provincias, y despues de algunos motines en la capital y varias ciudades, el rey vióse obligado á ceder, convocando para el mes de Mayo de 1789, los Estados Generales.

La época de las elecciones fué de verdadera propaganda contra los privilegios de una nobleza que se enriquecia á costa de los trabajos de la clase media: nobles de buena fé hicieron causa comun con el pueblo; el duque de Orleans, seguido de los jóvenes que habian combatido en compañía de Lafayette en favor de la independencia de las Colonias inglesas constituidas ya en República, estaba á la cabeza del movimiento, que en

todas partes fomentaban los literatos, los curas de aldea, y aun el mismo Necker á quien el rey colocara de nuevo al frente de la Hacienda.

Condorcet, Brissot, Mirabeau, etc., publicaban folletos para ilustrar la opinion pública sobre las cuestiones capitales que se agitaban. El abate Sieyes investigando *Qué es el Tercer estado*, estableció la igualdad de las clases entre sí ante la nacion, y concluyó diciendo: « El Tercer estado no ha sido nada, quiere ser algo, debe serlo todo. »

¡ Extraña asercion, dice César Cantú, cuando todavía las dos terceras partes del pais eran propiedad de los nobles y del clero!

Los Estados Generales se abrieron en Versalles el 5 de Mayo de 1789. Apesar de la opinion del Parlamento, y de los notables (convocados segunda vez en Noviembre de 1788) el rey habia acordado al Tercer estado, que constituia por sí solo la casi totalidad de la Nacion, una representacion doble (para contrabalanzar las dos órdenes privilegiadas) y el voto por cabezas que aseguraba esta preponderancia.

Si aquellas dos órdenes se preparaban para la defensa, el Tercer estado para la victoria; deseando pasar del principio cristiano de la igualdad de los hombres ante Dios al principio político de la igualdad de los hombres ante la ley. Borrando las distinciones de raza, como pertenecientes al estado bárbaro, aspirábase á desarraigar del Estado la diferencia de clases; pretendíase abolir los privilegios de familia en la propiedad, someter á medidas iguales y á uniforme justicia toda una nacion, sin que el derecho de cada uno tuviese otro límite que los derechos de los demás. Todas estas ideas y otras semejantes estaban en la atmósfera francesa, creada por los economistas y los filántropos, y su influencia se dejó sentir de una manera inequívoca en aquellos hombres que el voto popular habia llevado á los Estados Generales. Aun que solo habian sido reunidos para arreglar la Hacienda, quisieron renovar la constitucion, fijar las relaciones entre el clero, la nobleza, el Tercer estado, y el rey: revolucion que parecia fácil, porque estaba consumada en las ideas; pero ¡ cuántas dificultades debian surgir en la práctica!

Muchos diputados del Estado llano estaban afiliados á la masonería, de la cual entonces era Grande Oriente el duque de Orleans.

Si gran número de prelados formaban parte de la representacion de la órden eclesiástica, el resto se componia de una multitud de párrocos animados por la esperanza de derribar todo lo que se opusiera á sus ascensos en la carrera de las dignidades. Y además tenia frente de sí esta órden, á dipu-

tados libre pensadores que maquinaban la destruccion del edificio religioso.

Los del Tercer estado dirigidos por banqueros y hacendistas, apasionados por el *Contrato social*, que fué el libro de la revolucion francesa, aspiraban á una revolucion completa, cuyo límite nadie podia prever entonces.

Menos que nadie lo sabia la córte, que se entretuvo en ordenar el ceremonial, y prescribir los trajes y uniformes que deberian llevarse, disponiendo que el clero y los nobles se presentasen de gran gala con plumas, bordados y mantos, y los del Estado llano con simple traje negro, y mientras que para dar entrada en el salon de sesiones á aquellas órdenes, se abrian de par en par las puertas de la Asamblea, para los individuos del Estado llano, no se abrió mas que una hoja, se les hizo aguardar largo tiempo, sufriendo la lluvia, en tanto que la multitud gritaba, *viva el Tercer estado.*

Abrió Luis XVI los Estados Generales acompañado de la reina, de sus hermanos, de la córte y los ministros, y habiéndose cubierto la cabeza, despues de pronunciado el discurso de la corona, siguieron su ejemplo algunos gentiles hombres, y cubriéronse tambien los diputados del Tercer estado, mas inmediatos á ellos.

— ¡Descubríos! gritó la nobleza.

— ¡Cubríos! dicen á grandes voces los interpelados, á los demás representantes del Tercer estado.

El rey, para poner fin á esta primera lucha entre el orgullo y la igualdad, tomó el partido prudente de quitarse el sombrero y permanecer descubierto.

La nobleza y el clero, desde el dia 1.° de Mayo, no queriendo votar por cabezas, sino por órdenes, nombró una comision de actas para examinar los poderes de cada uno de sus miembros.

El Tercer estado opuso su fuerza de inercia, y no consintiendo la division de órdenes, se abstuvo de toda verificacion de poderes, de toda deliberacion oficial, á fin de dar tiempo á las otras dos órdenes, sus hermanas, para reflexionar; mas no habiendo podido entenderse, á pesar de las negociaciones que mediaron durante los cuarenta dias que transcurrieron desde el 7 de Mayo hasta el 17 de Junio, el Tercer estado, considerando que por sí solo representaba la gran mayoría de la Nacion, se declaró constituido bajo el título de Asamblea Nacionad, é invitó de nuevo á los diputados de las otras dos órdenes, á que se reunieran con él y presentaran

sus actas para trabajar en comun en la restauracion nacional y en la regeneracion de la Francia. Nombróse presidente provisional á Bailly, y seiscientos diputados levantando las manos á un tiempo, en medio del entusiasmo de tres ó cuatro mil espectadores, juraron cumplir con celo y fidelidad las funciones de que estaban encargados.

Decretó luego la Asamblea, que las contribuciones, aunque ilegalmente establecidas, eran cobrables, mientras la Asamblea nacional subsistiera; pero que no serian exigibles en el caso de ser disuelta.

Este acto de firmeza decidió al clero á reunirse con el Tercer estado; pero la nobleza perseveró en su abstencion, y reconciliándose definitiva mente con la córte, se arrojó á los piés del rey, conjurándole á salvar el Estado y el trono, disolviendo ó paralizando los Estados Generales.

Desde el dia 19 se anunció una sesion régia para el dia 22 del propio Junio, y bajo el pretexto de preparar la sala para esta solemnidad, el rey suspendió las sesiones; mas los diputados haciendo caso omiso de la órden, pretendieron reunirse el dia 20, impidiéndolo los Guardas franceses que habian ocupado militarmente el edificio.

Fueron los representantes entonces á reunirse en el Juego de la Pelota, y allí tuvo lugar el célebre juramento de no separarse hasta haber redactado la Constitucion del Estado. Todos firmaron esta declaracion que trae la fecha de dicho dia 20 de Junio de 1789.

La sesion real tuvo lugar el 23 de Junio, en que Luis XVI presentó una Constitucion, mandó que fuese observada, y que las tres órdenes desde el siguiente dia y por separado se reuniesen cada una en la sala que les estaba designada.

El Tercer estado persistió en cumplir su juramento, y despues de haber salido el rey siguió deliberando. Presentóse luego un maestro de ceremonias, preguntando si habian entendido las órdenes del rey, cuando se levantó Mirabeau, y con calma y magestad repuso:

«Decid á vuestro amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino por la fuerza de las bayonetas.»

Los diputados continuaron la sesion, y apesar de que Luis habia llenado Versalles de soldados y cañones, no se atrevió á atacar al Tercer estado, y mandó las tropas á sus cuarteles.

Despues de esta retirada ya no le fué posible á la nobleza resistir el prestigio del Tercer estado, y desde el 27 las tres órdenes se reunieron para

deliberar en comun y formular la Constitucion de Francia. El rey habia dicho:

«No quiero que perezca un solo hombre por mi causa.»

Y cuando Bailly vió juntos los tres brazos del Estado exclamó:

«Ya está reunida la familia.»

Cuánto habia progresado en aquel siglo el espíritu democrático, lo demostraba el hecho de que Bailly, simple ciudadano, sin otros méritos de nacimiento ó fortuna que ser conocido por sus virtudes, estudios y talentos, estaba presidiendo á todos los grandes del reino y de la Iglesia.

Mas la córte, por desgracia, no se resigna; por el contrario *conspira* contra la Asamblea, resuelta á conquistar por la fuerza lo que ha perdido por las concesiones del rey. Quiere sostener á todo trance la causa feudal, sus inmunidades y privilegios, y se agrupa alrededor de la reina y del conde de Artois; de la reina que era odiada, porque la nobleza que ahora la tomaba por egida habíala desconceptuado é infamado á los ojos de la nacion propalando mil calumnias; del conde de Artois, que habia desprestigiado á su hermano suponiéndolo incapaz de reinar é impotente para dar sucesores á la corona; y esta nobleza, ahora unánime para la resistencia, era la misma que por sus aficiones liberales habia dado impulso á la revolucion.

Reunió tropas que puso bajo el mando de Broglie; cincuenta mil hombres marcharon sobre París; el duque de Orleans, Mirabeau, Sieyes, Bailly y otros diputados debian ser proscritos; los Estados Generales disueltos; el Parlamento reintegrado en sus funciones por estar dispuesto á registrar todos los actos reales, y por fin no pudiendo contar con Necker para ninguna de estas medidas, fué despedido, y se acordó que para salir de apuros financieros el Estado se declararia en quiebra.

El partido popular tuvo conocimiento de estas maquinaciones, y «puesto que la aristocracia conspira, dice Thiers en su *Historia de la Revolucion,* bien puede conspirar el partido popular.»

En 13 de Julio corrió por París el rumor de que el movimiento cortesano iba á estallar; cerráronse los teatros y todo el mundo dejó sus tareas, y la gente se echó á la calle. Camilo Desmoulins, orador de clubs, arengó á la muchedumbre en la plaza Real, y tomando una hoja de un árbol se la colocó en el sombrero á guisa de escarapela y bien luego todos le imitaron, y este distintivo llevado por doscientos mil ciudadanos intimidó á las tropas.

Lafayette, el héroe popular de Francia, puesto á la cabeza de los pai-

sanos armados, agregó á los colores rojo y azul celeste de la ciudad, el blanco del rey y dijo:

«Esta escarapela dará la vuelta al mundo.»

Los electores se reunieron y nombraron una Municipalidad bajo la presidencia de Bailly, quien presintiendo los peligros de que estaba preñada aquella situacion, y acaso su aciaga propia suerte, dijo:

« Me resigno á aceptar un cargo que no se debe codiciar ni rehusar.»

Los bustos de Necker y Orleans, fueron llevados en triunfo por las calles, y la muchedumbre se dirigió á los Inválidos, donde se armó con treinta mil fusiles que habia allí almacenados, y veinte cañones.

Atacó entonces el pueblo la Bastilla, defendida solamente por ciento y catorce suizos, y antes del anochecer del 14 de Julio, penetró dentro sus muros dando muerte al gobernador.

Entretanto, el rey seguia en Versalles, y la Asamblea continuaba deliberando sin dejar de enviar comisiones al monarca para que desistiese de las vías de fuerza á que le impulsaban consejeros poco prudentes. Representábanle cuán inminente y universal era el peligro; porque ¿quién podrá contener las provincias cuando la libertad peligra en la capital? ¿Quién podrá contener el pueblo de París, donde la aglomeracion de tropas le disputa el escaso alimento? ¿No es temible, por el decoro de la monarquía y aun por la salud del soberano, que los soldados franceses inmediatos al centro de las discusiones, partícipes de las pasiones como de los intereses del pueblo, olviden que la ley los hizo soldados, y recuerden que la naturaleza los ha hecho hombres? «Hay además, continuaban representando al rey, cierta especie de contacto en los movimientos apasionados, y tememos nosotros como hombres que somos, y por lo tanto débiles, ser arrastrados por consejos violentos é imprudentes, é ir mas allá de lo que la razon serena quisiera, en medio de circunstancias tumultuosas, de los desórdenes y de las facciones. Grandes cambios han sido producidos por actos de menor importancia, y mas de una empresa fatal á los reyes, ha sido anunciada de una manera menos siniestra que lo vaticinan los presentes sucesos.»

Estaba dispuesto el ánimo del rey, por las reiteradas súplicas de la Asamblea, á transigir con el movimiento, cuando llegó á Versalles la noticia de la toma de la Bastilla por el pueblo, y alarmando Luis XVI exclamó:

—¿Con qué es cierto que en París hay rebelion?

—Señor, contestó Liancour, decid mejor una revolucion.

El 15 de Julio por la mañana, la Asamblea envió una nueva comision al monarca, para denunciarle que las tropas habian detenido en Sevres los convoyes de harinas que se dirigian á París, y recordarle que Enrique IV enviaba secretamente comestibles á la ciudad sitiada.

Conmovido por este recuerdo que está mas en armonía con sus sentimientos, que los consejos de una nobleza que le arrastra á pesar suyo á medidas violentas, sin tomar otro guía que sus propios impulsos, se dirigió á pié, sin guardias, y solamente acompañado de sus dos hermanos, al congreso del Estado llano, y si bien Mirabeau contuvo los aplausos con decir:

« El silencio de los pueblos, es la leccion de los reyes. »

Este acto le reconcilió con dicha Asamblea, á la cual Luis XVI habló en estos términos:

« Señores, el jefe de la Nacion se presenta confiadamente á sus representantes para invitarles á escogitar los medios de restablecer el órden y la tranquilidad... Abandonad injustas prevenciones... Yo, que soy *uno* con la Nacion, me fio en vosotros. Ayudadme en la obra de asegurar la salud del Estado... He dado las órdenes convenientes para alejar las tropas de París y de Versalles. Os autorizo, y aun os invito á que comuniqueis á la capital mis buenas disposiciones. »

El 17, accediendo á los deseos del pueblo, Luis se dirigió á la ciudad insurreccionada; mas sus hermanos, que eran aborrecidos de muerte, huyeron; sin embargo tuvieron bastante influjo sobre él para hacerle escribir una protesta contra lo que en adelante se viese obligado á hacer; protesta que sirvió luego para conjurar á los reyes de Europa contra la rebelde Francia.

El Alcalde de París salió con grande acompañamiento de las Casas Consistoriales para recibir al rey á la puerta de la ciudad, y al presentarle las llaves, recordóle que eran las mismas que habian sido ofrecidas á Enrique IV, y añadió:

« Pero Enrique IV habia recobrado á su pueblo; ahora el pueblo recobra á su rey. »

Condúcelo entonces Bailly á las Casas Consistoriales y, seguido de una muchedumbre de campesinos, pasó por entre las filas de cien mil guardias nacionales que habia armado y organizado Lafayette. En el palacio del Comun, fué recibido con ritos masónicos *bajo la bóveda de acero,* formada por espadas cruzadas sobre su cabeza en señal de honor. Sentóse en el sólio, debajo de dosel, donde los diputados juraron defenderlo, donde

le fué presentada la escarapela con los nuevos colores nacionales, y donde, conmovido por la palabra llena de uncion y de fé del apasionado Bailly por los progresos de la humanidad, á cuya cabeza iba la Francia, contestó balbuciente y conmovido estas palabras:

« Mi pueblo puede contar con mi amor.»

La Asamblea que seguia legislando en Versalles, tomó el carácter de *constituyente;* abolió los privilegios y vejaciones feudales, é igualó los nobles á los plebeyos. ¿Quién hubiera imaginado que á últimos del siglo pasado existiesen todavía cargas señoriales solo comparables á las costumbres salvajes? Los campesinos tenian obligacion, segun el buen parecer del señor, de ir uncidos al carro que él montase; velar para que las ranas con sus graznidos no turbaran su sueño; tenia tambien el señor el derecho de pernada, [1] y el de abrir el vientre á dos siervos para restaurar sus piés cansados de la caza. Es verdad que las luces del siglo habian hecho caer en desuso estos derechos, pero en realidad el señor podia ejercerlos, puesto que no habian sido abolidos.

Propagádose habia el movimiento de París á las provincias, y el espíritu de imitacion se llevó en ellas tan allá, y aun mas allá de lo que cabia; porque en algunos puntos careciendo de fortalezas que, como la Bastilla de París, recordasen una época tan ominosa como la de Luis XI que la habia erigido, y hubiesen servido, como ella, de cárcel y sepultura á una infinidad de presos políticos ó de Estado, acometieron los castillos de los nobles, y á falta de estos, las casas aisladas de su pertenencia, degollando á sus moradores, quemando los archivos, é incendiando en algunas partes los edificios.

Una de las comunicaciones que llegaron á la Asamblea firmada por un marqués, presidente de la Municipalidad de Vesoul, decia:

« Señores, la villa de Vesoul no quiere afligir á la Asamblea nacional, contándola los pormenores de los excesos cometidos en su bailía; sepa que los castillos han sido incendiados, demolidos ó robados; todos los archivos perdidos, los registros y libros becerros sustraidos; violados los depósitos; verificándose todo en medio de terribles amenazas y extremas violencias.»

[1] La pernada consistia en el derecho que poseian algunos señores de introducir la pierna en el lecho de una vasalla suya en la primera noche de bodas, como símbolo del derecho de prelibacion de que antes usaba si la novia era hermosa. Derecho que despues se sustituyó por una contribucion.

En la Asamblea estos hechos produjeron un efecto, que por cierto no era de esperar. Vióse en la célebre sesion de la noche del 4 de Agosto levantarse primero el vizconde de Noailles, y decir, á propósito de la proclamacion que la Asamblea dirigia á la Nacion, en substancia lo siguiente:

«El objeto de la proclama es calmar la efervescencia de las provincias, y confirmar los verdaderos derechos de los propietarios. Mas ¿cuál es la causa de la insurreccion, y como remediarla? Para restablecer la tranquilidad pública, indispensable al establecimiento de un gobierno que será admirado y seguido por las demás naciones de Europa, propongo que desde luego se declare: 1.° que los impuestos y todo género de cargas sean soportadas igualmente por todos; 2.° que todos los derechos feudales sean redimibles; 3.° que las corveas y otras servidumbres personales, queden abolidas sin dar lugar á ninguna clase de redencion.»

Luego se levantó el duque de Aiguillon, que era el noble mas rico de Francia, y dijo:

«No hay persona alguna que no se lamente de las horrorosas escenas que está ofreciendo la Francia... mas el pueblo sacude el yugo que por tantos siglos le oprime. Confesemos que, apesar de ser culpable esta insurreccion, tiene su excusa en los vejámenes de que es víctima el pueblo; apresurémonos, pues, á satisfacer sus deseos y á prevenirlos; establezcamos la igualdad de derechos que debe existir entre todos los hombres... yo no dudo de que los propietarios de feudos, los señores de tierras, no estén dispuestos al sacrificio de sus derechos...»

Y así fueron expresándose unos despues de otros los nobles de la Asamblea, proponiendo á porfía cada uno alguna ventaja que podia sacrificar; la fiebre de la generosidad se apoderó de ellos y del clero, deseosos de poseer privilegios para sentir el gusto de renunciarlos.

« Unos, dice César Cantú, querian remediar el abuso de las pensiones de la córte; otros abolir el privilegio que la elevada nobleza tenia de ocupar los altos empleos de la Casa Real; estos aspiraban á reducir los diezmos á dinero; aquellos á dar libertad á los Negros de las Colonias; los otros á suprimir las jurisdicciones feudales; quienes á abolir la venalidad de los empleos; quienes los privilegios de la magistratura; quienes la caza y los palomares reservados; quienes los derechos eclesiásticos llamados de estola blanca y negra, las distinciones entre los países, los privilegios particulares de ciudades ó provincias, las pensiones sin título, el cúmulo de empleos inútiles. Veíase en todos los semblantes la palidez que producen las

grandes emociones; ni aun se perdonaron los privilegios de las municipalidades, y de las maestrías y gremios, ni el diezmo clerical.»

El objeto de la Revolucion quedaba conseguido; se decretó en honor de Dios un himno, y para Luis XVI el título de *restaurador de la libertad.*

¿Por qué la Revolucion no paró aquí? Porque existe en la naturaleza física y moral, y gobierna todas las órdenes de fenómenos la ley de las acciones y reacciones: ella está patente en la universalidad de las lumbreras del cielo, como en las pequeñeces de la tierra, y el alma del hombre influida por el universo, como él tambien obedece á esta ley. ¡Cuánto mas una reunion de hombres cuyas imaginaciones excitándose por el número, por el prestigio de la generosidad, de los principios reparadores de la justicia, por el sentimiento de la solidaridad que en aquella noche febril se apoderó de todos los corazones!

En efecto; al siguiente dia vino la reaccion, y como siempre, siendo igual y contraria á la accion, la nobleza y el clero quisieron retroceder en sus concesiones, cuando solo era necesario reglamentarlas para evitar las malas interpretaciones y el abuso consiguiente á la adquisicion de una ventaja.

El clero se quejó; queria vivir de rentas propias, y sentíase humillado con el epíteto de *asalariado.*

« Yo no conozco mas que tres maneras de vivir en la sociedad, dijo Mirabeau; es necesario ser ladron, mendigo ó asalariado; porque el mismo propietario lo es en el concepto de ser su renta el salario que la sociedad le paga en cambio de los servicios de la administracion de las tierras.»

Luis XVI recibió mal aquellas concesiones, y decia al obispo de Arles:

« No consentiré jamás en despojar á mi clero y á mi nobleza; no sancionaré estos decretos, y haré cuanto pueda para conservar á mi clero y nobleza. »

Arrepentidos de su largueza los nobles y el clero, desde aquel momento conspiraron contra la Revolucion; la emigracion aristocrática empezada por los hermanos del rey, fué aumentando, á lo cual contribuyeron en gran manera los excesos de los provincianos que seguian aun incendiando castillos; y luego, interpretando la libertad de cazar á su manera, numerosas partidas de cazadores se derramaron por los campos destruyendo las cosechas.

La Asamblea proclamó en la Constitucion, que la Naturaleza ha hecho los hombres libres é iguales en derechos; que el objeto de la Sociedad es

la conservacion de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre; que sus derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad personal y la resistencia á la opresion; que la Soberanía pertenece á la Nacion: que la ley debe ser la expresion de la voluntad general, y que todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir personalmente ó por medio de sus representantes á la formacion de las leyes.

Quedaron abolidos la nobleza, las distinciones hereditarias, el régimen feudal, las justicias patrimoniales y todos los títulos, denominaciones y prerogativas de ellas derivadas, y las órdenes de caballería. Quedaron abolidas las ventas de los cargos públicos y el derecho de heredarlos, y con respecto á la ley no tuvieron valor alguno los votos monásticos ó religiosos, ni otro compromiso alguno, contrario á los derechos naturales ó á la Constitucion; la cual garantía además las libertades de religion, de imprenta, de reunion, asociacion y de sufragio; no consentia mas que una Cámara para la representacion nacional, y concedia al monarca el poder ejecutivo, y el veto suspensivo por dos años.

Compréndese que marchando por este camino, la córte no pudiese seguir á los representantes de la Nacion. El absolutismo era en los reyes una segunda naturaleza, y difícilmente el hombre pasa de señor á criado, y tal era lo que sentia Luis XVI cuando se presentaban á su sancion las leyes de la Asamblea. Resistíalas y difería sancionarlas cuanto podia, y deseaba verse libre de aquella obsesion, aunque fuera perdiendo la corona. De aquí que aprobase el plan de trasladarse á Metz, en donde estaba el marqués de Bouillé, muy adicto á su persona, donde podria reunir un ejército é imponerse á la voluntad de la Asamblea.

El conde de Estaing, comandante de la guardia nacional de Versalles, tuvo conocimiento de este proyecto de fuga, y escribió enseguida á la reina conjurándola á que desistiese de él, por temor de encender una guerra civil que podria ser funesta á la familia real.

Todos sentian cuán grave seria la situacion de Francia si los emigrados lograban llevar al rey á una plaza fuerte de las fronteras, que añadiria los horrores de la guerra á los conflictos de la carestía atribuida á los manejos de la córte para rendir lo que ésta llamaba soberbia de París.

Corria, en efecto, válida la voz de que una compañía, que el pueblo calificó con el nombre de *Pacto del hambre,* habia acaparado los trigos y harinas, ocasionando aquella carestía, que no podia explicarse sino por un pacto infame, puesto que la cosecha de aquel año habia sido abundante.

El Monitor de entonces, periódico que todavía no era oficial, explicó la historia de aquella sociedad, cuyas atroces especulaciones databan de 1730. Revelaba que Luis XV en 1764, habia interesado en este horrible negocio por valor de diez millones de francos, y que sus ministros, gran parte de la nobleza de espada y toga, y varios asentistas y otros arrendadores de impuestos se habian suscrito por enormes cantidades, y que los beneficios habian sido elevadísimos, puesto que acapararon el trigo de casi todo el territorio francés y produjeron un hambre general. Que las carestías, añadia dicho periódico, de los años de 1767, 68, 69, 75 y 76 fueron producidas igualmente, no por las malas cosechas, sino por los grandes acaparadores; que en vano luchó contra los directores del *Pacto del hambre* el íntegro Turgot, cuya caida del ministerio fué ocasionada por los manejos de aquella compañía; que Necker en 1788, no habiendo podido nada contra ella, se vió en la necesidad de aconsejar al rey que comprase por valor de cuarenta millones de harina, á fin de arrojarla al mercado y satisfacer las necesidades públicas.

«Cuando se reunieron los Estados Generales, continúa *El Monitor,* los asociados y barateros del *Pacto del hambre* emprendieron sus tareas con nuevo ardor... M. Berthier, intendente de París, [1] y M. Lenoir, jefe de policía, eran entonces, segun se aseguraba, los testaferros de la compañía, la cual tuvo bastante habilidad para producir una carestía real en el seno de la abundancia.»

Fácil es concebir la irritacion profunda y universal que debia producir la revelacion de la existencia del *Pacto del hambre.*

«¡Qué, exclamaba Camilo Desmoulins, será en vano que el cielo haya derramado sus bendiciones sobre nuestras fértiles campiñas! ¡Bastando una buena cosecha para alimentar la Francia durante tres años, seis ricas cosechas consecutivas no han alejado el hambre de la cabaña del pobre! ¡Y hay hombres que hagan objeto de tráfico la imitacion de la cólera celeste! ¡Es decir que en medio de nosotros, en uno de nuestros semejantes, está el azote del hambre que nos aflije!... ¡Importándole poco la desesperacion de las madres, los lamentos de los niños, el desfallecimiento de los viejos, con tal que él tenga oro para cubrir su mesa de viandas delicadas y satisfacer sus vicios!»

[1] El pueblo de París le asesinó por este motivo en 22 de Julio de 1789, junto con Foulon, uno de los ministros de Luis XVI.

La acusacion contra el antiguo régimen á cuya sombra podian celebrarse tales pactos; la noticia de que la familia real se preparaba para huir á Metz y encender la guerra; la reunion de fuerzas en Versalles para protegerla; los banquetes dados por el batallon de Guardias de Corps saliente al batallon entrante, en que la familia real asistia á los postres, y á su presencia se habia pisoteado la escarapela nacional, pronunciándose brindis á la monarquía absoluta; el subido precio de los comestibles y los discursos de los alarmistas de la Plaza Real y de los clubs y el contínuo clamoreo de los libelos, folletos, periódicos y hojas sueltas, llevaron á tal grado de excitacion y calentura á las clases menesterosas de París, que se reunieron tumultuariamente el 5 de Octubre á los gritos de las mujeres que no encontraron pan en las tahonas.

Dirigiéronse al palacio de la Municipalidad pidiendo pan. Los hombres quisieron acompañarlas; rehusáronlo ellas gritando:

« ¡Afuera los hombres! ¡Dejad hacer á las mujeres! »

En vano se opusieron al motin los guardias nacionales que ya iban reuniéndose; en vano la guardia de la Municipalidad les opone las bayonetas, ellas penetran en las Casas Consistoriales, pidiendo *pan*. Se apoderan entretanto de ocho mil fusiles y de los cañones que encuentran, y armadas con ellos quieren dirigirse á Versalles. El conserje Maillard, conocido por uno de los intrépidos vencedores de la Bastilla, impide incendiar los archivos del Ayuntamiento, arrancando las antorchas de las manos de algunas, arenga á todas, sosteniéndolas en su propósito de ir á Versalles para pedir pan al rey, y obligarle á residir en París. Entretanto otras han subido á la torre del reloj y tocan á rebato; todas las campanas de la ciudad repiten el alarmante toque; los tambores de la guardia nacional baten la generala; la muchedumbre se echa á la calle, y bien luego ocho mil mujeres, tomando carros y cabalgaduras, y armadas de fusiles y de todo género de armas, se dirigen á Versalles, llevando por comandante al conserje Maillard.

Éste, al llegar á los Campos Elíseos, las detiene, las arenga de nuevo, las propone que dejen las armas y que se presenten pacíficamente al rey y á la Asamblea, para obtener lo que desean. Unas se resisten, otras están perplejas, pero el mayor número aplaude y por fin todas entregan las armas á los hombres, á quienes se invita que vuelvan á sus casas á cuidar de los chiquillos.

Sin embargo, en París continua el toque de rebato, y la guardia

nacional y los Guardas franceses que se adhirieron ya al movimiento revolucionario en la toma de la Bastilla, obligan á Lafayette á conducirlos á Versalles.

Éste los entretiene, quiere impedirlo, hasta que, á la tarde, la impaciencia gana todos los ánimos y, á los gritos de: *á Versalles ó á la linterna*, se ve obligado á partir.

¿Qué pasaba entre tanto en Versalles? Su ayuntamiento pretendia que los Guardias de Corps prestasen el juramento cívico y se adornaran con la escarapela tricolor.

La Asamblea estrechaba al rey y conseguia la sancion de los decretos del 4 de Agosto, si bien Luis XVI eludia su responsabilidad con el siguiente *considerando:*

«Teniendo en cuenta las circunstancias alarmantes que nos invitan á querer, por sobre de todo, el pronto restablecimiento de la paz y del órden...»

Este *considerando,* que indicaba un poder superior al de la Nacion, disgustó á la Asamblea, en términos que varios diputados propusieron que se suspendiese el pago de las contribuciones.

Mirabeau fué de opinion de que en la respuesta que se diera al rey, se le recordase la pregunta del bufon de Felipe II:

«¿Qué haria, Felipe, si todos decian *no* cuando tú dices *sí?*»

Mas la Asamblea decidió que su presidente, seguido de una comision, iria inmediatamente á palacio para pedir la aceptaciou pura y simple de dichos decretos.

Mientras tenia lugar esta discusion, entre Mirabeau y Mounier, que presidia entonces la Asamblea, medió el siguiente diálago, que da á sospechar si la ida á Versalles de las mujeres de París fué promovida por algunos miembros de la Asamblea.

—Mounier, dijo Mirabeau, París viene sobre Versalles.

—Lo ignoro.

—París, os digo, que viene sobre nosotros: ¿os parece bien? id á palacio; dadles la noticia; decidles que yo os he dado el aviso, no me importa; mas haced que cese esta discusion escandalosa; el tiempo apremia, no hay un instante que perder.

—¡París se viene sobre Versalles! Tanto mejor, así llegaremos mas pronto á la república.

A las cuatro de la tarde de dicho dia 5 de Octubre llegaron las

mujeres á Versalles llevando banderas adornadas de cintas y ramas verdes, cantando canciones y dando vivas á la memoria de Enrique IV y algunos tambien al rey. Maillard las dirigió á la Asamblea, obtuvo de ellas la promesa de que no pasarian de la puerta, y acompañado solamente de una comision de las mas atrevidas, pidió ser recibido por la representacion nacional, y habiéndosele otorgado permiso, como tambien la vénia para hablar, dijo:

«Hemos venido á Versalles, para pedir *pan,* y el castigo de los Guardias de Corps que han insultado la escarapela nacional.»

Mas presentándose en aquel momento una escarapela con los colores nacionales á nombre de los Guardias de Corps, Maillard la muestra á las mujeres, las cuales recorrieron las calles de Versalles dando vivas al rey y á los Guardias de Corps.

El monarca recibió con bondad una comision de doce mujeres y les dijo que acababa de dar las órdenes oportunas para llevar á París grandes cantidades de subsistencias. Las mujeres se despidieron de Luis XVI encantadas de su benevolencia.

Mas no todas están satisfechas, muchas quieren hablar con el rey; se oponen los Guardias de Corps, hacen uso de sus armas, algunas caen heridas, acuden en su auxilio los obreros del barrio de San Antonio de París que han seguido á las mujeres, apuntan los cañones contra el palacio, y afortunadamente la lluvia ha mojado las municiones y no pueden hacer uso de las armas de fuego. En esto los diputados de la Asamblea advertidos á tiempo, disipan el tumulto, se calman los ánimos, se aloja la muchedumbre en los cuarteles, en las salas y corredores del palacio de la Asamblea y se les distribuyen provisiones.

A las doce de la noche llegó Lafayette con la Guardia nacional parisiense, y los gritos de muerte contra la reina y los Guardias de Corps que se daban alrededor de palacio cesaron con este motivo. Lafayette arengó á sus tropas y las hizo de nuevo jurar que nada intentarian contra el rey ni contra la Asamblea. Luego subió á palacio y puesto á presencia del rey y de la córte, que ignoraban si iba de paz ó de guerra, dijo estas tranquilizadoras palabras:

«He venido, Señor, á traeros mi cabeza para salvar la de vuestra Majestad. Si debo derramar mi sangre que sea en servicio de mi rey antes que á la ignoble luz de los incendios.»

Hablaron luego los comisionados del ayuntamiento de París, suplicán-

dole en nombre del pueblo que se trasladara á la capital y confiase la seguridad de su persona á la Guardia nacional; que resolviese la cuestion de subsistencias; que excitase á la Asamblea á ultimar la Constitucion, y que diese jueces á los encarcelados en las prisiones del Estado.

Apesar de que al asomar del dia 6 de Octubre hasta la hora de partir, corrió todavía graves peligros la vida de la reina, gracias á la intervencion de Lafayette, á los decretos de la Asamblea sobre subsistencias, á las promesas del rey y á su resolucion de trasladarse á París, para donde en efecto partieron todos, quedaron disipados los temores y se restableció la calma en los espíritus.

Luis XVI no es ya un monarca ni absoluto ni constitucional; es una magestad prisionera que habita en las Tullerías; es la sombra de la monarquía, á la cual sin embargo acudirán los partidos, buscando todavía el amparo de su nombre, hasta darse por fin el espectáculo de un regicidio.

La aristocracia, hinchada con los grandes nombres de la tradicion, continuará emigrando; porque las armaduras y las lanzas de la antigua caballería nada pueden contra los fusiles de los siervos emancipados. Ha renacido á la vida moderna el antiguo Pueblo Galo, sociable, curioso, hablador, generoso, hospitalario, confiado, presuntuoso, amigo de aventuras, bravo, intrépido, temerario, que construia ciudades abiertas por sus cuatro costados, sin temor á los enemigos. Ha quedado el Galo en el país; el Franco, el aristócrata, el señor, ha vuelto á pasar el Rhin y los Alpes, va á llamar nuevas hordas para reconquistar el suelo que ha perdido.

Sesenta mil emigrados se reunen en Turin, en cuya córte se ha refugiado el conde de Artois, y desde donde conspiran para desorganizar el ejército y la administracion, llamando á los oficiales y funcionarios públicos que todos pertenecen á la nobleza; conspiran para promover tumultos y asonadas, porque así se esconden los capitales, dejando sin ausilio á la industria, agricultura y comercio.

Arrojados los enemigos fuera de la patria habia llegado la hora de reconstituirla, y de volver á las ocupaciones ordinarias de la vida; pero el pueblo no supo contenerse en los límites de la libertad, y penetró en el campo de la anarquía.

Los jefes de la revolucion dieron el triste ejemplo de dividirse, lamentable siempre aunque siempre previsto; porque cada hombre lleva á las empresas la plenitud de sus facultades, y entre ellas está el sentimiento de

nuestro propio valer, siempre susceptible y quisquilloso, y cuando es contrariado se muestra con frecuencia vengativo, y cuando no, retraido.

Algunos que se acercaron al trono y defendieron á Luis, por desgracia eran corrompidos, y continuaron encenagados en los vicios, como Mirabeau que sintiendo todo el peso de una vida de extravíos exclamaba:

«¡Cuánto mal está causando á Francia la inmoralidad de mi pasada juventud! ¡Ah, si yo me hubiese presentado á la revolucion con una reputacion semejante á la de Malesherbes, qué suerte hubiera asegurado á mi patria!»

Habiendo mediado pactos entre él y Lafayette, para compartirse el poder, y queriendo éste salvar á la reina, Mirabeau dijo:

«Bueno, que viva. Una reina humillada puede ser buena para cualquier cosa; degollada solo sirve para argumento de tragedia.»

Llegó á oidos de María Antonieta este sarcasmo, y cuando Mirabeau fué á ofrecer su apoyo al rey, rehusó aquella admitirlo, apoyándose en que semejantes hombres manchan las causas que defienden. Herido Mirabeau en su amor propio, pensó vengarse y volvió á ponerse al frente de los movimientos populares que antes reprimiera. Entonces Luis tuvo que resignarse á comprarlo por seiscientos mil francos y además una pension de cincuenta mil mensuales.

Guiado por Mirabeau, Luis aceptó la nueva Constitucion, diciendo que era la misma que habia él deseado establecer y que educaria el corazon de su hijo para el nuevo órden de cosas. Mas vuelto á su palacio dejóse caer en una silla y dijo á su esposa no menos desconsolada:

«Todo se ha perdido: ¡ah, señora! ¡y habeis sido testigo de tanta humillacion! ¡y para esto habeis venido á Francia!».

Y sin embargo fué el 4 de Febrero de 1790 un gran dia para la nacion en que el rey y cada uno de los diputados de la Asamblea, la Guardia nacional, la Municipalidad, los funcionarios públicos, las Academias y escuelas juraron la Constitucion, y se dió la solemnidad de jurarla el pueblo en las plazas públicas. Debia ser este el término natural de la revolucion, no existiendo todavía el partido republicano, si la levadura de las nuevas ideas hubiese producido aquella fermentacion tranquila que desahoga suavemente en la masa de un pais las aspiraciones naturales de cada uno de sus habitantes al goce de sus derechos. Mas los trastornos de Dijon y de Antun, de San Estéban, de Bastia, de Issondun, de Macon, de las parroquias de Cluny y de muchos otros puntos, causados por la

persistencia de los antiguos señores en el uso de sus derechos feudales, ó por el desenfreno de la demagogia ó por los furores de una teocracia que excitaba los fanáticos á la resistencia, indicaban que en las provincias, como sucedia tambien en la capital, el desequilibrio entre los antiguos intereses y los modernos continuaria por mucho tiempo. Porque las fuerzas morales y sociales, lo mismo que las materiales una vez puestas en lucha se destruyen mútuamente cuando no se logra desviarlas y dirigirlas á un mismo fin.

Ni la Asamblea, ni la córte; ni Vergniaud, ni Robespierre; ni Lafayette, ni Marat; ni Bailly, ni Danton; ni Condorcet, ni los Girondinos y los Jacobinos, ni la Comuna, ni el Terror, nadie tuvo ni acierto ni fuerza para encauzar la revolucion.

El mismo Mirabeau, el hombre que dominaba la Asamblea, y que era adorado por el pueblo, quien siempre se prosterna ante los fuertes, que se habia jactado de hacer á su antojo de Francia una monarquía ó una república, Mirabeau, decimos, el atleta de la revolucion, aconsejó á Luis XVI que huyese á Lion, y desde allí obrase como mediador, dando una nueva Constitucion. Porque segun decia:

«La Constitucion de 1789 es demasiado democrática para una monarquía, y para una república está de sobra el rey.»

Mirabeau, apesar de haberse vendido á la familia real, no renunció á sus planes políticos, ni á ninguna de sus ideas. No se vendiera sin duda, si el monarca hubiera podido escoger sus ministros entre los diputados de la representacion nacional; mas la ley lo prohibia, y no pudiendo ser ministro legal Mirabeau, lo fué de una manera clandestina.

Como se ha averiguado por sus notas y memorias y cartas y proyectos dirigidos al rey en aquellas difíciles circunstancias, al proponerle la fuga á Lion, le aconsejaba que en la nueva Constitucion se consignasen y legalizasen los grandes principios de la revolucion, y le ofrecia el apoyo de una gran parte de la Asamblea, de los oradores de los clubs y de las autoridades administrativas de treinta y seis departamentos. Vacilaba el rey en aceptar el plan, apesar de presentir su negro porvenir, en vista de la lucha tumultuosa de tan encontrados intereses; temia que, arrastrado por los emigrados, encendiera una guerra civil sangrienta, y para su tormento se le representaba en estos casos el fin aciago de Cárlos I de Inglaterra. Decidióse por seguir los consejos del tribuno, cuando la enfermedad vino á segar sus dias, perdiendo la Francia el domador de las facciones, y Luis XVI el único hombre que podia salvarle.

El talento de Mirabeau era pronto y flexible: hablaba de todo con portentosa facilidad: sin embargo su elocuencia no era para leida sino para oida. Quien no haya visto á Mirabeau en estado de ira, decian entonces, no ha visto á Mirabeau; debe oírsele entre el bullicio de las tribunas, entre los silbidos y ahullidos de muerte, la cabeza erguida, insultando con su feroz mirada á la Asamblea, cerrado el puño, erizada la melena, lanzar un alud de palabras sarcásticas, sublimes, y sufocar y anonadar á sus contrarios.

Mirabeau falleció el 2 de Abril de 1791, cuando solo contaba cuarenta y dos años. En este dia, al despuntar de la aurora, dijo á Cabanis que era su médico y amigo:

«Amigo mio, hoy moriré. Llegando á este punto no hay mas que hacer que perfumarse, coronarse de flores y rodearse de música para conciliar aquel sueño que conduce á la eternidad.»

El rey y la reina lloraron la muerte de Mirabeau, como la pérdida de su última áncora de salvacion; mas continuaron siguiendo el plan de evasion, sustituyendo Lion por una plaza fuerte fronteriza en que estaba Bouillé con su ejército. Intentóse primero, en 18 de Abrll, ir á Saint-Cloud con el pretexto de pasar allí la Semana Santa; mas el pueblo detuvo su coche, y apesar de haber porfiado dos horas para pasar adelante, y de haber intervenido Lafayette para que se dejase libre paso al rey, tuvo que regresar éste á las Tullerías.

Luego en 21 de Julio salió la familia real disfrazada, á las doce de la noche por el camino de Chalons dirigiéndose á Montmedy, donde Bouillé tenia su ejército. Iba en dos coches repartida la familla, y se habian dispuesto tiros de caballos en varios puntos, y pelotones de caballería, para proteger la fuga en el caso de que saliera algun impedimento. Al llegar á Santa Menehould fueron conocidos los reyes por el maestro de postas, y en Varennes detenidos y conducidos á París, llevando tras sí una escolta de mas de cien mil guardias nacionales.

El rey al partir habia dejado un Manifiesto para ser entregado á la Asamblea, cuya substancia es la siguiente:

«El Rey, viendo coartada su libertad desde el 6 de Octubre de 1789, y habiendo anticipadamente protestado contra todos los actos de él emanados durante su cautividad, se cree ahora en el deber de presentar á los ojos de Francia el cuadro de su conducta.

»Cediendo á los deseos del ejército de Parisienses y Versalleses, el Rey

con su familia se estableció en las Tullerías... cuya guardia se confió á la Milicia nacional, dependiente de la Municipalidad de París... El Rey se ha visto así prisionero en sus propios Estados... La Asamblea ha puesto al Rey fuera de la Constitucion, negándole el derecho de sancionar los decretos constitucionales...

»*Las Sociedades de Amigos de la Constitucion* (los Jacobinos) son mas fuertes que la monarquía y anulan toda otra accion... ejercen un poder tan preponderante que todas las Corporaciones, inclusa la Asamblea, reciben sus órdenes... El Rey no cree posible conservar tal gobierno...

«Franceses, y vosotros á quienes el Rey se complacia en llamaros habitantes de la buena ciudad de París, desconfiad de las sugestiones de los facciosos; volved á vuestro Rey. Él será siempre vuestro amigo, cuando vuestra santa religion será respetada, cuando el gobierno tenga estabilidad y la libertad esté establecida sobre bases firmes. París á 20 de Junio de 1791. Luis.»

Antes de la llegada á París de la fugitiva familia real, la Asamblea habia dado un decreto disponiendo que el rey, el delfin y la reina cada uno tendria una guardia especial en las Tullerías; que las personas que los hubiesen acompañado serian arrestadas é interrogadas; que el rey y la reina serian oidos en sus declaraciones; que los decretos de la Asamblea se publicarian sin necesidad de la sancion y aceptacion real, y que los ministros estaban provisionalmente autorizados para ejercer, bajo su responsabilidad, las funciones del poder ejecutivo.

Mas estas medidas cambiaban la naturaleza del gobierno, puesto que estaban fuera de la Constitucion, la cual declara al rey inviolable, y la violacion era flagrante teniéndolo prisionero. El rey, pues, quedaba suspendido. Y ¿por qué delito? ¿Por su viaje? No puede ser esta la razon, ya que por la Constitucion tenia derecho á viajar no solo por el interior del reino sino tambien por el exterior.

La declaracion del rey, acerca de su huida, fué la siguiente:

«Los motivos de mi partida son los ultrajes y amenazas que á mí y á mi familia me fueron hechas el 18 de Abril; desde entonces, por medio de *muchos escritos* se ha intentado provocar violencias contra mi persona y mi familia, y tales provocaciones han quedado impunes, lo que me ha dado la conviccion de no haber seguridad para mí continuando mi residencia en París; y, *decentemente*, yo no podia permanecer en esta ciudad.

»Acerca de estos puntos no he estado de concierto ni con las potencias

extranjeras, ni con mis parientes, ni con los franceses que han salido del reino.

»Al escoger á Montmedy por sitio de mi residencia fué por ofrecerme este punto la ventaja de poder oponerme á una invasion. Además desde allí podia demostrar al mundo que yo era libre. No abrigaba intencion alguna de salir del reino, y si partí de noche y sin acompañamiento, es por haberme demostrado la experiencia los inconvenientes que habia en practicarlo á la luz del sol y cual conviene á mi dignidad.

»Me ha demostrado este viaje que la opinion pública está en favor de la Constitucion, lo cual no podia saberlo permaneciendo en París, y he visto tambien cuánto interesa al mantenimiento de la Constitucion y al afianzamiento del órden público dar fuerza á los poderes establecidos.

»Sabiendo ahora cuál es la voluntad general, estoy dispuesto á sacrificarme por ella, porque siempre he pospuesto mi bien personal á la dicha del pueblo, en cuyo beneficio olvidaré los disgustos que he pasado.»

El 13 de Julio fué sometido á la Asamblea el informe de las siete comisiones que habian entendido en el proceso instruido con motivo del viaje del rey hácia Montmedy, y despues de acaloradas discusiones en que el prestigio del rey y de la monarquía quedaron mal parados se cerró el debate el 15, bajo estas palabras de Barnave:

«Todo el mundo debe sentir que en este dia el interés comun exige que la revolucion se detenga: los que por su causa han perdido, deben convenir en la imposibilidad de retrogradar; los que la hicieron, deben reconocer que el bien de la patria exige que no dé un paso mas adelante; los mismos reyes deben ver que su interés está en acatarla. Mas sea cual fuere la conducta de los reyes, nosotros debemos ser prudentes. Que en todo caso la agresion venga de ellos; y si por este motivo tienen que sufrir dolorosas consecuencias, que nadie en el mundo pueda reconvenirnos por ello; seamos moderados y prudentes.»

El informe de las siete comisiones reunidas declarando que el viaje del rey no constituia un delito y que su persona era inviolable, fué aprobado por la Asamblea.

La idea republicana latente hasta la huida del rey cobró fuerza por esta circunstancia hasta exhibirse de una manera clara. En la Asamblea se habia dicho á este propósito:

«Nuestro grande obstáculo se ha ido.»

«Si el rey nos ha dejado nos queda la nacion.»

El profundo sabio marqués de Condorcet se declaró entonces republicano.

El club de los Jacobinos redactó una peticion dirigida á la Asamblea, cuyos considerandos hacian referencia á que Luis XVI, despues de haber aceptado las funciones reales y jurado defender la Constitucion, desertó del puesto que se le habia confiado, á que protestó por medio de una declaracion escrita y firmada por su mano contra esta misma Constitucion, y á que intentó, con su huida y por sus órdenes, paralizar el poder ejecutivo; en virtud de lo cual se demandaba que la Asamblea nacional recibiera la abdicacion que Luis XVI implícitamente habia hecho el 20 de Junio, y se procediera á su reemplazo por todos los medios constitucionales. Y declaraba además, que no reconocia á Luis XVI por rey de Francia, á no ser que la mayoría de la Nacion emitiera un voto contrario.

Esta peticion fué llevada al Campo de Marte, donde aun se levantaba el altar de la Patria, en que se habia celebrado la federacion de todas las provincias de Francia, y sobre este mismo altar se intentaba que los ciudadanos de París firmasen la peticion, el domingo 17 de Julio. ¿Cómo habia de consentir la Asamblea en la muerte de su propia autoridad, cuando la del monarca andaba ya por los suelos, sobre todo no existiendo todavía un partido político bastante fuerte para aceptar el legado de la Asamblea?

Cuatro eran los partidos políticos ó agrupaciones que se distinguian en la Representacion nacional: 1.° el de los realistas ó de la derecha, que seguian queriendo el rey sin Constitucion; 2.° un pequeño grupo de republicanos en que estaba Petion, y todavía no Robespierre; 3.° los realistas constitucionales en que figuraban Lafayette, Bailly, Sieyes, Barnave, Talleyrand; y 4.° los constitucionales demócratas, entre ellos Robespierre y Danton.

En realidad hubiera sido comprometer la Revolucion, desautorizar en aquellos momentos la Asamblea, y comprendiéndolo así los jacobinos retiraron su peticion. Mas el empuje estaba dado, y los Franciscanos la recogieron adoptándola. Luego tambien estos la retiraron, y sus jefes Danton, Camilo Desmolins, Freron y Legendre se ausentaron de París; y sin embargo la peticion, el domingo 17 de Julio, fué llevada al Campo de Marte, y sobre el altar de la Patria empezó á firmarse.

La Asamblea dió órdenes á Lafayette, comandante general de la Milicia nacional, y á Bailly, alcalde de París, para que dispersasen la manifestacion del Campo de Marte.

El Consejo municipal, en la mañana del mismo dia, mandó fijar por las calles de París una alocucion, en cumplimiento de las órdenes de la Asamblea, alocucion que los oficiales municipales, al son de trompetas, leyeron además en las plazas públicas. Alrededor de las Casas Consistoriales, Lafayette tomaba disposiciones militares que indicaban la proximidad de algun conflicto.

Luego, al abrirse la sesion de la Asamblea, se le comunicó que los reunidos en el Campo de Marte, habian matado á dos buenos ciudadanos, cuyas cabezas puestas sobre picas, habian sido paseadas por la ciudad, sin que hubiesen cometido mas delito que recordar á los reunidos que debian obedecerse las leyes. Bajo esta impresion, el presidente de la Asamblea remitió nuevas órdenes muy severas que debia ejecutar Bailly.

El cuerpo municipal así que tuvo conocimiento de estos asesinatos, dió plenos poderes á tres de sus miembros para restablecer el órden, dándoles al efecto fuerzas suficientes para hacerse respetar.

El Ayuntamiento, acto contínuo, hizo publicar la ley marcial, y suspendió la bandera roja desde el balcon principal de su palacio. A las seis de la tarde salió Bailly y la Municipalidad de las Casas Consistoriales, acompañados de un numeroso destacamento de Milicia nacional, tres piezas de artillería, llevando la bandera roja al frente de esta fuerza. A las siete y media llegaron al Campo de la federacion (Campo de Marte), y fueron recibidos á los gritos de

«¡ Abajo la bandera roja! ¡abajo las bayonetas!»

Luego les arrojaron piedras y dispararon un arma de fuego.

La Milicia nacional entonces tiró al aire para espantar á los agresores segun lo exige la ley marcial; pero se repitieron los gritos y volvieron á las pedradas, y entonces sin mandato de Bailly, expontáneamente, la Milicia hizo fuego sobre la muchedumbre; y las víctimas, segun unos, fueron veinticuatro, y segun otros dos mil, no ha podido saberse de una manera auténtica, pues que los autores que hablan de este triste acontecimiento lo narran conforme á las miras particulares de su partido. [1] La Municipalidad afirmó, que los muertos eran doce, y otros tantos heridos.

[1] Bailly, hombre incorruptible, sincero, incapaz de mentir, dió esta relacion de los sucesos delante del tribunal revolucionario, y Aragó que ha tenido empeño en averiguarlos, los refiere de la misma manera; sin embargo, esta narracion difiere de la de otros autores. Nosotros opinamos que Bailly y la Municipalidad, creian de buena fé que se las habian con facciosos y asesinos. Por estos sucesos subió Bailly al cadalso en 12 de Noviembre de 1793.

Como sucede siempre en acontecimientos de esta clase, la responsabilidad de la sangre derramada se exige de aquel que recoge los beneficios, y las *matanzas del Campo de Marte* fueron atribuidas al concierto de los partidos realistas, y preparados por ellos en desagravio del rey y de la monarquía.

A consecuencia de estos sucesos hábilmente explotados por el grupo republicano, nació aquel partido incalificable, que despues de haber llevado al cadalso á la familia real, debia anegar la Francia en sangre y destruirse á sí propio.

Estos sucesos, exagerados por uno y otro bando, desarrollaron los instintos vengativos, y pusieron en crédito á Marat, que pidió trescientas mil cabezas para la salud de Francia.

En la primera entrevista que tuvieron Marat y Robespierre, suponiendo éste que la continuada demanda de sangre en el periódico el *Amigo del Pueblo,* era una exageracion necesaria, y manifestándolo al sanguinario publicista,

« No, no, contestó Marat, sale de mi corazon. Si despues de la *matanza del Campo de Marte,* hubiese dispuesto de dos mil hombres de sentimientos parecidos á los que desgarran mi corazon, á puñaladas hubiera matado á Lafayette en medio de su ejército de bandidos, quemado al déspota en su palacio, y empalado en sus propias sillas á nuestros salvajes diputados. »

Robespierre palideció, y Marat se burló de él, porque carecia de miras y de la audacia de un hombre de Estado.

Poco tiempo despues de dichos sucesos, Luis XVI fué nuevamente investido del poder ejecutivo, y la Asamblea Constituyente otorgó una amnistía, y convocó las comisiones para la eleccion de la Legislativa que comenzó sus sesiones en 1.° de Octubre de 1791.

La amnistía no trajo á los emigrados nobles á París, con gran sentimiento de Luis XVI, que esperaba su regreso para dar nueva vida al partido realista. Continuando en sus buenos deseos de evitar la guerra que traeria á Francia los ejércitos extranjeros, dirigió en 14 de Octubre de 1791, una proclama á los refugiados en Coblenza, manifestándoles haberse adherido libre y sinceramente á la Constitucion, é invitándoles á regresar á la patria. Los príncipes le contestaron :

« Si se nos habla de parte de esa gente (los liberales) nada escucharemos; si sois vos quien nos dirige la palabra, la oiremos con gusto, pero

seguiremos nuestro camino; sin embargo, tanto si sois instigado como libre, hablad sin reparo.»

La Asamblea, conociendo mejor que el rey donde le dolia á la nobleza, daba disposiciones preparándose para la guerra.

Resistióse Luis XVI en sancionar un decreto por el cual se confiscaban los bienes de los emigrados que el dia 1.° de Enero próximo no se encontrasen reunidos en la frontera; tambien opuso el veto al decreto de 29 de Noviembre que privaba de la pension concedida al clero injuramentado por la indemnizacion de sus bienes, diciendo á este propósito:

« Antes me quitarán la vida que sancionar semejante ley. »

Mas la Asamblea dió cumplimiento á sus dos decretos, y declaró con respecto á las naciones extranjeras, que

« Donde quiera que se toleren preparativos de guerra contra Francia, esta no verá allí mas que enemigos; cumplirá su juramento de no hacer conquistas, pero llevará á aquellos países, con las armas, la libertad. »

Las naciones coaligadas, contestaron:

« Que era legítima la liga de los soberanos por la seguridad y honra de sus coronas. »

En este estado de cosas, entraron los Girondinos á formar ministerio, cuya alma é inspiracion fué la mujer del ministro de la Gobernacion, del íntegro Roland, y se declaró la guerra en 20 de Abril de 1792.

Las tropas francesas fueron batidas en Tournay y Mons, y Marat, desde el fondo de su cueva (pues andaba escondido) lanzó este grito feroz en su *Amigo del Pueblo:*

« Lo primero que ha de hacer el ejército, es dar muerte á los generales. »

El temor de la traicion se amparó de las poblaciones; los periódicos denunciaban todas las acciones de la córte que podian dar lugar á interpretaciones; los curas injuramentados fueron objeto de denuncias; Petion, alcalde de París, organizó cuadrillas armadas de picas, y dióles su gorro de lana rojo como distintivo, que pasó luego á ser la enseña de la libertad; estos nuevos bárbaros, denomináronse á sí propios *descamisados*, [1] sarcasmo que los realistas habian arrojado á la cara de los liberales exaltados.

La nueva Asamblea, participando de la alarma general, decretó: 1.° que los directorios departamentales podian deportar á los clérigos injuramen-

[1] *Sans culotte*, sin calzones.

tados; 2.° que la Guardia constitucional del rey fuese licenciada, y su comandante procesado; 3.° que se formase para el 14 de Julio un campamento en París, que debia albergar los revolucionarios mas exaltados de Francia, y defender la capital de una invasion extranjera.

« Un ejército de veinte mil bandidos, dijo la reina, destinado á gobernar á París.»

Negóse el rey á sancionarlos, y tres de los ministros, queriendo saber en definitiva á qué atenerse, dirigieron una carta al rey, redactada por Roland, entre cuyas frases bastante duras, habia las siguientes:

« Debe saber ya vuestra Majestad, que la confianza en estas circunstancias no se inspira por protestas sino por hechos; la revolucion ha penetrado en todas las almas, y terminará tal vez de una manera sangrienta, si la prudencia no evita los males que aun es posible alejar de nosotros. Si vuestra Majestad sigue vacilando, creerá el pueblo que su rey es amigo y cómplice de los conspiradores. »

El rey destituyó á Roland, Claviere y Servan, este último ministro de la guerra, y conservó al de Estado que lo era el general Dumouriez, con quien rompió luego.

El 20 de Junio, veinte ó treinta mil hombres del pueblo, exasperados por este acto de energía del monarca, se dirigieron á la Asamblea, en procesion tumultuaria, armados de fusiles, picas y palos, llevando á guisa de estandartes calzones hechos girones, precedidos por una muchedumbre de mujeres con ramos de álamo, y cerrando la marcha algunos batallones de Milicia nacional. El orador de esa desarrapada congregacion, dirigió á la Asamblea las siguientes palabras:

« El pueblo está alerta, y pronto á emplear grandes medios para vengar su propia Majestad ultrajada... Investigad la causa que inmoviliza nuestro ejército, y si dimana del Poder ejecutivo, aniquiladle.»

Y dando vivas á la Nacion y á los descamisados, mueras á los clérigos y aristócratas, y gritando: ¡abajo el veto! emprendió la marcha hácia las Tullerías, donde estaban veinticuatro batallones de Milicia nacional, que evitaron el choque, permitiéndola sin embargo penetrar hasta la habitacion del rey, que en aquellos momentos conferenciaba con sus nuevos ministros.

— « Queremos ver al rey,» gritaban los que á hachâzos procuraban derribar la puerta.

Mandóla abrir Luis XVI, y dijo:

— ¡ Héme aquí !

— ¡ Abajo el veto ! gritaban los furiosos , acorralando al rey al hueco de una ventana.

Algunos nacionales y los ministros protegian al monarca , y la junta directiva de aquella manifestacion , pidióle oyera una peticion cuya lectura debia hacer Legendre , el cual le dijo :

« ¡ Señor... sí, señor ! escuchadnos ; vuestro deber es escucharnos... Sois un pérfido , siempre nos habeis engañado y tambien ahora nos engañais; ya no podemos resistirlo ; el pueblo está cansado de ser vuestro juguete.»

Disponiéndose Legendre á leer la peticion , Luis XVI para oirla mejor subió sobre una mesa. Concluida la lectura , Legendre le mandó que sancionara el decreto contra los clérigos , el referente al campamento de los veinte mil hombres, y que volviera á llamar al ministerio Roland.

— No es este el momento ni la ocasion , contestó el rey.

Este rasgo de firmeza fué aplaudido por los mismos amotinados que gritaron :

— ¡ Viva la Nacion !

— Sí , viva la Nacion , repuso el rey. Yo soy su mejor amigo.

— Probadlo , replicó un hombre del pueblo , presentándole en la punta de una pica un gorro encarnado.

Tomólo el rey , y se lo puso en la cabeza , con aplauso de la muchedumbre.

María Antonieta que estaba oculta detrás de unos granaderos , ansiosa de la suerte de su marido , teniendo de la mano á su hija que lloraba , y junto á ella á su hijo que estaba jugando , tomó tambien ella otro gorro encarnado y lo puso á su hijo.

En esto llegó Petion , y dijo á voz en grito :

« Ciudadanos , acabais de exponer vuestros deseos al representante del poder hereditario de Francia ; habeis cumplido vuestro deber. El rey, despues de haberlo meditado , verá lo que debe hacer. »

La firmeza del rey en esta ocasion le conquistó muchas simpatías , y dió ardimiento á los realistas para quejarse y acusar , y flojedad á los republicanos para defenderse.

Al dia siguiente se presentó al Rey el Alcalde de París , Petion , quien habia promovido la manifestacion tumultuosa de la víspera, y manifestó al rey que la ciudad estaba tranquila.

— Esto no es verdad , le contestó Luis XVI irritado contra el agitador.

— Señor...

— Callaos.

— El magistrado del pueblo no debe callar, cuando cumple su deber diciendo la verdad.

— Con vuestra cabeza me respondeis de la tranquilidad de París.

— Conozco mis deberes y sabré observarlos.

— Basta; id á cumplirlos.

Luego apareció un manifiesto del rey á los franceses en el que decia, que *jamás arrancaria nadie de él* el consentimiento sobre negocios contrarios al interés público. Petion fue suspendido en sus funciones de alcalde, y París manifestó al rey cuánto sentia la profanacion de su Majestad, por los amotinados del dia 20 de Junio, poniendo en sus manos una exposicion que contenia veinte mil firmas; setenta y seis directores de departamento hicieron otro tanto, impulsados por el partido constitucional en masa.

Entretanto ochenta mil hombres mandados por el duque de Brunsvich, se reunian en Coblenza dispuestos á invadir la Francia. El 11 de Julio declaró la Asamblea que la *Patria estaba en peligro*, y decretó el enganche voluntario de cincuenta mil hombres; estos decretos avivaron los sentimientos revolucionarios; las sospechas de la connivencia del rey con los emigrados y con la liga de los reyes tomaron cuerpo, porque, como dijo Vergniaud en la tribuna:

« Si el Austria y la Prusia ponen en movimiento sus ejércitos, es en nombre del rey, para vengar la dignidad del rey, para defender al rey, y para acudir en auxilio del rey.»

Luego recibió la Asamblea varias peticiones para que se depusiese del trono á Luis XVI, fundándose en que:

« El rey no podia estar al frente de una nacion, cuyos enemigos le hacian la guerra en nombre del mismo rey. »

Cobró fuerza este concepto, y apesar de los obstáculos y resistencia del gobierno y de la mayoría de la Asamblea, los jacobinos organizaron un gran motin. Las cuarenta y ocho secciones en que se dividia París, nombraron una *Comuna insurreccional*, y Danton que se habia vendido á la córte, la hizo traicion y dió á las doce de la noche del dia 9 de Agosto la señal de insurreccion. Las campanas tocaron á rebato, los tambores la generala y el grito de *¡A las armas!* resonó por todos los ángulos de la ciudad.

Veinte mil hombres armados, por dos diferentes puntos se dirigieron á

las Tullerías: los gendarmes del Louvre se les reunieron, los artilleros descargaron sus piezas, diciendo que jamás las dispararian contra el pueblo; y los batallones de la Milicia nacional, desfilaron ante el rey, y se reunieron con los insurrectos.

En este estado Rœderer acercóse al rey y le dijo:

—Vuestra Majestad no puede disponer mas que de cinco segundos y debe emplearlos en trasladarse al palacio de la Asamblea, único sitio en que puede estar segura.

—Caballero, contestó la reina, disponemos de fuerzas suficientes todavía para probar de quién será la partida, si del rey apoyado en la Constitucion, ó de los facciosos.

Y luego dirigiéndose á su esposo y presentándole una pistola, repuso:

—Señor, esta es la ocasion de probar lo que valeis.

Sin embargo llegó en aquel momento una diputacion para acompañar al rey, quien desistió de la defensa, y se recogió al palacio de la representacion nacional.

Ignorando las fuerzas fieles al rey de su retirada á la Asamblea, defendieron el palacio de las Tullerías y la sangre corrió en abundancia. Al fin se dió el asalto, triunfaron los amotinados, y cuatro mil hombres entre muertos y heridos de una y otra parte quedaron tendidos alrededor del palacio y en los patios, jardines y habitaciones de la misma casa real.

Así sucumbió el poder monárquico en Francia y empezó el reinado del Terror.

La *Comuna* insurreccional eclipsó la Asamblea y mientras se reunia la Convencion nacional convocada por esta, la *Comuna* insurreccional, obrando como soberana, mandó trasladar á Luis XVI y á su familia á la Torre del Temple, donde fué custodiada rigurosamente por sus comisarios y la Milicia nacional. Entre tanto las cárceles se llenaban de presos políticos, de sospechosos de adhesion al trono, y cuando ya no cupieron mas presos en ellas, Danton y Marat, prevaliéndose del terror que causó en París la entrada de los prusianos en Verdun, propusieron la matanza de todos los presos políticos en las mismas cárceles antes de acudir á la defensa del territorio.

Díjose que del 2 al 4 de Setiembre se inmolaron en París de seis á doce mil personas de toda edad y sexo; mas verídicas averiguaciones han reducido la cifra á mil. La *Comuna* dió aviso á los Departamentos de lo ocurrido en la capital, recomendándoles que hicieran otro tanto, porque decia:

«Al marchar contra el enemigo, no debemos dejar á nuestra espalda asesinos que degüellen á nuestros hijos y mujeres.»

El ayuntamiento de París, dice César Cantú, no hablaba á sordos, y en todas partes la soberana plebe ciudadana cobraba en sangre la deuda de tantos siglos de esclavitud.

Entre tanto que por los asesinatos que consentia, la Francia se deshonraba al mismo tiempo que se engrandecia por sus victorias contra los enemigos de la República, Luis XVI seguia encerrado con su familia en la sombría Torre del antiguo palacio de los Templarios.

El rey estaba instalado en el segundo piso y la reina en el primero, pudiendo estar reunidos desde las diez de la mañana hasta la hora de acostarse. Solo tenian un criado, Clery, que, fiel á sus amos, se habia resignado á estar incomunicado con el mundo, como ellos, por adhesion á sus personas. Nada sabian del exterior mas que las matanzas y ejecuciones de realistas, y las victorias de los ejércitos republicanos. Eran objeto de una vigilancia muchas veces ignominiosa; y apesar de todo esto y de los motivos de zozobra que con frecuencia les daban los carceleros, Luis XVI mostró en general una calma y resignacion que mas de una vez enternecieron á sus verdugos. Consagrábanse los dos esposos á la educacion de sus hijos, con un celo y cariño tan extraordinarios, que daban bien á entender que presentian su suerte.

Entretanto, en la Convencion nacional se instruyó el proceso de Luis XVI, apesar de ser inviolable por la Constitucion; concediéronsele tres defensores: su antiguo ministro Malesherbes, Tronchet y el abogado Deseze. El primero lo habia solicitado en estos términos:

«Llamado dos veces á los consejos del que fué mi señor en tiempo en que aquel cargo excitaba la ambicion de todos, le debo hoy el mismo servicio.»

«Vuestro sacrificio es tanto más generoso, le dijo el rey, en cuanto exponeis la vida sin que podais salvar la mia.»

Cuando leyó Malesherbes á Luis la defensa, este borró de su arenga la parte patética diciendo:

«Me basta demostrar mi inocencia; no quiero conmoverlos.»

Apesar de todo, como los jueces y acusadores del rey eran hombres, se conmovieron; aunque sus labios pronunciaron *sí*, su corazon perdonaba al desgraciado Luis Capeto.

¿No fué un lazo como demostró Deseze, la prometida inviolabilidad

del rey? ¿No merecia Luis la mismas consideraciones que cualquier otro ciudadano?

«Lejos de eso, continuó, busco jueces y no encuentro mas que acusadores. A la edad de veinte años Luis subió al trono, y á los veinte años en el trono dió el ejemplo de moralidad; no manifestó debilidades culpables, ni pasiones corruptoras; fué económico, justo, severo, y constante amigo del pueblo. El pueblo deseaba la supresion de un impuesto gravoso, y él lo suprimió; el pueblo pedia la supresion de la servidumbre, y él comenzó á abolirla en sus propias posesiones; el pueblo solicitaba que en la legislacion criminal se suavizase la suerte del acusado, y él lo hizo; el pueblo queria que millares de franceses, privados hasta entonces por el rigor de nuestros usos, de los derechos de ciudadanos, los adquiriesen ó recobrasen, y él se los devolvió por medio de la ley; el pueblo deseó la libertad y él se la dió, y aun previno en esta parte con sus sacrificios los deseos populares. Sin embargo, en nombre de ese pueblo mismo hoy se pide... Ciudadanos, no terminaré la frase; me detengo ante la historia: pensad que la historia juzgará vuestro fallo, y el suyo será el de los siglos.»

Poco le importaba á la Montaña de la Convencion que Luis fuese inocente ó culpable, querian su muerte como medida de salvacion pública: y como dijo Danton:

«Puesto que las naciones nos amenazan, echémosles como guante de desafío una cabeza de rey.»

La votacion de la pena debia ser nominal, era facultativo á cada diputado motivarla por escrito, y empezó el 16 de Enero de 1793, á las siete de la tarde.

Merlin de Thionville, desde Maguncia, remitió su voto en estos términos:

«Estamos rodeados de muertos y heridos... En nombre de Luis Capeto los tiranos degüellan á nuestros hermanos, y ¿Luis todavía vive?»

Una Diputacion de diez y ocho secciones fué á pedir la condenacion á muerte, acompañando á la Convencion una multitud de heridos del 10 de Agosto y de viudas y huérfanos de las víctimas de aquellos sucesos.

Cada diputado para dar su voto subia á la tribuna, y segun era contrario ó favorable á Luis, el pueblo de las tribunas aplaudia ó murmuraba: y por cierto que no era el pueblo que quiere trabajo, libertad y buen gobierno, sino las fieras del 2 de Setiembre que habian asesinado los presos en las cárceles, y que ahora cuando algun diputado hablaba de humanidad gritaban:

« O su cabeza ó la tuya. »

Por lo cual Lanjuinais, dijo recriminándolos:

« Aquí se vota bajo el puñal y el cañon de los facciosos. »

La votacion duró veinticuatro horas consecutivas, hasta dadas las siete de la tarde del dia 17 de Enero. Iba á cerrarse el escrutinio, cuando llegó Duchatel, débil, enfermo, y que habia dejado la cama para ir á la Convencion á dar su voto, que se creyó seria decisivo. La ansiedad fué grande: subió á la tribuna, y apesar de que la Montaña protestó por estar ya cerrado el escrutinio, la Convencion le mantuvo en su derecho. Duchatel votó por el destierro.

Creyóse que Luis estaba salvado; mas Vergniaud, que presidia, dijo:

« Ciudadanos, voy á proclamar el resultado del escrutinio, y espero que guardareis el mas profundo silencio; porque cuando la justicia ha hablado, á su vez debe hacerse oir la humanidad. He aquí el resultado de la votacion.

« El número de votantes es de.	721
« La mayoría..	361
« Porque hay veintiocho diputados entre ausentes, enfermos y que no han querido votar.	
« Han votado por la detencion ó destierro. . .	289
« Por presidio.	2
« Por la muerte con próroga hasta la paz. . .	46
« Por la muerte, con exámen de la cuestion de próroga, sin que implique ser una condicion.	26
« Por la muerte pura y simple.	361
	721

« Por lo tanto Luis Capeto es condenado á muerte.

Propúsose entonces la cuestion de próroga, que se discutió durante los dias 18 y 19, y á las tres de la madrugada del 20 decidieron 380 votos contra 310 la ejecucion de la sentencia dentro veinticuatro horas.

Comunicóse á Luis á las dos de la tarde del mismo dia el fallo de la Convencion, la oyó con calma, y pidió un plazo de tres dias para reconciliarse con Dios, plazo que le fué negado, pero se le aseguró que *la nacion siempre grande y justa cuidaria de la suerte de su familia.* ¡ Qué sarcasmo!

Echando de ménos en la comida el cuchillo, se indignó de este acto de desconfianza, y dijo Luis Capeto:

«¿Me creen bastante cobarde para suicidarme?»

Doliéndose de no tener nada que dar á sus abogados, y habiéndole dicho Malesherbes [1] que aun podia darles una muestra de afecto, Luis los estrechó en sus brazos.

El acto de despedirse el rey de su familia fué dolorosísimo; mas nadie lo presenció, ni Clery tampoco, quien solo oyó los sollozos.

Arrancado de los brazos de su mujer, de sus hijos, y de su hermana exclamó:

«A lo menos á Cárlos I le dejaron que sus amigos le acompañasen hasta al patíbulo.»

Era el 21 de Enero de 1793.

Fuéle concedido á Luis un sacerdote injuramentado, que le acompañó hasta el último momento. Cuando descendió del coche, dijo con tono majestuoso á los verdugos:

«Os recomiendo á este señor (al sacerdote injuramentado). Cuidad que despues de mi muerte no reciba insulto alguno: os encargo que así sea.»

Habiendo querido los verdugos quitarle los vestidos, los rechazó con altivez, y se quitó por sí solo las ropas exteriores. Quisieron luego atarle las manos, mas él se negó á ello; pero habiendo insistido los verdugos consintió en ello.

Como las gradas del patíbulo estaban empinadas y él tenia las manos atadas detrás, tuvo que apoyarse en el sacerdote, y aun éste llegó á temer que su ánimo decaia; pero al llegar á la última grada se le escapó de las manos, atravesó con firmeza toda la anchura del cadalso, y dirigiendo una mirada serena sobre los veinte mil hombres que ocupaban la plaza de Luis XV, pronunció con una voz que debió oirse hasta el Pont Tournant, estas memorables palabras:

«Franceses, muero inocente, perdono á mis enemigos, y deseo que la sangre que vais á derramar no caiga sobre Francia...»

Santerre le interrumpió, mandando tocar un redoble á los tambores, y en breve ciertos hombres asquerosos fueron á empapar sus lanzas, espadas, y pañuelos en aquella sangre que perteneció á Luis XVI.

¡Ay! los lobos de la revolucion lamiendo la sangre real, daban testimonio de su impotencia para fundar instituciones democráticas!

[1] Este íntegro y sabio hombre de Estado, subió al cadalso en 22 de Abril de 1794.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE LUIS XVI.



MARIA ANTONIETA

MARIA ANTONIETA.

[illegible]

[illegible] existencia [illegible]

[illegible] interés para defenderla en todos los actos, ni [illegible] que nos impida ser caballeros de su desgracia; pero somos sinceros [illegible] verter sucintamente lo que hemos encontrado en la historia [illegible] memorias de su tiempo que da carácter á su persona.

[illegible] era hija del emperador de Alemania Francisco I [illegible] aprendió desde [illegible] el francés, el inglés, [illegible]

[illegible] matrimonio con el [illegible] que ella, y [illegible] reinar en [illegible] instruccion [illegible] calidades morales, era débil y tímido, á la par que [illegible], careciendo de aquella gracia que aprecian las [illegible] y que es indispensable para dirigirlas y sostenerlas en el camino [illegible]

María Teresa, su madre, que habia heredado de su padre con la corona imperial los [illegible] de Bohemia y Hungría, demasiado ocupada en los negocios de Estado, descuidó la educacion de María Antonieta, quien

MARIA ANTONIETA.

(1755 Á 1793 DESPUES DE J. C.)

Vamos á trazar el retrato de una reina en diversos momentos de su existencia, hasta llegar la hora en que siendo una gran víctima se manifiestan sus elevadas calidades que hieren é interesan al corazon humano.

No tenemos ningun interés para defenderla en todos los actos, ni ninguna razon que nos impida ser caballeros de su desgracia; pero somos sinceros, y debemos verter sucintamente lo que hemos encontrado en la historia y en las memorias de su tiempo que da carácter á su persona.

Nació en Viena en 1755; era hija del emperador de Alemania Francisco I y de María Teresa; aprendió desde su infancia el francés, el inglés, el italiano y el latin, y cultivaba con éxito las bellas artes.

Llegó á Francia á la edad de quince años para contraer matrimonio con el Delfin, que contaba un año mas que ella, y empezaron á reinar en 1774. Es generalmente sabido que el jóven Luis XVI, apesar de su sólida instruccion y de sus excelentes calidades morales, era débil y tímido, á la par que brusco y rudo, careciendo de aquella gracia que aprecian las mujeres y que es indispensable para dirigirlas y sostenerlas en el camino peligroso de la juventud.

María Teresa, su madre, que habia heredado de su padre con la corona imperial los reinos de Bohemia y Hungría, demasiado ocupada en los negocios de Estado, descuidó la educacion de María Antonieta, quien

tampoco cultivó, por ningun género de lectura séria, su espíritu, que, si bien poco extenso, tenia una viveza extraordinaria y fácilmente se apropiaba las ideas de los demás. En una palabra, era artista por la delicadeza de sus facultades perceptivas; mas las reflexivas carecian de profundidad, y, por desgracia de nuestra heroina, fueron descuidadas en la educacion.

Amable, alegre é incesantemente burlona, era al mismo tiempo benévola, hasta el extremo de complacer y obligar á cuantas personas la rodeaban, y por efecto de la bondad de su corazon se sentia impelida á la amistad y al trato íntimo; circunstancia poco favorable para vivir en una córte.

Las escenas ceremoniosas de palacio la fastidiaban, y al salir de ellas deseaba hallar un círculo de buenos amigos, amables, risueños, fieles, en que olvidar que era reina, aunque siempre se acordaba de ello en lo íntimo de su alma; es decir, queria experimentar el placer de este olvido, para derramar sus gracias, como esas bellas reinas de las leyendas que tomaban un disfraz para distribuir el placer, la dicha y las riquezas por las aldeas y cabañas.

Sin inconveniente hubiera podido realizar su ideal permaneciendo en su pais como simple archiduquesa de Viena, ó en alguna córte parecida á la de Toscana ó Lorena; pero en Francia era expuesto desempeñar un papel que debian interpretar los necios y envidiosos.

Ya la fama de su ligereza, segun las hablillas de la gente baladí y chismosa de entonces, habia predispuesto la opinion en contra suya, desde su llegada á Francia. Sin embargo no se mezcló en asuntos serios, durante la vida de su suegro que estaba loco por ella, sino en las cosas propias de su edad, y tenia bastante qué hacer en el tocador; en los bailes, á cuyo placer se entregaba con el entusiasmo propio de la juventud; en las comedias de palacio, donde representaba su papel, y en las reuniones de las jóvenes de la nobleza de su misma edad. Su natural expansion, su carácter festivo y sus gracias, inspiraban simpatías en los círculos de la juventud aristocrática, si bien una repulsion decidida en los de las viejas duquesas de la antigua córte, quienes fruncian el ceño al ver quebrantadas las antiguas y respetables costumbres del palacio real.

Sentíalo mas que otra alguna la señora de Noailles, á quien apellidaba Madama *Etiqueta*. Habiendo la jóven princesa, en cierta ocasion, ido á paseo cabalgando sobre una borrica, y caídose á la mitad del prado, mandó recado á la señora Noailles para preguntarle qué prescribia la etiqueta para socorrer á una princesa, víctima de una travesura asnal.

Cuando la desgracia se cebó en su familia se inventaron una porcion de fábulas á que su fama de ligera dió colorido de verdad: como la de haber llamado á un sacerdote respetable para conversar con él mientras ella estaba completamente desnuda en el baño, y á quien retuvo hasta haber contextado á sus preguntas; tambien se la acusaba de haberse hecho retratar vestida tan ligeramente que ofendia el pudor: estas y otras especies, si pudo acogerlas ávidamente la pasion política, no han podido resistir al menor exámen crítico.

Retrájose bastante de la córte aun siendo reina; y hubo sin duda inconvenientes en encerrarse desde luego en el círculo de la condesa Julia de Polignac, en darla, con la calidad de amiga, el carácter de una favorita y á todos los hombres de este corrillo (los Vandreuil, Besenval, Adhemar) pretensiones y derechos de que abusaron enseguida cada uno segun su genio y ambicion. Apesar de que jamás María Antonieta vió toda la extension de estos inconvenientes, sin embargo sintió sus efectos; puesto que encontraba obsesion allí donde buscaba el descanso y desahogo necesarios á las fatigas de su rango supremo de reina; de manera que cuando en el mismo corrillo se atrevieron á hacerla notar que quizás concedia demasiada preferencia á los extranjeros de distincion que pasaban por Francia, lo cual podia dañarla en la opinion de los franceses, contextó con acento triste:

«Teneis razon; pero al menos estos nada me piden.»

Algunos de estos hombres admitidos en el círculo íntimo de la reina, y precisamente los que debian estar mas adheridos á ella por los lazos de la gratitud y del respeto, fueron los primeros en hablar de ella con ligereza, sin mas motivo que el no ser bastante condescendiente á sus miras. En cierta ocasion pareció alejarse del corro de la Polignac y fijarse en el salon de la señora de Ossun, su azafata (dama de tocador), y hubo uno de aquel corrillo, que no calificaremos de caballero, que compuso un epígrama contra la reina, epígrama malicioso, fundado en una infame mentira y que circuló por París.

Así fué de la córte y aun del círculo amistoso de la reina que salió la levadura de groserías é infamias que fermentó en París y en el reino. Ella, ignorante del tiro que recibió su fama, no sabia darse cuenta de cierta frialdad ceremoniosa con que la recibia Versalles, y del rudo respeto que hallaba en la córte de París.

Aun ahora, los que se complacen en hallar defectos en María Antonieta, buscan en las Memorias del baron de Besenval un testimonio que les abone.

A propósito del duelo entre el conde de Artois y el duque de Borbon, el señor de Besenval fué introducido por madama Campan en una cámara particular que él no conocia, simple, pero cómodamente amueblada. «Admiróme, continua como de paso, no que la reina hubiese deseado tantas facilidades, pero que se hubiese atrevido á adquirirlas.» Esta simple frase, echada como al acaso, está preñada de insinuaciones, y los enemigos de la reina la han aprovechado.

«En este punto, dice el señor de Sainte-Beuve, no afectaré una ignorancia que no conviene, y no temo abordar esta delicada cuestion. Hay personas preocupadas que quieren negar todo asomo de ligereza y, con mayor ahinco, de debilidad de corazon en María Antonieta (en el supuesto de que haya alguna en este período de su vida). Por lo que á mí concierne, me atrevo á creer que el interés que excita su memoria, que la compasion que inspira su desgracia y la manera digna y generosa con que la sufrió, la execracion que merecen sus jueces y verdugos, no están pendientes ni pueden ser menguados por alguna debilidad de mujer que en su vida acaso pudiera hallarse. Ahora bien, en el estado actual de nuestros conocimientos históricos acerca de María Antonieta, teniendo en cuenta la veracidad de los testigos, y recordando tambien cuánto hemos oido contar á contemporáneos bien informados, puede sospecharse que durante los quince años de su juventud haya podido dar alguna preferencia de corazon, puesto que era afectuosa y viva, impresionable, amiga de maneras elegantes y de formas caballerescas; lo contrario, en efecto seria de extrañar. Sin embargo muchos ambiciosos y fátuos lo pretendieron sin éxito; hubo muchas tentativas, muchos iniciadores: Lauzun explica á su manera su aventura; mas sea como quiera confiesa que sus designios salieron frustrados. Por aquel tiempo el príncipe de Signe iba con frecuencia á Francia; era uno de esos extranjeros amables y cortados á la francesa con los cuales se complacia particularmente la reina, y á éste le dispensaba el honor de acompañarla en sus paseos de por la mañana en palafren. «En estas correrías matutinales «(habla dicho príncipe), solo con la reina, aunque rodeada de su fastuoso «cortejo real, me contaba mil anécdotas interesantes, á ella referentes, y «los lazos que se le tendian para darle amantes. Ya era la casa de Noailles «que le proponia el vizconde, ya la cábala Choiseul que ofrecia Biron «(Lauzun), *que despues... pero tambien entonces fué virtuoso.* La duquesa de «Duras, cuando estaba de semana, tambien nos acompañaba en palafren; «pero la dejábamos con los escuderos, lo cual era una de las ligerezas

«acostumbradas de la reina y un gran crímen, puesto que no sé que «cometiese otro que estas indiscreciones y negligencias con respecto á las «personas enojosas que la acompañaban, las cuales son siempre implacables.» Hé aquí como se desmienten las suposiciones por las mismas ligerezas de la reina.»

«La pretendida galantería de la reina, dice el mismo príncipe de la Ligne, jamás fué otra cosa que un sentimiento de amistad, que se confundia al mismo tiempo con la coquetería general en las mujeres y especialmente en una reina que deseaba complacer á todo el mundo.»

Hallamos esta misma impresion en otros observadores que han escrito sobre aquellos sucesos, y que trataron de cerca á María Antonieta.

Díjose entonces que, en tiempos diferentes, distinguió al duque de Coigni, y luego á Fersen; el primero era ya de edad madura y sujeto tan prudente que aleja toda sospecha; el segundo era un coronel del regimiento Real-Sueco del ejército francés, de carácter elevado, caballeresco, y que en los dias desastrosos de la real familia, la probó su afecto por una adhesion y abnegacion absolutas.

Mas cuando es cuestion de asuntos tan íntimos y secretos, acerca de los cuales los menores incidentes se aceptan como pruebas de lo que se sospecha, y sin que tengan á veces el menor valor real, es bueno recordar la sensata observacion que una dama de la córte de Luis XIV hizo á su marido que discutia á fondo, y cortaba por lo sano acerca de la virtud de la señora de Maintenon:

«¿Cómo se las compone usted, amigo mio, para llegar á tales honduras?»

A la ligereza de muchos que han infamado la memoria de esa desdichada jóven, podríamos hacer la misma observacion, y en general á los maliciosos desgarradores de honras, á quienes nadie llama para que depongan sobre lo que no han visto.

Además tenia contra sí la jóven reina la prevencion, y luego el rencor de los grandes manifestado tan á las claras en el baile de nupcias, en que prefirieron cometer la grosería de salirse del salon, antes que ceder la mano á los príncipes de la casa de Austria. Si ella pudo olvidar el agravio, los señores, para excusar su poca galantería, descendieron por aquella pendiente tan resbaladiza en que cada falta llama otra nueva, hasta que la jóven, recordando que era reina, alejó de sí familias tan distinguidas como la de Noailles, la de Aguillon y la de casa Rohan.

Hé aquí como de ligeras faltas y de sucesos insignificantes nacieron grandes disgustos; así preparó un terreno la calumnia, en que la lealtad no pudo echar raíces, y en donde las traiciones políticas hallaron cebo desde el principio, y más tarde cuánto se necesitaba para que faltasen al trono precauciones y prudencia bastantes, sino á contrarestar, á disminuir los males que ahogaron en sangre aquella hermosa revolucion que declaraba á la clase media mayor de edad, y con cuya sabiduría, mas tarde y sin graves conmociones, se hubiera fundado una república sensata como las de Suiza y Estados-Unidos.

Fué muy celebrada la hermosura de María Antonieta, y sin embargo ninguna de sus facciones en particular era una belleza; los ojos aunque expresivos no eran bellos; su nariz parecia demasiado aguileña, y á propósito de ella decia un poeta de su tiempo que no estaba seguro que su nariz fuera la de su cara; expresando así que no hallaba en las partes la armonía del conjunto; porque en efecto, era defectuoso tambien su labio inferior por ser mas grueso de lo que correspondia á su graciosa boca, siendo por otra parte su talle demasiado lleno. Mas el conjunto era armónico y noble, y aun vestida con descuido, tenia cierto aire en que se traslucia la soberana.

« Ninguna mujer, ha dicho M. de Meilhan, tenia la cabeza tan bien sentada sobre un cuello que daba gracia y nobleza á todos sus movimientos. Su paso era á un mismo tiempo grave y ligero, y recordaba esta expresion de Virgilio:

»*Incessu patuit dea* (sus pasos revelaron la deidad).»

En efecto, su persona era la gracia unida á la dignidad que impone.

Su color era blanco, sonrosado, fresco, transparente, y sus brazos y manos de lo mas perfecto; su sonrisa encantadora; el timbre de su voz limpio y claro, y su palabra insinuante, inspirándose mas en el alma que en la imaginacion, revelaba su bondad y el deseo de complacer.

Entregábase libremente (y parecia estimar en mucho esta libertad) á los entretenimientos y juegos caseros, y á la inapreciable familiaridad doméstica. Llevaba en Trianon, junto á Versalles, la vida de pastora, ocupándose con delicia en ordeñar sus cabras y confeccionar todo género de quesos y requesones, y pasaba con la mayor facilidad de estos inocentes entretenimientos á mujer del gran mundo: en un segundo tomaba su aire de grandeza soberana.

Por mucho tiempo, esta graciosa mujer, llena de confianza en el pres-

tigio de la monarquía, y cuya majestad procuraba templar en cuanto cabia, y aun en mas de lo que le convenia, no se ocupó en los asuntos políticos de la córte, sino accidentalmente y aun impulsada por las personas que componian el círculo de su intimidad. Continuaba llevando su vida de hada y de ilusion, cuando los dichos picantes y chistes de mala ley, las sátiras malignas é infames libelos corrieron por París, imputándole una influencia secreta y contínua de que carecia y no ambicionaba.

El asunto del collar fué la primera señal de sus desgracias, y desgarró la venda que hasta entonces le cubriera los ojos. El cardenal de Rohan dejóse engañar por la mañosa é intrigante señora Lamotte Valois, quien halagando al buen prelado con la esperanza de que la casa de Rohan recobraria el favor que ya hemos dicho habia perdido con la reina, dióle á entender que de él deseaba valerse María Antonieta, para comprar secretamente un riquísimo aderezo de diamantes valorado en millon y medio. Consintió el cardenal, condujéronle de noche á un sotillo de Versalles, presentáronle á una señorita Oliva que se parecia mucho á la reina, y cual ella iba vestida en aquel dia. No hubo por parte del joyero inconveniente en entregar el cofre de diamantes al cardenal, mediante recibo de éste, y una vez en poder de la Lamotte, lo envió secretamente á su marido que residia en Lóndres. Mas cuando el joyero fué á cobrar, transcurrido el plazo de la venta, se descubrió el fraude, y la reina quiso que se persiguiera judicialmente al cardenal.

De este hecho arrancan las desgracias de María Antonieta; difundiéronse pérfidas insinuaciones, y corrió válida la voz de que la virtud de la reina habia sido tentada por un aderezo de 1.600,000 libras, que sus hijos no pertenecian al monarca, [1] y de que una gran parte del déficit provenia de los millones que la reina remitia á su hermano José, emperador de Alemania, para sostenerle en la guerra que hacia al Turco.

Estas calumnias la sacaron al fin de la morada encantada de Trianon en 1785, y empezó á ver el mundo tal cual es, cuando tiene interés en ser malo. Vióse, pues, obligada por el honor de la monarquía, del monarca, de sus hijos y de ella propia, á tener una opinion sobre las medidas gubernativas y sucesos extraordinarios que diariamente llamaban la

[1] El partido contrario de María Antonieta que se formó en la córte, era dirigido por los hermanos del rey, los cuales suponian á éste impotente, y creyóse ser obra de ellos los luises de oro que circularon entonces, en que la efigie de Luis XVI aparecia con cuernos.

atencion; pero la disposicion de su espíritu era poco á propósito para esto; porque la enfurecian las acciones indignas y cobardes y manifestaba el desprecio que merecen; siendo esto poco prudente en una córte todo fingimiento y en que cada uno, llevando una segunda intencion, iba por caminos tortuosos y extraviados á la consecucion de sus fines: además no ocultando cuanto se resentian de las injurias su delicadeza y dignidad personal, se calificaba de venganza la defensa de sus intereses, que sin embargo, no siempre triunfaban.

La debilidad de Luis XVI impidió á María Antonieta ser heroína, y están contextes en esta opinion los que la vieron en dias en que el peligro se presentó bajo la forma de amenaza. La noche del 5 de Octubre, de que luego hablaremos, segun Rivarol, recibió á muchísima gente y comunicó á todos su valor y energía.

«Sé, dijo ella en Versalles, que vienen de París á pedir mi cabeza; pero yo he aprendido de mi madre á no temer la muerte, y la esperaré con firmeza.»

La adhesion á su marido no tenia límites, digan lo que quieran los mal intencionados de su tiempo. Cuando las mujeres de París en los célebres dias del 5 y 6 de Octubre de 1789, conducidas por la amazona Mericourt, la mas hermosa de las mujeres de la revolucion, y la actriz Rosa Lacombre fueron á Versalles á *pedir pan al rey*, hubo un ligero combate, y el Consejo real para determinar á su soberano á consentir en la partida, pretendió que tomara la delantera la reina; mas ésta que temia que la invasion de Versalles, por aquella multitud desarrapada y hambrienta, amenazara los dias del rey, exclamó:

«¡Moriré de la misma muerte del rey y en el mismo sitio!» como si presintiera la catástrofe que debia envolverlos en la misma desgracia.

Desde la alborada del 6 pelotones de hombres y mujeres hambrientos con banderas y tambores batientes se dirigen á la plaza de Armas y avanzan hasta palacio; un guardia de Corps aparece en una ventana y siendo provocado por los insultos de un guardia nacional, le tira y le mata. Furiosa la muchedumbre, se precipita por una reja que encuentra abierta sobre el palacio, y entre sus furiosos ahullidos se distinguen claras voces que dicen gritando:

—¡A la Austriaca! ¿Donde está la bribona?

—¡A matarla!

—¡Vamos á comerla el corazon!

— ¡ Yo el hígado!

— ¡ Queremos su cabeza por bandera!

— ¡ Haremos escarapelas de sus tripas!

— Bastante ha bailado para darse gusto á sí misma, ahora queremos que baile por nosotros. [1]

El guardia de Corps es inmolado y su cabeza colocada encima de una pica; la misma suerte cabe á un segundo; otros se defienden y van cediendo terreno á la muchedumbre conducida por la Mericourt, que rompe las puertas, mientras los guardias gritan que la reina se salve. Esta sin tener tiempo de vestirse, se escapa en el momento en que su cuarto es invadido.

«¡Erramos el golpe! exclaman los furibundos hundiendo sus puñales, sables y espadas en la cama de la reina.»

Sin embargo, el ataque continuó hasta la llegada de los guardias franceses, amigos de la revolucion, y de Lafayette que ejercia un grande influjo sobre las masas, á quienes apaciguó.

Juzgó entonces la córte que el rey podia presentarse al público, y habiendo salido al balcon acompañado del general Lafayette, el pueblo aplaudió; mas se oyeron todavía gritos de:

« ¡ Abajo la Austriaca! »

Lafayette no cree todavía tener dominadas las pasiones de la muchedumbre, y lo intenta con un golpe de audacia que afortunadamente tuvo buen éxito. Pidió á la reina que saliera al balcon, y en señal de respeto y adoracion la besó la mano á la vista de todos.

— ¡ A París! ¡ á París! ¡ el rey á París! gritó la muchedumbre.

— Quereis que vuelva á París, dijo Luis XVI: iré, pero será con mi mujer y mis hijos.

— *¡ Viva la Reina!* contestó entonces el pueblo.

Partió la familia escoltándola la muchedumbre, que al llegar á París entonó cantos de triunfo y gritaba:

«¡ Ya no careceremos de pan! traemos con nosotros el *panadero, la panadera y el galopin.*»

Cuando Bally salió al balcon de las Tullerías para anunciar que el rey estaria siempre con satisfaccion en medio de los habitantes de París, la reina añadió:

[1] *Historia de la Conjuracion del duque de Orleans*, por Montjoie.

— Y con entera confianza, como entre sus hijos.

Apesar de estas protestas, apesar de haber admitido la córte la declaracion de Derechos del hombre, la monarquía estaba herida de muerte, y ya nada ni nadie podia salvarla.

No tiene importancia en la biografía de María Antonieta la línea política que deseaba seguir, como debe conocerlo el lector, puesto que era bien insignificante la influencia que podia ejercer sobre aquellos borrascosos sucesos que arrebataron la monarquía como el vendabal las hojas de otoño; sin embargo debemos consignar que no era partidaria de la Constitucion del año 91; queria la salud del trono, la de Francia á la manera que ella la entendia, el honor del rey y el suyo propio, el de la nobleza y legar á sus hijos la integridad de la herencia recibida.

Las cartas que de ella se han publicado y otras que se anuncian no tardarán en ver la luz pública, pondrán en claro esta parte de la historia todavía oscura, y sabremos de una manera cierta si la Francia tenia motivos suficientes para odiarla por arrancar tesoros de sus entrañas, y remitirlos al emperador José su hermano, pero de ninguna manera á los emigrados. Contra ellos estaba indignada:

« Los cobardes, dice en una de sus cartas, quieren que nosotros solos nos expongamos sirviendo sus intereses. »

En otra, dirigida al conde de Merey-Argenteau, se expresa en estos términos, despues de haber expuesto un plan desesperado (Agosto de 1791):

« He investigado cuanto me ha sido dable las opiniones de gentes que pensaban de una manera distinta, y de sus diferentes consejos he formado el mio; ignoro si lo pondrán por obra, porque vos ya conoceis la persona con quien tengo de habérmelas (el rey): cuando uno cree que está persuadido, basta una palabra, un razonamiento para que cambie sin que ella misma se aperciba de ello; esto impide que se emprendan mil cosas. En fin suceda lo que suceda, conservadme vuestra amistad y vuestra adhesion, que bien las necesito, y creed que sea cualquiera la desgracia que me persiga, podré ceder á las circunstancias, pero jamás consentiré á nada indigno de mí: en la desgracia es cuando uno sabe lo que vale. Mi sangre corre por las venas de mi hijo, y espero que un dia demostrará ser digno nieto de María Teresa. »

Su última esperanza la cifró en la partida clandestina á Montmedy, y que no llegó mas que á Varennes.

La familia real no fué protegida en su viaje por haber llegado tarde á

Pont-de-Sommeville, mas allá de Chalons, donde la aguardaba un destacamento de dragones, cuyo jefe, creyendo que el rey habria diferido su viaje se retiró á Sainte-Menehould. Cuando las sillas de posta pasaron por este lugar, sus habitantes sospecharon la huida del rey, tocaron á rebato, se reunió la Milicia nacional é impidieron á los dragones que siguieran al rey.

Los dueños de la casa de postas, padre é hijo Drouet, revolucionarios ardientes, echan sus caballos á escape por un atajo, y llegan á Varennes á las once de la noche, antes que el rey. En el pueblo todos duermen, los Drouet se dirigen al puente que hay sobre el Aire, de bordes escarpados de roca molar, puente estrecho en que ponen volcado un carruaje de muebles, que por acaso se encuentra en aquel punto: llaman enseguida á las casas de algunos amigos, la poblacion se alarma, toma las armas y cuando llega la familia real es detenida.

Drouet reconoce al rey y la reina por su parecido con los retratos impresos en un asignado de cincuenta libras que muestra á los circunstantes. La reina exhibe su pasaporte en que consta que ella es una rica baronesa de Rusia, llamada la señora Korff, que regresa á su pais con su familia; el Delfin y su hermana son sus hijos; Isabel, hermana de Luis XVI y la señora de Tourzel, son las amas de los niños, el rey de Francia es su ayuda de Cámara, y otros tres grandes señores son lacayos ó postillones.

Mas Drouet, que siente las ansias patrióticas de la Francia, declara falso el pasaporte, afirma la personalidad de los reyes, resiste á sus mandatos cuando se declaran, á sus ofrecimientos, caricias y súplicas, se erige en dictador, arenga al pueblo que desarma á los dragones, dispone que el regreso á París se verifique al instante, diciendo:

« Yo quiero á mi Rey, pero debo ser fiel á mi Patria. »

Así quedó frustrado el objeto de este viaje. Segun las *Memorias* de Madama Campan, el plan de la reina era trasladar á Luis XVI á Montmedy, en la frontera de Luxemburgo, y desde allí negociar con la Asamblea, en cuyo seno ella contaba con un partido numeroso.

A las seis de la mañana del miércoles 22 de Junio, llegó á Varennes el jóven ayudante de Lafayette con un decreto de la Asamblea en que ordenaba el regreso de Luis XVI á París. Tómalo la reina con ira y lo arroja despechada sobre la cama de sus hijos, mas luego lo vuelve á tomar, diciendo:

— No quiero que manche á mis hijos.

— Señora, dice el ayudante que lo habia traido y que era del partido de la reina, ¿quisiera Vuestra Majestad que otra persona que yo presenciara su disgusto?

Advertida la reina, recobra su dignidad y dice:

— Partamos.

Romeuf, que así se llama el ayudante portador del decreto, toma la delantera con el expreso recado de que el rey iba á Montmedy, y que regresaba para estar á las órdenes de la Asamblea.

Regresaron, y el general Bouillé que estaba aguardando al rey en Montmedy, se dirige á Varennes con sus tropas, á donde llega hora y media despues de la partida de la familia real. A no ser así, el rey alcanzara la frontera; la revolucion careciera de víctima, y sin el regicidio quizá no se ensangrentara tanto.

Llegaron á París los reyes escoltados por ciento cincuenta mil guardias nacionales, y en todas partes encuentran fijados por las paredes de las calles y levantados en las picas letreros que dicen:

« El que dé vivas al rey será apaleado; el que lo insulte, colgado.»

Al llegar á las Tullerías, el rey parece conformarse con su suerte; pero María Antonieta está sombría, se encierra en su habitacion con sus hijos, los abraza y da suelta á sus lágrimas.

La reina para conjurar la tempestad deshecha, procuró que Barnabe, Duport y Lameth se interesaran por su causa; eran los tres diputados que la Asamblea habia enviado camino de Varennes para recibir á la familia real, y que la opinion pública señaló despues como seducidos por las gracias reales, y por la esperanza de ser ministros de la corona.

Barnabe, era un jóven abogado de treinta años, ambicioso, de gustos aristocráticos, á quien la reina. segun cuenta Madama Campan, atribuia talento y sentimientos nobles.

Siguieron las relaciones de los reyes con Barnabe, Duport y Lameth, á quienes llamaban su *triunvirato*, pero de una manera tan secreta, que «á veces, dice la señora Campan, yo, la encargada de esperar á Barnabe en una pequeña puerta del entresuelo, debia permanecer una hora con la mano puesta en la llave de la cerradura; algunas veces venia á reemplazarme la misma reina para esperarlo y abrir la puerta.»

El prestigio de la monarquía, como ve el lector, estaba por los suelos; sin embargo aun no habia nacido el partido republicano, puesto que el

mismo Robespierre formaba en las filas de la monarquía democrática. Aun podia enmendarse el daño; Lafayette y sus amigos se habian reconciliado con los reyes y la mayoría de la Asamblea era sinceramente partidaría de la monarquía constitucional: importaba, pues, que el rey, por su parte, contribuyera á disipar la tempestad que amenazaba á Francia, desaprobando los planes de los emigrados y la amenaza de una invasion extranjera.

La declaracion que habia dado el rey á los comisionados de la Asamblea respecto de su viaje, abundaba en este espíritu, y la que prestó la reina en 26 de Junio era concebida en estos términos:

« Yo declaro que, deseando el rey partir con sus hijos, nada me impidiera seguirlo; bastante he probado en el periodo de dos años y en todas circunstancias, que jamás me separaré de él, y con mayor motivo sabiendo positivamente que el rey no queria salir de Francia. Si hubiese tenido otro deseo, empleara todas mis fuerzas para impedírselo. El aya de mis hijos, enferma hacia cinco semanas, no ha recibido la órden de partir sino en el mismo dia; los tres correos ignoraban el objeto de su viaje, y las dos camaristas nada supieron sino en el mismo instante de la partida.»

Por el voto de la Asamblea del 15 de Julio los reyes quedaron absueltos de toda culpabilidad por el hecho de su partida clandestina á Montmedy; de lo cual protestó el pueblo de París el 17 de Julio firmando en el Campo de Marte una peticion á la Asamblea, cuyo acto quiso impedir la Municipalidad, á consecuencia de lo cual hubo un choque, muchas víctimas, pero quedó incólume la autoridad de la Asamblea.

El 13 de Agosto Luis XVI aceptó la Constitucion reformada; mas apesar de esto, segun dice Lafayette en sus *Memorias,* la reina estaba decidida por la guerra y creíala muy cercana. Siendo cierta la asercion de Lafayette, el decreto de amnistía del 14 de Agosto propuesto por el rey, y aceptado por la Asamblea Constituyente no tendria mas objeto que llamar á Francia á los emigrados para dar la batalla á los liberales, y explicaria el calificativo de *cobardes* que la reina despechada les dirigió, porque se resistieron á secundar sus miras. Insistió la reina en su plan de defender el antiguo régimen en París, inspirando los decretos de la Asamblea legislativa, en que se concede un plazo á los emigrados para volver á Francia.

Mas estos, contra el parecer de la reina, prefirieron el auxilio del Emperador coaligado con los reyes de Europa, y entonces á los infortunados Luis y María Antonieta ya no les cupo otra suerte que la de seguir contra

su voluntad y á remolque el impulso exterior que llevó la Francia á la desesperacion y luego al delirio revolucionario.

Siguió entonces la córte el impulso de los gerondinos en el interior, y por lo que toca al exterior procuró influir cuanto pudo en suavizar la aspereza de los emigrados, manifestándoles cuanto convenia que fuesen prudentes y precavidos para no comprometer la vida de la familia real, que no entraran sin ser precedidos de un manifiesto en que consignaran, de una manera explícita, que no hacian la guerra á Francia, ni al espíritu del siglo, sino á una faccion anti-social que ponia en peligro todos los intereses de la Nacion.

Entretanto la reina, que creia inevitable la guerra. recogió todos los documentos y papeles referentes á la revolucion, llamó á madama Campan y le entregó una cartera llena de ellos, diciéndola:

« Esconded estas piezas que serian las mas funestas por el rey, si se le procesara, lo cual es posible.»

Barnabe aconsejó á la reina que en la reorganizacion de la guardia constitucional del rey entraran en el Estado mayor las personas cuyos nombres iban continuados en una lista que la remitió, los cuales favorecerian la huida de la familia real; pero, dice madama Campan, la reina convencida del poco valer de Barnabe, ya no confiaba mas que en los extranjeros y los emigrados. Viéndose desdeñado Barnabe, en una última entrevista con la reina, le predijo su pérdida antes de la llegada de los extranjeros, y que él mismo tambien pagaria con su cabeza los servicios que pretendia prestarla. En efecto, Barnabe murió en el cadalso.

Llegó el 20 de Junio en que las Tullerías fueron invadidas á los gritos de: *Abajo el veto,* y en que Luis XVI aceptó el gorro-frigio. Lafayette dejó el ejército que mandaba en la frontera, se presentó primero á la Asamblea, despues á la córte; mas la reina no quiso aceptar sus planes, confiando solamente en los ejércitos extranjeros para el restablecimiento completo de la autoridad real. Ochenta mil prusianos mandados por el duque de Brunswich fueron á Coblenza y en seis semanas podian llegar á las puertas de París. mientras que en el departamento de Ardeche y en Bretaña se sublevaron los realistas.

La revolucion respondió á este desafio de los extranjeros con el ataque de las Tullerías en 10 de Agosto, dia en que María Antonieta presentándose al rey y ofreciéndole una pistola, le dijo:

« ¡ Señor, este es el momento de aniquilar á vuestros enemigos!»

Ya hemos expuesto en la biografía de Luis XVI como éste y su familia fueron trasladados en calidad de presos al Temple, ocupados todos sus papeles, entre los cuales habíalos que probaban sus relaciones con generales austriacos.

Lafayette quiso marchar sobre París para restablecer á Luis XVI, pero el general Dumouriez, acatando las órdenes de la Asamblea se lo impidió, y entonces entregó á este el mando de su ejército y emigró en pais neutral. Mas hasta allí penetró la influencia de los emigrados, y Lafayette fué preso. Suplicaron los amigos de este á la reina que escribiera á los coaligados recomendando al general francés, y la reina contestó:

«Me interpondria entre el hacha del verdugo y Barnabe, pero jamás perdonaré á Lafayette.»

Al 10 de Agosto siguieron las horribles matanzas de los realistas encarcelados en los funestos dias 2 y 3 de Setiembre. Súpolo la reina en su cárcel del Temple por haber visto á través de las rejas como le mostraban la cabeza de su amiga la princesa Lamballe! Debian morir los reyes en aquel dia á manos del furor popular; pero Danton que los reservaba para ejecutarlos solemnemente, mandó colocar una cinta roja al rededor del Temple como límite que nadie podia traspasar. Y sin embargo, Danton es acusado por Lafayette en estos términos:

«La confianza de la reina al acercarse el 10 de Agosto provenia de haberle (á Danton) entregado ciento cincuenta mil libras, con el objeto de que el motin anunciado se hiciera en provecho del rey. Mas Danton se lavó las manos con la sangre de los prisioneros que acababan de defender el palacio.»

Ya hemos referido como el rey fué al patíbulo el 21 de Enero de 1793, y desde aquel triste dia María Antonieta se preparó para subir tambien al cadalso.

¡Cuántas mujeres recibieron la muerte en la guillotina!

El atentado que el 13 de Julio de 1793 cometió Carlota Corday, contra el terrorista Marat, sin más objeto que el de acabar con la guerra civil, la serena calma que mostró la generosa jóven en el interrogatorio, su belleza y *el celestial placer con que vió llegar el momento que debia coronar su sacrificio,* dieron fuerza al espíritu de María Antonieta para aguardar tranquila el trance fatal.

Las mujeres figuran en esta revolucion bajo todos aspectos; es heróica madama Roland escribiendo sus *Memorias* en la cárcel y sosteniendo

el valor de otra víctima con que va acompañada al cadalso; igual valor manifiesta la literata Olimpia Gouges, acusada de desconceptuar y envilecer á las autoridades revolucionarias; es grande Suceta Labrousse, que saliendo de la celda del convento, llena de misticismo y fervor patriótico, predica en las aldeas y ciudades, en los campos y en los templos la regeneracion de la Iglesia católica, y las excelencias de la nueva constitucion francesa; es interesantísima Lucila, la hermosa y jóven viuda de Camilo Desmoulins que intentó una sublevacion para libertar á los presos políticos, y que subió ligera y risueña las gradas del cadalso; y si bien es verdad que espantan, como representantes de las *furias de la guillotina*, Rosa Lacombe, la Mericourt y Aspasia Carlemigelli. el ánimo se complace en querer á almas entusiastas, generosas y sensibles, aficionadas á la utopia, que cual Sofía Lapierre y otras se hallaron complicadas en la conspiracion de Babœuf.

Acusada fué María Antonieta de haber dilapidado el Tesoro: primero para satisfacer sus gustos, y luego, enviando fondos á su hermano el Emperador de Austria; de haber conspirado en los dias 5 y 6 de Octubre; de haber dominado á su marido; de haber intervenido en el nombramiento de los ministros; de haber *intrigado* para ganar diputados en favor de la córte; de haber preparado la huida del rey á Varennes; de haber ocasionado la guerra; de haber entregado á los generales enemigos todos los planes de campaña; de haber conspirado en 10 de Agosto y haber *hecho tirar* contra el pueblo; de haber calificado de cobarde á su marido excitándolo á combatir, etc., etc.

« ¡Véase, dice Thiers, como todo se convierte en crímenes el dia de las venganzas de los pueblos! ¡venganzas por largo tiempo diferidas, y que por fin explotan para herir á príncipes que no las han merecido! Véase como la prodigalidad, la aficion á los placeres tan natural en una jóven, la adhesion á su pais, la influencia sobre su esposo, las penas mismas y duelos siempre indiscretos en una mujer, y aun su osadía, se transforman en crímenes en la imaginacion de hombres irritados ó malvados.»

En el juicio, uno de los testigos, Hebert, llevó el cinismo al extremo de acusar á María Antonieta de haber dado viciosas costumbres á su hijo de ocho años de edad, á fin de enevarlo y volverlo idiota para mejor dominarlo en el caso de llegar á ser rey. Dos veces se repite la pregunta y ella se levanta majestuosa, y con un gesto imposible de describir, exclama:

« ¡ A las madres apelo! »

Y el auditorio, conmovido, expresa un sentimiento de repulsion hácia Hebert.

Al salir de la sala del tribunal y debiendo pasar por una puerta baja, dió con la cabeza en ella, y habiéndole pedido si se habia lastimado:

« ¡ Oh ! no, contestó, ¡ nada puede ya dañarme ! »

María Antonieta escribió una carta datada del mismo dia en que fué ejecutada, del 16 de Octubre á las cuatro y media de la mañana, dirigida á Isabel su cuñada, de la cual extractamos los siguientes párrafos:

« Tomo la pluma por última vez, mi querida hermana, para escribirte á tí. Acabo de ser condenada, no á una muerte afrentosa, porque la muerte solo afrenta á los criminales, sino á una gloriosa que me llevará á reunirme con tu hermano. Como él, inocente, espero que cual él, tendré firmeza hasta en los últimos momentos. Estoy tranquila y no siento ningun remordimiento de conciencia; duéleme sí, abandonar á mis pobres hijos. Ya sabes que solo por ellos vivia. ¡ Y tú, mi buena y tierna hermana, cuyo cariño amistoso lo ha sacrificado todo para vivir con nosotros, en que situacion te dejo !...»

En efecto; los sentimientos de madre no se desmintieron nunca en María Antonieta: en cierta ocasion, estando presa en el Temple, se concertó un proyecto de evasion en que consintió; pero al dia siguiente escribió que no podia decidirse á huir, ya que debia separarse de su hijo:

« Por grande que fuere la dicha que yo encontrase lejos de este lugar no es posible que consienta en separarme del hijo de mis entrañas... De nada podria gozar yo abandonando á mis hijos, y renuncio sin pena alguna á nuestro proyecto. »

En la noche del mismo dia en que fué ejecutada María Antonieta, en el club de los jacobinos se levantó una voz que fué muy aplaudida, diciendo:

« Que se lleve esta noticia al Austria. ¡ Los romanos vendieron el terreno ocupado por Aníbal, y nosotros segamos las cabezas mas caras á los soberanos que han invadido nuestro territorio ! »

Es decir, que la muerte de nuestra heroína no fué un acto de venganza contra una pobre mujer, sino un acto de política y de guerra contra los reyes que llevaron á Francia la matanza y el incendio.

Luis XVI y María Antonieta, si fueron débiles en el gobierno, sus enemigos confesaron que se mostraron valerosos en el acto de recibir la muerte.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE MARÍA ANTONIETA.



NAPOLEON I

NAPOLEON BONAPARTE.

[illegible] Emilia [illegible] Napoleon [illegible]iano, Luis [illegible], Paulina y Carolina; nació el 15 de agosto de 1769 en Ajaccio, capital de la isla de Córcega, tres [illegible] de haber sido anexionada á Francia, á costa de diez mil [illegible] muertos y [illegible] millones de francos. Napoleon, pues, procedia de [illegible] italianos [illegible] engendrado italiano; y aun su pais se levantó de [illegible] la vez [illegible] de sus hijos por sus virtudes y valor, de aquel Paoli, que [illegible] durante tres años contra los furores de la [illegible] y de [illegible], manteniendo la independencia de Córcega.

[illegible] rebelde á toda autoridad, no obedecia mas que á su madre, que [illegible] sobre él siempre una influencia decisiva; pero no tanto que le [illegible] jefe de banda de los muchachos ayacianos, contra los del arrabal [illegible]iano: segun sus panegiristas, desde aquella edad demostró poseer el instinto de combinacion de las fuerzas en el ataque, prenda segura [illegible] de la victoria en las guerras, menos en los pueblos [illegible]

La familia de Bonaparte no era bien vista en Córcega por haberse adherido á Francia y ser protegida por el marqués de Marbeuf, gobernador militar de la isla, por cuya recomendacion habia sido nombrado Cárlos



NAPOLEON BONAPARTE.

(1769 Á 1821 DESPUES DE J. C.)

Napoleon fué el segundo de ocho hijos de los consortes Cárlos María Bonaparte, juez de Ayacio, y María Leticia Ramolino, á saber: José, Napoleon, Luciano, Luis, Gerónimo, Elisa, Paulina y Carolina; nació el 15 de Agosto de 1769, en Ayacio, capital de la isla de Córcega, tres meses despues de haber sido anexionada á Francia, á costa de diez mil franceses muertos y ochenta millones de francos. Napoleon, pues, procedia de padres italianos, y fué engendrado italiano; y aun su pais se levantó de nuevo á la voz del mayor de sus hijos por sus virtudes y valor, de aquel Paoli, que combatió durante tres años contra los furores de la Convencion y del Directorio, manteniendo la independencia de Córcega.

Cuando niño Napoleon, rebelde á toda autoridad, no obedecia mas que á su madre, que ejerció sobre él siempre una influencia decisiva; pero no tanto que le impidiese ser jefe de banda de los muchachos ayacianos, contra los del arrabal Borginiano: segun sus panegiristas, desde aquella edad demostró poseer el instinto de combinacion de las fuerzas en el ataque, prenda segura, dicen, de la victoria en las guerras, menos en los pueblos que, como España, saben hacer la guerra defensiva.

La familia de Bonaparte no era bien vista en Córcega por haberse adherido á Francia y ser protegida por el marqués de Marbeuf, gobernador militar de la isla, por cuya recomendacion habia sido nombrado Cárlos

María Bonaparte, diputado por la nobleza en 1778, y admitido el niño Napoleon en el colegio militar de Brienne (Aube). [1]

Demostró tener desde luego el jóven corso una disposicion extraordinaria por las ciencias exactas y ejercicios militares, y leyendo en los ratos de ócio las *Vidas* de Plutarco, sintió arder en su corazon aquel fuego sagrado que inspira las acciones heróicas. Distinguiéronle los inspectores Keralio y Reynauld de todos los demás alumnos, complaciéndose en discutir con él, como si fuera ya su igual, y por informe de estos señores entró en la Escuela militar de París en 1783.

Keralio, uno de los mejores historiadores del siglo pasado, en cuya familia las ciencias y las letras tenian un albergue, puesto que su mujer y su hija se distinguieron por sus escritos históricos y literarios, Keralio, juez competente además en materia de educacion militar, extendió el siguiente certificado, en favor de nuestro héroe, al salir de la escuela de Brienne:

«Napoleon Bonaparte, nacido en 15 de Agosto de 1769.—Estatura cuatro piés, diez pulgadas y diez líneas ($1^{m}60$): complexion buena, excelente salud y carácter sumiso. Ha terminado el cuarto año de estudios. Honrado, agradecido y de buena conducta. Se ha siempre distinguido por su aplicacion á las matemáticas; está regularmente instruido en Historia y Geografía, y poco en ejercicios de adorno. Será un marino excelente. Es digno de pasar por sus méritos á la Escuela de París.»

Fué nombrado por Luis XVI discípulo real en los Nobles cadetes, en 22 de Octubre de 1784, y en Setiembre de 1785 entró de alférez en la artillería, y estando de guarnicion en Valence se entregó completamente á vastos estudios sobre el arte de la guerra, que, considerado por Napoleon como supremo, á él referia todas las ciencias inclusas la política, la administracion y aun la moral.

Quiso ensayar sus fuerzas intelectuales y sus estudios filosóficos concurriendo á la liza del premio de mil doscientos francos que la Academia de Lion habia ofrecido al mejor discurso sobre esta cuestion: «¿Qué verdades y sentimientos deben inculcarse á los hombres para que sean dichosos?»

Mas ni Napoleon ni otro de los competidores fué juzgado digno del premio.

[1] En Córcega era vulgar la creencia en la pasion que sentia Marbeuf por Leticia Ramolino, sobre todo despues del castigo deshonroso que infligió al noble y patriota teniente coronel Abbatucci por haber dicho algunas cosas de él muy severas, en cierto dia en que estuvo largo tiempo esperando audiencia, en tanto que Marbeuf estaba en agradable conversacion con Leticia.

Estaba de guarnicion en Grenoble cuando rompió la monarquía con las ideas y progresos modernos, y Napoleon se hizo partidario de la revolucion, escribiendo en sentido jacobino, firmando Bruto Bonaparte, asistiendo á la plantacion de los árboles de la libertad, condenando la emigracion, zahiriendo á los diputados moderados, en una palabra defendiendo calurosamente las nuevas ideas.

¿Impulsábale la generosidad tan propia de la juventud, el instinto de su ambicion ó el frio cálculo del interés personal? La generosidad, el amor al conjunto de los hombres no fecundó su genio; no es dudoso que el instinto y el cálculo, servidos por sus grandes facultades intelectuales, y el sentimiento de sus propias fuerzas constituyeron aquella personalidad, que aventajándose á todas las de su siglo, se impuso á su pais y á su época; sin embargo es probable que en la adopcion de las ideas modernas, le llevara el deseo de novedades, el atractivo de grandes acontecimientos que se anuncian por el estado calenturiento de los pueblos, y que es propio de la juventud impulsarlos con todas sus fuerzas. ¿Podia hacer otra cosa un jóven de veinte años, de talento y ambicioso, que habia aprendido en Plutarco á admirar á Bruto? Sirvió las ideas democráticas hasta ser demagogo, no embargante ser despues un César para soñar con Alejandro.

Paoli, general corso que aspiraba á ver su patria independiente y á sus conciudadanos libres, que por este motivo combatiera contra los genoveses primero, y despues contra los franceses, apreciando en cuanto valian los talentos militares del jóven Bonaparte, quiso adherirlo en 1793 á la causa corsa, que era la de la patria comun; pero Napoleon que preferia el vasto teatro militar y político de Francia, á la felicidad de su suelo natal, se puso en relaciones con algunos convencionales que fueron á Córcega para arrestar á Paoli: era á la sazon Bonaparte capitan de artillería, y fué nombrado Inspector de Artillería de la isla. No favoreció la fortuna las armas francesas; Paoli triunfó, y Napoleon vió incendiada la casa de sus padres; huyó con su familia, fué á Niza, y luego á Marsella.

«En esta villa, dice Luciano Bonaparte, en calidad de refugiados patriotas, obtuvimos raciones de pan de municion y módicos socorros, suficientes para vivir, gracias á la economía de nuestra buena madre.»

Mientras que sus hermanas se vieron reducidas á trabajar en Marsella, sus hermanos buscaban empleos para vivir: Luciano fué nombrado guarda-almacen de las subsistencias militares en San Maximino (departamento de Var), se casó con una hija de un posadero de la villa, ardiente revolucio-

nario, llegó á presidir el club de los jacobinos del lugar, y fué nombrado Comisario de guerra. José, empleado en el acarreo de mercaderías para el Estado, contrajo matrimonio con una de las hijas de Clary, rico comerciante de Marsella.

«¡Cuán dichoso es ese bribon de José!» exclamó Napoleon envidiando la suerte de su hermano. Y cual fuese la de los siete restantes miembros de esta familia lo indica dicha exclamacion salida del pecho de aquel que el reino de Francia no llegó á colmar la medida de sus ambiciosos deseos.

Cuando á la caida de los girondinos, se sublevaron las provincias del Este y del Sud de Francia al impulso de los federalistas, Napoleon los ametralló, restableció las comunicaciones entre París y Marsella, y en el célebre opúsculo, *La cena de Belcaire*, expuso el porqué debian los buenos ciudadanos sostener la Convencion.

Sin embargo sus opiniones eran interesadas. A los oficiales de su regimiento, cuando querian emigrar les dijo:

«Que la Revolucion ponia en lucha al rey con la Nacion; que esta seria la mas fuerte; que él seguiria la revolucion, porque era una buena coyuntura para los militares valerosos y de talento.»

Todavía mas adelante fué mas explícito:

«Si yo hubiese sido mariscal de campo, hubiera abrazado el partido de la córte; pero siendo alférez y no teniendo fortuna, debí echarme en brazos de la revolucion.»

Y cuando el pueblo invadió las Tullerías en 20 de Junio, exclamaba:

«¡Cómo han permitido que esta *canalla* penetrara en el palacio real! Si se hubiese barrido con el cañon á cuatrocientos ó quinientos, los demás no pararan de correr.»

Pero sigamos el hilo de los acontecimientos.

Los restos del federalismo del mediodia refugiáronse en Tolon, y bien luego una escuadra hispano-inglesa fué á reforzarlos, y la Convencion á combatirlos. Napoleon que habia sido nombrado ya jefe de batallon, y, por los representantes del pueblo que acompañaban al ejército, brigadier, aunque de una manera provisional, fué el ordenador del sitio de Tolon. Pedíale el bravo general Carteaux que abriese una brecha en las murallas, por donde él se precipitaria con sus soldados; pero el jóven Bonaparte sostuvo que no debian preocuparse de la plaza sino de la escuadra. Los Comisarios de la Convencion apoyaron sus miras, y habiendo despues sucedido

á Carteaux el general Dugommier, éste, al oir al jóven brigadier que señalando un punto extremo meridional de la rada, decia: *Aquello es Tolon*, siguió su consejo, dejóle la direccion de las operaciones, y el 12 de Diciembre de 1793 cayó en su poder el fuerte de Eguillette. Desde este momento la retirada de la escuadra enemiga quedaba cortada, y antes que pudieran establecerse las tropas republicanas en el fuerte conquistado, apresuróse á salir del puerto. Así fué ganada Tolon.

Uno de los representantes del pueblo que vigilaba el ejército francés del Este, era hermano de Robespierre, de quien habla siempre con elogio Napoleon en sus *Memorias* y con quien trabó amistad; estas relaciones casi le hubieran sido funestas despues del 9 de termidor (27 de Julio de 1794), cuando los convencionales guillotinaron á Robespierre y á su hermano; sin embargo pagólo con la suspension de su grado.

Entretanto pasó alguna miseria Napoleon en París, viviendo en compañía del jóven Jounot, de aquel célebre sargento del ejército sitiador de Tolon, que, habiendo reventado un obus que le cubrió de polvo á él y á la carta que escribia, exclamó: «Bueno ¡precisamente echaba de menos la salvadera!» De este tiempo datan las amistades que contrajo con el célebre anatómico y académico Daubeton; con el botánico Thouin; con Bernardino de Saint-Pierre, autor del inmortal idilio *Pablo y Virginia*, que se admira con el corazon, se aplaude con las lágrimas y que endereza el juicio por el camino de la virtud; con el matemático Monge y con otros que encontraremos en el curso de esta biografía.

Durante el verano de 1795, comia Napoleon de lo que ganaba Jounot [1] en el juego, y algunas veces apretado por el hambre, aceptaba la mitad de la comida de un *portero, que se compadecia de la desgraciada suerte de un jóven de talento.*

Tramaban entonces los realistas una conspiracion contra la Convencion, á la cual habian ayudado para arrojar á Robespierre y los jacobinos del Gobierno en 9 termidor, y creyéndose luego mas poderosos que los termidorianos, dirigian sus esfuerzos al restablecimiento de los Borbones. Instruida la Convencion de sus planes, buscó su natural apoyo en los robespierristas y jacobinos, y nombró general en jefe á Pablo Barrás. Éste, conociendo cuanto valia Bonaparte, por haber asistido como comisionado de la Asamblea al sitio de Tolon, le colocó en su Estado Mayor.

[1] Jounot llegó á ser general y duque de Abrantes.

Llegó el 13 vendimiario (11 de Octubre de 1795), en que los realistas constituyeron una Junta de insurreccion, declararon fuera de la ley al Gobierno constituido , é instituyeron un tribunal para juzgar á los culpables ; dia en que la juventud dorada se puso al frente de treinta mil hombres de la Guardia nacional; en que salieron los emigrados que estaban escondidos y entre ellos varios generales y oficiales del antiguo ejército, y se apoderaron de las armas destinadas al arrabal de San Antonio, de las provisiones de las Tullerías, del Tesoro público , del Puente Nuevo, de los caballos de la República y de los convencionales que encontraron en sus casas. El general Danican mandaba las fuerzas insurreccionales.

En este trance , Barrás , encargado de defender al gobierno, se entrega á la direccion de Bonaparte , quien monta á caballo, remite fusiles y municiones á la representacion nacional para que interinamente se defienda á sí misma, y puesto á la cabeza de los patriotas y de la artillería, ametralla á los realistas en el *impase* Delfin , en San Honorato, en el Carrosel y calles adyacentes, en el Puente Nuevo, y en fin por todas partes, y en dos horas mata ó hiere á cuatrocientos hombres y aniquila la insurreccion.

Barrás , gracias al acierto de Bonaparte, salió cubierto de gloria y aun de honor de este negocio, así como de los demás solia salir cubierto de oro: tenia el gran defecto de la disipacion; comerciaba con los arrendadores de las rentas del Estado y los banqueros, y mediante dinero, trabajaba en favor de los Estados vecinos á Francia, ó de aquellos cuya suerte dependia de la República. Segun el historiador Thiers, « Barrás se rodeaba no solo de especuladores, sino tambien de intrigantes de todo género, de mujeres disolutas y pícaros de siete suelas... » Un cinismo vergonzoso reinaba en sus salones, donde se ostentaban sin pudor esas uniones clandestinas, que en una sociedad bien ordenada procúrase encubrirlas con un denso velo... Barrás, calavera de la peor especie, publicaba sus orgías y sus desórdenes... explicaba en alta voz cómo habia obligado á un asentista á cargar con una su querida que empezaba á molestarle; cómo se habia vengado de un periodista , atrayéndole al Luxemburgo, y mandándole dar de palos por sus criados. A los salones de Barrás iba á menudo Bonaparte, y de allí sacó la viuda Josefina, con quien se casó protegido por Barrás, en 8 de Marzo de 1796.

Josefina tenia seis años mas que Napoleon; habia nacido en la Martínica, y era hija del general conde Alejandro de Beauharnais, que fué presidente de la Asamblea Constituyente y guillotinado durante el terror; tenia

dos hijos Josefina: Eugenio y Hortensia; hallábase en la cárcel como sospechosa, cuando fué puesta en libertad despues del 9 termidor, y restituida en la posesion de sus bienes por la proteccion que la dispensaba Barrás. Solicitada por varios jóvenes generales y entre ellos Hoche, por consejo de su protector escogió á Napoleon, quien fué nombrado enseguida general en jefe del ejército de Italia, para donde partió el 21 del mismo Marzo, dejando á su esposa en París. [1]

Sin embargo el ejército de Italia estaba compuesto de veteranos aguerridos mandados por generales ya célebres como Massena, Augereau, Championet, Bernadotte, Serrurier, Joubert, y por oficiales intrépidos como Murat, Launes, Jounot, etc., y Bonaparte, jóven de veintiseis y medio años, oficial de artillería, que no habia asistido nunca á batalla alguna campal, sin que le precediera fama alguna, ningun hecho de armas formal mas que la toma de un fuerte de Tolon, iba á mandarlos por recomendacion de un general que tampoco tenia celebridad alguna militar... ¡Y se antepuso Napoleon á Moncey, ilustre ya por la victoriosa campaña contra España, y sobre todo por la victoria obtenida en Villanueva! En verdad fuera una grave falta, estando la Francia amenazada por todas partes, si la recomendacion de un perdido como Barrás, aunque miembro del Directorio, hubiera bastado para imponer un cualquiera á generales tan valientes y entendidos como los nombrados.

Sin duda que Barrás fué el introductor de Bonaparte en las oficinas del Directorio; mas formaba parte de él un hombre de genio, el que habia adivinado el de Hoche.

Estaba Carnot, que habiendo entrado en el Comité de Salud pública en Agosto de 1793, y encargado de los negocios de la guerra, presidió la admirable campaña de diez y siete meses en que los franceses, novicios en el manejo de las armas, ganaron ocho batallas campales, salieron victoriosos de ciento cuarenta combates, ocuparon ciento diez y seis plazas fuertes

[1] Cuando Napoleon se proclamó Emperador, queria casar á su hermano Luciano con una princesa; pero como este estuviese enamorado de una jóven viuda, madama Jouberteau, de quien tenia ya un hijo, apresuró su matrimonio, burlando así las miras imperiales de su hermano. Llamóle éste y le reconvino ágriamente y entre otras palabras duras, le dijo:

«¡Casarse con una p...!».

Resentido Luciano, y haciendo referencia á que su cuñada la emperatriz Josefina habia sido la querida de Barrás, le contestó:

«Al menos la mia es jóven y hermosa.»

Véase la *Historia de la Revolucion francesa*, por Cabet, tomo IV, pág. 517, París, 1845.

y doscientas treinta fortalezas menores; tomaron al enemigo cuatro mil cañones y setenta mil fusiles; le hicieron noventa mil prisioneros, ochenta mil muertos y le arrebataron noventa banderas; Carnot, que secundado por los Fourcroy, los Monge, los Berthollet, los Chaptal, extrajeron del suelo las últimas moléculas de nitro indispensable á la fabricacion de pólvora; transformaron el bronce de las campanas, en bronce de cañones por medios nuevos y rápidos; inventaron fábricas de acero para las armas blancas; y todos estos materiales de que carecia el suelo francés, la ciencia de estos químicos y el ingenio de los mecánicos los creó en todas partes, y la abundancia de armas y municiones no hizo falta á los catorce ejércitos que levantó el patriotismo de los republicanos; Carnot, alma de la guerra, que desde la tribuna francesa fué calificado de *organizador de la victoria*, porque durante algunos años llevó todo el peso de la guerra de Europa: [1] Carnot, gran conocedor de los hombres, escogió á Bonaparte para el mando del tercer ejército, porque con su perspicuidad infinita, adivinó en el comandante de artillería que habia dicho *aquello es Tolon*, al héroe de Rivoli, Arcole, Castiglione; porque ante los mapas militares de los países del Este, y de la situacion de los ejércitos enemigos de Italia y de los de la República, demostró á Carnot que comprendia su plan de campaña y podia realizarlo y aun mejorarlo. No, pues, á una miserable intriga de tocador se debe el nombramiento de Bonaparte como general en jefe del tercer ejército, sino á sus talentos militares que Carnot reconoció á través de un exterior sin gracia y sin brio militar.

Napoleon, en efecto, tenia un aspecto poco seductor; era mas bien bajo que alto, flaco, pálido, facciones romanas, espiritual, de palabra imponente ó seductora, mucho mas instruido que los otros generales, buen escritor, activo, confiado en su valer y fuerzas, cuidadoso de su reputacion, ambicioso sin límites y hombre de un genio superior, llegó á Niza, fué friamente acogido por los demas generales que veian con malos ojos al novel generalísimo de tan pobre aspecto; pero habiéndoles reunido y consultado con ellos los planes de campaña que intentaba, Massena dijo á Augereau:

[1] Acerca de Carnot, Robespierre decia en una de sus arengas: «Apoderarse de todas las operaciones militares, *es un acto de egoismo;* rehusar obstinadamente tomar parte en los negocios de política interior, es procurarse medios para transigir con los enemigos del pais» Y en otra ocasion decia á Chambor el mismo Robespierre: «Siento en el alma no comprender nada en los planos de guerra. ¡Ah! ¡si durante mi juventud hubiese estudiado el arte militar no me veria ahora obligado á sufrir la supremacía del odioso Carnot.»

« Hemos encontrado á nuestro maestro. »

Luego dirigió la siguiente proclama al ejército:

« Soldados, estais hambrientos y desnudos, y el gobierno que os debe mucho no puede hacer nada por vosotros. Vuestra paciencia, vuestro valor os honran, mas no os dan ni gloria ni provecho. Yo os llevaré á los mas fértiles países del mundo, en medio de ciudades opulentas y de ricas provincias, en donde hallareis la gloria, el honor y las riquezas. Soldados de Italia ¿acaso os faltaria valor? »

Bonaparte, siguiendo las instrucciones de Carnot, llevó la guerra al pais enemigo, y puesto al frente de cuarenta mil hombres, sesenta cañones y casi sin caballería, flanqueó las montañas, dejando el camino marítimo donde esperaba batirle Beaulieu, forzó el centro del ejército de este en Montenote el 11 y 12 de Abril de 1796, arrojó las tropas piamontesas sobre Millesino, donde las batió el 13 y 14, y las austriacas sobre Dego que experimentaron igual suerte el 15. Persiguió á los sardos á quienes alcanzó en 22 de Abril, á diez leguas de Turin, y obligó al rey de Cerdeña á pedir la paz, firmándose el armisticio en 28 del mismo mes.

«Soldados, dijo Bonaparte despues de estas victorias, en quince dias habeis ganado seis batallas, tomado veintiuna banderas, cincuenta y cinco cañones, varias plazas fuertes y conquistado la parte mas rica del Piamonte: habeis hecho, además, quince mil prisioneros y diez mil muertos ó heridos. Hasta ahora habíais peleado para dominar peñascos estériles que vuestro valor ha hecho célebres, pero que son inútiles para la patria. Estais ahora al nivel de los ejércitos de Holanda y del Rhin. Habeis ganado batallas sin tener artillería, pasado rios sin puentes, andado rápidamente sin calzado, sin aguardiente y algunas veces sin pan. Solo falanges republicanas, solo las cohortes de la libertad, pueden suportar tales sufrimientos. Gracias os dará la patria por todo... Pero, soldados, poco hemos hecho, puesto que nos queda mucho que hacer. »

Luego Wurmser, que reemplazó á Beaulieu, penetró en Italia con un ejército de sesenta mil austriacos, que Bonaparte venció con solos veintiseis mil republicanos; y por fin derrotó tambien al general austriaco Alvinzy que con otro de igual fuerza, pretendia aniquilar el ya reducido ejército francés: en una de estas batallas, Bonaparte, tomando la bandera del ejército, se precipitó sobre el famoso puente de Arcola, desde donde fué arrojado al rio y salvado por sus soldados.

Alvinzy dió mucho que hacer á Bonaparte, quien escribia al Directorio:

« Estoy desesperado, y los valientes que me restan, ven infalible su muerte. »

Pero aun así, Alvinzy, despues de muchos combates tuvo que retirarse el 17 de Noviembre, y las tropas francesas tomaron un descanso de seis semanas.

Mas como Jourdan y Moreau habian abandonado la línea del Rhin, cediendo al número, el archiduque Cárlos de Austria envió un cuarto ejército tambien de sesenta mil hombres á Italia para auxiliar el de Alvinzy, quien obrando en combinacion con los restos del ejército de Wurmser, fuerte de veinte mil hombres que estaban en Mántua bloqueados, debia vengar las anteriores derrotas. Así sucediera, en efecto, y milagro debido al genio de Bonaparte, fué la disolucion de este cuarto ejército austriaco, que despues de encarnizados combates sucumbió el 14 de Enero de 1797, y como consecuencia, Mántua se entregó el 2 de Febrero.

El archiduque Cárlos se dirigió entonces contra Napoleon, con otra parte del ejército del Rhin, decidido á jugar el todo, antes que consentir en la pérdida de la dominacion austriaca en Italia. Bonaparte salióle al encuentro, confiando que, reorganizados los ejércitos franceses del Rhin apoyarian su movimiento, y trasladó la guerra á países verdaderamente enemigos. Coronaban los Alpes Cárnicos y Julianos hasta la desembocadura del Tagliamento los soldados del numeroso ejército austriaco; atacó Bonaparte por tres puntos el semicírculo enemigo, y despues de reñidos combates, todas las posiciones cayeron en poder de los franceses, como igualmente los pasos de los Alpes. En vano excitó al Directorio á que impulsara los ejércitos del Rhin, que por falta de dinero no pudieron en aquellos momentos entrar en campaña.

Creyéndose abandonado Bonaparte, y llegando á su noticia que los venecianos habian hecho en Verona unas *vísperas veronesas* matando á cuatrocientos franceses, heridos ó enfermos; que desde los fuertes de Lodi habian acañoneado á un bajel francés que se habia puesto bajo su amparo, perseguido por una escuadrilla austriaca, y que además se disponian á cortarle la retirada, en el caso de ser batido por el archiduque, propuso á éste negociar la paz. Contestó el archiduque que no estaba autorizado para ello, creyendo que podria impedir á Napoleon la entrada en la cuenca de Muhr.

Siguieron las hostilidades, y el 1.° de Abril de 1797 atacó Bonaparte los desfiladeros de Newmark, el 7 entró en Leoben, y sus avanzadas

llegaron á la cumbre de Soemering, en los Alpes Julianos, desde donde, á veinticinco leguas al norte, se descubrian, á favor del anteojo, las torres de Viena. Hubo suspension de hostilidades, y diez dias despues se firmaban los preliminares de paz. Allí los enviados del emperador ofrecieron reconocer la República francesa, y Bonaparte les contestó:

« La República no tiene ninguna necesidad de ser reconocida; es el Sol que brilla en el horizonte de Europa, y mal irá para los ciegos que no quieran verla ni aprovecharse de sus benéficos rayos. »

Bonaparte firmó la paz sin estar autorizado por el Directorio, y cuando éste hacia avanzar los ejércitos del Rhin hácia Viena. El jóven general, lleno de gloria militar, se habia apresurado á aceptarla, por no deber compartir con Hoche y Moreau el título de pacificador.

Durante esta inmortal campaña, Bonaparte, arrojado de improviso por Carnot sobre un vasto teatro, despliega eminentes cualidades, decision, confianza en sus propias fuerzas, audacia, actividad, valor, grandes dotes como escritor, diplómata y legislador, ejerciendo sobre todo el mundo el ascendiente del genio. Sus calidades, sus victorias y un éxito jamás visto en los anales de la guerra, deslumbran á los generales, á los soldados, á los patriotas de Italia, de Francia, y aun á las naciones enemigas.

Y esta campaña no solo no costó un franco á Francia, puesto que el ejército se mantenia sobre el pais conquistado, sino que Bonaparte aun envió mas de cincuenta millones para auxiliar á los ejércitos del Rhin.

Cuando entró en París (5 de Diciembre de 1797) iba precedido de una bandera en que estaban escritas en letras de oro las siguientes hazañas:

« El ejército de Italia ha hecho 150,000 prisioneros; tomado 170 banderas, 550 cañones de sitio, 300 de campaña, 5 puentes portátiles, 9 navíos, 12 fragatas, 12 corbetas y 18 galeras; dado la libertad á los pueblos del Norte de Italia, de Corcira, del mar Egeo y de Itaca; enviado á París las obras maestras de Miguel Angel, del Guerchino, del Ticiano, de Pablo Veronés, del Correggio, de Albano, de los Carrocho, de Rafael, etc., triunfado en diez y ocho batallas campales, Montenotte, Millesimo, Mondovi, Lodi, Borghetto, Lonato, Castiglione, Roberedo, Bassano, San Jorge, Fontana-Niva, Caldiero, Arcola, Rivoli, la Favorita, el Tagliamento, Tarwis, Neumark, y librado sesenta y siete combates.

Así irguió su cabeza el despotismo militar que puso su pié y su espada sobre la Revolucion medio ahogada ya en su propia sangre.

Entonces se habia dado ya el golpe de Estado contra los realistas

(18 fructidor del año V; 4 de Setiembre de 1797), en que el disoluto y cínico Barrás, auxiliado por Augereau, un ejército de doce mil hombres, un millon en dinero de Bonaparte, y la dote de la mujer de Hoche, quien acababa de casarse, anuló las elecciones de 53 departamentos, decretó la deportacion de Carnot y Barthelemy, miembros del Directorio, de un ministro y de 75 diputados, impuso silencio á la prensa por medio de la policía, y tomó medidas al parecer encaminadas á salvar la revolucion de los ataques de los realistas pero en realidad, dirigidas contra la libertad y á dar preponderancia al elemento militar sobre el civil.

La persecucion de Carnot, hombre incorruptible, que escapó en el mismo instante que iban á prenderle y se refugió en Suiza, es una prueba harto evidente de que su republicanismo estorbaba los planes liberticidas, como los hechos lo demostraron despues.

La ira de Barrás contra Carnot, logró que el Instituto de Francia, á cuya creacion tanto habia contribuido, le rayase de sus listas y que en su lugar se eligiera á Napoleon Bonaparte; quien no solamente tuvo la ingratitud de aceptarlo, sino de encarcelar al banquero Bontemps de Ginebra, bajo el pretexto de haber favorecido la evasion del ilustre *organizador de la victoria*, sin el cual quizá fuera desconocido el apellido Bonaparte.

De vuelta á París el jóven vencedor de tantos ejércitos austriacos, el (15 brimario año VI; 5 Diciembre de 1797), se aloja en una modesta casa de su pertenencia en la calle de Chantereine, que por habitarla el ilustre jóven recibe el nombre de calle de la Victoria. El 10 de Diciembre el Directorio le recibe solemnemente en el patio de Luxemburgo, en donde se ha dispuesto un suntuoso altar de la patria; en esta recepcion refiriéndose á la Constitucion vigente entonces, que era la del año III, se le escapa decir ó dice intencionadamente estas palabras:

« Cuando la dicha del pueblo francés estará cimentada sobre mejores leyes orgánicas, la Europa entera será libre. »

Y en efecto, parece inminente un nuevo golpe de Estado para cambiar la Constitucion, y entronizarse el abate Sieyes, [1] que desea que Francia sea

[1] Ya citado en la biografía de Luis XVI, inspiró á Thouret la division del territorio francés en partes iguales que se llamaron departamentos; publicó el *Tanteo* de una nueva organizacion de la justicia y de la policía en Francia, en que sostuvo el jurado en lo civil y en lo criminal, adoptándose en esta última parte; fué miembro de las Asambleas Constituyente, legislativa, de la Convencion, votó por la muerte de Luis XVI; diputado por la Gironda escapó de la muerte

gobernada por *una cabeza y una espada*, esto es, por él y uno de los generales de la República.

Hallando Napoleon dificultades para erigirse en dictador, y quizá impulsado solamente por su espíritu aventurero, se lanza á los países orientales donde Alejandro y Mahoma aniquilaron y fundaron imperios. Sintiéndose el Directorio eclipsado por el prestigio del jóven general, secunda su proyecto y le facilita quinientas velas (de las cuales trece son navíos de línea, catorce fragatas doce corbetas y las demás transportes), diez mil marineros y cuarenta mil hombres de las mejores tropas de la República.

Partió Bonaparte de Tolon para su desatentada empresa el 30 floreal (19 de Mayo de 1798), no habiendo cumplido todavía veintinueve años, llevándose consigo á los sabios Monge y Berthollet, una cohorte de jóvenes que acababan de salir de la Escuela politécnica, y una pléyada de artistas que dieran brillo y consistencia al imperio que intentaba fundar.

Logró burlar la vigilancia de la escuadra inglesa mandada por Nelson, sorprender la isla de Malta, y el 1.° de Junio llegó frente á Alejandría, cuya ciudad tomó. Como se habia llevado de Roma la imprenta oriental de la Propaganda, circuló una proclama en que se leia este ignoble párrafo:

«Nosotros, los franceses, somos verdaderos *musulmanes*, y así hemos destruido el poder del Papa que proclamaba la guerra contra ellos y el de los caballeros de Malta, que creia que Dios mandaba hostilizarlos.»

Dirigióse al Cairo, ganó la batalla de las Pirámides, *desde cuyos altos, cuarenta siglos contemplaron el valor de sus soldados*, y el 23 de Julio entró en la ciudad. Mas el 1.° de Agosto la escuadra de Nelson derrota la de Napoleon en Abukir, y aunque incomunicado con Europa, continúa su empresa y conquista el alto y bajo Egipto.

Luego se encamina á Siria para librar nuevos combates á un nuevo enemigo, al ejército turco que á toda prisa la Puerta envia contra él, para contenerle en la conquista, y apesar de derrotarlo, sus esfuerzos se estrellan contra San Juan de Acre, plaza que no pudo rendir. En su impaciencia y cólera solia decir:

en el cadalso, huyendo á pais extranjero, y despues del 9 termidor, como miembro del nuevo Comité de Salud pública, tomó gran parte en los tratados de paz de 1795, con España, Prusia y Holanda, é intervino en el golpe de Estado del 18 fructidor, contra Carnot, de quien estaba celoso.

« Sin la resistencia obstinada de ese Pachá yo fuera quizás emperador de Oriente. »

Pero vamos á la parte útil de esta desgraciadísima expedicion, de la cual solo se salvaron dos fragatas y seis mil hombres.

Levantóse el mapa geográfico de aquel pais, fijándose definitivamente las coordenadas astronómicas de la coluna de Pompeyo, de la aguja de Cleopatra, de la roca en que Sostrato levantó, trescientos años antes de nuestra era, el célebre faro de Alejandría, de las Pirámides, etc. Mientras que Monge estudiaba el espejismo fenómeno tan frecuente en aquellos arenales; que el ingeniero Heyre, el general Andreosi, Lefebre y Malus examinaban los lagos y los canales; que Arnolet y Champy se ocupaban en clasificar los minerales del Golfo Arábigo, Delisle las plantas del Delta, Savigny los insectos del desierto; que Regnault analizaba el agua del Nilo, Berthollet el aire del Cairo, Castad las arenas del desierto; que Nouet y Mechain determinaban las latitudes; que Denon dibujaba los monumentos, y se descubrian la inscripcion de la Roseta y los zodíacos de Denderah y de Esneh; y que otros se ocupaban en estudiar bajo diferentes aspectos el pais, sondar sus misterios y proponer los medios de su prosperidad, contribuyendo así todos á fortificar la conquista, procuróse por otros medios herir la imaginacion de los orientales; pero ni las aplicaciones de la electricidad, ni la física y química recreativas, ni la aerostacion, nada pudo sacar á los graves musulmanes de su indiferentismo, puesto que tantos espectáculos no equivalian á los portentos descritos en las *Mil y una noches*, en que ellos creen á puño cerrado.

En estas circunstancias, la escuadra inglesa mandada por Sidney, que mantenia en riguroso bloqueo las costas de Siria y Egipto, permitió la entrada de un correo europeo que traia á la aniquilada expedicion francesa funestas noticias. La nueva coalicion de los reyes contra Francia habia obtenido grandes ventajas; los austriacos y rusos mandados por el general Suwarow inundaban á Italia; los anglo-rusos la Holanda, y mientras Messena hacia supremos esfuerzos para salvar las fronteras suizas de la invasion ruso-austriaca, el Directorio declaraba la patria en peligro.

Bonaparte, que habia perdido la ilusion de ceñirse una corona imperial en Oriente, que habia soñado la conquista de Constantinopla y aun de la India, resuélvese á regresar á Francia: hace los preparativos con gran sigilo, y fingiendo un reconocimiento por la costa, se embarca en Alejandría en

dos fragatas, el 22 de Agosto de 1799, dejando el mando del ejército á Kleber, y llevándose á los generales Lannes, Murat, Andreossi, Berthier, Marmont y á los sabios Monge y Berthollet. No hablaremos de las imprecaciones que excita en el ejército la nueva de su partida, que califica de desercion, huida y traicion.

Bonaparte volvia desilusionado de Oriente, mas con la esperanza criminal de ahogar la República francesa.

Desembarcó en Frejus, entre Tolon y la frontera italiana, el 8 de Octubre de 1799, despues de 17 meses de ausencia.

¿Qué fué de la revolucion francesa, y en qué estado la halló Napoleon?

El vigoroso movimiento reformador del siglo XVIII, tendió á sustituir la teología por la ciencia, la soberanía de los reyes por la de los pueblos, y las leyes y costumbres de la aristocracia, bárbaros restos del feudalismo, por instituciones que fomentasen y enalteciesen el trabajo.

Ya hemos indicado en otras biografías cómo los excesos del alto y bajo clero engendraron la Reforma, y cómo por autores ortodojos habia sido sostenida y propagada la doctrina del regicidio ó tiranicidio; el libre exámen y la falta de respeto al monarca cundieron, pues, por Europa, y sobre todo por Inglaterra, en donde Hobbes, Sidney, Locke, Taland y otros, con el diluvio de sus obras, sostuvieron á los libres pensadores.

Sin embargo, muchos quisieron que la Reforma no trascendiese al pueblo. Nobles, como el lord Enrique Bolingbroke, opinaban que la aristocracia podia librarse del yugo de los reyes y de las iglesias, dejando al pueblo en la supersticion; reyes como Federico II, y filósofos como Voltaire, creian en la posibilidad de una estrecha alianza entre el trono y la filosofía, dejando al pueblo en el embrutecimiento de la ignorancia; no viendo unos y otros que las luces de la doctrina y del ejemplo iluminan mucho mayor espacio si están en lo alto de los imperios colocadas.

En Francia, centro activo de discusion y de propaganda, proyectaron vivos reflejos en las masas populares las que emanaban de la soberanía de la razon. Afirmóse que el hombre subsiste por sí y para sí propio, y que por lo tanto todas las instituciones, esto es, el estado de sociedad, el idioma, el derecho y el deber, la religion, las artes y las ciencias, son creaciones del espíritu humano, y que van transformándose y perfeccionándose conforme á leyes de sucesion y de perfectibilidad que presiden en la naturaleza, y que el hombre encuentra estudiándola.

La vieja Europa se conmovió ante tal radicalismo, y temió el contagio;

porque desde Luis XIV recibia de la literatura francesa todos los deleites intelectuales. El idioma francés, tan preciso y claro, aunque muy hinchado y falto de armonía, formaba ya entonces parte integrante de la buena educacion y era la lengua de la diplomacia. Mas ¿cómo impedir el contagio, si las personas instruidas de todos los países mamaron en el mismo pecho la leche reformadora del siglo XVIII?

Los escritores de aquel siglo aspiraron al título de filósofos; muchos demolieron, pocos edificaron. Personificaba Voltaire á los primeros, que con la ironía delicada, y con la burla sangrienta desacreditaba á los patriarcas, Moisés y los profetas; que llamó escritorcillos á los evangelistas, esportilleros á los apóstoles, y á Jesucristo un charlatan que engañó al público. Despues de haber adulado á Federico II, en cuya córte perdió su dignidad, escribió contra los reyes, con el mismo desenfado y ligereza con que habia atacado al cristianismo. En él domina la envidia y combate todo lo que le aventaja, incluso á sus prosélitos si se elevan en el concepto público, llegando su insensata ingenuidad á preguntar: «¿Creeis que Cristo tuviese mas ingenio que yo?»

Si personificamos en Voltaire y en Rousseau todo el movimiento filosófico del siglo XVIII, diremos del primero que arruinó el sistema antiguo, y del segundo que echó las bases del edificio social moderno. Voltaire destruyó por gusto, y presintiendo que lograria lo que intentaba, escribia á D'Alembert: «No se armará entonces mal barullo.»

Robespierre, que instituyó la fiesta del Sér Supremo, y que representa en la revolucion la escuela de Rousseau, decia del grupo demoledor de los filósofos lo siguiente: «Esta secta propagó con gran celo la opinion del materialismo que prevaleció entre los grandes y los pisaverdes; á ella se debe en parte esa especie de filosofía práctica, que, reduciendo el egoismo á sistema, considera la sociedad como una guerra de astucia, el buen éxito como la regla de la justicia, la injusticia y la probidad como asunto de gusto ó de pulidez, y el mundo como patrimonio de sagaces bribones.»

Rousseau, que creia que el único camino de llegar á la libertad, era el de la virtud, aspiró á depurar la moral por los sentimientos de familia, ofreciendo como ejemplo las sencillas costumbres republicanas; de aquí que pretendió reconstituir la sociedad sobre las bases de un sentimiento religioso y de un pacto social. Formóse á su alrededor la falange compuesta de las mujeres que habian leido la *Nueva Eloisa* y el *Emilio*, y de los hombres que se habian enamorado del *Contrato social*; en una palabra, de todos

aquellos que habiendo perdido su antigua fé, amaban sin embargo la virtud, odiaban el ateismo y tenian confianza en el porvenir.

Con el *Emilio,* Rousseau devolvió los hijos á las madres, devolvió tambien al individuo todos sus derechos que derivan del mero hecho del nacimiento, y dióle así armas para combatir una sociedad que distaba mucho de la perfeccion; y en el *Contrato social,* partiendo de la soberanía del pueblo, abrió el palenque donde debian combatir todas las opiniones políticas.

Rousseau, republicano, defiende al pueblo, eleva sus sentimientos, elegíacos son sus escritos y consuelan como todo lo que hace derramar lágrimas.

Él dió el impulso á la revolucion, y por código el *Contrato social;* esta se ensangrentó, apesar de haber prevenido Rousseau que *en las agitaciones violentas debian los hombres desconfiar de sí propios;* que *no es justo todo lo que no es humano* y que *es un tirano aquel que se muestra mas severo que las leyes.*

Mas como hemos visto en la biografía de Luis XVI, la templanza ni la prudencia fueron las virtudes ni del pueblo francés en aquella época ni de los hombres que tuvo al frente de su gobierno. Se adoptaron los principios del *Contrato social;* pero estando las pasiones políticas exacerbadas, nadie pudo contenerlas, hasta que se extinguieron por sus propios excesos.

El terrible Comité de Salud pública solo podia resistirlas por la energía de su voluntad, por el vigor de sus determinaciones, cogiendo con mano de hierro aquellos bárbaros partidarios del pasado que, tan exaltados, tan locos como los revolucionarios, llamaban al extranjero para destrozar las entrañas de la patria.

Lleváronse las pasiones políticas al paroxismo; se inmoló la familia real sin motivo ni utilidad; á los nobles por venganza, á los ricos por prevencion, y por sospechosos á cuantos estorbaban á las autoridades: tomada ya la borrachera que produce la sangre, se extendió el terror por toda la Francia, y se mataba á diestro y siniestro, embarcando las víctimas y echando los naves á pique, ametrallando á centenares los sospechosos, puesto que ni la guillotina ni el degüello en las cárceles fueron medios bastante expeditivos. No se eximieron de la muerte ni la edad, ni el sexo, ni la profesion.

No se perdonó á sabios como Lavoisier, ni á hombres virtuosos como Malesherbes, ni á poetas como Chenier, ni á mujeres interesantes por su saber como madama Roland, ni hubo excepcion para los constituyentes

patriotas y republicanos, ni para los Girondinos, ni para los furibundos revolucionarios como Danton, Desmoulins, Robespierre y Saint-Just.

Hasta Noviembre de 1793 fueron encarcelados como sospechosos doscientas mil personas; despues (hasta el 9 de termidor, 27 de Julio de 1794) se hicieron prisiones en masa, por familias, por opiniones manifestadas ó presuntas, por barrios, por religiones, por paises.

En el Diccionario del contemporáneo y amigo de la revolucion Prudhomme, están colocados los guillotinados con su nombre, apellido, edad, patria, calidad, domicilio, profesion, fecha y motivos de la condena, dia y lugar de la ejecucion y contiene 18.613 nombres de personas. Mas despues no fué posible ya individualizar las víctimas.

En la Vendée las mujeres muertas fueron quince mil; los niños veintidos mil; los hombres en número de noventa mil; las víctimas que sacrificó Carrier en Nantes fueron treinta y dos mil; los de Lion treinta y un mil. Habia repartidos sobre el suelo de la Francia cincuenta mil Comités de sospechosos que juntos componian un personal de quinientos cuarenta mil individuos, y cada uno cobraba tres francos diarios, es decir, cada uno estaba bastante desocupado para atisbar á su vecino, interpretar, ó dar tortura á sus palabras ó acciones y declararlo sospechoso de enemistad á la República.

«Teneis cien mil presos, decia el enloquecido Saint-Just, y el tribunal revolucionario ha condenado á tres cientos mil culpados; pero en tiempo de la monarquía habia cuatro cientos mil presos; ahorcábanse al año quince mil contrabandistas y tres mil hombres morian en la rueda: hoy mismo en Europa hay cuatro millones de encarcelados, cuyos gritos no oís, mientras vuestra *moderacion* parricida deja triunfar á los enemigos del gobierno.»

¡Como si los excesos del absolutismo pudiesen legitimar los de la democracia!... ¿Acaso no son los excesos del absolutismo los que ocasionan su propia ruina?... ¡Como si la revolucion, para arraigar en un país, no debiera ser tan firme y brava como clemente y moderada, siguiendo el noble y reciente ejemplo de los Estados-Unidos, por cuya norma se guiaba Lafayette!

Despues del terror rojo viene el terror blanco «y corren rios de sangre, dice Thiers; porque ningun partido, ni aun el que tiene por divisa la humanidad, no es prudente en su venganza.»

«Así, observa César Cantú en su *Historia Universal*, ahogando en tor-

rentes de sangre al partido de la montaña; el miedo de recaer en el terror, reprodujo el terror, enseñoreándose la anarquía del pais y no teniendo el gobierno fuerza bastante para reprimirla.»

El feroz Marat, tenido por el hombre mas sanguinario de la revolucion, habia pedido solamente de cuatrocientas á quinientas cabezas, por ahorrar cien mil, y siguiendo su sistema, un millon de víctimas, hizo del suelo de la Francia un vasto matadero, y debajo de la guillotina de París tuvo que abrirse un cauce para dar salida á la sangre.

¡Ay! ¡cuánta se ha de derramar aun, si los propagandistas de las nuevas ideas persisten en imponerlas por la violencia, y los partidarios del pasado en no ver el encadenamiento de los hechos que transforman la sociedad! Esta, como todo lo que existe en el mundo, tanto en el órden físico como en el moral, está sujeto á la ley de continuidad y variacion, é insensiblemente como los organismos, va tomando nuevas formas y faces mas ó menos perfectas segun las condiciones de instruccion, de gobierno, de religion, de ciencia, de clima, de alimentos y otras causas desconocidas, quizá cósmicas; porque en la vasta naturaleza ya no podemos negar que existe una influencia mútua ó recíproca entre todas sus partes. Los ciegos que no ven que el concurso de todas estas causas es irresistible, oponen diques al torrente y barreras al viento, creyendo que las revoluciones son sorpresas que dan individuos osados á los gobiernos. Son inevitables; pero son dóciles al mismo tiempo, y obedientes como el rayo á la voluntad de Franklin. Mas no supo Luis XVI dirigir la francesa, ni la Constituyente encauzarla, ni los girondinos refrenarla, cuando impulsada por los jacobinos revolvió sus propias fuerzas contra sí misma, y, cayendo exánime en manos de un Directorio inmoral, dilapidador y sanguinario, fué entregada al conquistador de Italia, al huido de Oriente, á Napoleon Bonaparte.

Saludóle Francia, á su vuelta de Egipto, como el restaurador de la libertad y del buen gobierno. ¡Qué hermoso papel podria representar si su gran cabeza hubiese sido inspirada por un corazon patriota como el de Paoli, como el de Washington! Mas, acostumbrado como casi todos los generales franceses de la República, á excepcion de Hoche y de algun otro, á beneficiar sobre la fortuna del Estado, figurando mayor número de soldados en las revistas, partiendo los beneficios con los suministradores del ejército, y *pillando,* como dice Thiers, los países conquistados, Napoleon fué tan grande por su inmoralidad, como por su ambicion y por su genio militar. Habia llegado á París el 16 de Octubre, y el 9 de Noviembre

(18 brumario, año VIII) dió el golpe de Estado que le hizo soberano de Francia, aunque fué bajo el nombre de primer Cónsul.

Ya hemos visto como la terrible Junta de Salud pública, de que formaba parte el ilustre Carnot, habia puesto en prensa la imaginacion de los sabios para arrancar de la ciencia nuevos procedimientos y métodos para la confeccion de armas, pólvora, curtidos para el calzado, conservacion de comestibles, y construccion de máquinas y utensilios. Este llamamiento á la ciencia, atrajo á Francia al insigne ingeniero Roberto Fulton, pero cuando llegó (Carnot estaba en desgracia), en vano quiso persuadir á los miembros del Directorio de que, en la imposibilidad de crear en poco tiempo una marina que pudiese contrarestar la inglesa, y el numeroso personal que exige para servirla, era indispensable suplirla por otros medios, pareciéndole ser los mas útiles, prontos y eficaces, la aplicacion de la fuerza del vapor á la locomocion de los navíos de guerra, y la adopcion desde luego de los torpedos dirigidos por embarcaciones submarinas para la defensa de las costas. Cuantos pasos dió, apoyado por su amigo Livingston, ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en París, no pudo recabar del Directorio que se examinasen sus proyectos.

«Por este tiempo (Noviembre de 1799), dice Montgery, [1] Fulton creyó encontrar en Bonaparte un celoso protector. Escribióle para obtener las sumas necesarias á la construccion de una nave subacuáica, y el nombramiento de una Comision que examinase sus proyectos. Esta doble peticion fué acordada sin grandes dificultades; constituyeron la comision Volney, Monge y Laplace, que dieron un informe favorable, y á mediados de 1800 fué concluido un barco submarino, y ensayado durante el otoño del mismo año y con éxito, primero en Ruan, y luego en el mar, en las aguas del Abra de Gracia.»

Apesar de que en el *Nautilus*, que así llamó Fulton á la nave submarina, no se generaba oxígeno para la respiracion, ni se purificaba el aire; de carecer dicho buque de la vegiga natatoria de los peces; de luz potente para iluminar las tinieblas del fondo del mar; de cámara oscura donde se pintasen los horizontes aéreos en tanto que, andando velado por las aguas, se dirigiese al enemigo que intentase destruir; y sobre todo de un motor submarino potente é inanimado, para vencer las corrientes y

[1] Capitan de fragata de la marina francesa en su *Tratado de los cohetes de guerra*, publicado en París en 1825. Este autor conoció personalmente á Fulton.

facilitar todas las operaciones submarinas, calidades y circunstancias que reunia el Ictíneo que hemos visto funcionar en las aguas de Barcelona; sin embargo, el *Nautilus* de Fulton como *primer ensayo*, fué recomendado eficazmente por el Instituto de Francia, y en una de sus sesiones Guyton de Morveau leyó una *Memoria* sobre los medios de generar oxígeno y absorber el ácido carbónico dentro de las naves submarinas; y es indudable, que si Bonaparte hubiese comprendido cuánto interesaba á Francia esta clase de navegacion para mantener á raya á los ingleses, los Monge, los Berthollet, los Chaptal, los Guiton-Morveau, y otros sabios que crearon tantos medios en defensa de la República, hubieran perfeccionado la invencion de que tratamos, hasta arrancar de manos de los ingleses el poderío de los mares.

Mas, Bonaparte, segun el citado Montgery, dijo del americano Fulton que era un charlatan, un estafador que no tenia mas objeto que atrapar dinero. La aplicacion del vapor á la navegacion que le fué propuesta, y que llegó á ensayarse en el Sena por el mismo Fulton, produjo tan poco efecto en el ánimo de Bonaparte, como la misma navegacion submarina, y sin embargo solo por una ó por otra y mejor por las dos juntas, podia contrarestar el poder de Inglaterra que tantos males ocasionó á Napoleon y á Francia. Esta falta de prevision dice muy poco en favor de Bonaparte, el cual llevado en alas del genio de los combates, no pensó jamás sériamente sino en batallar y siempre batallar, y no en beneficio de la humanidad ó al menos de Francia, sino por el placer, para él supremo, de levantar tempestades armadas y deshacerlas.

Ejerció desde el 18 brumario una persecucion activa contra los republicanos y legitimistas; protestaron aquellos por medio de Arena, antiguo diputado jacobino que intentó matarle en 10 de Octubre de 1800, y estos por medio de la máquina infernal que le dispararon en 24 de Diciembre del propio año.

Entretanto que seguia sus conquistas y vencia la segunda coalicion, muchos emigrados nobles se reconciliaron con Francia, se abrieron nuevas carreteras, se repararon puertos, se activó la administracion, se fomentó la marina del Estado, y en 20 de Marzo de 1804, se publicó el código civil, conocido con el nombre de *Código de Napoleon,* resúmen de las leyes civiles emanadas de la Revolucion, y habiéndose preparado para la conquista de Europa, Bonaparte se proclamó emperador de los franceses, título que confirmó un plebiscito en que se emitieron 3.572,329 votos afirmativos.

Entretanto no tuvo poder ni voluntad para auxiliar aquel ejército que llevó á Egipto, el cual, reducido á seis mil hombres, capituló; tampoco pudo contrarestar el poder marítimo de Inglaterra, y en la célebre batalla naval de Trafalgar quedaron abatidos los pabellones marítimos de Francia y España en 21 de Octubre de 1805, y señora de los mares la Gran Bretaña.

Estas pérdidas fueron compensadas en el continente por una série de ventajas coronadas por la batalla de Austerlitz, ganada por Napoleon contra los dos emperadores de Austria y Rusia, que á ella asistieron en 2 de Diciembre de 1805, y al inmediato año por la rápida conquista de Prusia, despues de la gloriosa batalla de Jena y de la entrada triunfal de nuestro héroe en Berlin el 22 de Octubre de 1806. En el siguiente de 1807 síguele todavía la fortuna; bate á los rusos en Eylau en 8 de Febrero, triunfa en cinco otros combates y en la célebre batalla de Frieland (14 de Junio), y despues de varias entrevistas entre Napoleon y Alejandro I, firma la paz de Tilsitt en 8 de Julio de 1807.

El Imperio francés llegó á su apogeo; si Napoleon fuera el genio benéfico de la humanidad, tuvo un campo inmenso y ninguna traba para organizar el mundo civilizado conforme á sus grandes miras, si las tuviera. Los pueblos odiaban las antiguas instituciones, la nobleza era impotente, y cuando todos esperaban que el soberano de Europa fundase por medio de la dictadura el nuevo régimen de los pueblos, el insensato no pensó mas que en sí mismo, y demostró cuán estrechas eran sus miras empezando el segundo período imperial, que abraza desde 1807 á 1814, con el bloqueo de Inglaterra. Ordena la aprehension y embargo de todas las mercaderías inglesas y funda el *sistema continental* contra la Gran Bretaña.

Así inició, en la época de su mayor prosperidad, la de su decadencia. A esta enormísima falta de atacar el comercio é industria que son las fuentes de los tesoros de los pueblos modernos, siguieron otras no menos funestas; la imprevision de que tantas pruebas habia ya dado, y que hasta entonces la fortuna convirtiera en ventajas, acumuló desastres sobre el imperio y sobre Francia hasta sepultarle en Santa Elena.

Al llegar á este punto de la biografía de nuestro héroe, tomamos por guia á los franceses Litré y Cabet [1] que han juzgado con sumo acierto del genio militar de Napoleon I.

[1] *Fragments de philosophie positive, pajes* 329-367-*París*-1876.
Histoire populaire de la revolution française, par Cabet.—París-1845.

España, que habia perdido por amor á Francia su marina en Trafalgar, que era su aliada sincera, sirviéndola con un cuerpo de ejército en Alemania, que llegó su oficiosidad hasta permitir que los ejércitos de Napoleon transitaran por su suelo, yendo en auxilio del general francés Junot que dominaba en Portugal, vió con asombro, que los tres ejércitos de su aliada mandados por Dupon, Moncey, Duhesme. ocupando las plazas fuertes de Figueras, Barcelona, Pamplona, San Sebastian y todas las provincias entre el Ebro y los Pirineos, vió, repetimos, con asombro, que Napoleon declarase que *para su seguridad necesitaba* el norte de la Península, y que en cambio cederia el Portugal á España. A esta traicion todo el mundo sabe cómo contestaron los españoles.

« Confieso, decia Napoleon en Santa Elena, que conduje muy mal este negocio: la inmoralidad mostróse *demasiado patente*, la injusticia *demasiado cínica,* y el conjunto fué muy feo, puesto que sucumbí; porque el atentado no se presentó sino con su asquerosa desnudez, privado de todo lo grandioso y de los beneficios que llenaban mi intencion.»

« El bombardeo de Copenhague en plena paz, y el robo de la armada dinamarquesa, perdió á los ingleses en la opinion de Europa; pero el negocio de España hizo olvidar á los ingleses y me perdió.»

¿ Se explicaria un bandido de otra manera? No siente Napoleon remordimientos por haber obrado mal, sino por haber hecho demasiado patente la inmoralidad y demasiado cínica la injusticia, y si se arrepiente es porque esto le perdió. En efecto, en seis años de guerra, fueron muertos en España quinientos mil franceses, que mataron es verdad, á otros tantos españoles; pero no le salvaron de la coalicion europea, antes la precipitaron. ¡ Pobre humanidad cuando está servida por tales genios!

Desde entonces, la Europa coaligada marchó contra Francia en nombre de los mismos principios por los cuales habia combatido la revolucion francesa: por la independencia de la patria, por la nacionalidad, por la autonomía, aprendiendo cada pueblo á rechazar la inmixtion del extranjero en los asuntos interiores de su propio pais.

Las Cortes de Cádiz proclamaron la Constitucion de 1812 calcada sobre la francesa de 1791. En Alemania los monarcas revistieron sus gobiernos de las formas modernas, mientras Napoleon, imitando á los reyes feudales, repartia principados, ducados y señoríos entre los individuos de su familia y generales de su ejército. El rey de Prusia adoptó muchas reformas democráticas y abolió privilegios; los príncipes organizaron

sociedades secretas, hicieron la propaganda por medio de escritos que excitaron é inflamaron la juventud, y en que se predicaba la independencia, la libertad, la igualdad y la insurreccion. Los papeles se habian trocado: la antigua Europa quiso ahogar la libertad en Francia, y cuando estuvo aplastada por la inmensa pesadumbre de un déspota, recibió el gobierno representativo de manos de la restauracion.

Siguió durante dos años Napoleon teniendo fija la vista en la española península; cansóle esta atencion, porque no comprendió nunca esa guerra defensiva que atormenta al invasor por los flancos, por el frente, por retaguardia, sin darle nunca ocasion para exterminar al enemigo en una batalla, enemigo que está en todas partes, que se disuelve en cuanto es atacado, y que reaparece formidable cuando no es esperado. Aprendióla, sin embargo, Wellesley (despues duque de Wellington) de los españoles cuando desembarcó en Portugal con un ejército inglés que fué en auxilio de ellos. Tampoco Wellington presentaba cara á los ejércitos franceses á quienes seguia de cerca, sino cuando todas las circunstancias del número y del terreno estaban en su favor, como en Talavera.

En 1810, divorcióse Napoleon de Josefina, por no tener sucesion de ella, y contrajo matrimonio con María Luisa, hija de Francisco II emperador de Austria, con el objeto de adherir esta potencia á Francia, y afianzar así la dinastía de su familia.

Cansado de la guerra de España, lanza sus ejércitos hácia el Niémen, donde está Barclay de Tolly que manda el ejército ruso, inferior en número al francés. Napoleon le acosa para obligarle á una batalla; pero Barclay, que no quiere fiar la suerte de Rusia á un solo combate, lo evita, y va retrocediendo hácia el interior del pais, mientras que el imprudente Napoleon va avanzando perdiendo hombres y caballos, pérdidas irreparables estando tan léjos de la base de sus operaciones. Esta habilísima retirada de Barclay, presentando siempre las bayonetas al invasor, no fué comprendida por el Czar, que le obligó á dar su dimision y nombró á Kutusof, quien presentó batalla á Napoleon que este ganó en las orillas de la Moskova en 14 de Setiembre de 1812; pero no fué decisiva apesar de haber sido muy sangrienta; Kutusof se retiró ordenadamente sin perder la organizacion de su ejército.

Fué una singular alucinacion la que condujo al emperador de los franceses á Moscow, en donde necesariamente debia ser vencido por los rigores del clima, puesto que los rusos á medida que iban replegándose al

interior del pais, incendiaban las villas y aldeas de una y otra parte de la carretera, y destruian esta misma en cuanto habia pasado el ejército enemigo. Los rusos quemaron la misma Moscow. Cuando Napoleon entró en la capital, solo quedaba en pié una décima parte de la ciudad; era el 14 de Setiembre de 1812 y no salió de ella hasta el 19 de Octubre, debiendo repasar doscientas leguas de un pais devastado y con un frio que llegó á 30 grados bajo cero.

Habia partido con un ejército de 500,000 hombres, 200,000 caballos, 1,200 piezas de artillería y 20,000 carros, y cuando se encontró, á la vuelta, de la otra parte del Niémen, solo tenia 20,000 hombres: 213.000 cayeron prisioneros de los cosacos, 267,000 habian muerto en los combates ó por el rigor de la estacion!

En 1813 levantó nuevas tropas, y no queriendo tratar de la paz, como debia, despues del desastre de Moscow, para sacar el mejor partido posible de la situacion; desechando los consejos de Austria, su aliada, que se ofrecia por mediadora, se empeñó con un ejército de reclutas y guardias nacionales en la continuacion de la ya imposible conquista de Rusia.

Apesar de las ventajas que obtuvo el 2 de Mayo en Lutzen y en Bautzen, contra los rusos, del 19 al 22 del mismo mes, la Europa entera se coaligó contra él; pueblos y reyes, aleccionados por la misma revolucion francesa, formaron un solo cuerpo, y despues de la batalla de Leipzick dada el 17 de Agosto, se vió obligado á retrogradar sobre el Rhin.

Los coaligados se adelantaron hácia Francia en enormes masas: Alemania levantó un ejército de 700,000 soldados, Bernardote, que habia recibido la corona de Suecia de manos de Napoleon, formando causa comun con los demás reyes, atravesó Holanda y se dirigió á Francia con un ejércido de 200,000 hombres; Blucher con otros 200,000 por el centro, y el generalísimo Schwartzemberg con 300,000 por el Franco-Condado y Suiza. ¿Qué hará Napoleon para detener tal diluvio de enemigos? ¡Ah! ¡si tuviese los 500,000 nombres sacrificados en España y su alianza aun podria salvar su imperio!

«Cuando se ha cometido una falta, decia nuestro héroe, no debe confesarse, sino obstinarse en ella hasta conseguir el éxito, cueste lo que cueste; así se triunfa.»

Enemigo de la libertad y de la revolucion mas que ningun otro soberano, se negó al levantamiento en masa de la Nacion, no quiso declarar la guerra nacional, y segun manifestó el ministro Savary:

«Eran mas temibles los *cosacos* del arrabal de San Antonio que los cosacos del Don.»

Es decir, pudiendo salvar la Francia de la invasion extranjera, y aun sus fronteras naturales que son el Rhin, los Alpes y los Pirineos; es decir, pudiendo armar á los pueblos para contener al enemigo, mientras él con el ejército los hubiera batido; prefirió persistir en la ofensiva; prefirió combatir ejército contra ejército sin el auxilio del pueblo, y se completó su ruina y la de la nacion francesa.

Lo que no consiguieron los reyes coaligados en 93 contra el pueblo francés, sin armas, sin pólvora, sin oficiales, sin generales, debiendo crearlo todo, incluso una nueva táctica, la del esclarecido Carnot, táctica apropiada á soldados y oficiales bisoños, pero llenos de patriotismo, lo consiguieron estando gobernada y defendida Francia por el genio militar de Napoleon I. Los aliados entraron en París el 31 de Marzo de 1814.

Acordaron á Napoleon una renta de dos millones y el Principado de la isla de Elba junto á la Toscana, de elevadas montañas, de veinticuatro leguas cuadradas de superficie, abundante en todo género de frutos y minerales, con una poblacion de treinta y siete mil habitantes, y dos villas: Porto-Ferrajo y Porto-Longone; á María Luisa y á su hijo los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla; á los demas hermanos una pension de dos millones y medio; á la esposa divorciada (Josefina) un millon anual.

Napoleon, desesperado, intenta suicidarse tomando cierta cantidad de ópio; mas ó fué esta insuficiente ó él socorrido á tiempo, y pasó á la isla de Elba el 20 de Abril de 1814.

Habiendo el Congreso de los soberanos coaligados, reunidos en Viena para el arreglo de los asuntos europeos, ordenado que Napoleon pasara á América, y concertado secretamente transportarle á la isla de Santa Elena, éste, el 26 de Febrero de 1815, fugóse de la isla de Elba con los generales Drouot, Cambronne, Bertrand y 1,100 hombres, entre los cuales deben contarse los 400 granaderos que se le habian otorgado para su guardia. Desembarcó en Cannas á pocas leguas de Niza el 1.° de Marzo; el 5 llegó á Gap, capital del departamento de los Altos-Alpes, y desde allí lanzó admirables proclamas contra los Borbones y los emigrados. Excita el entusiasmo popular con pomposos programas, maldice de la guerra y ensalza la paz y la libertad; así llega á la capital llevándose tras sí los corazones de los franceses.

Mas luego cambia de lenguaje; nombra un ministerio en que si bien figura el sabio é íntegro Carnot como ministro del Interior, está tambien Fouché que hizo traicion á los republicanos en 18 de brumario, que entregó despues el imperio á los borbones, hombre venal, que ahora ha hecho traicion á estos para favorecer á Napoleon, y que se prepara ya para venderlo de nuevo á los reyes coaligados; hombre de quien dijo el mismo Bonaparte en Santa Elena, que jamás mereció su confianza ni su estimacion, por haber sido terrorista y jefe de los jacobinos, haber vendido á sus cómplices y camaradas, y por haber adquirido grandes riquezas robándolas á los hospicios de los pobres.

El nombramiento de este ministro y del de Davoust, su amigo y cómplice, para ministro de la guerra, el llamamiento de mariscales reconocidamente traidores á la causa de la libertad; el rehusar la Constitucion ofrecida resistiendo á las súplicas de sus verdaderos amigos, demostró que era el mismo hombre del 18 brumario, que nada habia *olvidado* tampoco, y nada *aprendido*, que era naturalmente déspota, quizá sin saberlo y sin quererlo, y dió la conviccion á todos los buenos ciudadanos de ser su vuelta la mas terrible de las calamidades. Y el entusiasmo patriótico que reverdecia empezó á agostarse.

Ignora sin duda Napoleon los peligros que corre; desconoce completamente la situacion de Francia, que solo puede salvarse de los enemigos interiores y exteriores por la proclamacion de la república ó de las libertades del 93, armando las villas y aldeas, excitando el patriotismo en todos, y reorganizando aquellos ejércitos, que bajo la direccion de Carnot, triunfaron de la primera coalicion de los reyes contra Francia. Como déspota no comprende ni cuenta nunca con el patriotismo expontáneo del pueblo; no vé tampoco que entre sus enemigos están todos los traidores que temen su venganza; que además hay los republicanos, los constitucionales, los liberales que no pueden soportar su despotismo militar, y el clero y los realistas que trabajarán incesantemente hasta conseguir la segunda restauracion.

Los peligros exteriores son tan grandes, que los ejércitos de los reyes coaligados se mueven ya hácia Francia, en número de mas de un millon de soldados, y sin embargo no apela al espíritu revolucionario y republicano del pueblo, y no declara francamente la guerra á los Borbones, á los nobles y á los curas, ni excita los temores de los campesinos por la pérdida de los bienes nacionales que han comprado, ni del probable estableci-

miento de los diezmos y de los derechos feudales, y solo y aislado como siempre, no consultando mas que su genio, y no tomando consejo de sus amigos, se dirige con 120,000 franceses á atacar en Bélgica á 120,000 prusiano-sajones, y á 104,000 anglo-belgas.

El 15 de Junio de 1815 batió á los prusianos en Fleurus, el 16 en Legny triunfa de los ingleses y prusianos mandados por Wellington y Blucher; mas el 18 llegamos á la batalla del Monte San Juan ó Waterloo.

Las dos primeras operaciones del plan que él llevaba le salieron perfectamente; batió el 15 y el 16 separadamente á dos ejércitos que no pudieron auxiliarse mas que parcialmente. El 17 Wellington ocupaba la posicion del Monte San Juan, delante de Waterloo; posicion que habia estudiado y en donde habia resuelto recibir la batalla, si Blucher le aseguraba concurrir á ella con dos cuerpos prusianos, como se lo habia pedido por la mañana. La respuesta de su aliado estaba concebida en estos términos: «No solamente con mis dos cuerpos de ejército me juntaré con vos, sino con el ejército entero; y si Bonaparte no os ataca el 18, nosotros le atacaremos juntos el 19.» Así los generales aliados habian concertado la reunion de sus fuerzas sobre un punto escogido por Wellington, y si Napoleon ataca el 17 á Wellington que se hallaba aislado, obtiene la victoria, puesto que todavía no estaba rehecho de la derrota de Fleurus; mas sea que Napoleon perdió inútilmente el tiempo ó que las circunstancias le impusieran el retardo de un dia, es cierto que perdiendo estas 24 horas, se perdió todo. Por lo que respecta á la batalla en sí, dada el dia 18, Napoleon es responsable de no haberla empezado al despuntar el dia, sino á las once de la mañana, puesto que á la una, llegó ya la vanguardia de Blucher, á las cuatro de la tarde compareció el primer cuerpo de ejército y á las siete el grueso de sus fuerzas que acabaron con la constancia, valor y heroismo de las de Napoleon. Si este al llegar la vanguardia de Blucher se retira ordenadamente, y no haciéndolo en aquella hora lo hubiese practicado al ménos á las cuatro de la tarde, salvaba á su ejército, pero Napoleon, fiel siempre á su principio erróneo de persistir obstinadamente en una empresa una vez comenzada, no se retiró ni á la una ni á las cuatro, ni á las siete y al llegar la noche la traicion dió el grito de *sálvese quien pueda* y se dispersó el ejército.

Napoleon habia previsto la reunion de los dos generales enemigos y habia mandado á Grouchy para entretener el movimiento de Blucher, pero este evitó su encuentro por una hábil contramarcha. El cuerpo de ejército

de Grouchy compuesto de 25,000 hombres y los 29,000 que quedaron á Napoleon despues de la derrota, era un núcleo todavía bastante fuerte para defender el territorio de la invasion enemiga por aquella parte, y le hubiera dado tiempo para organizar una guerra de resistencia, única que convenia en aquellas circunstancias, y acabar con la paciencia y constancia de los aliados que en general solo están compactos y son temibles para un golpe de mano. No era este el costado fuerte de Napoleon, y, como en Egipto, y en Rusia, abandonó tambien en estas circunstancias los restos de su ejército y llegó á París el 21 de Junio, á las cuatro de la madrugada. Abdicó una segunda vez en favor de su hijo, y partió para Rochefort, desde donde pidió hospitalidad á Inglaterra. Acogióle esta solapadamente, y en cuanto lo tuvo en su poder, le declaró prisionero de la coalicion, y embarcándolo en el *Northemberland* lo llevó á la isla de Santa Elena.

Mientras Napoleon atravesaba el Océano prisionero de los ingleses, á los cuarenta y seis años de edad, para consumir una vida lozana en los ardores de los trópicos, sobre una roca volcánica, en medio del Océano, y secuestrado del mundo, una fragata llamada Primer-Fulton, armada de 26 cañones de á 32 y movida por una máquina de vapor de 120 caballos, salida de Nueva-York, hacia sus primeros viajes de crucero por las costas americanas, desde el mes de Junio del propio año de 1815. Las reflexiones de Napolon con este motivo debieron ser muy amargas: ¡haber podido disponer de la fuerza del vapor y por su medio ser rey de los mares, y ahora prisionero de los ingleses! No, Napoleon por ser el genio de la guerra no fué un genio, ni conoció á su siglo, ni á los hombres que le rodearon. En aquel mismo año habia dicho á Carnot:

«¡Ah, si yo hubiese conocido mas pronto lo que valiais!»

Y ¿quién no habia conocido á Carnot, llamado por los hombres sangrientos del 93, *el organizador de la victoria!*

Ahora podria decir:

¡Ah, si no hubiese negado el genio de Fulton!

Llegó Napoleon á Santa Elena acompañado de los generales Bertrand, Mantholon, Gourgaud, del conde de Las Casas y del cirujano inglés O'Meara que pasó expontáneamente á su servicio. Allí pasó los seis años que aquel clima insalubre le permitió vivir, dictando sus *Memorias* que le colocan entre los buenos escritores de nuestro siglo, que igualan á los *Comentarios de César* por la simplicidad y nobleza de la expresion.

«Mi padre, decia estando ya enfermo al médico, murió de un cirro en

el piloro á los treinta y seis años; quiera Dios que al recibir yo de él este gérmen mortal no lo haya legado á mi hijo.» [1]

«Cuando muera, dijo tambien á su médico, porque no está lejana la hora, tomareis mi corazon, lo conservareis y lo llevareis á Parma á mi querida María Luisa, diciéndola que la he amado tiernamente, que nunca he dejado de amarla, y contadla todo lo que habeis visto. Luego pasareis á Roma y hareis una relacion tambien á mi madre de cuanto me ha pasado, y mi enfermedad y mi muerte sobre esta desgraciada roca.»

Y otro dia dijo:

«Al morir en esta espantosa roca, privado de los mios y careciendo de todo, lego el oprobio y el horror de mi muerte á la familia reinante de Inglaterra.»

El dia 5 de Mayo de 1821 á las seis de la tarde mandó que le colocasen en su cama de campaña, que se le levantase la cabeza y abriesen la ventana; y cumplidos sus deseos, dirigió la vista hácia la parte del horizonte en cuya direccion está Francia; miró luego el retrato de su hijo con una gran expresion de ternura y volviendo los ojos hácia la patria murmuró:

«¡Francia! ¡Dios!»

Napoleon dejó de existir.

Murió á los cincuenta y un años y medio de un cáncer en el estómago determinado por su constitucion, agravado por la influencia del clima, la falta de ejercicio y los dolores del destierro.

Sus deseos de ser trasladado su cuerpo á Francia, no fueron cumplidos hasta 1840, en que el príncipe de Joinville y por órden de Luis Felipe, los llevó con gran pompa á París y descansan debajo la cúpula de los Inválidos.

La revolucion francesa, mas potente que Napoleon, está representada en las constituciones liberales de todas las naciones Europeas, á excepcion de Rusia, que sin embargo ha abolido la servidumbre; mas del genio militar y de las ideas de Napoleon queda el recuerdo de la humillacion de Francia en 1815, y el de la ignominiosa catástrofe de Sedan en 1870.

[1] Su hijo, nacido en 20 de Marzo de 1811, murió tísico en 22 de Julio de 1832.

FIN DE LA BIOGRAFÍA DE NAPOLEON BONAPARTE.



Lord Byron

LORD BYRON.

El autor [illegible], *Lara*, *la* [illegible] *Fóscari*, [illegible] [illegible]ondo literario y político; en fin, Jorge Gordon Byron, [illegible] 22 de Enero de 1788. Procedia por línea paterna de uno de los [illegible]ros de Guillermo, el conquistador: sus ascendientes [illegible]ecidos y enriquecidos sucesivamente por Enrique VIII y Cárlos [illegible]taba entre ellos guerreros ilustres por sus proezas en las guerr[illegible]stres y marítimas; y por parte de su madre Catalina Gordon [illegible] descendia de los Estuardos. Era esta una rica heredera de Escoc[illegible] violenta y apasionada, cuyos bienes disipó su marido el capitan B[illegible] que murió en Valenciennes en 1791, despues de haberla abandona[illegible] y á su hijo.

Qued[illegible] madre de Byron una renta de [illegible]50 libras esterlinas (unas 3,600 pe[illegible] con la cual, y viviendo en su país de Escocia, pudo atender á la educ[illegible] instruccion de su hijo.

[illegible]d de diez años Jorge heredó de su tio lord Guillermo [illegible]erras, grandes riquezas y los títulos de conde y par de In[illegible] sus mayores, Jorge era valiente, apasionado, amigo del des[illegible] la vida licenciosa. Su infancia y adolescencia están llenas de [illegible]dos. A los ocho años se enamoró de una jóven llamada



LORD BYRON.

(1788 Á 1824 DESPUES DE J. C.)

El autor de los poemas *Childe-Harold*, *don Juan*, *el Corsario*, *Lara*, *la Desposada de Abydos*; el poeta dramático que compuso: *Marino Faliero*, *Fóscari*, *Manfredo*, *Cain*, *el Cielo y la Tierra*, *la profecía del Dante*; el poeta ya lírico, ya epigramático y controversista que en ocasiones diversas tuvo en espectacion al mundo literario y político; en fin, Jorge Gordon Byron, nació en Lóndres el 22 de Enero de 1788. Procedia por línea paterna de uno de los compañeros de Guillermo, el conquistador: sus ascendientes habian sido ennoblecidos y enriquecidos sucesivamente por Enrique VIII y Cárlos I, y contaba entre ellos guerreros ilustres por sus proezas en las guerras terrestres y marítimas; y por parte de su madre Catalina Gordon de Gigh, descendia de los Estuardos. Era esta una rica heredera de Escocia, mujer violenta y apasionada, cuyos bienes disipó su marido el capitan Byron, que murió en Valenciennes en 1791, despues de haberla abandonado á ella y á su hijo.

Quedó á la madre de Byron una renta de 150 libras esterlinas (unas 3,600 pesetas), con la cual, y viviendo en su país de Escocia, pudo atender á la educacion é instruccion de su hijo.

Á la edad de diez años Jorge heredó de su tio lord Guillermo Byron vastas tierras, grandes riquezas y los títulos de conde y par de Inglaterra. Como sus mayores, Jorge era valiente, apasionado, amigo del desórden y de la vida licenciosa. Su infancia y adolescencia están llenas de incidentes atrevidos. A los ocho años se enamoró de una jóven llamada

María, que invoca en los sueños de sus otras pasiones. Estuvo siempre dispuesto al zipizape y á la camorra, y segun él mismo cuenta, de cada siete peleas, en seis quedó vencedor, apesar de ser algo cojo de nacimiento: defecto que atribuyó en su mocedad á gazmoñería de su madre, como igualmente proyectos de envenenarle, sin más motivo que el de emplear lady Byron la violencia de su carácter para contener las truhanerías de su hijo.

Por el prurito de distinguirse, estando en el colegio de Harrow, arrancó las rejas de las ventanas del salon de grados, y en cierta ocasion indujo á sus camaradas á una pelea contra unos reclutas, en cuya refriega, sin el auxilio de un amigo, pierde la vida. Sin embargo, apesar de haber estudiado poco en los cuatro años que pasó en este colegio, gracias á su excelente memoria y á su aficion á la lectura, aprendió bastante las lenguas latina y griega para componer versos en ambas y se puso á la altura de los conocimientos históricos de la época. Siguió sus estudios en la universidad de Cambridge, á cuya ciudad llevó sus caballos, sus perros y además un oso, de quien decia aspirar al grado de doctor.

Pasaba las vacaciones en sus tierras de Newtead, antiguo convento del condado de Nottingham, que aun conservaba sus celdas, templo y sala capitular, y con este motivo dióle la humorada de llamar á sus camaradas, vestirlos del hábito de la órden y celebrar largas orgías, en que bebian el espumoso licor en una gran copa fabricada del cráneo de un fraile, *cuyos sesos se llevó el diablo,* segun la leyenda en verso que mandara grabar en ella.[1]

A los diez y nueve años Byron, apesar de su cojera, era un arrogante mozo, de belleza varonil, atrevido, ágil, aficionado á reñir á puñadas, y nadador habilísimo. De carácter altanero y desdeñoso, sin embargo fué constante en las amistades de colegio, si bien los favorecidos compartian su afecto con un perro de Terranova, cuyos huesos colocó en una urna, y á cuya memoria levantó un monumento y dedicó unos versos, en que, maldiciendo de los hombres, declaraba ser aquel perro su mejor amigo, y que junto á él queria ser enterrado.

A esta misma edad se anunció al mundo literario, publicando un tomo de poesía lírica, en que hay un fragmento compuesto á los quince años, que revela cuán grande era su amor á la gloria. Dice así:

[1] A propósito de esta copa dice Byron: «Cavando el jardinero en la huerta descubrió un cráneo que probablemente perteneció á algun alegre fraile de la abadía de Newtead en la época en que fué secularizada. Viendo su estado perfecto de conservacion y ser de grandes dimensiones, me cogió el singular deseo de hacer de él una copa. Remití en seguida el cráneo á la ciudad y se me devolvió luego bien montado, bien pulido y de un hermoso color de concha.»

« Cuando la voz paterna me llame á la celeste morada, á donde leda el alma dirigirá su vuelo; cuando mi sombra transportada por los vientos ó por oscura nube descienda por el flanco de la montaña, que no encierre urna magnífica mis cenizas, ni designe el sitio en que la tierra se vuelve tierra, ni larga inscripcion me elogie sobre el pomposo mármol. Solo mi nombre sea mi epitafio, el único índice de mi sepulcro, y, si esto no basta para revivir en la memoria de los hombres, renuncio á la gloria y consiento en el olvido.»

Deseó una fama que llenase el mundo, y no quiso conseguirla por la virtud del ciudadano que se consagra á su pais, ni por el heroismo del descubridor que recorre los helados desiertos del polo ó los ardientes climas del interior del África, ni por el valor de las armas, ni por la grandeza del misionero que difunde la luz de los progresos religiosos en las tinieblas de las sociedades bárbaras, ni por los estudios del sabio que investiga las leyes del mundo físico y moral, ni por las vigilias del filósofo que enlaza las variadas ciencias en una ciencia única, la de la naturaleza.

Cultivó la mas bella de las artes, la poesía;

. . . . El cielo
Le dió una lira mágica y el arte
De arrebatar á su placer las almas
Y arder los corazones; [1]

y cantó los sueños, los delirios de una alma sombría y altanera, y el fastidio de un corazon insaciable de placeres y devorado por los remordimientos; y ya se llame Harold, Conrado, Lara, Manfredo, Cain, el héroe que canta, siempre es Byron pintándose á sí mismo, descubriendo las llagas que le laceran, la inquietud de su espíritu y el tormento del egoista, que busca la felicidad en los placeres, y encuentra solo el hastío. Ninguno de sus tipos aspira á un noble ideal, que, aun no consiguiéndose, derrama el consuelo sobre el corazon que noblemente se ha sacrificado.

Los hermosísimos tipos de mujer que crea su imaginacion, y describe su estilo puro, nervioso, elegante y armónico en la expresion, ya se llamen Julia, Haidea, Zuleica, Gulnara ó Medora, es siempre la amante tierna que se entrega sin reserva, sumisa y capaz de todo para el bien amado; esta es la mujer que apetece el orgullo de Byron; no la generosa y espiritual compañera del hombre, que siembra de flores el camino del honor y del deber; y que con sus ternezas y lágrimas impide al brioso doncel que se lance por el camino del crímen ó del vicio.

Hijo de la filosofía escéptica del siglo XVIII, no percibe el trabajo lento;

[1] Manuel de Cabanyes: *Preludios de mi lira.*

pero incesante de la sociedad, que, si adelgaza los lazos religiosos, robustece los de la moral, rompe una tras otra las gerarquías y suelta las individualidades que reconstituirán el edificio social. Su estro poético no se eleva á las regiones del porvenir, y aunque sacude la cadena heráldica del pasado, atacando las aristocracias, no pudiendo su orgullo olvidar su antigua alcurnia, duda, desespera, odia, blasfema, y si evita el suicidio es encenagándose en la sensualidad.

Byron carece de ideal. Sus contemporáneos, entre ellos madama Staël, en el poema *Corina,* dió independencia y alas al genio que sucumbe en los padecimientos de la vida práctica, desdeñando la poesía del placer y entregándose á las nobles aspiraciones del infinito; Chateaubriand en el *Genio del Cristianismo*, sueña en la felicidad que da la imaginacion, la vida de los afectos y las armonías del culto cristiano sin mas intolerancia que la dulce reconvencion del creyente; Walter Scott, que dejó de cantar en cuanto apareció Byron, se refugió en la novela y pintó el bien, la dicha que cada época disfruta, como si diese á entender, que teniendo todo heroismo y toda condicion sus laureles, y todo vicio su disculpa, no pretendia mas que divertir é interesar, y dejar al destino el cuidado de lo demás; Goethe, como nuestro personaje, está lleno de sí propio, aunque no siente como él, pero ve claramente como Walter-Scott, y sucumbe por falta de ideal: jamás le perdonará la humanidad el sarcasmo que dirige á la ciencia, á la belleza y aun á la virtud.

Los espíritus elevados dan aliento á las muchedumbres sobre quienes obran más por sentimiento que por las ideas; así en todos tiempos los poetas, al soltar la voz del canto, han arrastrado tras sí las generaciones, y aun los que han clamado en el desierto, por sus falsas concepciones, han tenido demasiada influencia por desgracia, como la ejercida por Goethe, que con su Werther arrastró á la juventud al suicidio. La voz del poeta, apasionada, llena de imágenes como la lengua de los salvajes, es grata á las muchedumbres cuando exalta la pasion campestre, como la de Bernardino de Saint-Pierre; cuando lleva al heroismo patriótico, como la de Quintana, ó zahiere la gloria de los conquistadores, como la de nuestro mismo personaje, pintando la guerra que el coloso del siglo hizo á nuestra España:

«¿Veis al gigante de pié sobre el monte, dando al viento su ensangrentada melena? Sus ardientes manos despiden rayos de muerte, y allí donde fija su mirada abrasadora prende el fuego del incendio. Hoy será grato espectáculo

para él el choque de tres naciones poderosas derramando su copiosa sangre.

»¡Francia! ¡España! ¡Albion! El enemigo, la víctima y el generoso aliado van á combatir y ofrecer sus cadáveres á las aves de rapiña en los campos de Talavera, mientras que su sangre regará la tierra que cada uno pretende conquistar.

»¡Aquí se pudrirán sus cuerpos, gloriosos juguetes de la ambicion! ¡Sí, la gloria criará lozanas yerbas sobre su fango! ¿Instrumentos rotos por los tiranos que los sacrifican por millares, empedrando con sus cuerpos la via criminal que los conduce... á qué? á un sueño. ¿Acaso los déspotas saben de un solo lugar que consienta en su dominacion? ¿De qué miserable rincon de tierra pueden decirse dueños, si no de aquel en que se hunden para siempre?

El que lanza esos briosos acentos contra la tiranía, no dejará transcurrir su carrera sin dedicar un noble esfuerzo á la libertad, como lo indica su canto á Waterloo:

«El corazon y la inteligencia y la voz del género humano se elevarán de concierto y nadie resistirá su fiera alianza. ¡Léjos de nosotros los tiempos del yugo acerado del sable! El hombre muere, el alma se renueva, y aun en este mundo de penas y oprobio, jamás la libertad carecerá de herederos; millones de hombres aspiran á su génio indomable, y cuando ella levante de nuevo sus ejércitos los tiranos temblarán. Ahora desprecian mi impotente amenaza y luego llorarán lágrimas de sangre [1].»

Tales son los nobles conceptos de ciertos cantos de Byron, si bien son pocos y están diluidos en millares de versos y en torrentes de poesía llena de vivas impresiones personales, tanto que para comprender sus poemas es indispensable conocer la vida del poeta. Garcilaso, Shakespeare, Cervantes, Moreto, Tasso, Moliere, Calderon pintan el mundo que está fuera de ellos, y el lector de sus obras no ve la persona del poeta; lo contrario sucede en Dante, quien no lo deja de la mano y con él conversa, y en lord Byron uno encuentra el poeta retratado en todos sus poemas, y, en el personaje *Conrado*, su mismo carácter, su fisonomía y aun sus costumbres. Su alma ardiente y caprichosa vuela por todos sus cantos, ya entusiasta, ya satírica, ya melancólica y entristecida por el disgusto de la vida social, ó por el hastío y la saciedad.

[1] En mas de uno de sus cantos Byron ha pretendido ser *vate*, esto es, *adivino*, y se jactó de ello y durante su corta existencia vió realizados algunos de sus vaticinios. Mas los anuncios de la estancia citada han tenido amplio cumplimiento en nuestros dias: la revolucion destronó en Francia á Cárlos X, en 1830; á Luis Felipe en 1848; desaparecieron los reyezuelos de Italia y el absolutismo de Austria y Alemania; Maximiliano fusilado, Napoleon arrojado del Imperio francés; el Papa destituido del poder temporal y la libertad religiosa y civil establecida en Europa, desde España á Turquía en que rige desde este año de 1877 el gobierno constitucional.

Sus obras, apesar de que el mundo estaba preocupado por las grandes sacudidas que daba Napoleon á la Europa nuevamente regenerada por la revolucion, fueron leidas con avidez; porque como Napoleon quiso imponerse por su gran genio, y como él tampoco dejará rastro alguno de su existencia en la sociedad, á la cual no impulsó segun las miras de la época.

Tanto en sus obras como en sus acciones intenta hacerse sentir por la superioridad de sus facultades físicas é intelectuales; en el colegio de Harrow, en la Universidad de Cambridge, en Lóndres, en Escocia, en España, en Oriente, en todas partes exhibe la robustez y agilidad de sus fuerzas [1] y la excentricidad de su carácter.

En vano atrájole á sí y quiso reformar la extravagancia del carácter de lord Byron, la hermosa, honesta, rica y sabia jóven Miss Milbanks con quien contrajo nuestro poeta matrimoio; esta union apenas duró un año, y lady Byron, despues de haber dado á luz una niña, se retiró á casa de sus padres y jamás quiso volver á ver á su esposo. Airado el poeta por la tenaz resistencia de su esposa, injurióla en sus versos, poniéndola en ridículo á ella, jóven honrada y que llevaba su nombre. Falta grave que no le perdonó el mundo, quien ya sospechaba de su locura y aun de la rectitud de sus sentimientos, con motivo de sus extraños caprichos, manías y diversiones. Y á tal punto llegó la severidad del público, que silbó en el teatro á una célebre actriz, por suponerla cómplice de una de las infidelidades del poeta.

Afectóle sobre manera esta cruel reaccion del favor de sus paisanos, y resolvió expatriarse de nuevo en 1816, como en efecto lo hizo, y ya no volvió á respirar los dulces aires de la patria.

Pasó por Bélgica; visitó el campo de Waterloo, sintiéndose á la vez conmovido por la vanidad de pertenecer á la nacion vencedora, y la simpatía hácia un genio que, como el suyo, cayera en la desgracia por la soberbia de iguales deseos egoistas. Pasó luego á Ginebra y á Lausana, y

[1] En 9 de Mayo de 1810 estando en Turquía pasó á nado los Dardanelos desde Sestos á Abydos, travesía que verificaba el Leandro de los tiempos heróicos todas las noches para visitar á su amada Hero, hasta que murió helado en una del mes de Diciembre. Byron, émulo de los héroes de la fábula, dedica cinco cuartillas á la memoria de este suceso, verdaderamente heróico. Su amigo Hobbouse dice á este propósito: «Lord Byron habia ya ejecutado una empresa del mismo género mas peligrosa, aunque menos célebre: cuando estábamos en Portugal, pasó á nado el espacio que separa Lisboa la antigua del castillo de Belen, luchando contra la marea y una corriente durante las dos horas que empleó en la travesía.»

en compañía de su amigo Hobbouse, subió á los mas ásperos ventisqueros de los Alpes.

La desolacion de los vastos campos de hielo que ofrecen las cimas alpestres, quizá le inspirara el proyecto de la *Noche final del Universo,* á que le impulsara su amigo Shelley, jóven poeta inglés, expatriado tambien por la indignacion y el anatema de los hombres religiosos de Inglaterra, que condenaron la transparente alegoría y las impías notas de su *Reina Mab.*

La *Noche final del Universo*, es el canto del poeta desesperado, que en la extincion del Sol ve desaparecer el elemento humano de la creacion. Sin duda que el Sol se extinguirá, como se apagaron sucesivamente las estrellas observadas por Hiparco, por Ticho-Brahe, por Galileo, y alguna otra en los tiempos modernos; se apagará el Sol como lo denota la visibilidad de sus grandes erupciones, que en el trascurso de millones de siglos lo convertirán en estrella periódica, y los periodos de brillantez en una estrella son los nuncios corredores de su muerte, como astro difundente de luz y calor. Mas ¿acabará con él la especie humana? Aquí entraba la mision de nuestro poeta. Si en lugar de describir la desesperacion de los últimos hombres, idea falsa que no se realizará, porque faltando gradualmente la luz y el calor, la vida empezada en los Polos se extinguirá tambien gradualmente en el Ecuador, y los hombres irán descendiendo por la escala del retroceso pasando mucho mas allá del estado salvaje de los actuales esquimales, si en lugar repetimos, de describir la desesperacion de los hombres, como sucederia si el Sol se extinguiese súbitamente, pintara los cuidados que tendrán, desde millones de siglos antes del fatal acontecimiento, para sustraer la especie humana de la desolacion general de todo sér en la Tierra, á buen seguro que el potente estro poético del gran Byron impusiera á la frívola literatura de nuestro tiempo la incomensurable epopeya humana.

Ya que cantó una extravagancia desesperadora, ya que presentó un cúmulo de imágenes que Walter Scott califica de espantosas quimeras en cuya existencia no puede creer el espíritu humano, ¿por qué no cantar las conquistas del porvenir? ¿Acaso su compatriota, el canciller Tomás Moro, en medio de los horrores del despótico reinado de Enrique VIII, no soñó en una organizacion social en que debian los hombres vivir libres y felices? ¿Por qué no se entregó á los ensueños poéticos de la mas sublime de las Utopias, aquella que librará al hombre de la estrechísima cárcel de la Tierra, donde la vida depende de la existencia del Sol?

Allí donde el hombre quiere, allá va su espada, es decir, su poder que triunfa de todos los obstáculos; y nadie como el poeta, y sobre todo un poeta de las calidades de Byron, puede arrastrar tras sí las fuerzas vivas de la Humanidad. Solo él no tuvo émulos; los insignes Moore y Rogers, fueron sus admiradores y luego sus amigos; el cantor popular de *Marmion* y de la *Dama del Lago,* avasallado por la potencia poética de Byron, enmudeció, se refugió en la Novela y le tributó incienso; los poemas, dramas y poesías líricas del Homero de Albion, apesar de ser siempre sus propios retratos; se tradujeron en todas las lenguas, y los hombres ilustres de todos los paises se complacian en estar en correspondencia con él, y por lo tanto nadie mejor que él podia enderezar las voluntades hácia un ideal que viniendo de tal portento, lejos de caer en ridículo, hubiera alentado los espíritus. Ya que se atrevió á describir la *Noche final del Universo*, bien podia contar el Triunfo de la Inteligencia sembrando la especie humana en otros mundos, satisfaciendo así nuestra devoradora sed de poder é inmortalidad.

Para él que convertia en sustancia poética, tanto sus locuras y desenfrenos como sus severos estudios, bastábanle los descubrimientos y adelantos de su tiempo personificados en Watt, Franklin, Galvani, Volta, Hersehell, Prietsley y Lavoisier; bastábale la telegrafía eléctrica española de Betancourt y Salvá, la aerostática de Montgolfier, el conocimiento de las fuerzas de reaccion tan admirablemente expuestas por Desaguliers que mueven los cuerpos sin necesidad de apoyarse en un medio exterior; bastábale conocer el teorema de las fuerzas constantes aplicadas á un móvil que al poco tiempo le imprimen una velocidad superior á la de la luz, para cantar la esperanza de la perpetuidad del hombre en el Universo, y no la desesperacion de la Noche final del Mundo.

Sueño por sueño es preferible el que sostiene la esperanza que conduce las almas al sacrificio y al heroismo; mas Byron como todos los genios personales, de aspiraciones egoistas, pocas veces se inspiró en las ideas generosas que brotaban en su tiempo como las violetas en la primavera. Tenia en su pais á Roberto Owen, en Francia á Saint-Simon y Fourier, y en Alemania otros pensadores que no por ser utopistas dejaban de representar las ideas de perfeccion social, que con tanta valentía expresó su particular amigo el poeta materialista Shelley.

Sin embargo en honor de nuestro poeta debemos consignar que si en sus poemas olvidó su mision, en su vida particular hay hechos generosos y heróicos sacrificios. Abandonó los placeres de la vida de Venecia para entrar

en sociedades secretas cuyo objeto era libertar á Italia de la opresion; y para ello compró armas, dió dinero y publicó su *Profecía del Dante* que excitó el entusiasmo patriótico de la juventud. El movimiento que esperaba abortó por la traicion, por la invasion austriaca en Italia y la flojedad de los napolitanos.

Estaba en 1821 debatiendo la Grecia su independencia debajo del puñal y cimitarra de aquellas hordas de bandidos que nunca fueron nacion, mandadas por el sultan que corta la cabeza á sus generales vencidos, que hereda parte de los bienes de sus súbditos, que vende los empleos al que mejor los paga, que roba las mujeres para poblar los serrallos y los niños para castrarlos ó prostituirlos. La administracion de justicia en lo civil y criminal es rapidísima, menos cuando las partes son ricas para comprar los jueces y los testigos; en las cárceles están hacinados los detenidos con los mayores criminales, el asesino con el deudor insolvente. El gobierno, en sus apuros, altera la moneda, ó busca traidores para apoderarse de sus bienes, ó amenaza á los ricos quienes le entregan sus bolsas. Tal es el imperio de Turquía, y tal el despotismo que pesaba sobre los descendientes de aquellos antiguos Griegos, maestros en las ciencias y artes, sobre las cuales está fundada la civilizacion europea.

El grito de rebelion de Grecia resonó por toda Europa; era el 7 de Marzo de 1821 cuando el arzobispo de Pátras, llamado Germános, presentó la cruz como signo de redencion, y adoptó la bandera blanca con una cruz roja y este lema:

Paz á los Cristianos, guerra á los Turcos.

Levantóse en armas primero la Acaya y sucesivamente toda la Grecia, y acudieron en su ayuda alemanes, polacos, italianos, franceses, ingleses, rusos y los jóvenes griegos que huyeran del despotismo turco.

En Lóndres y en París se formaron juntas filo-helenas que remitieron fondos y armas á Grecia. Apesar de la anarquía consiguiente á un levantamiento de esclavos, y de las crueldades que estos ejercieron contra los turcos, logróse establecer un centro, un gobierno, un senado y una constitucion.

Las potencias cristianas, no habiéndose entendido para el repartimiento de Turquía, la auxiliaron con sus escuadras, transportando los ejércitos mahometanos de una á otra parte de Grecia, la cual era, segun la expresion de Meternich, *una de las muchas cabezas de la hidra revolucionaria!* Hasta Alejandro de Rusia, que habia fomentado la rebelion, se puso, en el congreso de Verona, de parte de Turquía.

Grecia combatió desesperadamente por su religion y por la seguridad de

sus mujeres é hijos, no confiando mas que en Dios, decididos á morir cristianos ó vencer con la ayuda de Cristo. Así lo habian anunciado al ser excluidos del congreso de Verona.

A Grecia se dirigió nuestro poeta, y aunque llevaba pocos secuaces y poco dinero, fué tan bien recibido como Lafayette en América. En su entrevista con Manrocordátos que defendia á Misolonghi, le dijo:

«Si la Grecia quiere ser un principado dependiente de Turquía como la Valaquia y la Moldavia puede conseguirlo mañana; si consiente en una division como la de Italia, lo alcanzará pasado mañana; pero si quiere ser una y libre, es indispensable que se decida hoy.»

Los gefes de los griegos obtaron por la independencia absoluta y Byron ofreció toda su hacienda y negoció un empréstito.

El gobierno griego le confirió el título de general en gefe; quiso Byron organizar una expedicion contra Lepanto; pero la anarquía de aquellas tropas y la necesidad de disciplinarlas le hizo perder el tiempo y la salud. Sin embargo en los combates frecuentes que se reñian junto á Misolonghi, introdujo algun órden y aquella magnanimidad que tanto se hermana con el valor y que perdona la vida á los vencidos, ofreciendo una prima por cada prisionero turco que se le trajese vivo. Habiendo los griegos saqueado una poblacion musulmana, acorrió Byron velozmente á ella y salvó de la muerte á gran número de mujeres y niños que remitió al campo enemigo.

Los griegos le acogian en todas partes con entusiasmo, y los diferentes partidos en que estaban divididos le nombraban árbitro y juez de sus diferencias.

Debiendo probablemente ser atacada Misolonghi por los turcos en la primavera de 1824, se resolvió á pasar el invierno en aquella ciudad para ponerla en mejor estado de defensa. La circuyó de antemurales de tierra que resisten mejor á los tiros directos de la artillería que las murallas de piedra; los artilló convenientemente, y enardeció á sus habitantes hasta á hacerles jurar que no abandonarian la ciudad aunque debiesen quedar sepultados bajo sus ruinas.

Importaba que esta ciudad no cayese en manos de los turcos por ser con la de Pátras las llaves del extenso golfo de Lepanto; y tales fueron las obras y defensas que hizo construir Byron, que resistió á los turcos durante mucho tiempo.

Mas los dias de Byron eran contados y llegaban á su término: Misolonghi rodeado de aguas estancadas tenia una atmósfera febricitante; nuestro héroe sentia los primeros síntomas de una calentura que debia llevarle al sepulcro:

padecia de estremecimientos involuntarios que son los correos de la muerte.

«Yo no saldré de Misolonghi, decia con frecuencia á su criado; los griegos, los turcos ó el clima acabarán conmigo.»

En vano sus amigos, temiendo por su salud, quisieron sacarle de la ciudad; fiel á sus compromisos esperó el ataque de los turcos. Estos no se atrevieron á ensayar su valor contra unas defensas tan bien calculadas; los griegos le querian demasiado para amotinarse contra su gefe como tenian por costumbre; mas el clima que no respeta á los fuertes, atacóle con una fiebre pútrida en las cercanías de Pascua de 1824.

El sábado de Resurreccion, celébranlo los griegos con gran pompa y ruido, y con motivo de hallarse Byron en los trances de la muerte, fué un dia de silencio en Misolonghi. Los gritos de: *Cristo ha resucitado*, con que expresaban ellos la esperanza de su emancipacion, que por tantos siglos les halagara, diéronlos fuera del recinto de los terraplenes, en donde descargaron sus armas de fuego, sus petardos y cañones, con el alborozo propio del esclavo redimido.

En el delirio de la calentura le preocupaba aun á Byron la suerte de la Grecia; mas habiéndose calmado al anochecer de dicho dia dió, con ánimo sereno, algunas disposiciones referentes á la defensa de la ciudad, y luego habiendo pronunciado estas palabras: *Voy á descansar*, cayó en un letargo que terminó al siguiente dia con la muerte. Coincidió este momento con los estallidos de una gran tempestad, que recordó á los habitantes de Misolonghi la agonía de Byron, y muchos exclamaron:

¡Ahora muere el grande hombre!

En efecto, para los griegos fué un grande hombre, puesto que sacrificó sus riquezas, sus vigilias y su vida á la causa santa de su independencia, de la independencia del mayor de los pueblos de la antigüedad, que al fin quedó asegurada despues del combate naval de Novarino dado en 28 de Octubre de 1827.

Si así como fué muelle, sensual, hastiado y cínico en sus poemas, hubiese empleado el fuego de su expresion, la valentía de sus imágenes y la gracia de su estilo en levantar el espíritu humano, fuera el mayor de los poetas.

Murió á la temprana edad de treinta y seis años.

Nota final.

Habiéndoseme confiado la direccion de la obra *Hombres y Mujeres cèlebres de todos los tiempos y paises* á consecuencia de la temprana muerte de mi amigo el señor Landa, debo manifestar que ya cooperaba en su redaccion de aquella en vida de dicho señor, y que soy particularmente responsable de las biografías que en el índice con el *asterisco* * están señaladas, y que comprenden algunos personajes de la edad Media y casi todos los de la Moderna que en la presente obra se describen.

Si bien he sacado la sustancia de mis artículos de la Historia general y de la particular de las ciencias y artes, cúmpleme confesar que para las biografías de Galileo, Newton y Watt, me he inspirado en los trabajos del célebre físico y astrónomo Arago, en los de Lamartine por lo que respecta á las vidas de Eloisa y Abelardo, Guillermo Tell, Juana de Arco, Oliverio Cromwell y Cárlos I de Inglaterra y en los de Sainte-Reuve por la de María Antonieta.

Por lo demas son mios el plan, el tono de los discursos y el objeto de cada una de las indicadas biografías y el de su conjunto; sin que haya tenido mas pretension que la de presentar el desarrollo del espíritu humano en la Historia, cada dia mas perfecto en generosidad, inteligencia y valentía: meta que se habia propuesto alcanzar tambien el señor Landa. Esta ha sido la base de nuestro criterio.

La Historia es la conciencia de la Humanidad que se complace en las acciones que la enaltecen y condena las que la deprimen; y con este criterio ensalzamos á Alfonso el *Sabio* y á Luis el *Santo;* condenamos á Fernando V y á Luis XIV, y nos condolimos de la triste suerte de Luis XVI y María Antonieta que de ninguna manera merecieron; y al paso que fuimos severísimos con los hombres de la Revolucion francesa, de ninguna manera aplaudimos antes anatematizamos á Napoleon Bonaparte. Con igual criterio hemos juzgado de los demas personajes históricos y de sus épocas respectivas, y nos damos por satisfechos si conseguimos excitar en nuestros lectores los sentimientos de justicia, generosidad, dignidad y poder humanos, fuente de todos los progresos políticos, sociales y de la inteligencia.

Barcelona 14 de Diciembre de 1877.

N. Monturiol.

FIN DE LAS BIOGRAFÍAS DE ESTE SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

HOMBRES Y MUJERES CÉLEBRES.

ÍNDICE

DE LAS BIOGRAFÍAS QUE CONTIENE ESTE SEGUNDO TOMO.

COLOCACION DE LOS RETRATOS.

TOMO SEGUNDO.

Todos han muerto ya

LANDA

HOMBRES Y MUJERES CELEBRES

TOMO II